Recopilación de materiales de

Alejandra Kollontai

(escritos, resoluciones, discursos, artículos, obras, correspondencia)

Alejandría Proletaria



Valencia, enero de 2021
germinal_1917@yahoo.es

Reunimos en este único volumen todos los materiales de Alejandra Kollontai presentados hasta la fecha en nuestra serie Alejandra Kollontai, escritos, muchos de ellos inéditos en castellano hasta esa presentación. Queremos facilitarle al lector la consulta de los mismos y su disposición en una sola descarga, no quedan excluidas, por tanto, posteriores reediciones en función de la ampliación de la serie.

La figura de Alejandra Kollontai siempre ha suscitado polémica. Su vida, ligada absolutamente a la militancia obrera revolucionaria, al marxismo, fue pasto de diversas apropiaciones, su obra intelectual y material sigue siendo objeto de diversas apropiaciones (la más flagrante la del feminismo burgués actual presentándola como 'feminista', apropiándosela en un discurso que choca radicalmente con su propia obra, deformándola). Su trayectoria política no carece de similitudes con esta última bastarda apropiación: ella misma deformó su obra bajo la impronta de la reacción estalinista en el primer estado obrero, como puede deducirse fácilmente con la lectura cronológica de su obra que aquí presentamos; baste el ejemplo de su colaboración con la reacción estalinista enfrentado a su carta dirigida a Montefiori en 1920. En vida, también sus propuestas estuvieron siempre enmarcadas en la polémica, como no puede ser de otra forma en una militante marxista apasionada como lo era; baste en este aspecto la crítica a sus posiciones sobre el amor y el sexo que le dirigió Polina Vinogradskaya en su artículo "El 'Eros alado' de la camarada Kollontai", disponible en el MIA. El lector deberá realizar su propio ejercicio de asimilación de esa obra y trayectoria. Sin embargo, una cosa queda clara: a pesar de las críticas, en el recorrido por la obra de Kollontai salta a la vista que nunca perdió la base marxista, todas sus propuestas están elaboradas a partir de la *acción social*, de la acción social revolucionaria, de la revolución socialista. Seguramente los jóvenes lectores encuentren tal vez 'superadas' muchas de las posiciones de esta revolucionaria, consecuentemente con la 'superación' de la problemática que enfrentó; precisamente por ello cobran especial actualidad: la reacción estalinista llevó a la destrucción del primer estado obrero, arrastrando en su degeneración todas las conquistas 'culturales' de la gran revolución proletaria rusa de 1917 mientras que el capitalismo (apoyándose en buena medida en esa destrucción, no sólo del estado obrero en sí, sino de las esperanzas fundamentadas en él como realidad social) promete cada vez más claramente hundirnos en la barbarie en su fase imperialista, fase, en efecto, de la más oscura reacción 'cultural'.

Sea cual sea el resultado de la asimilación particular de cada lector, no quedará duda ni de la enorme estatura histórica alcanzada por Kollontai ni de su contribución a la liberación de la clase obrera en general y de la mujer trabajadora en particular.

Por nuestra parte, y aunque la presentación de los materiales es cronológica, hemos insertado su ensayo autobiográfico de 1921 en primer lugar a modo de introducción para ayudar al lector en esa asimilación a través del aparato crítico que lo acompaña.

Índice

Ensayo autobiográfico

(1921)[1]

[Introducción editores]

Kollontai escribió varias autobiografías cortas, de las que hasta el presente han sido traducidas al castellano dos: el artículo autobiográfico que escribió para la Enciclopedia rusa Granat en 1924-5, incluido en Georges Haupt y Jean-Jacques Marie (eds.), *Los bolcheviques*, México: Ediciones Era, 1972, pp. 297-304, y su *Autobiografía de una mujer emancipada* (julio de 1926), incluida en Kollontai, *Autobiografía de una mujer emancipada. La juventud y la moral sexual. El comunismo y la familia. Plataforma de la Oposición Obrera*, Barcelona: Editorial Fontamara, 1976, pp. 69-117. Ambos esbozos, autobiográficos, aunque valiosos en sí mismos, sufren del inconveniente de haber sido escritos después del ascenso de Stalin, que comenzó en 1923, ya que Kollontai fue uno de los dirigentes bolcheviques que más se adaptó al régimen estalinista, hasta el punto de terminar reescribiendo completamente su propia historia y la de su partido.

La mejor biografía de Kollontai fue escrita en inglés: Beatrice Farnsworth, *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism, and the Bolshevik Revolution*, Stanford University Press, 1980. 432 pp. Cuando escribió dicho libro, Farnsworth todavía no disponía de una edición de los diarios de Kollontai. Luego de la publicación de una selección de sus cartas y de sus diarios diplomáticos[2], Farnsworth escribió un artículo suplementario en el que se lee:

---

[1] Alejandra Kollontai: ensayo autobiográfico, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Revista *Izquierdas*, nº 49, septiembre de 2020 de la que reproducimos: *Proletarskaia Revoliutsiia* (No. 3, 1921). Editado por Alejo Martínez y Daniel Gaido.

Fuente: Александра Коллонтай, Автобиографический очерк // Пролетарская революция. – 1921. №3 (Alexandra Kollontai, "Ensayo autobiográfico", *Revolución proletaria*, 1921, No. 3). Luego reimpreso en un folleto separado en Odessa con el título: Александра Коллонтай, Из моей жизни и работы, Одесса: Всеукраинское Государственного изд-во, 1921 г. – 55 с. (Alexandra Kollontai, *De mi vida y trabajo*, Odessa: Editorial Estatal de Ucrania, 1921, 55 p.). Versión al castellano de Alejo Martínez a partir de la edición francesa, editada por Boris Souvarine: Alexandra Kollontaï, "Souvenirs et Mémoires révolutionnaires", *Bulletin communiste*, nº 2, 6º año, 30 de octubre de 1925, pp. 10-11; nº 3, 6º año, 6 de noviembre de 1925, pp. 43-44; nº 4, 6º año, 13 de noviembre de 1925, páginas 54-55; nº 5, 6º año, 20 de noviembre de 1925, pp. 79-80; nº 6, 6º año, 27 de noviembre de 1925, pp. 91-93; nº 7, 6º año, 4 de diciembre de 1925, pp. 110-112; nº 9, 6º año, 18 de diciembre de 1925, pp. 139-141. Dicha versión ha sido cotejada con la versión rusa editada bajo el estalinismo y con la versión alemana tomada de la misma, que contienen numerosas omisiones (relacionadas mayormente con Trotsky y con la pertenencia de Kollontai a la tendencia menchevique desde 1905 hasta 1914) y agregados (principalmente "recuerdos" hagiográficos de Lenin): Александра Коллонтай, Из моей жизни и работы: Начало революционного пути // Коллонтай, Из моей жизни и работы: Воспоминания и дневники, М.: Советская Россия, 1974, с. 93-126, 374-383 (Alexandra Kollontai, "De mi vida y trabajo: El comienzo del camino revolucionario" en Kollontai, *De mi vida y trabajo*: *Memorias y diarios*, Moscú: Rusia soviética, 1974, p. 93-126, 374-383), y Alexandra Kollontai, "Aus meinem Leben und meiner Arbeit" en Kollontai, *"Ich habe viele Leben gelebt": Autobiografische Aufzeichnungen*, Berlin: Dietz Verlag, 1980, S. 115-163.

[2] Александра Коллонтай, *Революция-великая мятежница... Избранные письма 1901-1952*, М.: Советская Россия, 1989. 608 с. (Alexandra Kollontai, *La revolución es una gran rebelde ... Cartas seleccionadas 1901-1952*, Moscú: Rusia soviética, 1989. 608 p.) Александра Коллонтай, *Дипломатические дневники: 1922-1940: в 2 т.* / предисл. и примеч. М. М. Мухамеджанова. М.: Academia. Т. 1. 528 с. Т. 2. 543 с. (Alexandra Kollontai, *Diarios diplomáticos: 1922-1940: en 2*

Indignada porque el bloque Zinóviev-Trotsky estaba afirmando que ella estaba de su lado, Kollontai pidió reunirse con Stalin en octubre de 1926 e insistió en que no compartía la posición opositora, sino que apoyaba completamente la línea general de Stalin. Stalin sabía, le recordó, de sus malas relaciones con Zinóviev y Trotsky. (...) En el archivo de Kollontai están sus notas manuscritas e inéditas del 3 de febrero de 1926, en las que comparó a Stalin con los oponentes de su partido en términos que él mismo podría haber escrito. Stalin era "brillante [*iarko*]", "disciplinado" y "resuelto". Su popularidad había crecido en el XIV Congreso, era "más fuerte y más valiente" que Zinóviev y Trotsky, y, a diferencia de ellos, no estaba ocupado consigo mismo sino con el partido; de hecho, Stalin "encarnaba al partido como lo hizo Lenin". (...) El ex-amante de Kollontai, Shliapnikov, quien antes la lastimó al referirse a su "exilio honorable" [como diplomática en Noruega], la llamó una "carrerista" por adoptar lo que se convertiría en su postura pública contra la oposición, una acusación que dolió a Kollontai porque "no era cierta". La oposición de Trotsky y Kámenev era "profundamente ajena" a ella. Trotsky quería una escisión en el partido. "Viejos amigos del partido... personas críticas", pero no "directamente oposicionistas", la amonestaron: "¿De verdad, te estás enfrentando a Trotsky? ¿Ahora cuando está en una posición tan difícil?" Kollontai desestimó sus escrúpulos como simplemente "fuertes remanentes de la educación del pasado, moralidad de los tiempos prerrevolucionarios". (...) En consecuencia, el 30 de octubre de 1927, Kollontai denunció a la oposición en *Pravda*, proclamando que las masas no estaban con la oposición, y que la oposición estaba violando la disciplina y la solidaridad del partido. Kollontai pidió en cambio una "fusión de la propia voluntad con la voluntad del colectivo". El artículo de Kollontai convenció al campo de Stalin de que ella los apoyaba.[3]

Este análisis es confirmado por el testimonio de Natalia Sedova, la mujer de Trotsky:

Antes del golpe final, Alexandra Kollontai solía visitarnos con bastante frecuencia. La Oposición Obrera de 1920, de la cual ella había sido una de las líderes, se alió a nuestro movimiento. Cuando fue nombrada embajadora en Noruega, vino a despedirse de nosotros y se ofreció a sacar los documentos de la Oposición en sus valijas diplomáticas para entregarlos a grupos extranjeros. Cuando se los llevé unos días después, la encontré completamente cambiada, confundida y absolutamente aterrorizada. "Realmente, no puedo tomar nada, lo siento", repetía... Poco después, publicó una refutación completa de su pasado en *Pravda*: era el precio por mantener su puesto.[4]

En su biografía de Kollontai, Farnsworth recuerda hasta qué punto llegó su revisión de la historia del bolchevismo como consecuencia de su adaptación al estalinismo:

En el otoño de 1937, Kollontai comenzó a reescribir la historia del partido bolchevique. Consideremos su artículo "Mujeres en 1917" y cómo difería de su tributo de 1927 a las heroínas de octubre. En 1937 no se ocupó de personalidades sino sólo de eventos generales: la huelga de las lavanderas en 1917 y la primera Conferencia de Mujeres Trabajadoras de Petrogrado. Ni siquiera Krúpskaya o las hermanas de Lenin podían ser mencionadas sin correr peligro. En 1937 se atrevió a nombrar sólo a Klavdia Nikolaeva y a Vera Slutskaya. Nikolaeva, elegida para el Comité Central en 1934, en el Decimoséptimo Congreso del Partido, sobrevivió, a pesar de la purga del 70 por ciento de dicho Comité Central, para ser reelegida en 1939, en el Decimoctavo Congreso. Vera Slutskaya, asesinada a principios de la revolución, no estaba asociada con la controversia. En lugar de poner el énfasis en las mujeres, Kollontai enfatizó al camarada Stalin, "líder de genio" y mano derecha de Lenin. El dibujo imaginario de Lenin, Stalin y Molotov, sonriendo, en una mesa editando *Pravda*, reemplazó las imágenes habituales de las heroínas de octubre. El hecho de que estuviera en prisión y no estuviera presente en el Sexto Congreso del

---

volúmenes, prólogo y notas de M.M. Mukhamedzhanova, Moscú: Academia. Tomo 1: 528 pp. Tomo 2: 543 pp.)

[3] Beatrice Farnsworth, "Conversing with Stalin, Surviving the Terror: The Diaries of Aleksandra Kollontai and the Internal Life of Politics," *Slavic Review*, Vol. 69, No. 4, Winter 2010, pp. 952-955

[4] Victor Serge and Natalia Sedova Trotsky, *Life and Death of Leon Trotsky* (1946), Foreword and afterword by Richard Greeman, Translated by Arnold J. Pomerans, Chicago: Haymarket Books, 2015, p. 155.

Partido no impidió que Kollontai en 1937 describiera cómo en esa reunión Stalin surgió como “el corazón, el cerebro y la voluntad del Sexto Congreso”.[5]

Otro artículo indicó aún más claramente, en sus versiones temprana y tardía, la medida en que Kollontai participó en la mentira generalizada en la Rusia estalinista. Si comparamos el ensayo que Kollontai publicó en 1919 recordando la famosa reunión en el departamento de Sujanov y Flakserman, cuando los bolcheviques votaron a favor de la toma del poder, con la revisión que apareció en *Izvestiia* en 1937, la impresión es deprimente. Su versión original elogió al “Camarada Trotsky” por su fe revolucionaria. Kollontai comparó sus discursos con el sonido de una campana. Tal apreciación rapsódica desapareció en 1937: “Judas-Trotsky” era un traidor y un futuro agente de la Gestapo. Kollontai eliminó las referencias amistosas a Zinóviev y Kámenev, los “dos oposicionistas” en la reunión histórica, parte del animado grupo de bolcheviques reunidos alrededor del samovar en las primeras horas de la mañana comiendo queso y salchichas. Lo que había sido camaradería en 1919 se convirtió en conspiración en 1937. Kollontai añadió a la versión de *Izvestiia* descripciones maliciosas de Zinoviev y Kamenev, ejecutados en 1936. Zinoviev y Kamenev fueron descritos como enemigos cobardes que se opusieron a Lenin y al partido, traidores a quienes Lenin soportó con dificultad. Stalin no figuraba en la versión original del artículo, pero en 1937 Kollontai lo describió como el “intérprete más claro y decidido de la política de Lenin y del Partido”. En 1917, Stalin había desenmascarado a la futura banda de traidores contrarrevolucionarios, Trotsky, Zinoviev y Kamenev.[6]

Otras biografías serias de Kollontai en inglés son las de Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Indiana University Press, 1979 (que sin embargo atribuye a Kollontai un feminismo absolutamente ajeno al marxismo y a su propia actividad en el movimiento de mujeres socialistas y comunistas, como este *Ensayo autobiográfico* deja bien en claro) y Cathy Porter, *Alexandra Kollontai: A Biography*, London: Merlin Press, 2013. Porter también tradujo al inglés los dos tomos de literatura publicados por Kollontai, que incluyen ambos una novela corta y dos cuentos: Alexandra Kollontai, *Love of Worker Bees: Vasilisa Malygina. Three generations. Sisters*, translated by Cathy Porter, Afterword by Sheila Rowbotham, London: Virago, 1978 (traducción castellana: *El amor de las abejas obreras*, Alba Editorial, 2008; *Vasilisa Malygina* fue traducida con el título cursi *La bolchevique enamorada*). Alexandra Kollontai, *A Great Love. Thirty-two pages. Conversation piece*, Translated and introduced by Cathy Porter, New York: W.W. Norton, 1982.

En castellano, además de la selección de escritos publicados por la Editorial Fontamara mencionada más arriba, existen tres colecciones de escritos recientes de Kollontai, dos de los cuales llevan títulos agregados por los editores: *Feminismo socialista y revolución*, Madrid: Fundación Federico Engels, 2017 (que incluye los textos “El Comunismo y la familia”, “Mujeres combatientes en los días de la gran Revolución de Octubre”, “El Día de la Mujer” y “Autobiografía de una mujer emancipada”), *El amor y la mujer nueva: Textos escogidos*, Buenos Aires: Editorial Cienflores, 2017 (que incluye selecciones del libro “Las bases sociales de la cuestión femenina” (1908), así como los ensayos “El amor y la nueva moral” (1918), “Las relaciones entre los sexos y la lucha de clases” (1918), “El comunismo y la familia (1918), “La ideología proletaria y el amor”

---

[5] Comparar Александра Коллонтай, “Женщины-борцы в дни Великого Октября”, *Женский журнал*, № 11, ноябрь 1927, стр. 2-3, Коллонтай, *Избранные статьи и речит*, Политиздат, 1972 г., с. 370-374 (Alexandra Kollontai, “Mujeres luchadoras en los días de la Gran Revolución de Octubre”, *Revista de las mujeres*, No. 11, noviembre 1927, pp. 2-3, en Kollontai, *Artículos y discursos seleccionados*, Politizdat, 1972, p. 370-374.) y “Женщины в 1917 году”, *Работница*, ноябрь 1937, № 1, с. 31 (“Mujeres en 1917”, Trabajadora, noviembre de 1937, No. 1, p. 31) (Nota de Beatrice Farnsworth)

[6] Comparar “Рука истории: Воспоминания А. Коллонтай”, *Красноармеец*, 1919, № 10-15, с. 68-71 (“La mano de la historia: Memorias de A. Kollontai”, *Hombre del Ejército Rojo*, 1919, núm. 10-15, pp. 68-71) e *Известия*, 24 октября 1937 г., с. 3 (*Izvestia*, 24 de octubre de 1937, p. 3) (Nota de Beatrice Farnsworth). Beatrice Farnsworth, *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism, and the Bolshevik Revolution*, Stanford University Press, 1980, pp. 380-381.

(1923) -un título de fantasía para el ensayo titulado "¡Paso al Eros alado!"- y "Autobiografía de una mujer emancipada"), y *Catorce Conferencias en la Universidad Sverdlov de Leningrado (1921): Mujer economía y sociedad*, Buenos Aires: Editorial Cienflores, 2018. El diario y los documentos personales de Kollontai cuando fue embajadora de la Unión Soviética en México entre 1926 y 1927 han sido traducidos con el título *Alexandra Kollontai en México: Diario y otros documentos*, traducción, selección y notas de Rina Ortiz, México: Universidad Veracruzana, 2012. La revista *Izquierdas* ha publicado recientemente una versión castellana de los recuerdos de Kollontai de las Conferencias Internacionales Socialistas de Mujeres Trabajadoras, en traducción de Valentina Andrade (*Izquierdas*, No. 49, diciembre de 2020). Recomendamos también consultar las obras disponibles online en el Archivo Kollontai del Marxists Internet Archive y en Alejandría Proletaria.

I. Infancia y juventud

Nací en 1872 y crecí en una familia en la que se conservaban los usos y costumbres de la nobleza feudal. Mi padre era general del ejército ruso y ucraniano de origen. Mi madre provenía de una familia campesina y era finlandesa. Pasé mi infancia y mi juventud en Petersburgo y en Finlandia. Siendo como era la más joven de los hijos y, además, la hija única de mi padre (con el que mi madre se había casado en segundas nupcias), mi numerosa familia de costumbres patriarcales me rodeó de cuidados particulares.

Siendo niña todavía, causé a mi madre numerosas preocupaciones y verdaderas penas a causa de mi tendencia a "no vivir como todo el mundo". Confraternizaba con el personal de la casa, tomaba partido a favor de las mucamas (jóvenes a las que explotaba todo el mundo), defendía mi "independencia", leía con pasión, vivía en un mundo aparte creado en mi fuero interior y cuya entrada estaba cuidadosamente cerrada a los "mayores".

En la infancia me gustaba escribir. Me quitaban el papel y la pluma a la fuerza. Pero, por encima de todo, me indignaban la injusticia y la desigualdad social. Para mí era una ofensa verme en una "situación privilegiada", a pesar de que mis mejores amigas, las "mucamas" no osaban ni siquiera sentarse en presencia de la *barynia* [señora].

No me dejaron entrar en el instituto. Se temía que me equivocase con compañías cuya conducta reprobaba la moral burguesa. A los 16 años pasé los exámenes de bachillerato y comencé a seguir cursos particulares de profesores de historia, literatura, etc.… Tampoco me permitieron entrar en los cursos de Bestuzhev.[7]

Trabajaba mucho, sobre todo bajo la dirección del profesor de historia de la literatura muy conocido, Viktor Petrovich Ostrogorsky. Este profesor consideraba que yo tenía ciertos dotes literarios y me animaba mucho a escribir. Me casé muy pronto, en parte para protestar contra la voluntad de mis padres. Pero, tres años más tarde, me divorcié de mi marido, Vladimir Kollontai, ingeniero, y asumí completamente la educación de mi hijo[8].

Mientras, mis convicciones políticas ya comenzaron a definirse. Trabaja en toda una serie de círculos de educación, al resguardo de los cuales se organizaban entonces (en 1890-1895) agrupamientos políticos ilegales. Así, por ejemplo, trabajando en el "Museo Móvil de Manuales Escolares", muy conocido en aquella época, manteníamos relaciones con los detenidos de la prisión fortaleza de Shlisselburg (Schlüsselburg); militando en las sociedades culturales y dando lecciones a los obreros, establecimos lazos constantes con ellos; organizando veladas de beneficencia, reunimos fondos para la "cruz roja" política.[9]

---

[7] ["Los Cursos Superiores para Mujeres de Petersburgo fueron las más famosas de estas universidades para mujeres, así como las más duraderas. Conocidos popularmente como 'los cursos de Bestuzhev' por K.N. Bestuzhev-Ryumin, profesor de historia y su primer director, abrieran sus puertas en el otoño de 1878 a mujeres de todas las clases sociales, y otorgaron títulos cuatro años después a una clase de noventa y nueve mujeres. En 1883, los cursos recibieron una residencia permanente en la isla Vasilevsky, a una milla de los principales edificios de la universidad." Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930,* Princeton University Press, 1978, pp. 82-83.]

[8] Mi nombre de soltera es Domontovich.

[9] [Политический Красный Крест. La Cruz Roja Política es el nombre común de varias organizaciones que ayudaron a los presos políticos en el imperio ruso. La primera organización para este propósito fue creada en San Petersburgo en 1874-5. Desde finales de la década de 1890, una "Sociedad de Asistencia a los Exiliados Políticos y los Prisioneros" («Общество помощи политическим ссыльным и заключенным») comenzó a operar San Petersburgo.]

El año 1896 fue decisivo en mi vida. En la primavera de ese año visité en Narva las famosas fábricas de hilado Krengolmsk.[10] El sojuzgamiento de 12.000 obreros tejedores, hombres y mujeres, produjo en mí una profunda impresión, que me dejó anonadada. En aquellos tiempos yo no era todavía marxista y me inclinaba más bien por el terrorismo. Tras mi visita a Narva me puse resueltamente a estudiar el marxismo y la economía política. En esa época aparecieron las dos primeras revistas marxistas legales, *Nachalo* (*Comienzo*) y *Novoe Slovo* (*Nueva palabra*). Su lectura me abrió los ojos a muchas cosas. Había encontrado la vía que yo buscaba con particular tenacidad desde mi visita a Narva.

La famosa huelga del textil en 1896 en Petersburgo, en la que participaron hasta 36.000 obreros y obreras, contribuyó poderosamente a fijar mis puntos de vista políticos. Con Yelena Dmítrievna Stásova y otros numerosos camaradas, organizamos colectas y buscamos todas las maneras para socorrer a los huelguistas. Este impactante ejemplo de la conciencia continuamente en aumento del proletariado, por más sojuzgado y privado de todo derecho que estuviera, me empujó definitivamente al campo marxista.

Sin embargo, no escribía nada en este sentido y no participaba activamente en el movimiento. Me consideraba todavía demasiado poco preparada para hacerlo convenientemente. En 1898, escribí mi primera obra que trataba sobre la psicología de la educación y que se titulaba *Fundamentos de la educación según las opiniones de Dobrolyubov*.[11] Apareció en septiembre de 1898, en la revista *Obrazovanie* (*Educación*), revista que en aquella época presentaba un carácter pedagógico, pero que después devino uno de los órganos más cualificados del pensamiento marxista de entre los publicados legalmente en Rusia. Ostrogorsky era el redactor. En el mes de agosto del mismo año, partí hacia el extranjero a fin de estudiar allí las ciencias económicas y sociales.

En Zúrich entré en la universidad, siguiendo al profesor Herkner, cuyo libro sobre la cuestión obrera (en su segunda edición) me pareció interesante. Hecho característico: mientras que yo me comprometía cada vez más profundamente en el estudio de las leyes económicas y me convertía cada vez más en una marxista ortodoxa, mi profesor evolucionaba en sentido contrario, hacia la derecha, y se separaba de la teoría revolucionaria de Marx. La quinta edición de su libro fue una verdadera abjuración.[12]

Durante este conmocionado período fue cuando en la socialdemocracia alemana apareció la tendencia de Bernstein a pasar abiertamente a la política de compromisos, al oportunismo y al revisionismo, esto es, a la revisión de las concepciones de Marx. Mi honorable profesor aplaudía calurosamente dicha tendencia y cantaba himnos de alabanza a Bernstein. Yo, por el contrario, apoyaba decididamente a la izquierda, me entusiasmaba con Kautsky y leía con devoción la revista que éste editaba, *Die neue Zeit*, así como los artículos de Rosa Luxemburg, sobre todo su folleto *¿Reforma social o Revolución?*, en el que refutó por completo la teoría oportunista de Bernstein.

---

[10] [“La manufactura algodonera de Krengolmsk (en la catarata del río Narva) fue creada hace unos 20-25 años con un capital de 2.275.000 rublos.” Danielson a Engels, San Petersburgo, 21 de septiembre de 1891, en Karl Marx, Nikolai F. Danielson, Friedrich Engels, *Correspondencia, 1868-1895,* compilación de José Aricó, México: Siglo XXI, 1981, p. 248. “Es dudoso que se pueda encontrar, por ejemplo, una fábrica semejante a nuestra manufactura de Krengolmsk, con sus 400.000 husos, sus 2.200 máquinas herramientas y sus 4.000 obreros”. Danielson a Engels, San Petersburgo, 3-4 de noviembre de 1893, en *Ibid*. p. 311.]

[11] [“Основы воспитания по взглядам Добролюбова”, *Образование*, нет. 9 (сентябрь 1898 г.), с. 1-15; нет. 10 (октябрь 1898 г.), с. 1-19; нет. 11 (ноябрь 1898), стр. 1-16. (“Fundamentos de la educación según las opiniones de Dobrolyubov”, *Educación*, no. 9 (septiembre de 1898), pág. 1-15; no. 10 (octubre de 1898), pág. 1-19; no. 11 (noviembre de 1898), págs. 1-16.)]

[12] [Heinrich Herkner, *Die Arbeiterfrage. Eine Einführung*, Zweite Auflage, Berlin: J. Guttentag, 1897. La quinta edición de este libro apareció en 1908: Fünfte, erweiterte und umgearbeitete Auflage. Berlin 1908.]

En 1899, siguiendo los consejos de mi profesor y armada con sus recomendaciones, me fui a Inglaterra para estudiar allí el movimiento obrero inglés, a fin de convencerme, al parecer, de que quienes tenían razón eran los oportunistas y no la izquierda.

Recibí cartas de recomendación para Sidney y Beatrice Webb "personalmente", pero después de las primeras conversaciones con ellos me di cuenta de que hablábamos idiomas diferentes, así que comencé a familiarizarme con el movimiento obrero inglés sin su guía. Este estudio llevó a un resultado completamente contrario al que esperaba mi profesor. Vi toda la agudeza de las contradicciones sociales en Inglaterra existentes y la impotencia total de los reformistas, su incapacidad de paliarlas, tanto con las tácticas del *trade-unionism* (sindicalismo) como con la ayuda de los famosos "*settlements*" ("asentamientos": casas de cultura en los barrios obreros), tales como el Toynbee Hall, con la ayuda de las "*People's Palaces*" ("palacios del pueblo"), cooperativas, clubes, etc.[13] Volví de Inglaterra más convencida que nunca de la justeza de las concepciones de los marxistas "ortodoxos" de izquierda, y no regresé a Zúrich, sino a Rusia. Había establecido relaciones con los camaradas rusos que militaban ilegalmente y ardía en deseos de ayudarlos en la práctica, de entrar en la lucha.

Cuando salí de Rusia en 1898, las ideas marxistas gozaban de un gran favor entre los intelectuales más avanzados y los estudiantes. Además de Beltov, Struve y Tugan-Baranovsky[14] eran los ídolos del momento. Entre los *narodniki* (populistas) y los marxistas se libraba una lucha encarnizada. Las fuerzas jóvenes -Ilin (Lenin), Maslov, Bogdanov[15] y otros- fundaron teóricamente la táctica revolucionaria del partido, que se estaba formando ilegalmente.

Regresé a Rusia con la esperanza de que pronto volvería a estar entre personas de ideas afines. Pero en el otoño de 1899 Rusia ya no era la misma que un año antes. Se había producido un cambio: la luna de miel de la unificación del marxismo legal y clandestino había llegado a su fin. El marxismo legal se había alineado abiertamente con la defensa del gran capital industrial. El ala izquierda optó por el trabajo ilegal, defendiendo siempre más resueltamente la táctica revolucionaria del proletariado. Entre los estudiantes y los intelectuales, el entusiasmo por Marx mudó en un entusiasmo no

---

[13] [Toynbee Hall es una institución benéfica fundada para paliar los efectos de la pobreza en el East End de Londres. Establecida en 1884, fue la primera institución afiliada a la universidad del movimiento mundial de asentamientos (*settlements*), una tendencia social reformista que se esforzó por lograr que los ricos y los pobres vivieran más juntos en una comunidad interdependiente. Fue fundada por Henrietta y Samuel Barnett en el East End, una zona pobre de Londres, y fue nombrada en memoria de su amigo y compañero reformador, el historiador de Oxford Arnold Toynbee, quien había muerto el año anterior. El *People's Palace* (Palacio del Pueblo) fue inaugurado en el este de Londres por la Reina Victoria en mayo de 1887. En el espíritu de la filantropía victoriana, el Palacio del Pueblo tenía la intención de mejorar la vida de los pobres proporcionando "educación técnica y recreación racional".]

[14] Beltov, pseudónimo de G. Plejánov (1856-1918). Struve, uno de los primeros marxistas rusos, evolucionó hacia el monarquismo constitucional, Tugan Baranovsky, economista marxista, se pasó al menchevismo y después de colocó al margen del movimiento. NdeR. (Boris Souvarine) Piotr Struve (1870-1944) redactó el Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso luego de su creación en 1898. Mijaíl Ivánovich Tugán-Baranovski (1865-1919) fue un economista y político ucraniano; durante su período como "marxista legal" fue autor de obras importantes como *Las crisis industriales en Inglaterra*. Ambos abandonaron el marxismo por el Partido Democrático Constitucional ("kadete"), que promovía ideas liberales y una monarquía constitucional. Ver Richard Kindersley, *The First Russian Revisionists: A study of "Legal Marxism" in Russia*, Oxford University Press, 1962.

[15] Pyotr Maslov (1867-1946), especialista en cuestiones agrarias, devino menchevique. Alexander Bogdanov (1873-1928), economista y filósofo, se convirtió en el líder de la "izquierda" bolchevique (*otzovistas*), fue excluido del partido y actualmente simpatiza con la Oposición Obrera ilegal del partido. NdeR. (Boris Souvarine)

menos apasionado por el bernsteinismo y el revisionismo. Nietzsche comenzó a ponerse de moda con su "aristocracia" del espíritu.

Recuerdo como si fuera ayer una velada organizada en casa del padre de Yelena Dmitrievna Stasova en la calle Furshtatskaya en beneficio de la "cruz roja" política. Struve dio una charla sobre Bernstein. El público era "escogido"; estaban presentes numerosos militantes ilegales y, sin embargo, el discurso de Struve fue acogido con benevolencia, incluso con total aprobación. Únicamente Avilov[16] tomó la palabra contra Struve, mientras que todas las "luminarias" de la época lo apoyaron. Pedí la palabra. Me la concedieron con dificultad, porque solo unos pocos me conocían. Mi defensa demasiado ardiente del marxismo "ortodoxo" (de izquierda) fue acogida con una general desaprobación e incluso con algún indignado encogimiento de hombros. Uno pensaba que era una insolencia inaudita contradecir a autoridades generalmente reconocidas como Struve y Tugan-Baranovsky; otro, que semejante discurso le hacía el juego a la "reacción"; un tercero, que el tiempo de la "fraseología" había pasado y que debíamos convertirnos en políticos sobrios.

Durante ese período, escribí artículos contra Bernstein y sobre el papel de la lucha de clases, destinados a *Revista científica* (Научное обозрение: *Nauchnoye obozreniye*). En ellos defendía la posición de los marxistas "ortodoxos". Pero la censura prohibió implacablemente su publicación. Decidí entonces dedicarme al trabajo científico en el dominio de la economía política.

Estaba en permanente contacto con Finlandia. Sin embargo, el pueblo finlandés atravesaba entonces un período de negra reacción, el período de la administración de Bobrikov, en la que la brutalidad y la opresión del gobierno zarista gozaba de libre curso.[17] Los cimientos de la independencia del pequeño pueblo fueron sacudidos; la constitución y las leyes del país, brutalmente violadas. Entre el pueblo finlandés y la autocracia rusa se entablaba una lucha a muerte. Estaba del lado de Finlandia con todo mi corazón. Veía la creciente fuerza del proletariado industrial, de la que muy poca gente, sin embargo, se daba cuenta. Constaté los signos de empeoramiento de los contrastes de clase y el establecimiento de un nuevo partido obrero en Finlandia, que hacía de contrapeso a los partidos nacionalistas burgueses suecófilos, finófilos y joven-finlandeses. Estando en contacto cercano con los compañeros finlandeses, los ayudé a organizar el primer fondo de huelga en la ciudad de Äbo.

Mis artículos sobre Finlandia aparecieron en 1900 en la revista económica alemana *Soziale Praxis*, en *Revista científica* y en *Educación* (Образование: *Obrazovaniye*).[18] Un artículo, una contribución estadística muy específica, fue publicado por la revista *Riqueza rusa* (Русское богатство: *Russkoye bogatstvo*).[19] Al mismo

---

[16] [Boris Vasilievich Avilov (1874-1938) militó en las filas del bolchevismo y luego se unió a Vladimir Bazarov, Gavriil Lindov y otros para formar los internacionalistas socialdemócratas unidos, un grupo que intentó infructuosamente reunir a los mencheviques internacionalistas de Mártov con los bolcheviques más moderados.]

[17] [Por la administración de Bobrikov se entiende la política de represión aplicada por el gobernador general zarista Nikolay Ivanovich Bobrikov en Finlandia. Durante su mandato (1898-1904), la presión de la censura y la administración y arbitrariedad del gobierno zarista fueron particularmente crueles.]

[18] ["Die Arbeiterfrage in Finnland" ("La cuestion obrera en Finlandia"), *Soziale Praxis. Centralblatt fur Sozial Politik*, 1900, Nr. 49, 6. September 1900, und Nr. 50, 13 September 1900, pp. 1233-1238, 1257-1262. "Земельный вопрос в Финляндии", *Научное обозрение*, нет. 2, 1902, стр. 45-54; нет. 3, 1902, стр. 202-210; нет. 4, 1902, стр. 124-136 ("Problema de la tierra en Finlandia", *Revista científica*, no. 2, 1902, pp. 45-54; no. 3, 1902, pp. 202-210; no. 4, 1902, pp. 124-36.). "Промышленность и земельные вопросы в Финляндии", *Научное обозрение*, 1902 ("Industria y cuestiones de la tierra en Finlandia", *Revista científica*, 1902).]

[19] ["Жилища финляндских рабочих", *Русское богатство*, нет. 7 (июль 1902 г.), с. 126-144. ("Viviendas de los trabajadores finlandeses", *Riqueza rusa*, no. 7 (julio de 1902), pág. 126-144.)]

tiempo, en los años 1900-1903, reuní materiales para mi extenso trabajo económico y estadístico sobre Finlandia, que tuvo que aparecer bajo un título inofensivo debido a la censura: *La vida de los obreros finlandeses*. Naturalmente, el trabajo literario y científico no fue el único que realicé en esos años. También militaba ilegalmente, pero la mayor parte del tiempo fuera de la misma capital. Organizaba reuniones regulares en las barriadas situadas detrás de *Nevskaya Zastava* [un distrito municipal dentro del Distrito Nevsky de San Petersburgo], redactaba llamamientos, almacenaba y difundía la literatura ilegal, y cosas por el estilo.

En 1901 partí al extranjero. Allí tuve contacto personal con Rosa Luxemburg en Zúrich, con los Lafargue en París, así como con Kautsky y con Plejánov en Ginebra. En *Amanecer* (Заря: *Zarya*) apareció un artículo mío no firmado sobre Finlandia, y en la revista *Die neue Zeit*, editada por Kautsky, un artículo también mío firmado con el seudónimo Elna Malin.[20]

A principios de 1903 apareció mi estudio sobre la situación de los obreros finlandeses y el desarrollo de la economía nacional en Finlandia con el título *La vida de los obreros finlandeses*.[21] Trabajé en él durante tres años. El libro, escrito en un espíritu marxista, fue recibido con simpatía por los militantes ilegales, aunque fue desaprobado por muchos marxistas legales. En 1903, el 12 de enero exactamente, tomé por primera vez la palabra en una asamblea pública, organizada por estudiantes, y en mi discurso contrapuse la cosmovisión socialista con la idealista. En el verano del mismo año, partí de nuevo al extranjero. Era la época de las insurrecciones campesinas en Rusia; los obreros del sur también se sublevaban. Los corazones palpitaban y las dos fuerzas enemigas se enfrentaban cada vez más violentamente: la Rusia ilegal, que luchaba por la revolución, y el gobierno autocrático, que se aferraba obstinadamente al poder. Una posición intermedia fue adoptada por el grupo de liberales que publicaban la revista *Liberación*, con Struve a la cabeza.[22] Muchos de mis mejores amigos se unieron a este grupo, en el que vieron una "fuerza real", mientras que el "socialismo puro" era considerado una utopía para la Rusia de entonces. Así, me encontré en un desacuerdo total con aquellos con quienes recientemente habíamos tenido ideas afines.

Mientras tanto, entre los emigrantes socialistas, los enfrentamientos ya no se producían como antes entre populistas y marxistas, sino entre mencheviques y bolcheviques. Tenía amigos en ambos campos.[23] Tenía amigos en ambos campos. El bolchevismo, con su intransigencia y su espíritu netamente revolucionario, me atraía más,

---

[20] ["Социализм в Финляндии", *Зариа*, нет. 4 (1902), стр. 71-79 ("Socialismo en Finlandia", *Amanecer*, no. 4, 1902, págs. 71-79). Elna Malin, "Die Arbeiterbewegung in Finnland und die russische Regierung" ("El movimiento obrero en Finlandia y el gobierno ruso"), *Die neue Zeit*, 22 Jahrgang, Band 2, Heft 24, 1904, pp. 749-757.]

[21] [А.М. Коллонтай, *Жизнь финляндских рабочих: экономическое исследование*, Санкт-Петербург: Товарищество художественной печати, 1903. 335 с. (A.M. Kollontai, *La vida de los trabajadores finlandeses: Estudio económico,* San Petersburgo: Sociedad Impresión artística, 1903. 335 pp.)

[22] [*Osvobozhdeniye* (Освобождение: *Liberación*) fue un periódico editado entre 1902 y 1905 por Pyotr Struve. La revista se publicó por primera vez en Stuttgart, Alemania, del 1 de julio de 1902 al 15 de octubre de 1904. A mediados de 1903, después de la fundación de la *Soyuz Osvobozhdeniya* (Союз Освобождения: Unión de Liberación) liberal, la revista se convirtió en el órgano oficial de la Unión y fue introducida de contrabando en Rusia, donde tuvo un éxito considerable. Cuando la policía alemana, bajo la presión de Ojrana (la policía secreta zarista), allanó las instalaciones en octubre de 1904, Struve trasladó sus operaciones a París y continuó publicando la revista durante otro año, del 15 de octubre de 1904 al 18 de octubre de 1905, hasta que el Manifiesto de Octubre proclamó la libertad de prensa en Rusia. La Unión de Liberación formó el núcleo de los cadetes, el partido burgués más grande de Rusia, fundado en 1905.]

[23] [Entre el 30 de julio y el 23 de agosto de 1903 (entre el 17 de julio y el 10 de agosto en el calendario juliano, que es el que empleaba entonces en Rusia) tuvo lugar el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), en el que se produjo la escisión entre bolcheviques ("miembros de la mayoría") y mencheviques ("miembros de la minoría").]

pero el encanto que ejercía sobre mí la personalidad de Plejánov me impedía condenar el menchevismo. Después de mi regreso del extranjero en 1903, inicialmente no me uní a ninguna de las dos tendencias del Partido [Obrero Socialdemócrata de Rusia], por lo que ambas fracciones tuvieron la oportunidad de usarme como agitadora, para difundir sus proclamas y llevar a cabo los trabajos cotidianos de la militancia.

II. La revolución de 1905

El final de 1903 y todo 1904 fue la época del despertar de la opinión pública liberal: una primavera del liberalismo, la época de los famosos "banquetes", discursos, reuniones político-literarias y salones políticos. Los liberales, agrupados en torno a la revista *Liberación* (futuros cadetes), celebraron su luna de miel. Pero los socialdemócratas dirigieron su lucha contra ellos.

Paralelamente al florecimiento del liberalismo y del cadetismo, favorecido por la "tolerancia benevolente" de Sviatopolk-Mirsky[24], se llevaba a cabo un trabajo sistemático de organización de las fuerzas del proletariado, de profundización y expansión de la influencia de la socialdemocracia entre las masas. Bajo el pretexto inocente de dictar "lecciones de geografía" dirigí un círculo de 25 a 30 trabajadores en una escuela dominical detrás de *Nevskaya Zastava*. Me reencontré con varios de ellos más tarde, durante las jornadas de octubre, como participantes activos en la revolución. En las revistas legales (en el *Pravda* de Moscú, *Obrazovaniye* [Образование: *Educación*] y otras) polemicé contra el revisionismo y el ministerialismo.[25] En aquella época escribí un folleto titulado *La lucha de clases*, que fue prohibido por la censura y que sólo apareció en 1905, para ser confiscado poco después.[26]

A medida que la tormenta revolucionaria de 1905 aumentó en fuerza, mis lazos activos con los bolcheviques también se fortalecieron. Aunque no había roto mis relaciones personales con Plejánov, ya durante el invierno de 1904-1905 trabajé estrechamente con bolcheviques como Boris Vasilievich Avilov, Yelena Dmitriyevna Stasova y otros.

Participamos activamente en las manifestaciones estudiantiles en noviembre de 1904. A sugerencia mía, el suministro de alimentos a los detenidos se organizó inmediatamente después de su arresto, lo que sorprendió a la policía, ya que les mostró que estábamos actuando "de acuerdo a un plan". El día de la manifestación, en la noche, en los pasillos del Instituto Tecnológico de San Petersburgo, se realizó una gran asamblea con la participación de representantes de casi todos los grupos políticos. Como contrapeso a la concentración, en la que hablaron representantes de todas las corrientes, celebramos una reunión bolchevique en una sala de conferencias separada (creo que fue en la sala de conferencias de física). Yo también estuve allí. Los camaradas, entre los que me contaba, tomaron la palabra bajo nombres falsos y algunos iban disfrazados.

El domingo sangriento de 1905 me encontró en la calle.[27]

---

[24] Ministro del Interior en la época. NdR. (Boris Souvarine)

[25] ["Osnovniia agrarniia tendentsii (Sravnitel'nyi razbor trudov: E. David'a—'Socialismus und Landwirtschaft' i P. Maslova—'Usloviia razvitiia sel'skogo khoziaistva v Rossii')." *Pravda*, No. 1 (noviembre 1904), pp. 197-211.]

[26] [Александра Коллонтай, *К вопросу о классовой борьбе*, Ст. Петерсбург: Тип. Н.П. Собко, 1905. - 31 с. (*Sobre la cuestión de la lucha de clases*, San Petersburgo: Tipografía de N.P. Sobko, 1905. 31 pp.).]

[27] [El Domingo Sangriento fue una matanza de manifestantes pacíficos conducidos por el pope de la iglesia ortodoxa rusa Gapón, perpetrada por la Guardia Imperial rusa. Sucedió en San Petersburgo el 22 de enero de 1905 (9 de enero según el calendario juliano entonces vigente en Rusia), día en el que doscientos mil trabajadores se reunieron a las puertas del Palacio de Invierno, residencia del zar Nicolás II. Ver Walter

Fui con los manifestantes al Palacio de Invierno, y la imagen de la feroz descarga de fusiles, ejecutada contra obreros desarmados, quedó grabada para siempre en mi memoria. Un sol inusualmente brillante de enero, rostros expectantes y crédulos… La fatídica señal a las tropas que se alineaban alrededor del palacio... Los charcos de sangre sobre la blanca nieve… los gritos de los gendarmes… los muertos, los heridos, los niños fusilados…

[¿Qué había pasado el 9 de enero? Por primera vez en Rusia, las masas de trabajadores se acercaron al Palacio de Invierno, intrépidas, como una avalancha imparable, para presentar sus demandas al "Padre Zar", demandas en las que los trabajadores de Petersburgo plantearon ingenua y confiadamente todas sus necesidades y preocupaciones: los salarios, las condiciones de vida, la jornada laboral y, sobre todo, la libertad de expresión, las huelgas y la organización de los trabajadores. El gobierno zarista pensó en usar al sacerdote Gapón como arma contra la creciente conciencia de la clase trabajadora de Rusia. Los astutos gobernantes esperaban distraer a los trabajadores del socialismo, nublando sus cabezas con las inofensivas empresas de Gapón, y los provocadores zaristas organizaron una parodia de clubes de trabajadores en los que los provocadores y la policía secreta zarista también eran miembros y espías. Pero los trabajadores ya estaban tan fuertemente inspirados por el deseo de defender sus intereses, luchar contra la explotación de clase y buscar formas de actuar juntos, que los trabajadores de Petersburgo se acercaron a los clubes de Gapón, los inundaron y obligaron a su débil y voluble sacerdote a ponerse temporalmente al lado de los trabajadores y aceptar expresar sus demandas.

[Poco antes del 9 de junio, estalló una huelga en la fábrica Putilov. Las demandas de la huelga eran económicas. La vida de los trabajadores era difícil y sin esperanza en ese momento. Rusia fue destrozada por la desastrosa y vergonzosa guerra del ejército del zar contra Japón. Había un fermento en los pueblos. Aquí y allá estallaron disturbios campesinos. Las campesinas se rebelaron contra las autoridades zaristas cuando los reclutas fueron alistados nuevamente. Las finanzas estaban en una situación desesperada. Los industriales se quejaban porque la política burocrática y corrupta del zarismo había llegado a un punto muerto. La chispa de la huelga en la fábrica Putilov cayó en este polvorín de descontento generalizado. Fue en los días de Navidad de 1904. En aquellos días, el gobierno zarista se dio cuenta con horror de cuán peligroso era el juego en el que se había involucrado con el Pope Gapón, al intentar utilizarlo como su herramienta. Las masas trabajadoras arrinconaron a Gapón y siguieron el camino de su clase, que los bolcheviques mostraron al proletariado. Las manifestaciones se sucedían en los clubes de Gapón día tras día, se adoptaron las primeras resoluciones masivas de trabajadores en Rusia, y la desconcertada policía no sabía si dispersar a los trabajadores o seguir jugando el peligroso juego de provocación de las masas trabajadoras.

[La ola de sentimiento revolucionario creció y se hizo cada vez más poderosa. Los jóvenes ya cantaban la "*Varshavyanka*"[28] en los barrios obreros. Sin embargo, los trabajadores mayores, menos acalorados, dijeron que uno tenía que ir directamente al Padre Zar con el pope Gapón y describirle las necesidades de los obreros, y que el camino hacia el Zar tenía que abrirse paso a través del muro de los funcionarios y de los propietarios codiciosos.][29]

Sablinsky, *The Road to Bloody Sunday: The Role of Father Gapon and the Petersburg Massacre of 1905*, Princeton University Press, 1976.]

[28] [La "*Varshavyanka*" (Варшавянка: Varsovia) es una canción revolucionaria polaca traducida al ruso, que se generalizó durante la revolución de 1905.]

[29] [Los tres párrafos en corchetes no aparecen en la edición francesa, aparentemente fueron agregados a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

Ante la manifestación del 9 de enero, el comité del Partido [Obrero Socialdemócrata de Rusia en Petersburgo] había adoptado una actitud de desconfianza y circunspección. En las reuniones obreras especialmente organizadas, numerosos camaradas buscaban disuadir a los obreros de participar en aquella manifestación, en la que veían una "provocación" y una trampa. En cuanto a mí, me parecía que era necesario "marchar". Era un acto en el que la clase obrera se determinaba, un acto que sería una lección de actividad revolucionaria. Y yo aprobaba completamente en aquella época las resoluciones del Congreso de Ámsterdam sobre la cuestión de las "acciones de masas".[30]

[¿Qué hacían y pensaban los bolcheviques en aquellos días? Lenin estaba lejos, en el extranjero. En ese momento no había unanimidad completa entre los bolcheviques que militaban ilegalmente entre las masas. Algunos creían que se debía evitar que los obreros cayeran en la trampa insidiosa, no se debía permitir que las masas trabajadoras indefensas fueran asesinadas, y que se debía evitar que Gapon liderara a los obreros como humildes suplicantes ante el zar. Otros pensaban que la avalancha de trabajadores acababa de comenzar a rodar, que ya no podía detenerse y que las víctimas eran inevitables; pero que, si las masas salían a la calle, nuestro lugar estaba en su seno. La primera acción de los trabajadores podía ser una lección triste pero inevitable en el camino hacia la revolución.][31]

El 6 de enero, los trabajadores decidieron: "Vamos al palacio". Los días 7 y 8 de enero, hicieron sus preparativos. El gobierno zarista no sabía qué hacer. El zar mismo y su familia se fueron con miedo a *Tsarskoye Selo*.[32] No le correspondía a él, el emperador-padre, aceptar la petición de los trabajadores desarmados. En cambio, emplazó escuadrones confiables de la gendarmería y tropas de guardia leales, para que respondieran a las solicitudes de las multitudes pobres y atormentadas con una descarga de rifles.

El sol brillaba el 9 de enero. Estaba soleado y frío. Los pobres de la ciudad acudían sin cesar al Palacio del Zar desde todo Petersburgo. Las filas de los manifestantes recorrieron el viejo Petersburgo como una telaraña. La gente se reunió frente al palacio y esperó. Esperó pacientemente por una o dos horas. ¿Aparecería el zar? ¿Quién aceptaría la petición de los trabajadores al zar?

Pero el zar no apareció. En respuesta a las solicitudes de las personas indefensas, se escuchó un toque de clarín. Sonaba extraño y alegre en el frío aire invernal. Nos miramos involuntariamente.

"¿Qué es eso?", preguntó alguien a nuestro lado.

"La señal para que las tropas se alineen mejor", aseguró alguien de la multitud.

Y de nuevo, una tensa espera, mezclada con una vaga ansiedad.

Sonó otra señal. Las tropas se movieron un poco. La gente sonreía. La multitud desarmada se movía de una pierna a otra por el frío, esperando confiada. Luego una tercera señal y, detrás de ella, un trueno inusual. ¿Qué fue eso? ¿Fue un disparo? "No es nada", dijo alguien, "solo cartuchos en blanco". Pero junto a nosotros la gente caía... mujeres, niños. Los niños, como gorriones, caían silenciosamente en la nieve ante la cerca del jardín Alexander. "No, no tengas miedo, fue un accidente" -la gente no quería admitirlo. Pero los gendarmes del zar ya estaban cabalgando para atacar al pueblo.

---

[30] [Este párrafo, tomado de la versión francesa basada en el original ruso publicado en la revista *Proletarskaya revolyutsiya*, no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[31] [El párrafo en corchetes no aparece en la edición francesa, aparentemente fue agregado a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

[32] [La Villa de los Zares (Царское Село: *Tsárskoye Seló*) era la residencia de la familia imperial rusa situada 24 kilómetros al sur de San Petersburgo y servía como centro de recibimiento de la realeza y de la nobleza extranjera.]

El domingo sangriento se cobró miles de víctimas, muertos e innumerables heridos. Pero junto con los disparos, los sirvientes zaristas mataron no solo a los "súbditos" de su propio emperador-padrecito, sino algo más: la confianza de las amplias masas de trabajadores y su creencia en que se podía obtener justicia del gobierno zarista. Ese día, Rusia se había convertido en un país diferente, en un nuevo país. El 9 de enero inició el gran movimiento de las masas trabajadoras contra la vieja Rusia de los terratenientes y de la burguesía.

Tras las jornadas de enero se retomó el trabajo ilegal con nueva energía y fuerza. Los bolcheviques en Petersburgo comenzaron a publicar su propio periódico ilegal (del que no recuerdo el título)[33], con el que yo colaboraba, no solamente en calidad de periodista, sino como colaboradora técnica de la imprenta. De las proclamas que escribí en ese momento, una proclamación contra el *Zemsky Sobor* (Земский собор: la Asamblea Nacional estamental) y a favor de la Asamblea Constituyente fue particularmente exitosa.

Manteniendo durante esos años lazos vivos con Finlandia, contribuía así a la unificación de la acción de ambos partidos [la socialdemocracia rusa y finlandesa] en la lucha contra el zarismo.

En el dominio del periodismo revolucionario, escribí durante el período 1904-1905 en varias revistas marxistas legales de aquel tiempo: *Pravda* de Moscú, *Obrazovanie*, la revista *Fabrichnyy vestni*, (Фабричный вестник: *El heraldo de la fábrica*), etc.[34] En aquella época también aparecieron mis artículos sobre la cuestión agraria, sobre la protección del trabajo y sobre el movimiento en Finlandia.[35] En respuesta a la colección filosófica de los idealistas Nikolai Berdyaev y Sergei Bulgakov escribí mi artículo "El problema de la moral desde un punto de vista positivo".[36]

Cuando se despertó la opinión pública, las feministas burguesas rusas comenzaron a moverse. Las mujeres comenzaron a organizar sus propias manifestaciones. Los inofensivos "círculos femeninos" de la "Sociedad de Ayuda Mutua de las Mujeres Rusas" adquirieron un tinte político, porque plantearon la cuestión de los derechos civiles y políticos de las mujeres.[37] Numerosas mujeres socialdemócratas y socialistas-revolucionarias estaban dispuestas a adoptar las consignas de las feministas burguesas y a colaborar con ellas sobre la base del "sufragio democrático", la "fórmula de cinco puntos".[38] La "Unión para la Igualdad de Derechos de las Mujeres", relacionada con los

---

[33] [*Peterburgskaya Rabochaya Nedelya* (Петербургская Рабочая Неделя: *Semanario de los trabajadores de Petersburgo*); un número de este periódico se publicó el 20 de marzo de 1905.]

[34] [«Этика и социал-демократия (по пути в г. Покровского в № 4 «Полярной звезды»)», *Образование*, 15 (февраль 1906 г.): 22-32. ("Ética y socialdemocracia (con respecto al artículo del Sr. Pokrovsky en el n° 4 de "Estrella Polar"), *Educación*, n° 15, febrero de 1906, pp. 22–32.).]

[35] ["Новый финляндский парламент". *Образование* 16, 4 (апрель 1907 г.), с. 72-90; нет. 5 (май 1907 г.), с. 54-69; 7 (июль 1907 г.), с. 20-47. ("El nuevo parlamento finlandés", *Educación,* n° 4, abril de 1907, pp. 72-90; n° 5, mayo de 1907, pp. 54-69; n° 7, julio de 1907, pp. 20-47.).]

[36] ["Проблема нравственности с позитивной точки зрения" *Образование*, 9 (Сентябрь 1905 г.), с. 77-95; нет. 10 (октябрь 1905 г.), стр. 92-107 ("El problema de la moral desde un punto de vista positivo", *Educación*, n° 9, septiembre de 1905, pp. 77-95; n° 10, octubre de 1905, pp. 92-107).]

[37] [Una referencia a la Sociedad de Ayuda o Beneficencia Mutua de las Mujeres Rusas (Русского Женского Взаимно-Благотворительного общества) creada en mayo de 1895 en San Petersburgo y dirigida por Anna Pavlovna Filosofova y Anna Nikitichna Shabanova.]

[38] [Los círculos democráticos de Rusia generalmente planteaban cuatro demandas para el establecimiento de un sistema electoral: un sufragio universal, igual, directo y secreto. A estas demandas se las conocía brevemente como la "fórmula de los cuatro puntos". Alexandra Kollontai hace referencia al hecho de que ciertas mujeres socialdemócratas y socialistas-revolucionarias estaban dispuestas a llegar a un compromiso con las feministas burguesas sobre la base de agregar un quinto punto: el requisito de que el sistema electoral también debía aplicarse a las mujeres, es decir, la adopción del sufragio femenino.]

cadetes y dirigida por Tyrkova, Kalmanovich y Mirovich, comenzó a funcionar.[39] Mujeres bolcheviques como Bazarova, Anna Gurevich; mencheviques como Margarita Margulies; socialistas-revolucionarias como Olga Volkenstein y otras más, frecuentaban las reuniones de la "Unión por la Igualdad" y arrastraban tras de ellas a esas reuniones a obreras. En los clubs [feministas] formaron los "grupos de mujeres socialistas". Las obreras, a las que habían sacudido profundamente los grandes acontecimientos en curso y que tenían su delegada oficial en la comisión de Shidlovsky, acudían en masa a todas la manifestaciones y reuniones políticas y buscaban organizarse.[40]

En abril de 1905, la primera gran concentración de mujeres se celebró en Petersburgo en el salón de la Escuela Tenishevsky, a iniciativa de los grupos de mujeres de todos los matices políticos. Hablaron las representantes del movimiento de mujeres burguesas, y las mencheviques también abogaron por una "plataforma unificada para las mujeres". Tuve que tomar la palabra y distanciarme decididamente del idilio de la cooperación entre socialistas revolucionarias y las activistas burguesas por la igualdad de derechos (буржуазными равноправками).[41]

Mi discurso fue acogido con una tormenta de indignación. Me gritaron que le "hacía el juego de las Centurias Negras", que desencadenaba pasiones, que fomentaba el "hooliganismo" («хулиганству») y que ayudaba a la "Unión del Pueblo Ruso"[42]. La mujer de letras Natalia Krandievska se lanzó sobre mí al grito de "*¡Estrangularos sería poco!*". Solo fui apoyada por una trabajadora (cuyo nombre he olvidado). Recuerdo que, exigiendo la separación más neta de las feministas y la unidad en el movimiento revolucionario del proletariado de ambos sexos, pedí que se prestara más atención al triste destino y a la doble privación de derechos de las trabajadoras. Mi discurso arrojó resultados: las trabajadoras se acercaron al partido. Buscaban cómo utilizar sus fuerzas, pero todavía no estaban maduras para participar activamente en la vida del partido. Y nosotros tampoco sabíamos todavía en aquellos tiempos cómo utilizarlas, cómo despertar su iniciativa y su conciencia de clase.

En octubre de 1905 militaba activamente entre las masas. Hacía propaganda en las grandes fábricas y centros industriales, especialmente en *Nevskaya Zastava*, en zona del del río Ojta y en la Isla Vasilyevsky. Mi preocupación constante era que las obreras asistiesen a nuestras reuniones y conferencias. Asistían a las reuniones, pero sólo muy raramente se unían a los círculos, y las pocas que se acercaban a los círculos, tras una o dos veces ya no se las volvía a ver.

Fueron mis "alumnas" de las fábricas las que me informaron de la inminencia de la huelga general de octubre. Y los mismos lazos vivientes con las masas me permitieron asistir a la primera reunión del "Soviet de Diputados Obreros" que se reunió en las jornadas de octubre de 1905 en el Instituto Tecnológico y que entonces tenía todavía la tarea modesta de apoyar a los huelguistas y "dirigir la huelga".

---

[39] [Una referencia a la Unión Panrusa para la Igualdad de Derechos de las Mujeres (Всероссийский союз равноправия женщин), a veces mencionada como la Unión de Mujeres o Unión por la Igualdad (Союза равноправия), dirigida por Zinaida Mirovich, Anna Kalmanovich y Ariadna Tyrkova-Williams en Moscú, y Liubov Gurevich y Maria Chejova en San Petersburgo.]

[40] [Comisión de Shidlovsky: comisión gubernamental especial "para la aclaración inmediata de las causas de la insatisfacción de los trabajadores". Fue establecida el 29 de enero de 1905 en relación con el movimiento de huelga después de la masacre del Domingo Sangriento. Con la formación de esta comisión, el zarismo quiso desviar a los trabajadores del movimiento revolucionario. Los socialdemócratas usaron las elecciones a la comisión para exponer las maniobras del gobierno y educar políticamente a las masas.]

[41] [No existe en español una palabra equivalente a равноправками: *ravnopravkami*, que se puede traducir como activistas por o defensores de la igualdad de derechos de las mujeres (en inglés: "*equal righters*").]

[42] [Союзу русского народа] Organización reaccionaria antisemita. NdR. (Boris Souvarine) Las Centurias Negras (Чёрные Сотни: *Chiórnye sotni*) fueron un movimiento antisemita conservador en la Rusia de comienzos del siglo XX que apoyaba a la autocracia zarista en oposición a los movimientos revolucionarios.

En una de las sesiones siguientes del “soviet obrero” me encontré por primera vez con Trotsky, que, tras haberse dado cuenta de la composición del soviet, captó su importancia y, en un discurso muy claro y neto, trazó las tareas de este nuevo organismo de agrupación de los obreros que no había tenido todavía tiempo para darse cuenta de toda su importancia. Allí también conocí a Jrustalyov-Nosar.[43]

Para apoyar la huelga general se organizaron colectas: parte del dinero recaudado fue al Comité [del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia] de Petersburgo, y parte directamente a la caja del Soviet. Yo consideraba que, por una parte, las colectas a través del comité causaban retrasos y, por otra parte, coartaban la iniciativa de las masas que donaban más a gusto directamente al soviet. Al respecto tuve algunas polémicas con miembros del comité del partido.[44]

Tenía que rendir servicios puramente técnicos al soviet: encontrarle un local, procurarle medios financieros. Me dediqué a este trabajo con entusiasmo, sin cesar por ello de hablar en innumerables manifestaciones al aire libre que reunían a decenas de miles de oyentes. Fue un período particular en el que una se embriagaba de política como si fuera vino. El soviet se reunía de noche y de día, convirtiéndose cada vez más en una fuerza política que rivalizaba con el poder oficial. Las “uniones” (Союзы: *Soyuzy*: sindicatos) surgían por todas partes como hongos, y en todos las uniones y asociaciones el trabajo de pensamiento, el desarrollo de plataformas, la lucha de opiniones continuaba.

Después de dejarse llevar por el lema “Unidad de los círculos de oposición” durante los brillantes días de la huelga general en octubre, la burguesía gradualmente volvió en sí, porque comenzó a sentir miedo.

Las consignas de la “jornada laboral de ocho horas” y de la “Asamblea Constituyente”, lanzadas por la socialdemocracia, hicieron que la burguesía, asustada, buscara su refugio habitual en el trono. En las manifestaciones y reuniones, la tarea principal era exponer a los cadetes y llevar a cabo una fuerte polémica contra ellos.

Los soviets se volvían cada vez más populares entre las masas, pero el Comité [del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia] de Petersburgo no sabía asegurarse el liderazgo en ellos, por lo que las personas activas en el Comité y en los soviets no eran las mismas. Nuestros camaradas todavía estaban totalmente imbuidos del espíritu de la clandestinidad, mientras que los soviets se esforzaron por salir de la ilegalidad sofocante a la arena política abierta; confiaron en las grandes masas y las persuadieron para que actuaran, a pesar de que las masas todavía estaban fuera del partido.

Sobre el tema de la actitud hacia los soviets, tuve desacuerdos con el Comité de Petersburgo. Trabajé entonces en el Comité de Petersburgo (el Comité de Petersburgo unía formalmente a ambas tendencias, aunque de hecho fue dirigido por los bolcheviques) como agitadora. Los desacuerdos con el Comité de Petersburgo se referían a la intervención en los soviets y su subordinación a las directivas del partido. Yo estaba a favor de la “iniciativa” (“самодеятельность”) de los soviets (con la cual apoyé la política equivocada del menchevismo).[45]

[Vi a Lenin por primera vez en una reunión clandestina. Eso también ocurrió en ese año memorable. Vladimir Ilich regresó del extranjero para liderar el movimiento revolucionario.[46] La reunión ilegal tuvo lugar en algún lugar de la avenida Sagorodny,

[43] El primer presidente del soviet, al que sucedió Trotsky. NdR. (Boris Souvarine) [Este párrafo no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[44] [Las últimas dos oraciones de este párrafo no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[45] [Las últimas palabras entre paréntesis no aparecen en la edición francesa, aparentemente fueron agregadas a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

[46] [Lenin llegó a Petersburgo el 8 de noviembre de 1905, según el calendario juliano entonces vigente en Rusia.]

posiblemente en el edificio del Instituto Tecnológico. Eran unas veinte personas, no más. La mesa estaba iluminada por una lámpara colgante de querosén. En la mesa se encontraba Mártov, el líder de los mencheviques.

[Lenin no se había sentado. Caminaba lentamente por la habitación, se detenía cerca de Mártov y, con asombrosa simplicidad y lógica, cuestionaba las posiciones del menchevismo.

[Hubo violentas batallas verbales durante la discusión. La cuestión principal en debate era la dictadura del proletariado. Los oportunistas mencheviques no querían admitir que el liderazgo de la revolución debía estar en manos del partido, que los trabajadores eran la vanguardia de la revolución y que debían luchar en alianza con el campesinado. Mártov no reconocía al campesinado como un aliado de los trabajadores. Los mencheviques esperaban el apoyo de la burguesía rusa. Temían la dictadura del proletariado.

[Me sorprendió cuán atentamente Vladimir Ilich escuchó las objeciones de Mártov. A veces sonreía apenas perceptiblemente. A veces levantaba las cejas, un rastro de ira y molestia se hacía evidente en su rostro. La cara de Vladimir Ilich se volvió dura y despiadada. Y sus respuestas cayeron como golpes de martillo.

[Esa noche en la avenida Zagorodny, como casi siempre que Lenin hablaba, la victoria fue de Vladimir Ilich. Los bolcheviques también ganaron en la práctica.

[A principios de 1906, recuerdo otra reunión con Vladimir Illich en la oficina editorial del periódico bolchevique *Vpered*, que fue rápidamente prohibido.[47] Vladimir Ilich estaba consultando o dando instrucciones a alguien, pero cuando se enteró de que había venido "a hacer un recado", rápidamente se me acercó. Se trataba de un envío de armas. Las armas tenían que estar escondidas en un departamento seguro. Vladimir Ilich quería saber exactamente a quién pertenecía el departamento, si eran personas confiables y cuál era la situación con los vecinos. Recuerdo sus instrucciones de no usar ese apartamento para reuniones secretas bajo ninguna circunstancia.

[Cuando nos despedimos, me preguntó sobre qué estaba escribiendo en este momento. Mi folleto *Sobre la cuestión de la lucha de clases* acababa de ser confiscado por la censura zarista. La pregunta de Vladimir Ilich fue un incentivo indirecto para mi escritura. No he olvidado eso.][48]

Bajo orden del Comité del Partido [Obrero Socialdemócrata de Rusia en Petersburgo] tuve que marchar a hacer agitación en las provincias. En una manifestación muy concurrida en Vilna llamé abiertamente "a las armas". La policía acudió inmediatamente y la sala fue registrada, pero logré escapar gracias a la habilidad y presencia de ánimo de los camaradas. De vuelta en Petersburgo, no fui molestada, lo cual es característico de lo confundido que estaba el poder del estado en ese momento. Durante un tiempo fui tesorera del Comité de Petersburgo. Con el fin de recaudar fondos para el Comité de Petersburgo, concebí la idea de publicar primer el *Anuario de los trabajadores* («Рабочего ежегодника») legal, que luego apareció en 1906. Era una especie de libro de referencia para trabajadores, con varias secciones sobre diferentes temas: políticos, sociales y similares. Sus colaboradores pertenecían a las diferentes fracciones del partido. Entre ellos se podía encontrar el nombre del bolchevique de izquierda Lunacharsky, del menchevique Martov o del Dr. Nikolay Vasilievich Vasiliev, amigo de Plejánov. Este último debía entregar también un artículo, pero cuando se enteró de que Lunacharsky

---

[47] [*Vpered* («Вперед»: adelante) fue un periódico legal bolchevique que apareció en Petersburgo a partir del 26 de mayo (8 de junio) de 1906; después de la aparición del número 17 el 14 de junio (27 de junio), fue prohibido.]

[48] [Los siete párrafos hagiográficos en corchetes no aparecen en la edición francesa, aparentemente fueron agregadas a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

colaboraba en la recopilación, declaró que entre sus intenciones no estaba la de escribir junto con los “buscadores de Dios”.[49]

Aunque parecía ser una antología “no faccional”, predominaban en ella los autores mencheviques. Esto se debió al hecho de que en 1906 me alejé de los bolcheviques por el tema de la actitud ante la Duma del Estado. Yo había resueltamente optado a favor de la “utilización” de ésta, lo que me acercó a los mencheviques. Me pareció que la participación en la Duma animaba la actividad e iniciativa de las masas y facilitaba su educación política, mientras que el boicot favorecía, por el contrario, su pasividad y dificultaba el desarrollo de su iniciativa. Los desacuerdos con los bolcheviques habían comenzado anteriormente a propósito de la actitud hacia los soviets.[50] Por lo tanto, en 1905 y 1906, no fui parte de la redacción del primer periódico bolchevique legal en Rusia.[51] Entonces el órgano menchevique se apresuró a incluirme entre sus colaboradores.

Mientras tanto, la lucha contra el feminismo burgués se volvía cada vez más intensa. Al lado de la inofensiva “Sociedad de Ayuda Mutua de las Mujeres Rusas” funcionaban el “Partido Progresista de las Mujeres” dirigido por la Dra. Pokrovskaya y una activa “Unión por la Igualdad” cuya popularidad crecía rápidamente.[52] La pelea ya estaba abierta. Pero las activistas por la igualdad de derechos para las mujeres (равноправен: *ravnopraven*) aún dominaban: la opinión pública estaba de su lado, porque no estaba determinada por los trabajadores, sino por la intelectualidad. En las reuniones tomaban parte sólo obreras políticamente pocas conscientes, trabajadoras domésticas y artesanas, por lo que las activistas por la igualdad de derechos para las mujeres (равноправии) tuvieron éxito y se requirió mucho esfuerzo para propagar nuestra propia línea sin provocar una protesta.

En aquella época, el partido no realizaba un trabajo planificado entre las obreras, no había publicaciones para las trabajadoras, con la excepción del folleto de Sablina (Krupskaya), e incluso éste había aparecido ilegalmente.[53] Recuerdo que, apenas Vera Zasulich regresó a Rusia, fui a verla para pedirle consejo sobre la forma de organizar la

---

[49] Así se llamaba a los discípulos de Bogdanov y Lunacharsky que se oponían a Lenin, no solamente a propósito de cuestiones de táctica (boicot a la Duma, actividad sindical, etc.), sino también de problemas filosóficos (empiro-monismo). Lenin y Plejánov tomaron a su cargo la refutación. NdR. (Boris Souvarine) [Las dos últimas oraciones no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[50] [La última oración no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[51] [Una referencia al periódico *Novaya zhizn'* (Новая жизнь; *Nueva Vida*), el primer periódico legal bolchevique, que apareció en Petersburgo del 27 de octubre al 3 de diciembre de 1905, según la datación del calendario juliano entonces vigente en Rusia.]

[52] [Una referencia a la Sociedad de Ayuda o Beneficencia Mutua de las Mujeres Rusas (Русского Женского Взаимно-Благотворительного общества) creada en mayo de 1895 en San Petersburgo y dirigida por Anna Pavlovna Filosofova y Anna Nikitichna Shabanova; a la Unión Panrusa para la Igualdad de Derechos de las Mujeres (Всероссийский союз равноправия женщин), a veces mencionada como la Unión de Mujeres o Unión por la Igualdad (Союза равноправия), dirigida por Zinaida Mirovich, Anna Kalmanovich y Ariadna Tyrkova-Williams en Moscú, y Liubov Gurevich y Maria Chejova en San Petersburgo; y al Partido Progresista de las Mujeres (Женской прогрессивной партии) dirigido por Maria Ivanovna Pokrovskaya, y la Liga Panrusa por la Igualdad de Derechos de las Mujeres (Всероссийская лига равноправия женщин), que el 19 de marzo de 1917 organizó una manifestación de aproximadamente 40.000 mujeres a favor del sufragio femenino.]

[53] [Una referencia al folleto de Nadezhda Krúpskaya, *La mujer trabajadora* (Женщина-работница 1899). Hay una edición inglesa disponible en el Marxists Internet Archive, titulada *The Woman Worker.*]

propaganda entre las obreras: ¿cómo comenzar? Pero no encontré ningún apoyo en Vera Zasulich. Veía todo eso como inútil, si no nocivo.[54]

En el invierno de 1905-1906 tuve no solamente que realizar agitación entre las masas, sino que además tuve que luchar contra las feministas (феминистками), siempre que fuera posible, defendiendo la idea de que para la socialdemocracia no existía una cuestión de la mujer especial [separada de la emancipación de la clase obrera] y, además, realizar una serie de conferencias públicas sobre el papel de la mujer en la economía, sobre la historia del matrimonio, etc., popularizando los principios del socialismo en relación con la tarea de la emancipación completa de la mujer. Al mismo tiempo seguía combatiendo a aquellas compañeras del partido que, tras haberse desmarcado de la "Unión por la Igualdad", habían constituido en la primavera de 1906 dos clubes de mujeres socialistas, que incluían a los bolcheviques, mencheviques y socialistas revolucionarias. A pesar del hecho de que las trabajadoras también eran miembros de estos clubes, que atraían a las masas, me negué decididamente a asistir a ellos, porque sentí que la lucha por la liberación de las mujeres debe tener sobre todo una línea de clase clara e inequívoca.

Pero, por otro lado, participé en los clubes de "sociedades de autoeducación" de trabajadores, que surgieron espontáneamente en Petersburgo y donde las masas obreras no partidistas recibían los fundamentos de una educación socialista. A consecuencia de las discusiones relativas al boicot a las elecciones a la Duma, en la primavera de 1906 participé directamente en la actividad del Comité menchevique y colaboré con su órgano central.[55]

En el otoño de 1906 conocí a Rosa Luxemburg en Finlandia. Siguiendo su consejo, asistí al Congreso de Mannheim del Partido [Socialdemócrata] alemán, en relación con el cual se convocó una conferencia de mujeres socialdemócratas.[56] La conferencia me ofreció un punto de apoyo en la cuestión del trabajo entre las mujeres Las reuniones y conversaciones con Clara Zetkin, con la obrera Ottilie Baader, con Margarethe Wengels y otras personas me convencieron de lo correcto de mi esfuerzo por crear un aparato para el trabajo entre las mujeres dentro del partido.

Al regresar a Rusia, en una serie de conferencias y conversaciones defendí y desarrollé la idea de la necesidad de que el partido comenzara a trabajar entre las mujeres. Sólo encontré simpatía entre las propias trabajadoras, los camaradas del partido se mostraron escépticos o indiferentes a mis palabras. Hubo algunos, especialmente entre los viejos revolucionarios del partido, que vieron en mi propuesta una "inclinación dañina al feminismo" («вредный уклон к феминизму»).

Recuerdo como si fuera hoy el primer intento fallido de organizar una reunión de trabajadoras, con el consentimiento del Comité [del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia] de Petersburgo, en la que se debatiría la creación de un "Buro de trabajadoras"

---

[54] [Las últimas dos oraciones no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[55] [La última oración no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[56] [El congreso de Mannheim del Partido Socialdemócrata de Alemania tuvo lugar en septiembre de 1906. Allí se discutieron los problemas de la huelga política de masas y los sindicatos. La cuarta conferencia de mujeres socialdemócratas en Alemania, que tuvo lugar al mismo tiempo, discutió cuestiones de la lucha por el derecho al voto de las mujeres, la agitación entre los trabajadores agrícolas, la inclusión de las trabajadoras domésticas en el movimiento de mujeres, etc. Se aprobaron resoluciones sobre todos los problemas para reforzar la lucha por los derechos y demandas de las mujeres. Ver las actas de la Conferencia y del Congreso en *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der sozialdemokratischen Partei Deutschlands abgehalten zu Mannheim vom 23. bis 29. September 1906 sowie Bericht über die vierte sozialdemokratische Frauenkonferenz in Mannheim abgehalten am 22. und 23. September 1906*, Berlin: Buchhandlung Vorwärts, 1906.]

(Бюро работниц) dentro del partido. El Comité de Petersburgo nos había prometido una sala para esa noche. Pero cuando unas pocas personas acudimos a la reunión de trabajadoras nos encontramos no solamente con la puerta cerrada, sino que alguien nos dejó una inscripción deliberadamente grosera: “La reunión reservada a las mujeres se cancela; mañana la reunión es solo para hombres.” Uno de los trabajadores que nos acompañó (si no me equivoco era el camarada Silnov, de la fábrica de Nevsky), indignado por este acto sin sentido, nos invitó a todas a su habitación, donde celebramos una reunión organizativa de trabajadoras, pero éramos demasiado pocas para elegir un Buro.

Fui a pedir explicaciones al respecto al Comité de Petersburgo. Formalmente, los camaradas no tenían nada en contra de nuestra iniciativa, pero tampoco nos prestaron ningún apoyo. Lo más probable es que nadie estuviera interesado en este tema, pero mientras tanto el peligro de las feministas burguesas (буржуазных феминисток) creció. Las socialistas revolucionarias se habían aliado con las activistas por la igualdad de derechos para las mujeres (равноправками) y las apoуaban.

Todas las asociaciones de mujeres burguesas tenían sus propias revistas, publicaban folletos y llamamientos, convocaban a reuniones, agrupando alrededor de ellas a las obreras y campesinas de las provincias, enviando peticiones a la Duma del Estado. Se necesitaba un contrapeso. Perdimos a las estudiantes, así como a las mujeres trabajadoras de la intelligentsia, y no obtuvimos una base sólida entre las obreras.

En la primavera de 1907 escribí un artículo sobre la organización de las obreras.[57] Con este artículo, finalmente se planteó la cuestión de crear un aparato de especial del partido para trabajar entre mujeres. Luego, en la primavera de 1907, comencé a trabajar en la Unión (Sindicato) Textil. Junto con este sindicato, en la primavera de 1907, organizamos una serie de reuniones públicas en San Petersburgo específicamente para las trabajadoras. Para atraer la mayor cantidad de personas posible, organizamos estas reuniones en forma de conferencias seguidas de una discusión, como era común en ese momento. Alguien de nosotros, cuyo nombre aún no figuraba en la lista negra de la policía, elegía un tema inofensivo, como la “higiene de la maternidad” o “los clubes de trabajadoras en Inglaterra”. La conferenciante hablaba durante unos veinte minutos; a continuación, tomábamos la palabra y llevábamos a cabo nuestra agitación. A veces ocurría que la policía comprendía de golpe nuestra maniobra y dispersaba la asamblea. A veces el orador podía obtener una última palabra en la que resumía el objetivo de la reunión. Pero también ocurría en otros casos que la conferencia acababa sin incidentes, logrando la conferenciante alcanzar el objetivo del mitin. Nuestras reuniones en la casa Nobel, en el barrio de Viborg, fueron muy populares entre las trabajadoras. La bolchevique Natasha (¿dónde está ahora?) era la favorita de las obreras. Las dos fracciones del partido participaban en esos mítines (Митинги).

En la primavera de 1907, algunas trabajadoras conscientes se destacaron: la tejedora Antonovna (hoy en día fallecida) y la trabajadora textil bolchevique Ana Semionovna (Osipova); las costureras Solovyova y Marusya Burko; más tarde también la impresora Klavdia Nikolaevna y la enfermera Yefremova, una mujer sobresaliente y original. Se formó un grupo que se mantuvo en contacto con las trabajadoras de fábricas y plantas. Enviamos a nuestros oradores a los mítines de las activistas por la igualdad de derechos para las mujeres (митинги равпоправок) para que tomaran parte en las discusiones, pero no admitimos a ningún orador burgués en nuestras propias reuniones.

[57] [“Два течения (по поводу первой международной женской социалистической конференции в Штутгарте)”, *Образование*, 16 (Октобер 1907):46-62. (“Dos tendencias (con respecto a la Primera Conferencia Socialista Internacional de Mujeres en Stuttgart)”, *Educación*, No 16, octubre de 1907, pp. 46-62.)]

En el otoño de 1907 participé en la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Stuttgart y también en el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en dicha ciudad.[58] Fui la única representante de Rusia dicha Conferencia. Se produjo en ella una lucha entre el ala izquierda y el ala derecha de la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, lucha que reflejaba la que se ocurría entre las dos tendencias en la Internacional Socialista misma. Seguí a Clara Zetkin. El primer punto de desacuerdo se refería a la lucha por el sufragio universal. Las socialistas austríacas, junto con Lily Braun, apoyaban una serie de compromisos; Zetkin exigió resistencia.[59] En nombre de Rusia, apoyé a la izquierda contra las oportunistas. La cuestión de las formas de trabajo entre las mujeres también causó controversia: Zetkin defendió la formación de un Secretariado Internacional, Lily Braun y las "derechistas" de repente vieron en esto una forma de "feminismo". Y nuevamente tuve que apoyar a la "izquierda".[60] Después de la conferencia de Stuttgart, regresé a Rusia con un plan de trabajo entre las trabajadoras completamente maduro, que comencé a implementar en el otoño de 1907.

[En 1907, en el Congreso Socialista Internacional en Stuttgart, me encontré con Lenin.

[Una gran sala, un teatro o sala de reuniones. Cientos de delegados de toda Europa. Todavía no de todo el mundo, los estadounidenses probablemente no estaban allí en ese momento.[61] En el escenario, en el Presidium, un lugar vacante. Era el asiento del delegado inglés de "izquierda", es decir, del revolucionario marxista, Harry Quelch. Las autoridades alemanas lo expulsaron del país inmediatamente después de su primer discurso en el congreso. La figura principal del congreso era el anciano August Bebel.

---

[58] [La Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas tuvo lugar del 23 al 29 de septiembre de 1907 en Stuttgart, antes de la apertura del Séptimo Congreso de la Internacional Socialista. 58 delegadas de 15 países asistieron a la mista. La Conferencia tuvo establecido una táctica uniforme para los partidos socialistas en la lucha por el derecho al sufragio femenino, adoptando la demanda del sufragio universal (no calificado) para ambos sexos. El Séptimo Congreso de la Internacional Socialista tuvo lugar en Stuttgart del 18 al 24 de agosto de 1907. Ver la intervención de Kollontai en las actas de la conferencia: *Erste Internationale Konferenz Sozialistischer Frauen*. En: *Internationaler Sozialisten-Kongress. 18. - 24. August 1907*. Berlin, 1907, S. 131-132. Ver también su intervención en apoyo a Zetkin en p. 143.] [El lector puede ver en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: *Resolución del Primer Congreso Internacional de Mujeres Socialistas sobre el derecho a voto de las mujeres*. Alejandría]

[59] [Las socialistas austriacas estaban dispuestas a contentarse, como primer paso, con la concesión del sufragio universal masculino (es decir, con la abolición del sufragio calificado y la concesión del derecho al voto a los trabajadores varones). Lily Braun era la principal líder del ala derecha del movimiento de mujeres socialistas alemán, y como tal apoyaba un compromiso con las feministas. Su principal obra fue Lily Braun, *Die Frauenfrage, ihre geschichtliche Entwicklung und wirtschaftliche Seite* (*La cuestión de las mujeres, su desarrollo histórico y su aspecto económico*), Leipzig: Vorlag von S. Hirzel, 1901. Ver su biografía por Alfred G. Meyer, *The Feminism and Socialism of Lily Braun*, Indiana University Press, 1985, así como la selección de sus escritos en inglés: Lily Braun, *Selected Writings on Feminism and Socialism*, Translated and edited by Alfred G. Meyer, Indiana University Press, 1987.]

[60] [En la Conferencia de Mujeres Socialistas celebrada en Stuttgart, se fundó un Secretariado Internacional de Mujeres (*Frauensekretariat*), dirigida por Clara Zetkin. Una de las tareas de la Secretaría era recopilar material informativo sobre el movimiento de mujeres y liderar el movimiento socialista de mujeres. El transcurso de la conferencia y las discusiones mantenidas en ella fueron descritos por Alexandra Kollontai en su trabajo *Conferencia Internacional Socialista de Mujeres Trabajadoras*, Traducción de Valentina Andrade, revista *Izquierdas*, Nro. 49, diciembre de 2020, sección Documentos, pp. 1-14.] [Ver en esta misma serie *[Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras]*. Alejandría]

[61] [En el Congreso de la Segunda Internacional celebrado en Stuttgart, estuvieron presentes delegados de 25 países de todo el mundo: de Argentina, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Noruega, Austria, Polonia, Rusia, los Estados Unidos de América, etc. El número total de delegados fue 884. Las más fuertes fueron las delegaciones de Alemania, con 289 miembros, y de Gran Bretaña, con 123 miembros; 22 delegados de los Estados Unidos estuvieron presentes.]

[Vladimir Ilich era miembro de la delegación bolchevique. El público no vio gran parte de su trabajo: se sentó en las comisiones donde se estableció realmente la línea del movimiento obrero internacional.

[Se discutió una cuestión seria: ¿qué debía hacer el proletariado internacional organizado en caso de guerra? (¡Todavía estábamos en 1907!) Los socialdemócratas, ya caídos en el oportunismo, tenían miedo de enfrentar la verdad. Propusieron una resolución que no trataba el tema, que solo contenía palabras hermosas, melodiosas, grandes, pero sin sentido: "Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es obligación de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios de los países afectados, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan efectivos." Este fue aproximadamente el texto.[62]

[Lenin dijo en la comisión: "Si estalla una guerra, es tarea del proletariado organizado convertir la guerra imperialista en una guerra civil."[63] Los oportunistas de la Segunda Internacional naturalmente intentaron todo para que Vladimir Ilich no tuviera éxito. Lenin se encogió de hombros y dijo: "Tarde o temprano tendremos que volver a eso de todos modos. O la socialdemocracia perecerá".

[¡Lenin tenía razón otra vez!

[Un año después, Lenin escribió: "La experiencia que hoy vivimos, a menudo sólo en el campo ideológico, es decir las discusiones sobre las enmiendas teóricas a Marx; lo que hoy surge en la práctica sólo en problemas aislados y parciales del movimiento obrero tales como las diferencias tácticas con los revisionistas y la división que se produce en base a ellas, todo ello lo experimentarán en escala incomparablemente mayor la clase obrera cuando la revolución proletaria agudice todos los problemas en litigio, concentre todas las diferencias en los puntos que tienen la importancia más inmediata para determinar la conducta de las masas, y en el fragor del combate haga necesario separar los enemigos de los amigos, echar a los malos aliados para asestar golpes decisivos al enemigo."[64]

[Con odio indomable, Lenin estigmatizó a los oportunistas socialdemócratas, que temían el movimiento revolucionario de las masas y desconfiaban de las escisiones.][65]

---

[62] [Hemos reemplazado la perífrasis de Kollontai por una cita del texto de la resolución sobre "El militarismo y los conflictos internacionales" aprobada por el Congreso de Stuttgart y redactada originalmente por Lenin y Rosa Luxemburgo". La resolución concluía afirmando: "En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista." Para una versión castellana de la resolución ver James Joll, *La Segunda Internacional, 1889-1914,* Barcelona: Icaria, 1976, pp. 181-184.]

[63] [La formulación no es exacta. Como el propio Lenin escribió: "La resolución de Bebel, propuesta por los alemanes y que en todo lo esencial coincidía con la de Guesde, adolecía del defecto de no contener ninguna indicación respecto a las tareas activas del proletariado, lo cual daba la posibilidad de leer las tesis ortodoxas de Bebel con gafas oportunistas. (...) Esta fue la razón de que Rosa Luxemburgo y los delegados socialdemócratas rusos introdujeran sus enmiendas en la resolución de Bebel. En dichas enmiendas 1) se decía que el militarismo es el principal instrumento de la opresión de clase; 2) se señalaba la tarea de la agitación entre la juventud; 3) se destacaba como tarea de la socialdemocracia luchar no sólo contra el desencadenamiento de las guerras o por el cese inmediato de las ya iniciadas, sino también por el aprovechamiento de la crisis engendrada por la guerra para acelerar la caída de la burguesía." V.I. Lenin, "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart", publicado el 20 de octubre de 1907 en el núm. 17 de la revista *Proletari*, en Lenin, *Obras completas*, Madrid: Akal, 1977, tomo 13, p. 74. Las enmiendas a la resolución introducida por la izquierda fueron adoptadas e insertadas en su totalidad.] [Consultable en la sección en español del MIA: https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oc/index.htm . Alejandría]

[64] [V.I. Lenin, "Marxismo y revisionismo" (abril de 1908), en Lenin, *Obras completas*, Madrid: Akal, 1977, tomo 15, pp. 33-34.]

[65] [Los ocho párrafos hagiográficos en corchetes no aparecen en la edición francesa, aparentemente fueron agregadas a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

De una forma general, Stuttgart ejerció sobre mí una gran influencia. La polémica y la lucha de tendencias en el congreso, en el que Rosa Luxemburg tomó posición contra "el propio" Bebel, y donde un grupo de "izquierdistas" luchó contra los líderes más populares, fortaleció aún más mi confianza en la corrección de la corriente dentro de la socialdemocracia que marchaba sin compromisos hacia la revolución social. Esa es precisamente la razón por la cual las tácticas de mis aliados del partido, los mencheviques, no me satisfacían en muchos aspectos. No estaba de acuerdo con ellos en la apreciación del papel ejercido por el liberalismo burgués en Rusia y consideré erróneo todo tipo de "acuerdos" o cooperación con la burguesía. Por su parte, mis camaradas de armas vieron en mí y en mis artículos el espíritu de la "fraseología bolchevique", y mi artículo sobre los resultados del Congreso de Mannheim (1906) despertó críticas, porque fue precisamente este artículo el que escribí bajo la influencia de Rosa Luxemburg, después de un contacto vivo y cercano con ella.[66]

Lo que me acercaba a los mencheviques era que veían en los sindicatos y círculos obreros de educación una escuela de acción para la clase obrera, mientras que en los bolcheviques la táctica de "utilización" todavía no se había liquidado. Esta táctica no contaba con mi aprobación. En Mannheim, la discusión entre Plejanov y Potresov consolidó mi convicción de que la posición de Plejanov era la correcta. Y en la cuestión agraria también compartía completamente el punto de vista de Maslov sobre la "municipalización" de las tierras contra la "nacionalización" defendida por los bolcheviques.[67]

En el otoño de 1907 comencé seriamente a trabajar en la organización de las trabajadoras en Petersburgo. El grupo de obreras constituido en la primavera de 1907 se convirtió en el núcleo principal con el que comencé el trabajo. La tarea consistía en dirigirse a las masas de mujeres trabajadoras, para ponerlas en movimiento. La organización de los mítines se volvió cada vez más difícil a medida que la reacción, tras la disolución de la Segunda Duma y el arresto de la fracción socialdemócrata, devino cada vez más fuerte y más insolente.[68] Era extremadamente difícil acceder a la gran masa de las mujeres a través del trabajo legal. Solo quedaba trabajar en los sindicatos, pero también éstos sólo alcanzaban a un número bastante limitado de trabajadoras ya conscientes.

Decidimos entonces fundar un club (Клуб) legal para trabajadoras en la calle Predtechensky, no lejos del distrito de Ligovka, con el inofensivo nombre de "Sociedad de Socorros Mutuos para las Obreras". Nuestra base principal, el Sindicato de Trabajadores Textiles, estaba en Ligovka, y el Buro de los sindicatos también se reunía con bastante frecuencia allí.

La asociación de trabajadores textiles y la oficina central de los sindicatos eran predominantemente mencheviques en ese momento. Sin embargo, habíamos decidido hacer nuestro club "no faccional", por lo que atrajimos a él a los bolcheviques y mencheviques, e insistimos en que fuera reconocido por el Comité del Partido [Obrero

---

[66] ["Итоги Мангеймского Съезда," *Современный Мир*, число 11, часть 2 (Нов. 1906), с. 1-19. ("Los resultados del Congreso de Mannheim", *Mundo moderno*, no. 11, parte 2, noviembre de 1906, pp. 1-19.)]

[67] [Una referencia al artículo de Alexandra Kollontai "Итоги Маннгеймскаго Съезда," *Современный Мир*, Том 11, № 2 (Новембер 1906), с. 1-19 ("Resultados del Congreso de Mannheim", *Mundo contemporáneo*, Vol. 11, No. 2, noviembre de 1906, pp. 1-19.). Este párrafo no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[68] [El gobierno zarista disolvió la Segunda Duma del Estado el 3 [16] de junio de 1907 (se había reunido sólo seis meses antes, el 20 de febrero [5 de marzo de 1907]). El Grupo Socialista de la Duma fue arrestado. Al mismo tiempo, se promulgó una nueva ley electoral que aseguró a los terratenientes y a la gran burguesía la mayoría indivisa en Tercera Duma. El 3 de junio de 1907 pasó a la historia del país como el día del golpe de estado contrarrevolucionario del Primer Ministro Pyotr Stolypin.]

Socialdemócrata de Rusia] en Petersburgo. Nos procurábamos con nuestros propios medios los recursos necesarios para la existencia del club.

La historia del club está tan íntimamente ligada a este período de mi vida que, al tratar de recordar los resultados de mi trabajo durante el invierno de 1907-1908, recuerdo involuntariamente todas las dificultades, obstáculos y fricciones con los compañeros que surgieron alrededor de nuestro primer club de trabajadoras.

Tuvimos muchos compañeros como conferenciantes (лекторов). El club incluía entre doscientos y trescientos trabajadoras de diversas profesiones. El club estaba abierto todas las tardes. Recuerdo que Vera Zasúlich estuvo presente en su inauguración. Yo estaba inusualmente feliz. Fue una alegría ver que habíamos logrado superar los innumerables obstáculos acumulados por la policía y no solo aprobar el estatuto en un mes y medio, sino también interesar a las trabajadoras en nuestro nuevo proyecto. [La camarada Zasúlich no compartía mi gozo y parecía incluso condenar nuestra obra como una "creación inútil" que dividía las fuerzas del partido.][69]

Durante la primavera, la atmósfera en el club se volvió menos cohesiva. Un grupo pidió que todas las "intelectuales" fuera excluida del club, aunque muchas de ellas realizaban tareas como bibliotecarias, profesores, etc. en el club. Por otro lado, algunos de los camaradas aún condenaban nuestro "separatismo" y eran propensos a ver en nuestro club una inclinación hacia el feminismo (уклон к феминизму).

No queriendo desperdiciar mi energía en polémicas estériles y creyendo firmemente en lo correcto de la línea que habíamos adoptado, es decir, en la necesidad de crear un departamento para el trabajo entre las mujeres en el Partido [Obrero Socialdemócrata de Rusia], dejé el club. Pero no por ello renuncié al trabajo entre las proletarias. Empecé a buscar otras formas de llevarlo a cabo.

Ese mismo invierno tuve que mantener una conexión más viva con mis camaradas finlandesas. Apareció mi folleto, *Finlandia y el socialismo* (luego confiscado en virtud del artículo 101), y a principios de 1908 una serie de artículos sobre el nuevo sistema electoral de Finlandia.[70] Como la cuestión de las relaciones entre Finlandia y Rusia estaba al orden del día, yo, como especialista en este tema, participé en la comisión de la fracción socialdemócrata de la Tercera Duma.

III. Durante la reacción

La reacción tomó la delantera. El trabajo legal del Partido [Obrero Socialdemócrata de Rusia] se concentraba casi exclusivamente en la fracción de la Duma. Los sindicatos y clubes de autoeducación estaban en peligro de cierre, las principales fuerzas del partido emigraron nuevamente al extranjero o pasaron a la clandestinidad. Este sombrío período estuvo caracterizado por los arrestos, las persecuciones y las deportaciones. Pero la vida pública recién despertada sabía cómo evitar los obstáculos acumulados por el zarismo. Al abrigo de diferentes banderas políticas inofensivas se

---

[69] [Esta oración no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[70] [Александра Коллонтай, *Финляндия и социализм: Сборник статей*. СПб.: Малых, 1906. (Alexandra Kollontai, *Finlandia y el socialismo: Colección de artículos*, San Petersburgo: Malykh, 1906.). "Избирательная кампания в Финляндии". *Отголоски*. нет. 3 (1907), стр. 46-61. ("La campaña electoral en Finlandia", *Ecos*, no. 3, 1907, pp. 46-61.). "Новый финляндский парламент". *Образование* 16, нет. 4 (апрель 1907 г.), с. 72-90; нет. 5 (май 1907 г.), с. 54-69; нет. 7 (июль 1907 г.), с. 20-47. ("El nuevo Parlamento finlandés", *Educación*, Vol. 16, no. 4, abril de 1907, pp. 72-90; no. 5, mayo de 1907, pp. 54-69; no. 7, julio de 1907, pp. 20-47.)]

reunían congresos bajo formas ocultas, el descontento general buscaba exteriorizarse y la consigna del establecimiento de un régimen democrático retornaba inevitablemente como un *leitmotiv*. En esos congresos formamos nuestro propio grupo obrero y actuábamos normalmente de forma cohesionada, poniéndonos de acuerdo previamente en nuestras fracciones del partido a fin de no mostrar ante el enemigo la impresión de una división intestina demasiado evidente.

Muy a menudo me tocaba tomar la palabra en esos congresos en nombre de un grupo de trabajadoras. Pero mi principal preocupación era animar a las obreras a tomar ellas mismas la palabra, ayudarlas a prepararse a tal efecto y estimular sus pensamientos. Durante mucho tiempo después de pasados esos congresos he conservado lazos ideológicos y personales con muchos compañeros, con jóvenes trabajadores. Uno de los trabajadores prometedores en ese momento era el metalúrgico Yatsynevich -quien desafortunadamente en el exilio nos dejó gradualmente y luego murió de tuberculosis-, el trabajador Kámenev y el secretario de los obreros textiles, Grisha. Las trabajadoras, por otro lado, apenas aparecieron, y sin embargo ¡cuántas mujeres brillantes conocí en las fábricas y talleres en ese momento!

La cuestión de atraer a las masas al movimiento, educarlas para la revolución, involucrarlas en la lucha por la completa transformación en la situación de las mujeres, continuó siendo el objetivo principal de mi trabajo.

En la primavera de 1908 se supo que las activistas burguesas por la igualdad de derechos para las mujeres (буржуазные равноправии) iban a convocar un Congreso de Mujeres de toda Rusia en San Petersburgo en el otoño de ese año.[71] Con el consentimiento de los miembros del Comité Central [del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia], ya en la primavera comencé a trabajar en los preparativos para el congreso.

Las reuniones preliminares tuvieron lugar en mi departamento. La idea de la participación de socialdemócratas y trabajadoras en el congreso feminista en la forma de un "grupo de trabajadoras" (группы работниц) especial fue recibida con bastante hostilidad tanto por parte de los bolcheviques como de los mencheviques. Algunos vieron esto como una desviación hacia el feminismo (феминизму), otros como una desviación hacia el compromiso y la cooperación con los partidos burgueses hostiles. [Fue necesario sostener una lucha particular contra el comité del partido, sobre todo contra Vera Slutskaya.][72] Yo consideraba que la participación de las obreras en el congreso de las defensoras de la igualdad de derechos para las mujeres (равноправок), el hecho de que presentasen en él su propio programa, sus resoluciones e incluso una declaración sería de

---

[71] [El primer Congreso de Mujeres de toda Rusia (Первый всероссийский женский съезд) tuvo lugar del 10 al 16 (23 al 29) de diciembre de 1908 en Petersburgo. Para una descripción del mismo ver Cintia Frencia y Daniel Gaido, *Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa*, Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2018, capítulo 2: Alexandra Kollontai y el Primer Congreso de Mujeres de Toda Rusia (1908), pp. 25-51.] [Descargar el libro desde la serie Frencia, Cintia y Daniel Gaido: http://grupgerminal.org/?q=system/files/2018-feminismoymovrevrusa-frencia-gaido.pdf . Alejandría]

[72] [Esta oración no aparece en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma. Vera Slutskaya (1874–1917) nació con el nombre de Bertha Bronislavovna en Mir, en la gobernación de Minsk, en una familia judía de clase media, y se educó como dentista. Slutskaya participó en el movimiento revolucionario desde 1898. Después de un arresto, se iniciaron procesos penales en su contra, y en 1901 fue puesta bajo supervisión pública de la policía. En el mismo año, se unió al Bund, el Partido Socialdemócrata judío, que era una organización autónoma del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). A partir de 1902 participó en el trabajo general en el POSDR, y después de la escisión de 1903 se unió a los bolcheviques. Durante la Primera Revolución Rusa de 1905-1907, fue miembro de la organización de combate de la POSDR y participó en la lucha revolucionaria en Minsk y San Petersburgo. Después de ser delegada en el Quinto Congreso del POSDR en 1907, se quedó en Rusia y dirigió el trabajo del partido en San Petersburgo. Slutskaya participó en las revoluciones de febrero y octubre de 1917 y fue ejecutada por los cosacos cerca de Petrogrado el 12 de noviembre de 1917.]

enorme importancia educativa para las masas de las proletarias. Como tenía grandes esperanzas en la preparación del congreso para propagar las ideas del socialismo, decidí actuar "por mi cuenta" y, con la ayuda de la Asociación de Trabajadores del Textil y más tarde del Buro central de los sindicatos [de San Petersburgo], comencé los preparativos para el congreso. Algunos miembros individuales del club de trabajadoras me ayudaron con el trabajo intensivo [la tejedora Antonovna (bolchevique), la costurera Solovyova (bolchevique), Marfrucha (menchevique), Kuvschinskaya[73] (menchevique) y otras.][74] El trabajo se realizó al principio de manera bastante artesanal. No teníamos suficientes conexiones.

Para nosotros era importante impresionar a las masas de mujeres tanto como fuera posible con nuestro trabajo, estimularlas, agitarlas, despertar su iniciativa para involucrar a las trabajadoras en el movimiento revolucionario y en el partido.

Y, sin embargo, nuestra tarea exigía marchar a lo más profundo de la masa de mujeres, removerla, sacudirla, despertar su iniciativa. A consecuencia de una huelga en la barriada de Viborg, volvimos a convocar un mitin en la Casa Nobel. Las obreras acudieron a él en gran número, pero la policía no nos dejó acabar el mitin. Se reunió una masa de trabajadoras, pero la policía no nos permitió terminar la reunión. A pesar de ello, las obreras partieron con bastante buena impresión, interesadas en lo que habían visto y escuchado, y establecimos nuevos contactos. Como se hacía cada vez más difícil organizar reuniones, y dado que las trabajadoras todavía tenían miedo de las reuniones ilegales y eran reacias a asistir las mismas, llevamos a cabo nuestra agitación bajo la apariencia de celebraciones del "día del nombre" («именин»).[75] Una obrera consciente invitaba en su casa a sus amigas y conocidas para festejar su "día del nombre", y a la fiesta acudía una de nuestras propagandistas convertida para la ocasión en "amiga" de la anfitriona. Al mismo tiempo que se comía el pastel del "día del nombre" o el arenque encebollado, se conversaba sobre el próximo congreso de mujeres. Por lo general, las invitadas expresaban interés y pedían que la propagandista volviera a "contar" y a "explicar".

La noticia del próximo congreso de mujeres se extendió rápidamente por las fábricas y, gracias a nuestras conversaciones, las trabajadoras adoptaron una posición crítica hacia las activistas por la igualdad de derechos de las mujeres (равноправием) y se sintieron más atraídas por el partido. Nuestras obreras acudían en "grupo compacto" a los mítines legales organizados por las activistas por la igualdad de derechos de las mujeres para preparar el congreso, y declaraban en voz alta que no podía haber ninguna armonía "con las señoras" («с барынями»).

A causa de ello, las feministas me odiaron aún más, porque pensaban que yo era la instigadora de estas acciones propias de "matones" («хулиганских»: "hooligans"). El odio de las defensoras burguesas de la igualdad de derechos para las mujeres (буржуазных равноправок) hacia mí era tan intenso que, cuando tuve que encontrarme con la conocida activista del movimiento femenino Anna Pavlovna Filosofova (la madre del escritor D. Filosofov) para resolver algunos asuntos, después de que me fuera ésta se dedicó a hacer señales de la cruz en todos los rincones de la casa para expulsar mi espíritu revolucionario "malvado". En otra ocasión, tuve que organizar una conferencia pagada

[73] Una de las más conocidas agitadoras de la época. NdR. (Boris Souvarine)

[74] [Las palabras entre corchetes no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[75] [El Día del Nombre (*imenin*) es una tradición en los países de la Iglesia ortodoxa oriental. Consiste en celebrar un día del año asociado con el nombre de pila. La celebración es similar a un cumpleaños. La costumbre se originó con el calendario cristiano de los santos: los creyentes que llevan el nombre de un santo celebran la fiesta de ese santo o, en la tradición ortodoxa oriental, el día de la muerte de un santo.]

para cubrir los costos de preparación para el congreso. Apenas teníamos personas que pudieran organizar la conferencia, así que yo misma entregué los boletos para los “invitados de honor” a través de los cuales esperábamos ganar más dinero. Pero la mujer del profesor Savich[76], una cadete, sin saber que yo misma le había traído un boleto, comenzó a despotricar violentamente y a preguntar en voz alta por qué el “albergue” («приют») para mujeres (el “albergue” nos proporcionaba su “cobertura”) organizaba una conferencia de esa “horrible Kollontai”. Finalmente, rehusó categóricamente recibir el boleto, pero dio dinero “en beneficio del albergue”.

Junto con los preparativos para el congreso, en el verano de 1908 trabajé a toda prisa en mi libro *Fundamentos sociales de la cuestión de la mujer*.[77] Hubo un problema con su publicación: el libro debía ser publicado para el congreso fijado en diciembre y sólo pude terminarlo en septiembre. No fue del gusto de todo el mundo. Los mencheviques pensaron que estaba escrito decididamente en un “espíritu bolchevique” y me propusieron algunos cambios, que rechacé categóricamente, sobre todo en lo concerniente a los pasajes en los que condenaba cualquier colaboración e incluso acuerdos temporales con representantes de la burguesía. La editorial *Znaniye* (“Conocimiento”) se comprometió a publicarlo, pero primero tuvo que ser enviado a Maxim Gorki en Capri para su revisión. Algo retrasó el manuscrito en el camino de regreso. Ya daba por perdido mi libro (no tenía una copia, fue escrito a mano), pero el manuscrito llegó en noviembre y, debido a este retraso, el libro no apareció hasta después del congreso, lo cual fue extremadamente molesto. Si hubiera estado disponible para las participantes en el congreso con anterioridad al mismo, ello habría contribuido a consolidar aún más nuestra posición.

El período comprendido entre octubre y noviembre de 1908 fue cuando la preparación del congreso se hizo más activa. Pero justamente en septiembre fue presentada una demanda contra mí por llamar a un “levantamiento armado” en el folleto sobre Finlandia y por hacer campaña en el Sindicato de Trabajadores Textiles, lo que atestiguaba mi “membresía en el partido”. En el momento del trabajo más intenso me vi obligada a pasar a la clandestinidad. Pero la causa no se resintió por ello en nada. En los dos meses anteriores al Congreso, sostuve más de 50 (hasta donde recuerdo, 52) reuniones con trabajadoras. Naturalmente, no hice uso de la palabra legalmente. Más de una vez la policía estuvo sobre mi pista y me salvó únicamente la abnegación de las obreras. Así, por ejemplo, la policía irrumpió durante una reunión en un local del Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos. El secretario del sindicato tenía preparado un orden del día en el que solo figuraban asuntos sindicales, pero mi presencia podía comprometerlo todo. Entonces, una de las obreras me cubrió rápidamente la cabeza con su pañuelo y me deslizó en la mano su carné sindical. No fui yo quien se vio sin papeles, sino la obrera. En otra ocasión (en un club en el barrio de Viborg) también apareció la policía. Sin embargo, habíamos informado que daría clases de corte y confección, y los cortes para faldas y blusas convencieron completamente a la policía de la veracidad de nuestro testimonio.

Los preparativos para el congreso no consistieron solamente en la agitación y en la organización de las elecciones de delegadas obreras. También fue necesario preparar informes con las delegadas ya elegidas. Cinco obreras, si no me equivoco, tenían que

---

[76] [Nikanor Vasilievich Savich (1869-1942) fue uno de los principales diputados Octobristas en las dos últimas Dumas por la provincia de Jarkov y asesor de confianza de Rodzianko, el presidente de la Duma del Estado y uno de los líderes de la burguesía en la revolución de febrero de 1917, durante la cual dirigió el Comité Provisional de la Duma del Estado.]

[77] [А.М. Коллонтай, Социальные основы женского вопроса. - СПб. : Изд. т-ва “Знание”, 1909. 431 с. (A.M. Kollontai, *Fundamentos sociales de la cuestión de la mujer*, San Petersburgo: Editorial “Conocimiento”, 1909. 431 p.) http://books.e-heritage.ru/book/10072576] [Ver en esta misma serie *Fundamentos sociales de la cuestión de la mujer*. Alejandría]

tomar la palabra en el congreso en nuestro nombre. La preparación de sus informes también era una especie de escuela para las trabajadoras. El discurso de la trabajadora Volkova fue particularmente bien recibido.

El Congreso de Mujeres de toda Rusia, que reunió a los estratos más diversos de la población femenina (desde las damas de las organizaciones de beneficencia hasta nuestro grupo de obreras, cuya conducta era propia de "matones" [«хулиганской»] según el parecer de las feministas), se inauguró a principios de diciembre.[78] En las reuniones preliminares, celebradas en el club de la "Sociedad de Ayuda Mutua de las Mujeres Rusas", la Dra. Shabanova, Filosova y otras trataron de llegar a un acuerdo con nosotras, para acordar las condiciones bajo las cuales estaríamos de acuerdo en formar un "bloque" con las feministas. Debo decir que los mencheviques tenían una tendencia a conformar un bloque semejante y que, a este respecto, confiaba completamente en la intransigencia y firmeza de los bolcheviques. Yekaterina D. Kuskova[79] expresó el deseo de adherirse con algunas de sus partidarias a nuestro "grupo de obreras", pero precisamente ella y sus amigas eran las que traían consigo el espíritu del caos oportunista y las que amenazaban con sabotear la línea de conducta que nos habíamos trazado estableciendo una clara delimitación de clase, que inevitablemente debía llevar a nuestra salida del congreso.

El Comité [del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia] de Petersburgo sancionó nuestra participación en el congreso poco antes de su apertura, delegando a Vera Slutskaya en el congreso y determinando que el camarada Sergey sería nuestro líder.[80] [Pero realizamos la mayor parte de nuestro trabajo con el apoyo del Buró Central de los Sindicatos de Petersburgo. Un día, mientras imprimíamos uno de nuestros llamamientos en nombre del Buró Central, nos enteramos de que el Comité del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en Petersburgo preparaba también un mensaje a las obreras recomendándoles no participar en el congreso. Fue necesario convencer al Comité del Partido de no proseguir con sus intenciones.][81] Cuando el Comité de Petersburgo se convenció de que nuestra agitación había penetrado incluso en las categorías más atrasadas de las obreras, cambió su actitud hacia nuestra empresa. El congreso se celebró con la participación del Comité bolchevique en Petersburgo.

Durante la campaña, tuve que encontrarme varias veces con el provocador Malinovsky, que era abiertamente hostil a nuestro trabajo.[82] Siempre me causó una impresión desagradable. Pero ahora me sorprende que, sabiendo como sabía que yo estaba

---

[78] [*Труды Первого Всероссийского женского съезда при Русском женском обществе в. Санкт-Петербурге, 10-16 декабря 1908 г.* СПб., 1909. 927 с. (*Actas del Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia en la Sociedad de Mujeres Rusas San Petersburgo, 10-16 de diciembre de 1908,* San Petersburgo, 1909. 927 p.)]

[79] [Yekaterina Kuskova (1869–1958), un miembro del ala revisionista del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fue la autora del "Credo" economicista, publicado por primera vez por Lenin y denunciado por él en su libro de 1902 *¿Qué hacer? Cuestiones candentes de nuestro movimiento.*]

[80] [Aunque el apellido del camarada Sergey no figura en las cuentas bolcheviques, en la lista del comité de credenciales de 1908 aparece uno, "Sergey Grigor'evich Berednikov". Berednikov dio una charla sobre el derecho a voto de las mujeres en los *zemstvos* y fue criticado por algunos miembros del grupo obrero. Rochelle Goldberg Ruthchild, *Equality and Revolution: Women's Rights in the Russian Empire, 1905-1917,* University of Pittsburgh Press, 2010, p. 284, nota 35.]

[81] [Las tres oraciones entre corchetes no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[82] [Roman Malinovsky (1876-1918) participó en la Revolución de 1905 y al año siguiente fue elegido secretario general de la Unión de Obreros Metalúrgicos1 de Petrogrado. Preso en Moscú en 1910, se convirtió en agente de la *Ojrana*, delatando a numerosos compañeros. La VI Conferencia del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, celebrada en enero de 1912, lo eligió como miembro del nuevo Comité Central y candidato a las elecciones de la cuarta Duma Imperial. Fue elegido diputado, convirtiéndose en el líder del grupo bolchevique en la Duma, integrado por 6 parlamentarios. En mayo y junio de 1914 abandonó por sorpresa su escaño en la Duma. Fue ejecutado por el gobierno bolchevique el 6 de noviembre de 1918.]

en la clandestinidad, no pusiera fin a mi actividad y prefiriera librar contra mí una polémica verbal. ¿O realmente no le dio importancia a la participación de las "*babas*" [«баб», un término despectivo para "mujeres"]en el movimiento?[83]

En el congreso participaron casi 700 delegadas burguesas mientras que nuestro grupo estaba formado por 45 personas. Pero incontestablemente ese pequeño grupo atrajo la mayor atención, no solamente del congreso, sino también de las autoridades. Cada una de nuestras intervenciones provocó una tempestad. La primera aparición del grupo con claveles rojos en la ceremonia de inauguración del congreso en el salón de la Duma de la ciudad, donde hablaron diversos representantes de la vida pública, ninguno de los cuales estaba a la izquierda que los cadetes, y donde deliberadamente no hablamos, fue un tipo demostración sobre la que los periódicos tuvieron que informar. Mi intención era asistir al congreso, pero no hablar. Por supuesto, esto resultó ser imposible. Mi intervención provocó un debate acalorado. Al día siguiente la policía registró la sala. Se verificaron los papeles. Fui advertida, y en lugar de asistir al congreso, apresuradamente, con todos los papeles listos, partí al extranjero. Mi informe, preparado por escrito, fue leído por una obrera, Volkova.[84] Cuando se planteó la cuestión sobre la formación de un centro de mujeres "extra-clase" («внеклассового») en Rusia, el grupo de trabajadoras llevó adelante nuestro plan y abandonó el congreso. Esto me produjo una gran satisfacción, a pesar de que me vi obligada a abandonar Rusia y mi querida causa.[85]

Todavía recuerdo la fría noche de invierno en la estación de Vershbolovo, y esa hora interminablemente larga cuando se estaban revisando los documentos. Con el cuello de mi abrigo levantado, caminaba sobre la plataforma helada con un pensamiento obsesivo: ¿pasaría o me arrestarían? Con el aliento en suspenso escuchaba el ruido de las espuelas que ya se acercaban apresuradamente, ya se alejaban de nuevo… Pero, involuntariamente, surgía la pregunta: ¿cuándo y en qué condiciones volveré a Rusia? Entonces era imposible pensar, creer, que en ocho años regresaría a Rusia, al caldero hirviente de la revolución desde otra frontera, después de haber sido testigo de un acontecimiento mundial, la gran guerra, en la atmósfera madura de la revolución social. En los momentos en que yo andaba los cien pasos sobre el andén de Vershbolovo, la revolución parecía tener que llegar mucho más temprano, y, al mismo tiempo, se presentaba como algo irreal. Sus contornos aparecían de manera muy diferente.

Justo antes de que el tren partiera, el "uniforme azul" (el gendarme), sacudiendo las espuelas, me entregó el pasaporte. Cinco minutos más tarde, ya estaba caminando "libre" en el extranjero, en la estación fronteriza alemana de Eydtkuhnen, limpia y ordenada, inundada de electricidad.

---

[83] [Elizabeth A. Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Revolutionary Russia*, Indiana University Press, 1997.]

[84] [Barbara Volkova, una trabajadora del distrito *Nevskaya Zastava* en Petersburgo, leyó como delegada del grupo de trabajadoras el discurso de Alexandra Kollontai en el Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia. Ver la versión en portugués de amplios extractos del mismo: "A mulher trabalhadora na sociedade contemporânea" (Женщина-работница в современном обществе) en Graziela Schneider (org.), *A Revolução das Mulheres: Emancipação Feminina na Rússia Soviética*, Boitempo, 2017, pp. 150-159.]

[85] [Ver el informe de Kollontai en el periódico menchevique: "Женщина-работница на первом феминистском съезд в России". *Голос социал-демократа*, 2 (март 1909 г.): 6-7. ("La mujer trabajadora en el primer congreso feminista en Rusia", *Voz del socialdemócrata*, no. 2, marzo de 1909, pp. 6-7.)]

IV. El período de la emigración

Estuve exiliada en el extranjero desde diciembre de 1908 hasta marzo de 1917, es decir, durante más de 8 años. Durante este tiempo trabajé en Alemania, Inglaterra, Francia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Bélgica y los Estados Unidos de América. Fue un tipo de aprendizaje para mí, militando entre las masas trabajadoras de diferentes nacionalidades en relación con las tareas que enfrentaba el Partido Socialdemócrata de cada país, una escuela práctica de trabajo que fortaleció mi convicción en las cualidades creadoras del proletariado como clase.

Una vez en el extranjero me adherí inmediatamente al Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y comencé a militar como propagandista, conferenciante y escritora. Escribía en la revista de Kautsky *Die neue Zeit* (*Los tiempos nuevos*), y en *Die Gleichheit* (*La igualdad*), el órgano central de las socialdemócratas editado por Clara Zetkin, en la revista de las obreras austríacas [*Arbeiterinnen-Zeitung: Sozialdemokratisches Organ für Frauen und Mädchen*] y en la prensa partidaria en Inglaterra, Bélgica, Suecia, Noruega, Finlandia, Suiza, Francia, Polonia y Estados Unidos, colaborando al mismo tiempo, por supuesto, con la prensa rusa que aparecía en el extranjero (en el órgano central menchevique bajo el pseudónimo de Mijailova y en *Pravda* de Trotsky)[86] y en las revistas marxistas legales que se publicaban en Rusia.

En la primavera de 1909 realicé en el sur de Alemania mi primera gira como agitadora. Mi agitación fue general, solo en casos aislados hablé en reuniones de trabajadoras. Luego realicé un viaje en compañía de Clara Zetkin a Inglaterra, donde nos esperaba una tarea especial: por invitación del Partido Socialista Británico (el ala izquierda, marxista, del movimiento inglés) debíamos luchar contra las sufragistas y apoyar a la Sociedad de Sufragio para Adultos (*Adult Suffrage Society*).[87]

En 1909-1910 trabajé en Alemania, en Dresde y en Berlín, llevando a cabo giras de propaganda a solicitud del centro (*Parteivorstand*: Comité Ejecutivo del SPD) y por invitación de las organizaciones locales. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia me

---

[86] [Las palabras entre comillas no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma. Como un ejemplo de los artículos que Kollontai publicó en el periódico de Trotsky ver “Пролетариат и буржуазия в борбе с проституцией”, *Правда* (Вена), 7 Юлий 1910, п. 3. (“El proletariado y la burguesía en la lucha contra la prostitución”, *Pravda* [Viena], 7 de julio de 1910, p. 3.)]

[87] [La Sociedad de Sufragio para Adultos (*Adult Suffrage Society*) fue una de varias organizaciones formadas en el Reino Unido durante las épocas victoriana y eduardiana, con el objetivo de hacer campaña para la extensión del derecho a voto a las mujeres. A diferencia de organizaciones de sufragistas como la Unión Social y Política de las Mujeres (*Women's Social and Political Union,* WSPU) liderada por Emmeline Pankhurst y sus hijas Christabel y Sylvia (aunque Sylvia finalmente fue expulsada), la Sociedad de Sufragio para Adultos no consideraba aceptable la extensión del sufragio calificado a las mujeres en los mismos términos restringidos en que se les dio a los hombres, es decir, sobre la base de una calificación de propiedad que excluía a la mayoría de la clase trabajadora. Quería el derecho irrestricto al voto para todos los adultos de 21 años de edad o más. En 1906, Margaret Bondfield se convirtió en presidenta de la sociedad, que apoyó el proyecto de ley de Franquicia y eliminación de limitaciones de las mujeres (*Franchise and Removal of Women's Disabilities bill*), presentado al parlamento por Sir Charles Dilke el 2 de marzo de 1906. El proyecto de ley, que proponía el sufragio universal y el derecho de las mujeres a ser elegidas como miembros del parlamento, fue fuertemente rechazado por la WSPU sufragista como una distracción de su agenda feminista. El proyecto de ley fue rechazado en la Cámara de los Comunes. En 1907, en el curso de un debate público con Teresa Billington-Greig de la *Women's Freedom League* (un grupo separatista de la WSPU), Bondfield argumentó que el único camino a seguir era un proyecto de ley que otorgara el derecho a voto “a todos los hombres y a todas las mujeres, sin calificación”. Les deseó buena suerte a aquellos que luchaban por un proyecto de ley de sufragio en “los mismos términos que los hombres”, pero pidió que “no los dejen venir y me digan que están trabajando para mi clase”. La Sociedad de Sufragio para Adultos fue relanzada en 1909 como Federación del Sufragio Popular (*People's Suffrage Federation*), bajo el liderazgo de Margaret Llewelyn Davies.]

utilizó también para que realizase giras por las colonias rusas en Alemania, Suiza y Bélgica. Además de los informes sobre temas políticos generales, leí una conferencia sobre Tolstoi, sobre el problema del matrimonio y la familia, sobre la relación entre el sistema económico y la densidad de población, etc.

En ese momento estaba en contacto constante con el camarada Georgy Chicherin (quien utilizaba el seudónimo Ornatsky), el secretario de la Oficina de Emigración Política, con sede en París. Gracias a su incansable energía, a su abnegación y dedicación, los emigrados recibieron no solo ayuda y socorro material, sino que también mantuvieron una relación estable entre los grupos de emigrantes y su liderazgo político. Todos los trabajadores que se fueron al extranjero conocían al camarada Ornatsky y acudían a él en busca de ayuda, siempre confiando en su apoyo. Cualquiera que haya trabajado de alguna manera con Chicherin-Ornatsky en la emigración ha conservado para toda la vida el buen recuerdo de esta personalidad extremadamente pura que ofrecía el ejemplo una rara capacidad de trabajo y de sacrificio personal.

Para mantener los lazos con la central menchevique tuve que realizar más de una vez el viaje a París y Suiza, pero en aquella época no desempeñé un papel activo en el trabajo de los centros rusos porque estaba completamente absorta en el trabajo práctico. Mis viajes de agitación de esos años se reflejaron en mi libro *En la Europa obrera*, escrito en 1911.[88]

En agosto de 1910, como delegada de la Asociación de Trabajadores Textiles (rusos), participé en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas y en el Congreso Socialista Internacional en Copenhague.[89] En la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas tuve que participar en la lucha entre las dos corrientes sobre la táctica a adoptar para lograr el derecho de sufragio para las mujeres y sobre la protección del trabajo femenino. Esta lucha está descrita en mi libro *En la Europa obrera*, así como en varios artículos que aparecieron en la prensa legal rusa (Современном миро: *Mundo contemporáneo*, Жизнь; *Vida*, y otros).[90] Apoyé allí al ala izquierda dirigida por Clara Zetkin.

---

[88] [Las palabras entre corchetes no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo, la versión alemana omite las palabras iniciales de la primera oración que rezan: “Para mantener los lazos con la central menchevique tuve que realizar más de una vez el viaje a París y Suiza”.]

[89] [La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas tuvo lugar en Copenhague en agosto de 1910. Alrededor de 100 delegadas de 17 países estuvieron presentes en la conferencia. La agenda incluía las siguientes cuestiones: 1. Atención social para la madre y el niño, 2. Formas y medios de conquistar el sufragio universal femenino y 3. Establecer relaciones más estrechas entre las organizaciones socialistas de mujeres de todos los países como un método para aumentar el trabajo entre las mujeres. Ver el informe de Alexandra Kollontai, “Bericht über die Arbeiterinnenbewegung in Russland”, en *Berichte an die zweite Internationale Konferenz sozialistischer Frauen zu Kopenhagen am 26. und 27. August 1910*, pp. 73-76. El Octavo Congreso de la Internacional Socialista tuvo lugar en Copenhague del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia estuvo representado en el Congreso por Lenin, Plejánov, Kollontai, Lunacharsky y otros.] [El lector puede consultar el texto *Convocatoria de la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas*, y *Previsión Social para Mujeres y Niños* en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov. Alejandría]

[90] [“Итоги второй международной женской социалистической конференции”, *Наша заря*, 1 (Сэптэмбэр 1910): 89-95. (“Los resultados de la segunda conferencia internacional socialista de mujeres”, *Nuestro amanecer*, no. 1, septiembre de 1910, pp. 89-95). “Вторая международная женская социалистическая конференция”, *Социал-демократ*, нет. 7 (1910), с. 7 (“Segunda Conferencia Internacional Socialista de Mujeres”, *Socialdemócrata*, no. 7, 1910, p. 7.)] [El lector interesado puede ver materiales en castellano en la serie Internacional de Mujeres Socialistas en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov. Alejandría]

En el invierno de 1910-1911 me comprometí a organizar la protesta de la opinión pública en Alemania contra la suerte de los diputados de la Segunda Duma del Estado.[91] Tuve que comenzar con los diputados del Reichstag, lo que me dio la oportunidad de convertirme en una visitante habitual del Reichstag, acercarme a la fracción parlamentaria y a su trabajo, y conocer a muchos de los principales líderes del Partido Socialdemócrata alemán. Karl Liebknecht y Oskar Cohn tomaron la parte más enérgica y activa en la organización de la protesta. Conocí a Liebknecht en 1906 durante el Congreso de Mannheim. Recuerdo vívidamente nuestra primera conversación de varias horas durante un paseo por las montañas alrededor de Heidelberg. Desde entonces tuve relaciones de camaradería firmes y cordiales con Liebknecht.

Los emigrantes consideraban a Liebknecht como uno "de los suyos", casi un "ruso". De todos los líderes del partido alemán, solo él sabía compenetrarse con todos los detalles de los problemas rusos y siempre estaba al tanto de nuestros asuntos. Además, Liebknecht encarnaba ese espíritu genuino de camaradería internacional del que carecían muchos líderes de la Segunda Internacional. Incluso en August Bebel, esa figura inteligente, poderosa y verdaderamente sobresaliente de la Segunda Internacional, incluso con él, que estaba rodeado de un halo de la mayor popularidad y que gozaba del respeto hasta de los enemigos políticos, se percibía una especie de excepcionalismo nacional, e incluso un ligero rastro de arrogancia cuando se trataba de los otros partidos socialistas del mundo además de la Socialdemocracia alemana. En Liebknecht todos sentían ante todo al compañero, y sólo después al líder. Y los rusos a menudo abusaron de esta cualidad de "Karl", como lo llamaban los exiliados, o "nuestro Karl", como le decían los trabajadores alemanes.

La organización de la protesta me llevó a reunirme también con algunas figuras públicas alemanas en los campos de la política, la ciencia y el arte. Entonces conocí de cerca una interesante militante del movimiento femenino burgués, Minna Cauer, una anciana de 72 años para quien parecían no haber pasado los años y que, cuando hablaba, sabía cómo cautivar a miles de oyentes, a veces políticamente hostiles.

Durante todos esos años conservé lazos de amistad con Karl Kautsky y Rosa Luxemburg. Al mismo tiempo, establecí relaciones con numerosas trabajadoras y trabajadores alemanes, que con el tiempo se volvieron cada vez más estrechas. También me reuní con Lily Braun, quien gradualmente se apartó del trabajo activo en el partido, pero a quien estudié con curiosidad como una personalidad sobresaliente y original. Con Clara Zetkin, Luise Zietz y la anciana Ottilie Baader establecí no solamente relaciones de trabajo y camaradería, sino también personales y de amistad, hasta que en 1912 sobrevino el incidente provocado por la aparición de *En la Europa obrera*. Pero de este incidente hablaré más adelante.

[También tuve reuniones con Vladimir Ilich Lenin, en París en 1911, cuando trabajaba en bibliotecas para ampliar su conocimiento, que siempre consideraba inadecuado, aprendía francés e inglés, convocaba conferencias del partido bolchevique, celebraba reuniones en la escuela del partido en Longjumeau[92] y, sobre todo, lideraba el partido.

---

[91] [Una referencia al destino de los miembros del Grupo Socialista de la Segunda Duma del Estado, quienes fueron arrestados por el gobierno zarista en la noche del 3 de junio de 1907 sobre la base de acusaciones elaboradas por la policía secreta zarista (la mañana del 3 de junio la Duma fue disuelta). 55 miembros del grupo parlamentario fueron condenados por los tribunales. Dos de ellos murieron durante la detención. El Buró Socialista Internacional y muchos partidos socialdemócratas extranjeros hicieron campaña por los parlamentarios socialistas rusos.]

[92] [La escuela del partido en Longjumeau (cerca de París) se organizó en la primavera de 1911 a iniciativa de Lenin, para contrarrestar la influencia de la escuela partidaria establecida en Bologna. En ésta última

[En esos años, muchos estaban deprimidos y pesimistas por la crueldad de la reacción y de las represalias zaristas, por la horca y las cárceles. Vladimir Ilich, por otro lado, sintió los heraldos de la tormenta que se acercaba y se mostró optimista y alegre. Estaba preparando al partido para liderar el nuevo renacimiento de la revolución.][93]

Para completar la caracterización de este período de mi vida y de mi trabajo anterior a 1912 es necesario detenerse en las relaciones que mantenía con Rusia. Como ya he indicado, no participaba activamente en el trabajo de las centrales de nuestro partido en el extranjero, pero mantenía constantes relaciones con la central menchevique, ejecutando las misiones que me encargaba y asistiendo a las reuniones con los camaradas. Es característico que al trabajar con los mencheviques no rompiese mis lazos personales con los bolcheviques del grupo *Vpered* (вперед: *Adelante*) ni con el grupo de trotskistas, y que en el centro berlinés de la emigración política mantuviésemos, probablemente gracias a la influencia personal del camarada Wilhelm Buchholz [el corresponsal ruso del *Vorwärts*, órgano central del Partido Socialdemócrata alemán] y a la mía, ciertos contactos con el trabajo de todas las agrupaciones socialdemócratas rusas.

Cuando se creó en 1911, en Bolonia (Italia), la segunda escuela del partido dirigida por Lunacharsky y Bogdanov (bolchevique del grupo *Adelante*); fui invitada por ellos (febrero-marzo) a pronunciar conferencias sobre la cuestión finlandesa y sobre la evolución de la familia y las formas económicas.[94]

Tampoco perdí el contacto con Rusia. A petición del grupo de Moscú de la fracción socialdemócrata de la Tercera Duma, reuní materiales y redacté un proyecto de ley concerniente a la protección y seguridad de la maternidad, en relación con la campaña que tuvo lugar en Rusia en virtud de una ley sobre el seguro estatal para trabajadores. La redacción de este proyecto de ley dio lugar a mi trabajo posterior sobre el seguro de maternidad, titulado *Sociedad y maternidad*.[95]

El Día [Internacional] de la Mujer se celebró por primera vez en 1911. Hablé en Fráncfort y participé en la preparación de esa jornada. Al mismo tiempo, intenté hacer todo lo posible para asegurar que las trabajadoras en Rusia celebraran este día de una forma u otra. Pero allí no había organización, no había ningún centro que pudiese asegurar el cumplimiento de esta tarea. El club de obreras estaba cerrado por la policía. Numerosos obreros activos estaban en prisión o deportados. Por otra parte, los dirigentes del partido no le concedían importancia al Día [Internacional] de la Mujer y mi insistencia no fue bien acogida. A pesar de ello, hice resaltar en la prensa rusa el significado de esta jornada, tratando de preparar el terreno para su organización al año siguiente.

En la primavera de 1911 vivía en los suburbios de París, en Passy, donde escribía con pasión mi libro *En la Europa obrera*. En aquella época visitaba a menudo a Paul Lafargue y a su mujer, Laura Marx, que vivían en Draveil. Las jornadas y, sobre todo, las veladas pasadas en charlar con los Lafargue, esos veteranos altamente educados del movimiento obrero internacional, que estaban llenos de espíritu e ingenio inteligente, se han mantenido fuertemente grabadas en mi memoria. Su suicido, el mismo año, fue para mí una prueba personal.

---

impartieron conferencias Lunacharski, Bogdanov, Trotsky, el menchevique especializado en la cuestión agraria Pyotr Maslov y la propia Kollontai.]

[93] [Los dos párrafos hagiográficos en corchetes no aparecen en la edición francesa, aparentemente fueron agregadas a la versión rusa editada bajo el estalinismo y a la versión alemana tomada de la misma.]

[94] [Este párrafo y el que lo precede inmediatamente no aparecen en la versión rusa editada bajo el estalinismo ni en la versión alemana tomada de la misma.]

[95] [Александра Коллонтай. *Общество и материнство*: 1. *Государственное страхованiе материнства*, Петроград: Жизнь и знание, 1916. 641 с. (Alexandra Kollontai, *Sociedad y maternidad*: 1. *Seguro estatal de maternidad*, Petrogrado: Vida y conocimiento, 1916. 641 pp.)]

En el otoño de 1911, la famosa huelga de amas de casa -"*la grève des menagères*"- estalló en París y en algunas ciudades industriales del norte de Francia. La huelga, provocada por la carestía de la vida, fue bastante violenta: las mujeres de los obreros destrozaban los mercados, regresaban a sus hogares con las cestas vacías, pero no compraban los productos a precios exorbitantes. Luchaban sobre todo contra los altos precios de la leche y de la carne, exigiendo su regulación. Hubo arrestos entre las amas de casa, que respondieron con manifestaciones y mítines ardientes. Este movimiento lo he descrito en el artículo aparecido el mismo año en *Nasha zarya* (*Nuestro amanecer*).[96]

Cuando estalló la huelga de ama de casa, estaba en el sur de Francia. Inmediatamente volví a París para participar en ese movimiento. Tenía varias reuniones al día, hablaba en plazas y mercados, en grandes salas y en bistrós oscuros y estrechos. Un espíritu vivo y alegre reinaba entre las esclavas rebeldes del hogar. Había grandes mujeres llenas de fuerza y energía. Ciertas de ellas poseían facultades oratorias insospechadas. Los obreros apoyaban el movimiento y, en determinados lugares, declararon la huelga exigiendo la regulación de los precios. A finales de septiembre, el movimiento había disminuido. Las amas de casa obtuvieron una victoria parcial: el gobierno burgués consintió en controlar los precios a través de los municipios y se apresuró a realizar pedidos de carne a Argentina.

Permanecí en París solamente hasta enero de 1912, participando en el movimiento contra el servicio militar de tres años y contra el militarismo. En dos ocasiones viajé a Bélgica para hacer allí propaganda, organizando, a solicitud de Chicherin-Ornatsky, conferencias en las colonias rusas y haciendo agitación sobre las cuestiones corrientes (era el momento de una áspera lucha contra los clericales) a invitación del Partido Socialdemócrata belga. Me dejó una impresión particularmente profunda el trabajo en la región del Borinage, centro carbonífero de Bélgica, donde se estaba preparando una huelga y donde era necesario influir en el estado de ánimo con cuidado, pero persistentemente. Esta huelga estalló poco después de mi partida y terminó en una victoria parcial; duró seis semanas.

En Bruselas tuve la oportunidad de conocer la refinada casa de Vandervelde, con su "esposa elegante" y un lacayo que servía el desayuno en bandejas de plata. Toda la atmósfera estética del salón de Madame Vandervelde, que era visitado por las celebridades belgas en el campo del arte, la literatura y la ciencia, contrastaba singularmente con las imágenes de miseria, de trabajo duro y de pésimas condiciones de trabajo de las masas obreras, que había podido observar durante mis viajes de propaganda a través de Bélgica. Recuerdo un día en que tuve que ir a la casa a Vandervelde directamente desde la estación, después de pasar varios días en pequeñas localidades industriales, recorridas en tren o a pie por caminos rurales en los que una se hundía en el fango otoñal. El lacayo de uniforme dudó largo tiempo en "anunciarme", y fue todo un espectáculo ver con qué desdén colgó mi abrigo con dos dedos, manchado de barro en los caminos de tierra. En ese momento me hice la pregunta: ¿Cómo podían los trabajadores entrar en contacto con su principal representante? ¿Dónde estaba la comunicación, dónde el liderazgo de camaradería? Vandervelde ya estaba buscando un puesto ministerial.

Por el contrario, guardo un buen recuerdo de la actitud inusualmente cordial y de la camaradería de los trabajadores belgas, de su preocupación por los agitadores.

Un día, en Tourcoing, donde había un fuerte desempleo y las familias trabajadoras estaban literalmente hambrientas, cuando me acompañaban a la estación, los camaradas me trajeron, a modo de provisiones para el camino, una gran bolsa llena de pequeños

[96] ["Движение менажерок (хозяек) во Франции", *Наша заря* 2 (сентябрь 1911 г.): 75-80 ("El movimiento de las *menagères* [amas de casa] en Francia", *Nuestro amanecer*, no. 2, septiembre de 1911, pp. 75-80).]

panes comprados gracias a una colecta. En otra localidad, alguien me había sustraído mis chanclos durante el mitin; el lugar de nuestra reunión estaba a dos kilómetros de la estación y había que caminar sobre el lodo; los organizadores estaban muy molestos por el incidente. Unos días más tarde recibí un giro postal en Bruselas por cinco francos, junto con una carta de los trabajadores en el lugar donde se habían perdido mis chanclos. Me informaron que no se habían encontrado los chanclos, por lo que los trabajadores habían reunido dinero para que yo pudiera comprarme otros nuevos. Cabe señalar que los salarios allí eran extremadamente bajos y, a menudo, estaban por debajo de dos francos por día.

La prensa clerical entabló una campaña contra mí so pretexto de mis entrevistas sobre la religión. Se planteó la cuestión de mi expulsión y los camaradas belgas me aconsejaron partir a fin de no cerrarme el acceso a Bélgica en el futuro.

En enero de 1912, regresé a Berlín, donde trabajé recolectando materiales para la obra *Sociedad y maternidad*. Este libro fue terminado en 1914. Se publicó en 1915 en Petersburgo en la editorial del camarada Bonch-Bruyevich, “Vida y conocimiento”.

En la primavera de 1912, la Asociación Juvenil Socialista Sueca (el ala izquierda del partido sueco dirigido por Zeth Höglund) me invitó a realizar una gira de propaganda en Suecia. En ese país estaba al orden del día la cuestión del militarismo y del nuevo sistema de llamamiento a filas, al servicio militar. El ala izquierda del Partido Socialdemócrata sueco se proclamaba claramente antimilitarista. [El líder del partido] Hjalmar Banting, por el contrario, estaba a favor de reforzar el poderío militar de Suecia. Acompañada por el Dr. Hannes Sköld como intérprete, en abril viajé a varias ciudades y pueblos suecos, Llegué al norte e incluso hice campaña ante marineros y una guarnición. La Asociación Juvenil Socialista Sueca celebró el 1º de mayo con una plataforma especial en el espíritu internacionalista revolucionario, contra los socialdemócratas oportunistas de derecha.[97] Nuevamente, la prensa burguesa hizo campaña contra mí y difundió todo tipo de calumnias sobre mí.

A la vuelta de Suecia me vi inmersa en un conflicto inesperado con el partido alemán. Mi libro *En la Europa obrera* había sido publicado en Rusia.[98] En él había señalado la tendencia del aparato del Partido Socialdemócrata alemán al oportunismo y su creciente burocratización. En algunos pasajes ridiculicé la “actitud de generales”, la presunción y la arrogancia de los dirigentes del SPD, contrastándolos con el sano sentimiento de clase de los miembros simples del partido. Los camaradas alemanes no habían podido leer mi libro, publicado en ruso, pero algunos camaradas rusos se apresuraron a presentárselo como una sátira al partido alemán, como un folleto difamatorio que podría hacerle el juego a los enemigos de la clase obrera. Los dirigentes del partido se enfurecieron. Kautsky me dirigió una carta que no era más que una larga reprimenda y nuestras relaciones personales acabaron ahí. Recibí de mis amigos alemanes de la víspera, desde diferentes partes, cartas frías denunciando mi comportamiento “infame” hacia la Socialdemocracia alemana. Se decía de mí que el Partido Socialdemócrata alemán había acogido en su seno a una víbora, que se me había admitido en el partido para trabajar en él con camaradería, que se me había permitido observar

---

[97] [El 1 de mayo de 1912, Alexandra Kollontai habló al aire libre en Estocolmo ante miles de oyentes. Su discurso fue traducido al sueco el Dr. Hannes Sköld y publicado en el periódico *Social-Demokraten* el 2 de mayo de 1912. Ver la versión inglesa: “The International Proletariat and War: From a speech delivered in Stockholm on 1 May, 1912”, in Alexandra Kollontai, *Selected Articles and Speeches*, Moscow: Progress Publishers, 1984, pp. 59-61. Disponible online en Marxists Internet Archive.] [Ver en esta misma serie: *El proletariado internacional y la guerra.* Alejandría]

[98] [Александра Коллонтай, *По рабочей Европе: силуэты и эскизы: (из записной книжки лектора)*. Ст. Петерсбург: Издание М.И. Семенова, 1912. 311 с. (Alexandra Kollontai, *En la Europa obrera. Siluetas y bocetos. Del cuaderno de una conferencista*, San Petersburgo: Edición de M.I. Semenov, 1912. 311 p.)]

todos los aspectos de la vida partidaria y que la calumnia era mi forma de "pagárselo". En vano intenté que los camaradas leyeran mi libro primero. El prejuicio que la calumnia había causado en relación con mi libro ya no podía ser sacudido. Los camaradas alemanes se apartaron de mí; se sentían ofendidos por la crítica al "más fuerte y mejor partido del mundo". Pasé el verano de 1912 muy angustiada en una localidad obrera cerca de Berlín (Zeuthen), un centro de los metalúrgicos, trabajando en mi libro *Sociedad y maternidad*. El partido alemán ya no me empleaba para la propaganda.

En septiembre, recibí una invitación de mis camaradas británicos para asistir al Congreso de Sindicatos en Newport.[99] Por supuesto, acepté la oferta, especialmente porque carecía de fuentes y materiales en inglés para trabajar en mi libro. Durante mi estadía en Inglaterra en 1912, estudié específicamente la participación de las mujeres en el movimiento cooperativista, conocí a las principales representantes de dicho movimiento, Margaret Bondfield y Margaret Davis, y establecí contactos con jóvenes obreros, los organizadores de las universidades de trabajadores socialistas. A pesar de que en dichas universidades se enseñaba de acuerdo con la "escuela de Marx", reinaba entre los jóvenes una tendencia sindicalista, lo que no me impidió sentir en ellos un ardor revolucionario y un espíritu de decisión que faltaban en los jefes del viejo tradeunionismo.

En el congreso hubo un conflicto entre dos corrientes en relación con las nuevas tácticas de los sindicatos y el Partido Laborista. La "izquierda" abogó por una política de clase más clara y por el apoyo a la "acción de masas". No solo tuve que apoyar a la izquierda en el Congreso, sino que también tuve que luchar contra los viejos sindicalistas en varias reuniones preliminares. Henderson, entonces secretario del Partido Laborista, obstaculizó en todos los sentidos el reconocimiento de mi mandato, pero Tom Mann y otros representantes de la izquierda de entonces lo impusieron.

El trabajo en el British Museum me facilitó una rica documentación para mi libro y volví a Berlín con la firme intención de acabar urgentemente la obra comenzada. Pero, en cambio, tuve que ocuparme nuevamente del escándalo generado en torno a *En la Europa obrera*. Durante mi ausencia, un autor anónimo (que resultó ser ruso) había enviado al órgano central de los sindicatos en Alemania una reseña en la que intentó probar que el libro era fruto de un renegado "confeso", un rechazo a la socialdemocracia, etc. Por supuesto, citó los pasajes en los que el liderazgo del partido no era mencionado con mucho respeto o donde se condenaba la burocracia del partido. Así que no me vi involucrada en una polémica, sino que también tuve que encontrarme con los líderes del movimiento sindical. Carl Legien [el presidente de la *Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands* entre 1891 y 1919] estaba particularmente indignado porque había osado levantar "sospechas" de "oportunismo" en el partido alemán (Legien y Scheidemann incluso consideraron dejar que me expulsaran de Alemania). Incluso entonces, los líderes del partido eran tan hueros que cualquier palabra crítica, por justificada que fuera, era vista por ellos como un insulto a "Su Majestad la Social Democracia". Cualquier ironía hacia Meier o Ernst Schulze era considerada como una clara evidencia de "traición al socialismo".

Liebknecht escribió una respuesta a la reseña de mi libro. Pero el escritor anónimo simplemente no pudo calmarse. Escribió un nuevo artículo en el que lanzaba alusiones personales sin equívocos: "¿Cómo es que la policía alemana tolera la presencia en Berlín de una emigrante política rusa? En esto hay algo sospechoso." A esta ignominia los

[99] [El 45 Congreso de los Sindicatos (*Trade Unions*) tuvo lugar en Newport, Gran Bretaña, del 2 al 7 de septiembre de 1912.]

camaradas dirigentes rusos respondieron con una carta colectiva de protesta firmada tanto por los mencheviques como por los bolcheviques y los trotskistas.[100]

Exteriormente, el incidente terminó, pero pasaron muchos meses antes de que se restablecieran mis relaciones con el Partido Socialdemócrata alemán, y mi amistad personal con algunos camaradas se había roto para siempre. He descrito con gran detalle en este incidente esencialmente menor, porque es característico de la atmósfera que prevalecía en el partido alemán antes de la guerra, y porque fue de gran importancia para mí personalmente.

En noviembre de 1912, en vista de las complicaciones previsibles en las relaciones internacionales de las potencias y en relación con la guerra de los Balcanes, se convocó un Congreso Extraordinario Internacional Socialista en Basilea.[101] Como en ese momento, gracias a la llegada de camaradas de Rusia, se reanudaron las relaciones con los trabajadores rusos, se me enviaron dos mandatos para el Congreso Internacional: uno del Sindicato de Trabajadores Textiles y otro del Sindicato de las costureras. Tras el congreso permanecí algún tiempo en Suiza para llevar a cabo un trabajo de agitación.

En febrero de 1913, el partido suizo me pidió que volviese para la organización del Día [Internacional] de la Mujer (женского дня). La iniciativa para esta invitación había venido del ala izquierda del Partido Socialista suizo dirigida por el camarada Fritz Platten. De Suiza fui a París, de allí a Bélgica, dando conferencias en colonias rusas, haciendo campaña en zonas industriales de Bélgica. Después de mi regreso a Berlín desde Bélgica, me dediqué exclusivamente al trabajo literario, en parte debido a la tensa relación con el Partido Socialdemócrata alemán y también por motivos de salud. En aquella época escribí mi artículo sobre *La nueva mujer* y una serie de otros sobre los problemas de las relaciones entre los sexos, publicados en *Novaia Zhizn*.[102]

Logré que se festejase en Rusia el Día [Internacional] de la Mujer. Esa jornada (23 de febrero, 8 de marzo de 1913) estuvo marcada por una edición especial de dos diarios legales en los que colaboraba, el *Pravda* bolchevique y el *Luch* (луч: *Rayo*) menchevique.[103] Es característico que en la compilación de los números de ambas fracciones participé directamente.

Pasé el verano de 1913 hasta finales de otoño (mediados de noviembre) en Inglaterra, principalmente en Londres. Ese fue el momento en que el asunto Beilis[104] provocó un eco vivo no solo en los círculos revolucionarios, sino entre todas las personas

---

[100] [La versión rusa editada bajo el estalinismo y la versión alemana tomada de la misma reemplaza la referencia a "los mencheviques, los bolcheviques y los trotskistas" por esta frase: "Los camaradas rusos respondieron a esta vil nota con una carta de protesta, y es característico que la protesta estuviera firmada por nombres famosos: Máximo Gorky, Lunacharsky, Karl Liebknecht y otros".]

[101] [Una referencia al Congreso Socialista Internacional que se reunió en Basilea los días 24 y 25 de noviembre de 1912. Los delegados adoptaron por unanimidad el manifiesto contra la guerra, que instaba a los trabajadores a luchar contra la amenaza de la guerra. El manifiesto recomendaba que los socialistas, en caso de que estallara la guerra imperialista, aprovechasen la crisis económica y política provocada por la guerra para luchar por la revolución socialista. Ver Manifiesto del Congreso Socialista Internacional Extraordinario de Basilea, 24-25 de noviembre de 1912. http://www.grupgerminal.org/?q=node/1861]

[102] ["Новая женщина." *Современный мир*, 9 (1913), с. 151-85. ("La nueva mujer", *Mundo moderno*, no. 9, 1913, p. 151-85). La versión española, como ya se ha vuelto casi un hábito, no respeta el título original: "La mujer nueva y la moral sexual" (1913), en Alexandra Kollontay, *La mujer nueva y la moral sexual*, Madrid: Ayuso, 1977, pp. 39-86.] [Ver en esta misma serie: *La mujer nueva y la moral sexual*. Alejandría]

[103] ["Женский день" *Правда*, 17 февраля 1913 г. в сб.: А. М. Коллонтай, *Избранные статьи и речи*, Политиздат, 1972, стр. 109-112. ("El Día de la Mujer", *Pravda*, 17 de febrero de 1913)]

[104] [Menahem Mendel Beilis (1874-1934) fue un judío ruso acusado del asesinato ritual de un niño cristiano en Kiev, en un notorio juicio que tuvo lugar en 1913, conocido como el "caso Beilis". Aunque Beilis fue absuelto después de un largo proceso por un jurado totalmente eslavo, el proceso legal provocó críticas internacionales al antisemitismo imperante en el sistema judicial y en el Imperio ruso. Ver Leon Trotsky, "Die Beilis-Affäre" ["El affaire Beilis"], *Die neue Zeit*, 32. 1913-1914, 1. Bd. (1914), H. 9, S. 310-320.]

honestas. Tomé parte activa en la agitación concerniente al asunto Beilis. Junto a la diputada finlandesa Hilja Pärssinen nos ocupamos en esa época de las organizaciones del socorro social a las madres y de los seguros infantiles en Inglaterra, y ofrecimos conferencias para las obreras en la "Casa Bebel", organizadas por la enérgica camarada Mary Bridges Adams. Pero sobre todo trabajé en mi libro *Sociedad y maternidad*.

Cuando regresé a Alemania a fines de 1913, descubrí que la atmósfera de hostilidad hacia mí se había disipado significativamente. Traducido al alemán, mi libro *En la Europa obrera* circuló en manuscrito en la dirección del Partido Socialdemócrata de Alemania, y los camaradas más objetivos pudieron convencerse de que su contenido definitivamente no ofrecía motivos para acusarme de "deslealtad" y "traición". Clara Zetkin fue la primera en escribirme una carta amistosa al respecto. Se comenzó a preparar la publicación del libro en alemán, pero su aparición fue impedida por la guerra. De nuevo me sentí atraída por el trabajo en partidario.

Durante este período, el trabajo del Partido [Obrero Socialdemócrata] en Rusia se fortaleció y revivió significativamente. Esto se reflejó inmediatamente en el fortalecimiento de los lazos con Rusia. En Rusia, el movimiento obrero estaba madurando. El ascenso general de la actividad se manifestó en la aparición casi simultánea de dos revistas para obreras, una bolchevique y otra menchevique.[105] La vida misma había logrado lo que había intentado en vano hacer los años anteriores. En ese momento colaboré con la revista menchevique *La voz de la trabajadora* (*Golos rabotnitsy*).

Al mismo tiempo, hubo fricciones entre los mencheviques y yo en el grupo de Berlín. La primera razón de esto fue la expulsión de Lunacharski de Berlín, donde había venido a dar conferencias en la colonia rusa. En dicha ocasión, la colonia rusa dio muestras de una inadmisible cobardía, lo que me hizo protestar contra esa actitud. Los desacuerdos entre nosotros aumentaron cuando se trató de crear un centro especial en Berlín para fortalecer los lazos con Rusia e intensificar el trabajo político de la emigración. Aunque muchos trabajadores rusos vivían en Berlín, no estaban integrados en la colonia; mi propuesta de abrir la central a los obreros fue acogida como una maniobra demagógica. El grupo dirigente de la colonia consideraba que la central debía incluir solo a personas "con experiencia en actividades conspirativas" que tuvieran fuertes lazos con el partido alemán, y únicamente los "viejos emigrados" podían pretender poseer esas cualidades. Hubo una especie de divorcio en la colonia entre los líderes y la "gente de a pie". Estaba del lado de la "gente de a pie", lo que inevitablemente condujo a desacuerdos.

En la primavera de 1914 los roces entre fracciones alcanzaron un grado particular de agudeza. En el interior de las mismas fracciones no había cohesión. Los trotskistas consolidaron su grupo y se separaron definitivamente de los mencheviques. Por su parte, estos últimos buscaban agrupar a sus correligionarios. Paul Axelrod, entonces en Berlín, trabajó mucho en este sentido. La historia del provocador Malinovsky suministró a los mencheviques nuevos argumento en su lucha contra el bolchevismo. Las maniobras a que dio lugar esta lucha me separaron del grupo menchevique.[106]

---

[105] [Una referencia a la aparición en mayo de 1914 de la revista bolchevique *Работница* (*Trabajadora*), de la cual se publicaron 7 números, y a la revista menchevique *Голос работницы* (*La voz de la trabajadora*). Para una descripción del periódico *Rabotnitsa* ver Cintia Frencia y Daniel Gaido, *Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa,* Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2018, capítulo 3. Los orígenes socialistas del Día Internacional de la Mujer y el periódico *Rabotnitsa*, pp. 52-66.]

[106] [Este párrafo fue omitido de la versión rusa editada bajo el estalinismo y de la versión alemana tomada de la misma.]

En vista del Congreso Internacional Socialista planeado para agosto y la conferencia en Viena, mi trabajo literario fue suspendido.[107] Dediqué la primavera y el verano de 1914 a la preparación de la [Tercera] Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, escribiendo artículos para las revistas de trabajadoras en diferentes idiomas y preparando material para un informe en la Conferencia sobre la Seguridad Social de la Maternidad. Al mismo tiempo, escribí un folleto titulado *La madre trabajadora* y una serie de artículos para la prensa rusa sobre temas de seguros.[108]

A finales de mayo, se celebró en Berlín una conferencia del Buró Socialista Internacional para convocar la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. Yo formaba parte, en calidad de corresponsal de Rusia, del Secretariado Internacional de Mujeres Socialistas, desde la Conferencia de Stuttgart (a partir de 1914, Inessa Armand también se incorporó al mismo, delegada por los bolcheviques).

Podía olerse la pólvora en el aire; la atmosfera estaba cargada. El Buró Socialista Internacional organizó en Berlín una impresionante manifestación de trabajadoras contra la guerra y el militarismo. La intervención de la policía me impidió hablar; mi discurso fue luego distribuido por escrito. Y aunque fue firmado con el seudónimo Davydova, la policía comenzó a vigilarme abiertamente. Partí entonces a Baviera, desde donde regresé a toda prisa en el momento de la declaración de guerra.[109]

V. Los años de la guerra mundial

La guerra me sorprendió en Berlín. Hasta mediados de septiembre no logré salir de Alemania con un grupo de camaradas, y sólo gracias a Liebknecht. Todos habíamos sido arrestados numerosas veces, pero liberados después bajo condición de presentarnos cada día ante la policía.

Asistí a la histórica sesión del 4 de agosto de 1914 [en el Reichstag], en la que el Partido Socialdemócrata alemán votó a favor de los créditos de guerra. Únicamente Liebknecht y dos o tres camaradas escaparon a la borrachera de chovinismo. La identidad de actitud frente a la guerra me acercó aún más a Liebknecht y a su familia. En aquella época nosotros, los otros internacionalistas, estábamos muy solos y aislados, incluso entre los rusos. Numerosos emigrantes se vieron en una situación material muy mala y fue necesario organizar los socorros. Los camaradas alemanes Eduard Fuchs, Oskar Cohn, Liebknecht y otros nos ayudaron en ello activamente. Por el contrario, los dirigentes oficiales mantuvieron una actitud "prudente" por temor a comprometer su patriotismo. He descrito las semanas de la "cautividad alemana" con mucho detalle en un esbozo especial.

Los camaradas que escaparon de la cautividad alemana y que profesaban ideas altamente internacionalistas decidieron actuar sobre la Internacional a través de los

---

[107] [El Décimo Congreso de la Internacional Socialista fue planeado para los días comprendidos entre el 23 y el 29 de agosto de 1914 en Viena. Conjuntamente con el mismo, debía celebrarse la Tercera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. Tanto el Congreso como la Conferencia debieron ser suspendidos debido al estallido de la Primera Guerra Mundial los primeros días de agosto de 1914. Ver Georges Haupt, *Le Congrès manqué : L'Internationale à la veille de la première guerre mondiale*, Paris : Maspero, 1967.]

[108] [Александра Коллонтай, *Работница-мать*, Санкт-Петербург, 1914. (Издательство библиотеки "Работницы". Сер. 1; № 1). 16 с. (Alexandra Kollontai, *Trabajadora-madre*, San Petersburgo, 1914. Editorial de la biblioteca "Trabajadores". Ser. 1; No. 1. 16 p.). "Staatliche Mutterschaftsversicherung" ("Seguro de maternidad estatal"), *Die neue Zeit*, 33. 1914-1915, 1. Bd. (1915), H. 11/12, S. 363-371.]

[109] [Aquí se terminan la versión rusa editada bajo el estalinismo y de la versión alemana tomada de la misma. Las dos secciones finales sólo aparecen en la versión francesa publicada por Boris Souvarine y en el original ruso, que apareció en la revista *Proletarskaya revolyutsiya* en 1921.]

partidos de países neutrales y provocar una "acción". Con Moisei Uritsky, fuimos a hablar con el partido danés, a pesar de que otros partían para Estocolmo. Celebramos dos o tres sesiones con el comité central del partido danés, pero éste fue desesperantemente prudente. Pasamos entonces a Suecia donde teníamos apoyo en los socialistas de izquierda. Aproveché la permanencia en un país neutral para establecer lazos con las mujeres de los países beligerantes. Mi plan era organizar una manifestación internacional de trabajadoras contra la guerra. Redacté un llamamiento en ese sentido, firmado por el grupo de las obreras rusas de Estocolmo, y lo imprimimos y expedimos a Rusia y otros países.

Mis artículos, mis discursos imprudentes en los mítines contra la guerra, en el momento en que Suecia misma preparaba su "defensa", puede que también el hecho de que mi habitación deviniese una especie de "cuartel general", tuvieron como resultado mi arresto. La prensa burguesa me cayó encima con furia, acusándome de espionaje, de ser una "agente" de la Entente, etc... Después de encerrarme algún tiempo en prisión, las autoridades suecas me expulsaron a Dinamarca. Allí, las autoridades danesas establecieron sobre mí una vigilancia preventiva, y el partido danés, *Socialdemokratiet*, para no comprometerse, no me dejó ni hablar en público, ni escribir. Únicamente no temieron mantener relaciones conmigo los socialistas de izquierda, como el camarada Gerson Trier y los jefes sindicalistas.

Mientras tanto, conseguimos restablecer los lazos con el grupo de camaradas, encabezado por Trotsky, Vladimir Antonov-Ovseyenko y Martov, que publicaba en París el diario internacionalista *Nashe slovo* (*Nuestra Palabra*). En la misma época se restablecieron los contactos con el centro suizo, es decir con los bolcheviques, con Krúpskaya y Lenin, cuya posición, precisada en el periódico *Sotsial-Democrat*, me era cercana.

A fines de enero, o a principios de febrero de 1915, pasé de Dinamarca a Noruega donde quedé libre, por fin, de la vigilancia policial. Con energía redoblada me volqué a la idea de organizar el 8 de marzo una manifestación internacional de trabajadoras contra la guerra, idea apoyada por Clara Zetkin; pero la desfavorable acogida de los dirigentes del Partido Socialdemócrata alemán y la prohibición que lanzaron contra la materialización de nuestra iniciativa destruyeron todos nuestros esfuerzos. Solamente en Noruega, y en una escala muy modesta, se logró darle un carácter de protesta contra la guerra al Dia [Internacional] de la Mujer.

Tras ello, surgió enseguida la idea de convocar una conferencia en Suiza a la que yo no pude asistir, pero a la que envié una declaración en calidad de miembro del Secretariado Internacional [de Mujeres Socialistas]. Esta declaración coincidía con la posición adoptada por los bolcheviques en la Conferencia de Berna [celebrada en febrero de 1915].[110]

Durante este período publiqué una serie de artículos denunciando a los socialdemócratas. Los artículos publicados en *Nashe slovo* (*Nuestra Palabra*) fueron acogidos favorablemente por los internacionalistas rusos en París y Suiza.[111] Se reforzaron mis lazos con el centro bolchevique. Las consignas del periódico *Sotsial-Democrat* de oponer la guerra civil a la guerra imperialista y de separarse de los socialpatriotas encontraron mi plena aceptación. Participé en los preparativos de [la conferencia de] Zimmerwald ayudando a los camaradas suecos y, sobre todo, noruegos a

---

[110] [Ver los documentos en Olga Hess Gankin and Harold H. Fisher (eds.), *The Bolsheviks and the World War: The Origins of the Third International*, Stanford Univ Press, 1940, The Berne Conference of the Russian Bolshevik Sections of the Russian Social Democratic Labor Party Abroad, pp. 173-191.]

[111] [Ver la bibliografía de los escritos de Kollontai en Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Indiana University Press, 1979, pp. 321-322.]

familiarizarse con nuestra posición, y contribuyendo por todos los medios a propagar los puntos de vista bolcheviques.

En mayo de 1915 participé en el congreso del Partido Laborista (*Arbeiderpartiet*) noruego en Trondheim. Con Martin Tranmæl, el enérgico representante del ala izquierda, organizamos en el norte de Noruega grandes mítines de protesta contra la guerra. En la misma Christiania (Oslo) la organización de las manifestaciones era difícil y hacía falta trabajar militantemente para ello en pequeñas reuniones.

Me ligué definitivamente con los bolcheviques, uniéndome a la revista *Kommunist* que Bujarin y Piatakov publicaron en el verano de 1915. Pero no rompí con el grupo *Nashe slovo* (*Nuestra Palabra*) de París. Con el *Sotsial-Democrat* y en particular con Lenin, no estaba de acuerdo sobre los dos puntos siguientes: la cuestión de la libre determinación de las nacionalidades (junto a Bujarin y Piatakov, consideraba que ese punto debía ser eliminado del programa) y sobre la cuestión del militarismo (yo estaba a favor de defender el "desarme" y solamente más tarde llegué a la conclusión de la correlación lógica entre la "guerra civil" y el desarme general). En el verano de 1915 escribí un pequeño folleto, *¿Quién necesita la guerra?*, editado por el comité central bolchevique.[112] Me mantuve en relaciones con Liebknecht y su familia hasta mayo de 1915. Desde 1914, había hecho desmentir en la prensa legal bolchevique rusa las noticias sobre el pretendido nacionalismo de Liebknecht y había contribuido a difundir su carta denunciando el verdadero carácter de la guerra y la política mentirosa del Kaiser. Pero con Clara Zetkin el contacto quedó roto, porque ella estaba en prisión.

En el otoño de 1915 la fracción alemana del Partido Socialista norteamericano me invitó a realizar propaganda a favor de Zimmerwald. Armada con toda la literatura bolchevique que pude encontrar, partí en septiembre hacia Nueva York. Permanecí en Norteamérica hasta febrero de 1916 realizando allí una intensa propaganda en más de 80 ciudades y localidades. En el partido norteamericano, como en todas partes, había dos tendencias. No solamente fue necesario batallar contra los partidarios de la Segunda Internacional, sino también contribuir dentro de los medios zimmerwaldianos al reagrupamiento y a la actividad del ala "izquierda". Entonces yo trabajaba con Ludwig Lore (alemán), S. J. Rutgers (de Holanda), Sen Katayama (del Japón) y con un pequeño pero firme grupo de bolcheviques rusos. La prensa burguesa me denunciaba como "agente", o bien de los aliados, o bien de Alemania, según de qué diarios se tratase.

Fue necesario volver a Noruega con muchas precauciones a fin de escapar a la vigilancia de las autoridades inglesas. Permanecí en Noruega de marzo a agosto de 1916. Un grupo de camaradas rusos, con Bujarin y Piatakov, fue expulsado en aquella época de Suecia. Vinieron a vivir a Christiania. Uritsky también acudía a menudo desde Dinamarca para vernos. Las relaciones con Rusia se reanimaron. El país comenzaba a agitarse. Algunos camaradas volvían a Rusia ilegalmente a fin de precipitar el "proceso de fermentación".

En agosto de 1916 partí de nuevo hacia los Estados Unidos, donde pasé varios meses. Bujarin, Trotsky y otros también fueron a Norteamérica. Nos aplicamos a consolidar la "izquierda de Zimmerwald". Colaboré con la revista *Novy Mir* (новый мир: *Nuevo mundo*) y con la prensa del partido estadounidense.[113] Al mismo tiempo, estudiaba el movimiento de mujeres y la organización escolar de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos estaban en vísperas de su participación en la guerra. A principios de 1916 había abandonado un país hostil a la guerra, pero en el otoño lo

---

[112] [А. М. Коллонтай, *Кому нужна война?* Берн: Цк РСДРП, 1916. (A. M. Kollontai, *¿Quién necesita la guerra?* Berna: Comité Central de la Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, 1916.)]

[113] ["The Attitude of the Russian Socialists," *New Review*, Vol. 4 (March 1916), pp. 60-61. "Do Internationalists Want a Split?" *International Socialist Review*, Vol. 16 (January 1916), pp. 394-396.]

encontré rumbo a la borrachera chovinista. Nuestro grupo de zimmerwaldianos de izquierda prosiguió un trabajo bien definido propagando las ideas del bolchevismo. Pero todavía no existía unidad completa en las posiciones. Recuerdo cómo en una de las reuniones del grupo desarrollé el punto de vista de que era necesario preparar al proletariado para una insurrección armada. A la mayoría de los asistentes le pareció inaceptable ese punto de vista y Bujarin, explicando mis palabras, dijo que no había que tomarlas al pie de la letra sino ver en ellas solamente una indicación del "desarrollo posible del movimiento". Sin embargo, Bujarin pertenecía entonces a la extrema izquierda. La mayoría de los camaradas estaban entonces, pues, lejos de prever la posibilidad de una próxima explosión revolucionaria. Para reaccionar contra la amenaza en aumento de una próxima participación norteamericana en la guerra, decidimos publicar un llamamiento especial en diferentes lenguas. Lo redacté y fue publicado por el grupo alemán en vísperas de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Cuando esta fue declarada, yo me encontraba ya en medio del océano, en ruta hacia Noruega.

Allí permanecí solamente un mes. La revolución de febrero de 1917 ofreció la posibilidad de volver a Rusia y todos la aprovechamos, evidentemente. Pero antes de volver a Rusia, esperé las instrucciones de Lenin, con el que mantenía correspondencia continuada. Las primeras noticias anunciando la entrada al gobierno provisional de "socialistas", de mencheviques y socialistas-revolucionarios me mostraron el error de la táctica de éstos. En el *Socialdemócrata* noruego expuse, bajo la forma de una entrevista, mis puntos de vista sobre el curso de la revolución y ello desconcertó no solamente a los camaradas extranjeros, sino también a los camaradas rusos, embriagados por la revolución y partidarios de la "unidad del frente". Defendí estos mismos puntos de vista en un mitin monstruo que el partido noruego organizó en honor a la revolución rusa.

Junto a Piatakov, Bosch y Ganetsky, restablecimos las relaciones entre Rusia y el centro suizo para el caso que partiésemos y comenzamos una serie de gestiones para acelerar la transferencia del comité central bolchevique a Rusia. Estuve entre los primeros emigrantes políticos que volvieron a la nueva Rusia revolucionaria. El 19 de marzo (1 de abril) estaba en Petersburgo. En la misma noche me declaré solidaria con el *Pravda* bolchevique y, sin esperar más, me volqué ardientemente al trabajo con el grupo bolchevique, poco numerosos todavía en aquella época.

VI. Los años de revolución

Los años de revolución todavía están demasiado presentes en la memoria, no necesitan ser descritos o explicados. Por ello me limitaré a pasar simplemente revista a los momentos esenciales de mi actividad en este período.

Al día siguiente de mi llegada a Rusia tuve que sostener un combate contra las activistas rusas por la igualdad de derechos para las mujeres, que organizaron una manifestación ante el Palacio Táurida (antigua sede de la Duma) para exigirle al gobierno provisional el otorgamiento del derecho al sufragio femenino. Nikolái Chjeidze acudió a calmarlas. En cuanto a mí, en las salas del palacio y en la calle realicé "propaganda bolchevique" contra la guerra, contra el oportunismo, a favor del poder de los soviets. Habiendo amenazado los soldados con ensartarme en la punta de sus bayonetas, los mismos camaradas bolcheviques me aconsejaron ser más prudente en mis discursos y no ofender los sentimientos de las masas populares.

Pero resultó que éstas acogieron favorablemente mis palabras: eran "soldados de trinchera". Se me pidió que hiciese agitación en los destacamentos. Fui delegada al soviet por la "organización militar" bolchevique y después en el Comité Ejecutivo del Soviet de

Petersburgo. Durante bastante tiempo fui la única mujer del comité ejecutivo. Desde mi entrada en el soviet fui elegida al Buró de nuestra fracción, y junto con A. N. Paderin [un soldado bolchevique del regimiento Preobrazhensky], llevamos a cabo todo el trabajo, combatiendo algunas veces a los miembros de nuestra propia fracción (por ejemplo, Avilov y otros) cuya actitud era dubitativa. En la conferencia del partido precedente a la conferencia panrusa de los soviets, mi posición fue considerada "extremadamente de izquierda" (en esos momentos Lenin todavía no había vuelto a Rusia). El 4 de abril, Lenin lanzó sus famosas tesis y su declaración histórica. En dicha ocasión fui la única en apoyar públicamente su posición contra un gran número de camaradas dubitativos.[114] Ello me valió ser violentamente atacada con una impactante unanimidad por toda la prensa antibolchevique, que, por lo demás, no me perdonaba anteriormente. Incluso se compuso una canción:

Lenin tenga o no razón
Kollontai siempre está de acuerdo

En numerosas ocasiones viajé a Helsingfors (Helsinki) para realizar agitación en la marina de guerra, esa ciudadela de la revolución. Durante las conversaciones sobre el gobierno de coalición (19-21 de abril) el buró de la fracción bolchevique y la fracción completa del soviet estaban a favor de una acción inmediata y se redactó una resolución en ese sentido. Pero llegó Zinoviev y les dio la vuelta a las medidas tomadas, y nuestra resolución resultó considerablemente modificada.

A fines de abril y principios de mayo estalló por primera vez en la nueva Rusia una huelga de lavanderas. Una vez establecido el contacto, fui a militar entre ellas. Organizamos numerosos mítines diarios y establecimos reivindicaciones.

Desde mi llegada a Rusia mostré a los camaradas la absoluta necesidad de comenzar el trabajo entre las mujeres, al ver los progresos de las activistas rusas por la igualdad de derechos para las mujeres, que se ganaban a las mujeres de los soldados. La manifestación de las "igualitarias" por un aumento de las ayudas a las mujeres de los soldados (manifestación descrita por mí en *Pravda* de abril[115]) me convenció aún más de la necesidad de un organismo especial en el partido para el trabajo entre las mujeres. Intenté reunir junto al comité central a un grupo de mujeres bolcheviques. Pero después de dos o tres reuniones me di cuenta de la vanidad de mis esfuerzos: mi plan fue rechazado. En la conferencia del partido de abril traté aún de plantear esta cuestión. Pero mi plan no encontró apoyo.

En mayo, la revista *Rabotnitsa* (Работница: *Trabajadora*) volvió a publicarse. En su redacción entraron Konkordiya Samoilova, Anna Elizarova [la hermana de Lenin], P.F. Kudelli, "Velichkina"', [Vera Mijailovna, la esposa de Bonch-Bruevich], Liudmilla Stal', Klavdiya Nikolayeva y yo. La revista constituía un centro natural para las obreras. Samoilova consideraba que, de esta forma, realizábamos en la práctica nuestro trabajo especial entre las mujeres, en la medida en que era necesario.

Lanzamos un llamamiento a las obreras a propósito de la carestía de la vida (inflación). Soñamos con organizar, junto a camaradas extranjeras y bajo la bandera del

---

[114] ["La secta bolchevique todavía estaba en un estado de desconcierto y perplejidad. Y el apoyo que Lenin encontró puede subrayar más claramente que cualquier otra cosa su completo aislamiento intelectual, no solo entre los socialdemócratas en general, sino también entre sus propios discípulos. ¡Lenin no fue apoyado más que por Kollontai (quien había sido hasta hacía poco una menchevique), la cual rechazó cualquier alianza con aquellos que no querían realizar una revolución social! El apoyo que le brindó Kollontai no provocó más que burlas, risas y alboroto." N. N. Sujkhanov, *The Russian Revolution 1917: Eyewitness Account*, edited, abridged and translated by Joel Carmichael from *Zapiski o Revolutski*, New York: Harper Torchbooks, 1962, Vol. I, Chapter 12: Lenin's Arrival, p. 288.]

[115] [А. М. Коллонтай, "Демонстрация солдаток." *Правда*, 12 Aприл 1917, п. 2. (A. M. Kollontai, "La manifestación de las esposas de los soldados", *Pravda*, 12 de abril de 1917, p. 2.)]

internacionalismo, asambleas y manifestaciones de obreras contra la guerra. Nos hizo falta defender duramente la idea del mitin: algunos lo consideraban poco oportuno. Esto sucedía durante la floración del patriotismo oficial, cuando Kerensky hacía campaña a bombo y plantillo a favor de la ofensiva y los inválidos organizaban una procesión en la avenida Nevsky portando como ícono el retrato de Kerensky. El 10 de junio tuvo lugar el mitin organizado por la revista *Rabotnitsa*. Su éxito sobrepasó todas las expectativas.

Alrededor del 20 de junio tuvo lugar la Primera Conferencia Panrusa de Sindicatos, en la que presenté un informe sobre la participación de las obreras en el movimiento sindical. Mis tesis y resolución fueron adoptadas.

A fines de junio el comité central me delegó para la conferencia zimmerwaldiana de Estocolmo, a fin de consolidar en ella la posición de la izquierda y organizar una escisión si esta izquierda acababa en minoría. Era el momento de la lucha más intensa entre los bolcheviques y el gobierno provisional. Las masas apenas se contenían. Kerensky gritaba sobre el hundimiento del frente y asustaba al público con la retirada, ya comenzada, del ejército ruso, y con la victoria del militarismo alemán. Se acercaban las jornadas de julio: su fatalidad era visible, pero yo contaba con volver en dos semanas y confiaba en no faltar en el momento deseado en el que se erguirían nuevas barricadas. En esas jornadas, a muchos de entre nosotros, impacientes de pasar al ataque, la prudencia de Lenin nos parecía casi "oportunismo".

La conferencia no se celebró en su totalidad: los alemanes ya habían partido. Las jornadas de julio me sorprendieron todavía en Estocolmo. Las noticias inquietantes sobre la derrota de los bolcheviques, los arrestos, los impúdicos telegramas llamando a los bolcheviques "espías", "agentes" del Kaiser Wilhelm, etc., me forzaron a precipitar mi regreso a Rusia. Los camaradas suecos anunciaron mi partida en la prensa con una nota titulada: "La camarada Kollontai marcha a que la encarcele Kerensky." Y así fue. Fui arrestada en Tornio [una ciudad de Finlandia] por las mismas autoridades fronterizas que cuatro meses antes, a mi regreso de la emigración, me acogieron dándome la bienvenida.

El gobierno provisional me mantuvo en la prisión petersburguesa del barrio de Viborg durante más de un mes, bajo un régimen particularmente severo: sin diarios ni autorización para ver a nadie, etc. Al día siguiente de mi salida de prisión, por orden de Kerensky, fui arrestada de nuevo y puesta bajo vigilancia domiciliaria. La intervención del soviet los obligó, sin embargo, a levantar muy pronto dicha medida. Mi liberación coincidió con la convocatoria de la "conferencia democrática".[116] Se abría un nuevo período, la oleada revolucionaria ascendía, aumentaban las simpatías hacia los bolcheviques.

Durante mi arresto fui elegida por el congreso del partido para el comité central. En septiembre decidimos, junto a Sverdlov, constituir un buró para la propaganda entre las mujeres, haciendo coincidir su formación con la campaña electoral para la asamblea constituyente. Fue un período de intenso trabajo: frecuentes sesiones en el comité central, congreso de soviets de la región del norte, Preparlamento, agitación continua en las fábricas, en los destacamentos militares y en el Circo Moderno.

A fines de septiembre se constituyó un grupo de mujeres bolcheviques para convocar la Primera Conferencia de Trabajadoras. Yo era la secretaria. La conferencia debía tener lugar a fines de octubre, pero la revolución de octubre obligó a aplazar su convocatoria a noviembre. Cuando se reunió, Rusia ya era soviética.

---

[116] [La "Conferencia Democrática de toda Rusia" fue una reunión de representantes de partidos políticos y organizaciones públicas, celebrada en Petrogrado del 27 de septiembre al 5 de octubre de 1917. El resultado de la reunión fue la creación del "Preparlamento".] [El lector interesado en una cronología de 1917 para la revolución proletaria en Rusia puede ver en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: *1917. El año de la revolución*, León Trotsky, páginas 224-362 del formato pdf. Alejandría]

Participé activamente en los acontecimientos de octubre. Participé en las sesiones decisivas del comité central, alineándome con los partidarios de la insurrección armada y con los adversarios de cualquier entendimiento con los otros partidos.

Entré en el Consejo de Comisarios del Pueblo como Comisaria del Pueblo para la Seguridad Social. En calidad de tal, hice promulgar los decretos concernientes a la mejora de la suerte de los combatientes mutilados, creé enseguida el colegio (sección) para la protección de la maternidad y el "palacio de la maternidad" en los establecimientos escolares dependientes de la Seguridad Social. Hice abolir la enseñanza religiosa, antes del decreto de separación de la Iglesia y el estado, e hice pasar a un empleo civil a todos los curas a cargo de la Seguridad Social; establecí la autoadministración de los estudiantes, etc.… En la misma época, el Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social organizó las primeras casas de infancia sin carácter de asilo y los órganos de distribución para los niños y la población inválida. Se constituyó, además, una comisión bajo la presidencia del Dr. Artemovsky para organizar sanatorios en toda Rusia (los sanatorios dependían entonces de la Seguridad Social). Se promulgó un decreto concerniente a la reorganización de las clínicas de maternidad, el monasterio de Alexander Nevsky fue transformado en Casa Comunal de los Combatientes Mutilados, etc. El principio esencial que aplicaba y defendía como comisaria del pueblo fue el de la administración colegial tendiente a llamar en todas partes a la iniciativa, desde la de los empleados del comisariado hasta la de la Unión de Combatientes Mutilados, mediante la introducción en todos los departamentos de representantes de la "Unión de Empleados Subalternos", es decir del personal técnico de las diferentes instituciones dependientes de la Seguridad Social.

En febrero de 1918, en calidad de miembro de la delegación del Comité Central Ejecutivo Panruso, y junto a Mark Natanson, Eduard Berzin y algunos otros más, traté de entrar en Suecia. Nuestro barco se vio atrapado en un campo de hielo; dañado por los témpanos, sufrió averías. Nos fue necesario buscar refugio en las islas Åland, donde casi caímos en manos de los guardias blancos finlandeses y alemanes, y tuvimos que ponernos a salvo. Un finlandés, miembro de nuestra delegación, cayó en sus manos y fue fusilado en el acto; en cuanto a otro camarada finlandés, logramos salvarlo.

Participé como miembro del presídium en el Cuarto Congreso de los Soviets e inmediatamente después abandoné mi puesto de comisaria del pueblo; no estaba de acuerdo con la paz de Brest-Litovsk ni con el cambio en nuestra política militar [por el cual el Ejército Rojo comenzó a emplear ex oficiales del ejército zarista]. Informé sobre esto al Consejo de Comisarios del Pueblo mediante una declaración, el 18 de marzo de 1918.

En la primavera y durante parte del verano pronuncié conferencias y realicé propaganda en las ciudades del Volga. En el otoño, el comité central me envió a la región de la industria textil. Allí tuve la idea de convocar el Primer Congreso Panruso de Obreras. Sverdlov apoyó esta idea. Se convocó el congreso para noviembre de 1918 y de ahí data el comienzo del trabajo organizado del partido en la población femenina trabajadora. El congreso adoptó el proyecto que trazamos Inessa Armand y yo, y el comité central confirmó la constitución de las "comisiones" femeninas que, más tarde, fueron transformadas en secciones.

Pasé el invierno de 1918-1919 en Moscú, militando entre las mujeres como miembro de la Comisión Central de las Obreras y realizando propaganda general. Escribí en *Pravda*, *Izvestia*, *Kommunar*.[117] Escribí dos folletos: *El comunismo y la familia* y *La obrera tras un año de revolución* y preparé otros tres para su reedición (*La lucha de las*

---

[117] [Ver la bibliografía de los escritos de Kollontai en Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Indiana University Press, 1979, pp. 323-324.]

obreras por sus derechos, La nueva moral y *Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras*), escribí sobre Rosa Luxemburg, etc.[118] Participé en el Primer Congreso de la Internacional Comunista y propuse en él una resolución sobre la participación de las obreras en el movimiento, adoptado por el congreso. En el 8º Congreso del partido presenté un informe sobre la propaganda entre las mujeres e hice admitir determinadas adiciones al programa revisado del partido, concernientes al reconocimiento a las mujeres de los mismos derechos que a los hombres. Por el contrario, los puntos concernientes a las relaciones familiares y matrimoniales, así como a la prostitución, fueron rechazados por la comisión.

Tras este congreso partí hacia Ucrania, donde permanecí hasta septiembre de 1919. Milité en Alexandrovsk, en los sindicatos, en las Juventudes Comunistas y a favor de la organización de las obreras. También fui a realizar propaganda en el frente. Fui delegada en el Congreso Panucraniano de los Sindicatos, en Járkov, por el sindicato de los metalúrgicos. En esta ciudad permanecí casi mes y medio trabajando en estrecho contacto con Konkordiya Samoilova. Juntas sentamos las bases de la organización de las obreras de Járkov.

La situación devino inquietante y Denikin tomó de nuevo la ofensiva, en mayo fui a militar en el Donetz: en Bajmut, Lugansk y otras grandes y pequeñas ciudades mineras. Llegué en el momento de la ruptura del frente, me retiré con el ejército. Los terribles cuadros de la retirada me incitaron a enviar al respecto un comunicado a Trotsky. Pero la situación ya no tenía salida. Járkov estaba a punto de ser evacuada. De Járkov partí hacia Crimea, donde fui nombrada presidente de la Dirección Política de la República de Crimea. Había comenzado a organizar un periódico, así como una escuela de militantes políticos; traté también de agrupar a los internacionalistas y restablecer las relaciones con los obreros de los estados del sur de Europa, pero la evacuación de Crimea interrumpió el trabajo comenzado.

En Kiev fui nombrada Comisaria del Pueblo para la Propaganda y Agitación en Ucrania. Sin embargo, solamente trabajé dos meses en el gobierno ucraniano, creando y organizando el nuevo comisariado y participando en los trabajos de la comisión interdepartamental encargada de delimitar las funciones de los diferentes comisariados. Junto a Mairova y Chernysheva, sentamos en Kiev los fundamentos de la organización femenina. Una nueva evacuación de Kiev cortó en seco el inicio de las actividades del Comisariado para la Propaganda en Ucrania. En septiembre de 1919 volví a Moscú (habiendo logrado, entre paréntesis, evacuar de Ucrania los dos barcos y el tren de propaganda del comisariado) para volcarme al trabajo en del Departamento de Mujeres del Comité Central del Partido Comunista (Женский отдел: *Zhenskiy otdel*: Departamento de Mujeres, abreviado como Женотдел: *Zhenotdel*). Fui designada para representar al comité central en la Unión de las Juventudes Comunistas y al Departamento de Mujeres en el comité para la propaganda en el campo.

Una grave enfermedad me alejó del trabajo activo entre noviembre de 1919 y abril de 1920. En el 7º Congreso de los Soviets de nuevo fui elegida miembro del comité central ejecutivo. En la primavera de 1920 procedí, por intermedio del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, a la convocatoria de la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas.[119] Pasé el mes de mayo y parte del junio en el Cáucaso

---

[118] [*Работница за год революции*. Москов: Коммунист, 1918. (*La trabajadora a un año de la revolución*, Moscú: Comunista, 1918.) *Семья и коммунистическое государство*. Москов: Коммунист, 1918. (*La familia y el estado comunista*, Moscú: Comunista, 1918.)]

[119] [Ver la edición inglesa de las actas de las dos primeras Conferencias Internacionales de Mujeres Comunistas en Mike Taber and Daria Dyakonova (eds.), *The Communist Women's Movement 1920-1922*, Leiden: Brill, 2021.]

septentrional. En Kislovodsk, creé la organización femenina y contribuí a la organización de una escuela del partido. Una segunda grave enfermedad me alejó de toda actividad durante el período comprendido entre julio y octubre de 1920.

Desde entonces he dirigido el Departamento de Mujeres del comité central. He sido adjunta al Secretariado Internacional de Mujeres de la Internacional Comunista, y en calidad de tal miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. También he sido, desde 1919, miembro de la Comisión Contra la Prostitución creada a iniciativa mía; su actividad se reanimó en el otoño de 1920. Las tesis sobre la lucha contra la prostitución también las he elaborado yo. Planteé una discusión sobre la "nueva moral". Mis tesis sobre la "nueva moral" fueron publicadas en el número 12 de *La comunista*.[120]

Durante el invierno de 1920-1921, trabajé sobre todo en el Departamento de Mujeres del comité central y en el Secretariado Internacional de las Mujeres Comunistas. He contribuido activamente a la propaganda entre las mujeres de oriente, a la convocatoria de la Primera Conferencia de las Mujeres Comunistas de Oriente y de la Segunda Conferencia Internacional, así como a la adopción por el Consejo de Comisarios del Pueblo de la resolución del Octavo Congreso de los Soviets recomendando que las obreras y campesinas ejerzan un papel activo en la edificación económica. Mi informe a la Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, ratificado por el congreso de la Internacional Comunista, constituye la base del trabajo entre las mujeres en los partidos comunistas de todos los países.

He participado en el 10º Congreso del partido en el grupo de la oposición obrera publicando en la época un folleto, *La Oposición Obrera*.[121] En el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, intervine como delegada del partido comunista ruso.[122] Me mantuve como miembro del comité central ejecutivo, del Secretariado internacional de las Mujeres Comunistas y como representante de éste en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

---

[120] ["Тезисы о коммунистической морали в области брачных отношений." *Коммунистка*, 12-13 (Май-Джун 1921), пп. 28-34. ("Tesis sobre la moral comunista en el campo del matrimonio", *La Comunista*, no. 12-13, mayo-junio de 1921, pp. 28-34.)]

[121] [*Рабочая оппозиция*. Москва; Гос. тип., 1921 (*La oposición obrera*, Moscú, 1921). Ver "Plataforma de la Oposición Obrera" (febrero 1922) en Kollontai, *Autobiografía de una mujer emancipada. La juventud y la moral sexual. El comunismo y la familia. Plataforma de la Oposición Obrera*, Barcelona: Editorial Fontamara, 1976, pp. 183-256.] [En esta misma serie de Alejandría Proletaria: *Plataforma de la Oposición Obrera*]

[122] [John Riddell (Ed.), *To the Masses: Proceedings of the Third Congress of the Communist International*, 1921, Leiden: Brill, 2014, ver la intervención de Kollontai en pp. 679-682 y la respuesta de Trotsky en pp. 686-689.]



Los fundamentos sociales de la cuestión de la mujer

(1908)[123]

Introducción

El movimiento de mujeres en Rusia atraviesa un momento decisivo de su historia: en diciembre de 1908 revisará la actividad creativa llevada a cabo por las organizaciones de mujeres en los últimos años, y en el Congreso de Mujeres de toda Rusia debe decidir el "curso de acción" que deben seguir las feministas[124] en los próximos años de lucha por la emancipación de las mujeres. Como resultado de los acontecimientos que han tenido lugar en Rusia, los complejos problemas sociopolíticos, que hasta hace poco todavía pertenecían al ámbito de las cuestiones "espinosas" abstractas, se están convirtiendo ahora en cuestiones urgentes que exigen una enérgica participación práctica y una solución. Estos problemas incluyen la llamada cuestión de la mujer. Cada día que pasa, un número creciente de mujeres se ven arrastradas a la búsqueda de una respuesta a tres inquietantes interrogantes: ¿Qué camino debemos tomar? ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo podemos asegurarnos de que el sector femenino de la población de Rusia también reciba el fruto de la larga, obstinada y agonizantemente difícil lucha por una nueva estructura política en nuestra patria?

La Alianza para la Igualdad, junto con la sección sobre el derecho al voto de las mujeres de la Sociedad de Ayuda Mutua de las Mujeres Rusas,[125] han decidido convocar el Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia[126] para dar una respuesta exhaustiva a estas tres preguntas.

---

[123] *Los fundamentos sociales de la cuestión de la mujer* – Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. "Introducción": versión al castellano de Ana Armand desde "Introduction to the Book *The Social Basis of the Women's Question*", en Alexandra Kollontai Archive – MIA; también para las notas. "Extractos": tomado de "Los fundamentos sociales de la cuestión femenina", en Archivo Alejandra Kollontai – sección en español del MIA. Escrito en 1907 según la presentación de la sección en español; escrito en 1908 poco antes del Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia y publicado en 1909 en forma de libro según la sección en inglés también del MIA, que data la introducción en 1908 y el folleto en 1909

[124] Feminismo, un movimiento de mujeres burguesas que busca la igualdad de derechos para las mujeres en el marco del estado burgués. Las feministas exigían que se concediera a las mujeres el derecho a elegir y ser elegidas, el derecho a dedicarse al comercio y a las operaciones comerciales.

[125] La Alianza para la Igualdad de la Mujer, organización feminista formada en Rusia a principios del siglo XX. La alianza exigió que se concediera a las mujeres la igualdad política y el derecho a ejercer varias profesiones. La alianza se disolvió después de la derrota de la primera revolución rusa de 1905-1907.

[126] El Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia, organizado por las sociedades burguesas, tuvo lugar en San Petersburgo del 10 al 16 de diciembre de 1908. Asistieron 700 delegadas, incluyendo un grupo de 45 mujeres trabajadoras. Las feministas, que organizaron el congreso, pretendían llevarlo a cabo bajo el lema: "El movimiento femenino no debe ser ni burgués ni proletario, sino un único movimiento animado por un solo espíritu". En sus discursos, las delegadas obreras expusieron la oposición de clase entre los movimientos de mujeres proletarias y burguesas. A pesar de que eran minoría, las delegadas obreras lograron persuadir al congreso para que adoptara resoluciones sobre la protección del trabajo femenino e infantil, sobre la protección de las madres campesinas y otras. Las trabajadoras también presentaron una resolución que exigía el derecho al voto universal, igual, directo y secreto. El presidium se negó a presentar esta resolución y la sustituyó por otra, redactada con un espíritu liberal-burgués. El grupo de delegadas obreras abandonó el congreso en señal de protesta.

El programa del próximo congreso de mujeres es sumamente amplio: en la primera sección se propone realizar una evaluación de la actividad de las mujeres en diversas profesiones en Rusia; en la segunda sección se propone examinar la posición económica de las mujeres e investigar las condiciones de trabajo en el comercio y la industria y en los servicios domésticos, así como examinar la cuestión de la protección del trabajo femenino, etc.; se creará una subsección especial para examinar las cuestiones relativas a la familia, el matrimonio y la prostitución; las tareas de la tercera sección incluirán la posición civil y política actual de la mujer y las medidas que deben adoptarse en la lucha por la igualdad de la mujer en esas esferas; por último, en la cuarta sección se estudiarán las cuestiones relacionadas con la educación de la mujer.

No se puede dejar de acoger con satisfacción este amplio programa del Congreso de Mujeres de toda Rusia, sobre todo si se compara con el proyecto de programa publicado en la revista *Soyuz zhenshchin* (*La Alianza de Mujeres*), nº 3, 1907. En este proyecto de programa se omitió totalmente una cuestión tan importante como la posición económica de la mujer en relación con la protección jurídica del trabajo femenino. ¿Fue esto un mero descuido, un accidente? Si, en efecto, fue un simple descuido, entonces fue un descuido característico, olvidar el aspecto económico de la cuestión de la mujer, la situación de la mujer trabajadora y la protección del trabajo femenino, es el tipo de "accidente" que determinaría inmediatamente la naturaleza del próximo congreso y haría imposible e inútil la participación de aquellos sectores de la población femenina para los que la cuestión de la mujer está íntima e inextricablemente ligada a las cuestiones laborales generales de nuestros días. Ahora que este descuido ha sido corregido, la segunda sección se dedicará enteramente a la cuestión del trabajo femenino y la posición económica de la mujer. Por lo tanto, no habría valido la pena detenerse a comentar un incidente tan menor si no fuera típico de nuestras "sufragistas" burguesas.

Con la cautela típica de las feministas burguesas, las organizadoras del congreso dudaron durante mucho tiempo: ¿cuál debe ser la naturaleza del congreso? La omisión en el proyecto de programa del punto que trata de la posición económica de la mujer está, en nuestra opinión, estrechamente relacionada con estas vacilaciones. En una de las reuniones preparatorias del próximo congreso, personas con una influencia considerable en el mundo feminista insistieron en que el congreso no debía dedicarse a "tareas de propaganda", sino que debía concentrarse en cuestiones concretas, como la lucha contra el alcoholismo. Así pues, hasta hace poco tiempo, las organizadoras del congreso no sabían todavía si éste debía asumir el carácter de una conferencia de "damas" benévolas preocupadas por la moral y la caridad, o si había que intentar romper la indiferencia de las mujeres ante su propio destino y atraerlas a las filas de los que luchan por la emancipación de la mujer. Sin embargo, bajo la influencia de las partidarias más clarividentes de la igualdad de derechos, la segunda tendencia se fue imponiendo poco a poco. El lema elegido para el próximo congreso es el tradicional grito de guerra feminista: la unión de todas las mujeres en la lucha por los derechos e intereses puramente femeninos.

El congreso ha servido de acicate a las organizaciones feministas. El hormiguero femenino se ha agitado. Una tras otra, feministas como Pokrovskaya, Kalmanovich, Shchepkina, Vajtina y otras han pronunciado discursos y conferencias cuyo contenido podría resumirse en el mismo llamamiento a la movilización de las mujeres: "¡Mujeres de todas las clases de la población, uníos!"

Kollontai fue una de las organizadoras encargadas de los trabajos preparatorios con las delegadas obreras antes del congreso, trabajos en los que participó activamente. En el congreso, V. I. Volkova, una mujer trabajadora, leyó un discurso que había preparado Alejandra Kollontai, que se había visto obligada a huir al extranjero como resultado de la vigilancia policial.

Por muy tentador que suene este lema “pacífico”, por mucho que parezca prometer a la pobre hermana menor de la mujer burguesa (la mujer trabajadora), es precisamente este lema tan querido por las feministas el que nos obliga a hacer una pausa y examinar con mayor detalle el próximo congreso de la mujer, y a someter sus objetivos y aspiraciones fundamentales a una cuidadosa valoración desde el punto de vista de los intereses de la mujer trabajadora.

Concretamente, se trata de saber si las mujeres de la clase obrera deben responder al llamamiento de las feministas y participar activa y directamente en la lucha por la igualdad de la mujer o si, fieles a las tradiciones de su clase, deben seguir su propio camino y luchar por otros medios para liberar no sólo a las mujeres sino a toda la humanidad de la opresión y la esclavitud de las formas de vida social del capitalismo contemporáneo.

Sin embargo, antes de responder a esta pregunta, creo necesario exponer las propuestas básicas que sirven de punto de partida para los argumentos que voy a presentar.

Dejando a nuestros honorables amigos, los eruditos burgueses, la posibilidad de examinar más de cerca la cuestión de la superioridad de un sexo sobre el otro, o de sopesar el cerebro y calcular la composición intelectual del hombre y la mujer, los partidarios del materialismo histórico reconocen plenamente las diferencias naturalmente existentes entre los sexos y exigen una sola cosa, a saber: que se ofrezca a cada individuo, hombre o mujer, la posibilidad real de alcanzar la más libre y plena autodeterminación y, también, las más amplias oportunidades posibles para el desarrollo y la aplicación de todos los talentos naturales. Al mismo tiempo, los partidarios del materialismo histórico niegan la existencia de cuestiones específicamente femeninas al margen de la cuestión social general de nuestros días. Ciertos factores económicos condujeron una vez a la posición subordinada de la mujer, con sus características naturales desempeñando un papel puramente *secundario*. Sólo la desaparición total de esos factores (económicos), sólo la evolución de las formas económicas que en su día causaron la esclavitud de la mujer, puede producir un cambio radical en su posición social. En otras palabras, la mujer sólo puede llegar a ser verdaderamente libre y gozar de la igualdad en un mundo transformado y basado en nuevos principios sociales y económicos.

Esta afirmación, sin embargo, no excluye la posibilidad de una mejora parcial de la vida de la mujer en el marco del sistema existente, aunque una solución verdaderamente radical del problema del trabajo sólo es posible con la completa reestructuración de las relaciones de producción existentes. No obstante, tal visión de la situación no debe actuar como un freno a la labor de reforma destinada a satisfacer los intereses inmediatos del proletariado. Al contrario, cada nueva conquista de la clase obrera es un peldaño en la escalera que conduce a la humanidad al reino de la libertad y de la igualdad social; cada nuevo derecho conquistado por la mujer la acerca a su objetivo: la emancipación total.

Una observación más: al discutir la cuestión de la emancipación de la mujer, uno debe basarse firmemente, como en el caso de cualquier otra cuestión sociopolítica, en las relaciones realmente existentes. Todo lo que pertenece al ámbito de las “aspiraciones morales” u otras estructuras ideológicas lo dejamos voluntariamente a disposición del liberalismo burgués. Para nosotros, la emancipación de la mujer no es un sueño, ni siquiera un principio, sino una realidad concreta, un hecho que nace con cada día que pasa. Paso a paso, las relaciones económicas modernas y todo el futuro desarrollo de las fuerzas productivas están ayudando, y seguirán ayudando, a la liberación de la mujer de siglos de opresión y esclavitud. Sólo hay que mirar alrededor para ver que esto es así. En todas partes, en casi todas las esferas de producción, las mujeres trabajan ahora junto a los hombres. En Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Austria, de los 81 millones de

personas empleadas en la industria, 27 millones son mujeres[127]. El número de mujeres que llevan una existencia independiente, y su relación proporcional con el total de la población femenina en los países civilizados, se muestra en el siguiente cuadro; según los últimos censos nacionales, el porcentaje de la población masculina y femenina que vive de sus propios ingresos es el siguiente:[128]

País	*Mujeres*	*Hombres*
Austria	47%	63%
Italia	40%	66%
Suiza	29%	61%
Francia	27%	58%
Gran Bretaña e Irlanda	27%	58%
Bélgica	26%	60%
Alemania	25%	61%
Estados Unidos	13%	59%
Rusia	10%	43%

Al pasar de la evaluación proporcional a las cifras absolutas descubrimos que, aunque en Rusia el número de mujeres que viven de sus propios ingresos es menor que en otros países, esa cifra es, sin embargo, bastante grande. Según el último censo, de los 63 millones de mujeres de Rusia, más de seis millones viven de sus propios ingresos; en las ciudades, dos de cada ocho millones (es decir, el 25%) se ganan la vida por cuenta propia; en las zonas rurales, cuatro millones del total de 55 millones de mujeres son independientes. Si se considera el total de la población con empleo remunerado en Rusia (es decir, la población que vive de sus propios ingresos), entonces de los 33 millones de personas con empleo remunerado, 27 millones son hombres y seis millones mujeres [...]

En Rusia, la mano de obra femenina está particularmente extendida en la industria textil, en todas las ramas en las que la mano de obra femenina predomina sobre la masculina [...][129] Además de la industria textil, el trabajo industrial femenino en Rusia también se utiliza ampliamente en sectores como la elaboración de alimentos y, en particular, en las panaderías: 4.391 mujeres y 8.868 hombres; en la industria química, en particular en la cosmética: 4.074 mujeres y 4.508 hombres; en la industria del vidrio: unas 5.000 mujeres; en la industria de la porcelana: unas 4.000, en la industria de los azulejos y los ladrillos unas 6.000. El número de mujeres sólo es pequeño en la industria metalúrgica.

Las cifras citadas son, en nuestra opinión, suficientes para mostrar que en la industria rusa se utiliza ampliamente la mano de obra femenina. Además, hay que recordar que Rusia pasó a la producción capitalista a gran escala hace relativamente poco tiempo, y que, a medida que se amplíe la esfera de la economía capitalista, su industria atraerá a un número cada vez mayor de mujeres trabajadoras.

Incluso ahora, en las ciudades más grandes de Rusia que tienen empresas capitalistas a gran escala, el trabajo femenino, y en particular el trabajo proletario femenino, constituye, teniendo en cuenta las reservas de mano de obra femenina, una proporción bastante considerable de la fuerza de trabajo total. En San Petersburgo, por

[127] Cf. T. Schlesinger-Eckstein, *Women at the Beginning of the 2Oth Century*, P. 38 (en ruso). A.K.
[128] Cf. Prof. Y. Pirstorf, *Women's Labour and the Women's Question*, San Petersburgo, 1902, p. 27 (en ruso). A.K.
[129] *Manual estadístico*, número III, 1908 (en ruso). A.K.

ejemplo, según el censo de 1900, había 40 mujeres por cada 100 hombres que vivían de su propio trabajo […][130]

Las mujeres son las más numerosas entre las que se ganan la vida con el trabajo proletarizado: por cada 269.000 hombres trabajadores hay 74.000 mujeres trabajadoras, y por cada 40.000 hombres "solteros", hay 30.000 mujeres "solteras". ¿Quiénes son estas mujeres "solteras"? Naturalmente constituyen el sector más explotado del pequeño artesanado: costureras, tejedoras, floristas, etc., que trabajan en casa como supuestamente trabajadores independientes para los intermediarios capitalistas y que están sometidas, como consecuencia de su aislamiento, a la más dura esclavitud del capital. Hay un número considerablemente menor de mujeres empleadas en estas profesiones (3.000 por cada 74.000 hombres) mientras que sólo 13.000 mujeres por cada 31.000 hombres entran en la categoría de "propietario".

Las proporciones dentro del trabajo femenino de los diversos grupos sociales en otros países, y la posición de los trabajadores industriales masculinos y femeninos entre los que se ganan la vida de forma independiente, se muestra en la siguiente tabla.

Como puede verse en este cuadro, en Austria el número de mujeres trabajadoras supera al de hombres: por 4,4 millones de hombres hay más de 5 millones de mujeres. En Alemania, el número de mujeres trabajadoras asciende a más de la mitad del número de hombres. Lo mismo ocurre en Francia e Inglaterra. Sólo en Norteamérica esta correlación es algo menos favorable para las mujeres.

País	***Año censal***	***Población total***		***Población industrial***		***Población industrial incluyendo trabajadores industriales***	
		Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Austria	1890	11,7	12,2	7,8	6,2	4,4	4,3
Alemania	1895	25,4	26,4	15,5	6,6	9,3	5,3
Francia	1891	18,9	19,2	11,1	5,2	5,0	3,6
Inglaterra	1891	14,1	14,9	8,9	4,0	5,4	3,1
EEUU	1890	32,1	30,6	18,8	3,9	8,7	2,9
Total		102,2	103,3	62,1	25,9	32,8	20,2

[...] El crecimiento de la mano de obra femenina significa, naturalmente, un crecimiento continuo del papel de la mujer en la producción nacional. Las mujeres ya producen alrededor de 1/3 de la producción mundial total de bienes para el mercado mundial. Este crecimiento constante del trabajo femenino despierta el temor en muchos economistas burgueses, obligándolos a ver en la mujer un rival peligroso para el hombre en la esfera del trabajo y a reaccionar con hostilidad a la expansión del trabajo femenino. ¿Está justificada tal actitud, y es la mujer siempre un mero rival "amenazador" para el hombre?

El número de mujeres trabajadoras aumenta constantemente, pero el continuo desarrollo de las fuerzas productivas también exige una fuerza de trabajo cada vez mayor. Sólo en ciertos momentos de la revolución tecnológica se produce una reducción de la demanda de nuevos trabajadores o la sustitución de una categoría de trabajadores por otra: las mujeres sustituyen a los hombres sólo para ser reemplazadas a su vez por niños y

---

[130] En 1881, en San Petersburgo había 27 mujeres que vivían de su propio trabajo por cada 100 hombres; en 1890 había 34 mujeres, y en 1900 esta cifra había aumentado a 40. (Levikson-Lessing, *On the Employment of Women in St Petersburg According to the Censuses of 1881*, 1890 and 1900, pp. 141-147 (en ruso). A.K.

jóvenes. Sin embargo, cada paso adelante en el progreso tecnológico hace que el ritmo de producción se intensifique, y este nuevo aumento de la producción trae consigo inevitablemente una nueva demanda de trabajadores de todas las categorías. Así pues, a pesar de las pausas temporales y, a veces, de las fuertes fluctuaciones, el número de trabajadores que se incorporan a la industria aumenta en última instancia con el crecimiento de las fuerzas productivas mundiales. El crecimiento del número de ambas categorías de trabajadores (hombres y mujeres) es absoluto, mientras que el crecimiento más intensivo de la mano de obra femenina en comparación con la masculina es sólo relativo [...]

En términos generales, lo que está ocurriendo en el mercado de trabajo no es la sustitución de la mano de obra masculina por la femenina, sino más bien la agrupación de la fuerza de trabajo de ambas categorías según la profesión: algunas profesiones y ramas de la industria emplean cada vez a más mujeres (servicio doméstico, industria textil, industria de la confección), mientras que otras dependen principalmente de la mano de obra masculina (minería, siderurgia, industria mecánica, etc.). Además, no cabe duda de que el crecimiento cuantitativo de la mano de obra femenina también se está produciendo gracias a la disminución del trabajo infantil, y esto es algo que no puede sino acogerse con satisfacción. Con la promulgación de nuevas leyes para proteger a los niños pequeños y elevar la edad en que los niños pueden ser empleados en el trabajo industrial, la reagrupación de la fuerza de trabajo implica, sin dudas, un aumento del número de mujeres trabajadoras.

Así, la afirmación de que las mujeres son el rival laboral más peligroso de los hombres sólo puede aceptarse con algunas reservas. Dejando de lado la cuestión de la competencia existente en las profesiones, observaremos únicamente que, en el medio proletario, la mujer trabajadora sólo constituye un rival para el hombre cuando está aislada, sin participar en la lucha proletaria conjunta. La mujer trabajadora es un rival del hombre, un rival "amenazador" que le baja el salario y destruye sin piedad el fruto de sus éxitos en su lucha organizada contra el capital, sólo cuando no está involucrada en el movimiento general de clase y sindical. Sin embargo, ¿no es todo proletario no organizado un rival así, ya sea un "paleto" de pueblo hambriento, un "desterrado" de su profesión o, simplemente, un trabajador privado de un empleo permanente? La mujer trabajadora tiene un efecto perjudicial en las condiciones de trabajo en la medida en que es, hasta ahora, el sector menos organizado de la clase obrera. El capital se sirve de ella para contrarrestar el sector más consciente y unido de la clase obrera. Sin embargo, desde el mismo momento en que la mujer entra en las filas de los luchadores organizados por la liberación de la clase obrera, deja de ser categórica la afirmación de que la mujer trabajadora es la peor rival del hombre trabajador. El proletariado organizado de cualquier sexo pierde su capacidad de dañar a los camaradas de clase.

Habiendo hecho estas reservas preliminares y visto muy brevemente algunos ejemplos estadísticos, buscaremos ahora la respuesta a las preguntas planteadas anteriormente. Remitimos a aquellos que deseen conocer más a fondo las condiciones del trabajo femenino, el crecimiento de la fuerza de trabajo femenina y su importancia en la vida económica de las naciones, a obras especiales escritas sobre este tema. Aquí sólo queremos subrayar una vez más el estrecho vínculo que existe, sin dudas, entre el deseo de emancipación de la mujer y las tendencias que se observan en el desarrollo económico de la sociedad. El hecho de tener constantemente en cuenta estas tendencias nos permitirá descubrir más fácilmente el camino que debe seguir la mujer que tiene una amplia comprensión de lo que debe hacer para lograr su plena y completa emancipación.

En respuesta al interrogante de qué deben hacer las mujeres que desean defender sus derechos e intereses violados, el ideólogo burgués se apresura a responder: "Unirse

con otro elemento socialmente débil, organizarse y unirse en la lucha contra los opresores masculinos" [...]

Este consejo no ha caído en terreno baldío. En los últimos años hemos visto surgir organizaciones feministas una tras otra. El feminismo en Rusia, incluyendo el feminismo como lo entendemos tradicionalmente, es indiscutiblemente un fenómeno nuevo. La primera publicación feminista *Zhenskoye dyelo* (*La causa de las mujeres*) apareció en 1899. Durante muchos años el deseo de emancipación de las mujeres rusas se limitó a reclamar la igualdad de oportunidades educativas. Desde el decenio de 1860, cuando se planteó por primera vez la cuestión de la mujer en Rusia, hasta el presente, el movimiento femenino no ha sido otra cosa que la historia de la lucha por mejorar y ampliar el nivel de la educación femenina, y principalmente la educación superior. En los éxitos obtenidos en esta esfera las mujeres de las clases burguesas vieron, no sin razón, uno de los principales métodos para ampliar la esfera del trabajo profesional femenino, base de su independencia económica.

Con la abolición de la servidumbre, que alteró radicalmente las relaciones económicas y sociales en Rusia[131] y obligó a una gran parte de la población a buscar los medios de existencia, la cuestión de la mujer también se planteó en Rusia. El sistema posterior a la reforma comenzó a lanzar al mercado laboral no sólo al trabajador profesional masculino, sino también a un tipo de mujer hasta entonces desconocida que, al igual que su colega masculino, también buscaba trabajo para ganarse el pan de cada día. El lema tradicional de las mujeres, "libertad de trabajo", se convirtió, al ser adoptado por las mujeres rusas, en una reivindicación de libertad de recibir educación, sin la cual todas las puertas del empleo profesional permanecían cerradas. Naturalmente, una vez terminada la enseñanza superior, las mujeres reclamaron el libre acceso al empleo estatal y privado, y esta demanda se satisfizo sobre la base de consideraciones puramente económicas a medida que la empresa privada y las instituciones estatales empezaron a darse cuenta de las ventajas de emplear a la mano de obra femenina más barata y más dispuesta a trabajar.

La esfera del trabajo profesional femenino se amplió gradualmente, pero las mujeres siguieron reclamando "la libertad de educación y de elección de profesión". No se podía exigir la igualdad política, ya que en ese momento incluso los hombres carecían de derechos políticos. En lo que respecta a los derechos civiles de la mujer, la posición de las mujeres rusas en este sentido era bastante tolerable en comparación con la de sus colegas de Europa occidental[132], por lo que no había mucho terreno obvio para la agitación feminista.

Huelga decir que el movimiento de mujeres que se está discutiendo aquí era de naturaleza claramente burguesa: sólo involucraba a un círculo bastante reducido de mujeres, principalmente de la nobleza, con algunas representantes de la *raznochintsy* (las

---

131 Se trata de una referencia a la abolición de la servidumbre en Rusia en 1861 por el gobierno zarista, que se vio obligado a introducir esta reforma como consecuencia del desarrollo económico del país y del aumento de las acciones campesinas a gran escala causadas por la explotación de los terratenientes de los siervos campesinos. El resultado objetivo de la "Reforma Campesina" fue, como escribió Lenin, la sustitución de una forma de explotación por otra, la sustitución de la servidumbre por el capitalismo.

132 Según la legislación rusa, la mujer, al alcanzar la mayoría de edad, se considera plenamente competente en derechos: puede emprender acciones civiles por derecho propio, convertirse en tutora incluso de no familiares, ser testigo, etc. La mujer dispone de sus propios bienes, incluso si contrae matrimonio, ya que la ley reconoce los derechos de propiedad independientes de cada uno de los cónyuges. La tutela del marido sobre la mujer, tal como se practica, por ejemplo, en Francia, no existe en Rusia. Sólo en materia de herencia la mujer es discriminada por la ley en comparación con el hombre: en la línea de descendencia directa la hija hereda sólo 1/14 de los bienes fijos y 1/7 de los bienes muebles, mientras que en la línea de descendencia colateral los derechos de la mujer son aún menores. A.K.

nuevas “clases medias”)[133]. Ningún ideal socialista se expresaba en las demandas de las principales defensoras de la igualdad femenina en Rusia. Era cierto que cada año la industria rusa empleaba a miles de mujeres proletarias más, pero parecía que un abismo insalvable separaba a la mujer emancipada y educada de la mujer trabajadora con las manos encallecidas, y que no era posible ningún contacto entre ellas.

Las mujeres de estos dos campos sociales opuestos sólo se ponían en contacto a través de la actividad filantrópica. Desde el principio del movimiento de mujeres en Rusia (como, de hecho, en todos los lugares donde las organizaciones de mujeres aún no habían llegado a la autodeterminación) la filantropía estaba en la vanguardia.[134] Casi todas las organizaciones de mujeres en Rusia en los últimos años han sido esencialmente filantrópicas. Las mujeres se organizaron y crearon sociedades de mujeres no para ganar reformas en la esfera de los derechos de la mujer sino para llevar a cabo actos individuales de caridad. Desde la Sociedad de Apoyo Material a los Cursos de Educación Superior de la Mujer, la más grande en cuanto a su ámbito de actividad, hasta el primer club de mujeres fundado por la Sociedad de Ayuda Mutua de la Mujer, todas esas sociedades, como su nombre indica, perseguían objetivos filantrópicos.

Lo anterior no tiene por objeto acusar a las mujeres rusas de indiferencia hacia las cuestiones sociales y políticas. ¿Puede cualquier otro país presumir de tal cantidad de heroínas anónimas, verdaderamente nobles y encantadoras, que entregaron su fuerza, juventud y propia vida a la lucha por los ideales de justicia social y la liberación política de su país? ¿Qué tiene la historia para ofrecer que pueda rivalizar con la belleza interior de la “dama penitente” de la década de 1870 que dejó a un lado no sólo sus galas, sino también todos los privilegios de su “noble origen” para unirse al pueblo y pagar al menos parte de la deuda que le debe su clase [...] Y más tarde, cuando, como resultado de la represión, cualquier protesta se convirtió, inevitablemente, en una amarga lucha contra el viejo orden, surgieron entre las mujeres de Rusia innumerables heroínas que asombraron al mundo con su desinterés, fuerza interior e ilimitada entrega al pueblo [...] A la “gentil dama penitente”, con su dulzura y belleza interior, le siguió la intrépida *raznochinka*, y después un sinfín de mártires trabajadoras que lucharon por la emancipación de su clase [...] La lista de mujeres mártires que lucharon por los ideales de justicia social se llena constantemente con los nombres de nuevas víctimas y el futuro historiador que escriba sobre nuestra época sólo podrá inclinar la cabeza en señal de respeto ante estos nobles ejemplos de mujeres luchadoras y mujeres mártires [...]

Sin embargo, este no es el tema central aquí. Aquí estamos hablando de aquellas mujeres que están luchando por lo que se llama “emancipación de la mujer”. En esta área en particular, los objetivos y aspiraciones de nuestras primeras feministas eran extremadamente reducidos y limitados. La filantropía y la educación constituían, hasta hace poco, la suma total de la actividad emprendida por las organizaciones de mujeres. Incluso el primer congreso de mujeres previsto para 1905 fue convocado limitando sus objetivos a estas dos áreas.[135]

---

[133] *Raznochintsy*: personas de diversos estratos sociales que, habiendo adquirido educación, cambiaron su anterior medio social, el de los funcionarios de bajo rango, de la pequeña burguesía, de los comerciantes, del clero y de los campesinos. Con el desarrollo del capitalismo, el número de *raznochintsy* aumentó. Lenin los describió como “los representantes educados de la burguesía liberal y democrática”.

[134] Cf. el capítulo “Las sociedades de mujeres y sus objetivos” del libro *El movimiento de mujeres* de Kechedzhi-Shapovalova (en ruso). A.K.

[135] “Entre las tareas del primer congreso de mujeres rusas se encuentran la filantropía y la educación. Las mujeres rusas han estado activas durante mucho tiempo en estas dos esferas y, por lo tanto, pueden hablar sobre ambos temas.” (*Zhensky vestnik*, No. 1 1905.). A.K.

El panorama cambia bruscamente tras los memorables acontecimientos de enero[136]. El auge revolucionario que se extendió por todos los sectores de la población también afectó a las feministas, hasta ahora modestas en sus reivindicaciones. Los círculos de mujeres se volvieron más activos, su vida se agitó. Se escucharon discursos audaces y reivindicaciones radicales. Se enviaron declaraciones, resoluciones y peticiones a los consejos rurales y urbanos y a las organizaciones radicales, y a continuación se celebraron una serie de conferencias y reuniones en las que se adoptaron resoluciones políticas decisivas. En 1905, parecía que no había un rincón de Rusia en el que las mujeres no se hicieran oír, de un modo u otro, recordando a la sociedad su existencia y exigiendo que también se les concedieran nuevos derechos civiles. Las feministas, hasta hacía poco tan modestas en sus reivindicaciones, adquirieron conciencia de que la regeneración de Rusia y el establecimiento de un nuevo sistema estatal eran los requisitos esenciales de la emancipación femenina [...]

El movimiento de mujeres está abandonando su antiguo y modesto rumbo y adoptando un nuevo camino de acción social. Esto, por supuesto, no se ha producido exento de fricciones. Entre los nuevos miembros que se habían incorporado a las organizaciones femeninas se distinguían claramente dos tendencias: algunos, más a la izquierda, insistían en la necesidad de definir claramente el credo político del movimiento de mujeres y daban prioridad a la lucha por la igualdad *política* de las mujeres; los de la derecha, en cambio, permanecían fieles a las viejas tradiciones, sin querer introducir la "política" en sus aspiraciones estrechamente feministas. En abril de 1905, los elementos más izquierdistas formaron la Alianza para la Igualdad de las Mujeres, la primera organización de mujeres en Rusia que adoptó una plataforma política clara. Mientras tanto, los elementos de derecha continuaron agrupándose en torno a la Sociedad de Ayuda Mutua para Mujeres y el *Zhensky vestnik* (*El Heraldo de las Mujeres*), persiguiendo la idea de un feminismo políticamente neutral. La Alianza para la Igualdad estableció una amplia red de sucursales en toda Rusia, y tan sólo un año después, en mayo de 1906, su oficina estimó que sus miembros eran alrededor de unos 8.000[137]. La Alianza esperaba reunir a mujeres de todas las clases sociales sobre la base de sus vagas consignas, y así como los cadetes, en sus comienzos, hablaron en nombre de todo el pueblo, la Alianza para la Igualdad de las Mujeres declaró que expresaba las necesidades de todas las mujeres rusas.

Sin embargo, el continuo crecimiento de la autoconciencia de clase, y la inevitable diferenciación entre los diversos estratos sociales de la población, también llevó a una mayor reagrupación dentro de las organizaciones sociales de mujeres. El bloque político que cumplía fines específicos en el apogeo de la Unión General[138] era cada vez más insatisfactorio, sobre todo porque muchas de las sufragistas se habían alineado, por sus convicciones, con determinados partidos políticos. Así, ya en la primavera de 1906, la rama de San Petersburgo de la Alianza se dividió en dos partes: las feministas de

---

[136] Referencia al 9 de enero de 1905, cuando las tropas zaristas dispararon contra una manifestación pacífica de trabajadores que llevaban una petición al zar. Más de mil personas murieron y dos mil resultaron heridas. Esto marcó el comienzo de la primera revolución democrático-burguesa en Rusia, de 1905 a 1907.

[137] Cf. *Igualdad Femenina,* Informes y Actas, 1906 (en ruso). A.K.

[138] La Unión General, organización política creada por la intelectualidad liberal-burguesa en mayo de 1905, en el primer congreso de representantes de 14 uniones: abogados, escritores, médicos, ingenieros, profesores y otros. El congreso exigió que se convocara una asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal.

En la primavera de 1906 se formó el Partido Progresista de la Mujer entre el ala derecha de la Unión General, que se convirtió en portavoz de las reivindicaciones y necesidades de las mujeres de la gran burguesía. El programa del partido tenía una clara orientación feminista. La Unión General se disolvió a fines de 1906.

“izquierda” que, como resultado de sus convicciones políticas, se alineaban con los partidos revolucionarios, y las de “derecha”, que fundaron el Partido Progresista de las Mujeres[139] similar en espíritu al Partido de la Renovación Pacífica[140], casi tan pequeño en número e igual de ineficaz. Ambas organizaciones de mujeres marcaron el inicio de su actividad con la creación de clubes políticos: el primero de carácter más o menos democrático[141], el segundo conservando su carácter burgués, con altas cuotas de afiliación, etc.

El proceso por el cual mujeres de diversos estratos sociales se reunieron en torno a banderas política y socialmente diversas tuvo lugar de forma espontánea, independientemente de la voluntad o los deseos de quienes lucharon apasionadamente por unir a las mujeres en una organización universal de mujeres. El Partido Progresista de la Mujer expresó de hecho las reivindicaciones y requerimientos de la gran burguesía y, mientras continuaba argumentando la necesidad de unir a todas las mujeres sin distinción de clase y convicción política, elaboró su propio programa político que se correspondía con los deseos de ese estrato social del que era, de hecho, portavoz. La Alianza para la Igualdad unió a las mujeres representantes de la oposición liberal de tipo cadete; en torno a ella se reunieron, y siguen reuniéndose, mujeres de la burguesía media, principalmente miembros de la intelectualidad. El Club Político de Mujeres de San Petersburgo obtuvo la aprobación de los elementos más radicales, pero aquí también la posibilidad de formar un bloque político llevó a la vaguedad de sus objetivos y, de hecho, de la propia naturaleza de la organización[142]. Aunque se habían disociado de todas las organizaciones de mujeres más moderadas, las integrantes del Club Político de Mujeres no pudieron definir para sí mismas ni para otros, cuyos intereses de clase expresaban, cuáles eran sus objetivos inmediatos. ¿Debían defender los intereses de las mujeres proletarias, de las campesinas, o, simplemente, de todas las “mujeres trabajadoras”? ¿Debían perseguir objetivos feministas específicos, u operar sobre una base política general? La vacilación entre estos objetivos básicos marcó toda la actividad efímera del Club Político de Mujeres. Cuando el club debatió la cuestión de entregar a la primera Duma del Estado una petición que exigía que el derecho de voto se extendiera a las mujeres (una petición que había sido firmada principalmente por mujeres trabajadoras de la ciudad) los miembros se vieron seriamente avergonzados: el club fue incapaz de decidir qué partido político era el más cercano a él en espíritu y, finalmente, decidió enviar la petición a los trudoviques[143].

---

[139] Este partido publicó el *Zhensky vetsnik* (*El Heraldo de la Mujer*), editado por la médica M.I. Pokrovskaya. A.K.

[140] El Partido de la Renovación Pacífica: un partido liberal moderado. Sus principales objetivos eran: una “solución” legal al problema del trabajo, y el reasentamiento de los campesinos con tierras insuficientes. En 1907 el Partido de la Renovación Pacífica se fusionó con el Partido de las Reformas Democráticas.

[141] “Una característica distintiva del Club Político de Mujeres era su organización genuinamente democrática, lo que se logró, en primer lugar, por el hecho de que todas las reuniones estaban abiertas a todos los que quisieran asistir y el costo de entrada era mínimo (2 kopeks); en segundo lugar, por el hecho de que cada grupo de 25 miembros, organizados según el partido político o la profesión, podía tener un representante en el comité de gestión para defender sus intereses”. (Cf. “El Club Político de Mujeres”, artículo de M. Margulies, en el *Calendario Zhensky - Almanaque de Mujeres para 1907*). A.K.

[142] Sin embargo, hay que señalar a su favor que el Club Político de Mujeres intentó organizar en San Petersburgo los primeros clubes políticos para las trabajadoras industriales. En la primavera de 1906 existían cuatro clubes de este tipo, entre los cuales el Vasilyeostrovsky era particularmente activo. Organizó conferencias y debates destinados a estimular el interés de las mujeres trabajadoras por la vida política que se desarrollaba a su alrededor. Junto con los otros tres clubes, fue cerrado por la policía tras seis semanas de existencia, tras la disolución de la Primera Duma. El Club Político de Mujeres también dejó de existir. A.K.

[143] Los trudoviques, grupo de demócratas pequeñoburgueses formado en abril de 1906, entre los delegados campesinos de la Primera Duma del Estado (una institución legislativa representativa creada por el zar tras

A medida que las mujeres continuaban argumentando la necesidad de un bloque de mujeres, los hechos reales de la vida revelaban clara e irrefutablemente la naturaleza ilusoria de tal plan. Las organizaciones de mujeres, al igual que las de hombres, sufrieron un rápido e irresistible proceso de diferenciación. Los defensores de la unidad de las mujeres no podían hacer nada para impedir la agrupación de las mujeres en diversas organizaciones feministas caracterizadas por diversos grados de radicalismo político como resultado del inevitable crecimiento de la conciencia de clase en toda la sociedad rusa. La era del bloque político de mujeres llegó a su fin poco después de la desaparición del bloque liberal masculino. Sin embargo, las feministas y las sufragistas de todos los colores continúan gritando sobre la necesidad de la unidad de las mujeres, sobre la posibilidad de un partido femenino de amplia base que persiga sus propios objetivos específicos [...]

Tal propuesta, sin embargo, sólo tendría sentido si *ninguno* de los partidos políticos existentes hubiera incluido en su programa la exigencia de la emancipación total de la mujer.

Al armarse contra la indiferencia, o incluso la hostilidad de los hombres hacia la cuestión de la igualdad de la mujer, las feministas sólo dirigen su atención hacia los representantes de todos los matices del liberalismo burgués, ignorando la existencia de un gran partido político que, en la cuestión de la igualdad de la mujer, va más allá incluso que las más fervientes sufragistas. Desde la aparición del *Manifiesto Comunista* en 1848, la socialdemocracia siempre ha defendido los intereses de las mujeres. El *Manifiesto Comunista* fue el primero en señalar el estrecho vínculo entre el problema proletario general existente hoy en día y la cuestión de la mujer. Traza el proceso por el cual el capitalismo atrae gradualmente a la mujer a la producción y la hace copartícipe de la gran lucha del proletariado contra la opresión y la explotación. La socialdemocracia fue la primera en incluir en su programa la reivindicación de la igualdad de derechos de la mujer; siempre y en todas partes, mediante la palabra hablada y escrita, exige la abolición de todas las limitaciones impuestas a la mujer. Sólo como resultado de esta presión, otros partidos y gobiernos se han visto obligados a introducir reformas en beneficio de la población femenina [...] También en Rusia este partido no es sólo un defensor teórico de los intereses de la mujer, sino que siempre y en todas partes persigue en la práctica el principio de la igualdad de la mujer.

¿Qué impide entonces a nuestras sufragistas situarse bajo el escudo protector de este experimentado y poderoso partido? Mientras que las feministas de derecha están asustadas por el "extremismo" de la socialdemocracia, la Alianza, que llegó a hablar de asamblea constituyente, debería encontrar la posición política de los socialdemócratas perfectamente a su gusto. Sin embargo, ¡aquí están pilladas! A pesar de todo su radicalismo político, nuestras sufragistas siguen basándose en las aspiraciones de su propia clase burguesa. La libertad política es ahora un prerrequisito esencial para el crecimiento y el poder de la burguesía rusa; sin esta libertad política, su prosperidad económica demostrará estar construida sobre la arena. El capital requiere ciertas normas y garantías para crecer y florecer; estas normas sólo pueden asegurarse con la participación de los representantes de la burguesía en el gobierno del país. A continuación, viene el logro de derechos políticos igualmente importantes para hombres y mujeres. La exigencia de igualdad política es, para las mujeres, una necesidad dictada por la vida misma.

---

la revolución de 905-1907). Los trudoviques exigieron la abolición de todas las restricciones estatales y nacionales, la democratización del zemstvo y la autoadministración de las ciudades, y la introducción del sufragio universal para las elecciones a la Duma del Estado. El grupo existió hasta 1917.

La consigna de la “libertad de profesión” ha dejado de aparecer como algo global a los ojos de las mujeres; sólo la participación directa de las mujeres en la gestión del estado promete ayudar a garantizar el aumento de su bienestar económico. De ahí el apasionado deseo de las mujeres de la burguesía media de acceder finalmente a las urnas, de ahí su hostilidad al actual sistema burocrático [...]

Sin embargo, nuestras feministas, como sus hermanas en el extranjero, no van más allá de las reivindicaciones de igualdad política. Les son extraños los amplios horizontes abiertos por las doctrinas de la socialdemocracia, extraños e incomprensibles. Las feministas luchan por la igualdad en el marco de la sociedad de clases existente y sin atacar en modo alguno sus cimientos; luchan por sus prerrogativas femeninas sin esforzarse en lograr la abolición de todas las prerrogativas y privilegios existentes [...]

No culpamos a las representantes del movimiento de mujeres burguesas por estos “pecados involuntarios”; son la consecuencia inevitable de su posición de clase. Tampoco queremos minimizar la importancia de las organizaciones feministas para el éxito del movimiento de mujeres puramente burgués. Sin embargo, queremos advertir al proletariado femenino contra el entusiasmo hacia los objetivos estrictamente feministas. En la medida en que las mujeres burguesas limitan su actividad a despertar la conciencia de sus propias hermanas, sólo podemos aplaudirlas. Sin embargo, tan pronto como empiezan a llamar a sus filas a las mujeres trabajadoras, los socialdemócratas no pueden permitirse permanecer en silencio. Uno no puede quedarse de brazos cruzados y observar esta inútil disipación de las fuerzas del proletariado. Hay que preguntarse entonces francamente: ¿qué beneficio podría aportar a las trabajadoras una alianza con sus “hermanas” burguesas y qué podrían conseguir las trabajadoras con su propia organización de clase?

¿Es posible un movimiento de mujeres *unido*, y en particular en una sociedad basada en antagonismos de clase? [...]

El mundo de la mujer, como el del hombre, está dividido en dos campos: uno (tanto por sus objetivos, como por sus aspiraciones, como por sus intereses) se pone del lado de las clases burguesas, mientras que el otro está estrechamente ligado al proletariado, cuya aspiración a la libertad implica también la solución de la cuestión de la mujer en todos sus aspectos. Estos dos grupos de mujeres combatientes difieren en sus objetivos, intereses y métodos de lucha, aunque ambos actúan sobre la base del lema común de “la emancipación de la mujer”. Cada uno de estos grupos militantes procede inconscientemente sobre la base de los intereses de su propia clase, lo que le confiere una coloración de clase específica a sus aspiraciones y objetivos. Una mujer puede ser capaz de estar por encima de los intereses de su propia clase y de ignorarlos en nombre del triunfo de los objetivos de otra clase, pero esto es imposible para una organización de mujeres unida que refleje todas las necesidades e intereses reales del grupo social que la ha fundado. Por muy radicales que parezcan las exigencias de las feministas, no hay que olvidar que, en virtud de su posición de clase, las feministas no pueden luchar por lograr una reestructuración fundamental de la actual estructura económico-social de la sociedad, y que sin ello la emancipación de la mujer no puede ser completa.

Mientras que en los casos individuales los objetivos inmediatos de las mujeres de todas las clases coinciden, los objetivos finales que determinan la dirección del movimiento y la propia táctica a utilizar difieren marcadamente. Para las feministas, el logro de la igualdad de derechos con los hombres en el marco del mundo capitalista contemporáneo es, en concreto, un “fin en sí mismo”[144]; para las mujeres proletarias, la

[144] El principio mismo de igualdad es visto por cada grupo de mujeres según el estrato social al que pertenece. Las mujeres de la gran burguesía, que cada vez sufren más la desigualdad de la propiedad en Rusia, por ejemplo, en las leyes de sucesión, se preocupan principalmente por conseguir que se eliminen

igualdad de derechos no es más que un medio que debe utilizarse en la lucha continua contra la esclavitud económica de la clase obrera. Para las feministas, el enemigo inmediato son los hombres como tales, que se han arrogado todos los derechos y privilegios y han dejado a las mujeres sólo la esclavitud y la obligación. Cada victoria de las feministas significa que los hombres deben conceder sus prerrogativas exclusivas a favor del "sexo débil". La mujer proletaria, sin embargo, tiene una actitud completamente diferente en su posición: a sus ojos, los hombres no son su enemigo y opresor sino, por el contrario y ante todo, camaradas en el reparto de un triste lote común, y un fiel compañero de armas en la lucha por un futuro más brillante. Las mismas relaciones sociales esclavizan tanto a la mujer como al camarada; los mismos lazos odiosos del capitalismo oprimen su voluntad y les privan de la felicidad y los placeres de la vida. Es cierto que ciertas características específicas del sistema actual pesan doblemente sobre la mujer; también es cierto que las condiciones de trabajo asalariado transforman a veces a la mujer amiga y trabajadora en una rival amenazadora del hombre. Sin embargo, la clase obrera sabe quién es el culpable de estas desafortunadas condiciones.

La mujer trabajadora no aborrece menos que su hermano en el sufrimiento a ese monstruo insaciable con la boca dorada que cae sobre el hombre, la mujer y el niño con igual voracidad para dejarlos secos y engordar a costa de millones de vidas humanas [...] La mujer obrera está unida a su compañero obrero por mil hilos invisibles, mientras que los objetivos de la mujer burguesa le parecen extraños e incomprensibles, no pueden reconfortar su alma proletaria que sufre y no le ofrecen a la mujer ese brillante futuro en el que toda la humanidad explotada ha fijado sus esperanzas y aspiraciones [...] Mientras las feministas, argumentando la necesidad de la unidad de las mujeres, extienden sus manos a sus hermanas menores de la clase obrera, estas "criaturas ingratas" miran con desconfianza a sus distantes y extrañas compañeras y se unen más estrechamente en torno a las organizaciones puramente proletarias que les resultan más comprensibles y más cercanas y queridas.

Los derechos políticos, el acceso a la mesa electoral y a un escaño en el parlamento, es el verdadero objetivo del movimiento de las mujeres burguesas. Pero, ¿puede la igualdad política en el contexto de la represión de todo el sistema capitalista-explotador liberar a la mujer trabajadora de ese abismo de maldad y sufrimiento que le persigue y oprime como mujer y como ser humano?

Las mujeres proletarias más conscientes se dan cuenta de que ni la igualdad política ni la jurídica pueden resolver la cuestión de la mujer en todos sus aspectos. Mientras la mujer se vea obligada a vender su fuerza de trabajo y a soportar el yugo del capitalismo, mientras siga existiendo el actual sistema explotador de producción de nuevos valores, no podrá convertirse en una persona libre e independiente, en una esposa que elija a su marido exclusivamente según los dictados del corazón y en una madre que pueda mirar sin miedo al futuro de sus hijos [...] El objetivo final de la mujer proletaria es la destrucción del viejo mundo antagónico de clases y la construcción de un mundo nuevo y mejor en el que la explotación del hombre por el hombre se haya hecho imposible.

Naturalmente, este objetivo último no excluye los intentos de la mujer proletaria para alcanzar la emancipación incluso en el marco del orden burgués existente, pero la realización de tales reivindicaciones se ve constantemente bloqueada por los obstáculos

---

del código civil las cláusulas contrarias a los intereses de las mujeres. Para las mujeres de la burguesía media, la igualdad depende de la "libertad de trabajo". Sin embargo, ambas reconocen la necesidad de asegurar el derecho a tener voz en la dirección del país, ya que sin esto no se asegura ningún logro, ninguna reforma. Por lo tanto, el centro de atención se ha desplazado a la lucha por la igualdad política. A.K.

erigidos por el propio sistema capitalista. La mujer sólo puede ser verdaderamente libre y gozar de igualdad en un mundo de trabajo socializado, armonía y justicia.

Lo anterior es algo que las feministas no pueden y no quieren entender. Les parece que, si pueden alcanzar la igualdad formal reconocida por la letra de la ley, serán perfectamente capaces de abrirse camino, incluso en el "viejo mundo de opresión y esclavitud, de llantos y lágrimas". Y esto es cierto, hasta cierto punto. Mientras que para la mayoría de las trabajadoras la igualdad de derechos con los hombres significaría simplemente la igualdad en la "falta de derechos", para las mujeres burguesas abriría efectivamente las puertas a nuevos y hasta ahora inéditos derechos y privilegios que hasta ahora sólo estaban al alcance de los hombres de la burguesía. Sin embargo, cada éxito de este tipo, cada nueva prerrogativa alcanzada por la mujer burguesa, no hace sino poner en sus manos un instrumento más para oprimir a su hermana menor, y no haría sino ahondar el abismo que divide a las mujeres de estos dos campos sociales opuestos. Sus intereses chocarían más agudamente, sus aspiraciones se excluirían mutuamente.

¿Dónde está entonces esta "cuestión de la mujer" universal? ¿Dónde está esa unidad de objetivos y aspiraciones de la que tanto hablan las feministas? Un examen sobrio de la realidad revela que esta unidad no existe ni puede existir. Las feministas tratan de convencerse en vano de que "la cuestión de la mujer no es en modo alguno una cuestión de partido político" y que "sólo puede resolverse con la participación de todos los partidos y de todas las mujeres", argumento que esgrime la feminista radical alemana Minna Cauer. La lógica de los hechos refuta este autoengaño feminista tranquilizador.

Sería inútil intentar convencer a todas las mujeres burguesas de que la victoria de la causa de la mujer depende de la victoria de la causa proletaria común. Sin embargo, apelando a aquellas que son capaces de abandonar los objetivos estrechos de la "política a corto plazo", que son capaces de tener una visión más amplia del destino de todas las mujeres: ¡les insistimos en que dejen de llamar a sus filas a sus hermanas proletarias ajenas a ustedes en espíritu! Despójense de las finezas de la fraseología idealista con la que a ustedes (mujeres de las clases burguesas) tanto les gusta vestirse y, armándose con las lecciones sobrias de la historia, miren hacia la defensa de sus propios derechos e intereses de clase, dejando que las mujeres trabajadoras sigan su propio camino, luchando con sus propios métodos por la libertad y la felicidad de las mujeres. Cuyo camino es más corto y cuyos medios más seguros mostrará la vida misma [...]

Extractos

Dejando a los estudiosos burgueses absortos en el debate de la cuestión de la superioridad de un sexo sobre el otro, o en el peso de los cerebros y en la comparación de la estructura psicológica de hombres y mujeres, los seguidores del materialismo histórico aceptan plenamente las particularidades naturales de cada sexo y demandan sólo que cada persona, sea hombre o mujer, tenga una oportunidad real para su más completa y libre autodeterminación, y la mayor capacidad para el desarrollo y aplicación de todas sus aptitudes naturales. Los seguidores del materialismo histórico rechazan la existencia de una cuestión de la mujer específica separada de la cuestión social general de nuestros días. Tras la subordinación de la mujer se esconden factores económicos específicos, las características naturales han sido un factor secundario en este proceso. Sólo la desaparición completa de estos factores, sólo la evolución de aquellas fuerzas que en algún momento del pasado dieron lugar a la subordinación de la mujer, serán capaces de influir y de hacer que cambie la posición social que ocupa actualmente de forma fundamental. En otras palabras, las mujeres pueden llegar a ser verdaderamente libres e iguales sólo en un mundo organizado mediante nuevas líneas sociales y productivas.

Sin embargo, esto no significa que la mejora parcial de la vida de la mujer dentro del marco del sistema actual no sea posible. La solución radical de la cuestión de los trabajadores sólo es posible con la completa reconstrucción de las relaciones productivas modernas. Pero, ¿debe esto impedirnos trabajar por reformas que sirvan para satisfacer los intereses más urgentes del proletariado? Por el contrario, cada nuevo objetivo de la clase trabajadora representa un paso que conduce a la humanidad hacia el reino de la libertad y la igualdad social: cada derecho que gana la mujer le acerca a la meta fijada de su emancipación total…

La socialdemocracia fue la primera en incluir en su programa la demanda de la igualdad de derechos de las mujeres con los de los hombres. El partido demanda siempre y en todas partes, en los discursos y en la prensa, la retirada de las limitaciones que afectan a las mujeres, es sólo la influencia del partido lo que ha forzado a otros partidos y gobiernos a llevar a cabo reformas en favor de las mujeres. Y, en Rusia, este partido no es sólo el defensor de las mujeres en relación a su posición teórica, sino que siempre y en todos lados se adhiere al principio de igualdad de la mujer.

¿Qué impide a nuestras defensoras de los "derechos de igualdad", en este caso, aceptar el apoyo de este partido fuerte y experimentado? El hecho es que por "radicales" que pudieran ser las igualitaristas, siguen siendo fieles a su propia clase burguesa. Por el momento, la libertad política es un requisito previo esencial para el crecimiento y el poder de la burguesía rusa. Sin ella resultará que todo su bienestar económico se ha construido sobre arena. La demanda de igualdad política es una necesidad para las mujeres que surge de la vida en sí misma.

La consigna de "acceso a las profesiones" ha dejado de ser suficiente, y sólo la participación directa en el gobierno del país promete contribuir a mejorar la situación económica de la mujer. De ahí el deseo apasionado de las mujeres de la mediana burguesía por obtener el derecho al voto, y, por lo tanto, su hostilidad hacia el sistema burocrático moderno.

Sin embargo, en sus demandas de igualdad política nuestras feministas son como sus hermanas extranjeras, los amplios horizontes abiertos por el aprendizaje socialdemócrata permanecen ajenos e incomprensibles para ellas. Las feministas buscan la igualdad en el marco de la sociedad de clases existente, de ninguna manera atacan la base de esta sociedad. Luchan por privilegios para ellas mismas, sin poner en entredicho las prerrogativas y privilegios existentes. No acusamos a las representantes del movimiento de mujeres burgués de no entender el asunto, su visión de las cosas mana inevitablemente de su posición de clase […]

La lucha por la independencia económica

En primer lugar, debemos preguntarnos si un movimiento unitario sólo de mujeres es posible en una sociedad basada en las contradicciones de clase. El hecho de que las mujeres que participan en el movimiento de liberación no representan a una masa homogénea es evidente para cualquier observador imparcial.

El mundo de las mujeres está dividido (al igual que lo está el de los hombres) en dos bandos. Los intereses y aspiraciones de un grupo de mujeres le acercan a la clase burguesa, mientras que el otro grupo tiene estrechas conexiones con el proletariado, y sus demandas de liberación abarcan una solución completa a la cuestión de la mujer. Así, aunque ambos bandos siguen el lema general de la "liberación de la mujer", sus objetivos e intereses son diferentes. Cada uno de los grupos inconscientemente parte de los intereses de su propia clase, lo que da un colorido específico de clase a los objetivos y tareas que se fija para sí mismo…

A pesar de lo aparentemente radical de las demandas de las feministas, uno no debe perder de vista el hecho de que las feministas no pueden, en razón de su posición de clase, luchar por aquella transformación fundamental de la estructura económica y social contemporánea de la sociedad sin la cual la liberación de las mujeres no puede completarse.

Si en determinadas circunstancias las tareas a corto plazo de las mujeres de todas las clases coinciden los objetivos finales de los dos bandos, que a largo plazo determinan la dirección del movimiento y las estrategias a seguir, difieren mucho. Mientras que para las feministas la consecución de la igualdad de derechos con los hombres en el marco del mundo capitalista actual representa un fin lo suficientemente concreto en sí mismo, la igualdad de derechos en el momento actual para las mujeres proletarias, es sólo un medio para avanzar en la lucha contra la esclavitud económica de la clase trabajadora. Las feministas ven a los hombres como el principal enemigo, por los hombres que se han apropiado injustamente de todos los derechos y privilegios para sí mismos, dejando a las mujeres solamente cadenas y obligaciones. Para ellas, la victoria se gana cuando un privilegio que antes disfrutaba exclusivamente el sexo masculino se concede al "sexo débil". Las mujeres trabajadoras tienen una postura diferente. Ellas no ven a los hombres como el enemigo y el opresor, por el contrario, piensan en los hombres como sus compañeros, que comparten con ellas la monotonía de la rutina diaria y luchan con ellas por un futuro mejor. La mujer y su compañero masculino son esclavizados por las mismas condiciones sociales, las mismas odiadas cadenas del capitalismo oprimen su voluntad y les privan de los placeres y encantos de la vida. Es cierto que varios aspectos específicos del sistema contemporáneo yacen con un doble peso sobre las mujeres, como también es cierto que las condiciones de trabajo asalariado, a veces, convierten a las mujeres trabajadoras en competidoras y rivales de los hombres. Pero en estas situaciones desfavorables, la clase trabajadora sabe quién es el culpable…

La mujer trabajadora, no menos que su hermano en la adversidad, odia a ese monstruo insaciable de fauces doradas que, preocupado solamente en extraer toda la savia de sus víctimas y de crecer a expensas de millones de vidas humanas, se abalanza con igual codicia sobre hombres, mujeres y niños. Miles de hilos la acercan al hombre de clase trabajadora. Las aspiraciones de la mujer burguesa, por otro lado, parecen extrañas e incomprensibles. No simpatizan con el corazón del proletariado, no prometen a la mujer proletaria ese futuro brillante hacia el que se tornan los ojos de toda la humanidad explotada…

El objetivo final de las mujeres proletarias no evita, por supuesto, el deseo que tienen de mejorar su situación incluso dentro del marco del sistema burgués actual. Pero la realización de estos deseos está constantemente dificultada por los obstáculos que derivan de la naturaleza misma del capitalismo. Una mujer puede tener igualdad de derechos y ser verdaderamente libre sólo en un mundo de trabajo socializado, de armonía y justicia. Las feministas no están dispuestas a comprender esto y son incapaces de hacerlo. Les parece que cuando la igualdad sea formalmente aceptada por la letra de la ley serán capaces de conseguir un lugar cómodo para ellas en el viejo mundo de la opresión, la esclavitud y la servidumbre, de las lágrimas y las dificultades. Y esto es verdad hasta cierto punto. Para la mayoría de las mujeres del proletariado, la igualdad de derechos con los hombres significaría sólo una parte igual de la desigualdad, pero para las "pocas elegidas", para las mujeres burguesas, de hecho, abriría las puertas a derechos y privilegios nuevos y sin precedentes que hasta ahora han sido sólo disfrutados por los hombres de clase burguesa. Pero, cada nueva concesión que consiga la mujer burguesa sería otra arma con la que explotar a su hermana menor y continuaría aumentando la

división entre las mujeres de los dos campos sociales opuestos. Sus intereses se verían más claramente en conflicto, sus aspiraciones más evidentemente en contradicción.

¿Dónde, entonces, está la "cuestión femenina" general? ¿Dónde está la unidad de tareas y aspiraciones acerca de las cuales las feministas tienen tanto que decir? Una mirada fría a la realidad muestra que esa unidad no existe y no puede existir. En vano, las feministas tratan de convencerse a sí mismas de que la "cuestión femenina" no tiene nada que ver con aquella del partido político y que "su solución sólo es posible con la participación de todos los partidos y de todas las mujeres". Como ha dicho una de las feministas radicales de Alemania, la lógica de los hechos nos obliga a rechazar esta ilusión reconfortante de las feministas…

Las condiciones y las formas de producción han subyugado a las mujeres durante toda la historia de la humanidad, y las han relegado gradualmente a la posición de opresión y dependencia en la que la mayoría de ellas ha permanecido hasta ahora.

Sería necesario un cataclismo colosal de toda la estructura social y económica antes de que las mujeres pudieran comenzar a recuperar la importancia y la independencia que han perdido. Las inanimadas pero todopoderosas condiciones de producción han resuelto los problemas que en un tiempo parecieron demasiado difíciles para los pensadores más destacados. Las mismas fuerzas que durante miles de años esclavizaron a las mujeres ahora, en una etapa posterior de desarrollo, las está conduciendo por el camino hacia la libertad y la independencia…

La cuestión de la mujer adquirió importancia para las mujeres de las clases burguesas aproximadamente en la mitad del siglo XIX: un tiempo considerable después de que la mujer proletaria hubiera llegado al campo del trabajo. Bajo el impacto de los monstruosos éxitos del capitalismo, las clases medias de la población fueron golpeadas por olas de necesidad. Los cambios económicos hicieron que la situación financiera de la pequeña y mediana burguesía se volviera inestable, y que las mujeres burguesas se enfrentaran a un dilema de proporciones alarmantes, o bien aceptar la pobreza o conseguir el derecho al trabajo. Las esposas y las hijas de estos grupos sociales comenzaron a golpear a las puertas de las universidades, los salones de arte, las casas editoriales, las oficinas, inundando las profesiones que estaban abiertas para ellas. El deseo de las mujeres burguesas de conseguir el acceso a la ciencia y los mayores beneficios de la cultura no fue el resultado de una necesidad repentina, madura, sino que provino de esa misma cuestión del "pan de cada día".

Las mujeres de la burguesía se encontraron, desde el primer momento, con una dura resistencia por parte de los hombres. Se libró una batalla tenaz entre los hombres profesionales, apegados a sus "pequeños y cómodos puestos de trabajo", y las mujeres que eran novatas en el asunto de ganarse su pan diario. Esta lucha dio lugar al "feminismo": el intento de las mujeres burguesas de permanecer unidas y medir su fuerza común contra el enemigo, contra los hombres. Cuando estas mujeres entraron en el mundo laboral se referían a sí mismas con orgullo como la "vanguardia del movimiento de las mujeres". Se olvidaron de que, en este asunto de la conquista de la independencia económica, como en otros ámbitos, fueron recorriendo los pasos de sus hermanas menores y recogiendo los frutos de los esfuerzos de sus manos llenas de ampollas.

Entonces, ¿es realmente posible hablar de las feministas como las pioneras en el camino hacia el trabajo de las mujeres, cuando en cada país cientos de miles de mujeres proletarias habían inundado las fábricas y los talleres, apoderándose de una rama de la industria tras otra, antes de que el movimiento de las mujeres burguesas ni siquiera hubiera nacido? Sólo gracias al reconocimiento del trabajo de las mujeres trabajadoras en el mercado mundial las mujeres burguesas han podido ocupar la posición independiente en la sociedad de la que las feministas se enorgullecen tanto…

Nos resulta difícil señalar un solo hecho en la historia de la lucha de las mujeres proletarias por mejorar sus condiciones materiales en el que el movimiento feminista, en general, haya contribuido significativamente. Cualquiera que sea lo que las mujeres proletarias hayan conseguido para mejorar sus niveles de vida es el resultado de los esfuerzos de la clase trabajadora en general, y de ellas mismas en particular. La historia de la lucha de las mujeres trabajadoras por mejorar sus condiciones laborales y por una vida más digna es la historia de la lucha del proletariado por su liberación.

¿Qué fuerza a los propietarios de las fábricas a aumentar el precio del trabajo, a reducir horas e introducir mejores condiciones de trabajo, si no el temor a una grave explosión de insatisfacción del proletariado? ¿Qué, si no el miedo a los "conflictos laborales", persuade al gobierno de establecer una legislación para limitar la explotación del trabajo por el capital?…

No hay un solo partido en el mundo que haya asumido la defensa de las mujeres como lo ha hecho la socialdemocracia. La mujer trabajadora es ante todo un miembro de la clase trabajadora, y cuanto más satisfactoria sea la posición y el bienestar general de cada miembro de la familia proletaria, mayor será el beneficio a largo plazo para el conjunto de la clase trabajadora…

En vista a las crecientes dificultades sociales, la devota luchadora por la causa debe pararse en triste desconcierto. Ella no puede si no ver lo poco que el movimiento general de las mujeres ha hecho por las mujeres proletarias, lo incapaz que es de mejorar las condiciones laborales y de vida de la clase trabajadora. El futuro de la humanidad debe parecer gris, apagado e incierto a aquellas mujeres que están luchando por la igualdad pero que aún no han adoptado la perspectiva mundial del proletariado o no han desarrollado una fe firme en la llegada de un sistema social más perfecto. Mientras el mundo capitalista actual permanezca inalterado, la liberación debe parecerles incompleta e imparcial. Que desesperación deben abrazar las más pensativas y sensibles de estas mujeres. Sólo la clase obrera es capaz de mantener la moral en el mundo moderno con sus relaciones sociales distorsionadas. Con paso firme y acompasado avanza firmemente hacia su objetivo. Atrae a las mujeres trabajadoras a sus filas. La mujer proletaria inicia valientemente el espinoso camino del trabajo asalariado. Sus piernas flaquean, su cuerpo se desgarra. Hay peligrosos precipicios a lo largo del camino, y los crueles predadores están acechando.

Pero sólo tomando este camino la mujer es capaz de lograr ese lejano pero atractivo objetivo: su verdadera liberación en un nuevo mundo del trabajo. Durante este difícil paso hacia el brillante futuro la mujer trabajadora, hasta hace poco una humillada, oprimida esclava sin derechos, aprende a desprenderse de la mentalidad de esclava a la que se ha aferrado, paso a paso se transforma a sí misma en una trabajadora independiente, una personalidad independiente, libre en el amor. Es ella, luchando en las filas del proletariado, quien consigue para las mujeres el derecho a trabajar, es ella, la "hermana menor", quien prepara el terreno para la mujer "libre" e "igual" del futuro.

¿Por qué razón, entonces, debe la mujer trabajadora buscar una unión con las feministas burguesas? ¿Quién, en realidad, se beneficiaría en el caso de tal alianza? Ciertamente no la mujer trabajadora. Ella es su propia salvadora, su futuro está en sus propias manos. La mujer trabajadora protege sus intereses de clase y no se deja engañar por los grandes discursos sobre el "mundo que comparten todas las mujeres". La mujer trabajadora no debe olvidar, y no olvida que si bien el objetivo de las mujeres burguesas es asegurar su propio bienestar en el marco de una sociedad antagónica a nosotras, nuestro objetivo es construir, en el lugar del mundo viejo, obsoleto, un brillante templo de trabajo universal, solidaridad fraternal y alegre libertad…

El matrimonio y el problema de la familia

Dirijamos la atención a otro aspecto de la cuestión femenina, el problema de la familia. Es bien conocida la importancia que tiene para la auténtica emancipación de la mujer la solución de este problema ardiente y complejo. La aspiración de las mujeres a la igualdad de derechos no puede verse plenamente satisfecha mediante la lucha por la emancipación política, la obtención de un doctorado u otros títulos académicos, o un salario igual ante el mismo trabajo. Para llegar a ser verdaderamente libre, la mujer debe desprenderse de las cadenas que le arroja encima la forma actual, trasnochada y opresiva, de la familia. Para la mujer, la solución del problema familiar no es menos importante que la conquista de la igualdad política y el establecimiento de su plena independencia económica.

Las formas actuales, establecidas por la ley y la costumbre, de la estructura familiar hacen que la mujer esté oprimida no sólo como persona sino también como esposa y como madre. En la mayor parte de los países civilizados, el código civil coloca a la mujer en una situación de mayor o menor dependencia del hombre, y concede al marido, además del derecho de disponer de los bienes de su mujer, el de reinar sobre ella moral y físicamente…

Y allí donde acaba la esclavitud familiar oficial, legalizada, empieza la llamada "opinión pública" a ejercer sus derechos sobre la mujer. Esta opinión pública es creada y mantenida por la burguesía con el fin de proteger la "institución sagrada de la propiedad". Sirve para reafirmar una hipócrita "doble moral". La sociedad burguesa encierra a la mujer en un intolerable cepo económico, pagándole un salario ridículo por su trabajo. La mujer se ve privada del derecho que posee todo ciudadano de alzar su voz para defender sus intereses pisoteados, y tiene la inmensa bondad de ofrecerle esta alternativa: o bien el yugo conyugal, o bien las asfixias de la prostitución, abiertamente menospreciada y condenada, pero secretamente apoyada y sostenida.

¿Será preciso insistir acerca de los sombríos aspectos de la vida conyugal de hoy, acerca de los sufrimientos de la mujer que se ligan estrechamente a las actuales estructuras familiares? Ya se ha escrito y se ha dicho mucho sobre este tema. La literatura está llena de negros cuadros que pintan nuestro desorden conyugal y familiar. En este campo, ¡cuántas tragedias psicológicas, cuántas vidas mutiladas, cuántas existencias envenenadas! Por ahora, sólo nos importa resaltar que la estructura actual de la familia oprime a las mujeres de todas las clases y condiciones sociales. Las costumbres y las tradiciones persiguen a la madre soltera de idéntico modo, cualquiera que sea el sector de la población a la que pertenezca, las leyes colocan bajo la tutela del marido tanto a la burguesa como a la proletaria y a la campesina.

¿No hemos descubierto por fin ese aspecto de la cuestión femenina sobre el cual las mujeres de todas las clases pueden unirse? ¿No pueden luchar conjuntamente contra las condiciones que las oprimen? ¿Acaso los sufrimientos comunes, el dolor común borran el abismo del antagonismo de clases y crean una comunidad de aspiraciones y de tareas para las mujeres de diferentes planos? ¿Acaso es realizable, en cuanto a los deseos y objetivos comunes, una colaboración de burguesas y proletarias? Después de todo, las feministas luchan a la vez por conseguir formas más libres de matrimonio y por el "derecho a la maternidad", levantan su voz en defensa de la prostituta a la que todo el mundo acosa. Observad cómo la literatura feminista es rica en búsquedas de nuevos estilos de unión del hombre y la mujer y de audaces esfuerzos encaminados a la "igualdad moral" entre los sexos. ¿No es cierto que, mientras en el terreno de la liberación económica las burguesas se sitúan en la cola del ejército de millones de proletarias que

allanan la senda a la “mujer nueva”, en la lucha por resolver el problema de la familia los reconocimientos son para las feministas?

Aquí en Rusia, las mujeres de la mediana burguesía (es decir, este ejército de mujeres que, poseedoras de una situación independiente, se encontraron de golpe, en la década de 1860, arrojadas al mercado de trabajo) han resuelto en la práctica, a título individual, multitud de aspectos embarazosos de la cuestión matrimonial, saltando valientemente por encima del matrimonio religioso tradicional y reemplazando la forma consolidada de la familia por una unión fácil de romper, que se corresponde mejor con las necesidades de esa capa intelectual, móvil, de la población. Pero las soluciones individuales, subjetivas, de esta cuestión no cambian la situación y no mitigan el triste panorama general de la vida familiar. Si alguna fuerza está destruyendo la forma actual de familia, no es el titánico esfuerzo de los individuos más o menos fuertes por separado, sino las fuerzas inanimadas y poderosas de la producción, que están intransigentemente construyendo vida, sobre nuevos cimientos…

La heroica lucha de las jóvenes mujeres individuales del mundo burgués, que arrojan el guante y demandan de la sociedad el derecho a “atreverse a amar” sin órdenes ni cadenas, debe servir como ejemplo a todas las mujeres que languidecen bajo el peso de las cadenas familiares: esto es lo que predican las feministas extranjeras más emancipadas y también nuestras modernas defensoras de la igualdad aquí. En otros términos, según el espíritu que anima a las feministas, la cuestión del matrimonio se resolverá independientemente de las condiciones ambientales, independientemente de un cambio en la estructura económica de la sociedad, sencillamente merced a los esfuerzos heroicos individuales y aislados. Basta con que la mujer “se atreva”, y el problema del matrimonio caerá por su propia inercia.

Pero las mujeres menos heroicas mueven la cabeza con aire dubitativo: “está todo muy bien para las heroínas de las novelas que un previsor autor ha dotado de una cómoda renta, así como de amigos desinteresados y de un extraordinario encanto. Pero, ¿qué pueden hacer quienes carecen de rentas, de salario suficiente, de amigos, de atractivo extraordinario?” Y, en cuanto al problema de la maternidad, que se alza ante la ansiosa mirada de la mujer sedienta de libertad, ¿qué hay? El “amor libre”, ¿es posible, realizable no como hecho aislado y excepcional, sino como hecho normal en la estructura económica de la sociedad de hoy, es decir, como norma imperante y reconocida por todos? ¿Puede ser ignorado el elemento que determina la actual forma del matrimonio y de la familia, la propiedad privada? ¿Se puede, en este mundo individualista, abolir por entero la reglamentación del matrimonio sin que padezcan por ello los intereses de la mujer? ¿Puede abolirse la única garantía que posee de que no todo el peso de la maternidad caerá sobre ella? En caso de llevar a efecto tal abolición, ¿no ocurriría con la mujer lo que ha ocurrido con los obreros? La supresión de las trabas causadas por los reglamentos corporativos, sin que nuevas obligaciones hayan sido instituidas para los patronos, ha dejado a los obreros a merced del poder incontrolado capitalista, y la seductora consigna de “libre asociación del capital y del trabajo” se ha trocado en una forma desvergonzada de explotación del trabajo a manos del capital. El “amor libre”, introducido sistemáticamente en la sociedad de clases actual, en lugar de liberar a la mujer de las penurias de la vida familiar, ¿no la lastrará seguramente con una nueva carga: la tarea de cuidar, sola y sin ayuda, de sus hijos?

Únicamente una serie de reformas radicales en el ámbito de las relaciones sociales, reformas mediante las cuales las obligaciones de la familia recaerían sobre la sociedad y el estado, crearía la situación favorable para que el principio del “amor libre” pudiera en cierta medida realizarse. Pero, ¿podemos contar seriamente con que el estado clasista actual, por muy democrática que sea su forma, esté dispuesto a asumir todas las

obligaciones referentes a la madre y, a la joven generación, es decir, aquellas obligaciones que atañen de momento a la familia en cuanto célula individualista? Tan sólo una transformación radical de las relaciones productivas puede crear las condiciones sociales indispensables para proteger a la mujer de los aspectos negativos derivados de la elástica fórmula del "amor libre". ¿Realmente no vemos qué confusión y qué desórdenes de las costumbres sexuales se esconden, en las actuales circunstancias, a menudo en semejante fórmula? Observad a todos esos señores, empresarios y administradores de sociedades industriales: ¿no se aprovechan frecuentemente a su manera del "amor libre" al obligar a obreras, empleadas y criadas a someterse a sus caprichos sexuales, bajo la amenaza de despido? Esos patronos que envilecen a su doncella y después la ponen en la calle cuando ha quedado embarazada, ¿acaso no están aplicando ya la fórmula del "amor libre"?

"Pero no estamos hablando de ese tipo de "libertad", objetan las defensoras de la unión libre. Por el contrario, exigimos la instauración de una "moral única", igualmente obligatoria para el hombre y la mujer. Nos oponemos al desorden de las costumbres sexuales de hoy, proclamamos que sólo es pura una unión libre fundamentada sobre un amor verdadero". Pero, ¿no pensáis, queridas amigas, que vuestro ideal de "unión libre ", llevado a la práctica en la situación económica y social actual, corre el riesgo de dar resultados que difieren muy poco de la forma distorsionada de la libertad sexual? El principio del "amor libre" no podrá entrar en vigor sin traer nuevos sufrimientos a la mujer más que cuando ella se haya librado de las cadenas materiales que hoy la hacen doblemente dependiente: del capital y de su marido. El acceso de las mujeres a un trabajo independiente y a la autonomía económica ha hecho aparecer una cierta posibilidad de "amor libre", sobre todo para las intelectuales que ejercen las profesiones mejor retribuidas. Pero la dependencia de la mujer con respecto al capital sigue ahí, e incluso se agrava a medida que crece el número de mujeres de proletarios empujadas a vender su fuerza de trabajo. La consigna del "amor libre" ¿puede mejorar la triste suerte de estas mujeres que ganan justo lo mínimo para no morir de hambre? Y, además, el amor libre ¿no se practica ya ampliamente en la clase obrera, hasta tal punto que más de una vez la burguesía ha elevado la voz de alarma y ha denunciado la "depravación" y la "inmoralidad" del proletariado? Cabe señalar que cuando las feministas hablan con entusiasmo de nuevas formas de unión extramatrimoniales para las burguesas emancipadas, les dan el bonito nombre de "amor libre". Pero cuando se trata de la clase obrera, esas mismas uniones extramatrimoniales son vituperadas con el término despectivo de "relaciones sexuales desordenadas". Es bastante característico.

No obstante, para la proletaria, habida cuenta de las condiciones actuales, las consecuencias de la vida en común, ya sea ésta de origen libre o consagrada por la Iglesia, siguen siendo siempre igual de penosas. Para la esposa y la madre proletarias, la clave del problema conyugal y familiar no reside en sus formas exteriores, rituales o civiles, sino en las condiciones económicas y sociales que determinan esas complejas relaciones familiares a las que debe hacer frente la mujer de clase obrera. Por supuesto, también para ella es importante conocer si su marido puede disponer del salario que ella ha ganado, si como marido posee el derecho de obligarla a vivir con él aun en contra de su voluntad, si le puede quitar a los hijos por la fuerza, etc. Pero no son tales párrafos del código civil los que determinan la situación real de la mujer en la familia, y tampoco se resolverá en ellos el difícil problema familiar. Sea legalizada la unión ante notario, consagrada por la Iglesia o fundamentada en el principio de libre consentimiento, la cuestión del matrimonio llegaría a perder su relevancia para la mayoría de las mujeres si (y únicamente si tal ocurre) la sociedad les descargara de las mezquinas preocupaciones caseras, inevitables hoy en este sistema de economías domésticas individuales y dispersas. Es decir, si la sociedad asumiera el cuidado de la generación más joven, si estuviese

capacitada para proteger la maternidad y dar una madre a cada niño, al menos durante los primeros meses.

Las feministas luchan contra un fetiche: el matrimonio legalizado y consagrado por la Iglesia. Las mujeres proletarias, por el contrario, arriman el hombro contra las causas que han ocasionado la forma actual del matrimonio y de la familia, y cuando se esfuerzan en cambiar estas condiciones de vida, saben que también están ayudando, por ende, a reformar las relaciones entre los sexos. Ahí es donde estriba la principal diferencia entre el enfoque de la burguesía y el del proletariado al abordar el complejo problema familiar.

Al creer ingenuamente en la posibilidad de crear nuevas formas de relaciones conyugales y familiares sobre el sombrío telón de fondo de la sociedad de clases contemporánea, las feministas y los reformadores sociales pertenecientes a la burguesía buscan penosamente tales formas nuevas. Y, puesto que la vida misma aún no las ha suscitado, precisan inventarlas a toda costa. Deberían ser, a su juicio, formas modernas de relaciones sexuales que sean capaces de resolver el complejo problema de la familia bajo el sistema social actual. Y los ideólogos del mundo burgués (periodistas, escritores, y destacadas mujeres que luchan por la emancipación) proponen, cada cual por su lado, su "panacea familiar", su nueva "fórmula de matrimonio".

¡Qué utópicas suenan estas fórmulas de matrimonio! ¡Qué débiles estos paliativos, cuando se considera a la luz de la penosa realidad de nuestra estructura moderna de familia! ¡La "unión libre", el "amor libre"! Para que tales fórmulas puedan nacer, es preciso proceder a una reforma radical de todas las relaciones sociales entre las personas. Aún más, es preciso que las normas de la moral sexual, y con ellas toda la psicología humana, sufran una profunda evolución, una evolución fundamental. ¿Acaso la psicología humana actual está realmente dispuesta a admitir el principio del "amor libre"? ¿Y los celos, que consumen incluso a las mejores almas humanas? ¿Y ese sentimiento, tan hondamente enraizado, del derecho de propiedad no sólo sobre el cuerpo, sino también sobre el alma del compañero? ¿Y la incapacidad de inclinarse con simpatía ante una manifestación de la individualidad de la otra persona, la costumbre bien de "dominar" al ser amado o bien de hacerse su "esclavo"? ¿Y ese sentimiento amargo, mortalmente amargo, de abandono y de infinita soledad que se apodera de uno cuando el ser amado ya no nos quiere y nos deja? ¿Dónde puede encontrar consuelo la persona solitaria, individualista? La "colectividad", en el mejor de los casos, es "un objetivo" hacia el cual dirigir las fuerzas morales e intelectuales. Pero, ¿es capaz la persona de hoy de comulgar con esa colectividad hasta el punto de sentir las influencias de interacción mutuamente? ¿La vida colectiva puede por sí sola sustituir las pequeñas alegrías personales del individuo? Sin un alma que esté cerca, una "única" alma gemela, incluso un socialista, incluso un colectivista está infinitamente solo en nuestro mundo hostil, y únicamente en la clase obrera podemos vislumbrar el pálido resplandor que anuncia nuevas relaciones, más armoniosas y de espíritu más social, entre las personas. El problema de la familia es tan complejo, embrollado y múltiple como la vida misma, y no será nuestro sistema social quien permita resolverlo.

Otras fórmulas de matrimonio se han propuesto. Varias mujeres progresistas y pensadores sociales consideran la unión matrimonial sólo como un método de producir descendencia. El matrimonio en sí mismo, sostienen, no tiene ningún valor especial para la mujer: la maternidad es su propósito, su objetivo sagrado, su misión en la vida. Gracias a tales inspiradas defensoras como Ruth Bray y Ellen Key, el ideal burgués que reconoce a la mujer como hembra antes que como persona ha adquirido una aureola especial de progresismo. La literatura extranjera ha aceptado con entusiasmo el lema propuesto por estas mujeres modernas. E incluso aquí, en Rusia, en el período anterior a la tormenta

política (de 1905), antes de que los valores sociales fueron objeto de revisión, la cuestión de la maternidad había atraído la atención de la prensa diaria. El lema "el derecho a la maternidad" no puede evitar producir una viva respuesta en los círculos más amplios de la población femenina. Así, a pesar del hecho de que todas las propuestas de las feministas en este contexto fueran de índole utópico, el problema era demasiado importante y de actualidad como para no atraer a las mujeres.

El "derecho a la maternidad" es el tipo de cuestión que afecta no sólo a las mujeres de la clase burguesa, sino también, en mayor medida aún, a las mujeres proletarias. El derecho a ser madre; estas son bellas palabras que van directamente al "corazón de cualquier mujer" y que hacen que le lata más rápido. El derecho a alimentar al "propio" hijo con su leche, y asistir a las primeras señales del despertar de su conciencia, el derecho a cuidar su diminuto cuerpo y a proteger su delicada alma tierna de las espinas y los sufrimientos de los primeros pasos en la vida: ¿Qué madre no apoyaría estas demandas?

Parece que nos hemos topado de nuevo con un problema que podría servir como un momento de unidad entre mujeres de diferentes estratos sociales: podría parecer que hemos encontrado, por fin, el puente de unión entre las mujeres de los dos mundos hostiles. Echemos un vistazo más minucioso, para descubrir lo que las mujeres burguesas progresistas entienden como "el derecho a la maternidad". Entonces podremos ver si las mujeres proletarias, de hecho, pueden estar de acuerdo con las soluciones al problema de la maternidad previstas por las igualitaristas burguesas. A los ojos de sus entusiastas apologistas, la maternidad tiene un carácter casi sagrado. Luchando por romper los falsos prejuicios que marcan a una mujer por dedicarse a una actividad natural (el dar a luz a un hijo) porque la actividad no ha sido santificada por la ley, las luchadoras por el derecho a la maternidad han doblado el palo en la otra dirección: para ellas, la maternidad se ha convertido en el objetivo de la vida de una mujer…

La devoción de Ellen Key por las obligaciones de la maternidad y la familia le obliga a ofrecer una garantía de que la unidad familiar aislada seguirá existiendo incluso en una sociedad transformada en términos socialistas. El único cambio, tal y como ella lo ve, será que todos los elementos accesorios que supongan una ventaja o un beneficio material serán excluidos de la unión matrimonial, que se celebrará conforme a las inclinaciones mutuas, sin ceremonias ni formalidades: el amor y el matrimonio serán verdaderamente equivalentes. Sin embargo, la célula familiar aislada es el resultado del mundo individualista moderno, con su lucha por la supervivencia, sus presiones, su soledad, la familia es un producto del monstruoso sistema capitalista. ¡Y Key espera legarle la familia a la sociedad socialista! La sangre y los lazos de parentesco en la actualidad sirven a menudo, es cierto, como el único sostén en la vida, como el único refugio en tiempos de penuria y desgracia. ¿Pero será moral o socialmente necesaria en el futuro? Key no responde a esta pregunta. Ella tiene demasiado en consideración a la "familia ideal", esta unidad egoísta de la burguesía media a la que los devotos de la estructura burguesa de la sociedad miran con tal admiración.

Pero la talentosa, aunque imprevisible, Ellen Key no es la única que pierde el norte en las contradicciones sociales. Probablemente no haya otra cuestión como la del matrimonio y la familia sobre la que haya tan poco de acuerdo entre los socialistas. Si organizásemos una encuesta entre los socialistas, los resultados probablemente serían muy curiosos. ¿Se marchita la familia? ¿O hay motivos para creer que los problemas de la familia en la actualidad son sólo una crisis transitoria? ¿Se conservaría la forma actual de la familia en la futura sociedad, o será enterrada junto con el sistema capitalista moderno? Estas son preguntas que bien podrían recibir respuestas muy diferentes…

El paso de la función educativa desde la familia a la sociedad hará desaparecer los últimos lazos que mantenían unida la célula familiar aislada. La vieja familia burguesa

empezará a desintegrarse aún más rápidamente y, en la atmósfera de cambio, veremos dibujarse con una nitidez cada vez mayor las siluetas todavía indefinidas de las futuras relaciones conyugales. ¿Qué siluetas confusas son esas, aún sumergidas en las brumas de las influencias actuales?

¿Hace falta repetir que la forma opresiva actual del matrimonio dejará sitio a la unión libre de individuos que se aman? El ideal del amor libre, que se presenta a la hambrienta imaginación de las mujeres que luchan por su emancipación, se corresponde sin duda hasta cierto punto con la pauta de relaciones entre los sexos que instaurará la sociedad colectivista. Sin embargo, las influencias sociales son tan complejas y sus interacciones tan diversas, que ahora mismo es imposible imaginar con precisión cómo serán las relaciones del futuro, cuando se haya cambiado todo el sistema radicalmente. Pero la lenta evolución de las relaciones entre los sexos que tiene lugar ante nuestros ojos atestigua claramente que el ritual del matrimonio y la familia cerrada y constrictiva están abocados a la desaparición.

La lucha por los derechos políticos

Las feministas responden a nuestras críticas diciendo: incluso si os parecen equivocados los argumentos que están detrás de nuestra defensa de los derechos políticos de las mujeres, ¿puede rebajarse la importancia de la demanda en sí, que es igual de urgente para las feministas y para las representantes de la clase trabajadora? ¿No pueden las mujeres de ambos bandos sociales, por el bien de sus aspiraciones políticas comunes, superar las barreras del antagonismo de clase que las separan? ¿No serán capaces seguramente de librar una lucha común contra las fuerzas hostiles que las rodean? La división entre la burguesía y el proletariado es tan inevitable como otras cuestiones que nos atañen, pero en el caso de este asunto particular las feministas creen que las mujeres de las distintas clases sociales no tienen diferencias.

Las feministas continúan volviendo a estos argumentos con amargura y desconcierto, viendo nociones preconcebidas de lealtad partidista en la negativa de las representantes de la clase trabajadora a unir sus fuerzas con ellas en la lucha por los derechos políticos de las mujeres. ¿Es realmente éste el caso? ¿Existe una identificación total de las aspiraciones políticas o, en este caso, al igual que en todos los demás, el antagonismo la creación de un ejército de mujeres indivisible, por encima de las clases? Tenemos que responder a esta cuestión antes de que podamos definir las tácticas que las mujeres proletarias utilizarán para obtener derechos políticos para su sexo.

Las feministas declaran estar del lado de la reforma social, y algunas de ellas incluso dicen estar a favor del socialismo (en un futuro lejano, por supuesto) pero no tienen la intención de luchar entre las filas de la clase obrera para conseguir estos objetivos. Las mejores de ellas creen, con ingenua sinceridad, que una vez que los asientos de los diputados estén a su alcance serán capaces de curar las llagas sociales que se han formado, en su opinión, debido a que los hombres, con su egoísmo inherente, han sido los dueños de la situación. A pesar de las buenas intenciones de grupos individuales de feministas hacia el proletariado, siempre que se ha planteado la cuestión de la lucha de clases han dejado el campo de batalla con temor. Reconocen que no quieren interferir en causas ajenas, y prefieren retirarse a su liberalismo burgués que les es tan cómodamente familiar.

Por mucho que las feministas burguesas traten de reprimir el verdadero objetivo de sus deseos políticos, por mucho que aseguren a sus hermanas menores que la participación en la vida política promete beneficios inconmensurables para las mujeres de clase trabajadora, el espíritu burgués que impregna todo el movimiento feminista da

un colorido de clase incluso a la demanda de igualdad de derechos políticos con los hombres, que podría parecer una demanda general de las mujeres. Diferentes objetivos e interpretaciones de cómo deben usarse los derechos políticos crea un abismo insalvable entre las mujeres burguesas y las proletarias. Esto no contradice el hecho de que las tareas inmediatas de los dos grupos de mujeres coincidan en cierta medida, puesto que los representantes de todas las clases que han accedido al poder político se esfuerzan sobre todo en lograr una revisión del código civil que, en cada país, en mayor o menor medida, discrimina a las mujeres. Las mujeres presionan por conseguir cambios legales que creen condiciones laborales más favorables para ellas, se mantienen unidas contra las regulaciones que legalizan la prostitución, etc. Sin embargo, la coincidencia de estas tareas inmediatas es de carácter puramente formal. Así, el interés de clase determina que la actitud de los dos grupos hacia estas reformas sea profundamente contradictoria…

El instinto de clase (digan lo que digan las feministas) siempre demuestra ser más poderoso que el noble entusiasmo de las políticas "por encima de las clases". En tanto que las mujeres burguesas y sus "hermanas menores" son iguales en su desigualdad, las primeras pueden, con total sinceridad, hacer grandes esfuerzos en defender los intereses generales de las mujeres. Pero, una vez que se hayan superado estas barreras y las mujeres burguesas hayan accedido a la actividad política, las actuales defensoras de los "derechos de todas las mujeres" se convertirán en defensoras entusiastas de los privilegios de su clase, se contentarán con dejar a las hermanas menores sin ningún derecho. Así, cuando las feministas hablan con las mujeres trabajadoras acerca de la necesidad de una lucha común para conseguir algún principio "general de las mujeres", las mujeres de la clase trabajadora están naturalmente recelosas.

Los problemas de la prostitución

(1909)[145]

> “*El matrimonio representa una cara de la vida sexual del mundo burgués, y la prostitución la otra. El matrimonio es el anverso, la prostitución el reverso de la medalla. Si los hombres no hallan satisfacción en el matrimonio, se la buscan por regla general en la prostitución. Y el hombre que por cualquier causa renuncia al matrimonio, también su busca generalmente satisfacción en la prostitución. Para los hombres que voluntaria o forzosamente viven en celibato, así como para quienes el matrimonio no les ofrece lo que ellos esperaban, las condiciones para satisfacer el instinto sexual son, por tanto, muchísimo más favorables que para las mujeres.*”[146]

Despreciada por todos, perseguida por todos, pero secretamente fomentada, la prostitución, bajo sus flores suntuosas pero venenosas, sofoca todo lo que queda de las virtudes familiares. Cubriendo la sociedad con una especie de cieno podrido, envenena con su aliento asqueroso las alegrías puras de la unión amorosa de los sexos.

Hoy en día, la prostitución está alcanzando proporciones colosales, como nunca ha conocido la humanidad, incluso en los períodos de su mayor decadencia espiritual. ¿Qué pesan los *dichterions* griegos semireligiosos, estos lupanares romanos, esta alegre prostitución de “las jóvenes de los soldados” o de las chicas “serias” en los talleres de la Edad Media, este cínico libertinaje, abiertamente condenado, pero secretamente fomentado, de la época de la Reforma, qué pesan esos millares de frívolas modestillas ante la venta masiva del cuerpo femenino que se practica hoy en día? Como una infección contagiosa, la prostitución se propaga de un lugar a otro, de un país a otro, de una ciudad a otra, envenenando la atmósfera de la vida social contemporánea. Profesiones enteras, estratos enteros de la sociedad, están sujetos a su influencia perjudicial.

La hipócrita duplicidad con respecto a la prostitución es característica de la burguesía y pone de manifiesto el hecho de que, también en este asunto que parece concernir a toda la humanidad, tiene una posición de clase. En efecto, la prostitución, este apéndice obligatorio de la sociedad de clases contemporánea, este correctivo de la forma coercitiva anticuada de la familia actual, pesa mucho sobre las clases no poseedoras. Es aquí, en los oscuros y nauseabundos bajos fondos, donde crecen sus desastrosos gérmenes; es en el cuerpo del proletariado donde más a menudo clava sus venenosas garras y, aunque su asqueroso aliento pudre toda la atmósfera social, es un azote principalmente para la clase obrera. Por eso la burguesía no tiene prisa en hacer sonar la alarma: si el grueso del contingente de mujeres venales fuera proporcionado por la clase poseedora, hay que suponer que su actitud hacia esta cuestión sería muy diferente.

---

[145] *Los problemas de la prostitución,* Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde “Les problèmes de la prostitution”, en Alexandra Kollontaï - Les auteurs marxistes en langue française – MIA; también para las notas.

[146] August Bebel, *La mujer y el socialismo*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 267.,

Los motivos de la actitud ambigua de los gobiernos de todos los países hacia la prostitución deben buscarse, precisamente, en esta perspectiva de clase, que también está totalmente imbuida de esta cuestión social. Condenada por la religión, castigada por la sociedad e incluso por la ley, la prostitución no sólo es tolerada, sino también regulada por el estado. Declarada necesaria para la satisfacción de las necesidades sexuales naturales de los hombres, la prostitución, desde la formación de la sociedad de clases, se ha convertido, de una forma u otra, en un "pararrayos contra el libertinaje", la garantía de los principios familiares y el guardián de la virtud de las mujeres burguesas "honestas".

Los reyes disfrutaban de los servicios de las prostitutas, las admitían en la corte y nombraban funcionarios especiales para administrarlas, pero esto no les impedía humillar, perseguir y martirizar a las prostitutas en todos los sentidos, y a veces matar a cientos de ellas en un momento de éxtasis religioso o arrepentimiento hipócrita. La burguesía y la Iglesia, que también disfrutaban ampliamente de los servicios de la prostitución, y que la apoyaban en secreto, la castigaban y perseguían abiertamente. El pueblo, que la veía como una expresión descarada y terrible de su propia servidumbre, la odiaba con toda la fuerza de su alma impulsiva y trataba por todos los medios de destruir a las desafortunadas víctimas de esta "vergonzosa industria", de "hacerles pasar por el aro" cubriéndolas con insultos, apedreándolas, torturándolas, matándolas, demoliendo las casas de la tolerancia. Pero por mucho que la gente luchara contra la venta del cuerpo de la mujer, la sociedad de clases, que había hecho inevitable la venta de la fuerza de trabajo, causaba constantemente nuevas víctimas de la "pasión pública".

La sociedad contemporánea, al reemplazar la tortura y el asesinato periódico de prostitutas por el asesinato moral de prostitutas con la ayuda de estrictas leyes y regulaciones, apenas se ha alejado de la crueldad medieval. En la época del Consulado, el "tercer estado", con su propio "racionalismo" y tendencia a proteger sus intereses con un arsenal legal, proclamó por primera vez el principio de la regulación pública de la prostitución. La vigilancia médico-policíaca se instituyó en Francia en 1800, y la "tarjeta amarilla" se emitió por primera vez en 1802.

La prostitución, que el estado hasta entonces sólo toleraba, se convirtió en un fenómeno reconocido por las autoridades y legalizado. Sin embargo, la hipocresía habitual no nos permite admitir abiertamente la quiebra de las viejas formas familiares y el inevitable crecimiento de la prostitución en el campo de las relaciones capitalistas. Toda la legislación rusa sobre la "industria vergonzosa" está impregnada de este espíritu hipócrita. Con el fin de salvaguardar la familia burguesa, vivero de los herederos del capital, se fomenta el comercio de los cuerpos femeninos, pero desde el punto de vista de la "moralidad oficial" se le condena severa y despiadadamente; y para preservar a sus ojos el prestigio de su "alta pureza moral", la sociedad burguesa se apresura a acusar a las prostitutas de ultrajar su aparente virtud, y envenena por todos los medios la ya no tan divertida existencia de estas desafortunadas "sacerdotisas del vicio".

Cuando en Moscú se habló de crear una comisión médico-policial, la primera propuesta fue imponer una contribución estatal a los burdeles. Pero esta idea se abandonó por indecorosa, "sobre todo porque la primera recaudación de cualquier tipo de impuesto sobre las mujeres públicas no sería conforme al espíritu de nuestras leyes, y podría dar la impresión de que el gobierno se permite comerciar con la obscenidad, que está severamente castigada por la ley".

En Alemania, se puede encontrar la misma duplicidad: un propietario que alberga a una prostituta es perseguido por el código penal. Pero "por otra parte, la policía está obligada a tolerar que miles de mujeres trabajen como prostitutas y debe proteger sus actividades desde el momento en que se inscriban en el registro de prostitutas y cumplan las normas establecidas para ellas, como los exámenes médicos periódicos. Sin embargo,

si el gobierno admite a las prostitutas y, por lo tanto, fomenta su industria, también debe admitir que están alojadas, e incluso (en interés del orden público y la salud) que hay casas especiales donde pueden ejercer su oficio. ¡Qué contradicciones! Por un lado, el estado reconoce oficialmente que la prostitución es necesaria; por otro lado, condena a las prostitutas y al proxenetismo. Esta actitud del estado demuestra que, para la sociedad actual, la prostitución es una esfinge y que es incapaz de resolver su enigma". ¡Sí, tal es la lógica de la sociedad burguesa actual! La prostitución, como fenómeno social, es el fruto natural de la sociedad de clases contemporánea, pero eso no es todo; los propios textos que regulan la prostitución están totalmente imbuidos de un punto de vista de clase. "Una diferenciación de clase de la prostitución [observa el profesor Elistratov] cuidadosamente respetada en la práctica, corre como un hilo rojo a través de toda una serie de reglamentos locales."[147] Nuestra legislación permite el control forzoso y la detención en el hospital sólo para las chicas que "hacen la calle", las chicas "sospechosas", las putas "de baja estofa" (es decir, de bajo estatus social). Esto está estipulado en el artículo 158 de los decretos de 1890; el antiguo edicto del Senado de 1763 dice más o menos lo mismo: "... ordene, sin embargo, que para las mujeres condenadas por obscenidad, sólo se examinen y se deporten para su recuperación las de baja condición social o las vagabundas." En este sentido, la orden del ministro del interior dirigida a los gobernadores de las provincias el 17 de octubre de 1844, y en base a la cual se sigue realizando hoy en día el control de la prostitución en las provincias de Rusia, adopta una posición aún más clara. "Huelga decir que sólo las personas susceptibles de ser procesadas por su modo o tipo de vida y otras referencias sociales, pueden ser objeto de las medidas que usted considere apropiadas en este caso". El mismo principio se recoge en los reglamentos especiales de ciertas ciudades; y aunque hay excepciones, su carácter accidental y las indulgencias concedidas a las mujeres de las clases altas subrayan con particular claridad el carácter de clase de estas disposiciones.

El escándalo de esta regulación es que recae enteramente sobre las mujeres de las clases pobres; frente a las prostitutas ricas, tanto la policía como la regulación sólo se quitan amablemente el sombrero. "Se puede decir que, en todas partes, las prostitutas a las que se somete a vigilancia pertenecen a las clases más pobres. Los oficiales no son lo suficientemente hábiles (y a veces ni siquiera tienen la oportunidad) para desenmascarar a una prostituta de altos vuelos. Se necesita mucho tacto so pena de pagarlo caro. Además, las prostitutas de este tipo siempre encuentran defensores dispuestos a ayudarlas a salir de los problemas, o al menos a actuar como garantes de ellas. En todas las ciudades, predominan las prostitutas de clase baja. Cuanto más pobre es la vigilancia, menos prostitutas se encuentran en ambientes ricos y educados. La policía, para evitar el trabajo extra y las molestias, se limita a las pobres y a las que trabajan en la calle." Puesto que la prostituta de "altos vuelos", en la mayoría de los casos, pertenece por su origen a la clase burguesa, el ojo vigilante de la vigilancia médico-policíaca se desliza sobre ella sin verla, para atacar con redoblado celo a aquellas mujeres cuya posición social no inspira confianza al poder del momento. "En los barrios pobres donde viven las mujeres de la clase obrera, la desgracia y el vicio están tan estrechamente entrelazados que a primera vista es imposible distinguir uno del otro. Además, el sargento de la ciudad no tiene ni el tiempo ni la inclinación a pensar; decide el asunto rápidamente y... sin apelación: la mujer que ha arrestado en la calle, en el apartamento de la esquina o en el refugio nocturno es considerada una prostituta; se la trata como a una libertina, aunque, aparte del hecho de que no tiene hogar o no tiene trabajo, no hay indicios de que esté involucrada en el comercio de libertinaje."[148] Las actuales reglas de vigilancia policial suponen una

[147] Profesor Elistratov, *El registro de mujeres como prostitutas*.
[148] *Prostitución supervisada,* citado por Elistratov, obra citada.

peligrosa amenaza para todas las mujeres del proletariado, especialmente las que viven en los suburbios. Incluso sin mencionar los períodos de paro agudo, cuando las mujeres permanecen naturalmente, “sin razones plausibles”, en la calle, el proletario corre el riesgo, en cualquier día festivo, de ser sometido a una vigilancia infame. La pérdida de los documentos de identidad o cualquier otro golpe de suerte redobla la gravedad de su situación y a menudo pone a la trabajadora ante esta alternativa: o acepta ser expulsada y devuelta bajo escolta a su región de origen, o se somete a vigilancia médico-policíaca (y en este caso, pero sólo en este caso, la comisión médica se encarga de hacerla obtener un nuevo pasaporte). Por supuesto, esta situación existe no sólo en Rusia, sino en todos los países burgueses. “No está sujeta a control [dice el Dr. Blachko] casi toda la prostitución elegante, las llamadas damas del *demi-monde*, que es una especie de *noli me tangere* para la policía. La masa bajo vigilancia está casi en todas partes compuesta por las escorias más desafortunadas y desheredadas. Dóciles y estúpidas, cada año y durante décadas, estas hijas del destino rinden su habitual visita a los centros de examen.”

La sociedad de clases de hoy en día ha encontrado incluso una manera de dividir la prostitución, despreciada por todos, en dos clases. La “calidad superior”, la de la prostituta acomodada, está monopolizada por la clase burguesa, le sirve, convive con ella en cierta intimidad y hasta cierto punto comparte sus privilegios. La “calidad inferior” (carne de la carne de la clase obrera o del campesinado pobre) bebe hasta la última gota de la copa de la servidumbre, la humillación y la pena.

Está claro que el problema de la abolición de la prostitución, el problema del saneamiento de las relaciones entre los sexos, es el problema de la clase proletaria, un problema ligado de la manera más cercana e indisoluble a las condiciones de trabajo y de producción. Si para otras clases y estratos de la población, la solución de las cuestiones del matrimonio, y como consecuencia de la prostitución, tiene sobre todo un interés psicológico y moral, para el proletariado es una de las cuestiones fundamentales de la vida, uno de los elementos determinantes del futuro. La lucha contra la prostitución y las formas monstruosas de la familia actual, es decir, la lucha contra las instituciones de clase del mundo burgués contemporáneo, deriva directamente de la lucha general del proletariado y es parte integrante de ella [...] No, si el movimiento abolicionista triunfara en nuestro país, si el ejército de prostitutas creciera más lentamente, las feministas serán las menos responsables que nadie de estos felices acontecimientos. Las mujeres no estarán en deuda con las amaneradas resoluciones de las feministas, sino con al partido de los trabajadores, que lucha por cambiar las relaciones económicas y sociales existentes. Se puede decir con certeza que los marcos que generan como necesidad la dependencia material de la prostitución se reducirán con cada nueva conquista de la clase obrera en el campo de las relaciones económicas y legales.

Las relaciones sexuales y la lucha de clases

(1911)[149]

Entre los múltiples problemas que perturban la inteligencia y el corazón de la humanidad, el problema sexual ocupa indiscutiblemente uno de los primeros puestos. No hay una sola nación, un solo pueblo en el que la cuestión de las relaciones entre los sexos no adquiera de día en día un carácter más violento y doloroso. La humanidad contemporánea atraviesa por una crisis sexual aguda en la forma, una crisis que se prolonga y que, por tanto, es mucho más grave y más difícil de resolver.

En todo el curso de la historia de la humanidad no encontraremos seguramente otra época en la que los problemas sexuales hayan ocupado en la vida de la sociedad un lugar tan importante, otra época en la que las relaciones sexuales hayan acaparado, como por arte de magia, las miradas atormentadas de millones de personas. En nuestra época, más que en ninguna otra de la historia, los dramas sexuales constituyen fuente inagotable de inspiración para artistas de todos los géneros del arte.

Como la terrible crisis sexual se prolonga, su carácter crónico adquiere mayor gravedad y más insoluble nos parece la situación presente. Por esto la humanidad contemporánea se arroja anhelante sobre todos los medios que hacen entrever una posible solución del problema "maldito". Pero a cada nueva tentativa de solución se complica más el enmarañado complejo de las relaciones entre los sexos, y parece como si fuera imposible descubrir el único hilo que nos ha de servir para desenredar el compacto nudo. La humanidad, atemorizada, se precipita desde un extremo al otro; pero el círculo mágico de la cuestión sexual permanece cerrado tan herméticamente como antes.

Los elementos conservadores de la sociedad llegan a la conclusión de que es imprescindible volver a los felices tiempos pasados, restablecer las viejas costumbres familiares, dar nuevo impulso a las normas tradicionales de la moral sexual. "Es preciso destruir todas las prohibiciones hipócritas prescritas por el código de la moral sexual corriente. Ha llegado el momento de arrojar a un lado ese vejestorio inútil e incómodo… La conciencia individual, la voluntad individual de cada ser es el único legislador en una cuestión de carácter tan íntimo", se oye afirmar entre las filas del campo individualista burgués. "La solución de los problemas sexuales sólo podrá hallarse en el establecimiento de un orden social y económico nuevo, con una transformación fundamental de nuestra sociedad actual", afirman los socialistas. Pero precisamente este esperar en el mañana, ¿no indica también que nosotros tampoco hemos logrado apoderarnos del "hilo conductor"? ¿No deberíamos encontrar o al menos localizar este "hilo conductor" que promete desenredar el nudo? ¿No deberíamos encontrarlo ahora, en este mismo momento? El camino que debemos seguir en esta investigación nos lo ofrece la historia misma de las sociedades humanas, nos lo ofrece la historia de la lucha ininterrumpida de las clases y de los diversos grupos sociales, opuestos por sus intereses y sus tendencias.

No es la primera vez que la humanidad atraviesa un período de crisis sexual aguda. No es la primera vez que las al parecer firmes y claras prescripciones de la moral al uso, en el campo de las relaciones sexuales, han sido destruidas por el aflujo de la corriente de

---

[149] "Las relaciones sexuales y la lucha de clases", Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Escrito en 1911 o antes.

nuevos valores e ideales sociales. La humanidad ha pasado por una época de “crisis sexual” verdaderamente aguda durante los períodos del Renacimiento y la Reforma, en el momento en que un formidable avance social relegaba a un segundo término a la aristocracia feudal, orgullosa de su nobleza, acostumbrada al dominio absoluto, y en su lugar se asentaba una nueva fuerza social, la burguesía ascendente, que crecía y se desarrollaba cada vez con mayor impulso y poder.

La moralidad sexual del mundo feudal se había desarrollado a partir de las profundidades de la “forma de vida tribal”: la economía colectiva y el liderazgo autoritario tribal que reprimía la voluntad individual de cada miembro. El viejo código moral chocaba con el nuevo código moral de principios opuestos que imponía la clase burguesa en ascenso. La moral sexual de la nueva burguesía estaba basada en principios radicalmente opuestos a los principios morales más esenciales del código feudal. El estricto individualismo y la exclusividad y el aislamiento de la “familia nuclear” sustituyen al énfasis en el “trabajo colectivo” que fue característico de la estructura económica tanto local como regional de la vida ancestral. Los últimos vestigios de ideas comunales propias, hasta cierto punto, de todas las formas de vida tribal fueron barridos por el principio de “competencia” bajo el capitalismo, por los principios triunfantes del individualismo y de la propiedad privada individualizada, aislada.

La humanidad, perdida durante el proceso de transición, titubeó durante todo un siglo entre los dos códigos sexuales de espíritu tan diverso, ansiosa de adaptarse a la situación, hasta el momento en que el laboratorio de la vida transformó las viejas normas en un molde nuevo y logró, cuando menos, una armonía en la forma, una solución en cuanto a su aspecto externo.

Pero durante esta época de transición, tan viva y llena de colorido, la crisis sexual, a pesar de revestir un carácter de gravedad, no se presentó en una forma tan grave y amenazadora como en nuestros tiempos. La principal razón de esto estriba en que, durante los gloriosos días del Renacimiento, en la “nueva era” en la que la brillante luz de una nueva cultura espiritual inundó el moribundo mundo con sus vivos colores, inundó la vacía y monótona vida de la Edad Media, la crisis sexual sólo la experimentó una parte relativamente reducida de la sociedad. La capa social más considerable de la época, desde el punto de vista cuantitativo, el campesinado, no sufrió las consecuencias de la crisis sexual más que de una manera indirecta, cuando, lentamente, con el transcurso de los siglos, se transformaban las bases económicas en que estaba fundamentada esta clase social, es decir, únicamente en la medida en que evolucionaban las relaciones económicas del campo.

Las dos tendencias opuestas luchaban en las capas superiores de la sociedad. Allí era donde se enfrentaban los ideales y las normas de dos concepciones diferentes de la sociedad, y donde precisamente la crisis sexual, cada vez más grave y amenazadora, se apoderaba de sus víctimas. Los campesinos, reacios a toda innovación, clase apegada a sus principios, continuaban apoyándose en las viejas columnas de las tradiciones ancestrales, y no se transformaba, no dulcificaba ni adaptaba a las nuevas condiciones de su vida económica el código inconmovible de la moral sexual tradicional más que bajo la presión de una gran necesidad. La crisis sexual durante la época de lucha aguda entre el mundo burgués naciente y el mundo feudal no afectó a la “clase tributaria”.

Es más, mientras los estratos superiores de la sociedad rompían los viejos hábitos, la clase campesina se aferraba con mayor fuerza a sus ancestrales tradiciones. A pesar de todas las tempestades que se desencadenaban sobre su cabeza, que conmovían hasta el suelo que pisaba, la clase campesina en general, y particularmente los campesinos rusos, lograron conservar durante siglos y siglos, en su forma primitiva, los principios esenciales de su código moral sexual.

El problema de nuestra época presenta un aspecto totalmente distinto. La crisis sexual de nuestra época no perdona siquiera a la clase campesina. Como una enfermedad infecciosa, no reconoce "ni grados ni rangos". Se extiende desde los palacios y mansiones hasta los barrios obreros más concurridos, entra en los apacibles hogares de la pequeña burguesía, y se abre camino hasta la miserable y solitaria aldea rusa. Elige sus víctimas lo mismo entre los habitantes de las mansiones de la burguesía europea, que en los húmedos sótanos donde se hacina la familia obrera y en la choza ahumada del campesino. Para la crisis sexual no hay "obstáculos ni cerrojos". Es un profundo error creer que la crisis sexual sólo alcanza a los representantes de las clases que tienen una posición económica materialmente asegurada. La indefinida inquietud de la crisis sexual franquea cada vez con mayor frecuencia el umbral de las habitaciones obreras, y causa allí tristes dramas que por su intensidad dolorosa no tienen nada que envidiar a los conflictos psicológicos del "exquisito" mundo burgués.

Pero precisamente porque la crisis sexual no ataca sólo a los intereses de "quienes todo lo poseen", precisamente porque estos problemas sexuales afectan también a una clase social tan extensa como el proletariado de nuestros tiempos, es incomprensible e imperdonable que esta cuestión vital, esencialmente violenta y trágica, sea considerada con tanta indiferencia. Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por tanto, hagan más feliz a la humanidad.

Es imperdonable nuestra actitud de indiferencia ante una de las tareas esenciales de la clase obrera. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones "puramente privadas". ¿Por qué negamos a este problema el auxilio de la energía y de la atención de la colectividad? Las relaciones entre los sexos y la elaboración de un código sexual que rija estas relaciones aparecen en la historia de la humanidad, de una manera invariable, como uno de los factores esenciales de la lucha social. Nada más cierto que la influencia fundamental y decisiva de las relaciones sexuales de un grupo social determinado en el resultado de la lucha de esta clase con otra de intereses opuestos.

El drama de la sociedad actual es tan desesperado porque mientras ante nuestros ojos vemos cómo se desmoronan las formas corrientes de unión sexual y cómo son desechados los principios que las regían, desde las capas más bajas de la sociedad se alzan frescos aromas desconocidos que nos hacen concebir esperanzas risueñas sobre una nueva forma de vida, y llenan el alma humana con la nostalgia de ideales futuros, pero cuya realización no parece posible. Somos personas que vivimos en un mundo caracterizado por el dominio de la propiedad capitalista, un mundo de agudas contradicciones de clase e imbuidos de una moral individualista. Aún vivimos y pensamos bajo el funesto signo de un inevitable aislamiento espiritual. La terrible soledad que cada persona siente en las inmensas ciudades populosas, en las ciudades modernas, tan bulliciosas y tentadoras; la soledad, que no disipa la compañía de amigos y compañeros, es la que empuja a las personas a buscar, con avidez malsana, a su ilusoria "alma gemela" en un ser del sexo contrario, puesto que sólo el amor posee el mágico poder de ahuyentar, aunque sólo sea momentáneamente, las tinieblas de la soledad.

En ninguna otra época de la historia ha sentido la gente con tanta intensidad como en la nuestra la soledad espiritual. No podría ser de otra manera. La noche es mucho más impenetrable cuando a lo lejos vemos brillar una luz.

Las personas individualistas de nuestra época, unidas por débiles lazos a la comunidad o a otras individualidades, ven ya brillar en la lejanía una nueva luz: la transformación de las relaciones sexuales mediante la sustitución del ciego factor

fisiológico por el nuevo factor creador de la solidaridad, de la camaradería. La moral de la propiedad individualista de nuestros tiempos empieza a ahogar a las personas. El hombre contemporáneo no se contenta criticando la calidad de las relaciones entre los sexos, negando las formas exteriores prescritas por el código de la moral corriente. Su alma solitaria anhela la renovación de la esencia misma de las relaciones sexuales, desea ardientemente encontrar el "amor verdadero", esa gran fuerza confortadora y creativa que es la única que puede ahuyentar el frío fantasma de la soledad que padecen los individualistas contemporáneos.

Si es cierto que la crisis sexual está condicionada en sus tres cuartas partes por relaciones externas de carácter socioeconómico, no es menos cierto que la otra cuarta parte de su intensidad es debida a nuestra refinada psicología individualista, que con tanto cuidado ha cultivado la ideología burguesa dominante. La humanidad contemporánea, como dice acertadamente la escritora alemana Meisel-Hess, es muy pobre en "potencial de amor". Cada uno de los sexos busca al otro con la única esperanza de lograr la mayor satisfacción posible de placeres espirituales y físicos para sí, utilizando como medio al otro. El amante o el novio no piensan para nada en los sentimientos, en la labor psicológica que se efectúa en el alma de la persona amada.

Quizá no haya ninguna otra relación humana como las relaciones entre los sexos en la que se manifieste con tanta intensidad el individualismo grosero que caracteriza nuestra época. Absurdamente se imagina la persona que para escapar de la soledad moral que le rodea le basta con amar, con exigir sus derechos sobre otra alma. Únicamente así espera obtener esa rara dicha: la armonía de la afinidad moral y la comprensión entre dos seres. Nosotros, los individualistas, hemos echado a perder nuestras emociones por el constante culto de nuestro "yo". Creemos todavía que podemos conquistar sin ningún sacrificio la mayor de las dichas humanas, el "amor verdadero", no sólo para nosotros, sino también para nuestros semejantes. Creemos lograr esto sin tener que dar, en cambio, los tesoros de nuestra propia alma.

Pretendemos conquistar la totalidad del alma del ser amado, pero, en cambio, somos incapaces de respetar la fórmula de amor más sencilla: acercarnos al alma de otro dispuestos a guardarle todo género de consideraciones. Esta sencilla fórmula nos será únicamente inculcada por las nuevas relaciones entre los sexos, relaciones que ya han comenzado a manifestarse y que están basadas en dos principios nuevos también: libertad absoluta, por un lado, e igualdad y verdadera solidaridad como entre compañeros, por otro. Sin embargo, por el momento, la humanidad tiene que sufrir todavía el frío de la soledad espiritual, y no le queda más remedio que soñar con una época mejor en la que todas las relaciones humanas se caractericen por sentimientos de solidaridad, que podrán ser posibles a causa de las nuevas condiciones de la existencia.

La crisis sexual no puede resolverse sin una transformación fundamental de la psicología humana, sólo puede ser vencida por la acumulación de "potencial de amor". Pero esta transformación psíquica depende en absoluto de la reorganización fundamental de nuestras relaciones socioeconómicas sobre una base comunista. Si rechazamos esta "vieja verdad", el problema sexual no tiene solución.

A pesar de todas las formas de unión sexual que ensaya la humanidad presente, la crisis sexual no se resuelve en ningún sitio.

No se han conocido en ninguna época de la historia tantas formas diversas de unión entre los sexos. Matrimonios indisolubles, con una familia firmemente constituida, y a su lado la unión libre pasajera; el adulterio conservado en el mayor secreto, al lado del matrimonio y de la vida en común de una muchacha soltera con su amante; el matrimonio "por la iglesia", el matrimonio de dos y el matrimonio "de tres", e incluso hasta la forma complicada del "matrimonio de cuatro", sin contar las múltiples variantes

de la prostitución. Al lado de estas formas de unión, entre los campesinos y la pequeña burguesía encontramos vestigios de las viejas costumbres tribales, mezclados con los principios en descomposición de la familia burguesa e individualista, la vergüenza del adulterio, la vida marital entre el suegro y la nuera y la libertad absoluta para la joven soltera. Siempre la misma "moral doble".

Las formas actuales de unión entre los sexos son contradictorias y embrolladas, de tal modo que uno se ve obligado a interrogarse cómo es posible que el hombre que ha conservado en su alma la fe en la firmeza de los principios morales pueda continuar admitiendo estas contradicciones y salvar estos criterios morales irreconciliables, que necesariamente se destruyen el uno al otro. Tampoco resuelve la cuestión la justificación que se oye corrientemente: "Yo vivo conforme a los principios de una moral nueva", puesto que esta "nueva moral" se encuentra todavía en proceso de formación. Precisamente la labor a realizar consiste en hacer que surja esta nueva moral, hay que extraer de entre el caos de las actuales normas sexuales contradictorias la forma, y aclarar los principios, de una moralidad que corresponda al espíritu de la clase revolucionaria ascendente.

Además del extremado individualismo, defecto fundamental de la psicología de la época actual, de un egocentrismo erigido en culto, la crisis sexual se agrava mucho más con otros dos factores de la psicología contemporánea: la idea del derecho de propiedad de un ser sobre el otro y el prejuicio secular de la desigualdad entre los sexos en todas las esferas de la vida, incluida la esfera sexual.

La moralidad burguesa, con su familia individualista encerrada en sí misma basada completamente en la propiedad privada, ha cultivado con esmero la idea de que un compañero debería "poseer" completamente al otro. La burguesía ha logrado a la perfección la inoculación de esta idea en la psicología humana. El concepto de propiedad dentro del matrimonio va hoy día mucho más allá que el concepto de la propiedad en las relaciones sexuales del código aristocrático. En el curso del largo período histórico que transcurrió bajo los auspicios de la "tribu", la idea de la posesión de la mujer por el marido (la mujer carecía de derechos de propiedad sobre el marido) no se extendía más allá de la posesión física. La esposa estaba obligada a guardar al marido fidelidad física, pero su alma no le pertenecía en absoluto.

Los caballeros de la Edad Media llegaban incluso a reconocer a sus esposas el derecho de tener adoradores platónicos y a recibir el testimonio de esta adoración de caballeros y menestrales. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no sólo del "yo" físico, sino también del "yo" espiritual por parte del esposo, del ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y emocional del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente, y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social. Este ideal no sólo lo hemos aceptado como herencia, sino que llegamos incluso a pretender que sea considerado "como un imperativo" moral indestructible.

La idea de propiedad se extiende mucho más allá del matrimonio legal. Es un factor inevitable que penetra hasta en la unión amorosa más "libre". Los amantes de nuestra época, a pesar de su respeto "teórico" por la libertad, sólo se satisfacen con la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Con el fin de ahuyentar de nosotros el fantasma amenazador de la soledad, penetramos de una manera violenta en el alma del ser "amado" con una crueldad y una falta de delicadeza que sería incomprensible a la humanidad futura. De la misma manera pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre su "yo" espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar más fácilmente al ser querido una infidelidad física que una infidelidad moral, y pretende

que le pertenece cada partícula del alma de la persona amada, que se extiende más allá de los límites de su unión libre. Considera cualquier sentimiento experimentado fuera de los límites de la relación libre como un despilfarro, como un robo imperdonable de tesoros que le pertenecían exclusivamente y, por tanto, como un espolio cometido a sus expensas.

El mismo origen tiene la absurda indelicadeza que cometen constantemente dos amantes con respecto a una tercera persona. Todos hemos tenido ocasión de observar un hecho curioso que se repite continuamente. Dos amantes que apenas han tenido tiempo de conocerse en sus relaciones mutuas se apresuran a establecer sus derechos sobre las relaciones personales anteriores del otro y a intervenir en lo más sagrado y más íntimo de su vida. Dos seres que ayer eran extraños el uno para el otro, hoy, únicamente porque les unen sensaciones eróticas comunes, se apresuran a poner la mano sobre el alma del otro, a disponer del alma desconocida y misteriosa sobre la cual ha grabado el pasado imágenes imborrables y a instalarse en su interior como si estuvieran en su propia casa.

Esta idea de la posesión recíproca de una pareja amorosa extiende su dominio de tal forma que casi no nos sorprende un hecho tan anormal como el siguiente: dos recién casados vivían hasta ayer cada uno su propia vida, al día siguiente de su unión cada uno de ellos abre sin el menor escrúpulo la correspondencia del otro, y, consecuentemente, el contenido de la carta procedente de una tercera persona que sólo tiene relación con uno de ellos se convierte en propiedad común. Una "intimidad" de este tipo no puede adquirirse más que como resultado de una verdadera unión entre las almas en el curso de una larga vida común de amistad puesta a prueba. Lo que ocurre en general es que a esta intimidad se le busca un sustitutivo legítimo, que tiene por base la idea, totalmente equivocada, de que la intimidad física entre dos seres es una razón suficiente para extender el derecho de propiedad sobre el ser emocional de la persona amada.

El segundo factor que deforma la mentalidad del hombre contemporáneo, y que es una razón para que la crisis sexual se agudice, es la idea de desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desigualdad en la valoración de su experiencia física y emocional. La "doble moral", inherente tanto a la sociedad burguesa como a la aristocrática, ha envenenado durante siglos la psicología de hombres y mujeres. Estas actitudes son tan parte de nosotros que es mucho más difícil librarse de su penetrante ponzoña que de las ideas tocantes a la propiedad de un esposo sobre el otro, heredadas de la ideología burguesa. La concepción de desigualdad entre los sexos, incluso en la esfera de la experiencia física y emocional, obliga a aplicar constantemente medidas diversas para actos idénticos, según el sexo que los haya realizado. Incluso la persona más "progresista" de la burguesía que haya sabido desde hace tiempo superar las prescripciones del código de la moral en uso, será incapaz de sustraerse a la influencia del medio ambiente y emitirá un juicio completamente distinto, según se trate de un hombre o de una mujer. Bastará un simple ejemplo: imaginemos que un intelectual burgués, un hombre de ciencia, un hombre que está involucrado en asuntos políticos y sociales, que es en definitiva "una personalidad", e incluso, una figura pública, se enamora de su cocinera (hecho que, además, se da con bastante frecuencia) y llega, incluso, a casarse con ella. ¿Modificará la sociedad burguesa por este hecho su conducta con respecto a la "personalidad" de este hombre? ¿Pondrá acaso en cuestión su "personalidad"? ¿Dudará de sus cualidades morales?

Naturalmente, no. Ahora pongamos otro ejemplo: una mujer perteneciente a la sociedad burguesa, una mujer respetada, considerada, una profesora, médica o escritora. Una mujer, en suma, con "personalidad", se enamora de un criado y colma el "escándalo" consolidando esta cuestión con un matrimonio legal. ¿Cuál será la actitud de la sociedad burguesa respecto a esta persona hasta ahora respetada? La sociedad, naturalmente, la mortificará con su "desprecio". Pero todavía será mucho más terrible si su marido, el

criado, posee una bella fisionomía u otros atractivos de carácter físico. Nuestra hipócrita sociedad burguesa juzgará su elección de la forma siguiente: “Es obvio de qué se ha enamorado”.

La sociedad burguesa no puede perdonar a la mujer que se atreve a dar a la elección del hombre amado un carácter demasiado individual. Según la tradición heredada de costumbres tribales, nuestra sociedad pretende todavía que la mujer continúe teniendo en cuenta, en el momento de entregar su corazón, una serie de consideraciones de grados y rangos sociales, que tenga en consideración el medio familiar y los intereses de la familia. La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer como una persona independiente, separada de la célula familiar, le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares.

La sociedad contemporánea va mucho más lejos que el orden de la antigua sociedad tribal en la tutela que ejerce sobre la mujer. No sólo le prescribe casarse únicamente con hombres “dignos” de ella, sino que le prohíbe incluso que llegue a amar a un ser que es su “inferior”.

Estamos acostumbrados a ver cómo hombres de un nivel moral e intelectual muy elevado eligen como compañera de vida a una mujer insignificante y vacua, que de ninguna manera se corresponde con el valor espiritual del marido. Apreciamos este hecho como completamente normal y, por tanto, no merece siquiera nuestra consideración. Todo lo más que puede suceder es que los amigos “se lamenten de que Iván Ivanovich se haya casado con una mujer insoportable”. El caso varía si se trata de una mujer. Entonces nuestra indignación no tiene límites, y la expresamos con frases como la siguiente: “¡Cómo es posible que una mujer tan inteligente como María Petrovna pueda amar a una nulidad así!… Tendremos que poner en duda su inteligencia…”

¿A qué obedece esta manera diferente de juzgar las cosas? ¿Qué causa determina una apreciación tan contraria? Esta diversidad de criterio no tiene otro origen que la idea de la desigualdad entre los sexos, idea que ha sido inoculada a la humanidad durante siglos y siglos y que ha acabado por apoderarse de nuestra mentalidad de una manera orgánica. Estamos acostumbrados a valorar a la mujer, no como una personalidad, con cualidades y defectos individuales, independientes de sus experiencias físicas y emocionales. Para nosotros la mujer no tiene valor más que como accesorio del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta sobre la mujer su luz y, es a él, y no a ella misma, a quien tomamos en consideración como el verdadero elemento determinante de la estructura espiritual y moral de la mujer. En cambio, cuando valoramos la personalidad del hombre hacemos por anticipado una total abstracción de sus actos en relación a sus relaciones sexuales. La personalidad de la mujer, por el contrario, se valora casi exclusivamente en relación con su vida sexual. Este modo de apreciar el valor de una personalidad femenina se deriva del papel que ha representado la mujer durante tantos siglos y sólo ahora es cuando se está logrando poco a poco una reevaluación de estas actitudes, al menos en términos generales.

La atenuación de estas falsas e hipócritas concepciones sólo podrá realizarse con la transformación del papel económico de la mujer en la sociedad, y con su entrada independiente en la producción.

Los tres factores fundamentales que distorsionan nuestra mente, y que deben afrontarse si se pretende resolver el problema sexual, son: el egoísmo extremo, la idea del derecho de propiedad de los esposos entre sí y el concepto de desigualdad entre los sexos en el ámbito de sus experiencias físicas y emocionales. La humanidad no encontrará solución a este problema hasta que no haya acumulado en su psicología suficientes reservas de “sentimientos de consideración”, hasta que su capacidad de amar sea mayor, hasta que el concepto de libertad en el matrimonio y en la unión libre no sea un hecho

consolidado. En suma, hasta que el principio de camaradería no haya triunfado sobre los conceptos tradicionales de desigualdad y de subordinación en las relaciones entre los sexos. Sin una reconstrucción total y fundamental de nuestra psicología el problema sexual es irresoluble.

¿Pero no será esta condición previa una utopía desprovista de base, utopía en la que basan sus consignas ingenuas los idealistas soñadores? Intentemos aumentar la "capacidad de amar" de la humanidad. ¿Acaso los sabios de todos los pueblos, desde Buda y Confucio hasta Cristo, no se han entregado desde tiempos remotos a esta tarea? Sin embargo, ¿hay alguien que crea que la "capacidad de amar" ha aumentado en la humanidad? Reducir la cuestión de la crisis sexual a utopías de este tipo, por muy bien intencionadas que sean, ¿no significará prácticamente un reconocimiento de debilidad y una renuncia a buscar la solución anhelada?

Veamos si esto es cierto. ¿Es la reeducación radical de nuestra psicología y nuestro enfoque de las relaciones sexuales algo tan improbable, tan alejado de la realidad? ¿No podríamos decir que, por el contrario, mientras que grandes cambios sociales y económicos están en curso, las condiciones que se están creando demandan y dan lugar a un nuevo fundamento para la experiencia psicológica que está en consonancia con lo que hemos estado hablando? Ya en nuestra sociedad avanza un nuevo grupo social que intenta ocupar el primer puesto y dejar de lado a la burguesía, con su ideología de clase y su código de moral sexual individualista. Esta clase ascendente, de vanguardia, lleva necesariamente en su seno los gérmenes de nuevas orientaciones entre los sexos, relaciones que forzosamente han de estar estrechamente unidas a sus objetivos sociales de clase.

La compleja evolución de las relaciones socioeconómicas que tiene lugar ante nuestros ojos, que pone en conmoción todas nuestras concepciones sobre el papel de la mujer en la vida social y destruye los fundamentos de la moral sexual burguesa, trae consigo dos hechos que a primera vista parecen contradictorios.

Por un lado, observamos los esfuerzos infatigables de la humanidad por adaptarse a las nuevas condiciones socioeconómicas cambiantes. Esto se manifiesta ya sea en un intento de conservar las "viejas formas", dándoles un nuevo contenido (mantenimiento de la forma exterior del matrimonio indisoluble y monógamo, pero al mismo tiempo el reconocimiento de hecho de la libertad de los esposos), o, por el contrario, en la aceptación de nuevas formas que lleven en su interior, sin embargo, todos los elementos del código moral del matrimonio burgués (la unión libre en la que el derecho de propiedad de los dos esposos unidos "libremente" sobrepase los límites del derecho de propiedad del matrimonio legal).

Por otra parte, no podemos dejar de señalar la aparición lenta, pero constante, de nuevas formas de relaciones entre los sexos, que difieren de las formas externas tanto en la forma exterior como por el espíritu que anima sus normas vivificadoras.

La humanidad sondea con inquietud los nuevos ideales. Pero basta examinarlos un poco detenidamente para reconocer en ellos, a pesar de que sus límites no están todavía lo suficientemente marcados, los rasgos característicos merced a los cuales están estrechamente vinculados con las tareas del proletariado, como aquella clase social a la que le incumbe apoderarse de la fortaleza asediada del futuro. Quien quiera encontrar en el laberinto de las normas sexuales contradictorias los gérmenes de relaciones más sanas entre los sexos (que prometan liberar a la humanidad de la crisis sexual que atraviesa), tiene necesariamente que abandonar las cultas estancias de la burguesía, con su refinada psicología individualista, y echar una ojeada a las habitaciones hacinadas de los obreros. Allí, en medio del horror y de la miseria causada por el capitalismo, entre lágrimas y

maldiciones, surgen a pesar de todo manantiales vivificadores que se abren paso por la nueva senda.

Entre la clase obrera, bajo la presión de duras condiciones económicas, bajo el yugo implacable de la explotación del capital, se observa el doble proceso al que acabamos de referirnos. La influencia destructiva del capitalismo, que aniquila todos los fundamentos de la familia obrera, y obliga al proletariado a adaptarse "instintivamente" a las condiciones del mundo que le rodea, y provoca, por tanto, una serie de hechos en lo referente a las relaciones entre los sexos, análogos a los que se producen también en otras capas de la sociedad. Debido a los bajos salarios el obrero retrasa de manera continua e inevitable la edad de contraer matrimonio. Si hace veinte años un obrero podía casarse de los veintidós a los veinticinco años, hoy día no puede crear un hogar hasta los treinta años aproximadamente. Además, cuanto más desarrolladas están en el obrero las necesidades culturales, tanto más valora la posibilidad de seguir el ritmo de la vida cultural, de ir al teatro, de asistir a conferencias, leer periódicos, consagrar el tiempo que el trabajo le deja libre a la lucha sindical, a la política, a una actividad por la que siente afición, al arte, a la lectura, etc., y más tarde tiende a casarse. Sin embargo, las necesidades físicas no tienen para nada en cuenta su situación financiera, son necesidades vitales de las que no se puede prescindir. El obrero "soltero", lo mismo que el burgués "soltero", resuelven su problema acudiendo a la prostitución. Este es un ejemplo de la adaptación pasiva de la clase obrera a las condiciones desfavorables de su existencia.

Tomemos otro ejemplo. Al casarse un obrero, y a causa del nivel tan bajo de los salarios, la nueva familia obrera se ve obligada a resolver el problema del nacimiento de los hijos de igual forma que lo hace la familia burguesa. La frecuencia de infanticidios y el aumento de la prostitución son dos son expresiones del mismo proceso. Ambos son ejemplos de adaptación pasiva del obrero a la espantosa realidad que le rodea. Pero lo que no hay que olvidar es que en estos procesos no hay nada que caracterice propiamente al proletariado. Esta adaptación pasiva es propia de todas las clases y sectores sociales que se ven envueltos en el proceso mundial de desarrollo del capitalismo.

La línea de diferenciación comienza precisamente cuando entran en juego los principios activos y creadores; la delimitación se marca allí donde no se trata ya de una adaptación, sino de una reacción frente a la realidad opresora. Comienza donde nacen y se expresan nuevos ideales, donde surgen tímidas tentativas de relaciones sexuales dotadas de un espíritu nuevo. Pero aún hay más: debemos señalar que este proceso de reacción se inicia únicamente entre la clase obrera.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que las otras clases y capas de la sociedad, principalmente la de los intelectuales burgueses, que es la clase que por las condiciones de su existencia social se encuentra más cerca de la clase obrera, no se apoderen de estos elementos nuevos que el proletariado crea y desenvuelve. La burguesía, impulsada por el deseo instintivo de inyectar vida nueva a las formas agonizantes de la suya, y ante la impotencia de sus diversas formas de relaciones sexuales, aprende a toda prisa las formas nuevas que la clase obrera lleva consigo. Pero, desgraciadamente, ni los ideales, ni él código de moral sexual elaborados de un modo gradual por el proletariado corresponden a la esencia moral de las exigencias burguesas de clase. Por tanto, mientras la moral sexual, nacida de las necesidades de la clase obrera, se convierte para esta clase en un instrumento nuevo de lucha social, los "modernismos" de segunda mano que de esa moral deduce la burguesía, no hacen más que destruir de un modo definitivo las bases de su superioridad social.

El intento de los intelectuales burgueses de sustituir el matrimonio indisoluble por los lazos más libres, más fácilmente desligables del matrimonio civil, conmueve las bases

de la estabilidad social de la burguesía, bases que no pueden ser otras que la familia monógama cimentada en el concepto de propiedad.

Todo lo contrario sucede en la clase obrera. Una mayor libertad en la unión entre los sexos, una menor consolidación de sus relaciones sexuales concuerda totalmente con las tareas fundamentales de esta clase social, y hasta podemos decir que se derivan directamente de estas tareas. Lo mismo sucede con la negación del concepto de subordinación en el matrimonio que rompe los últimos lazos artificiales de la familia burguesa. Todo lo contrario sucede en la clase proletaria. El factor de la subordinación de un miembro de esta clase social a otro al igual que el concepto de posesividad en las relaciones, tiene efectos nocivos sobre la mente del proletariado. A los intereses de la clase revolucionaria no les conviene en modo alguno "atar" a uno de sus miembros, puesto que a cada uno de sus representantes independientes le incumbe ante todo el deber de servir a los intereses de su clase y no los de una célula familiar aislada.

El deber del miembro de la sociedad proletaria es ante todo contribuir al triunfo de los intereses de su clase, por ejemplo, actuando en las huelgas, participando en todo momento en la lucha. La moral con que la clase trabajadora juzga todos estos actos caracteriza con perfecta claridad la base de la nueva moral proletaria.

Supongamos que un empresario, movido únicamente por intereses familiares, retira de los negocios su capital en un momento crítico para la empresa. Su acción, apreciada desde el punto de vista de la moral burguesa, no puede ser más clara, "porque los intereses de la familia deben figurar en primer lugar". Comparemos ahora este juicio con la actitud de los obreros ante el rompehuelgas, que acude al trabajo durante el conflicto para que su familia no pase hambre. Los intereses de clase figuran en este ejemplo en primer lugar. Representemos ahora a un marido burgués que ha conseguido por su amor y devoción a la familia tener alejada a su mujer de todos sus intereses, a excepción de los deberes de ama de casa y de mujer consagrada por completo al cuidado de los hijos. El juicio de la sociedad burguesa será: "un marido ideal que ha sabido crear una familia ideal".

Pero, ¿cuál sería la actitud de los obreros hacia un miembro consciente de su clase que intentase hacer que su mujer se apartase de la lucha social? La moral de la clase exige, a costa incluso de la felicidad individual, a costa de la familia, la participación de la mujer en la vida de lucha que transcurre fuera de los muros de su hogar. Atar a la mujer a la casa, colocar en primer plano los intereses familiares, propagar la idea de los derechos de la propiedad absoluta de un esposo sobre su mujer, son actos que violan el principio fundamental de la ideología de la clase obrera, que destruyen la solidaridad y el compañerismo y que rompen las cadenas que unen a todo el proletariado. El concepto de posesión de una personalidad por otra, la idea de la subordinación y de la desigualdad de los miembros de una sola y misma clase, son conceptos contrarios a la esencia del concepto de camaradería, que es el principio proletario más fundamental.

Este principio básico de la ideología de la clase ascendente es el que da colorido y determina el nuevo código en formación de la moral sexual del proletariado, merced al cual se transforma la psicología de la humanidad y llega a adquirir una acumulación de sentimientos de solidaridad y de libertad, en vez del concepto de la propiedad, una acumulación de compañerismo en vez de los conceptos de desigualdad y de subordinación.

Es una vieja verdad la que establece que toda nueva clase ascendente, nacida como consecuencia de una cultura material distinta de la del grado precedente de la evolución económica, enriquece a toda la humanidad con la ideología nueva característica de esta clase. El código de la moral sexual constituye una parte integrante de la nueva ideología. Por tanto, basta pronunciar los términos "ética proletaria" y "moral sexual proletaria" para

escapar de la trivial argumentación: la moral sexual proletaria no es en el fondo más que "superestructura", mientras no se experimente la total transformación de la base económica de la sociedad, no puede haber lugar para ella. ¡Como si una ideología, sea del género que fuere, no se formase hasta que se hubiera producido la transformación de las relaciones socioeconómicas necesarias para asegurar el dominio de la clase de que se trate! La experiencia de la historia enseña que la elaboración de la ideología de un grupo social, y consecuentemente de la moral sexual también, se realiza durante el proceso mismo de la lucha de este grupo contra las fuerzas sociales adversas.

Esta clase de lucha sólo puede fortalecer su posición social con la ayuda de nuevos valores espirituales sacados de su propio seno, y que respondan totalmente a sus tareas como clase ascendente. Sólo mediante estas normas e ideales nuevos puede esta clase arrebatar el poder a los grupos sociales contrarios.

La tarea que corresponde, por tanto, a los ideólogos de la clase obrera es buscar el criterio moral fundamental, producto de los intereses específicos de la clase obrera y armonizar con este criterio las nacientes normas sexuales.

Ya es hora de comprender que únicamente después de haber tanteado el proceso creador que se realiza allá abajo, en las profundas capas sociales, proceso que engendra necesidades nuevas, nuevos ideales y formas, será posible vislumbrar el camino en el caos contradictorio de las relaciones sexuales y desenmarañar la enredada madeja del problema sexual.

Debemos recordar que el código de la moral sexual, en armonía con las tareas fundamentales de la clase obrera, puede convertirse en poderoso instrumento que refuerce la posición de lucha de la clase ascendente. ¿Por qué no servirse de este instrumento, en interés de la clase obrera, en su lucha por el establecimiento de un sistema comunista y, a la vez también, por establecer nuevas relaciones entre los sexos, que sean más perfectas y felices?


RUSSIAN SOCIALIST FEDERAL

El proletariado internacional y la guerra

(1º de Mayo de 1912)[150]

Hoy es nuestro gran día, el día en que la solidaridad del proletariado internacional se expresa en todo el mundo a través de manifestaciones masivas. ¿Y acaso no es un signo de creciente solidaridad que yo, una extranjera de la lejana Rusia, pueda estar aquí hoy, hablándoles en alemán, que no es ni mi lengua materna ni la suya? Reciban saludos del proletariado ruso.

El proletariado ruso, junto con el proletariado de todo el mundo, protesta contra todas las guerras. Es un hecho bien conocido que el proletariado no conoce fronteras nacionales. Reconoce sólo dos "naciones" en el mundo civilizado: los explotadores y los explotados.

Los capitalistas siempre dicen: "¡Debemos armarnos porque la guerra nos amenaza!" Y nos enseñan sus símbolos sagrados: el militarismo por tierra, mar y aire. Instrumentalizan el fantasma de la guerra para ponerlo entre ellos y el fantasma rojo. Llaman a la guerra para liberarse del fantasma de la revolución social.

Pero la Internacional les responde con un grito unánime: "¡Abajo la guerra!" Los trabajadores saben que detrás de la amenaza de guerra está el estado capitalista que quiere cargar al pueblo con nuevos impuestos, está la industria bélica que quiere aumentar sus beneficios. Todavía recordamos el escándalo que estalló hace unos años en Francia cuando los capitalistas franceses enredaron al ministro de guerra alemán con demandas de nuevas armas militares. Habían difundido el rumor de que el Ministerio de Guerra de Francia había ordenado nuevas armas: nuevos cañones, nuevas ametralladoras... Y el ministro de guerra alemán, que no quería ser superado por su homólogo francés, inmediatamente hizo un pedido similar a los capitalistas franceses. ¡Sólo más tarde se descubrió que estos rumores no eran más que un puro engaño!

En Francia los capitalistas le dicen al proletariado: "Venid con nosotros al Sahara y ocupadlo. Allí, en el desierto, encontraréis lo que os falta en casa. Y aquí, en Suecia, los capitalistas suecos están repitiendo la vieja amenaza usada hasta la saciedad: "No olviden la amenaza rusa: ¡debemos armarnos!" [...]

Y aunque el zarismo, o los capitalistas rusos, hayan amenazado en efecto con atacar a Suecia, ¡aún estamos allí nosotros! ¡Nosotros, el proletariado! ¿Acaso no sobrevivimos a la crisis de Marruecos? Y, ¿quién detuvo entonces la inminente guerra? Sí, fue el proletariado internacional el que les lanzó el ultimátum a los gobiernos alemán y francés, a los capitalistas alemanes y franceses: "¡Ni un paso más! Estamos movilizados y si los capitalistas se atreven a hacer la guerra, el fantasma rojo la transformará en una revolución social y ustedes mismos serán responsables de ella."

¡Sí, revolución social! El Día de Mayo es un día festivo internacional que se celebra en todos los países [...] El Primero de Mayo es la preparación para la revolución social, una prueba para las fuerzas proletarias. Los trabajadores del mundo están unidos diciendo: "¡Estamos listos para la batalla!"

La revolución social es inevitable. ¡Olvidaos de la burguesía, de los capitalistas, del parloteo de un socialismo arraigado en el sistema existente! Nada de eso tiene futuro. ¿Cómo podemos hablar de echar raíces cuando cada año mueren en Londres 200.000 personas en los barrios bajos y en los cuchitriles? ¿Cómo puede hablarse de arraigarse cuando en París 500.000 personas están permanentemente sin trabajo?

---

[150] *El proletariado internacional y la guerra*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde "Le prolétariat international et la guerre", en Alexandra Kollontaï, Les auteurs marxistes en langue française – MIA. Discurso pronunciado en Estocolmo en la celebración del 1º de Mayo de 1912, extractos reproducidos en *Social-Demokraten*, del 2 de mayo de1912.

Es importante tener en cuenta también los acontecimientos reveladores que se han producido en los últimos años, las huelgas y los cierres patronales y, sobre todo, ¡la creciente combatividad del proletariado! Hace diez años apenas podíamos imaginar los acontecimientos de los últimos años.

Todo comenzó con la revolución rusa de 1905. Desafortunadamente, la reacción en Rusia fue demasiado fuerte y la revolución resultó aniquilada. Pero entonces el fantasma rojo vino a Suecia y se produjo una huelga general; huelga que, a pesar de todos los desastres provocados, a pesar de la pobreza, significó la victoria moral del proletariado sueco. Toda la Internacional pudo entonces por primera vez apreciar el verdadero significado de tal huelga masiva.

A esto le siguieron huelgas en Francia e Inglaterra. Nunca antes en la historia había habido una huelga de tal magnitud en Inglaterra, donde un millón de personas dejaron de trabajar en masa para defender las demandas de su clase.

Así que podemos ver cómo la fuerza del proletariado crece año tras año. Y si la burguesía nos habla de la guerra, entonces respondemos con los millares de voces de los trabajadores que están organizados: "¡No queremos la guerra! ¡Exigimos la paz! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la revolución social!

La mujer nueva y la moral sexual

(1913)[151]

I

El problema de la existencia de un nuevo tipo de mujer, es decir, de la mujer moderna, es un tema de palpitante actualidad. Pero, ¿es que existe en realidad este nuevo tipo de mujer? ¿No será, acaso, un producto de la imaginación creadora de los literatos, siempre en busca de novedades sensacionales? Y, caso de que exista, ¿cómo es y quién es esta mujer moderna?

Para convencemos de su existencia basta mirar en tomo nuestro. Un breve análisis, una no muy detenida reflexión, es lo bastante para convencemos de que la mujer del nuevo tipo es algo que vive, que encontramos en la realidad.

La mujer moderna actúa a nuestro lado, fácil es conocerla; nos hemos acostumbrado a verla, y la encontramos con gran frecuencia en la vida, en todas las clases sociales, lo mismo en la obrera que entre las mujeres entregadas al estudio de las ciencias, en la modesta empleada y en la artista genial. Lo único sorprendente es que esta mujer nueva, que se da cada día con mayor frecuencia en todas las manifestaciones de la vida, no aparece en la literatura con sus rasgos propios, como heroína, hasta en las novelas de los últimos tiempos. La vida de las últimas décadas ha forjado, en el pesado yunque de la necesidad vital, una mujer de tipo psicológico completamente desconocido hasta ahora; una mujer con nuevas necesidades y emociones. Mientras que la literatura continuaba presentándonos mujeres del viejo tipo; mientras los literatos se esforzaban en dibujar tipos de mujeres del pasado, que la vida hacía desaparecer, la realidad rusa del período comprendido entre 1870 a 1880 producía figuras del nuevo tipo de mujer que nacía a la vida, llenas de luminosidad y encanto. Pero los escritores pasaban por su lado sin sentirlas ni oírlas; eran incapaces de asimilárselas y distinguirlas... Turguénev es el único escritor que se ha atrevido a rozar estas figuras con su pincel suave; pero las imágenes que nos presenta son mucho más pálidas, mucho más pobres que la realidad. En el poema en prosa dedicado a la muchacha rusa es únicamente donde Turguénev se inclina ante la conmovedora figura de la mujer que se ha atrevido a franquear el umbral sagrado.

Las mujeres heroicas, cuyos nombres han quedado grabados en las páginas de la historia, fueron seguidas por una muchedumbre de desconocidas que perecieron como abejas en un panal destrozado. Sus cadáveres sembraron el camino pedregoso que lleva al santo, al deseado porvenir. El número de mujeres del nuevo tipo aumentaba, se multiplicaba en el transcurso de los años, pero los escritores y los poetas pasaban por su lado sin verlas, como si una espesa venda les cubriera los ojos. La mirada del escritor, aprisionada por los tipos tradicionales de mujer, no podía penetrar ni comprender la nueva realidad que pasaba ante sus ojos. La literatura evolucionaba, se perfeccionaba y seguía nuevos derroteros; enriquecía sus medios de expresión con nuevos matices y palabras;

---

[151] *La mujer nueva y la moral sexual*, Alejandra Kollontai – Alejandría Proletaria. Editado en castellano por primera vez por Biblioteca de Estudios, Valencia, sin fecha, con introducción de J. Andrade y por Editorial Hoy, Madrid, 1931, con traducción de María Teresa Andrade, que es la seguida aquí. Por primera vez en “La mujer nueva”, *Mundo moderno*, nº 9, 1913, páginas 151-185, “Новая женщина.” Современный мир, но. я (1913), пп. 151-185.

pero, en cambio, continuaba obstinada en presentarnos débiles criaturas engañadas, mujeres abandonadas entregadas al dolor, esposas ávidas de venganza, seductoras hembras, almas "sin voluntad, no comprendidas", y encantadoras jovencitas puras y "sin personalidad".

En la misma época en que Flaubert escribía *Madame Bovary*, vivía a su lado en carne y hueso Jorge Sand, la más luminosa precursora del nuevo tipo de mujer que despertaba a la vida.

Tolstoi estudiaba la psicología estrecha y limitada de la mujer, producto de la esclavitud de que ha sido víctima en el transcurso de los años, en una Ana Karenina; se complacía en acariciar la imagen encantadora de la inofensiva Ketty; jugaba con la ardiente naturaleza de mujer de Natacha Rostova, mientras a su lado la implacable realidad encadenaba duramente a las mujeres del nuevo tipo en formación, cuyo número crecía sin cesar. Los grandes talentos del siglo XIX no sintieron la necesidad de sustituir la gracia seductora de sus heroínas por las cualidades características de la nueva mujer en formación. Los escritores más modernos de los últimos diez o quince años, particularmente las mujeres escritoras, son ya los que no han podido dejar pasar en silencio el nuevo tipo femenino que se afirmaba en torno suyo: la mujer nueva queda al fin grabada en las páginas de sus últimas obras.

Actualmente el nuevo tipo femenino no es ya una novedad sensacional. Lo encontramos en la novela de tesis "de vanguardia", en que se estudia un complicado problema, y también en la narración modesta, en la narración sin pretensión literaria alguna.

El tipo de mujer nueva varía, como es natural, de un país a otro. La clase social a que pertenecen estas nuevas mujeres les imprime igualmente un sello particular. También pueden variar considerablemente los rasgos psicológicos, los deseos y la finalidad vital de la heroína. Pero por muy diferentes que se presenten ante nosotros estas mujeres del nuevo tipo, es lo cierto que encontramos en todas ellas un rasgo común, un algo que podemos considerar "racial" y que nos permite diferenciarlas inmediatamente de las mujeres del pasado. Las mujeres del pasado veían el mundo de una manera distinta y reaccionaban ante él en otra forma; tomaban la vida de un modo igualmente distinto. No hace falta poseer conocimientos especiales históricos o literarios para conocer la fisonomía de la mujer del nuevo tipo en medio de la densa muchedumbre del pasado que la rodea. No siempre nos damos cuenta de cuáles son esos nuevos rasgos, ni en qué consiste la diferencia; pero es un hecho evidente que, en alguna parte, en la región de lo subconsciente quizá, tenemos nuestro juicio ya plenamente formado, mediante el cual debemos clasificar y determinar los nuevos tipos femeninos.

Determinemos, pues, quiénes son estas mujeres que constituyen el nuevo tipo femenino. Desde luego no son encantadoras y "puras" jovencitas cuya novela terminaba con un matrimonio feliz, ni las esposas que sufren resignadamente las infidelidades del marido, ni las casadas culpables de adulterio. No son tampoco las solteronas entregadas toda su vida a llorar un amor desgraciado de su juventud, ni las "sacerdotisas de amor", víctimas de las de las tristes condiciones de la vida o de su naturaleza "viciosa". No; estas mujeres son algo nuevo, es decir, un quinto "tipo de heroína" desconocido anteriormente; heroínas que se presentan a la vida con exigencias propias; heroínas que afirman su personalidad; heroínas que protestan de la servidumbre de la dentro del estado, en el seno de la familia, en sociedad; heroínas que saben luchar por sus derechos. Representan un nuevo sexo. Son mujeres "célibes", denominación la más apropiada que podemos dar a este tipo de mujer.

El tipo esencial de la mujer del próximo pasado era la "esposa", la mujer sólo resonancia, instrumento, complemento del marido. La mujer del nuevo tipo "célibe" está

bien lejos de ser una resonancia del marido; ha cesado de ser un simple reflejo del hombre. La mujer "célibe" posee su propio mundo interior, vive entregada a intereses humanos generosos; es independiente exterior e interiormente. Hace veinticinco años, una definición de esta clase hubiera carecido de sentido, hubiera sido considerada vacía de significado. Los cuadros sencillos y definidos: la jovencita, la madre, la "literata", la amante o la mundana, del género de Elena Kukarin, en la novela *Guerra y Paz*, de Tolstoi. Estos tipos eran moneda corriente, clara y comprensible. Para "célibe" no quedaba sitio en la literatura ni en la vida.

Cuando la historia producía mujeres con rasgos semejantes a las heroínas contemporáneas, eran consideradas como desviaciones puramente accidentales de la norma, como verdaderos fenómenos psicológicos.

Pero la vida no puede permanecer inmóvil y la rueda de la historia, al girar cada vez con ritmo más acelerado obliga a los hombres de una misma generación a aceptar nociones diferentes, les hace enriquecer su vocabulario con un material nuevo. El nuevo tipo la mujer "célibe", desconocida de nuestras hasta de nuestras abuelas y hasta de nuestras mismas madres, es en nuestra época un hecho real, un ser vivo con existencia propia.

Las mujeres del nuevo tipo, las mujeres "célibes", millones de figuras envueltas en trajes grises que se mueven desde las primeras horas del alba en interminable fila desde los barrios obreros a los almacenes, a las fábricas y estaciones, que llenan los trenes y tranvías camino del trabajo. Las mujeres "célibes" son esas miles de muchachas o de mujeres ya maduras que en las grandes ciudades hacen aumentar las estadísticas de hogares independientes. Son las muchachas y mujeres que sostienen una sorda y continua lucha por la vida, que pasan toda su existencia sentadas ante la mesa de oficina, junto a los aparatos telegráficos y mostrador de las tiendas. Las mujeres "célibes" son esas jóvenes de alma alegre que, con la cabeza llena de sueños y proyectos audaces, se atreven a llamar a la puerta de los templos de la ciencia y del arte; son las que, con paso firme, casi masculino, recorren las calles de la ciudad en busca de una lección mal retribuida o de algún trabajo ocasional. Se encuentra a la mujer "célibe" sentada ante la mesa de trabajo, en el laboratorio entregada a un experimento científico, en los archivos hojeando libros, cumpliendo con el trabajo de su clínica o dedicada a preparar un discurso político.

Estas figuras no se parecen en nada a las heroínas del próximo pasado, a aquellas seductoras y conmovedoras mujeres de Turguénev, de Chejov, a las heroínas de Zola y Maupassant, a los tipos femeninos de virtud impersonal de la literatura inglesa y alemana de 1880, y hasta de la última decena del siglo pasado. La vida es la creadora de estas mujeres nuevas, que la literatura refleja después.

Como en la larga cinta de abigarrados colores, se despliega ante nosotros la vanguardia de las heroínas del nuevo tipo femenino. A la cabeza, sin detenerse ante la espesa barrera que forman las zarzas espinosas de la realidad contemporánea, se adelanta con tranquilo paso, valiente y resuelta, la obrera Matilde[152].

Las zarzas del camino de la vida hacen sangrar las manos y los pies de Matilde, y desgarran su pecho. Pero su semblante endurecido, templado en las desgracias y el sufrimiento, no expresa la menor vacilación.

Sólo unas arrugas amargas se pliegan más profundamente al lado de la boca; únicamente su mirada invenciblemente desafiadora brilla con una expresión más fría. Un nuevo dolor, un nuevo destello de alegría, de esa rara visitante del mundo obrero, pasan por Matilde sin conmoverla. Envuelta en su chal gris se mantiene firme sobre la montaña, valiente e invencible, como estatua de la tristeza. Sólo sus ojos fijos en lo desconocido

[152] *Matilde*, novela de Karl Hauptmann.

ven un lejano porvenir en el que cree. Templada su alma por precoces choques con la vida, Matilde va a la ciudad, alegre, joven, rebosante de salud. Llama a la puerta de la fábrica y entra en el taller. El monstruo de ladrillo se ha tragado una nueva víctima. Pero Matilde no tiene miedo a la vida. Con paso seguro y confiado, se deshace de los lazos que el destino burlón tiende a la joven que camina sola, sin rumbo. El lodo y las bajezas de la vida no manchan su limpio vestido. Matilde conduce su inquebrantable fe, con ignorancia ingenua, su "yo" humano, claro y puro, a través de la vida. No es más que "una joven obrera, sola y pobre"; pero se siente orgullosa de ser lo que "es", satisfecha de su fuerza interior y de su independencia.

Viene después el primer amor, tierno y claro, como la misma juventud, y la primera alegría de la maternidad. La primera sensación de dependencia amorosa, la tímida "rebelión" por la libertad perdida. Después, la inquietud de una nueva pasión ardiente como el estío. Los sufrimientos y los tormentos del amor; deseo, dolor y decepción. Otra vez la maternidad y, de nuevo, el abandono. Pero ahora no tenemos ante nosotros a una muchacha abandonada, "perdida", un pobre ser oprimido, sino toda una individualidad; madre digna, sola y encerrada en sí misma. La personalidad de Matilde crece, se hace más fuerte. Un nuevo dolor no es más que una nueva página en su vida, que revela con mayor claridad su "yo" poderoso e invencible.

Al lado de Matilde camina con paso suave Tatiana, la muchacha de Riasan, con los pies desnudos, curtidos y agrietados por el calor y el mal tiempo. Tatiana camina con los vagabundos sin asilo, sin hogar como ella. "Pedazo de cobre entre un montón de chatarra carcomida por el orín." Unas veces trabajando en Maikope durante la siega; otras vagando sin rumbo por las orillas del Don, con una cuadrilla de compañeros del azar, de hombres al acecho de una modesta ganancia.

Tatiana marcha con ellos, libre como el viento, solitaria como la hierba de la estepa. Nadie la quiere, nadie la defiende. Mantiene una lucha cara a cara, cuerpo a cuerpo, continua e interminable con el destino, que, implacablemente, la atormenta. Para las mujeres de tipo "célibe", como Tatiana y Matilde, ya no queda ternura en el mundo; para ellas sólo asperezas les reserva la vida.

Tatiana tampoco se doblega a los latigazos de la vida. En su alma lleva profundamente escondido el sueño de un futuro terrenal, de inocencia transparente, como un día de verano sin soplo de viento. Tatiana camina por el mundo en busca de la dicha; pero ésta, como si quisiera mofarse de ella, se aleja, cada vez más. Y la dulce y soñadora Tatiana de Riasan, ávida de vida, tan ardientemente confiada, sólo recoge las sobras de unas pocas alegrías que le proporciona la tierra.

Un caminante conmueve su alma, la hace llorar, la anima, y ella se entrega a él llanamente, con toda sinceridad, como sólo se entregan estas mujeres solitarias y "célibes", por necesidad, estas obreras nómadas, para arrancar a la vida sus pequeñas alegrías terrestres. Sin embargo, Tatiana se niega a unir su vida a la del caminante cruzado en su ruta. "Esto no es para mí; yo no quiero. Si tú fueras un campesino, quizá; pero así no tiene sentido. No se mide la vida por una hora, sino por años."

Y Tatiana, con una dulce sonrisa por adiós, parte en busca de su sueño de dicha, parte con sus pensamientos, como si estuviese sola en el mundo, y como si le estuviera destinada únicamente a ella la tarea de crearlo por completo de nuevo.

Así caminan Matilde y Tatiana, abriéndose paso a través de las zarzas de la vida, despejando con el pecho y las manos el camino nuevo hacia un porvenir ansiado. Detrás de ellas vienen, siguiéndolas de cerca, las mujeres del nuevo tipo, pertenecientes a otras clases sociales, deseosas de alcanzar el camino abierto. Las espinas las enganchan y las hieren; sus pies, no acostumbrados a caminar sobre afiladas puntas, se cubren de llagas, y sus huellas quedan marcadas con rojos hilillos de sangre. Pero no es posible detenerse;

una muchedumbre compacta, cada vez más densa, avanzaba por la nueva ruta que se extiende sin límites. ¡Desgraciadas las débiles! Inmediatamente son arrojadas al borde del camino por las filas apretadas que apresuran su marcha. Las vecinas que se han aventurado a lanzar una mirada hacia el castillo gris de la esclavitud del pasado, continúan con la cabeza baja su marcha a la sombra de la nueva ruta.

Entre la densa muchedumbre de mujeres que caminan por la nueva senda, podemos encontrar heroínas de todas las nacionalidades y de todas las clases sociales. En primera fila se destaca la fina silueta de la actriz Magda[153], la muchacha orgullosa de su arte, de sus luchas y de su audaz lema: “Yo soy yo, y todo lo que soy lo debo a mi esfuerzo.” Magda ha sabido vencer las tradiciones de un hogar, después de una pequeña ciudad provinciana; se ha atrevido a lanzar un reto a la moral burguesa. Mantiene su gesto de orgullo, ella que ha “pecado” en la casa paterna, en su “tierra”. Magda conoce todo lo que vale su individualidad y defiende inflexible su derecho a ser lo que es. “Elevarse por encima del pecado vale mucho más que la pureza que predicáis aquí.”

Llena de resolución entra en el nuevo camino la audaz e inteligente Olga, arrancada del seno de una familia judía de costumbres tradicionales. Después de vencer una serie de obstáculos se ve lanzada en el torbellino de la vida de una gran ciudad europea. Olga forma parte de un círculo intelectual selecto, “la crema de la sociedad”. Ante ella desfila la vida, llena de atractivos, de un centro cultural capitalista. En su lucha por la vida, en lucha contra el paro forzoso de los intelectuales, en la lucha para la afirmación de sí misma como individualidad humana y como mujer, Olga vive como viven miles de muchachas intelectuales en una gran ciudad civilizada, una vida de soledad y de trabajo. No teme a la vida y pide con audacia al destino su parte de dicha personal. Olga siente que el hombre que ama está muy cerca y muy lejos de ella. Sus destinos se cruzan en momento. Pero fundar una vida común no corresponde a sus intereses individuales. El amor no es más que una parte de su vida intensa y múltiple. La pasión palidece, se extingue; el amor muere también. Se separan, pues. No tenemos ante nosotros, una vez más, a la débil muchacha abandonada, sino toda una individualidad que ha bebido la copa del placer en la que el vino estaba mezclado con veneno. Olga es más fuerte que el hombre por ella elegido. En sus horas de tristeza, incluso en aquellas de desengaño amoroso, él corre en busca de Olga, que ha sabido seguir siendo su única amistad fiel. En la vida complicada de Olga, rica en acontecimientos y luchas, la novela de amor no constituye más que un “episodio”.

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas, erguida la hermosa cabeza, se adelanta, con paso seguro, Lansovelo[154], la mujer médico, heroína típica de mujer “célibe”. Su vida toda está dedicada a la ciencia y a la práctica de la medicina. Las salas clínicas son, a la vez, templo y hogar. Ha conquistado, por parte de sus colegas masculinos, la estimación y el reconocimiento de su valer, y ha sabido rechazar con dulzura, pero con obstinación, sus proposiciones matrimoniales. Lansovelo necesita libertad y la soledad para consagrarse de lleno al trabajo, sin el cual no podría vivir ni respirar, Ante esta figura de “mujer emancipada”, vestida sobriamente, cuya vida está dividida en horas de trabajo, lucha por el ejercicio de su profesión, y triunfos de amor propio al emitir un diagnóstico exacto, el lector se siente sobrecogido por una corriente de frialdad. Pero, de repente, como escena observada casualmente, la doctora se nos revela en otro aspecto completamente distinto. Han llegado las vacaciones y Lansovelo descansa en el campo con “su amigo”, médico como ella. Allí se nos revela la mujer; allí reina su “yo” femenino. Sus vestidos son vaporosos y claros; su risa, alegre. No esconde “sus amores”.

---

[153] Sudermann, *La Patria*.
[154] Colette Ivert, *Princesas de la ciencia*.

Si en París no vive con su amante, es porque les resulta más "cómodo" a los dos para su trabajo profesional.

Dejando atrás a la doctora, corre la ardiente Teresa[155], toda fuego y pasión. Teresa es una socialista austríaca, una valiente propagandista. Ha estado, en la cárcel, trabaja con toda su alma por el partido. Pero cuando se apodera de ella la pasión, Teresa no renuncia a este esplendor que alegra la vida, no se envuelve hipócritamente en el manto desteñido de la virtud femenina. Todo lo contrario. Teresa tiende la mano al hombre elegido y parte con él por varias semanas para beber hasta la última gota del placer y convencerse de su profundidad. Cuando Teresa se da cuenta de la vulgaridad que encierra, la rechaza sin remordimientos ni amarguras. ¡Pobre Teresa! Para ella, como para la mayoría de sus camaradas masculinos, el amor no puede ser más que una etapa, un acto momentáneo en el camino de la vida. El fin de su existencia, todo su contenido, son el partido, sus ideales, la propaganda y el trabajo.

Agnes Petrovna, otra mujer nueva, una de las primeras heroínas rusas del tipo "célibe", elige la nueva ruta de la vida después de madura reflexión. Agnes es escritora y secretaria de redacción; es, "ante todo, una mujer que ama el trabajo". Ante la mesa de trabajo, cuando en su mente se forja un pensamiento, una idea nueva, nada ni nadie existen para Agnes. "No podría compartir estos momentos con nadie [dice]; por eso necesito mi libertad." Pero cuando Agnes vuelve a su casa de la redacción y cambia su sencillo vestido de trabajo por una cómoda bata, le encanta sentirse "solamente mujer" y experimentar el influjo de su atractivo sobre el hombre. No busca en el amor el contenido y el fin de la vida, sino sólo lo que es corriente en los hombres: el reposo, la poesía, la luz. Agnes no reconoce, ni al hombre amado, ni el menor derecho sobre ella, sobre su "yo".

"Pertenecer a un hombre como una cosa, entregarle la voluntad y el corazón, consagrar toda la inteligencia y todos los esfuerzos para hacer su felicidad, conscientemente, esto quizá pueda hacer a una mujer feliz. Pero, ¿por qué dedicar todos esos esfuerzos a un hombre solo? Si es preciso olvidarse de sí misma, yo no lo haría por un hombre, no le procuraría a él únicamente una buena comida y un consuelo tranquilo; lo haría también por otros muchos desgraciados..." Y cuando Miatlev quiere atentar contra la libertad de Agnes, cuando exige que elija entre su amor y el trabajo, Agnes considera su unión rota, y los caminos de su vida se separan.

Sin prisa, con cierta vacilación y duda, sigue a Agnes otra figura, no tan completa, de la mujer del nuevo tipo "célibe". Vera Nikodinovna[156] pertenece a la antigua generación con un ligero matiz de modernismo. Vera es una mujer "con un pasado" terminado de una manera "terriblemente banal" y que ha dejado una huella sombría en su alma. No es precisamente la "necesidad fisiológica" la que ha arrojado a la razonable y más bien fría Vera en brazos del hombre. "Nadie se puede imaginar qué lejos estaba mi acción de la sexualidad, qué lejos estaba de dejarme llevar", declara Vera a su joven amiga. Algo distinto la ha impulsado. ¿Sed de maternidad? Quizá sólo el deseo de encontrar un alma cercana a la suya, un ser capaz de comprenderla; peligroso anzuelo en el que se dejan alcanzar hasta las mujeres del tipo "célibe", en las cuales predomina la facultad razonadora. Después de "aquello" Vera se ve asediada de hombres que la desean; pero evita acercarse a ellos, aunque mantiene sus esperanzas por un hábito heredado de las generaciones pasadas. La "seducción" es la especialidad de Vera. Sin embargo, se aleja del pasado al mantener ante todo su libertad. Fuera del "coqueteo" de salón, Vera es una mujer-individualidad de trabajo y pensamiento.

155 Schnitzler, *Camino de la libertad.*
156 Potapenko, *En la niebla.*

Con su sonrisa triste, pasa también la dulce figura de la tuberculosa Mary[157]. A continuación, taconeando con sus zapatos desgastados, corre en busca de trabajo la pequeña Talia[158], intrépida luchadora. Después de ella se oye la risa mezquina de la ligera Annette[159], pobre de espíritu, especie de parodia del tipo de mujer "célibe". La heroína de Sangar, Anna[160], se abre paso con ingenuidad brutal en el camino nuevo. Cogidas de la mano caminan Mira, Lydia y Nolly[161]. Cada una de ellas interesante en sí por algo "sagrado" que no es sólo cualidad propiamente femenina. Hasta la pequeña Lydia, insignificante en apariencia, posee vanidad y ambiciones. Cuando se presenta el amor, cuando su naturaleza de mujer les plantea sus exigencias, todas estas muchachas franquean el umbral prohibido a las jóvenes solteras, sin el miedo sentimental a sí mismas que sentían las mujeres del pasado. Arrastradas por los múltiples intereses de la vida, el amor no es para todas estas mujeres más que una melodía iniciadora.

Acariciando nuestra mirada con la finura de su alma, como tejida enteramente de suaves tonos, camina dulcemente, para evitar poner su paso sobre las piedras puntiagudas, la actriz de variedades, Renée[162]. Con las ilusiones rotas y el corazón herido, deja a su marido y lanza un reto al mundo, que hasta entonces le había pertenecido. Toda su vida está ahora en el arte, en la danza, en las pantomimas que ella sabe crear. Una vida errante, fatigosa, consagrada al trabajo. No va en busca de aventuras; las rehúye porque su corazón ha sufrido demasiado. La libertad, la independencia y la soledad constituyen el contenido de todos sus deseos individuales. Sin embargo, cuando Renée se sienta junto a la chimenea de su hogar solitario, después de una jornada de duro trabajo, experimenta la sensación de que la melancolía de la soledad, con sus fríos ojos, ha penetrado en la habitación y se ha instalado detrás de la butaca en que está sentada.

"Estoy acostumbrada a vivir sola [anota en su diario]; ¡pero hoy me siento tan solitaria! ¿No soy libre, independiente?... Sí; pero terriblemente sola." En esta queja hay algo de la mujer del pasado acostumbrada a escuchar en tomo suyo voces conocidas y amadas, a sentirse rodeada de una ternura que le es necesaria. Así, cuando Renée encuentra en su camino un amor obstinado se deja prender en él, envuelta en el vacío cada vez más profundo en que vive. Pero la pasión no la ciega, no turba su cerebro, acostumbrado al análisis.

"Únicamente son mis sentidos los atacados", declara en un arrepentimiento lleno de melancolía. "No siento más delirio que el de los sentidos." Renée vuelve a ser lo que era. El nuevo amor no le ha dado lo que su alma buscaba. En los brazos del amado se siente tan sola como antes. La "vagabunda" huye, huye de su amor, huye porque esta pasión está muy lejos, no tiene la menor relación con las exigencias delicadas del amor.

La carta de despedida de Renée al hombre que abandona es un documento revelador de la mujer contemporánea, de las nuevas exigencias que este tipo de mujer plantea a la vida.

Detrás de Renée pasa la heroína de Bennet[163], una mujer escritora. Un anhelo de éxtasis, de adoración la lleva a los brazos de un gran músico; pero esta pasión sólo sirve para encontrarse a sí misma, para afirmar su personalidad, para revelar su talento de escritora y enfrentarse con la vida con más calma, con mayor reflexión, de un modo más consciente. Algún tiempo después, cuando un nuevo amor se le acerca, no huye asustada,

---

[157] Winnitchenko, *En la balanza de la vida*.
[158] *Ídem.*
[159] *Ídem.*
[160] Sangar, *Notas de Anna*.
[161] Griogriev, *El ocaso.*
[162] Colette Willy, *La vagabunda*.
[163] Bennet, *El amor sagrado.*

como lo hubieran hecho las heroínas de las viejas novelas inglesas, por considerarse una mujer indigna, “perdida”, sino todo lo contrario, sale sonriente a su encuentro.

Llena de dolor se adelanta la inquieta, la apasionada Maia[164], la de espíritu irónico. Todos los acontecimientos de su vida no son más que etapas en la busca de sí misma, en el desenvolvimiento de su personalidad. La lucha con su familia para conquistar la independencia; la ruptura con su primer marido; un corto idilio con un héroe oriental; un segundo matrimonio, lleno de complicaciones psicológicas; la lucha ardiente en el alma de Maia entre la mujer del “pasado” y la nueva mujer que vive dentro de su ser; otra vez la ruptura y de nuevo la búsqueda, hasta que encuentra el hombre que sabe respetar “su voz” interior, símbolo de la personalidad, el hombre que reconoce su valor y puede crear esa unión amorosa interiormente libre con la que Maia ha soñado durante su vida.

La vida de Maia está llena de complicaciones psicológicas y de acontecimientos diversos. Lo que desde muy pronto hubiera agotado a una mujer del pasado, la traición del hombre amado, la ruptura con sus dos maridos, no sirve a Maia más que de “lección”, gracias a la cual puede examinarse y comprenderse mejor a sí misma. De una manera inconsciente sigue Maia el consejo de Goethe: “Comenzar todos los días la vida de nuevo como si realmente comenzase...” “Mi fuerte e inquebrantable voluntad, que nada ha podido romper, es la que me ha salvado. Mi voluntad de conservación inconsciente, como la mano de un ángel de la guarda, me ha conducido por la vida”, dice Maia. La mujer del tipo nuevo, independiente, interiormente libre, tiene que luchar continuamente con una tendencia atávica que la pone en el peligro de convertirse en “sombra del marido”, en su eco. Son bien conocidos los esfuerzos ingenuos y conscientes de la mujer para “adaptarse”, incluso interiormente, a los gustos del hombre amado; para “corregirse”, según el ideal de su elegido. Como si por sí misma no tuviese la mujer ningún valor, como si su personalidad sólo se midiese por la actitud de los hombres hacia ella. Es este rasgo atávico de la mujer el que ha hecho que personalidades tan magníficas, luminosas y seductoras como la de Jorge Sand, se hayan visto tentadas unas veces a abandonar la tierra con el entusiasta Musset y otras a renunciar al vuelo hacia el mundo estrellado de la creación artística. Pero la fuerte individualidad de Jorge Sand era la que ponía límite a sus experiencias. Llegaba un momento en que Jorge Sand sentía que comenzaba a perder su personalidad, en que, como consecuencia de la adaptación, la mujer en ella, Aurora Dudevant, acabaría por devorar, por aplastar al audaz, al rebelde, al ardiente soñador, al poeta Jorge Sand. Entonces se rehacía repentinamente desde su altura y rompía implacablemente con la antigua unión. Cuando en su alma había madurado esta decisión, no había fuerza humana, ni siquiera su propia pasión, capaz de torcer la voluntad de esta fuerte personalidad. Cuando Aurora Dudevant, en un sombrío otoño, deja su morada para celebrar una última y breve entrevista con su amante, una vez adoptada la decisión de romper con él, no sentimos miedo por Jorge Sand, porque sabemos que la entrevista no podrá hacerle cambiar de resolución, porque acude a ella como último tributo a la agonizante pasión que Jorge Sand arroja a la sollozante Aurora. La etapa ha concluido. Un punto termina el episodio.

La Maia de Meisel-Hess es, naturalmente, mucho más pequeña y débil que Jorge Sand. Pero en ella también se descubre el deseo de adaptarse a los deseos del hombre amado, y la tendencia atávica a renunciar a sí misma, a desaparecer, a disolverse en el amor, que choca con la personalidad humana que se ha desarrollado y se presenta en ella de un modo determinado. En el momento preciso, Maia sabe también cómo rehacerse y partir para salvar su “voz”.

---

[164] Grete Meisel, *La voz.*

Aun para la mujer de nuestros días es muy difícil librarse de esta facultad de la mujer, formada en el transcurso de centenares de siglos, de asimilación al hombre que el destino le ha dado por “amo”. ¡Cuán difícil es convencerse de que para la mujer es también un crimen renunciar a sí misma, aun en favor del hombre amado, en nombre del amor!

Al lado de Maia camina, con paso firme, la ambiciosa Outa, la de calculadora razón; Outa es actriz, pero consagra toda su vida a dar un valor y ornato a su “yo”, que para ella es lo mejor del mundo. Parece que sólo ama al arte porque es un medio de desenvolver y revelar con mayor grandeza y variedad su fuerte personalidad. Hay en Outa como una reacción natural ante la secular humillación de la mujer, una protesta contra su renuncia al derecho de ser una personalidad con valor propio.

Una fuerte y apasionada ambición, una razón calculadora, un inmenso egoísmo y un excepcional talento de actriz, le hacen rechazar a la mujer Outa a un lugar oscuro. Pasa indiferente al lado de la dicha personal, al lado de la devoción infinita de Klodt. Aprecia este amor porque le place contemplar el reflejo como si se mirara en un espejo. Cuando Klodt, impulsado por su desesperación, atormentado por su indiferencia, la traiciona, Outa llora; pero no es la mujer la que siente la ofensa, sino es la artista expuesta a las miradas de todos la que sufre porque su adorador se ha atrevido a dejarla por una rival. Es por su orgullo herido, y no por el amor humillado por lo que Outa solloza. Esta mujer sigue siempre hasta el fin fiel a sí misma. A través de la vida le acompaña su alma fría y la adoración a su “yo”. Precisamente porque carece del “fuego sagrado” que alienta en los grandes artistas es derrotada por una mujercita indiferente y apasionada, la fina e inteligente Outa, “gran” artista en la comprensión del arte, pero a la que falta la pasión creadora.

Entre la muchedumbre de mujeres nuevas pasa la artista Tania, a la que la vida reserva todas sus caricias. Tania es una mujer casada, y, sin embargo, pertenece al tipo de mujeres “célibes”, lo mismo que Maia, la casada tres veces. Este aspecto de su vida corresponde en absoluto a su fisiología. Por lo demás, Tania, que vive bajo el mismo techo que su marido legal, continúa siendo, como antes de casarse, una individualidad libre, independiente. Tania frunce las cejas cuando su marido la presenta a sus amigos como su mujer, sin designarla por su nombre de soltera.

Marido y mujer viven en su propio mundo. Ella consagrada al arte y él dedicado a la investigación científica. Constituyen una pareja de buenos compañeros, unidos por lazos espirituales sólidos, que no impiden su mutua libertad.

La clara atmósfera en que viven se rompe por la ciega pasión física que Tania siente por el hermoso macho Stark. Tania no ama en Stark su fisonomía espiritual, su alma; Tania ama en Stark el “eterno masculino” que la ha arrastrado hacia él desde su primer encuentro. Para Tania no tiene ningún interés la vida espiritual del hombre amado, lo mismo que para los hombres, aun los más modernos, no tiene importancia el alma de la mujer amada apasionadamente. Cuando una Ana, una Maia o una Lisa lanzan al hombre amado el reproche habitual: “Yo quiero tu alma, que nunca me entregas...”, el hombre se siente desconcertado. La actitud de Tania con respecto a Stark tiene, por tanto, algo de masculino. Sentimos que la personalidad de Tania es más fuerte, está más desarrollada que la de su amado. Tania es demasiado humana, demasiado poco “hembra” para que una pasión desnuda pueda satisfacerla; reconoce que la pasión por Stark empobrece y seca su alma, en vez de enriquecerla. Es característico de estas mujeres como Tania el que en las horas en que la embriaguez de la pasión se disipa, no sufren tanto con el pensamiento de una infidelidad hecha al marido como ante la imposibilidad de conciliar su pasión con el trabajo paciente y metódico que constituye su vida. La pasión devora sus energías y le roba el tiempo que debe consagrar al trabajo; la pasión pone trabas a su libre

trabajo creador. Tania siente que comienza a perderse a sí misma y a perder, además, lo más preciado para ella en la vida. Tania se va; Tania vuelve al lado de su marido, no impulsada por un sentimiento de lo que debía ser su "deber", sino para salvar su personalidad[165]. Al lado de Stark acabará por perderse a sí misma; se va de su lado llevando un hijo suyo en su seno, y cuando la pasión no se ha extinguido todavía. ¿Qué heroína de novela de los buenos tiempos pasados hubiera tenido valor para obrar como Tania?

Tania tiene que enfrentarse con el mismo dilema que la Ellida de Ibsen, una de las primeras mujeres del nuevo tipo psicológico. Cuando el "hombre del mar" exige a Ellida que se vaya con él, ella se queda al lado de su marido que le ha dado plena libertad para decidirse. Ellida se queda, consciente de que así podrá conservar su libertad interior, que perdería al lado del "hombre del mar". Se da cuenta de que está amenazada de la más terrible esclavitud para una mujer: la esclavitud de la pasión. Comprende la superioridad de quien tiene sujeto entre las manos su corazón de mujer.

Josefa[166], la de alma firme, fuerte de espíritu, se abre el camino de la vida modestamente. Avanza entre las zarzas que obstruyen todavía los bordes de la ruta. Prepara la senda hacia la independencia económica de las mujeres de clase burguesa. Josefa inicia el camino hacia las profesiones liberales. Con paso indeciso va tanteando la nueva senda la fina y prudente Christa Rouland[167], deliciosa figura espiritual de mujer que despierta, que interroga al mundo con grandes ojos extraordinariamente abiertos, que busca la "verdad nueva"; figura de mujer que por primera vez se da cuenta de sí misma de una manera consciente, "Yo soy yo y tú eres tú, y sólo en el amor podemos fundimos", es su divisa.

La heroína de Yuchketvicht, la extraña y acongojada Elena[168], pasa tímidamente al borde del camino con los ojos todavía cerrados a la "verdad nueva", mientras procura ocultar la tragedia de su alma, su gran tristeza humana, incomprensible hasta para ella misma. Elena no es una mujer del tipo "célibe". No es una mujer nueva; los rasgos del viejo y nuevo tipo se funden en ella en complicado nudo. Un pujante y acusado "eterno femenino", equilibrado por el espíritu, por un "yo" humano, que se plantea serios problemas. Su dulce alma de mujer, cariñosa, amante, está llena de contradicciones femeninas, y hasta de mentiras de esclava, mientras que su espíritu rebelde, investigador, en un continuo interrogarse, hace de Elena una figura de mujer del tipo nuevo. Yuchketvicht ha sabido pintar a su heroína con tonos suaves; ha expresado su imagen con tanto cuidado y cariño como si temiese quebrar con una palabra esta delicada alma de mujer, que se pierde a sí misma en la tragedia de su espíritu. Entre la multitud de mujeres nuevas se destaca Renata Fuchs[169], "alma rebelde", que ha sabido conservar la pureza de su alma en medio de la vergüenza y el fango.

El semblante de Renata está penetrado de una calma majestuosa; en sus brazos de muchacha soltera descansa un niño, que será un "hombre nuevo". Al lado de Renata camina la heroína de Grent Allena[170], que, llena de orgullo, lleva de la mano a su hijita ilegal, fruto de una unión que de una manera "demostrativa" ha rechazado la forma legal.

---

[165] La novela debería terminar en este punto. Todo lo que sigue, todo el resto de sus amores con Stark, es completamente artificial. En esa Tania que se amolda a las circunstancias, que reniega de su arte, que se convierte totalmente en un objeto de placer para Stark, no podemos reconocer a la antigua Tania, de personalidad viviente y entera. Es lamentable que el autor haya calumniado a su Tania de esta forma.
[166] Ilsa Frapan, *Trabajo*.
[167] Hedwig Dohn, *Christa Rouland*.
[168] Yuchketvicht, *Salida del Círculo*.
[169] Wassermann, *Renata Fuchs*.
[170] Grent Allena, *La mujer que se ha atrevido*.

Con expresión atareada apresura su marcha al laboratorio Maia[171], la de la clara sonrisa, que ha encontrado la armonía de la vida. Con la cabeza en alto, la prostituta Mylada[172] mantiene en medio del fango de la vida que le rodea su "misión sagrada". La socialista revolucionaria Anna Siemenovna[173] sabe sobreponerse a su propia pasión, escondida tras la máscara de "mujer coqueta". La estudiante inglesa Fanny[174], que se burla de los prejuicios del mundo, se desliza también por la nueva ruta con paso ligero, sin desgarrar sus vestidos frágiles en las zarzas de la vida. La imagen de la estudiante del lejano Norte Anna Mahr[175], nos saluda también al pasar. Las heroínas de Bjoemson, de Jonas Lie, las hijas del comandante Jakobsen, de Loffler, quieren también entrar en la nueva senda. Llena de inquietudes avanza indecisa Jenny[176], como sí escuchara aún en su alma la voz de la mujer del pasado. Como la Tania de Nadgrodskaya, Jenny abandona al padre del hijo que espera, temerosa de que la maternidad haga mucho más fuertes los lazos que empiezan ya a aprisionarla. Audazmente continúa su camino; pero la voz de mujer del tipo viejo le recuerda el pasado, despierta en ella sentimientos y concepciones ya olvidados. Jenny detiene su marcha, mira hacia atrás y desfallece...

Pero a su lado pasan figuras siempre nuevas de mujeres que despiertan, que se rebelan, que buscan el nuevo camino. La dulce y encantadora silueta de Françoise Houdon[177], la que sabe sentir un amor-amistad por Christophe y una pasión por otro; la de temperamento de fuego, ambición insaciable de artista, voluntad de hierro y alma sensible y delicada. A su lado, el tipo lleno de vida y tan real de la trabajadora Cecilia[178], la de las fuerzas equilibradas, que ignora que en su tranquila "conquista" está contenida toda la "verdad nueva". La sufragista Julia France[179], la emigrada rusa María Antin[180], la muchacha judía que logra los derechos de ciudadanía norteamericana y lucha hasta conquistar una posición segura, y así todas las heroínas de Rikarda Huch[181], Gabriela Reuther, Sarah Grande y hasta las heroínas del mundano Marcel Prevost[182].

Son tantas las heroínas del nuevo tipo, que es completamente imposible citarlas en este breve estudio. Precisamente el hecho de que sean tantas las mujeres que pertenecen a este nuevo tipo, que crece todos los días con nuevas fuerzas, aunque algunas

---

[171] Winnitchenko, *En la balanza de la vida*.
[172] Else Jeresulén, *Es escarabajo sagrado.*
[173] O. Rounow, *Lucha.*
[174] Bernard Shaw, *La primera obra de Fanny*.
[175] Hauptmann, *Solitarias*.
[176] S. Undset, *Jenny*.
[177] Romain Rolland, *Jean Christophe*.
[178] *Ídem.*
[179] G. Aterton, *Julia France y su época*.
[180] María Antin, *La tierra prometida*.
[181] Por ejemplo: Rosa de Vita, *Omnium breve*.
[182] La mayoría de los autores citados en esta reseña son mujeres. Muchas de sus obras carecen de verdadero valor artístico; pero nos ofrecen un punto de vista incomparablemente más exacto para el fin que nos proponemos demostrar en estas páginas, que las obras de los escritores masculinos, superiores en general por su valor literario. Casi todas las novelas escritas por mujeres contienen trozos puramente biográficos, qué son precisamente los que mayor interés tienen para nosotros. Aquellas obras que reflejen sin artificio la verdad de la vida, las que nos descubran de una manera más exacta la psicología de la mujer contemporánea, sus dolores, sus problemas, sus deseos, contradicciones, complicaciones y tendencias, serán las que mejor nos sirvan para enriquecer nuestro material, en el estudio del nuevo tipo de mujer en formación. Desde que las mujeres escritoras han dejado de imitar ciegamente los modelos creados por los hombres, y se han atrevido a descubrir los misterios del alma femenina que hasta ahora habían permanecido ocultos incluso para los artistas más geniales; desde que las mujeres escritoras han empezado a expresar en su "propia lengua" sobre los problemas de la "mujer", sus obras, aunque carezcan algunas veces de la belleza exterior de la creación artística, tienen un valor y una significación especial. En suma, todos estos trabajos nos ayudan a conocer a la mujer "célibe", a la mujer del nuevo tipo en formación.

de estas nuevas figuras aparezcan bajo una forma banal y en literatura de folletín, es signo de que la vida crea y forma sin cansarse el nuevo tipo de mujer.

La mujer nueva trae consigo algo que no es completamente extraño, que a veces llega incluso a repugnarnos por su originalidad. Contemplamos y buscamos en este nuevo tipo de mujer los rasgos queridos y conocidos de nuestras madres y abuelas. Ante nosotros se alza, cubriendo totalmente el pasado, un mundo de emociones, de sentimientos, de necesidades, completamente nuevo. ¿Dónde encontrar la encantadora sumisión femenina, la dulzura de nuestras mujeres del pasado? ¿A dónde ha ido a parar aquel su talento especial para "adaptarse" al matrimonio, para saber desaparecer incluso ante un hombre insignificante, para cederle siempre el primer puesto en la vida?

Tenemos ante nosotros la mujer-individualidad, una personalidad que tiene valor propio, con un mundo interior suyo, una personalidad que se afirma, es decir, en suma, a la mujer que arranca las enmohecidas cadenas que aprisionaban su sexo.

II

¿Cuáles son, pues, los rasgos característicos, los sentimientos nuevos, las cualidades psicológicas de la mujer que nos permiten clasificarla, de acuerdo con su fisonomía interna, dentro de la clase de "mujeres célibes"?

La característica típica de la mujer del pasado, considerada además como su mayor ornato y defecto, era el predominio del sentimiento. La realidad contemporánea, que ha arrastrado a la mujer a la activa lucha por la existencia, le exige ante todo la ciencia de saber vencer sus sentimientos y los numerosos obstáculos de orden social que se interponen en nuestro camino, así como la capacidad de fortalecer su espíritu poco resistente, su espíritu, que cede con demasiada facilidad, por medio de la voluntad. Para conservar los nuevos derechos conquistados, la mujer tiene que realizar un trabajo de autoeducación mucho más profundo que el del hombre. Sobre la Josefa de la novela de Ilse Frapan, *Trabajo*, pesan sombríos pensamientos, graves cuidados. Sus débiles espaldas no pueden sostener la pesada carga de la vida. Josefa quisiera poder sollozar, llorar por sí misma, entregarse a su dolor como lo hacían las mujeres del pasado. Pero el trabajo en la clínica, su trabajo, ordenado, dividido en horas, no admite espera. El trabajo de la clínica no es un trabajo que se puede dejar para otro día, como los quehaceres de la casa o el remendar la ropa de los niños, Josefa tiene que hacer el esfuerzo de voluntad sobre sí misma a que el hombre está acostumbrado, pero que era completamente desconocido de las mujeres de los tiempos pasados; tiene que hacer el esfuerzo de esconder su vida privada como detrás de un muro y presentarse a trabajar a la hora en punto, como siempre.

Matilde ve morir a su hijo, que constituye toda su alegría, y que es todo lo que le ha quedado de su ardiente amor. Pero su oficio la ata con todas sus fuerzas al taller y sus dedos prácticos trabajan, como siempre, sin romper el hilo.

La realidad contemporánea exige de una manera implacable que toda mujer que se vea obligada a trabajar en un oficio o profesión, en cualquier trabajo que la lleva fuera del hogar, posea una autodisciplina, una fuerza de voluntad necesaria para saber vencer sus sentimientos, cualidades que sólo podían encontrarse de una manera excepcional en las mujeres de tipo antiguo.

Los celos, la desconfianza, la absurda "venganza femenina" eran los caracteres definidos de la mujer de tipo antiguo. Los celos son el sentimiento que origina todas las tragedias del alma femenina. Es cierto que los celos constituyen también una tragedia para el hombre, pero no debemos olvidar que Shakespeare no eligió para su Otelo un

inglés disciplinado, educado, ni un veneciano de inteligencia refinada, sino un moro dominado por las pasiones.

Precisamente es la dependencia de la mujer con relación a sus sentimientos lo que la ha arrastrado a expresar su odio por una rival en formas verdaderamente monstruosas, con lo que no ha hecho más que sacar a la superficie sus cualidades más bajas de “esclava”. Si la heroína no desfiguraba a su rival con vitriolo en todos los casos, no dejaba por lo menos de arrojar sobre ella todo el veneno de la calumnia.

Las mujeres del tipo nuevo no presentan la reivindicación de la propiedad de su amor. Al exigir el respeto a su propia libertad de sentimientos, tiene que aprender a admitir esa misma libertad en los demás. Es realmente interesante observar la actitud de las heroínas de una serie de novelas contemporáneas con respecto a una rival. Las mujeres del tipo nuevo no emplean el vitriolo ni la calumnia. En su lugar nos encontramos con una actitud llena de delicadeza comprensiva hacia la otra mujer, hacia la rival. Por ejemplo, en la novela *Voz,* la heroína Maia, y la primera mujer del hombre que ama, no sólo no se odian, sino que llegan a encontrar un lenguaje común y descubren que en muchos puntos se encuentran entre sí más íntimamente unidas con el hombre que las dos aman. Maia llora cuando se entera de cómo “él” ha herido el corazón de su rival. Maia se siente humillada personalmente cuando conoce los sufrimientos de su rival, cuando le cuenta que el hombre amado la considera como una cosa que le pertenecía “legalmente”, y que no tenía para ella la menor ternura confortadora. Maia se siente ofendida por la ofensa hecha a la “mujer”, porque sabe sentir más allá de los límites propiamente individuales. En Maia se manifiesta ya un sentimiento completamente desconocido de la mujer del pasado: el sentimiento de colectividad, de compañerismo.

Igualmente característica es la actitud que Maia adopta ante la traición absurda e inútil de su segundo marido. Maia no se desmaya ni arma un escándalo al enterarse. Simplemente corre a refugiarse al lado de las camas de los hijos de la primera mujer de su marido. Las cabecitas dormidas tienen el poder de disipar su tristeza. Después regresa a su hogar solitario.

Maia tiene frío. Enciende el fuego, se arropa en un chal y se impone a sí misma la lectura de un libro interesante. Así logrará librarse lo más rápidamente posible de sí misma, de sus propios pensamientos; así recuperará el equilibrio necesario.

Irina, la heroína de la novela de Kredo *En la niebla de la vida,* acepta no solamente la antigua unión de Víctor, sino que le exige con respecto a su rival una actitud delicada. Todo lo contrario sucede cuando Víctor, enterado del pasado de Irina, le dice con tono de macho ofendido: “¿Qué número hago yo? Quiero saberlo... ¿Han sido muchos?” Víctor es un hombre de vanguardia, un escritor; pero dentro de él, lo mismo que dentro de los otros, la “bestia” es más fuerte que en la insignificante Irina, que sólo es interesante porque ella tiende sus brazos hacia la nueva verdad de la vida.

En el nuevo tipo de mujer nueva, “la mujer celosa” es vencida cada vez con mayor frecuencia por “la mujer-individualidad”. Otro rasgo característico de la mujer contemporánea consiste en las exigencias, cada vez mayores, que plantea al hombre. La mujer del pasado estaba acostumbrada por su amo y señor, durante siglos y siglos, a olvidarse de sí misma, a descuidar por completo su pequeño mundo espiritual. La mujer del pasado no le daba ningún valor a su personalidad, acostumbrada a las sonrisas indulgentes que los hombres tienen para sus debilidades y penas de mujer. Por esto se resignaba sin protesta a que su compañero no prestase la menor atención a lo que pensaba y sentía. Todavía en nuestros tiempos nos asombramos de que solamente algunos hombres extraordinarios sepan comprender a la mujer, aun en los momentos de mayor intimidad. La causa de casi todas las tragedias familiares de todas las épocas ha sido la actitud superficial de abandono del hombre hacia el “yo” femenino.

Los donjuanes con experiencia sabían tomar el cuerpo de la mujer; pero también se apoderaban de su alma, con lo cual representaban hipócritamente la comedia de la "comprensión"; afectaban un interés, lleno de amor hacia el "yo" insignificante de la mujer, al cual su marido, más sincero, no prestaba la menor atención. Pero como los donjuanes venían y desaparecían, y el señor legal se quedaba, la mujer iba reduciendo sus necesidades y exigencias, obligada durante siglos y siglos a adaptarse a la vida, hasta llegar a convertir su concepción de la felicidad en la satisfacción de las cosas exteriores y concretas.

"Él" le regalaba sortijas y pendientes; "él" le llevaba flores y bombones. No hacía falta otra prueba de su amor. Si se portaba con relación a ella de una manera grosera y despótica, si imponía una serie de prohibiciones y exigencias, era su derecho, el derecho de amo de su corazón.

La mujer contemporánea se hace exigente. Desea y exige el respeto a su personalidad, a su alma; pretende que se tenga en consideración su "yo". No consiente el despotismo. Cuando el amante de Maia le prohíbe que cante en conciertos y ella no le obedece, él decide, "para castigarla", no escribirle durante dos semanas. Este acto mató en Maia todo sentimiento hacia su amante. "¿Cómo puede castigarla a ella, que le ha entregado libremente su corazón?"

En esta lucha de la mujer moderna para proteger su libertad interior hay algo que recuerda a las mujeres de las antiguas leyendas, a las mujeres de los tiempos heroicos. "Se ha cumplido tu voluntad, pero yo ya no soy tu mujer", increpa Rosamunda a su real esposo cuando le obliga a beber en el cráneo de su padre, asesinado por él. Y en boca de Rosamunda no son estas palabras una simple amenaza. Rosamunda mata a su marido, a quien había amado apasionadamente hasta aquel momento.

La mujer contemporánea perdona muchas cosas que para la mujer del pasado eran las más amargas de perdonar. Perdona la incapacidad del hombre para proporcionarle un bienestar material; perdona una falta de atención de orden exterior con respecto a ella; incluso puede perdonar una infidelidad; pero, en cambio, no olvidará nunca ni aceptará una falta de atención con respecto a su "yo" espiritual, hacia su alma. Si su amigo no es capaz de "comprenderla", sus relaciones pierden para la mujer moderna la mitad de su valor.

Cuando Christa Rouland le pregunta a su amante lo que piensa sobre las mujeres, y éste le contesta primero con unas bromas ligeras, y luego en una forma banal corriente, Christa experimenta un alejamiento involuntario. No puede comprender cómo el hombre que ha sabido conquistar su corazón a causa del interés que ha demostrado por su "personalidad", por su "yo" espiritual, puede mostrarse tan "sordo" y no comprender la enorme importancia que para ella tenía el oírle expresarse en otra forma. Lo que Christa no puede perdonar a Frank, y lo mismo les sucede a todas las mujeres del nuevo tipo, es el cambio que experimenta el hombre después de la posesión. El hombre temeroso de perder a la mujer amada tiene que extinguir en ella, aun en aquella mujer querida precisamente por el audaz vuelo de su espíritu, por la independencia de su pensamiento, el "fuego sagrado" de la investigación. Se esfuerza, colmándola de caricias, en convertirla sólo en un objeto para su placer, para su goce. Christa Rouland observa, llena de asombro, cómo el mismo Frank, que quería arrastrarla a la esfera de sus propios intereses espirituales, que soñaba siempre con una actividad realizada en común, empieza a separarse de ella, a vivir en un mundo intelectual exclusivamente suyo. Ya no se trata de un trabajo realizado en colaboración. En aquellos momentos en que Christa toma parte con gran interés en el trabajo de su pensamiento, Frank no ve en ella más que a la mujer, tanto más seductora por ser más fina y espiritual. Christa siente que su espíritu, su capacidad para elevarse con él hacia las altas regiones del pensamiento, no hacen más que

aumentar su deseo sexual hacia ella. La mujer del tipo nuevo perdonará la ofensa hecha a la "hembra", pero le será imposible olvidar una simple falta de atención hacia su personalidad. Lo mismo sucede con la exigencia de la mujer moderna de que el hombre por ella elegido tenga una formación espiritual, cuestión de la que nos habla también Vera Nikodinovna. "En la mujer [piensa Vera] la inteligencia, aun cuando sea de la mejor calidad, no juega más que un papel de segundo orden. Lo esencial en la mujer es la base moral. Precisamente el estudio y las lecturas desarrollan esta base moral, la hacen más refinada y aguda. En los hombres esta base moral, por el contrario, se cristaliza, y cuando se desarrolla es de una manera débil. Esta es la causa de que seamos desgraciadas... Los hombres no comprenden casi nunca lo que nos separa de ellos."

La necesidad que tiene la mujer de sentirse amada, no tanto por el eterno femenino, sino por el contenido espiritual de su "yo", se hace mucho más intensa, como es natural, cuanto más conciencia tiene de sí misma como individualidad. "Maldigo mi cuerpo de mujer por su culpa. No podéis ver que hay dentro de mí algo mucho más valioso..." Esto se manifiesta en todas las páginas del libro *Notas de Ana*, de Nadezhda Sanjar. Esta protesta, expresada en una u otra forma, la repiten las heroínas de todas las nacionalidades. Hasta el alma sencilla de la Tatiba de Gorki protesta de que se quiera hacer de ella simplemente un instrumento de placer.

"Me hubiera poseído [...] Pero yo no quiero, yo no quiero que sea así, sin cariño, como los perros [...] ¡Qué seres tan bajos sois todos los hombres!"

Cuanto más viva es la personalidad de la mujer, cuando se siente con mayor intensidad como "ser humano", más fuerte también siente la ofensa del hombre que, con una mentalidad formada al correr de los siglos, no sabe percibir detrás de la mujer deseada una individualidad que despierta.

Las exigencias que con respecto al hombre tienen las mujeres contemporáneas es la causa de que las heroínas de las novelas de nuestra época se entreguen de una pasión a otra, que dejen un amor por otro amor en un doloroso luchar por el logro de un ideal inaccesible: la armonía de la pasión y la afinidad espiritual, la conciliación entre el amor y la libertad, la unión nacida del compañerismo y de la independencia recíproca.

Maia, la infatigable exploradora de la dicha, exclama: "Mi más ardiente deseo es encontrar un hombre del que no quisiera separarme nunca." Y la "vagabunda" termina las relaciones con su amigo, únicamente porque aspira a lograr el inextinguible ideal de una unión amorosa más completa. La realidad presente engaña a todas estas mujeres, ansiosas de encontrar un amor perfecto y lleno de armonía. Implacablemente tienen que romper los lazos del amor y partir de nuevo en busca de la realización de su sueño. Pero es que estas infatigables soñadoras olvidan que lo que ellas buscan actualmente con tanto afán no podrá realizarse más que en un porvenir muy lejano, cuando los hombres hayan modelado de nuevo sus almas, cuando los hombres hayan logrado asimilarse de una manera orgánica la idea de que en toda unión amorosa el primer puesto le corresponde al compañerismo y a la libertad.

La mujer del pasado no sabía apreciar la independencia personal. Pero, ¿le hubiera servido de algo apreciarla? No hay nada más doloroso, nada que dé una mayor sensación de impotencia, que una esposa o un amante del tipo de mujer del pasado abandonada. Cuando el hombre la abandonaba o se moría, la mujer no solamente perdía su existencia material, sino también su único apoyo moral. La mujer del pasado, incapaz de enfrentarse sola en la vida, tenía miedo a la soledad y por eso estaba siempre dispuesta a renunciar, en cuanto se le presentaba la menor ocasión, a su inútil y desagradable independencia.

La mujer del tipo nuevo no solamente no tiene miedo a la independencia, sino todo lo contrario; cada día aprecia más su valor, a medida que sus intereses sobrepasan los límites impuestos por la familia, el hogar y el amor. Así no hay nada más espantoso

para Vera Nikodinovna que la dependencia material con respecto al hombre: "¡Oh, si yo dependiera de un hombre, si yo me viera precisada a escoger a uno para que fuera mi marido y me mantuviese, ésta sería mi mayor desgracia!", le dice a una amiga. Para Vera, el tener un marido "propietario y dueño de su alma" es un pensamiento tan terrible como la cárcel para el prisionero que ha logrado conquistar la libertad con la huida. "Jamás [continúa Vera] aceptaré esa esclavitud [...] He pasado ya por una experiencia semejante..."

"-¿Has estado casada?

-No, no me he casado nunca; pero he vivido mi novela, he tenido una pasión."

La mujer del tipo nuevo se siente encadenada en el matrimonio, aunque éste no suponga más que lazos exteriores. La mentalidad del hombre "del pasado", que todavía se manifiesta viva, crea lazos morales que no son menos sólidos que las cadenas de forma externa.

Por tanto, las nuevas heroínas de nuestra literatura huyen obstinadamente de todo aquello que pudiera atarlas, aunque nada más sea exteriormente, al hombre amado. La dependencia material de la mujer con respecto al hombre, su completa impotencia para enfrentarse con el mundo sin ir apoyada del brazo de un hombre, obligaba a la mujer del "pasado" a preocuparse ante todo de concretar sus relaciones con el hombre, a consolidar en alguna forma las relaciones amorosas. Sólo entonces se sentía segura. Esta mujer del nuevo tipo, obligada a resolver por sí sola los cuidantes materiales de la vida, observa una actitud negativa indiferente ante todas estas formalidades, que para no tienen objeto. Este nuevo tipo de mujer no tiene ninguna prisa en dar una forma determinada a sus relaciones amorosas. Cuando la amiga de Renée, en *La Vagabunda*, le interroga sobre qué clase de relaciones tiene con el hombre que ama, si una unión legal o simplemente una unión amorosa momentánea, Renée no puede contestarle más que con un movimiento de hombros.

"-¿Nosotros? Nosotros sencillamente nos amamos.

-Bueno, pero, ¿y el porvenir?

-¡Oh, Margot -exclama Renée-, yo no pienso en el porvenir!"

Hasta ahora el contenido fundamental de la vida de la mayoría de las heroínas se reducía a los sentimientos del amor. El amor bastaba para dar colorido incluso a una vida llena de privaciones de orden material. Por el contrario, la ausencia del amor hacía pobre y vacía la vida de una mujer. Ni las riquezas exteriores, ni los honores, ni siquiera las alegrías de la maternidad podían reemplazar para la mujer la pérdida de un amor dichoso[183].

Si una mujer no amaba, la vida se le parecía tan vacía como su corazón. Esta es una de las características que establecen una diferencia neta entre la mujer del pasado y el hombre. En el hombre, al lado de la vida de su corazón, existía siempre una actividad particular. Mientras que la mujer languidecía esperando a "él", al hombre, éste luchaba contra el destino, en un mundo desconocido para la mujer, y, por tanto, incomprensible. La mayor parte de las tragedias psicológicas de las relaciones entre hombre y mujer tenían por causa el que el hombre, ansiosamente esperado, al regresar a casa después de una ausencia debida a los negocios o al trabajo, sacaba los papeles de la cartera, comía de

---

[183] Es característico observar cómo la maternidad ha sido casi siempre considerada como el último refugio de la felicidad de la mujer. Si el matrimonio no le había hecho feliz, si la mujer se veía obligada a renunciar a una unión amorosa o enviudaba, quedaban entonces como último "refugio" los cuidados y las alegrías de la maternidad. La maternidad sólo rara vez era considerada como un fin en sí misma. Solamente ya cerca de la vejez se despertaban en la mujer los sentimientos atávicos de la "raza". Sólo entonces aparecía la familia con algún sentido en la vida, y se convertía en un ídolo, que adoraba, y para el que exigía, además, de una manera despótica, la adoración de los otros miembros de la familia.

prisa y corriendo para marcharse a alguna reunión, o se entregaba ávidamente a la lectura de un libro en vez de dedicar toda su atención a la mujer que con tanto afán le había esperado. La mujer no podía comprender esta actitud del hombre, y su corazón estallaba en reproches. Ella había dejado sin acabar, por esperarle, una blusa; había abandonado la comida a medio hacer; había acostado a los niños con el único fin de estar sola a su lado, para hacerle olvidar los asuntos, los trabajos y la política. Las mujeres de todas las clases sociales sufrían igualmente por esta incomprensión del hombre y de sus intereses; porque tanto el hombre como sus actividades estaban situados en un mundo para ellas completamente desconocido, muy distante de los límites de todo nido familiar. La falta de comprensión de la psicología del hombre era igual en la mujer del profesor que en la mujer del funcionario, lo mismo en la mujer del obrero que en la del empleado.

La exclamación de la esposa ofendida: "¡Otra vez te vas a tu aborrecible reunión", acompañaba y aún acompaña lo mismo al marido banquero que al proletario.

Sin embargo, a medida que la mujer interviene en el movimiento de la vida social, a medida que se convierte en resorte activo del mecanismo de la vida económica, su horizonte se ensancha. Los muros de su casa, que antes encerraban para ella todo el mundo, se derrumban, y la mujer se apodera, inconscientemente, al principio, hasta acabar por asimilárselos, de los intereses que poco antes le eran completamente desconocidos e incomprensibles.

El amor deja de ser para la mujer el contenido único de su vida, empieza a quedar relegado a un lugar secundario, como sucede con la mayoría de los hombres. Es cierto que las mujeres del nuevo tipo pasan algunos períodos de su vida en los que el amor o la pasión llenan por completo toda su alma, su inteligencia, su corazón y hasta su voluntad; en épocas en las que todos los demás intereses de la vida palidecen o quedan relegados a un segundo término. En estos momentos, la mujer del tipo nuevo puede también vivir lo mismo que las mujeres del pasado. Pero en la mujer moderna, la pasión, el amor, no constituyen más que una parte de su vida, cuyo verdadero contenido es algo más "sagrado" y a cuya realización se entrega; es decir, un ideal social, el estudio de la ciencia, una vocación o el trabajo creador. Esta finalidad de su vida es en general para la mujer moderna algo mucho más importante, mucho más preciado, mucho más sagrado que todas las alegrías del amor y que todos los placeres de la pasión.

De aquí nace la actitud completamente nueva de la mujer con respecto al trabajo, actitud que era imposible encontrar en las heroínas de los buenos tiempos pasados.

La heroína de Bennet ha celebrado la primera entrevista amorosa con el hombre amado. Cuando él le propone ir a verla al día siguiente por la mañana, ella le interrumpe, casi con espanto, a pesar de su amor y de su felicidad:

-"No vengas hasta después del almuerzo,

-¡Después del almuerzo! ¿Por qué?

Él no sabía qué pensar.

-Pero es que durante cinco años de mi vida yo me he acostumbrado a ser la dueña de mis propios actos. Todos mis gustos, mis costumbres, mi régimen de vida están ya establecidos. Nunca recibo a nadie antes del almuerzo. Mañana, precisamente mañana, tengo mucho que hacer. ¿Es que este hombre, como un conquistador, vendrá a robarme mis mañanas de trabajo? Sin darme cuenta se ha despertado en mí una sorda inquietud por mi libertad e independencia."

Esta confesión nos revela una nueva característica de la psicología del tipo de la mujer nueva. Una mujer es capaz de retrasar por su propia voluntad una entrevista deseada, un encuentro que la hará dichosa. Y hará esto únicamente porque está acostumbrada a escribir por las mañanas, únicamente porque le duelen las horas perdidas, robadas al trabajo. Para la mujer del pasado, ¿cómo era posible que las horas entregadas

al amor fueran horas perdidas? Tañía, la heroína de la novela de Nagrodsakia, durante la luna de miel con Stark, se siente continuamente atormentada por la conciencia de su ociosidad.

“Decididamente, quiero reservarme el día de hoy. Le rogaré a Stark que me deje sola.” Pero Stark se indigna y protesta ante su proposición. Este papel estaba reservado en las novelas del pasado a las heroínas.

“-Todo un día sin ti -le dice en un tono de niño caprichoso-. No te molestaré. Me estaré quieto.”

Y luego, un poco después, añade:

“-Empiezo a odiar tu arte. Es un rival con el que es difícil luchar.”

Tania cede una vez más, pero la conciencia del trabajo abandonado la martiriza. No es posible para Tania entregarse con plenitud al placer, hallar la calma en sus goces amorosos, si su trabajo tiene que sufrir las consecuencias.

“Hoy he trabajado [escribe Tania dichosa]; he trabajado ávidamente, con alegría, casi sin interrupción, desde las primeras horas de la mañana.” Y la reseña de este día de trabajo está escrita en un tono claro y alegre. Se siente al leer estas líneas que el ser de Tania se ha libertado temporalmente de la embriaguez de la pasión y se ha encontrado de nuevo a sí mismo. Con la paleta en la mano, Tania, entregada al trabajo, ha despertado de su sueño y se ha dado cuenta de repente de que, independientemente de ella y de Stark, más allá de su atmósfera de pasión que los lleva hasta el éxtasis, existe un mundo, lleno de colores y placeres, con sus propias alegrías y sufrimientos. De repente, se acuerda de su amigo Weber y lamenta su abandono. No es posible encontrar una mujer del tipo antiguo capaz de lanzar un suspiro de alivio, a la manera de los hombres, al verse libre de la embriaguez de la pasión y reanudar el trabajo abandonado, al apreciar de nuevo el valor de su existencia independiente, de su propia individualidad.

El mayor dolor para la mujer del pasado era la pérdida o la traición del hombre amado. Para la mujer nueva la mayor desgracia es la pérdida de sí misma, el renunciamiento a su propio “yo”, sacrificado al hombre amado, a la felicidad del amor. Las mujeres del nuevo tipo se sublevan, no sólo contra las cadenas exteriores, sino también contra “la esclavitud amorosa en sí”. Tienen miedo a las cadenas del amor con que la psicología deformada de nuestra época aprisiona a los amantes. Acostumbrada a perderse totalmente en los torrentes de la pasión, la mujer, aun la mujer del nuevo tipo, va al encuentro del amor casi siempre con un sentimiento de ansiedad, temerosa de que la pasión la obligue a renunciar a sí misma, a abandonar su trabajo, su vocación y la finalidad de su vida. Ya no se trata de la lucha por el derecho al amor, sino de la protesta contra la “esclavitud” moral de un sentimiento que exteriormente puede ser libre. Todo esto significa la “rebelión” de las mujeres de nuestro período de transición, las cuales todavía no han aprendido a conciliar la independencia y la libertad interior con la fuerza renovadora del amor.

La mujer del pasado, cuando se alejaba del amor, se sumergía en el mundo incoloro de su vida gris y pobre de contenido. La mujer del nuevo tipo, cuando se escapa del cautiverio amoroso, recobra su libertad, con alegría y sorpresa. “Ya terminó la servidumbre del pensamiento”, escribe triunfalmente la heroína de Kredo, después de haberse convencido de que ha pasado la embriaguez de la pasión, de que ya terminaron todos los sufrimientos, la agitación y los temores. Otra vez se siente libre, y, después de todo, su corazón no está destrozado, a pesar de que el hombre amado ha desaparecido repentinamente de su alma. Irina se regocija cuando “siente que recupera las fuerzas y la energía, fuerzas y energía que disminuían siempre que intentaba penetrar en las profundidades de un alma extraña a la suya, esfuerzo que le daba una sensación de humillación. Por eso el despertar de Irina era alegre”.

Libertarse del cautiverio de un pensamiento ajeno, escapar al dolor y al sufrimiento, volver "a sí misma", encontrar de nuevo la personalidad perdida constituye la mayor felicidad para la mujer-individualidad; sentimientos éstos incomprensibles y desconocidos para las mujeres del pasado.

Ha sido necesario, para que no fracasen todos los sentimientos de la mujer en el momento en que el hombre se apartaba de su vida, que se produjese una enorme transformación en su alma; ha sido preciso que enriqueciese poderosamente su vida intelectual y que llegase a acumular un gran capital de valores propios. Precisamente porque la vida de la mujer nueva no se reduce a amar, porque tiene en su alma una reserva de necesidades e intereses que hacen de ella una individualidad, cambiamos nuestro criterio de apreciación sobre la personalidad de la mujer. Durante muchos siglos, la mujer ha sido valorada no por las propiedades de su alma, sino por las virtudes femeninas que le exigía la moral burguesa de la propiedad: la "pureza", la virtud sexual. No podía haber perdón para la mujer que había pecado según el código de la moralidad sexual. Por eso los novelistas evitaban, con todo género de precauciones, la "caída" de sus heroínas preferidas, mientras que dejaban que las otras "pecasen" como los hombres, aunque éstos no perdiesen por ello su valor moral.

Las heroínas de las novelas contemporáneas, las mujeres del nuevo tipo "célibe", infringen a menudo las prohibiciones del código corriente de la virtud sexual, sin que ni el autor ni el lector consideren como "tipos viciosos" a estas heroínas. Admiramos a la audaz Magda, de Sudermann, cuando esta muchacha haya "pecado" varias veces. Matilde, la heroína de Hauptmann, nos conmueve a pesar de sus amores ilegítimos y de que tiene hijos de varios amantes[184]. En la mayoría de los hombres se da este caso y, sin embargo, los "respetamos" lo mismo.

Sin darnos cuenta de ello, hemos experimentado un cambio en nuestra psicología en lo que se refiere a la moral nueva en formación. Lo que hace cincuenta años calificábamos como una "mancha" imborrable en una muchacha soltera o en una mujer, hoy lo consideramos como un hecho que no necesita ni justificación ni perdón. Jorge Sand tuvo que defender el derecho de la mujer a abandonar a su marido por un amante elegido libremente por su corazón. En la paradisíaca Inglaterra, Grent Allan todavía ha tenido no hace mucho que tomar bajo su protección a la madre soltera. Pero a medida que la mujer se hace independiente, cuando deja de depender de un padre o de un marido, a medida que participa al lado del hombre en la lucha social, el viejo criterio resulta completamente inútil.

La acumulación gradual en la mujer de caracteres y sentimientos morales humanos nos enseña a apreciar en ella, no sólo a la representante del sexo, sino también a una individualidad. Al mismo tiempo desaparece la antigua valoración que consideraba a la mujer como la hembra capaz de asegurar al marido un retoño legal.

Primeramente la vida nos enseña a aplicar esta medida sólo a las "almas superiores"; por esto perdonamos las infracciones del código corriente de la moral sexual a las artistas, a las mujeres de talento.

"Pero ¿por qué han de ser solamente las almas superiores las únicas que gocen de estos derechos?", pregunta con razón Bebel.

"Si Goethe y Jorge Sand (tomemos estas dos personalidades como ejemplo, aunque sean muchos los que obraron del mismo modo) se atrevieron a vivir conforme a los deseos de su corazón; si las aventuras amorosas de Goethe llenan volúmenes enteros,

---

[184] Las aventuras amorosas de Matilde no impiden que dejemos de respetar su personalidad íntegra y pura. Lo mismo que Matilde, sentimos una piedad despreciable por su hermana Marta, obrera como ella, pero que regresa con dinero de cada aventura amorosa. Hay todo un abismo entre la libertad de Matilde y la venalidad de Marta.

devorados con un entusiasmo respetuoso por admiradores de ambos sexos, ¿por qué condenar en otros lo que precisamente nos encanta en Goethe y Jorge Sand?”[185].

Seguramente nos burlaríamos de los hipócritas que fueron capaces de negarse a estrechar la mano de Sara Bernhardt o de abandonar un espectáculo por inmoral. Pero, sin embargo, cuando se trata de “simples” mortales vacilamos con frecuencia antes de reconocer una personalidad, y dudamos de la actitud que debemos adoptar ante una mujer libre del tipo “célibe”.

Si verdaderamente estuviésemos decididos a aplicar a estas mujeres la medida moral de los tiempos pasados, nos veríamos obligados a rechazar todas las figuras de mujeres más bellas y humanas de la literatura contemporánea. Mientras que las mujeres del pasado, educadas en el respeto a la pureza inmaculada de la virgen, se esforzaban en conservar “su virtud” y tenían necesariamente que esconder y disimular los sentimientos reveladores de las necesidades naturales de su cuerpo, el rasgo característico de la mujer del nuevo tipo es la afirmación de sí misma, no solamente como individualidad, sino como representante de su sexo. La rebelión de las mujeres contra la falsedad de la moral sexual es uno de los rasgos más vivos de la mujer nueva.

Tiene que ser así, porque en la mujer, en la madre, la vida fisiológica juega, contrariamente a las concepciones que le han inculcado de una manera hipócrita, un papel mucho más importante que en el hombre. La libertad de sentimiento, la libertad de elección del hombre amado, que puede llegar a ser el padre de los hijos de “ella”, la lucha contra el fetiche de la moral hipócrita, tales son los puntos del programa que realizan de una manera silenciosa las mujeres del nuevo tipo. El rasgo típico de la mujer del pasado era el renunciamiento a la atracción de la carne, la “máscara de la pureza”, incluso en el matrimonio. En cambio, la mujer nueva no abdica de su naturaleza de mujer, no huye de la vida ni de sus alegrías “terrenales”, que la realidad, tan avara en sonrisas, le concede. Las heroínas modernas son madres sin estar casadas: abandonan a su marido a su amante; su vida puede ser rica en aventuras amorosas, y, sin embargo, ni ellas mismas ni el autor o el lector contemporáneo las consideran como “criaturas perdidas”. Las aventuras del amor libre y sincero de Matilde, de Olga, de Maia, tienen una ética propia, quizá más perfecta que la pasiva virtud de la Tatiana de Pushkin[186] o la moral perezosa de Lisa de Turguénev[187].

Esta es la mujer moderna: la autodisciplina, en vez de un sentimentalismo exagerado; la apreciación de la libertad y la independencia en vez de la sumisión y de la falta de personalidad; la afirmación de su individualidad y no los esfuerzos estúpidos por compenetrarse con el hombre amado; la afirmación del derecho a gozar de los placeres terrenales y no la máscara hipócrita de la “pureza”, y, finalmente, la subordinación de las aventuras de amor a un lugar secundario en la vida. Ante nosotros tenemos, no una hembra, ni una sombra del hombre, sino una “mujer-individualidad”.

III

¿Quiénes son las mujeres modernas? ¿Cómo las ha creado la vida?

La mujer moderna, la mujer que denominamos “célibe”, es hija del sistema económico del gran capitalismo. La mujer “célibe”, no como tipo accidental, sino como una realidad cotidiana, como una realidad de la masa, como un hecho que se repite de una manera determinada, ha nacido con el ruido infernal de las máquinas de las usinas y la sirena de llamada de las fábricas. La inmensa transformación que han sufrido las

[185] A. Bebel, *La mujer y el socialismo*.
[186] Pushkin, *Eugenia Onieguin*.
[187] Turguénev, *Un nido de gentileshombres*.

condiciones de producción en el transcurso de estos últimos años, incluso después de la influencia de las constantes victorias de la producción del gran capitalismo, obliga también a la mujer a adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la realidad que la rodea. El tipo fundamental de la mujer está en relación directa con el grado histórico de desenvolvimiento económico por que atraviesa la humanidad. Al mismo tiempo que se experimenta una modificación de las condiciones económicas, simultáneamente con la evolución de las relaciones de la producción, se experimenta un cambio en el aspecto psicológico de la mujer. La mujer moderna, como tipo, no podía aparecer más que con el aumento cuantitativo de las fuerzas del trabajo femenino asalariado. Hace cincuenta años todavía se consideraba la participación de la mujer en la vida económica como una desviación de lo normal, como una infracción del orden natural de las cosas. Las mentalidades más avanzadas, los mismos socialistas, se dedicaban a buscar los medios adecuados para que la mujer volviera al hogar. Hoy día, únicamente los reaccionarios, encerrados en prejuicios y en las más sombrías ignorancias, son capaces de repetir estas opiniones abandonadas y rechazadas desde hace tiempo.

Hace cincuenta años, las naciones civilizadas no contaban entre las filas de la población activa más que unas decenas, todo lo más unos centenares de miles de mujeres. Actualmente, el crecimiento de la población femenina trabajadora es superior al crecimiento de la población masculina. Los pueblos civilizados disponen, no de unos cientos de miles, sino de millones de brazos femeninos. Millones de mujeres forman las filas proletarias; millares de mujeres tienen una profesión, consagran sus vidas a la ciencia o al arte. En Europa y los Estados Unidos las estadísticas acusan más de sesenta millones de mujeres inscritas dentro de la clase trabajadora. ¡Marcha grandiosa la de este ejército independiente de mujeres! El 50 por 100 de este ejército está integrado por mujeres del tipo "célibe", es decir, por mujeres que en la lucha por la existencia no cuentan más que con sus propias fuerzas; de mujeres que no pueden, según la antigua costumbre, vivir únicamente a costa de un marido "que las mantenga".

Las relaciones de la producción, que durante tantos siglos han tenido a la mujer encerrada en la casa y sometida al hombre "que la mantenía", son las mismas que al arrancar las cadenas enmohecidas que la aprisionaban empujan a la mujer, débil e inadaptada, hacia el camino cubierto de espinas que se abre ante ella, y que la aprisionan de nuevo a la dependencia económica del capital. La mujer amenazada con perder todo asilo, ante el temor de padecer privaciones y hambre, se ve obligada a aprender a mantenerse sola, sin el apoyo del padre o del marido. La mujer tiene que enfrentarse con el problema de adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones de su existencia, y tiene que revisar a toda prisa las "verdades" morales que le han inculcado las abuelas que disfrutaron de los buenos tiempos pasados. Se da cuenta, con asombro, de toda la inutilidad del equipaje moral con que la han cargado para recorrer el camino de la vida. Las virtudes femeninas (pasividad, sumisión, dulzura), que le fueron inculcadas durante siglos, le resultan ahora completamente superfluas, inútiles y perjudiciales. La dura realidad exige otras cualidades a las mujeres trabajadoras. Lo que ahora se precisa es firmeza, decisión y energía, es decir, aquellas "virtudes" que se consideran como propiedad exclusiva del hombre. Privada de la protección que hasta entonces le prestaba la familia, al encontrarse lanzada desde el nido abrigado y blando a la batalla de la vida y de la lucha de clases, la mujer no tiene más remedio que armarse, que acorazarse a toda prisa con las fuerzas psicológicas propias del hombre, de su compañero, que siempre está en mejores condiciones para vencer en la lucha por la vida. En esta urgente adaptación a las nuevas condiciones de su existencia, la mujer se apodera y asimila, frecuentemente

sin someterlas a ninguna crítica, “verdades” propiamente masculinas, que luego, examinadas más detenidamente, son tan sólo “verdades” para la clase burguesa[188].

La realidad capitalista contemporánea parece esforzarse en crear un tipo de mujer que, por la formación de su espíritu, se encuentra incomparablemente más cerca del hombre que de la mujer del pasado. Este tipo de mujer es una consecuencia natural e inevitable de la participación de la mujer en la corriente de la vida económica y social. El mundo capitalista no recibe más que a las mujeres que han sabido rechazar a tiempo las virtudes femeninas y que se han asimilado la filosofía de la lucha por la vida. Para las “inadaptadas”, es decir, para aquellas mujeres pertenecientes al tipo antiguo, no queda sitio en las filas de las huestes trabajadoras. De esta manera se crea una especie de “selección natural” entre las mujeres de diversas capas sociales. Las filas de “las trabajadoras” están siempre formadas por las naturalezas más fuertes y resistentes, por las mujeres de espíritu más disciplinado. Las naturalezas débiles y pasivas continúan fuertemente atadas alrededor del hogar familiar. Si las necesidades materiales las arrancan de él para lanzarlas al torrente de la vida, estas mujeres se dejan llevar por el camino fácil de la prostitución “legal” o “ilegal”, se casan “por conveniencia” o se lanzan a la calle. Las mujeres trabajadoras constituyen la vanguardia de todas las mujeres y comprenden en sus filas a representantes de las diversas capas sociales. Sin embargo, la inmensa mayoría de esta vanguardia femenina no la constituyen mujeres del tipo de Vera Nikodinovna, orgullosas de su independencia, sino millones de Matildes envueltas en chales grises, Tatianas de Riasan con los pies descalzos, empujadas por la miseria al nuevo sendero erizado de espinas. Es un profundo error pensar todavía que el nuevo tipo de mujer, la mujer “célibe”, es el fruto de los esfuerzos heroicos de algunas individualidades fuertes que se dieron cuenta de su propia personalidad. Ni la voluntad individual, ni el ejemplo audaz de Magda, ni el de la decidida Renata han sido capaces de crear el nuevo tipo de mujer. La transformación de la mentalidad de la mujer, de su estructura interior espiritual y sentimental se realiza primero, y principalmente, en las capas más profundas de la sociedad, es decir, allí donde se produce necesariamente la adaptación de la obrera a las condiciones radicalmente transformadas de su existencia. Estas mujeres, las Matildes y las Tatianas, no resuelven ningún problema.

Es más, intentan aún agarrarse con todas sus fuerzas al pasado. Muy a pesar se ven obligadas a inclinarse ante las leyes de la necesidad histórica (las fuerzas de la producción) y a dar sus primeros pasos por la nueva ruta. Caminar al azar dominadas por la tristeza, sembrando su paso de maldiciones y acariciando en su interior el sueño de un hogar acogedor en donde poder disfrutar de las tranquilas y modestas alegrías familiares. ¡Ah, si fuera posible abandonar el camino, desandar lo andado! Pero esto es irrealizable porque las filas de compañeras son cada vez más densas y la arrolladora corriente femenina las empuja cada vez más lejos del pasado. Es preciso adaptarse a la angustiosa falta de espacio, prepararse para la lucha, ocupar el sitio que a cada una le corresponde; hay que defender el derecho a la vida.

La mujer de la clase obrera contempla cómo nace y se fortalece dentro de sí la conciencia de su individualidad independiente, y consecuentemente nace en ella la fe en sus propias fuerzas. Gradualmente, de una manera inevitable y poderosa, se desarrolla el

---

[188] Tomemos, como ejemplo, la moral simplista del hombre en sus relaciones sexuales, moral que considera como un hecho natural e inevitable la prostitución, Dora, la heroína de vanguardia de la novela de Winnitchenko, *La autolealtad*, es una mujer que se siente interiormente libre y que se asimila, sin someterla a crítica, esa “verdad” masculina del mundo burgués. Con “una finalidad superior”, para demostrar la profundidad de su sentimiento por el hombre que ama, para afirmar su personalidad y evidenciar lo alejados que están sus sentimientos de una simple agitación de la sangre, Dora “compra” a un hombre... La falsa verdad masculina de clase es aceptada en este caso por una mujer que aspira a libertarse buscando una verdad superior.

proceso de la acumulación de nuevos caracteres morales y espirituales de la mujer obrera, caracteres que le son indispensables como representante de una clase determinada. Pero hay algo todavía más esencial, y es que este proceso de transformación de la estructura interior de la mujer no queda reducido únicamente a personalidades, sino que corresponde a grandes masas, a círculos muy grandes, cada vez más extensos. La voluntad individual se sumerge y desaparece en el esfuerzo colectivo de millones de mujeres de la clase obrera, para adaptarse a las nuevas condiciones de la vida. También en esta transformación despliega el capitalismo una gran actividad. Al arrancar del hogar, del lado de la cuna, a millares de mujeres, convierte el capitalismo a estas naturalezas sumisas y pasivas, a las esclavas obedientes del marido, en un ejército que lucha por sus propios derechos y por los derechos y los intereses de la comunidad humana; hace que se despierte el espíritu de protesta y educa la voluntad. Todo lo cual contribuye a que se desarrolle y fortalezca la individualidad de la mujer.

¡Pero desgraciada la obrera que crea en la fuerza invencible de la individualidad aislada! La pesada carreta del capital la aplastará fríamente sin piedad; las filas apretadas de mujeres combatientes es la única fuerza capaz de desviar de su ruta a la pesada carreta del capitalismo. De esta manera, al mismo tiempo que se desarrolla la conciencia de su personalidad y de sus derechos, nace y se desarrolla en la mujer obrera del nuevo tipo el sentido de la colectividad, el sentido del compañerismo que sólo se desenvuelve muy débilmente en la mujer del nuevo tipo perteneciente a otras clases sociales. Este es el sentimiento fundamental, la esfera de sensaciones que separa con una línea divisoria definitiva a las mujeres trabajadoras del tipo "célibe" pertenecientes a las dos clases fundamentales de la sociedad. En las mujeres del nuevo tipo, pero pertenecientes a distintas clases sociales, es común la distinción cualitativa de las mujeres del pasado; como partes integrantes de las huestes de mujeres trabajadoras, su estructura interior ha experimentado igual transformación, es decir, han logrado desarrollar su inteligencia, reforzar su personalidad y ensanchar su mundo espiritual. Pero la esfera de pensamientos y sentimientos que se derivan del concepto de clase son los que separan de una manera fundamental a las mujeres sociales. Las obreras sienten el antagonismo de la clase con una intensidad infinitamente más grande que las mujeres del tipo antiguo, que desconocían la inevitable lucha social. Para la obrera que ha franqueado el umbral de su casa, que ha experimentado sobre sí misma toda la fuerza de las contradicciones sociales y que se ha visto obligada a participar activamente en la lucha de clases, una ideología de clase clara y definida adquiere la importancia de un arma en la lucha por la existencia. La realidad capitalista separa de una manera absoluta a la Tatiana de Gorki de la Tatiana de Nagrodskaya. Es esta realidad capitalista la que hace que la propietaria de un taller se encuentre por su ideología mucho más alejada de una de sus obreras que la buena ama de casa con relación a su vecina la mujer de un obrero. Esta realidad capitalista es la que agudiza la sensación del antagonismo social entre las mujeres trabajadoras. Para esta categoría de mujeres de un tipo nuevo, sólo puede haber un punto común: su distinción cualitativa de la mujer del pasado, las propiedades específicas que caracterizan a la mujer independiente, del tipo que hemos denominado "célibe". Las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a estas dos clases sociales atraviesan por un período de antagonismo; las dos clases luchan por la afirmación de su personalidad; las de una clase, de una manera consciente por "principio"; las de la otra clase, de una manera elemental, colectiva y bajo el yugo de lo inevitable.

Pero mientras que en la mujer nueva perteneciente a la clase obrera la lucha por la afirmación de su derecho y de su personalidad coincide con los intereses de su clase, las mujeres del nuevo tipo pertenecientes a otras clases sociales tienen necesariamente que tropezar con un obstáculo: la ideología de su clase, que es hostil a la reeducación del

tipo de mujer. En el medio burgués, la insurrección de la mujer adquiere un carácter mucho más agudo, y los dramas morales de la mujer del tipo nuevo son mucho más vivos, tienen más colorido, ofrecen mayores complicaciones[189].

En el medio obrero no hay ni pueden existir conflictos agudos entre, la psicología en formación de la mujer del nuevo tipo y la ideología de su clase. Tanto su psicología en formación como su ideología de clase se encuentran en un proceso de formación, en una fase de su desarrollo.

El nuevo tipo de la mujer, que es interiormente libre e independiente, corresponde totalmente a la moral que elabora el medio obrero en interés de su propia clase. La clase obrera necesita para la realización de su misión social mujeres que no sean esclavas; no quiere mujeres sin personalidad en el matrimonio y en el seno de la familia, ni mujeres que posean las virtudes pasivas femeninas; necesita compañeras con una individualidad capaz de protestar contra toda servidumbre, que puedan ser consideradas como un miembro activo, en plena posesión de sus derechos, y que conscientemente sirvan a la colectividad y a su clase.

La psicología de la mujer del nuevo tipo, de la mujer independiente y "célibe", se refleja sobre la de las mujeres que permanecen aún en la retaguardia de su tiempo. Los rasgos característicos, formados en la lucha por la vida, de las mujeres de las filas trabajadoras, se convierten poco a poco, de una manera gradual, en las características de las otras mujeres que se han quedado rezagadas. Poco importa, pues, que las mujeres trabajadoras no sean todavía más que una minoría, qué por cada mujer del nuevo tipo haya dos, quizá tres mujeres pertenecientes al tipo antiguo. Las mujeres trabajadoras son las que dan el tono a la vida y determinan la figura de mujer que caracteriza una época determinada.

Las mujeres del nuevo tipo, al crear los valores morales y sexuales, destruyen los viejos principios en el alma de las mujeres que todavía no se han aventurado a emprender la marcha por el nuevo camino. Son estas mujeres del tipo nuevo las que hacen que los dogmas que las esclavizaban por la concepción que tenían del mundo pierdan todo su poder sobre el alma.

La influencia de las mujeres trabajadoras se extiende mucho más allá de los límites de su propia existencia. Las mujeres trabajadoras "contaminan" con su crítica la inteligencia de sus contemporáneas, destruyen los viejos ídolos y enarbolan el estandarte de la insurrección para protestar contra las "verdades" a las que han vivido sometidas generaciones de mujeres. Las mujeres del nuevo tipo "célibe" e independientes, al libertarse a sí mismas libertan el espíritu, encadenado durante siglos, de sus hermanas pasivas y atrasadas.

Es cierto que la mujer del nuevo tipo ha entrado ya en la literatura; pero todavía está muy lejos de haber desterrado a las heroínas de estructura moral pertenecientes a los tiempos pasados. Tampoco ha logrado todavía la mujer-individualidad descartar el tipo de mujer esposa, eco del hombre. Sin embargo, fácil es observar que aun en las heroínas del tipo antiguo se encuentran, cada vez con mayor frecuencia, las propiedades y los rasgos psicológicos que han aportado a la vida las mujeres de tipo "célibe" e independiente. Los escritores dotan involuntariamente a sus heroínas con sentimientos y

[189] Esto explica por qué los novelistas contemporáneos eligen sus heroínas entre las mujeres representantes del medio burgués. Apenas si encontramos una heroína perteneciente a la clase obrera. Sin embargo, los escritores encontrarían un rico material si se decidieran a descender hasta estas capas de la sociedad, donde la dura realidad contemporánea crea, no de una manera aislada, sino en masa, el tipo de mujeres dotadas de una nueva estructura moral, con nuevas necesidades y emociones.

características que no eran, en modo alguno, propios de las heroínas de la literatura del período precedente[190].

La literatura contemporánea es rica, sobre todo, en figuras de mujeres del tipo transitorio; es rica en heroínas que tienen simultáneamente las características de la mujer antigua y de la mujer nueva. Por otra parte, aun en las mujeres de tipo "célibe" ya formado, se observa todavía un cruel proceso de transformación de los valores nuevos, que quiere ser ahogado por la tradición y por una serie de pensamientos pertenecientes al pasado. La fuerza de los siglos es demasiado grande y pesa mucho sobre el alma de la mujer del nuevo tipo. Los sentimientos atávicos perturban y debilitan las nuevas sensaciones; las viejas concepciones de la vida encadenan todavía el espíritu de la mujer que busca su liberación. Lo antiguo y lo nuevo se encuentran en continua hostilidad en el alma de la mujer. Por tanto, las heroínas contemporáneas tienen que luchar contra un enemigo que presenta dos frentes: el mundo exterior y sus propias tendencias, heredadas de madres y abuelas.

Como dice Hedwing Dohn, "los nuevos pensamientos han nacido ya en nosotros, pero los antiguos no han muerto todavía". Los restos de las generaciones pasadas no han perdido su fuerza, aunque poseemos ya la formación intelectual, la fuerza de voluntad de la mujer nueva. "La reeducación de la psicología de la mujer necesaria para adaptarse a las nuevas condiciones de su existencia económica y social no puede lograrse sin una profunda y dramática lucha. Cada paso en este sentido provoca conflictos que eran completamente desconocidos de las heroínas de los tiempos pasados. Son estos conflictos los que inundan el alma de la mujer, los que poco a poco llaman la atención de los escritores y acaban por convertirse en manantial de inspiración artística. La mujer se transforma gradualmente, y de un objeto de la tragedia masculina se convierte en el sujeto de su propia tragedia."

---

[190] Los rasgos psicológicos aislados característicos de la mujer nueva se encuentran en las heroínas de Gorki mucho más a menudo que en los otros escritores rusos. Su alma de artista sensible, abierta a la realidad futura, sabe apoderarse con mucha más facilidad que la de los otros escritores de los rasgos que escapan a las miradas de los demás, los cuales se encuentran más estrechamente ligados a la realidad capitalista.

El Día de la Mujer

(1913)[191]

¿Qué es el día de la mujer? ¿Es realmente necesario? ¿No es una concesión a las mujeres de clase burguesa, a las feministas y sufraguistas? ¿No es dañino para la unidad del movimiento obrero? Esas cuestiones todavía se oyen en Rusia, aunque ya no en el extranjero. La vida misma les ha dado una respuesta clara y elocuente a estas preguntas.

El día de la mujer es un eslabón en la larga y sólida cadena de la mujer en el movimiento obrero. El ejército organizado de mujeres trabajadoras crece cada día. Hace veinte años las organizaciones obreras sólo tenían grupos dispersos de mujeres en las bases de los partidos obreros… Ahora los sindicatos ingleses tienen más de 292.000 mujeres sindicadas; en Alemania son alrededor de 200.000 sindicadas y 150.000 en el partido obrero, en Austria hay 47.000 en los sindicatos y 20.000 en el partido. En todas partes, en Italia, Hungría, Dinamarca, Suecia, Noruega y Suiza, las mujeres de la clase obrera se están organizando a sí mismas. El ejército de mujeres socialistas tiene casi un millón de miembros. ¡Una fuerza poderosa! Una fuerza con la que los poderes del mundo deben contar cuando se pone sobre la mesa el tema del coste de la vida, el seguro de maternidad, el trabajo infantil o la legislación para proteger a las trabajadoras.

Hubo un tiempo en el que los hombres trabajadores pensaron que deberían cargar ellos solos sobre sus hombros el peso de la lucha contra el capital, pensaron que ellos solos debían enfrentarse al "viejo mundo" sin el apoyo de sus compañeras. Sin embargo, como las mujeres de clase trabajadora entraron en las filas de aquellos que vendían su trabajo a cambio de un salario, forzadas a entrar en el mercado laboral por necesidad, porque su marido o padre estaba en el paro, los trabajadores empezaron a darse cuenta de que dejar atrás a las mujeres entre las filas de "no-conscientes" era dañar su causa y evitar que avanzara. ¿Qué nivel de conciencia posee una mujer que se sienta en el fogón, que no tiene derechos en la sociedad, en el estado o en la familia? ¡Ella no tiene ideas propias! Todo se hace según ordena su padre o marido…

El retraso y falta de derechos sufridos por las mujeres, su dependencia e indiferencia, no son beneficiosos para la clase trabajadora, y de hecho son un daño directo hacia la lucha obrera. ¿Pero cómo entrará la mujer en esa lucha, como se le despertará?

La socialdemocracia extranjera no encontró la solución correcta inmediatamente. Las organizaciones obreras estaban abiertas a las mujeres, pero sólo unas pocas entraban. ¿Por qué? Porque la clase trabajadora al principio no se percató de que la mujer trabajadora es el miembro más degradado, tanto legal como socialmente, de la clase obrera, de que ha sido golpeada, intimidada, acosada a lo largo de los siglos, y de que, para estimular su mente y su corazón, se necesita una aproximación especial, palabras que ella, como mujer, entienda. Los trabajadores no se dieron cuenta inmediatamente de que en este mundo de falta de derechos y de explotación, la mujer está oprimida no sólo como trabajadora, sino también como madre, mujer. Sin embargo, cuando los miembros del partido socialista obrero entendieron esto, hicieron suya la lucha por la defensa de las trabajadoras como asalariadas, como madres, como mujeres.

---

[191] *El Día de la Mujer*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. *Pravda*, No. 40 (244), 17 de febrero de 1913.

Los socialistas en cada país comienzan a demandar una protección especial para el trabajo de las mujeres, seguros para las madres y sus hijos, derechos políticos para las mujeres y la defensa de sus intereses.

Cuanto más claramente el partido obrero percibía esta dicotomía mujer/trabajadora, más ansiosamente las mujeres se unían al partido, más apreciaban el rol del partido como su verdadero defensor y más decididamente sentían que la clase trabajadora también luchaba por sus necesidades. Las mujeres trabajadoras, organizadas y conscientes, han hecho muchísimo para elucidar este objetivo. Ahora el peso del trabajo para atraer a las trabajadoras al movimiento socialista reside en las mismas trabajadoras. Los partidos en cada país tienen sus comités de mujeres, con sus secretariados y burós para la mujer. Estos comités de mujeres trabajan en la todavía gran población de mujeres no conscientes, levantando la conciencia de las trabajadoras a su alrededor. También examinan las demandas y cuestiones que afectan más directamente a la mujer: protección y provisión para las madres embarazadas o con hijos, legislación del trabajo femenino, campaña contra la prostitución y el trabajo infantil, la demanda de derechos políticos para las mujeres, la campaña contra la subida del coste de la vida…

Así, como miembros del partido, las mujeres trabajadoras luchan por la causa común de la clase, mientras al mismo tiempo delinean y ponen en cuestión aquellas necesidades y sus demandas que les afectan más directamente como mujeres, amas de casa y madres. El partido apoya esas demandas y lucha por ellas… Estas necesidades de las mujeres trabajadoras son parte de la causa de los trabajadores como clase.

En el día de la mujer las mujeres organizadas se manifiestan contra su falta de derechos. Pero algunos dicen ¿por qué está separación de las luchas de las mujeres? ¿Por qué hay un Día de la Mujer, panfletos especiales para trabajadoras, conferencias y mítines? ¿No es, en fin, una concesión a las feministas y sufraguistas burguesas? Sólo aquellos que no comprendan la diferencia radical entre el movimiento de mujeres socialistas y las sufraguistas burguesas pueden pensar de esa manera.

[192][¿Qué quieren las feministas? Los mismos privilegios, el mismo poder, los mismos derechos dentro de la sociedad capitalista que los que ahora poseen sus esposos, padres y hermanos.

---

[192] A partir de aquí, entre corchetes, traducción directa desde el ruso por Daniel Gaido: Alexandra Kollontai, “El Día de la Mujer”, *Pravda*, No. 40 (244), 17 de febrero de 1913, en Kollontai, *Artículos y discursos seleccionados*, Politizdat, 1972; https://www.twirpx.com/file/1606021/ .

Чего добиваются феминистки? Тех преимуществ, той власти, тех прав в капиталистическом обществе, какими сейчас обладают их мужья, отцы и братья.

Чего добиваются работницы? Уничтожения всяких преимуществ по рождению или богатству. Работнице все равно, кому дана эта власть «хозяина»: мужчине ли, женщине ли. Вместе со всем своим классом может она облегчить свое положение труженицы.

Феминистки требуют равноправия всегда и повсюду. Работницы отвечают им: мы требуем прав для каждого гражданина и гражданки, но мы не позволим забыть, что мы не только работницы и гражданки, мы — матери! И как матери, как женщины — носительницы будущего, мы требуем особой заботы о себе и о детях наших, особой защиты со стороны государства и общества.

Феминистки добиваются политических прав. Но и здесь дороги расходятся.

Для буржуазных женщин политические права — лишь способ возможно удобнее, прочнее устроиться в мире, построенном на эксплуатации рабочего люда. Для женщин-работниц — это ступень на той скалистой, трудной лестнице, которая ведет в желанное царство труда.

Пути работниц и буржуазных равноправок давно уже разошлись. Слишком разны задачи, какие ставит жизнь у тех и у других, слишком противоположны интересы работницы и хозяйки, прислуги и «госпожи»... Нет и не может быть точек общения, примирения, слияния... Поэтому не должны страшить рабочих ни отдельные женские дни, ни специальные собрания работниц, ни особая газета для них.

Александра Коллонтай, Женский день. «Правда», № 40 (244), 17 февраля 1913 г. // Коллонтай, Избранные статьи и речи, Политиздат, 1972 г.

¿Qué quieren las trabajadoras? Abolir todos los privilegios derivados del nacimiento o la riqueza. A la trabajadora no le importa quién es el "amo", un hombre o una mujer. Junto con toda su clase, puede aliviar su posición como trabajadora.

Las feministas exigen igualdad siempre y en todas partes. Las trabajadoras les responden: exigimos derechos para cada ciudadano y ciudadano, pero no estamos dispuestas a olvidar que no solo somos trabajadoras y ciudadanas, ¡somos madres! Y como madres, como mujeres portadoras del futuro, exigimos cuidados especiales para nosotras y para nuestros hijos, una protección especial del estado y la sociedad.

Las feministas buscan derechos políticos. Pero aquí los caminos divergen.

Para las mujeres burguesas, los derechos políticos son simplemente un medio que les permite abrirse camino de manera más conveniente y segura en un mundo basado en la explotación de los trabajadores. Para las trabajadoras, este es solo un paso en el rocoso y difícil camino que conduce al deseado reino del trabajo.

Los caminos seguidos por las trabajadoras y las defensoras burguesas de la igualdad de derechos [буржуазных равноправок] han divergido durante mucho tiempo. Hay una gran diferencia entre los objetivos que la vida les ha puesto. Las tareas que la vida plantea para ambas son demasiado diferentes, existe una contradicción demasiado grande entre los intereses de la trabajadora y la propietaria, entre la sirvienta y su señora... No hay puntos de contacto, reconciliación, fusión... Por lo tanto, las trabajadoras no deben temer los Días de la Mujer separados, ni las asambleas especiales de trabajadoras, ni un periódico especial para ellas.]



Heraus mit dem Frauenwahlrecht

FRAUEN-TAG

8. MÄRZ 1914

Den Frauen, die als Arbeiterinnen, Mütter und Gemeindebürgerinnen ihre volle Pflicht erfüllen, die im Staat wie in der Gemeinde ihre Steuern entrichten müssen, hat Voreingenommenheit und reaktionäre Gesinnung das volle Staatsbürgerrecht bis jetzt verweigert.

Dieses natürliche Menschenrecht zu erkämpfen, muß der unerschütterliche, feste Wille jeder Frau, jeder Arbeiterin sein. Hier darf es kein Ruhen kein Rasten geben. Kommt daher alle, ihr Frauen und Mädchen in die am

Sonntag den 8. März 1914 nachmittags 3 Uhr stattfindenden

9 öffentl. Frauen-Versammlungen

La guerra y nuestras tareas inmediatas

(1914)[193]

Cuando la Internacional Obrera se reunió por última vez en Basilea en 1912[194] para levantar su voz en protesta por la amenaza de una guerra mundial, que podría estallar como resultado de los acontecimientos en los Balcanes, todo el mundo se llenó de una confiada esperanza. *La guerra mundial parecía imposible*.

Mientras que la solidaridad y la fraternidad de los pueblos unan a los obreros de todas las naciones, mientras que exista esa unidad de objetivos que marcó el Congreso de Basilea y que reúne al proletariado de los estados grandes y pequeños, la clase obrera no tiene por qué temer a *Landsknechte* y a las guerras sangrientas que la acompañan. Entonces el viejo mundo imperialista-capitalista no se atrevería a provocar una guerra, porque si la guerra estallara, el "fantasma rojo" aparecería en escena para aterrorizar a la sociedad burguesa.

Esto es lo que nosotros, los socialistas, creíamos hace tan sólo dos años. Pero ahora la guerra mundial se ha convertido en un hecho, con todos sus horrores, sufrimientos y barbarie. Estos han superado todo lo que incluso la fantasía más grotesca podría haber imaginado. La guerra mundial estalló en el mismo momento en que se iba a celebrar un congreso internacional en Viena[195]. Este congreso debía discutir una vez más la importante cuestión de cómo los socialistas de todos los países podían evitar la guerra, y cómo la clase obrera organizada debía evitar caer en la trampa de los imperialistas-capitalistas. Hasta hace muy poco, hasta el comienzo de la guerra, parecía completamente imposible que la clara visión marxista del mundo de los socialdemócratas se infectara con el chovinismo burgués. Se podría haber pensado que la comprensión materialista de la historia y la clara percepción de las contradicciones de clase que poseen los socialdemócratas serviría como una brújula científica que guiaría a los trabajadores por el camino correcto, incluso durante un huracán de chovinismo.

---

[193] *La guerra y nuestras tareas inmediatas*, Alejandra Kollontai – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "The War and Our Immediate Tasks", en Alexandra Kollontai Archive – MIA. Publicado por primera vez en *Försvarsnihilisten*, noviembre de 1914.

[194] Referencia al Congreso Socialista Internacional Extraordinario de la Segunda Internacional, convocado en Basilea el 24 y 25 de noviembre de 1912. El congreso fue convocado con el fin de considerar las formas de oponerse a la amenaza de la guerra imperialista mundial que se avecinaba, y contó con la participación de 555 delegados. El congreso adoptó un manifiesto de oposición a la guerra. Los líderes de la Segunda Internacional, que habían votado a favor de la adopción del manifiesto, lo traicionaron posteriormente tras el inicio de la Primera Guerra Mundial y apoyaron a sus propios gobiernos imperialistas. Ver el *Manifiesto del Congreso Socialista Extraordinario de Basilea* en la serie de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales. Recomendamos la lectura de la *Resolución del Congreso Socialista de Stuttgart* sobre el militarismo dentro de la misma serie.

[195] El congreso de Viena de la Segunda Internacional debía tener lugar en el verano de 1914. Este congreso se consideró especialmente significativo, ya que la fecha en que se iba a celebrar coincidía con el 50º aniversario de la fundación de la Primera Internacional y el 25º aniversario de la Segunda Internacional. El orden del día del congreso debía incluir las cuestiones más importantes relativas a la posición de la clase obrera y su lucha contra el imperialismo, los problemas de la guerra y el militarismo en el contexto de la trágica tensión internacional que existía a mediados de 1914. El estallido de la guerra impidió a los socialistas celebrar el congreso de Viena.

Sin embargo, en medio de todas estas consideraciones, la socialdemocracia pasó por alto un factor importante: subestimó la *influencia moral* del viejo mundo burgués en el estado de ánimo de la población. No tuvo suficientemente en cuenta la política actual, bien preparada y traicionera de los partidarios de los intereses de clase del imperialismo. ¡Resulta que los gobiernos de los estados burgueses entendieron la psicología popular mejor que los propios representantes de las masas democráticas y obreras!

Los sentimientos nacionales, estimulados artificialmente por los capitalistas y los chatarreros de todos los países del mundo con la ayuda de la iglesia y la prensa, y que también se predican en las escuelas, en el hogar y en la sociedad, parecen estar más arraigados en el pueblo de lo que los internacionalistas se dieron cuenta. El mundo imperialista-capitalista manipula hábilmente los sentimientos nacionales del pueblo para llevar a su propia población nacional a la ya preparada trampa letal de la guerra. Y cuando el irracional y ciego chovinismo resultó insuficiente para provocar un estado de ánimo militarista en el pueblo, las autoridades recurrieron a otros métodos para engañar al pueblo (incluyendo al proletariado) y atraerlo a su lado para que participara en una guerra sangrienta. Todos los estados capitalistas se arropan ahora con el disfraz de un atractivo idealismo para justificar su rapaz política imperialista.

Los alemanes, al parecer, levantan la espada no para eliminar a sus rivales en el mercado mundial, sino para derrocar al zarismo ruso... ¡Los ingleses y los franceses, según se nos dice, sólo buscan evitar la amenaza que representa para el mundo el estado policial alemán y el militarismo alemán! Y los rusos, si les parece, envían a sus hijos al campo de batalla no para satisfacer su paneslavismo, sino para liberar a Galicia y Serbia, y también para salvar el sistema republicano en Francia y la democracia en Bélgica. El zarismo lucha por el republicanismo, y los *junkers* de Prusia sacrifican la sangre de sus hijos para "liberar a Rusia del yugo del absolutismo". Se trata de una divertida caricatura que, en otras circunstancias, nos provocaría risa, pero que ahora, entre sangre y lágrimas, se está convirtiendo en una gran catástrofe histórica.

La gente habla del "derecho de cada pueblo a la autodefensa". Cada estado trata de presentarse, naturalmente, como que ha comenzado la guerra para preservar y defender su cultura, y no para llenar los bolsillos de los capitalistas.

¡Cultura! Sí, la cultura es, en efecto, la posesión más preciada del hombre. ¿Pero no es la guerra la que amenaza la existencia misma de la cultura? ¿Acaso no son destruidos los magníficos bosques ancestrales (los bosques de las afueras de París, por ejemplo, que constituyen uno de sus rasgos más atractivos) por culpa de la guerra? ¿No es la guerra la que destruye los mejores monumentos históricos y obras de arte? Por último, ¿existen "valores culturales" que equivalgan al costo de cientos de miles, incluso millones, de vidas humanas?

La gente habla de cultura, pero ¿no es la guerra la que da lugar a la más horrible barbarie? La matanza de los hijos del pueblo, de los hijos del proletariado, crece cada día. La mente humana es incapaz de comprender la suma total de toda la miseria, privación y sufrimiento del pueblo. Los instintos más bajos y bestiales salen a la superficie. Gobiernan el mundo gracias a la guerra el militarismo, la crueldad inhumana y la ciega disciplina que origina. Ya nadie piensa en la posesión más valiosa de los hombres, la vida misma. ¡Y esto se llama "defensa de la cultura"!

¿Cuál será el resultado de este terrible derramamiento de sangre? ¿Los obreros obtendrán algún beneficio de la guerra, incluso en el caso de una victoria en un solo país? Aunque fuera posible asegurar el pago de las reparaciones de guerra por parte de los estados derrotados cuyos países están en ruinas, una parte de este dinero iría inmediatamente a los bolsillos de los capitalistas, mientras que el resto tendría que ser utilizado para reconstruir la economía destrozada. La necesidad y la miseria reinarán en

todas partes después de esta guerra mundial, incluso en los países que salgan victoriosos. En todas partes se incrementará el número de personas no aptas para el trabajo: los inválidos, los enfermos, los trastornados mentales y los huérfanos. Pero lo peor de todo es que la *guerra afectará posteriormente, en mayor o menor medida, al desarrollo de las fuerzas productivas de todos los países beligerantes*.

Las catástrofes y las quiebras, la deuda y el desempleo reducirán el poder adquisitivo de la gente, lo que tendrá un efecto paralizante sobre el desarrollo normal de las fuerzas de producción. Este es, para nosotros, el golpe más duro de todos: nuestras esperanzas de que se realice rápidamente nuestro sueño en el futuro de la humanidad están estrechamente ligadas al continuo desarrollo sin trabas de todas las fuerzas productivas. Cualquier retraso en este desarrollo significa que nuestras mejores esperanzas se posponen a una fecha no especificada en un futuro lejano.

Sin embargo, aparte de todos los horrores de la guerra y de los asesinatos en masa, aparte de la perturbación de la economía nacional y del descenso del nivel cultural, la guerra tiene un efecto particularmente desfavorable sobre la posición de la clase obrera y sus objetivos en la medida en que la humanidad entera se dividirá (aunque por un corto tiempo) no en clases, según el principio básico de los socialdemócratas, sino en naciones. Esto reduce el impacto de una de las armas más poderosas que el proletariado está llamado a manejar, a saber, la solidaridad de la Internacional Obrera.

Sin embargo, esta terrible guerra ya nos ha enseñado mucho. Nos ha dado varias lecciones dolorosas que debemos reconocer plenamente para beneficiarnos de ellas en el futuro.

La guerra nos ha demostrado que el partido obrero cometió un gran error al subestimar el peligro del militarismo y ofrecer una resistencia demasiado débil a su influencia. La posición de principios de los partidos socialdemócratas sobre la cuestión de cómo deben comportarse los obreros en caso de guerra estaba demasiado poco definida, demasiado imprecisa. Las resoluciones adoptadas por la internacional trabajaron en beneficio de las tendencias nacionalistas. Ahora, sin embargo, cuando la socialdemocracia alemana se ha dejado engañar por el estado *junker* prusiano y sigue una táctica errónea en apoyo de la guerra[196], ha quedado claro que el deber de la futura internacional será exponer su posición sobre esta cuestión de manera clara y precisa y determinar una táctica revolucionaria, firme y claramente definida, en lo que respecta a la amenaza de guerra. No cabe duda de que, tan pronto como esta terrible guerra termine, todos los partidos obreros tendrán la tarea de realizar una campaña contra el militarismo. Durante muchos años tendremos delante esta tarea. Sin embargo, las formas y los medios que la socialdemocracia utilizará para derrotar el espíritu del militarismo sólo se aclararán con el tiempo.

En cualquier caso, estamos plenamente convencidos de que la lucha contra el militarismo es al mismo tiempo una lucha por nuestros ideales: todas las guerras impiden el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, debilitan el sentido de la solidaridad del proletariado internacional y fomentan la difusión del chovinismo, y por lo tanto retrasan el gran día en que la clase obrera finalmente se liberará. Sin embargo, la lucha sistemática contra el militarismo es una tarea para el futuro, lo que no significa que los socialistas deban ser pasivos ante la guerra hoy en día. También hoy podemos y debemos intervenir en los sangrientos acontecimientos que tienen lugar en el mundo y hacer oír nuestra voz a favor de la paz más rápida posible bajo la consigna: "¡Basta de asesinatos masivos

[196] La socialdemocracia alemana (partido dirigente de la Segunda Internacional) abandonó los intereses del proletariado tan pronto como se declaró la guerra y defendió su propia patria imperialista. El 4 de agosto de 1914, la fracción socialdemócrata del Reichstag votó con los partidos burgueses la asignación de 5.000 millones de marcos al gobierno del Kaiser para gastos militares.

caníbales!” A los socialdemócratas no nos interesa ni nos beneficia el hecho de que, cada vez más, cientos de miles de nuestros hermanos sacrifiquen sus vidas por la gloria de sus patrias burguesas-capitalistas. Necesitamos estas vidas para crear ese ejército que luchará contra el imperialismo y el capitalismo.

Por ello, nuestra tarea inmediata es unir todas nuestras fuerzas para lograr la paz más rápida posible, y nuestra tarea para el futuro es librar una lucha implacable contra el militarismo y fortalecer el espíritu de solidaridad internacional entre los trabajadores. Ante el sanguinario ambiente chovinista que reina en todo el mundo, los socialistas de todos los países deben redoblar sus esfuerzos y proclamar con confianza: “¡Abajo la guerra! ¡Abajo el militarismo! ¡Abajo el chovinismo ciego! ¡Que florezcan y triunfen las fuerzas internacionales que traerán la victoria final a la clase obrera!



¿A quién sirve la guerra?

(1915)[197]

"Héroes"

La guerra aún no ha terminado, de hecho, su fin aún no está a la vista, pero el número de lisiados se multiplica: los mancos, los cojos, los ciegos, los sordos, los mutilados... Partieron hacia el sangriento matadero mundial jóvenes, fuertes y sanos. Tenían por delante toda su vida. Sólo unos meses, semanas, incluso días después, fueron llevados a las enfermerías medio muertos, lisiados...

"Héroes", dicen los que iniciaron una guerra europea, los que enviaron a un pueblo contra otro, al trabajador de un país contra su compañero de trabajo de otro. ¡Al menos ahora han ganado un premio! ¡Pueden andar por ahí con sus medallas! ¡La gente los respetará!

Sin embargo, en la vida real las cosas son diferentes. El "héroe" vuelve a su pueblo o ciudad natal, y cuando llega no puede creer lo que ven sus ojos: en lugar del "respeto" y la alegría encuentra que le esperan nuevos sufrimientos y desilusiones. Su pueblo ha sido reducido a la pobreza y al hambre. Los hombres fueron arrastrados a la guerra, el ganado requisado... Los impuestos deben ser pagados, y no hay nadie que haga el trabajo. Las mujeres han sido expulsadas. Están demacradas y hambrientas, agotadas por el llanto. Los héroes lisiados deambulan por el pueblo, algunos con una medalla, otros con dos. Y el único "respeto" que el héroe obtiene es escuchar a su propia familia reprocharle como un parásito que se come el pan de los demás. ¡Y el pan está racionado!

Al "héroe" que vuelve al pueblo no le va mejor. Es recibido con "respeto", su madre llora tanto de dolor como de alegría: su querido hijo sigue vivo, los ojos de su anciana madre lo han visto una vez más. Su esposa sonríe... Durante un día o dos, se preocuparán por él. Y luego...

¿Desde cuándo los trabajadores tienen el tiempo, el ocio, para cuidar de un inválido? Cada uno tiene sus propios asuntos, sus propias preocupaciones. Además, los tiempos son difíciles. No pasa un día en el que el coste de la vida no aumente. La guerra... Los niños están enfermos; la guerra siempre va acompañada de epidemias, de infecciones. La esposa trata de hacer mil cosas a la vez. Debe trabajar para sí misma y para el "sostén de la familia".

¿Y la pensión del zar?

¿Cuánto es? ¡Apenas alcanzaría para pagar una bota para la única pierna que le queda!

Los oficiales, los generales heridos, por supuesto, recibirán sus pensiones "según el rango", pero ¿quién se interesa por el soldado raso común, los antiguos trabajadores, el campesino o el artesano? ¿A quién le importa su destino? El poder en el estado no está en manos del pueblo, sino en manos de los terratenientes e industriales, de los señores y

[197] *¿A quién sirve la guerra?* Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "Who Needs the War?", en Alexandra Kollontai Archive – MIA; redactado en 1915 y publicado en 1916, en Berna, por el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia bajo el título *Komu nužna vojna* y firmado con las iniciales A. K.

amos. Las finanzas del estado no están controladas por esos "héroes-soldados" que mueren por cientos de miles y millones en la guerra, sino por esos mismos señores: los terratenientes, industriales y funcionarios del estado, los servidores del zar.

Al principio, mientras el recuerdo esté todavía fresco y el cañón siga sonando en el frente, los "héroes-soldados" serán recordados. Varias sociedades, organizaciones caritativas y la Cruz Roja acudirán en su ayuda con míseras limosnas... Primero pasa un año, luego otro. Llega la paz, y la gente vuelve a retomar su antigua rutina diaria. ¿Qué será de nuestros "héroes"?

Coroneles y generales heridos irán en sus coches; se cuidaron durante la guerra, acapararon su dinero, se llenaron los bolsillos con las raciones de los soldados... ¿Y los "héroes-soldados", mutilados con sus medallas? ¿Cuál será su destino?

¿Tendrán que ir a unirse a los mendigos en el porche de la iglesia?...

No es un destino agradable el que le espera al héroe y salvador de su patria, aunque lleve diez medallas en el pecho... El gobierno zarista no se preocupará por él, no le dará importancia... Los corazones de los terratenientes e industriales, los corazones de los amos, no se afligirán por los heridos... ¿Qué les importa? No es su hermano el que sufre, vagando por el país maldiciendo su destino... No es un "caballero" sino uno de los "órdenes inferiores". Y los "órdenes inferiores" (el obrero, el campesino, el artesano) nacieron precisamente para servir a sus "señores y amos", para derramar su sangre por ellos, y como recompensa morir de hambre junto a alguna pared...

Mientras el pueblo no hable en nombre de los "héroes", mientras el pueblo no tome el poder en sus manos, mientras el pueblo no controle las finanzas del estado, los héroes lisiados no podrán mejorar su suerte.

¿Por qué peleaban?

Pregunten a cualquier soldado, sea ruso o alemán, ¿por qué luchaba? ¿Por qué derramó la sangre de sus hermanos, los trabajadores y campesinos de su país vecino? ¿Por qué lisió a la gente? No se lo dirá, no le responderá, porque ellos mismos no lo saben.

Tal vez estaba luchando en nombre de los serbios, o tal vez fueron los alemanes los que atacaron Rusia. Se habló de la tierra. Al principio, los campesinos-soldados rusos pensaron: "Vamos a quitarles la tierra a los alemanes".

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que la guerra no era por la tierra... ¿De qué se trataba entonces? Hay muy pocos que lo sepan, que lo entiendan. No sólo los rusos están luchando "a ciegas" sin entender realmente por qué están apuñalando, clavando sus bayonetas e hiriendo gravemente a la gente. Los soldados alemanes, ingleses y franceses también tienen tan poca idea de la verdadera razón de la guerra. Pregúntenle a cualquiera de ellos, cada uno le citará un motivo diferente.

Al pueblo alemán se le dijo: "Rusia nos ha atacado. Los cosacos rusos están marchando sobre Berlín. Debemos defender nuestra patria. Al mismo tiempo, marcharemos a liberar a Rusia de la burocracia, de la arbitrariedad y la ilegalidad de los funcionarios del zar. ¡Moriremos por la "libertad" del pueblo ruso! El propio pueblo ruso es débil y no puede hacer frente a sus "enemigos internos", a los ministros venales y a los rapaces terratenientes opresores. ¡Ayudémosles! Abriremos para el pueblo ruso el camino de la libertad popular, de los derechos y de la libertad."

Esta fue la seductora canción que el Kaiser y su personal, los terratenientes e industriales alemanes, cantaron al pueblo alemán. El pueblo no lo entendía; creía. En millones de ejemplares los periódicos capitalistas difundieron mentiras sobre la guerra, los gobiernos introdujeron la censura en tiempos de guerra, no permitieron que se imprimiera ni una sola palabra sobre la verdad, y metieron en la cárcel a los mejores

amigos de la clase obrera. Se engañó al pueblo, como se engañó a los soldados rusos cuando se les aseguró que era por "tierra" por lo que marchaban sobre Galicia...

En Francia, el gobierno, los generales, los ministros, los banqueros y los industriales, encontraron otra explicación de la guerra para su pueblo. Era hora de recuperar de los alemanes el territorio de Alsacia y Lorena, que habían conquistado en 1870. "¡Ciudadanos de la gloriosa Francia republicana!... Viven en un país libre, han ganado todos los derechos políticos para ustedes en casa... ¡Pero al lado, en la vecina Alemania, el pueblo gime bajo el yugo del Kaiser!... ¡Salvemos al pueblo alemán! ¡Lucharemos hasta que hayamos expulsado al Káiser de Alemania y hayamos establecido una república para los alemanes!"

Y la noble Francia decidió "liberar" al pueblo alemán y acabar con el Kaiser. ¡No es una mala causa! ¿Quién necesita a los Kaiser y a los zares? Sin embargo, si se mira un poco más de cerca se ve que hay algo bastante extraño: el pueblo vivía en paz, el Kaiser y el Zar eran amigos y se visitaban mutuamente. Los capitalistas de varios países trabajaron juntos para establecer fábricas y compañías comerciales, juntos robaron las colonias en Asia y África, se beneficiaron de la producción de cañones y vehículos blindados. Y de repente, todos los zares y todos los capitalistas de los distintos países se han dejado llevar por una noble pasión: ¡vamos a "liberar" a nuestro vecino! ¡Introduzcamos los derechos y la justicia, la igualdad y la prosperidad entre nuestros vecinos!

Los alemanes se pusieron en marcha para salvar a Rusia de las miserias del zarismo, y los franceses se pusieron en marcha para liberar a los alemanes del poder del Kaiser...

Sin embargo, al mirar un poco más de cerca se ve que los Kaiser y los zares siguen sanos y salvos, todavía en sus tronos y con su poder intacto. Los capitalistas se enriquecieron gracias a la guerra. Ganaron entre 20 y 40 kopeks por cada rublo de suministros para el ejército, y estos suministros valen cientos y miles de millones de rublos. Y cientos de miles y millones de esos mismos ciudadanos por los que las "grandes potencias" se preocuparon de repente han sembrado sus propias tierras y tierras extranjeras con sus huesos. ¿Es la "liberación" de un pueblo extranjero la causa de la guerra? ¿Hay alguien que todavía crea en tales cuentos de hadas?

Tomemos otro ejemplo: los ingleses aparentemente sólo entraron en la guerra más tarde para, por un lado, defender a Bélgica y, por el otro lado, para derrotar y destruir la "máquina militar" alemana (el militarismo). Así es como se presenta de palabra. Pero, ¿cómo se presenta la monarquía inglesa en los hechos? En primer lugar, Inglaterra no pierde la oportunidad de apoderarse de las colonias alemanas, de la tierra alemana. Y, por supuesto, no pregunta a la población bajo qué dominio desean permanecer, si bajo el alemán o si bajo el inglés. Bélgica es Bélgica, pero mientras tanto uno debe tomar para sí mismo otras tierras y pueblos... ¡¿Para qué las necesitan los alemanes?!

Lo mismo ocurre con la lucha contra la máquina militar. A los ingleses no les gustan los "militaristas alemanes", maldicen a los prusianos y expresan su indignación: los alemanes han matado el espíritu de libertad entre su propio pueblo, que se ha convertido en una manada entrenada y obediente.

La crítica es feroz. Muchas de ellas son verdaderas. El problema es que las palabras y la práctica no coinciden. En la práctica, el gobierno inglés, mientras maldice a los "germano-prusianos", intenta aprender de ellos e introducir en su propio país un "militarismo al estilo alemán". Desde el comienzo de la guerra se ha producido una lucha en Inglaterra entre el pueblo y el gobierno: el gobierno inglés decidió introducir en Inglaterra el mismo militarismo por el que fue a la guerra contra Alemania, está

intentando introducir el servicio militar obligatorio universal en lugar del sistema de voluntariado remunerado que existía anteriormente en Inglaterra.

Ahora los millonarios y depredadores ingleses han logrado romper la resistencia y han comenzado a introducir el servicio militar obligatorio. Una vez más resulta que no es cierto; el gobierno inglés decidió "liberar" a un país extranjero del mal del "militarismo", ¡e imponer el mismo mal a su propio pueblo! Sin embargo, esto no es todo. El ejemplo dado por Alemania fue tan del agrado del gobierno inglés que decidió hacer lo que otros países habían hecho e introducir la "militarización" en las fábricas: movilizar a los obreros, subordinarlos a las autoridades militares, quitarles el derecho de huelga y a defender sus intereses, y atarlos al estado... Y esta verdadera "esclavitud militar" de los obreros se ha introducido no sólo en Alemania sino en todos los países beligerantes: en Francia, en Alemania y en Rusia. Trabajan por una miseria y aguantan todo tipo de prohibiciones e insultos. Si no lo hacen, serán enviados al frente para enfrentarse a las balas del "enemigo". Los obreros ingleses luchan con valentía y obstinación contra esta nueva injusticia, contra este nuevo ataque de los capitalistas contra los trabajadores; luchan contra una nueva forma de esclavitud y defienden sus derechos... Sin embargo, el gobierno inglés no retrocede... Le gusta el ejemplo de Alemania, ¡encuentra de su gusto el "militarismo prusiano"!

Así es como están las cosas en realidad: el mismo motivo, el mismo "mal" por el que se declaró la guerra contra un país vecino ¡se introduce y refuerza en casa!... ¡Los alemanes marcharon a "liberar" al pueblo ruso, y en casa durante la guerra introdujeron la misma tiranía zarista!... ¡Los franceses desenvainaron la espada en nombre de la "libertad" de los alemanes, y en su lugar inventaron formas de opresión como Francia no había conocido durante años!... Sólo hay que mirar alrededor con más atención para darse cuenta de que estas no son las razones que hicieron que las potencias (europeas) entraran en guerra entre sí, que el motivo por el que un país fue a la guerra contra su vecino no es el que se expone ante el pueblo. La guerra tiene otras causas, otros propósitos, otras razones.

¿Quién es responsable de la guerra?

Hay quienes dicen: tal vez no sabemos las razones de la guerra, pero en cuanto a quién es responsable, ¡eso es obvio! Y el responsable debe ser castigado. ¿Pero quién es responsable? Pregúntenle a un ruso y él les dirá: "¡Alemania! Ella fue la primera en declarar la guerra, y por lo tanto es la instigadora." Pregúntenle a un alemán y les dirá: "¡Eso no es cierto! ¡Mentira! Los alemanes no queríamos la guerra, prolongamos las negociaciones. Pero el gobierno ruso fue el primero en declarar la movilización. ¡Eso significa que el instigador es Rusia!" "No es cierto", grita el "aliado" de Rusia. "El gobierno ruso declaró la movilización en respuesta a un ultimátum, a las exigencias planteadas a Serbia por el gobierno austriaco. ¡El instigador es Austria!" Pero Austria señala a Rusia, con Inglaterra a sus espaldas. Lean cualquiera de esos libros gubernamentales naranjas, blancos, rojos, azules, grises o amarillos sobre la guerra, con sus colecciones de cartas, telegramas y "notas" (exigencias) gubernamentales, y recuerden cómo, durante las últimas décadas, las grandes potencias ahora en guerra compitieron entre sí para robar a China, Persia, Turquía, a las tierras de África y otras, y entonces una cosa les quedará clara: durante muchos meses, incluso años, antes de la guerra, los gobiernos de todos estos países se esforzaron en superarse unos a otros, llevaron a cabo negociaciones diplomáticas mientras se preparaban secretamente para la guerra. Fingían ser "amigos íntimos", pero en realidad sólo tenían una cosa en mente: demostrar mayor habilidad para burlar al otro: los ingleses a los alemanes, los alemanes

a los rusos, los rusos a los austriacos... Y al mismo tiempo cada gobierno también engañaba a su propio pueblo. Pasaron años preparándose para la guerra y gastaron grandes cantidades de la riqueza de su nación en estos preparativos. ¿Para qué se utilizaron los recursos financieros de la nación en todos los países capitalistas? ¿Para las escuelas? ¿Para los hospitales? ¿Para el seguro de los obreros? ¿Para viviendas baratas para los pobres? ¿Para mejorar la tierra o las carreteras? ¿Para satisfacer las numerosas necesidades de la gente? ¡Nada de eso!

La riqueza de la nación se destinó a gastos militares, a los preparativos para un conflicto sangriento que fueron hechos simultáneamente por los gobiernos alemán y ruso, inglés y belga. ¡Y ahora pretenden ser unos pobres huérfanos! El pueblo, la gente trabajadora políticamente consciente, era muy consciente antes de la guerra de adónde iba la riqueza nacional, sabía que los impuestos se recaudaban para que los zares y los káiseres, los capitalistas ingleses y franceses, tuvieran los medios para construir una marina de guerra y máquinas asesinas... El pueblo sabía que en Rusia la mitad de este dinero iba a llenar los bolsillos de los "constructores". ¿Por qué deberíamos olvidarnos ahora de quién preparó la guerra? ¿Por qué debemos pensar que los culpables son los obreros y campesinos alemanes, y no nuestro propio gobierno inútil y egoísta? ¡No! Si buscamos al culpable, debemos decir directamente y con honestidad: los gobiernos de todas las potencias beligerantes son igualmente responsables de esta guerra. La responsabilidad de la guerra recae en los capitalistas, banqueros y terratenientes, junto con sus mecenas y amigos los zares, reyes, káiseres y sus ministros y diplomáticos. Todos ellos constituyen una banda criminal. No cuidan de los intereses del pueblo, sino sus propios intereses. La guerra no beneficia al pueblo, sino a sus propios bolsillos. Ellos provocaron este sangriento desastre con su "política exterior". En cuanto al pueblo, ¡marchen y mueran!... "Salvar la patria" que ellos mismos traicionaron, provocando un desastre. Morir "por la gloria de la patria", olvidando todas las injusticias, insultos y humillaciones... Olvidar que incluso antes de que empezara la guerra se entendía que nada bueno vendría de la política del gobierno. No se atreva a recordar que ayer mismo se indignó cuando un oficial golpeó a un soldado, que maldijo por la falta de derechos del pueblo en su propio país... ¡Ahora es la guerra!... Ayer mismo se habría reído si alguien le hubiera dicho que el fabricante-opresor es su "hermano", y que el trabajador alemán, tan necesitado como usted, es su "peor enemigo". Ayer mismo, usted habría dado la espalda a cualquier "consejero" que se atreviera a recomendarle que sacrificara su vida por un terrateniente, un propietario de una fábrica o un jefe rico. Pero hoy es la guerra, y usted clava la bayoneta, apuñala, lisia y mata al "enemigo", un obrero o campesino tan desgraciado como usted mismo... Sacrifica su propia vida y destruye la de un camarada de otro país en beneficio de su enemigo común, el millonario. ¡Tal es la voluntad de los verdaderos responsables de la carnicería de la guerra mundial, la voluntad de los gobiernos de la clase capitalista, servidores y amigos del capital!

¡La patria en peligro!

¿Pero qué se debe hacer? No se puede rehusar el combate cuando la patria es atacada y está en peligro. Los que estaban dispuestos a morir "por la patria" deben preguntarse honestamente y en conciencia: ¿Qué patria tiene el obrero, qué patria tienen los desposeídos? ¿Tienen una *patria*? Si la tuvieran, ¿habría un flujo anual de emigrantes de todos los países hacia tierras extranjeras, los desposeídos y parados abandonando sus tierras natales, creyendo, confiando en que, tal vez, esta "tierra extranjera" resulte ser una madrastra más amorosa que su propia patria? En la misma Rusia, ¿habría cientos de miles de "emigrantes" hambrientos y sin dinero?

El general tiene una patria, y también el terrateniente, el comerciante, el fabricante y todos los que llevan una billetera gorda en el bolsillo. A éstos, a los ricos con las carteras repletas, la patria les da derechos y privilegios y las autoridades estatales se preocupan por su destino. Pero, ¿qué le da la "patria" al obrero, ya sea ruso, alemán o francés? La lucha por el pan de cada día, la lucha contra la pobreza y la falta de derechos, la opresión a manos del amo y del terrateniente, los insultos, la pena, la enfermedad y las humillaciones... ¡Y no es raro que la cárcel también! En Rusia la servidumbre penal y el exilio... Esto es lo que la patria moderna da a sus hijos, a los que crean su riqueza con sus propias manos, a los que compran su honor militar con sus vidas...

Para los pobres, la patria no es una madre sino una madrastra... Sin embargo, hay muchos que dicen: ¡quizás nuestra madre no nos complazca a nosotros, a sus fieles hijos que regamos su tierra con el sudor de nuestra frente, pero nosotros amamos nuestra tierra! ¡Defenderemos a nuestro pueblo de los ataques de los enemigos extranjeros, salvaremos la fe de nuestros padres de los enemigos de otro credo!... Pero ¿la guerra moderna, la guerra entre todas las grandes potencias europeas, es una guerra entre enemigos de diferentes credos o razas? Miren más de cerca. ¿Quién está luchando contra quién, el ortodoxo contra el católico o el católico contra el luterano? ¿Los cristianos contra los mahometanos? ¡No! Esta guerra ha mezclado a todos. El ruso ortodoxo dispara al búlgaro ortodoxo, el católico francés mata al católico alemán, el mahometano ayuda al cristiano a disparar sobre un hermano mahometano, el judío mata al judío, y el polaco mata al polaco...

La guerra se está librando no entre pueblos de diferentes creencias, ni entre diferentes pueblos con diferentes creencias, ni tampoco entre diferentes pueblos con diferentes costumbres, idiomas y tradiciones, sino entre *estados*, entre grandes potencias capitalistas. Cada una de estas potencias se ha tragado más de un pueblo, ha tomado más de un trozo de tierra de sus vecinos... ¡Cuántos pueblos y naciones se pueden encontrar en Rusia!

Lo mismo ocurre con Austria. Tampoco Alemania se queda atrás: Una vez se apoderó de un pedazo de Polonia, tomó Holstein de los daneses y le ganó Alsacia a Francia. E Inglaterra, el "soberano de los mares"... ¿A cuántos pueblos ha sometido a su dominio imperial: indios y negros, australianos e isleños... Las grandes potencias han trazado una "frontera" a su alrededor, han hecho cruzar esa frontera a las más diversas razas y pueblos y han declarado: "¡Ahí está tu patria! ¡Obedece nuestras leyes en tiempos de paz, y si hay guerra es tú deber morir por esta patria que te hemos impuesto!... Las "grandes potencias" que ahora están en guerra entre sí son cada una de ellas un opresor de numerosos pueblos y naciones. Rusia oprime a judíos, ucranianos, polacos, finlandeses y muchos otros. Alemania oprime a los polacos, daneses, etc. Inglaterra y Francia oprimen a decenas y cientos de millones en sus colonias. La guerra no se hace en nombre de la libertad del pueblo, ni en nombre del derecho a la lengua materna, ni por la supervivencia de las instituciones beneficiosas para la clase obrera. No, la guerra se hace en nombre del "derecho" de las grandes potencias a oprimir a tantos pueblos extranjeros como sea posible y a robar tantas colonias como sea posible. La guerra se está llevando a cabo por los depredadores con el fin de dividir el botín. Surge un cuadro grotesco: por orden de las grandes potencias, los pueblos de una nación, de un idioma, de una fe, se matan y se lisian unos a otros, pisotean la tierra... El campesino ucraniano ruso apunta su arma al campesino ucraniano de Austria; el obrero de la Polonia rusa apunta su ametralladora contra los obreros polacos de Alemania... Hace cuarenta y cinco años, los alsacianos dieron su vida por la gloria de "la belle France". Ahora defienden su "patria" bajo las banderas que llevan el águila alemana... Y ¿quién sabe? ¡Si la victoria es para los

"aliados", tal vez los alsacianos tengan que morir en la próxima guerra por una "patria" francesa!

Y si se piensa en todos los soldados que Inglaterra y Francia han traído de sus colonias (africanos, indios...), ¿por qué "patria" están muriendo? Su patria está a miles de kilómetros de distancia. ¿Pero qué queda de esa patria desde que los europeos la invadieron, desde que las "grandes potencias" la sometieron a fuego y espada? Ya no tienen patria, y ahora deben morir por la gloria de la burguesía de la nación que los oprime. Pero no sólo las naciones conquistadas y sometidas por los estados capitalistas están sin patria, sino también los "verdaderos hijos" de Rusia, Alemania e Inglaterra, si no son más que "hijos de la gente común". ¿Qué clase de patria es si decenas de millones son esclavos contratados trabajando día y noche para un puñado de capitalistas? ¿Qué clase de patria es si estas decenas de millones de obreros no tienen nada que perder más que sus cadenas? ¿Qué clase de patria es cuando no es el propio pueblo el que dirige los asuntos de la patria, promulga leyes, supervisa la economía nacional y controla el presupuesto nacional, sino un puñado de amos, de ricos explotadores?

Antes de defender y morir por la patria, ¿no sería más sensato, en lugar de marchar contra el enemigo exterior alemán, enfrentarse al enemigo interior, es decir, expulsar a todos los tiranos y opresores del pueblo ruso que con su peligrosa y egoísta política han provocado la masacre del pueblo? ¿No sería más sensato que el pueblo alemán, en lugar de ponerse a "liberar" a Rusia del "zarismo", saldara cuentas con su propio Kaiser, con sus propios capitalistas y terratenientes? ¿No sería mejor para los franceses "purgar" su tierra natal de los enemigos más cercanos a su hogar en lugar de dirigir sus cañones contra el pueblo alemán? Hubo un tiempo en que los obreros y campesinos, al defender su "patria", defendían su lengua materna de la opresión extranjera, defendiendo su libertad contra los señores feudales y los zares. Ahora, sin embargo, la clase de los capitalistas ha reunido en sus propias manos toda la riqueza y todo el poder incluso en los países más liberales, mientras que en Rusia el pueblo está oprimido por la aristocracia, los terratenientes feudales junto con los capitalistas. Los capitalistas de todo el mundo están ahora unidos en alianzas que saquean y oprimen a los obreros en muchos países. Los capitalistas enfrentan a los obreros de un país con los de otro para reforzar su control sobre los trabajadores de todo el mundo. Los capitalistas hacen la guerra para repartirse el botín y debilitar a los obreros mediante la división. Así que los que hablan de la guerra actual en términos de defensa de la libertad y de la patria, mienten. Sólo hay una manera de defender la libertad y el derecho, de defender la causa de la clase obrera en esta guerra: el acuerdo entre los obreros de todos los países y su lucha común contra los capitalistas en nombre de una sociedad socialista.

Si nos ganan, las cosas marcharán peor aun

Cuando se trata de ganancias, los capitalistas de cada país, cada tribu y raza, se convierten en "hermanos de sangre". Además, en tiempos de paz los obreros son muy conscientes de esto. Saben también que los "enemigos" de los intereses de los obreros, de la causa de los trabajadores, no son los trabajadores de otro país vecino, sino los patrones *capitalistas* de ambos lados de la frontera. ¿Por qué, cuando se convoca al pueblo bajo la bandera del Zar o del Káiser, el obrero debe olvidar todo lo que la vida le ha enseñado? ¿Por qué ha de creer, por decirlo así, que los intereses pecuniarios del industrial, comerciante o fabricante que resulta ser su compatriota están más cerca de él que la causa obrera, común tanto a él como al desposeído proletario alemán y austriaco?

Las causas de la guerra

Sin embargo, aunque la guerra sea un negocio sucio y desagradable que nadie defendería, ¿cómo no se puede luchar una vez que la guerra ha comenzado, una vez que es una realidad?

Aquí debemos buscar primero la respuesta a otra pregunta: ¿por qué ha comenzado la guerra? ¿Qué ha causado la guerra? ¿Cuáles son las motivaciones que subyacen detrás de ella? Las guerras tienen una variedad de causas. En otros tiempos, la gente luchó por el territorio, por la libertad de su tierra natal. Sin embargo, la guerra actual tiene su propia causa particular: esta guerra fue generada por el *capitalismo*. Capitalismo es el nombre dado a un sistema económico en el que el capital, las fábricas y la tierra se dividen entre un grupo comparativamente pequeño de personas en el país, mientras que el resto sólo posee las manos de sus obreros, con las que estos se alimentan, y éstas se venden al patrón, al capitalista, al fabricante, al propietario de la tierra. A medida que la economía capitalista se desarrolla en cada estado, el capital comienza a sentirse apretado, con poco espacio, en su propio país. Para aumentar los beneficios y los intereses, el capital necesita que el mercado se expanda, necesita nuevos lugares, países, colonias en las que pueda invertir sus capitales acumulados y de los que los fabricantes e industriales puedan obtener "materias primas" como el metal, el mineral y el algodón, para producir bienes.

Las grandes potencias capitalistas, las que ahora están en guerra entre sí, experimentan todas ellas la misma necesidad de un mercado mundial, de colonias. Cada potencia sólo piensa en cómo puede controlar las colonias y los mercados de otros países, ya sea mediante el engaño diplomático y el soborno a los gobiernos y capitalistas de los países débiles y dependientes, o mediante la fuerza de las armas. Las colonias y el dominio del mercado mundial son las causas de las disputas que estallan entre las principales potencias modernas. Cada una quiere monopolizar (es decir, ser el único amo del) mercado, cada una quiere llevarse todas las ganancias para sí misma. En primer lugar, estas potencias tratan de resolver el litigio mediante "negociaciones diplomáticas" en las que cada una se esfuerza en engañar o burlar a la otra. Incluso en tiempos de paz, las negociaciones llevadas a cabo por los diplomáticos nunca cesan. Sin embargo, no se ofrece ninguna información al pueblo. La disputa se lleva a cabo entre los estados capitalistas, es decir, no en nombre del pueblo, sino en nombre de los capitalistas, y estos propietarios de propiedad privada capitalista empujan a sus estados al camino de la llamada política colonial o "imperialista". Son ellos los que deciden si habrá o no guerra. ¿Y el pueblo? Sólo necesitan saber una cosa: si te llaman a filas, ve y muere...

Si los diplomáticos no logran burlarse unos de otros, amenazan inmediatamente con la guerra. Detrás de los diplomáticos está el cañón, y por lo tanto no hay una paz estable entre los estados, sino sólo "paz armada", es decir, un período de paz durante el cual el estado intensifica sus preparativos para la guerra... Ni los trabajadores ni el pueblo en su conjunto saben nada de las negociaciones llevadas a cabo por los diplomáticos. Estas negociaciones se llevan a cabo "en secreto". Sin embargo, los capitalistas, los banqueros y los terratenientes, en cuyo nombre se lleva a cabo esta "política agresiva", siempre saben cómo se comportan los diplomáticos. Si empiezan a sospechar que sus propios diplomáticos no han sabido defender sus intereses financieros, que las negociaciones se llevan a cabo en beneficio de los capitalistas de otra potencia, lanzan la señal de alarma inmediatamente: "¡Ayuda! ¡La patria está en peligro! ¡Hermanos trabajadores, olviden todas las humillaciones, olviden todo el pasado! ¡Salven nuestra patria común!... Vayan y mueran por la gloria de la patria". El gobierno escucha el grito de los capitalistas. No puede dejar de atenderlo, porque el propio gobierno está formado por capitalistas y terratenientes, y el gobierno les sirve, protegiendo sus ganancias y

robos... Para complacer a los capitalistas, el gobierno comienza a "intimidar" a su vecino, y las negociaciones que llevan a cabo los diplomáticos se vuelven más "acaloradas" ... Antes de que se dé usted cuenta, ¡la guerra ha comenzado!... Sin embargo, no se puede decir la verdad al pueblo: luchamos porque nuestros fabricantes e industriales, nuestros banqueros y comerciantes, quieren grandes beneficios; luchamos para asegurar a nuestros capitalistas el "derecho" a robar en alguna colonia o país. Esto sería "incómodo". El pueblo no estaría dispuesto a morir por tal causa. Así que debemos llorar: "¡La patria está en peligro!"... O inventar un cuento u otro como "¡Liberemos a nuestros vecinos del zarismo o del kaiserismo!"... Los capitalistas, terratenientes y banqueros se sientan en sus oficinas, se embolsan la ganancia triplicada de la venta de armas y esperan el resultado de la guerra. Mientras, el pueblo lucha y muere, el pueblo sacrifica sus vidas. ¿Y para qué? Para proporcionar una vida mejor, más dulce, más rica y más lujosa a sus propios explotadores nativos, jefes, industriales, terratenientes, fabricantes...

¡La gente es demasiado confiada! Posee tan pocos conocimientos. Aún no ha entendido dónde están sus propios intereses, y los capitalistas y los servidores del gobierno hacen uso de esto. Así que la causa de esta guerra es la lucha del *capital nacional* en el mercado mundial. El capital ruso está luchando contra el capital alemán en la propia Rusia, y contra el capital austriaco en los Balcanes; el capital inglés y francés está luchando contra el capital alemán en África, Asia y en los mercados de los estados más pequeños. El capital choca con el capital, lucha contra el capital, cada uno buscando expulsar al otro. Cada uno desea el dominio para sí mismo, para conservar su "monopolio", desplumar al trabajador durante la producción de la mercancía, y al cliente durante la venta de la misma. Cuanto más rápido se desarrolla el capitalismo, más se involucran los estados en esta lucha, más amarga se vuelve la lucha. La guerra se vuelve inevitable. Es inútil consolarse con el pensamiento de que esta es *la guerra para terminar las guerras.* Mientras existan propietarios capitalistas que tengan el poder del estado en sus manos, *las guerras continuarán*. El objetivo de estas guerras será el mismo que el de la guerra actual, es decir, asegurar mejores beneficios para los propios industriales y hombres de negocios. ¿Merece tal objetivo que se derrame sangre en su nombre? ¿Acaso los trabajadores actúan sabiamente cuando por tal causa matan a un compañero de otro país, destruyen ciudades y devastan pueblos pacíficos?... ¿Han llegado los trabajadores a "amar" tanto a sus propios explotadores, a sus propios amos tiranos durante la guerra, que están dispuestos a morir para defender sus beneficios e intereses?

Una vez que se ha comprendido la verdadera causa de la guerra, su propósito, surge otra pregunta: ¿qué se debe hacer? ¿Cómo se puede detener la matanza? ¿Cómo se puede evitar al pueblo nuevos conflictos y disputas entre los capitalistas, nuevas guerras, en el futuro? Antes de buscar la respuesta a estas preguntas hay que darse cuenta de una cosa: mientras el capitalismo siga existiendo, mientras sobre la tierra haya propiedad privada de tierras, fábricas, plantas, etc., mientras los ciudadanos sigan divididos entre los que tienen y los que no tienen, en capitalistas que hayan tomado el poder del estado y contratado obreros sin derechos, mientras los capitalistas sigan luchando entre ellos en el mercado mundial en aras de sus beneficios, *las guerras son inevitables*. Las guerras sólo terminarán cuando el poder de los capitalistas haya sido aplastado, cuando los dueños-explotadores ya no puedan dañar al pueblo y empujarlo a conflictos sangrientos. La guerra es generada por la injusta estructura capitalista de la sociedad. *Para poner fin a la guerra, la estructura de la sociedad debe ser cambiada*. Para poner fin a la guerra, todas las fábricas, todas las plantas, todas las empresas industriales deben serles arrebatadas de las manos a los amos capitalistas: a los terratenientes se les debe quitar las tierras, las minas a los propietarios privados, los bancos a los capitalistas, y toda esta riqueza debe convertirse en propiedad común. Para poner fin a la guerra, hay que ganar un nuevo y

más justo *mundo socialista* para el pueblo, para la clase obrera. Cuando el pueblo administre por sí mismo el control de todas las riquezas nacionales, administre la economía nacional y el presupuesto nacional, atienda a las necesidades y requerimientos de todos los ciudadanos, se esfuerce por asegurar la prosperidad y el bienestar de su tierra natal y la hermandad de todos los pueblos, entonces no habrá más guerras. Entonces los pueblos vecinos no buscarán destruirse entre sí, entonces no habrá necesidad de una "política agresiva": ¡los países pacíficos de gente trabajadora libre siempre encontrarán un lenguaje común! Entonces ya no habrá más *culpables de la guerra*: ¡una camarilla de capitalistas destruyendo a millones de personas para que después de la guerra sus bolsillos estén más llenos!... Esta es la principal tarea de los trabajadores.

Sin embargo, queda una pregunta, queda otra tarea inmediata y urgente: ¿cómo podemos detener la actual guerra fratricida? ¿Qué hay que hacer? Hay una respuesta y, más importante aún, es la misma respuesta para los obreros de todos los países. La respuesta es la siguiente: los gobiernos pueden enfrentar hermano tras hermano a un trabajador de un país contra un compañero de otro país, pero el enemigo sigue siendo el mismo para todos los trabajadores del mundo, los intereses de los obreros rusos y alemanes, ingleses y austriacos son los mismos. Para lograr la paz, lo primero que hay que hacer es llamar a los culpables a filas. ¿Y quiénes son los culpables sino los zares y los káiseres, junto con sus diplomáticos y ministros, todos los obedientes servidores del capital; quiénes sino ellos son responsables de esta sangrienta catástrofe? ¡Que respondan por sus actos! ¡Fuera este gobierno inútil, los mecenas de los ricos sacos de dinero! ¡Fuera los zares, reyes, emperadores, káiseres! ¡Lejos de sus ministros, policías y funcionarios corruptos! ¡El poder del estado debería pertenecer al pueblo! El que quiera la paz, el que esté cansado de esta guerra criminal, que se una a las filas de los que luchan no contra un enemigo externo, sino contra el enemigo interno del pueblo. Que se diga a sí mismo: en lugar de morir por el mayor beneficio de los Krestovnikov, los Guchkov, los Morozov, los Purishkevich y toda su honorable fraternidad, ¡daré mi vida por la libertad de mi pueblo, por los derechos de la clase obrera, por la victoria de la causa de los trabajadores!... Si los obreros rusos, los obreros alemanes y los obreros de todos los países beligerantes dicen esto, ya no existirá en el mundo una potencia dispuesta a dejar que continúe el derramamiento de sangre, y la paz vendrá automáticamente. Sólo hace falta que cada soldado del frente, cada obrero del taller, se dé cuenta: mi enemigo no es el que, como yo en mi país, no tiene derechos, el que está oprimido por el capital, cuya vida es una lucha por el pan de cada día.

Mi enemigo está en mi propio país, y este enemigo es el mismo para todos los trabajadores del mundo. El *enemigo es el capitalismo*, este enemigo *es el gobierno de clase rapaz y corrupto*. Este enemigo es la falta de derechos que sufre la clase obrera. Camarada trabajador, soldado raso del ejército enemigo, ahora sé que no eres tú el enemigo. ¡Dame la mano, camarada! Los dos somos víctimas del engaño y la violencia. Nuestro principal y común enemigo está en nuestra retaguardia. Giremos nuestros rifles y armas contra nuestros verdaderos enemigos comunes... Y entonces todos nuestros valientes comandantes, mariscales de campo y generales se pondrán pies en polvorosa... ¡Que cada uno de nosotros vaya a la guerra en su propio país contra nuestros opresores, que limpie nuestra patria de los verdaderos opresores, que limpie nuestra patria de los verdaderos enemigos del pueblo, de los zares, reyes y emperadores! Y cuando el poder esté en nuestras manos, concluiremos nuestra propia paz sobre las cabezas de los capitalistas derrotados... Este es el camino a seguir para aquellos que quieran luchar por una paz estable entre las naciones, por la victoria de la causa de los trabajadores, por la *sustitución de la sociedad capitalista por un mundo más justo y mejor, basado en la fraternidad socialista de los trabajadores de todos los países*. Este es el camino,

camarada, que os llaman a seguir los socialistas obreros organizados y conscientes de Rusia, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Bulgaria y otros estados, los socialistas que se han mantenido fieles a la causa obrera, que no han olvidado la demanda de los obreros de vanguardia: "*¡Trabajadores de todos los países, uníos!*" ¡Reúnanse alrededor de la bandera roja de las organizaciones obreras revolucionarias! ¡A trabajar, camaradas, a trabajar! Ya ha habido suficientes víctimas para la gloria del capital. ¡Nuestro enemigo común está en nuestra retaguardia! ¡Lejos de los responsables de la guerra! ¡Fuera los capitalistas y los zares! ¡Luchemos por la libertad de nuestra patria, por una paz estable! *¡Viva la revolución social que se aproxima y que se espera! ¡Viva la victoria de la hermandad socialista de las naciones!*

¿Por qué se mantuvo en silencio el proletariado alemán en el mes de julio?

(1915)[198]

Muchas personas todavía no pueden entender cómo o por qué puede ser que los proletarios alemanes se hayan transformado, de repente, de luchadores de clase en una manada obediente que marcha con la cabeza baja hacia una muerte segura. Para muchas personas sigue siendo un misterio por qué estas masas (y estamos hablando de las amplias masas y no de los dirigentes) no hicieron nada para defender sus anteriores posiciones de principios cuando las armas comenzaron a rugir en Europa, sino que entregaron sus fortalezas obreras al enemigo de clase sin luchar. Cualquier protesta, cualquier oposición podría haber sido suprimida desde el principio, pero ¿por qué el descontento no se agolpaba y hervía entre la gente, dando lugar a manifestaciones espontáneas y a la resistencia de las masas? ¿No fue la educación de los obreros de Alemania guiada por un partido político que, por su formación teórica, sirvió de modelo al proletariado de todo el mundo? ¿Significa esto que la educación socialista no rinde los frutos que tenemos derecho a esperar?

Se preguntan los escépticos. Otros, entre los que se encuentran algunos social chovinistas rusos, germanófilos, están dispuestos a ver en ello un ejemplo de la "conciencia política" de los obreros alemanes: las masas se dieron cuenta a tiempo de que se trataba de un desarrollo sin trabas de las fuerzas productivas de Alemania, lo que afecta de cerca al éxito del movimiento obrero, y decidieron, en aras del "interés nacional", no obstaculizar la valiente labor de las armas alemanas.

Sin embargo, tanto los que en el dolor y la confusión critican a las masas trabajadoras alemanas, como los que se apresuran a defenderlas, calumnian por igual a las masas. Sólo miran el resultado visible y pasan por alto la causa interna fundamental del silencio y la inactividad de las masas en los históricos días de julio y agosto. La inactividad de las masas en ese momento crítico sólo sorprendió a aquellos cuyo conocimiento del movimiento obrero alemán se basa en las impresionantes cifras citadas en sus informes anuales, en sus "palacios obreros" y en el creciente número de trabajadores que son diputados en los gobiernos locales y en el central. Para aquellos que estaban familiarizados con la "vida cotidiana" del movimiento alemán, este silencio e inactividad por parte de las amplias masas no resultaba inesperado. Pero no son las masas las que tienen la culpa. La causa es mucho más profunda y radica en la naturaleza y el espíritu del movimiento obrero alemán de los últimos años.

Para que las masas trabajadoras puedan, no sólo comprender los acontecimientos políticos que se están produciendo, sino también responder activamente a ellos sin esperar a que sus dirigentes se lo digan, el proletariado debe estar acostumbrado a la acción pública, debe tener fe en sus propias fuerzas, debe tener lo que se llama "experiencia revolucionaria". Sin embargo, este era precisamente el tipo de experiencia que se evitaba

[198] *¿Por qué se mantuvo en silencio el proletariado alemán en el mes de julio?*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "Why Was the German Proletariat Silent in the July Days?", en Alexandra Kollontai Archive – MIA. Publicado por primera vez: *Kommunist,* Suiza, Nos. 1-2, 1915, pp. 159-161.

en Alemania. El partido se asemejaba a un maestro de la vieja escuela: por un lado, desarrollaba el pensamiento de clase, pero, por otro lado, hacía todo lo posible para contener y frenar cualquier manifestación de voluntad revolucionaria, de actividad de las masas... A los obreros se les enseñó cómo reconocer y comprender el significado y el beneficio de la lucha revolucionaria en la teoría. Sus cabezas estaban llenas de ejemplos históricos, de hechos... Sin embargo, que los obreros tuvieran la oportunidad de medir sus fuerzas con las de sus enemigos de clase, templar su espíritu y voluntad experimentando los caprichos y sacrificios de la acción de las masas y de la lucha revolucionaria, era algo que sus líderes-guardianes "de mente sobria" no querían permitir.

Tomemos la esfera de la lucha sindical. Los vertiginosos éxitos alcanzados por la industria alemana en los 20 años anteriores habían creado una atmósfera propicia para la búsqueda de tácticas de compromiso. Para evitar un conflicto abierto, a menudo perjudicial para el capitalista y siempre cargado de consecuencias, los empleadores voluntariamente les hicieron a los trabajadores sopas con sus propios panes, y las centrales sindicales se apoderaron de ella con entusiasmo y entablaron conversaciones con los jefes para encontrar un "compromiso pacífico". ¿No es característico de la situación que, mientras que el número absoluto de conflictos aumenta, el número relativo de conflictos que desembocan en una huelga disminuye? Muchos veían en esta prueba que aumentaba el poder y la importancia de las organizaciones sindicales. Las masas podían permanecer inactivas, las masas podían confiar sus intereses a sus centros (¡estos centros sabían encontrar una salida a cada conflicto, sabían cómo influenciar al jefe!)...

Sin embargo, si se considera que la mayoría de los conflictos resueltos sin la participación de la masa de los obreros, sin huelgas, terminaban en un compromiso, y, además, un compromiso a favor del capital en lugar de a favor del trabajo, uno se ve obligado a adoptar una visión diferente de este fenómeno...

¡Cuántas veces se han enfrentado los obreros y sus dirigentes sobre este mismo asunto! Basta recordar la huelga de los obreros siderúrgicos de Hamburgo, saboteada por sus propios centros.

Al evaluar fenómenos similares con respecto a la actividad de los sindicatos ingleses (en particular hasta la ola de huelgas masivas de 1911-1912), los marxistas revolucionarios siempre señalaron el peligro que tales tácticas oportunistas representan para el movimiento obrero revolucionario. Sin embargo, pocos de los que miraban desde fuera se dieron cuenta de que, en sus métodos de resolución de conflictos por "medios pacíficos", los sindicatos alemanes superaban incluso a sus maestros ingleses.

Pero no sólo los sindicatos "pecaron" en el sentido de reducir la actividad de las amplias masas de la clase trabajadora. El partido político también siguió el mismo camino. Se habría pensado que un partido que basa su táctica en el principio de la conquista revolucionaria del poder político debería esforzarse por aprovechar todas las oportunidades de la lucha política para desarrollar y poner a prueba la energía revolucionaria de las masas y acostumbrarlas a la acción.

Sin embargo, en la práctica, sobre todo en los últimos años, los centros del movimiento del partido se han preocupado por hacer justo lo contrario... Los elementos de la oposición de izquierda del partido lo señalaron de manera bastante categórica, pero sus voces fueron ahogadas por las autoridades reconocidas, por los representantes de las altas esferas. Ya se tratase de la lucha contra el aumento del coste de la vida o de la cuestión de la obtención de derechos para los trabajadores en el Landtag prusiano, el partido buscó métodos legales de lucha siempre que fue posible. Si se sugería que la lucha se llevara a cabo fuera de las reuniones a puerta cerrada y se le diera un carácter más activo y más revolucionario, los centros levantaban la mano con miedo.

¿Experimentos? ¡Dios no lo quiera! ... Todavía no somos lo suficientemente fuertes. Todavía no tenemos suficientes obreros en el partido. La derrota conllevaría enormes pérdidas en las próximas elecciones.

Nur immer langsam voran! La moral de las masas se desmoronó; las masas se acostumbraron a la pasividad; la voluntad revolucionaria de las masas se estancó; la iniciativa de las masas no se desarrolló y nunca desarrollaron el hábito de responder activamente a los acontecimientos sin esperar la orden de sus líderes.

Por lo tanto, ¿es sorprendente que, en julio de 1914, en un momento en que la historia exigía que fuera intransigente y capaz de acción revolucionaria, el proletariado alemán, al que se había enseñado a respetar sólo métodos de lucha "pacíficos" y legales, se mostrara incapaz de responder de forma independiente y activa a los acontecimientos? Las masas esperaban con confianza la señal "desde arriba", pero los de arriba, señalando la inactividad de las masas, se encogieron de hombros impotentes y llegaron a la conclusión de que las masas, claramente, ¡estaban a favor de la guerra!

No buscaron verificar esta conclusión ni por medio de un referéndum (una medida que la tan cacareada organización del partido no hace en absoluto imposible), ni por medio de un llamamiento a una oposición revolucionaria decidida a los planes de las autoridades de la clase burguesa. Las altas esferas, los centros, no apelaron a la militancia de los obreros, no recurrieron a la democracia del partido para que les apoyase en la determinación de sus tácticas en una cuestión que no sólo era una cuestión de vida o muerte para cientos de miles, para millones de sus camaradas, sino también una cuestión de vital importancia para el conjunto de la Internacional Obrera.

La dirección, dejando a las masas a su suerte, simplemente bajó la bandera revolucionaria sin resistencia ni batalla... ¡Cuántos obreros conscientes resultaron confundidos por el comportamiento de la dirección! Acostumbrados a seguir a sus centros obedientemente, sin críticas, los obreros dejaron de lado o sofocaron las dudas que los atormentaban.

"Nuestros representantes electos votan a favor de la guerra, *Vorwärts* nos aconseja no ceder a nuestras emociones y no hacer nada precipitado que sirva de pretexto para los excesos... Claramente ellos, nuestros representantes electos, ven y saben lo que escapa a nuestro entendimiento... Y los obreros, los que trabajaban entre las masas, marcharon a sus puestos de batalla, marcharon a una muerte segura convencidos de que sus líderes sabían por qué debían sacrificar sus vidas...

¿Habría sido posible un fenómeno tan anormal y perjudicial si se hubiese enseñado a las masas a responder activa e independientemente a los acontecimientos, si el partido no hubiera extinguido cuidadosamente cada protesta espontánea, cada manifestación de implacabilidad popular? Si las masas guardaron silencio en un momento de importancia histórica trascendental, la culpa recae enteramente sobre quienes, con su adhesión a los medios pacíficos, a los métodos legales de lucha, con su odio a todo lo que es revolucionario, de principios e intransigente, han educado durante años a los obreros en el espíritu del "crecimiento pacífico", han calmado durante años los enérgicos y creativos brotes de rebeldía de clase. Apelaciones ilegales, manifiestos, reuniones no autorizadas en talleres, en calles y plazas, el llamamiento revolucionario: "¡A la calle en la batalla contra la guerra!; todos estos medios de autodefensa, todos estos métodos que surgen espontáneamente en el auge del fervor revolucionario, estaban, durante los días de julio, fuera del alcance de una clase obrera educada en el marco de una estricta legalidad y de una subordinación incuestionable a su propia dirección. La amenaza de una guerra mundial que se avecinaba no podía evitarse con las habituales manifestaciones supervisadas por la policía, ni con las discusiones teóricas sobre las causas y el significado

de la guerra. El "dios de la guerra" sólo cedería ante el "fantasma rojo", despertado en una acción enérgica...

Sin embargo, el hábito de utilizar sólo métodos legales, sólo medios "permitidos" y pacíficos de autodefensa, ató al proletariado alemán de pies y manos y lo arrojó, así, atado, bajo las ruedas del carro de la guerra.

Esta lección no pasará desapercibida para el proletariado del mundo. Esta época sangrienta, esta época que revela todos los males que se esconden en el seno de cada uno de los partidos socialistas, muestra claramente que la teoría de la "adaptación" del movimiento obrero al sistema capitalista de su propio país, la teoría de la "lucha pacífica" por la supremacía de clase, es uno de los mayores peligros a los que se enfrenta el movimiento de liberación internacional y revolucionario de los obreros.

Quienes condenan a los obreros alemanes por su falta de acción y quienes ven en esta inacción la prueba de su "madurez política", deben recordar que las masas sólo podrán encontrar su voz en momentos de importancia histórica cuando la vanguardia proletaria, los partidos socialistas de todos los países, habiéndose deshecho de los temblores del socialreformismo, impulsen audazmente todos los medios, todos los modos, todos los métodos de lucha engendrados por la creatividad revolucionaria...

La Tercera Internacional

(1915)[199]

Nota: Alexandra Kollontai acaba de llegar a este país [Estados Unidos de América] *desde la Europa devastada por la guerra y ahora está de gira por la nación bajo la dirección de la Federación Alemana del Partido Socialista Alemán. En este artículo ofrece algunas de sus ideas sobre la reorganización de las fuerzas internacionales del socialismo.*

Cuando en un futuro lejano algún historiador se imagine el año sangriento del horror, y describa la crisis destructora del movimiento obrero y la división y disolución de la Internacional Socialista, se verá obligado a declarar: "En las profundidades, a pesar de todas las vacilaciones de la fe y el pesimismo, a pesar de la desesperación y la desconfianza imperante entre unos y otros, surgió durante este tiempo el germen fresco y vital de una nueva internacional del trabajo, esa internacional sobre la que recae al completo la gran labor de liberar al proletariado del yugo del capitalismo.

La Tercera Internacional no es una utopía, no es la "visión irreal" de un optimismo incorregible. Los elementos a partir de los cuales se tiene que construir ya están en nuestro medio y han sido llamados a la vida por la crisis existente. La nueva internacional del trabajo está formada por hombres como Karl Liebknecht, los miembros de la Duma rusa que languidecen en Siberia, de la siempre creciente "izquierda" de los partidos socialdemócratas alemán y ruso que se han mantenido fieles a los principios de la lucha de clases y el socialismo.

La Tercera Internacional del trabajo incluye a los valientes camaradas italianos que han protestado hasta el final contra el genocidio. En la nueva internacional están los pocos socialistas y sindicalistas franceses y los numerosos miembros ingleses del Partido Laborista Internacional y del Partido Socialista Británico, que han luchado por los principios fundamentales de la clase obrera, que han levantado su protesta contra la guerra y que no tendrán nada que ver con la "paz civil". La nueva internacional está compuesta por los obreros que se han enfrentado con huelgas y movilizaciones a la "paz civil" obligatoria. Pero la base real y firme de la nueva internacional debe estar formada por la juventud socialista. La juventud, la portadora del futuro, la juventud que se preocupa tan poco por el pasado y espera todo de la vida en común y del futuro. La juventud, cuyo corazón no se contagia con la mentalidad pequeñoburguesa y cuya mente no puede ser engañada por las ideologías del pasado. La juventud fresca, valiente, revolucionaria, sacrificada

No es casualidad que, en todos los momentos históricos decisivos, sólo los "grandes" y los "viejos" hombres sacrifiquen los ideales del futuro al pasado, a los principios antiguos, superados. Una persona puede ser tan grande como un pensador y un valiente, todavía es, y debe volver a ser, sólo el joven de su época. Cada época tiene su

[199] *La Tercera Internacional*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "The Third International", en Alexandra Kollontai Archive – MIA, publicado incompleto en *The American Socialist*, Chicago, Volumen 2, número 15, no completo. 155 (23 de octubre de 1915), página 2.

propia ideología y sus propias tareas progresivas. Cuando nuestros “grandes hombres”, los líderes, pusieron las piedras angulares de la Segunda Internacional, el principio de la “defensa de la patria” era un principio progresista y democrático, estrechamente ligado a la lucha del tercer estado para establecer el estado capitalista moderno. La “defensa de la patria” pertenece a la época de la defensa de la democracia contra los últimos ataques del feudalismo, cuando defender el estado nacional era crear la base indiscutible para el movimiento de clase del proletariado.

Es de notar que sólo los “viejos camaradas”, los “grandes hombres” cuyos servicios al movimiento siguen siendo inestimables, consideren la “defensa de la patria” como el más alto deber del proletariado, y que parezcan pasar por alto el hecho de que el mantenimiento de la solidaridad de clase del proletariado del mundo ha suplantado ahora este viejo deber... El anarquista Kropotkin y el marxista Plejánov, el ortodoxo Kautsky y los vacilantes Vandervelde, Adler y Vaillant, todos pueden unirse, todos están de acuerdo en el principio fatal, falso y absoluto: primero la “patria”, después el partido...

La segunda piedra angular debe ser las tácticas y métodos revolucionarios del valeroso proletariado organizado. Estamos en vísperas de tremendas e inevitables luchas revolucionarias. El método de producción capitalista ha alcanzado su cénit; la propiedad privada y las fronteras nacionales se atraviesan en el camino de su desarrollo. Las condiciones están maduras para alumbrar la última batalla decisiva. La segunda gran tarea de la nueva internacional debe ser equipar a este proletariado de todas las naciones para esta lucha decisiva.

Queda la tercera piedra angular: la decidida e implacable batalla hasta el amargo final contra la guerra entre naciones y pueblos y contra el dominio del militarismo. La guerra entre naciones y pueblos despoja al proletariado de su más fuerte y única arma irresistible: la solidaridad de clase. La guerra debilita el sentimiento de clase y trae consigo la “paz civil”, la más alta aspiración del mundo capitalista. Por lo tanto, es el deber de la valerosa juventud obrera utilizar toda la energía para enfrentarse a cada amenaza de guerra entre las naciones con la única respuesta efectiva: hacer revivir al “terror rojo”.

La juventud puede asumir todas estas tareas espléndidas. La construcción de la nueva internacional depende de ella. ¡Abran paso a la juventud socialista, a los portadores del futuro! Con toda reverencia nos quitamos el sombrero ante los veteranos del movimiento, pero sólo a través de la juventud obrera antirreformista, antimilitarista, revolucionaria e internacionalmente organizada podrá surgir una nueva, fuerte y creadora internacional del trabajo.

La Estatua de la Libertad

(1916)[200]

¿Quién de nosotros no contempló con asombro en nuestra infancia la poderosa Estatua de la Libertad, su antorcha encendida iluminando la entrada de un puerto internacional, a un Nuevo Mundo que aún conservaba todo su atractivo y rareza de cuento de hadas para el europeo? ¿A quién de nosotros no le impresionó en su infancia su grandiosidad mientras se elevaba por encima del horizonte de los rascacielos de Nueva York? ¡Cuán lamentablemente pequeños e insignificantes eran en esas imágenes los enormes barcos que navegaban por el océano mientras se escabullían a los pies de la orgullosa y victoriosa Libertad!...

Mientras nuestro vapor noruego *Bergensfjord* se abría paso lenta y cuidadosamente entre el ajetreo de los barcos de todas las grandes naciones del mundo, nosotros, los ingenuos europeos, nos esforzamos en echar un vistazo a la estatua de la libertad prometida [desde la infancia].

Luego, en mi primera visita a Norteamérica hace un año, la Estatua de la Libertad estaba oculta por una espesa niebla otoñal que cubría a nuestros ingenuos ojos el símbolo que una vez hizo latir los corazones de nuestros padres y abuelos europeos con triunfante felicidad y exultación.

Para mí, la Estatua de la Libertad permaneció envuelta, misteriosa, atrayente, en la poderosa imagen de nuestra imaginación. La vi por primera vez cuatro meses y medio después, tras mi gira relámpago por los Estados Unidos... Para entonces, Norteamérica ya había dejado de ser para mí la tierra prometida de la posibilidad. Durante esos cuatro meses y medio había visto a los políticos predicar insistentemente a favor del militarismo y la amarga lucha que libraban los trabajadores contra el capital norteamericano desenfrenado, el poder que ejercía la policía norteamericana y la omnipotencia de los reyes de los trusts, la corrupción de los tribunales norteamericanos, el servilismo de la prensa capitalista norteamericana... y la ‘libertad’ de la iglesia independiente... ¡Ahora tengo una imagen clara de cómo es realmente Norteamérica, una imagen clara de la “tierra de la libertad”, del Nuevo Mundo descubierto por Colón y que todavía atrae a los europeos!

Fue entonces, de pie a bordo del barco de vapor que me llevaba de vuelta al Viejo Mundo, cuando vi por primera vez la Estatua de la Libertad. Era un día claro y frío a principios de la primavera. Lentamente, como si no quisiera dejar la seguridad del puerto por la tormenta desconocida del mar abierto, el mismo *Bergensfjord* navegó más allá de la “octava maravilla del mundo”, más allá de la estatua cuya imagen es conocida por todos.

Ahora no estaba oculta por la niebla, ahora el sol iluminaba cada línea de esta imagen de bronce. E incluso así me negué a creer lo que veían mis ojos. ¿Es esa la Estatua de la Libertad? Tan diminuta, perdida en el ruido del puerto y enmarcada contra los altísimos rascacielos de los bancos de Wall Street. ¿Estaba esta impotente y diminuta

---

[200] *La estatua de la libertad*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “The Statue of Liberty”, en Alexandra Kollontai Archive – MIA.

figura encogiéndose ante los todopoderosos rascacielos gigantes, esos guardianes de los negocios financieros, la Estatua de la Libertad que nos habíamos imaginado?

¿Quizás es la insolencia de los políticos y de los reyes del capital, recortando día a día las libertades ganadas con la sangre de los antepasados del moderno Tío Sam, lo que está obligando a la Estatua de la Libertad a encogerse, a acurrucarse en la consternación y la vergüenza? Cuando estás a merced del océano, cuando miras hacia adelante, hacia fantásticas aventuras que parecen venir directamente de un cuento medieval... entonces te inclinas inevitablemente ante lo místico, lista para creer en un gran milagro, en cuentos de hadas...

Los contornos de la ciudad, las enormes, retorcidas e implacablemente ascendentes líneas de los rascacielos de Nueva York, comienzan a desdibujarse. La Estatua de la Libertad se ha convertido desde hace tiempo en un punto apenas visible. Ha desaparecido. Un poco más, y Norteamérica perderá la realidad para nosotros, se convertirá en una de las imágenes de la sucesión de los recuerdos de la vida.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el Nuevo Mundo, la Estatua de la Libertad, es simplemente una vieja y olvidada leyenda, un cuento de hadas de los tiempos precapitalistas que sólo puede ser relatado a partir de las reminiscencias de nuestros abuelos.

Para nuestros abuelos y bisabuelos el Nuevo Mundo era realmente la tierra de la libertad. Aquí, independientemente de lo que habían sido en la envejecida Europa, se sentían hijos y ciudadanos iguales de un país libre. Aquí podían rezar a su Dios de acuerdo con sus propios y queridos ritos. Aquí todavía podían creer que un hombre podía forjar su propia felicidad, riqueza y destino, con sus propias manos. Aquí el hada del éxito todavía se dirigía libremente a las tierras inestables y a las llanuras fructíferas, a las montañas estériles que ocultan el oro.

En la vieja Europa, el feudalismo aún no había retrocedido ante el ataque de la aristocracia comercial privilegiada de la burguesía, el aire aún olía a incienso, la sociedad aún estaba dominada por la desigualdad de los estratos y clases sociales, y los hombres aún estaban oprimidos por prejuicios feos y antiguos. ¿Es de extrañar que nuestros abuelos y bisabuelos extendieran sus manos con entusiasmo hasta las costas del Nuevo Mundo y se postraran ante la Estatua de la Libertad de bronce verdeada?

¡Pero qué lejos queda todo ahora! ¡Los cuentos de la libertad norteamericana se han convertido en mera leyenda!

La Estatua de la Libertad ha sido suprimida. Los rascacielos le han robado su aureola, y ahora ya no es ella la que se eleva sobre la bahía de esta ciudad internacional, ya no es ella la que ilumina el camino hacia el puerto internacional, hacia el Nuevo Mundo. Millones de luces de las ventanas de los cincuenta pisos de los rascacielos eclipsan la luz de la diosa de la libertad. Los gigantes grises miran burlonamente las estrechas calles de Nueva York que, atestadas de hombres de negocios y sus empleados, se abren camino como corrientes de cañones entre las paredes del acantilado. Y son estos sólidos muros de piedra, refugio seguro de los reyes de la capital norteamericana, los que ahora expresan más completamente el "espíritu" que reina sobre el continente de Colón y no la lastimosa estatua verde encogida que parece estar avergonzada.

Vi la estatua por segunda vez hace poco, esta vez iluminada por los rayos del sol de la mañana. Y, ¡qué extraño de relatar!, esta vez los pasajeros no miraron hacia afuera en busca de la Estatua de la Libertad. Era como si el duro y sangriento año que acababa de pasar hubiera enseñado su lección a los europeos que una vez habían creído tan fácilmente en la felicidad que se encuentra al otro lado del océano. No era la Estatua de la Libertad lo que buscaban, sino el barco de vapor que llevaba a las autoridades norteamericanas y a los representantes de la oficina de emigración que clasifican a los

pasajeros y envían a la mayoría de los de tercera clase, y quizás también a algunos de nosotros, pasajeros de segunda clase, a la infame “Isla de las Lágrimas”.

Y, de hecho, el vaporcillo se detuvo junto a nuestro hogar flotante... La larga procesión de pasajeros de 3ª clase debía someterse a un humillante interrogatorio y a una serie de desagradables formalidades, y luego debía esperar en una isla estéril hasta que unos amables amigos viniesen en su ayuda. Incluso puede suceder que los pasajeros de 3ª clase, y a veces de 2ª clase también, sean llevados sin ceremonias a una cárcel norteamericana hasta que se confirme su identidad.

¡Sin embargo, Dios no permita que algo así le suceda a los pasajeros de primera clase! ¿Acaso podría un pasajero de primera clase, llevando en su bolsillo cheques para un banco de Wall Street, ser un extranjero no bienvenido en la gran república? La alfombra roja se pone para el pasajero de primera clase, y para él la Estatua de la Libertad hace que su tenue antorcha vuelva a arder. Este colega de los reyes modernos de la república libre recibirá todo lo que la Estatua de la Libertad prometió una vez a cada recién llegado al Nuevo Mundo.

Pero cuán tenuemente esa misma estatua ilumina el camino hacia ese Nuevo Mundo para aquellos que sólo pudieron comprar un boleto de tercera clase...

¡Y una se siente avergonzada por la Estatua de la Libertad, y lamenta esos dulces momentos de expectativa hace un año cuando nosotros, ingenuos europeos, forzamos nuestros ojos para ver entre la otoñal neblina esa estatua que recordábamos de las ilustraciones de los niños, que nos enseñaron a amar al “Nuevo Mundo”, a amar a un país construido por el propio pueblo, a amar la libertad política!

Obrera y madre

(1916)[201]

Mashenka, la esposa del director de la fábrica

Mashenka es la esposa del director de la fábrica. Mashenka espera un bebé. Aunque todos en la casa del director de la fábrica estén un poco preocupados, reina un ambiente festivo. Nada de sorprendente en ello ya que Mashenka va a ofrecer a su marido un heredero. Existirá alguien a quien su marido pueda dejar toda su riqueza, la riqueza creada por las manos de los hombres y mujeres trabajadores. El doctor les ha ordenado que cuiden de Mashenka con mucho esmero, que no dejen que se canse ni que levante nada pesado. Que le dejen comer lo que le apetezca. ¿Fruta? Pues que se le dé algo de fruta. ¿Caviar? Denle caviar.

Lo importante es que Mashenka no se preocupe o angustie de ninguna manera. Entonces el bebé nacerá fuerte y sano; el parto será fácil y Mashenka mantendrá su lozanía. Así es como hablan en la familia del director de la fábrica. Es la forma aceptada de tratar a una futura madre en las familias donde los bolsillos están repletos de oro y notas de crédito. Cuidan muy bien a la señora Mashenka.

No te canses, Mashenka, no intentes mover el sillón. Eso es lo que le dicen a la señora Mashenka.

Los farsantes e hipócritas de la burguesía sostienen que la futura madre es sagrada para ellos. ¿Pero es ese realmente el caso?

Mashenka, la lavandera

En la misma casa que la esposa del director de la fábrica, pero en la parte de atrás, en una esquina detrás de una cortina de calicó impreso, se acurruca otra Mashenka. Ella hace la colada y las tareas domésticas. Mashenka está embarazada de ocho meses. Pero abriría los ojos con sorpresa si le dijeran: “Mashenka, no debes: cargar cosas pesadas, debes cuidarte, por tu propio bien, por el bien del niño y por el bien de la humanidad. Estás esperando un bebé y eso significa que tu condición es, a los ojos de la sociedad, ‘sagrada’.” Masha tomaría esto como una interferencia fuera de lugar o como una broma cruel. ¿Dónde se ha visto a una mujer de la clase obrera que reciba un trato especial por estar embarazada? Masha y los cientos de miles de otras mujeres de las clases desposeídas, que se ven obligadas a vender sus manos de trabajadoras, saben que los propietarios no tienen piedad cuando ven a mujeres necesitadas; y no tienen otra alternativa, por agotadora que sea, que ir a trabajar.

“Una mujer embarazada debe disfrutar, sobre todo, de sueño tranquilo, buena comida, aire fresco y no realizar demasiado esfuerzo físico.” Eso es lo que dice el doctor. Masha la lavandera, y los cientos y miles de mujeres trabajadoras, las esclavas del capital, se reirían en su cara. ¿Un mínimo de esfuerzo físico? ¿Aire fresco? ¿Comida sana y suficiente? ¿Dormir sin interrupciones? ¿Qué mujer trabajadora conoce estas

[201] *Obrera y madre*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “Working Woman and Mother”, en Alexandra Kollontai Archive – MIA. Escrito en 1916 y publicado como folleto.

bendiciones? Están reservadas a la señora Mashenka y a las esposas de los dueños de la fábrica.

Por la mañana, temprano, antes de que la oscuridad haya cedido el paso al amanecer, y mientras la señora Mashenka sigue teniendo dulces sueños, Mashenka la lavandera se levanta de su estrecha cama y se hunde en la húmeda y oscura lavandería. Le saluda el olor a moho de la ropa sucia; se desliza por el suelo mojado; los charcos de ayer aún no se han secado. Masha no se esclaviza en la lavandería por su propia voluntad, la conduce ese incansable supervisor que es la necesidad. El marido de Masha es un trabajador y su paga es tan exigua que dos personas no podrían mantenerse con ella. Y así, en silencio, apretando los dientes, se planta ante la pila hasta el último día posible, hasta el mismo nacimiento. Que nadie se equivoque pensando que Masha la lavandera tiene una "salud de hierro" como les gusta decir a las señoras cuando hablan de mujeres trabajadoras. Las piernas de Masha están pesadas y con las venas hinchadas a causa de permanecer de pie ente las pilas durante tanto tiempo, sólo puede caminar lentamente y con dificultad. Tiene bolsas bajo los ojos, los brazos están hinchados y no ha dormido bien durante mucho tiempo.

Las cestas de ropa húmeda son a menudo tan pesadas que Masha tiene que apoyarse en la pared para evitar caerse. Su cabeza le da vueltas y todo se torna oscuro ante sus ojos. A menudo siente como si tuviera una enorme muela descompuesta alojada en la parte posterior de su columna vertebral, y que sus piernas están hechas de plomo. Si tan sólo pudiera acostarse por una hora... descansar un poco... pero a las mujeres trabajadoras no se les permite hacer esas cosas. Tales mimos no son para ellas. Porque, al fin y al cabo, no son damas. Masha soporta su duro destino en silencio. Las únicas mujeres "sagradas" son aquellas mujeres embarazadas que no son dirigidas por ese implacable capataz: la necesidad.

Masha, la criada

La señora Mashenka necesita otra sirviente. El amo y la señora acogen a una muchacha del campo. A Mashenka la señora le gusta la risa de la chica, la trenza, que le llega hasta debajo de sus rodillas, y la forma en que la chica revolotea alrededor de la casa como un pájaro e intenta complacer a todos. Una joya de chica. Le pagan tres rublos al mes y hace el trabajo de tres personas. A la señora se le llena la boca de elogios.

Entonces sucede que el director de la fábrica comienza a fijarse en la chica. Sus atenciones van en aumento. La chica no ve el peligro; es inexperta, poco sofisticada. El amo se vuelve muy amable y cariñoso. El médico le ha aconsejado que no le pida nada a su mujer. El silencio, dice, es la mejor medicina. El director de la fábrica está dispuesto a dejarle dar a luz en paz, mientras no tenga que sufrir. La criada también se llama Masha. Las cosas se pueden arreglar fácilmente; la chica es ignorante, estúpida. No es difícil asustarla, puede asustarse de cualquier cosa. Y así, Masha se queda embarazada. Deja de reír y empieza a parecer demacrada. La preocupación corroe su corazón día y noche.

Masha, la señora, se entera. Hace una escena. La chica tiene 24 horas para hacer las maletas. Masha vaga por las calles. No tiene amigos, no tiene adónde ir. ¿Quién va a emplear a "esa clase de chica" en una casa "honesta"? Masha deambula sin trabajo, sin pan, sin ayuda. Pasa por un río. Mira las oscuras ondulaciones y se aleja temblando. El río frío y sombrío la aterroriza, pero al mismo tiempo parece atraerla.

Masha, la tintorera

Hay confusión en el departamento de teñido de la fábrica; una mujer trabajadora ha sido sacada como si estuviera muerta. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha resultado envenenada por los vapores? ¿Ya no podía soportar las emanaciones? Pero no es una recién llegada, va siendo hora de que se acostumbre al veneno de la fábrica.

"No es absolutamente nada", dice el doctor. "¿No lo ves? Está embarazada. Las mujeres embarazadas suelen comportarse de formas muy extrañas. No hay necesidad de ceder ante ellas".

Así que envían a la mujer de vuelta al trabajo. Ella va dando tumbos como un borracho a través del taller de vuelta a su casa. Sus piernas están entumecidas y se niegan a obedecerle. No es ninguna broma trabajar diez horas al día, día tras día, en medio del hedor tóxico, el vapor y los nocivos humos. Y no hay descanso para la madre obrera, incluso cuando las diez horas han terminado. En casa está su vieja madre ciega esperando su cena, y su marido vuelve de su fábrica cansado y hambriento. Tiene que alimentarlos y cuidarlos a todos. Es la primera en levantarse por las mañanas, está de pie desde el amanecer y es la última en acostarse. Y para rematarlo todo han introducido horas extras. Las cosas van bien en la fábrica; el dueño recoge beneficios a manos llenas. Sólo ofrece unos pocos kopeks extra por las horas extras, pero si te opones, conoces el camino a las puertas; ¡alabado sea el cielo!, pues hay suficientes parados en el mundo. Masha trata de conseguir un permiso, solicitándoselo al propio director.

"Voy a tener mi bebé pronto. Debo tener todo listo. Mis hijos son pequeños y hay que hacer las tareas domésticas; y además tengo que cuidar de mi anciana madre."

Pero él no escuchará. Es grosero con ella y la humilla delante de los otros trabajadores. "Si empezara a dar tiempo libre a cada mujer embarazada, sería más sencillo cerrar la fábrica. Si no te acostaras con hombres, no te quedarías embarazada."

Así que Masha, la tintorera, tiene que trabajar hasta el último minuto. Así es como la sociedad burguesa estima la maternidad.

Parto

En casa de la señora Masha el nacimiento es un gran acontecimiento. Es casi un día de fiesta. La casa es una avalancha de médicos, comadronas y enfermeras. La madre se acuesta en una cama limpia y suave. Hay flores en las mesas. Su marido está a su lado; se reciben cartas y telegramas. Un sacerdote reza oraciones de agradecimiento. El bebé nace sano y fuerte. Eso no es sorprendente, ¡se han tenido muchos cuidados y hecho tantos aspavientos por Masha!

La lavandera Masha también está de parto. Detrás de la cortina de calicó, en el rincón de una habitación llena de otras personas. Masha está sufriendo. Intenta reprimir sus gemidos, enterrando su cabeza en la almohada. Los vecinos son todos trabajadores y no sería bueno privarlos de su sueño. Hacia la mañana llega la comadrona. Lava y arropa al bebé y luego se apresura para otro nacimiento. Mashenka está ahora sola en la habitación. Mira al bebé. Qué cosita tan delgada. Delgada y arrugada. Sus ojos parecen reprocharle a la madre haberlo traído a este mundo. Mashenka lo mira y llora en silencio para no molestar a los demás.

La criada Masha da a luz a su hijo junto a una valla en una callejuela suburbana. Preguntó en una casa de maternidad, pero estaba llena. Llamó a otra, pero no la aceptaron, diciéndole que necesitaba varios trozos de papel con firmas. Ella da a luz; sigue caminando. Camina y se tambalea. Envuelve al bebé en una bufanda. ¿Dónde puede ir? No hay ningún sitio al que ir. Recuerda el río oscuro, aterrador y sin embargo fascinante.

Por la mañana el policía saca un cuerpo del río. Así es como la sociedad burguesa respeta la maternidad.

El bebé de Masha, la tintorera, nació muerto. No ha logrado sobrevivir a los nueve meses. Las emanaciones que la madre inhala en la fábrica han envenenado al niño mientras estaba en el útero. El nacimiento fue difícil. La propia Masha tuvo suerte de salir con vida. Pero al día siguiente por la noche ya estaba levantada, arreglando las cosas, lavando y cocinando. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Quién más cuidará y organizará la casa de Masha? ¿Quién se encargará de alimentar a los niños? La señora Masha puede estar en cama durante nueve días por orden del médico, ya que tiene toda una institución de sirvientes que trabajan a su alrededor. Si Masha, la tintorera, desarrolla una grave enfermedad por ir a trabajar tan pronto después del nacimiento y queda paralizada por ello, es una lástima.

No hay nadie que cuide de la madre trabajadora. Nadie que levante las pesadas cargas de los hombros de estas mujeres cansadas. La maternidad, dicen, es sagrada. Pero eso sólo es cierto en el caso de la señora Masha.

La cruz de la maternidad

Para la señora Masha, la maternidad es un acontecimiento alegre. En una guardería brillante y ordenada, el heredero de la dueña de la fábrica crece bajo la mirada de varias niñeras y la supervisión de un médico. Si la señora Masha tiene muy poca leche propia, o no quiere estropear su figura, se puede encontrar una nodriza. Masha la señora se divierte con el bebé y luego sale de visita, va de compras, o al teatro, o a un baile. Hay alguien a mano para cuidar del bebé. La maternidad es divertida. Es un entretenimiento para la señora Masha.

Para las otras Mashas, las mujeres trabajadoras, las tintoreras, tejedoras, lavanderas y los otros cientos y miles de mujeres de la clase obrera, la maternidad es una cruz. La sirena de la fábrica llama a la mujer a trabajar, pero su hijo se inquieta y llora. ¿Cómo puede dejarlo? ¿Quién lo cuidará? Vierte la leche en una botella y le da el niño a la anciana de al lado o deja a su joven hija a cargo. Se va a trabajar, pero nunca deja de preocuparse a causa de la hija que, bien intencionada pero ignorante, podría intentar alimentar a su hermano con gachas o trozos de pan.

El bebé de la señora Masha se ve mejor cada día. Como el azúcar blanco o una turgente manzana rosada; tan fuerte y saludable. Los hijos del obrero de la fábrica, de la lavandera y del artesano, día a día adelgazan más. Por las noches el bebé se acurruca, empequeñece y llora. El médico viene y regaña a la madre por no amamantar al niño o por no alimentarlo adecuadamente. "¿Y tú te llamas a ti misma madre? Ahora, si el bebé muere sólo puedes que culparte." Los cientos y miles de madres trabajadoras no intentan ni explicarse. Se quedan con la cabeza gacha, limpiándose furtivamente las lágrimas. ¿Podrían contarle al doctor las dificultades que enfrentan? ¿Les creería? ¿Lo entendería?

Mueren como moscas

Los niños están muriendo. Los hijos de los hombres y mujeres trabajadores mueren como moscas. Un millón de tumbas. Un millón de madres afligidas. ¿Pero de quiénes son los niños que mueren? Cuando la muerte va a cosechar las flores de primavera, ¿los hijos de quién caen bajo la guadaña? Como uno puede imaginarse, la muerte recoge la cosecha más pobre entre las familias ricas, donde los niños viven con calor y comodidad y son amamantados con la leche de su madre o nodriza. Entre las familias de la realeza, sólo seis o siete de cada cien recién nacidos mueren. Entre las

familias de los trabajadores, mueren entre treinta y cuarenta y cinco. En todos los países donde los capitalistas controlan la economía y los trabajadores venden su fuerza de trabajo y viven sumidos en la pobreza, el porcentaje de bebés que mueren en la primera infancia es muy alto. En Rusia las cifras son más altas que en cualquier otro lugar. Aquí están las cifras comparativas del número de niños que sobreviven a la primera infancia: Noruega 93%. Suiza 89%. Inglaterra 88%. Finlandia 88%. Francia 86%. Austria 80%. Alemania 80%. Rusia 72%. Pero hay varias provincias en Rusia, especialmente aquellas con muchas fábricas, donde el 54% de los niños mueren al nacer. En las zonas de las grandes ciudades donde viven los ricos, la mortalidad infantil es sólo del 8-9%; en las zonas de clase trabajadora la cifra se eleva al 30-31%. ¿Por qué mueren tantos niños del proletariado? Para crecer sano y fuerte, un niño necesita aire fresco, calor, sol, limpieza y cuidadosa atención. Necesita ser amamantado; la leche materna es su alimento natural y le ayudará a crecer y fortalecerse. ¿Cuántos niños de familias de clase trabajadora tienen todas las cosas que hemos enumerado?

La muerte se hace un lugar fuerte en los hogares de las familias de la clase trabajadora porque esas familias son pobres, sus casas están abarrotadas y húmedas, y la luz del sol no llega al sótano; porque donde hay demasiada gente, suele haber suciedad; y porque la madre de la clase trabajadora no tiene la oportunidad de cuidar adecuadamente de sus hijos. La ciencia ha establecido que la alimentación artificial es el peor enemigo del niño: mueren cinco veces más niños alimentados con leche de vaca y quince veces más niños alimentados con otros alimentos que los que son amamantados. Pero, ¿cómo puede la mujer que trabaja fuera de casa, en la fábrica o en un taller, amamantar a su hijo? Tiene suerte si el dinero llega para la compra de leche de vaca; eso no sucede todo el tiempo. ¿Y qué clase de leche venden los comerciantes a las madres trabajadoras? Tiza mezclada con agua. En consecuencia, el 60% de los bebés que mueren, mueren por enfermedades del estómago. Muchos otros mueren de lo que los médicos gustan en llamar "la incapacidad de vivir": la madre agotada por su duro trabajo físico da a luz prematuramente, o el niño resulta envenenado por las emanaciones de la fábrica mientras aún está en el útero. ¿Cómo puede la mujer de la clase obrera cumplir con sus obligaciones maternas?

Trabajo y maternidad

Hubo un tiempo no muy lejano, un tiempo que nuestras abuelas recuerdan, en el que las mujeres sólo se ocupaban del trabajo de la casa: en las tareas domésticas y en los oficios domésticos. Por supuesto que las mujeres de las clases desposeídas no estaban ociosas. El trabajo en la casa era duro. Tenían que cocinar, coser, lavar, tejer, mantener el lino blanco y trabajar en el huerto y el campo. Pero este trabajo no alejaba a la mujer de la cuna; no había muros de fábrica que la separaran de sus hijos. Por muy pobre que fuera la mujer, tenía en sus brazos a su hijo. Los tiempos han cambiado. Se han creado fábricas, se han abierto talleres. La pobreza ha expulsado a las mujeres del hogar; la fábrica las ha atrapado con sus garras de hierro. Cuando las puertas de la fábrica se cierran de golpe tras de ella, una mujer tiene que decir adiós a la maternidad, porque la fábrica no tiene piedad de la mujer embarazada o de la joven madre.

Cuando una mujer trabaja día tras día sobre una máquina de coser, desarrolla una enfermedad de los ovarios. Cuando trabaja en una fábrica de tejido o hilado, en una fábrica de caucho o porcelana o en una planta de plomo o química, ella y su bebé corren el peligro de resultar envenenados por emanaciones nocivas y por el contacto con sustancias nocivas. Cuando una mujer trabaja con plomo o mercurio, se vuelve infértil o sus hijos nacen muertos. Cuando trabaja en una fábrica de cigarrillos o de tabaco, la

nicotina de su leche puede envenenar a su hijo. Las mujeres embarazadas también pueden mutilar o matar a sus hijos llevando cargas pesadas, estando de pie durante largas horas en un banco o mostrador, o subiendo y bajando las escaleras a capricho de la señora de la casa. No hay ningún trabajo peligroso y dañino prohibido para las mujeres trabajadoras. No hay ningún tipo de industria que no emplee a mujeres embarazadas o madres lactantes. Dadas las condiciones en las que la mujer trabajadora vive, su trabajo en la producción es la tumba de la maternidad.

¿Hay una solución al problema?

Si los niños van a nacer muertos, lisiados o destinados a morir como moscas, ¿tiene algún sentido que la mujer trabajadora se quede embarazada? ¿Valen la pena todas las pruebas de parto si la mujer trabajadora tiene que abandonar a sus hijos a los vientos del azar cuando todavía son tan pequeños? Por mucho que quiera criar a su hijo adecuadamente, no tiene tiempo para cuidarlo y atenderlo. Ya que este es el caso, ¿no es mejor simplemente evitar la maternidad?

Muchas mujeres trabajadoras están empezando a pensárselo dos veces antes de tener hijos. No tienen la fuerza para cargar con la cruz. ¿Existe alguna solución para el problema? ¿Tienen las mujeres trabajadoras que privarse de la última alegría que les queda en la vida? La vida les ha causado daño, la pobreza no les ofrece nada, y la fábrica les roba fuerzas; ¿significa esto que las mujeres trabajadoras deban renunciar al derecho a las alegrías de tener hijos? ¿Rendirse sin luchar? ¿Sin tratar de ganar el derecho que la naturaleza le ha ofrecido a cada criatura viviente y a cada estúpido animal? ¿Hay alguna alternativa? Por supuesto que la hay, pero no todas las mujeres trabajadoras son conscientes de ello.

¿Cuál es la alternativa?

Imaginad una sociedad, un pueblo, una comunidad, donde ya no haya damas y lavanderas de Mashenka. Donde no haya parásitos ni trabajadores asalariados. Donde todas las personas ejecuten la misma cantidad de trabajo y la sociedad a cambio las cuida y ayuda en la vida. Así como ahora las damas Mashenka son atendidas por sus parientes, aquellos que necesitan más atención (la mujer y los niños) serán atendidos por la sociedad, que es como una gran familia amistosa. Cuando Mashenka, que ya no es ni dama ni sirvienta, sino, simplemente, ciudadana, queda embarazada, no tiene que preocuparse de lo que le sucederá a ella y a su hijo. La sociedad, esa gran familia feliz, se ocupará de todo.

Una casa especial con un jardín y flores estará lista para recibirla. Estará diseñada para que cada mujer embarazada que acaba de dar a luz pueda vivir allí alegremente con salud y comodidad. Los médicos de esta sociedad-familia se preocupan no sólo en preservar la salud de la madre y el niño, sino en aliviar a la mujer del dolor del parto. La ciencia está haciendo progresos en este campo y puede ayudar al médico. Cuando el niño es lo suficientemente fuerte, la madre vuelve a su vida normal y retoma el trabajo que hace en beneficio de la gran familia-sociedad. No tiene que preocuparse por su hijo. La sociedad está ahí para ayudarla. Los niños crecerán en el jardín de infancia, la colonia infantil, la guardería y la escuela, bajo el cuidado de enfermeras experimentadas. Cuando la madre quiera estar con sus hijos, sólo tendrá que decirlo; y cuando no tenga tiempo sabrá que están en buenas manos. La maternidad ya no será una cruz. Sólo quedarán sus aspectos alegres; sólo la gran felicidad de ser madre, que por el momento sólo disfrutan las damas Mashenka.

Pero tal sociedad, seguramente, sólo se encuentra en los cuentos de hadas. ¿Podría existir tal sociedad? La ciencia de la economía y la historia de la sociedad y el estado muestran que debe crearse tal sociedad, y que será creada. Por mucho que luchen los capitalistas ricos, los dueños de fábricas, los terratenientes y los poseedores, el cuento de hadas se hará realidad. La clase obrera de todo el mundo está luchando para convertir este sueño en realidad. Y aunque la sociedad todavía esté lejos de ser una familia feliz, aunque todavía exista muchas luchas y sacrificios por delante, es al mismo tiempo cierto que la clase obrera en otros países ha realizado grandes avances. Los hombres y mujeres trabajadores están tratando de aligerar la cruz de la maternidad haciendo que se aprueben leyes, tomando otras medidas.

¿Cómo puede ayudar la ley?

Lo primero que se puede hacer, y lo primero que los hombres y mujeres trabajadores están haciendo en todos los países, es que la ley defienda a la madre trabajadora. Dado que la pobreza y la inseguridad obligan a las mujeres a trabajar, y que el número de mujeres que trabajan aumenta de año en año, lo menos que se puede hacer es asegurarse de que el trabajo asalariado no se convierta en la "tumba de la maternidad". La ley debe intervenir para ayudar a las mujeres a combinar el trabajo y la maternidad.

Los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo exigen la prohibición total del trabajo nocturno para las mujeres y jóvenes, una jornada de ocho horas para todos los trabajadores y la prohibición del empleo de niños menores de dieciséis años. Están exigiendo que a los jóvenes de más de dieciséis años se les permita trabajar sólo la mitad del día. Esto es importante, sobre todo desde el punto de vista de la futura madre, ya que entre los dieciséis y los dieciocho años la niña está creciendo y desarrollándose como mujer. Si su fuerza se ve socavada durante esos años, sus oportunidades de tener una maternidad sana se pierden para siempre.

La ley debe establecer categóricamente que las condiciones de trabajo y toda la situación laboral no deben representar una amenaza para la salud de la mujer; los métodos de producción nocivos deben ser sustituidos por métodos seguros o eliminados por completo; los trabajos con cargas pesadas o máquinas de propulsión humana, etc. deben mecanizarse; los centros de trabajo deben mantenerse limpios y en ellos no deben alcanzarse temperaturas extremas; deben proporcionarse baños, aseos y comedores, etc. Estas exigencias pueden ser obtenidas (ya se han visto en las factorías-modelo), pero a los propietarios de las fábricas no les gusta soltar el dinero. Todos los ajustes y mejoras son caros, y la vida humana es muy barata.

Es muy importante una ley que establezca que las mujeres deben trabajar sentadas siempre que sea posible. También es importante que se impongan multas sustanciales, y no meramente nominales, a los propietarios de fábricas que infrinjan la ley. La tarea de velar por el cumplimiento de la ley debe confiarse no sólo a los inspectores de fábrica, sino también a los representantes elegidos por los trabajadores.

Protección de la maternidad

La ley debe proteger a la madre. Incluso ahora, la ley rusa (Artículo 126: "condiciones en la industria") otorga a las mujeres trabajadoras de las grandes fábricas el derecho a cuatro semanas de licencia por parto. Esto, por supuesto, no es suficiente. En Alemania, Francia y Suiza, por ejemplo, la madre tiene derecho a ocho semanas de permiso sin perder su trabajo. Esto, sin embargo, tampoco es suficiente. El partido de los trabajadores exige una licencia de dieciséis semanas para las mujeres: ocho antes y ocho

después del parto. La ley también debe estipular que la madre tiene derecho a un descanso durante la jornada laboral para alimentar a su hijo. Esta reivindicación ya se ha convertido en ley en Italia y España. La ley debe exigir que se construyan guarderías y que las fábricas y talleres proporcionen otras habitaciones con calefacción adecuada, donde los bebés puedan ser amamantados.

Seguro de maternidad

Sin embargo, no basta con que la ley proteja a la madre únicamente con no tener que trabajar durante el período del parto. Es esencial que la sociedad garantice el bienestar material de la mujer durante el embarazo. No sería un gran "descanso" para la mujer si simplemente se le impidiese ganarse el pan diario durante dieciséis semanas. Eso sería condenar a la mujer a una muerte segura. Por lo tanto, la ley no sólo debe proteger a la mujer en el trabajo, sino que, también, debe iniciar un plan de prestaciones por maternidad a expensas del estado.

Esta seguridad o seguro de maternidad ya ha sido introducido en catorce países: Alemania, Austria, Hungría, Luxemburgo. Inglaterra, Australia, Italia, Francia, Noruega, Serbia, Rumania, Bosnia, Herzegovina y Rusia. En once países, entre ellos Rusia, la mujer trabajadora se asegura en una compañía de seguros, pagando cotizaciones semanales. A cambio, la compañía paga el dinero de las prestaciones (la cantidad varía de un país a otro, pero en ningún caso supera el salario completo) y también proporciona la asistencia de un médico y una partera. En Italia la mujer trabajadora paga sus cuotas y recibe ayuda de compañías de seguro de maternidad especiales. Otras contribuciones son pagadas por el propietario de la fábrica donde trabaja y por el estado. Sin embargo, incluso en este caso, la mujer trabajadora tiene que asumir la principal carga financiera. En Francia y Australia la mujer trabajadora no tiene que contratar ningún tipo de seguro. Cualquier mujer, casada o soltera, tiene derecho a recibir ayuda del estado si la necesita. En Francia, recibe prestaciones durante ocho semanas (de veinte a cincuenta kopeks al día, a veces más), además de la ayuda de un médico y una comadrona. En Australia se le da una suma global de cincuenta rublos. En Francia también se ha organizado un sistema de "amas de casa sustitutas". Al final del embarazo de una mujer, una amiga o vecina, que ha asistido a los cursos gratuitos sobre el cuidado de mujeres embarazadas y niños pequeños, va a su casa a ayudarla. Continúa haciendo visitas diarias hasta que la madre está lo suficientemente bien como para levantarse y volver a caminar: ordena la casa, cocina la cena, cuida del bebé y la compañía le paga por este trabajo. En Francia, Suiza, Alemania y Rumania la madre también recibe beneficios de la aseguradora durante el período en que está amamantando a sus hijos. Así pues, se han dado los primeros pasos para proporcionar seguridad a las madres.

¿Qué es lo que piden los trabajadores?

Lo que se está haciendo en estos momentos es, por supuesto, demasiado poco. La clase obrera está tratando de obtener que la sociedad asuma las dificultades del parto. La clase obrera quiere asegurarse que la ley y el estado asuman los problemas más urgentes de la mujer trabajadora: sus necesidades materiales y financieras. Aunque la clase obrera se da cuenta de que sólo una nueva sociedad, la gran y amistosa familia mencionada anteriormente, se hará cargo de todo el cuidado de la madre y el niño, es posible, incluso ahora. facilitar la vida de la madre de la clase obrera. Ya se ha avanzado mucho. Pero tenemos que seguir luchando. Si trabajamos juntos, avanzaremos aún más.

El partido de los trabajadores de todos los países exige que haya un seguro de maternidad que cubra a todas las mujeres, independientemente de la naturaleza de su trabajo, sin importar si una mujer es sirvienta, trabajadora de fábrica, artesana o campesina pobre. Se debe recibir las prestaciones antes y después del nacimiento, por un período de dieciséis semanas. La mujer debe seguir recibiendo las prestaciones si el médico considera que no se ha recuperado lo suficiente o que el niño no está suficientemente fuerte. La mujer debe recibir la totalidad de las prestaciones, aunque el niño muera o el nacimiento sea prematuro. Las prestaciones deben ser una vez y media más elevadas que el salario normal de la mujer; cuando una mujer no tiene trabajo debe recibir una vez y media el salario promedio de las mujeres en ese estado. También debe estar escrito en la ley (y esto es muy importante) que las prestaciones no sean inferiores a un rublo al día para las grandes ciudades y a setenta y cinco kopeks al día para las pequeñas ciudades y aldeas. De lo contrario, si el salario de una mujer fuera de treinta kopeks, sólo recibiría cuarenta y cinco kopeks. ¿Y se puede esperar que una madre y su hijo vivan correctamente con cuarenta y cinco kopeks al día? ¿Puede una madre obtener todo lo que necesita para la vida y la salud con cuarenta y cinco kopeks? La madre también debe recibir prestaciones de la compañía de seguros durante todo el período en que esté amamantando a su hijo, y durante no menos de nueve meses. El monto de la prestación debe ser aproximadamente la mitad del salario normal.

Así pues, las prestaciones deben abonarse tanto antes como después del nacimiento, y deben ser abonadas directamente a la madre o a alguna persona autorizada por ella. El derecho a recibir prestaciones debe establecerse sin ninguna de las condiciones que están en vigor en este momento. Según nuestra ley rusa, por ejemplo, una mujer debe estar asegurada durante tres meses para tener derechos. A la mujer se le debe garantizar los servicios gratuitos de un médico y una comadrona y la ayuda de una "ama de casa sustituta" como se organiza en Francia y, en cierta medida, en Alemania e Inglaterra.

La responsabilidad de garantizar que se respete la ley y que la parturienta reciba todo lo que le corresponde debe recaer en las delegadas elegidas entre las mujeres trabajadoras. Las mujeres embarazadas y en período de lactancia deben disfrutar del derecho legal a recibir leche gratis y, cuando sea necesario, ropa para el nuevo bebé a expensas de la ciudad o el pueblo. El partido obrero también exige que el pueblo, zemstvo o la compañía de seguros construya guarderías para niños pequeños en cada fábrica. El dinero destinado a esto debe ser suministrado por el dueño de la fábrica, el pueblo o el zemstvo. Estas guarderías deben organizarse de manera que cada madre lactante pueda visitar y alimentar fácilmente a su bebé en los descansos que la ley permita. La guardería no debe ser dirigida por damas filántropas, sino por las propias madres trabajadoras.

La ciudad, zemstvo o la compañía de seguros debe construir también, y a sus expensas, un número suficiente de: 1) Casas de maternidad. 2) Hogares para mujeres embarazadas y madres lactantes que estén solas y no tengan trabajo (ya existen en Francia, Alemania y Hungría). 3) Consultas médicas gratuitas para las madres y los niños pequeños, de modo que el médico pueda observar el curso del embarazo, aconsejar e instruir a la madre en el cuidado del niño. 4) Clínicas para niños enfermos como las que ha construido la Women's Labour League en Inglaterra. 5) Jardines de infancia en los que la madre pueda dejar a sus hijos pequeños (los de dos a cinco años) mientras ella trabaja. En estos momentos la madre regresa del trabajo cansada y agotada, necesitando paz y tranquilidad, e inmediatamente tiene que volver a trabajar para atender a sus hijos hambrientos, sucios y desordenados. Para la madre es muy importante llamar y recoger a sus hijos bien alimentados, limpios y felizmente llenos de noticias, y que los mayores, a los que se les ha enseñado a ayudar en el jardín de infancia y están orgullosos de su saber

hacer, echen una mano en la casa. 6) Cursos gratuitos sobre el cuidado de los niños para niñas y madres. 7) Desayunos y cenas gratuitos para las mujeres embarazadas y lactantes, servicio que ya se ha iniciado en Francia.

Estas medidas no deben llevar la amarga etiqueta de "filantropía". Cada miembro de la sociedad (y eso significa cada mujer trabajadora y cada ciudadano, hombre y mujer) tiene derecho a exigir que el estado y la comunidad se preocupen por el bienestar de todos. ¿Para qué forman un estado las personas si no es con este propósito? Por el momento no hay ningún gobierno en ninguna parte del mundo que se ocupe de sus hijos. Los hombres y mujeres trabajadores de todos los países están luchando por una sociedad y un gobierno que se conviertan realmente en una gran familia feliz, en la que todos los niños sean iguales y la familia se ocupe por igual de todos. Entonces la maternidad será una experiencia diferente, y la muerte dejará de recoger una cosecha tan abundante entre los recién nacidos.

¿Qué debe hacer cada mujer trabajadora?

¿Cómo se lograrán todas estas reivindicaciones? ¿Qué medidas deben tomarse? Toda mujer trabajadora, toda mujer que lea este folleto, debe desprenderse de su indiferencia y comenzar a apoyar al movimiento obrero, que lucha por estas reivindicaciones y está conformando el viejo mundo para un futuro mejor donde las madres ya no llorarán lágrimas amargas y donde la cruz de la maternidad se convertirá en una gran alegría y un gran orgullo. Debemos decirnos a nosotras mismas: "La unión hace la fuerza"; cuantas más mujeres trabajadoras nos unamos al movimiento obrero, mayor será nuestra fuerza y más rápido conseguiremos lo que queremos. Están en juego nuestra felicidad, la vida y el futuro de nuestros hijos.

¿Quieren una escisión los internacionalistas?

(1916)[202]

Desde que se celebró la Conferencia de los Internacionalistas Socialistas en Zimmerwald, los socialistas de espíritu patriota tratan de demostrar que los internacionalistas revolucionarios no quieren otra cosa que destruir el trabajo de los socialistas de los últimos cincuenta años, que quieren una escisión en el movimiento obrero.

Es bastante comprensible y lógico que los burócratas del partido en los países en guerra, habiendo proclamado la "paz civil" con sus gobiernos de clase y aprobado la guerra, desaprueben los objetivos de la Conferencia de Zimmerwald. Pero parece que el veneno del nacionalismo y el oportunismo ha corrompido incluso a los burócratas de los países neutrales. Los cuadros de los partidos socialistas de Dinamarca, Suiza y Holanda no sólo desaprueban la Conferencia de Zimmerwald, sino que señalan que sus partidos nunca han "soñado" con enviar delegados oficiales a una conferencia que cree en la necesidad de una fuerte conciencia de clase internacional, rechaza la política de "paz civil" y condena la alianza con los gobiernos capitalistas que mantienen una guerra imperialista.

Renegando de la Conferencia de Zimmerwald y sus objetivos, los burócratas de los partidos europeos están renegando de los principios mismos del movimiento socialista, del marxismo científico, están renegando de los cimientos sobre los que se construyeron las dos internacionales: la solidaridad internacional y la lucha de clases revolucionaria.

Los socialistas reunidos en Zimmerwald no tenían ninguna intención de "dividir" al movimiento o dañarlo. Sus objetivos eran y siguen siendo todo lo contrario: trabajando por la paz, luchando contra la guerra, llamando a los proletarios de todos los países a unirse en el viejo campo de batalla de la lucha de clases, quieren revivir la internacional, revivir más que nunca la solidaridad de clase internacional.

Los socialpatriotas, los burócratas de los diferentes partidos, los oportunistas que claman contra los internacionalistas revolucionarios y afirman que perjudican al movimiento al traerle discordia y desunión, parecen olvidar que la "escisión" de la Segunda Internacional es un hecho, una realidad brutal que debe ser reconocida.

Esta división fue causada por la guerra, la línea divisoria no fue trazada por los rebeldes internacionalistas, sino por hábiles diplomáticos gubernamentales. Por un lado, tenemos la coalición de socialistas patriotas que apoyan a los aliados; por otro lado, tenemos a los que siguen a los imperios centrales. Cada bando asegura al proletariado (Scheidemann y David en Alemania, Plejánov y Alechinsky en Rusia, Guesde y Vandervelde en Bélgica y Francia) que la victoria de su propio gobierno imperialista acabará con la autocracia y el militarismo, establecerá la libertad y la democracia en Europa y ¡ayudará a la victoria del socialismo! El camino de la lucha de clases se convierte en el de la "paz civil", resultado lógico de las tendencias oportunistas del

[202] *¿Quieren una escisión los internacionalistas?,* Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde "Les internationalistes veulent-ils une scission?", en Alexandra Kollontaï, Les auteurs marxistes en langue française – MIA. *International Socialist Review*¸ enero de 1916.

movimiento europeo de los últimos diez o quince años, un camino declarado como la más sabia de las tácticas socialistas. En estos momentos, los burócratas del partido en Alemania, Francia, Austria, Bélgica y los socialpatriotas de los otros países se acusan mutuamente de apoyar a sus respectivos gobiernos, pero es fácil adivinar que cuando esta guerra termine, los socialpatriotas de los países en guerra se perdonarán, que Vandervelde rehabilitará a Scheidemann, que Plejánov concederá el perdón a los socialpatriotas alemanes y que los alemanes olvidarán las faltas de los ingleses "desleales" [...] ¿Acaso no cometieron todos el mismo crimen? ¿No han traicionado a su clase y a los principios del internacionalismo en todos los aspectos?

Esta amnistía general ayudaría a los burócratas del partido a revivir la vieja internacional basada en el nacionalismo y el oportunismo. Y, tan pronto como comience una nueva guerra imperialista, sería la misma vieja historia, la escisión, la crisis del movimiento proletario internacional que comenzaría de nuevo.

[...] ¿Es esto lo que quiere el proletariado? ¿Es esta la lección que los socialistas están aprendiendo de los sufrimientos y torturas de esta terrible guerra? [...]

La guerra ha hecho mucho daño, pero esta guerra puede representar un paso adelante en el movimiento proletario si aprendemos la lección correcta de los acontecimientos actuales. Esta guerra ha enfrentado claramente al proletariado mundial con el siguiente interrogante: cuando estalla una guerra imperialista (y en esta etapa del desarrollo capitalista, ¿no puede haber otra guerra?) ¿puede elegir entre la defensa de la patria capitalista-imperialista o la defensa de sus propios intereses de clase y la solidaridad internacional del proletariado mundial?

Los camaradas que se reunieron en Zimmerwald sintieron que era necesario no dejar ningún malentendido al respecto. El movimiento proletario sólo puede alcanzar su objetivo final (la conquista de los medios de producción y el establecimiento de la dictadura del proletariado) mediante una lucha de clases internacional. El nacionalismo y el internacionalismo son principios opuestos entre sí. No se puede ser "buen monárquico" y buen republicano al mismo tiempo, así como no se puede ser internacionalista y nacionalista al mismo tiempo. Los proletarios tienen que elegir.

Esta guerra nos ha enseñado que la política nacionalista, apoyada por los socialpatriotas, es un fracaso. Hay que trazar una nueva línea.

La Conferencia de Zimmerwald puso la primera piedra para trazar esta línea; fue el primer intento de reconstruir la internacional sobre las sólidas bases del antimilitarismo (no votar a favor de los créditos de guerra), el internacionalismo (en lugar de la representación física formal de los partidos nacionales en la Oficina Socialista Internacional) y la acción revolucionaria de masas (en lugar de un "puro y simple" parlamentarismo).

Los camaradas movilizados por la Conferencia de Zimmerwald no trabajan a favor de una escisión en el movimiento socialista, sino que quieren preparar las bases para una conciencia de clase internacional, conciencia que sea lo suficientemente fuerte para derrotar las políticas imperialistas de los estados capitalistas, lo que sería una tarea "preparatoria" para la batalla revolucionaria final.

Los internacionalistas no quieren romper las organizaciones del proletariado, simplemente deciden usar sus fuerzas y energías para ganar a las masas a los principios de la Tercera Internacional. Confían en que, cuando se celebre el próximo congreso internacional, el proletariado sea lo suficientemente fuerte y esté lo suficientemente formado como para preguntar a los burócratas socialpatriotas de todos los países: ¿Qué han hecho con nuestra confianza? ¿Asumen la responsabilidad de sus actos desleales?

Los internacionalistas confían en que en la nueva internacional no haya lugar para los oportunistas y patriotas, que en el momento decisivo abandonan el movimiento de clase y defienden los intereses de sus capitalistas nacionales.

Ahora, cuando la aprobación de la Conferencia de Zimmerwald se pone a discusión en el partido norteamericano, les corresponde a los proletarios norteamericanos decidir dónde deben militar. ¿Se aferrarán a las tendencias nacionalistas y oportunistas de la Segunda Internacional o ayudarán a reconstruir el movimiento del proletariado sobre las sólidas bases del espíritu de rebelión y la solidaridad de clase internacional?

Los camaradas norteamericanos deben recordar esto: los internacionalistas socialistas no trabajan a favor de una escisión, sino para llevar a todo el movimiento a una línea de acción y conciencia de clase, para limpiar la Segunda Internacional de todos los elementos que apoyan el militarismo y el nacionalismo y creen en la "paz civil". Entonces, y sólo entonces, llamaremos al proletariado mundial a condenar la política imperialista de la clase capitalista y a alcanzar el objetivo final del movimiento, la revolución social.

Nuestro monumento a los luchadores por la libertad

(1917)[203]

Hay días memorables en la vida de la humanidad que se deslizan a través de los siglos cual hilo de oro de celebración popular. Hay días que son iguales a siglos en la historia de la humanidad, y que proclaman que, por muy cruel que sea el pueblo oprimido por la violencia y la arbitrariedad, llegará la hora en que una fuerza poderosa, triunfante e indestructible, el espíritu de la unidad fraternal de los trabajadores en estrecha alianza con la voluntad revolucionaria de las masas desposeídas, derrocará el viejo y desgastado orden a través de un poderoso aumento de la ira popular, a través de la embestida de la democracia que se ha convertido en una rebelión heroica.

Hoy es el día en que enterramos a las heroicas víctimas de la revolución rusa; hoy es un día solemne de alegría y de luto. Hoy los ojos de los oprimidos y desposeídos del mundo entero se dirigen hacia Rusia, a esta ciudad [Petrogrado] donde la resolución heroica de los obreros y el campesinado ruso oprimido se ha liberado del yugo de la autocracia zarista.

Hoy, al enterrar a las heroicas víctimas de la revolución que ofrecieron sus vidas para ganar para el pueblo el mayor derecho de todos, el derecho a la libertad, no sólo cantamos canciones de dolor fraternal sobre las tumbas de estos héroes, sino también un himno de victoria sobre la tumba de la autocracia zarista con todos sus crímenes y derramamientos de sangre, su oscurantismo, su cruel indiferencia ante los sufrimientos del pueblo trabajador, su servidumbre, sus abusos contra los soldados rasos, sus funcionarios zaristas corruptos, sus prisiones, su exilio siberiano, sus látigos, la horca, la violencia arbitraria y la opresión.

Y por eso el aire primaveral se llena no sólo de cantos de luto por los caídos en la lucha por la libertad, sino también de los millones de voces de un coro exultante que proclama la victoria de la revolución, la conquista por el pueblo de esa libertad que hace posible librar la lucha por el pan, por la paz, *por la consolidación del poder de la democracia proletaria hoy* y del socialismo mañana.

Las condiciones históricas, las fuerzas externas objetivas, prepararon el camino a lo largo de los años para el colapso inevitable del viejo poder, el inevitable amanecer del 1 de marzo, la victoria de la nueva Rusia; durante décadas se ha librado una lucha mortal entre los capitalistas industriales y la aristocracia terrateniente de la Rusia zarista. La guerra mundial imperialista agravó las contradicciones entre la vieja y la nueva Rusia, pero sólo gracias a la aparición de una fuerza *viva*, *activa* y militante pudo tener lugar la gran revolución rusa. Esta fuerza viva era el ataque de masas de la clase obrera y de un campesinado vestido con gabanes de soldados y empuñando armas.

Hoy, al enterrar a los héroes de la revolución, el proletariado de todo el mundo celebra el triunfo de esa doctrina (la doctrina del socialismo científico) que permitió a los socialistas rusos predecir la inevitabilidad e inminencia de la revolución rusa y organizar las fuerzas del proletariado siguiendo la ruta adecuada y recta. Hoy, cuando estamos

[203] *Nuestro monumento a los luchadores por la libertad*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "Our Memorial to the Fighters for Freedom", en Alexandra Kollontai Archive – MIA. Publicado en *Pravda* el 23 (6) de marzo de 1917, Petrogrado.

enterrando no sólo a los que murieron por la libertad, sino también a la autocracia zarista, los socialistas revolucionarios, los que se adhirieron resueltamente a las decisiones tomadas por los congresos obreros internacionales, pueden también celebrar su victoria. Su táctica, su estrategia de trabajo y lucha, ha salido triunfante. No la consigna de "paz entre las clases" durante la guerra depredadora y expansionista entre los estados capitalistas, sino la consigna de guerra de clases, de guerra civil, que fue defendida y aplicada a costa de un alto precio por el ala izquierda de la socialdemocracia rusa, ha llevado a Rusia a la gran revolución y ha dado a la democracia rusa la victoria sobre el "enemigo interno".

La revolución rusa es también un nuevo triunfo de esa táctica, la táctica de la *acción de masas*, de la democracia obrera en su forma más elevada de levantamiento revolucionario de las masas organizadas, que debe servir de base a la táctica de la nueva, de *la Tercera Internacional*, la internacional que completará la gran causa iniciada por los caídos durante la revolución rusa.

Nuestros camaradas de otros países, los que marchan de la mano de Liebknecht en Alemania, MacLean en Inglaterra, Haglund en Suecia, estarán con nosotros en espíritu, siguiendo el cortejo fúnebre con los mismos sentimientos de dolor por los caídos y la misma exaltación por la victoria de la libertad con la que millones de soldados y obreros rusos acompañarán hoy a sus camaradas de armas en su último viaje. ¡Nuestra pena es su pena, pero también nuestra victoria es la victoria de la democracia obrera en todo el mundo!

Hoy, al despedirnos de los héroes que cayeron en nombre de la libertad, nos separaremos de sus tumbas imbuidos de una firme resolución: se ha dado el primer paso, el más difícil de la revolución. La autocracia zarista, un cadáver en descomposición sobre un trono, se ha comprometido con la tierra.

Hoy se ha completado la primera etapa de la revolución, la etapa que consiste en la destrucción de lo antiguo.

Ahora, camaradas, ¡vuelvan al trabajo! ¡Debemos apresurarnos, debemos crear lo nuevo! ¡Debemos construir una nueva Rusia, democrática y libre!... ¡No se demoren, camaradas!

Hoy estamos enterrando a nuestros héroes, pero mañana debemos empezar a construirles un monumento majestuoso e indestructible. Este monumento será la Rusia democrática y republicana y, completando victoriosamente la tarea de la liberación de la clase obrera, un fuerte, robusto y bien organizado Partido Obrero Socialdemócrata revolucionario.

Nuestras tareas

(1917)[204]

Las trabajadoras y trabajadores de nuestro país se enfrentan ahora a una seria tarea de gran responsabilidad. Debemos construir la nueva Rusia, una Rusia en la que los trabajadores, empleados, sirvientes, obreros, costureras y aquellas que son, simplemente, esposas de los trabajadores, tendrán una vida mejor que la que tuvieron durante el maldito reinado de Nicolás el Sangriento.

Sin embargo, la tarea de consolidar la victoria y el poder estatal a favor del proletariado y el pequeño campesinado, elaborando y aplicando una legislación que limite los apetitos de los explotadores capitalistas y defienda los intereses de los obreros, no es la única tarea a la que se enfrentan los obreros de Rusia. El proletariado en Rusia ocupa ahora una posición especial en relación con los trabajadores de otros países.

La gran revolución rusa nos ha puesto a nosotros, las trabajadoras y trabajadores rusos, al frente de la atención de los que luchan por la causa y los intereses de los obreros de todo el mundo.

Podemos hablar, escribir y actuar con más libertad que las trabajadoras y trabajadores de otros países.

¿Cómo, pues, podríamos dejar de usar esta libertad, ganada con la sangre de nuestros camaradas, para concentrar sin demora nuestras fuerzas, las fuerzas de las mujeres del proletariado, para librar una incansable lucha de masas para terminar la guerra mundial lo antes posible?

Nuestras compañeras, las trabajadoras de otros países, nos esperan para seguir nuestros pasos.

La guerra es ahora el mal más formidable que se aferra a nosotros. Mientras la guerra continúe no podemos construir la nueva Rusia, no podemos resolver el problema del pan, de la comida, no podemos detener el crecimiento del coste de la vida. Mientras que con cada hora que pasa la guerra continúa matando y mutilando a nuestros hijos y maridos, nosotras, esposas del proletariado, ¡no podemos estar quietas! […]

Si nuestra primera tarea es ayudar a nuestros camaradas a construir la nueva Rusia democrática, nuestra segunda tarea, no menos urgente e igualmente querida por nuestros corazones, es la de despertar a las mujeres trabajadoras para declarar la guerra a la guerra.

En primer lugar, esto significa explicar constantemente a las trabajadoras y a los trabajadores que esta no es nuestra guerra, que se está llevando a cabo en nombre de los intereses financieros de los grandes empresarios, banqueros y fabricantes. También significa unir las fuerzas de los trabajadores en torno al partido que no sólo defiende los intereses del proletariado ruso, sino que también lucha para que la sangre de los proletarios no sea derramada en aras de la gloria de los capitalistas.

---

[204] *Nuestras tareas*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde "Nos tâches", en Alexandra Kollontaï, Les auteurs marxistes en langue française – MIA. Publicado en *Rabotnitsa*, nº 1-2, páginas 3-4, Petrogrado, 1917. *Rabotnitsa* (La Obrera) fue la revista de las mujeres bolcheviques; fundada en 1914 reanudó su publicación en mayo de 1917 por lo que, tratándose del número 1-2 es posible especular con que el artículo fue escrito o antes o en mayo de ese año, especulación que también refrenda el contenido en lo referente al poder obrero en Rusia.

¡Camaradas obreras! ¡No podemos resignarnos más a la guerra y al aumento de los precios! ¡Debemos luchar! ¡Únanse a nuestras filas, las filas del partido socialdemócrata del trabajo! Sin embargo, no es suficiente con unirse al partido. Si realmente queremos acelerar la paz, las trabajadoras y los trabajadores deben luchar para permitir que el poder del estado se transfiera de las manos de los grandes capitalistas (los que realmente son responsables de todas nuestras penas, de toda la sangre derramada en los campos de batalla) a las manos de nuestros representantes, los diputados de los sóviets de soldados y obreros.

En la lucha contra la guerra y el aumento de los precios, en la lucha por asegurar el poder en Rusia para los desposeídos, para los trabajadores, en la lucha por un nuevo orden y nuevas leyes, mucho depende de nosotras, las obreras. Hay innumerables ocasiones en las que el éxito de la causa de los trabajadores ha dependido sólo de la organización de los hombres. Ahora, como resultado de esta guerra, ha habido un cambio agudo en la posición de las mujeres del proletariado. El trabajo de las mujeres se encuentra ahora en todas partes. La guerra ha forzado a las mujeres a realizar trabajos que nunca hubieran imaginado. Mientras que en 1912 sólo había 45 mujeres por cada 100 hombres trabajando en las fábricas, ahora no es raro encontrar 100 mujeres por cada 75 hombres.

El éxito de la causa obrera, el éxito de la lucha de los obreros por una mejor vida (jornada laboral, salario, seguro médico, seguro de desempleo, pensiones de vejez, etc.) el éxito de su lucha por defender el trabajo de nuestros hijos, por conseguir mejores escuelas, depende ahora no sólo de la conciencia y organización de los hombres, sino del número de mujeres trabajadoras que se incorporen a las filas del proletariado organizado. Cuantas más entremos en las filas de la militancia, antes haremos retroceder a los capitalistas.

¡Toda nuestra fuerza, toda nuestra esperanza, radica en la organización!

Ahora nuestra consigna debe ser: ¡camaradas obreras! No os quedéis aisladas. Aisladas, sólo somos briznas de paja que cualquier jefe puede torcer a su voluntad, pero organizadas somos una fuerza poderosa que nadie puede romper.

Nosotras, las obreras, fuimos las primeras en levantar la bandera roja en los días de la Revolución Rusa, las primeras en tomar las calles en el Día de la Mujer. ¡Apresuraos ahora a uniros a las filas de los principales activistas de la causa de los trabajadores, uníos a los sindicatos, al partido socialdemócrata, a los sóviets de obreros y los soldados!

Nuestras filas se han unido, trataremos de poner fin rápidamente a la sangrienta guerra entre las naciones; nos opondremos a todos aquellos que han olvidado el gran precepto de la unidad proletaria, de la solidaridad obrera internacional.

Sólo en la lucha revolucionaria contra los capitalistas y en unión con las trabajadoras y trabajadores del mundo se realizará un nuevo y más brillante futuro: la hermandad socialista de los trabajadores.



Por qué deben ganar los bolcheviques

(1917)[205]

Por fin se ha producido un gran y largamente esperado acontecimiento que nosotros, los marxistas, siempre hemos creído inevitable, pero que, sin embargo, consideramos más bien un sueño o un ideal de futuro que una realidad inminente. [Revolución de octubre]

El proletariado ruso, apoyado por soldados armados (y ellos también son hijos de proletarios o campesinos) ha tomado el poder estatal. Por primera vez en la historia del hombre, un estado no está dirigido por los representantes del capital, de la burguesía, sino por la vanguardia del proletariado combativo (el ala izquierda de la socialdemocracia rusa, los bolcheviques).

En Rusia, ya en la revolución de febrero los bolcheviques se dieron cuenta de la inevitabilidad de un enfrentamiento entre la clase obrera, apoyada por un campesinado exhausto y soldados cansados de la guerra, y la burguesía rusa.

Todo lo que la revolución de febrero de 1917 logró fue el derrocamiento del zarismo y la introducción de aquellos derechos y libertades políticas comúnmente aceptadas y reconocidas por cualquier gobierno liberal-burgués (libertad de asociación y de prensa, el derecho a la organización en partidos y a la alianza). El viejo espíritu burocrático y burgués que reinaba en la vida de Rusia permaneció inalterado. Los antiguos funcionarios permanecieron en todos los ministerios, las antiguas leyes y

---

[205] *Por qué deben ganar los bolcheviques*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde “Why the Bolsheviks Must Win”, Alexandra Kollontai Archive – MIA. Publicado en *Revolt* en diciembre de 1917.

reglamentos siguieron operando en todo el país, y la única diferencia fue que los antiguos monárquicos se convirtieron en los fieles servidores primero de Miliukov y Guchkov, y luego de Kerensky y Tereshchenko.

Los principales capitalistas e industriales de Rusia pensaron que después de la revolución de febrero el peligro había pasado, y que, tras el derrocamiento del régimen zarista, los capitalistas de Rusia tendrían plena libertad de acción para crear en Rusia una república puramente capitalista similar a la de América del Norte, donde todo el poder del estado está firmemente en manos de los magnates capitalistas. Sólo este verano la burguesía rusa celebró su victoria, y buscó mediante todo tipo de intrigas y engaños políticos (y en particular con la formación de un gobierno de coalición) fortalecer su posición y debilitar la de los socialistas. Trató de comprar a los socialpatriotas vacilantes como Tsereteli, Chernov y Avksentyev prometiéndoles una participación en el gobierno.

En esos momentos sólo existía en Rusia un partido que, desde el principio de la revolución de febrero, adoptó una actitud negativa hacia la política burguesa imperialista de los cadetes y los socialpatriotas, *y era el Partido Bolchevique*. Ya en abril, los bolcheviques propusieron la consigna: "¡Todo el poder a los soviets!" y subrayaron repetidamente que era esencial poner fin a la guerra. Sin embargo, la guerra sólo podía terminar con la revolución y el derrocamiento del gobierno capitalista burgués. Por lo tanto, cualquiera que quisiera luchar por la paz debía, al mismo tiempo, luchar para tomar el poder. Cuanto más decididamente los bolcheviques apoyaban estas consignas, más salvajemente eran atacados por sus oponentes políticos, por los cadetes y sus lacayos del partido socialista (los socialpatriotas). Pero los bolcheviques continuaron tranquilamente su trabajo, cumpliendo su gran misión histórica.

Los bolcheviques no sólo se encontraron en la oposición, despellejando a los socialpatriotas y criticando y exponiendo incesantemente la nociva esencia del imperialismo tanto dentro como fuera de Rusia, sino que también buscaron con energía y persistencia crear una base para el desarrollo de un movimiento obrero revolucionario que fuera apoyado por las masas populares y no dudara ante una insurrección abierta y armada.

En Petrogrado, Moscú y en toda Rusia se formaron grandes sindicatos con 100.000 a 200.000 miembros (obreros metalúrgicos, textiles, madereros, etc.). Luego, bajo la dirección de los bolcheviques, se crearon clubes de obreros y soldados con sus propias bibliotecas, cursos de estudio, comedores baratos, etc. Al mismo tiempo, se dieron los primeros pasos para organizar un sindicato de jóvenes socialistas, cuyos miembros llegaron a ser 50.000. Los bolcheviques también realizaron un gran trabajo entre los soldados del frente para reforzar el espíritu de internacionalismo también allí. Se distribuyeron millones de ejemplares de panfletos y folletos que exponían abiertamente el problema de la guerra tal y como lo entendían los socialistas-internacionalistas. También se convocaron reuniones, congresos y conferencias dirigidos por los bolcheviques con el mismo propósito.

Sin embargo, si los bolcheviques prepararon el camino para la revolución de octubre mediante una activa labor de propaganda y organización, no hay que olvidar que fueron las propias *condiciones objetivas las que crearon el terreno para esta segunda revolución*.

La revolución de febrero no pudo eliminar ninguno de los factores que la causaron, a saber, la guerra, el aumento de los precios, la hambruna y las privaciones. Al mismo tiempo, la burguesía rusa continuó tranquilamente su dominio.

En julio la tendencia reaccionaria de la política de la burguesía (los cadetes) se hacía cada vez más evidente. La prensa obrera fue prohibida, los bolcheviques fueron arrestados y se reintrodujo la pena de muerte para los soldados.

Luego vino el notorio complot entre el General Kornílov y los líderes de los cadetes. A partir de septiembre se vislumbraba una lucha cada vez más encarnizada entre la democracia revolucionaria y la burguesía liberal. Ahora la pregunta era: ¿a quién debe pertenecer la Rusia republicana, a los capitalistas o a los obreros y campesinos pobres? Los soldados, cansados de la guerra, se inclinaban cada vez más hacia los bolcheviques, mientras que el gobierno de Kerensky era cada vez más agresivo...

La dictadura de los partidos burgueses, o la lucha por la dictadura del proletariado, era la cuestión que se planteaba en el Segundo Congreso de Diputados Obreros y Soldados que se reunió en Petrogrado el 25 de octubre (a la vieja usanza, 7 de noviembre[206]).

El pueblo salió victorioso sin una dura lucha ni mucho derramamiento de sangre. Los sóviets de los obreros tomaron el poder en sus manos. Ni un solo soldado, ni un solo marinero, ni un solo obrero apoyó el gobierno de Kerensky. Sólo grupos individuales del campo burgués apoyaron al gobierno. El Congreso de los Sóviets declaró: ¡lo que hemos esperado tanto tiempo ha sucedido, el poder del estado está en manos de la democracia revolucionaria, es decir, en manos de los obreros, los campesinos pobres, los soldados y los marineros! Como era de esperar, el primer paso dado por un gobierno verdaderamente socialista fue la proclamación del decreto sobre la paz.[207]

Los comisarios del pueblo se pusieron inmediatamente a aplicar el programa de la clase obrera. Surgió un nuevo espíritu. Fueron barridos todos los viejos métodos burocráticos y costumbres. La autoadministración y el principio de la elección entró en funcionamiento en todo el país para todos los puestos, incluidos los de las fuerzas armadas (incluso los comandantes son elegidos y nombrados por los soldados). Todo esto es ahora característico de la vida en Rusia.

El nuevo gobierno socialista, el gobierno de los obreros y los campesinos, está tomando medidas enérgicas para restaurar la economía nacional, las finanzas y la industria, que han sido totalmente destruidas. Sin embargo, se podría haber logrado aún más si no fuera por la burguesía, que miraba con odio y rabia el dominio de la "turba" e hizo todo lo posible para impedir la nueva obra de la creación. Un ejemplo de esto es el notorio 'sabotaje' de los empleados del estado en todos los ministerios, en las instituciones estatales, e incluso en las escuelas y hospitales. Profesores, médicos, periodistas, toda la intelectualidad, se opusieron a los trabajadores, al estado socialista. Tan pronto como un comisario del pueblo asumía el cargo, todos los empleados del estado inmediatamente, igual que huelguistas experimentados, dejaban de trabajar, dejando vacíos los ministerios y otras instituciones. Tuvieron que cerrarse muchas escuelas y hospitales como resultado de huelgas entre el personal docente y médico.

Los ancianos y los huérfanos fueron expulsados de los refugios donde habían encontrado refugio porque el personal se negó a aceptar el dinero de un "gobierno socialista bolchevique" para apoyar a estas instituciones...

A menudo, cuando el personal dejaba los ministerios, se llevaba consigo no sólo todos los documentos, sino también las llaves de las cajas fuertes y todo el dinero.

¿Es por lo tanto sorprendente que el gobierno socialista, ante un boicot y un sabotaje sin precedentes, que afecta tan negativamente a miembros inocentes de la sociedad, haya adoptado medidas rigurosas contra los cadetes y los liberales?

---

[206] Para una cronología del año 1917 remitimos al lector a la obra de Trotsky publicada en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: *1917. El año de la revolución*, páginas 224-362 formato pdf.

[207] Si el lector quiere saber más sobre la primera legislación revolucionaria en Rusia puede ver, en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov, la serie: La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii).

Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades, el gobierno bolchevique continuó su trabajo constructivo. Se implementaron reformas sociales radicales. Se mostró preocupación hacia los miembros más pobres y necesitados de la población. Se prestó especial atención a los heridos durante la guerra. Se organizó una campaña contra el paro. También se llevaron a cabo reformas en la administración de justicia. Se adoptaron medidas severas contra la especulación. Se prestó especial atención a la educación escolar y se hicieron esfuerzos para hacer frente a la crisis de la vivienda.

No es de extrañar, por tanto, que estas políticas de defensa de los intereses de las masas provoquen reacciones diferentes en los distintos sectores de la sociedad frente al gobierno socialista. Por un lado, el gobierno socialista se enfrenta al odio, la calumnia y la cólera de toda la clase burguesa, mientras que, por otro lado, despierta la admiración, la auténtica devoción y el apoyo decidido de los obreros, los soldados y los campesinos.

La democracia revolucionaria entiende y siente claramente que el gobierno bolchevique es el único órgano correcto de poder para la nueva Rusia democrática. O bien Rusia se convierte en una república burguesa-capitalista (en caso de que los cadetes lleguen al poder), o bien, bajo la dirección del proletariado, se desarrollará como una república puramente democrática y creará gradualmente nuevas formas para la economía nacional y las relaciones sociales.

Tras la revolución de octubre en Rusia, la consigna “la dictadura del proletariado” ya no es una utopía, sino una realidad con la que deben contar todas las clases burguesas de otros países. La revolución rusa marcó sólo el comienzo de la gran lucha para liberar al proletariado del yugo del capitalismo. Es de vital importancia para el proletariado de todos los países que los bolcheviques salgan victoriosos de esta lucha. Esta victoria también supondrá un golpe mortal para el imperialismo mundial.

El amor y la moral sexual

(1918)[208]

En los años de 1910 a 1911, período durante el cual disminuyó en Rusia el interés por los problemas sexuales, apareció en Alemania el estudio psicosociológico de Grete Meisel-Hess[209] sobre la "crisis sexual", libro que no fue un éxito de público. La novela de Karin Michaelis, *La edad peligrosa*, publicada poco después, libro que carece de gran valor artístico y cuya audacia no va más allá de límites permitidos por las conveniencias de "buen tono" literario, relegó a segundo término, con su éxito no merecido, la obra de Meisel-Hess. Fue calificado por la crítica como "un libro bien escrito, pero sin ningún valor científico". Únicamente entre las altas esferas intelectuales, entre la "crema" de la sociedad alemana, fue saludado este libro con entusiastas aplausos por parte de unos y muestras de desagrado e indignación de los otros, suerte común a todo investigador sincero de la verdad.

El hecho de que el libro de Meisel-Hess carezca de una serie de cualidades científicas; el hecho de que se le pueda reprochar la falta de método y examen; el que no siga un procedimiento sistemático; el que su pensamiento sea en algunos momentos inseguro y sinuoso, y que repita cosas ya expuestas, no puede disminuir en modo alguno el valor de este trabajo.

Un hálito de frescura se desprende del libro; la investigación de la verdad llena las páginas vivas y apasionadas de esta exposición, en la cual se refleja una vibrante alma de mujer, que conoce profundamente la vida. Los pensamientos de Meisel-Hess no son nuevos, flotan en el ambiente, llenan y saturan toda nuestra atmósfera moral.

Los problemas que Meisel-Hess examina nos son conocidos. Todos hemos meditado sobre ellos, los hemos vivido en todo su dolor. No hay ninguna persona que después de reflexionar sobre estos problemas no haya llegado por un camino o por otro a las conclusiones grabadas en las páginas del libro *La crisis sexual*. Pero, fieles a la hipocresía que nos domina, continuamos adorando públicamente al viejo ídolo: la moral burguesa. El mérito de Meisel-Hess es semejante al del niño del cuento de Andersen. Meisel-Hess se ha atrevido a gritar a la sociedad que "el rey no tiene camisa", es decir, que la *moral sexual* contemporánea no es más que una *vana ficción*.

En efecto, las normas morales que regulan la vida sexual del hombre no pueden tener más que dos finalidades, dos objetivos. Primero, asegurar a la humanidad una descendencia sana, normalmente desarrollada; contribuir a la selección natural en interés de la raza. Segundo, contribuir al desenvolvimiento de la psicología humana, a enriquecerla con sentimientos de solidaridad, de compañerismo, de colectividad. La moral sexual actual, como moral que sirve únicamente a los intereses de la propiedad, no llena ninguna de estas dos finalidades. Todo el código complicado de la moral sexual contemporánea, con el matrimonio monógamo indisoluble, que rara vez está basado en el amor, y la institución de la prostitución, tan extendida y organizada, no sólo no contribuye al saneamiento de la raza, sino que produce efectos contradictorios, es decir, favorece "la

[208] *El amor y la moral sexual*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Primera edición en castellano en la Biblioteca de Estudios, Valencia, y en la Editorial Hoy, Madrid, 1931, con traducción de María Teresa Andrade, que seguimos aquí. Primera edición en ruso en 1918.

[209] Grete Meisel-Hess, *La crisis sexual*, Jena Diederichs.

selección natural en sentido inverso”. La moral contemporánea no hace más que conducir a la humanidad por el camino de la degeneración ininterrumpida.

Los matrimonios tardíos, la esterilidad forzada en el período más favorable para la concepción, el recurso de la prostitución completamente “inútil” desde el punto de vista del interés de la raza, la ausencia de un factor tan importante como el “éxtasis amoroso” en los matrimonios de conveniencia, en el matrimonio legal indisoluble; el que los ejemplares “más hermosos” femeninos, los más capacitados para provocar las emociones eróticas de los hombres queden reducidos a la esterilidad de la prostitución; la condena a muerte que pesa sobre los “hijos del amor”, productos ilegales de la raza, frecuentemente los más valiosos por ser los más sanos y vigorosos, todos éstos son los resultados directos de la moral corriente, resultados que conducen irremediablemente a la fealdad, decadencia y degeneración física y moral de la raza humana.

El intento de Meisel-Hess de armonizar la moral sexual y el objetivo de “la higiene de la raza”, merece una gran atención, y debe interesar principalmente a los partidarios de la concepción materialista de la historia. La defensa de la joven generación trabajadora, la protección de la maternidad y de la infancia, la lucha contra la prostitución y otras reivindicaciones de los programas socialistas persiguen en esencia “la higiene de la raza” en su más amplia acepción. Arrancar a la moral sexual la aureola del inviolable “imperativo categórico”, armonizar la moral sexual con las necesidades vitales y prácticas y con las exigencias de la vanguardia de la humanidad, es la tarea que debe figurar en el orden del día, y que reclama de una manera imperiosa la atención reflexiva y consciente de todos los programas socialistas.

Por muy valiosos que sean los pensamientos de Meisel-Hess sobre esta cuestión, rebasaríamos indudablemente los límites de este breve ensayo si nos dedicásemos a analizar de una manera detenida esta parte del libro. Por tanto, nos limitaremos a examinar aquí la segunda parte del problema sexual. Únicamente estudiaremos las respuestas, no menos valiosas e interesantes, de Meisel-Hess a la segunda pregunta: Las formas actuales de la moral sexual, ¿cumplen con los fines de esta segunda cuestión? Es decir, ¿contribuyen a desarrollar en el hombre sentimientos de solidaridad y compañerismo, y, por tanto, al enriquecimiento de la psicología humana?

Después de someter a un análisis sistemático las tres formas fundamentales de la unión entre los sexos, el matrimonio legal, la unión libre y la prostitución, Meisel-Hess llega a la deducción pesimista, pero inevitable, de que en el mundo capitalista todas estas formas, tanto las unas como las otras, marcan y deforman el alma humana y hacen perder toda esperanza de conseguir una felicidad sólida y durable, en una comunidad de almas profundamente humana: en el estado invariable y estacionario de la psicología contemporánea no hay solución posible para la crisis sexual.

La puerta prohibida sólo puede abrirla una transformación fundamental de la psicología humana; sólo un enriquecimiento de nuestra psicología en “potencial de amor” puede transformar las relaciones entre los sexos y convertirlas en relaciones impregnadas de verdadero amor, dotadas de una afinidad real, en uniones sexuales que nos hagan felices. Pero una transformación de este género exige de una manera inevitable la transformación fundamental de las relaciones económico-sociales; es decir, exige el establecimiento de un régimen comunista.

¿Cuáles son los efectos fundamentales, los lados sombríos del matrimonio legal? El matrimonio legal está basado en dos principios igualmente falsos: la indisolubilidad, por un lado, y el concepto de propiedad, de la posesión absoluta de uno de los cónyuges por el otro.

La indisolubilidad del matrimonio legal está basada en una concepción contraria a toda ciencia psicológica; en la invariabilidad de la psicología humana en el transcurso

de una larga vida. La moral contemporánea obliga al hombre a encontrar su “felicidad” a cualquier precio, y, al mismo tiempo, le exige descubra esa “felicidad” de primera intención, sin equivocarse nunca. La moral contemporánea no admite que el hombre pueda equivocarse en su elección entre millares de seres que le rodean. Necesariamente tiene el hombre que encontrar el alma en armonía con la suya, ese segundo “yo” único, que le hará feliz en el matrimonio. Cuando un ser humano se equivoca en la elección, principalmente si el ser que vacila y se pierde en la busca del ideal es una mujer, la sociedad, tan exigente y tan deformada por la moral contemporánea, no acude en socorro de sus miembros necesitados. Poco le importa a nuestra sociedad que el alma y el corazón de una mujer que se equivoca queden destrozados en las punzantes espinas de las decepciones; no acudirá en su ayuda, pero, en cambio, la perseguirá con furia vengadora, e inexorablemente la condenará.

La delicada flor de nuestra moral sexual es una “felicidad” adquirida a costa de nuestra esclavitud a la sociedad. Una separación leal en una unión amorosa es considerada por nuestra sociedad actual, interesada únicamente por la idea de la propiedad, y que no considera nunca los intereses de la “especie”, ni siquiera los de la felicidad individual, como la ofensa más grande que se le puede infligir. Y, sin embargo, nada más cierto, observa con gran tristeza Meisel-Hess, que el parecido entre el matrimonio y un piso habitable: sus malas condiciones sólo se descubren después de haber vivido algún tiempo en él. “Si nos vemos obligados a mudarnos con frecuencia de pisos faltos de comodidades y poco apropiados a nuestras necesidades, nos sentimos como perseguidos por una ‘mala estrella’; pero indiscutiblemente la situación es mucho más terrible si la sociedad nos obliga a vivir todo el resto de nuestra existencia en malas condiciones.” “El cambio de uniones amorosas en el curso de la vida humana [continúa Meisel-Hess], y durante el proceso de evolución de una individualidad, es un hecho que tendrá que ser reconocido por la sociedad futura cómo algo normal e inevitable.”

“La indisolubilidad del matrimonio legal es todavía más absurda si se tiene en cuenta que la mayoría de los matrimonios se hacen ‘a ciegas’, es decir, que las dos partes contrayentes sólo tienen el uno del otro una idea confusa. No es sólo que uno de los esposos desconozca en absoluto la naturaleza psicológica del otro, sino algo todavía mucho más grave. Los esposos ignoran al contraer matrimonio legal que va a ser un lazo indisoluble, si existe entre ellos una afinidad física, esa consonancia sin la cual no es posible la felicidad.” “Las ‘noches de prueba’, practicadas con tanta frecuencia durante la Edad Media [dice Meisel-Hess] no son en modo alguno una absurda indecencia. Practicadas en otras condiciones y teniendo como finalidad el interés de la raza y consideradas como medio de asegurar la felicidad individual, podrían incluso conquistar derecho de ciudadanía.”

El segundo factor que envenena el matrimonio legal es la idea de *propiedad*, de “posesión absoluta” de uno de los cónyuges sobre el otro. No puede darse en la realidad un contrasentido más grande; dos seres cuyas almas sólo tienen raros puntos de contacto, tienen “necesariamente” que adaptarse el uno al otro, en todos los diversos aspectos de su múltiple “yo”. El absolutismo de la posesión lleva irremediablemente la presencia continua de estos dos seres, comunidad que es tan molesta para el uno como para el otro. La idea de la posesión no deja libre el “yo”, no hay momento de soledad para la propia voluntad, y, si a esto se añade la coacción ejercida por la dependencia económica, ya no queda ni siquiera “un pequeño rincón” propio. La presencia continua, las “exigencias” inevitables que se tienen con el “objeto poseído” son la causa de que un amor ardiente se transforme en indiferencia, esa terrible indiferencia que lleva dentro de sí razonamientos insoportables y mezquinos. En efecto: tenemos necesariamente que estar de acuerdo con Meisel-Hess cuando dice que una vida en común demasiado estrecha es la causa principal

que marchita la delicada flor primaveral del entusiasmo amoroso más puro. ¡Cuántas "precauciones" tiene que tener un alma con la otra; qué inmensas reservas de calor afectuoso son necesarias para poder recoger, ya en el otoño, los frutos sabrosos de una profunda adhesión indisoluble entre dos almas!

Pero hay todavía más. Los 'factores de indisolubilidad y propiedad, fundamentos del matrimonio legal, ejercen un efecto nocivo sobre el alma humana. Estos dos factores exigen pocos esfuerzos psíquicos para conservar el amor de su compañero de vida, puesto que está ligado indisolublemente a él por cadenas exteriores. La forma actual del matrimonio legal no hace, por tanto, más que empobrecer el alma, y no contribuye en modo alguno a la acumulación en la humanidad de reservas de "ese gran amor" que fue la profunda nostalgia de toda la vida del genio ruso Tolstoi.

Todavía se deforma más la psicología humana con otro aspecto de la unión sexual: la *prostitución*.

"¿Puede darse algo más monstruoso que el acto amoroso degradado hasta el punto de hacer de él una profesión?"

Dejemos a un lado todas las miserias sociales que van unidas a la prostitución, los sufrimientos físicos, las enfermedades, las deformidades y la degradación de la raza, y detengámonos solamente ante la cuestión de la influencia que la prostitución ejerce sobre la psicología humana. No hay nada que seque tanto las almas como la venta forzada y la compra de caricias de un ser con el que no hay nada en común. La prostitución extingue el amor en los corazones.

La prostitución deforma las ideas normales de los hombres, empobrece y envenena el alma; la prostitución roba algo que es lo más valioso de los seres humanos: la capacidad para sentir apasionadamente el amor, esa pasión que enriquece la personalidad por la aportación de los sentimientos vividos. La prostitución deforma todas aquellas nociones que nos conducen a considerar el acto sexual como uno de los factores esenciales de la vida humana, como acorde final de múltiples sensaciones físicas, y nos empuja a estimarlo, en cambio, como un acto vergonzoso, bajo y groseramente bestial. La vida psicológica de las sensaciones en la compra de caricias tiene repercusiones que pueden producir consecuencias muy graves en la psicología masculina. El hombre acostumbrado a la prostitución, relación sexual en la que están ausentes los factores psíquicos, capaces de ennoblecer el verdadero "éxtasis erótico", adquiere el hábito de aproximarse a la mujer con deseos reducidos, con una psicología simplista y desprovista de tonalidades. Acostumbrado a las caricias sumisas y forzadas, no intenta siquiera comprender la múltiple actividad a que se entrega el alma de la mujer amada durante el acto sexual. Este tipo de hombre no puede "percibir" los sentimientos que despierta en el alma de la mujer; es incapaz de captarse sus múltiples matices. Muchos dramas femeninos no tienen otra causa que esta psicología simplista con que el hombre se aproxima a la mujer, y que ha sido engendrada en las casas de lenocinio. La prostitución extiende de un modo inevitable sus alas sombrías sobre la cabeza de la mujer "libremente amada" lo mismo que sobre la esposa ingenuamente amorosa y sobre la amante intuitivamente exigente. La prostitución envenena implacablemente la felicidad del amor de las mujeres que buscan en el acto sexual la compenetración final de una pasión correspondida, armoniosa y omnipotente[210].

[210] Conviene señalar que las consideraciones expuestas por Meisel-Hess, acerca de la deformación de la psicología masculina, nos facilitan la clave de otro fenómeno que hasta ahora había permanecido oculto. La poca costumbre que los hombres tienen de tomar en consideración la psicología femenina, la incapacidad para comprender sus sentimientos, no solamente le conducen a no prestar la menor atención al alma de la mujer, sino que van mucho más allá todavía: conducen a los hombres a ignorar en absoluto, con la más sorprendente de las ignorancias, las sensaciones fisiológicas de la mujer durante el acto más íntimo de sus

La mujer normal busca en el acto sexual la plenitud y la armonía. El hombre, por el contrario, formado como está en la prostitución, que extermina la múltiple vibración de las sensaciones de amor, no se entrega más que a un pálido y uniforme deseo físico que deja en ambas partes una sensación de falta de satisfacción y de hambre psíquica. La incomprensión mutua crece; cuanto más desarrollada está la individualidad de la mujer, más múltiples son sus exigencias psicológicas, lo que trae como resultado una crisis sexual más aguda. Por tanto, la prostitución es peligrosa, porque su influencia se extiende aún mucho más allá de su propio dominio.

Meisel-Hess dice:

"Aun dejando a un lado la cuestión de la degeneración fisiológica de la humanidad, las enfermedades venéreas, el empobrecimiento físico de la raza, hay que tener en cuenta todavía otro factor psicológico que oscurece los impulsos morales, mancha y deforma la conciencia erótica y hace que el hombre y la mujer se comprendan cada vez menos y no sepan gozar mutuamente sin engañarse el uno al otro."

La tercera forma de las relaciones sexuales, la unión libre, lleva dentro de sí también muchos aspectos igualmente sombríos. Las imperfecciones de esta forma sexual son más bien de un carácter reflejo; el hombre de nuestra época va a la unión libre con una psicología ya deformada por una moral falsa y malsana, fruto del matrimonio legal, por una parte, y del lúgubre abismo de la prostitución, por otra. El amor libre choca con dos obstáculos inevitables: "la incapacidad para sentir el amor verdadero", esencia de nuestro mundo individualista, y la falta del tiempo indispensable para entregarse a los verdaderos placeres morales. El hombre actual no tiene tiempo "para amar". Nuestra sociedad, fundada sobre un principio de concurrencia, la lucha cada vez más dura por la existencia, la persecución implacable para la conquista de un pedazo de pan, de un sueldo o de una carrera, no deja lugar para el culto del exigente y delicado Eros. La pobre Aspasia esperará inútilmente en nuestros tiempos, sobre su lecho cubierto de rosas, al "compañero" de sus placeres de amor. Aspasia no puede compartir su lecho con un hombre grosero, de nivel moral indigno de ella; pero el hombre "moralmente noble" carece de tiempo para pasar las noches a su lado.

Meisel-Hess hace notar con mucha razón un hecho que se da con extraordinaria frecuencia: el hombre de nuestro tiempo considera el amor-pasión como "la más grande de las desgracias" que le pueden suceder. El amor-pasión es un obstáculo para la realización de los objetivos esenciales de su vida: la conquista de la posición, de un capital, de una colocación segura, de la gloria, etc. El hombre tiene miedo a los lazos de un amor fuerte y sincero que le "apartaría" posiblemente del principal objetivo de su vida. La unión libre, en el complicado ambiente que nos rodea, exige a su vez una pérdida de tiempo y de fuerzas morales infinitamente más grande que un matrimonio legal, o que las fugitivas caricias compradas.

Solamente las citas devoran unas horas preciosas para "los negocios". Al mismo tiempo, miles de demonios amenazan a la pareja unida únicamente por los lazos del amor. Basta que por una casualidad se origine un desacuerdo momentáneo, para que inmediatamente se produzca la ruptura. El amor libre en las condiciones actuales de nuestra sociedad termina siempre en una separación o un matrimonio legal.

---

relaciones mutuas. Los médicos son los únicos que conocen perfectamente, por ser causa frecuente de enfermedades nerviosas, la falta de satisfacción que algunas mujeres encuentran en el acto sexual. Es sorprendente que la literatura, impregnada en absoluto por la psicología masculina, haya dejado pasar en silencio este hecho que explica toda una serie de dramas de familia y de amor. Cuando Maupassant se atreve a tocar esta cuestión en la novela *Una vida*, su "revelación" provoca una ingenua sorpresa en la mayoría de le hombres.

Según Meisel-Hess, “no ha nacido todavía” el hombre fuerte y consciente que sea capaz de considerar el amor como parte integrante en la totalidad de sus objetivos vitales. Por esta razón, el hombre de nuestra época, absorbido por serios trabajos, prefiere abrir la bolsa y mantener una querida o cumplir con una mujer, dándole su “nombre”, tomando bajo su responsabilidad la carga de una familia legal. Todo antes que perder un tiempo “tan valioso” y que dilapidar sus energías en horas entregadas a placeres de amor...

La mujer, lo mismo que el hombre, particularmente las mujeres que viven de un trabajo independiente (este tipo de mujer constituye del cuarenta al cincuenta por ciento en todos los países cultos), tienen que enfrentarse con el mismo dilema que el hombre; se ven obligadas a elegir entre el amor o su profesión. La situación de la mujer que trabaja se complica todavía más con el factor de la maternidad. Basta detenerse un momento en la biografía de las mujeres que se han distinguido en la vida, para convencerse del conflicto inevitable entre el amor y la maternidad, por un lado, y la profesión y la vocación, por otro. Quizá la causa de que las exigencias de la mujer “célibe” independiente con respecto al hombre sean cada vez mayores estribe precisamente en que este tipo de mujer deposita en la balanza de la felicidad del amor libre, además de su alma, su trabajo querido, una profesión conquistada. Debido a esto, esta mujer exige, en cambio, como la mayor compensación a todo lo entregado, “el más rico don”: el alma del hombre amado.

La unión libre sufre las consecuencias de la ausencia de un factor moral, de la falta de conciencia de “un deber interior”. En el estado actual de las relaciones sociales no hay motivo para creer que esta forma de unión sexual será lo bastante potente para ayudar a salir a la humanidad del callejón en que se encuentra la crisis sexual, solución que esperan, sin embargo, los partidarios del amor libre. La solución a este complicado problema sólo es posible mediante una reeducación fundamental de nuestra psicología, reeducación que, a su vez, sólo es posible por una transformación de todas las bases sociales que condicionan el contenido moral de la humanidad. Las medidas y reformas pertenecientes al dominio de la política social, que indica como remedios Meisel-Hess, no contienen en el fondo nada esencialmente nuevo. Corresponden por completo a las reivindicaciones del programa socialista: independencia económica de la mujer, verdadera protección y seguro a la maternidad y la infancia, lucha contra la prostitución en su base económica, supresión de la noción de hijos legítimos e ilegítimos, sustitución del matrimonio religioso por el matrimonio civil, fácilmente anulable, reconstrucción fundamental de la sociedad según los principios comunistas. El mérito de Meisel-Hess no descansa, pues, en las reivindicaciones político-sociales, que juzga necesarias, y que son análogas a las de los programas socialistas. Lo verdaderamente esencial de su detenida investigación en busca de la verdad sexual es que haya caído inconscientemente, sin ser socialista militante, en el único camino de una solución posible del problema sexual. Pero todas las reformas sociales, condiciones indispensables para las nuevas relaciones entre los sexos, serán insuficientes para resolver la crisis sexual si al mismo tiempo no se forma una fuerza creadora poderosa, capaz de aumentar el “potencial de amor” de la humanidad.

La agudeza intelectual de Meisel-Hess es la que hace que por un medio completamente intuitivo llegue esta escritora a la misma conclusión. Meisel-Hess ha comprendido que toda la atención de la sociedad en lo referente a la educación y formación del alma, en el dominio de las relaciones sexuales, debe modificarse en esta forma.

La unión de los sexos tal y como la entiende Meisel- Hess, es decir, la unión fundada en una profunda compenetración, en una armoniosa consonancia de los cuerpos y de las almas, seguirá siendo por mucho tiempo el ideal de la humanidad futura. Porque no hay que olvidar que un matrimonio basado en el “amor verdadero” es algo que se da

raramente, puesto que el "amor verdadero" es un don que el destino sólo concede a algunos elegidos. Este poderoso mago, es decir, el "amor verdadero", que calienta nuestra vida con sus rayos luminosos, sólo toca con su varita mágica a unos cuantos corazones. Millones de seres no han conocido en su vida sus encantos. ¿Cuál será, pues, la suerte de estos desheredados? ¿Estarán para siempre condenados a los fríos abrazos del matrimonio de conveniencia? ¿No tendrán más recurso que la prostitución? ¿Tendrán que plantearse eternamente el dilema, planteado a la sociedad de nuestra época, de enfrentarse con el poco frecuente "amor verdadero" o de padecer hambre sexual?

Meisel-Hess sigue su investigación y descubre una nueva solución. Donde no existe el "amor verdadero", éste puede ser reemplazado por el "amor juego". Para que el "amor verdadero" llegue a ser patrimonio de toda la humanidad, es preciso pasar por una difícil, pero ennoblecedora "escuela de amor". El "amor juego" es también una escuela, es un medio de acumulación de "potencial de amor" en la psicología humana.

¿Qué será este "amor juego" en el que Meisel-Hess funda tantas esperanzas?

El "amor juego", en sus diversas formas, se encuentra en todas las épocas de la historia de la humanidad. En las relaciones entre la antigua hetaira y su amigo, en el amor galante de la época del Renacimiento entre la cortesana y su "amante-protector", en la amistad erótica de la modistilla, libre como un pájaro, y su "compañero" estudiante. En todas estas relaciones podemos encontrar fácilmente los elementos principales de este sentimiento. No es el Eros de semblante trágico que todo lo devora, que exige la plenitud y la posesión absoluta, pero tampoco es la brutal sexualidad reducida meramente al acto fisiológico. El "amor juego" que nos describe Meisel-Hess no puede ser tampoco el amor nacido de una psicología simplista.

El "amor juego" es exigente. Seres que se aproximan únicamente sobre la base de una simpatía mutua, que sólo esperan el uno del otro lo más amable y sonriente de la vida, no pueden permitir que se torture impunemente su alma, no pueden consentir que se deje en olvido su personalidad ni que se ignore su mundo interior. El "amor juego", que exige entre los dos seres unidos mayor atención mutua, más delicadeza en todas sus relaciones, puede hacer que el hombre pierda poco a poco el egoísmo sin fondo que hoy día marca indeleblemente todos sus sentimientos amorosos. Una actitud llena de solicitud con respecto al alma del otro, además de servir de estímulo a los sentimientos de simpatía, hace que se desarrolle la intuición, la sensibilidad y la delicadeza.

En tercer lugar, el "amor juego", como no tiene por punto de partida el principio de la posesión absoluta, acostumbra a los hombres a entregar a la persona amada la parte más agradable de su "yo", aquella parte que hace que la vida sea más agradable y armoniosa. Piensa Meisel-Hess que este "amor juego" iniciaría a los hombres en una virginidad superior. Les enseñaría a no entregarse enteramente más que cuando se enfrentasen con un sentimiento constante y profundo. Nuestra tendencia actual nos lleva a atentar contra toda la personalidad del otro "desde el primer beso". Estamos dispuestos a entregar "totalmente" nuestro corazón cuando el otro no siente todavía ninguna atracción. Es necesario no olvidar nunca que únicamente el sagrado "amor verdadero" puede tener suficiente fuerza para conceder "derechos".

Todavía tiene otras ventajas el "amor juego" o la amistad erótica. Esta relación sexual protege a los hombres de los dardos mortales del amor, enseña a los hombres a saber resistir a la pasión que degrada y oprime al individuo. Meisel-Hess afirma: "Este acto espantoso que podemos calificar de penetración por la violencia en el 'yo' de otro, no puede darse en el 'amor juego'." El "amor juego" excluye el "pecado" más grande del amor: "la pérdida de la personalidad en la corriente arrolladora de la pasión". La humanidad contemporánea vive bajo el sombrío signo de le pasión, siempre ávida de devorar el "yo" de otro. En la novela de Laswitz, una habitante de Marte contesta a la

proposición amorosa de un habitante de la Tierra: "Desde el juego alado de los sentimientos, tendría que descender y doblegarme a la esclavitud de la pasión, perder mi libertad, descender contigo a la Tierra. Vuestra Tierra es más grande, quizá más bella que nuestro planeta, pero yo me moriría seguramente en su atmósfera densa. Pesados como vuestro aire son vuestros corazones. Yo no soy más que Numa..."

Nuestra época se caracteriza por la ausencia de "arte de amar". Los hombres desconocen en absoluto el arte de saber conservar relaciones amorosas, claras luminosas, aladas; no saben todo el valor que encierra la amistad amorosa. El amor para los hombres de nuestra época es una tragedia que destroza el alma, un "vodevil". Es preciso hacer salir a la humanidad de este atolladero; hay que enseñar a los hombres a vivir horas llenas de belleza, claras, sin graves cuidados. La psicología del hombre no estará abierta para recibir el amor verdadero, purificado de todos sus aspectos sombríos, hasta que no pase por la escuela de la amistad amorosa. Cada nuevo amor (no nos referimos naturalmente al acto meramente fisiológico brutal), en vez de empobrecer el alma humana, contribuí a enriquecerla. "Un corazón humano sano y rico [dice Meisel-Hess] no es un pedazo de pan que disminuye a medida que nos lo comemos." El amor es una fuere que crece más cuanto más se gasta. "Amar siempre, amar profundamente, en todos los momentos de nuestra vida, amar siempre y cada vez con mayor abnegación, ése es el destino ardiente de todo gran corazón." El amor en sí es una gran fuerza creadora. Engrandece y enriquece el alma del que lo siente, tanto como el alma de quien lo inspira.

Si la humanidad no tuviese al amor, se sentiría robada, desheredada y desgraciada. El amor será seguramente el culto de la humanidad futura. Ya hoy día el hombre necesita para poder luchar, vivir, trabajar y crear, sentirse "afirmado", reconocido. El que se siente amado sabe que hay alguien que reconoce su personalidad en todo su valor, y precisamente de esta conciencia de sentirse "afirmado" nace la suprema alegría de vivir. Pero es que este reconocimiento del "yo", esta victoria sobre el fantasma amenazador de la soledad moral, no puede lograrse, en modo alguno, con la satisfacción brutal del deseo fisiológico. "Sólo el sentimiento de una total armonía con el ser amado puede extinguir esa sed." Sólo el "verdadero amor" puede darnos la plena satisfacción. Por tanto, la crisis sexual es mucho más aguda cuando las reservas del "potencial del amor" del alma humana son menores, cuando los lazos sociales son más limitados, cuando la psicología humana es más pobre en sentimientos de solidaridad.

Desarrollar ese imprescindible "potencial de amor", educar, preparar la psicología humana para que esté en condiciones de recibir el "amor verdadero", ésa es precisamente la finalidad que tiene que cumplir el "amor juego" o amistad erótica.

Podemos decir que el "amor juego" no es más que un sustitutivo del "amor verdadero". "Eso no es suficiente", dirán quizá algunos. En ese caso, responde Meisel-Hess, que se atrevan a mirar en torno suyo y se den cuenta con qué sustituyen en nuestra sociedad el "amor verdadero", ¡La prostitución disfrazada de "amor verdadero"! ¡Qué gran hipocresía, qué terribles reservas de mentira sexual se acumulan en este aspecto! Pongamos un ejemplo de la vida, tomado al azar. Dos novios se sienten poseídos por el mismo deseo; la severa moral contemporánea les prohíbe su satisfacción y les impone un terminante "todavía no". Por tanto, el novio va a casa de la prostituta, que no desea sus caricias, pero que *tiene* que entregarse a él, mientras que la novia se consume en la espera de la autorización legal. Sería mucho más natural, y desde luego mucho más moral, que estos dos seres, animados de un mismo deseo, encontraran la mutua satisfacción de su carne en sí mismos sin buscar la complicidad de una tercera persona, completamente ajena a una situación que ellos mismos han creado.

Además de los aspectos fundamentales de carácter económico-social, la prostitución implica un factor psicológico determinante y que está profundamente

grabado en el alma humana: la satisfacción de una necesidad erótica sin otra preocupación ulterior, la libertad de su alma y de su porvenir, sin tener necesidad de ponerse a los pies de un ser interiormente alejado a su "yo". Es necesario dar libre paso a este instinto natural. No se puede ahogar a un desgraciado ser enamorado con la soga del matrimonio. El "amor juego" nos indica el camino a seguir. "Si queremos ser sinceros, si rechazamos la hipocresía de la moral y le mentira sexual, no hay motivo para negar la posibilidad de una solución semejante para la humanidad colocada en un grado superior de la evolución social", dice Meisel-Hess.

En presencia de una serie de reformas sociales, que Meisel-Hess señala como la condición indispensable de todas sus deducciones morales, ¿qué delito puede haber en que el éxtasis erótico sea el que arroje a un ser en los brazos del otro?

Finalmente, los límites de la amistad erótica son muy amplios y aún pueden extenderse más. Ocurre con mucha frecuencia que dos seres que se han aproximado atraídos por una simpatía libre lleguen a "concocerse mutuamente", es decir, que del "amor juego" nazca el "amor verdadero". Para que esto suceda no hay más que crear posibilidades objetivas. ¿Cuáles son pues, las deducciones y reivindicaciones prácticas que llega Meisel-Hess?

En primer lugar, la sociedad tendrá que acostumbrarse a reconocer todas las formas de unión entre los sexos, aunque se presenten ante ella con contornos nuevos y desconocidos; pero siempre que respondan a dos condiciones: que no ofrezcan peligro para la raza y que su factor determinante no sea el yugo económico. El ideal continuará siendo la unión monógama basada en un amor verdadero, pero sin los caracteres de "invariabilidad" e "indisolubilidad". El cambio será tanto más inevitable cuanto más diversa sea la psicología del hombre. El concubinato o "monogamia sucesiva" será la forma fundamental del matrimonio. Pero al lado de esta relación sexual existe toda una gama de aspectos diversos de uniones amorosas, siempre dentro de los límites de la amistad erótica.

La segunda exigencia es el reconocimiento real, no solamente de palabra, sino de hecho, de la santidad de la maternidad. La sociedad tiene la obligación de establecer en todo el camino de la vida de la mujer, bajo todas las formas posibles, "puestos de socorro" que sostengan a la mujer moral y materialmente durante el período de mayor responsabilidad de su vida.

Por último, y con el fin de que las relaciones más libres no supongan para la mujer "el espantoso desenfreno", es indispensable revisar todo el equipaje moral con que se carga a la mujer soltera cuando entra en el camino de la vida.

La educación contemporánea tiende totalmente a limitar en la vida de la mujer los sentimientos de amor. Esa educación es la causa de esos "corazones destrozados", de esas figuras de mujeres desesperadas, que se ahogan en la primera tempestad de la vida. Es preciso que se abran ante la mujer las múltiples puertas de la vida; hay que endurecer su corazón y templar su voluntad. Ya es hora de enseñar a la mujer a que considere al amor no como la única base de su vida, sino sólo como una etapa, como un medio de revelar su "yo" verdadero. Es necesario que la mujer aprenda a salir de los conflictos del amor, no con las alas rotas, sino como salen los hombres, con el alma fortalecida. Es necesario que la mujer acepte el lema de Goethe: "Saber rechazar el pasado en el momento en que se quiera, y recibir la vida como si acabara de nacer."

Afortunadamente, ya brilla la luz, ya se dibujan los tipos femeninos nuevos, las mujeres "célibes" para las cuales los tesoros que puede ofrecer la vida no se limitan al amor.

En el dominio de los sentimientos de amor, este nuevo tipo de mujer no permite que las corrientes de la vida sean las que dirijan su barca: el timón está en manos de piloto

experimentado, su voluntad se ha endurecido ya en la lucha por la vida. La vieja exclamación “¡Es una mujer de historia!”, es ahora glosada por la mujer del tipo “célibe”, en la forma siguiente; “¡Esa mujer no tiene historia! ¡Qué triste destino el suyo!”

Es cierto que este nuevo tipo de mujer no abunda todavía en la realidad; es igualmente cierto que la nueva era sexual, fruto de una organización de la sociedad más perfecta, no comenzará en un mañana inmediato; la deprimente crisis sexual no podrá resolverse de una sola vez, no podrá dejar el paso libre a la moral del porvenir sin lucha; pero es igualmente cierto que el camino haya sido ya encontrado y que a lo lejos brilla la puerta anhelada abierta de par en par.

El libro de Meisel-Hess nos facilita el hilo de Ariadna en el laberinto complejo de las relaciones sexuales, de los dramas psicológicos. No falta ya nada más que utilizar el precioso tropel de pensamientos que nos ofrece y sacar las consecuencias en armonía con las tareas esenciales de la clase que se eleva a un primer puesto en la sociedad. Nuestra tarea será, por tanto, después de dejar a un lado pequeños detalles sin valor, después de subsanar inexactitudes insignificantes, buscar también en este problema, en el dominio de las relaciones entre los sexos, en la psicología del amor, los principios de la nueva cultura en marcha, cuyo triunfo se avecina de un modo inevitable, es decir, los principios de la cultura proletaria.



El comunismo y la familia

(1918)[211]

I La mujer no depende ya del hombre

¿Se mantendrá la familia en un estado comunista? ¿Persistirá en la misma forma actual? Son estas cuestiones que atormentan, en los momentos presentes, a la mujer de la clase trabajadora y preocupa igualmente a sus compañeros, los hombres.

No debe extrañarnos que en estos últimos tiempos este problema perturbe las mentes de las mujeres trabajadoras. La vida cambia continuamente ante nuestros ojos; antiguos hábitos y costumbres desaparecen poco a poco. Toda la existencia de la familia proletaria se modifica y organiza en forma tan nueva, tan fuera de lo corriente, *tan extraña*, como nunca pudimos imaginar.

Y una de las cosas que mayor perplejidad produce en la mujer en estos momentos es la manera como se ha facilitado el divorcio en Rusia.

De hecho, en virtud del decreto del Comisario del Pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio ha dejado de ser un lujo accesible sólo a los ricos; desde ahora en adelante, la mujer trabajadora no tendrá que esperar y meses, e incluso hasta años, para que sea fallada su petición de separación matrimonial que le dé derecho a independizarse de un marido borracho o brutal, acostumbrado a golpearla. Desde ahora en adelante el divorcio se podrá obtener amigablemente dentro del periodo de una o dos semanas todo lo más.

Pero es precisamente esta facilidad para obtener el divorcio, manantial de tantas esperanzas para las mujeres que son desgraciadas en su matrimonio, lo que asusta a otras mujeres, particularmente a aquellas que consideran todavía al marido como el "proveedor" de la familia, como el único sostén de la vida, a esas mujeres que no comprenden todavía *que deben acostumbrarse a buscar y a encontrar ese sostén en otro sitio, no en la persona del hombre, sino en la persona de la sociedad, en el estado.*

II Desde la familia genésica a nuestros días

No hay ninguna razón para pretender engañarnos a nosotros mismos: la familia normal de los tiempos pasados en la cual el hombre lo era todo y la mujer nada (puesto que no tenía voluntad propia, ni dinero propio, ni tiempo del que disponer libremente), este tipo de familia sufre modificaciones día por día, y actualmente es casi una cosa del pasado, lo cual no debe asustarnos.

Bien sea por error o ignorancia, estamos dispuestos a creer que todo lo que nos rodea debe permanecer inmutable, mientras todo lo demás cambia. *Siempre ha sido así y siempre lo será*. Esta afirmación es un error profundo.

Para darnos cuenta de su falsedad, no tenemos más que leer cómo vivían las gentes del pasado, e inmediatamente vemos cómo todo está sujeto a cambio y cómo no hay costumbres, ni organizaciones políticas, ni moral que permanezcan fijas e inviolables.

---

[211] *El comunismo y la familia*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Alejandra Kollontai presentó un informe con este título en el Primer Congreso Panruso de Obreras y Campesinas celebrado del 16 al 21 de noviembre de 1918, ver "La famille et l'Etat communiste" en la sección francesa del MIA.

Así, pues, la familia ha cambiado frecuentemente de forma en las diversas épocas de la vida de la humanidad.

Hubo épocas en que la familia fue completamente distinta a como estamos acostumbrados a admitirla. Hubo un tiempo en que la única forma de familia que se consideraba normal era la llamada familia genésica, es decir, aquella en que el cabeza de familia era la *anciana madre*, en torno a la cual se agrupaban, en la vida y en el trabajo común, los hijos, nietos y biznietos.

La familia *patriarcal* fue en otros tiempos considerada también como la única forma posible de familia, presidida por un *padre-amo*, cuya voluntad era ley para todos los demás miembros de la familia. Aún en nuestros tiempos se pueden encontrar en las aldeas rusas familias campesinas de este tipo. En realidad, podemos afirmar que en esas localidades la moral y las leyes que rigen la vida familiar son completamente distintas de las que reglamentan la vida de la familia del obrero de la ciudad. En el campo existen todavía gran número de costumbres que ya no es posible encontrar en la familia de la ciudad proletaria.

El tipo de familia, sus costumbres, etc., varían según las razas. Hay pueblos, como por ejemplo los turcos, árabes y persas, entre los cuales la ley autoriza al marido el tener varias mujeres. Han existido y todavía se encuentran tribus que toleran la costumbre contraria, es decir, que la mujer tenga varios maridos.

La moralidad al uso del hombre de nuestro tiempo le autoriza para exigir de las jóvenes la virginidad hasta su matrimonio legítimo. Pero, sin embargo, hay tribus en las que ocurre todo lo contrario: la mujer tiene por orgullo haber tenido muchos amantes, y se engalana brazos y piernas con brazaletes que indican el número...

Diversas costumbres, que a nosotros nos sorprenden, hábitos que podemos incluso calificar de inmorales, los practican otros pueblos, con la sanción *divina*, mientras que, por su parte, califican de “pecaminosas” muchas de nuestras costumbres y leyes.

Por tanto, no hay ninguna razón para que nos aterroricemos ante el hecho de que la familia sufra un cambio, porque gradualmente se descarten vestigios del pasado vividos hasta ahora, ni porque se implanten nuevas relaciones entre el hombre y la mujer. No tenemos más que preguntarnos: ¿qué es lo que ha muerto en nuestro viejo sistema familiar y qué relaciones hay entre el hombre trabajador y la mujer trabajadora, entre el campesino y la campesina?

¿Cuáles de sus respectivos derechos y deberes armonizan mejor con las condiciones de vida de la nueva Rusia? Todo lo que sea compatible con el nuevo estado de cosas se mantendrá; lo demás, toda esa anticuada morralla que hemos heredado de la maldita época de servidumbre y dominación, que era la característica de los terratenientes y capitalistas, todo eso tendrá que ser barrido juntamente con la misma clase explotadora, con esos enemigos del proletariado y de los pobres.

III El capitalismo ha destruido la vieja vida familiar

La familia, en su forma actual, no es más que una de tantas herencias del pasado. Sólidamente unida, compacta en sí misma en sus comienzos, e indisoluble (tal era el carácter del matrimonio santificado por el cura), la familia era igualmente necesaria para cada uno de sus miembros. Porque ¿quién se hubiera ocupado de criar, vestir y educar a los hijos de no ser la familia? ¿Quién se hubiera ocupado de guiarlos en la vida? Triste suerte la de los huérfanos en aquellos tiempos; era el peor destino que pudiera tocarle a uno en suerte.

En el tipo de familia a que estamos acostumbrados, es el marido el que gana el sustento, el que mantiene a la mujer y a los hijos. La mujer, por su parte, se ocupa de los quehaceres domésticos y de criar a los hijos como le parece.

Pero, desde hace un siglo, esta forma corriente de familia ha experimentado una destrucción progresiva en todos los países del mundo, en los que domina el capitalismo, en aquellos países en que el número de fábricas crece rápidamente, juntamente con otras empresas capitalistas que emplean trabajadores.

Las costumbres y la moral familiar se forman simultáneamente como consecuencia de las condiciones generales de la vida que rodea a la familia. Lo que más ha contribuido a que se modificasen las costumbres familiares de una manera radical ha sido, indiscutiblemente, la enorme expansión que ha adquirido por todas partes el trabajo asalariado de la mujer. Anteriormente, era el hombre el único sostén posible de la familia. Pero desde los últimos cincuenta o sesenta años, hemos experimentado en Rusia (con anterioridad en otros países) que el régimen capitalista obliga a las mujeres a buscar trabajo remunerador fuera de la familia, fuera de su casa.

IV Treinta millones de mujeres soportan una doble carga

Como el salario del hombre, *sostén* de la familia, resultaba insuficiente para cubrir las necesidades de la misma, la mujer se vio obligada a su vez a buscar trabajo remunerado; la madre tuvo que llamar también a la puerta de la fábrica. Año por año, día tras día, fue creciendo el número de mujeres pertenecientes a la clase trabajadora que abandonaban sus casas para ir a nutrir las filas de las fábricas, para trabajar como obreras, dependientas, oficinistas, lavanderas o criadas.

Según cálculos de antes de la Gran Guerra, en los países de Europa y Norteamérica ascendían a sesenta millones las mujeres que se ganaban la vida con su trabajo. Durante la guerra ese número aumentó considerablemente.

La inmensa mayoría de estas mujeres estaban casadas; fácil es imaginarnos la vida familiar que podrían disfrutar. ¡Qué vida familiar puede existir donde la esposa y madre se va de casa durante ocho horas diarias, diez mejor dicho (contando el viaje de ida y vuelta)! La casa queda necesariamente descuidad; los hijos crecen sin ningún cuidado maternal, abandonados a sí mismos en medio de los peligros de la calle, en la cual pasan la mayor parte del tiempo.

La mujer casada, la madre que es obrera, suda sangre para cumplir con tres tareas que pesan al mismo tiempo sobre ella: disponer de las horas necesarias para el trabajo, lo mismo que hace su marido, en alguna industria o establecimiento comercial; consagrarse después, lo mejor posible, a los quehaceres domésticos, y, por último, cuidar de sus hijos.

El capitalismo ha cargado sobre los hombros de la mujer trabajadora un peso que la aplasta; la ha convertido en obrera, sin aliviarla de sus cuidados de ama de casa y madre.

Por tanto, nos encontramos con que la mujer se agota como consecuencia de esta triple e insoportable carga, que con frecuencia expresa con gritos de dolor y hace asomar lágrimas a sus ojos.

Los cuidados y las preocupaciones han sido en todo tiempo destino de la mujer; pero nunca ha sido su vida más desgraciada, más desesperada que en estos tiempos bajo el régimen capitalista, precisamente cuando la industria atraviesa por periodo de máxima expansión.

V. Los trabajadores aprenden a existir sin vida familiar

Cuanto más se extiende el trabajo asalariado de la mujer, más progresa la descomposición de la familia. ¡Qué vida familiar puede haber donde el hombre y la mujer trabajan en la fábrica, en secciones diferentes, si la mujer no dispone siquiera del tiempo necesario para guisar una comida medianamente buena para sus hijos! ¡Qué vida familiar puede ser la de una familia en la que el padre y la madre pasan fuera de casa la mayor

parte de las veinticuatro horas del día, entregados a un duro trabajo, que les impide dedicar unos cuantos minutos a sus hijos!

En épocas anteriores, era completamente diferente. La madre, el ama de casa, permanecía en el hogar, se ocupaba de las tareas domésticas y de sus hijos, a los cuales no dejaba de observar, siempre vigilante.

Hoy día, desde las primeras horas de la mañana hasta que suena la sirena de la fábrica, la mujer trabajadora corre apresurada para llegar a su trabajo; por la noche, de nuevo, al sonar la sirena, vuelve precipitadamente a casa para preparar la sopa y hacer los quehaceres domésticos indispensables. A la mañana siguiente, después de breves horas de sueño, comienza otra vez para la mujer su pesada carga. No puede, pues, sorprendernos, por tanto, el hecho de que, debido a estas condiciones de vida, se deshagan los lazos familiares y la familia se disuelva cada día más. Poco a poco va desapareciendo todo aquello que convertía a la familia en un todo sólido, todo aquello que constituía sus seguros cimientos. *La familia es cada vez menos necesaria a sus propios miembros y al estado*. Las viejas formas familiares se convierten en un obstáculo.

¿En qué consistía la fuerza de la familia en los tiempos pasados? En primer lugar, en el hecho de que era el marido, el padre, el que mantenía a la familia; en segundo lugar, el hogar era algo igualmente necesario a todos los miembros de la familia, y en tercer y último lugar, porque los hijos eran educados por los padres.

¿Qué es lo que queda actualmente de todo esto? El marido, como hemos visto, ha dejado de ser el sostén único de la familia. La mujer, que va a trabajar, se ha convertido, a este respecto, en igual a su marido. Ha aprendido no sólo a ganarse la vida, sino también, con gran frecuencia, a ganar la de sus hijos y su marido. Queda todavía, sin embargo, la función de la familia de criar y mantener a los hijos mientras son pequeños. Veamos ahora, en realidad, lo que subsiste de esta obligación.

VI. El trabajo casero no es ya una necesidad

Hubo un tiempo en que la mujer de la clase pobre, tanto en la ciudad como en el campo, pasaba su vida entera en el seno de la familia. La mujer no sabía nada de lo que ocurría más allá del umbral de su casa y es casi seguro que tampoco deseaba saberlo. En compensación, tenía dentro de su casa las más variadas ocupaciones, todas útiles y necesarias, no sólo para la vida de la familia en sí, sino también para la de todo el estado.

La mujer hacía, es cierto, todo lo que hoy hace cualquier mujer obrera o campesina. Guisaba, lavaba, limpiaba la casa y repasaba la ropa de la familia. Pero no hacía esto sólo. Tenía sobre sí, además, una serie de obligaciones que no tienen ya las mujeres de nuestro tiempo: hilaba la lana y el lino; tejía las telas y los adornos, las medias y los calcetines; hacía encajes y se dedicaba, en la medida de las posibilidades familiares, a las tareas de la conservación de carnes y demás alimentos; destilaba las bebidas de la familia, e incluso moldeaba las velas para la casa.

¡Cuán diversas eran las tareas de la mujer en los tiempos pasados! Así pasaron la vida nuestras madres y abuelas. Aún en nuestros días, allá en remotas aldeas, en pleno campo, en contacto con las líneas del tren o lejos de los grandes ríos, se pueden encontrar pequeños núcleos donde se conserva todavía, sin modificación alguna, este modo de vida de los buenos tiempos del pasado, en la que el ama de casa realizaba una serie de trabajos de los que no tiene noción la mujer trabajadora de las grandes ciudades o de las regiones de gran población industrial, desde hace mucho tiempo.

VII. El trabajo industrial de la mujer en el hogar

En los tiempos de nuestras abuelas eran absolutamente necesarios y útiles todos los trabajos domésticos de la mujer, de los que dependía el bienestar de la familia. Cuanto más se dedicaba la mujer de su casa a estas tareas, tanto mejor era la vida en el hogar, más orden y abundancia se reflejaban en la casa. Hasta el propio estado podía beneficiarse un tanto de las actividades de la mujer como ama de casa. Porque, en realidad, la mujer de otros tiempos no se limitaba a preparar purés para ella o su familia, sino que sus manos producían muchos otros productos de riqueza, tales como telas, hilo, mantequilla, etc., cosas que podían llevarse al mercado y ser consideradas como mercancías, como cosas de valor.

Es cierto que en los tiempos de nuestras abuelas y bisabuelas el trabajo no era evaluado en dinero. Pero no había ningún hombre, fuera campesino u obrero, que no buscase como compañera una mujer con "manos de oro", frase todavía proverbial entre el pueblo.

Porque sólo los recursos del hombre, *sin el trabajo doméstico de la mujer*, no hubieran bastado para mantener el hogar.

En lo que se refiere a los bienes del estado, a los intereses de la nación, coincidían con los del marido; cuanto más trabajadora resultaba la mujer en el seno de su familia, tantos más productos de todas clases producía: telas, cueros, lana, cuyo sobrante podía ser vendido en el mercado de las cercanías; consecuentemente, la "mujer de su casa" contribuía a aumentar en su conjunto la prosperidad económica del país.

VIII. La mujer casada y la fábrica

El capitalismo ha modificado totalmente esta antigua manera de vida. Todo lo que antes se producía en el seno de la familia, se fabrica ahora en grandes cantidades en los talleres y en las fábricas. La máquina sustituyó a los ágiles dedos del ama de casa. ¿Qué mujer de su casa trabajaría hoy día en moldear velas, hilar o tejer tela? Todos estos productos pueden adquirirse en la tienda más próxima. Antes, todas las muchachas tenían que aprender a tejer sus medias; ¿es posible encontrar en nuestros tiempos una joven obrera que se haga las medias? En primer lugar, carece del tiempo necesario para ello. El tiempo es dinero y no hay nadie que quiera perderlo de una manera improductiva, es decir, sin obtener ningún provecho. Actualmente, toda mujer de su casa, que es a la vez una obrera, prefiere comprar las medias hechas que perder tiempo haciéndolas.

Pocas mujeres trabajadoras, y sólo en casos aislados, podemos encontrar hoy día que preparen las conservas para la familia, cuando la realidad es que en la tienda de comestibles de al lado de su casa puede comprarlas perfectamente preparadas. Aun en el caso de que el producto vendido en la tienda sea de una calidad inferior, o que no sea tan bueno como el que pueda hacer una ama de casa ahorrativa en su hogar, la mujer trabajadora no tiene ni tiempo ni energías para dedicarse a todas las laboriosas operaciones que requiere un trabajo de esta clase.

La realidad, pues, es que la familia contemporánea se independiza cada vez más de todos aquellos trabajos domésticos sin cuya preocupación no hubieran podido concebir la vida familiar nuestras abuelas.

Lo que se producía anteriormente en el seno de la familia se produce actualmente con el trabajo común de hombres y mujeres trabajadoras en las fábricas y talleres.

IX. Los quehaceres individuales están llamados a desaparecer

La familia actualmente consume sin producir. Las tareas esenciales del ama de casa han quedado reducidas a cuatro: limpieza (suelos, muebles, calefacción, etc.); cocina (preparación de comida y cena); lavado y cuidado de la ropa blanca, y vestidos de la familia (remendado y repaso de la ropa).

Estos son trabajos agotadores. Consumen todas las energías y todo el tiempo de la mujer trabajadora, que, además, tiene que trabajar en una fábrica.

Ciertamente que los quehaceres de nuestras abuelas comprendían muchas más operaciones, pero, sin embargo, estaban dotados de una cualidad de la que carecen los trabajos domésticos de la mujer obrera de nuestros días; éstos han perdido su cualidad de trabajos útiles al estado desde el punto de vista de la economía nacional, porque son trabajos con los que no se crean nuevos valores. Con ellos no se contribuye a la prosperidad del país.

Es en vano que la mujer trabajadora se pase el día desde la mañana hasta la noche limpiando su casa, lavando y planchando la ropa, consumiendo sus energías para conservar sus gastadas ropas en orden, matándose para preparar con sus modestos recursos la mejor comida posible, porque cuando termine el día no quedará, a pesar de sus esfuerzos, un resultado material de todo su trabajo diario; con sus manos infatigables no habrá creado en todo el día nada que pueda ser considerado como una mercancía en el mercado comercial. Mil años que viviera todo seguiría igual para la mujer trabajadora. Todas las mañanas habría que quitar polvo de la cómoda; el marido vendría con ganas de cenar por la noche y sus chiquitines volverían siempre a casa con los zapatos llenos de barro... El trabajo del ama de casa reporta cada día menos utilidad, es cada vez más improductivo.

X. La aurora del trabajo casero colectivo

Los trabajos caseros en forma individual han comenzado a desaparecer y de día en día van siendo sustituidos por el trabajo casero colectivo, y llegará un día, más pronto o más tarde, en que la mujer trabajadora no tendrá que ocuparse de su propio hogar.

En la sociedad comunista del mañana, estos trabajos serán realizados por una categoría especial de mujeres trabajadoras dedicadas únicamente a estas ocupaciones.

Las mujeres de los ricos, hace ya mucho tiempo que viven libres de estas desagradables y fatigosas tareas. ¿Por qué tiene la mujer trabajadora que continuar con esta pesada carga?

En la Rusia soviética, la vida de la mujer trabajadora debe estar rodeada de las mismas comodidades, la misma limpieza, la misma higiene, la misma belleza, que hasta ahora constituía el ambiente de las mujeres pertenecientes a las clases adineradas. En una sociedad comunista la mujer trabajadora no tendrá que pasar sus escasas horas de descanso en la cocina, porque en la sociedad comunista existirán *restaurantes públicos y cocinas centrales* en los que podrá ir a comer todo el mundo.

Estos establecimientos han ido en aumento en todos los países, incluso dentro del régimen capitalista. En realidad, se puede decir que desde hace medio siglo aumentan de día en día en todas las ciudades de Europa; crecen como las setas después de la lluvia otoñal. Pero mientras en un sistema capitalista sólo gentes con bolsas bien repletas pueden permitirse el gusto de comer en los restaurantes, en una ciudad comunista estarán al alcance de todo el mundo.

Lo mismo se puede decir del lavado de la ropa y demás trabajos caseros. La mujer trabajadora no tendrá que ahogarse en un océano de porquería ni estropearse la vista

remendando y cosiendo la ropa por las noches. No tendrá más que llevarla cada semana a los lavaderos centrales para ir a buscarla después lavada y planchada. De este modo tendrá la mujer trabajadora una preocupación menos.

La organización de talleres especiales para repasar y remendar la ropa ofrecerán a la mujer trabajadora la oportunidad de dedicarse por las noches a lecturas instructivas, a distracciones saludables, en vez de pasarlas como hasta ahora en tareas agotadoras.

Por tanto, vemos que las cuatro últimas tareas domésticas que todavía pesan sobre la mujer de nuestros tiempos desaparecerán con el triunfo del régimen comunista.

No tendrá de qué quejarse la mujer obrera, porque la sociedad comunista habrá terminado con el yugo doméstico de la mujer para hacer su vida más alegre, más rica, más libre y más completa.

XI. La crianza de los hijos en el régimen capitalista

¿Qué quedará de la familia cuando hayan desaparecido todos estos quehaceres del trabajo casero individual? Todavía tendremos que luchar con el problema de los hijos. Pero en lo que se refiere a esta cuestión, el estado de los trabajadores acudirá en auxilio de la familia, sustituyéndola; gradualmente, la sociedad se hará cargo de todas aquellas obligaciones que antes recaían sobre los padres.

Bajo el régimen capitalista *la instrucción del niño ha cesado de ser una obligación de los padres*. El niño aprende en la escuela. En cuanto el niño entra en la edad escolar, los padres respiran más libremente. Cuando llega este momento, el desarrollo intelectual del hijo deja de ser un asunto de su incumbencia.

Sin embargo, con ello no terminaban todas las obligaciones de la familia con respecto al niño. Todavía subsistía la obligación de alimentar al niño, de calzarle, vestirle, convertirlo en obrero diestro y honesto para que, con el tiempo, pudiera bastarse a sí mismo y ayudar a sus padres cuando éstos llegaran a viejos.

Pero lo más corriente era, sin embargo, que la familia obrera no pudiera casi nunca cumplir enteramente estas obligaciones con respecto a sus hijos. El reducido salario de que depende la familia obrera no le permite ni tan siquiera dar a sus hijos lo suficiente para comer, mientras que el excesivo trabajo que pesa sobre los padres les impide dedicar a la educación de la joven generación toda la atención a que obliga este deber. Se daba por sentado que la familia se ocupaba de la crianza de los hijos. ¿Pero lo hacía en realidad? Más justo sería decir que es en la calle donde se crían los hijos de los proletarios. Los niños de la clase trabajadora desconocen las satisfacciones de la vida familiar, placeres de los cuales participamos todavía nosotros con nuestros padres.

Pero, además, hay que tener en cuenta que lo reducido de los jornales, la inseguridad en el trabajo y hasta el hambre convierten frecuentemente al niño de diez años de la clase trabajadora en un obrero independiente a su vez. Desde este momento, tan pronto como el hijo (lo mismo si es chico o chica) comienza a ganar un jornal, se considera a sí mismo dueño de su persona, hasta tal punto que las palabras y los consejos de sus padres dejan de causarle la menor impresión, es decir, que se debilita la autoridad de los padres y termina la obediencia.

A medida que van desapareciendo uno a uno los trabajos domésticos de la familia, todas las obligaciones de sostén y crianza de los hijos son desempeñadas por la sociedad en lugar de por los padres. Bajo el sistema capitalista, los hijos eran con demasiada frecuencia, en la familia proletaria, una carga pesada e insostenible.

XII. El niño y el estado comunista

En este aspecto también acudirá la sociedad comunista en auxilio de los padres. En la Rusia soviética se han emprendido, merced a los comisariados de educación pública y bienestar social, grandes adelantos. Se puede decir que en este aspecto se han hecho ya muchas cosas para facilitar la tarea de la familia de criar y mantener a los hijos.

Existen ya casas para los niños lactantes, guarderías infantiles, jardines de la infancia, colonias y hogares para niños, enfermerías y sanatorios para los enfermos o delicados, restaurantes, comedores gratuitos para los discípulos en escuelas, libros de estudio gratuitos, ropas de abrigo y calzado para los niños de los establecimientos de enseñanza. ¿Todo esto no demuestra suficientemente que el niño sale ya del marco estrecho de la familia, pasando la carga de su crianza y educación de los padres a la colectividad?

Los cuidados de los padres con respecto a los hijos pueden clasificarse en tres grupos: 1º, cuidados que los niños requieren imprescindiblemente en los primeros tiempos de su vida; 2º, los cuidados que supone la crianza del niño, y 3º, los cuidados que necesita la educación del niño.

Lo que se refiere a la instrucción de los niños, en escuelas primarias, institutos y universidades, se ha convertido ya en una obligación del estado, incluso en la sociedad capitalista.

Por otra parte, las ocupaciones de la clase trabajadora, las condiciones de vida, obligaban, incluso en la sociedad capitalista, a la creación de lugares de juego, guarderías, asilos, etc. Cuanto más conciencia tenga la clase trabajadora de sus derechos, cuanto mejor estén organizados en cualquier estado específico, tanto más interés tendrá la sociedad en el problema de aliviar a la familia del cuidado de los hijos.

Pero la sociedad burguesa tiene medio de ir demasiado lejos en lo que respecta a considerar los intereses de la clase trabajadora, y mucho más si contribuye de este modo a la desintegración de la familia.

Los capitalistas se dan perfecta cuenta de que el viejo tipo de familia, en la que la esposa es una esclava y el hombre es responsable del sostén y bienestar de la familia, de que una familia de esta clase es la mejor arma para ahogar los esfuerzos del proletariado hacia su libertad, para debilitar el espíritu revolucionario del hombre y de la mujer proletarios. La preocupación por lo que le pueda pasar a su familia, priva al obrero de toda su firmeza, le obliga a transigir con el capital. ¿Qué no harán los padres proletarios cuando sus hijos tienen hambre?

Contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, que no ha sido capaz de transformar la educación de la juventud en una verdadera función social, en una obra del estado, la sociedad comunista considerará como base real de sus leyes y costumbres, como la primera piedra del nuevo edificio, la educación social de la generación naciente.

No será la familia del pasado, mezquina y estrecha, con riñas entre los padres, con sus intereses exclusivistas para sus hijos, la que moldeará el hombre de la sociedad del mañana.

El hombre nuevo, de nuestra nueva sociedad, será moldeado por las organizaciones socialistas, jardines infantiles, residencias, guarderías de niños, etc., y muchas otras instituciones de este tipo, en las que el niño pasará la mayor parte del día y en las que educadores inteligentes le convertirán en un comunista consciente de la magnitud de esta inviolable divisa: solidaridad, camaradería, ayuda mutua y devoción a la vida colectiva.

XIII. La subsistencia de la madre asegurada

Veamos ahora, una vez que no se precisa atender a la crianza y educación de los hijos, qué es lo que quedará de las obligaciones de la familia con respecto a sus hijos, particularmente después que haya sido aliviada de la mayor parte de los cuidados materiales que llevan consigo el nacimiento de un hijo, o sea, a excepción de los cuidados que requiere el niño recién nacido cuando todavía necesita de la atención de su madre, mientras aprende a andar, agarrándose a las faldas de su madre. En esto también el estado comunista acude presuroso en auxilio de la madre trabajadora. Ya no existirá la madre agobiada con un chiquillo en brazos. El estado de los trabajadores se encargará de la obligación de asegurar la subsistencia a todas las madres, estén o no legítimamente casadas, en tanto que amamanten a su hijo; instalará por doquier casas de maternidad, organizará en todas las ciudades y en todos los pueblos guarderías e instituciones semejantes para que la mujer pueda ser útil trabajando para el estado mientras, al mismo tiempo, cumple sus funciones de madre.

XIV. El matrimonio dejará de ser una cadena

Las madres obreras no tienen por qué alarmarse. La sociedad comunista no pretende separar a los hijos de los padres, ni arrancar al recién nacido del pecho de su madre. No abriga la menor intención de recurrir a la violencia para destruir la familia como tal. Nada de eso. Estas no son las aspiraciones de la sociedad comunista.

¿Qué es lo que presenciamos hoy? Pues que se rompen los lazos de la gastada familia. Esta, gradualmente, se va libertando de todos los trabajos domésticos que anteriormente eran otros tantos pilares que sostenían la familia como un todo social. ¿Los cuidados de la limpieza, etc., de la casa? También parece que han demostrado su inutilidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no pueden ya atender a su cuidado; no se pueden asegurar ni su subsistencia ni su educación.

Estas es la situación real cuyas consecuencias sufren por igual los padres y los hijos.

Por tanto, la sociedad comunista se acercará al hombre y a la mujer proletarios para decirles: “Sois jóvenes y os amáis”. Todo el mundo tiene derecho a la felicidad. Por eso debéis vivir vuestra vida. No tengáis miedo al matrimonio, aun cuando el matrimonio no fuera más que una cadena para el hombre y la mujer de la clase trabajadora en la sociedad capitalista. Y, sobre todo, no temáis, siendo jóvenes y saludables, dar a vuestro país nuevos obreros, nuevos ciudadanos niños. La sociedad de los trabajadores necesita de nuevas fuerzas de trabajo; saluda la llegada de cada recién venido al mundo. Tampoco temáis por el futuro de vuestro hijo; vuestro hijo no conocerá el hambre, ni el frío. No será desgraciado, ni quedará abandonado a su suerte como sucedía en la sociedad capitalista. Tan pronto como el nuevo ser llegue al mundo, el estado de la clase trabajadora, la sociedad comunista, asegurará el hijo y a la madre una ración para su subsistencia y cuidados solícitos. La patria comunista alimentará, criará y educará al niño. Pero esta patria no intentará, en modo alguno, arrancar al hijo de los padres que quieran participar en la educación de sus pequeñuelos. La sociedad comunista tomará a su cargo todas las obligaciones de la educación del niño, pero nunca despojará de las alegrías paternales, de las satisfacciones maternales a aquellos que sean capaces de apreciar y comprender estas alegrías. ¿Se puede, pues, llamar a esto destrucción de la familia por la violencia o separación a la fuerza de la madre y el hijo?

XV. La familia como unión de afectos y camaradería

Hay algo que no se puede negar, y es el hecho de que ha llegado su hora al viejo tipo de familia. No tiene de ello la culpa el comunismo: es el resultado del cambio experimentado por las condiciones de vida. *La familia ha dejado de ser una necesidad para el estado como ocurría en el pasado*.

Todo lo contrario, resulta algo peor que inútil, puesto que sin necesidad impide que las mujeres de la clase trabajadora puedan realizar un trabajo mucho más productivo y mucho más importante. Tampoco es ya necesaria la familia a los miembros de ella, puesto que la tarea de criar a los hijos, que antes le pertenecía por completo, pasa cada vez más a manos de la colectividad.

Sobre las ruinas de la vieja vida familiar, veremos pronto resurgir una nueva forma de familia que supondrá relaciones completamente diferentes entre el hombre y la mujer, basadas *en una unión de afectos y camaradería, en una unión de dos personas iguales en la sociedad comunista, las dos libres, las dos independientes, las dos obreras*. ¡No más "sevidumbre" doméstica para la mujer! ¡No más desigualdad en el seno mismo de la familia! ¡No más temor por parte de la mujer de quedarse sin sostén y ayuda si el marido la abandona!

La mujer, en la sociedad comunista, no dependerá de su marido, sino que sus robustos brazos serán los que la proporcionen el sustento. Se acabará con la incertidumbre sobre la suerte que puedan correr los hijos. El estado comunista asumirá todas estas responsabilidades. El matrimonio quedará purificado de todos sus elementos materiales, de todos los cálculos de dinero que constituyen la repugnante mancha de la vida familiar de nuestro tiempo. El matrimonio se transformará desde ahora en adelante en la unión sublime de dos almas que se aman, que se profesen fe mutua; una unión de este tipo promete a todo obrero, a toda obrera, la más completa felicidad, el máximo de la satisfacción que les puede caber a criaturas conscientes de sí mismas y de la vida que les rodea.

Esta *unión libre*, fuerte en el sentimiento de camaradería en que está inspirada, *en vez de la esclavitud conyugal del pasado, es lo que la sociedad comunista del mañana ofrecerá a hombres y mujeres*.

Una vez se hayan transformado las condiciones de trabajo, una vez haya aumentado la seguridad material de la mujer trabajadora; una vez haya desaparecido el matrimonio tal y como lo consagraba la Iglesia (esto es, el llamado matrimonio indisoluble, que no era en el fondo más que un mero fraude), una vez este matrimonio sea sustituido por la unión libre y honesta de hombres y mujeres que se aman y son camaradas, habrá comenzado a desaparecer otro vergonzoso azote, otra calamidad horrorosa que mancilla a la humanidad y cuyo peso recae por entero sobre el hambre de la mujer trabajadora: la prostitución.

XVI. Se acabará para siempre la prostitución

Esta vergüenza se la debemos al sistema económico hoy en vigor, a la existencia de la propiedad privada. Una vez haya desaparecido la propiedad privada, desaparecerá automáticamente el comercio de la mujer.

Por tanto, la mujer de la clase trabajadora debe dejar de preocuparse porque esté llamada a desaparecer la familia tal y conforme está constituida en la actualidad. Sería mucho mejor que saludaran con alegría la aurora de una nueva sociedad, que liberará a la mujer de la servidumbre doméstica, que aliviará la carga de la maternidad para la mujer, una sociedad en la que, finalmente, veremos desaparecer la más terrible de las maldiciones que pesan sobre la mujer: la prostitución.

La mujer, a la que invitamos a que luche por la gran causa de la liberación de los trabajadores, tiene que saber que en el nuevo estado no habrá motivo alguno para separaciones mezquinas, como ocurre ahora.

"Estos son mis hijos. Ellos son los únicos a quienes debo toda mi atención maternal, todo mi afecto; ésos son hijos tuyos; son los hijos del vecino. No tengo nada que ver con ellos. Tengo bastante con los míos propios".

Desde ahora, la madre obrera que tenga plena conciencia de su función social, se elevará a tal extremo que llegará a no establecer diferencias entre "los tuyos y los míos"; tendrá que recordar siempre que desde ahora no habrá más que "nuestros" hijos, los del estado comunista, posesión común de todos los trabajadores.

XVII. La igualdad social del hombre y la mujer

El estado de los trabajadores tiene necesidad de una nueva forma de relación entre los sexos. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los nuños de la gran familia proletaria.

En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo de dos miembros del estado obrero, iguales en sus derechos y en sus obligaciones.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se levantará una gran familia universal de trabajadores, en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo obreros y camaradas. Estas serán las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad comunista de mañana. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros, goces que son desconocidos en la sociedad comercial del régimen capitalista.

¡Abrid paso a la existencia de una infancia robusta y sana; abrid paso a una juventud vigorosa que ame la vida con todas sus alegrías, una juventud libre en sus sentimientos y en sus afectos!

Esta es la consigna de la sociedad comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor, hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras, a todos los hombres trabajadores, mujeres campesinas y campesinos para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a que tiene derecho.

La bandera roja de la revolución social que ondeará después de Rusia en otros países del mundo proclama que no está lejos el momento en el que podamos gozar del cielo en la tierra, a lo que la humanidad aspira desde hace siglos.

Los primeros pasos hacia la protección de la maternidad

(1918)[212]

La idea de establecer un Departamento para la Protección de la Madre y el Niño surgió en el calor de las batallas de octubre. Los principios básicos en los que se basa la labor del departamento y los estatutos relacionados con la protección social de las madres y las mujeres embarazadas se redactaron en la Primera Conferencia de Mujeres Trabajadoras[213] inmediatamente después de la revolución de octubre.

La conferencia fue convocada por sugerencia mía como miembro del comité central, y establecimos un grupo líder de mujeres bolcheviques en el consejo de redacción de la revista *Rabotnitsa* (*Mujer Trabajadora*)[214]. Esta primera conferencia de representantes de mujeres trabajadoras de la industria que se celebraría en Rusia tenía la tarea de unir a las masas trabajadoras que se habían inclinado espontáneamente hacia la revolución, apoyando a los sóviets y a los bolcheviques. A la conferencia asistieron más de 500 delegadas de las fábricas y plantas de Petrogrado. También había algunas delegadas de Moscú, Ivanovo-Voznesensk, Tula y Kaluga.

Los preparativos de la conferencia estuvieron marcados por un vivo entusiasmo, y provocaron el interés y la respuesta entusiasta de las masas despiertas de mujeres trabajadoras que ya tenían su propio equipo de trabajadores agrupados en torno a la revista *Rabotnitsa* y su núcleo (Klavdia Nikolayeva y Konkordia Samoilova).

En la conferencia se presentaron y aprobaron las principales reivindicaciones de las trabajadoras bolcheviques. Entre estas reivindicaciones destacaba la cuestión de la protección y previsión de la maternidad. En un modesto edificio en algún lugar de la calle Bolotnaia, en plena revolución de octubre, cuando los accesos a Petrogrado aún no habían sido completamente despejados de las tropas del Gobierno Provisional, cuando algo parecido a un gobierno autoproclamado de mencheviques y socialistas-revolucionarios aún estaba asentado en la Duma de la ciudad de Petrogrado, las trabajadoras se dedicaron a serias y entusiastas discusiones sobre las medidas que deberían ser introducidas inmediatamente por el gobierno soviético para proteger a las madres trabajadoras y a sus bebés.

El 6 de noviembre de 1917, pronuncié un discurso sobre la protección de la maternidad en mi calidad de miembro del comité central del partido y secretaria del grupo dirigente de mujeres trabajadoras. Mis tesis fueron tomadas como base para la discusión.

---

[212] *Los primeros pasos hacia la protección de la maternidad*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “The First Steps Towards the Protection of Motherhood”, en Alexandra Kollontai – Marxists Internet Archive. Fuente: Alexandra *Kollontai: Selected Articles and Speeches*, Progress Publishers, 1984, Moscú. También para las notas.

[213] Referencia a la Conferencia de Mujeres Trabajadoras de Petrogrado, que se celebró del 12 al 15 de noviembre de 1917. Esta fue la primera conferencia de trabajadores no partidistas convocada por iniciativa de una organización bolchevique. En la conferencia se debatió la cuestión de la Asamblea Constituyente, la actividad de la autoadministración de la ciudad, las tareas a las que se enfrentaba el movimiento de mujeres y la situación en las provincias.

[214] *Rabotnitsa* (*Mujer Trabajadora*) revista bolchevique legal y órgano de prensa del Comité Central del Partido Socialdemócrata Ruso (bolcheviques), fundada por iniciativa de Lenin. Se publicó en San Petersburgo del 23 de febrero (8 de marzo) al 26 de junio (9 de julio) de 1914, y la publicación se reinició en mayo de 1917 y continuó hasta enero de 1918.

Las trabajadoras que asistieron a la conferencia escucharon mi informe con gran interés y participaron activamente en las discusiones y en la elaboración de las tesis. Estas tesis fueron transmitidas “como directrices” al Comisariado del Pueblo para el Estado de Bienestar y al Comisariado del Pueblo para el Trabajo, que entonces incluía el Departamento de Seguridad Social.

Si se compara la legislación vigente sobre la protección y la previsión de la maternidad con las tesis adoptadas en la primera conferencia de mujeres trabajadoras, se ve claramente que fueron precisamente las aspiraciones expresadas en la conferencia las que sirvieron de base para la legislación soviética en este ámbito.

Por consiguiente, cabe señalar que la iniciativa sobre la cuestión de la protección y la previsión de la madre y el niño provino de las propias mujeres trabajadoras. En esa época, muy pocas mujeres trabajadoras participaban activamente en los sóviets. Pero desde los primeros días del poder soviético, las mujeres trabajadoras pudieron contribuir de manera constructiva a la labor de los sóviets en lo que respecta a aligerar la carga de la maternidad para las mujeres.

Las medidas para proteger y proveer la maternidad fueron llevadas a cabo en los primeros meses del gobierno soviético por dos comisariados del pueblo: el Comisariado del Pueblo para el Estado de Bienestar y el Comisariado del Pueblo para el Trabajo. Este último elaboró una serie de estatutos en el campo de la legislación social. El comisariado del pueblo llevó a cabo las medidas destinadas a las madres.

La primera preocupación del Comisariado del Pueblo para el Estado de Bienestar fue mantener y reconstruir los enormes hogares infantiles de Petrogrado y Moscú, para convertir esas “fábricas de ángeles” en hogares para la madre y el niño.

El comisariado del pueblo también tomó el control de todas las guarderías, centros de consulta y hogares infantiles existentes (muy pocos en número) que habían sido fundados antes de la revolución por organizaciones caritativas.

Para tomar posesión de estas instituciones y dirigirlas de acuerdo con la política soviética, el Comisariado del Pueblo para el Estado de Bienestar tuvo primero que formar una sección de investigación social entre cuyos miembros había un gran número de mujeres trabajadoras de fábricas y plantas. Su primera tarea fue investigar todas las instituciones cuyo trabajo estaba relacionado con la protección de la madre y el niño, y hacer frente al sabotaje abierto de su personal y administradores.

En diciembre de 1917, es decir, seis semanas después de la transferencia del poder a manos del proletariado, quedó claro que el comisariado del pueblo necesitaba un centro especial para supervisar el trabajo que se hacía en la esfera de la protección de la madre y el niño si quería hacer frente al aumento de la demanda y la carga de trabajo.

El 31 de diciembre de 1917, el comisariado del pueblo emitió un decreto sobre la creación de una junta cuya tarea era establecer un Departamento de Protección de la Madre y el Niño. El doctor Korolyov fue nombrado jefe del departamento, mientras que el presidente de la junta era el Comisario del Pueblo para el Estado de Bienestar.

El gobierno soviético es el primer gobierno del mundo que reconoce oficial y legalmente la maternidad como una de las funciones sociales de la mujer y, basándose en el hecho de que en una república de trabajadores la mujer siempre tendrá esta obligación laboral particular hacia la sociedad [es decir, la obligación de tener y criar hijos. Tr.][215], ha abordado el problema de la previsión de la maternidad desde este nuevo punto de vista.

Durante los primeros meses del poder soviético, el comisariado del pueblo se concentró en la organización y reorganización de las instituciones que pudieran contribuir a aligerar la carga de la maternidad y a combatir la elevada tasa de mortalidad infantil.

---

[215] Sic de la fuente en el MIA. No nos queda claro si es de la traducción al inglés de las ediciones estatales rusas Progreso. N. de Alejandría.

Con el decreto del 20 de enero de 1918, el Comisariado del Pueblo para el Estado de Bienestar comenzó a poner en orden y reorganizar los hospitales de reposo. El decreto ordenó que todos los hospitales de internamiento y todos los centros, clínicas e institutos de ginecología y obstetricia, se transfirieran al Departamento de Protección de la Madre y el Niño. El decreto también ordenó que los servicios médicos para las mujeres embarazadas se organizaran sobre la base de tres nuevos principios: 1.- que la asistencia médica esté disponible para todas las madres necesitadas, es decir, que las puertas de los hospitales de reposo se abran precisamente al sector más pobre de la población femenina: trabajadoras, campesinas y oficinistas; 2.- que se pague a los médicos un salario estatal para abolir las ventajas de que disfrutan las mujeres más prósperas capaces de pagar al médico por sus servicios, poniendo fin así a la desigualdad entre las mujeres pobres y prósperas embarazadas o que amamantan; 3) que se proteja a las mujeres embarazadas o lactantes, en particular a las pobres, contra una visión que las ve como "sacrificios por la ciencia" y que lleva a que parteras no cualificadas y jóvenes estudiantes adquieran práctica. Nadie, según el decreto, tiene el derecho a tratar a una mujer cumpliendo su sagrado, pero doloroso deber cívico, de la maternidad, como un "sacrificio por la ciencia". El decreto también sustituyó los cursos de partería de un año por cursos de dos años, y a las parteras en formación se les permitió asistir a los partos sólo en el segundo año.

El siguiente paso dado por la Junta de Protección de la Madre y el Niño fue reunir en una organización estatal a todas las instituciones que se ocupan de la madre y el niño en los períodos pre y post natal, y a todas las instituciones que participan en el cuidado de los niños, desde los hogares infantiles hasta las guarderías de los pueblos. Un decreto emitido por el comisariado del pueblo el 31 de enero de 1918, instruía al Departamento de Protección de la Madre y el Niño a crear una red de instituciones que formaran para la república soviética ciudadanos espiritual y físicamente fuertes y sanos. En ese mismo decreto se ordenaba también la creación de un palacio modelo de la maternidad y la conversión de todos los hospitales y hogares infantiles de Moscú y Petrogrado en una institución general que se denominaría "Instituto Infantil de Moscú" e "Instituto Infantil de Petrogrado". Los hogares infantiles fueron renombrados como palacios de niños pequeños.

El creciente alcance de la actividad emprendida por el Departamento de Protección de la Madre y el Niño, y la respuesta entusiasta que esta actividad suscitó entre las mujeres trabajadoras, obligó al comisariado del pueblo a ampliar la composición de la junta de protección de la maternidad para incluir a hombres y mujeres representantes de los sindicatos, el seguro médico, los sóviets del distrito de Petrogrado y el consejo de redacción de la revista *Rabotnitsa*.

Mediante un decreto promulgado el 31 de enero, la junta se reorganizó en una comisión cuya actividad debía perseguir tres objetivos básicos: 1.- la protección del niño, es decir, la reducción de la mortalidad infantil; 2.- la crianza del niño en un ambiente que corresponda al concepto amplio de la familia socialista (la organización de hogares maternoinfantiles, sentando las bases para la crianza social desde los primeros días de la vida del niño; 3.- la creación de un entorno saludable en el que el niño pueda desarrollarse tanto física como espiritualmente.

En enero de 1918, antes de que se publicara el decreto, el Departamento de Protección de la Madre y el Niño se propuso organizar un Palacio de Protección de la Madre y el Niño, que comprendería: un Palacio de los Niños Pequeños (un antiguo hogar infantil) y un Palacio de la Maternidad (un antiguo instituto clínico de obstetricia y ginecología en Petrogrado). Según los planes elaborados por la Comisión de Protección de la Madre y el Niño y el departamento, el Palacio de Protección de la Madre y el Niño debía incluir un museo dedicado a la protección de la madre y el niño (idea que sería

brillantemente ejecutada más tarde por V. P. Lebedeva en forma de exposición sobre la protección de la madre y el niño), guarderías ejemplares, centros de consulta, un dispensario de alimentos para bebés, un centro de acogida de niños... El antiguo Instituto Nikolayevsky, que se consideró eminentemente adecuado para este fin, fue elegido para albergar el nuevo palacio...

[Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras]

(1918)[216]

La Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas

Stuttgart, 1907

Un nuevo peligro amenaza la dominación de la burguesía: las trabajadoras están adoptando con determinación el camino de la organización internacional de clases. Los esclavos oprimidos y sumisos que se inclinan humildemente ante la omnipotencia del moderno Moloch del capital, bajo la influencia revitalizadora de la doctrina socialista, levantan la cabeza y levantan la voz en defensa de sus intereses como mujeres y sus intereses de clase comunes.

Mientras que el "veneno de la doctrina socialista" había infectado sólo a la mitad de la clase obrera, mientras que la oposición se concentraba exclusivamente en la sección masculina del proletariado, los capitalistas podían respirar libremente; todavía tenían en su poder un suministro inagotable de trabajadores dóciles, siempre dispuestos a cumplir obediente y desinteresadamente para enriquecer con su trabajo a los felices propietarios de los instrumentos de producción. Con cálculos inconscientes, la burguesía se aprovechó de la ventaja que ofrecía este estado de cosas: puso a la mitad del proletariado contra la otra, rompió su unidad, obligó a las mujeres a aparecer como los rivales amenazadores de sus hombres, socavando la solidaridad de clase de los trabajadores. Con maliciosa petulancia contrarrestó la resistencia de los proletarios unidos con la indiferencia de sus inconscientes elementos femeninos, y cuanto más ignorantes y dispersas eran las mujeres, tanto más fracasaba la lucha emprendida por los elementos organizados de la clase obrera.

Sin embargo, la conciencia de clase de las trabajadoras, una vez despertada, fue suficiente para obligarlas a tomar la mano de la amistad que les tendieron sus camaradas trabajadores hombres, y adoptar el camino de la resistencia abierta y obstinada. La participación de las mujeres proletarias en la lucha común de clases y su creciente solidaridad, han sacudido la habitual confianza depositada a favor de la burguesía y han extendido la alarma en lugar del anterior estado de tranquilidad: la organización cada vez mayor de la mujer proletaria elimina a la última víctima indefensa de la explotación capitalista. La tierra está desapareciendo de los pies de la burguesía, y la luz de la revolución social que se avecina brilla cada vez más.

Por lo tanto, ¿es sorprendente que la burguesía sea doblemente hostil a cualquier señal de protesta entre las trabajadoras y a cualquier intento de defender sus necesidades e intereses como mujeres, y sus intereses y necesidades comunes de clase? Incluso en los países más democráticos y avanzados se hace todo lo posible para dificultar la defensa de los intereses laborales de las mujeres. Otorgar a la mujer trabajadora los mismos derechos que al hombre sería poner en manos de la clase obrera un arma nueva y peligrosa, doblar

---

216 [*Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras*], Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. "Alexandra Kollontai. Conferencia Internacional Socialista de Mujeres Trabajadoras", *Izquierdas*, nº 49, año 2020, modalidad de publicación continua, consultada el 10 de abril de 2010: http://izquierdas.cl/ediciones/2020/numero-49. Fuente: Alexandra Kollontai: *Selected Articles and Speeches, Progress Publishers,* 1984; Primera publicación: International *Socialist Conferences of Women Workers* 1918; Transcripción: Sally Ryan de marxists.org, 2000; Edición: Chris Clayton 2006 Traducción al español: Valentina Andrade.

el ejército activo del opositor militante; la burguesía es demasiado inteligente para aceptar un experimento tan peligroso.

Todo el mundo burgués escuchó con abierta animosidad las notas solemnes y armoniosas que resonaron en Stuttgart en 1907, durante el Congreso Internacional Socialista[217]. Pero sobre todo se enfureció por las voces audaces del proletariado femenino. Por muy radicales que fueran los discursos pronunciados por los hombres, cualesquiera que fueran las resoluciones "locas" que adoptaran, la burguesía siempre se consolaba con la idea de que aún tenía a su disposición un método probado: romper la resistencia de los "sublevados" sustituyéndolos por sumisas mujeres trabajadoras. Y ahora una nueva sorpresa: desde todas partes del mundo se reúnen mujeres representantes de la clase obrera para forjar con sus esfuerzos unidos una nueva arma con la que luchar contra el mundo hostil al proletariado[218]. La audacia de la mujer ha superado todas las expectativas: la esclava silenciosa de ayer es ahora una valiente luchadora por la liberación de la clase obrera. ¿Podría uno imaginarse un espectáculo más irritante? Sobre las cabezas de las mujeres representantes de la clase obrera llovió una burda ridiculización que no logró ocultar la genuina ansiedad de la burguesía.

Los señores dueños del capital y de la propiedad tienen ahora algo sobre lo que reflexionar, algo por lo que deprimirse: se están consiguiendo nuevos éxitos en la organización de la clase obrera. Y si hasta hace poco la burguesía podía consolarse con la falta de unidad de la sección femenina del proletariado, ahora, después de la Conferencia de Stuttgart, ha perdido incluso este dulce consuelo.

Sobre la base de hechos y cifras, estas mujeres representantes describieron la creciente conciencia del proletariado femenino y sus éxitos organizativos, especialmente en los últimos años. Inglaterra tiene el mayor número de trabajadoras organizadas: 150 mil son miembros de sindicatos; 30 mil están organizados políticamente en "partidos obreros independientes" y las mujeres trabajadoras también son miembros de la Federación Socialdemócrata[219]. En Austria, las organizaciones sindicales cuentan entre sus miembros a 42.000 mujeres. En Alemania, el número de mujeres sindicalizadas también es impresionante: 120.000; a pesar de todo el acoso policial, 10.500 trabajadoras se han afiliado al Partido Socialdemócrata, y la cifra de distribución de la revista de mujeres trabajadoras *Die Gleichheit*[220] es de 70.000 ejemplares. En Finlandia, el movimiento socialdemócrata cuenta con 18.600 mujeres. En Bélgica, 14.000 trabajadoras

---

[217] Esta es una referencia al Séptimo Congreso Internacional de la Segunda Internacional, celebrado en Stuttgart del 18 al 24 de agosto de 1907. Al congreso asistieron delegados de 25 países, entre ellos Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Noruega, Polonia, Rusia y Rusia, con un total de 886 delegados. La delegación bolchevique estaba encabezada por Lenin, quien hizo un gran trabajo para consolidar las fuerzas izquierdistas de la socialdemocracia internacional. El congreso adoptó una resolución que compromete a los socialistas a oponerse a la guerra que se avecina.

[218] En 1907, justo antes de la apertura del Congreso Internacional Socialista en Stuttgart, se celebró la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, a la que asistieron 58 delegadas de 14 países. El objetivo principal de la conferencia era formular una táctica unificada para todos los partidos socialistas en la campaña para conseguir el derecho de voto de las trabajadoras como parte del derecho de voto universal e igualitario para ambos sexos. [Ver diversos documentos de la Internacional de Mujeres Socialistas en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: Internacional de Mujeres Socialistas. N. Alejandría Proletaria.]

[219] La Federación Socialdemócrata (fundada en Inglaterra en 1884) se declaró una organización socialista, pero no reconoció el marxismo. No tenía contacto con los trabajadores y era de naturaleza extremadamente sectaria. En 1907 fue rebautizado como Partido Socialdemócrata.

[220] *Die Gleichheit* (La Igualdad) una revista bimensual socialdemócrata editada por el movimiento proletario femenino en Alemania. Fue publicado de 1890 a 1925, y fue editado por Clara Zetkin de 1892 a 1917.

están afiliadas a sindicatos. En Hungría hay 15.000 mujeres trabajadoras en organizaciones sindicales, etc.

La creciente organización de las mujeres trabajadoras y los objetivos sociales específicos que les corresponde principalmente llevar a cabo han llevado a tomar conciencia de la necesidad de una mayor solidaridad y de un contacto más estrecho entre las mujeres trabajadoras organizadas del mundo.

La primera conferencia internacional de mujeres en Stuttgart se fijó dos objetivos: 1) elaborar las bases para una actividad más uniforme por parte del movimiento socialista (en varios países) en la lucha por el derecho de voto de las trabajadoras; 2) establecer relaciones permanentes y correctas entre las organizaciones de mujeres de todo el mundo.

La principal cuestión debatida en la conferencia fue, sin duda, la del derecho de voto de las trabajadoras. Esta cuestión, que se somete a discusión en la conferencia y se presenta en el congreso socialdemócrata como una resolución especial, está diseñada para satisfacer la creciente necesidad dentro del proletariado femenino de definir las tácticas futuras de la socialdemocracia internacional en la lucha por los derechos políticos de las trabajadoras, y para transferir este principio de la esfera del reconocimiento teórico a la de la actividad práctica. Con el crecimiento de su conciencia de clase y organización, el proletariado femenino fue llevado por sus necesidades materiales básicas a una conciencia aguda de su falta de derechos políticos, y aprendió a ver en esos derechos no sólo un “principio político” sino también una necesidad urgente e inmediata.

En los últimos años, la clase obrera de distintos países se ha enfrentado a la cuestión del sufragio universal. Podría haber parecido que la fórmula electoral avanzada por los socialdemócratas y complementada con una quinta sección que especificaba “sin distinción de sexo”, no habría dejado lugar a dudas y vacilaciones sobre la forma en que el partido actuaría en tales circunstancias. Sin embargo, resultó que, de lo contrario cuando se trataba de la defensa de la quinta sección, no sólo los socialdemócratas masculinos, sino también las mujeres, revelaron su inestabilidad, vacilación y actitud comprometedora ante esta cuestión, tan importante para la clase obrera. Demostraron que este principio fundamental aún no se ha convertido en una parte integral de la socialdemocracia.

Una tras otra, mujeres de Bélgica, Austria y Suecia aceptaron la eliminación de la demanda de derechos políticos para las trabajadoras y dieron su apoyo a una fórmula de *compromiso* mutilada y abreviada para la reforma electoral. Sin embargo, lo más característico de todo fue el hecho de que esta política oportunista no fue condenada por los constantes y firmes partidarios del socialismo, sino que, por el contrario, ganó su simpatía y aprobación e incluso fue presentada a las mujeres proletarias de otros países como un modelo. No se puede culpar a las propias mujeres trabajadoras por esta táctica de *compromiso,* (que es típica de los elementos partidarios menos conscientes y disciplinados) pero la otra, la sección masculina del proletariado, cuyo espíritu y conciencia han sido templados en la batalla, no debería haberse dejado arrastrar por el camino del oportunismo práctico.

Hay principios democráticos que, en aras de sus propios intereses, la clase obrera no debe sacrificar: hay consignas que el proletariado no puede cambiar sin dañarse a sí mismo, aunque el cambio se haga para lograr los máximos resultados en un momento dado.

Si en algún país políticamente atrasado la clase obrera hubiera tenido la oportunidad de alcanzar el derecho de voto universal, igualitario, secreto pero indirecto y no directo, la posición de los socialdemócratas en tal situación habría sido obvia: a pesar del riesgo de estancamiento de una reforma que de otro modo estaría segura de ser adoptada, el partido obrero lucharía hasta el último momento por la fórmula completa...

Quizás el sistema electoral indirecto se adoptaría a pesar de la oposición de los socialdemócratas, y sin duda tendrían que reconciliarse con este hecho, pero su actitud al respecto sería perfectamente clara: sólo podrían verlo como una derrota.

La situación es diferente en lo que respecta a la cuestión del derecho de voto de las trabajadoras. La reivindicación "sin distinción de sexo" no se ha convertido todavía en una parte integral de la práctica de la lucha proletaria: la conciencia de la importancia de los derechos políticos plenos e iguales para las trabajadoras en nombre de los intereses de toda la clase aún no ha tenido tiempo de arraigarse firmemente. No hay que olvidar que las mujeres empezaron a trabajar fuera del hogar hace relativamente poco tiempo, y que sólo recientemente han empezado a desempeñar un papel en el movimiento proletario. Los sobrevivientes ideológicos del mundo capitalista burgués afectan la pureza y claridad de la conciencia de clase del proletariado con respecto a la mujer, y desdibujan los distintos contornos de un principio que parecería ser indiscutible a los ojos del proletariado, a saber, el principio de la igualdad de derechos civiles para todos los miembros de la familia proletaria mundial.

La táctica vacilante del partido en la lucha por el derecho al voto de las mujeres obligó a los socialdemócratas a prestar especial atención a esta cuestión en el congreso. La adopción de una resolución que expresara de forma clara y precisa la voluntad de la clase obrera de luchar por el derecho de voto de las mujeres trabajadoras con la misma determinación inquebrantable con la que la socialdemocracia persigue todos sus principios (ésta era la consigna de la conferencia socialista de mujeres, una consigna dictada por los intereses de las mujeres trabajadoras). Esa resolución parecía tanto más deseable cuanto que estaba plenamente de acuerdo con el espíritu de la socialdemocracia.

La resolución sobre el derecho de voto de las mujeres presentada en la conferencia de mujeres y luego presentada en el congreso socialista se adelantó con vistas a exigir el reconocimiento claro y preciso de la quinta sección de la fórmula electoral ("sin distinción de sexo") como de igual importancia que las otras cuatro.

Sin embargo, la resolución encontró oposición. Dos tendencias aparecieron dentro del movimiento socialista de mujeres: una ortodoxa y una oportunista, con el espíritu del feminismo sin conciencia. La primera tendencia fue representada por las mujeres socialdemócratas de Alemania, la segunda por las de Austria y algunas de Inglaterra.

La resolución presentada por los delegados alemanes tenía dos objetivos: al exigir que los partidos socialistas reconocieran plenamente la importancia de una lucha práctica para asegurar la igualdad política de las mujeres, la resolución también pretendía trazar una línea divisoria entre el feminismo burgués y el movimiento proletario de las mujeres. Esto golpeó a las socialistas inglesas en su punto más vulnerable. Es un hecho bien conocido que muchas de ellas trabajan mano a mano con las defensoras burguesas de los derechos de la mujer, y en el fragor de una lucha (a veces desinteresada) en defensa de los intereses de la mujer, pierden de vista las diferencias de clase.

La lucha por lograr la igualdad política para las mujeres proletarias es parte integrante de la lucha de clases general del proletariado; cuando se convierte en una meta militante independiente en sí misma, eclipsa los objetivos de clase de las mujeres trabajadoras. La ingeniosa burguesía, que ama ocultar sus verdaderos deseos detrás de una pantalla de espléndidas consignas, pone al mundo de las mujeres y sus objetivos en oposición a la causa de clase de las mujeres trabajadoras. Sin embargo, tan pronto como la causa de la mujer se pone por encima de la causa proletaria, tan pronto como las trabajadoras se dejan seducir por frases que suenan bien sobre la comunidad de intereses de la mujer, independientemente de las divisiones de clase, pierden su vínculo vital con su propia causa de clase y traicionan así sus propios intereses particulares. Las mujeres burguesas, según su propia afirmación, reclaman generosamente derechos para "todas las

mujeres”, mientras que las trabajadoras sólo luchan por sus intereses de clase. Sin embargo, en la práctica la situación es precisamente la inversa: al ganar derechos políticos para sí mismas, las trabajadoras también están abriendo el camino a las cabinas de votación para mujeres de otras clases. En la defensa decidida y consecuente de los intereses de las mujeres de su propia clase, la socialdemocracia está poniendo en práctica los principios de la forma más plena de democracia y promoviendo el éxito de la causa de las mujeres en su conjunto.

La hipocresía burguesa también afectó a los partidarios ingleses de la igualdad política para las mujeres. Las trabajadoras inglesas estaban dispuestas a apoyar los derechos electorales limitados y calificados de las mujeres, una traición imperdonable y despreciable a la causa proletaria. Los representantes del Partido Laborista Independiente y de la Sociedad Fabiana[221] no dudaron en defender esta posición claramente traicionera ante todo el mundo socialista, y sólo la Federación Socialdemócrata, junto con el proletariado de otros países, condenó tal solución al problema y exigió derechos electorales para todos los ciudadanos que habían alcanzado la mayoría de edad, independientemente del sexo.

Este desacuerdo demostró una vez más la importancia para los socialistas de elaborar una posición táctica claramente definida sobre la cuestión de lograr la igualdad política para las mujeres trabajadoras. Sin embargo, una formulación tan claramente definida de la cuestión era precisamente lo que menos querían los ingleses.... Junto con los delegados austriacos, exigieron que se concediera a cada parte el derecho a resolver esta cuestión de forma independiente de acuerdo con las circunstancias que se dieran en ese momento; declararon que era totalmente innecesario un único modelo de acción obligatorio para cada país. La resolución presentada por los socialdemócratas alemanes obligó a los ingleses a pensar con dolor. Las enfrentó con una pregunta: ¿están defendiendo los intereses de su clase como un todo en su difícil lucha por sobrevivir, pasando por grandes pruebas hoy, en la expectativa de triunfos igualmente grandes en el futuro, o están simplemente luchando por nuevos privilegios para aquellas mujeres que ni siembran ni cosechan, pero que se reúnen en los graneros?

Las delegadas austriacas representaban el extremo opuesto. Furiosas opositoras del feminismo no estaban, por supuesto, dispuestas a trabajar junto con las feministas burguesas en la defensa de los derechos de “todas las mujeres”. Sin embargo, a pesar de su declarada hostilidad hacia el feminismo y su táctica de adaptación, las mujeres socialistas austriacas cayeron en el mismo error que las inglesas. Al defender en la conferencia la posición que habían adoptado durante la reciente lucha en Austria para lograr el sufragio universal, intentaron demostrar que, en ciertas condiciones políticas, es permisible dejar de lado los intereses de un sector del proletariado (en este caso las mujeres trabajadoras) a fin de lograr ventajas prácticas para otro sector. En lugar de una exigencia categórica de que el principio de igualdad política de las mujeres proletarias se reconociera en la misma medida que todas las demás reivindicaciones democráticas del proletariado, las austriacas introdujeron en la resolución, a través de una enmienda, un deseo escasamente definido, según el cual, el *momento* y el *método de la lucha* por el

---

[221] El Partido Laborista Independiente; fundado en Inglaterra en 1893. Sus objetivos eran asegurar la elección de los trabajadores al parlamento con el fin de llevar a cabo sus propias políticas independientes, hacer campaña a favor de la nacionalización de la tierra y los medios de producción, y también trabajar en el seno de los sindicatos. Pronto perdió su espíritu militante bajo la influencia de sus compañeros de viaje burgueses, y su dirección se volvió oportunista.
La Sociedad Fabiana fundada en Inglaterra en 1884 por representantes de la intelectualidad burguesa. Los fabianos rechazaron la lucha de clases y propusieron un programa de “socialismo” estatal o municipal, con la esperanza de transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista por medio de una reforma gradual.

derecho a la participación de las mujeres en los comicios electorales debían decidirlo a su criterio cada uno de los países por separado[222]…

Cada vez que la cuestión de las tácticas partidarias se convierte en un asunto urgente para la socialdemocracia, esta tiene que volver al método ya probado para resolver esta cuestión: tiene que determinar una vez más, con cuidado y precisión, hasta qué punto una determinada demanda, un determinado principio, es esencial para lograr el objetivo último de la clase obrera. Si este principio tiene una importancia considerable para el objetivo último que persiguen los trabajadores, entonces no puede haber espacio para el compromiso en la política, incluso si dicho compromiso promete aportar beneficios inmediatos. De hecho, ¿qué sería de los objetivos de clase del proletariado si la socialdemocracia dejara de lado sus principios básicos de política cada vez que esperaba poder adquirir así alguna "ventaja práctica"? ¿Y qué distinguiría entonces sus principios políticos de la hipócrita diplomacia burguesa?

El principio de igualdad política para las mujeres es indiscutible. La socialdemocracia proclamó hace mucho tiempo en teoría la importancia de extender el derecho de voto a las mujeres trabajadoras. Sin embargo, la táctica de las "concesiones", la táctica de "paso a paso", ahora también está buscando otra solución a este problema. En lugar de la habitual determinación de principios y la firmeza de la socialdemocracia, propone "cumplimiento" y "moderación". Afortunadamente, el proletariado sabe muy bien que su "modestia" nunca ha sido recompensada. La negociabilidad y el cumplimiento del proletariado son, a los ojos de su enemigo, prueba positiva de su "impotencia", y cuanto más moderadas, más "razonables" son sus demandas, más miserables son las concesiones que se le hacen. La victoria de uno de los dos bandos beligerantes no se decide por el cumplimiento de uno de ellos, sino por el "equilibrio real de fuerzas". El proletariado insiste en sus reivindicaciones luchando resuelta y consecuentemente para lograrlas, pero sólo puede lograr lo que corresponde a su influencia e importancia reales en un momento dado. Cuanto más decidida sea la adhesión de la socialdemocracia a sus principios básicos, cuanto más alejada esté su táctica de las concesiones decididas de antemano, más estrechamente corresponderán los resultados de su lucha al equilibrio real de poder y fuerzas entre las partes en conflicto.

Todo lo anterior constituye una "verdad bien conocida", pero una verdad que debe repetirse cada vez que una táctica de compromiso propuesta pospone una nueva victoria del proletariado y amenaza con dañar uno de los principios básicos de la socialdemocracia. Si se aceptara la enmienda presentada por los delegados austriacos, tales daños serían inevitables. Con su "cumplimiento" preventivo, los delegados austriacos no sólo pospondrían la extensión del derecho al voto a las mujeres proletarias, sino que también, y lo que es más importante, violarían uno de los principios básicos del socialismo: preservar la unidad de la clase obrera como la mayor garantía de éxito en la lucha proletaria.

"Naturalmente", dijo *Clara Zetkin*, dirigiéndose a la comisión sobre el derecho de voto de las mujeres en el congreso, "no somos tan incultos políticamente como para exigir que los partidos socialistas de todos los países, en todas las luchas por la reforma electoral y en todas las circunstancias, hagan de la demanda del derecho de voto de las mujeres la piedra angular, el factor decisivo en su lucha. Esto dependerá del nivel de desarrollo histórico de cada país. Criticamos la táctica de 'abandonar de antemano', sin lucha, la demanda de derecho de voto para las mujeres..."[223]

---

[222] [En breve el lector podrá ver el informe de las delegadas austriacas y las enmiendas en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov en su serie Internacional de Mujeres Socialistas. N. Alejandría.]

[223] Cf. el discurso pronunciado por Clara Zetkin en el Séptimo Congreso Socialista Internacional de la II Internacional en Stuttgart, agosto de 1907.

Esta precisa y consistente política de clases también fue defendida por los socialdemócratas alemanes: *Luise Zietz*, *Emma Ihrer*, *Ottilie Baader*, *Hilja Parssinen*, diputada del Seim finlandés, *Csozi* de Hungría, representantes de Rusia, *Shaw* de Inglaterra y otros. Quienes apoyaron este punto de vista exigieron que el congreso internacional confirmara la propuesta de que la lucha por el derecho al voto de las trabajadoras no está separada de la lucha de clases, y que cualquier concesión en esta área, cualquier desviación de los principios, es un compromiso que daña toda la causa de la clase obrera.

Los defensores de la táctica oportunista vinieron principalmente de entre los delegados austriacos, y recibieron una muestra de apoyo de *Viktor Adler*. *Eily Braun* también estaba de su lado. No obstante, esta tendencia no obtuvo apoyo en la conferencia. Todos los argumentos de los austríacos en el sentido de que la "obstinación" de los socialdemócratas sólo servía para dificultar las conquistas políticas del proletariado, todos los argumentos de los representantes de los países católicos (Bélgica y Francia) en el sentido de que la influencia del clericalismo aumentaría supuestamente con la participación de las mujeres en la política y conduciría a una reagrupación de la representación parlamentaria en desventaja de la clase obrera, ante el hecho indiscutible de que el sector más empobrecido y explotado del proletariado, las mujeres trabajadoras, todavía están privadas de la posibilidad de oponerse a la violación de sus derechos. Es a estos apartados de la sociedad contemporánea, a estos pálidos y desgastados esclavos del capitalismo, que sus camaradas en la miseria, sus camaradas en la lucha por un futuro mejor, predican la resignación, la paciencia y la abnegación; ¡las virtudes farisaicas y clichés de la burguesía!

El estado de ánimo de la conferencia no fue favorable a esas tendencias. En contraste con la habitual "obediencia respetuosa" de las mujeres, la conferencia se caracterizó por un ambiente animado y vigorizante, muy distinto del aire un tanto seco y de negocios del propio congreso socialista. La masiva estructura organizativa del congreso, la presencia de casi 900 delegados y la necesidad de observar toda una serie de formalidades enfriaron el entusiasmo de los representantes del mundo socialista, y sólo de vez en cuando este entusiasmo pudo salir a la superficie y afectar a todos los participantes. Aquí en el congreso los más experimentados "maestros de la palabra hablada", expertos en todos los puntos más sutiles de la batalla parlamentaria, cruzaron espadas verbales, pero quizás por esta misma razón muchos de ellos sonaban excesivamente "cautos" ...

En la conferencia de mujeres, por otro lado, el pulso vivo de una fe y una confianza audaces latía sin cesar y uno podía sentir ese rechazo valiente y esa repugnancia hacia las decisiones de compromiso que son características de las organizaciones que todavía son jóvenes y que aún no se han establecido en formas fijas. La mayoría de las representantes de las mujeres proletarias no podían sino darse cuenta de las trágicas consecuencias que tendría la aprobación de la enmienda austriaca.

Por una mayoría de 47 votos a favor y 11 en contra, la Conferencia de Mujeres Socialistas aprobó la resolución presentada por la delegación alemana y la presentó ante el Congreso Socialista.

El espíritu vivo de la autoconciencia proletaria obligó a los representantes de los trabajadores a apoyar esta resolución y a confirmar el principio de los intereses comunes de ambos sexos, su solidaridad en la lucha por los derechos políticos de toda la clase obrera. Este es sin duda un acontecimiento importante en la historia del movimiento obrero, demostrando una vez más al mundo burgués que, a pesar de las repetidas afirmaciones sobre la "muerte del marxismo", el verdadero espíritu del socialismo

científico sigue vivo e inspirando continuamente a los muchos millones que componen la socialdemocracia internacional.

La cuestión de la formación de un secretariado socialista internacional de mujeres ocupó el segundo lugar en el programa de la conferencia. Los socialdemócratas alemanes presentaron una propuesta para establecer contactos más estrechos entre representantes de la clase obrera de diferentes países y para establecer con este fin una secretaría que recogiera información sobre el movimiento proletario de mujeres en todas partes. Aunque esta cuestión era puramente organizativa, provocó un animado intercambio de opiniones y, una vez más, reveló dos tendencias heterogéneas dentro de la sección femenina de la socialdemocracia.

La propuesta de crear una secretaría internacional independiente de mujeres fue presentada por las delegadas alemanas, y las delegadas austriacas presentaron una vez más una modificación. Habiendo declarado que se oponían a separar a las mujeres proletarias de cualquier manera, consideraron que no era necesario formar un secretariado separado para asegurar la comunicación internacional entre las trabajadoras. En su opinión, los camaradas en el extranjero podrían mantenerse informados sobre el estado del movimiento proletario de mujeres en cada país, facultando a un miembro del partido en cada país para enviar informes sobre la posición de las organizaciones de mujeres trabajadoras y sobre los éxitos logrados por el movimiento a los órganos socialistas centrales de los otros países. Esta enmienda ilustra claramente el temor constante de las austríacas a desacreditarse a sí mismas mediante una defensa demasiado clara de los “intereses de las mujeres”, lo que les podría valer la etiqueta de “feministas” ...

Las socialdemócratas alemanas, por el contrario, defendieron la idea de que una agrupación independiente de mujeres proletarias dentro del partido tiene claras ventajas organizativas. Tal organización permitiría concentrar la atención del partido en las necesidades y requerimientos específicos de las trabajadoras, y también facilitaría la movilización en torno al partido de las mujeres de la clase proletaria, generalmente menos conscientes.

La participación de las trabajadoras en el partido es necesaria por consideraciones prácticas y urgentes. Hasta ahora, las trabajadoras siguen siendo el sector más desfavorecido de la familia proletaria, siguen siendo oprimidas en todas partes por “leyes especiales”, e incluso en países que tienen una amplia representación democrática, las mujeres siguen siendo las únicas que no tienen derechos.

Con cada año que pasa, la participación en la vida política de su país se está convirtiendo en un asunto cada vez más urgente para las mujeres de la clase obrera. Sin embargo, entre las amplias masas del proletariado masculino la urgencia de esta demanda aún no está suficientemente reconocida.

Para defender esta reivindicación, para inculcar en sus camaradas la actitud adecuada ante la cuestión de la igualdad de derechos de las mujeres trabajadoras en todas las esferas y atraerlas a la lucha por alcanzar en la práctica la igualdad de derechos civiles para las mujeres, las mujeres sólo tienen una vía: unir sus fuerzas en torno al partido. Las trabajadoras deben crear una secretaría de la mujer, una comisión, una oficina dentro del partido, no para librar una batalla separada por los derechos políticos y defender sus propios intereses por sí mismas, sino para ejercer presión sobre el partido desde dentro, con el fin de obligar a sus camaradas a librar su lucha también en interés de las mujeres proletarias.

Así, una mayor preocupación del partido por las necesidades específicas de las trabajadoras aumentará la popularidad del partido entre la población femenina menos consciente de clase, estimulando el flujo de nuevas fuerzas que se incorporan al ejército del proletariado combatiente, mientras que la unificación de las trabajadoras en el seno

del partido permitirá que este núcleo homogéneo, motivado por las mismas necesidades, defienda con mayor firmeza sus necesidades y requisitos específicos dentro del partido también. No fueron sólo los obstáculos policiales los que llevaron en Alemania a un trabajo de propaganda especial y separado entre las mujeres: este método de trabajo se está adoptando gradualmente en otros países que viven bajo regímenes políticos más libres.

La necesidad de unir las fuerzas de las mujeres dentro del partido se siente, por supuesto, con especial fuerza en países donde sólo las mujeres permanecen sin derechos políticos. En aquellos casos en los que la cuestión de la lucha por una mayor democratización del derecho al voto está en primer plano, el núcleo de las trabajadoras conscientes de clase sólo puede esforzarse por asegurar una actitud más firme en el partido hacia la cuestión de lograr el derecho al voto también para las mujeres...

La posición de la mujer proletaria en la sociedad contemporánea y las necesidades específicas que experimenta en el campo de las relaciones sociales, crean una base práctica para llevar a cabo una labor especial entre el proletariado femenino. Sin embargo, tal agrupación de mujeres proletarias dentro del partido (la creación de comisiones, oficinas, secciones, etc.) no tiene, por supuesto, nada en común con el feminismo. Mientras que las feministas luchan por extender a las mujeres de las clases burguesas los privilegios de los que hasta ahora sólo disfrutaban los hombres, las trabajadoras persiguen un único objetivo de clase común y proletario.

En la conferencia internacional de mujeres, la victoria fue a la izquierda, es decir, a la sección que sugería la creación de un secretariado internacional independiente[224]. El consejo editorial de *Die Gleichheit* ha sido elegido como órgano central del movimiento internacional de mujeres socialistas hasta el próximo congreso internacional. No cabe duda de que tanto esta decisión puramente organizativa como la resolución del congreso sobre tácticas, una resolución que determina la actitud de la socialdemocracia ante la cuestión de los votos de las mujeres, tendrá un efecto beneficioso en el desarrollo del movimiento socialdemócrata entre las trabajadoras y promoverá un crecimiento más rápido del ejército organizado del proletariado femenino.

Sólo si están firmemente unidas entre sí y, al mismo tiempo, unidas a su partido de clase en la lucha común de clases, las obreras pueden dejar de aparecer como un freno al movimiento proletario y marchar confiadamente hacia adelante, de brazo en brazo con sus camaradas obreros masculinos hacia el objetivo noble y apreciado del proletariado: hacia un futuro nuevo, mejor y más próspero.

La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres

Copenhague, 1910

Cuando se celebró la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Stuttgart en 1907 por iniciativa de los socialistas alemanes, el movimiento socialista de mujeres estaba todavía en su infancia en todas partes excepto en Alemania. Su forma todavía era confusa y poco clara, y la conferencia en sí no se convocó tanto para revisar lo que ya se había logrado como para dar su "bendición" al movimiento y estimular su desarrollo posterior. Stuttgart fue sólo un síntoma del despertar de amplias masas de mujeres de la clase obrera, pero un síntoma significativo, prometedor y lleno de consecuencias...

[224] Esta es una referencia a la creación, durante la Conferencia de Mujeres en Stuttgart, de un Secretariado Internacional de Mujeres, encabezado por Clara Zetkin. El trabajo del Secretariado debía incluir la recopilación de información sobre los movimientos de mujeres y sobre la dirección del movimiento socialista de mujeres.

Han pasado tres años. Durante este corto período de tiempo, el movimiento proletario de mujeres ha logrado no sólo aumentar su número, sino también convertirse en una fuerza social que no puede ser ignorada en el proceso de la lucha de clases. Particularmente ha sido rápido el éxito alcanzado por Alemania en la organización del proletariado femenino: según los datos presentados en la conferencia de Stuttgart, es decir, en 1907 el Partido Socialdemócrata sólo contaba con unas 10.000 mujeres; ya en 1910 contaba con más de 82.000, y el órgano socialista central para las mujeres obreras *Die Gleichheit* contaba con una circulación de 80.000 ejemplares. Similarmente, Austria ha dado pasos gigantes en la organización de las mujeres de la clase obrera: en 1909 el partido tenía sólo 7 mil mujeres afiliadas; en 1910 tenía más de 14 mil, el movimiento sindical tenía alrededor de 44 mil mujeres afiliadas y el periódico de las trabajadoras tenía una circulación de 20 mil. Finlandia, aunque pequeña en población, tampoco se quedó atrás. Aquí las mujeres (más de 16.000) representaban alrededor del 31%

de los miembros del partido de los trabajadores. Inglaterra puede presumir de tener más de 200.000 mujeres sindicalizadas. En todas partes (en Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza, Holanda, Italia, Estados Unidos) las mujeres de la clase obrera están despertando, intentando crear un movimiento socialista de mujeres y dirigirlo a lo largo del camino que valientemente marcaron los esfuerzos enérgicos de las mujeres socialistas alemanas.

Según los cálculos realizados por la delegación suiza, la relación numérica entre los sectores masculino y femenino de la clase obrera organizada en varios países es la siguiente:

Finlandia Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 6 hombres trabajadores organizados.

Dinamarca Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 8 hombres trabajadores organizados.

Austria: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 10 hombres trabajadores organizados.

Inglaterra: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 11 hombres trabajadores organizados.

Italia: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 12 hombres trabajadores organizados.

Suecia y Noruega: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 13 hombres trabajadores organizados.

Alemania: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 14 hombres trabajadores organizados.

Suiza: Por cada 1 mujer trabajadora organizada hay 18 hombres trabajadores organizados.[225]

Por supuesto, si se comparan estas cifras con el número de mujeres trabajadoras en el mercado laboral y el creciente número de mujeres que se ganan la vida en cada país, la escala de participación femenina en el movimiento obrero parece muy modesta, incluso insignificante. Sin embargo, para evaluar con precisión la importancia del movimiento socialista de mujeres, hay que recordar dos cosas: en primer lugar, su corta historia (hace 15-20 años) de la que nunca se había oído hablar; en segundo lugar, las perspectivas que se abren ante él. La cuestión de una mayor democratización del sistema electoral, que ahora se plantea de una forma u otra en Inglaterra y los Estados Unidos, en los estados federados de Alemania y en los países escandinavos, debe tener y tendrá sus inevitables efectos en el desarrollo y el éxito del movimiento proletario de las mujeres. El movimiento proletario femenino ha dejado de ser un mero lujo para convertirse en una necesidad práctica cotidiana.

[225] Informe estadístico a la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, 1910, p. 26.

El crecimiento del movimiento proletario de mujeres en los últimos tres años fue notable en la apertura de la Conferencia de Copenhague[226]. En Stuttgart los delegados eran 52, en Copenhague ya eran unos 100 y representaban a 17 países. Esta vez sólo los franceses y los belgas estuvieron ausentes. Los partidos socialistas y los sindicatos estaban representados, junto con los clubes, sociedades y sindicatos de mujeres trabajadoras que adoptaban una posición de clase.

El programa de la conferencia incluía, además de la cuestión organizativa de establecer vínculos más estrechos entre las mujeres socialistas organizadas de diferentes países, dos temas principales: 1) los medios de lograr en la práctica el sufragio universal para las mujeres y 2) la seguridad social y la protección de la madre y el niño. A pesar de estos temas aparentemente femeninos, la conferencia de Copenhague estuvo libre de ese enfermizo y dulce "sabor femenino" que provoca un aburrimiento tan irreprimible en la práctica política que está acostumbrada al "corte y empuje" de la verdadera batalla política.... Las cuestiones discutidas en la conferencia fueron examinadas no sólo desde el punto de vista de las tareas comunes de la política de clase del proletariado, sino que también, e inevitablemente, fueron complementadas con demandas más generales. El destino de Finlandia, un país con un sistema extremadamente democrático de representación popular, la cuestión de la guerra, la paz y la lucha contra el militarismo, la lucha contra la manufactura doméstica y el trabajo nocturno, obligó a los participantes en el congreso a ir más allá del estrecho marco de las cuestiones femeninas y, habiéndose familiarizado con las cuestiones urgentes de gran alcance, a sumarse a la lucha activa librada por los muchos millones de personas que componen el ejército de la clase obrera organizada.

Sin embargo, aunque no se puede objetar la posición adoptada por la conferencia sobre los temas que debatió, y aunque, de hecho, se puede observar con satisfacción que el "ejército obrero de mujeres" está marchando al lado de todo el movimiento proletario, hay que decir que, en términos de la conducción formal de sus conferencias, las mujeres representantes del socialismo internacional todavía tienen algo que aprender de sus colegas masculinos. La falta de familiaridad con la "práctica parlamentaria" provocó una serie de omisiones que dieron lugar a malentendidos e insatisfacción: algunas resoluciones no sólo no se sometieron a votación, sino que ni siquiera se debatieron. Se agruparon los debates, se eliminaron del programa las cuestiones relativas a la adopción de la decisión por una mayoría cuestionable, etc. Todos estos errores podrían haberse evitado con una mayor experiencia.

El principal tema debatido en la conferencia fue, por supuesto, el del derecho de voto. El conflicto entre el ala izquierda de la internacional de mujeres, encabezada por la delegación alemana, y las representantes de las organizaciones de trabajadores inglesas que trabajan junto con las sufragistas[227] y que, por lo tanto, apoyan el lema de la cualificación de los derechos electorales, era inevitable. Los ingleses presentaron como su "carta de triunfo" a la venerable y conocida socialista y defensora de la causa de la mujer, Charlotte Despard, cuyo atractivo personal, noble porte, canas y su hábil e impresionante discurso tenían por objeto ganarse la simpatía y suavizar la severidad del juicio de la izquierda. Se esperaba una "batalla furiosa". Sin embargo, aunque la discusión

---

[226] La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas se celebró los días 26 y 27 de agosto de 1910, antes de la apertura del Octavo Congreso Internacional de la Segunda Internacional en Copenhague (28 de agosto - 3 de septiembre de 1910). [Ver materiales de esta segunda conferencia en la serie Internacional de Mujeres Socialistas en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov. N. Alejandría Proletaria]

[227] Sufragistas; miembros de un movimiento burgués de mujeres que buscan el derecho al voto para las mujeres. Las sufragistas adoptaron una táctica de obstrucción, organizaron manifestaciones callejeras y causaron disturbios de todo tipo. Las sufragistas no buscaron el apoyo de las mujeres trabajadoras.

fue animada, la esperada “batalla” no tuvo lugar: desde el principio quedó claro que la abrumadora mayoría de la conferencia apoyaba a la “izquierda”, y que los ingleses estaban luchando por una causa perdida... La facilidad con la que se ganó la victoria sobre la “derecha” se explica en parte por el hecho de que, con la excepción de *Despard*, no tenían un buen orador de su lado. La defensa inglesa carecía de espíritu e imaginación, sus argumentos en defensa de su táctica eran ingenuos, casi “gentiles” (la “armonía” de los intereses de las mujeres, las quejas contra la “dureza” de la política de clases, contra la injusticia social, que también afectaba a la mujer burguesa).

La conferencia, criticando duramente la cooperación entre los socialistas ingleses y las sufragistas burguesas, adoptó una resolución que, sin embargo, no hizo suficiente hincapié en este aspecto. “El movimiento socialista de mujeres en todos los países rechaza los derechos electorales restringidos”, dice la resolución, como una falsificación y un insulto al principio mismo de la igualdad política de la mujer. El movimiento lucha por la única expresión viable y concreta de este principio: el sufragio universal para todas las mujeres que han alcanzado la mayoría de edad, sin cualificaciones en materia de propiedad, impuestos, educación o de cualquier otro tipo que impidan a los miembros de la clase obrera hacer uso de sus derechos civiles. El movimiento socialista de mujeres libra su lucha no junto con el movimiento burgués de mujeres, sino en estrecha colaboración con los partidos socialistas, que defienden los derechos electorales de las mujeres como una de las demandas básicas y, en la práctica, una de las más esenciales en el llamado a la plena democratización del sistema electoral[228]. La nota conciliatoria del delegado austríaco, *Adelheid Popp*, en un discurso destinado a suavizar la dureza de esta sentencia no encontró apoyo, y la resolución fue aprobada por una abrumadora mayoría, con diez votos en contra.

En cuanto a la cuestión del seguro y la protección de la maternidad, no surgieron diferencias graves, y sólo fue un descuido formal por parte del *presidium* lo que provocó un conflicto con parte de la delegación inglesa, que abandonó la sala de conferencias. La resolución presentada por la delegación alemana sobre esta cuestión repitió en esencia las exigencias básicas de los socialdemócratas, desarrolladas y complementadas en la conferencia de mujeres de Mannheim[229]: la exigencia de una jornada laboral de ocho horas, la prohibición del uso de mano de obra femenina en sectores de producción particularmente insalubres, permisos de dieciséis semanas para las mujeres embarazadas y lactantes, y la introducción del seguro obligatorio de maternidad, etc. Desgraciadamente, esta cuestión fundamental que afecta directamente a los intereses de toda mujer trabajadora ha recibido muy poco tiempo, y los debates se han acelerado y abreviado. Las resoluciones que introducen importantes adiciones a las peticiones presentadas por la delegación alemana no se sometieron a debate ni a votación, y esto a pesar de que la resolución finlandesa propuesta por *Parssinen*, *Aalle* y *Silanpaa* y otros diputados del *Seim*, destacaba claramente un punto omitido en la resolución alemana: la ampliación de todas las formas de protección de la maternidad para incluir tanto a las madres legítimas como a las ilegítimas, así como una revisión de las leyes sobre el infanticidio, cometidas sobre todo por las madres que han sido abandonadas a su suerte...

---

[228] Véanse las resoluciones adoptadas en la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Copenhague, 25-26 de agosto de 1910, y los informes al Congreso Socialista internacional.

[229] Una referencia a la Cuarta Conferencia Socialista de Mujeres Alemanas, que se celebró en Mannheim los días 22 y 23 de septiembre de 1906, y a la que asistieron 50 delegadas y 5 socialistas de otros países, incluida Alexandra Kollontai. La agenda incluía: la campaña por el derecho de voto de las mujeres, el trabajo de propaganda entre las mujeres rurales, la participación de las empleadas domésticas en el movimiento de mujeres, etc. Sobre todas estas cuestiones se adoptaron resoluciones que pedían la intensificación de la lucha por los derechos de la mujer y la satisfacción de sus demandas.

No debe pensarse que todas las medidas exigidas en la resolución abarcan automáticamente tanto a las madres legítimas como a las ilegítimas. Es precisamente un modo de pensar tan confuso el que domina en occidente, tristemente incluso entre las mujeres socialistas, que la preferencia por la convivencia conyugal legalizada hizo deseable debatir más a fondo este punto fundamental. Era importante subrayar con toda la autoridad de la conferencia que la maternidad debe ser reconocida como una función social, independientemente de las formas matrimoniales y familiares que asuma... Sin embargo, la cuestión del seguro y la protección de la maternidad está inmersa en una serie de detalles prácticos.

También hay que mencionar otra omisión importante en la resolución aprobada en la conferencia: no señala de forma clara y precisa el principio subyacente al seguro de maternidad. ¿Es este seguro una sección independiente de la seguridad social, o es simplemente una subsección de la seguridad social en caso de enfermedad? La formulación de la resolución indica que quienes la redactaron consideraban que el seguro de maternidad era una de las funciones que debían desempeñar las becarias de los hospitales. Sin embargo, si esta proposición se hubiera expresado con mayor claridad, sin duda habría dado lugar a la aclaración de algunas otras proposiciones que requieren un examen más detenido. Habría planteado la cuestión de los motivos para ampliar el seguro para cubrir a esa gran parte de la población femenina sin empleo remunerado (es decir, las esposas de los trabajadores) que todavía se puede encontrar en muchos países. ¿Es posible y aceptable que se les extienda el seguro a través de sus maridos? ¿Qué hacer entonces en el caso de la cohabitación "no legalizada"?

Una "simplificación" de esta compleja cuestión para evitar debates de principios y sentimientos acalorados no redundaría en beneficio de la causa. A pesar de la aprobación de la resolución, no se puede considerar que la cuestión del seguro de maternidad se haya tratado en su totalidad, y la socialdemocracia sin duda tendrá que volver a tratarla.

La propuesta danesa sobre el trabajo nocturno provocó un debate más apasionado. Esta resolución, introducida por iniciativa de las mujeres tipógrafas, señalaba que la legislación que prohibía el trabajo nocturno para las mujeres, pero lo permitía para los hombres, obstaculizando la lucha de la mujer trabajadora por ganarse la vida. Sólo con un enorme esfuerzo las mujeres logran acceder a empleos mejor pagados y a mejores condiciones de trabajo (en la imprenta, por ejemplo), y la prohibición del trabajo nocturno del petróleo para las mujeres las empuja de nuevo a las filas de los trabajadores no calificados, las expone una vez más a todas las tentaciones de la prostitución y a los horrores de la proximidad de la miseria. El trabajo nocturno debe ser abolido simultáneamente para hombres y mujeres, ya que es igualmente perjudicial para ambos...

La manera "demasiado simplificada" en que los delegados daneses presentaron la cuestión del trabajo nocturno significó que su resolución no pudo obtener apoyo. Por una mayoría de 13 votos a favor y 2 en contra (la votación fue por país), la resolución fue rechazada. Una demanda individual que satisfaga los intereses de una sola profesión específica (el trabajo nocturno en una profesión calificada se encuentra principalmente en la industria de la imprenta) no puede anular una demanda que corresponda a los intereses de la clase en su conjunto. Sin embargo, el conflicto que ha provocado esta cuestión indica la necesidad de un enfoque serio de la cuestión planteada por las delegaciones danesa y sueca, a saber, la equiparación simultánea de las condiciones de trabajo de hombres y mujeres.

La resolución presentada por la presidenta de la conferencia, Clara Zetkin, que expresa su simpatía por Finlandia, y otra resolución presentada por los ingleses, que recuerda a las mujeres su obligación de oponerse al chauvinismo y de criar a sus hijos

con un espíritu antimilitarista, fueron aprobadas sin debate y recibidas con calurosos aplausos[230].

La oficina central internacional de la mujer permaneció como antes en Stuttgart, y *Die Gleichheit* fue nuevamente reconocida como el órgano del movimiento socialista internacional.

Cualesquiera que hayan sido las deficiencias superficiales de la segunda conferencia socialista internacional, su trabajo tendrá sin duda una influencia importante y beneficiosa en el éxito ulterior del movimiento obrero. Hay muchas razones para esperar que el movimiento socialista de mujeres, que es una parte integral de todo el movimiento obrero, asuma dimensiones más grandes y aún más impresionantes antes de la próxima, la tercera conferencia. También demostrará clara e irrefutablemente que sólo el trabajo especial de propaganda entre las mujeres proletarias, el trabajo organizado dentro del partido sobre la base de la independencia técnica, puede complementar las filas de los trabajadores organizados con un "segundo ejército", el ejército de mujeres trabajadoras que luchan por la causa de los trabajadores comunes y por la emancipación integral de las mujeres.

Resumen

¿Qué es el movimiento socialista de mujeres y cuáles son sus objetivos y metas? ¿Cuáles son las formas que está tomando? ¿No es simplemente una rama del feminismo burgués, su "ala izquierda"? Y si no es así, ¿cómo se explica la existencia de periódicos y revistas de mujeres separadas, la convocatoria de reuniones, congresos y conferencias? ¿Por qué el movimiento no es absorbido por la poderosa corriente de todo el movimiento obrero?

Estas cuestiones, que inevitablemente surgen en relación con la conferencia internacional de mujeres socialistas en Copenhague en agosto de 1910, con frecuencia causan desconcierto incluso entre los socialistas, quienes, desafortunadamente, no están suficientemente familiarizados con la historia del movimiento de la clase obrera femenina en occidente.

La historia de este movimiento, sin embargo, es instructiva y hasta cierto punto proporciona la respuesta a tales preguntas.

Hoy en día es difícil que un socialista discuta abiertamente la importancia de la organización de las mujeres trabajadoras y la conveniencia de crear un amplio movimiento socialista de mujeres. Los socialistas ahora se enorgullecen del tamaño del "ejército de mujeres" y, al estimar las posibilidades de éxito en el proceso de la lucha de clases, tienen en cuenta esta nueva fuerza activa que aumenta rápidamente. Sin embargo, hubo un tiempo, y no hace mucho tiempo (unos 25 años) en el que nunca se había oído hablar de un movimiento socialista de mujeres en ningún país, aunque tuviera cientos de miles, millones de mujeres trabajadoras.

Cuando hace 14 años, durante el congreso internacional celebrado en Londres en 1896, 30 delegadas (de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Holanda, Bélgica y Polonia) organizaron su propia conferencia de mujeres, sólo un par de países (Alemania, Inglaterra) estaban haciendo sus primeros intentos de crear un movimiento socialista de

[230] Además de las resoluciones mencionadas anteriormente, la conferencia internacional de mujeres en Copenhague también decidió declarar el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, y marcarlo cada año como el día de la solidaridad internacional entre las mujeres proletarias en su lucha por la igualdad de derechos económicos y políticos. El primer Día Internacional de la Mujer se celebró en 1911 en Alemania, Austria, Suiza y Dinamarca bajo el lema "El derecho de voto de las trabajadoras para unir fuerzas en la lucha por el socialismo".

mujeres. Es cierto que las organizaciones de trabajadores de todos los países incluyeron a mujeres individuales en sus filas, pero, al entrar en las filas del partido y participar en la lucha sindical, la mayoría de estas mujeres renunciaron de antemano a su trabajo a favor de la parte más desfavorecida y legalmente desprotegida de la clase obrera: las mujeres trabajadoras. El partido no está haciendo prácticamente nada para elevar la conciencia de clase de las mujeres trabajadoras, para la emancipación de las mujeres como amas de casa y madres.

Esta fue la situación en Alemania hasta principios de la década de 1890, en Inglaterra y otros países hasta principios del siglo XX, y en Rusia hasta los levantamientos revolucionarios de 1905. En aquellos países donde las organizaciones de mujeres trabajadoras asumían principalmente una forma profesional (por ejemplo, Inglaterra y Estados Unidos), el trabajo se realizaba principalmente junto con las feministas burguesas y bajo su dirección directa; no se trataba de una lucha de clases.

La primera conferencia no oficial de delegadas socialistas femeninas celebrada en Londres en 1896 se centró principalmente en un examen de la relación entre el feminismo burgués y el movimiento proletario femenino. Se reconoció que era deseable distinguir entre el movimiento burgués de mujeres y el movimiento socialista de mujeres, y se hizo hincapié en la necesidad urgente de intensificar el trabajo de propaganda socialista entre las mujeres trabajadoras a fin de involucrarlas en la lucha de clases.

Han pasado once años desde entonces. El capitalismo ha continuado su exitoso progreso, desarrollándose plenamente y subordinándose a sí mismo no sólo a nuevas ramas de producción, sino también a nuevos países. El trabajo femenino se ha convertido en una fuerza social importante dentro de la economía nacional. Sin embargo, fueron precisamente las mujeres trabajadoras, fuera de cualquier organización, no vinculadas a sus camaradas de clase por ninguna obligación, dispersas y aisladas unas de otras, las que fueron en efecto rivales peligrosas y perjudiciales de la sección masculina de la clase obrera, socavando a menudo los éxitos que esta última había logrado mediante manifestaciones activas.

La cuestión de la organización de las mujeres trabajadoras y de las formas y medios de involucrarlas en el movimiento general se convirtió en una cuestión urgente e inmediata. A su manera, adaptándose a las condiciones de su país, las organizaciones de trabajadores de los diferentes países intentaron, cada una con sus propios métodos, resolver este problema. El resultado fue una escena variada y abigarrada. Las formas del movimiento proletario de mujeres variaban según las condiciones locales. Sin embargo, lo más importante es que el movimiento de las mujeres de la clase obrera ha sido llamado a existir.

Para 1907, el movimiento había asumido tal escala que fue posible convocar la primera conferencia internacional de mujeres en Stuttgart. Cuando los representantes de los distintos países revelaron lo que habían logrado en sus propios países, los resultados, si no impresionantes por sí mismos, fueron prometedores en cuanto a las posibilidades que se abrían para el futuro. Ahora surgió la cuestión de la formación de una oficina internacional de mujeres para coordinar las organizaciones socialistas de mujeres en diferentes países. La oficina se estableció en Stuttgart, y la revista *Die Gleichheit* fue reconocida como el órgano central del movimiento internacional.

La conferencia de Stuttgart tuvo una importancia decisiva para el movimiento socialista. Aseguró para el movimiento esa independencia que necesitaba para el éxito futuro de su trabajo. Quedó claro que el movimiento proletario de mujeres era una parte integral de todo el movimiento de la clase obrera. No obstante, la posición social y política específica de la mujer en la sociedad contemporánea requiere que se adopte un enfoque particular hacia la mujer, y plantea al partido una serie de objetivos especiales. Estos

objetivos, si bien forman parte de todo el movimiento obrero, si forman parte del objetivo común, afectan más estrechamente a los intereses específicos de las mujeres y, por lo tanto, son perseguidos más adecuadamente por las propias mujeres representantes de la clase obrera. Este punto de vista ha prevalecido, pero su elaboración ha requerido un gran esfuerzo por parte de las mujeres, y ha provocado un fuerte conflicto de pareceres.

El partido alemán fue el primero en llevar a cabo una labor de propaganda independiente entre el proletariado femenino; otros países siguieron gradualmente su ejemplo. Las semillas sembradas por los primeros partidarios del movimiento socialista de mujeres dirigido por *Clara Zetkin* ya están echando raíces.

En los últimos años se han hecho esfuerzos en todas partes para despertar la conciencia de las mujeres de la clase obrera mediante su incorporación al partido. En todas partes el movimiento está llevando a cabo un arduo trabajo para involucrar a las mujeres trabajadoras en la amplia corriente de todo el movimiento.... Los informes elaborados por diferentes países en la conferencia de mujeres de Copenhague son una prueba de esta incansable actividad.

¡Cuán diferente fue esta reunión de casi 100 representantes de la clase obrera de 17 países de los habituales congresos burgueses de sufragistas!

Después de dos días de trabajo entusiasta y animado, las delegadas de la segunda conferencia socialista de mujeres salieron de la sala de la hospitalaria Casa del Pueblo imbuidas de la firme creencia de que para la tercera conferencia internacional de mujeres socialistas[231] el "segundo ejército" de la clase obrera en cada país podrá engrosar sus filas con una nueva afluencia de fuerzas nuevas y activas de entre las mujeres de la clase obrera.

---

[231] Se había previsto convocar la tercera conferencia internacional de mujeres en Viena en 1914, pero esto se vio impedido por el estallido de la Primera Guerra Mundial. [Ver la declaración llamamiento a las mujeres trabajadoras del mundo entero y la resolución de la Tercera (Extraordinaria) Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en la serie Internacional de Mujeres Socialistas de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov. N. Alejandría Proletaria.]

Decreto sobre la protección de la infancia

(1918)[232]

En Rusia se perdían dos millones de vidas jóvenes debido al atraso del pueblo oprimido, a la indiferencia del estado de clase. Dos millones de dolientes madres saturaban anualmente la tierra rusa con lágrimas y cubrían con sus encallecidas manos las tumbas tempranas de las víctimas inocentes del horrible orden social. El pensamiento humano, que durante siglos ha buscado un camino, ha llegado por fin a la brillante época de las reformas obreras, que salvaguardarán la madre para el niño y el niño para la madre. Muestras brillantes de la moral capitalista (hogares para huérfanos saturados por encima de su capacidad, con una tasa de mortalidad colosal y una forma horrible de amamantar a los niños, que era un insulto a los sentimientos sagrados de una madre trabajadora indefensa y que hizo a la madre-ciudadana un aburrido animal lactante) todos estos horrores de pesadilla, afortunadamente se han hundido en la oscura niebla del pasado desde la victoria de los obreros y los campesinos. Para los niños ha llegado una mañana, brillante y pura.

Vosotras, mujeres obreras, madres ciudadanas trabajadoras, con vuestros corazones receptivos, (valientes constructoras de la nueva vida social, pedagogas ideales, médicas y enfermeras de niños) todas estáis llamadas por la nueva Rusia soviética a contribuir con vuestras mentes y sentimientos a la construcción de la gran estructura de bienestar social de las generaciones futuras. Todas las pequeñas y grandes instituciones del Comisariado de Bienestar Social que sirven a los niños; todas ellas y a partir del día de la publicación de este decreto, se estructuran en una organización estatal y se transforman bajo la supervisión del Departamento de Madres y Niños Protegidos, para crear una cadena inseparable junto con las instituciones para el cuidado de las mujeres embarazadas, con el propósito de criar ciudadanos fuertes mental y físicamente. El Hogar de Petrogrado con todas las ramas auxiliares, pasa a formar parte del “Palacio de la Protección de la Maternidad y la Infancia”, como uno de sus departamentos y se denomina “El Palacio de la Infancia”. El Hogar de Moscú pasa a formar parte del Instituto de la Maternidad de Moscú y se llama “Instituto de la Infancia de Moscú”.

Con el fin de precipitar la realización de las reformas necesarias para la protección de la infancia en Rusia, en el Departamento de Protección de la Maternidad y la Infancia se organiza un comité que estará compuesto por representantes del Sóviet de Diputados de Soldados, Obreros y Campesinos, de organizaciones obreras y de especialistas, interesados en la cuestión del bienestar social de la infancia. Los siguientes principios serán los principios rectores del comité:

1.- Salvaguardar a la madre para el niño: la mejor gota de leche para el niño es la leche del pecho de su madre.

2.- Criar al niño en un ambiente de familia socialista ampliamente desarrollada.

---

[232] *Decreto sobre la protección de la infancia*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “Decree: Child Welfare”, en Alexandra Kollontai Archive – MIA. “На страже детства” 14 января 1918 “Sobre la protección de la infancia” 14 de enero de 1918.

3.- Crear para el niño condiciones que le permitan desarrollar su fuerza física y mental y comprender mejor la vida.

Comisario del Pueblo: A. Kollontai.
Miembro del colegio, supervisor del Departamento para la Protección de la Maternidad y la Infancia: N. Korcleff.
Sección: Zvetkoff.
31 de enero de 1918



La lucha de las trabajadoras por sus derechos

(1919)[233]

Prólogo

Este folleto no es nuevo, es una reimpresión de mis artículos publicados antes de la guerra. Pero la cuestión de la organización planteada en el Congreso de Trabajadoras pone al orden del día de nuestro equipo de trabajo un medio de agitación entre la masa de mujeres trabajadoras para atraerlas al partido y, así, preparar nuevas fuerzas para los comunistas en Rusia.

Dado que sufrimos una cruel falta de material, este folleto puede ayudar a nuestras camaradas, que ahora participan en la organización de la Comisión de Agitación y Propaganda entre las Mujeres, ofreciéndoles acceso a la información sobre la historia del movimiento socialista de las mujeres trabajadoras, qué se ha hecho y cómo en el campo de la organización de las mujeres proletarias en otros países. La escasez de nuestra literatura política sobre este tema específico me obliga a aceptar la reedición apresurada de mis artículos anteriores, sin poderlos reelaborar. La guerra y la revolución mundial trajeron importantes cambios en el carácter y la forma de los movimientos obreros "comunistas"; el tipo ideal de partido alemán, adaptado exclusivamente a la acción parlamentaria pacífica, ha dejado de regir como modelo para nosotros. La lucha revolucionaria generó nuevos problemas, nuevos métodos de lucha y trabajo. La guerra y la revolución sacudieron lo que parecían ser los cimientos más estables de la vida. La posición de las mujeres también cambió ante nuestros ojos.

Hasta la guerra, el proceso por el cual las mujeres se establecían en la economía popular se había ejecutado a un ritmo mucho más lento de lo que lo ha hecho en los últimos cuatro años y medio de desarrollo y crecimiento febrilmente rápido de la fuerza de trabajo femenina en todos los campos de la vida industrial. La familia tradicional también parecía firme e inquebrantable, y el partido tenía que luchar contra su modo de vida y sus tradiciones siempre que obstaculizaban a la mujer trabajadora en la lucha de clases. El hecho de que las tareas domésticas estaban desapareciendo y se estaba produciendo la transición a la educación pública de los niños, este hecho hizo que los problemas prácticos y de la vida cotidiana no parecieran tan maduros hoy en día, sino que se convirtieran en una tendencia "histórica", en un proceso largo. Las expectativas de las trabajadoras se acentúan más en la esfera económica (desigualdad de salario entre hombres y mujeres) y en la esfera política (falta de derechos de voto y desigualdad en la ciudadanía).

Esta desigualdad, por razones políticas y económicas, así como el sometimiento de la mujer a su familia y al mantenimiento del hogar, ha creado una división psicológica entre el hombre y la mujer, y requiere el crecimiento de esas organizaciones independientes de trabajadores de ambos sexos que han surgido en todos los países junto

---

[233] *La lucha de las trabajadoras por sus derechos*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "Women Workers Struggle For Their Rights", en Alexandra Kollontai Archive – MIA. *Kak boryutsya rabotnitsy zo svoi prava*, Moscú, 1919, excepto para el prólogo que se tradujo y editó en esta serie, 2019, con versión al castellano de Ana Armand desde *Avant-propos à La lutte des travailleuses pour leurs droits,* en Alexandra Kollontaï–Les auteurs marxistes en langue française –MIA.

con los partidos socialistas, en forma de sociedades o sindicatos de trabajadores de ambos sexos, clubes, etc. Los partidos socialistas más activos se han dedicado a actividades de propaganda entre las mujeres trabajadoras [...].

Pero sólo un cambio radical en toda la existencia de la mujer trabajadora, en su hogar y en su vida familiar, así como la adquisición de un estatuto de igual con el hombre en el derecho civil, eliminará de una vez por todas las barreras que impiden a la mujer trabajadora mover sus fuerzas libremente en la lucha de clases.

La guerra ha impulsado una ruptura radical en la posición social de la mujer y la revolución debe realizar esa tarea. La guerra llevó a la "niñera" al frente; el 90% de las mujeres se vieron obligadas a mantenerse a sí mismas y a sus hijos. El problema se está agudizando: ¿qué hacer con los hijos de todos esos millones de mujeres que tuvieron que pasar la mayor parte del día preparando equipos militares (granadas, proyectiles y balas)? En este sentido debe de plantearse el interrogante y no como una cuestión teórica o algo deseable para un futuro lejano, es decir como una medida concreta: seguro del estado para la maternidad y la infancia. Los gobiernos de la clase capitalista se han visto obligados a preocuparse por la difícil situación de los hijos de los soldados y, a regañadientes y de mala gana, han creado una situación en la que el cuidado de los niños es responsabilidad del estado.

La partida a la guerra de los maridos y prometidos, el miedo de la mujer sobre el destino de su amado, favoreció naturalmente el aumento del número de niños nacidos fuera del matrimonio. Bajo la presión de la guerra, una vez más, el estado capitalista burgués se vio obligado a darse un golpe a sí mismo y dañar uno de sus derechos más sagrados (el de las prerrogativas del matrimonio legal). Ha obligado a sus soldados a establecer la igualdad ante la ley para las madres e hijos extramatrimoniales. Alemania, Francia e Inglaterra se vieron finalmente forzadas a este acto revolucionario.

La guerra no sólo perturbó la santidad y estabilidad del indisoluble matrimonio religioso, sino que también afectó a otro de los fundamentos de la familia tradicional. El aumento de los precios, las colas que agotan al ama de casa, los retrasos en la entrega de los suministros, todo esto llevó a una situación en la que las mujeres se apresuraron a prescindir del hogar doméstico, prefiriendo utilizar las instalaciones comunales.

La labor de demoler la esclavitud social de la mujer, como se llamaba entonces, se llevó a cabo a través de la gran revolución obrera. Las mujeres obreras y campesinas participaron en la gran lucha de liberación en igualdad de condiciones con los hombres. Las especializaciones destinadas al sexo femenino disminuyeron pues la estructura social se basaba en sus dos pilares, la propiedad privada y el gobierno de clase. El gran fuego de la insurrección del proletariado mundial llamó a las mujeres a dejar sus moldes de pasteles y entrar en la arena de las barricadas, en la lucha por la libertad. La mujer dejó de sentirse segura en su propia casa, junto a la cuna, cuando las balas silbaron en todo su alrededor y, oh sorpresa, escuchó el grito de los trabajadores en lucha: "¡A las armas, camaradas! ¡Todos aquellos que aprecian la libertad, que han aprendido a odiar las cadenas de la esclavitud y la privación de los derechos civiles! ¡Trabajadores, mujeres, junto a nosotros: a las armas!"

La revolución enseñó a las trabajadoras los grandes movimientos de masas, la lucha por la realización del comunismo. La revolución en Rusia logró la plena igualdad política y ciudadana para las mujeres. La revolución satisfizo las demandas de las mujeres trabajadoras de todos los países: igual salario por igual trabajo. La revolución hizo imposible que las mujeres dependieran de sus familias. La revolución también abolió las viejas formas de movimientos obreros marcados por la era del régimen parlamentario pacífico. Estamos separados del período de la Segunda Internacional no sólo por cuatro

años, sino también por todo un cambio en el campo de las relaciones sociales y económicas.

Y desde este punto de vista, la mayoría de los artículos publicados aquí están actualizados. Pero el tema principal no está actualizado. Todavía está muy vivo. El tema fundamental que he tratado de enhebrar a través de estos artículos es la necesidad de un trabajo específico dentro del proletariado femenino, distinto dentro del marco del partido, y la creación en el partido de algo específico (una comisión, un buró o un grupo) con este fin.

Por muy profundos que sean los cambios en la vida y la estructura económica de nuestro país provocados por la guerra y la revolución, por muy lejos que haya avanzado la Rusia soviética en el camino hacia el comunismo, todavía no se ha erradicado el legado del orden capitalista, las condiciones de vida, el modo de vida de la familia trabajadora, las tradiciones que mantienen cautivo el espíritu de la mujer, la servidumbre de las tareas domésticas: todos estos factores todavía no han desaparecido. Y en la medida en que siguen vigentes todos los factores que impidieron a las mujeres de la clase obrera participar activamente en el movimiento de liberación del proletariado antes de la guerra, en la medida en que hoy el partido debe tener en cuenta tanto el atraso político de las mujeres como la servidumbre de las mujeres trabajadoras hacia sus familias, en la medida de todo eso, es más urgente y necesario que nunca un trabajo intensivo en el seno del proletariado femenino, con la ayuda de una estructura del partido creada específicamente para este fin.

La creación de una comisión para la agitación y la propaganda entre las mujeres trabajadoras del centro y de las provincias acelerará sin duda este trabajo. Hubo un tiempo en que la idea de un trabajo especializado dentro del partido, que yo defendía ya en 1906, encontró oposición incluso entre mis propios camaradas. Pero ahora, después de las decisiones del Congreso de Mujeres Trabajadoras de toda Rusia, aprobadas por el partido, todo lo que queda es ponerlas en práctica. Nuestro partido no cuenta con un movimiento de mujeres, sindicatos independientes o sociedades de mujeres trabajadoras, pero nunca ha negado la eficacia de la división del trabajo dentro del partido y el establecimiento de sectores especializados para aumentar sus miembros o profundizar su influencia entre las masas.

En la actualidad, la Rusia soviética necesita muchas fuerzas nuevas tanto en la lucha contra el enemigo como en la construcción de la sociedad comunista. Construir y educar estas fuerzas de varios millones de mujeres trabajadoras: esas son las tareas de la Comisión del Partido para la Agitación y la Propaganda entre Mujeres.

Espero que este folleto pueda ofrecer algunos consejos a aquellas de mis camaradas que tengan la intención de dedicarse más particularmente al trabajo en el seno del proletariado femenino. Confío en que de él deriven la seguridad de que, al hacerse cargo de este difícil y a veces ingrato trabajo, no están sirviendo a la idea de una “especialización” de la mujer, de una empresa estrictamente femenina, sino a la tarea de construir un partido de los trabajadores del mundo entero, unido y fuerte, realización ante nuestros ojos del nuevo mundo del comunismo internacional.

1 de diciembre de 1918

El movimiento socialista de mujeres trabajadoras en diferentes países

Se podría pensar que no podría haber una noción más clara o mejor definida que la de un "movimiento socialista de mujeres". Pero mientras tanto, despierta tanta indignación y escuchamos tan a menudo las exclamaciones y preguntas: - ¿Qué es un movimiento de mujeres trabajadoras? ¿Cuáles son sus tareas, sus objetivos? ¿Por qué no puede fusionarse con el movimiento general de la clase obrera, por qué no puede disolverse en el movimiento general, ya que los socialdemócratas niegan la existencia de una cuestión independiente de la mujer? ¿No es una reliquia del feminismo burgués?

Preguntas como estas se hacen no sólo en Rusia. Se repiten en casi todos los países, se pueden escuchar en todos los idiomas. Pero lo más curioso de todo es que es donde el movimiento de mujeres trabajadoras está menos desarrollado, donde las mujeres trabajadoras organizadas son menos numerosas en el partido y en los sindicatos, donde se escuchan con mayor fuerza y seguridad las voces de aquellos que niegan la necesidad de un trabajo entre las mujeres proletarias técnicamente separado del resto. Y, de esta forma simplista, cortan todo el nudo gordiano enmarañado del problema de la mujer y la cuestión social en general.

El movimiento de mujeres trabajadoras literalmente surgió del vientre de la realidad capitalista. Pero durante mucho tiempo avanzó a tientas, buscando con vacilaciones el camino para la elección de sus métodos. El movimiento de las mujeres trabajadoras adquiere formas extremadamente variadas y abigarradas. Estas formas varían de un país a otro y se adaptan a las condiciones del lugar, en particular, y al carácter del movimiento obrero. Pero poco a poco, sobre todo en los países donde la socialdemocracia ha sido fuerte, han surgido aparatos partidistas definidos al servicio del movimiento socialista femenino.

Hoy en día sería difícil encontrar un socialista que discuta la necesidad de una amplia organización del proletariado femenino. Los socialdemócratas de todos los países se enorgullecen de las cifras de su "ejército femenino" y, al sopesar las posibilidades de éxito en la lucha de clases, tienen en cuenta esta fuerza en rápido crecimiento. Por consiguiente, si hay desacuerdo no se trata de la esencia de la cuestión, sino simplemente de los métodos y medios de agitación y trabajo entre la mitad femenina de la clase obrera. Sin embargo, en todos los países, la victoria vital de este argumento recae en los defensores del modo de trabajo alemán: la fusión de las mitades masculina y femenina de la clase obrera en la organización del partido, conservando al mismo tiempo la *separación y la autonomía* de la agitación entre las mujeres de la clase obrera.

El movimiento socialista femenino es todavía muy joven: sólo existe desde hace unos veinte años.

Es cierto que antes, las organizaciones de trabajadores, los sindicatos y los partidos contaban con mujeres entre sus miembros. Pero una vez que se habían hecho miembros de un partido o de una organización sindical, las trabajadoras no defendían los ámbitos que más afectan a las mujeres. Esta fue la situación en Alemania hasta mediados de los años veinte, en Inglaterra hasta el siglo XX y en Rusia hasta la revolución de 1905. La exploración de los problemas que afectaban a las trabajadoras como mujeres y la defensa de sus intereses como madres y amas de casa se abandonó sin lucha en manos de las feministas del campo burgués.

La mitad de los noventa puede considerarse un punto de inflexión. En el Congreso del Partido Socialdemócrata en Gotha en 1896, y por insistencia de Clara Zetkin, se sentaron las bases para un trabajo especial de agitación separado y autónomo entre las

mujeres[234]. Ese mismo año, en el Congreso Socialista Internacional de Londres tuvo lugar la primera reunión privada de treinta mujeres socialistas, delegadas en el Congreso Internacional de Inglaterra, Alemania, Norteamérica, Holanda, Bélgica y Polonia. Esta conferencia marcó el comienzo de un modesto intento de dar vida a un movimiento socialista de mujeres también en otros países.

Esta reunión privada se dedicó sobre todo a examinar la cuestión de la relación entre el feminismo burgués y el movimiento feminista socialista. Reconoció la necesidad de establecer una clara distinción entre ellos y señaló la conveniencia de una agitación socialista especial entre las mujeres trabajadoras con el fin de atraerlas a las filas del partido de la clase general.

Han pasado dos décadas desde la época de esa primera reunión internacional de mujeres socialistas. Durante esos años el capitalismo ha logrado someter a su dominio no sólo a nuevas ramas de la industria sino también a nuevos países. La mano de obra femenina en la industria se ha ido afianzando cada año más, adquiriendo una considerable importancia social en la vida de la economía popular. Pero como carecían de unidad entre ellas, no participaban en las organizaciones y no estaban vinculadas por obligaciones con sus colegas masculinos, las trabajadoras se presentaban, en efecto, como rivales peligrosos que socavaban el progreso de la lucha organizada de los trabajadores. En esos años la organización de las trabajadoras se convirtió en una cuestión urgente y vital. Pero al abordar el problema de la organización de la mitad femenina del proletariado y al adaptarse a las condiciones de la realidad social circundante, cada país resolvió el problema a su manera.

Esto explica la variedad de métodos de organización. Las trabajadoras se unieron a sindicatos generales mixtos, se organizaron en sindicatos femeninos separados, fundaron sus clubes y sociedades de autoeducación o, por último, formaron un colectivo especial de mujeres dentro del partido, que asumió la responsabilidad de la labor de agitación y organización entre las mujeres. Este último tipo de trabajo es el que ofrece la forma más conveniente y eficaz de implicar a las trabajadoras en la lucha de clases. No se puede dejar de señalar que también los sindicatos se convencieron finalmente del buen sentido, incluso por razones puramente económicas, de formar sus propios "comités de agitación femenina" para llevar a cabo el trabajo entre las trabajadoras. Así, por ejemplo, a partir de 1895 la Comisión General de Sindicatos Alemanes incluyó una comisión central para el trabajo de agitación entre las mujeres.

En 1907 el movimiento de las mujeres trabajadoras ya había adquirido tales dimensiones que fue posible convocar la primera Conferencia Internacional de Mujeres en Stuttgart en relación con el Congreso Internacional Socialista general. Las mujeres socialistas no sólo intercambiaron información sobre lo que habían logrado en sus propios países, sino que resolvieron seguir trabajando en la misma línea, para promover por todos los medios posibles el futuro crecimiento y desarrollo del movimiento de mujeres trabajadoras. Tras cierto desacuerdo, aceptaron una moción presentada por las socialistas alemanas relativa a la creación de una Oficina Internacional de la Mujer separada, que reforzaría los vínculos entre las organizaciones de mujeres trabajadoras de todos los países.

El órgano central del movimiento internacional de mujeres trabajadoras reconoció al periódico *Gleichheit* (Igualdad) publicado por el partido alemán.

La Conferencia de Stuttgart consolidó esa parte de la independencia que era necesaria para un trabajo más fructífero entre las mujeres proletarias. Se puso de manifiesto que, aunque el movimiento femenino proletario es una parte inseparable del

[234] Ver en este mismo sello, en su serie Clara Zetkin, escritos: Resolución sobre la agitación entre las mujeres (Congreso SPD Gotha 1896).

movimiento obrero general, tiene, sin embargo, ciertas características originales propias, debido a las condiciones particulares de existencia de la mujer trabajadora y a la posición social y política particular de la mujer en la sociedad moderna. Aunque los objetivos de la agitación dirigida específicamente a la mujer corresponden a los del movimiento obrero en general y aunque constituyen una parte de un objetivo general, sin embargo, al estar más directamente relacionados con los intereses de la mujer, la mejor manera de alcanzarlos es a través de la iniciativa de las representantes femeninas de la clase obrera.

Aunque los socialistas admiten que la cuestión de la mujer forma parte integrante del problema social total de nuestra época, aunque sostienen que la mujer trabajadora es ante todo miembro de una clase mantenida en la servidumbre y privada de derechos civiles, y que, al luchar por su propia liberación, debe ante todo luchar por la liberación de toda su clase, también conceden, junto a este principio básico, otra propuesta adicional. La mujer trabajadora no sólo es miembro de la clase obrera, sino que al mismo tiempo es representante de toda una mitad de la raza humana. A diferencia de las feministas, los socialistas, que reivindican la igualdad de derechos de la mujer en el estado y en la sociedad, no cierran los ojos ante el hecho de que las responsabilidades de la mujer hacia la sociedad colectiva social siempre serán algo diferentes a las de los hombres. La mujer no sólo es una trabajadora independiente y ciudadana, sino también una madre, una portadora de futuro. Esto da lugar a toda una serie de demandas especiales, en ámbitos como la protección laboral de la mujer, la seguridad para la maternidad y la primera infancia, la ayuda a los problemas de la crianza de los hijos, las reformas en el ámbito del hogar, etc. Aunque los intereses de la clase obrera en su conjunto están ligados a la consecución de la igualdad política de las trabajadoras, su falta real de derechos, sin embargo, incluso en los países en los que los trabajadores varones poseen derechos políticos, impone a las mujeres condiciones especialmente desagradables. La unión en un colectivo especial ofrece a las trabajadoras la oportunidad de influir en sus camaradas dentro del partido, de inspirarlas e impulsarlas a la lucha por los derechos políticos de las mujeres de la clase obrera, ganando para las mujeres los derechos que aquellos camaradas mismos poseen.

Además, en la mayoría de los países la mujer trabajadora se encuentra, tanto en la sociedad como en el estado, en una posición exclusivamente desamparada. La mujer trabajadora es paria incluso entre los modernos esclavos del capital, y esta proscripción de la mujer da lugar a una desigualdad en las condiciones de vida entre el hombre y la mujer incluso en la propia clase obrera. Ya sea en la política, en la familia, en las relaciones entre los sexos (prostitución, doble moral), o en la situación laboral, a la mujer se le asigna siempre un “segundo lugar”, su falta de derechos es subrayada por su propia vida.

Es natural que incluso la psicología de una mujer, bajo la influencia de la esclavitud de un siglo, sea diferente a la de un hombre de la clase obrera. El hombre trabajador es más independiente, más decidido y tiene más sentimiento de solidaridad; su horizonte es más amplio porque no está confinado en el marco de relaciones familiares estrechas; le es más fácil tomar conciencia de sus intereses y relacionarlos con los problemas de clase. Pero para que una obrera alcance la madurez de los puntos de vista de un obrero medio, se ha de producir una ruptura total con la tradición, los conceptos, la moral y las costumbres que forman parte de ella desde la cuna. Estas tradiciones y costumbres, que intentan retener y aferrarse a un tipo de mujer producido por las etapas pasadas de desarrollo económico, se convierten en obstáculos casi insuperables en el camino de la conciencia de clase de la mujer trabajadora. De ello se deduce claramente que sólo se puede despertar el cerebro dormido de la mujer y dar vida a su voluntad

mediante un enfoque especial, sólo mediante el uso de métodos especializados de trabajo entre las mujeres.

La peculiaridad de estos métodos consiste en que, sin romper los vínculos generales entre el movimiento obrero general y el femenino, al soldar ambas alas en una sola en el proceso de lucha, reuniéndolas bajo la bandera de las tareas y reivindicaciones de la clase en general, proporcionan, sin embargo, una estructura separada para la agitación específicamente diseñada para atender a las mujeres de la clase obrera. La separación tiene un doble objetivo: por un lado, estos colectivos intrapartidarios (comisiones, oficinas de la mujer obrera, etc.) deben realizar un trabajo de agitación especial adaptado al nivel de los interrogantes que las mujeres quieren que se les responda; su tarea consiste en reclutar miembros entre la masa de mujeres con un bajo nivel de conciencia para educar la conciencia de las mujeres obreras, elevarlas al nivel del resto de los miembros del partido, para llevar a las mujeres a la arena de la lucha revolucionaria. Por otra parte, estos colectivos ofrecen a las trabajadoras la posibilidad de plantear y defender de forma práctica los intereses que más afectan a las mujeres: la maternidad, la protección de los niños, el salario fijado para el trabajo infantil y femenino, la lucha contra la prostitución, reformas en el trabajo doméstico y así sucesivamente.

De ello se desprende que la formación de grupos de mujeres trabajadoras en el seno del partido, por una parte, aligera la tarea de atraer al movimiento a las amplias masas de mujeres menos conscientes, aquellas con las que hay que hablar un idioma distinto al de los hombres, y, por otra parte, es una oportunidad para concentrar la atención del partido en las exigencias especiales del proletariado femenino.

Esta fue la conclusión a la que los camaradas occidentales llegaron gradualmente. Esta forma de trabajar con las mujeres ha sido adoptada por casi todos los partidos. En Austria a partir de 1908, en Inglaterra a partir de 1906, en Estados Unidos a partir de 1908, en los países escandinavos, en Bélgica y Holanda, a partir de principios del siglo XX, en Suiza, en Finlandia y en Francia, existen por todas partes colectivos especiales de mujeres socialistas que llevan a cabo un intenso trabajo entre las obreras y centran la atención del partido obrero en la parte del programa socialista que más afecta a los intereses de las mujeres de la clase obrera.

Gracias a esta forma de trabajar, el movimiento de mujeres trabajadoras está creciendo tanto en profundidad como en amplitud. El número de mujeres trabajadoras organizadas crece cada año, de hecho, incluso crece relativamente más rápido que el número de hombres que se han reincorporado al movimiento. En Alemania, por ejemplo, en 1907 el partido apenas contaba con 10.500 trabajadoras, en 1908 ya había 29.458, en 1909, 62.259, en 1910, 82.846, en 1911, 107.000, en 1912, 130.000 y en 1913, 150.000. Es decir, en seis años el número de mujeres en el partido se ha multiplicado por quince, y el número de hombres ni siquiera se ha duplicado. En 1907 había alrededor de 600.000 en el partido, y en 1913 830.000.

Hace muy poco tiempo, en la primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Stuttgart, en 1907, el ejército organizado de mujeres trabajadoras se expresó en cifras tan modestas que la mayoría de los países ni siquiera lo citaron.

En ese momento Inglaterra ocupaba el primer lugar en número organizado, con sus 15.0000 trabajadoras como miembros de sindicatos. Entonces en Alemania los sindicatos contaban con 120.000. En Austria los sindicatos contaban con unas 42.000 trabajadoras; en Hungría con unas 15.000. En el partido, la tasa de organización de las mujeres era considerablemente menor. En este sentido, el país que podía enorgullecerse del mayor número de socialdemócratas era la pequeña Finlandia, que había logrado incorporar al movimiento a más de 18.000 trabajadoras.

Una imagen diferente y más alegre fue la que dieron los relatos presentados por los delegados en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Copenhague, en agosto de 1910.

Sólo habían pasado tres años desde la primera conferencia de mujeres, pero ¡qué crecimiento había conocido el ejército de mujeres trabajadoras que ahora participaban activamente en el movimiento! En Inglaterra el número de mujeres trabajadoras organizadas en sindicatos ya había superado la cifra de 200.000; en Alemania, había 131.000 mujeres trabajadoras en sindicatos y 82.645 eran miembros del partido; en Austria el partido ya contaba con unas 7.000 mujeres miembros. Otros países también mostraron un progreso considerable en el movimiento.

Como prueba del nivel de organización de las obreras ofrecemos los siguientes datos de los últimos años antes de la guerra;

Inglaterra, 1911, sindicatos	292.868
Inglaterra, 1911, en Liga Laborista de Mujeres	5.000
Alemania, 1910, sindicatos	161.512
Alemania, 1913, Partido Socialdemócrata	150.0001
Austria, 1911, sindicatos	47.901
Austria, 1910, Partido Socialdemócrata	19.000
Francia, 1908, sindicatos	88.906
Italia, 1908, sindicatos	41.000
Italia, 1908, Partido Socialista	10.711
Holanda, 1910, sindicatos	44.000
Holanda, partido	2.943
Suiza, 1910, Partido Socialdemócrata	1.000
Finlandia, 1910, Partido Socialdemócrata	17.000
Noruega, 1909, sindicatos	3.000
Noruega, 1909, partido	1.500

No hay información aquí sobre varios países: Bélgica, España, Dinamarca, Suecia. Además, gran parte de la información que se da aquí está desactualizada, ya que el movimiento de mujeres trabajadoras ha progresado rápidamente en los últimos años. Por esta razón se puede afirmar sin exagerar que sólo en Europa el número de obreras organizadas supera el millón.

La base de estos éxitos organizativos es, sin duda, un factor económico objetivo; el rápido crecimiento de la mano de obra industrial femenina, que es particularmente notable en países con una economía capitalista relativamente joven e intensiva. Pero, junto a este factor objetivo, también han desempeñado un papel importante la influencia activa y consciente del partido entre las masas femeninas y el trabajo especializado y sistemático que, sobre todo en los años anteriores a la guerra, llevaron a cabo con energía y consideración las organizaciones del partido de todos los países.

Para tener una idea más completa de los métodos de agitación del movimiento socialista de mujeres debemos examinar la historia de este movimiento con algo más de detalle. En este caso Alemania es el país más característico; con pequeñas variaciones, los otros repiten la experiencia del movimiento socialista alemán y toman prestado de él el modelo básico para su trabajo entre las mujeres proletarias.

Si ya a principios del siglo XIX Inglaterra fue la cuna de movimientos sindicales de trabajadoras (las tejedoras de Lancashire se unieron al sindicato de tejedores ya en 1824), si en los años setenta, por iniciativa de Patterson, se hizo un primer intento de unir

los distintos sindicatos de mujeres en la “Liga para la Protección del Trabajo de la Mujer” (más tarde la “Liga de Sindicatos de Mujeres-Liga de Sindicatos Comerciales”) y.., de esta manera, vincular y concentrar el movimiento, si las trabajadoras inglesas fueron las primeras en marchar a la defensa de sus intereses económicos conculcados, sin embargo fue la socialdemocracia alemana la que llevó a su seno el movimiento político partidista de las trabajadoras.

Por muy significativos que fueran los éxitos de la organización sindical de las obreras en Inglaterra, este movimiento tenía un carácter estrictamente económico. Sobre las tareas sociales generales de la liberación de la mujer, sobre los intereses vitales de las obreras como mujeres, como madres, no hubo discusión ni en los sindicatos mixtos con mujeres ni en aquellos de organización por separado. No sólo en Inglaterra, sino también en otros países (en Alemania, Francia, Norteamérica) las obreras participaban en el movimiento sindical sólo para obtener ganancias prácticas muy inmediatas en el campo del trabajo. Todas las cuestiones sociales generales, que afectan a los intereses de las mujeres, fueron discutidas y planteadas sólo por el creciente movimiento de mujeres. Las feministas, por su parte, modificaron las reivindicaciones de las obreras y las presentaron al mundo de forma distorsionada, bajo la apariencia de fórmulas desnudas y sin vida de igualdad absoluta de derechos entre hombres y mujeres en todos los campos de la vida y en todos los ámbitos. Y todavía hoy el movimiento de mujeres trabajadoras en Inglaterra acarrea con la impronta de esta dualidad: mientras que en el terreno económico la obrera, como camarada consciente, lucha por los intereses de su clase, en la esfera de los ideales sociales y políticos la mujer trabajadora menos consciente sigue colgada de las faldas de las sufragistas y está dispuesta a defender el principio de la igualdad de la mujer, aunque sea en detrimento de sus intereses de clase.

El movimiento de mujeres trabajadoras en Alemania era de un carácter completamente diferente. Es cierto que en los años sesenta y setenta [siglo XIX] la organización de las obreras se concentró también, principalmente, en los sindicatos, pero el rápido aumento de la mano de obra femenina, con la aceleración del desarrollo capitalista en Alemania, obligó al joven Partido Socialista Alemán a adoptar una posición definitiva en relación con la cuestión de la mujer.

Dos puntos de vista estaban en conflicto dentro de las organizaciones obreras: algunos consideraban el trabajo profesional de la mujer como una desviación anormal del “orden social natural”, y confiaban en forzar a la mujer a volver a la casa por medio de leyes coercitivas: otros aceptaban este fenómeno como una etapa inevitable, que llevaba a la mujer a su liberación final de sus capacidades, tanto como vendedora de su [fuerza de] trabajo como de mujer.

En este contexto, un papel decisivo jugó el libro de Bebel, *La mujer y el socialismo*, que se publicó por primera vez en 1879. Este libro arrojó una brillante luz sobre el complicado problema de la mujer, y abrió nuevos horizontes a los socialdemócratas. Estableció un estrecho vínculo entre la cuestión de la mujer y el objetivo de clase general de los obreros, pero al mismo tiempo también llamó la atención sobre las necesidades y reivindicaciones peculiares de la mujer, las cosas distintivas que caracterizan a la mujer como representante de su sexo. Este reconocimiento de la posición especial de la mujer en la sociedad moderna hizo necesario, sin atentar contra la unidad del partido, delinear una cierta área de trabajo con las mujeres proletarias.

Los primeros intentos de dar vida a las organizaciones femeninas socialistas en Alemania tuvieron lugar a mediados de los ochenta[235]. Por iniciativa de una exfeminista, que se había pasado a los socialdemócratas, Guillaume-Schack, se crearon en Berlín

[235] Remitimos al lector también al texto de Clara Zetkin “Contribución a la historia del movimiento proletario femenino alemán” editado en este mismo sello en su serie Clara Zetkin, escritos.

sociedades de autoeducación o clubes de mujeres trabajadoras. Pero los años ochenta en Alemania fueron un período oscuro en el que estaba en vigor una ley que discriminaba a los socialistas. Los poderes policiales destruyeron sin piedad estas organizaciones inocentes, cuya creación había costado tantos esfuerzos. El decreto especial de 1887 borró finalmente de la faz de la tierra los primeros comienzos de las sociedades socialistas femeninas.

Con la derrota de la ley contra los socialistas, el movimiento obrero en Alemania se levantó y asentó sus piernas inmediatamente sobre terreno firme; el movimiento de las mujeres trabajadoras también se reactivó. Los sindicatos no sólo dieron acceso a las mujeres, sino que eligieron a una mujer como su presidenta para la Comisión General de Sindicatos. El Partido Socialdemócrata, por su parte, en el Congreso de Erfurt decidió adoptar una posición totalmente definitiva con respecto a la cuestión de la mujer. En los dos programas socialistas anteriores, el de Erfurt y el de Gotha, la actitud del partido respecto a la cuestión de la mujer estaba todavía mal definida. Las reivindicaciones que afectaban a las mujeres se limitaban a los deseos generales de protección del trabajo femenino y al reconocimiento de plenos derechos políticos para los adultos, sin destacar, sin embargo, que esta última reivindicación se aplicaba también a las mujeres.

El programa de Erfurt de 1891 no sólo hace hincapié en la demanda de derechos políticos para todos los ciudadanos sin distinción de sexo, sino que en el punto cinco expresa una demanda particular, en interés de las mujeres: “5.-Abolición de todas las leyes que, desde el punto de vista del derecho público y privado, sitúan a la mujer en una posición de inferioridad con respecto al hombre”[236]. Esta fue una admisión importante. El partido socialdemócrata asumió así la defensa de los intereses de las mujeres de la clase obrera, en el sentido más amplio de la palabra. Ya no se trataba sólo de mejorar las condiciones de trabajo de la mujer, sino también de su liberación como ciudadana, como persona.

Consecuente con este nuevo objetivo, era necesario que el partido modificara las reglas del partido, para dejar abierto un lugar para las mujeres en las tareas del partido. Ya se había aprobado una resolución en el Congreso de Halle, en 1890, relativa a las mujeres presidentas de los congresos, que permitía que estas mujeres presidentas fueran elegidas en reuniones especiales de mujeres. Sin embargo, en el Congreso de Berlín de 1892, las propias mujeres socialistas se opusieron a esta resolución y, argumentando que “las mujeres exigen igualdad, no privilegio”, insistieron en que se recordara la decisión. Un caso típico, que demuestra la forma en que el principio de “igualdad de derechos” de las feministas de la “igualdad de derechos” influyó incluso en las mujeres socialistas en ese período de formación del movimiento de mujeres trabajadoras. Sin embargo, ya en el congreso de 1894, por insistencia de Zetkin, Auer, Singer y otros, se presentó de nuevo la resolución. “La experiencia ha demostrado,” dijo Zetkin, “que fue un error rechazar esta resolución. El hecho es que las mujeres no tienen derechos y con toda la voluntad del mundo no pueden participar en la organización general del partido. Pero aparte de eso, entre las masas, las mujeres están considerablemente más atrasadas que los hombres, en las asambleas generales no pueden defenderse por sí mismas, y esto lleva a la insatisfacción y al desconcierto.” De las Actas del Congreso del Partido en Frankfurt am Main, 1894, p.174.

En el Congreso de Berlín, la organización femenina de Berlín introdujo una enmienda por la que el título, “Delegado De confianza Masculino”[237], sea sustituido

---

[236] *Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata de Alemania*, Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales – Edicions Internacionals Sedov, página 2 formato pdf.

[237] *Vertrauensmänner*: ‘hombres de confianza’, delegados, en los estatutos del partido aprobados Congreso de Halle, celebrado del 12 al 18 de octubre de 1890. Ver: *Estatutos del Partido Socialdemócrata de*

simplemente por "Delegado De confianza", lo que daría a las mujeres acceso a este puesto [Véanse las Actas del congreso del partido en Berlín, 1894, pág. 145]. Otra organización de mujeres, de Mannheim, pidió que se ampliara el trabajo de agitación entre las mujeres. Pero el paso más decisivo, en cuanto al método elegido por el partido para el trabajo con las obreras, se dio en el Congreso de Gotha en 1896. La pregunta de Clara Zetkin sobre la agitación entre las obreras sentó las bases para un trabajo especializado y técnicamente separado del partido entre las mujeres. Trazando una línea divisoria entre las concepciones de la igualdad sostenidas por el campo burgués y por las mujeres socialistas, Zetkin insistió, sin embargo, en su resolución de redacción clásica, en que la agitación entre las mujeres debía concentrarse, más allá de los objetivos generales del Partido, en toda una serie de "cuestiones femeninas" puras: protección en el trabajo, seguro de parto, seguridad para los niños, educación de los niños, educación política de las mujeres, igualdad política de las mujeres, etc. En la resolución se sugería que empezaran a publicar literatura, folletos y prospectos especialmente para las mujeres. Además de esta histórica resolución, que configuró las relaciones del partido con el movimiento de las trabajadoras y sus problemas, en el mismo congreso se aprobaron otras tres resoluciones, cada una de las cuales complementaba a las demás; y que sin duda definieron el nuevo rumbo del partido en materia de organización de las trabajadoras.

En la resolución del grupo de Berlín se sugería intensificar el trabajo de agitación con las mujeres para atraerlas a los sindicatos, en vistas de que la ley prohibía a las mujeres entrar en el partido abiertamente. La segunda propuesta se refería al ámbito organizativo: insistía en la introducción de puestos especiales de "delegados de confianza femeninos" en el partido, que se encargarían de realizar un trabajo de agitación sistemático entre las mujeres para elevar su conciencia de clase y atraerlas al partido. La tercera resolución proponía que se celebraran inmediatamente varias reuniones de mujeres para elegir a las delegadas de confianza femeninas.

El Congreso de Gotha inauguró oficialmente el trabajo intrapartidista para la organización de las mujeres, y la agitación sistematizada centre el proletariado femenino.

La línea de trabajo proyectada se desarrolló con firmeza. Los congresos posteriores sólo introdujeron modificaciones parciales en el tema de la organización de las mujeres trabajadoras y el trabajo de agitación entre ellas; en términos generales el partido mantuvo el plan de trabajo tal como se había esbozado en Gotha. Es cierto que un obstáculo insuperable se interpuso en el desarrollo del movimiento socialista femenino en Alemania: la ley que prohibía la entrada abierta de mujeres en el partido. En lugares donde no había una ley local que impidiera a las mujeres participar en los movimientos generales, por ejemplo, en Baden, Wurtemberg, Sajonia, Hessen, algunos pequeños estados y ciudades libres (Bremen, Lubeck, Hamburgo) las obreras se unieron abiertamente al partido. En otros lugares se unieron bajo la bandera de las "sociedades para la autoeducación de las obreras" o se reunieron alrededor de un "delegado de confianza" en grupos libres y desestructurados. Sin embargo, gracias al sistema de "delegados de confianza", a la presidencia especial de las mujeres en los congresos y a la existencia del periódico femenino *Gleichheit* (Igualdad), el movimiento socialista femenino, aunque se desarrolló en parte fuera de los límites del partido, estuvo estrechamente vinculado al movimiento general y siempre permaneció bajo la influencia de los socialdemócratas.

La revisión de las reglas del partido en Maguncia en 1900, en la que el sistema de "delegados de confianza" masculinos fue sustituido por comités locales, no condujo a ninguna alteración en el sistema de organización del proletariado femenino. En el

---

Alemania (Halle, del 12 al 18 de octubre de 1890). Organización del Partido, en Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales – Edicions Internacionals Sedov.

Congreso de 1902 en Múnich se presentó una resolución que dejaba en vigor los "delegados de confianza femeninos" especiales, a los que se confió la labor de organización de las obreras y la realización de un trabajo de agitación socialista con ellas. También en el Congreso de Maguncia se confirmó el puesto de "delegado de confianza femenino central" para toda Alemania. El movimiento había logrado crecer tanto en fuerza desde la época de la Conferencia de Gotha que ya en 1900 se pudo celebrar en Maguncia la primera Conferencia de Mujeres Socialistas Alemanas. Desde entonces estas conferencias se han celebrado periódicamente en Alemania cada dos años: en Maguncia 1900, en Múnich 1902, en Bremen 1904, en Mannheim 1906, en Nuremberg 1908 y en Jena 1911. Las conferencias de mujeres trabajadoras surgieron como una respuesta natural a las crecientes demandas que sus vidas requerían. La cuestión del derecho de voto de las mujeres en el Reichstag y en los Landtag locales no podía ser aplazada por más tiempo, ni tampoco el complicado problema de la maternidad. También se plantearon las cuestiones de la educación preescolar de los niños, de la protección del trabajo de los niños y las mujeres, las reformas de las escuelas, las reformas de las tareas domésticas, las organizaciones de los empleados domésticos, las tarifas establecidas para el trabajo de los empleados domésticos, la seguridad de las madres lactantes y los bebés, la lucha contra la mortalidad infantil, etc.

Todas estas cuestiones involucraban a las obreras muy de cerca; se derivaban directamente de sus vidas y dieron lugar a nuevas reivindicaciones. Las conferencias de mujeres socialistas examinaron, discutieron y elaboraron estas reivindicaciones, y de esta manera obligaron al partido también a pensar y examinar con mayor cuidado las necesidades y aspiraciones especiales de las obreras. De este modo, las conferencias de mujeres se convirtieron en una especie de comisiones especiales que prepararon materiales para los congresos generales obreros sobre *cuestiones especiales que eran relevantes para las mujeres.* El resultado fue una especie de división del trabajo en el seno del partido, de la que el movimiento general sin duda sacó mucho provecho.

Es habitual considerar que la separación del movimiento socialista de mujeres en Alemania se debe exclusivamente a tácticas políticas y a la existencia de la ley que prohíbe a las mujeres afiliarse a organizaciones políticas. Esta idea es errónea. Es cierto que en su momento la ley sobre sindicatos y organizaciones obligó al movimiento socialista de mujeres a refugiarse en "sociedades para la autoeducación de las obreras" extrapartidarias. Pero más tarde, cuando el número de mujeres trabajadoras con conciencia política había aumentado, el partido encontró un medio de eludir la vigilancia de la ley y, en la medida en que la unidad del movimiento lo requería, lo hizo. Las mujeres se unieron a organizaciones en calidad de "donantes voluntarios" del partido, y luego estas donaciones se repitieron periódicamente, sirviendo como cuota de afiliación. Sin embargo, se mantuvo en vigor el sistema de "delegados de confianza femeninos", reuniones especiales de mujeres, una oficina separada de mujeres con su propio órgano, *Gleichheit,* conferencias de mujeres y así sucesivamente.

Finalmente, cuando en 1908 la ley prusiana sobre sindicatos y organizaciones dejó de funcionar, y las obreras pudieron así participar en el movimiento político de los socialdemócratas, nada se interpuso en el camino de la abolición del trabajo especial entre las mujeres. Pero, ¿qué hizo el partido? ¿Renunció a sus anteriores métodos de trabajo con las mujeres del proletariado?

Al contrario. En el Congreso de Nuremberg de 1908, tras una revisión radical de las reglas del partido, se permitió que el movimiento socialista femenino tuviera la mayor autonomía técnica posible sin dañar la unidad del movimiento de clase.

El partido consideró que era el deber de las obreras entrar en el partido como miembros iguales, pero estableció una cuota de afiliación más baja para las mujeres ya

que recibían un salario más bajo por su trabajo. Y aunque se derogó el sistema de delegados de confianza femeninos, las reglas del partido exigían que en cada comité hubiera una representación especial de mujeres trabajadoras, dependiendo del número de mujeres miembros en un distrito determinado. En cualquier caso, debía haber al menos una persona en el comité, elegida por las mujeres, que se encargaría del trabajo de agitación y de la organización entre las obreras. En el comité central del partido también había una representación especial para las mujeres trabajadoras. La Oficina de la Mujer del partido no fue abolida, el periódico de las trabajadoras, *Gleichheit*, no sólo siguió publicándose, sino que junto a este órgano central de las obreras creció toda una gama de publicaciones locales o sindicales, dedicadas a los intereses y reivindicaciones de las trabajadoras. Los reglamentos del partido también dejaron en vigor las reuniones separadas para las obreras (cursos, veladas de debate), y también, cuando eran necesarias, las "sociedades para la autoeducación" y, por último, las conferencias separadas para mujeres.

De esta manera, los cambios en la ley sobre sindicatos y organizaciones no cambiaron el tipo y el carácter del trabajo del partido en Alemania. Por el contrario, la "división del trabajo" en el partido con respecto al trabajo de agitación entre las mujeres, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, dejó un mayor margen para el desarrollo y el esclarecimiento entre el proletariado femenino de las demandas especiales de las mujeres. Basta mencionar sólo el "Día de la Mujer", y el trabajo de agitación por el derecho al voto de las mujeres que se realizó en torno a este nuevo método de despertar el interés de las trabajadoras por la política, educándolas en la protesta revolucionaria por la falta de derechos civiles de las obreras.

El ala femenina del partido de los obreros alemanes se desarrolló cada año con actividades más amplias y variadas. El partido está en deuda con las obreras y su iniciativa de cara a toda una serie de acciones: sobre los problemas del coste de la vida, el seguro de maternidad, la ampliación del derecho de voto en el autogobierno municipal. Las obreras asumieron una parte enorme del trabajo en el momento de las elecciones en el Reichstag de enero de 1912, participaron activamente en la elección de los miembros del Fondo de Prestaciones de Enfermedad; realizaron una incansable agitación para atraer a las trabajadoras al partido, celebraron reuniones, organizaron las denominadas veladas de debate para las mujeres de todo el mundo y cursos educativos especializados, etc. En 1912 la Oficina de la Mujer organizó 66 viajes de agitación en toda Alemania durante el año, sin contar el trabajo de agitación realizado por las mismas obreras en las provincias. Celebraron 22 reuniones abiertas para mujeres, además de las noches de debate y los cursos regulares. En 646 comités de distrito (de 4.827) las mujeres tenían su propia representación especial antes de la guerra. *Gleichheit* imprimió una edición de 107.000 ejemplares. ¡Durante ese año el número de miembros se elevó a 22.500!

Además del trabajo de agitación en las reuniones, se llevó a cabo un amplio trabajo de agitación especial entre las "esposas de los obreros" en las casas que produjo espléndidos resultados. Las "comisiones para el cuidado de los niños" especiales fueron reabastecidas con mujeres. Había 125 de estas comisiones antes de la guerra y sus actividades se ampliaban constantemente.

De esta manera la socialdemocracia alemana, independientemente de las razones externas que pudieran haber existido, se adhirió al principio del trabajo especial y separado entre el proletariado femenino, basado en el principio de la "división del trabajo" dentro del partido.

Al encontrarse en la misma situación que el partido alemán, y no tener el derecho legal de conseguir que las obreras se uniesen a las organizaciones políticas, los

socialdemócratas austriacos encontraron su propia manera de resolver el problema de cómo conseguir que las mujeres se unan al movimiento obrero.

Organizaron un “Comité Estatal General de la Mujer” especial, que oficialmente estaba fuera del partido, pero que estaba vinculado a él ideológicamente. Sin embargo, ya en la Segunda Conferencia de Mujeres Trabajadoras de 1903, el orden del día contenía un punto sobre “el papel de la mujer en la lucha política”. A pesar de que la conferencia apoyó la conveniencia de una propaganda política más amplia entre las obreras, a pesar de la decisión tomada de formar comités locales de mujeres con este fin, la participación de las mujeres en la política progresó débilmente y con dificultad. En este sentido, el gran movimiento de los trabajadores austriacos para la reforma de las leyes de votación en 1905 actuó como un estímulo. Las mujeres fueron arrastradas a la lucha y a la huelga general. El Comité Estatal General de la Mujer consideró necesario después introducir, tanto en el comité del partido como en la comisión de los sindicatos, el proyecto de trabajo organizado entre las obreras en la línea del movimiento alemán. El congreso del partido de 1907 se pronunció a favor de una sección especial de agitación dentro del partido, y a partir de la tercera conferencia de mujeres de 1908 se llevó a cabo un trabajo sistemático y separado entre el proletariado femenino de Austria en las mismas líneas que en Alemania. Incluso la derogación en 1910 de la ley que había obstaculizado la entrada de las mujeres en las organizaciones políticas no produjo ningún cambio en este campo.

En Inglaterra, la tarea especial de agitación entre las obreras fue asumida por la Liga de Mujeres Laboristas dentro del Partido Laborista mientras que en el Partido Social Demócrata Británico existía desde 1906 un comité de mujeres especial para este propósito. En 1908 el Partido Socialista Norteamericano también creó un comité especial y separado de mujeres, y desde entonces la organización de mujeres trabajadoras en Norteamérica ha logrado un éxito considerable En Suiza la Unión de Mujeres Trabajadoras, fundada por Clara Zetkin, que comprende unas quince secciones, hasta la guerra asumió toda la labor de propaganda socialista entre las obreras. El mismo tipo de comités colectivos, oficinas y secretarías de mujeres dentro del partido se encuentran en Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca y Holanda. En Francia también ha habido en los últimos años un intento de dar vida a una organización partidaria femenina similar. Junto a este método de organizar a las obreras en varios países (Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Suecia) todavía existen organizaciones especiales, cuyo estatus oficial está fuera del partido, aunque también están bajo el liderazgo ideológico de los socialdemócratas. Los clubes, las sociedades de autoeducación de las obreras, las uniones de educación, etc., también pertenecen a este tipo de organizaciones. El objetivo de estas sociedades se reduce a “preparar el terreno”, a hacer propaganda entre las masas más atrasadas e ignorantes, o a profundizar en los conocimientos teóricos de las obreras, preparando a las jóvenes fuerzas socialistas para el papel de la dirección del movimiento.

Nosotros, en Rusia, desde 1905 también hemos hecho intentos de crear una organización de este tipo. El primer intento tuvo lugar en la primavera de 1906 y consistió en abrir, sin permiso previo, “clubes de obreras” en algunas partes de Petrogrado. La caída de la primera Duma interrumpió la actividad de estos clubes.

El segundo intento tuvo lugar en el otoño de 1907. Los socialdemócratas iniciaron una Sociedad para la Autoeducación de las Obreras, que se fijó la tarea de atraer al movimiento a las amplias masas de mujeres con un bajo nivel de conciencia, conseguir que se uniesen a los sindicatos e involucrarlas en el partido.

El régimen zarista no les dio a estos intentos ninguna oportunidad de echar raíces. En 1909 el movimiento obrero fue forzado nuevamente a la clandestinidad. Pero las obreras socialdemócratas acudieron al Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia en 1908, convocado por el movimiento burgués de igualdad de derechos. Las obreras

socialdemócratas estaban representadas por su propio grupo de clase, con 45 mujeres. Habiendo aprobado sus propias resoluciones independientes sobre todas las cuestiones, las obreras finalmente salieron de este congreso de “mujeres”.

Más tarde, en 1913, el Partido Socialdemócrata decidió celebrar un Día de la Mujer y en Rusia esto se vio como un síntoma del hecho que la clase obrera rusa también se estaba dando cuenta poco a poco de la necesidad de llevar a cabo un trabajo especial entre el proletariado femenino. La simple eficiencia dicta este tipo de división del trabajo. La posición de las obreras en la sociedad moderna, las responsabilidades especiales soportadas por las mujeres como madres y amas de casa, hacen necesario un tipo especial de agitación adaptado a las mujeres proletarias. El “Día de la Mujer” fue celebrado por el partido en los tres años siguientes: en 1913, en 1914 y en el histórico 1917 el 25 de febrero, día del comienzo de la gran revolución. En la primavera de 1917, en Petrogrado, los bolcheviques comenzaron a publicar el periódico. *La obrera*, y los mencheviques publicaron *La Voz de la Obrera*. La guerra puso fin a ambos periódicos. Para más detalles del movimiento de mujeres trabajadoras en Rusia, vean mi artículo en la colección: *El Partido Comunista y la Organización de Mujeres Trabajadoras*[238].

En última instancia, el movimiento obrero de clase general se beneficia de esa división, es decir, de la agitación separada entre las obreras, ya que la mayor preocupación por los intereses y necesidades de las mujeres aumenta la popularidad del partido entre las obreras y anima a las mujeres a unirse a la organización general del partido. De este modo, la maquinaria especial del partido, que trabaja para la mitad femenina de la clase obrera, no sólo no perjudica la unidad del movimiento, sino que, por el contrario, aumenta el número, la fuerza y la importancia del partido obrero, ampliando por este medio el marco de su labor social creativa incluso en lo que respecta a la solución de la complicada y confusa “cuestión de la mujer”.

Formas de organización de las trabajadoras en occidente

Las formas que ha adoptado el movimiento proletario femenino en diversos países son tan variadas e idiosincrásicas que resulta difícil describirlas en un esquema breve y somero. La variedad de estas formas se debe, en general, a las peculiaridades distintivas de las condiciones sociopolíticas y económicas de cada país; también depende en parte de la parte consciente de la clase obrera y del movimiento de las mujeres trabajadoras. No hay que perder de vista que, en casi todos los países, el movimiento proletario femenino se encuentra todavía en su período de formación y, por lo tanto, depende en gran medida del ambiente de “simpatía” o “indiferencia” que encuentre entre sus camaradas de clase que ya han avanzado en solitario por el camino de la lucha por un futuro mejor.

El movimiento proletario femenino se manifiesta en las siguientes formas más típicas. En primer lugar, los sindicatos, que se dividen en dos grupos: los mixtos, que reúnen a hombres y mujeres, y los puramente femeninos. El primer tipo es el más antiguo y el más extendido. Ya en 1824 las tejedoras de Lancashire entraron en la organización sindical de tejedores, y aunque las mujeres no tenían ni siquiera los mismos derechos que los hombres (durante mucho tiempo no pudieron participar en la dirección de los sindicatos ingleses, no pudieron ser elegidas para puestos sindicales, etc.), de todas formas, su participación en la lucha económica tuvo un enorme significado educativo y preparó el terreno para el posterior movimiento socialista de mujeres.

---

[238] En esta misma serie: “Sobre la historia del movimiento de mujeres en Rusia”. En esta obra ver más abajo.

Las organizaciones sindicales del segundo tipo, es decir, sólo de mujeres, se nutrieron principalmente del terreno de las actitudes hostiles de los obreros varones hacia la rivalidad del trabajo femenino, y al mismo tiempo se nutrieron del movimiento de emancipación de las mujeres de las clases burguesas. Ya en los años setenta la Sra. Patterson organizó la Liga para la Protección del Trabajo Femenino, que durante mucho tiempo colaboró con la campaña burguesa por la igualdad de derechos y sólo más tarde se transformó en una liga de sindicatos femeninos; en años posteriores la Liga se unió a la organización sindical general de obreros y se está liberando gradualmente de la influencia de las feministas.

Las organizaciones sindicales restringidas a las mujeres se encuentran en casi todos los países (Estados Unidos, Francia, Suecia, Dinamarca, Alemania, etc.), aunque gradual e inevitablemente son expulsadas por los sindicatos de tipo mixto. Las organizaciones sindicales tienen una tarea definida: luchar por los intereses económicos de los miembros de la clase obrera; además, son precisamente éstos, es decir, los intereses económicos, los que para los representantes del proletariado de ambos sexos son los mismos e inseparables. En este punto, cualquier separación basada en el sexo es artificial; va absolutamente en contra de los intereses del obrero y sólo puede perjudicar los objetivos inmediatos de la lucha sindical. A medida que el proletario, basándose en su propia experiencia, se impregne de la realización de esta unidad y permita a las obreras el acceso a sus organizaciones, y más que eso (que tome medidas especiales para reclutarlas) ya no tendrá ningún sentido tener sindicatos separados para las mujeres. Pero, mientras que, por una parte, la división organizativa de los sindicatos en masculinos y femeninos perjudica a la unidad del movimiento en el campo económico, por otra parte, la separación del trabajo de agitación dirigido al proletariado femenino es deseable incluso dentro de las filas de las organizaciones sindicales. Como ha demostrado la práctica en otros países, éste es el único método fiable para conseguir el apoyo de las mujeres más recalcitrantes hacia los sindicatos.

Si han permanecido hasta ahora en esa situación, lo ha sido en aquellos oficios en los que sólo se emplean mujeres, o bajo la influencia indirecta del feminismo burgués, que siempre es perjudicial para los que luchan por la unidad de clase.

La segunda forma que puede adoptar el movimiento proletario femenino son las organizaciones socialistas, que persiguen objetivos políticos y de clase generales. Esta forma del movimiento de mujeres trabajadoras también se divide en dos grupos: en primer lugar, las organizaciones independientes de mujeres trabajadoras, las sociedades de autoeducación, los clubes de mujeres trabajadoras, las sociedades de ilustración, etc., que, existiendo fuera del partido, trabajan, sin embargo, en estrecha colaboración con él y están bajo su dirección ideológica. Algunas organizaciones de este tipo, como las “sociedades educativas para mujeres y niñas de la clase obrera”, que hasta 1908 estaban tan extendidas en Alemania, o la Sociedad Socialista de Mujeres de Nueva York, o los clubes de obreras de Suecia, consideran que sus objetivos son llevar a cabo la propaganda principalmente entre las masas más ignorantes y atrasadas, reclutando así nuevos miembros para el partido. Otros, como los clubes de mujeres socialistas de Holanda, reúnen a obreras que ya tienen conciencia política, pero les ofrecen una preparación teórica y práctica más profunda para el trabajo general del partido. Ambos tipos de organizaciones, que están desapareciendo, son ineficaces y no responden al cambio revolucionario que está reuniendo y movilizando al proletariado de ambos sexos.

El segundo tipo de organizaciones femeninas socialistas consiste en aquellas que son divisiones del propio partido, es decir, que existen no fuera sino dentro de él como órganos especiales (comisiones, comités, oficinas o secretarías, a los que el partido confía la tarea especial de servir al proletariado femenino). Este es el tipo esencial y aceptable.

A estos colectivos especiales les han correspondido actividades extensas y múltiples, actividades que en Alemania son especialmente variadas.

También pertenece aquí el “desbrozando la tierra” básico para la cosecha socialista, así como para la preparación de las jóvenes fuerzas para el papel de futuras “mujeres líderes”, y la publicación de una revista del partido femenino, y la preocupación por el destino de los niños de la clase obrera (por ejemplo, la Comisión para la Defensa de los Niños en Alemania, o los comités ingleses, preocupados por el destino de los escolares, las “cenas calientes”, las colonias de verano, etc.), y por último, la organización de acciones políticas especiales relacionadas con el derecho al voto de las mujeres, como la que tuvo lugar en 1908-1909 en Prusia, una propuesta de reformas electorales. Las oficinas, comisiones y secretarías de la mujer también se encargan de organizar reuniones de mujeres, cursos especiales, convocar conferencias de mujeres socialistas, publicar folletos y panfletos, en resumen, una amplia labor de agitación y propaganda entre las mujeres del proletariado.

En la actualidad no hay prácticamente ningún país en el que el partido no asigne el trabajo entre las mujeres a una rama especial de su actividad. La necesidad de esta separación es sentida por los socialistas de todo el mundo y está dictada por la simple eficiencia. La posición exclusiva de la mujer en la sociedad moderna no sólo da lugar a reivindicaciones especiales por parte del proletariado femenino (seguridad para la maternidad y la infancia, obtención de la igualdad de derechos civiles y políticos, reformas en el servicio doméstico, etc.), sino que también requiere importantes modificaciones en el método de agitación y propaganda entre la mitad femenina de la clase obrera. No hace falta decir que esto no destruye la unidad del movimiento. Al contrario, gracias a los esfuerzos de la socialdemocracia y a su dirección, el movimiento proletario femenino, como un fresco arroyo vertiendo sus aguas en un poderoso río, se fusiona con él y eleva su nivel.

En el presente, la socialdemocracia mundial ya no cuestiona la necesidad y la conveniencia de un trabajo especial entre las mujeres. Pero durante mucho tiempo el “miedo al feminismo” obligó no sólo a los socialistas, sino también a las mujeres socialistas, a evitar tal división del trabajo.

Aunque surgió en teoría y en principio como defensora de los derechos de la mujer, y también tomó medidas prácticas para defender los intereses de las trabajadoras, la socialdemocracia, sin embargo, durante muchos años no hizo ningún esfuerzo ni empleó ningún medio para despertar a las masas de mujeres somnolientas y sumisas... si los obreros organizados consiguieron mejores condiciones de trabajo y de vida para las obreras, lo hicieron no con la participación de la propia obrera, sino en su nombre... y este fue su principal error.

Sólo mostraron alguna iniciativa al respecto personas distintas, como Louisa Otta en Alemania, que en 1848 llamó a la “unión fraternal” de los obreros e indicó la necesidad de involucrar también a las mujeres en las organizaciones obreras, o la extrabajadora Henrietta Law, la única mujer miembro del Consejo General de la Primera Internacional, que intentó organizar a las obreras en Inglaterra. Pero sus intentos fueron derrotados tanto por la indiferencia de sus propios compañeros como por obstáculos externos de carácter político. A esto hay que añadir la actitud hostil hacia la rivalidad del trabajo femenino que durante mucho tiempo prevaleció en el proletariado masculino y que obligó a muchos sindicatos a cerrar sus puertas a las mujeres. Esta hostilidad, esta concepción errónea y estrecha de miras de sus intereses, no ha desaparecido del todo todavía (se encuentran todavía ecos de ella en Inglaterra, en los países escandinavos, en Francia e incluso en Alemania; las nociones sólidas de la unidad del movimiento, que corresponden a los intereses reales del conjunto de la clase obrera, sólo avanzan poco a poco).

Pero, por supuesto, abrir las organizaciones del trabajo a las mujeres es sólo una pequeña parte de la cuestión; para despertar la conciencia de las mujeres, para dar alcance a su actividad, se necesitaban nuevos métodos y un nuevo acercamiento entre las masas de mujeres. Alemania fue la primera en progresar en esta línea. El libro de August Bebel, *La mujer y el socialismo* (el evangelio de toda mujer socialista) hizo mucho para evaluar la cuestión y dilucidarla correctamente. Habiendo establecido que la "cuestión de la mujer" dependía de la solución de los problemas generales del socialismo de nuestro tiempo, no obstante, señaló las peculiaridades específicas de la posición de la mujer en la sociedad capitalista, que por sí mismas definen la necesidad de un trabajo separado con el proletariado femenino.

Se suele pensar que la separación del movimiento femenino en Alemania se hizo necesaria por razones externas, impuestas por la existencia de leyes que prohibían el acceso de las mujeres a las organizaciones políticas. Esta concepción es radicalmente errónea. No hay que olvidar que después de 1892 el párrafo restrictivo sólo se refería a la participación de la mujer en las organizaciones políticas. Por consiguiente, el acceso a las organizaciones sindicales era perfectamente libre. Además, en los años noventa, en Alemania era precisamente en los sindicatos donde se realizaba un trabajo especial y agitado entre las mujeres proletarias, preparando el terreno para la propaganda socialista entre las trabajadoras. Citar este párrafo malhadado de las leyes imperiales alemanas es también inapropiado porque, cuando llegó el momento y los intereses del partido lo exigieron, se encontraron medios para sortear el embarazoso párrafo, así como todo lo demás.

Finalmente, cuando se derogó la ley que prohibía a las mujeres participar en organizaciones políticas, ya no había, en 1908, ninguna razón externa válida para dividir al proletariado según el sexo. La organización se generalizó, pero la necesidad de un trabajo especial entre las mujeres en absoluto se hizo superflua. En la Conferencia de Nuremberg de 1908, cuando se elaboraron los nuevos estatutos del partido, los socialdemócratas alemanes reconocieron la necesidad de mantener el trabajo especial con las mujeres, las reuniones femeninas separadas, la representación local y central de las mujeres, el periódico central de las mujeres, las conferencias de mujeres, etc.

Dos momentos esenciales (económicos y políticos) en la historia del movimiento obrero definieron la necesidad de un trabajo separado con el proletariado femenino. A medida que crecía el número de mujeres trabajadoras, que representaban una competencia más intensa en el mercado laboral, la cuestión de las organizaciones sindicales de mujeres trabajadoras se hizo vital y aguda. En nombre de los intereses del movimiento sindical, en nombre de los éxitos de la lucha del proletariado, era necesario "inutilizar" estos elementos dispersos e inconscientes, que aparecían como un serio obstáculo para el movimiento; en otras palabras, las mujeres también tenían que ser arrastradas a la lucha sindical. En 1895 la Comisión General de Sindicatos de Alemania fundó una Comisión de Agitación Femenina, buscó nuevos métodos para acercarse a las masas femeninas y llevó a cabo una agitación y propaganda especial entre las obreras. Y a lo largo de los años noventa *Gleichheit* apareció como portavoz de un movimiento femenino que era predominantemente sindical-económico y no político.

El segundo momento que determinó la necesidad de un trabajo por separado entre las mujeres, en el marco del partido socialdemócrata, fue el momento político. En toda una serie de países, en los últimos diez años, la cuestión de la reforma electoral, de la mayor democratización del sistema estatal, se había vuelto cada vez más urgente y aguda. Bajo esta influencia, se produjo un cambio notable en la actitud de la organización de los trabajadores políticos hacia el movimiento de las mujeres trabajadoras. Aunque teóricamente reconocía la ventaja de atraer a los elementos proletarios femeninos a la

lucha política, el partido no había sentido en esto la misma urgencia que había animado a los sindicatos a buscar nuevos caminos y métodos que permitieran entrar en la mente y el corazón de la obrera. En los años noventa, ningún partido obrero del mundo había manifestado su actividad en el campo de la organización del proletariado femenino. Aunque en el congreso del partido en Gotha, en 1896, a instancias de un grupo de mujeres socialdemócratas, se había confirmado el puesto de "delegado de confianza femenino" que se encargaría de todo el trabajo entre el proletariado femenino, el partido alemán, cuando redactó sus nuevos estatutos en Maguncia en 1900, olvidó a incluir este punto... pero bastó con que la cuestión de la reforma electoral en los Landtags alemanes entrara en el "orden del día", y su actitud hacia el movimiento obrero femenino cambió.

La indiferencia del partido hacia esta cuestión tenía raíces profundas y vitales en lo siguiente: mientras que las mujeres estaban privadas de derechos políticos, la participación de las mujeres en los cuadros del partido tenía incomparablemente menos importancia para los éxitos inmediatos de los socialdemócratas que el trabajo enérgico entre el proletariado masculino. La agitación entre las mujeres trabajadoras era de alguna manera intangible (era trabajo, no para el "presente", sino sólo para el futuro remoto). La cuestión de la reforma radical del sistema electoral también llevó a las mujeres al círculo de la lucha política. La incorporación de las obreras, estas posibles futuras votantes, a la vida del partido adquirió un interés actual... El movimiento socialista femenino en Alemania comenzó a progresar rápidamente desde principios del siglo XX, ya que a partir de ese momento recibió la plena simpatía de una parte del partido; es precisamente el momento en que la lucha por la reforma electoral se intensificó en el país.

Observamos la misma imagen en otros países. En Inglaterra la indiferencia de los partidos socialistas hacia el movimiento de las trabajadoras se explica por el éxito de las sufragistas entre las trabajadoras. Durante mucho tiempo las sufragistas fueron las únicas portavoces activas de las reivindicaciones políticas de las mujeres. Pero el resurgimiento de la cuestión de la reforma radical de todo el sistema de representación en Inglaterra también generó un interés en el movimiento de las mujeres trabajadoras. En 1906 se formó la Women's Labour League, que se presentó como el ala femenina del Partido Laborista y se fijó como objetivo, en primer lugar, unir a todas las fuerzas del proletariado femenino y, en segundo lugar, conseguir la igualdad de derechos políticos para las mujeres. En 1909 el Partido Socialdemócrata de Inglaterra creó un comité separado para llevar a cabo una propaganda especial entre las mujeres: los miembros del partido, predominantemente mujeres, plantearon la campaña por el sufragio universal, para contrarrestar las demandas que las sufragistas estaban haciendo para la calificación electoral [voto censitario].

La lucha por la reforma electoral en Austria, a pesar de la eliminación del orden del día del artículo quinto del reglamento electoral, actuó como un acicate para el resurgimiento de la propaganda partidista entre las mujeres y condujo a la organización definitiva y sistemática de esta rama especial del trabajo del partido.

En Bélgica, el comienzo del movimiento socialista de las mujeres se remonta a la época de la lucha por la reforma electoral.

En los Estados Unidos, donde muchos "problemas urgentes de clase" se presentaron ante los trabajadores y donde el movimiento tropezó constantemente con obstáculos relacionados con los defectos del desgastado sistema del parlamentarismo burgués, la incorporación de las mujeres trabajadoras a la lucha política activa fue dictada por los intereses del partido. En 1908 el Partido Socialista de Norteamérica organizó un comité de mujeres para la agitación y la propaganda entre las mujeres trabajadoras. Por otra parte, en países como Francia o Suiza, donde no se planteaban cuestiones de una

mayor democratización del sistema estatal, el movimiento socialista de mujeres sólo estaba débilmente desarrollado.

En conclusión, no se puede dejar de señalar que en todos los países (excepto Alemania) la mayoría de las células femeninas (comisiones, oficinas, etc.) dentro de la estructura del partido son de origen muy reciente, habiéndose cristalizado durante los cinco o seis años inmediatamente anteriores a la guerra. Los progresos realizados durante estos últimos años para atraer a las mujeres trabajadoras al partido son aún más sorprendentes y la Conferencia de Mujeres Trabajadoras de Copenhague fue un brillante testimonio de ello. No hay duda de que con la ayuda que el trabajo entre el proletariado femenino está recibiendo ahora de los socialdemócratas, la implicación de las mujeres trabajadoras en la lucha de clases avanzará a un ritmo aún más rápido...

La participación de las obreras en un movimiento proletario general ha dejado de ser “un lujo” y se ha convertido en una necesidad básica para el éxito de la lucha revolucionaria.

Sobre la historia del movimiento de mujeres en Rusia

(1919)[239]

¿Qué año podríamos decir que fue el año en que comenzó a formarse el movimiento de mujeres en Rusia? En su esencia natural, el movimiento de mujeres trabajadoras se halla vinculado al movimiento obrero en su conjunto, como un todo inseparable. Las trabajadoras, como parte del proletariado, como parte de una clase que venden su fuerza de trabajo, se sumaron a la lucha obrera cada vez que debieron defenderse frente a la violación de sus derechos, participaron juntos y en igualdad de condiciones con los trabajadores en todos los levantamientos obreros, en todas las revueltas, tan odiadas por el zarismo, que se realizaban en las fábricas.

Por estas razones, el surgimiento del movimiento de mujeres en Rusia coincide con los primeros signos de la toma de conciencia de clase entre el proletariado ruso y con sus primeros intentos, por medio de la presión combinada que regía sobre ellos, con las primeras huelgas, que fueron para lograr condiciones de vida más tolerables, menos humillantes y miserables.

Las trabajadoras formaron parte activamente en las revueltas obreras en la fábrica de Krenholm en 1872 y en la textil de Lazeryev en Moscú en 1874. También participaron en la huelga de 1878 en la planta de nuevo hilado de algodón en Petrogrado y lideraron la huelga de tejedoras en la tan conocida manifestación obrera en Orejovo-Zuyevo. Como resultado, el gobierno zarista se vio obligado a acelerar la legislación que prohibiría el trabajo nocturno para mujeres y niños, que entró en vigor el 3 de junio de 1885.

Es necesario señalar que la oleada de huelgas espontáneas que sacudieron al proletariado ruso en la década de 1870 y durante los primeros años de la década de 1880 se sintió fundamentalmente en la industria textil, de la cual la mayor parte de su fuerza de trabajo se compone por la mano de obra femenina. Las revueltas producidas durante estos años se basaron en razones puramente relacionadas a la necesidad económica, provocada por la desocupación y la crisis continua en la industria del algodón. Sin embargo, ¿no es llamativo que estas "chicas de fábrica", oprimidas y sin derechos, políticamente ignorantes, despreciadas incluso por el sector femenino de la burguesía y retenidas por las campesinas que se aferraban a las viejas tradiciones, estuvieran al frente de la lucha por las reivindicaciones de la clase obrera, por la emancipación de las mujeres? La propia crueldad que atravesaba las condiciones de vida obligaba a las trabajadoras de las fábricas a oponerse abiertamente al poder de sus jefes y la esclavitud del capital. De todas formas, en la lucha por sus derechos y por los intereses de su clase, las trabajadoras estaban inconscientemente también preparando la batalla por la emancipación de las mujeres frente a las cadenas que las atan particularmente y que crean la desigualdad de condiciones entre hombres y mujeres, incluso entre la clase obrera.

Durante las intensas revueltas posteriores, en la mitad y el final de la década de 1890, las trabajadoras nuevamente participaron de manera muy activa. La lucha llevada adelante en Yaroslav en abril de 1895 recibió un enorme apoyo de las tejedoras. No existieron mujeres trabajadoras que fueran menos activas que sus compañeros hombres

[239] *Sobre la historia del movimiento de mujeres en Rusia*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Publicado en *Kistorii dvizheniia rabotnits v rossii* (Jarkov, 1920), página 311. Escrito en 1919.

durante las huelgas de 1894 y 1895 en San Petersburgo. Cuando en el verano de 1896 San Petersburgo se convirtió en el escenario de la histórica huelga de trabajadores textiles, las tejedoras sin dudarlo salieron de los talleres junto con sus compañeros. ¿Cuál es la diferencia si en sus hogares los niños están hambrientos y a la espera de sus madres? ¿Cuál es la diferencia si aquellas huelgas traen consigo amenazas de despido, de exilio o de prisión? ¡La causa común de nuestra clase es mucho más importante, mucho más sagrada que el instinto maternal, la preocupación por la familia, por el bienestar personal y familiar!

En el momento de los disturbios y las huelgas, las trabajadoras, oprimidas, calladas, sin derechos, se levantaron y se volvieron igual de luchadoras que sus compañeros. Esta transformación toma lugar inconscientemente, espontáneamente, pero es importante y significativa. Este es el camino a través del cual el movimiento de trabajadores está llevando a las mujeres trabajadoras hacia su liberación, no solo como quienes venden su fuerza de trabajo sino también como mujeres, esposas, madres y amas de casa.

Hacia el final de la década de 1890 y el comienzo del siglo XX hubo una cantidad de levantamientos y huelgas en fábricas en las que la mayor parte de su mano de obra eran mujeres: las fábricas de procesamiento de tabaco (Shanshai), las plantas de hilado y tejido (Maxwell) en Petrogrado, etc. La clase obrera en Rusia gana fuerza, se organiza, toma forma. Y también lo hace entre las mujeres proletarias.

No obstante, hasta el año crucial de la primera revolución en Rusia el movimiento era básicamente de naturaleza económica. Las consignas políticas debían elaborarse de una forma solapada. Un instinto de clase impulsaba a las trabajadoras a apoyar las huelgas y frecuentemente las mismas mujeres organizaban y llevaban adelante revueltas en las fábricas. Sin embargo, tan pronto pasó la ola de huelgas, tan pronto los trabajadores volvieron a sus lugares de trabajo, victoriosos o derrotados, que las obreras estaban otra vez alejadas unas de las otras, todavía sin conciencia de la necesidad de organizarse, del contacto constante de camaradería. La vasta cantidad de objetivos del partido de trabajadores socialistas no se habían apoderado todavía de la mujer trabajadora, y ella permaneció inmutable a las consignas políticas universales. La vida dirigida por seis millones de proletarias en Rusia a principios del siglo XX era aún muy oscura y su existencia yacía entre el hambre, la privación y la humillación. Una jornada laboral de doce horas, o en el mejor de los casos de once horas, un salario de hambre de 12 a 15 rublos por mes, el alojamiento en barracones abarrotados, la ausencia de cualquier tipo de asistencia por parte del estado o la sociedad en caso de enfermedad, embarazo o desempleo, la imposibilidad de organizar formas de autoayuda dada la persecución del gobierno del zar hacia cualquier forma de organización de los trabajadores (esas eran las condiciones en las que se hallaban las mujeres trabajadoras). Sus espaldas se doblaban con el peso intolerable de la opresión y su alma, aterrorizada por el espectro de la pobreza y el hambre, rechazaba creer en un futuro mejor y en la posibilidad de luchar para terminar con el yugo del zarismo y el capital.

A principios del siglo XX, las trabajadoras evitaban la lucha política y revolucionaria. El movimiento socialista en Rusia puede, ciertamente, estar orgulloso de las heroicas mujeres que, por su enérgico trabajo, ayudaron a consolidar y preparar el camino para la explosión revolucionaria que se llevó a cabo en los años posteriores. Sin embargo, ninguna de estas mujeres, desde las primeras socialistas como Sofía Bardina o las hermanas Leshern, llenas de encanto y belleza interior, o como la férrea Sofía Perovskaya, eran representantes del proletariado femenino. En la mayoría de los casos, estas eran las jóvenes a las que Turguénev dedicó su poema “El umbral”, chicas de un sector adinerado, aristócrata, que dejaron sus hogares, rompieron con su pasado próspero

y fueron con el pueblo para difundir la propaganda revolucionaria y luchar contra las injusticias sociales, redimiendo los “pecados de sus padres”. Mucho más tarde, hacia la década de 1890 y a comienzos del siglo XX, cuando el marxismo ya había echado raíces profundas en el movimiento de trabajadores de Rusia, el número de mujeres obreras involucradas en el mismo era muy pequeño. Las mujeres que eran miembros activos de las organizaciones clandestinas en esos años no eran mujeres trabajadoras sino de la intelligentsia (estudiantes, docentes, asistentes médicas y escritoras). No era común encontrar una “mujer de fábrica” en una reunión ilegal. Tampoco fueron las mujeres trabajadoras las que asistieron a las clases de domingo por la tarde celebradas en las afueras de Petrogrado, el único método legal en ese entonces para difundir, bajo el disfraz inocente de la geografía o aritmética, las ideas del marxismo y el socialismo científico entre las masas trabajadoras. Las obreras todavía peleaban por la vida, evadiendo el combate… aún creían que su lugar era con los hornos, los lavaderos y las cunas.

La revolución de 1905

La imagen cambió radicalmente desde el momento en que el fantasma rojo de la revolución por primera vez eclipsó a Rusia con sus alas ardientes. El año revolucionario de 1905 se sintió fuertemente en las masas obreras. Los trabajadores rusos sintieron su fuerza por primera vez, por primera vez notaron que llevaban en sus espaldas toda la riqueza de su nación. Las mujeres proletarias rusas, las indiscutidas colaboradoras en todas las demostraciones políticas del proletariado en los años revolucionarios de 1905 y 1906, también se habían despertado. Se las encontraba en todas partes. Si queremos relatar los hechos de la participación de las masas de mujeres en el movimiento de la época, debemos enumerar todas las manifestaciones activas de protesta y de lucha llevadas a cabo por las trabajadoras, recordar todas las acciones desinteresadas emprendidas por las proletarias, la lealtad hacia sus ideales del socialismo, y luego podremos reconstruir escena por escena la historia entera de la revolución rusa de 1905.

Muchos todavía recuerdan esos años llenos de romanticismo. La imagen de la mujer trabajadora, todavía “incompleta” pero que ya se adentraba en la vida, que con sus ojos llenos de esperanza encendió el megáfono en enormes reuniones, atestada de entusiasmo, vive nuevamente en la memoria. Las caras de esas mujeres, cargadas de energía y de una resolución inquebrantable, pueden verse entre las filas de trabajadores durante la procesión en memoria de ese 9 de enero inolvidable, el domingo sangriento. El sol, excepcionalmente brillante para San Petersburgo, ilumina este desfile solemne y silencioso, realzando las caras de estas mujeres, numerosas entre la multitud. La pena por las ilusiones ingenuas y una confianza aniñada golpea a las mujeres; la mujer obrera, la mujer joven, la esposa trabajadora, es una figura común entre la enorme cantidad de víctimas de aquel día de enero. La consigna “huelga general” que va de taller en taller es tomada por estas mujeres, ayer todavía sin conciencia de clase, y obliga a algunas a salir por primera vez.

Las mujeres trabajadoras de las provincias no se quedaron detrás de sus camaradas de la capital. En los días de octubre, exhaustas por el trabajo y su dura existencia al borde de la inanición, las mujeres dejaron las fábricas y, en nombre la causa común, valientemente privan a sus hijos del último pedazo de pan… Con palabras simples y conmovedoras, las trabajadoras convencen a sus compañeros hombres para que ellos también abandonen sus lugares de trabajo; ella mantiene arriba el espíritu de aquellos que van a la huelga, llena de energía a aquellos que dudan... La mujer obrera luchó sin descanso, protestó, se sacrificó a si misma heroicamente por esa causa común, y cuanto más activa se volvió, más rápido se volvió el proceso que hizo despertar a su conciencia.

La mujer trabajadora comenzó a tomar nota del mundo a su alrededor, de las injusticias producidas por el sistema capitalista. Se volvió más dolorosa y agudamente consciente de la amargura de sus sufrimientos y tristezas. Entre las demandas comunes del proletariado, uno puede oír más claramente las voces de las mujeres trabajadoras reclamando por sus reivindicaciones como tales. Al momento de las elecciones para la comisión de Shidlovsky en marzo de 1905, la negativa a la admisión de mujeres como delegadas obreras provocó murmullos de descontento: el sufrimiento y los sacrificios que ellas habían recientemente atravesado, habían acercado a los hombres y las mujeres de la clase obrera, poniéndolos en el mismo lugar. Parecía doblemente injusto, en ese momento, recurrir a la mujer luchadora y ciudadana y subrayar su falta de derechos. Cuando la comisión de Shidlovsky se rehusó a reconocer a la mujer que había sido elegida como una de los siete delegados de las textiles Shampsoniyevsky, las mujeres indignadas que representaban gran parte del trabajo textil decidieron presentar a la comisión la siguiente declaración: “Las diputadas representantes de las mujeres trabajadoras no tienen permiso para formar parte dentro de la comisión bajo su presidencia. Consideramos esa decisión una injusticia. Las mujeres trabajadoras somos mayoría en las fábricas de San Petersburgo. El número de mujeres que trabajan en hilanderías y fábricas de tejido aumenta cada año, porque los hombres se van a trabajar a fábricas que ofrecen mejores salarios. Nosotras, las mujeres trabajadoras, cargamos con lo más pesado del trabajo. Por nuestra impotencia y falta de derechos, somos menospreciadas por nuestros camaradas, y nos pagan menos. Cuando esta comisión fue anunciada, nuestros corazones se llenaron de esperanza; por fin llegará el momento (pensamos) en que la mujer trabajadora en San Petersburgo será capaz de hablar claro a todo Rusia en nombre de sus compañeras obreras sobre la opresión y la humillación de la que los hombres trabajadores no tienen conocimiento. Y luego, cuando ya habíamos elegido a nuestras delegadas, nos informaron que solo los hombres pueden ocupar dicho cargo. Sin embargo, esperamos que esta no sea su decisión final…”.

El rechazo a otorgar a las mujeres el derecho de ser representadas y su expulsión de la vida política constituyó una injusticia evidente para todo el sector de la población femenina que cargó en sus espaldas la lucha por la liberación. Las trabajadoras asistieron reiteradas veces a reuniones preelectorales durante las campañas para la Primera y Segunda Duma, y protestaron fervorosamente contra la ley que les privó de cualquier voz en un asunto tan importante como la elección de representantes en el parlamento ruso. Hubo instancias, por ejemplo, en Moscú, cuando las trabajadoras fueron a reuniones con votantes, en las que interrumpieron las mismas para protestar ante la forma en que las elecciones estaban siendo llevadas adelante.

Las obreras tampoco eran ya indiferentes a que la falta de este derecho también mostraba el hecho de que, de las 40.000 peticiones dirigidas a la Primera y Segunda Duma demandando que los derechos electorales fueran extendidos a las mujeres, la mayoría eran mujeres de la clase obrera. La colecta de peticiones fue organizada por la Liga por la Igualdad de las Mujeres y otras organizaciones de las mujeres de la burguesía, y fue realizada en diferentes fábricas. El hecho de que las mujeres de la clase obrera hayan firmado animosamente esas peticiones diseñadas por burguesas, revela que la conciencia política de las trabajadoras solo acababa de despertar, de que ellas recién estaban dando sus primeros pasos, todavía frenando a mitad de camino. Las trabajadoras estaban despertando de los arrebatos y falta de sus derechos políticos, pero todavía se hallaban incapaces de relacionar este hecho con la lucha común que, de su propia clase, eran incapaces de encontrar el camino correcto que podía dirigir a las proletarias a su total emancipación. La mujer trabajadora aceptó ingenuamente la mano que le tendió el feminismo burgués. Las sufragistas recurrieron a las mujeres trabajadoras esperando

llevar a las mismas hacia su lado, obteniendo su apoyo y organizando a las mismas en un movimiento exclusivamente femenino, supuestamente sin clase, pero esencialmente burgués. Sin embargo, el instinto de clase y la desconfianza hacia las “finas damas” salvó a las trabajadoras de ser atraídas al feminismo e impidió cualquier alianza larga o estable con las sufragistas burguesas.

Los años de 1905 y 1906 estuvieron atravesados por un largo número de reuniones de mujeres a las que las trabajadoras asistieron con entusiasmo. Las obreras escucharon atentamente a las sufragistas burguesas pero lo que las mismas ofrecían no satisfacía sus necesidades más urgentes, ligadas a la esclavitud del capital, y no evocaban ninguna respuesta sincera. Las mujeres de la clase obrera estaban exhaustas por el peso de condiciones laborales intolerables, el hambre y la inseguridad material de sus familias; sus demandas inmediatas eran: jornadas laborales más cortas, mejores salarios, una actitud más humana de parte de las administraciones de las fábricas, menos control policial, más libertad de acción. Todo esto era ajeno al feminismo burgués. Las sufragistas acercaron a las mujeres con aspiraciones y causas exclusivamente femeninas. No entendían la naturaleza de clase que emergía del movimiento de mujeres trabajadoras que estaba emergiendo. Estaban particularmente decepcionadas con las empleadas domésticas. Por iniciativa del feminismo burgués, las primeras reuniones de empleadas domésticas se llevaron a cabo en San Petersburgo y Moscú en 1905. Las empleadas domésticas respondieron ansiosamente a este llamado para “organizarse” y asistieron a las primeras reuniones en gran cantidad. Sin embargo, cuando la Liga por la Igualdad de las Mujeres intentó organizarse a su gusto, buscando una alianza mixta entre las señoritas empleadoras y las empleadas domésticas, las empleadas domésticas se separaron de las sufragistas y, para decepción de las damas burguesas, “se apresuraron a unirse al partido de su propia clase, organizándose en los sindicatos”. Ese es el estado de las cosas en Moscú, Vladimir, Penza, Jarkov y un vasto número de otras ciudades. El mismo destino corrieron los intentos de otra organización política de mujeres, aún más de derecha, el Partido de las Mujeres Progresistas, que intentó organizar a las empleadas domésticas bajo el cuidado de sus jefas. El movimiento de empleadas domésticas fue más allá de los límites impuestos por las feministas. Mirando los periódicos de 1905 veremos que abundan en informes acerca de la acción directa de las empleadas domésticas, incluso en las regiones más recónditas de Rusia. Esta acción tomaba forma tanto de huelgas masivas como de manifestaciones callejeras. Las huelgas incluían cocineras, lavanderas y criadas; había huelgas de acuerdo a la profesión y otras que unificaban a todas las empleadas domésticas. Estas protestas se esparcieron de un lugar a otro. Los reclamos redactados por las mismas usualmente se limitaban a exigir jornadas laborales de 8 horas, salario mínimo, condiciones de vida más tolerables (una habitación separada) trato adecuado por parte de sus patrones, etc.

Este despertar político de las mujeres, además, no se limitó a las pobres de las ciudades. Desde el primer momento en Rusia, las campesinas rusas también alzaron su voz persistentemente. El final de 1904 y todo el año de 1905 es un período de continuas “rebeliones de enaguas”, provocadas por la guerra contra Japón. Todos los horrores, todos los males sociales y económicos que derivaron de esta guerra horrible, pesaron sobre cada campesina, esposa y madre. La confiscación de reservas colocó una doble carga de trabajo y preocupación sobre sus hombros ya sobrecargados, y las obligó a ellas, que eran todavía temerosas a todo lo que estaba por fuera del círculo de sus intereses domésticos, a encontrarse cara a cara con fuerzas hostiles previamente siquiera sospechadas, y a tomar conciencia de toda la humillación y a agotar hasta la última gota de la copa de todas las injusticias inmerecidas… Las campesinas analfabetas y oprimidas dejaron sus casas y pueblos por primera vez para ir a la ciudad a presionar a las oficinas del gobierno en un

intento por obtener noticias sobre sus esposos, hijos, padres, para pedir asistencia social y defender sus intereses… La total falta de derechos, que era la suerte de los campesinos, las mentiras y las injusticias del orden social existente se hallaban a la vista las campesinas… Ellas volvieron de la ciudad endurecidas, cargando en ellas amargura, odio y enojo… En el verano de 1905 toda una serie de "rebeliones de enaguas" irrumpieron en el sur. Llenas de ira y con una audacia sorprendente, las campesinas atacaron los cuarteles militares y policiales donde se encontraban los reclutas del ejército y se llevaron a sus hombres a sus casas. Armadas con rastrillos, horcas y escobas, las campesinas echaron a los guardias armados de sus pueblos. Protestan a su manera contra la carga insoportable de la guerra. Están, por supuesto, detenidas y con castigos severos, pero las "rebeliones de enaguas" continúan. En sus protestas, la defensa de los intereses de los campesinos y de sus intereses puramente "femeninos" está tan entrelazada que no hay razones para dividirlos y clasificar a las "rebeliones de enaguas" como parte del "movimiento feminista".

Después de las "demostraciones políticas" de las campesinas, viene una serie de "rebeliones de enaguas" en el terreno económico. Este es el período de agitación campesina y huelgas agrícolas. Las "enaguas" a veces iniciaban estos disturbios, llevando a los hombres detrás de ellas. Hubo casos en los que, al fallar el hecho de involucrar a los hombres, las mujeres marchaban solas a las casas solariegas para presentar sus demandas. Armándose con lo que tuvieran al alcance de sus manos, se adelantaron a los hombres para encontrarse con los destacamentos. Las campesinas oprimidas, oprimidas por siglos, de repente se volvieron figuras centrales en el drama político. Durante todo el período revolucionario las campesinas, que estaban siempre unidas a sus hombres, defendieron los intereses del campesinado, con un tacto sorprendente se refirieron a sus necesidades particulares, como mujeres, solo cuando eso ponía en peligro la causa del campesinado en su totalidad.

Esto no significa que las mujeres campesinas fueran indiferentes a sus necesidades como mujeres o que las ignoraran. Por el contrario, el emerger de las campesinas en la arena política, su participación masiva en la lucha, desarrolló y reforzó su conciencia como mujeres. Hacia noviembre, en 1905, las campesinas de la provincia de Voronezh enviaron a dos de sus delegadas al congreso de campesinos con instrucciones de la reunión de mujeres de demandar "derechos políticos" y "libertad" para las mujeres en cuanto a los hombres[240].

La población campesina de mujeres de Cáucaso defendió sus derechos con una firmeza particular. El campesinado femenino de Guria en las reuniones del pueblo en la provincia de Kutaisi adoptó resoluciones demandando igualdad política con los hombres. En las reuniones rurales y urbanas para discutir la introducción de Zemstvos en Transcaucasia, los diputados representantes de la población local incluyeron a mujeres georgianas, quienes insistieron en sus derechos como mujeres.

Mientras demandaban la igualdad política, las campesinas naturalmente siempre hicieron escuchar sus voces en defensa de sus intereses económicos; la cuestión del

[240] Basta con recordar las peticiones históricas escritas y enviadas por las mujeres campesinas de las provincias de Voronezh y Tver a la Primera Duma, o el telegrama enviado por las campesinas del pueblo de Nogatkino al diputado Aladyin: "En este momento de lucha entre lo correcto y lo incorrecto, nosotras, las campesinas del pueblo de Nogatkino, saludamos a los diputados electos del pueblo, que ha expresado su falta de confianza en el gobierno al demandar la renuncia del ministerio. Esperamos que los representantes que han recibido el apoyo del pueblo den al mismo tierra y libertad, que abran las puertas de las prisiones y liberen a aquellos que lucharon por la libertad y felicidad del pueblo y que consigan derechos civiles y políticos para ellos y para nosotros, las mujeres rusas, quieres no tenemos derechos incluso en nuestras familias. Recuerden que mujeres esclavas, no pueden ser madres de ciudadanos libres" (firmado por la portavoz de 75 mujeres de Nogatkino).

“reparto” de la tierra, concernía a las mujeres del campesinado tanto como a sus hombres. En algunas regiones, las campesinas que apoyaron de manera entusiasta la idea de expropiar tierras privadas, enfriaron su apoyo cuando nació la pregunta acerca de si las mismas debían ser incluidas en el recuento del tamaño de parcelas de tierra para el reparto. “Si la tierra es tomada de sus dueños y repartida solo entre los hombres”, las mujeres argumentaron, “entonces nos enfrentaremos a la esclavitud real. En el presente apenas podemos ganar unos pocos kopeks por nuestra cuenta, si de alguna forma esto sucediera, estaremos simplemente trabajando para los hombres”. Como sea, quedó demostrado que el miedo de las campesinas estaba totalmente infundado; cálculos económicos obligaron al campesinado a insistir también por un reparto de tierras que incluyera a las mujeres. Los intereses agrarios de hombres y mujeres del campesinado estaban muy entrelazados a los de los hombres, en la lucha por abolir la esclavitud agrícola, inevitablemente también defendieron los intereses de las mujeres.

De cualquier manera, en la lucha por los intereses económicos y políticos del campesinado en su totalidad, las campesinas aprendieron cómo luchar por sus reivindicaciones específicas como mujeres. Lo mismo aplica a las mujeres obreras; con su participación en la lucha por la liberación en su totalidad ellas, más que las campesinas, prepararon a la opinión pública para aceptar el principio de la igualdad femenina. La idea de la igualdad civil para las mujeres, ahora implementada en la Rusia Soviética, se esparció en toda la sociedad no por los esfuerzos heroicos individuales de mujeres con personalidades contundentes, no por la lucha de las feministas de la burguesía, sino por la presión espontánea de las masas de mujeres obreras y campesinas, quienes despertaron con el trueno de la primera Revolución Rusa en 1905.

En 1909, en mi libro *Los fundamentos sociales de la cuestión de la mujer*, dije, argumentando contra las feministas burguesas, contra quienes estuvo dedicado la totalidad de mi libro: “Si las mujeres campesinas tuvieron éxito al conseguir en su futuro inmediato una mejora de sus posición doméstica, económica y legal, es producto, naturalmente, de los esfuerzos de la democracia campesina dirigida a la obtención de aquellas demandas campesinas que, de una u otra forma, continúan siendo escuchadas allí. Los intentos de las feministas de “limpiar el camino para las mujeres” son irrelevantes aquí… Si las campesinas se liberan de la presente esclavitud agraria, ellas recibirán más que lo que todas las organizaciones feministas juntas pueden darles”.

Estas palabras, escritas hace diez años, pueden verificarse ahora con los hechos. La Gran Revolución de Octubre no solo llevó adelante las demandas principales, urgentes y básicas del campesinado de que la tierra sea transferida a quienes trabajan sobre ella sino que también logró poner a las mujeres campesinas en la honorable posición de ciudadanas libres e iguales en todos los aspectos, y ahora solo esclavizadas por los métodos de trabajo agrícolas y por las tradiciones familiares aún persistentes.

Aquello sobre lo que las campesinas solo podían soñar en los días de la Revolución Rusa de 1905, se volvió realidad con la Gran Revolución de Octubre de 1917.

Las mujeres en Rusia consiguieron la igualdad política. Sin embargo, ellas deben este logro no a la cooperación con las sufragistas burguesas, sino a la lucha de conjunto y unitaria con sus camaradas hombres de la clase obrera.

Primer Congreso de la Internacional Comunista: Resolución sobre el papel de las mujeres trabajadoras

(6 marzo 1919)[241]

El Congreso de la Internacional Comunista declara que el éxito de todas las tareas que se ha propuesto, así como la victoria final del proletariado mundial y la abolición definitiva del sistema capitalista, sólo pueden asegurarse gracias a la lucha común de los trabajadores y las trabajadoras. El enorme aumento del trabajo de las mujeres en todas las ramas de la economía; el hecho de que al menos la mitad de toda la riqueza producida en el mundo sea producida por el trabajo de las mujeres; además, el importante papel, reconocido por todos, que desempeñan las mujeres trabajadoras en la construcción de la nueva sociedad comunista, especialmente en la transición al hogar comunista, en la reforma de la vida familiar y el desarrollo de la educación pública socialista de los niños, con el fin de proporcionar a las repúblicas soviéticas ciudadanos aptos imbuidos del espíritu de solidaridad: todo esto impone a cada partido que se adhiera a la Internacional Comunista el deber urgente de actuar con todas sus fuerzas para ganar a las mujeres trabajadoras a sus filas y de utilizar todos los medios para instruirlas sobre la nueva forma de sociedad y sobre la ética de la vida social y familiar comunista.

La dictadura del proletariado sólo puede realizarse y mantenerse con la participación enérgica y activa de las mujeres trabajadoras.

---

[241] *Primer Congreso de la Internacional Comunista: Resolución sobre el papel de las mujeres trabajadoras*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde “Résolution sur le rôle des femmes travailleuses”, en Alexandra Kollontaï, l’Archive Internet des Marxistes Section française. Contrastado y corregido de acuerdo con John Riddell -editor- *The Communist Internationale in Lenin’s Time. Founding the Communist Internationale. Proceeding and Documents of the First Congress, March 1919*, Pathfinder Book, 1987, Nueva York, página 250.

[El día de la mujer trabajadora y la Internacional Comunista]

(7 marzo 1919)[242]

En la década de 1860, cuando la Primera Internacional de los Trabajadores comenzó su gran labor de luchar por la emancipación del trabajo, el trabajo de las mujeres jugaba sólo un papel secundario en la economía. Todavía no se hablaba de un movimiento socialista de mujeres trabajadoras. Incluso en los sindicatos, las mujeres eran una minoría insignificante.

Por lo tanto, las declaraciones de la Primera Internacional para el reconocimiento de la igualdad de derechos de las mujeres eran de carácter abstracto. La lucha por la emancipación de la mujer no se había convertido aún en una necesidad urgente para la clase obrera.

La Segunda Internacional adoptó una posición más definida sobre la cuestión de los derechos de la mujer. Sin embargo, la política de acción parlamentaria pacífica que manchó a la Segunda Internacional a lo largo de toda su existencia llevó a los partidos socialdemócratas a considerar el movimiento de las mujeres trabajadoras principalmente como una lucha por los derechos políticos. Cuanto mayor fue el papel que empezó a desempeñar la mujer en la economía nacional y cuanto más rápido creció el número de mujeres que trabajaban de forma independiente, más agudamente se enfrentaron los socialdemócratas a la cuestión de cómo utilizar como votantes a esta capa nueva e intacta de la población. Ya en la década de 1890, la cuestión de extender el derecho de voto a las mujeres proletarias se incorporó en los programas de un gran número de partidos socialdemócratas. Y en el congreso de Stuttgart de 1907 la socialdemocracia internacional adoptó una resolución sobre la necesidad de luchar por el derecho al voto de las mujeres.

El Día de la Mujer Trabajadora se estableció en Copenhague[243] como un día de agitación por el sufragio femenino.

La Segunda Internacional no fue más allá de esta demanda de igualar formalmente los derechos de la mujer con los del hombre. Dejó de lado la liberación social de la mujer y la liberación de la vida doméstica hasta después de la completa consecución del orden socialista.

La gran revolución proletaria rusa resolvió el problema de los derechos políticos de la mujer de un solo golpe. Las mujeres trabajadoras y campesinas se convirtieron en ciudadanas de pleno derecho de la Rusia soviética. El objetivo del Día de la Mujer Trabajadora se ha cumplido.

Sin embargo, ahora, en el fragor de la dura batalla con el viejo y obsoleto mundo burgués, la vida presenta al proletariado internacional muchos nuevos, maduros y urgentes desafíos en la lucha por la emancipación de la mujer.

Las mujeres obreras y campesinas disfrutan del derecho al voto en igualdad de condiciones con los hombres. Sin embargo, a pesar de este reconocimiento formal, este derecho no es más que un medio, un arma para la lucha contra las condiciones de vida, reliquias del capitalismo, que oprimen a las mujeres.

Las mujeres trabajadoras y campesinas siguen siendo en gran medida esclavas domésticas, todavía encadenadas a la familia burguesa, todavía objeto de un comercio vergonzoso como prostitutas poco dispuestas.

Entre las numerosas e importantísimas tareas de la Tercera Internacional está la de la emancipación de la mujer. Hoy en día esta cuestión ya no es meramente abstracta y teórica. La vida real requiere acción. Durante el último medio siglo el trabajo de las mujeres ha adquirido un enorme peso en la producción. El desarrollo planificado de la economía nacional y de su capacidad productiva se ha vuelto inconcebible sin la ayuda de la fuerza de trabajo de la mujer.

---

[242] [*El día de la mujer trabajadora y la Internacional Comunista*], Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Publicado en *Pravda* el 7 de marzo de 1919.

[243] Ver en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: Proclamación del día de la mujer.

Para usar este poder de manera conveniente en la economía comunista, las mujeres deben ser liberadas de sus cargas y ahorrarse el trabajo innecesario, improductivo y derrochador en las tareas domésticas y la crianza de los niños. La construcción de la nueva sociedad exige que la energía viva y fresca de las mujeres se dirija a construir la vida sobre nuevos principios.

En lugar de realizar tareas domésticas improductivas, la mujer puede desempeñar un enorme papel en la organización del nuevo orden económico; en lugar de educar a la familia, la mujer puede contribuir en gran medida a fortalecer y desarrollar los inicios de la educación pública socialista. La nueva, Tercera, Internacional Comunista sólo tiene que fijarse la tarea de utilizar al proletariado femenino, de desarrollar toda la amplitud de su iniciativa para atraer a las trabajadoras a la causa de luchar y construir un nuevo modo de vida y desarrollar una nueva ética, una nueva relación entre los sexos.

Por lo tanto, el "Día de la Mujer Trabajadora" de este año no es sólo una celebración del destacado logro de las mujeres de la clase obrera (su adquisición de la plena igualdad en los derechos civiles) sino un día para proyectar nuevas tareas para la causa de la emancipación social y económica de la mujer a través de los esfuerzos de la tercera internacional, de la Internacional Comunista.

Los camaradas de la Tercera Internacional no deben olvidar que, sin la participación activa de las mujeres trabajadoras, la dictadura del proletariado no puede ser estable y completa.

¿Por qué luchamos?

(7 mayo 1919)[244]

Es este un interrogante que perturba a muchos, es la pregunta a la que se enfrentan el Ejército Rojo y los obreros y que preocupa a los campesinos. Hace dos años ¿acaso no nos convocaron los comunistas bolcheviques en nombre de la paz? ¿Por qué continúa la guerra? ¿Por qué nos movilizan una vez más y nos envían al frente?

Para responder a esta pregunta hay que entender lo que ocurre a nuestro alrededor, los acontecimientos que se están desarrollando. Tan pronto como los obreros y campesinos tomaron el poder en sus manos, en octubre de 1917, ofrecieron honesta y abiertamente la paz a todos los pueblos. Sin embargo, los obreros de los demás países eran todavía demasiado débiles, y los capitalistas depredadores eran todavía lo suficientemente fuertes como para continuar la guerra. En marzo de 1918, el gobierno soviético, deseoso de alcanzar la paz, firmó con Alemania el desventajoso y oneroso Tratado de Paz de Brest-Litovsk para devolver al labrador al campo, al trabajador a su torno, para salvar la vida de sus ciudadanos libres.

Sin embargo, los depredadores imperialistas no temen a la sangre, y no dan ningún valor a la vida humana. Necesitaban la guerra y por eso la burguesía de todos los países llevaba a cabo desde el exterior repetidos ataques contra la Rusia y la Ucrania soviéticas, mientras que en el interior del país alentaba la acción de los kulaks contra los obreros y los campesinos. Tomó forma un nuevo frente de batalla que no era el de los rusos contra los alemanes o los ucranianos contra los aliados, sino el de los "rojos" contra los "blancos", es decir, los obreros contra la burguesía.

¿Qué podía hacer el pueblo? ¿Acaso debería decir: estamos en contra de la guerra, estamos a favor de la paz, y, por lo tanto, si los Kolchak, Denikin y Krasnov nos atacan, ¡no tomaremos las armas!? ¿Nos da lo mismo que el capital norteamericano, alemán o ruso nos gobierne una vez más e introduzca entre nosotros el sistema que más le convenga?

Por supuesto que ningún soldado, obrero o campesino del Ejército Rojo que cuente con una mente racional diría algo así.

El campesino pronto se da cuenta de que, si regresa Skoropadsky, junto con los sacerdotes y los terratenientes, ¡será el adiós a la tierra y a la libertad! Una vez más deberá quitarse la gorra ante el policía del pueblo y morirá de hambre mientras los graneros de los terratenientes se llenan de granos de oro.

El obrero comprende que la vuelta al poder de la burguesía significará la vuelta a la falta de derechos, a la explotación del trabajo, la abolición de la jornada laboral de 8 horas y del seguro de paro, que llevará a la expulsión de los obreros de sus luminosas y saneadas viviendas para volverlos a lanzar a los húmedos sótanos. Significaría el regreso a la esclavitud del trabajo asalariado.

El soldado del Ejército Rojo recordaría el régimen carcelario de los cuarteles zaristas, los golpes de los oficiales, los insultos y abusos de los comandantes del viejo

[244] ¿*Por qué luchamos*?, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "What Are We Fighting For?", en Alexandra Kollontai – Marxists Internet Archive.

orden, la carne podrida para la cena, los robos de los superintendentes militares, y sus manos buscarían instintivamente su fusil protector.

Todo el pueblo trabajador en su conjunto no puede dejar de comprender que ahora la cuestión es si los campesinos y los obreros deben ser los amos de Rusia y Ucrania, o si los sacerdotes, terratenientes y capitalistas deben volver y colgarse una vez más como una piedra de molino alrededor del cuello del pueblo.

¡Esto no es la guerra, sino el pueblo trabajador que se levanta en defensa de sus derechos, de su libertad y de su misma vida!

No luchamos para anexarnos nuevas tierras o para esclavizar o saquear a otro pueblo, sino para salvaguardarnos de los depredadores capitalistas. Luchamos para asegurar al campesino y a sus hijos la posibilidad de cultivar pacíficamente la tierra, para ofrecerle al obrero la posibilidad no sólo de trabajar en una fábrica o planta, sino de participar él mismo en la organización de la producción, distribuyendo él mismo la riqueza nacional de tal manera que cada uno reciba lo que le corresponde, en lugar de que un hombre lo reciba todo simplemente porque es capitalista y, así, se lleve la mayor parte de la riqueza nacional.

Luchamos para defender el derecho de los obreros y campesinos a dirigir su propia patria. Luchamos para proteger al pueblo contra la posible vuelta de la hambruna y la subida de precios. Luchamos para crear una república fraternal internacional y unida de obreros y campesinos, para destruir a los propietarios privados y a los ricos depredadores, y para poner fin a la guerra de una vez por todas.

Nuestra guerra (la guerra de los rojos contra los blancos) es la revuelta de los oprimidos contra los responsables del derramamiento de sangre. Nuestro grito es y seguirá siendo “¡Guerra a la guerra! ¡En nombre de todos los obreros: larga vida al trabajo productivo y pacífico!

Boletín del Sóviet de Járkov y del Comité Ejecutivo Provincial del Sóviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo
7 de mayo de 1919



La emancipación de la mujer a través del trabajo

(1920)[245]

El papel asignado al trabajo en la república proletaria (un papel tan radicalmente diferente del reconocido por la sociedad burguesa) da lugar a una nueva moral que cambia la mentalidad de las masas trabajadoras y las obliga a pensar y sentir de forma diferente a como lo hacían en el pasado.

Como resultado, vemos muchas manifestaciones de la actividad humana bajo una nueva luz, y de esta nueva forma de ver las cosas surge una nueva moralidad cuyo propósito es regular las relaciones de los hombres con los hombres y con la comunidad. En la sociedad burguesa, la moralidad establecía sobre todo el modo de relaciones entre los hombres, y los deberes de los hombres hacia la sociedad eran sólo un complemento de la moral que cada individuo debía profesar. Las normas que regían las obligaciones de uno con la comunidad eran mucho menos numerosas que las normas que regían las relaciones entre los hombres. En el primer caso se limitaban a enseñar la defensa de la patria, la fidelidad al zar y el precepto, muy condicionado, de "no matar"; en el segundo caso, enseñaban una infinidad de preceptos a los que había dado lugar la defensa de la propiedad y de los intereses particulares, como: "no robes, se trabajador, no tomes a la mujer de otro, mide tu apetito en tus asuntos comerciales, se ahorrativo". Así sea.

Ahora, bajo la dictadura del proletariado, la moralidad a observar fluye directamente de los intereses de la comunidad. Y cualquier acto del que la comunidad no tenga motivos para quejarse no puede ser condenado por nadie. Esto explica por qué en la república proletaria condenamos lo que la mayoría de las veces fue un honor en la sociedad burguesa.

De la misma manera, las condiciones de la existencia, al cambiar, producen una nueva moral. Ciertamente no podremos refundar la humanidad ni en tres o cuatro años ni, inclusive, en diez, ni todos los mortales se convertirán en auténticos comunistas. Pero es bueno notar la facilidad con la que nuestra psicología se adapta a las nuevas condiciones y la rapidez con la que se forman nuevas maneras de relacionarse. Este es un fenómeno sorprendente.

Lo más sorprendente, sin embargo, es la revolución que se está produciendo en las relaciones sexuales. En Rusia, como en todos los países en guerra, la guerra ya había sacudido seriamente la solidez de la familia burguesa. Esto se debió a dos razones: primero, el desarrollo de la fuerza de trabajo femenina, cuyo resultado fue asegurar la independencia económica de la mujer; segundo, el aumento del número de nacimientos de hijos naturales. De repente, todas las prescripciones de la moralidad burguesa fueron golpeadas mortalmente. Las parejas se unieron sin preocuparse por los mandamientos de la Iglesia y los preceptos burgueses.

---

[245] *La emancipación de la mujer a través del trabajo*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "L'Affranchissement de la Femme par le Travail", en Alexandra Kollontaï – Les auteurs marxistes en langue française – MIA. También para la datación: publicado en *Clarté*, nº 36, del 20 de mayo de 1923, que no indica fecha del artículo traducido; de acuerdo con la bibliografía de Kollontai de Henryk Lenczyc parece bastante probable una datación de 1920, datación que confirmaría el pasaje "ciertamente no podremos refundar la humanidad ni en tres o cuatro años ni, inclusive, en diez.

En la Rusia soviética, en la que en los primeros meses de la revolución se abolió el matrimonio religioso y se suprimió la distinción entre hijos naturales y legítimos, en la que la proclamación del trabajo obligatorio para todos hizo de las mujeres y los hombres una unidad de trabajo en la economía nacional, el matrimonio estaba destinado a perder su significado original. En la sociedad burguesa, el matrimonio es un contrato entre dos cónyuges, un contrato debidamente sellado por varios testigos y en el que, para mayor seguridad y solidez, se pone el sello de Dios. El hombre toma a la mujer a su cargo, se compromete a mantenerla, y a cambio exige que ella cuide sus bienes, que le sirva a él, a su descendencia, a sus herederos, que le guarde irreprochable fidelidad para no ofrecerle el regalo de un hijo ajeno. El adulterio, cuando es cometido por una mujer, destruye el equilibrio del hogar, y por lo tanto es concebible que la burguesía condene a la mujer que ha "engañado" al marido nutricio a una vida de infortunio. Pero la burguesía hace la vista gorda ante las fechorías del marido, ya que no ponen en peligro los intereses de la casa. ¿Alguna vez habéis pensado en lo que impulsó a la sociedad burguesa a perseguir a las madres solteras? Si la relación de los dos amantes no se registraba, si no había matrimonio, ¿quién iba a nutrir y mantener a los hijos que saldrían de esta unión? Es evidente que los niños dependerían o bien de los padres del "pecador" (lo que no beneficiaba en absoluto a estas "honorables" familias) o bien del estado o de la comuna, lo que, para el estado, enemigo de toda asistencia pública, significaba el acontecimiento menos deseado.

A partir de la segunda mitad del siglo pasado, cuando las mujeres comenzaron a proveerse a sí mismas, se produjo un cambio en la actitud de la sociedad burguesa hacia las madres solteras. Una gran cantidad de novelas y obras filosóficas de finales del siglo XIX y principios del XX trataban de los "derechos de la mujer a la maternidad" y defendían a las madres solteras.

En la república proletaria, en la que la economía individual, principalmente en las ciudades, tiende a desaparecer a favor de la vida pública, en la que la red de instituciones de educación social se desarrolla rápidamente y cada mujer trabaja tanto como un hombre ganándose la vida de forma independiente, la cuestión del matrimonio adquiere un aspecto completamente diferente. Los ciudadanos de la república de los trabajadores no se unen ni para hacer cálculos económicos, ni para organizar un "pequeño hogar", sino sólo si se ven impulsados a hacerlo por una inclinación mutua. No hay razón para que nuestros dos cónyuges celebren un contrato, ya que ninguno de ellos puede en ningún caso proporcionar al otro un beneficio material, recibiendo cada uno de ellos de la comunidad la parte (ropa, calzado y alojamiento) a la que tiene derecho según los vales que ha obtenido por su trabajo.

Así, el matrimonio aparece bajo una nueva luz. Estamos siendo testigos de un gran cambio en las relaciones conyugales. Y lo más curioso es que este tipo de vida está penetrando incluso en las viejas familias burguesas. Desde que las pequeñas damas de la antigua burguesía, parásitas hasta hace poco, invadieron nuestras instituciones soviéticas y empezaron a ganarse la vida, adoptaron inmediatamente un tono de independencia al que sus maridos no estaban acostumbrados ni de lejos.

Como podemos ver, tan pronto como el matrimonio deja de proporcionar cualquier ventaja material, pierde toda la solidez. A partir de ahora, es infinitamente más fácil para los cónyuges separarse. Si no están unidos por una inclinación natural, no intentan mantener la familia. Ya no están atados como antes a la comunidad del hogar por las obligaciones de los padres con los hijos. Y el matrimonio religioso ya no es inviolable hoy en día. Por supuesto, debemos tener cuidado de no generalizar estas nuevas costumbres que aún no se han convertido en una regla universal, pero que se están estableciendo y se establecerán cada vez más a medida que se organice la vida comunista.

Sin embargo, debemos seguir con creciente atención el desarrollo de las nuevas formas de vida, debemos establecer su desarrollo para saber si en la república obrera tendrán el efecto de fortalecer o eliminar la familia. Pero si analizamos el desarrollo de nuestro sistema económico, ya podemos afirmar que la comunidad obrera debe, inevitablemente, absorber a la vieja familia burguesa.

*

Otro fenómeno característico (cuyo surgimiento se debe enteramente a las nuevas condiciones económicas y al hecho de que en la república proletaria las mujeres constituyen una unidad obrera independiente) es nuestra actitud hacia las mujeres solteras. ¿Qué hombre deja hoy de casarse con el pretexto de que la mujer que ama ha conocido a otro antes que él? La “virginidad” tenía su razón de ser en el régimen de propiedad. La “legitimidad” del hijo era necesaria para la sociedad burguesa: 1° para establecer quién alimentaría al hijo; 2° para transmitir la herencia a los hijos legítimos.

La república obrera, que ha abolido la herencia, no puede preocuparse por el matrimonio del que procede el niño; lo esencial para ella es el destino del niño del que hará un trabajador.

La república debe ocuparse de la educación del niño, ya sea que éste es fruto de un matrimonio normal, ya sea que es fruto de una aventura realizada al margen de las formalidades acordadas. Así, por parte de la república proletaria, ninguna distinción entre las madres.

El resultado es que ya no vemos hoy que las madres solteras se suiciden con el pretexto de ocultar su “vergüenza”. Además, ¿quién se atrevería hoy a hablar de la “vergüenza” en el caso de las madres solteras?

Cada vez más, el matrimonio se está convirtiendo en un asunto privado, mientras que la maternidad se está convirtiendo en un deber social de vital importancia. Y la sociedad sólo tiene derecho a oponerse al matrimonio si atañe a personas enfermas.

Por otra parte, a medida que cambia nuestra concepción de las relaciones conyugales, consideramos la [prostitución] desde un punto de vista que difiere esencialmente del que desde hasta ahora se hacía. La prostitución, al menos en las formas que adopta en los países burgueses, tiende cada vez más a desaparecer de la república proletaria. La prostitución es el resultado de la dependencia completa de las mujeres respecto de los hombres, y de la ausencia total de leyes que les garanticen un mínimo de beneficios materiales. La república proletaria, al decretar el trabajo obligatorio para todos, al obligar a cada ciudadano a tener un trabajo, está condenando la prostitución a una muerte natural. Y si la república obrera combate la prostitución, es porque constituye una forma de deserción del trabajo.

*

De ahora en adelante no podrá negarse que el matrimonio está evolucionando, que sus marcos se están aflojando y que la maternidad se está convirtiendo en una función social.

Hay que reconocer que este artículo no pretende agotar un tema tan vasto como los cambios provocados por la Revolución Rusa en la moral y las formas de vida. Tendremos la oportunidad de volver sobre este asunto. Por el momento, queremos subrayar que la Revolución de Octubre, y la organización de nuevas formas de vida, confirman lo que siempre hemos dicho: que la posición de la mujer en la sociedad y en el matrimonio está determinada únicamente por su papel en la producción y por la importancia de su contribución a la economía nacional. Así pues, la condición de la mujer depende del trabajo. Mientras que las condiciones económicas y matrimoniales de la sociedad burguesa esclavizaban a la mujer, ahora las nuevas formas de trabajo en la colectividad obrera la están liberando.

El Día Internacional de la Mujer

(1920)[246]

Una celebración militante

El Día de la Mujer o Día de la Mujer Trabajadora es un día de solidaridad internacional, y un día para pasar revista de la fuerza y la organización de las mujeres proletarias.

Pero este no es un día especial solo para las mujeres. El 8 de marzo es un día histórico y memorable para los obreros y los campesinos, para todos los trabajadores rusos y para los trabajadores de todo el mundo. En 1917, en este día, estalló la gran Revolución de Febrero[247]. Fueron las mujeres obreras de San Petersburgo quienes comenzaron esta revolución; fueron ellas las primeras en levantar la bandera de oposición al zar y sus compinches. Y así, para nosotras, el día de la mujer trabajadora es un día de doble celebración.

Pero si este es un día festivo para todo el proletariado, ¿por qué lo llamamos el “Día de la Mujer”? ¿Por qué realizamos celebraciones especiales y reuniones dirigidas sobre todo a las mujeres obreras y a las mujeres campesinas? ¿No hace esto peligrar la unidad y solidaridad de toda la clase obrera? Para responder a estas preguntas, tenemos que echar la vista atrás y ver cómo nació el Día de la Mujer y con qué propósito fue organizado.

¿Cómo y por qué fue organizado el Día de la Mujer?

Hace no mucho tiempo, unos diez años en realidad, la cuestión de la igualdad de las mujeres y la cuestión de si las mujeres podían participar en el gobierno junto con los hombres estaban siendo muy debatidas. La clase obrera de todos los países capitalistas luchaba por los derechos de la mujer trabajadora; la burguesía no quería aceptar estos derechos. No estaba entre los intereses de la burguesía reforzar el voto de la clase obrera en el parlamento, y en todos los países obstaculizó la aprobación de leyes que daban derechos a las mujeres trabajadoras.

Las socialistas de Norteamérica fueron particularmente persistentes en sus demandas por el derecho a voto. El 28 de febrero de 1909, las mujeres socialistas de EEUU organizaron enormes manifestaciones y reuniones por todo el país demandando derechos políticos para las mujeres obreras. Este fue el primer “Día de la Mujer”. La iniciativa de organizar un día de la mujer corresponde por tanto a las trabajadoras de Norteamérica.

En 1910, en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, Clara Zetkin[248] planteó la cuestión de organizar un Día Internacional de la Mujer Trabajadora.

---

[246] *El Día Internacional de la Mujer*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria.

[247] En la Rusia zarista aún se usaba el viejo calendario juliano de la Edad Media, que iba 13 días por detrás del calendario gregoriano usado en la mayor parte del mundo. Así, el 8 de marzo correspondía al 23 de febrero en el viejo calendario. Es por esto que la revolución de marzo de 1917 se conoce como la “Revolución de Febrero”, y la de noviembre de 1917 la “Revolución de Octubre”.

[248] Clara Zetkin fue una líder del movimiento socialista alemán y la principal líder del movimiento internacional de mujeres obreras. Kollontai fue delegada de la conferencia internacional en representación de las trabajadoras textiles de San Petersburgo.

La conferencia decidió que cada año, en cada país, se celebrase el mismo día un "Día de la Mujer" bajo el lema "el voto de la mujer unirá nuestra fuerza en la lucha por el socialismo".

Durante esos años, la cuestión de hacer el parlamento más democrático, por ejemplo, de ampliar el sufragio y extender el voto a las mujeres, era de vital importancia. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, los trabajadores tenían derecho a voto en todos los países capitalistas a excepción de Rusia[249]. Solo las mujeres, junto a los dementes, permanecían sin estos derechos. Pero, al mismo tiempo, la dura realidad del capitalismo demandaba la participación de la mujer en la economía nacional. Cada año se incrementaba el número de mujeres que tenían que trabajar en las fábricas y en los talleres, o como sirvientas y limpiadoras. Las mujeres trabajaban junto a los hombres y creaban la riqueza del país con sus manos. Pero las mujeres seguían sin poder votar.

Pero en los últimos años antes de la guerra la subida de los precios forzó incluso a la más pacífica ama de casa a interesarse por cuestiones políticas y a protestar en voz alta contra la economía burguesa del saqueo. Las "revueltas de las amas de casa" se hicieron cada vez más frecuentes, estallando en distintos momentos en Austria, Inglaterra, Francia y Alemania.

Las mujeres trabajadoras entendieron que no era suficiente con romper los puestos en el mercado o expulsar al comerciante extraño; entendieron que tales acciones no reducen el costo de la vida. Es necesario cambiar la política del gobierno. Y para conseguir esto, la clase obrera tiene que ver cómo se amplía el sufragio.

Se decidió tener en cada país un Día de la Mujer como una forma de lucha para conseguir el voto para la mujer trabajadora. Este día iba a ser un día de solidaridad internacional en la lucha por objetivos comunes y un día para pasar revista de la fuerza organizada de las mujeres trabajadoras bajo la bandera del socialismo.

El primer Día Internacional de la Mujer

Esta decisión tomada en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas no se recogió por escrito. Se decidió celebrar el primer Día Internacional de la Mujer el 19 de marzo de 1911.

Esta fecha no se escogió al azar. Nuestras camaradas alemanas escogieron el día por su importancia histórica para el proletariado alemán. El 19 de marzo del año revolucionario de 1848, el rey de Prusia reconoció por primera vez la fuerza del pueblo en armas y cedió ante la amenaza de un levantamiento proletario. Entre las muchas promesas que hizo, y que más tarde no cumplió, estaba la introducción del voto para las mujeres.

Tras el 11 de enero se hicieron grandes esfuerzos en Alemania y Austria para preparar el Día de la Mujer. Se dieron a conocer los planes para una manifestación, tanto de boca en boca como en la prensa. Durante la semana anterior al Día de la Mujer aparecieron dos revistas: *El Voto para la Mujer* en Alemania y *El Día de la Mujer* en Austria. Los diversos artículos dedicados al Día de la Mujer ("Las mujeres y el Parlamento", "La mujer trabajadora y los asuntos municipales", "¿Qué tienen que ver las amas de casa con la política?", etc.) analizaban a fondo la cuestión de la igualdad de la mujer en el gobierno y en la sociedad. Todos los artículos enfatizaban un mismo punto:

[249] Esto no es exacto. La inmensa mayoría de los trabajadores no cualificados de Inglaterra, Francia y Alemania no podían votar. Un menor porcentaje de los hombres de clase obrera en Estados Unidos tampoco podía votar, en particular los hombres inmigrantes. En el sur de EEUU a los hombres negros se les impedía votar. Los movimientos sufragistas de clase media de todos los países europeos no lucharon por extender el voto a hombres o mujeres de la clase obrera.

que era absolutamente necesario hacer el parlamento más democrático extendiendo el sufragio a las mujeres.

El primer Día Internacional de la Mujer tuvo lugar en 1911. Su éxito superó todas las expectativas. Ese día, Alemania y Austria se convirtieron en un tempestuoso y vibrante mar de mujeres. En todas partes se organizaban reuniones: en las pequeñas ciudades e incluso en las aldeas, las salas de reuniones estaban tan llenas de gente y tenían que pedir a los hombres que cedieran su sitio a las mujeres.

Sin duda esta fue la primera muestra de militancia de la mujer trabajadora. Los hombres se quedaron en casa con los niños para variar, y sus esposas, las cautivas amas de casa, fueron a las reuniones. Durante las manifestaciones callejeras más multitudinarias, en las que participaron 30.000 personas, la policía decidió retirar las pancartas de las manifestantes; las trabajadoras hicieron un alto. En los altercados que siguieron, solo se evitó el derramamiento de sangre con la ayuda de los diputados socialistas del parlamento.

En 1913 el Día Internacional de la Mujer fue transferido al 8 de marzo. Este día ha seguido siendo el día de militancia de las mujeres trabajadoras.

¿Es necesario el Día de la Mujer?

El Día de la Mujer tuvo resultados espectaculares en EEUU y en Europa. Es cierto que ningún parlamento burgués pensó en hacer concesiones a las trabajadoras, o en responder a las demandas de las mujeres. Por aquel entonces, la burguesía no estaba amenazada por una revolución socialista.

Pero el Día de la Mujer sí consiguió algo. Sobre todo, resultó ser un excelente método de agitación entre nuestras hermanas proletarias menos politizadas. Ni siquiera ellas pudieron dejar de prestar atención a las reuniones, manifestaciones, carteles, folletos y periódicos dedicados al Día de la Mujer. Incluso la mujer políticamente atrasada pensó para sí misma: “este es nuestro día, el festival de la mujer trabajadora”, y se apresuró a las reuniones y manifestaciones. Después de cada Día de la Mujer Trabajadora, más mujeres se unían a los partidos socialistas, y los sindicatos crecían. Las organizaciones mejoraron y la conciencia política se desarrolló.

El Día de la Mujer aún sirvió para otra función: fortaleció la solidaridad internacional de los trabajadores. Es habitual que los partidos de diferentes países intercambien oradores para esta ocasión: camaradas alemanes van a Inglaterra, camaradas ingleses van a Holanda, etc. La cohesión internacional de la clase obrera se ha hecho fuerte y firme, y esto significa que la fuerza de lucha del proletariado en su conjunto ha crecido.

Estos son los resultados del día de militancia de las mujeres trabajadoras. El Día Internacional de la Mujer ayuda a incrementar la conciencia y la organización de la mujer proletaria. Y esto significa que su contribución es esencial para el éxito de aquellos que luchan por un futuro mejor para la clase obrera.

Las mujeres trabajadoras en Rusia

Las trabajadoras rusas participaron por primera vez en el Día de la Mujer Trabajadora en 1913. Aquel era un tiempo de gran reacción en el que el zarismo mantenía firmemente sujetos a los obreros y los campesinos en su puesto. No era posible plantear manifestaciones públicas para celebrar el Día de la Mujer. Pero las trabajadoras organizadas fueron capaces de remarcar su día internacional. Los dos periódicos legales

de la clase obrera (el *Pravda* bolchevique y el *Lunch* menchevique[250]) publicaron artículos acerca del Día Internacional de la Mujer; publicaron artículos especiales, retratos de algunas mujeres que participaban en el movimiento de mujeres trabajadoras y saludos de camaradas como Bebel y Zetkin[251].

En esos años sombríos las reuniones estaban prohibidas. Pero en Petrogrado, en la Bolsa Kalashaikovsky, las trabajadoras que pertenecían al partido organizaron un foro público sobre "La cuestión de la mujer". La entrada era de cinco kópeks. Era una reunión ilegal, pero el salón estaba absolutamente lleno. Algunos miembros del partido hablaron. Pero apenas había terminado esta animada reunión "cerrada" cuando la policía, alarmada por tales actos, intervino y detuvo a muchos de los oradores.

Era de gran importancia para los trabajadores del mundo que las mujeres de Rusia, que vivían bajo la represión zarista, se unieran y de alguna manera consiguieran reconocer con acciones el Día Internacional de la Mujer. Esto era una señal de que Rusia estaba despertando y de que las cárceles y las horcas zaristas eran incapaces de matar el espíritu de lucha y protesta del proletariado ruso.

En 1914, el Día de la Mujer Trabajadora en Rusia estaba mejor organizado. Ambos periódicos obreros se implicaron en su celebración. Nuestras camaradas pusieron mucho esfuerzo en la preparación del Día de la Mujer. Debido a la intervención policial, no lograron organizar ninguna manifestación. Quienes participaron en la planificación del Día de la Mujer Trabajadora acabaron en las cárceles zaristas, y más tarde muchos fueron deportados al frío norte. Pues naturalmente la consigna "por el voto de la mujer trabajador" se había convertido en Rusia en un abierto llamamiento al derrocamiento de la autocracia zarista.

El Día de la Mujer Trabajadora durante la Guerra Imperialista

La Primera Guerra Mundial estalló, y la clase obrera de todos los países se cubrió con la sangre de la guerra[252]. En 1915 y 1916 el Día de la Mujer Trabajadora en el extranjero tuvo muy poca repercusión; las mujeres socialistas de izquierdas que compartían las opiniones del Partido Bolchevique Ruso intentaron convertir el 8 de marzo en una manifestación de mujeres obreras en contra de la guerra. Pero los partidos socialistas traidores de Alemania y otros países no iban a permitir a las mujeres organizar reuniones, y se les denegaron los pasaportes para viajar a países neutrales en los que las mujeres obreras querían celebrar reuniones internacionales y mostrar que, a pesar de los deseos de la burguesía, el espíritu de la solidaridad internacional pervivía.

---

[250] En su Congreso de 1903, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se dividió en dos facciones, los bolcheviques (que significa "mayoría" en ruso) y los mencheviques ("minoría"). En el periodo entre 1903 y 1912, cuando la división se hizo permanente, las dos facciones trabajaron juntas, unificadas por un tiempo, escindidas de nuevo. Muchos socialistas, incluso organizaciones locales enteras, trabajaron con ambas facciones o trataron de mantenerse neutrales en las disputas. Kollontai, una socialista activa y luchadora por los derechos de las mujeres desde 1899, se mantuvo en un principio independiente de las facciones, y luego se hizo menchevique durante varios años. Se unió a los bolcheviques en 1915 y se convirtió en la única mujer miembro del comité central. También sirvió como Comisaria de Asistencia Social de la República Soviética y como jefa de la Sección de la Mujer del Partido Bolchevique.

[251] August Bebel (1840-1913) fue un líder del partido socialdemócrata alemán. Fue un conocido defensor del movimiento de las mujeres, y autor de un libro clásico sobre el marxismo y la mujer (*Die Frau und der Sozialismus*, traducido como *La mujer y el socialismo*).

[252] Cuando la guerra estalló en 1914, hubo una masiva escisión en el seno del movimiento socialista internacional. La mayoría de socialdemócratas en Alemania, Austria, Francia e Inglaterra apoyaron la guerra. Otros socialistas, como Kollontai, Lenin y el Partido Bolchevique en Rusia, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg en Alemania y Eugene Debs en Estados Unidos, por mencionar algunos de los líderes, denunciaron a los socialistas proguerra como traidores a la clase obrera y a la lucha por la revolución proletaria.

En 1915, solo en Noruega se logró organizar una manifestación internacional por el Día de la Mujer, a la que acudieron representantes de Rusia y de países neutrales. Era impensable organizar un Día de la Mujer en Rusia, pues aquí el poder del zarismo y su maquinaria militar no tenían freno.

Entonces llegó el gran, gran año de 1917. El hambre, el frío y las pruebas de la guerra agotaron la paciencia de las mujeres obreras y campesinas de Rusia. En 1917, el 8 de marzo (23 de febrero), en el Día de la Mujer Trabajadoras, las mujeres salieron valientemente a las calles de Petrogrado. Las mujeres (algunas obreras, otras esposas de los soldados) demandaban "pan para nuestros hijos" y "el regreso de nuestros maridos de las trincheras". En este momento decisivo las protestas de las trabajadoras suponían tal amenaza que incluso las fuerzas de seguridad zaristas no se atrevieron a tomar las habituales medidas contra los rebeldes, sino que se quedaron mirando confundidos ante el tormentoso mar de la ira del pueblo.

El Día de la Mujer Trabajadora de 1917 se ha convertido en un día memorable en la historia. En este día las mujeres rusas alzaron la antorcha de la revolución proletaria y prendieron el mundo en llamas. La Revolución de Febrero marca su comienzo.

Nuestro llamamiento a la batalla

El Día de la Mujer Trabajadora se organizó por primera vez hace diez años en la campaña por la igualdad política de las mujeres y la lucha por el socialismo. Este objetivo ha sido alcanzado por las mujeres de la clase obrera en Rusia. En la república soviética las mujeres obreras y campesinas no necesitan luchar por el sufragio o por derechos civiles. Ya han ganado esos derechos: el derecho a voto, a participar en los sóviets y a participar en todas las organizaciones colectivas. Las trabajadoras y campesinas rusas son ciudadanas iguales a los hombres. En sus manos, esos derechos son un arma poderosa para hacer más fácil la lucha por una vida mejor.[253]

Pero los derechos por sí solos no bastan. Hay que aprender a usarlos. El derecho a voto es un arma que tenemos que aprender a utilizar en nuestro propio beneficio, y en el de la república de los trabajadores. En dos años de poder soviético, la vida misma no ha cambiado en absoluto. Solo estamos en proceso de luchar por el comunismo y estamos rodeados por el mundo que hemos heredado de un pasado oscuro y represivo. Los grilletes de la familia, el trabajo doméstico y la prostitución aún son una pesada carga para la mujer trabajadora. Las mujeres obreras y campesinas solo pueden librarse de esta situación y alcanzar la igualdad real, y no sólo en la ley, si ponen todas sus energías en hacer de Rusia una sociedad verdaderamente comunista.

Y para acelerar esto, primero tenemos que arreglar la destrozada economía de Rusia. Debemos considerar la resolución de nuestras dos tareas más inmediatas (la creación de una mano de obra bien organizada y políticamente consciente y el restablecimiento del transporte). Si nuestro ejército de trabajo funciona bien, pronto tendremos máquinas de vapor de nuevo y los ferrocarriles comenzarán a funcionar. Esto significa que los trabajadores y las trabajadoras tendrán el pan y la leña que tan desesperadamente necesitan.

Conseguir que el trasporte vuelva a la normalidad acelerará la victoria del comunismo. Y con la victoria del comunismo vendrá la igualdad completa y fundamental para las mujeres. Por eso, el mensaje del Día de la Mujer Trabajadora de este año debe ser: "Trabajadoras, campesinas, madres, esposas, hermanas, todos los esfuerzos para

---

[253] La palabra "sóviet" significa "consejo". Los sóviets, o consejos obreros, son cuerpos democráticos en los que los delegados son elegidos en reuniones de fábrica o de barrio, y son controlados por sus hermanos y sus hermanas proletarias. Los representantes de los sóviets deben rendir cuentas a su circunscripción electoral y están sujetos a revocabilidad inmediata.

ayudar a los trabajadores y los camaradas a superar el caos de los ferrocarriles y restablecer el transporte. Todos en la lucha por el pan, la leña y las materias primas."

El año pasado, el lema del Día de la Mujer fue: "Todo para la victoria del Frente Rojo"[254]. Ahora, llamamos a las mujeres trabajadoras a reunir sus fuerzas en un nuevo frente sin sangre, ¡el frente laboral! El Ejército Rojo derrotó al enemigo externo porque estaba organizado, disciplinado y listo para el sacrificio personal. Con organización, trabajo duro, autodisciplina y autosacrificio, la república obrera derrotará al enemigo interno: la dislocación del transporte y la economía, el hambre, el frío y la enfermedad. "¡Todo el mundo a la victoria en el frente del trabajo! ¡Todos a esta victoria!

Las nuevas tareas del Día de la Mujer Trabajadora

La Revolución de Octubre dio a las mujeres igualdad con los hombres en lo que a derechos civiles se refiere. Las mujeres del proletariado ruso, que hace no mucho tiempo eran las más desafortunadas y oprimidas, pueden ahora mostrar con orgullo a las camaradas de otros países el camino hacia la igualdad política mediante el establecimiento de la dictadura del proletariado y del poder soviético.

La situación es muy diferente en los países capitalistas, donde las mujeres aún sufren sobrecarga de trabajo y falta de derechos. En esos países la voz de la mujer trabajadora es débil y sin vida. Es cierto que en varios países (Noruega, Australia, Finlandia y algunos estados de Norteamérica) las mujeres habían ganado derechos civiles ya antes de la guerra[255].

En Alemania, después de que el Kaiser fuese depuesto y se estableciese una república burguesa, liderada por los "comprometidos"[256], treinta y seis mujeres entraron en el parlamento, ¡pero ni una sola comunista!

En 1919, en Inglaterra, una mujer fue elegida por primera vez como miembro del parlamento. ¿Pero quién era? Una "dama". Es decir, una terrateniente, una aristócrata[257].

En Francia también se ha planteado la cuestión de extender el sufragio a las mujeres[258].

¿Pero de qué sirven estos derechos a las mujeres trabajadoras en el marco del parlamento burgués? Mientras el poder esté en manos de los capitalistas y los propietarios, ningún derecho político salvará a la mujer trabajadora de su posición tradicional de esclavitud en el hogar y en la sociedad. La burguesía francesa está lista para asestar otro golpe a la clase obrera, para hacer frente a las crecientes ideas bolcheviques entre el proletariado: están dispuestos a darle el voto a las mujeres.

---

[254] Tras la toma del poder de la clase obrera en octubre de 1917, el estado de los trabajadores rusos enfrentó dos grandes problemas. Uno fue la invasión por trece países, entre ellos EEUU; el segundo fue la resistencia de los elementos monárquicos y capitalistas de Rusia. Los sóviets crearon un ejército de obreros y campesinos, el Ejército Rojo, que derrotó a las fuerzas contrarrevolucionarias.

[255] Las mujeres habían ganado el derecho a voto en varios estados de EEUU antes de la Primera Guerra Mundial. Una enmienda federal que garantizaba a todas las mujeres mayores de 21 años el derecho al voto fue aprobada el 26 de agosto de 1920. No fue hasta los años sesenta que se abolieron las últimas barreras legales al voto de la clase obrera.

[256] Los "comprometidos" a los que se refiere Kollontai son los líderes socialdemócratas que formaron un nuevo gobierno capitalista en Alemania tras la caída del Kaiser en 1918. Tras asumir el gobierno apoyaron activamente la contrarrevolución.

[257] Si bien la aristócrata Lady Astor fue la primera mujer en servir en el Parlamento Británico, la primera mujer elegida al parlamento fue la revolucionaria irlandesa Constance Markievicz. Junto a otros miembros del partido Sinn Fein, se negó a tomar su asiento en el parlamento imperial.

[258] Las mujeres francesas no obtuvieron finalmente el voto hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Señor burgués, señor: ¡es demasiado tarde!

Tras la experiencia de la Revolución de Octubre Rusa, resulta claro para todas las mujeres trabajadoras de Francia, Inglaterra y otros países que solo la dictadura de la clase obrera, solo el poder de los sóviets, puede garantizar la igualdad completa y absoluta. La victoria final del comunismo derribará las centenarias cadenas de represión y falta de derechos. Si la tarea del Día Internacional de la Mujer Trabajadora fue antes la lucha por el derecho al voto de la mujer frente a la supremacía de la burguesía en los parlamentos, la clase obrera tiene ahora una nueva tarea: organizar a las mujeres trabajadoras en torno a los eslóganes de lucha de la Tercera Internacional. En lugar de participar en el trabajo del parlamentarismo burgués, escuchad el llamado de Rusia:

"¡Mujeres trabajadoras de todos los países! ¡Organizad un frente proletario unido contra aquellos que saquean el mundo! ¡Abajo con el parlamentarismo de la burguesía! ¡Damos la bienvenida al poder soviético! ¡Fuera las desigualdades sufridas por los hombres y las mujeres trabajadoras! ¡Lucharemos con los trabajadores por el triunfo del comunismo mundial!"

Este llamamiento se escuchó por primera vez en medio de las pruebas enfrentadas por el nuevo orden, en las batallas de la guerra civil, y hará sonar una música que estremecerá los corazones de las trabajadoras de otros países. La mujer trabajadora escuchará esta llamada y sabrá que es correcta. Hasta hace poco pensaba que si lograban enviar unos pocos representantes al parlamento su vida sería más fácil y la opresión del capitalismo más soportable. Ahora saben que no es así.

Solo el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento del poder soviético las salvará del mundo de sufrimiento, humillaciones y desigualdades que hace tan difícil la vida de las mujeres trabajadoras en los países capitalistas. ¡El Día de la Mujer Trabajadora pasa de ser un día de lucha por el sufragio a un día internacional de lucha por la plena y absoluta liberación de la mujer, lo que significa una lucha por la victoria de los sóviets y por el comunismo!

¡Abajo con el mundo de la propiedad y el poder del capital!

¡Fuera las desigualdades, la falta de derechos y la opresión de la mujer; el legado del mundo burgués!

¡Hacia la unión internacional de los hombres y las mujeres trabajadoras en la lucha por la dictadura del proletariado, del proletariado de ambos sexos!

Interesante carta desde Rusia [carta a D. B. Montefiori]

(1920)[259]

En respuesta a un saludo, la camarada Dora B. Montefiori ha recibido la siguiente carta de parte de la señora Kollontai

Moscú,
13 de septiembre de 1920

“Querida camarada Montefiore,

Me ha alegrado mucho recibir sus amables saludos. No pude contestar de inmediato, ya que por desgracia me puse muy enferma (fiebre tifoidea) durante el congreso internacional. Vivimos en un nuevo mundo donde las bellas esperanzas del futuro comunismo real se mezclan con muchos restos del viejo mundo capitalista. Hacer de Rusia un verdadero estado comunista es una dura lucha, pero poco a poco el trabajo continúa. ¡Si los camaradas del resto del mundo nos dieran un apoyo más activo! Una cosa se ha logrado: en realidad no hay capital, ni propiedad privada en Rusia, y la psicología de las masas ha cambiado tanto que parece que hemos avanzado muchos siglos desde el comienzo de la guerra imperialista. También ha cambiado el lugar de las mujeres en el estado y en la familia: todas las mujeres tienen que trabajar, porque “quien no trabaja no come” en la Rusia soviética. Cada vez tenemos menos mujeres de las que no eran más que una carga para sus maridos y su familia.

Hay tantas cosas que me gustaría contarle sobre la Rusia soviética... ¡Venga a visitarnos algún día, querida amiga! Pero recuerde siempre antes de criticarnos que no pudimos y aún no hemos alcanzado el comunismo; ¡un país, una nación sola, no puede hacerlo! El comunismo debe ser tarea de todos los proletarios del mundo. Y tenemos grandes esperanzas en que nuestros camaradas ingleses nos demuestren pronto que pueden hacer más que Rusia, que fue oprimida por el zar, y donde no teníamos buenas organizaciones de masas, donde las condiciones económicas están mucho menos preparadas para el comunismo que en Gran Bretaña.

Querida camarada, reciba mi cariño hacia usted y mis saludos comunistas confiando en encontrarnos pronto.

Suya en el comunismo,
Alejandra [Kollontai]”.

[259] *Interesante carta desde Rusia*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “An Interesting Letter from Russia”, en Alexandra Kollontai Archive – MIA. Publicado en *The Communist*, 21 de octubre de1920.

El primer subsidio

(1921)[260]

Aquel octubre de 1917 era gris, ventoso. El viento agitaba las copas de los árboles en el jardín del Smolny, del edificio de interminables y tortuosos pasillos y grandes y luminosas salas, con ese vacío propio de las estancias oficiales, donde se llevaba a cabo un trabajo intenso, que el mundo no había conocido nunca.

Hacía dos días que el poder había pasado a manos de los sóviets. Del Palacio de Invierno eran dueños los obreros y los soldados. El gobierno de Kerensky no existía ya. Pero cada uno de nosotros comprendía que aquello era solamente el primer peldaño de la dura escalera que conducía a la emancipación de los trabajadores y a la creación de una república nueva, laboriosa, sin precedentes en la tierra.

El Comité Central del Partido Bolchevique se alojaba en una pequeña habitación lateral con una mesa sencilla en el centro, periódicos en las ventanas y en el suelo y unas cuantas sillas. No sé ya para qué había llegado yo allí entonces, pero sí recuerdo que Vladímir Ilich no me dejó siquiera plantear la cuestión. Al verme, decidió en el acto que yo debía hacer algo más necesario que aquello que me proponía.

-Vaya ahora mismo a encargarse del Ministerio de Asistencia Social del Estado. Hay que hacerlo inmediatamente.

Vladímir Ilich estaba tranquilo, casi alegre. Bromeó un poco y, en seguida, pasó a ocuparse de otro asunto.

No recuerdo por qué fui para allá sola, sólo se me quedó grabado en la memoria el húmedo día de octubre en que llegué a la puerta del Ministerio de Asistencia Social del Estado, que se encontraba en la calle de Kazán. El portero, de elevada estatura y buena presencia, con barba canosa y galoneado uniforme, entreabrió la puerta y me examinó de pies a cabeza.

-¿Quién de sus jefes está aquí ahora? -traté de informarme.

-Las horas de visita para las peticiones han terminado -me respondió tajante el galoneado viejo de buena presencia.

-Pero yo no vengo a hacer ninguna petición. ¿Quién hay aquí de los altos funcionarios?

-Ya le han dicho a usted, en ruso, que se recibe a las solicitantes desde la una hasta las tres, y ahora, mire el reloj, son más de las cuatro.

Yo insistí, él se mantuvo en sus trece. De nada sirvieron razones. Las horas de visita habían terminado. Y tenía orden de no dejar pasar a nadie.

A pesar de la prohibición, intenté subir por la escalera.

Pero el testarudo viejo se alzó ante mí como un muro impenetrable, sin dejarme avanzar ni un paso.

Y me tuve que ir sin conseguir nada, porque tenía prisa para acudir a un mitin. Y los mítines en aquellos días eran lo más importante, lo fundamental. Allí, entre las masas de soldados y desposeídos de la ciudad, se decidía la cuestión de la existencia del poder soviético, de si lo mantendrían los obreros y campesinos con capotes de soldado o vencería la burguesía.

[260] *El primer subsidio*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria.

A la mañana siguiente, muy tempranito, sonó el timbre de la vivienda donde me había instalado al salir de la cárcel en que me metiera Kerensky. El timbrazo era insistente. Abrimos. Apareció un mujik pequeñajo con zamarrilla, *laptis* [alpargatas] y barba.

-¿Vive aquí el comisario popular Kollontai? Tengo que verle. Traigo aquí este papelito para él, del bolchevique principal, de Lenin.

Miro y veo que efectivamente en el trozo de papel hay escrito, de puño y letra de Vladímir Ilich:

"Entréguele cuanto le corresponda por el caballo, de los fondos de Asistencia Social del Estado".

El mujik, cachazudo, iba contando todo. En tiempos del zar, en vísperas de febrero le habían requisado ya el caballo para necesidades de la guerra. Le prometieron pagárselo a precio razonable. Pero pasó el tiempo, y no recibió aviso alguno de pago. Entonces, el mujik fue a Piter [Petrogrado], y estuvo dos meses llamando a las puertas de todas las instituciones del Gobierno Provisional, sin ningún resultado. Le mandaban, como a una pelota, de una oficina a otra. Derrochó paciencia hasta que se le acabó el dinero. Y en aquel momento se enteró, de pronto, de que había unos hombres, llamados bolcheviques, que devolvían a los obreros y a los campesinos todo lo que les habían quitado los zares y los terratenientes, así como lo que le había sido arrebatado al pueblo durante la guerra. Para ello, sólo hacía falta recibir un papelito del bolchevique principal, de Lenin. Aquel mujik pequeñajo había encontrado a Vladímir Ilich, en el Smolny. Antes de que empezara a clarear, le había hecho levantarse y había conseguido el papelito que me mostraba, pero que no me entregaba.

-Cuando reciba el dinero, lo entregaré. Y mientras tanto, mejor será que lo tenga yo. Es lo más seguro.

¿Qué hacer con el mujik pequeñajo y su caballo? Pues el ministerio continuaba en manos de los funcionarios del Gobierno Provisional. Eran tiempos raros: el poder estaba ya en manos de los sóviets, el Consejo de Comisarios del Pueblo era bolchevique, pero las instituciones oficiales, como vagones lanzados, seguían por los raíles de la política del Gobierno Provisional.

¿Cómo hacerse cargo del ministerio? ¿Por la fuerza? Todos huirían, y nos quedaríamos sin funcionarios.

Decidimos proceder de otra manera: celebrar una reunión de delegados del sindicato de empleados subalternos. Lo presidía el mecánico I. Egórov. El sindicato era muy particular (un verdadero surtido de profesiones) y lo integraban cuantos, con arreglo a la plantilla correspondiente, trabajaban en calidad de personal subalterno: carteros, hermanas de la caridad, encargados de las estufas, contables, escribientes, mecánicos, obreros y obreras de la fábrica de naipes, guardas y practicantes.

Examinamos la situación. Se actuó de un modo ejecutivo. Elegimos un consejo, y a la mañana siguiente fuimos a hacernos cargo del ministerio.

Entramos. El portero de los galones, que no simpatizaba con los bolcheviques, no había asistido a la reunión. Su gesto era desaprobatorio, pero nos dejó pasar. Empezamos a subir por la escalera; en dirección contraria a nosotros, descendía un río de funcionarios, mecanógrafas, tenedores de libros, jefes... Bajaban corriendo, precipitadamente, no querían ni mirarnos. Nosotros para arriba, ellos para abajo. El sabotaje de los funcionarios había comenzado. Quedaron solamente algunas personas. Manifestaron que estaban dispuestas a trabajar con nosotros, con los bolcheviques. Entramos en los despachos y en las oficinas del ministerio. Todo estaba vacío. Las máquinas de escribir abandonadas, los papeles tirados por el suelo. Y los libros de entradas y de salidas habían sido recogidos. Estaban encerrados. Y no teníamos las llaves. Tampoco estaban allí las llaves de la caja.

¿Quién las tendría? ¿Cómo íbamos a trabajar sin dinero? La asistencia social del estado era una institución cuya labor no era posible detener, pues abarcaba los asilos, a los mutilados de guerra, los talleres de ortopedia, los hospitales, los sanatorios, las leproserías, los reformatorios, los colegios de señoritas y las casas de ciegos […] ¡Enorme campo de acción! De todas partes presionaban, exigían [...] Y no teníamos las llaves. Pero el más tenaz de todos era el mujik pequeñajo que había venido con el papelito de Lenin. Cada mañana, apenas amanecía, ya estaba en la puerta.

-¿Qué hay del pago del caballo? Era muy bueno. De no haber sido tan fuerte y tan sufrido, no pondría tanto empeño en que me lo pagaran.

Al cabo de dos días, aparecieron las llaves. La primera salida de la Caja de Asistencia Social fue el pago del caballo que el gobierno zarista arrebatara, con engaños y a la fuerza, al campesino aquel, al mujik pequeñajo, que con tanta tenacidad había sabido percibir íntegramente, con arreglo al papelito de V. I. Lenin, la cantidad que le correspondía.



La mujer en el desarrollo social

(1921)[261]

Prologo

Las “catorce lecciones” de este libro las pronuncié en la primavera de 1921 en la Universidad Sverdlov de Leningrado ante mujeres estudiantes que tenían que trabajar posteriormente en las secciones femeninas. Una parte de las conferencias se recogió en taquigrafía y la otra parte la redacté yo misma con ayuda de mis propios apuntes, en otoño de 1921. Yo quería con mis conferencias tanto dar a las estudiantes una idea básica del punto de vista marxista sobre el problema de la mujer (y claro es, en forma fácilmente accesible), como demostrar también (en los cuatro últimos capítulos) la revolución en las condiciones de vida de la mujer en la República de Trabajadores, en la cual entiendo su reconocimiento como miembro de pleno valor de la sociedad. La nueva situación de la mujer conducía no solamente a una renovada valoración positiva de sus derechos políticos y sociales, sino también a un cambio fundamental de las relaciones entre hombre y mujer. Esto se puso en evidencia, en especial el año 1921, cuando la Revolución, con el tránsito del comunismo de guerra a la Nueva Economía Política (NEP), se hallaba en el comienzo de una nueva época. El estado del desarrollo del proceso de liberarse de las tradiciones de la sociedad burguesa se dejaba ver más claramente que antes por razón de las consecuencias que producía la NEP en la Unión Soviética. Durante los tres años de la revolución, en los que se derribaron los pilares fundamentales de la sociedad burguesa y se intentaba tenazmente erigir con la mayor rapidez posible las bases para la sociedad comunista, reinaba una atmósfera en la que las tradiciones rebasadas se extinguían con rapidez increíble. En su lugar brotaban ante nuestros ojos formas totalmente nuevas de sociedad humana. La familia burguesa ya no era indispensable. La mujer, por razón del trabajo general obligatorio para la comunidad, y en ésta, se encontraba con formas de vida totalmente originales. Se hallaba obligada a estar presente en el trabajo no sólo exclusivamente para su propia familia, sino también para la colectividad; surgían nuevas condiciones de vida y también nuevos tipos de matrimonio. Cambiaban las relaciones entre padres e hijos. Ya en 1921, ese año tan decisivo, se manifestaron los primeros brotes de modos de pensar nuevos, nuevas costumbres, nueva moral, y ante todo y con especial agudeza, nuevo papel de la mujer y de su importancia para la colectividad y el Estado soviético. Bajo el tronar de los cañones que defendían a nuestra república de trabajadores revolucionarios en innumerables frentes, se derrumbaban las tradiciones del mundo burgués, herido de muerte. Muchas formas de vida, ideas y normas morales han desaparecido hoy totalmente o se encuentran en estado de liquidación general. La NEP no estaba en situación de detener los cambios en la familia y el matrimonio, y tampoco podía debilitar la posición de la mujer en la sociedad. Pero, de momento, las nuevas formas de vida, como las que experimentaban las trabajadoras de las secciones femeninas, no producían ningún efecto en la gran mayoría de las mujeres. Las nuevas relaciones sociales, así como también la situación de la mujer, se encuentran ligadas indisolublemente a la estructura y organización del sistema económico. El desarrollo de

---

[261] *La mujer en el desarrollo social*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Conferencias ofrecidas en 1921 y publicadas como libro en 1925.

una producción socialista origina la disolución de la familia tradicional y con ello hace posible una creciente igualdad de derechos y una posición más libre de la mujer en la sociedad. Como siempre existe indefectiblemente la posibilidad de un rodeo y de un retraso en la construcción de nuestra sociedad comunista, esto significa lógicamente que el proceso de la amplia emancipación de la mujer puede estancarse temporalmente. La situación y la influencia política de la mujer activa no son comparables, hoy, con las condiciones que dominaban en el año 1921. Ciertamente, nuestras obreras y campesinas han defendido con fortuna las conquistas de los primeros años de la Revolución y han ampliado y asegurado, aunque con diferente éxito, los derechos de las mujeres trabajadoras. No hay ninguna duda de que las fuerzas sociales que el trapajo obligatorio general de las mujeres había conseguido con las que se habían creado las condiciones objetivas para la transformación de las costumbres familiares y de vivir se han debilitado sustancialmente para este tiempo. Los cambios económicos y políticos ya no se consiguen hoy por presión de las masas movilizadas, sino que se llevan a efecto a ritmo notablemente reducido bajo la dirección consciente del partido comunista de Rusia. Pero esto quiere decir que en la práctica sólo se imponen, desgraciadamente, esos cambios por el Partido cuando las conquistas revolucionarias son amenazadas por la burguesía.

Me he decidido a no corregir ni ampliar esta nueva edición de mis lecciones. Una nueva revisión que las adaptara más a las circunstancias actuales les privaría de su modesto valor, que estriba en reproducir la atmósfera laboral de aquellos años, en describir hechos y acontecimientos de la vida real que caracterizan la rica amplitud de la revolución y la situación de las mujeres activas en la República de trabajadores.

Y en verdad debo aclarar que mi libro sólo proporciona un cuadro incompleto de la solución del problema de la mujer en una fase muy circunscrita de la revolución. No obstante me he decidido a publicar las lecciones en su forma original porque estoy firmemente convencida de que un estudio y comprensión del pasado -es decir en este caso una investigación de la situación de la mujer en el desarrollo económico- contribuye a un entendimiento mejor de nuestra tarea actual y al robustecimiento de la semilla que brota del mundo comunista. Y esto vuelve a ser, naturalmente, una ayuda a la clase trabajadora en la búsqueda del camino más corto para la total y absoluta liberación de la mujer trabajadora.

Alexandra Kollontai, Oslo, 1925

1. Situación de la mujer en el primitivo comunismo

Comenzamos hoy una serie de conferencias que tratarán de las siguientes cuestiones: La distinta posición de la mujer en relación con el desarrollo de diferentes formas económicas sociales. La posición de la mujer en la sociedad determina su situación en la familia. Esta conexión estrecha e indisoluble se da en todos los grados intermedios de desarrollo socio-económico. Como vuestro trabajo consiste en conquistar a las mujeres de los trabajadores y campesinos para que construyan la nueva sociedad y se ganen la vida en ella, debéis comprender esa relación. En vuestra tarea os encontraréis frecuentemente con la objeción de que es imposible un cambio de la situación de la mujer y de sus condiciones de vida. Se afirma que están condicionadas por la particularidad del sexo. Si queréis combatir la opresión bajo la que sufren las mujeres, si queréis liberaros del yugo de la actual vida familiar, si aspiráis a una mayor igualdad entre los sexos, os opondrán los argumentos ya conocidos de antiguo: la falta de derechos de la mujer y su carencia de igualdad frente al hombre han sido santificadas por la historia y por eso no pueden abolirse. La dependencia de la mujer, su posición subordinada ante el hombre han existido desde siempre por lo que en el futuro no cambiarán nada. “Así han vivido

nuestras abuelas, así vivirán también nuestras nietas.” Pero la primera objeción contra tales argumentos la proporciona la misma historia; la historia del desarrollo de la sociedad humana; el conocimiento del pasado y de cómo se configuraron realmente en él las situaciones. Si os informáis sobre las condiciones de vida, tal como dominaron hace miles de años, os convenceréis de que no siempre y por siempre han existido esa falta de igualdad de derechos de la mujer frente al marido ni esa subordinación de esclava. Hubo períodos en que la mujer fue considerada totalmente igual que el hombre e incluso épocas en que el hombre reconocía a la mujer, en cierta medida, la posición dirigente.

Si ahora examinamos más minuciosamente las distintas posiciones de la mujer -que cambiaron con frecuencia- en las diferentes fases del desarrollo social, veréis que la actual falta de derechos, su privación de independencia y sus derechos limitados en la familia y en la sociedad de ninguna manera se explican por propiedades congénitas específicamente femeninas. Ni tampoco se aclaran con el argumento de que la mujer es menos inteligente que el hombre. No, la situación de privación de derechos, la dependencia de la mujer, la falta de igualdad no se explican por ninguna “propiedad” natural, sino por el carácter del trabajo que a ella se le asigna en una sociedad determinada. Os invito a leer con atención el primer capítulo del libro de Bebel, La mujer y el socialismo. Bebel demuestra la exactitud de la teoría, que también radica en el fondo de nuestra charla: “Existe una relación extraordinariamente estrecha y orgánica entre lo que interviene la mujer en la producción y cómo se halla situada en la sociedad. Una especie de legitimidad socio-económica que se tiene que grabar profundamente en la memoria de la mejor manera. Y entonces os será mucho más fácil comprender todos aquellos problemas que tienen que ver con la tarea de liberar totalmente a la mujer. Muchos creen que ésta, en aquellos tiempos de salvajismo y barbarie, se hallaba en una situación todavía peor que la actual y que de hecho llevaba una vida de esclavitud; eso no es exacto. Sería falso suponer que la liberación de la mujer depende del desarrollo de la cultura y de la ciencia. y que cuanto más civilizado sea un pueblo, más libres vivirán las mujeres. Sólo los representantes de la ciencia burguesa podrían formular semejante afirmación. Sin embargo, nosotros sabemos que ni la cultura ni la ciencia liberan a las mujeres, sino aquel sistema económico en el que la mujer desempeña un trabajo útil y productivo para la sociedad. Y el comunismo es ese sistema económico. La situación de la mujer es siempre el resultado de las tareas de trabajo que se le asignen en la fase eventual de desarrollo de un sistema económico. Bajo el primitivo comunismo (lo habréis oído en las conferencias sobre la historia del desarrollo socio-económico de la sociedad) por lo tanto en aquel tiempo tan incomprensiblemente lejano para nosotras, en que era desconocida la propiedad privada y los seres humanos eran nómadas en pequeños grupos, no existía ninguna clase de diferencia entre la situación de la mujer y la del hombre. Los seres humanos se alimentaban de lo que les proporcionaba la caza y la recolección de frutos y hortalizas silvestres. En ese período de desarrollo del hombre primitivo, hace diez mil o cien mil años, no se diferenciaban las tareas y obligaciones del hombre de las de la mujer. Las investigaciones de sabios antropólogos han demostrado que en los grados inferiores de desarrollo de la humanidad, es decir, en la fase de la caza y recolección, no existían grandes diferencias entre las propiedades físicas del hombre y de la mujer, su fortaleza y agilidad, lo cual es un hecho interesante e importante. Muchos de los rasgos tan característicos de la mujer, como, por ejemplo, los pechos muy desarrollados, la figura esbelta, las formas redondeadas y los músculos débiles se desarrollaron mucho más tarde desde que la mujer, de generación en generación, tuvo que garantizar en su papel de «hembra» la reproducción de la especie. Incluso hoy, todavía es difícil distinguir a cierta distancia entre un hombre y una mujer en los pueblos naturales porque sus bustos sólo están desarrollados débilmente, sus pelvis son más estrechas y sus músculos más fuertes.

Así sucedía durante el primitivo comunismo, cuando la mujer sólo se diferenciaba insignificantemente del hombre en cuanto se refiere a fortaleza y dureza del cuerpo. El parto de sus hijos solamente producía una corta interrupción de sus ocupaciones ordinarias: la caza y la recogida de frutos en común con los otros miembros de la antigua colectividad: la tribu. La mujer era exactamente como sus restantes camaradas en el rebaño humano, como sus hermanos, hermanas, hijos y padres, obligados por puro instinto de conservación a colaborar en la defensa contra los ataques del enemigo más temido en aquellos tiempos, los animales de presa, y como el resto de la tribu buscaba y recogía frutos. Durante esta época no existían ni dependencia de la mujer ante el hombre ni probablemente diferencias en derechos. Faltaban las premisas para ello, porque en aquel tiempo la ley, el derecho y la división de la propiedad eran cosas desconocidas. No existía la exclusiva dependencia del hombre, ya que entonces no había otra cosa que lo colectivo, la tribu. Esta tomaba acuerdos, y decidía. Quien no se subordinaba a la voluntad de la colectividad, perecía: se moría de hambre o era despedazado por las fieras. Sólo manteniéndose firmemente juntos en la colectividad se encontraban los seres humanos en disposición de defenderse del enemigo más poderoso y temible de aquel tiempo. Cuanto más firmemente soldada se encontrará una colectividad, mejor se subordinaban los miembros particulares a la voluntad de la misma, lo que significaba que podían formar filas con mayor unidad contra el enemigo común y así la lucha obtenía mayor éxito y la tribu tenía más probabilidades de supervivencia. La igualdad y la solidaridad natural (las dos fuerzas que mantenían unida a la estirpe) por lo tanto eran también las armas mejores para la defensa propia. Por consiguiente, en la época más antigua del desarrollo económico de la humanidad era imposible que un miembro de la tribu dominara a otro o dependiera exclusivamente de algún otro. En el primitivo comunismo la mujer no conocía ni la dependencia social ni la opresión. Y la humanidad de aquella época no sabía nada de clases, explotación del trabajo o propiedad privada. Así vivió la humanidad miles y aun posiblemente cientos de miles de años. Sin embargo, este cuadro cambió en la fase siguiente del desarrollo humano. Los primeros brotes de trabajo productivo y de economía doméstica fueron el resultado de un largo proceso durante el cual la humanidad buscó la mejor manera de asegurar su existencia. Por razones de clima y de geografía, según llegara entonces a una comarca de bosques o a una estepa, una tribu se convertía en sedentaria, mientras la otra se pasaba al pastoreo. Esta es la fase próxima que sigue a la colectividad originaria de caza y recolección. Al mismo tiempo que esta nueva forma de economía surgen nuevas formas de comunidad social. Vamos a examinar ahora la situación de la mujer en dos tribus de la misma época, es decir, tribus que vivían probablemente al mismo tiempo, pero en diferentes formas de economía. Los miembros de la que fijó su residencia en una zona de bosques con pequeños campos abiertos, se fueron convirtiendo en agricultores sedentarios. Otra tribu que vivía de la caza en extensas zonas esteparias con grandes rebaños de búfalos, caballos y cabras, se pasaron al pastoreo. En la tribu que se dedicaba a la agricultura la mujer no sólo tenía los mismos derechos, sino que a veces incluso asumía una posición dirigente. Sin embargo, en el pastoreo nómada empeoraba crecientemente la situación subordinada, dependiente y oprimida de la mujer. Dentro de la investigación histórica de la economía dominó durante largo tiempo la opinión de que la humanidad había atravesado necesariamente, siempre y en todo lugar, todas las etapas, todos los grados de desarrollo económico: por consiguiente, que toda tribu se había dedicado primero a la caza, después al pastoreo, finalmente a la agricultura y sólo posteriormente a la artesanía y al comercio. Sin embargo, investigaciones sociológicas más recientes demuestran que las tribus pasaron con frecuencia de la fase originaria de caza y recogida de frutos directamente a la agricultura pasando por alto la

fase de pastoreo. Fueron decisivas para ello las circunstancias geográficas y naturales bajo las que se vio obligado a vivir un grupo humano determinado.

Por tanto, esto significa que se desarrollaron en la misma época bajo condiciones naturales distintas dos formas de economía radicalmente diferentes: la agricultura y el pastoreo. Se ha demostrado que las mujeres de las tribus dedicadas al cultivo de la tierra gozaban de mucha mayor igualdad. Algunas tribus campesinas incluso poseyeron un sistema de matriarcado (matriarcado es una palabra griega que significa predominio de la mujer). Sin embargo, el patriarcado, es decir el predominio del derecho paterno (detentación del poder por el más anciano de la tribu) se desarrolló en los pueblos pastores, los nómadas. ¿Por qué fue así y qué nos demuestra? La razón fue, naturalmente, el papel de la mujer en la economía. En los pueblos agrícolas la mujer era la primera productora. Hay abundantes indicios de que fue a la mujer a quien se le ocurrió por primera vez la idea de cultivar la tierra y de que fue la "primera que trabajó en la agricultura". Gran cantidad de hechos interesantes en las formas primitivas de la economía los encontramos en el libro de Marianne Weber *El matriarcado*. La autora no es comunista, pero su libro posee excelente información y es lástima que no esté disponible más que en alemán. La mujer llegó a la idea de la agricultura de la siguiente manera. A las madres con hijos lactantes no las llevaban con los demás en la época de caza porque no estaban en condiciones de seguir su paso y además por que los niños obstaculizaban las operaciones venatorias. Por lo tanto, la madre se quedaba con su hijo y estaba obligada a esperar hasta que la tribu regresara con el botín. No era sencillo procurarse alimento y con frecuencia la espera era muy larga. No disponía de muchas provisiones y en consecuencia estaba obligada a buscarlas con su propio esfuerzo para alimentarse ella y el niño pequeño. De ahí han deducido los científicos que es muy probable que la mujer comenzara a cultivar la tierra. Si se agotaban las provisiones de frutos en el lugar en que ella esperaba la vuelta del clan, tenía que buscar vegetales con semillas comestibles que las comían y con ellas alimentaba también a su hijo. Mientras trituraba el grano entre sus dientes -las primeras ruedas de molino- caerían algunos granos al suelo y cuando después de bastante tiempo volvía la mujer al mismo lugar descubría que los granos caídos habían comenzado a germinar y ella marcaba esos lugares. Y entonces se dio cuenta de que era una ventaja para ella volver cuando el vegetal estuviera maduro: la búsqueda de alimento le costaría así menos esfuerzo. También vio dónde podría recoger en el futuro el alimento más rico. Por consiguiente, los seres humanos aprendieron por experiencia que el grano que caía en tierra comenzaba a crecer. Y a base de experiencia comprendieron también que la cosecha era mejor cuando previamente habían removido la tierra. Sin embargo, esta experiencia se olvidaba frecuentemente, ya que el saber sólo se hacía propiedad de la tribu cuando era transmitido a la comunidad y no se propagaría hasta las generaciones siguientes. La humanidad tenía que realizar un trabajo mental increíblemente fatigoso antes de que estas cosas tan sencillas para nosotros se les hicieran comprensibles y las asimilaran. Sin embargo, para poder fijar esos conocimientos tenían que convertirse en costumbres. La mujer estaba interesada en que el clan o estirpe regresara al lugar de descanso donde crecían los vegetales plantados por ella, pero no se encontraba en condiciones de convencer a sus compañeros de los beneficios de su plan económico. No podía moverlos con palabras y convencerles de esa manera. En lugar de esto contribuyó a que se infiltraran aquellas normas, costumbres e ideas que fomentaban sus propios planes. La siguiente costumbre se elevó al carácter de ley: si el clan había dejado a madres y a niños con luna llena en un campo próximo a un arroyo, los dioses ordenaban que volvieran después de algunos meses al mismo campo; y quien no lo hiciera sería castigado por los espíritus. Como la estirpe descubrió que los niños morían antes cuando no se respetaba esa norma, es decir, cuando no se regresaba al

«sitio de hierba», comenzaron finalmente a observar estrictamente esa costumbre y creyeron en la "sabiduría" de las mujeres. Como a la mujer le interesaba conseguir el rendimiento máximo con el esfuerzo mínimo, descubrió lo siguiente: cuanto más poroso esté el suelo al sembrar, mejor será la cosecha. En cuclillas, arañaba en los primeros campos la tierra con ayuda de ramas, azadas u horcas de piedra. Se demostraría que esto proporcionaba a los seres humanos más seguridad que el vagabundear por los bosques en busca de frutos, con el constante peligro de ser despedazados por los animales de presa. Por razón de su maternidad tenía la mujer, entre los miembros de la tribu, una situación especial. A ella debe la humanidad el descubrimiento de la agricultura, una nueva fuerza que hizo progresar notablemente su desarrollo económico. Y fue este descubrimiento el que determinó durante largo tiempo el papel de la mujer en la sociedad y en la economía y la colocó en la cúspide de esas tribus que se dedicaban al cultivo de la tierra. Muchos científicos opinan también que a la mujer se debe el fuego como recurso económico.

Siempre que la estirpe salía de caza o a la guerra, se quedaban las mujeres que eran madres. Se veían obligadas a protegerse y a proteger a sus hijos de las fieras. Las muchachas y las mujeres sin hijos marchaban con el resto de los miembros del clan. El hombre primitivo conocía por su propia experiencia que el fuego era la mejor protección contra los animales de presa. Al labrar la piedra para construir armas o primitivos utensilios domésticos habían aprendido a hacer fuego. Así, para proteger a los niños y a las madres, antes de que el clan saliese de caza, se encendía el fuego en el campamento. Para las mujeres era una obligación sagrada mantener encendido ese fuego que ahuyenta a las fieras. Para los hombres, el fuego era una fuerza temible, incomprensible y sagrada. Sin embargo, las mujeres, que lo manejaban constantemente, aprendieron a conocer sus propiedades y por eso pudieron utilizadas para facilitar y reducir su propio trabajo. Al fuego quemaba la mujer las plumas del faisán que había pelado, cocía las vasijas de barro para hacerlas más resistentes y asaba la carne para que así se conservara. La mujer atada al lugar del fuego por su maternidad lo domesticó y le hizo su sirviente. Pero las leyes del desarrollo económico modificaron esa relación y la llama del fogón familiar llegó a esclavizar a la mujer convirtiéndola durante largo tiempo en una criada sumisa y sin derechos, relegada al fogón de la cocina. La hipótesis de que las primeras chozas hayan sido construidas por mujeres para protegerse y proteger a sus hijos del calor abrasador o de la lluvia no es del todo descaminada. Pero las mujeres no sólo levantaron viviendas, removieron la tierra, sembraron y recogieron cereales, sino también fueron las primeras que comenzaron a ocuparse de trabajos de artesanía. Hilados, tejidos, alfarería fueron descubrimientos femeninos. Y las líneas que arañaron para adornar las vasijas de barro fueron las primeras tentativas artísticas de la humanidad, la fase previa del arte. Y recogían hierbas y conocían sus propiedades medicinales; nuestras madres primitivas fueron los primeros médicos. Esta prehistoria se conserva en leyendas y creencias populares. En Grecia, cultura que alcanzó su esplendor hace dos mil años, era considerado como el primer médico no el dios pagano Esculapio, sino su madre Coronis. Anteriormente Hécate y Diana se consideraron como diosas de la medicina y para los antiguos vikingos lo era la diosa Eir. Aun hoy todavía encontramos con frecuencia en aldeas apartadas ancianas que pasan por especialmente sabias y a las que incluso se les atribuye virtudes mágicas. El saber de nuestras madres primitivas no era accesible a sus maridos porque éstos se encontraban constantemente de caza o en campañas guerreras o realizando otras actividades que exigían fortaleza muscular extraordinaria y sencillamente no tenían tiempo para pensar y para observar pacientemente. Por eso no les era posible recoger y transmitir experiencias valiosas sobre la forma de ser de la naturaleza. "Vedunja", hechicera, se deriva de "vedatj", saber. Por lo tanto, la sabiduría de aquel tiempo era un atributo de la mujer, que era respetada y temida por el hombre.

Por eso la mujer, en la época del primitivo comunismo (la aurora de la humanidad), no sólo se equiparaba al hombre, sino que incluso era superior por razón de una serie de hallazgos y descubrimientos útiles para toda la humanidad y que hacían progresar el desarrollo económico y social. En determinados períodos de la historia de la humanidad ha tenido, por tanto, la mujer en el desarrollo de las ciencias y de las artes un papel notoriamente más importante que el que le reconoce hoy la ciencia burguesa cargada de prejuicios. Así, por ejemplo, los antropólogos que se dedican al estudio de la génesis de la humanidad han silenciado el papel que debe de haber desempeñado la hembra en el proceso de desarrollo de nuestros progenitores simioides para convertirse en seres humanos. Estos tienen que agradecer a la hembra el andar de pie, erguidos, por consiguiente, el pasar de cuadrúpedos a bípedos. Porque en situaciones en que nuestra antecesora cuadrúpeda tenía que resistir ataques de enemigos, aprendió a defenderse con un brazo, mientras con el otro sujetaba a su hijo que se le agarraba al cuello. Pero esta exigencia sólo la podía cumplir andando medio erguida, lo que por otro lado fomentaba el desarrollo del cerebro humano. Sin embargo, fue muy caro el precio que la mujer pagó por ello, porque el cuerpo de la hembra no era apropiado para andar de pie. En nuestros parientes, los monos, los dolores de parto son absolutamente desconocidos. La historia de Eva que cogió la fruta del árbol de la ciencia y por eso fue condenada a parir sus hijos con dolor tiene, por lo tanto, un fondo histórico.

Pero ahora vamos a examinar el papel de la mujer en la economía de la tribu dedicada a la agricultura algo más concretamente. Al principio, el producto del cultivo de la tierra no bastaba para la alimentación de los miembros de la tribu y por ello continuaban con la caza; y esto produjo una división natural del trabajo: la porción sedentaria, por lo tanto, las mujeres, se hizo cargo de la agricultura, mientras los hombres seguían yendo a cazar o a la guerra, es decir, a saquear los poblados vecinos. Como sin embargo el cultivo de la tierra resultaba más productivo que la caza y los rendimientos eran más apreciados por los miembros del clan que los extraordinariamente arriesgados que la caza y las correrías de rapiña les proporcionaban, comenzó a contar el clan con la agricultura como base para sus cálculos económicos. ¿Quién era en este período de la economía basada en el cultivo de la tierra el principal productor? ¡Las mujeres! Por eso era natural que el clan las respetara y valorara muy alto su trabajo. Incluso en nuestros días hay un clan dedicado a la agricultura en África Central, los "balondas", en el que la mujer es el miembro más "apreciado" por la colectividad. El conocido explorador y viajero inglés Livingstone informaba: "Las mujeres están representadas en el consejo de ancianos; los futuros esposos tienen que trasladarse a vivir a la aldea de su futura consorte. Al ultimar el contrato de matrimonio se obliga el marido a cuidar de su suegra hasta que muera; sólo la mujer tiene derecho a pedir el divorcio, tras el cual todos los hijos quedan en su poder. Sin permiso de su esposa no puede el marido obligarse de ninguna forma con terceros, aunque esas obligaciones sean de poca monta." Los hombres casados no se resisten porque se han conformado con su situación. Las casadas castigan a sus maridos díscolos con palos y bofetadas o dejándolos sin comer. Todos los miembros de la comunidad están obligados a obedecer a quienes gozan de "la estimación general". Livingstone dice que en el clan "balonda" se practica una indudable "ginecocracia", es decir, el predominio o mando de la mujer. Y sin embargo este clan no es una excepción. También afirman otros investigadores que en aquellos clanes africanos donde la mujer cultiva la tierra, siembra, construye viviendas y lleva vida activa, no sólo es completamente independiente, sino también superior en inteligencia al hombre. Los varones de estos clanes se dejan alimentar por sus esposas y se afeminan y hacen flojos; "ordeñan las vacas y chismorrean"; así lo han referido innumerables investigadores. La época primitiva nos ofrece bastantes ejemplos de predominio femenino. En parte, en los clanes femeninos la filiación de los

hijos se determinaba no por la línea paterna, sino por la materna. Y allí donde se ha establecido la propiedad privada heredan las hijas y no los hijos. Residuos de este sistema de derecho los encontramos aún hoy día en determinados pueblos de las montañas caucásicas. La autoridad de la mujer en los clanes agrícolas creció constantemente. Era ella la que conservaba y defendía los usos y costumbres, lo que en consecuencia quiere decir que era el legislador más importante. La observancia de estos usos y costumbres era en absoluto de necesidad vital porque sin ellos habría sido extraordinariamente difícil inducir a todos los miembros del clan al cumplimiento de las decisiones que afectaban a las tareas económicas. Los seres humanos de aquel tiempo no estaban en condiciones de que les explicaran lógica y científicamente por qué habían de sembrar y cosechar en un momento determinado. Por eso era mucho más sencillo decirles: "Entre nosotros impera esta costumbre, creada por nuestros antepasados, por eso debemos hacerlo así y el que no lo observe es un delincuente." La conservación de esos usos y costumbres era misión de las ancianas más viejas de la aldea, de las mujeres y madres con experiencia de la vida. La división del trabajo en los clanes que se dedicaban tanto a la caza como a la agricultura contribuyó a que las mujeres que permanecían en los poblados para la producción y la economía, desarrollaran su inteligencia y capacidad de observación, mientras los hombres, a causa de sus tareas de caza y guerra endurecían sus músculos y aumentaban su habilidad y fuerza física. En esta fase de desarrollo, la mujer era intelectualmente superior al hombre y tenía, naturalmente, la situación rectora, el matriarcado. No podemos olvidar que en aquel tiempo no podían hacer reservas de víveres. Por eso las manos eran "la fuerza de trabajo viva" y la fuente natural del bienestar. La población crecía lentamente porque el número de nacimientos era bajo y por esa razón la maternidad era muy estimada, y por ella alcanzaba la mujer el puesto de honor en el clan primitivo. El bajo número de los nacimientos se explica en parte por los incestos y los matrimonios entre parientes. Como es bien sabido, el matrimonio entre consanguíneos disminuye la cifra de hijos y con ello el desarrollo de la familia. Durante el período de caza y recogida de frutos, la magnitud de la reserva de mano de obra no jugaba ningún papel; por el contrario, tan pronto como una tribu crecía demasiado en número se presentaban dificultades de abastecimiento. Todo el tiempo en que la humanidad se sustentó con los frutos recogidos y con el producto ocasional de la caza, el papel de madre en la mujer no se apreciaba, por tanto, especialmente. Los niños y ancianos eran una carga pesada. Se intentaba quitarlos de encima de la manera que fuese y se llegó a comerlos lisa y llanamente. Sin embargo, aquellas tribus que se alimentaban del trabajo productivo, esto es, que practicaban la agricultura, necesitaban trabajadores. En esos núcleos alcanzó la mujer una nueva significación, la de que era quien producía la nueva fuerza de trabajo: los niños. La maternidad fue venerada religiosamente. En muchas religiones paganas el dios de mayor categoría es de sexo femenino, como, por ejemplo, la diosa Isis en Egipto y Gea en Grecia, es decir, la Tierra que en aquella época primitiva se consideraba la fuente de toda vida. Bachofen, conocido por sus investigaciones sobre el matriarcado, ha demostrado que lo femenino dominaba sobre lo masculino en las religiones de los tiempos antiguos, lo que revela la importancia de la mujer en aquellos pueblos. La tierra y la mujer eran las fuentes de riqueza más importantes y originarias; las cualidades de la tierra y de la mujer se presentaban como idénticas: ambas creaban y daban la vida. Quien ofendía a una mujer ofendía al mismo tiempo a la tierra y ningún delito debía considerarse tan grave como el que se cometía contra una madre. El primer sacerdocio, es decir, los primeros servidores de los dioses paganos, fueron mujeres. Eran las madres y no los padres, como en otros sistemas de producción es corriente, quienes adoptaban decisiones sobre los hijos. Residuos de este predominio femenino los encontramos transmitidos en leyendas y costumbres de Oriente y Occidente. Y sin embargo no fue su papel y significación como

madre lo que en las tribus agrícolas les proporcionó aquella posición dominante, sino su intervención como "productor principal en la economía de aldea". Mientras la división de trabajo condujo a que el hombre se dedicara únicamente a la caza (actividad complementaria) cuando la mujer cultivaba las tierras (actividad más importante en aquellos tiempos) no era imaginable que se supeditara en absoluto al hombre o pudiera caer en su dependencia. Por tanto, es el papel de la mujer en la economía el que determina sus derechos en el matrimonio y en la sociedad. Y esto se hace evidente en especial cuando comparamos la situación de la mujer en una tribu agrícola con la de la misma en una estirpe pastoril nómada. Observad ahora que el mismo fenómeno -la maternidad-, es decir, una cualidad natural femenina, bajo distintas circunstancias económicas produce consecuencias opuestas.

A través de una descripción de Tácito conocemos la vida de los germanos paganos de aquel tiempo. Eran una raza agrícola sana, fuerte y belicosa. Tenían en mucha consideración a las mujeres y escuchaban su consejo. Entre los germanos el trabajo del campo descansaba sobre los hombros de la mujer. Igualmente apreciada era la mujer entre las tribus checas que se dedicaban a la agricultura. Hay una leyenda sobre la sabiduría de la hija del príncipe Libussa en la que se refiere que una hermana de Libussa se dedicaba a la medicina, mientras la otra construía ciudades. Cuando Libussa llegó al poder eligió como consejeras a dos jóvenes doncellas que estaban especialmente versadas en cuestiones de derecho. La princesa reinó democráticamente y consultaba con el pueblo todos los asuntos importantes; más tarde Libussa fue destronado por sus hermanos. La leyenda nos da una idea de cómo se conservaba claramente en la memoria del pueblo el reinado de una mujer. El predominio de las mujeres, el matriarcado, se convirtió en la fantasía popular en la época más feliz y justa, pues la tribu sí que llevaba en aquel tiempo una vida y existencia colectiva. ¿Y qué situación tenía la mujer en una tribu de pastores? La tribu cazadora se transformó en pastora cuando las condiciones naturales fueron favorables para ello (extensas zonas esteparias, con rica vegetación de hierba y rebaños de vacas o caballos salvajes) y también cuando se disponía de cazadores lo bastante fuertes, valientes y hábiles que no sólo fueran capaces de matar a sus presas, sino también de capturarlas vivas. Las mujeres sólo transitoriamente estaban limitadas en sus condiciones para hacerlo, es decir, si no tenían precisamente obligaciones maternales. La maternidad les colocaba en una situación especial y originó una división de trabajo según la adecuación del sexo. Cuando el hombre, junto a la mujer soltera, salía de caza, la madre se quedaba para guardar los rebaños capturados y su tarea era domesticar a aquellos animales; pero esa intervención económica tenía únicamente una importancia de segundo rango, era «subordinada». Decidme vosotras mismas: ¿a quién valorará más alto la tribu bajo el punto de vista económico: al hombre que captura un búfalo hembra o a la mujer que lo ordeña? Naturalmente, ¡al hombre! Como la riqueza del clan se calculaba por el número de animales capturados, lógicamente aquel hombre que podía aumentar el rebaño era considerado como «el principal productor» y fuente del bienestar de la tribu. El papel económico de la mujer en las tribus pastoriles fue siempre el de una «persona complementaria». Pero porque la mujer, considerada económicamente, valía menos y su trabajo era menos productivo, es decir, no contribuía en la misma proporción al bienestar del clan, surgió la idea de que la mujer tampoco en otros aspectos era equiparable al hombre. Además, hay que tener en cuenta aquí que la mujer en la tribu ganadera no tenía, al realizar su trabajo secundario de cuidar el ganado, ni las mismas condiciones ni la análoga necesidad de desarrollar hábitos regulares de trabajo como en el caso de las mujeres en las tribus agrícolas. Pero fue decisivo que la mujer no sufriera escasez de provisiones cuando la dejaban sola en el lugar de residencia; y esto es muy importante, ya que podía sacrificar una res cuando quisiera. Por esa razón no estaba obligada a

encontrar otras clases de alimentación ni a almacenar provisiones, lo que ciertamente ocurría a las mujeres de clanes que se dedicaban tanto a la caza como a la agricultura. Y además para cuidar el ganado se necesitaba menos inteligencia que para el trabajo complicado del cultivo de la tierra. Las mujeres de las tribus ganaderas no podían de ninguna manera medirse intelectualmente con los hombres y en lo puramente físico les eran muy inferiores en lo que se refiere a fortaleza y agilidad. Y esto, naturalmente, corroboraba la idea de que era un ser inferior. Cuanto más rico se hacía el clan en número de cabezas de ganado, más se convertía la mujer en criada, de menos valor que una res, y más honda era la sima entre los dos sexos. La transformación en guerreros y hordas de pillaje fue además más típica en los pueblos nómadas y pastores que en aquellos que se alimentaban de los productos de la tierra. La riqueza de los labradores se basaba en el trabajo pacífico; la de los pastores y nómadas, en la rapiña. Estos, al principio, sólo robaban ganado, pero con el tiempo saquearon y arruinaron a las tribus vecinas, incendiaban sus depósitos de víveres y hacían prisioneros, a los que obligaban a trabajar como esclavos.

El matrimonio por la violencia y el robo de la novia, el rapto de la mujer en los poblados vecinos se practicó especialmente por los belicosos nómadas ganaderos. El matrimonio por la fuerza caracteriza toda una época de la historia de la humanidad y sin ninguna duda contribuyó a afirmar la opresión de la mujer. Después de su separación, contra su voluntad, de su propio poblado, la mujer se sentía totalmente desvalida. Se encontraba en poder de quien la había raptado o capturado. Con la implantación de la propiedad privada, el matrimonio a la fuerza condujo a que el guerrero heroico renunciara frecuentemente a su participación en el botín de ovejas, vacas y caballos, y en su lugar exigiera el total derecho de posesión sobre una mujer, es decir, una fuerza de trabajo. “Yo no necesito bueyes, ni caballos, ni cabras con vedijas. Dadme sólo el total derecho de propiedad sobre aquella mujer que he capturado con mis propias manos.” Naturalmente, la captura o rapto por un clan extraño significaba para la mujer la abolición de su igualdad de derechos y pasaba a una situación subordinada y sin derechos frente a todo el nuevo clan y en especial frente a quien la había capturado: su marido. Sin embargo, no tienen razón aquellos investigadores que ven como causas de la permanente situación de carencia de derechos de la mujer las formas del matrimonio. No fue la forma del matrimonio, sino sobre todo el papel económico de la mujer, el que la condujo a su situación de esclava en los pueblos nómadas pastores. El matrimonio por la fuerza probablemente se produjo también en clanes agrícolas, pero en tales casos no condujo a una lesión de los derechos de la mujer firmemente enraizados en los pueblos cultivadores de la tierra. Sabemos por la historia que los romanos raptaron a las mujeres de los sabinos y entonces los romanos eran un pueblo agricultor. Aunque raptaron a las mujeres de otro pueblo por la violencia, sin embargo, las mujeres romanas eran muy respetadas mientras dominó ese sistema económico. Aún hoy día, cuando se quiere describir a una mujer que goza de la estimación de su familia y de cierto prestigio en la sociedad, se emplea la expresión “es una matrona romana”. Sin embargo, con el tiempo fue empeorando la situación de estas mujeres. A los pueblos pastores, la mujer no les merece ningún respeto. Allí domina el hombre; y todavía existe hoy ese predominio masculino, el patriarcado. No necesitamos más que contemplar a los pueblos nómadas ganaderos en las repúblicas soviéticas autónomas: los baskires, kirguises y kalmukos. La situación de la mujer es deplorable en grado superlativo. Es propiedad del hombre, como una cabeza de ganado. La compra exactamente igual como adquiere un carnero. La convierte en una bestia de carga, muda, una esclava y un instrumento para la satisfacción de su deseo. Una kalmuka o una kirguisa no tienen derecho al amor, se la compra para el matrimonio. El nómada beduino, antes de la compra, pone un hierro candente en su mano para ver qué sufrida es

su futura mujer. Si la mujer que ha comprado se pone enferma, la echa de casa y queda convencido de que se ha derrochado su dinero. En las islas Fiji, hasta hace poco tiempo, el marido tenía derecho a comerse a su mujer. Entre los kalmukos puede el kalmuko matar (invocando a la ley) a su mujer si ésta le engaña. Sin embargo, si ella mata a su marido, pueden cortarle las orejas y la nariz. En muchos pueblos salvajes de la prehistoria, la mujer se consideraba tan de la propiedad del marido que estaba obligada a seguirle en la muerte. Esta antigua costumbre existió tanto en la antigua Rusia como en la India: las mujeres debían subir a una hoguera sobre la tumba de su marido y quemarse allí. Esta bárbara costumbre reinó largo tiempo entre los indios americanos, entre tribus africanas y en primitivos habitantes de Noruega, así como entre los eslavos nómadas de la Rusia pagana. Esto es cierto sobre todo en aquellas zonas esteparias meridionales aptas para la ganadería. En una serie de pueblos africanos y asiáticos, para la compra de mujeres hay precios fijos, exactamente igual que para las ovejas, lana o fruta. Y no es difícil imaginarse la vida de esas mujeres. Si un hombre es rico, puede comprar muchas mujeres y éstas le proporcionan mano de obra gratuita y variación para sus placeres sexuales. Mientras el pobre tiene que conformarse en Oriente con una sola mujer, los de la clase dominante rivalizan entre ellos por el número de las esclavas domésticas adquiridas. Un ejemplo es el rey de la tribu salvaje "Aschanti", que se ha provisto de 300 mujeres. Pequeños príncipes indios se vanaglorian de sus cientos de mujeres. Y así ocurre también en Turquía y Persia, donde esas desgraciadas mujeres desperdician su vida encerradas tras los muros del harén. En Oriente dominan, como antes, las mismas condiciones de vida. Allí todavía subsiste aquel sistema económico primitivo que condenaba a la mujer a una existencia de violencia y esclavitud. Pero esta situación no se halla determinada solamente por el matrimonio. La forma que adopta el matrimonio depende siempre del sistema económico y social y del papel de la mujer en el mismo. Esto lo explicaremos todavía con más detalle en una serie especial de conferencias. Se resume, por decirlo así, en lo siguiente: todos los «derechos de la mujer» -matrimoniales, políticos, sociales- se determinan únicamente por su papel dentro del sistema económico. Permitidme que os lo demuestre con un ejemplo de actualidad. Es acongojante ver hasta qué extremo carece la mujer de todo derecho entre los baskires, kirguises y tártaros. Pero tan pronto como un baskir o un tártaro fija su residencia en una ciudad y allí su mujer obtiene un salario por su propio trabajo vemos que el poder del marido sobre la mujer se debilita y se vaporiza rápidamente ante nuestros ojos. Para resumir brevemente nuestra charla de hoy: en consecuencia, hemos visto que la situación de la mujer en las dos distintas organizaciones de tribus de las fases más antiguas de desarrollo de la humanidad se diferenciaba según fueran las formas económicas fundamentales. Allí donde la mujer era el productor principal del sistema económico gozaba de aprecio y de importantes derechos. Sin embargo, si su trabajo era de importancia secundaria, caía con el tiempo en una situación dependiente y privada de derechos y se convertía en sirviente y aún hasta en esclava del hombre. A consecuencia de la productividad creciente del trabajo masculino y de la acumulación de la riqueza, el sistema económico fue complicándose con el tiempo y llegó el fin del comunismo primitivo y de la vida en clanes aislados. El primitivo comunismo fue sustituido por un sistema económico que se basaba en la propiedad privada y en el creciente intercambio, es decir, en el comercio. Y además la sociedad se fue dividiendo en clases. Sobre la situación de la mujer en ese sistema hablaremos la próxima vez.

2. El papel de la mujer en el sistema económico de la esclavitud

Compañeras, el otro día interrumpimos nuestro relato cuando habíamos llegado a aquella fase del desarrollo social que se caracteriza por el paso a un sistema económico basado en la propiedad privada.

El comunismo primitivo subsistió durante miles de años y fue un período que duró mucho más que el que vino a continuación, durante el cual surgió la propiedad privada. La mujer fue muy apreciada y valorada, durante miles de años, por razón de su papel en el sistema económico de los pueblos pacíficos agricultores. Durante largos períodos rigió el derecho de la madre. Leyendas y fábulas populares tradicionales documentan el gran respeto de que gozaron las mujeres en aquel tiempo; así, por ejemplo, todas las narraciones que tratan de los hechos de las amazonas. Conocemos relatos sobre éstas, procedentes de Grecia, y entre otros lugares, de los países orientales, de África y de Bohemia. En una de estas leyendas se habla de 20.000 amazonas a caballo; en otras, de un ejército de amazonas que debió de haber sido una constante amenaza para Egipto, uno de los imperios más poderosos de aquel tiempo. Hace dos mil años las mujeres de una tribu germana agricultora y guerrera intervinieron activamente en la lucha durante una incursión de los romanos y expulsaron al enemigo. Aún hoy la guardia personal del reyezuelo de una tribu determinado en el Estado africano de Dahomey se compone de mujeres armadas. Entre los kurios, grupo racial caucásico, las mujeres son famosas por su valentía y toman parte activa en todos los combates. Todo esto demuestra evidentemente que en ciertas fases del desarrollo socio-económico, la mujer no sólo fue productora, sino también soldado. La movilización de todas las fuerzas disponibles de la colectividad, todavía débil, para la defensa común era entonces absolutamente necesaria. La última vez llegamos a afirmar que la mujer en aquel tiempo gozaba de gran consideración y era respetada gracias a su intervención como principal productor. Sin embargo, al mismo tiempo, la situación de la mujer en las tribus pastoras era radicalmente distinta. Pero antes de que se impusiera esta situación de privación de la libertad a la mujer transcurrieron siglos, a cuyo fin ya sólo quedaban las leyendas del matriarcado. El predominio del hombre, es decir, el patriarcado y derecho del padre, no surgió de la noche a la mañana. Las antiguas tradiciones populares dan testimonio de una lucha que duró siglos entre matriarcado y patriarcado. Las leyendas de los dioses paganos son un buen ejemplo para ello. Una leyenda griega sobre las aventuras del semidiós gigante Heracles refiere su viaje a un país dominado por una tribu guerrera de amazonas; el héroe decide acabar con el dominio femenino y liberar a los hombres. Otra tradición describe cómo los dioses de Atenas condenan a las mujeres a la pérdida de sus derechos porque utilizaron su derecho al voto para denominar a la ciudad con el nombre de la diosa Atenea en lugar de hacerla con el del dios Poseidón. En las leyendas germanas que conocemos, por ejemplo, la canción de los Nibelungos, se repiten los relatos en los que se describe cómo los valientes guerreros tenían que luchar con mujeres bellas y no menos belicosas antes de que éstas se sometieran y se convirtieran en sus esposas. La bella Brunilda sólo por astucia pudo ser vencida por su pretendiente Gunther. Pero no se entregó en la noche de bodas y siguió luchando y finalmente derrotó al héroe, al que colgó bajo el techo, mientras ella se iba a dormir tranquilamente. También las canciones populares rusas describen que la mujer era libre e igual en derechos no sólo en la vida económica, sino también en el campo de batalla. Así, por ejemplo, el héroe Dobrynja Nikititsch lucha en campo abierto con un «caballero andante, una mujer elegante», que indudablemente representa a un pueblo en el que todavía imperaba el matriarcado. Dobrynja comienza a combatir con ella, pero la mujer le agarra de su cabello rizado, le mete en una gran bolsa y le explica que sólo se casará con él si a ella le conviene. Este tesoro de leyendas y canciones nos proporciona un cuadro vivo de la lucha, que duró siglos, de la humanidad entre

matriarcado y patriarcado, que se manifiesta también en la transformación de las ideas religiosas. El hombre de las cavernas veneraba a la tierra, la poderosa madre originaria, en cuyo regazo toda la vida tiene su origen primario. Esto duró hasta que el ser humano comprendió, por razón de su experiencia, que la fructificación de la tierra dependía también del cielo. La tierra sola no podía garantizar una buena cosecha mientras no contribuyera el cielo con el sol y la lluvia conveniente. Exactamente como la mujer sin el semen masculino queda infecunda, tampoco la tierra puede reverdecer y producir frutos sin humedad y calor. La veneración de la tierra como único dios cedió a la adoración del sol, los dioses Osiris, Apolo y el ruso Jarilo. El dominio de la mujer, el derecho de la madre, dominó mientras la colectividad estuvo ligada por intereses comunes y la mujer actuaba en esa colectividad como principal productor. El derecho del padre se impuso con la implantación de la propiedad privada y los conflictos de intereses ligados a ella entre los distintos miembros del grupo social. Había que impedir que el grupo se desparramara, pero no como hasta entonces a base de una cohesión instintiva, unida en un grupo común en el que gobernaba la madre común, sino a base de la autoridad de los más fuertes.

¿Qué consecuencia tuvo la implantación de la propiedad privada en la situación de la mujer? Muchos están convencidos de que la servidumbre y la situación de incapacidad de la mujer surgieron paralelamente a la introducción de la propiedad privada, pero no es cierto. Probablemente la propiedad privada contribuyó a la incapacidad de la mujer, pero aún entonces sólo cuando por causa de la división de trabajo ya había disminuido su importancia en la producción. Tomemos como ejemplo una tribu agrícola: allí la mujer fue respetada sólo mientras el sistema económico original no se había derrumbado aún bajo la presión de las riquezas acumuladas y de la creciente división del trabajo. Junto a la agricultura, fuente principal de alimentación, surgieron en determinada fase del desarrollo distintas profesiones, como alfareros, curtidores, tejedores, soldados, sacrificadores, etc., es decir, técnicos en distintas actividades. Con el crecimiento y auge de los oficios, el trabajo del labrador fue perdiendo, con el tiempo, su significación como garantía más importante para la supervivencia del grupo. Y con el nacimiento de los oficios comenzó también, necesariamente, el intercambio; en otras palabras, la búsqueda del beneficio. Por lo tanto, el alfarero que hace un cántaro de barro no quiere perder el derecho a su producto y con ello a una eventual ganancia en el intercambio. Por su lado, el labrador intenta llegar a la posesión del jarro del alfarero con el menor costo. En consecuencia, ya no se aspira, como en tiempo del primitivo comunismo, a satisfacer sobre todo las necesidades del grupo social; la caza del beneficio se convierte entonces en la fuerza real impulsadora de la economía. En este período, el trabajo del alfarero, del curtidor o del tejedor vale más que el del agricultor y se comienza a considerar a éste como de categoría más baja. Y quizá no porque ese trabajo no siguiera siendo el fundamento del sistema económico, sino porque exigía una mayor aportación de actividad. Si el trabajo manual de un grupo social alcanza un alto nivel, se abandona el trabajo en el campo a los esclavos que se han capturado en la guerra. ¿Qué situación tiene la mujer en tal sistema económico? ¿Se la respeta como antes, aunque la agricultura que originariamente le deparó estimación y valía se considere ahora como trabajo de menor categoría, más apropiado para los esclavos? He aquí un ejemplo sacado de la historia: en Egipto, país con riquezas fabulosas y gran poderío, perduraron durante largo tiempo residuos del predominio originario de la mujer, el matriarcado. Al mismo tiempo en que en todos los lugares, aun incluso en países de cultura tan desarrollada como Grecia, las mujeres se encontraban en dependencia y desprovistas de derechos, las egipcias vivían en relativa libertad e igualdad. ¿Cómo se explica este hecho? En las orillas inundadas del caudaloso Nilo florecía la agricultura como en ningún otro lugar del mundo en aquel

tiempo. La raza que se había establecido en Egipto era también un pueblo de labradores. Pero ya sabemos que en una fase anterior del desarrollo histórico las mujeres habían sido las principales productoras. Ese papel les había proporcionado a las mujeres egipcias derechos y privilegios que conservaron durante siglos, a pesar de la implantación de la propiedad privada y del régimen de castas. Sólo cuando el comercio y la artesanía se desarrollaron más comenzaron a influir los comerciantes y artesanos, en lugar de los agricultores, en el estilo de vida. ¿Por qué? La profesión de artesano o comerciante rendía más, porque producía más beneficios que el trabajo en el campo. Tan pronto como se impuso la propiedad privada pasó la búsqueda del beneficio a sustituir al trabajo en interés de la colectividad y una consecuencia lógica de este desarrollo fue entonces que la mujer, principal productora del sistema económico, perdiera por razón del nuevo desarrollo su posición apreciada hasta entonces. Sólo las mujeres de aquellas razas y castas que estaban muy arraigadas, y por ello eran respetadas, pudieron conservar sus derechos. Las mujeres de los restantes estratos del pueblo (prescindiendo totalmente de las esclavas) quedaron tan privadas de derechos y tan oprimidas como las mujeres de los otros países. Nos hemos ocupado con especial extensión de Egipto porque esa cultura es precisamente un paradigma de que los derechos de la mujer dependen de su importancia económica. Además, se ve en Egipto que los antiguos derechos de la mujer perduraban más tiempo en aquellos pueblos en los que originariamente había actuado ella como productor principal. Y esto es explicable también cuando el sistema del comunismo primitivo fue sustituido por un sistema socio-económico basado en la propiedad privada. La propiedad privada no tenía por qué haber producido la esclavitud de la mujer si ya antes no hubiera ella perdido su importancia como principal responsable del abastecimiento de la sociedad. Pero la propiedad privada y la división de la sociedad en clases dieron forma y orientaron al desarrollo económico de tal manera que el papel de la mujer en la producción se redujo prácticamente a cero. La opresión de la mujer se relaciona con una división del trabajo entre los sexos en la que el trabajo productivo fue misión de los hombres, mientras la mujer se hacía cargo de las tareas secundarias. Cuanto más perfecta era esa división, más dependiente se hacía la mujer, hasta que al fin su servidumbre se convirtió en un hecho consumado. Formalmente, la introducción de la propiedad privada fue el punto de inflexión de un proceso en cuyo curso la mujer quedó eliminada del trabajo productivo. Sin embargo, esta evolución había comenzado ya en el comunismo primitivo (por ejemplo, en aquellas tribus que vivían del pastoreo). Aunque no se puede hacer responsable a la propiedad privada de ser el motivo principal de la desigualdad dominante en la sociedad, no obstante, contribuyó mucho a consolidar esa desigualdad y a agudizar la dependencia y opresión de la mujer.

La consecuencia más importante de la propiedad privada fue que la economía particular se centraba fuera de la economía hasta entonces única y común de la tribu. La existencia de tales economías independientes fortalecía una forma de familia cada vez más cerrada. Dentro de esa economía individual aislada se verificaba entonces otra nueva división de trabajo adicional: todos los trabajos productivos al aire libre se realizaban por los miembros masculinos de la familia, mientras el destino de la mujer se encontraba en el hogar. Por lo tanto, la propiedad privada que hizo posible la economía familiar contribuyó, por medio del trabajo doméstico improductivo y limitado, a la esclavitud de la mujer. Mirado desde el punto de vista de la economía del grupo social, perdió importancia el trabajo femenino y se fue imponiendo la idea de que la mujer era un ser inferior y un accesorio del creador de nuevos valores, el hombre. La laya y la piedra de molino (descubrimiento inicial de la mujer que la había empleado para triturar el alimento de sus hijos) pasaron de las manos de la mujer a las del hombre y los campos dejaron de ser el reino de las mujeres. Terminó su existencia libre bajo el cielo abierto y fue

desterrada durante miles de años a las cuatro paredes de su casa, excluida de todo trabajo productivo. Ahora custodiaba el fuego del hogar, no ya en interés de toda la tribu, como una figura materna colectiva, sino únicamente como la mujer y sirviente de su marido. Tenía que hilar, tejer y abastecer a la familia de alimento y vestido. Ciertamente aún hoy la elaboración del cáñamo y del lino sigue siendo principalmente una tarea femenina en la economía rural, pero en casa del labrador ha tenido una importancia secundaria. Espero que recordaréis todavía, por lo menos a grandes rasgos, la última lección. Pasamos ahora a examinar a la mujer en la siguiente fase de desarrollo y nos encontramos, retrocediendo dos mil quinientos años, en la antigüedad pre-cristiana. Ya no tenemos que ver con tribus salvajes, con brotes débiles de civilización, sino con formaciones estatales altamente desarrolladas que disponían de ejércitos importantes y poderosos y en las cuales se había impuesto la propiedad privada; estados con pronunciadas diferencias de clases con comercio y artesanía florecientes. Su sistema económico se basaba en el trabajo de los esclavos y en una forma de transición de la economía natural que pasaba a un intercambio más evolucionado. Ahora aparece por primera vez la acumulación de capital en su forma más elemental. ¿Qué función desempeñaba la mujer en esta fase de desarrollo económico? ¿Qué derechos poseía en las antiguas repúblicas paganas de Grecia y Roma y en la ciudad libre de Cartago? Ahora ya es imposible hablar del papel de la mujer en la producción sin especificar antes a qué clase pertenecía. Cuando el sistema económico de aquel tiempo había alcanzado su punto culminante, se hallaba dividido en dos clases separadas inequívocamente una de otra: los ciudadanos libres y los esclavos. Únicamente se valoraba el trabajo de los ciudadanos libres, aunque los esclavos eran responsables de la elaboración del pan y de todos los demás productos necesarios para la vida. La consideración de un ciudadano libre era proporcionada al servicio que prestara dentro de la organización del estado. Los más respetados eran aquellos estadistas que estaban en disposición de mantener bajo disciplina a la colectividad y tenían a su cargo que se observara la ley y el orden en la vida social. Les seguían en rango los guerreros. Los comerciantes y artesanos gozaban sólo de derechos insignificantes; y los esclavos -los creadores reales del bienestar- carecían en absoluto de derechos. ¿Cómo era esto posible? ¿Por qué razón los miembros más útiles de la sociedad, que en el período del primitivo comunismo habrían ocupado el primer lugar, eran los menos apreciados de todos? La inviolabilidad fundamental de la propiedad privada y del comercio contribuyó de manera decisiva a ese estado de cosas antinatural. Si un terrateniente organizaba eficazmente a sus esclavos, los mantenía bajo disciplina y les obligaba a producir todo lo necesario para el abastecimiento de la población, era muy apreciado por sus contemporáneos; en consecuencia, se estimaba singularmente el beneficio que se obtenía del trabajo de los esclavos. En esos estados muy desarrollados culturalmente como Grecia y Roma, la mujer, en el momento en que esas culturas alcanzaron su punto culminante, estaba totalmente privada de derechos, era una sierva. Pero tampoco en Grecia la situación de la mujer había sido siempre la misma, ya que, en tiempos antiguos, cuando todavía vivían en pequeñas unidades de tribus y no se conocía ni la propiedad privada ni el poder del Estado, su situación había sido muy diferente. Al principio habían sido los griegos un pueblo agricultor y ganadero. Sin embargo, como consecuencia de las condiciones geográficas de la península se vieron obligados a pasar a formas más complicadas de economía y las mujeres trabajaron no solamente en el cultivo de las tierras, sino que también se las necesitaba en la ganadería practicada intensivamente y para hilar y tejer.

En tiempos de Homero, que describió la vida de los antiguos griegos en sus obras poéticas, las mujeres participaban codo a codo con los hombres en el trabajo productivo, entonces eran totalmente iguales en derechos y al menos relativamente libres. Si alguna vez existió o no en Grecia el matriarcado es hoy día una cuestión difícil de resolver. Como

la población griega se sustentó muy pronto a base de una forma económica combinada, podemos suponer que el matriarcado no se extendió tanto como, por ejemplo, en Egipto y en otros pueblos agricultores. No obstante, se evidencia por su religión que la mujer desempeñaba un papel importante en la vida de los antiguos griegos que veneraban a Deméter, la diosa de la fecundidad; este culto prevaleció, y no simplemente el de la Tierra como hemos descrito antes, en las fases más primitivas de la humanidad. En la diosa Atenea veneraban los griegos la sabiduría femenina que había aportado a la humanidad la artesanía y el arte de hilar y de tejer. También el descubrimiento del peso y el cultivo del olivo se atribuían a Atenea, lo que quiere decir, en realidad, a las mujeres de los antepasados. De forma análoga, otras religiones reflejan la importancia de las mujeres dentro del sistema económico de entonces: por ejemplo, la de los antiguos noruegos, que adoraban a la diosa Idun como protectora de los manzanos. Entre los griegos no se simbolizaba la justicia por medio de un juez, es decir, de un hombre, sino por medio de la mujer con los dos platillos de la balanza, indicio de que en la prehistoria de Grecia los pleitos y las contiendas se dirimían por la mujer, jefe de la familia. El descubrimiento del fuego, según las ideas de los romanos, había que agradecerlo a Vesta, y las vírgenes vestales custodiaban la llama sagrada. En la mitología griega se dan innumerables ejemplos de la lucha entre el derecho del padre y de la madre, y esto vuelve a indicamos que debe de haber existido una época en que la mujer dirigía, como madre, el sistema económico de la tribu. En tiempo de Homero, la mujer podía asistir a los grandes banquetes y como consorte era apreciada y estimada, y los hombres eran corteses y atentos con ella, pero de ninguna manera esto llegaba a ser un sistema matriarcal. Homero habla de Penélope, prototipo de la esposa paciente, que esperaba a su marido desaparecido sin dejar rastro y que durante una fiesta expresa la opinión de que su suegra nada tiene que hacer entre los invitados y debe preocuparse más bien de las tareas domésticas en el gineceo. Ya en tiempos de Homero existía el matrimonio, la propiedad privada y la economía familiar separada. Por lo tanto, no es sorprendente que los griegos comenzaran en aquel período económico a predicar a las mujeres “las virtudes familiares” y a intentar convencerles de que fueran indulgentes con los deslices extramatrimoniales de sus maridos. En efecto, éstos no aumentaban el número de miembros de la familia, sino que además ahorraban al señor preocupaciones innecesarias por demasiados hijos. La mujer del rey Príamo se quejaba amargamente de lo sujeta que estaba y se sentía como “un perro encadenado” a la puerta de su esposo. Es importante ocuparse de la situación de la mujer en esta fase de desarrollo del Estado griego que se basaba en la propiedad privada y en el trabajo de los esclavos. Durante el esplendor de la cultura griega, cuando se erigieron templos maravillosos, sus insignes escultores labraron las famosas estatuas de Apolo y Venus y las ciudades griegas eran metrópolis de comercio internacional, con una floreciente artesanía, escuelas filosóficas de enorme renombre (cuna de la ciencia actual), perdió la mujer todos los derechos y privilegios de los tiempos antiguos y se convirtió en esclava y doméstica de su amo y señor, el marido. La igualdad entre los sexos sólo se daba entonces entre los esclavos. ¿Pero qué igualdad era esa? En igual medida se hallaban desprovistos de derechos, sin libertad y oprimidos; sufrían bajo un trabajo ininterrumpido duro y agotador, hambre constante y otras calamidades. Las condiciones de vida de los esclavos se pueden explicar por su situación de carencia de derechos, pero que las mujeres libres griegas de repúblicas altamente desarrolladas en su cultura se hallaran también desprovistas de derechos y oprimidas necesita, sin embargo, otra explicación distinta. Naturalmente, las mujeres en Atenas y Esparta eran ciudadanas con derechos, incluso con privilegios, si las comparamos con los esclavos. Pero gozaban de sus privilegios gracias a las posiciones de sus maridos y no precisamente por sus propios merecimientos. Como seres humanos y ciudadanas no eran interesantes en absoluto y se las consideraba como

mera adherencia de un hombre. Durante toda su vida se encontraban bajo cura tela: primero la del padre y luego la de su marido. No tenían acceso a las fiestas que abundaban en la vida pública de Grecia. Las ciudadanas de la libre Grecia, de Cartago y de Roma no conocían otra cosa que su limitada casa familiar. Estaban allí muy ocupadas, hilando, tejiendo, cocinando y vigilando al servicio y a los esclavos de la casa. Las mujeres más ricas estaban también liberadas de esas obligaciones y pasaban su vida en el gineceo, separadas y aisladas de toda forma de existencia activa, en una atmósfera asfixiante y no muy distinta de aquella vida eremítica a la que muchos siglos más tarde fueron condenadas las mujeres y muchachas de la aristocracia rusa. El satírico Aristófanes describe con ironía la vida de una mujer rica: «Lleva vestidos amarillo azafrán, se embellece con cosméticos rojos, posee sandalias a la última moda, vive del trabajo de su marido y de los esclavos y en resumen es un parásito.» Por lo tanto no nos puede extrañar que, bajo el punto de vista de su marido, su única misión fuera dar a luz a su descendencia. Se la educaba para el hogar y tenía que ser «virtuosa», lo que quiere decir tonta y desinteresada. El tipo de mujer más estimado en aquella época era la que no sabía decir «bueno ni malo». Por un lado, el marido podía vender como esclava a la adúltera; por el otro, podía buscarse una querida para el caso en que su virtuosa mujer comenzara a cansarle. Junto a la monogamia sancionada legalmente, en Grecia se halla muy extendida, sin embargo, la poligamia, que se aceptaba generalmente: "Como madre de los hijos y administradora legal, una esposa legítima; una esclava, para la satisfacción de las necesidades físicas; y una hetaira, para complacer a la inteligencia y a la vida sentimental."

En aquellas repúblicas de Grecia, ilustradas, de elevada cultura y orgullosas de sus joyas y riquezas, y en Roma, la esposa de un ciudadano libre se encontraba exactamente tan privada de derechos y tan dependiente como los sirvientes y esclavos sobre los que ella mandaba en nombre de su marido. Un miembro femenino de la tribu balonda vivía ciertamente en una choza de bambú, pero era mucho más libre y más igual en derechos respecto a su marido que sus compañeras de sexo griegas y romanas de aquel período, aunque éstas habitaran en palacios de mármol. Y ¿cómo era posible esto? ¿Cómo puede explicarse esa falta de derechos en la mujer cuando en aquellas sociedades existía prosperidad económica y cultura? Compañeras, no os costará mucho adivinarlo. Puedo leer en vuestros rostros que lo habéis comprendido: las mujeres de la tribu africana de los balonda se ocupaban en el trabajo productivo para la colectividad, mientras que las griegas, si generalmente hacían algo, se limitaban a las tareas en el interior de su casa. En una fase muy primitiva del desarrollo social también las griegas habían sido una fuerza de trabajo valiosa para la colectividad. Pero con la llegada de la propiedad privada, y desde que la producción se basó en el trabajo de los esclavos, se fue transformando más en un mero instrumento de la procreación. Por lo tanto, fijaos, camaradas, en que en sociedades tan ilustradas como Grecia o en la poderosa Roma con sus innumerables colonias, o en la ciudad libre y rica de Cartago, ni siquiera las mujeres de la clase dominante tuvieron privilegios o derechos de ninguna clase. Desde luego debemos tener en cuenta que en el caso de Grecia el matriarcado sólo se desarrolló débilmente y por esa razón el patriarcado se impuso muy pronto y la mujer cayó rápidamente en una fuerte dependencia. Por el contrario, en la república romana existían todavía residuos de matriarcado aun cuando Roma era ya el imperio más poderoso del mundo. También en aquel tiempo, cuando la propiedad privada se hallaba protegida legalmente y el trabajo productivo lo realizaban los esclavos, las matronas romanas seguían encontrando respeto y consideración. Los ciudadanos libres les cedían el paso en la calle, su autoridad era indiscutible en el hogar y la madre era quien educaba a sus hijos. ¿Cómo puede explicarse esa diferencia? El imperio romano fue fundado por un pueblo de agricultores y por esa

razón el matriarcado estuvo profundamente arraigado en el pasado de esa sociedad y siguió influenciándola todavía en fases muy posteriores de su desarrollo. Junto a las mujeres dependientes, las virtuosas esposas parasitarias, existió en Grecia un grupo independiente de ciudadanas libres, las hetairas: eran o ciudadanas libres o esclavas emancipadas que infringían valientemente la moral matrimonial de la época. Muchas de estas hetairas han entrado en la historia, por ejemplo, Aspasia, amiga del famoso estadista Perides; Lais, Frint o Lamia. Estas mujeres eran muy instruidas y se interesaban por la ciencia y la filosofía, desarrollaban actividades políticas e influían en los asuntos del Estado. Eran evitadas por las virtuosas y castas esposas y, sin embargo, los hombres apreciaban el trato con ellas. Los filósofos y pensadores de aquel tiempo se inspiraron más de una vez en ideas y pensamientos originales de las cultas hetairas, y muchos contemporáneos describieron la amistad entre el famoso filósofo Sócrates y Aspasia y han referido los brillantes discursos políticos de aquella mujer. Frine inspiró al insigne escultor Praxiteles, y la hetaira Lamia, que vivió aproximadamente quinientos años antes de nuestra era, desempeñó un papel decisivo en la conjuración contra dos tiranos que querían apropiarse del poder. Fue encerrada en una prisión, junto a sus compañeros que habían luchado por la libertad, y atormentados cruelmente, pero para no delatar a sus camaradas ella misma se cortó la lengua con los dientes y la escupió a la cara del juez. La existencia de las hetairas es una prueba de que ya en aquellos tiempos la mujer intentaba liberarse de aquella cárcel agobiante que significaba su dependencia. Pero a las hetairas les faltaba la condición más importante y fundamental para su éxito: no realizaban ningún trabajo productivo. Para la economía del pueblo eran, por ese motivo, de tan poco valor como las esposas ignorantes y mojigatas de los griegos y romanos. Las libertades y privilegios por los que habían luchado se asentaban sobre arena movediza: en el aspecto material dependían como antes de los hombres.

También hubo en Grecia algunas mujeres que, en el campo del arte, la ciencia y de la filosofía llegaron a alturas extraordinarias y que con sus contribuciones intentaban enriquecer la cámara del tesoro de la ciencia y el arte masculinos. Por ejemplo, la poetisa griega Safo organizó una escuela propia para sus amigas. Agnidike, la primera médico, se vistió de hombre para poder instruirse en la medicina y, terminados sus estudios, comenzó a cuidar enfermos. En Alejandría vivió una profesora y filósofa muy instruida, que además poseía una gran belleza. A su alrededor se reunían un círculo de sabios e interesados por la ciencia de todos los rincones del mundo. Sin embargo, esa mujer murió trágicamente, despedazada por una multitud azuzada por unos sacerdotes ignorantes y envidiosos; esto sucedió en la época del primitivo cristianismo. Estas figuras femeninas, llenas de belleza y vigor, nos muestran hasta dónde puede llegar la mujer si no se refrena su inteligencia, corazón y espíritu condenándola a una existencia indigna entre las cuatro paredes de un hogar. Desgraciadamente estas pocas mujeres valientes no tuvieron trascendencia de ninguna clase para la atmósfera general que estaba llena de parasitismo y ociosidad de las mujeres. Eran excepciones, y por esa razón no bastaban para cambiar las condiciones de vida de las mujeres, ya que su papel en la economía se había hecho insignificante. En verdad las mujeres sufrían mucho en aquella situación sin derechos (unas pocas intentaban seguir su camino), pero la inmensa mayoría permanecían en su papel de esclavas del hogar, del marido y de la familia. De forma significativa sentían las mujeres que el hogar individual, la propiedad privada y el matrimonio legal eran los principales impedimentos para su liberación. En *Las Junteras*, comedia del famoso escritor griego, el satírico Aristófanes, se ridiculiza a las mujeres porque quieren implantar un orden nuevo y tomar en sus propias manos los destinos de la ciudad. Pero sobre todo es interesante que la heroína de esa comedia, Praxágora, la capitana, propone la "propiedad común". Decía Praxágora: "Pido que todo sea común, que todo pertenezca

a todos, que ya no haya ricos ni pobres; no tiene que ocurrir por más tiempo que cierta gente sea dueña de tierras extensas, mientras el pañuelo de tierra que los demás poseen no alcance para su sepultura. La mujer debe ser propiedad común y todo el mundo debe tener el derecho de tener hijos con quien él quiera." Esta fue la protesta de las mujeres contra la propiedad privada, el matrimonio y la dependencia, aproximadamente cuatrocientos años antes de nuestra era, es decir, hace mil trescientos años. El sueño de una organización comunista que liberara a la mujer de su tutela debía de estar aceptado generalmente para que el inteligente satírico lo plasmara en los personajes de su comedia, universalmente comprensibles y conocidos. Es imaginable que las mujeres buscaran su liberación en un ideal de organización comunista, porque por medio de la voz popular se había transmitido el pasado feliz de la mujer en el comunismo primitivo. Sea lo que sea, las mujeres griegas tenían razón en su idea de que era imposible modificar el papel de la mujer sin una radical revolución en las relaciones sociales de Grecia que se basaban en la sociedad de clases y en la esclavitud. Las tentativas de algunas mujeres para salvar a la gran masa de la esclavitud física y espiritual quedaron por tanto ineficaces. Antes de que el sueño de Praxágora se convirtiera en realidad han transcurrido más de veinte siglos. La Rusia actual es, sin embargo, una prueba viva de que Praxágora tenía razón cuando creía que la liberación de la mujer sólo era posible por medio del comunismo, la libertad y la igualdad.

3. La situación de la mujer en la economía natural cerrada

Compañeras, nuestra última charla terminó con la descripción de la situación de la mujer en la antigüedad, cuando ya existían la propiedad privada, el comercio y la artesanía, y el trabajo se caracterizaba por ser forzado y a cargo de los esclavos. Junto a este trabajo de esclavos, naturalmente, existían ya los primeros brotes de una artesanía libre, pero el trabajo de los esclavos era sin embargo el fundamento del sistema económico. La mujer quedó desterrada a una vida entre las cuatro paredes de su hogar y perdió, con el tiempo, toda importancia económica. Ya no era una "unidad de trabajo" que de una u otra manera contribuía al bienestar del Estado y de la sociedad. Su papel se limitaba a ser la "mujercita" que traía al mundo hijos para su marido o el objeto de placer en su burda variante representada por las esclavas y queridas y la edición de lujo en figura de hetaira. Las circunstancias económicas reinantes convertían a la mujer en un parásito de la sociedad. La vida de las esclavas transcurría fuera de los límites de la sociedad establecida. Encorvada bajo el yugo del duro trabajo compartía la suerte de sus compañeros de infortunio: los esclavos. Podían esforzarse cuanto pudieran, pero su actividad laboral nunca se apreciaba en lo que era: la verdadera fuente de todo el bienestar. No se tomaba en consideración el trabajo, sino los ingresos, el beneficio. Con el tiempo en la antigua sociedad pre-cristiana surgió el primer proletariado y se enardeció la lucha de clases. Los Estados antiguos se destrozaban por motivo de esa lucha de clases y también por la imperfección de su sistema de producción que se basaba en el trabajo forzado de los esclavos, altamente improductivo. Un Estado tras otro caían víctimas de ese proceso interno de destrucción, se debilitaban y hundían y fueron sustituidos por otros pueblos con distintos sistemas y formas de economía. Por eso dejamos ahora las civilizaciones antiguas y pasamos a una fase que nos es mucho más próxima en el tiempo: la Edad Media. En toda Europa dominaba entonces -es decir, hace de ochocientos a novecientos años- la economía natural que dependía del trabajo de los agricultores siervos y ya no (como en la antigüedad) del trabajo de los esclavos. Los labradores ya no entregaban todo el fruto de su trabajo al dueño de las tierras, sino que una parte de ese producto se empleaba en mejorar las condiciones de vida de los siervos. Eso, sí, el siervo

tenía que pagar al señor feudal tributos en forma de productos naturales o de prestaciones de trabajo. Sin embargo, una parte de los productos quedaba en sus manos y con ella podía hacer lo que quisiera. Podía, si había comercio y artículos que le interesaran, cambiarlos a su gusto. En esos lugares de intercambio surgieron mercados para los campesinos que evolucionaron cada vez más hasta convertirse en plazas de intercambio y comercio, es decir, ciudades. Si se encontraban esas ciudades en terreno del señor de la tierra éste se consideraba su gobernante y asimismo les imponía tributos. Sin embargo, también existían ciudades libres que se habían liberado del poder de los boyardos y caballeros y entre ellas pueden citarse como ejemplos a nuestras Novgorod y Pskov.

La población se dividía en tres clases: los dueños de la tierra, los campesinos y los ciudadanos. Durante el esplendor de la Edad Media, es decir, entre el 900 y 1300, la situación de la mujer era muy distinta, según a qué clase perteneciera. Pero dentro de cada clase particular se determinaba por el mismo factor, es decir, por su papel en la producción. Examinaremos primero las condiciones de vida en la alta nobleza y los boyardos. Cuando el feudalismo alcanzó su apogeo y el poder se hallaba en manos del noble poseedor de la tierra, el sistema económico se basaba en la producción natural. Pero eso significaba que todos los bienes de consumo que necesitaban tanto el dueño del latifundio (señor feudal sobre enormes extensiones de tierras) como sus siervos campesinos tenían que producirse por los mismos siervos dentro de los límites del feudo, ya que el intercambio era muy poco frecuente. La forma de vivir en aquel tiempo nos ha sido retransmitida por relatos contemporáneos. El castillo feudal del dueño de la tierra era entonces el centro económico. El servicio se componía de campesinos siervos. Todo lo que se necesitaba para la vida en el castillo, y éste acogía a muchas personas: la familia y parientes del señor feudal, en primer lugar, y luego los huéspedes, el servicio, vigías, soldados, debía producirse en el territorio del feudo. Los siervos campesinos satisfacían su renta entregando en el castillo, en Rusia en el palacio del noble, materias primas, pieles de animales, lana, carne y cereales. La propia elaboración y refinamiento de esas materias se realizaba en el castillo. El gobierno del castillo de señor feudal era extraordinariamente complicado y por ello exigía un organizador hábil. ¿Quién fue por regla general el organizador de la administración en esos castillos de Francia, Inglaterra y Alemania durante la Edad Media? ¿Quizá el mismo dueño de las tierras, el caballero, el señor feudal? Normalmente el señor se hallaba fuera del castillo ocupado en guerras o correrías a mano armada y por esa razón abandonaba a su esposa la complicada administración del castillo. Ella vigilaba que los agricultores pagasen los tributos a su debido tiempo; bajo su inspección trabajaban sastres, zapateros, herreros y personas de otros oficios; se tejían paños finos y prendas de lino burdo, se bordaban puntillas y se fundían yelmos. La señora del castillo también era la responsable de que se moliese el grano y de que fueran suficientes las provisiones almacenadas para el invierno o para un posible asedio de los enemigos. En las bodegas del castillo se guardaban miles de litros de vino y de cerveza, y en los almacenes toda clase de objetos imaginables. Todo lo que se utilizaba en el castillo, ya por el mismo señor o sus huéspedes, ya por sus servidores o soldados, debía producirse por sus propias fuerzas; no se podía comprar. Ciertamente, el comerciante (huésped bien recibido, aunque poco frecuente) visitaba a veces el castillo, pero por lo general comerciaba sólo con artículos extranjeros y de lujo: sedas orientales, cristal fino de Venecia, armas y piedras preciosas de mucho valor. Sobre la situación de las mujeres que pertenecían a la clase dominante puede decirse sin duda que eran respetadas como organizadoras de la producción. Y tan ampliamente que, según el derecho alemán, inglés y francés, la esposa podía heredar el título y propiedades del marido. A principios del siglo XI se convirtió este derecho feudal hereditario en ley en Inglaterra, Flandes, Borgoña y Castilla, después que las sangrientas cruzadas habían reducido fuertemente el

número de herederos masculinos de los títulos y posesiones. Las crónicas de la Edad Media cantan fervorosamente la sabiduría y amor al prójimo de las administradoras de aquellas posesiones feudales. Todo el pueblo se entristeció cuando Eleonor, que gobernaba en Aquitania, contrajo matrimonio con el Rey de Francia. Por las crónicas sabemos cuánto se preocupaba Eleonor por sus vasallos, cómo intentaba facilitar el comercio suprimiendo los excesivos derechos de aduanas y cómo garantizaba la autonomía de las ciudades para protegerlas de las arbitrariedades de los dueños de la tierra. Y también nos enteramos de sus acciones caritativas. De forma parecida ensalzan los relatos históricos y la tradición popular a Ana de Bretaña. La princesa Olga, primera rusa de casa principesca que abrazó el cristianismo, vive todavía en la memoria del pueblo como una señora de gran sabiduría. Según el antiguo derecho francés, el poder del padre sobre su familia pasaba a la madre en caso de su muerte o ausencia y se le consideraba tutora de sus hijos. Como sus maridos, los condes y príncipes gobernantes, también las mujeres de las familias dominantes desempeñaban funciones judiciales, y las abadesas tenían privilegios análogos. Este derecho a dictar sentencias se transmitía, dentro de la familia, incluso a jóvenes muchachas. Las mujeres tenían asiento como asesoras en los juicios de aquel tiempo y se ponían birretes de juez. Durante la ausencia del señor, su esposa era la señora no sólo de los siervos, sino también de los llamados vasallos (dueños de aquellas tierras pequeñas que dependían directamente del señor). Era deber de la esposa salvaguardar el honor del blasón familiar y en las fiestas y torneos tomaba asiento en el lugar de preferencia. Estos duelos entre caballeros era la diversión preferida de la «alta sociedad» de entonces. Las mujeres de aquel círculo eran veneradas con exaltación por los caballeros y enaltecidas por los trovadores y juglares. El deber más alto del caballero era "defender a las damas", y cuando un caballero encontraba a una mujer descendía del caballo. Todo caballero tenía una "dama de su corazón" a la que adoraba a distancia sin la menor esperanza de que sus sentimientos fueran correspondidos. Sin embargo, tales homenajes sólo se rendían a las mujeres de la clase de dueños de tierras, o sea, de la nobleza, y ese sentimiento de servicio y respeto nunca se dirigió a las de las distintas capas sociales.

Mientras a la mujer, en su cualidad de representante de la clase noble, se le concedía cierto status, ya que en efecto su papel como organizadora de la economía del castillo contribuía al fortalecimiento del señor feudal, se conculcaban al mismo tiempo sus derechos individuales y como ser humano. La poderosa marquesa o duquesa, ante la que temblaban cientos de campesinos siervos y a la que no se atrevían a contradecir los jóvenes nobles porque en ausencia de su marido (con arreglo a las costumbres de entonces) iba a tomar el timón entre sus manos, se estremecía y temblaba en presencia de su esposo y según las leyes de aquel tiempo era su esclava y su propiedad. Durante aquellos siglos en que imperaba la nobleza, dominaba el derecho del más fuerte. El caballero que era dueño del feudo debía su poder a sus correrías de bandolerismo y a delitos de violencia. El jefe de la familia estaba obligado a mantener el dominio sobre sus súbditos, vasallos y siervos y a defender su autoridad indiscutible en todo el territorio. El poder del padre nunca había adoptado en la antigüedad formas tan grotescas como ocurrió en la Edad Media. El jefe de la familia, dueño de las tierras, paralizaba a todos con su régimen de terror. Sus derechos sobre su esposa e hijos eran ilimitados; por ejemplo, podía atormentar a su mujer, ridiculizarla, expulsarla del hogar o dejarla en legado a un amigo con su caballo preferido y la espada conquistada a los sarracenos. Todavía hasta el siglo XII, si le era infiel o se hacía culpable de cualquier otra manera tenía perfecto derecho a matarla. Hasta tal extremo llegaba el poder del marido en aquel tiempo. Aquella condesa orgullosa y distinguida que nunca descendió a devolver el saludo a un caballero subordinado, se arrastraba de rodillas ante su marido cuando éste se ponía de mal humor

y se sometía en silencio a sus golpes y sevicias. En Inglaterra tenían derecho a voto en el Parlamento, además de los condes y príncipes feudales, los dueños de las tierras más extensas. Sus mujeres perdieron esos derechos, al principio poco a poco, luego en masa, cuando la estructura social se transformó tanto que surgieron las condiciones para una sociedad urbana. Todavía en época tan avanzada como el siglo XVII, se esforzaba la latifundista inglesa Anne Clifford para que le restituyeran sus derechos primitivos. Al mismo tiempo, el marido engañado podía ofrecer a su mujer en venta en el mercado. Pero ¿cómo puede explicarse ese carácter contradictorio de la situación de esas mujeres de la clase de los grandes propietarios de tierras? Muy sencillamente: la familia y la parentela tenían un control total sobre los miembros individuales; y dentro de la familia tenía en aquel tiempo -que se caracterizaba por la inseguridad general de la justicia y la mentalidad de la rapiña- el máximo poder quien podía defender mejor los intereses de la familia y sus feudos frente al ambiente hostil. Por muy útil y necesaria que pudiera ser la tarea organizadora de la mujer para la economía del castillo se valoraba sin embargo mucho más la actividad guerrera. ¿Pues de qué otra manera aumentaba entonces los ingresos y riquezas de un conde o príncipe de la forma más cómoda y visible? Con evidencia total el saqueo a los vecinos y a los campesinos incrementaba la fortuna de la familia más rápidamente que el trabajo económico pacífico. Por eso la tarea organizadora de la mujer tenía a los ojos del hombre únicamente una importancia de segundo rango y subordinada. Que fuera posible enriquecerse de esa manera, es decir, por el saqueo y expoliación de las propiedades ajenas, naturalmente restaba popularidad a los ingresos del trabajo libre y esto a su vez producía el menosprecio a esa forma de trabajo. Estas circunstancias explican el carácter contradictorio de la situación de la mujer: por un lado, como esposa del señor feudal, tenía derecho al título y a las posesiones y era señora absoluta de sus vasallos y súbditos (y frecuentemente ocurrió que las mujeres llegaran a reinar), tenían los mismos derechos ilimitados sobre los siervos como un hombre en situación análoga; es decir, expulsarlos, castigarlos, someterles a tormento y aun matarlos; por otro lado, sin embargo, esas mismas mujeres, en lo que se refiere al jefe de familia, no poseían siquiera los derechos humanos más elementales. En su posición en el matrimonio las esposas de los grandes señores feudales de la Edad Media estaban tan desprovistas de derechos como en otro tiempo las mujeres de las tribus pastoras. En Rusia la situación de las mujeres de la nobleza era todavía menos envidiable. Habían tomado parte activa en el trabajo y habían actuado como organizadoras de la economía sólo durante un período de transición extraordinariamente corto en la historia rusa. Fueron desbancadas muy pronto por parientes y administradores masculinos. La misión de la mujer del boyardo consistió, desde entonces en adelante, sólo en cuidar de la descendencia que había de perpetuar el nombre del famoso linaje antiguo.

El derecho del padre se impuso muy pronto en Rusia. La dominación tártara (tribus nómadas pastoras, cuyas mujeres estaban totalmente oprimidas) reafirmó las condiciones existentes, es decir, el poder ilimitado del hombre sobre la mujer. Sin embargo, se conservaron durante largo tiempo, hasta el siglo XI, en la tradición popular los residuos de un matriarcado que databa de tiempos muy antiguos. La mujer rusa de la antigüedad debió de haber dispuesto de su propiedad sin autorización especial de su marido, tomaba parte en los debates judiciales y actuaba como amigable componedor. Y en las primeras leyes rusas (el “derecho ruso” se puso por escrito en el siglo XII) se deducía el parentesco por línea materna y no por la paterna, prueba evidente de que entre los pueblos eslavos de la antigüedad dominaba una combinación de matriarcado, comunismo primitivo y economía agrícola. El derecho del padre no se impuso en Rusia hasta el tránsito a formas más complicadas de economía y después de la introducción del pastoreo. Las condiciones geográficas de Rusia eran especialmente apropiadas para la

ganadería, que además no sólo exigía menos aportación de trabajo, sino que también era más productiva. Así ocurrió que la agricultura pasó a jugar un papel subordinado en el sistema económico de la antigua Rusia. Pero entre las tribus agrícolas del Norte quedó el vivo recuerdo del poder e importancia originarios de la mujer en el sistema económico. Perduró en aquellas canciones y baladas populares que aún se cantaban cuando la esposa del dueño de las tierras ya estaba oprimida y la mujer del campesino había sido rebajada a la categoría de bestia de carga en la producción. Caso de que os encontréis especialmente interesadas en la suerte de la mujer rusa, procuraos el libro de Schischkov sobre su historia. En él encontraréis innumerables descripciones, extraordinariamente interesantes que nos refieren cómo la mujer se fue convirtiendo en la sirviente de la familia. Por lo demás es un proceso que transcurrió en paralelo con la introducción de la propiedad privada y el derecho del más fuerte. La falta de previsión de la joven aristócrata y su situación subordinada ante la familia se hicieron más fuertes por la carga que significaba para ella la expectación de descendencia. Sobre su felicidad y suerte afirman otros: en la alta nobleza decidían en primer lugar el padre, pero también intervenían otros miembros de la familia cuando se trataba de la elección del cónyuge futuro. Su boda era un asunto familiar, pues se trataba de proteger los intereses de la casa. El matrimonio se decidía no por la inclinación, sino por razón de consideraciones materiales. O se intentaba incrementar las posesiones propias por medio de la dote de la nuera o de suavizar al vecino rebelde dándole a él o a su hijo la propia hija por esposa. Se trataba de doblar el poder, fortuna y títulos de la propia casa al unir uno a otro dos títulos y lo demás. Por lo tanto, éstas eran las razones que se encontraban tras los matrimonios. Con frecuencia los prometidos no se habían visto nunca hasta el día de la boda. Muchas veces llegaban las novias de tierras lejanas y niños de cinco a siete años quedaban ligados por esponsales. En la Edad Media eran frecuentes los matrimonios de menores de edad. Por ejemplo, el conde Bouillon, empobrecido y arruinado totalmente, se casó con una muchacha de doce años con una dote espléndida. El marqués de Eauoise se prometió a una criatura de dos años porque el futuro suegro se declaró dispuesto a entregar al desposado anticipadamente una parte de la dote mediante pagos anuales. La condesa Adelaida de Saboya, inteligente y calculadora, prometió al heredero del trono alemán la mano de su hija menor de edad, Berta, aunque el novio, y también la novia, no tenían todavía seis años. Incluso ocurrió que padres previsores buscaban novias para hijos que todavía no habían nacido. Desde luego era enorme la falta de derechos de muchachos y muchachas frente a la familia y generalmente sus destinos matrimoniales los decidían los parientes.

Una violación de los intereses individuales ha continuado entre nuestros campesinos rusos durante tiempo relativamente largo. Y se trata de los intereses de la casa de labor decidiéndose los matrimonios por los padres sin contar con los hijos. Hasta la revolución no se ha terminado con esta mala costumbre que procede de la Edad Media, aboliendo totalmente este anticuado derecho del padre. Una puede imaginarse qué vida llevaría una mujer que contra su voluntad se ha casado por decisión de sus padres y cuyo marido tiene además la ley a su favor. Para la alta nobleza de aquel tiempo el matrimonio sólo tenía una finalidad: debía garantizar que el famoso linaje no se extinguiría. La capacidad de una mujer para dar a luz a sus hijos y garantizar así la descendencia era muy valorada por esa razón y por eso se le castigaba también duramente por su infidelidad, pues si introducía un bastardo en la familia mancharía en efecto su noble sangre. Según la ley, el marido estaba autorizado no sólo a echar de casa a su mujer, si le había engañado, sino también a darle tormento y aun matarla. Los intereses de la familia obligaban a medidas de protección contra los matrimonios desiguales. Si un mortal corriente osaba mezclar su sangre con la de una hija aristócrata de sangre azul, ésta era desheredada y encerrada en un monasterio o la mataban. La esterilidad de una mujer se consideraba no

solamente como una desgracia, sino también como una vergüenza. Un marido a quien su mujer no le diera ningún hijo podía divorciarse sin más razón. Innumerables mujeres legítimas de señores feudales y caballeros eran condenadas a celibato perpetuo en un monasterio mientras sus maridos tomaban tranquilamente a otras mujeres. La mujer ideal de aquellos tiempos era una de buena salud y prolifera, que además pudiera dirigir y administrar un hogar. La importancia que tenía la fecundidad en aquel tiempo se deduce de la flora de leyendas que trata de este tema. Refiere, por ejemplo, que la esposa del conde Henneberg dio la vida a 364 hijos y que todos los varones recibieron en el bautismo el nombre de pila de Iván y las niñas el de Elisabeth. Sin embargo, no bastaba con dar a luz niños. Entraba entre los deberes de la esposa, madre y administradora, el cuidarse de la educación de sus hijos y ante todo el ser un buen ejemplo para ellos. La norma de vida más importante y más preciosa de aquel tiempo era doblegarse totalmente y sin protesta a la voluntad del marido. En una serie de escritos de la Edad Media se describe a esa mujer ideal. Defensores profundos de las circunstancias dominantes dan en sus manuales instrucciones para al comportamiento conforme a su clase de una digna esposa de caballero o señor feudal y proporcionaban sabios consejos para las relaciones entre los esposos. ¿Qué ámbito tenían propiamente las obligaciones de las mujeres en las familias de una sociedad que se basaba en la violencia, el trabajo de los siervos y, en lo que se refiere a la mujer, en la absoluta carencia de todos los derechos humanos fundamentales? ¿En qué campo de la economía podía participar activamente la mujer? El escritor Barberino se hizo popular cuando en la Italia del siglo XIV exigía que las jóvenes damiselas se comportaran con dignidad, esto es, que permanecieran en casa y ayudaran a sus madres en los quehaceres domésticos. Barberino era incluso de la opinión de que podían ahorrarse totalmente el aprender a leer y a escribir. Y el papa ruso Silvestre, en su conocido escrito el Orden escrito, daba consejos parecidos. En esas obras se aconsejaba a los maridos que se preocuparan de que sus esposas fueran tan honestas como temerosas de Dios y con esa finalidad no se excluían los castigos corporales ni la adopción de medidas semejantes. Sin embargo, durante el florecimiento de la economía del castillo (900-1200), a pesar de su sojuzgamiento y degradación dentro de la familia, recibieron las mujeres de ascendencia noble una instrucción relativamente razonable. Hijas de familias distinguidas aprendían no solamente a coser, hilar y tejer, sino a leer, escribir, bailar y cantar. Y además se les daba ciertos fundamentos de las ciencias de entonces, y por lo general también estudiaban latín. La instrucción en los monasterios ingleses abarcaba a leer y escribir, ciencia bíblica, música, cuidado de enfermos, cuentas y cocina. Ocurría con frecuencia que las muchachas sabían latín (todos los escritos científicos de aquel tiempo estaban redactados en esa lengua). O tenían grandes conocimientos de astronomía y de otras ciencias, aunque sus maridos, caballeros y soldados atrevidos, eran analfabetos en su mayoría. Podía ocurrir que los caballeros, al mismo tiempo famosos señores feudales y dueños de vastas tierras, llevaran consigo durante semanas, sin leerla, la carta de su amada hasta que finalmente encontraban a un compañero de armas que sabía leer y escribir. Muchos de ellos utilizaban a un escribiente para que se hiciera cargo de la correspondencia con su amada y ésta, por razón de esas cartas, podría experimentar viva simpatía con el “espíritu de su adorado”. Figuraos qué habría ocurrido si hubiera sospechado que abría su corazón al escribiente. Uno de los más famosos trovadores de aquel tiempo, Wofran von Eschenbach, no podía escribir sus poesías y tenía que valerse de ayuda femenina. La historia nos da cuenta de una serie de famosas escritoras y pensadoras que ejercieron su actividad en los tenebrosos siglos de la Edad Media. En el siglo X, por tanto, hace unos mil años, la monja Roswitha escribió dramas religiosos y dejó una serie de escritos científicos. En el siglo VIII, por consiguiente, todavía antes, vivió en Inglaterra una abadesa, Elfleda, de quien se decía que era muy sabia. Fue una

misionera entusiasta de la Iglesia, entonces reciente, e intervino entre otras cosas en concilios ecuménicos, es decir, conferencias internacionales sobre asuntos eclesiásticos. Otra religiosa, Rildegard, que vivió en el siglo XI, adquirió reputación en filosofía. No se preocupaba de las intrigas de la Iglesia e ignoraba que ésta exigía una fe que prohíbe el pensamiento independiente. Con mucha libertad expuso sus ideas sobre las fuerzas de la vida y su pensamiento tenía tintes de panteísta, es decir, que ella profesaba la idea de que Dios en realidad no es otra cosa que aquella fuerza detrás de toda vida en la naturaleza. Aproximadamente al mismo tiempo escribió la abadesa alemana Herrada su obra científica *El jardín del placer* y creó así las premisas para la astronomía, la ciencia histórica y otras disciplinas de aquel tiempo.

Ya en los siglos XI y XII se añadieron escuelas a los monasterios en las que jóvenes de ambos sexos recibían instrucción. Las escuelas de los conventos de monjas de Alais y Poitiers en Francia fueron especialmente famosas. Las conocidas religiosas Gertrudy de Nivelles, Aldegonde de Maubeuge y Berthilda de Chelles, las tres francesas, tuvieron gran influencia sobre sus alumnos. En el siglo XIII vivió en Francia la monja Heloisa, que trataba de asuntos filosóficos con su amigo Abelardo en forma epistolar. Los monasterios no eran entonces focos de ociosidad, disipación e hipocresía. Por el contrario, con frecuencia eran centros de laboriosidad que prestaban ayuda a los primeros brotes de los estudios de las ciencias naturales y de la filosofía. El ambiente externo que les rodeaba estaba impregnado de violencia, saqueo, libertinaje y expoliaciones de los más fuertes. Por eso era natural que quien buscaba la paz y una seguridad relativa para reflexionar y encontrar nuevos caminos para la ciencia se refugiara en un monasterio. No solamente las esposas estériles y las hijas deshonradas se eclipsaban en los monasterios, sino también aquellas mujeres independientes que no tenían interés en casarse, ya que odiaban a los hombres como opresores.

Algo más tarde (de 1300 a 1400) encontramos también, fuera de los conventos, mujeres que trabajan científicamente y llegan a desempeñar cátedras. Ya en el siglo XIII hubo una mujer como profesor de Filosofía en Bolonia, ciudad italiana que poseía una de las Universidades más afamadas de aquel tiempo. Y esa mujer debió de haber sido de una belleza extraordinaria y para no distraer a los estudiantes daba sus lecciones tapada detrás de una cortina. Más tarde enseñaron en la misma Universidad las dos hijas del profesor D’Andrea, Novella y Bettina, que alcanzaron fama como juristas. Otros ejemplos son Eleonora Sangvitelli y Teodora Danti, destacadas matemáticas de su tiempo, y Madelaine Bousignore, que compuso un tratado sobre el derecho matrimonial de su tiempo. Sin embargo, las mujeres no solamente se distinguieron en el sector científico y filosófico. Representantes de la clase feudal desempeñaron en la Edad Media, especialmente entre los siglos IX y XI, un papel destacado en política. Ejemplos famosos son: las condesas gobernantes Margaretta de Toscana y Adelaida de Saboya. Ambas vivieron en el siglo XI en el Norte de Italia. Otro ejemplo es la poderosa y altanera condesa toscana Matilde, que gobernó en Florencia, ciudad próspera y opulenta por su comercio y artesanía. Estuvo casada con el marqués de Toscana y a la muerte de su marido se hizo cargo de todas sus enormes posesiones, aunque según la ley ella sólo poseía el título de condesa. Gobernó la ciudad, grandes municipios rurales y las posesiones de la baja nobleza y pequeños príncipes. Esta mujer inteligente y activa, siguiendo las leyes de aquel tiempo, asistía personalmente a los juicios sobre sus vasallos y los habitantes de la ciudad. En su calidad de juez supremo presidía los debates judiciales y firmaba solemnemente todas las sentencias. En Florencia se conservan algunos interesantes documentos sobre sentencias dictadas por esta condesa. Como todas las mujeres de la clase noble dominante podía disponer a su antojo de sus posesiones personales, lo que quiere decir sin ninguna tutela. Este período se caracterizó también por la fuerte rivalidad entre el Emperador y el Papa,

entre el Estado y la Iglesia. Matilde, emparentada personalmente con el Papa Gregorio VII, poderoso, astuto y ávido de mando, se opuso al Emperador y transmitió al Papa por su testamento todas sus posesiones, lo que naturalmente fortaleció el poder de éste. La condesa Adelaida de Saboya, su contemporánea, gobernó ella misma, aunque tenía dos hijos, sus extensos dominios e intervino en política; en las crónicas se la describe como una mujer "orgullosa y decidida", que sin miedo entró en la lucha contra el poderoso Gregorio VII y tanta confianza tenía en sí misma que llegó a amenazar también al Emperador. Además, se dice de ella que fue una "gobernante muy recta y bondadosa". Sin embargo, una descripción histórica menos tendenciosa indica que si bien protegió a veces a los más débiles, combatió constantemente los esfuerzos de sus ciudades para conseguir mayor autonomía, con la intención de que no disminuyera su propio poder. Ambas mujeres estaban interesadas en las ciencias y conocían perfectamente la importancia de las mismas para el desarrollo de sus dominios. La famosa Universidad de Bolonia se convirtió en un centro espiritual cuando Matilde contrató como profesor al famoso jurista Irnerius. No obstante, esas mujeres eran una excepción y no la regla. Pero el hecho de que existieran en aquellos tiempos tenebrosos y sangrientos revela que eran necesarias. Se podría sustentar la opinión de que para aquellas mujeres -esclavas y propiedad de sus maridos-, que contra su voluntad se encontraban encadenadas a un hombre odioso, señor de vida y muerte, que para aquellos seres infelices que existían únicamente para dar vida a los herederos de la estirpe la instrucción no era necesaria. El derecho a la instrucción se puede explicar solamente por su papel en la economía cerrada del castillo como esposa del dueño de un extenso patrimonio. Ya os he indicado antes el papel de la mujer como organizadora de la complicada economía del castillo. Una mujer que sabía leer, escribir y contar estaba naturalmente en disposición más ventajosa para controlar los ingresos y gastos del castillo que otra persona ignorante y limitada, podía vigilar la economía, activar el cobro de las deudas de los campesinos y calcular y almacenar las provisiones necesarias para el invierno o para una situación eventual de un asedio. Por lo tanto, a las mujeres de aquel tiempo se les exigía no sólo belleza sino también inteligencia. Un historiador del siglo XII refiere de la esposa del conde Roberto de Calabria que poseía las cualidades más deseables: "alta alcurnia, belleza e inteligencia". Además, las mujeres eran muy estimadas cuando poseían conocimientos de medicina. Ya sabemos que las mujeres se ocupaban desde tiempos antiguos del cuidado de los enfermos. Ya durante la fase del comunismo primitivo hablan investigado las propiedades curativas de las plantas medicinales y las empleaban en el tratamiento de los enfermos. En la Edad Media la Medicina se hallaba muy débilmente desarrollada y sólo los príncipes poderosos se podían permitir el lujo de tener un médico; el resto de la población tenía que arreglarse como mejor podía. Las eternas pendencias y luchas entre vecinos, las guerras y su consecuencia, la peste, fueron la causa de que el castillo no sólo fuera el centro de producción, sino también el hospital para heridos y enfermos, una policlínica general y un consultorio para los campesinos del contorno. Es decir, que el pueblo sufría bajo el dominio del terror del señor feudal, pero también consideraba al castillo como un centro de asistencia. Por eso favorecía mucho que la castellana supiera cuidar enfermos. Siempre que salvara de la muerte a los heridos y accidentados y curara con sus medicinas a los que habían perdido la salud, siempre que no fuera demasiado orgullosa para auxiliar a una campesina en sus momentos de apuro y ayudase a la comadrona perpleja con «sabias» indicaciones, los campesinos podían estar más dispuestos a perdonar benevolentemente su despotismo al señor del castillo.

En la Edad Media la Medicina era una ocupación femenina. La mujer ideal como se la describe en muchas leyendas de aquel tiempo poseía la disposición de curar enfermos. Paracelso, uno de los médicos medievales más conocidos, aseguraba que había

aprendido mucho más entre las mujeres que en los textos de medicina de su tiempo, profundos, complicados y llenos de errores. Cuando el rey Luis IX, el año 1250, regresó de una peregrinación de Jerusalén a Francia, otorgó una carta de reconocimiento a la médico por su destacada atención durante el viaje. La cátedra de Medicina de la Universidad de Bolonia la desempeñó en el siglo XV una mujer: Dorotea Bocca. Entonces se investigaba muy poco en Medicina y ésta se encontraba llena de artes de birlibirloque y supersticiones. Las ciencias exactas, en el sentido actual, no existían. Y ni siquiera se conocía exactamente la estructura del cuerpo humano. La Medicina se hallaba ligada estrechamente a ritos de conjuros y a la magia. La anciana «sabia» no era otra cosa que una hechicera, la cual, porque tenía tratos con las fuerzas de las tinieblas, podía curar a los seres humanos y además controlar su vida, felicidad y salud. Por eso esas ancianas sabias no sólo eran respetadas, sino también temidas. Sin embargo, el conocimiento práctico de esas mujeres en el campo de la Medicina debía convertirse en azote para ellas bajo otro sistema económico-social. Se comenzó a perseguirlas como brujas y hechiceras y durante mucho tiempo se encendieron hogueras en toda Europa y cientos, miles y aun decenas de miles perecieron en las llamas, y únicamente por la exclusiva razón de que los papas sospechaban que estaban en relación con las fuerzas de las tinieblas. Pero en la próxima lección hablaremos con más detalle de los procesos por brujería. Ahora sólo resumiremos brevemente la posición de la mujer noble acomodada durante el florecimiento del feudalismo: como representante de su clase y portadora del apellido familiar fue estimada y tenía ciertos derechos. Fuera de su propia familia, los caballeros la trataban con respeto y admiración; sin embargo, dentro de la familia se encontraba tan exactamente desprovista de derechos como uno de sus siervos. Durante el auge de la economía del castillo (hasta el siglo XIV aproximadamente) la esposa del señor feudal, como administradora de su economía, recibía cierta instrucción y ella también educaba a sus hijos. Como sin embargo con el comercio creciente comenzó a desmoronarse esa forma de economía de castillo feudal, empezó a perder importancia económica su campo de actividad. Ahora la medida más importante de la riqueza era el dinero, y la mujer fue degradándose hasta convertirse en lo fundamental: en una máquina de procreación. Se transformó en un parásito como en tiempo de las esposas legítimas de los ciudadanos griegos. Ya no era de su incumbencia vigilar el trabajo del herrero o preocuparse de que las tejedoras encontraran un nuevo modelo para su lencería. Tampoco controlaba si las piedras del molino estaban bien esmeriladas y cómo marchaba la fabricación de armaduras y armas. Todas estas ramas de la producción y no eran ahora elementos integrantes inseparables de la economía del castillo; se habían trasladado del castillo feudal a la ciudad o a la granja de los campesinos. En las tierras y en el castillo ya sólo quedaba el trabajo doméstico en su sentido estricto y las nobles distinguidas también lo rehuían en lo que les era posible y la consentida esposa del dueño de las tierras endosaba todas las obligaciones hogareñas a la servidumbre o a un administrador. Con la existencia parasitaria, la ociosidad, mano sobre mano, se extendía la creciente incapacidad, simpleza y enervamiento de estas mujeres. Por lo tanto, se puede afirmar que, con la decadencia y desintegración de la economía cerrada del castillo feudal, que por su lado se construía sobre una economía natural cerrada, también descendió rápidamente el nivel de instrucción de las mujeres pertenecientes a las clases altas. A primera vista esto puede parecer raro, pero ¿cómo puede ser posible de otra manera que en aquel siglo X enemigo de la ilustración vivieran mujeres tan instruidas y sabias como, por ejemplo, Roswitha o Hildegard, mientras las mujeres de los siglos XVII y XVIII se caracterizaban por su falta de inteligencia, poca instrucción y tendencia a las supersticiones? Pasaban los días en inactividad apática y en disipación. Sin embargo, esto es fácilmente comprensible y claro,

ya que sabemos que la posición de la mujer, su derecho a la dignidad humana y a la cultura siempre depende de su aportación a la economía y a la producción.

4. El trabajo de la mujer en la comunidad rural y en la producción artesana

Ahora vamos a examinar las condiciones de vida de las restantes clases. ¿Qué derechos tenían en la Edad Media las mujeres de los ciudadanos de los campesinos? ¿Cómo vivían? Comenzaremos por las campesinas. Entre ellas en la Edad Media era cruel, en la que dominaba el derecho del más fuerte, apenas se puede hablar de derechos. Tanto el campesino como la campesina eran siervos de su "señor", y con eso lo hemos dicho todo. El poder del dueño de la tierra sobre los que la cultivaban era ilimitado.

Para poder comprender las relaciones de entonces entre los caballeros (boyardos poseedores de feudos) y los campesinos debemos explicar antes cuál era el fundamento del feudalismo. La economía del feudalismo dependía totalmente de la existencia de extensas tierras sobre las que quienes dominaban en ellas (caballeros y guerreros) ejercían un poder omnímodo. Los campos del llamado "patrimonio" del gran señor feudal los cultivaban los campesinos que además tenían a su cargo su propia pequeña economía. Ciertamente no eran ya esclavos como en la antigüedad en Grecia, Roma o Egipto (el esclavo había sido propiedad personal de su dueño, individuo sin libertad, mientras el campesino era libre), pero sin embargo política y económicamente se encontraban en una dependencia tan grande que su sujeción era inevitable y se convirtieron en siervos del señor feudal. Naturalmente los caballeros y boyardos se reservaron para sí las tierras más productivas. Por eso para poder sobrevivir estaban obligados los campesinos a tomar en arriendo terrenos señoriales por los que pagaban caro, al principio en especie, más tarde en dinero, y además debían prestar servicios personales al señor. Inicialmente todo esto no estaba regulado por las leyes, pues la servidumbre no fue sancionada por el derecho hasta mucho más tarde (en Rusia, en el siglo XVI). Más tiene que ver con una consecuencia del derecho del más fuerte que otorgó a los señores feudales el poder ilimitado sobre los campesinos. En la Edad Media, el dueño del patrimonio feudal no sólo era propietario del terreno, sino que además disponía de extraordinarios derechos políticos. Esto quiere decir que en la práctica mandaba a su arbitrio en su feudo: dictaba órdenes, percibía tributos, fulminaba castigos y penas de muerte y concedía feudos. Comenzaba con que el señor feudal dominaba sobre una serie de pequeños señores feudales, y éstos, a su vez, mandaban a los pertenecientes a la baja nobleza de la tierra. De esta manera surgió entre nosotros una aristocracia jerarquizada articulada de terratenientes y príncipes, en otros países de señores feudales y vasallos, es decir, hombres de la nobleza baja dependientes. Esta red de subordinaciones y dependencias proporcionó estabilidad al feudalismo y aumentó la autoridad de los príncipes y señores. En esta cadena aristocrática los campesinos estaban obligados a una vida que presentaba los siguientes rasgos: obediencia ciega al señor feudal y duro trabajo, cuyos frutos tocaban en suerte en su mayor parte no a los campesinos, sino a los señores, que los derrochaban en sus palacios y castillos. Y en nada se diferenciaba la situación de la campesina de la del campesino; ambos trabajaban día tras día hasta reventar y como agradecimiento a sus esfuerzos únicamente cosechaban desprecio y privación de todo derecho. Entonces sólo eran respetados los dueños de la tierra, los señores feudales, que tenían todos los derechos. La circunstancia de que el campesino estuviera tan sometido como su mujer contribuyó a allanar y a proscribir las diferencias entre ellos. Marido y mujer soportaban solidariamente el yugo de la servidumbre. Sin embargo, dentro de su propia familia, el campesino que fuera de ella no tenía ningún derecho y era un siervo y un sometido, alzaba el gallo como dueño y señor de su mujer y de su familia. De la misma manera que el

caballero, en su castillo, ejercía su mando sobre su esposa con título de nobleza, se erigía el labrador dentro de su propia casa en dominador de su mujer. Si el caballero estaba autorizado a apostar su mujer en el juego o a encerrada en un monasterio, podía el campesino expulsar de su casa a su esposa o venderla en el mercado. Cuando la propiedad privada comenzó a imponerse dentro de la clase campesina, se fortaleció al mismo tiempo el derecho del padre y con ello el del marido sobre la mujer e hijos. Y desde entonces también los campesinos concertaban sus matrimonios por consideraciones económicas y no por amor. Evidentemente, más de una vez estropeaban los señores esos planes matrimoniales ordenando sencillamente a Iván de tal aldea casarse con María de aquella otra. Por lo tanto, la campesina tenía dos señores a quien servir: su patrón, el señor feudal, y su propio marido. Los caballeros y sus hijos no tenían la más mínima consideración con las campesinas. Ante la "adorada dama de su corazón", naturalmente de casa distinguida, podía permanecer el caballero toda una noche con los pies descalzos pese al frío helador para demostrar de esa manera su amor y admiración. Ante las mujeres e hijas de los campesinos el mismísimo caballero se portaba como un jabalí irrefrenable. Por pura diversión, para sus francachelas, podía mandar que se reunieran todas las hijas de los campesinos de una aldea que le estuviera sometida. Y si alguna tenía la mala suerte de caerle en gracia, mandaba sencillamente, sin andar en ceremonias, que expulsaran de casa a su marido. El señor podía transformar en harén los talleres de su palacio o los comedores del servicio. Aquellos caballeros que cantaban en sus versos la dignidad de la mujer destrozaban al mismo tiempo sin consideración alguna la voluntad, el sentimiento y el corazón de la mujer que pertenecía al pueblo sencillo. Fue una época sombría y sobrada de desdichas y sufrimientos. Hasta la baja Edad Media no comenzaron los campesinos a sublevarse contra los abusos de los señores feudales, y en las guerras campesinas que siguieron desempeñaron las mujeres un papel muy activo. Durante la "jacquerie" (alzamiento campesino francés en el año 1358) intervinieron las mujeres con el mayor entusiasmo cuando se trataba de incendiar las propiedades y castillos de los señores y de degollar a sus ocupantes con hachas y horcas. Algo parecido se cuenta de las mujeres de los "lolardos" en Inglaterra (secta religiosa con postulados sociales en el siglo XIV y XV que sufrió duras persecuciones), de las de los campesinos alemanes rebeldes y de los seguidores de Thomas Münzer.

El cuadro que nos proporciona la descripción histórica nos las muestra como seres sanguinarios, vengativos, sin corazón, que con su crueldad sobrepasaron incluso la furia desenfrenada de los campesinos. Sin embargo, ¿se podía esperar otra cosa? Las campesinas habían llevado una vida de perros a causa de las costumbres inhumanas que eran consecuencia del derecho del padre. No conocían ninguna clase de derechos ante el jefe de la familia y no eran más que bestias de carga. Araban, cosechaban, cuidaban el ganado y para ellas ningún trabajo era demasiado duro. En las zonas alejadas de Rusia que han quedado retrasadas y en otros países subdesarrollados económicamente todavía hoy las condiciones de vida de la mujer campesina son las de aquellos tiempos, en los que no tenía ningún derecho social, aunque no fuera inferior a su marido en nada de lo que se refiere a su actividad laboral en la producción. ¿Cómo se puede explicar esto? Intentemos averiguar las causas de estas circunstancias. Ya hemos dicho que el sistema económico en la Edad Media se basaba en la propiedad privada. Pero donde ésta domina no se estima ni el trabajo ni su resultado (con lo que me refiero a la producción de bienes necesarios de consumo, sino solamente aquellos beneficios que gracias al derecho de disposición sobre la propiedad privada puede uno conseguir con el trabajo de otros, es decir, los beneficios o rentas). Quizá os acordéis todavía de que los esclavos griegos fueron los verdaderos creadores de toda la riqueza (¡y qué riqueza!), y a pesar de ello su trabajo carecía de valor a los ojos de los griegos. Se miraba a los esclavos como una fuerza de

trabajo viva (y sólo eran apreciados socialmente aquellos que podían explotar eficazmente esa fuerza de trabajo). Pero esto significaba que el dueño, exprimiendo a su esclavo, obtenía el rendimiento máximo. Con el trabajo de los siervos no sucedía nada diferente. La propiedad privada llevaba consigo la división de la agricultura en pequeñas unidades independientes. Campos de labranza, praderas y bosques eran, antes y después, propiedad de la comunidad rural. Además, cada campesino tenía su propia granja que no era propiedad de la mujer (sino del hombre, el marido, el padre o el hermano). Esta concepción jurídica originó las costumbres patriarcales y se desarrolló y afirmó en aquel tiempo. Todavía hay que tener en cuenta lo siguiente: a pesar de su situación subordinada dentro de su propia familia gozó la mujer dentro de su tribu de cierta consideración, especialmente en sociedades que procedían de pueblos que habían practicado la agricultura y en consecuencia habían vivido en la antigüedad una fase de matriarcado. La servidumbre entre los franceses, ingleses y alemanes no adoptó durante mucho tiempo (en lo que se refiere a la situación de la mujer) formas tan duras como, por ejemplo, entre las tribus pastoras, hunos o tártaros en especial, bajo cuyo dominio por el terror temblaban los pacíficos europeos. La lucha entre ambas formas de posesión de la tierra, es decir, por un lado, la propiedad privada, y, por el otro, el derecho de posesión de la comunidad rural, no se decidió durante mucho tiempo en la Edad Media. El derecho de posesión colectiva estuvo muy extendido en Rusia hasta hace poco tiempo y ciertamente por el sistema Mir que no fue derogado hasta el reinado de Nicolás II por las leyes del ministro Stolypin. Para la economía de aldea la mujer era una fuerza de trabajo importante a los ojos de la comunidad; de su trabajo dependía el bienestar de todos tanto como del trabajo de los campesinos. Por eso podía la mujer, en muchos casos, asistir a los consejos de los aldeanos, aunque en su propia casa no podía proponer nada ante su padre o marido. En los consejos de aldea solía haber incluso hasta ancianos barbudos dispuestos a escucharlas. En un distrito ruso todavía existía una costumbre según la cual la campesina (en especial en ausencia de su marido) asistía a las reuniones del Mir y eso aunque ésas mujeres habían perdido ya sus derechos, que databan de antiguo (y el "padre de casa", el anciano de la familia, había ampliado mucho las facultades de su autoridad). Y eso no se cambió hasta que se introdujo el "derecho a la nuera", extraordinariamente humillante. Desde entonces en adelante se autorizó al marido a escarnecer a su mujer inculpada y a atormentarla hasta hacerla morir. (El "derecho a la nuera" significaba que la mujer, en el caso de que su marido marchara al extranjero a ganarse la vida, se quedaba en casa de su suegro y tenía que practicar trato sexual con el mismo.) La situación de la sierva campesina se diferenciaba ventajosamente en un punto de la altanera esposa del caballero. Aunque el señor feudal poseyera poder ilimitado sobre los campesinos, podía obligarles a casarse y separarse, y practicara la vergonzosa costumbre europea del "derecho a la primera noche", se daban entre los campesinos con mucha más frecuencia que entre los nobles, los matrimonios por amor. (El "derecho a la primera noche" significaba que el señor podía pasar la primera noche con la novia después de la boda entre sus siervos, por lo tanto, antes de que el propio marido hubiera podido practicar sus funciones matrimoniales.) Las hijas de los campesinos podían intervenir en sus matrimonios más que las hijas de los aristócratas. Y así nos lo refieren también las canciones y leyendas populares. También es muy interesante que la hija de un caballero, si antes de la boda tenía relación íntima con un hombre, se desacreditaba ella misma y también desacreditaba a su parentela (ningún hombre quería ya casarse con ella), mientras entre los campesinos estas historias no se llevaban tan a mal. Tenían un concepto más natural de las relaciones prematrimoniales y no las consideraban deshonrosas. ¿Por qué? También esto tenia, naturalmente, un motivo económico. Entre los labradores de aquel tiempo, ante todo por las duras condiciones en que se practicaba la agricultura, la fuerza de trabajo se cotizaba

muy alto. Por lo tanto, todo hijo significaba mano de obra adicional y con ello una ventaja para la economía de los campesinos. Por eso también podía el campesino transigir con el derecho a la primera noche y no expulsaba a su mujer y lo consideraba no como una afrenta inevitable, sino más bien como una prueba personal. Estas costumbres no cambiaron hasta más tarde, cuando las casas de labranza se separaron de la comunidad rural y se redujo la superficie de los terrenos comunales. Entonces el padre echaba de casa a la hija en el caso de que tuviera un hijo fuera del matrimonio y la "adúltera" era azotada por su marido casi hasta matarla.

Cuanto más se imponía la propiedad privada entre los campesinos, más insoportable y desesperada se hacía la situación de la mujer. El llamado "duro destino femenino" era la suerte de la campesina en todos los lugares donde se había extendido el dominio violento del señor feudal, por lo tanto en aquel sistema económico que se basaba en la servidumbre y en la propiedad privada de la tierra. Resumiendo, sobre la aristócrata y la campesina se puede decir lo siguiente: durante la Edad Media, por razón de las circunstancias económicas dominantes, no tuvieron igualdad ni independencia ni derechos humanos fundamentales. Ahora pasaremos a examinar la situación de la tercera clase: las ciudadanas, que con el tiempo producirían dos clases enfrentadas hostilmente: la burguesía y el proletariado. Hemos hablado ya de las ciudades que surgieron principalmente en mercados fijos, nudos de comunicación y lugares de comercio e intercambio. En esas ciudades vivían sobre todo comerciantes y artesanos. Cuando hablemos de ciudadanas nos referimos por lo general a las mujeres de los artesanos, pues las de los comerciantes no jugaron ningún papel independiente, probablemente como consecuencia de que casi siempre los comerciantes traficaban con géneros extranjeros que exigían una movilidad e independencia que sencillamente no poseía la mujer. Todos los artículos que se producían en la misma ciudad o en las zonas próximas se intercambiaban casi siempre directamente entre el productor y el comitente (quien los había encargado), sin comercio intermediario. Hasta una época avanzada de la Edad Media (siglos XIII y XIV) no fueron comercializados esos artículos por los intermediarios, en lugar de intercambiarse como hasta entonces directamente entre dos productores, es decir, un artesano y un campesino o dos artesanos de diferentes oficios. La mujer de la clase comerciante eran anfitriona (recibía a los huéspedes) y esposa. Su actividad productiva se reducía al trabajo del gobierno de su casa, que ciertamente entonces era complicado, ya que todas las necesidades diarias dependían del trabajo de los propios servidores de la casa. Pero las tareas domésticas satisfacían sólo las necesidades inmediatas y no producían artículos de valor y esto originó que el trabajo de la mujer no fuera apreciado. En la capa social de los comerciantes de la ciudad era el hombre generalmente, el jefe de familia, el único proveedor. Las cosas eran muy distintas para las mujeres e hijas de los artesanos, que vivían del trabajo de sus propias manos y no del beneficio que la clase de los comerciantes podían obtener de la venta de una mercancía extranjera o del trabajo improductivo del comercio. Cuantas más botas, mesas, armarios, sillas o vestidos producía el artesano, más contento de la vida se sentía. Por lo tanto, era natural que buscara ayuda en su mujer y en los restantes miembros de su familia. Sólo así podía montar un taller. Cuantas más manos diligentes tuviera a su disposición, mejor y con mayor rapidez se haría el trabajo. El que hacía los pedidos prefería a los maestros que pudieran despachar el encargo lo más rápidamente posible. Los artesanos solteros se veían obligados a reclutar ayudantes para poder sostenerse frente a sus competidores con familia. El artesano colocaba en un taller a aprendices y los convertía en sus oficiales que le estaban subordinados y no eran siervos, sino trabajadores libres bajo la vigilancia de su maestro. Los artesanos se unían en organizaciones especiales llamadas gremios para regular las relaciones entre los comitentes y los artesanos y

amortiguar la competencia, que de otra manera hubiera rebajado mucho el nivel de vida de los artesanos. La artesanía existía paralelamente a la servidumbre de los campesinos y completaba el sistema feudal. En los oficios manuales desempeñó la mujer un papel importante, especialmente entre los siglos XII y XIV. Había oficios en los que dominaba el trabajo femenino, por ejemplo, tejer, bordados de blonda, flecos, calceta, bolsas para dinero, etc. Hasta el siglo XIV colocaba el maestro no sólo muchachos, sino también muchachas, y las mujeres trabajaban junto a los hombres. Si el marido moría, su mujer heredaba el taller y el título de maestro, pero no tenía derecho a admitir nuevos aprendices, y por esa razón únicamente podía continuar el trabajo de su marido si se casaba con uno de los oficiales; éste se hacía maestro, por su parte, y podía no solamente seguir el negocio, sino ampliarlo. (A consecuencia de ese matrimonio se unían los derechos de dos maestros, lo que a su vez hacía posible una elevación adicional del número de aprendices, que naturalmente era muy beneficiosa para los dueños de un taller.) Entre los siglos XII y XIV se hallaba tan extendido el trabajo femenino en innumerables ciudades de Inglaterra, Alemania, Francia e Italia, que existían gremios integrados exclusivamente por artesanas. Así, el hilar lana ha sido desde siempre una actividad laboral femenina y en la Edad Media hubo gremios propios de hilanderas, cardadoras y devanadoras. En Colonia, antiguo centro industrial alemán, disponían las devanadoras en el siglo XIV de un gremio muy poderoso. En Francia florecieron sobre todo los gremios en los que se agrupaban las que confeccionaban bolsas y las modistas. También el tejer paños de lana se consideraba un trabajo femenino típico. Hilar y lavar velos era una tarea exclusiva de las mujeres; existió un gremio especial para las tejedoras de telas finas y en los siglos XIV y XV otro para las cordeleras.

En el siglo XIV se calculaba en Inglaterra que 495 de 500 gremios tenían como miembros tantas mujeres como hombres. Una ley dictada por Eduardo III a mediados del siglo XIII nos permite imaginamos qué típico era entonces el trabajo de las mujeres en los oficios manuales: esa ley contiene disposiciones sobre el derecho de las mujeres a ocuparse en trabajos tales como fábricas de cerveza, confección de pan, talleres de tejer, etc. En Inglaterra se encontraban muy difundidas sobre todo dos profesiones femeninas: posadera y calandradora; y también se consideraba la fabricación de cerveza como pronunciada labor femenina. En los oficios siguientes se había impuesto principalmente el trabajo de la mujer: batanear tejidos, hilar lino, bordar en oro, hacer velas, sastrería, repostería, encaje de bolillos, medias de punto, pasamanería, bañadora y lavandera han sido desde siempre profesiones femeninas, y asimismo la de peluquera. Ciertamente no practicaron el comercio a gran escala, pero el comercio al por menor quedó sin embargo casi exclusivamente en sus manos y en especial en la baja Edad Media las mujeres del mercado traficaban con viveza con gallinas, gansos, flores, hortalizas, fruta y otros bienes de consumo y alimentos; y muchas de ellas negociaban también con ropas de segunda mano. Si un gremio se componía tanto de artesanos masculinos como femeninos, por lo general tenían derechos iguales. En ciudades alemanas como Munich, Colonia o Dantzig, el maestro podía todavía en el siglo XIV admitir como aprendiz a un muchacho o a una muchacha. En Hamburgo y Estrasburgo el gremio tejedor estaba integrado sólo por mujeres y éstas trabajaban también en talleres de curtido, en orfebrerías y en el gremio de hilados de oro. Finalmente alcanzó el trabajo femenino en los oficios manuales tal dimensión que se pasó a regulado por medio de ordenanzas. Por ejemplo, el maestro de un taller de batir oro podía a lo más hacer que trabajaran en él tres niños; sin embargo, las mujeres podían también emplearse como ayudantes en mayor número. En 1290 los tejedores de tapices de París prohibieron trabajar a la mujer embarazada, parte por consideración al niño aún no nacido, parte para reducir la no deseada competencia de las mujeres. Más tarde, en los siglos XV y XVI, cuando la competencia entre los distintos

artesanos de había agudizado mucho, se comenzó a negar a las mujeres la calidad de miembro en las propias organizaciones gremiales. Que el trabajo femenino en los lugares de producción artesana en la Edad Media fuera tan normal se puede explicar porque la mayoría de los habitantes de las ciudades eran mujeres. Las estadísticas de varias ciudades (que proceden de los siglos XIII y XIV) muestran que aproximadamente los habitantes femeninos llegaban de 1.200 a 1.250 por 1.000 habitantes masculinos; y a veces la proporción femenina aún era mayor. La falta de hombres obligaba a estas mujeres a ganarse la vida por sí mismas, ya que todas no podían contraer matrimonio. La preponderancia de la población femenina en las ciudades se puede explicar por la gran sangría en los habitantes masculinos que producían las guerras ininterrumpidas. Estas guerras destruían innumerables seres humanos, pero a los varones en especial. Además, las mujeres se marchaban con frecuencia del campo a la ciudad, ya que solamente así podían escapar de la tiranía del señor feudal. Si una muchacha campesina huía de la servidumbre podía encontrar una colocación en la ciudad. El hijo del campesino podía escapar de los abusos del caballero marchando a la guerra como soldado; sin embargo, a la mujer se le presentaban dos recursos: el convento o la ciudad. Las mujeres marchaban a la ciudad para mantenerse a sí mismas y muchas veces también a sus hijos. Si no lo conseguían con su propio trabajo se les presentaba otro camino: vender sus cuerpos. Esta forma de ganar dinero estaba tan difundida que las mujeres venales organizaron sus propios gremios en muchas ciudades. Estos gremios los legalizaban los regidores de la ciudad (es decir, los habitantes que poseían carta de vecindad), y las prostitutas organizadas perseguían encarnizadamente a toda mujer que se atrevía a prostituirse sin pertenecer a las organizaciones legales aceptadas por los honorables consejeros de la ciudad. Por eso era muy difícil ganar dinero como mujer libre “callejera”, fuera de las “casas de muchachas”, es decir, de los burdeles. Al tomar parte en la producción se les hada posible a las artesanas una vida completamente distinta de la de las campesinas y aristócratas; la trabajadora manual se hallaba presente cuando se adoptaban decisiones sobre la política de producción de la ciudad, administraba ella misma sus ingresos y tomaba parte con sensatez en las frecuentes y alegres diversiones de los días de fiesta; en resumen, era muy independiente y libre. Incluso en Rusia, donde todavía en el siglo XVI se vivía en el espíritu de la Edad Media, la mujer de la ciudad tenía una posición más ventajosa que la aristócrata y especialmente en las ciudades libres de Pskov y Novgorod, entre otras. Tomemos como ejemplo a Martha Posadnitz, que fue burgomaestre del Gran Novgorod y luchó apasionadamente por la libertad de su ciudad y combatió contra toda clase de nobles saqueadores y vandálicos: ejemplo de que las mujeres intervenían en política y que esto no era reprobable a los ojos de sus contemporáneos. Entre los artesanos la relación de los esposos estaba también impregnada de una consideración mutua y de una igualdad mucho mayores de lo que luego existió en los matrimonios entre burgueses. También esto tiene un motivo semejante: muchas mujeres, en la Edad Media, colaboraban productivamente en las empresas artesanas municipales de la ciudad, por lo tanto, en una época en que la artesanía organizada regionalmente era la forma dominante de economía. Por el hecho de que hombres y mujeres produjeran igual, se dulcificaban las costumbres patriarcales y desaparecía el derecho masculino del más fuerte.

Pero tampoco debemos supervalorar, generalizando totalmente, la importancia de la mujer en especial en la economía de la ciudad y también en el sistema de producción de entonces. Aunque muchas mujeres se bastaban a sí mismas, la gran mayoría, lo mismo que anteriormente, estaban oprimidas, dependían del trabajo del marido y gobernaban su hogar. Estas mujeres realizaban por tanto una tarea que para la economía era de rango secundario. Por eso era natural que tampoco las artesanas y los miembros femeninos de los gremios se equipararan en todos los aspectos a sus maridos y hermanos. Estas mujeres

no podían conseguir la total igualdad de derechos como miembros de la sociedad, mientras la mayoría de las mujeres (al menos una proporción importante) no produjera independientemente y prestara un trabajo útil para todo el pueblo. El principal productor y creador de toda la riqueza y beneficios dentro de cada clase era y continuaba siéndolo el hombre. Por eso nada cambiaba tampoco en la situación de la mujer en el Estado y en la sociedad y en su dependencia en el matrimonio y en la familia. Los historiadores de las ciudades ven la Edad Media con preferencia como una época en que la vida familiar de los ciudadanos estaba llena de idílica armonía y la mujer gozaba de tanta dependencia y respeto como se lo concedía la sana inteligencia humana. Por eso toda la Edad Media aparece en esos escritores bajo una luz rosada y romántica. Pero sin embargo conocemos nosotras lo que sucedía en realidad y que esa época fue cruel y bárbara. Las mujeres de todas las clases sociales vivían, en su mayoría, bajo condiciones difíciles y sufrían horriblemente bajo todas las calamidades imaginables, originadas por las sombrías costumbres de aquel tiempo. Y así se propagó en la Edad Media la insensata idea de que la mujer era un "instrumento de Satanás". El cristianismo predicó la "mortificación de la carne", introdujo períodos de ayuno, oraciones hasta el agotamiento y también la continencia. La Iglesia Católica exigía una vida de celibato no solamente a los sacerdotes y religiosos, sino que esperaba lo mismo del resto de los fieles. El matrimonio se consideraba como expresión del apetito carnal, y aunque fue elevado por la Iglesia a la categoría de sacramento, sin embargo, miraba la Iglesia la vida en común de los esposos como una rendición ante la carne pecadora. En una función religiosa en Macon (Francia), en el siglo IX, se aceptó el postulado según el cual todo verdadero cristiano debía someterse a la "mortificación de la carne". Nos podemos imaginar qué consecuencias tendrían para las mujeres semejantes ideas sobre los cuerpos y las necesidades humanas. Todas las religiones que surgieron bajo el derecho del padre pecaron gravemente contra la mujer por medio de su criterio discriminador porque elevaban la sumisión de la mujer ante el hombre a la categoría de precepto divino. Sin embargo, el cristianismo que se transformó de una religión de esclavos en un arma en manos de los ricos y poderosos, atentó especialmente contra la mujer en este aspecto. La Iglesia cristiana debe su enorme expansión en la Edad Media a su complacencia para legitimar la propiedad privada, la sima entre las clases y la opresión de los pobres por las clases dominantes. El cristianismo propugnaba la pobreza, paciencia y resignación como virtudes a las que debían acogerse los siervos sin derechos y por ello serían premiados espléndidamente algún día en la otra vida. Y el efecto adormecedor de la religión sobre el pensamiento y la voluntad impedía su despertar: "Creed sin dudar." Precisamente esas fuerzas auxiliares de Dios necesitaba personalmente la poderosa clase de señores feudales para asegurar su predominio. "Azotarse" a sí mismos era extraordinariamente desagradable. Los caballeros, los dueños de los feudos, e incluso los mismos fanáticos representantes de la Iglesia ¿cumplían esas normas santas de vida? ¡De ninguna manera! Llevaban una vida repugnante y viciosa y cedían a los monjes y eremitas "el atormentar sus cuerpos". El perdón de sus pecados lo compraban pagando las monedas de penitencia en los monasterios. Por lo tanto, el cristianismo fue en este aspecto una religión práctica para los poseedores del poder, ya que aterrorizaba y afirmaba en su humillación a las clases pasivas de propiedad y sometidas, y en especial a las mujeres de esas clases. Apelando al Todopoderoso se legitimó el derecho del más fuerte en la familia y la sujeción de la mujer a la tiranía del marido. Y esto tuvo, naturalmente, consecuencias devastadoras para la suerte posterior de la mujer; el cristianismo le reprochaba que inducía al hombre al amor pecaminoso. Los padres de la Iglesia en la Edad Media escribían gruesos librotes en los que intentaban demostrar la naturaleza pecadora de la mujer y la hacían responsable de sus propios apetitos y debilidades. Pero el pueblo sencillo, sin instrucción, que no había aprendido a

pensar con independencia, creía ciegamente lo que la Iglesia predicaba. No obstante, en realidad en modo alguno descendió el vicio. En la Edad Media florecía la prostitución, y si examinamos con lupa las costumbres, pronto descubrimos que, respecto a desenfrenos de todas clases, en modo alguno eran inferiores a las de los siglos del capitalismo burgués. La hipocresía y mojigatería, que por medio de aquella "doble moral" gravitaba con todo su peso sobre las mujeres, se hicieron aún peores. La Iglesia, el hombre de la calle, todos metían la nariz en los asuntos matrimoniales y se perseguía brutalmente a la joven que era madre fuera del matrimonio. Y más de una vez esas muchachas se suicidaban o llegaban a matar a sus hijos. Sin embargo, ningún crimen que la religión de Cristo tiene sobre su conciencia es tan horrible como los procesos por brujería.

El cristianismo protegía la pereza mental y el conservadurismo, se asustaba ante todas las novedades y miraba naturalmente como reprobable todo trabajo mental serio. Así, por ejemplo, se perseguían las ciencias, porque la Iglesia temía que los científicos pudieran penetrar con su mirada las patrañas religiosas y abrieran los ojos de los creyentes. Quien ejercía influencia espiritual en su entorno, sin llevar al mismo tiempo la sotana de sacerdote, era perseguido enérgicamente por la Iglesia. Pero las mujeres, esos "instrumentos de Satanás", poseían en muchos casos una cultura mucho más elevada que sus maridos. El caballero estaba totalmente ocupado con sus guerras, bandolerismo, actos de violencia y libertinaje de toda clase. Se hacía culpable de barbaridades indescriptibles y para ello necesitaba cualquier cosa menos cerebro. Si había pecado acudía a su confesor, quien con amplio criterio le daba la absolución. Pero entre las mujeres de los caballeros las cosas sucedían de forma algo distinta. Su instrucción más elevada y sus deberes de organizadora dentro de la economía del castillo aumentaban su capacidad de pensar y hacían que fuera intelectualmente superior a su marido. Por eso el confesor estaba obligado a más vigilancia. Tenía que someter, a cualquier precio, a su influencia su pensamiento y su voluntad; y si a pesar de sus esfuerzos fracasaba, se entablaba una lucha sorda entre el confesor y la esposa del caballero. Y pobre de ella si el caballero seguía las indicaciones sabias de su esposa en lugar de atender al mal consejo del sacerdote o del religioso. Nunca perdonaba la Iglesia a la mujer victoria semejante. La perseguía y molestaba con enredos de toda clase imaginable y la lanzaba a su perdición en la ocasión oportuna. Eso no era problema ante Dios para un "buen cristiano", ya que la mujer era un "instrumento de Satanás" o una "fuente de tentaciones". Incluso las buenas cualidades de esas mujeres se transformaban en manos de esos sacerdotes y monjes en armas contra ellas mismas. Si, por ejemplo, una campesina curaba las enfermedades de sus vecinos y por eso se ganaba su respeto y admiración, veía la Iglesia en ella una rival porque podía ejercer influencia espiritual sobre su entorno. Por eso la Iglesia se apresuraba a despertar la desconfianza sobre ella: su trabajo es una "chapucería del mal" o se le acusaba del "arte de bruja". Cuanto más inteligente era una mujer, más probabilidad tenía de ser declarada "bruja" por los sacerdotes. La Iglesia escenificó durante varios siglos una serie de procesos por "brujería" en los que de forma espeluznante fueron perseguidas y muertas infinidad de mujeres. Especialmente en los siglos XV y XVII miles de esas llamadas brujas fueron quemadas en hogueras. Por ejemplo, en el curso de unos años solamente en la ciudad de Fulda perecieron 700 brujas en la hoguera y en la zona italiana del lago Como, fueron ejecutadas al año no menos de 100 mujeres a causa de sus "tratos con el demonio". En un libro especial, *El martillo de las brujas*, se describía con todo detalle cómo se podía descubrir a una bruja de la manera más fácil y cómo comportarse frente a ella en caso de una desgracia. Muchas víctimas infelices de esa "religiosidad" se desplomaban bajo la presión del tormento y confesaban todas las historias posibles inventadas, naturalmente. Aseguraban que habían ido volando al monte Azul a la "fiesta de las brujas", que habían hecho pacto con el diablo, que a veces adoptaban formas de

animales, que habían hechizado a algunas personas o las habían ocasionado desgracias o enfermedades. El pueblo sencillo, ignorante, obtuso y vulgar creía todos esos “pecados” inventados, lo que convenía a los intereses de los sacerdotes. Para nosotros en esta historia es interesante, ante todo, el hecho de que las mujeres evidentemente eran cualquier cosa menos obedientes e inofensivas hijas de los pastores de la Iglesia, pues de lo contrario no hubieran trinado contra ellas en todos esos innumerables procesos de brujería los servidores (sin dos dedos de frente) de la Iglesia. Sin embargo, con el transcurso del tiempo se amansó definitivamente la mujer porque, por las circunstancias económicas, se le privó finalmente de toda iniciativa y perdió sus cualidades espirituales y prácticas. La persecución a las mujeres por brujería y hechicería comenzó en la mitad de la Edad Media, pero desde que la piedra empezó a rodar no se vislumbraba el final de esos procesos por brujería. Continuaron durante siglos e incluso cuando la mujer había sido ya desterrada al fogón doméstico y sólo tenía funciones como adherencia del hombre. Ahora resumiremos en pocas palabras la lección de hoy: del siglo XI al XV, por lo tanto, en la época del feudalismo y de la economía natural la mujer estaba ciertamente en dependencia y carecía de derechos, pero sin embargo se encontraba en mejor situación que en la fase siguiente de la economía capitalista que se anunciaba y que se caracteriza por la prosperidad del comercio, por el capital y la manufactura. La aristócrata que organizaba la administración del castillo gozaba de ciertos privilegios de poder y de derechos que le daban predominio sobre las otras clases de la sociedad de entonces. Sin embargo, se encontraba desprovista de derechos ante su marido y era su subordinada según la ley. La artesana en su cualidad de representante de una profesión productiva tenía ciertos derechos; sin embargo, en la familia, el poder del señor de la casa sobre su mujer e hijos estaba fuera de discusión, y en la familia campesina la situación era exactamente análoga. En teoría, más simbólicamente y como amable recuerdo del pasado, apreciaba el marido a la mujer, antes y ahora, como conservadora de la familia y también como principal productora de la economía; no obstante, en la práctica el marido trataba a la mujer como a una muchacha de servicio o a una esclava. Así vivía la mujer en el sistema feudal.

Antes de que pudiera sacudirse definitivamente esta carga (el papel de criada y de esclava privada de derechos) todavía tenía que pasar la mujer por una escuela dura y sin miramientos, con lo que quiero decir que estuvo obligada a ir tirando como esclava asalariada bajo el dominio del capital. El capitalismo la llamó a tomar parte en el trabajo productivo y creó los presupuestos necesarios para la lucha de las mujeres por la equiparación de derechos y por su independencia. Sin embargo, la liberación definitiva de la mujer no es posible hasta el sistema de producción comunista, al incorporar con sensatez las fuerzas de la mujer en forma productiva para la colectividad.

5. La situación de la mujer durante el esplendor del capital comercial y en la era de la manufactura

Compañeras, hoy pasaremos a estudiar la situación de la mujer durante el período de formación del capitalismo. Nos hemos ocupado en las últimas lecciones del feudalismo, del intercambio débilmente desarrollado y de la floreciente artesanía de las ciudades. Descubrimos que también entonces -como ya en todas las anteriores fases de desarrollo económico- el papel de la mujer en la sociedad y sus derechos dependían de su situación en la producción. En el feudalismo (y en su economía natural) la mayoría de las mujeres no participaban en la producción. La economía familiar individual separada mantenía a la mujer alejada del trabajo productivo que servía para el sustento de la propia familia. Aunque la mujer empleaba enormes energías en el gobierno de la casa y trabajaba hasta con dureza física, su trabajo no era valorado por la economía del pueblo porque no

eran vendibles los productos de su trabajo. También hemos constatado que la situación de la mujer en la Edad Media variaba según cual fuera la clase a que pertenecía. La sociedad de entonces se componía de las clases siguientes: nobleza, ciudadanos, campesinos y siervos. La sierva campesina había perdido sus derechos por las mismas razones que su marido, el siervo campesino. Marido y mujer eran dependientes y no tenían derechos. Por ejemplo, los campesinos de Alemania respetaban en cierta forma a las mujeres, ya que habían conservado en su tradición popular fragmentos de su primitiva función en la época de la economía natural. Entre las tribus nómadas de la antigüedad únicamente había sido la mujer esclava y criada al servicio del hombre. (El campesinado ruso estaba plagado de usos y costumbres nómadas.) Con la sanción de la propiedad privada y de la familia se impuso también entre los campesinos el derecho del padre y la mujer fue relegada al campo limitado de actividad de su casa. Parte de las mujeres de las ciudades intervinieron en la producción, pero de ninguna forma fueron la mayoría. La artesana libre tenía ciertos derechos como miembro de su gremio, siempre que su producción contribuyera al bienestar de la ciudad. No obstante, dentro de su familia, se hallaba bajo la tutela del padre o del marido, a los que se les consideraba los "sustentadores de la familia". Mientras la mayoría de las mujeres, como antes, vivieron del trabajo de los hombres y realizaron exclusivamente tareas de segunda categoría para la economía, subsistió esa tutela. Sin embargo, dentro de la clase de los terratenientes, señores feudales, la esposa bajo tutela de su marido era, por lo demás, respetada por su responsabilidad en la producción de la economía del castillo. Pero ya en el período del feudalismo la economía natural fue siendo desbancada cada vez más por el intercambio y comenzó a desarrollarse también el trabajo artesano. Se impuso el dinero como instrumento de pago y creció rápidamente el número de sirvientes alquilados que recibían encargos y cumplimentaban comisiones contra pago. La importancia de la mujer como organizadora económica desapareció totalmente. En efecto, ya no era necesaria para acaparar provisiones para todo el año y para almacenarlas con técnica, o para vigilar la producción en curso dentro de una economía de castillo. También la distribución y vigilancia científica de las provisiones almacenadas se había convertido en superflua, ya que la mayor parte de las necesidades podían satisfacerse en un viaje de compras al centro de comercio y artesanía más próximo. Los castillos de los caballeros, que entre los siglos IX y XII habían sido una unidad económica cerrada bajo la dirección de la esposa del señor, se habían convertido para el siglo XIV en nidos de bandidaje. Ahora los caballeros sólo aspiraban a aumentar sus beneficios al máximo para dotar al castillo y a sus moradores con todo el lujo y riqueza imaginables. Pero esto sólo lo podían conseguir explotando de la manera más cruel a los campesinos e imponiéndoles fuertes tributos. Las mujeres de la aristocracia menospreciaron pronto toda clase de trabajo y ni siquiera dirigían su propio hogar. Todo quedaba a cargo de los siervos o del servicio. La misión de esas mujeres se limitaba a jugar a "mujercitas" y a traer hijos al mundo. Después de que la forma feudal de economía llegó a su punto culminante se convirtió en un freno para el desarrollo posterior de las fuerzas productivas y lo mismo se puede aplicar esto al trabajo de los siervos. El nuevo sistema económico que estaba surgiendo ahora aspiraba a la máxima ganancia en el intercambio y de conformidad con las leyes ineludibles del desarrollo económico se fue sustituyendo el sistema anticuado existente por otro totalmente nuevo que nació del intercambio: el capitalismo.

Permitidme, por favor, un momento más. Antes de que podamos pasar a examinar la situación de la mujer en el capitalismo os debo explicar brevemente que el capital de ninguna manera se presentó inmediatamente en la forma completa en que hoy le conocemos. En el curso de su desarrollo ha atravesado, naturalmente, fases diversas. El capitalismo comenzó con un proceso de concentración de capital tanto en el comercio

(entonces efectivamente el capital comercial era el más rentable) como también en el sistema de la manufactura. Hacia el final del siglo XVII, la forma manufacturera se transformó poco a poco en industrial fabril y metalúrgica y entonces el capital industrial obtuvo ventaja frente al capital comercial y se fue convirtiendo cada vez más en el factor dominante de la economía. Nos encontramos en el período de la libre concurrencia y se inicia una brutal batalla contra los pequeños productores y las grandes empresas en la que los pequeños productores quedaron arruinados sin consideración por el gran capital y en consecuencia dominó en el mercado del trabajo un excedente continuo de mano de obra. En el siglo XIX aumentan las uniones de empresa en forma de trusts, que se impone al mismo tiempo que la producción en gran escala. Además, surge una fuerza hasta ahora desconocida en el sistema económico capitalista: es decir, el capital financiero. La superproducción de los países más desarrollados y la búsqueda de mercados aptos para el capital acumulado introducen a los Estados capitalistas en el camino de la política de conquistas coloniales. Y con ello el desarrollo capitalista alcanza definitivamente su punto culminante, tras el cual sólo puede sobrevenir necesariamente el desmoronamiento de este sistema de producción, ya que las tareas económicas futuras exigen un desarrollo mucho mayor de las fuerzas productivas. Pero el sistema capitalista frena precisamente el despliegue de esas fuerzas y no deja campo de actividad de ninguna clase a la creatividad económica de la clase trabajadora que es la nueva clase de "productores principales". Y ahí no hay más que una salida: debe imponerse un sistema económico nuevo y más desarrollado que haga posible el despliegue de la fuerza económica creadora y el completo desenvolvimiento del potencial laboral que radica en la colectividad trabajadora: es decir, el comunismo. Intencionadamente me he desviado un poco de nuestro propio tema porque, aunque a grandes rasgos, quería daros un cuadro en conjunto de la historia del desarrollo del capitalismo. Pero volvamos ahora de nuevo al comienzo de ese proceso de desarrollo, al período en que se va formando el capital del comercio. Es una época en la que se agudiza la lucha entre feudalismo y capitalismo y éste hace superflua la forma anticuada de la economía natural. En algunos países, como, por ejemplo, Italia, había finalizado ya para comienzos del siglo XII; en otros países, como Francia e Inglaterra, no comenzó antes del siglo XIV, y en Alemania ocupó todo el siglo XVII y alcanzó hasta los primeros años del siglo XVIII. En Rusia no vemos los primeros brotes de este desarrollo hasta el comienzo del siglo XVIII, iniciándose en el reinado de Pedro el Grande y continuando hasta el siglo XIX. En Asia todavía no ha concluido. La falta de sincronismo del desarrollo económico en los distintos países se explica por una serie de circunstancias que sin embargo son propiamente de naturaleza accidental. En términos generales, la primera fase del desarrollo del capitalismo discurre de forma semejante en todos los países. Pero como esta fase fue de importancia decisiva para la suerte de las generaciones venideras de mujeres, nos vamos a ocupar ahora de la misma con cierto detalle. ¿Qué caracteriza al sistema capitalista? ¿En qué se diferencia de las fases anteriores del desarrollo económico? El capitalismo ya no se basaba en el trabajo de los siervos campesinos, sino en el del obrero libre asalariado. Durante la economía natural con el intercambio todavía desarrollado débilmente la producción tenía como propósito satisfacer las necesidades cuotidianas, pero no la venta. En la producción artesana, el oficial trabajaba por encargo y para un mercado limitado. No vendía su fuerza de trabajo, sino el producto de éste. Sin embargo, bajo el sistema de producción capitalista, el obrero asalariado libre vendía al capitalista su fuerza de trabajo. Durante la edad de oro de la artesanía el maestro no tenía ningún interés en aumentar la productividad del trabajo. Los precios se establecían por el gremio y no tenía que preocuparse del pago de los pedidos. Las fuerzas productivas crecían lentamente. Sin embargo, en el capitalismo, el empresario, o sea, el acaparador, va constantemente a la caza del beneficio,

pero esto quiere decir que se esfuerza tanto en lograr lo mismo una ampliación de su mercado que un aumento de la productividad del trabajo. Esto último lo puede conseguir o por medio de una mayor explotación o introduciendo nuevas formas de producción -un ejemplo para esto es el sistema manufacturero y el mayor desarrollo de la técnica-. Mientras el maestro gremial intentaba de todas las formas imaginables evitar el aumento del número de aprendices, ya que temían la competencia, los empresarios capitalistas, por el contrario, estaban interesados en disponer de mano de obra lo más abundante posible a los costos más bajos posibles. En consecuencia, la mano de obra barata era muy solicitada y esa demanda abrió a las mujeres el camino de la producción.

En la iniciación más remota del capitalismo, por lo tanto, entre los siglos XIV o bien XVII y XVIII, los tiempos fueron duros para aquellos que no tenían la suerte de pertenecer a la clase de propietarios. Al mismo tiempo fue una época terrible llena de cataclismos que para la humanidad fue de gran importancia. Fueron también años de crueles guerras civiles entre la aristocracia degenerada y la burguesía exigente, y en esos años se hizo pedazos el sistema de producción imperante. La formación del nuevo sistema económico fue un proceso doloroso. Ciudades y aldeas se convirtieron en cascotes y cenizas. El ejército de mendigos, de vagabundos sin techo y de sin trabajo creció como una bola de nieve. Sobre todo, las mujeres solas fueron impulsadas en masa durante un tiempo relativamente corto al mercado abierto del trabajo; allí acudían mujeres de artesanos arruinados, o esposas de campesinos que habían huido de sus señores feudales ante la presión insoportable de los elevados tributos, innumerables viudas de soldados muertos en las guerras nacionales o civiles ininterrumpidas y además la enorme muchedumbre de las huérfanas. Un ejército de mujeres hambrientas y sin hogar, el reverso sombrío de la sociedad, inundaba las ciudades e invadía los caminos. Gran parte de ellas caían en el fango de la prostitución, mientras otras rebuscaban en los obradores de los artesanos y ofrecían su fuerza de trabajo con mucha más insistencia de lo que hoy es corriente en el capitalismo actual. En los talleres, la ayuda femenina al maestro consolidaba su situación independiente. Con frecuencia eran viudas y sus hijas astutas que calculaban que con su habilidad artesana podrían encontrar un marido adecuado. El aluvión de mano de obra barata en los oficios artesanos al final del siglo XIV y comienzo del XV fue tan masivo que las organizaciones gremiales, por miedo a la competencia femenina, pasaron a impedir el acceso de las mujeres a los oficios manuales por medio de disposiciones restrictivas. Ciertos gremios prohibieron a los maestros admitir aprendices femeninos. Además, se prohibió a las mujeres ocuparse en determinados oficios; por ejemplo, en Francia se prohibió a las mujeres, por medio de una ley del año 1640, la manufactura de blonda y encaje, a pesar de que se trataba de un oficio típicamente femenino. Hambre, miseria y falta de techo obligaron naturalmente a las mujeres a eludir las leyes dictadas contra sus intereses. Y así, por ejemplo, buscaron trabajo en oficios que todavía no se consideraban como específicamente masculinos. Sin embargo, como se daban cuenta de su situación con solución difícil, infravaloraban su propio trabajo y esto traía como consecuencia el empeoramiento de las condiciones bajo los que tenían que vivir las operarias. Por eso no es sorprendente que desde el final del siglo XIII el número de los conventos de monjas aumentara ostensiblemente. El convento era un lugar de refugio seguro para la mujer campesina o la ciudadana sola y sin protección. Allí estaba defendida de la miseria y de los abusos de ricos y dominantes. También las mujeres de buena posición se retiraban a los monasterios si querían librarse del despotismo del padre o del marido. En la Baja Edad Media se comenzó a organizar asilos para mujeres, muchachas y viudas, que se llamaron “moradas de Dios”. Estos asilos estaban financiados generalmente por filántropos ricos que querían ganarse una plaza en el cielo por medio de buenas obras de ese tipo. Estas “moradas de Dios” eran viviendas colectivas para

mujeres diligentes, una especie de "comuna" de trabajo en la que reinaba un régimen estrictamente religioso. Las que vivían en estos asilos se comprometían voluntariamente a una vida de castidad y cada una debía realizar la tarea que le asignaban. Llevaban un traje especial y se cubrían la cabeza con una tela blanca, distinguiéndose así de las demás habitantes de la ciudad. Por eso se las llamó "tocas blancas" y "andarinas". Estas mujeres se contrataban libremente para el trabajo: asistían a los enfermos, hilaban, cosían y llevaban a efecto todos los encargos de trabajo que les hacían las autoridades de la ciudad o las personas particulares. Las "moradas de Dios" florecieron entre el siglo XIII y primeros años del XIV, y luego fueron decayendo por motivo de que las circunstancias iban cambiando. La principal causa fue el paso de las mujeres solas a las empresas manufactureras que surgían por doquier. Sin embargo, todavía en los siglos XV y XVI, por consiguiente, en época muy avanzada, las mujeres intentaban luchar en distintas uniones y organizaciones de trabajo contra el empeoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo. El siglo XV y el XVI han recibido el nombre sonoro de "Renacimiento". Más justo habría sido llamar a ese período "nacimiento del capitalismo". Se había sobrepasado la economía natural cerrada del castillo y las fuerzas productivas exigían, para desenvolverse, otro sistema económico. El capital creciente del comercio buscaba nuevos medios de aumentar sus beneficios para poder producir intereses. En lugar del dueño de extensas tierras que había espoleado a sus siervos con el látigo, apareció un nuevo personaje, el empresario al por mayor, que compraba la fuerza viva del trabajo de los pobres y obligaba al proletariado -que crecía constantemente- a llenarle los bolsillos. La primera víctima de esta clase (en rápido aumento) de empresarios codiciosos fueron las mujeres que no podían encontrar en ningún sitio protección y sustento. Paralelamente a la producción artesana protegida por la ordenación gremial surgió entonces una rama de la economía completamente nueva, "el trabajo a domicilio". Se desarrolló entre el siglo XV y el XVII en casi todos los países europeos.

Este trabajo era una forma de transición entre la artesanía y el trabajo asalariado. Se diferencia de la producción artesana en cuanto que la artesanía normalmente no conocía intermediario entre ella y el que hacía el encargo; en la "industria casera", por el contrario, el productor vende su artículo por medio de un "mayorista" en un mercado determinado. El trabajador a domicilio renuncia a cierta parte de la ganancia en cada producto en beneficio del acaparador. En definitiva, para sustentarse con su propio trabajo, es decir, para lograr un nivel mínimo de vida, el trabajador o trabajadora caseros estaban obligados a aumentar la productividad de su trabajo. Esto conduce a cierto aumento de la producción, pero al mismo tiempo a una forma adicional de explotación del trabajo. A medida que aumentaba el número de obreros a domicilio y éstos elaboraban una cantidad cada vez mayor de material para poder sustentarse, se hacía necesario no sólo vender los propios productos al mayorista, sino también recibir al mismo tiempo el material de trabajo del citado mayorista. Lo que significaba el paso al trabajo a destajo o asalariado. Junto a la artesanía languideciente se extendieron entre los siglos XI y XIV una serie de industrias a domicilio en las grandes ciudades de Italia. Sobre todo, de tejidos, hilados, bordados en seda y otras especialidades que empleaban principalmente a mujeres; en parte de Holanda y en Inglaterra surgió en los siglos XV y XVI la fabricación textil y de ropa de vestir; la producción quedaba en manos del empresario-mayorista que empleaba trabajadores a domicilio. Sin embargo, no eran solamente mujeres sin hogar las que de esa manera se incluían en la producción; el trabajo a domicilio dio a las campesinas la oportunidad de trabajar en la producción de artículos sin abandonar su hogar y su familia. El trabajo a domicilio fue en aquellos tiempos sombríos de constante presión tributaria impuesta por los señores de la tierra un ingreso adicional económico importante para la gente que se dedicaba a la agricultura. Sin embargo, cuantas más personas se

integraban en el círculo de la producción, más vergonzosos se hacían los métodos explotadores del empresario y mayorista y más incómoda resultaba la vida de los pobres. La situación de las mujeres era especialmente digna de compasión; los empresarios sabían perfectamente que con esas pobres podían hacer lo que quisieran. Podían, por ejemplo, amenazar a la aldeana escapada con entregarla a su señor, o a la ciudadana sola con denunciarla por prostitución y vagancia, lo que acarreaba castigos severos y vergonzosos. Por eso las trabajadoras a domicilio, y más tarde las asalariadas en la manufactura, aceptaban todas las condiciones que les impusieran los intermediarios-chupadores de sangre. Durante el esplendor de la artesanía, ciertamente, la mujer era dentro de la familia como un menor de edad, y ante su marido no poseía ningún derecho; sin embargo, al mismo tiempo gozaba de respeto y consideración como productora y miembro del gremio; la trabajadora a domicilio perdió también esos privilegios. Su dura tarea -con lo que quiero expresar que todos los días bregaba hasta horas avanzadas de la noche- se valoraba por el empresario-mayorista sencillamente como complemento del trabajo de gobierno de la casa. Aquellas moderadas ordenanzas gremiales que en otro tiempo habían protegido el trabajo de la mujer en la artesanía se derogaron sin más para las operarias a domicilio. Incluso hoy día todavía sucede que las mujeres que tienen que ganarse la vida trabajando a domicilio para un empresario son las que viven en peores condiciones. Por lo tanto, existe una poderosa razón para que se haya llamado a este sistema de producción “sistema de explotación cruel”. El inconveniente mayor de los trabajadores a domicilio era, por un lado, la jornada laboral interminablemente larga, y, por el otro lado, el bajo salario por hora. La competencia en rápido aumento entre los trabajadores a domicilio sin organizaciones y el miedo constante a perder los encargos del propio empresario impulsaba a los trabajadores a extender su jornada laboral por término medio a catorce o quince horas. Cuanto más larga fuera la jornada, más reducido se hacía el salario y más pobre la trabajadora y su familia. El comercio del cuerpo de la mujer se ejercitaba ahora incluso a pleno día. La prostitución fuera de los burdeles comenzó a invadir las ciudades industriales donde había arraigado el naciente capitalismo. Con frecuencia estos mayoristas, viajantes de comercio y comerciantes eran tipos de hombres audaces, emprendedores. En su búsqueda de nuevos mercados emprendían largos viajes de descubrimiento a todo riesgo y ampliaban así sus conocimientos de los seres humanos. Esta busca de nuevos mercados condujo al descubrimiento de América (1492) y a la apertura de las Indias a la navegación. La clase capitalista creciente y emprendedora garantizaba el desarrollo de las ciencias y la libertad de pensamiento. Todas aquellas cualidades sobre las que originariamente se había erigido el capitalismo: pereza, respeto a la autoridad, fe ciega en las ideas de derecho y moral tradicionales, se convierten ahora en frenos para el desarrollo económico y la burguesía de altas aspiraciones procedió rápidamente contra esas ideas sobrepasadas. Derribó el baluarte de la Iglesia católica dominante y forzó a sus representantes a que reconocieran el poder del dinero sobre los títulos; incluso hasta se puso en duda la infalibilidad del Papa. La burguesía desplegó en las guerras religiosas la bandera de la rebelión y luchó contra el poder de los dueños de grandes tierras y del feudalismo. La burguesía impuso también su concepto de que el capital es más valioso que los mayorazgos con su dudosa rentabilidad.

Este período de transición a un sistema de producción totalmente nuevo fue perturbado por numerosas crisis, pero también fue un tiempo esplendoroso y rico que llevó a la tumba la atmósfera sofocante y brutal de la Edad Media. Cuando la humanidad comenzó a conocer por primera vez las leyes del movimiento de los astros y las verdades científicas fundamentales, la ciencia y el pensamiento se desarrollaron de manera muy rápida. Desde entonces la sociedad no estuvo dividida en estamentos sociales como en la Edad Media, ya que las crecientes riquezas se concentraron en manos de unos pocos,

mientras la gran mayoría se empobrecía de forma especial. Y ahora sólo existían dos clases importantes que se enfrentaban con hostilidad: los poseedores y los privados de propiedad. El nacimiento de la economía del dinero originó que los señores feudales sustituyeran los pagos de renta y las obligaciones de prestación personal, realizadas hasta entonces en especie, por entregas en moneda extraordinariamente gravosas para los campesinos; y, en consecuencia, se agudizaron las malas relaciones entre los señores de la tierra y los campesinos, y éstos se rebelaron en abierta hostilidad contra aquéllos. Se afiliaron a la "nueva fe", es decir, a las sectas luteranas, protestantes, calvinistas y de todas clases. Toda Europa vivió la gran marea de las guerras campesinas. En las ciudades se dividían los habitantes en dos capas sociales: los representantes del capital comercial, los ricos, por un lado, y por el otro, los operarios gremiales y los "trabajadores a domicilio". Se encendió una dura guerrilla entre ambos bandos. Los acaudalados comerciantes tenían el mando en la ciudad y con el tiempo extendieron también al "hinterland" su esfera de poder, donde los campesinos intentaban reunir penosamente el dinero suficiente para pagar las rentas y los impuestos odiados. La vida era una lucha desesperada por la existencia, una eterna competencia y combate. El mundo anticuado del feudalismo se derrumbó, pero el capitalismo todavía se encontraba en pañales. ¿Qué posición tenía la mujer en ese tiempo de crisis económica? También en la nueva legislación de los siglos XIV y XV se consideraba a la mujer como un ser menor de edad dependiente del hombre. En comparación con los usos y costumbres de la Edad Media, la situación de la mujer en la esplendorosa época del "Renacimiento" más había empeorado que mejorado. En interés del capital, las riquezas arrambladas no se desparramaban entre numerosos herederos; y en consecuencia perdieron las mujeres sus derechos hereditarios. Durante el tiempo de los caballeros, la esposa había sido la dueña legal de su dote, pero los legisladores del Renacimiento decidieron, para garantizar el proceso de acumulación de capitales, que toda la propiedad de la mujer pasara a su marido. Se dictaron leyes que castigaban la prostitución, pero sin tener la más mínima consideración a las circunstancias que habían impulsado a la mujer a tal actividad. La nueva ordenación de la sociedad, que fue consecuencia del acceso al poder de la burguesía, de ninguna manera produjo la liberación de la mujer de la tiranía de la Edad Media o una mejora de sus condiciones generales de vida. Dominaban como antes la antigua privación de derechos, la opresión y la explotación; únicamente había cambiado la forma y ciertamente de manera que nunca anteriormente había experimentado la mujer en toda la historia de la humanidad. En este período fantástico e inquieto, con zonas de luz y de sombra, nos encontramos con dos tipos de mujer diametralmente opuestos. Por un lado, la macilenta muchedumbre, agotada por el trabajo y las preocupaciones de las trabajadoras a domicilio embrutecidas, sin derechos, que temblaban ante "su bienhechor", el mayorista o intermediario. Y mujeres que nadaban en lujo, anhelantes de toda clase de diversiones para llenar su tiempo libre. Estas últimas, esposas de condes y de príncipes que se ocupaban de derrochar su rica herencia, abandonaban naturalmente todas las tareas domésticas y de educación de sus hijos en manos de la servidumbre. En verdad, estos parásitos tampoco tenían derechos ciudadanos de ninguna clase, pero ¿para qué necesitaba la acomodada esposa de un comerciante o de un conde derechos sociales mientras el poder del dinero y del título le garantizara una existencia agradable? El matrimonio era para ella, como antes, un asunto puramente económico, una cuestión de dinero. Desde que disminuyó la influencia de la Iglesia, las señoras distinguidas habían aprendido a renunciar a la bendición del sacerdote en sus galanteos, y finalmente había muchos medios con los que sortear las leyes. La época del Renacimiento, pletórica de fuerza, ofreció un cuadro abigarrado de libertad de costumbres y busca desenfrenada de placeres sexuales. Los escritores de aquel tiempo, y sobre todo el grandioso satírico y

costumbrista Bocaccio, han descrito esa relajación con fidelidad y sin indulgencias. En la época del Renacimiento se convirtieron por lo tanto las mujeres de la capa social dominante en seres sin nervio, hipócritas, frívolas e inútiles que servían de pasatiempo a los hombres. Estos parásitos sociales se interesaban sólo por vestidos y placeres. Las monjas de la Edad Media que habían meditado con seriedad sobre las "verdades eternas" y se habían preocupado por los niños eran enormemente superiores a esas mujeres; asimismo una marquesa que había dirigido toda la economía del castillo y se apresuraba a ayudar a sus defensores cuando el castillo era sitiado por los enemigos. En el lado de luz de aquella sociedad destacaba el trino y las risas de aquellas bellas vestidas de sedas pesadas y adornadas de piedras preciosas que buscaban con ansiedad distracciones de todas las clases. Por el contrario, en las capas sociales más pobres de la población llevaban las campesinas y las operarias a domicilio una vida de miseria, doblegadas bajo la carga de un trabajo superior a sus fuerzas. Incluso las artesanas que pertenecían a un gremio poderoso miraban con miedo al futuro sombrío, ya que temían que les pusieran en la calle a consecuencia de la implacable competencia. Mientras cierta gente se divertía y celebraba fiestas, otras sufrían hambre, inseguridad y pobreza. Verdaderamente fue éste un tiempo de contrastes en el que en rápida carrera se dividió la humanidad en distintas clases, se cimentó el poder del dinero, se formó la fuerza libre de trabajo y se ofreció en el mercado.

Sin embargo, no hacemos justicia al Renacimiento si únicamente nos fijamos en sus aspectos sombríos. En esa época de trastocamiento general se abrieron las compuertas a la creatividad humana en todos los campos posibles, comenzando por métodos de producción de nueva clase y terminando por los adelantos en el terreno de la ciencia y de la filosofía. La inteligencia humana investigaba y experimentaba, mientras la voluntad creaba y afianzaba. La personalidad humana nunca se ha cotizado tan alto como en esa época. En las culturas griega y romana el individuo sólo era estimado en su calidad de ciudadano, pero no como ser humano. En la Edad Media se podía deducir el valor de una persona del estamento a que pertenecía y de sus títulos. Ahora la burguesía fortalecida exigía el derecho al reconocimiento de la personalidad humana. En el primer período de acumulación de capital el poder del comerciante o empresario era todavía el resultado de su trabajo personal, de su sagacidad, dotes y valor, de su decisión y de su fuerza mental y de voluntad. Por eso la burguesía valoraba más alto que la pertenencia a una clase y la posesión de un título, no sólo su fortuna, sino también su capacidad y cualidades individuales que nada tenían que ver con el linaje familiar. Estas nuevas ideas sobre el valor de la persona jugaban también su papel en relación con la mujer, aunque solamente dentro de la burguesía. Si los "plebeyos", los más pobres de la sociedad, los esclavizados por el trabajo, tenían o no tenían una "personalidad humana", no interesaba en absoluto como en tiempos anteriores. En este período de transición, la mujer distinguida gozó dentro de la alta burguesía de cierto reconocimiento personal y de limitadas libertades. Estas mujeres podían no solamente matar el tiempo en ruidosas fiestas y numerosas tertulias si lo deseaban; también teman acceso libre a los estudios científicos y filosóficos. Tratando a los más destacados pensadores de su tiempo podían aumentar sus conocimientos y, en caso de que les agradara, podían intervenir en política directa o indirectamente. Así el Renacimiento presenta también abundantes figuras femeninas de gran voluntad y carácter. Numerosas mujeres mantuvieron activa correspondencia con filósofos y poetas contemporáneos y alrededor de tales mujeres se reunían círculos de personas progresistas de mentalidad análoga. Apoyaban y protegían con su amistad a sabios, artistas y poetas. Las mujeres fueron compañeras de lucha leales y activas en ambos lados de los bandos de las guerras civiles. Participaron en los movimientos populares religiosos que penetraron en Europa a sangre y fuego y fueron el centro del

forcejeo por el predominio entre el feudalismo y la burguesía. Con frecuencia sorprendieron a sus enemigos por su tenacidad y firmeza. Las guerras civiles del siglo XVI (quiero decir la guerra entre ciudadanos hugonotes y católicos feudales en Francia, la guerra civil entre luteranos y partidarios de la Iglesia católica en Alemania, entre los católicos y protestantes en Inglaterra) separaron muchas veces de su familia a las mujeres. Esas mujeres perdieron no sólo todo lo que tenían, sino que fueron muertas, encerradas en prisiones o quemadas en la hoguera, codo a codo con sus maridos, los “perseguidores”. Las mujeres no se acobardaron ante las calamidades de las guerras civiles; su instinto de clase era más fuerte que su pasividad habitual, sometimiento y resignación ante sus maridos. También es típico que aquellos maridos que anteriormente habían predicado que el sitio de la mujer se encuentra al lado del fogón del hogar y tras la rueca, en los momentos difíciles de la guerra civil animaban a las mujeres y las arrastraban a la vorágine de las luchas sociales y políticas. Los reformadores religiosos (Lutero, Calvino y Zwinglio) teman esposas que de ninguna manera se contentaban con el gobierno de su casa. Eran al mismo tiempo sus más celosas discípulas y seguidoras de sus maridos. En resumen, la mujer jugó un papel destacado durante la reforma de la Iglesia. En realidad, la Reforma fue una lucha contra la autoridad del feudalismo y el comienzo de un camino por el que la burguesía llegó al poder. Las esposas de los dignatarios más altos apoyaron en las Cortes a las nuevas religiones. Reinas, incluso, teman colocados a sus propios sacerdotes protestantes, es decir, ideólogos de la nueva burguesía, en el mayor secreto. Propagaron nuevas religiones, participaron en conspiraciones y educaron a sus propios hijos en el espíritu de la nueva clase que se imponía. Con frecuencia las mujeres fueron partidarios más entusiastas que sus maridos: escribieron libros en defensa del protestantismo, soportaron los tormentos de la Inquisición con valor heroico que les hacía igualarse a los mártires de la primitiva comunidad cristiana y ayudaron con su firmeza a los débiles y vacilantes.

Muchas mujeres de la clase feudal protegieron la Reforma, lo que se explica fácilmente: la conquista del poder por la burguesía había dado un golpe mortal al derecho del padre, es decir, a la omnipotencia del esposo sobre su mujer e hijos. El dominio de la burguesía prometía a la mujer que pertenecía a la clase pudiente y ciudadana el reconocimiento de su personalidad y de sus derechos humanos. En consecuencia, por esa razón, se entregó la mujer tan apasionadamente a los reformadores y humanistas, los pioneros de la época. Por eso surgieron figuras, como, por ejemplo, Renata de Ferrara, hija del rey francés que renunció a su familia, título y fortuna y abrazó el protestantismo. Esta es también la explicación de que aristócratas rusas, como, por ejemplo, la Morwska, se enfrentaran con el Zar y se sumaran al movimiento democrático popular de Avvakum (Pope Avvakum Petrovistsch, que falleció en 1881, fue fundador de una secta rusa). Guillermina, hija del rey de Bohemia, fundó otra secta y estaba convencida de que ella misma era la reencarnación del “Espíritu Santo”. Después de terminar una sólida instrucción cultural abandonó su patria y se dirigió a Milán, donde por sus condiciones oratorias consiguió un numeroso grupo de seguidores respetuosos entre los buscadores de la verdad. La secta se llamó, en honor de su fundadora, de los “guillerminos”. Monjes, sacerdotes y arzobispos se contaban entre sus seguidores. Después de su muerte, sin embargo, su cadáver fue quemado en una hoguera por orden del encolerizado papa. En Florencia se propagó la secta “Catalina”; la había fundado una predicadora convincente que habitaba en la ciudad. En las crónicas se dice de esa mujer “su palabra conquistaba a muchos para la nueva fe”. La influencia de las mujeres en la política fue claramente notable. Si algunas entre ellas defendieron las nuevas creencias, existieron sin embargo otras que con no menos pasión apoyaron los principios estamentales y combatieron por la indiscutible pretensión de dominio de la clase feudal. Así las mujeres tuvieron

influencia directa e indirecta en la política francesa de los siglos XVII y XVIII. Así la inteligente y taimada Catalina de Médicis, católica convencida, intrigante y sin miramientos (que tiene sobre su conciencia la Noche de San Bartolomé, baño de sangre en el que los protestantes fueron alevosamente decapitados). Dos reinas, la inglesa Isabel I y la escocesa María Estuardo, fueron las eventuales dirigentes de los grupos sociales que luchaban entre sí: por un lado, la retrasada y feudal Escocia, y, por el otro, la progresiva Inglaterra, medidas según su nivel de industrialización. En Rusia, Sofía, hija del Zar y hermana de Pedro el Grande, fue la fuerza impulsora de la conjuración que tenía por objeto proteger a los boyardos ante una disminución de su influencia. La condesa McIntosh mandaba las tropas de los partidarios de la Casa Estuardo, y su marido acaudillaba al ejército protestante de la reina Isabel. Cuando el coronel "Anna" se encontró con su marido, que había caído prisionero, se descubrió la cabeza (conforme a la costumbre de aquel tiempo) ante el jefe prisionero con las palabras: "A su disposición, señor jefe", a lo que su marido contestó: "A sus órdenes, señor coronel." La historia abunda en ejemplos de mujeres que intervinieron activamente en las duras luchas de las guerras civiles. Por eso no es tampoco de extrañar que las mujeres desempeñaran el papel de parlamentarios y, a pesar de su situación privada de derechos y de falta de igualdad, llevaran a cabo misiones diplomáticas. Francia envió a madame Delhay como embajadora a Venecia, y a madame Gabrielle en análogo puesto a Polonia. En las negociaciones extremadamente delicadas que precedieron a la elección del duque de Anjou como rey de Polonia, la delegación francesa fue dirigida por la destacada diplomática Catalina de Claimeau. Durante el Renacimiento y la época de la Reforma las mujeres no sólo intervenían en política y tomaban parte activa en las guerras civiles; tenían también influencia en las ciencias, en la filosofía y en el arte. La Italia de entonces fue tierra natal de pensamientos trascendentales y de fuerza espiritual creadora. Aquí, gracias a su situación geográfica favorable, se desarrolló el capital comercial antes que en otros países, y en la estela de este capital comercial comenzó a recibir también aire en la vela el capital industrial. Ya al principio del siglo XIII encontramos en los florecientes centros de comercio de Italia las empresas más antiguas de manufactura. En este país que estaba tan desarrollado económicamente aumentó con rapidez la influencia de la burguesía y las mujeres que se hicieron famosas por sus obras científicas y artísticas no fueron casos insólitos. Numerosos historiadores han denominado al Renacimiento el "siglo de las mujeres sabias". Podemos citar por ejemplo a Olimpia Moratoro, hija de un profesor de Ferrara, que gozaba de una sólida formación científica e improvisaba lecciones de una manera impresionantemente vivaz y gráfica. Olimpia tenía amistad íntima con Renata de Ferrara, fiel propugnadora del protestantismo. Ella misma intervino también en defensa de la nueva doctrina, se casó con un científico y sufrió con él el horror de la guerra civil. Otro caso: Isotta Nogarola fue tan conocida por sus cualidades de orador que el mismo Papa mostró interés por sus conferencias. Hipólita Sforza fue patrocinadora de las artes y activista política; Vittoria Colonna tuvo amistad con Miguel Ángel e influyó en él y le inspiró. Gozó de la admiración de muchos coetáneos y se la describe como una figura de fuerza y belleza mayestáticas. Por el mismo tiempo se granjearon renombre en España las dos teólogas Isabel de Collona y Juliana Morelli, de Barcelona. Inglaterra, que vivió el Renacimiento algo más tarde que Italia, fue famosa en el siglo XVII por sus mujeres sabias. Las reinas inglesas dominaban, entre otras cosas, el latín, y la gran cultura de lady Jane Grey no era ningún secreto. La madre del filósofo Bacon, hija del profesor de Enrique VIII, causaba sensación por su extraordinaria cultura. Y lo mismo puede decirse de la hija del utopista Tomás Moro, María Sidney. Margarita de Navarra, reina de Francia, fue conocida como escritora al estilo de la escuela italiana, y su correspondencia es hoy,

en parte, muy interesante. Ana Dacier, hija de un sabio filósofo, tradujo a Homero y defendió en sus libros la inmortal belleza de sus epopeyas, de la Ilíada y la Odisea.

A las mujeres cultas se les consideraba como atractivas. Moliere escribió una sátira, El hotel Rambouillet, en la que se burla, como "latinipardas", de las mujeres que trabajan científicamente. En lo que a Italia se refiere, el Renacimiento fue una época en la que la formación superior estuvo, temporalmente, abierta a las mujeres. La expresión "moda", naturalmente, no es una expresión adecuada para este hecho. Que tantas mujeres tendieran a construirse una existencia independiente, con ayuda de la instrucción y el saber, tenía evidentemente motivos económicos y sociales. Las guerras civiles y la destrucción de las condiciones de producción reinantes hasta entonces habían debilitado la fuerza de resistencia de la familia. La marea de la revolución económica lanzaba cada vez en mayor cantidad a la lucha por el pan de cada día, no sólo a las mujeres de las clases pobres, sino también a algunos miembros de la pudiente burguesía, e incluso de la nobleza. Las mujeres de los campesinos empobrecidos y las esposas de los artesanos arruinados trabajaban en la industria a domicilio. Las mujeres de buena casa, sin embargo, intentaban construir con su formación y su saber una existencia científica que les ofreciera cierta seguridad. Es típico de esta época que muchas mujeres fueran hijas de profesores, escritores, médicos, teólogos y científicos. Estos padres habían dotado a sus hijas para la lucha por la existencia con el arma mejor: el saber. En este tiempo inquieto, el refugio del matrimonio ya no concedía a las mujeres demasiada seguridad y tenían que pensar en la posibilidad de tener que mantenerse a sí mismas para poder alejar la pobreza amenazadora y la miseria material. Por lo tanto, es perfectamente natural que las mujeres de entonces pidieran para sí y sus hermanas de sexo una formación cultural y al mismo tiempo propugnaran por la equiparación de derechos. Con frecuencia llegaban tan lejos como para afirmar que la naturaleza femenina era superior a la masculina. Por ejemplo, Cristina de Pisan (autora de las obras *La novela de las rosas* y *La ciudad de las mujeres*) propagó esa idea en la Francia del siglo XV. En el siglo XVII, aun con mayor agresividad, luchó en favor de los derechos de la mujer la inglesa Mary Astell. Adquirió fama por su voluminosa obra *En defensa de las mujeres,* en la que exigía la igualdad de los sexos en la formación cultural. También defendió fogosamente estas ideas la escritora italiana del Renacimiento Campanella y exigió en su obra utópica *El estado del Sol* no solamente la formación intelectual, sino el acceso a todas las profesiones. "La mujer debía intervenir en todo lo que tiene relación con la guerra y con la paz." Mientras tales exigencias se formulaban durante las guerras civiles, cuando la burguesía utilizaba con preferencia a las mujeres en servicio de sus propios propósitos, podían aceptarse; pero como esas ideas no concordaban de ninguna manera con el concepto de la vida de la burguesía y con sus intereses económicos, se calificó, difamatoriamente, de utopía la lucha de las mujeres por la igualdad en todos los aspectos. La fuerza de resistencia de la familia ante el entorno era, en efecto, el fundamento de la riqueza de esta clase. La burguesía arrojó por la borda fríamente todos los principios que no le convenían, tan pronto como pertenecieron al pasado los duros tiempos de las guerras civiles. Las mujeres instruidas y con actividad política del Renacimiento se volvieron a ocupar exclusivamente de sus obligaciones familiares y esto sucedió paralelamente a la estabilización del nuevo ordenamiento económico con la extensión del capital de la industria. Comenzó un largo período en el que las mujeres se vieron obligadas a encerrarse en la estrecha concha de su hogar. ¿Y de qué dependía esto? ¿Cómo es posible que la mujer se metiera sin protestar en el fogón de su hogar, después de haber estado tan activa en todos los campos sociales? Ya sabemos que los derechos de la mujer y su posición en la sociedad es un resultado de su intervención en el trabajo productivo. Durante la época del Renacimiento, la mujer había dependido, como antes, de su padre o marido, el sustentador de la familia. Siempre había

sido una minoría, nunca la mayoría, la que intentó labrarse su propia existencia. Aunque sucedió con frecuencia que las mujeres de las capas sociales más pobres buscaran en el mercado abierto de trabajo una base económica, a pesar de todo siempre fueron una minoría en comparación con todas las esposas de campesinos y artesanos que se escudaban tras las anchas espaldas de sus maridos. La sociedad no quería oír el llamamiento de las mujeres pidiendo la equiparación de derechos mientras todavía no existía prácticamente ninguna igualdad entre los sexos con el sector de la producción. La lección de hoy ha resultado un poco larga, pero en ella habéis obtenido una visión de conjunto sobre aquellos años fantásticos y fundamentales del capitalismo. Sin embargo, antes de que dejemos tras nosotras este período y podamos pasar a analizar las condiciones de vida de la mujer durante el desarrollo de la producción capitalista a gran escala, debemos ocuparnos primero de una institución característica de aquella época: el desarrollo de la manufactura.

La manufactura nació de la "industria a domicilio" y no fue en realidad otra cosa que la reunión bajo un techo común de los trabajadores a domicilio anteriormente muy dispersos. Tras eso se ocultaba el propósito de abastecer de material a los trabajadores con más facilidad y, al mismo tiempo, de poder recoger de forma cómoda los productos terminados. Más tarde descubrió el capitalista la posibilidad de aumentar la productividad mediante una división de trabajo más estricta. En la empresa manufacturera surgió una organización de trabajo moderna: la división de trabajo simplificaba el proceso laboral. En la manufactura se perfeccionó tanto este sistema que un trabajador realizaba año tras año la misma operación parcial: por ejemplo, afilar puntas de aguja. Si el trabajo del artesano había sido complicado y exigía conocimientos profesionales, el trabajo en la manufactura era todo lo contrario exactamente: sencillo y estúpido. Cualquier persona ignorante estaba en condiciones de aprender en un tiempo muy corto las sencillas operaciones parciales que se le exigían. En consecuencia, la formación profesional no jugaba ningún papel en la manufactura.

Por eso es natural que la manufactura significase una oportunidad para la mano de obra femenina sin especializar. Esta oferta trascendental y con ella la posibilidad de sustentarse a sí misma debía convertirse en una desventaja para la mujer. Durante todo el período manufacturero estuvo en cuclillas en su propio cobertizo irrespirable y oscuro surtiendo al mercado mundial por medio de su trabajo manual menospreciado, de artículos de lujo o de bienes de consumo. Era una premisa necesaria para que su trabajo pudiera competir con los gremios monopolizadores (aquellos odiados aristócratas del trabajo). Por eso estaba sentada día y noche ante el telar, cosía o curtía. Las trabajadoras francesas a domicilio luchaban intransigentemente por la disolución de las organizaciones gremiales. Cuando finalmente ésta se produjo en 1791, las proletarias prorrumpieron en gritos de júbilo. Veían en ese acontecimiento el primer paso para la liberación económica. Sin embargo, un cambio de esas circunstancias jurídico-sociales presuponía un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas. El monopolio de la artesanía y del gremio había ahuyentado a la mujer al fogón del hogar, hasta que la fuerza del vapor, esa eminencia gris, la volvió a llamar de nuevo a la producción.

La manufactura se desarrolló entre los siglos XVI y XVIII. En Rusia, Pedro el Grande introdujo la manufactura y el taller. Los primeros talleres rusos surgieron en el siglo XVII y producían cristal y textiles de lana y algodón. Los empresarios empleaban en parte siervos y en parte obreros asalariados. Entonces se desconocía totalmente en Rusia el trabajo femenino. La mujer trabajaba en otras ramas de la economía que no le obligaban a una total ausencia de su propio hogar. Si no lo tenía prefería ir a servir a "casa de unos señores" o se refugiaba en un convento. No obstante, en aquellos países en que el capitalismo había arraigado ya con fuerza, como, por ejemplo, en Inglaterra, Francia y

Holanda, la manufactura absorbía cada vez más mujeres. El período manufacturero debe considerarse como un triste capítulo en la historia de la mujer. Junto con la clase en formación de los trabajadores asalariados pasó la mujer a otra época que se caracterizó por la triple opresión: privación de derechos en el Estado y en la sociedad, servidumbre y dependencia en la propia familia, explotación sin miramientos por los capitalistas. Había pasado definitivamente aquel período en el que la mujer, como artesana libre y miembro del gremio con idénticos derechos, gozaba de la estimación del resto de la sociedad. Ahora estaba otra vez a la orden del día la servidumbre de la mujer. Las mujeres de las clases pobres caían cada vez en mayor número en la dependencia económica de los mayoristas, intermediarios y dueños de manufacturas. Las honorables esposas de los artesanos, campesinos y comerciantes miraban con altanería extraordinaria a las trabajadoras manufactureras, las "chicas del taller". Las consideraban desertoras y las comparaban con la hez de la sociedad: las prostitutas. Sólo la necesidad más extrema podía impulsar a una mujer a la manufactura. Ser chica de taller era no sólo una desgracia, sino también una gran vergüenza. ¿Cómo podía ser esto? ¿Cómo se puede explicar ese hecho absurdo de que mujeres que realizaban en su casa un trabajo realmente improductivo gozaran, sin embargo, ante los ojos de su entorno, de mayor consideración que las trabajadoras que en última instancia creaban con sus manos el bienestar de la sociedad? La explicación es que las mujeres que acudían a los talleres pertenecían a la clase de esclavas asalariadas al servicio del capital, por lo tanto, a aquel proletariado despreciado por el mundo burgués. Y esto se parecía en todo a las relaciones peculiares que dominaron en la antigua Grecia, cuando los ciudadanos libres despreciaban a los esclavos sin libertad. Bajo el dominio del capital y del poder de la propiedad privada se respetaba no a aquellos que creaban los valores sociales, sino sólo a aquellos que habían acumulado esos valores. "El trabajador no producía con sus manos los bienes del pueblo, sino el empresario capitalista por medio de su economía, su sagacidad y sus aptitudes." El "organizador" del trabajo acaparaba el respeto del entorno. Sin embargo, no debemos olvidar que en el período de la manufactura solamente una minoría de todas las mujeres trabajaban en la producción. La mujer que se veía obligada a vender su fuerza de trabajo y con ello caía en las ganas del capital no era todavía un fenómeno corriente. Esas mujeres no dejaban de esperar que algún día pudieran reincorporarse a la vida normal y, como sus contemporáneos, dirigirían en la forma tradicional su propia casa y hacienda. Para la mayoría esa esperanza quedaba amargamente defraudada. La forma de producción capitalista se desarrollaba e imponía.

A la falta de derechos en la familia y en la sociedad se unía ahora también el dominio arbitrario del empresario capitalista. Sin embargo, así se iban creando simultáneamente las condiciones para la liberación definitiva de la mujer. La proletaria tenía que participar de la suerte amarga y sin derechos de la clase trabajadora, pero ahora comenzaba para la mujer una nueva era histórica y su destino estaba indisolublemente ligado a la clase trabajadora. Su trabajo infravalorado hasta el momento conseguía nueva consideración para la economía del pueblo. La igualdad de la mujer, pisoteada durante siglos, podía reconquistarse únicamente en lucha común con toda la clase trabajadora por sus derechos y por la constitución del proletariado. La forma de producción comunista, que llama a todas las mujeres a tomar parte en el trabajo productivo, es ya hoy un firme fundamento para su total liberación en el futuro. Y con esto damos por terminada nuestra lección de hoy.

6. El trabajo de la mujer en el período de desarrollo de la gran industria capitalista

En la última lección tratamos del primer período de acumulación de capital. Fue una época de luchas largas y sangrientas entre la ascendiente burguesía y el mundo feudal que había sobrevivido.

Examinamos la posición de la mujer en el período de transición de la economía cerrada de la Edad Media a la moderna economía del dinero, industria a domicilio y manufactura. Dejábamos sentado, como seguramente lo recordaréis, que la mayoría de las mujeres pobres y trabajadoras, después de la introducción del trabajo sin especializar, cada vez acudían en mayor número a la industria. Sin embargo, no podemos dejar de considerar el hecho de que durante el período manufacturero y de la industria a domicilio la predominante mayoría de las mujeres no se molestaban con celo especial en asegurarse sus propios ingresos por medio de su trabajo. Esas mujeres no realizaban ningún trabajo socialmente productivo. Naturalmente, el trabajo a domicilio era importante entonces y complementaba la economía de la sociedad mientras la industria estaba todavía poco desarrollada, pero ese trabajo no se tomaba en consideración en los cálculos de la economía colectiva. La mujer, a pesar de su trabajo relativamente duro, no era un miembro útil a los ojos del Estado y de la sociedad, porque en efecto servía con su trabajo solamente a su propia familia. Para la renta nacional no se computaba el trabajo del miembro aislado de la familia, sino el resultado de ese trabajo, es decir, el total ingreso familiar, porque la familia era la unidad fundamental económica.

En el campo todavía sucede que solamente cuenta el trabajo del “señor de la casa”, mientras se pasa por alto el de los miembros particulares de la familia. Pero esto no significa otra cosa, sino que se considera a la familia en conjunto como una unidad económica indivisible. Como se concedía poca importancia para el patrimonio del pueblo al trabajo de la mujer, la suerte de esta era, igual que anteriormente, la de una criada de servicio sin derechos.

La época de la manufactura y del capital que va desarrollándose no condujo a la liberación de la mujer, sino a todo lo contrario: a renovada opresión bajo el trabajo asalariado al servicio del capital. Dejemos sentado otra vez de qué forma de producción se derivó la manufactura: del trabajo manual a domicilio. ¿Por qué se aceleró tanto por la explotación del trabajo, en esa forma a domicilio, el desarrollo de las fuerzas productivas, en comparación con el ritmo lento de desarrollo en el período de la producción artesana? La explicación es fácilmente imaginable: los trabajadores a domicilio estaban obligados a esforzarse mucho más que los artesanos para conseguir tan sólo un nivel mínimo de vida y ciertamente porque tenían que ceder una parte de la renta de su trabajo a su mayorista. El artesano lo entregaba directamente a quien se lo había encargado, y por eso la plusvalía quedaba en su beneficio. El contacto entre el trabajador a domicilio y el mercado de consumo estaba a cargo de un intermediario, el mayorista. Con el desarrollo del comercio creció cada vez más, por razones puramente geográficas, la distancia entre productores y mercado de consumo y en consecuencia aumentó la importancia del intermediario, mayorista y comerciante. El aumento de valor se repartía ahora entre el productor y el comerciante, pero se iba haciendo cada vez más en ventaja del mayorista, ya que éste se encontraba en condiciones de abusar de la pobreza y mala situación del trabajador a domicilio. El comerciante arramblaba de esa manera con una bonita “cantidad de dinero” y se hacía rico, mientras el pueblo sencillo, reventado, cada vez se hacía más pobre. Cuanto más se aceleraba ese proceso de empobrecimiento mayor era su explotación y por último todos los que pertenecían a la familia de esos campesinos y artesanos arruinados (tanto el marido como su mujer e hijos) recurrían al mercado libre del mercado de trabajo asalariado. Estos tiempos fueron el siglo de oro para los que se

aprovechaban de las circunstancias, es decir, los primeros fabricantes y empresarios de las empresas manufactureras.

Por medio de la progresiva división del trabajo, la manufactura abrió la puerta a los trabajadores sin especializar y al emplear el empresario productores sin experiencia era lógico para él decidirse por la “mano de obra” más barata y por ello más apropiada. Y ésta eran las mujeres y los niños. Por eso, entre los siglos XVI y XVIII podemos registrar, paralelamente al desarrollo de las empresas manufactureras, un rápido aumento del trabajo de la mujer. En efecto, para el empresario ya no es productora de beneficios la calidad del operario individual (como había sido el caso en la forma de producción artesana), sino que es decisivo el número de los trabajadores empleados, es decir, la cantidad. Sus beneficios se extraen de la suma de todas las horas de trabajo no pagadas que han sido efectuadas por sus trabajadores y trabajadoras. Cuanto más trabajadoras y cuanto más larga fuese su jornada, mayor sería el número de horas de trabajo mal pagado, siendo así mucho mayor el beneficio que vendría a sus bolsillos.

La inicial acumulación de capital se aproximaba a su perfección en rápida carrera y la humanidad entró en el sistema de producción del gran capital y el mundo tomó un aspecto distinto; las ciudades habían sustituido desde hacía mucho tiempo, como centros de comercio y producción, a los castillos de los caballeros situados en sitios apartados; los príncipes y condes, siempre reñidos entre sí, tenían que someterse a un monarca absoluto y los pueblos se encadenaban juntos para formar naciones. En verdad, tal como antes, la agricultura seguía siendo importante para la economía, pero con el tiempo se trasladó el centro de gravedad a la industria fabril como la fuente más importante de toda riqueza. Holanda, Inglaterra y Francia (más tarde llegaron también Alemania y Austria y últimamente se agregó Rusia) pasaron al final del siglo XIX, una tras otra, a la producción capitalista en gran escala.

Nosotros, los hijos de ese siglo del capital, nos hemos acostumbrado tanto a la idea de que la producción se basa en la gran empresa capitalista que apenas nos podemos imaginar que todas esas empresas, fábricas y talleres gigantescos, donde encuentran ocupación miles y decenas de miles de trabajadores, no han surgido hasta un tiempo muy cercano; el tipo de talleres y fábricas que conocemos existe escasamente desde hace ciento cincuenta años, y en Rusia aún desde menos. Incluso en la América capitalista tan desarrollada, todavía en la década 50 del siglo XIX se discutía si los Estados Unidos debían alinearse junto a los países con producción fabril en grandes empresas o con aquellos cuya economía dependía del desarrollo de la propia agricultura.

Por lo tanto, hace menos de un siglo la humanidad no conocía en absoluto las leyes que dirigen el desarrollo económico y muchos países que se habían retrasado se hacían la ilusión de que podrían marchar por sus propios caminos. No necesitamos más que lanzar una rápida mirada al ritmo fulminante de desarrollo del capitalismo cada vez más poderoso en países asiáticos como Japón, China e India para poder predecir con seguridad que también allí la gran industria sustituirá al trabajo a domicilio y las ciudades someterán al “hinterland” para que satisfaga sus necesidades.

Los grandes inventos científicos y técnicos contribuyeron en alto grado al éxito del sistema capitalista. Hoy día apenas nos podemos imaginar un mundo sin ferrocarriles, fábricas, electricidad y teléfono. Sin embargo, nuestros antepasados recientes saludarían con seguridad a esos inventos con enorme sorpresa y una buena porción de desconfianza.

La producción capitalista experimentó un gran crecimiento en el siglo XVIII por razón de una serie de inventos que mejoraron la productividad laboral. Tenemos, por ejemplo, la máquina de vapor, invento verdaderamente genial de Watt. Ese invento colocó la primera piedra de la mecanización del proceso de producción en la manufactura y trabajos que se realizaban hasta entonces por seres humanos se sustituyeron por máquina.

Al mismo tiempo se hizo entonces posible el fraccionamiento de un proceso de trabajo en movimientos manuales increíblemente sencillos. El telar mecánico, la máquina de medias de punto, la cardadora de lana y otros innumerables inventos se siguieron uno a otro y apoyaron notablemente desde finales del siglo XVIII el desenvolvimiento de la producción industrial. El perfeccionamiento de la técnica se convirtió en un factor muy importante para la obtención de beneficios máximos.

Durante las fases anteriores de desarrollo, la producción máxima posible se alcanzaba por medio del trabajo manual y claro es organizándolo adecuadamente. Ahora, para aumentar los beneficios, los empresarios intentaban cambiar los principios que habían regido en la división del trabajo en la manufactura. Ya no dependía el provecho máximo exclusivamente del número de trabajadores de una empresa, sino de las máquinas y motores mecánicos; la técnica aumentaba la productividad del trabajo en dimensiones que antes no hubiera podido ni soñar: en lugar de un ovillo, la operaria de un torno podía hacer 1.200. Una devanadora que hasta entonces no podía hacer más de un par de ovillos al día, podía llegar ahora a 100. Una sola operaria que con la máquina terminaba 600.000 agujas al día, sustituía a 135 trabajadoras. Con la ayuda de una máquina de punto, una operaria podía aumentar la productividad de 20 pares a 1.200. Las máquinas sustituían una forma tras otra de labor manual. La productividad del trabajo creció con enorme rapidez y el mercado se vio invadido de artículos que se habían fabricado para el uso masivo en un proceso de producción mecanizada. El ritmo de la producción, las exigencias en almacén y la fortuna de los empresarios, fabricantes, metalúrgicos y siderúrgicos creció hasta lo inconmensurable.

La elevación de la productividad laboral por medio de las máquinas y motores mecánicos no mejoró sin embargo el nivel general de vida del trabajador; todo lo contrario, su sumisión y explotación por el capital aumentó todavía más. Naturalmente, la mecanización de la producción podría haber mejorado la situación de los proletarios: si, por ejemplo, a una trabajadora que antes, sin máquina, terminaba 20 pares de medias y ahora con la máquina 60 veces más, se le pagara realmente a razón de los 1.200 pares de medias. Pero no debemos olvidar que, como antes, la humanidad vivía en un mundo en el que la propiedad privada había echado raíces profundas. El capitalista consideraba a la máquina, que había comprado a un inventor, como una parte de su inventario, como integrante de su empresa. Cuando contrataba a un trabajador le obligaba a trabajar con la herramienta que pusiera a su disposición; y el empresario había hecho su suerte si se agenciaba un instrumento de trabajo que multiplicara por 60 o más la productividad de su operario. El fabricante pagaba a éste no por su productividad, sino por su fuerza de trabajo. Por lo tanto, quedaba en beneficio suyo el sacar la mayor utilidad posible de su fuerza de trabajo que había comprado. Por esa razón, la mecanización de la producción (que aumentaba de la forma más extraordinaria la productividad de los esclavos asalariados masculinos y femeninos), no condujo a una mejora de sus condiciones de vida, sino más bien a su empeoramiento. La mecanización permitió a los sabios economistas y empresarios de la burguesía llegar al “brillante” pensamiento de que el trabajo humano vivo no era de ninguna manera el creador y productor de todos los valores, sino que tal cualidad correspondía, a sus ojos, a la fuerza mecánica muerta: la máquina. Incluso si el empresario sólo tenía máquinas, sabía perfectamente que no le sería de ninguna dificultad el procurarse fuerza de trabajo humana. Pero sin embargo si le faltaban las máquinas necesarias no tendría la más mínima perspectiva de sostener la lucha de competencia en el mercado general con el rendimiento de la mano de obra que estaba a su disposición. Por eso el capitalista se acostumbró a considerar a la mano de obra humana como adherencia y complemento de la máquina. Recordaréis todavía que hace algún tiempo dejamos sentado que el trabajo de la mujer estaba menospreciado en

las tribus ganaderas. Se consideraba al rebaño, entonces, como la fuente de riqueza de la tribu, pero como cosa secundaria a la mujer que lo cuidaba. Lo mismo ocurrió cuando los talleres pasaron a la producción a máquina: el trabajo quedó desvalorizado; y los trabajadores y trabajadoras, a pesar de la introducción de la maquinaria, no mejoraron de ninguna manera; por el contrario, el nivel de vida de la clase trabajadora descendió más todavía, y los beneficios, que crecían rápidamente, se reservaron para el dueño de las máquinas: el empresario.

El desarrollo de la industria fabril condujo, por un lado, a una gran acumulación de capital, y, por el otro, a una competencia agudizada entre los mismos empresarios. En definitiva, cada empresario quería embolsarse los máximos beneficios posibles. Aumentaba el volumen del negocio, inundaba el mercado con sus productos y los vendía más baratos que sus competidores. Los pequeños empresarios y más especialmente los artesanos iban a la quiebra y se veían obligados ellos mismos, junto con los miembros de su familia, a mendigar un puesto de trabajo del gran empresario, aunque este mismo les había hundido. La concentración de capital, es decir, la reunión de medios de producción en las manos de los grandes empresarios -que se enriquecían muy rápidamente- y el empobrecimiento de los trabajadores son los procesos más importantes que caracterizan el desarrollo de la gran empresa capitalista hacia el fin del siglo XIX. En el siglo XX, el capitalismo, como contrapeso a la concurrencia, ha organizado un nuevo factor de poder, es decir, la unión entre varios empresarios, los llamados trusts. Y la lucha entre el trabajo y el capital se agudiza más.

El empobrecimiento y bancarrota del pequeño empresario condujo a que el mercado de trabajo rebosara de mano de obra barata; la mentalidad explotadora del dueño de las tierras, los tributos brutales y el atraso de la agricultura hicieron marchar de sus lugares a los campesinos y esta huida del campo aumentó aún más el número de los «sin trabajo» en los mercados laborales. El número de éstos creció en el siglo XIX en dimensiones tan amenazadoras que dio impulso a una escuela teórica especial, el malthusianismo. Malthus predicaba el control de los nacimientos en los trabajadores, porque con ese medio quería reducir la afluencia de más trabajadores al mercado laboral. Y esto a su vez conducía a una disminución de la competencia y así a una mejoría de la situación de la clase trabajadora. Esta teoría, naturalmente, no encontró ningún eco. Sin embargo, es típica, ya que muestra cómo las ideas de los hombres dependen de su situación económica. Durante el período de la economía natural y de la manufactura, cuando el éxito económico dependía al máximo del número de los trabajadores existentes, una familia numerosa se consideraba como un “don del cielo”, cuantos más trabajadores, más riqueza. La producción a máquina fue la causa de que entonces se considerara a las máquinas como creadoras de toda riqueza y en consecuencia se quería eliminar el trabajo reduciendo la descendencia de los trabajadores. Esta teoría es profundamente reaccionaria y completamente falsa, y además ha sido refutada ya hace años por la misma historia. Nos encontramos hoy precisamente en el riesgo opuesto: la falta de trabajadores pone en peligro, en el período actual, el futuro desarrollo de las fuerzas productivas; por eso no puede ser misión de los seres humanos reducir la proporción de los nacimientos y por el contrario parece más conveniente estimularla.

Pasemos a examinar el trabajo en la producción fabril. Como ya hemos dicho, el mercado fabril se sobrecargó constantemente de mano de obra disponible con libertad. Desde el siglo XVIII encontramos también entre los “sin trabajo” un contingente en aumento de mujeres que intentaban vender al empresario lo único que tenían: su fuerza de trabajo. Si el empresario se negaba a colocarlas, no tenían más que un recurso: la prostitución. Por eso la prostitución seguía como una sombra al trabajo femenino. Cuanto

más normal se hizo para las mujeres el trabajo asalariado, más verticalmente ascendía la curva que nos informa de la extensión de ese comercio de las mujeres con su cuerpo.

El día laborable de la mujer trabajadora en el período de desintegración de la artesanía era triste, sin derechos y lleno de dura faena. Estaba entregada sin protección a las trampas de los poderosos. Sin embargo, todos los sufrimientos de los siglos pasados palidecían ante el infierno del taller al que el capitalismo había obligado a entrar a la mujer. En efecto, no tenéis más que estudiar el libro de Engels *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*. Aunque está escrito en la década de los años 40 del siglo XIX, todavía hoy, en los países capitalistas, no se han suprimido muchas de las condiciones que se describen en ese libro. Resumiendo brevemente la vida de una trabajadora de taller durante la primera mitad del siglo pasado, nos aparece de la forma siguiente: jornada laboral interminable, que por lo general duraba más de doce horas; salario escaso; condiciones de vivienda repugnantes e insalubres, donde las personas vivían alojadas como ganado; ninguna protección en el trabajo ni seguridad social; aumento de enfermedades profesionales; alta mortalidad y constante miedo de perder su colocación. Por lo tanto, así eran las condiciones de vida antes de que empezaran a organizarse y a defender sus intereses en un partido de clase y en sus sindicatos.

El empresario utilizaba con preferencia la mano de obra femenina porque era más barata que la masculina: sin más hablar, los patronos afirmaban que el trabajo femenino apenas era comparable en calidad con el de los varones. Los pensadores burgueses proporcionaban gustosamente a los empresarios el pretexto deseado, al afirmar descaradamente que la mujer es inferior al hombre por naturaleza en todos los aspectos. Sin embargo, la infravaloración del trabajo de la mujer hasta nuestros días no se explica por las cualidades biológicas que sean, sino que tras ellas se esconden motivos sociales.

En la primera mitad del siglo XIX la mayoría de todas las mujeres trabajaban no precisamente en la producción para el mercado mundial, sino, como antes, en su hogar en una labor que era menos productiva. De aquí se deducía la falsa conclusión de que el trabajo de la mujer era menos productivo.

También en el hecho de que en el cálculo del salario laboral se tuviera en cuenta la obligación del hombre de sustentar a su familia, contribuyó adicionalmente a una mayor infravaloración de la mano de obra femenina. Tan pronto como el salario laboral no llegara para el mínimo nivel de existencia de la familia se podía comprobar o una desbandada de los trabajadores de esa rama de producción o una expectativa de vida descendente para esos trabajadores y sus familias. Y era normal entonces que las mujeres y niños tuvieran que lanzarse al trabajo asalariado. Pero como sustentar a la mujer, ahora como antes, era de la incumbencia de su marido, "el sostenedor del hogar", y la mujer sólo trabajaba "además" para mejorar el presupuesto de la familia, se impuso así generalmente la idea de que el trabajo femenino no era otra cosa que un salario suplementario y los empresarios apoyaban de buena gana esta idea. Pero también lo hacían los mismos trabajadores, que todavía no habían comprendido en qué consistían sus intereses. Los trabajadores no se dieron cuenta de la noche a la mañana de que el trabajo femenino ya no podía ser eliminado de la economía del gran capital. Y muy poco a poco fueron haciéndose cargo de que las mujeres que trabajaban productivamente en la gran industria y creaban valores habían abandonado para siempre su vida tras el fogón familiar. Durante todo el siglo XIX el trabajo femenino se cotizó más bajo en comparación con el del hombre, a pesar de que crecía constantemente el número de mujeres con actividades profesionales que no solamente se mantenían a sí mismas, sino que también sustentaban a sus hijos menores de edad, y a padres ancianos y a veces a un marido sin trabajo o enfermo. Estos inconvenientes dominan en los Estados capitalistas

hasta el día de hoy, aunque los sindicatos han actuado activamente en estas cuestiones y exigen un salario por trabajo prestado que sea igual para el hombre y la mujer.

Sin embargo, también la falta de especialización del trabajo femenino contribuyó adicionalmente a que fueran mal pagadas, especialmente antes de 1850. Sólo una parte insignificantemente pequeña de aquellas mujeres que buscaban trabajo habían ejercido anteriormente una profesión con la que se habían sustentado; la mayoría de todas las mujeres, inmediatamente después de que habían abandonado las ruinas de sus casas, entró en las empresas manufactureras: no tenían formación cultural ni una segunda profesión; como sufrían bajo el hambre y la pobreza y nunca habían conocido una existencia independiente, se habían acostumbrado durante siglos a una existencia sin derechos y de ciega obediencia, aceptaban sin protestar incluso las condiciones de trabajo más imposibles. Aunque el empresario razonaba teóricamente sobre que la mujer, por naturaleza, es inferior al hombre, "por eso su trabajo es de menor valor que el masculino"; sin embargo, no se asustaba lo más mínimo para poner en la calle al trabajador si tenía la posibilidad de colocar en su lugar mano de obra femenina. La acumulación de beneficios no sufría con ello lo más mínimo. Por lo tanto, podemos llegar a la conclusión de que el trabajo femenino, por lo general, en lo que a productividad se refiere, no es inferior al masculino. Con el desarrollo de la producción a máquina, la especialización cada vez perdió más importancia. En determinadas ramas de la producción (industrial, textil, del tabaco y química, etc.) el trabajo femenino alcanzó tal dimensión que se consideró como una amenaza directa por los trabajadores masculinos. Las mujeres no sólo desplazaban de los talleres por medio de su mano de obra más barata a los hombres, sino que también hacían posible que los empresarios rebajaran considerablemente los salarios. Cuantas más mujeres se colocaran en una rama de la producción, más bajos se hacían los salarios de los hombres. Pero cuanto más inferiores fueran éstos, más mujeres, esposas e hijas quedaban obligadas a buscarse un ingreso complementario. Había surgido un círculo vicioso.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX no pudo romper ese círculo la clase trabajadora por medio de la lucha de sus organizaciones políticas y sindicales. La conciencia de clase de los trabajadores puso en claro que la trabajadora no era una "competidora maligna", sino que también ella, como el trabajador, pertenecía a la misma clase. Sólo por medio de esfuerzos comunes organizados podría defenderse el proletariado de los ataques cada vez más insolentes del capitalismo contra la gente trabajadora. En la primera mitad del siglo XIX, sin embargo, el trabajador se enfrentaba con su rival femenina, por el puesto de trabajo, con mala voluntad y hostilidad. Las organizaciones que propiamente deberían defender los intereses de todo el proletariado prohibían, la mayoría de las veces, la afiliación a sus colegas femeninos.

Los salarios de las trabajadoras importaban normalmente sólo la mitad del de los hombres. Hasta el final del siglo XIX y principios del XX no empezó, en los Estados capitalistas más desarrollados, una lenta equiparación del jornal de los trabajadores; resultado de la presión que se ejerció por fuertes organizaciones proletarias. Sin embargo, en Rusia, antes de la revolución, la mujer ganaba solamente las dos terceras partes, o incluso únicamente una tercera parte, de lo que el hombre percibía. Y así siguen las condiciones, hasta el día de hoy, en Asia; por lo tanto, en Japón, India y China.

Las condiciones de vida de las trabajadoras en la fase de desarrollo del gran capitalismo se caracterizan, por un lado, por salarios increíblemente bajos, y, por el otro, por condiciones horriblemente insalubres que con frecuencia conducían a abortos o muerte del recién nacido y a una serie de enfermedades femeninas. Cuanto más rosadas eran las perspectivas del capitalismo, más insoportable se hacía la vida de las mujeres. Sin embargo, el trabajo productivo fuera del hogar que creaba valores útiles para la

sociedad y también era estimado como lo merecía por la economía nacional fue al final, a pesar de todo, la fuerza que hizo posible a la mujer el camino hacia su liberación.

Sabemos que la situación de la mujer está determinada por su papel en la producción. Mientras las mujeres estuvieron ligadas a las tareas domésticas, muy improductivas, fracasaron todos sus intentos e iniciativas por conseguir su igualdad e independencia, porque en efecto esos intentos no tenían base de ninguna especie en las circunstancias económicas. La gran producción en las fábricas que absorbió a millones de trabajadoras, sin embargo, cambió posteriormente el estado de cosas. Los quehaceres domésticos pasaron a segundo término y el trabajo de la mujer se convirtió en normal y necesario después de haber tenido durante tiempo sólo un carácter accidental.

El siglo XX es el comienzo de una nueva era en la historia de la mujer. Al principio del siglo XIX aquellas que se veían obligadas a trabajar como "chicas de taller" lo consideraban como una catástrofe personal. Pero ya al final de ese siglo, y más al principio del actual, entre el 30 y el 45 por 100 de todas las mujeres trabajaban en los Estados capitalistas. Durante el período de la manufactura las mujeres activas en la industria eran sólo viudas, solteronas y mujeres que habían quedado plantadas. Por el contrario, en el siglo XIX, casi la mitad de las trabajadoras estaban casadas. ¿Por qué? Pues claro: el salario del marido ya no alcanzaba y entonces se había terminado ya con el matrimonio como institución para el sustento de la mujer. Para alimentarse a sí mismos y a sus hijos tenían que trabajar tanto el marido como la mujer, y el hombre ya no era el que "alimentaba a todos". Y muchas veces sucedía todo lo contrario, era la mujer la que debía arrastrar toda la carga, especialmente en épocas de crisis y durante las largas temporadas "sin trabajo" de su marido. Y ocurría en algunas familias de trabajadores que la esposa iba a trabajar, mientras el marido se quedaba en casa, cuidaba a los niños y hacia las tareas del hogar. En zonas de la industria textil de los Estados Unidos eran éstas situaciones muy típicas transitoriamente. En determinadas ciudades, los empresarios preferían emplear mano de obra femenina más barata y así ocurría que, por ejemplo, la mujer trabajaba en una fábrica de tejidos mientras el marido se quedaba en el hogar. Esas pequeñas ciudades se llamaban en estos momentos shetowns (ciudades de mujeres). El reconocimiento general del trabajo femenino obligó, con el tiempo, a que la clase trabajadora revisara su punto de vista hasta entonces respecto a las mujeres y finalmente las considerara como camaradas y miembros con los mismos derechos en las organizaciones proletarias de lucha.

El trabajo de la mujer creció con notable rapidez en la segunda mitad del siglo XIX. Entre los años 1871 y 1901 ascendió, por ejemplo, en Inglaterra, en una rama el número de trabajadores en un 23 por 100, mientras el de trabajadoras en un 25 por 100. Durante este período correspondió la parte del león de la proporción creciente de toda la clase trabajadora inglesa al grupo de trabajadoras que aumentó el 21 por 100, mientras en el mismo período la mano de obra masculina subió el 8 por 100. El año 1901 el 34 por 100 de las mujeres francesas desempeñaban actividades profesionales, y en 1906 eran ya el 39 por 100. En el año 1881 se calculaba en Alemania el número de mujeres activas en la industria en 5,5 millones; en los años desde 1890 a 1895, en 6,5 millones, y en 1907, en 9,5 millones. Durante la primera guerra mundial existieron en Alemania más de lo millones de mujeres en trabajos profesionales, y ya en el año 1882 trabajaban en la producción en Alemania el 23 por 100 de todas las mujeres, ascendiendo en 1902 ese número al 30 por 100 de todas las mujeres. (Antes de la guerra dominaba el trabajo femenino sólo en 17 ramas de la industria; durante la guerra, en 30.) En Rusia se multiplicó por 20 el número de mujeres con actividad profesional durante la guerra mundial. Si el número de mujeres que trabajaban en Europa y en Estados Unidos antes de la guerra se calculaba en 60 millones, hoy, sin exageración, llegarán a 70 millones. Y

a esto se añade el número creciente de trabajadoras en Asia, que experimenta hoy una fuerte industrialización. De los dos millones de proletarios japoneses, 750.000 son trabajadoras; y en el último censo de la India, el número de mujeres activas en fábricas, talleres y trabajo a domicilio, agricultura y plantaciones de té, café y algodón se calcula en 19 millones. En China se cifra en decenas de miles las mujeres que se emplean en fábricas o que se sustentan a sí mismas con el trabajo a domicilio o como empleadas en oficinas públicas o privadas. Por lo tanto, el Oriente, que despierta y está dispuesto a desarrollarse, se une a los países occidentales y por todos los lados vemos mujeres trabajadoras, codo a codo con el hombre trabajador. La economía mundial capitalista ya no puede prescindir del trabajo de la mujer, lo que quiere decir que ésta ha encontrado definitivamente su reconocimiento como fuerza de trabajo.

La mitad aproximada de esas mujeres son casadas; y este hecho es para nosotras extremadamente interesante, ya que ha acabado con la antigua idea de que la mujer una vez que se casa puede renunciar a cierto ingreso por el trabajo. En Alemania, Inglaterra y Rusia alcanzó el número de mujeres casadas a más de un tercio de todas las mujeres activas en la industria. Por lo tanto, en la fase más alta del desarrollo del capital la mujer ya no es meramente un complemento de su marido; ha dejado de ocuparse únicamente de las labores domésticas improductivas y por eso alcanza a ver el final de los días de esclavitud que ha durado durante tantos siglos.

¿Qué impulsa a la mujer a la fábrica y a los talleres? ¿Quién de vosotras puede contestar a mi pregunta? ¿Trabaja la mujer voluntariamente en la fábrica o con gente extraña o es una fuerza social la que le obliga a ello?

Una estudiante: "Al trabajador siempre se le paga mal, de modo que en definitiva ya no está en situación de sostener él solo a su familia."

Kollontai: "Eso es totalmente cierto." En el período de la producción a máquina ya no se toma en consideración, cuando se calcula el jornal, si el trabajador tiene una familia a la que mantener. Al fabricante le importa un comino en qué condiciones tienen que vivir los hijos de los trabajadores. En efecto, el progreso técnico se preocupa de que tenga siempre a su disposición para su producción los suficientes «sin trabajo», y si el jornal es tan pequeño que con él apenas puede alimentarse el propio trabajador, tiene que colocarse también su mujer detrás de la máquina. La muda estadística nos demuestra que el 90 por 100 de todas las mujeres casadas están obligadas a trabajar por razón de pura necesidad, hambre y gran miseria. Ese ejército de millones de mujeres trabajadoras, por consiguiente, no ha vendido por su voluntad su fuerza de trabajo, sino obligadas por las circunstancias.

El trabajo en aquellas fábricas y talleres que requiere demasiado esfuerzo y con frecuencia es hasta peligroso para el organismo femenino ha creado un nuevo problema que antes no existía: el problema de la maternidad. Dicho con otras palabras: ¿es compatible la maternidad con el trabajo asalariado al servicio del capital? La maternidad y la profesión, es decir, la participación de la mujer en el trabajo productivo, son incompatibles de hecho en el sistema capitalista. La familia del trabajador se desorganiza, los niños se abandonan a sí mismos y el hogar se desatiende. Además, la mujer no es madre saludable mientras trabaje en una rama de la producción en condiciones insalubres, reciba una alimentación insuficiente y mientras no exista protección a la madre y sus condiciones de vida, en general, sean miserables. Abundan los abortos y los nacimientos de niños muertos. La mortalidad de los lactantes alcanza en las ciudades industriales un nivel del 30 al 50 por 100, y en algunas profesiones peligrosas, como, por ejemplo, la preparación de blanco de plomo y el mercurio para la fabricación de espejos, sube hasta el 60 por 100.

Si el capitalismo pudiera subsistir sin que le molestaran, es decir, si la clase trabajadora no estuviera en camino de hacerse cargo del poder y del control de la producción, estaría amenazada la humanidad de una verdadera degeneración. Pero afortunadamente el proletario ha sacado de la historia las consecuencias correctas para su propia actuación. La victoria de la revolución rusa abre el camino (también para otros países) para la revolución social. Con la planificación según los principios comunistas la humanidad ha encontrado al mismo tiempo la clave para la solución del problema de la maternidad. En la edad comunista futura, toda fuerza viva de trabajo, por lo tanto, también el trabajo femenino, se utilizará productivamente y en interés de la sociedad. Por eso nuestra sociedad protege a la mujer embarazada y lactante, y le garantiza un nivel de vida que le hace también posible desempeñar satisfactoriamente otras tareas sociales.

Sin embargo, en los países capitalistas, la población vive ahora como antes bajo el yugo del capital y la maternidad pesa como una losa sobre los hombros de las mujeres, que además se encuentran bajo la doble carga de su profesión y de su hogar. ¿Se puede contar con que el jornal del obrero mejore tanto que la mujer casada quede liberada de la obligación de ganar dinero? ¡Naturalmente no! Las elevaciones del salario que los trabajadores y sus organizaciones clasistas consiguen con su lucha, siguen con esfuerzo en la carrera a la constante subida de precios de los artículos de primera necesidad. Incluso si la clase trabajadora concluyera una lucha por el salario con tanto éxito que quedara superada la consiguiente alza de los precios (y tal ajuste de salario ciertamente sería un éxito auténtico), a pesar de ello el problema fundamental no quedaría solucionado para mucho tiempo. Porque no podemos olvidar que las necesidades de la familia trabajadora también siguen aumentando. Es decir, que tan pronto como desaparece la pobreza como causa directa de la actividad industrial de la mujer, crece automáticamente el nivel de las pretensiones del trabajador y de la trabajadora: quieren para sus hijos la educación y formación mejor posible, incluso comprarse un libro o irse al teatro. Y este proceso otra vez vuelve a obligar a la mujer al trabajo.

La información creciente sobre la producción capaz de desarrollo de la fuerza de trabajo femenina es otro factor importante que impide eficazmente, además, una restricción del trabajo de la mujer por medio de disposiciones legales. La guerra ha puesto inequívocamente de manifiesto ante la sociedad que ya no se puede renunciar al trabajo femenino. Se puede obligar a las mujeres a volver al hogar o por medio de una ley o por medio de otras intervenciones estatales, pero ya no es posible un regreso a la familia. (Por lo demás, tal situación la discutieron hace cincuenta años los economistas burgueses y fue apoyada en círculos proletarios.) ¿Y qué diantres tiene que buscar la mujer en la familia si una gran parte de sus funciones tradicionales han pasado a cargo de instituciones extra-familiares?

Caso de que estéis interesadas por más información sobre la situación de las mujeres con actividades profesionales, os recomiendo el capítulo “La profesión y la maternidad”, de mi libro *La sociedad y la maternidad*. En ese libro he combatido con detalle las reacciones hostiles contra el trabajo femenino y además he publicado estadísticas sobre las cifras de empleo de mujeres casadas en diferentes países.

Hoy vamos a admitir todavía a discusión otra cuestión que tiene gran importancia para la valoración del trabajo femenino en el capitalismo. ¿En qué ramas se ocupan en realidad la mayoría de las mujeres? Ahora (y especialmente después de la guerra mundial) no existe ninguna rama de la industria en la que la mujer no ejerza actividad. El trabajo femenino se ha impuesto no sólo en la industria y en la agricultura, sino también en el transporte, en todos los empleos estatales y en la administración municipal. En el comercio, y especialmente en el pequeño, ha trabajado la mujer ya desde la Edad Media. Pero generalizando más se puede decir, sin embargo, que el trabajo femenino es típico en

especial en aquellas ramas que exigen poca especialización de su mano de obra y luego, naturalmente, en ramas que han asumido determinadas funciones, ampliadas, de la anterior economía doméstica. Encontramos a la mayoría de las mujeres en la industria textil, del tabaco y química, pero también en el comercio; en consecuencia, en ramas que exigen poca especialización profesional.

En muchos países (entre otros Rusia, Inglaterra, Alemania, Japón) existen más mujeres que hombres en estas ramas de la producción. Ramas industriales que en un momento relativamente reciente se han desarrollado partiendo de labores domésticas son, entre otras, la producción de telas y vestidos, de artículos alimenticios, prestación de servicios para el hogar, trabajos en lavanderías, hostelería, cafés. Es extraordinariamente taro que una mujer no sepa coser, planchar o poner una mesa. En esas ramas se sustituye la formación profesional (que no existe) por la experiencia práctica.

Sin embargo, es típico que al mecanizarse el trabajo en esas ramas (lavado eléctrico o de vapor, máquinas de coser, etc.) la mano de obra masculina sustituye a la femenina, incluso en esas profesiones puramente de mujeres. Las fuerzas de trabajo se invierten: los hombres se infiltran en ramas de trabajo tradicionalmente femeninas, las mujeres pasan a actividades que siempre se han considerado peculiares de los hombres. Este cambio tiene siempre el mismo motivo: la mecanización del trabajo. El hombre se hace cargo de la máquina de coser y de la plancha eléctrica, la mujer se coloca ante el torno y la máquina de componer. Esta mecanización de la producción alcanza aquí su perfección y conduce a una equiparación de la mano de obra masculina y femenina, y esto, a su vez, al reconocimiento de la igualdad social del hombre y de la mujer. El número de las mujeres que ejercen su actividad en el sector de las comunicaciones (correo y teléfonos) ha aumentado fuertemente en los últimos veinte años. Y este trabajo exige una formación profesional, así como el de oficina. Ambos grupos profesionales sufrieron una avalancha de mujeres. Que hoy la mujer gana terreno en un campo en que se presupone conocimientos profesionales básicos nos demuestra que ya no se puede excluir el trabajo de la mujer de la actividad productiva.

La mujer ha aprendido a considerar el trabajo como necesario y ya no como accidental; no construye castillos en el aire; su futuro ya no está garantizado por el matrimonio, sino por una profesión propia. Por eso hoy día se esfuerzan los padres y especialmente en sociedades capitalistas altamente desarrolladas en proporcionar a sus hijos e hijas una formación profesional adecuada que por medio de un oficio u otra profesión posibilite posteriormente a sus hijos el ganarse el pan de cada día.

Por lo tanto, en el siglo XIX el trabajo femenino perdió su carácter accidental y se impuso generalmente. Y la guerra mundial impulsó aún más este desarrollo, al destrozar las últimas ilusiones de la mujer de que todavía pudiera ser posible volver un día a su propio hogar y a su propia familia.

Y ahora volveremos a hacer un breve resumen de nuestra charla de hoy. Hemos examinado el destino de la mujer en la historia y en el siglo XX se cierra ese círculo. En la antigüedad triste se hallaba la mujer al lado del hombre como una productora, en igualdad de derechos, de valores y artículos de consumo para la colectividad común. Era estimada especialmente porque no sólo como el hombre cumplía sus deberes para con la sociedad trabajando, no, sino porque además daba a luz y educaba a los nuevos miembros de la tribu. Por ello su importancia para la primitiva comunidad era mayor que la del hombre. La división del trabajo y la propiedad privada encadenaron sin embargo a la mujer a su propio hogar y desde entonces se le consideró como un anexo viviente del hombre. Pero las mismas fuerzas de producción que habían hecho posible, en una fase determinada, la división del trabajo y la introducción de la propiedad privada, trajeron luego la liberación de la mujer. Por medio de su participación en la producción pone en

fundamento de su liberación en todos los campos sociales. Sin embargo, hasta la nueva ordenación económica de la sociedad, el comunismo, no puede imponerse prácticamente esa liberación.

7. Las causas del "problema de la mujer"

En nuestra última charla pusimos de manifiesto que cuanto más se desarrollan las fuerzas productivas y se impone la producción en grandes empresas capitalistas más rápidamente crecía el número de las mujeres que trabajaban. Hoy afirmaremos que la mujer, en el sistema capitalista, nunca estará en condiciones de imponer su total libertad y equiparación con el hombre, y esto con total independencia de que colabore o no ahora con su actividad en la producción. ¡Al contrario! Existe una contradicción infranqueable entre su importancia en la economía del pueblo y su dependencia y falta de derechos en la familia, en el Estado y en la sociedad. Examinaremos ahora con algún detalle de qué manera se ha impuesto en la sociedad la necesidad de equiparación de derechos y de dignidad humana de la mujer y cómo este proceso tiene relación con la acelerada extensión del trabajo femenino.

Todo el mundo se hace cargo sin más de que las mujeres, desde que trabajan cada vez en mayor número en la producción y se hacen independientes económicamente, reaccionan con más amargura ante su existencia de ciudadanas de segunda categoría (tanto en su propia familia como en la sociedad). Todo observador independiente y sin prejuicios podrá afirmar fácilmente que existe una contradicción entre el reconocimiento de la mujer como fuerza de trabajo útil socialmente y su discriminación por las leyes burguesas vigentes. A esa contradicción entre la importancia del trabajo femenino en la producción, por un lado, y la falta de derechos de la mujer en el aspecto político y social, pero asimismo la tutela adicional de su marido (quien hace ya tiempo ha dejado de ser su "sustentador") debemos agradecer por lo tanto inicialmente el nacimiento del "problema de la mujer".

La cuestión femenina se plantea con singular violencia en la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, encontramos mucho antes brotes en esa dirección. Es decir, cuando la competencia de la manufactura llevó a la ruina a los pequeños artesanos y a los trabajadores a domicilio y obligó a los artesanos de entonces no sólo a ofrecer sus propios servicios a los grandes empresarios, sino también a enviar a los talleres a sus esposas e hijos. A finales del siglo XVIII y principios del XIX se limitó sin embargo "la cuestión femenina" principalmente al salario de la mujer y a su derecho a un "trabajo decente". En tres siglos, la posición particular de los gremios y sus ordenanzas estrictas habían originado que las mujeres fueran excluidas de las profesiones artesanas. Los gremios intentaban desterradas para siempre al hogar familiar, es decir, la mujer debía abandonar sencillamente el campo de la producción y cedérselo al hombre; lo que empeoraba naturalmente la situación. Desde que perdió la posibilidad de trabajar en una profesión artesana se convirtió más fácilmente en presa del fabricante y en víctima de la explotación.

En Francia dominaba en aquel tiempo el sistema de manufactura. Sólo excepcionalmente eran los talleres de tamaño tal que se les pudiera llamar grandes empresas; florecían el trabajo a domicilio y la manufactura y cubrían toda Francia con una red de fina malla. Por distritos, trabajaban los operarios a domicilio por encargo de un "mayorista" y a esto se llamaba entonces manufactura. Pequeñas empresas manufactureras de 10 o 20 obreros crecían en la zona de París como hongos sobre el campo. En estas manufacturas se confeccionaban tanto paños gruesos como bordados finos, pero también artículos de metal y oro e incluso pasamanería y otros productos de

consumo. En hilados y tejidos trabajaban especialmente muchas mujeres, y con frecuencia superaban el 90 por 100 de la mano de obra. En lo que respecta a la producción de seda, en Francia se había pasado ya a la gran producción y había triunfado la fábrica, por lo tanto, ante el trabajo a domicilio y a la manufactura. Ya antes de la revolución francesa había crecido considerablemente el proletariado femenino francés y los suburbios de París estaban invadidos por mendigas y prostitutas, bandas de mujeres hambrientas y sin trabajo. Por eso no es de extrañar que las mujeres tomaran parte como activistas especialmente entusiastas en el levantamiento de la clase trabajadora contra las arbitrariedades de los ricos en julio de 1789.

Las "mujeres del pueblo" pedían en sus "gritos de guerra", cosa lógica entonces, el derecho al trabajo y la promesa de que en lo futuro pudieran ganarse "honradamente el pan de cada día". Las proletarias de París exigían durante la revolución en una de sus peticiones el derecho al trabajo para el hombre y la mujer, y la prohibición de que el hombre trabajara en campos laborales típicamente femeninos. En compensación estaban dispuestas a renunciar a buscar trabajo en ramas peculiarmente masculinas. "Nosotras buscamos trabajo no precisamente para liberarlos de la autoridad de los hombres, sino para hacer posible para nosotras una existencia propia y en un marco modesto", se decía en una petición.

Por lo tanto, durante la revolución francesa, las mujeres del Tercer Estado exigían el acceso a todas las profesiones artesanas o, dicho sea de otra manera, "ilimitada libertad de trabajo". Esa petición debía garantizar que decenas de miles de mujeres hambrientas y necesitadas se salvaran del hambre y de la prostitución. Y no eran exigencias meramente femeninas, sino en favor de los más auténticos intereses de todo el proletariado industrial francés. Los habitantes de los suburbios de París gritaban unánimemente: "Libertad de trabajo." Pero "la libertad de trabajo" significaba la derogación del feudalismo, la cimentación de la toma del poder de la burguesía y la abolición de los privilegios de los gremios. El instinto de clase señaló sencillamente a las mujeres francesas el camino que debían seguir si querían "ganarse honradamente el pan de cada día". Las mujeres del proletariado francés se colocaron unánimemente al lado de la revolución.

Quien quiera relatar a conciencia el papel y actividad de las mujeres en la revolución francesa, su decisión heroica y su lucha revolucionaria debería propiamente escribir un libro. "Las mujeres del pueblo" del Delfinado y la Bretaña fueron las primeras en desafiar a la monarquía. Siguieron sus huellas las ciudadanas de Angolouse y Chevanseaux. Participaron en la elección de diputados para los Estados generales y el resultado de la elección fue aprobado de modo notable. Con bastante frecuencia se ha indicado que la clase burguesa en el período de las guerras civiles y nacionales aceptó con gratitud la ayuda de la mujer y olvidó transitoriamente su "inferioridad". Las mujeres de Angers redactaron un manifiesto revolucionario contra las arbitrariedades de la casa real y las proletarias de París tomaron parte en la toma de la Bastilla (14 de julio de 1789) y entraron en la fortaleza con las armas en la mano. Rose Lacombe y laartesana Louison: Chabry y Renée Audou organizaron la manifestación de mujeres a Versalles (3 de octubre de 1789). Durante el traslado del rey Luis XVI a París rivalizaron las mujeres con los hombres en la honrosa tarea de defender las puertas de París. Las mujeres del mercado de pescado enviaron expresamente una delegada a los Estados generales reunidos que debía animar a los diputados "a recordar las peticiones de las mujeres" y a "darles ánimo", y así lo advirtió la delegada a los 1.200 miembros de los Estados generales, es decir, la Asamblea Nacional Francesa. (En los Estados generales estaban representados por separado los tres brazos: nobleza, clero y burguesía. El 5 de mayo de 1789 se reunieron por primera vez los Estados generales en Versalles.)

Las mujeres de los suburbios de París participaron también en el gran movimiento popular del Campo de Marte, suscribieron la petición y cayeron víctimas de la perfidia del rey. (El pueblo de París sin armas se había reunido en el Campo de Marte alrededor del altar de la Patria para protestar contra el rey. Este y su corte habían huido de París la noche del 21 de junio de 1781 y habían sido reconocidos en el camino por un antiguo maestre de postas. Su huida había estado muy bien preparada. Tras su detención, el pueblo en triunfo trasladó a la familia real prisionera a París. La nobleza, el clero y parte de la burguesía intentaban ahora impedir el proceso por alta traición iniciado contra la familia real. Contra esa amnistía protestó el pueblo de París el 17 de julio de 1791 en el Campo de Marte. La fracción mayoritaria contrarrevolucionaria en la Asamblea Nacional movilizaron a la guardia nacional, proclamaron el estado de guerra e hicieron una carnicería entre los manifestantes republicanos.)

Las mujeres del Tercer Estado se encontraron presentes en esas acciones, ya que su despierta conciencia de clase proletaria les había puesto en movimiento. Sólo una revolución triunfante podía proteger en Francia a la mujer de las consecuencias escandalosas de la inflación y sobre todo del azote de la falta de trabajo. El proletariado femenino de Francia no perdió hasta el amargo final su fervor revolucionario y su intransigencia y así animó con frecuencia a los hombres, más vacilantes; lo que creó un temple de ánimo de gran decisión.

No mucho después de que estalló la revolución, el recuerdo de las horriblemente crueles y sanguinarias "calceteras" perturbó el sueño de la burguesía. Pero ¿quiénes eran aquellas "calceteras", aquellas "furias" como la ¡ay! pacífica contrarrevolución las llamaba? Eran hambrientas y sufridas artesanas, esposas de campesinos, trabajadoras a domicilio y en manufacturas que odiaban de todo corazón a la aristocracia y al antiguo régimen. Con un sano instinto de clase apoyaban (ante sus ojos el lujo y opulencia de la nobleza ociosa) a los paladines que más luchaban por la nueva Francia en la que todos los hombres y mujeres tuvieran derecho al trabajo y no vieran morir de hambre a sus hijos como hasta entonces. Para no perder el tiempo tontamente, esas honradas patriotas y mujeres diligentes llevaban sus medias de punto no sólo a todas las fiestas y manifestaciones, sino también a las reuniones de la Asamblea Nacional y a las ejecuciones públicas en la guillotina. Y esas medias no las hacían para sí mismas, sino para los soldados de la guardia nacional, los defensores de la revolución.

El comienzo más antiguo del llamado "movimiento femenino" lo debemos buscar probablemente en el período anterior a la revolución francesa y en la guerra de 1774-1783, cuando América se liberó del dominio inglés. En la historia de la revolución francesa encontramos a muchas mujeres cuyos nombres están unidos muy estrechamente no sólo al movimiento femenino, sino también a toda la fase del desarrollo de la revolución. Junto a representantes políticos de direcciones más moderadas, como, por ejemplo, la girondina madame Roland (si trazáramos un paralelo con los sucesos actuales la podríamos denominar bolchevique), destaca la magnífica escritora y periodista Louise Robert-Kevalio, una verdadera demócrata y defensora de la república. Ninguna de las dos se interesaba específicamente, sin embargo, por el movimiento femenino o intervenía en favor de peticiones directas de las mujeres. El servicio que han prestado en la historia es que contribuyeron como primeras líderes femeninas al reconocimiento objetivo de la igualdad de los derechos de la mujer. Por medio de su labor al servicio de la revolución llegaron hasta tal altura que su entorno social olvidó totalmente que propiamente representaban al "sexo débil" y se vio en ellas sólo las representantes de una dirección política. Además de éstas y de la fanática Olimpia de Gouges existieron también otras dos mujeres que destacaron por su carácter especialmente combativo. En el primer período revolucionario, Theroigne de Mericourt, junto con Desmoulins, llamó al pueblo

a las armas. Theroigne se halló presente en la toma de la Bastilla y recibió un sable de honor de la Asamblea Nacional como distinción a su valor. El 5 de octubre de 1789, la víspera de la marcha en manifestación a Versalles, se trasladó a caballo a ese punto con un vestido rojo relumbrante a animar a las mujeres de aquella ciudad. En unión con la filósofa Remond fundó la sociedad "Los amigos de la ley" y actuó para ayudar al ejército nacional, e hizo un llamamiento a las mujeres en defensa de la nueva patria (la república), y el 20 de junio de 1792 ayudó ella misma a apuntar las piezas de artillería contra el palacio real y junto con los habitantes de Versalles penetró en el palacio. La república le concedió por ello la "corona de ciudadana" como distinción. Perteneció a aquellos que perdieron la vida durante las luchas entre la Gironda y los jacobinos. Personalmente fue del bando girondino.

También Rose Lacombe exigió que el rey saliera de Versalles y fue la verdadera capitana de los arrabales de París. Personalmente era muy comedida; sin embargo, tenía grandes dotes de combatiente, gran fuerza de voluntad y era buena organizadora. Además, poseía una voz melódica y una agradable presencia. Su discurso de agitación en la galería de la Asamblea Nacional, en el que pedía la defensa de la revolución contra los ejércitos de la segunda Coalición y la democratización del poder ha entrado en la historia como uno de los documentos más interesantes de la revolución francesa. Fue enemiga declarada de la monarquía y durante el sitio del palacio real resultó herida en una mano. Como anteriormente a Theroigne, la Asamblea Nacional le concedió también la "corona de ciudadana". Desde 1793 fue miembro de la Montaña en el partido de los jacobinos y llevó la gorra roja del movimiento revolucionario de los "sansculotte" bajo la dirección de Juan Pablo Marat. Exigió la detención de todos los miembros de la aristocracia y sus familias, reunió alrededor suyo a una serie de seguidores, dirigió la agitación contra los girondinos y ayudó a los jacobinos en el exterminio de la Gironda. Pero cuando en su entusiasmo por la lucha contra los revolucionarios y logreros llegó tan lejos como a atacar a la misma omnipotente Convención, hasta los jacobinos se pusieron nerviosos y Robespierre comenzó a detestada. Además, a los miembros de la Convención les irritaba que Rose Lacombe y otros miembros del "Club de Ciudadanas Revolucionarias" se inmiscuyeran en las tareas de la Convención, controlaran las listas de detenidos y defendieran a los que, en su opinión, eran inocentes.

El Club de Ciudadanas Revolucionarias había sido fundado inicialmente por Rose Lacombe y la lavandera Pauline Leonie; por lo tanto, por dos mujeres de los suburbios de París, y en ese club intentaba Rose educar a sus contemporáneas en el espíritu de la revolución y en consecuencia las mujeres discutían temas apropiados, como, por ejemplo: ¿qué pueden hacer las mujeres por la república? La Lacombe era una brillante defensora de los derechos de los trabajadores e intervino frecuentemente en unión de Paulina Leonie en su defensa. En una de esas discusiones ocupó, con una legión de parisinas hambrientas y sin trabajo, la galería de la Asamblea Nacional y preguntó qué pensaba hacer el Gobierno o la república para aliviar la acuciante necesidad de las mujeres trabajadoras. Rose Lacombe se hallaba familiarizada con los problemas, necesidades y deseos de esas mujeres y podía presentar con viveza esos problemas en sus discursos pacíficos y valientes.

Cuando la Convención disolvió las uniones y clubs de mujeres, Rose defendió tenazmente a la criatura de su alma, "el club de las mujeres revolucionarias"; sin embargo, su lucha estaba condenada al fracaso. Tras la caída de los jacobinos y el triunfo de la contrarrevolución se castigó severamente toda aparición de las mujeres en público. La Lacombe, naturalmente, no pudo refrenar su lengua y por eso fue detenida el año 1794 y posteriormente se retiró de la política. Rose Lacombe fue una mujer que se entregó con alma y vida a la revolución y al mismo tiempo comprendió que las necesidades de las

proletarias, sus exigencias y preocupaciones tenían que ser parte integrante e inseparable de la lucha de clases del movimiento de trabajadores que comenzaba. No exigía derechos especiales para las mujeres, pero las zarandeaba para despertarlas y les invitaba a defender sus intereses como miembros de la clase trabajadora. Por su grandiosa lucha en favor de los intereses de las trabajadoras está naturalmente mucho más cerca de nosotras que las mujeres que durante la revolución francesa se comprometieron parcialmente.

Al movimiento femenino burgués le dieron vida en América Abigail Smith Adams (esposa del segundo presidente de la joven república americana) y su compañera de lucha Mercy Warren; en Francia, Olimpia de Gouges, y en Inglaterra; Mary Wollstonecraft. Estas defensoras de los derechos femeninos afirmaban una y otra vez que un puñado de filósofos inteligentes del siglo XVIII y la valiente intervención de algunas mujeres con independencia habían hecho posible la discusión sobre la equiparación de los derechos del hombre y de la mujer. Que estos pocos habían defendido decididamente al "bello sexo" y habían exigido la misma formación cultural para el hombre y la mujer y el reconocimiento de la igualdad de derechos. Su lucha pública despertó por primera vez en la mayoría de las mujeres la conciencia propia hasta entonces dormida. Las mujeres comenzaron a organizarse a combatir en defensa de sus intereses y en el curso del siglo XIX fueron conquistando con su lucha, paso a paso, un derecho tras otro.

Esta idea es totalmente falsa; la historia de la liberación de la mujer ha discurrido en realidad de manera completamente distinta. Es decir, que las combativas defensoras de los derechos de la mujer (por ejemplo, Olimpia de Gouges en Francia, Abigail Smith Adams, en América, y Mary Wollstonecraft, en Inglaterra) podían formular la cuestión femenina tan agudamente sólo porque ya al final del siglo XVIII habían trabajado muchas mujeres en la producción y por eso la sociedad comenzaba a respetar como útil su fuerza de trabajo. Olimpia de Gouges gritó a la temida Convención lo que sigue: "Si la mujer tiene derecho a subir al patíbulo, también debía tener el derecho a pisar la tribuna de los oradores." Luchó duramente por el reconocimiento de los derechos políticos de la mujer. Abigail Smith Adams amenazaba al gobierno revolucionario americano con que "las mujeres no están sometidas a las leyes de la república mientras no obtengan el derecho a voto garantizado por la Constitución." Fue la primera que formuló de forma inequívoca la igualdad política del hombre y de la mujer. Mary Wollstonecraft pedía una reforma fundamental en la educación de la mujer; por consiguiente, una igualdad de derechos en el sector de la instrucción. (Fue una escritora muy bien dotada e inteligente de finales del siglo XVIII. su libro *Defensa de los derechos de la mujer* se publicó en 1796 y causó gran sensación.)

Las mujeres, a causa de que partían de distintas posiciones, llegaron también a soluciones diferentes de la contradicción entre el papel de la mujer en la producción y sus derechos en el Estado y en la sociedad. Pero mirándolo bien se pueden reducir a un común denominador: el derecho al trabajo. Es decir, el derecho al trabajo equivalía a un triunfo de la revolución. Se iba a liquidar definitivamente el feudalismo y a construir un nuevo sistema económico; esto exigía, como asimismo el campo de actividad, conquistar por la mujer que buscaba trabajo, un poder político. Los defensores de los derechos de la mujer cometieron un grave error cuando intentaban demostrar que la lucha de las mujeres por su igualdad y su idea creciente de su derecho a la dignidad humana les había impulsado a entrar en la vida profesional. La historia demuestra precisamente lo contrario. Olimpia de Gouges escribió lo siguiente en su famoso manifiesto (a la "Declaración de los derechos humanos" proclamada durante la revolución francesa, que según su opinión solamente tenía en cuenta los derechos de los hombres, añadió Olimpia de Gouges su "Declaración de los derechos de la mujer", en la que exigía el derecho de elegir, activo y pasivo, así como la admisión a los empleos públicos):

“La finalidad de toda asamblea legislativa debe ser proteger los derechos inalienables de ambos sexos: libertad, progreso, seguridad y defensa ante la opresión. Todos los ciudadanos y ciudadanas deben participar directamente o por medio de sus representantes en la legislación. Todos los ciudadanos del Estado debían tener acceso en igualdad de derechos a todos los empleos públicos, profesiones y distinciones de la sociedad.”

Sin embargo, todas esas exigencias que principalmente se dirigen al “libre acceso de las mujeres a todos los empleos y profesiones” sólo han surgido porque las “mujeres del pueblo” habían abierto el camino al trabajo productivo de la mujer. Durante la revolución francesa, la exigencia de la equiparación política de la mujer no había sido un lema de lucha de los elementos demócratas burgueses de la revolución. Las mujeres de los suburbios de París sólo estaban representadas, y escasamente, en los clubs de mujeres. Y me refiero a los clubs femeninos que habían sido organizados por iniciativas de Palm Aelder y otras pioneras dirigentes de la lucha en pro de los derechos de la mujer. Las mujeres de los arrabales de París lucharon con todo su entusiasmo junto a todo el proletariado por la abolición de los gremios y por otras exigencias puramente proletarias. Su instinto de clase les decía muy acertadamente que sus peticiones de “derecho al trabajo”, “abolición de los gremios” garantizaban una solución más fundamental de sus problemas que la limitada lucha por los derechos políticos de la mujer. Por el contrario, Olimpia de Gouges formulaba sus exigencias políticas en la firme convicción de que así defendía los intereses de todas las mujeres. La situación histórica del siglo XVIII era tal que un reconocimiento unilateral de los derechos políticos de la mujer hubiera conducido a asegurar todavía con más firmeza los privilegios de las mujeres que pertenecían a las clases más favorecidas. Y esto se puede aplicar tanto a Francia como también a América e Inglaterra. Las mujeres del proletariado hubieran quedado otra vez *in albis*.

El movimiento femenino y sus exigencias de reconocimiento de los derechos humanos surgió a finales del siglo XVIII y ciertamente por razón del estado general de desarrollo en la producción y en la economía y del papel creciente de la mujer en la producción. Con ejemplos de Inglaterra, Francia y América justificaremos la exactitud de nuestra tesis fundamental, es decir, que la posición social de la mujer depende de su importancia en la producción.

Ya hemos tratado en otro lugar cómo se fue extendiendo el trabajo de la mujer en el período de la manufactura. La producción fabril se desarrolló en los dos Estados capitalistas Francia e Inglaterra durante el siglo XVIII. Estos hechos hablan por sí mismos. ¿Vale también nuestra afirmación si nos referimos a América? En el siglo XVIII América era solamente una de las muchas colonias del poderoso imperio inglés, y además incluso una de las más retrasadas económicamente; poseía una industria débilmente desarrollada y la producción en pequeño dominaba la agricultura. La población se componía en gran parte de campesinos. ¿Por qué entonces se atribuye a América la cuna del nacimiento feminista? ¿Por qué exigían las mujeres americanas la igualdad de derechos y el reconocimiento de sus derechos políticos fundamentales en un momento muy anterior a los países muy industrializados de Europa? ¿No contradice esto nuestra tesis fundamental, según la cual la lucha de la mujer por la igualdad de derechos es únicamente el resultado de su papel en la producción? ¿No será quizá que las exigencias de las mujeres de derechos políticos sólo es consecuencia lógica de las exigencias de la burguesía y de su lucha por la democracia? No, en absoluto; todo lo contrario. América es otra prueba de que nuestra tesis es exacta. Las exigencias políticas de las mujeres americanas fueron naturalmente el resultado directo de la importancia de la mujer en la vida económica norteamericana en los siglos XVII y XVIII; por consiguiente, en aquellos siglos en que América no era otra cosa que una colonia inglesa.

Norteamérica fue colonizada por emigrantes del Viejo Mundo (de Europa), cuya mayoría había huido de las arbitrariedades del feudalismo y de las persecuciones religiosas; su fuerza de trabajo y su energía eran sus únicas posesiones. Casi siempre emigraban al Nuevo Mundo estos fugitivos europeos con toda su familia y adquirían en propiedad nuevas tierras convirtiéndose en colonos y campesinos. Como la mano de obra era escasa, debía trabajar toda la familia en la agricultura. Las esposas e hijas de los granjeros trabajaban por esa razón con tanta dureza como los hombres para lograr cierto bienestar. Las mujeres compartían con naturalidad las preocupaciones económicas de sus maridos y luchaban con rabioso empeño con la naturaleza salvaje y todavía sin domar. Como sus maridos, las mujeres llevaban armas y defendían los ranchos que habían construido juntos contra los ataques de los indios. Por eso la mujer era una fuerza de trabajo valiosa que contribuía al bienestar de toda la colonia. De esa época nace, por tanto, el gran respeto a sus mujeres que han conservado hasta hoy día los americanos. Pero esa alta estima se perturba siempre por la influencia del capitalismo muy desarrollado, que transforma a la mujer o en una esclava asalariada o en un objeto de entretenimiento para el hombre.

Mientras América continuó siendo una colonia inglesa estuvo vigente el siguiente principio: representación para todos los que pagaban impuestos. Todos los contribuyentes tenían por tanto el derecho a intervenir en los asuntos del Estado, también las mujeres. Naturalmente intervinieron en la defensa de su Estado y lucharon por la independencia de aquella tierra cuyo bienestar floreciente era obra en parte de sus propias manos. Las mujeres lucharon con entusiasmo hasta el último día de la guerra de la independencia por una América libre y adoptaron con frecuencia posiciones más radicales que los políticos revolucionarios. Así, por ejemplo, exigió Merey Warren públicamente la total separación de la madre patria en un momento en que el mismo jefe de los separatistas, George Washington, no se atrevía aún a formular una exigencia tan radical. Para esas mujeres era lo más natural que la nueva república garantizase en su Constitución la mayoría de edad política de la mujer que no le había sido negada nunca en el período en que América todavía era una colonia británica. Pero ahí sufrieron un gran desengaño. Verdaderamente la asamblea constituyente nunca se expresó con claridad contra el derecho femenino al voto (en lugar de eso se recomendó a los Estados particulares que decidieran ellos mismos esa cuestión); sin embargo, ese derecho a voto no se estableció implícitamente en la Constitución. Esa decisión se puede explicar fácilmente: al final del siglo XVIII América ya no era un país de pequeños campesinos, sino que surgía una gran industria capitalista. La mujer dejó de ser una fuerza de trabajo útil, productiva, y descendió su importancia para la economía del pueblo. Como ya había ocurrido frecuentemente en otros lugares, cuando la burguesía afirmó su poder, quedó degradada la mujer y reducida a una existencia como esposa, miembro de la familia y anexo vivo del marido. Las mujeres pertenecientes a las capas sociales más pobres se convirtieron en obreras de fábrica y en lo futuro en esclavas despreciadas del capital. Es notable que los Estados Unidos industrializados (los llamados Estados antiguos ingleses) privaron a sus mujeres de sus derechos electorales y por medio de una ley concedieron sólo a los hombres los derechos completos del ciudadano. En contraste, dos Estados agrarios típicos, Virginia y Nueva Jersey, extendieron los derechos políticos a la administración municipal y a la del Estado también a las mujeres.

Comprobamos por tanto de forma interesante que las peticiones de la mujer de igualdad de derechos fue apoyada por la sociedad americana en general antes de la guerra de independencia, especialmente en los círculos revolucionarios. La burguesía abusó de la mujer en todas las formas imaginables y la hizo intervenir en la guerra. Se exigió de ella “virilidad” de ciudadano, obediencia de víctima y entusiasmo por la república. Sin

embargo, apenas se aplacó el júbilo por la victoria el hasta entonces enemigo (la Inglaterra feudal), ya no podía amenazar los intereses de la burguesía americana cuando decayó rápidamente el interés, aun el de los demócratas más apasionados, por las peticiones de las mujeres de igualdad de derechos. En consecuencia, podemos deducir de estos ejemplos, Francia y América, la conclusión de que las exigencias de equiparación de hombre y mujer han surgido después de que la mujer se ha convertido en una fuerza productiva de trabajo en la economía popular. Por lo tanto, no es la petición de igualdad de derechos la que ha impulsado a la mujer a la vida profesional, sino exactamente a la inversa: el papel de la mujer en la producción es el que ha originado su reivindicación de derechos sociales iguales.

Pero entonces, ¿cómo podemos explicar el hecho de que, en todos los Estados burgueses, ahora igual que antes, se discrimina a la mujer en relación con el hombre y que el Estado burgués y la sociedad capitalista no acepte a la mujer ni como individuo ni como ciudadano, aunque las mujeres que ejercen actividad profesional constituyen una parte importante de la población?

Las causas de esta situación falsa radican en la ordenación de la sociedad capitalista-burguesa que se basa en contrastes de clase y en el trabajo asalariado. En los Estados capitalistas la mayoría de las mujeres activas profesionalmente se reclutan en la clase trabajadora, es decir, son esclavas asalariadas al servicio del capital. Exactamente como en otros tiempos despreciaba el déspota de la antigüedad a sus esclavos, por consiguiente, a los seres humanos a los que en realidad debía toda su riqueza, hoy día la burguesía no quiere reconocer a ningún precio los derechos de millones de proletarios que producen todos los valores con el rendimiento de su trabajo y crean el fundamento del bienestar de la sociedad burguesa. En el sistema capitalista ni el trabajador ni la trabajadora ejercitan ninguna tarea que cree productos que directamente lleguen al consumidor y hombre y mujer trabajan a jornal y venden su fuerza de trabajo al empresario. En el período de la economía natural, el artesanado y el trabajo a domicilio no vendían su fuerza de trabajo, sino el producto terminado de su trabajo. En el período de la esclavitud asalariada, por el contrario, el trabajador tiene que vender su fuerza de trabajo al capitalista. Ya hemos expuesto en otro lugar por qué la economía capitalista no está dispuesta en el fondo a reconocer la fuerza de trabajo como fuente principal de la riqueza. Los economistas empresarios burgueses presentan con todos los argumentos imaginables la idea de que el empresario, como intermediario entre la fuerza de trabajo y la maquinaria crea la riqueza. La burguesía defiende la interpretación de que la máquina es la fuerza que produce los valores y el trabajador desempeña un papel subordinado a ella. En estas teorías burguesas los trabajadores y trabajadoras son adminículos vivientes de la maquinaria. En definitiva, en las mentes de los empresarios su propio capital es, de hecho, la fuente de todas las riquezas.

Mientras dominen en la sociedad las condiciones de vida burguesas no se puede contar con que la fuerza de trabajo humana se valore de otra manera o que se acometa una nueva estimación del papel de la clase trabajadora y de la situación de la mujer en la producción. El trabajo a jornal ha sacado a la mujer de la familia y la ha lanzado dentro de la producción y el sistema actual de trabajo asalariado hace al trabajador y a la trabajadora completamente dependiente de la burguesía. Su trabajo se paga menos de lo que vale, con indiferencia absoluta si es de hombre o de mujer. A los intentos organizados de la clase trabajadora por ampliar sus derechos y por democratizar el estado burgués replica la burguesía con resistencia bien organizada y con odio furioso. No el que crea el valor, sino aquel que vive de la explotación del trabajo, es el más apropiado para ocuparse de los asuntos del Estado y de la organización de la sociedad. La suerte de la mujer es la misma que la de todo el proletariado. Aunque hoy millones de mujeres están obligadas a

trabajar por un jornal, empeora constantemente la situación social de la mujer. El capitalismo obliga a la mujer además de a la esclavitud en su propio hogar y a su dependencia en la familia a otra carga más: esto es, al trabajo asalariado para el empresario.

Ya hemos indicado que el matrimonio de la proletaria de ninguna manera puede salvarle de la necesidad de vender su fuerza de trabajo. Las trabajadoras casadas se ven obligadas, en proporción creciente, a combinar el trabajo profesional fuera de casa con las tareas domésticas, la educación de los hijos y la asistencia al marido. Su vida se convierte en un reventarse continuo, no duerme lo suficiente y no tiene idea de lo que es descansar. Es la primera en levantarse por la mañana y la última que se acuesta por la noche. Aun así, se desorganizan las familias, el hogar se descuida y los mismos hijos están abandonados. Las mujeres se esfuerzan en vano e intentan, desesperadas, mantener junta a la familia. La mujer vive todavía en el pasado y valora a la familia y al hogar más alto que su marido; sin embargo, las condiciones inexorables no prestan la consideración más mínima a los deseos de los seres humanos. Por medio de la producción a gran escala se reduce la economía familiar y dejan de hacerse una función tras otra; tareas importantes de la economía familiar que antes eran parte integrante inseparable de las faenas caseras van desapareciendo. Por ejemplo, ya no es necesario que la mujer trabajadora malgaste su tiempo precioso repasando calcetines, haciendo jabón o cosiendo vestidos, si al mismo tiempo esos artículos de consumo producidos en serie están disponibles en abundancia en el mercado. Este hecho no juega ningún papel mientras no haya el suficiente dinero; para ganarlo tiene que vender su fuerza de trabajo. ¿Para qué va a esforzarse la mujer en conservar alimentos para el invierno, en cocer pan o preparar la comida si cientos de fábricas de conservas producen lo necesario, los panaderos hacen suficiente pan y la familia trabajadora puede adquirir en la próxima tienda de comestibles o en el restaurante barato una comida ya preparada? Este proceso hace cada vez más superfluo el trabajo de la mujer para la familia, tanto desde el punto de vista económico nacional como del de la misma familia. Por eso se desorganiza ésta, especialmente en la ciudad; desaparece con el desenvolvimiento del intercambio de artículos y la producción en masa de bienes. La familia, una necesidad en el período de la economía natural, se convierte en un freno que liga a la mujer a una actividad inútil e improductiva para la economía nacional.

La familia se ha hecho superflua porque ya no es una unidad económica. En la URSS se asienta hoy el trabajo de la mujer en el servicio de la colectividad y ya no en el de la familia cerrada; aumenta el número de las mujeres ocupadas en la producción. La guerra mundial ratificó definitivamente la importancia de la mujer para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas. No hay una rama en la que no hayan trabajado mujeres en el transcurso de los siete años pasados. Durante la guerra creció la cifra de las mujeres con actividad profesional sólo en América y Europa en cerca de 10 millones y el trabajo femenino se convirtió en absoluta necesidad. La estadística indica que para comienzos del siglo XIX la tercera parte de todos los bienes que llegaban al mercado mundial habían sido producidos por mujeres. Y, naturalmente, desde entonces la proporción en la producción internacional ha ido en aumento. El trabajo femenino se ha convertido en un factor económico estable. Y, sin embargo, ahora como antes, el problema de la mujer sigue sin resolverse. Las mujeres de todos los países (excepto Rusia) tienen que recorrer todavía un largo camino antes de que obtenga éxito su lucha por la igualdad de derechos. Pero ya sabemos que la raíz de ese mal radica en el sistema de producción capitalista y en la división en clases de la sociedad burguesa, porque esta sociedad se basa sobre la propiedad privada. Hasta que no conocemos las causas de esa falsa situación no somos capaces de desarrollar formas de lucha para eliminarla. La discriminación jurídica de la mujer y su dependencia pueden vencerse definitivamente si

la sociedad crea un nuevo sistema de producción en el que la propiedad privada se sustituya por la propiedad y consumo colectivos (lo que significa el triunfo del comunismo).

8. El movimiento de las feministas y la importancia de las trabajadoras en la lucha de clases

El "movimiento femenino" fue, por lo tanto, el resultado de una contradicción tópica del capitalismo: la proporción en aumento de las mujeres en la producción no compaginaba de ninguna manera con su persistente discriminación en la sociedad, matrimonio y estado. No existe ningún "problema de la mujer" especial. La fuerza de la sociedad burguesa que oprime a la mujer es una parte de la gran contradicción social entre el capital y el trabajo. La contradicción entre la participación de la mujer en la producción, por un lado, y su general carencia de derechos, por el otro, condujo al nacimiento de un fenómeno hasta entonces completamente desconocido: la aparición de un movimiento femenino. Pero desde el principio ese movimiento se divide en dos direcciones diametralmente opuestas entre sí: una fracción se organiza bajo las banderas del movimiento femenino burgués, mientras la otra fracción es parte del movimiento obrero.

El movimiento femenino burgués se separó en el siglo XIX del movimiento político de los varones burgueses y fue sólo una imagen refleja de las capas sociales más próximas al mismo. Creció repentinamente y creó en todas las ciudades occidentales y asiáticas una fuerte red de organizaciones femeninas. Su principal objetivo era el reconocimiento de la igualdad de los derechos de la mujer y del hombre en todos los campos, dentro del cuadro de la sociedad capitalista-burguesa establecida. Las oradoras burguesas no tenían el más mínimo interés por aquel otro movimiento social nuevo que había dado a la liberación de la mujer una perspectiva mucho más amplia y el único fundamento sólido. Frente al socialismo estuvo totalmente ajeno. Que finalmente hacia los últimos años del siglo XIX planteara peticiones que había tomado prestadas de los socialistas, tenía su explicación en que quería asegurarse el apoyo de las proletarias para aumentar así su propia importancia política. Fue también característica de ese movimiento femenino que se concibiera a sí mismo como clase neutral y que hiciera ver que sus peticiones y actividades eran las de todas las mujeres. Naturalmente, la realidad demostró que las propugnadoras burguesas de los derechos femeninos no hacían otra cosa que defender las exigencias e intereses de las mujeres burguesas, con lo que no queremos excluir en absoluto que el movimiento femenino burgués reclutara adeptas en las capas sociales más distintas. Una tercera nota característica de este movimiento fue que consiguió originar un serio conflicto de intereses entre hombres y mujeres, intentando imitar a los hombres en todos los aspectos. Además, las feministas cometieron un error enorme: no se dieron cuenta de la doble obligación social de la mujer y dejaron de considerar en absoluto que aquellos "derechos naturales" (reclamados con preferencia por las feministas) no sólo exigían de las mujeres que desarrollaran trabajo productivo para la sociedad, sino también que dieran vida a las futuras generaciones de esa sociedad. La defensa y protección de la mujer como madre no fue de ninguna manera parte integrante del programa y de la política del movimiento femenino burgués. Cuando el movimiento de las feministas tomó en consideración el problema de la protección especial de la maternidad, al final del siglo XIX y comienzos del XX, entonces fue éste un nuevo elemento en su trabajo. Muy a disgusto y con muchos titubeos dieron acogida en su programa a las peticiones de protección legal a la madre y de leyes especiales para protección de las trabajadoras.

En su ingenuidad, las feministas intentaron trasladar la lucha por los derechos de la mujer del fundamento estable de la lucha de clases al terreno de la lucha de sexos. Y así resultó una caricatura. La falta de tacto de las feministas las condujo lejos de la línea de su lucha principal. (Por ejemplo, una jornada máxima de trabajo establecida por ley, una constante vigilancia de la salud y una inspección estatal que castigara severamente todas las infracciones de la protección al trabajo y no las pasara por alto como “delitos de caballeros”.)

El éxito y el apoyo que hasta entonces habían obtenido entre los hombres de su propia clase lo perdieron porque en todas las ocasiones oportunas o inoportunas sacaban ellas a relucir exclusivamente las exigencias femeninas en lugar de defender los intereses comunes de la clase burguesa, que naturalmente hubieran garantizado también los derechos de la mujer. Hasta principios del siglo XX no comenzaron las mujeres burguesas con conciencia política a unir su lucha propia con la de un partido político determinado y de entonces en adelante se presentaron como parte integrante de ese partido. Así, por ejemplo, las kadette femeninas trabajaron primero en una “unión” para la igualdad de la mujer y posteriormente en la “liga” para la igualdad de la mujer. (Kadette era la expresión popular con que se conocía un partido político burgués liberal-monárquico en la Rusia zarista. El nombre se formó con las letras iniciales del título oficial del partido «constitucional demócrata».)

Una política análoga siguieron también determinadas organizaciones inglesas y alemanas.

Como las defensoras de los derechos femeninos se empeñaban con tanto esfuerzo en demostrar que la mujer no es inferior al hombre en ningún terreno, ignoraron totalmente las propiedades biológicas especiales de la mujer que exigen una consideración también especial. En el período del primitivo comunismo, la tribu respetaba a las mujeres porque, de un lado, eran los principales productores, y, por el otro, porque las mujeres incrementaban el número de miembros de la tribu con el nacimiento de nuevos niños. Pero en el período histórico en que los hombres llevaban a cabo todas las tareas de la producción, ya no tenía la sociedad ningún motivo obligatorio para igualar a la mujer con el hombre, aunque aquélla, como siempre, siguiera trayendo niños al mundo. Solamente cuando la mujer y el hombre realizan trabajos útiles socialmente está dispuesta la sociedad a responder a la adicional función social de la mujer con consideración y cuidados especiales. No querían ver esto las feministas burguesas en su compromiso brillante y combativo por los principios vanos de la igualdad de derechos. Cometían el error máximo cuando creían que un reconocimiento de los derechos de la mujer es idéntico a la total igualación del hombre y la mujer. Por eso las feministas muy fanáticas se vestían a “lo príncipe”, como los hombres, llevaban el cabello muy corto para parecerse a ellos y no por comodidad, y caminaban a largos pasos.

Cuando se enteraron de que las mujeres trabajaban en el puerto y arrastraban cargas pesadas, estas ingenuas feministas se emocionaron profundamente y escribieron efectivamente en sus periódicos y revistas: “Otra victoria para la igualdad de la mujer. Las trabajadoras del puerto transportan sobre sus espaldas, codo a codo con sus colegas masculinos, hasta 200 kilos de peso.” No comprendían que, por el contrario, tenían que escribir artículos en los que se arrancara la máscara a la codicia de beneficios del capitalismo que con trabajos tan duros e inadecuados destrozaba el organismo femenino y con ello causaba graves perjuicios a los intereses de todo el pueblo. Tampoco comprendieron que la mujer, por razón de sus determinadas cualidades físicas, se encuentra siempre en un estado especial y que la alta estima de la sociedad, ante esos valores peculiares de la mujer, no tiene por qué reducirse. La mujer, en efecto, no tiene por qué realizar el mismo trabajo que el hombre; para garantizar la igualdad de derechos

con él es suficiente que rinda un trabajo del mismo valor para la colectividad. Esta relación no la entendían sencillamente las feministas y por eso, en consecuencia, su movimiento fue limitado y parcial.

El movimiento feminista burgués atravesó, naturalmente, diversas fases de desarrollo. La petición de derechos políticos que en América y Francia se había formulado con energía y en alta voz en el siglo XVIII, se borró de la orden del día con la creciente agudización de la guerra civil y la afirmación de la preponderancia de la clase burguesa. Y en su lugar se pasó a un lema mucho más modesto: el libre acceso de todas las mujeres a la formación profesional. Este lema que caracterizó al movimiento femenino al principio del siglo XIX se puede deducir de la principal petición del movimiento femenino en que se reclamó el derecho al trabajo. Ya durante la revolución francesa había defendido con razón Olimpiade Gouges en su manifiesto político la idea de que un reconocimiento simplista de los derechos políticos de la mujer, en el fondo, no hubiera cambiado nada en su situación. Y que para las mujeres tan importante era lograr en su lucha el acceso a todas las profesiones. Ya en aquel momento en que Olimpia de Gouges publicó su manifiesto, se dibujaba la lucha de las mujeres burguesas por el acceso de la burguesa a las profesiones liberales universitarias. En la época de esplendor del capitalismo no solamente iban a la ruina los artesanos y los trabajadores a domicilio se transformaban en obreros fabriles, sino que también se destruyó el idilio romántico del ciudadano modesto con la burguesía. El salario de los hombres de las capas sociales modestas dejó repentinamente de alcanzar para el sustento de la propia familia y esto obligó a los hijos e hijas de las familias menos pudientes a buscarse trabajo. Las jóvenes de casa burguesa trabajaban como profesoras, escribían o traducían novelas e intentaban colocarse en oficinas o en alguno de los empleos públicos para tener un ingreso seguro. Sin embargo, les estaba cerrado a las mujeres, como antes, el acceso a las profesiones típicamente liberales. Por lo general, la sociedad burguesa no las creía demasiado capaces de lo que exigiera energía y talento y les encomendaba estas tareas de mala gana. Y además las mismas mujeres estimaban en menos su capacidad intelectual que la de los hombres.

Normalmente el hombre se sustentaba con su trabajo no sólo a sí mismo, sino también a su familia; la mujer burguesa tenía por regla general solamente una "ocupación complementaria", vivía con su marido y empleaba el propio salario para pago de sus "gastos personales". Sin embargo, poco a poco aumentó el número de las mujeres de la pequeña burguesía y de la burguesía media que no solamente estaban obligadas a sustentarse a sí mismas, sino también a alimentar a su familia. Pero su salario estaba calculado como si fuera una "ocupación complementaria". También la falta de formación profesional de la mujer originaba adicional disminución de su jornal. No porque pertenecieran las mujeres al "sexo débil" cerraban a las mujeres los empresarios y las autoridades del Estado la entrada al trabajo en los escritorios, en la enseñanza y en los servicios públicos. Se consideraba sobre todo menos productivo su trabajo porque no disponían de una preparación adecuada. Los competidores de las mujeres a un puesto laboral se irritaban extraordinariamente cuando habían perdido sus colocaciones en oficinas o en empleos públicos. Sin embargo, las feministas cometían un grave error cuando creían que los hombres negaban a las mujeres el acceso a todas las profesiones sólo porque ellos eran egoístas y temían la competencia femenina. Que las mujeres burguesas sólo pudieran elegir entre un número extraordinariamente limitado de profesiones se derivaba de su falta de formación cultural y profesional. Las mujeres únicamente podían salir de esa limitación si conseguían el acceso a la enseñanza superior. Por eso no es extraño que, en algunos países, por ejemplo, Alemania, y posteriormente Rusia, se impusiera en los movimientos feministas el siguiente lema como una de las más importantes reivindicaciones: "Condiciones iguales para el hombre y la mujer en la

formación superior universitaria.” (Esta exigencia comprendía en el Imperio alemán tanto la reforma de la tradicional “escuela superior femenina” convirtiéndola en instituto ordinario como también la derogación de las prohibiciones de que la mujer estudiara en las universidades alemanas. Típicas de la política educativa de la clase burguesa en el imperio alemán son, entre otras, las citas siguientes tomadas de las “normas fundamentales” adoptadas en una conferencia sobre educación en Prusia en agosto de 1873: “La escuela superior femenina aspira a una formación propia de los círculos de vida elevada. Reina total unanimidad sobre que la misión de la instrucción femenina, todavía en mayor medida que en la instrucción de los muchachos, es de naturaleza formal y sobre que el peso principal en la misma hay que ponerlo en el aspecto educativo. Tampoco el recuerdo de que se han abierto al trabajo de la mujer nuevos círculos cuya ampliación futura está fuera de duda puede cambiar en nada esa convicción.” Estas normas fundamentales se incorporaron a los otros Estados federados del imperio alemán. El movimiento cultural y profesional de las mujeres exigió el acceso a la educación universitaria. Ese movimiento de “La unión general de las mujeres alemanas” del siglo XIX no tuvo éxito hasta 1908, y ya en el semestre de invierno 1909-1910 alrededor de 1.900 alemanas estudiaron en las universidades de su patria, y dos años más tarde eran ya más de 3.200. Hasta la reforma de la educación femenina en 1908, las mujeres alemanas que querían estudiar tenían que hacerlo en Universidades extranjeras.)

La discusión sobre mejores posibilidades de educación para las mujeres se suscitó ya en el siglo XVIII. El escritor francés Fenelon, y más tarde el filósofo y publicista Condorcet (especialmente activo durante los primeros años de la revolución francesa), intervinieron decisivamente en favor de la mujer. En Inglaterra se planteó esa cuestión por Daniel Defoe y Mary Astell anteriormente en el siglo XVII. Pero como ambos quedaron bastante aislados en su llamamiento, éste apenas tuvo consecuencias prácticas. Sin embargo, esto cambió en el transcurso del siglo XIX; Mary. Wollstonecraft planteó de nuevo el problema de la educación de la mujer en su escrito *En defensa de los derechos de las mujeres*. En ese libro demuestra tanta valentía y audacia que despierta en nosotras recuerdos de las grandes figuras de la revolución francesa. El punto de partida de sus argumentos fue extraordinariamente original; exigía una mejora de la educación de la mujer y el reconocimiento de sus derechos al poner de relieve la importancia espiritual de la maternidad de la mujer. Únicamente una mujer libre y consciente puede ser una buena madre que inculque a sus hijos sus derechos como ciudadanos y un auténtico amor a la libertad. De todos los paladines de los derechos de la mujer, Mary Wollstonecraft fue la única que partiendo de los deberes de la maternidad exigió la igualdad de los derechos de la mujer. La única excepción es Juan Jacobo Rousseau, en Francia. Este filósofo y revolucionario del siglo XVIII explicó la igualdad de la mujer partiendo de “los derechos naturales de la humanidad”; sin embargo, en su sociedad libre en la que la inteligencia debe dirigir el gobierno, relega exclusivamente a la mujer a su papel de madre y ciertamente con un espíritu que recuerda con fuerza la situación de la familia burguesa.

Aunque numerosos pensadores ya en la primera mitad del siglo XIX habían propugnado por la igualdad de derechos de hombre y mujer en la educación superior, las puertas de la Universidad (y frecuentemente también las de centros de enseñanza inferiores) continuaban cerradas, como antes, para las mujeres. Sólo tras muchos esfuerzos y después de vencer innumerables obstáculos pudo obtener la mujer los conocimientos necesarios científicos y técnicos y abrirse el acceso al trabajo intelectual. Elisabeth y Amelia Blackwell, dos activistas de los movimientos femeninos burgueses, consiguieron a base de lucha el acceso a una Universidad americana en la década 40 del siglo XIX. Amelia fue la primera mujer que recibió el título de médico. Al mismo tiempo se había labrado una reputación la primera periodista de América, Margareth Fuller. En

la década 60, Mary Mitchel fue la primera mujer honrada con una cátedra de Matemáticas y Astronomía, igualmente en América. En la década 30 del siglo XIX, la inglesa Caroline Herschel, hermana del famoso astrónomo Herschel, llegó a ser miembro de la Sociedad Astronómica. Sin embargo, las universidades continuaban cerradas, como antes, para las mujeres. Y así, por ejemplo, la primer médico inglesa, Elisabeth Garrett, tuvo que estudiar la carrera en Suiza. Hasta final del siglo XIX no consiguió la mujer, luchando paso a paso, el acceso a la Universidad. (También las Universidades suizas fueron, hasta 1908, el refugio principal de las estudiantes alemanas que en su patria no podían hacer las carreras y doctorarse. La generación más antigua de universitarias alemanas consiguió sus títulos en Suiza. Consúltese además: Eliza Ischenhaeuser, *La situación excepcional de Alemania en el estudio de la mujer*.)

También en Rusia el movimiento femenino burgués luchaba, al principio, bajo el lema "Libertad de enseñanza". Este lema se basaba en la petición legítima y necesaria del derecho al trabajo. La posibilidad de ganarse el pan de cada día por medio del trabajo en una profesión universitaria era totalmente inaccesible a aquellas mujeres que no tenían instrucción ni otros conocimientos previos.

El proceso de descomposición de la nobleza había comenzado en la década 60 del siglo XIX y precisamente después de la liberación de los campesinos y de aquellos cambios políticos que beneficiaban al capitalismo. La ruina económica de los propietarios de extensas tierras obligó a sus hijos, varones y mujeres, a buscarse trabajo. Surgió un nuevo tipo de mujer: la que ganaba su sueldo, lo mismo que los hombres, ejerciendo una profesión universitaria. Simultáneamente con el capitalismo se creó un aparato estatal cada vez más complicado que necesitaba constantemente fuerzas de trabajo en especial en los sectores de la enseñanza y la sanidad. Esta situación de hecho provocó en las autoridades estatales correspondientes una actitud extraordinariamente benévola ante el deseo de la mujer de acceder a la formación universitaria.

En Rusia, la creciente demanda y la falta (cada vez en más aumento) de fuerzas de trabajo cultas contribuyeron a que nuestras mujeres consiguieran con relativa facilidad el acceso a las profesiones liberales. Naturalmente, tampoco se logró esto sin lucha. La ley de la inercia impide en efecto, una y otra vez, que una clase comprenda que determinadas reformas son extraordinariamente beneficiosas para sus intereses. La conocida matemática Sofía Kovalevskaya, por ejemplo, tropezó con tan gran resistencia que tuvo que terminar sus estudios en el extranjero. En la década 80 llegó a ser profesora pero no precisamente en una Universidad rusa, sino en una sueca: la Escuela Superior de Estocolmo. Yo misma recuerdo muy bien la aureola que rodeaba a las dos primeras médicas rusas Nadeschda Suslova y Rudnova, que habían recibido ambas sus títulos en el extranjero.

Hoy día, en especial desde el fin de la guerra, pero también porque la revolución rusa ha ejercido gran influencia en el desarrollo de todos los demás países, la cuestión de si la mujer debe tener o no acceso a la formación superior se ha solucionado satisfactoriamente en casi todos los lugares. Sólo en Asia: China, India y Japón todavía tenemos que poner signos de interrogación en lo que se refiere a la admisión de las mujeres a algunas ciencias y profesiones.

Pero también allí es ahora mucho más fácil para las mujeres llegar a la enseñanza superior y al ejercicio de profesiones universitarias de lo que ocurrió en su tiempo en Europa y América. Esto se debe al desarrollo del capitalismo y a la creciente necesidad de un aparato estatal cada vez más complicado que necesita muchas profesoras, telegrafistas, telefonistas, empleadas de oficina, contables, etc.

En la década 50 del siglo XIX las mujeres burguesas pasaron a plantear la petición más justa del "derecho al trabajo", en lugar de exigir, como hasta entonces, la igualdad

de derechos en el sector de la educación superior. El movimiento femenino burgués puede estar orgulloso de haber abierto a las mujeres el camino hacia un ingreso independiente por su trabajo. Sin embargo, ha dejado de tener en consideración que el mismo movimiento femenino era ciertamente un resultado de la integración de la mujer en la producción. Sabemos por las lecciones anteriores que esa petición, y en verdad antes de que la formularan las feministas, hacía tiempo que se había producido en la práctica por millones de proletarias. Ese proceso era a su vez consecuencia de las condiciones económicas modificadas y del establecimiento definitivo del sistema capitalista.

De hecho las burguesas seguían viviendo, como antes, dentro del cascarón de su propio hogar y, por cierto, felizmente; les iba maravillosamente, a costa de su marido o de su amante. Al mismo tiempo las pobres esposas de los campesinos y las aperreadas proletarias, en su constante búsqueda de trabajo, ya en los siglos XVII y XVIII, habían convertido en realidad en la práctica el lema de lucha de las feministas del cercano siglo XIX. Las pobres mujeres del cuarto estado lucharon por ese derecho cuando las burguesas consideraban como deshonra el tener que trabajar. Sin embargo, el camino que condujo a las mujeres de la clase trabajadora al trabajo productivo siguió otras leyes sociales. El movimiento femenino proletario eligió otro camino desde que comenzó a actuar como parte integrante del movimiento femenino general.

Se han escrito innumerables libros en distintos idiomas sobre el movimiento femenino burgués. Pero la historia de la lucha de las trabajadoras por sus derechos como miembros de la clase trabajadora, como productoras de igual valor en la economía del pueblo y aun además como garantizadoras de la futura descendencia no se han escrito hasta el día de hoy. Aquí y allá encontramos hechos aislados en libros que describen la lucha y la historia de la clase trabajadora. Pero esa escasa información nos revela cómo las proletarias consiguieron, luchando poco a poco, pero con firmeza, el acceso a un grupo tras otro de profesiones; describen su creciente conciencia de sí mismas como parte de una clase y como individuos. Podemos observar cómo las esposas de los trabajadores colaboraron en la lucha dentro del movimiento de los trabajadores y cómo intervenían en especial en favor de aquellas reivindicaciones que tenían relación específica con la situación de las mujeres trabajadoras. No obstante, todavía estamos esperando un libro que trate exhaustivamente de ese tema y describa el camino espinoso de las mujeres hasta su definitivo reconocimiento como miembros valiosos del proletariado.

El movimiento femenino proletario está ligado de la manera más estricta e inseparable con el restante movimiento obrero y es sencillamente una parte integrante orgánica de éste. Sin embargo, reincidiríamos en el error de las feministas si negáramos que no se diferencian la situación de la parte masculina y femenina del proletariado si sólo afirmáramos que ambas partes tienen en efecto un solo objetivo (el comunismo) y por eso están unidas de la mejor manera por razón de su común interés de clase. Simplemente debemos recalcar que las propiedades físicas de la mujer y su misión social (dar a luz a sus hijos) existen tanto ahora como antes y así será también cuando se lleve a efecto la equiparación de derechos en todos los terrenos. Precisamente la circunstancia de que la mujer no es sólo ciudadano del Estado y fuerza de trabajo, sino también madre de sus hijos, la pondrá siempre en situación especial. Esto no lo pudieron ni quisieron entender nunca las feministas. El proletariado no puede prestarse a ignorar estos hechos importantes cuando ahora se trata de construir nuevas formas de vida.

Volvamos ahora al tema del papel de la mujer burguesa en los países capitalistas y perfilemos brevemente el posterior desarrollo del movimiento de las feministas.

Ya hemos recalcado que el capitalismo engendra numerosas contradicciones antagónicas. Una de esas contradicciones es la actual situación de la mujer. Esto se aplica también en principio a las mujeres de la clase burguesa, incluso cuando la mayoría de

ellas buscan protección “tras la espalda del marido” como cortesanas legitimadas. El hecho es que el número de mujeres burguesas que buscan un trabajo propio crece de año en año y que la complicada maquinaria de la gran producción capitalista tiene (en sus innumerables empleos, administraciones y oficinas) una constante necesidad de un ejército de mecanógrafas, empleadas de oficina, telefonistas, intérpretes, encargadas de correspondencia, etcétera. Esta demanda no se debe, con toda probabilidad, principalmente a la circunstancia de que la fuerza de trabajo femenina sea más barata que la masculina, sino que también seguramente es más importante que sea considerada por lo general como más flexible y más de confianza que sus colegas varones.

La producción actual en las grandes empresas, por un lado, no puede prescindir en absoluto de la mano de obra femenina, y, por otro lado, la sociedad burguesa, que se basa en el derecho de la propiedad privada, tampoco puede renunciar a la institución de la familia. El creciente trabajo de la mujer y su suficiencia económica en aumento hace que la mujer sea cada vez más independiente frente al hombre. La familia pierde su fuerza de resistencia, comienza a desorganizarse y se destruye.

La burguesía, o con mayor exactitud el capitalismo, atraen a la mujer haciéndola salir de las cuatro paredes de su hogar y la integran en la producción. Pero los legisladores burgueses se oponen obstinadamente a tomar en consideración este hecho; el derecho burgués parte más bien de que la mujer, ahora como antes, es dependiente y sus intereses están mejor defendidos por su marido, “el que la sustenta”. Conforme a esta concepción del derecho, la mujer no puede ser tenida como persona independiente, es apenas un anexo de su marido. Esta situación es insoportable, a la larga; millones de mujeres se ganan su sustento, pero no tienen posibilidad de ninguna clase de defender sus intereses frente al Estado, ya que, en efecto, se les niega, sin más hablar, los derechos fundamentales que pertenecen a los demás ciudadanos varones.

La lucha por el derecho al voto de las mujeres y por el derecho pasivo a la elección fue la exigencia central del movimiento femenino que surgió en la década 60 del siglo XIX. Las mujeres americanas fueron las adalides de este movimiento. (La lucha por el derecho activo y pasivo de elección se relaciona muy estrechamente con la lucha por la igualdad de derechos de la mujer en todos los demás terrenos de la legislación burguesa. En las conferencias internacionales femeninas de aquellos años se discutieron minuciosamente los siguientes temas: un seguro general de protección a la maternidad, una mejora de la situación jurídica y económica de la madre soltera y de sus hijos, la introducción de la separación de bienes en el matrimonio, una nueva legislación de divorcio y herencias y la colaboración de las mujeres en el Parlamento, el derecho pasivo de elección.)

Las mujeres norteamericanas fueron las adalides de este movimiento. Participaron activamente en la guerra civil de los Estados Unidos y lucharon por la abolición de la esclavitud (de abril de 1861 a abril de 1865). Esta guerra fue una batalla decisiva entre los Estados feudales del Sur y los capitalistas del Norte. Triunfó el Norte y los Estados Unidos se convirtieron en un país en el que domina el gran capital y florece la esclavitud asalariada. Y según la ley se abolió la esclavitud de los negros. Como siempre ocurre en los conflictos sociales de esta clase, las mujeres intervinieron con especial actividad en la guerra civil. La nueva Constitución aumentaba las facultades del Gobierno y las mujeres se esforzaron, naturalmente, en que se prestara oído a sus propias peticiones. (En diciembre de 1865 el Congreso aprobó el artículo 13 adicional a la Constitución por el que se abolía la esclavitud, y en el curso del año 1866 dictó la ley sobre derechos civiles, el *Civil Rights Bill*.)

“Si se reconoce al negro como ser humano libre e independiente, ¿por qué, entonces, la mujer que ha contribuido a la abolición de la esclavitud tiene que aparecer

como dependiente ante la ley?" No obstante, el Parlamento burgués, el famoso "Congreso demócrata y amante de la libertad" bien se guardó de conceder a la mujer derechos iguales. Así se encontraba la situación no sólo después de la guerra, sino que así continúa en el plano federal hasta el día de hoy. En la Federación de Estados Norteamericanos todavía no tiene la mujer derecho al voto; ese derecho lo tiene solamente en los Estados miembros particulares.

Después de los Estados Unidos surgió en Inglaterra un poderoso movimiento femenino que luchaba por el voto de la mujer. Las feministas, que ya trabajaban en todas las posibles profesiones universitarias, desplazaron sin embargo su punto central de modo que principalmente se puso a discusión el derecho de elección de las mujeres. Con este motivo se fundaron una serie de organizaciones femeninas. Las feministas de los diversos países colaboraban en acciones comunes y organizaban ya desde el siglo pasado consejos internacionales femeninos. (Así, por ejemplo, el Congreso Internacional Femenino en favor de trabajos y aspiraciones de la mujer en Berlín el 19 de septiembre de 1896, y el "Congreso Internacional Femenino" en Berlín el año 1904.)

Bombardeaban los Parlamentos con escritos de peticiones e invadían el mercado literario con libros, folletos y llamamientos en pro del derecho general a voto de todas las mujeres. Como esa táctica pacífica resultó sin embargo ineficaz, las feministas adoptaron los métodos combativos de las "sufragistas". Estas propugnadoras belicosas de los derechos de la mujer se hicieron famosas en los primeros años de este siglo hasta el estallido de la primera guerra mundial. (El primer grupo de "sufragistas" surgió en Inglaterra el año 1867. Su principal reivindicación era el derecho a voto general para todas las mujeres. En 1872 se constituyó en Londres un Comité Central que coordinaba todas las actividades en Inglaterra, y en 1897 se unieron todos los grupos militantes en la "Unión de Sociedades" por el sufragio de la mujer.) Sin embargo, es típico que las mismas feministas de los diversos países que hasta entonces siempre habían concedido mucha importancia a que ellas defendían los derechos políticos de todas las mujeres, cuando se trató de impedir la introducción del reaccionario derecho de elección de tercera clase, lo admitieron y aceptaron que se privara a las proletarias de su derecho a voto. (La S. P. D. organizó al final de 1907 y principios de 1908 en Berlín y otras ciudades del imperio alemán manifestaciones contra el derecho de elección de tercera clase. A mediados de enero de 1910 varios cientos de miles de manifestantes exigieron en todas partes de Alemania el derecho al voto general, igual, directo y secreto para todas las personas de más de veinte años. En Prusia, por ejemplo, no se abolió hasta octubre de 1918 el derecho a voto de tercera clase para salvar en el último momento el orden antiguo por medio de pequeñas concesiones.)

Durante la guerra mundial disminuyeron las actividades de las feministas. En algunos países, bajo la presión de tumultos revolucionarios que sacudieron a Europa, y sobre todo como consecuencia de la gran revolución rusa de los trabajadores, la burguesía se vio obligada a transigir en ciertos terrenos. Por eso en Inglaterra, Suecia y Alemania la burguesía concedió a las mujeres su derecho al voto tan anhelado y la posibilidad de participar en los asuntos del Estado. Se revisó el derecho matrimonial y el hereditario, y ciertamente de modo que aseguraran los intereses de la mujer burguesa dentro de su propia familia. En verdad se llegó hasta aquí, pero no se dio ni un paso más adelante. Por medio de esa evolución fueron concedidas por la sociedad burguesa muchas de las reivindicaciones que las feministas habían considerado como esenciales para la solución de los problemas de la mujer y por las cuales había combatido con tanta tenacidad. Esto nos demuestra claramente que el problema no puede solucionarse precisamente con la fórmula sencilla de la igualdad de derechos, sino que toda la cuestión es mucho más complicada y de muchos estratos sociales.

En varios países capitalistas burgueses la mujer tiene ahora los mismos derechos políticos que el hombre. El derecho al trabajo lo ha conseguido por doquier. En casi todas las naciones tienen además las mujeres la posibilidad de estudiar. La relación entre marido y mujer, padres e hijos se ha regulado ahora de tal manera que la mujer ha obtenido en realidad derechos importantes. Sin embargo, el llamado "problema de la mujer", la situación de ésta, todavía sigue sin solucionarse, como antes. El reconocimiento formal de sus derechos en el capitalismo y en la dictadura burguesa en realidad no la libera de una vida como criada de servicio en la propia familia, de la discriminación por medio de prejuicios y costumbres de la sociedad burguesa de la dependencia de su marido, y, esto es decisivo, de la explotación por los capitalistas.

El movimiento femenino burgués se ha metido en un callejón sin salida. Sólo las organizaciones revolucionarias de clase del proletariado indican el camino que deben seguir las mujeres trabajadoras. Sin embargo, al principio, ni las trabajadoras ni la clase trabajadora comprendieron que el objetivo final del movimiento de trabajadores traerá consigo también, al mismo tiempo, la solución del problema de la mujer. Poco a poco, a base de experiencia adquirida a alto precio durante varias décadas llegó a hacerse cargo la clase trabajadora de que dentro del proletariado no existe ninguna contradicción antagónica ni conflictos de intereses. Ya por la mecanización del trabajo se unieron las actividades laborales que todavía persistían como diferentes, de modo que las trabajadoras y los trabajadores tienen hoy los mismos intereses y objetivos. El proletariado es una unidad, es una clase en la que no hay lugar para la guerra entre los sexos y entre cuyos objetivos a largo plazo también se encuentra la liberación de la mujer.

El movimiento femenino burgués se desarrolló bajo el lema: igualdad de derechos. El primer lema que las trabajadoras enarbolaron exigía: derecho al trabajo. En la década 50 del siglo pasado las trabajadoras lucharon por las siguientes reivindicaciones:

1. Por el ingreso en los sindicatos en las mismas condiciones que sus colegas varones.

2. Igual salario por igual trabajo.

3. Protección al trabajo femenino (esta exigencia surgió ya al final del siglo XIX).

4. Amplia protección a la madre.

Ninguna de esas reivindicaciones se encuentra en contradicción con los intereses de clase del proletariado; totalmente al contrario, son típicamente proletarias. La lucha por el derecho al trabajo caracterizó ya las actividades contra las organizaciones gremiales del siglo XVIII, y sin embargo no fue dirigida por trabajadoras exclusivamente, sino por todos los trabajadores sin especializar en común. También es totalmente justo considerar la afiliación de las mujeres en los sindicatos como misión de la clase trabajadora. La exigencia de igual salario por la misma tarea ha sido la base de todas las luchas salariales hasta el momento y determina la política del salario. Sin embargo, debéis fijaros en que una clase, al poco tiempo de que se ha formado, muy pocas veces se da cuenta de cuáles son realmente sus intereses de clase. Por falta de experiencia y perspectivas falsas se cometen con frecuencia errores graves. Por medio de la propia experiencia de lucha se obtiene sin embargo una conciencia firme y recta y una facultad de juicio en la política social. Así le ocurrió también al proletariado cuando por el desarrollo del trabajo femenino en la producción se vio obligado a adoptar una postura ante el problema. La historia del proletariado se encuentra sobrada de tales sucesos que nos muestran que cada vez que las trabajadoras se incorporaban a una nueva rama de la producción tenían grandes dificultades para impulsar a sus propios hermanos de clase a que se comportaran como camaradas. Las dificultades de las trabajadoras eran mucho mayores que las de las mujeres burguesas cuando éstas se abrían camino a los estudios universitarios. En numerosas ramas de la industria (como, por ejemplo, en la construcción de maquinaria,

en tipografía, etc.) en las que trabajaba mano de obra especializada era muy combatida la entrada de las mujeres en la producción por sus colegas varones. Muchos sindicatos tenían estatutos que exigían "la exclusión de mano de obra femenina sin especializar que empeore la posibilidad del salario del trabajador". Poderosos sindicatos obligaban a los empresarios a prescindir de las mujeres. Grupos particulares de trabajadores eran todavía más exagerados y al principio ni siquiera admitían a las mujeres como afiliadas. Sin embargo, tenemos que ver que esas trágicas circunstancias que naturalmente amenazaban a la unidad de la clase trabajadora a pesar de todo tenían un motivo comprensible. La falta de formación profesional impedía a la mujer trabajadora el ingreso en aquellas ramas y a las mujeres burguesas el ejercicio de las profesiones liberales. Hasta los días actuales las mujeres ofrecían su trabajo sin especializar y por lo tanto más barato. Y esa mano de obra encuentra empleo principalmente en el sector del trabajo mecánico. Pero tan pronto como se pidiera conocimientos profesionales, las mujeres no tenían la más mínima oportunidad. Por eso el problema de la especialización es en todo el mundo un fuerte hándicap para las mujeres de la clase trabajadora. Y en eso no se ha cambiado nada hasta ahora.

Los trabajadores que temían la competencia de la mano de obra femenina barata emprendieron el intento de defenderse contra ella por el camino legal, por medio de leyes oportunas sobre el trabajo femenino. Cuando en la década 40 del siglo XIX surgió espontáneamente un movimiento que luchaba en favor de leyes de protección de los trabajadores, éstos alegaron sobre todo en sus argumentos la regulación necesaria del trabajo de la mujer y del niño. La mayor parte apoyaban esas exigencias, pero por motivos que eran todo lo contrario que nobles; es decir, esperaban reducir de esa manera la competencia del trabajo barato de las mujeres y niños. Pero nunca intentaron los trabajadores limitar el trabajo femenino por medio de la exclusión de las mujeres casadas de la producción.

Pero la dinámica de las fuerzas productivas fue más fuerte que la voluntad y el deseo de individuos particulares o incluso de organizaciones completas. Del trabajo de la mujer ya no se podía prescindir en el mundo. Más tarde comprendió también la clase trabajadora que no le quedaba más remedio que conseguir que esa fuerza de trabajo barata dejara de ser una competidora indeseada en el mercado laboral para convertirse en compañera fiel en la lucha contra el capital. En lugar de negar a la mujer, como hasta entonces, la entrada en los sindicatos y de cerrarle la puerta de la producción, comenzaron ahora los trabajadores a procurar la afiliación de las mujeres en su organización. Para esa época, los sindicatos tenían como miembros a millones de mujeres en Europa y Estados Unidos, en Australia y también en parte de Asia. (Únicamente los sindicatos chinos e indios mostraban, como siempre, prevención frente a las trabajadoras. En el Japón éstas se organizaron conjuntamente con los trabajadores.) Mientras los sindicatos habían permanecido cerrados para las mujeres, éstas, naturalmente, se habían visto obligadas a crear sus propias organizaciones. y estos sindicatos femeninos tenían muchas afiliadas especialmente en Inglaterra, aunque también existieron en Francia, Alemania y América. Pero desde que el movimiento obrero adquirió una conciencia revolucionaria de clase se han eliminado también las barreras entre los trabajadores y las trabajadoras, y los sindicatos femeninos se fundieron con el restante movimiento proletario formando una poderosa corriente unitaria.

El proletariado comienza a darse cuenta de que la mujer, como esclava asalariada, es un miembro con los mismos derechos de la clase trabajadora asalariada en conjunto. Si además es futura madre, el proletario está obligado, en interés de las próximas generaciones, a defender los intereses de las mujeres e intenta por eso forzar una legislación que ofrezca a las trabajadoras una protección especial.

Desde que la clase trabajadora se concentró en un partido político y pasó a activar una política de auténtica lucha de clases, desapareció también la necesidad de que las trabajadoras actuaran con programa propio. La exigencia de igualdad de salario para idéntica tarea encontró en todos buena acogida. Incluso los partidos socialistas moderados han incorporado a su programa la protección del trabajo de las mujeres y niños por medio de legislación adecuada. Pero todo el mundo se da cuenta de que, bajo el capitalismo, le está vedada a la mujer la definitiva igualdad de derechos y su liberación. La solución del problema de la mujer sólo es posible en un sistema de producción en el que se reconozca totalmente a la mujer como fuerza de trabajo útil que no trabaja solamente para la prosperidad de la familia, sino para la comunidad social.

La liberación total y definitiva de la mujer sólo es posible en el comunismo. Esta también es la explicación de por qué la parte más consciente del proletariado internacional se ha integrado en las filas de los partidos comunistas. Además, vamos a mencionar otro hecho importante que no podemos pasar por alto de ninguna manera. Queremos decir que, aunque la mayoría del proletariado no se dio cuenta hasta muy tarde de que la lucha por la liberación de la mujer es parte integrante de la propia lucha de clases, la vanguardia de la clase trabajadora, los socialistas, lo comprendió desde el principio. Ya los socialistas utópicos del comienzo del siglo XIX (Saint-Simon, Fourier y sus seguidores) trataron del problema de la mujer. Sin embargo, los utopistas no podían descubrir las razones reales de la opresión de la mujer, es decir, no reconocían, por desgracia, que la servidumbre de la mujer surgió porque había dejado de prestar trabajo productivo para el conjunto de la colectividad. Por eso tampoco veían la solución del problema de la mujer en la incorporación obligatoria de la mujer al trabajo para la sociedad. A sus ojos seguía siendo la mujer esposa o querida, es decir, en ambos casos "amiga" y ayudante del hombre y no una fuerza de trabajo propia, independiente y productiva.

Que los utopistas pusieran en marcha la discusión sobre la igualdad de los derechos de la mujer, aunque en general muy polémicamente, y no se conformaran en sus análisis críticos con el papel de la mujer en la profesión, sino que también examinaran su situación en el matrimonio, fue sin duda su gran mérito. Claude Henri Saint-Simon atacó duramente la "doble moral" de esa criatura de la hipócrita sociedad burguesa. Lo que dijeron los utopistas sobre el tema de la igualdad entre los sexos, sobre el amor y el matrimonio, y su intervención en favor de la "libertad de sentimientos" fue recogido de nuevo por una serie de mujeres pensadoras en el curso del siglo XIX.

Consecuentemente esas mujeres se habían negado a participar en el movimiento femenino burgués porque sustentaban la opinión de que el "problema de la mujer" era un asunto mucho más complicado y de mayor amplitud que el derecho a la formación intelectual o la admisión a las urnas electorales. Al grupo de fascinantes y luchadoras representantes del derecho de la mujer a la libertad de sentimientos perteneció Georges Sand, una escritora francesa y activista de la revolución francesa de 1848, y también la primera periodista norteamericana, Margareth Fuller. Fueron contemporáneas; Margareth Fuller influyó decisivamente en la discusión de este aspecto del problema de la mujer por su atracción personal y no tanto por medio de escritos maduros y bien meditados.

J Robert Owen, evidentemente utopista, pero muy práctico, como fundador del movimiento cooperativo comprendió la importancia de la colaboración de las mujeres. Muchas trabajadoras fueron miembros de su primera cooperativa. ¿Os interesa el tema? Os puedo recomendar lo que se refiere a Robert Owen en Dobroljubov o en el libro escrito en común por Sidney y Beatrice Webb sobre *Los sindicatos*.

El *Manifiesto del Partido Comunista* (primera edición en febrero de 1848), de Karl Marx y Frederick Engels, examina científicamente el problema de la mujer bajo el aspecto de la familia y del matrimonio. El libro de Frederick Engels *El origen de la*

familia, de la propiedad privada y del Estado profundiza y desarrolla los argumentos del *Manifiesto,* mientras Karl Marx en *El Capital*, partiendo de otra interrogante, demuestra que la extensión del trabajo de la mujer y su explotación por el capitalismo son producto del proceso de concentración en el sistema de producción capitalista.

En este conjunto el "problema de la mujer" no era ya sólo un aspecto puramente práctico de la lucha de clases, era también una parte integrante teórica de la lucha proletaria por la liberación.

La Primera Internacional trató también de aquellas cuestiones que tenían relación con el trabajo de la mujer cuando formuló sus reivindicaciones prácticas (en septiembre de 1864, en Londres). Karl Marx condenó enérgicamente la propuesta del ala derecha pequeña burguesía de la Internacional que quería limitar el trabajo femenino en consideración a la familia. Naturalmente el propósito de esa propuesta falsa era reducir la competencia en el mercado del trabajo. Pero la Primera Internacional consideró como inevitable el trabajo femenino, defendió la situación de la mujer como madre y exigió una reforma de las leyes que protegiera la fuerza de trabajo y la salud de la mujer. Como la Primera Internacional tomó posición en favor de la necesidad social del trabajo femenino, pero al mismo tiempo reconocía la importancia de la liberación de la mujer y la función adicional de ésta como madre, adoptó desde el principio en el "problema de la mujer" una postura consecuente y justa. Aquí comprobamos que la clase trabajadora y las feministas se diferencian enormemente entre sí y en el "problema femenino" defienden ideas opuestas. Las feministas luchan exclusivamente por el ideal de la igualdad. Sin embargo, la clase trabajadora es de la opinión de que la liberación de la mujer presenta dos aspectos y que los derechos abstractos cualesquiera que fueran no mejorarían la situación de la mujer, sino, por el contrario, la empeorarían. Semejantes leyes, dicho entre paréntesis, transformarían la vida de todos los trabajadores. Iguales derechos y especialmente la asistencia estatal a la mujer como madre fueron los objetivos a largo plazo de los comunistas, la vanguardia del proletariado en la "cuestión femenina".

En la década 70 del pasado siglo se publicó el libro de August Bebel *La mujer y el socialismo*, que se ha traducido posteriormente a todas las lenguas, incluso al chino y al japonés. Sólo en Alemania ha tenido hasta ahora 50 ediciones y ese éxito habla por sí mismo. Se puede afirmar con toda razón que ese libro se ha convertido en un verdadero evangelio para la mujer trabajadora. Lo que solamente se insinúa en los trabajos de Marx y Engels lo expone Bebel no sólo gráficamente en lenguaje popular y comprensible, sino que desarrolla con amplitud esas tesis apoyándolas con material avasallador de fuentes históricas. Bebel demuestra definitivamente que la tarea histórica de la clase trabajadora está unida indisolublemente a la tarea de la liberación de la mujer. Indica también el camino indicado para esa liberación: ese camino es el triunfo de la clase trabajadora y la puesta en práctica del sistema comunista. Discute todos los aspectos de la "cuestión femenina" y no se acobarda para tomar a broma la hipocresía de la sociedad burguesa en la moral sexual y en el matrimonio. Trata de la prostitución como fenómeno social y demuestra que también este problema se halla en relación directa con la división de la sociedad en clases y con la explotación de la fuerza de trabajo por el capital. Sin embargo, su mayor mérito es haber formulado con tanta exactitud la doble tarea de la clase trabajadora en el proceso que conduce a la liberación de la mujer: unidad en la lucha. Unidad, en lo que afecta a los objetivos a corto y largo plazo, con lo que al mismo tiempo indica categóricamente a aquellas tareas especiales que la clase trabajadora ha de realizar frente a las madres. El movimiento femenino proletario está subordinado a la lucha unitaria del movimiento de los trabajadores. Sus exigencias especiales contribuyen al desarrollo y enraizamiento del movimiento de los trabajadores.

Desde la década 90 del último siglo creció notablemente el número de miembros del movimiento femenino proletario en todos los países. Las trabajadoras se unieron firmemente a la lucha de la clase trabajadora, ingresaron en los sindicatos y en los partidos socialistas y tomaron parte activamente en huelgas, movimientos de masas, manifestaciones y congresos internacionales.

En el tiempo anterior a la primera guerra mundial podía contar el proletariado con un millón aproximado de trabajadores organizados. En los partidos socialistas las mujeres pertenecían con frecuencia, significativamente, a la "izquierda".

Con el arraigo del movimiento de trabajadores y el desarrollo y estabilización simultáneos de las ideas socialistas ingresaron masivamente en el movimiento de los trabajadores las mujeres que ejercían actividad política. Una serie de ellas fueron modelos del movimiento socialista por su práctica y por sus trabajos teóricos.

Seguramente os son conocidos a todas nombres como: Louise Michel (organizadora, agitadora entusiasta y desinteresada en la lucha de clases durante la Comuna de París) o Rosa de Luxemburgo, Clara Zetkin, Henriette Roland-Holst y Angélica Balabanov. Su intervención en la lucha por el comunismo la conocemos todos y sus nombres han entrado ya en la historia con motivo de sus grandiosas actividades para la fundación de la III Internacional. Sus aportaciones han enriquecido y hecho más profundas las teorías marxistas.

La historia reciente de Rusia es pródiga en mujeres valientes que rompieron sin consideración con todas las tradiciones e ideas burguesas y desde la década 70 del pasado siglo han sido activistas en la lucha revolucionaria. La historia de los partidos revolucionarios en Rusia, cuyo comienzo coincide con la formación del proletariado ruso nos habla de muchas mujeres que poseían fortaleza interior, abnegación y decisión revolucionaria. Sólo necesitamos traer a nuestra memoria, por ejemplo, a Bardina, la primera socialista de Rusia que se metía en el pueblo con el firme propósito de sembrar entre la masa privada de derechos durante siglos y tarada por la ignorancia la semilla de la justicia futura, el socialismo. Le siguen las decididas hermanas Subbotina, la perseverante Lesjern y la desprendida Ljubotovtsch. Ni destierros ni cárceles, ni siquiera la muerte podían destruir la inconmovible convicción de estas adalides del socialismo en la liberación del pueblo trabajador.

En la década del 80 del siglo XIX encontramos dignas continuadoras en las temerarias terroristas: entre éstas hallamos a la firme Sofía Perouskaja, cuya personalidad era una síntesis afortunada de "inteligencia masculina" y un carácter femenino muy fuerte, una mujer que puso totalmente al servicio de la revolución su gran corazón y su fervor. Codo a codo con ella surge la imagen de la trabajadora Gessi Helfman, que fue víctima de los verdugos zaristas. Vera Figner, las WoIkestein y Vera Sasulitsch son otros nombres de heroínas y mártires de la revolución y no los únicos. (El grupo "Liberación del trabajo", al que debemos la propagación del marxismo en la Rusia zarista, contaba entre sus fundadoras no sólo a un Georg Plejánov, sino también a una Vera Sasulitsch. Sus trabajos científicos no han perdido hasta hoy su valor en pro de la teoría marxista.)

Con el nacimiento de la III Internacional, el movimiento femenino proletario se convirtió definitivamente en padre de la lucha revolucionaria organizada de la clase trabajadora. Esto se confirmó explícitamente en el Primer Congreso de la III Internacional el año 1919. Cuanto más fuerte sea el movimiento revolucionario de los trabajadores, cuanto más altos ponga los objetivos, más completamente se absorberá en él el movimiento femenino y más fácil le resultará, en el período de la dictadura del proletariado, soltar el nudo gordiano del problema de la mujer ante el que ha fracasado tan lastimosamente la sociedad burguesa. Cuanto más nos acercamos al triunfo de la clase trabajadora y del sistema comunista, más claro se dibuja el futuro de la mujer. Ahora

depende de las mismas mujeres, del grado de su conciencia política y de su actividad revolucionaria si el momento de su liberación definitiva se encuentra en un futuro próximo.

Antes de terminar nuestra charla de hoy, que verdaderamente se ha hecho larga, intentaremos otra vez contestar a la pregunta de si es posible que la mujer vuelva de nuevo al fogón del hogar y al círculo de la familia. Prescindiendo del hecho de que las labores domésticas van desapareciendo y se hacen totalmente superfluas, existe otra razón muy importante por la que semejante evolución se ha hecho imposible hoy en día: el constante desarrollo de la fuerza productiva. Esta aumenta rápidamente la necesidad de fuerza de trabajo adicional. El desarrollo de la técnica conduce además a que todo eventual invento futuro traiga inmediatamente tras de sí una demanda en aumento de fuerzas de trabajo o en otros terrenos, o, a veces, en el sector en que el nuevo invento llega a emplearse.

Las tendencias del desarrollo económico parecen ser que en el futuro próximo no se va a contar con un exceso de fuerzas de trabajo; la humanidad se encuentra muy lejos todavía de una situación de abundancia. Todavía se encuentra en un nivel de desarrollo relativamente bajo y las actividades inventoras en el terreno de la cultura se hacen accesibles, como antes, sólo a una minoría insignificante.

Mientras la necesidad de fuerza de trabajo aumenta, también crecerá la demanda de la mano de obra y energía femeninas. Hoy es ya una necesidad en la economía del pueblo el trabajo de la mujer. Os podéis imaginar qué catástrofe económica se produciría si fuera posible desconectar de la producción por cualquier medio artificial a los 70 millones de trabajadoras de Europa y América. Eso se convertiría en todo el mundo en un caos de la producción y conduciría a la ruina y perdición de todas las ramas. En el siglo XX, el trabajo femenino se ha convertido en una parte integrante firme de la producción y en realidad no hay ninguna razón convincente de que se pueda contar con la desaparición de los factores que han puesto en marcha el crecimiento del trabajo de la mujer. Con el paso a la dictadura del proletariado y a la producción comunista se ha impuesto definitivamente el trabajo femenino en la economía del pueblo. Esto se ha demostrado con toda la claridad que se pudiera desear en el ejemplo de Rusia: “El que no quiera trabajar, que no coma”, indica el lema del comunismo. Por lo tanto, en la república de trabajadores el trabajo es un deber ciudadano. Tal como se presentan hoy las circunstancias, la vuelta de la mujer al círculo estrecho de la familia y a su anterior *status* sin derechos se ha convertido en un imposible.

La situación de la mujer, sus derechos y su importancia social se determinan, por tanto, por su papel económico. Este ha sido el axioma en todas nuestras lecciones hasta hoy. De ahí se puede deducir con seguridad absoluta que están contados los días de su falta de derechos, dependencia y opresión. El comunismo, que soluciona la producción bajo condiciones de trabajo general, solucionará, definitivamente, el problema de la mujer.

9. El trabajo de la mujer durante la guerra

Hoy analizaremos el trabajo de la mujer bajo la dictadura del proletariado. Por razón de las evidentes experiencias de la gran revolución rusa podemos convencernos de que cada paso en dirección al comunismo acerca a la mujer en efecto a la liberación total y completa. Sin embargo, antes de hablar de la situación de la mujer en la república proletaria queremos examinar brevemente el período de la guerra mundial imperialista; por consiguiente, el período que preparó el terreno para la dictadura del proletariado.

La guerra mundial de 1914-1918 fue la más sangrienta de la humanidad hasta la fecha. Todos los grandes Estados de Europa y América tomaron parte en la conflagración.

La sociedad capitalista-burguesa se estremeció en sus cimientos y la producción capitalista perdió totalmente su equilibrio. Millones de trabajadores fueron desplazados de sus puestos laborales y lanzados a los campos de batalla. Sin embargo, en ningún caso podía permitirse una limitación de la producción. Por el contrario, el carácter de la producción se modificó sustancialmente: en lugar de bienes de consumo para la industria producía ahora máquinas de destrucción y muerte. Solamente podía pensarse en un desenlace favorable de la guerra si entre el frente y la retaguardia existía continuamente una conexión orgánica. Entonces la suerte de los propios ejércitos no se decidía únicamente en el campo de batalla por lo menos era tan importante la carrera entre las distintas industrias nacionales de armamento. Y la base para una ampliación de la producción era el potencial suficientemente grande de fuerza de trabajo. Como la industria de guerra era una rama de la producción de la gran industria capitalista daba ocupación también a la fuerza de trabajo sin especializar. Por eso se hallaba a la orden del día que las esposas, hijas, hermanas y madres de los soldados, después de la movilización general, ocuparan en las fábricas los puestos abandonados. Las mujeres, desamparadas por sus "sustentadores", tenían que apresurarse a asegurarse sus propios ingresos por medio de su trabajo. (Al estallar la guerra fueron llamados a filas en el imperio alemán más de cinco millones de hombres. En agosto de 1914 el Reichstag dictó la ley de emergencia por la que se derogaba la protección a las trabajadoras. Ahora las mujeres tenían que ir también a las minas, altos hornos y fábricas de municiones, y con frecuencia a trabajar en los turnos de noche.)

Los empresarios recibieron con los brazos abiertos a esa fuerza de trabajo barata, ya que, por un lado, estas mujeres eran una sustitución excelente de los trabajadores que combatían ahora en las trincheras y porque, por otro lado, sus beneficios aumentaban. En el periodo desde el comienzo de las hostilidades hasta la desmovilización registramos un incremento continuo del trabajo femenino. Y esto es aplicable también a los países neutrales, para cuyos empresarios la primera guerra mundial significó un negocio gigantesco; por eso, naturalmente, forzaron a participar en la producción a todas las fuerzas de trabajo disponibles: hombres y mujeres.

La situación de la mujer en la sociedad cambió notablemente durante la primera guerra mundial. La sociedad burguesa que hasta entonces había insistido en que el lugar apropiado para la mujer era el fogón familiar ensalzaba ahora el "patriotismo" de las mujeres que estaban dispuestas a convertirse en "soldados tras el frente" y a realizar un trabajo en interés de la economía y del Estado. Hubo sabios, políticos y periodistas sagaces que entonaron la misma canción a coro con los miembros de la clase dominante para requerir a las mujeres el "cumplimiento de sus deberes ciudadanos", exhortándoles celosamente a que descuidaran algo sus obligaciones en la "cocina" y "respecto a sus hijos" para poder servir mejor a la patria; pero esto quiere decir que debían vender a bajo precio su fuerza de trabajo a las fábricas de armamento. El número de las mujeres empleadas en la producción creció rapidísimamente y no hubo rama en que no se impusieran. El trabajo femenino se extendió al máximo en la industria metalúrgica, en la de explosivos, confección de uniformes y fábricas de conservas; todas estas ramas trabajaban directamente para el frente. Pero también en las otras ramas entraba la mujer, incluso en las que siempre habían estado cerradas para ella. Podemos recordar cómo aparecían de tranviarias, ferroviarias, conductoras de taxis, conserjes, trabajadoras del puerto, portadoras de equipajes. Muchas mujeres trabajaban en las minas y en la industria de la construcción y ejecutaban también tareas duras que eran perjudiciales para el organismo femenino. El número de mujeres empleadas en comunicaciones, oficinas de teléfonos, estaciones telegráficas y correos creció hasta el infinito. Las mujeres intentaban cumplir sus tareas a plena conciencia con la escrupulosidad de la obrera o empleada de

nuevo cuño, y por todos lados se contemplaban rostros de mujer preocupados. En el período entre 1914 y 1918, el trabajo de las mujeres en las diferentes ramas aumentó entre el 70 y el 400 por 100. En la industria metalúrgica, incluso hasta el 408 por 100. En Francia se duplicó el número de obreras en las mismas ramas. También en Rusia sucedía cada vez con más frecuencia que en muchos grupos profesionales el grupo femenino se convirtiera en mayoría. Incluso en las compañías de ferrocarriles, en las que antes de la guerra únicamente habían sido toleradas como mujeres de limpieza o guardabarreras, el número de mujeres llegó al 35 por 100 del personal. También en Francia tuvieron que trabajar millones de mujeres en la producción. En Inglaterra la cifra de trabajadoras creció en cerca de millón y medio, y en Alemania unos dos millones. En total aumentaría el número de obreras en Europa y América en cerca de 10 millones.

Las razones de este desarrollo son claras: por un lado, escasez de mano de obra, y, por el otro, el menor costo de la fuerza de trabajo. Los precios de los artículos de consumo, elevados artificialmente, y la participación de los "sustentadores de la familia" en la guerra impulsaron a las mujeres al mercado del trabajo. La paga del hombre no llegaba para el sostenimiento de la familia.

No solamente las mujeres que vivían solas (viudas de guerra, esposas de soldados movilizados y las solteras), sino también las mujeres cuyos maridos trabajaban en la patria, buscaban un jornal complementario, pues de otra manera no llegaba el dinero para los gastos del hogar.

Pero en todos los países y en todas las ramas de la industria los salarios de la mujer eran más bajos que los de los hombres.

Por lo general puede decirse que el jornal de la mujer durante los cuatro años de guerra eran la tercera parte o la mitad del de los hombres. La pura necesidad lanzaba a las mujeres a las fábricas, talleres, oficinas y hasta a los transportes públicos. Los empresarios no tenían freno de ninguna clase para explotar sin consideración a las trabajadoras intentando aumentar sus beneficios. El "sagrado deber de la mujer", la maternidad y otras bellas palabras, por ejemplo, que la mujer es más débil que el hombre y por eso no es admisible que trabaje en profesiones masculinas, todo se había olvidado radicalmente. Y acaso de que alguna vez hubiera tenido el empresario aquellas ideas sobre las especiales propiedades del "sexo débil", se liberaba de ellas rápidamente por la codicia de los beneficios. Y en lugar de ellas se presentaba ahora la firme decisión de extraer de las representantes del "sexo débil" el máximo beneficio posible.

Las mujeres estaban peor preparadas que los hombres para defender sus propios intereses, eran menos conscientes y tenían menos experiencia. Mientras en realidad los empresarios llenaban sus bolsillos privados, ellas estaban convencidas de que trabajaban por su "patria". Los empresarios se aprovechaban de esas ilusiones y pagaban a sus trabajadoras únicamente una fracción de lo que les correspondía. Si, por ejemplo, un trabajador recibía un salario semanal de 42 marcos, a la trabajadora se le asignaban sólo ocho marcos. Cuando las mujeres trabajaban a destajo, raramente ganaban más de la tercera parte de sus colegas masculinos. ¿Es que quizá las mujeres se aplicaban menos o actuaban con menos técnica? De ninguna manera. Los empresarios y sus ideólogos incluso explicaban que la productividad no había sufrido en ningún caso porque la mujer hubiera sustituido al trabajador. Una productividad más baja de la mano de obra femenina en ramas aisladas se compensaba por medio de otra más alta en otras. Y esos hechos se pueden comprobar estadísticamente.

En determinados países, por ejemplo, Italia, los empresarios veían con agrado a las mujeres en sus fábricas no sólo porque no tenían suficientes trabajadores varones para la producción, sino también sencillamente porque las mujeres eran presuntamente más dóciles y manejables que los hombres y porque por eso los empresarios las consideraban

como extraordinariamente apropiadas para trabajos que exigían minuciosidad, aplicación y constancia. El rey de los cañones en Alemania, Gustac Krupp von Bohlen y Halbach, declaraba sin sonrojarse que "el trabajo femenino es la melodía del futuro". En muchos lugares organizaban los empresarios talleres en los que únicamente trabajaban mujeres y se elaboraban productos que requerían especial presteza de dedos. En las revistas burguesas para técnicos aparecían innumerables cantos de alabanza a la fuerza de trabajo femenina, y se destacaba siempre que la mujer tenía más interés en aprender que el hombre. Así, por ejemplo, el ingeniero Stern escribía: "La trabajadora es mucho más obediente, modesta y deseosa de aprender que sus colegas varones." La prensa burguesa exigía incluso, durante el tiempo de guerra, un servicio obligatorio de trabajo para las mujeres, una especie de movilización organizada de los "soldados tras el frente" y una formación técnica especial de guerra para las ramas profesionales correspondientes.

Pero no solamente los empresarios entonaban esta canción, sino que desgraciadamente se unían también al coro las líderes femeninas burguesas y las social-patriotas, en especial Lelly Braum, que exigía la implantación en un "servicio auxiliar de guerra" para las mujeres (en la retaguardia). (Desde la primavera de 1917 sirvieron las mujeres del "servicio auxiliar obligatorio" en las zonas de retaguardia del ejército alemán y de hecho la retaguardia comenzaba inmediatamente detrás del frente.)

En los círculos de las organizaciones burguesas de entonces se exponía, por ejemplo: "Es absolutamente necesario, inmediato, como un mando único, llevar a efecto la total movilización masculina y femenina." Las social-patriotas en Alemania y Francia apoyaban sin restricciones los esfuerzos de los capitalistas para utilizar las fuerzas de trabajo femeninas baratas. El social-patriota francés Albert Thomas propuso incluso explotar aún más a que hasta entonces la mano de obra femenina. Y precisamente lo mismo ocurrió en Rusia y en todos los demás países que habían entrado en la sangrienta guerra.

Que las mujeres entraran entonces en la vida económica no era naturalmente ni perjudicial ni reaccionario. Por el contrario, por ese medio mejoraron las condiciones para que la mujer pudiera conseguir su futura liberación. Lo perjudicial fue no el trabajo de la mujer en sí, sino la forma en que fue explotada. Los empresarios se sirvieron no solamente de los jornales femeninos más bajos, sino que maniobraron hábilmente con el trabajo femenino contra el masculino organizado y mejor pagado. Y por medio de esto intentaron aumentar sus beneficios a costa de las mujeres, explotando hasta el límite de lo posible a la mano de obra femenina. Ya se había hecho normal el trabajo nocturno y las horas extraordinarias. Casi todas las leyes de protección del trabajo de la mujer fueron invalidadas para el tiempo de guerra. Sin la menor vergüenza hicieron los empresarios que las mujeres realizaran duros trabajos en condiciones perjudiciales para su salud. Ahora se descubría el verdadero y malvado carácter del capitalismo sin ceremonias y repulsivo. En su insaciable codicia de beneficios, el capitalismo ya no trataba de camuflarse bajo la hoja de parra de intenciones humanitarias. En Inglaterra las horas extraordinarias se hicieron obligatorias para las mujeres, lo que condujo a jornadas laborales de doce a quince horas; y el trabajo nocturno se convirtió también en cosa corriente. La hipócrita indignación de la burguesía por las consecuencias perjudiciales del trabajo nocturno que se suponía "acarreaba la destrucción de las costumbres familiares" se desplomó ahora totalmente. Incluso la insuficiente legislación de protección a las trabajadoras -lograda por la clase trabajadora tras dura lucha- quedó sin vigor.

En su intento de derogar esas leyes se adelantaron insolentemente los empresarios de la Rusia zarista, aun que esas leyes no podían refrenar así como así el enorme apetito de esos señores. El Congreso del Comité de Guerra exigió claramente un aumento en la recluta de la mano de obra femenina y no principalmente por motivo de una falta general

de trabajo, sino porque dicho Comité dio preferencia a la fuerza de trabajo femenina, más barata. Los Gulschkow, Konowalow y Rjabuschinskij llegaron a exigir “mientras durara la guerra” una rápida abolición del control legal existente sobre el trabajo de los niños y de las mujeres. En muchas fábricas de Rusia trabajaron niñas de doce y trece años. Y los empresarios extranjeros en Rusia siguieron el ejemplo de sus colegas rusos. Y sólo hubo una diferencia: nuestro compatriota Tit Titysch (apodo ruso que se aplica al comerciante codicioso) no dio muchas explicaciones y admitió que necesitaba sin más a las trabajadoras como “animal de trabajo” barato y no ciertamente porque existiera falta de trabajo masculino.

En otros países, por el contrario, los magnates de la industria disfrazaron sus cálculos bajo la niebla de frases patrióticas. La mujer, siguiendo las huellas de Juana de Arco, debía salvar a la patria y servir en la retaguardia como soldado. (Juana de Arco, 1412-1431, campesina de Lorena, creyéndose llamada por Dios se puso a la cabeza del movimiento nacional francés contra las tropas coloniales inglesas durante la Guerra de los Cien Años. Liberó con sus fuerzas la ciudad francesa de Orleans y por traición de la nobleza francesa cayó el año 1431 en manos de los ingleses, que la condenaron a la hoguera por bruja.)

No ciertamente armada de artillería, enhiesta en su caballo, sino tras una máquina, mientras el “dueño” se embolsa los beneficios.

El trabajo de la mujer se considera, ahora, como absolutamente indispensable. Novata en el mercado del trabajo, durante la guerra entró en todos los campos de la producción y asentó en ellos su pie con firmeza.

Sin embargo, ¿qué resultó de todo esto en favor de las trabajadoras? ¿Cambió algo su situación social? ¿Vivían mejor ahora? Sabemos que el papel de la mujer se determina por su colaboración en la producción. ¿Se confirma esa teoría por la suerte de la mujer en la primera guerra mundial? Debemos afirmar de una vez para siempre que bajo el predominio del capitalismo no cuenta el «trabajo asalariado», sino sólo se dignifica el del “organizador”; por lo tanto, el del empresario. También comprendemos que a pesar del número creciente de las trabajadoras asalariadas la situación de la mujer en la sociedad burguesa no ha mejorado mucho. Por el contrario, la situación de las trabajadoras fue insoportable durante la guerra. La jornada de trabajo extraordinariamente fatigosa y ya no limitada en su extensión por la ley, condujo por doquier al empeoramiento del estado de salud de las mujeres y a una mortalidad elevada. También esto se puede acreditar por medio de las estadísticas. La sociedad burguesa se inquietó ciertamente por la propagación de la tuberculosis y una serie de enfermedades (por ejemplo, el número de enfermos de disentería después de la movilización de agosto de 1914 aumentó en Prusia respecto al año anterior en diez veces, y el año 1915 hubo sólo en Prusia 2.680 casos registrados de enfermos de cólera y 6.549 de tifus) que eran una consecuencia del agotamiento general, pero sin embargo la burguesía se embriagó con sus beneficios de guerra, apartó de sí esos hechos desagradables y los calificó como el “precio necesario que tenemos que pagar por la guerra”. Las condiciones de vida de las trabajadoras empeoraban de día en día. La alta intensidad del trabajo, la constante excitación del destajo, la interminable jornada laboral y sobre todo la eterna inflación empeoraban el nivel de vida de la clase trabajadora. Pero la forma de vida burguesa que se llevaba hasta entonces cambió muy poco. Como siempre seguía existiendo la economía unifamiliar y la mujer debía realizar los trabajos domésticos. Cuando después de una jornada de trabajo larga y agotadora llegaban por fin a su hogar la trabajadora, la empleada, la telefonista y la tranviaria, tenían que salir inmediatamente para formar colas y adquirir alimentos, combustible y petróleo. En Londres, París, Berlín Moscú y Petersburgo, las colas de espera se derramaron por todo el mundo y esto significaba horas aburridas perdidas sin

objeto. Muchas mujeres se ponían enfermas y sufrían ataques de nervios; aumentaban las neurosis y las enfermedades mentales y la inflación producía una progresiva desnutrición. Había criaturas que nacían sin piel o ciegas y raquíticas y morían sin distinguir la noche del día porque sus madres se encontraban excesivamente depauperadas. Además de estas desgracias físicas acechaba en el fondo como entre nubarrones borrascosos la preocupación constante por la suerte de los familiares que se encontraban en el frente: el esposo, el hijo, el hermano. Sangre y angustia en el frente, miseria y lágrimas en el hogar.

¿Pero qué iniciativas tomaba la burguesía después de colmar de alabanzas a la "mujer patriota" en sus panegíricos de publicidad? ¿Acaso intentaba la sociedad burguesa aliviar la situación de las trabajadoras durante esos duros años de guerra? En definitiva, el trabajo femenino tras el frente había contribuido decisivamente al éxito de la guerra. Si la burguesía se negaba a reconocer los derechos de la mujer, al menos debía haber aplicado su sentido común a proteger a las trabajadoras en su doble tarea. Pero la clase dominante ni siquiera se hacía cargo de estos problemas. Durante todo el tiempo de la guerra la burguesía emprendió poco más que nada para mejorar la vida de las mujeres y para liberar las de sus trabajos en la economía. (La única asistencia a los hijos de los trabajadores era la caridad privada.) "Primero, la guerra; después de la guerra todo se solucionará y se pondrá en orden."

Los gobiernos burgueses reglamentaron, por ejemplo, con la asistencia a los supervivientes de guerra en cierto aspecto las condiciones de vida de las mujeres de los soldados. Por lo tanto, emprendieron excepcionalmente algo en interés de las mujeres. Esposas de soldados, viudas y huérfanos recibían una firme protección del Estado y ciertos derechos, como, por ejemplo, no abonar los alquileres de sus viviendas. Pero esta reglamentación no se dictó en consideración de las mujeres, sino para "elevar la moral de los soldados".

A pesar de las pensiones, la situación de las mujeres de los soldados seguía siendo horriblemente mala. En Rusia recibían un subsidio de sólo unos pfenigs. En abril de 1917, durante el gobierno de transición de Kerenski, cuando el mínimo para la existencia llegaba a varios cientos de rublos, las mujeres de los soldados recibían únicamente 79 rublos.

La mortalidad en aumento de los recién nacidos obligó a los gobiernos de Inglaterra, Francia y Alemania a conceder ciertas ayudas a las madres solteras, pero también esta decisión fue insuficiente y poco de corazón, pues en realidad siguieron viviendo en condiciones mucho peores que antes las mujeres e hijos lactantes cuyos "sustentadores" luchaban en el frente. Por eso era natural que durante todo el período de guerra las mujeres se mostraran muy inquietas. Ya en la primavera de 1915 las trabajadoras de Berlín organizaron una nutrida manifestación ante el Reichstag, donde aplaudieron a Kart Liebknecht y silbaron a Philipp Scheidemann. En la mayor parte de los países hubo protestas contra la guerra y la inflación. En París, el año 1916, asaltaron las mujeres las tiendas y saquearon los depósitos de carbón. Austria vivió un "levantamiento de tres días" cuando las mujeres protestaron por la inflación y la guerra. Después de la declaración de guerra, durante la movilización, las mujeres italianas hicieron barricadas en las líneas de ferrocarriles y se colocaron sobre los raíles para retrasar así, por lo menos horas, la salida de los hombres al infierno y a la muerte.

Las mujeres iniciaron su agitación en Rusia el año 1915, extendiéndose como una fuerte marca desde Petersburgo y Moscú por todo el país. Al mismo tiempo que los codiciosos empresarios entonaban cantos al "patriotismo femenino", llamaban a las mujeres a las fábricas y se frotaban las manos con gozo anticipado ante la perspectiva de sus futuras y rápidas ganancias, tomaban las mujeres parte activa en la lucha huelguística. La guerra sólo produjo a las mujeres nuevas desdichas y ésta es la causa de la "inquietud

femenina”. (Sólo en la Rusia zarista hubo en 1915, 156 huelgas; y el año 1916, 310.) El 23 de febrero de 1917 (8 de marzo del calendario antiguo) se presentó en el escenario de la historia el proletariado femenino, especialmente las trabajadoras textiles, en Petersburgo y articuló (formuló) el creciente descontento de la clase trabajadora. Este levantamiento fue la señal de iniciación de la gran revolución rusa. (El 24 de febrero comenzaron en Petersburgo las luchas en las calles entre los trabajadores y la policía. La guarnición de Petersburgo se unió en masa a los trabajadores en huelga; la monarquía zarista se derrumbó.)

En Berna se reunieron ya el 26 de marzo de 1915[262] las socialistas (y hablo ahora de internacionalismo y no de social-chauvinismo) en una conferencia internacional femenina para formular en común la protesta de las trabajadoras contra la guerra y para establecer las líneas directrices comunes para la lucha de las trabajadoras contra la guerra mundial. Y este fue realmente el primer congreso internacional desde el comienzo de la guerra. Hubo en ese congreso dos tendencias políticas fundamentales. La fracción mayoritaria ciertamente condenaba la guerra, pero sin prescindir del social-chauvinismo. La fracción minoritaria, nuestras bolcheviques rusas, exigían la condena de los traidores a la solidaridad internacional del proletariado y una contestación categórica a la guerra capitalista: la declaración de guerra civil.

Que se convocara este primer congreso internacional de mujeres socialistas no fue casualidad, ya que sólo tenemos que pensar en la situación social insoportable, que se agravaba cada vez más, de las trabajadoras durante la guerra mundial.

Ciertamente aumentó constantemente el trabajo femenino durante la guerra, pero bajo condiciones que al mismo tiempo impedían que mejorara la situación de las trabajadoras; por el contrario, esa situación empeoraba. La guerra únicamente fue un negocio ventajoso para las mujeres de los especuladores, de los dueños de fábricas de armamento y de las capas sociales ricas; en resumen, para aquellos estratos parasitarios de la sociedad, que consumen y no producen, que derrochan la renta nacional; por consiguiente, para el lastre de la economía del pueblo.

La guerra produjo al pueblo trabajador penas y preocupaciones en medida no conocida hasta entonces. Sin embargo, al mismo tiempo, la coyuntura bélica dio origen a una agrupación rápida de ramas de industria y al nacimiento y consolidación de empresas gigantescas en la que la mecanización de la producción estaba muy desarrollada y este proceso facilitaba la afluencia en la producción de fuerzas de trabajo sin especializar. El trabajo femenino se convertía ahora en factor importante de la economía del pueblo; se contaba con él como reserva para la producción y las organizaciones económicas (uniones de empresarios y sindicatos) reconocían la importancia del trabajo de la mujer, el cual recibió un nuevo valor aceptado y ya no se oían por ningún lado los antiguos comentarios sobre las obligaciones de la mujer como «esposa y ama de casa».

Con la desmovilización y el tránsito a la economía de paz se pusieron de manifiesto las tendencias inequívocas de que la mujer debía ser eliminada de la producción y el número de mujeres sin trabajo creció muy rápidamente. La causa que todos los países que habían participado en la guerra sufrieron durante los años 1918 y 1919 una fuerte crisis económica. La desmovilización de los ejércitos y el paso de la producción de armamento a la de la paz condujo necesariamente a todos los fenómenos morbosos que acompañan a un derrumbamiento de la economía. Este colapso se agudizó notablemente por la ruina financiera de las grandes potencias, las recíprocas deudas de guerra, la falta de materias primas y la gran pobreza de la población. La crisis que

---

[262] El lector puede ver los materiales disponibles en castellano, tanto de esta conferencia como de la Internacional de Mujeres Socialistas en la serie “Internacional de Mujeres Socialistas” de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov.

padecieron en los años 1918 y 1919 Inglaterra, Francia y Alemania y los demás países europeos tuvo como consecuencia que la producción de numerosas fábricas no pudiera venderse, conduciendo al cierre de fábricas y al despido de trabajadores y las mujeres perdieron en masa sus puestos laborales. Pero no fue sólo esa fuerte crisis (ese despido general de trabajadores) lo que motivó el creciente número de mujeres sin trabajo, porque de hecho también los empresarios de ramas de la industria que siguieron funcionando con completa normalidad empezaron también a poner en la calle a las mujeres. Si un empresario se encontraba en la alternativa de elegir en el mercado del trabajo entre el hombre que volvía del frente y una mujer se decidía en general por el varón. Esto puede parecer paradójico, porque en definitiva los trabajadores entonces estaban menos dispuestos a cooperar, exigían mayores salarios y por lo general eran mejor pagados. Bajo otras circunstancias sociales los empresarios hubieran preferido naturalmente la mano de obra femenina. Pero hoy no debemos olvidar que la desmovilización se había llevado a efecto en un momento en que la población se encontraba en un estado de ánimo revolucionario. Desde que la clase trabajadora rusa había señalado la dirección en la revolución de octubre, las masas trabajadoras de otros países se hallaban en una postura de inquietud tensa. Los que volvían a casa de la guerra estaban nerviosos y excitados, sabían manejar un fusil y estaban acostumbrados a ver la muerte ante sus ojos. Si los empresarios se hubieran atrevido a no dar colocación a estos seres humanos inquietos y amargados podría surgir un peligro mortal para el sistema burgués. Los empresarios sacaron sus consecuencias de esa situación y comprendieron que era más ventajosa renunciar a aquella parte del beneficio que habían obtenido hasta entonces del trabajo femenino barato. Tenían que defender su predominio contra el peligro rojo en acecho. Por lo tanto, las consideraciones políticas tuvieron entonces preferencia ante los argumentos económicos. En Alemania, Inglaterra, Italia y Francia las mujeres patriotas tan estimadas, las “heroínas del trabajo” de ayer, los “soldados tras el frente” tuvieron que dejar ahora sus puestos de trabajo a los soldados que volvían licenciados.

Con la lenta normalización de la producción totalmente desorganizada, la atenuación de la crisis de la posguerra podemos también observar una reducción de las mujeres sin trabajo. Sin embargo, debemos recalcar que el problema del trabajo de la mujer no se solucionó tan pronto. Por el contrario, por causa de la fase actual de desarrollo actual de la producción capitalista mundial que se caracteriza por el proceso de concentración en la gran industria muy desarrollada técnicamente, sigue existiendo ese problema. Naturalmente no puede hablarse de que la mujer vuelva a encerrarse dentro de las cuatro paredes de su hogar unifamiliar. Cierto que las capacidades de producción se desarrollaron desmesuradamente a consecuencia del armamento (el desarrollo exclusivo de las ramas de la industria productora de materias imprescindibles y bienes de inversión importantes para la guerra tuvo como consecuencia que quedara cada vez más retrasada la industria de bienes de consumo y dejara de hacerse la renovación de las instalaciones en esas ramas de la industria, lo que condujo a un profundo cambio de la estructura de la producción en Alemania, Francia e Inglaterra); sin embargo, en los pasados años de paz se han puesto en marcha de nuevo las ramas de la industria de bienes de consumo. Y por eso asciende también la necesidad de fuerzas de trabajo y, como ya en el pasado, busca el capital la mano de obra más barata. Ahora vemos otra vez que vuelve a extenderse el trabajo femenino en las fábricas; aunque el auge económico en los Estados capitalistas tropieza hoy con ciertas dificultades: en el trabajo asalariado que todavía subsiste, en el hecho de que la mayor parte de la plusvalía conseguida va a parar, como antes, a los bolsillos de los empresarios; la falta de un plan conjunto económico (por ejemplo, un estudio estadístico y una incorporación racional de todas las fuerzas de trabajo existentes) y la incongruencia entre producción y consumo. Todos estos factores ponen límites

insuperables al desenvolvimiento de las fuerzas productivas en el marco del sistema capitalista. Este ha alcanzado sencillamente una fase en la que ya no existe espacio vital para un ilimitado desarrollo de las fuerzas productivas; el capitalismo ha pasado ya del punto culminante de su desarrollo. El desarrollo en crisis de la economía capitalista mundial, por un lado, y el triunfo de la revolución socialista en Rusia han hecho estremecerse los fundamentos del sistema capitalista y lo han puesto en mayor peligro de crisis. Ahora en los países capitalistas las fuerzas productivas sólo pueden desarrollarse espasmódicamente y a intervalos esporádicos. La curva de coyuntura descenderá y ascenderá sin duda cada vez con más frecuencia. Los cambios típicos del capitalismo fluctuando entre alta coyuntura, economía estancada y crisis pondrá en compromiso cada vez más brutalmente al sistema capitalista de producción. No existe la más mínima esperanza de que el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo pueda transcurrir sin crisis, es decir, debemos contar en el futuro con fuertes crisis económicas y con los correspondientes despidos en masa de trabajadores. No queremos hablar del riesgo de guerra porque éste es siempre posible mientras la política imperialista no pertenezca a un capítulo ya concluso de la historia. Pero ¿cómo se presentan ahora las perspectivas para el trabajo femenino en aquellos países en los que la clase trabajadora no ha conseguido dar el golpe de gracia al sistema capitalista y que ahora sufren un desarrollo constantemente sometido a saltos bruscos?

Todo auge coyuntural, bien en empresas aisladas, bien en el conjunto de la economía, tiene como consecuencia un número creciente de mujeres en la producción. El incremento del trabajo femenino se relaciona, por un lado, con los salarios baratos, y, por el otro lado, con la mayor demanda de mano de obra en las ramas industriales en expansión. A toda alta coyuntura sigue inmediatamente un estancamiento de la economía cuyo resultado es una oferta menor de puestos de trabajo y los despidos. Los empresarios intentarán por consideraciones políticas mantener empleados mientras les sea posible a los trabajadores varones, y por eso pondrán en la calle, primero, a las mujeres, porque éstas, según la experiencia, como «puestos vacantes» se enfadan menos. La consecuencia que acabo de describir es por lo general la corriente en el capitalismo. En la situación mundial actual aparecen sin embargo en escena esa dialéctica (por lo tanto, la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista) en una forma particularmente aguda.

Toda nueva crisis produce una sacudida cada vez más violenta en el conjunto de la economía, afecta a círculos cada vez más amplios y a mayor número de estratos de la población. Mientras el capitalismo no sea abolido queda sin resolver el problema del trabajo de la mujer, que es parte integrante de la problemática total que relaciona el trabajo y el capital. Las trabajadoras como elemento constitutivo de la clase obrera no pueden contar con una mejora de su situación en los países capitalistas mientras el capital domine sobre el trabajo y la propiedad privada cierre el camino a una planificación de la producción, consumo y exportación.

Es cierto que, después de la guerra, algunos Estados burgueses se vieron obligados a llevar a cabo una serie de reformas que también tenían alguna relación con la situación de la mujer, pero estos compromisos por los que las sufragistas militantes habían luchado el siglo pasado en Inglaterra con las bombas en la mano y que habían mendigado las líderes burguesas notablemente pacíficas en innumerables peticiones escritas ineficaces, esas transacciones se han arrancado a la burguesía por dos motivos: por el ejemplo tan espantoso para la burguesía de la revolución rusa y por las ideas de democratización de la sociedad cada vez más extendidas entre las masas. Para mitigar este ambiente revolucionario extendido y para demostrar a los trabajadores que es innecesaria una "revolución social", porque también hay otras posibilidades eficaces de llegar al poder,

la burguesía va repartiendo limosnas, como, por ejemplo, el derecho de elección (incluido el voto femenino).

Figuras como David George Lloyd (político liberal inglés, jefe del Gobierno de 1916 a 1922), Hjalmar Karl Brandling (jefe del partido socialdemócrata sueco), Philipp Scheidemann (político socialdemócrata; en 1918, miembro del Consejo de Mandatarios del Pueblo; en 1919, canciller del Reichstag) y Gustav Noske (político socialdemócrata, ministro del imperio en 1920) se preocupaban por el bienestar de los trabajadores y afirmaban que lucharían no ciertamente por conseguir todo el poder del Estado para los trabajadores, pero sí por una parte justa.

En Inglaterra, Alemania, Suecia y Austria las mujeres recibieron, después de la guerra, el derecho a voto, no como premio a su "comportamiento patriótico", sino por consideraciones políticas.

Pero ese derecho formal no cambió en nada, en la realidad, la situación de la mujer en la sociedad burguesa de clases. Aún después de la guerra se encontró la mujer, como antes, con el mismo papel social. Y sigue siendo todavía en todos los países burgueses la criada de la familia y de la sociedad. La reforma de la legislación burguesa en beneficio de la mujer y las iniciativas legales particulares que tenían por objeto la igualdad de los esposos, en resumen, han producido mejoras insignificantes. En el fondo no han cambiado las condiciones, discriminación y molestias antiguas.

Desde luego, en los países burgueses no se ha resuelto "el problema de la mujer"; por el contrario, se agudiza más en el fondo de la situación social.

¿Cómo deben combinar las mujeres su trabajo profesional con su vida en la familia y en el matrimonio? ¿Cómo pueden quitarse de encima el eterno trabajo doméstico que consume una energía innecesaria? Estas energías las podría emplear la mujer en realidad de manera más razonable, por ejemplo, en trabajos científicos o al servicio de una idea.

El problema no resuelto que plantea la mujer: la maternidad, el aborto, la protección de la salud y la educación de los hijos, se basa en el capitalismo; es imposible para las mujeres salir de ese laberinto. La intangibilidad de la propiedad privada, la persistencia del hogar unifamiliar, la subsistencia tenaz de las costumbres y tradiciones individualistas y la falta de experiencia en formas colectivas sociales han convertido la "cuestión femenina" en el capitalismo en nudo complicado e irrompible. Incluso aquellos hombres que miran con simpatía a las mujeres poco pueden contribuir a la solución del problema mientras no se destruya el poder del capitalismo.

Sólo cuando el proletariado se rebele estará en condiciones de romper ese nudo. La experiencia en Rusia durante los primeros años de la revolución nos muestra, y a todo el proletariado mundial y especialmente a las mujeres, cómo se franquea ese callejón sin salida. ¿Qué camino lleva a las mujeres no sólo a una equiparación formal superficial sino a una real liberación con contenido? Cómo podemos conseguir ese objetivo lo veremos en las próximas lecciones.

10. La dictadura del proletariado: organización del trabajo

La guerra mundial ha creado todas las premisas necesarias para la liberación de la mujer. El trabajo femenino es hoy un factor importante en la economía y la mayor parte de las mujeres en edad de trabajar realizan una tarea útil socialmente. A pesar de ello hasta ahora era imposible dentro del sistema capitalista burgués llevar a efecto la liberación de la mujer.

Por eso abandonamos ahora el mundo del capitalismo con sus problemas sociales complicados y examinaremos una forma de Estado que la humanidad no ha conocido

hasta ahora: la dictadura del proletariado. En nuestro país se sublevó la clase trabajadora y tomó el poder en sus propias manos. Por lo tanto, nos ocuparemos ahora de la primera república de trabajadores. En la Rusia revolucionaria el mando se halla en manos de la gente activa. Por primera vez, la clase obrera y campesina ha logrado vencer a la burguesía, aniquilándola, y ésta ha perdido el poder y la autoridad. En los soviets (consejos) la burguesía no tiene derecho a voto porque ya no hay sitio en nuestra república de trabajadores para vagos y ladrones. Se ha abolido la propiedad privada de los medios de producción y ya no existen entre nosotros el comercio privado y la acumulación de capital en manos privadas. Hemos vencido a la explotación del hombre por el hombre.

El partido comunista de Rusia (K. P. R.), como vanguardia de la clase trabajadora, ha proclamado la república de los soviets. La vida ha cambiado radicalmente, el fundamento de la clase burguesa se ha estremecido y en su lugar construimos algo totalmente nuevo.

En los tres primeros años de nuestra revolución hemos creado las premisas para una nueva forma de producción. En lugar del capitalismo, la propiedad privada y la explotación del trabajo asalariado entra en escena el sistema socialista de economía. La gran industria, las minas, los transportes, todo en absoluto es ahora propiedad del pueblo y es administrado por el aparato estatal central. Ciertamente todavía existe el trabajo asalariado, pero la plusvalía creada por los trabajadores ya no va a parar a los bolsillos de cualquier empresario privado, sino que se emplea en satisfacer las necesidades sociales: para el desarrollo de la producción, para la creación de una nueva conciencia social y para la asistencia al ejército rojo que es absolutamente necesario durante el período de la dictadura revolucionaria del proletariado.

En sus propios organismos de administración el mismo proletariado elabora las líneas directrices para la economía, planifica la producción y el comercio y organiza el reparto de los bienes de consumo para satisfacer las necesidades del proletariado. Sin embargo, todas esas iniciativas grandiosas se encuentran todavía en la fase de su iniciación; nada ha recibido todavía su forma definitiva. En todos los terrenos vivimos en un rápido desarrollo. En la práctica revolucionaria se recogen en todos los lados nuevas experiencias y surgen vertiginosamente nuevas ideas. La clase trabajadora pone el fundamento básico para una nueva forma de producción y vence y destruye todos los impedimentos y reliquias de la era de la sociedad burguesa que perjudicaba el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. La principal tarea de esta nueva sociedad es abrir el camino para esa nueva forma de producción.

Naturalmente es un trabajo difícil y lleno de responsabilidad. Ante los ojos de toda la humanidad una colectividad gigantesca emprende un esfuerzo, hasta ahora único en su género, de fuerza y voluntad comunes. Tiemblan los cimientos del capitalismo que se encuentra próximo a su destrucción. El principio sagrado de la propiedad privada ha quedado reducido a polvo. La burguesía pierde la cabeza y huye precipitadamente al extranjero para organizar desde allí el ataque armado contra los esclavos desobedientes y rebeldes. La atmósfera está cargada de belicosidad. Todos los días se producen choques en los frentes. Oímos el grito amargo de los que antes detentaban el poder y el canto valiente de lucha de nuestra joven generación que defiende su futuro.

El mundo está inquieto. El “espectro rojo” anda por ahí y el futuro aparece con luz roja: para unos, como amenaza; para otros, como amanecer largamente esperado.

Es característico del nuevo sistema de producción en Rusia la planificación estatal central de la producción y del consumo. Todas las riquezas de la nación se abarcan estadísticamente y, al mismo tiempo, se inscribe a todo ciudadano ruso en su función como productor y consumidor. Nuestra forma de producción no admite la anarquía económica, no conoce ninguna forma de competencia, ninguna crisis económica y

ninguna falta de trabajo. Desaparece la anterior falta de trabajo y ya en el tercer año de la revolución no quedan fuerzas de trabajo libres y más bien podemos hablar de escasez de mano de obra.

Por medio de la abolición de la propiedad privada y de los medios de producción nos hemos "liberado" de aquella clase parasitaria que no prestaba ningún trabajo útil a la sociedad y únicamente consumía. Por eso actuamos en la república soviética conforme al pensamiento: "el que no quiere trabajar, que no coma". Accionistas que perciben ingresos sin trabajar y desertores que abandonan su puesto laboral son perseguidos de acuerdo con las leyes de nuestra república por la "checa" (comisión extraordinaria para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución). El Estado soviético espera de todo el pueblo un esfuerzo extraordinario para poder satisfacer las necesidades actuales más importantes de nuestra sociedad. La industria, destrozada totalmente por la guerra y la mala organización zarista, tiene que volver a reponerse. Y además tenemos que apoyar al ejército rojo que defiende nuestra revolución.

Como es natural tampoco existe en nuestra nueva sociedad sitio para los parásitos femeninos (por ejemplo, para las queridas bien alimentadas que viven a cuenta de sus maridos o amantes o para las prostitutas profesionales), pues entre nosotros campea el lema: "la que no trabaja, que no coma". Por eso la distribución de los bienes de consumo está regulada estrictamente y en especial, como es lógico, en las ciudades. Sólo quien trabaja recibe una ración. Por medio de esa política económica (nueva economía política) cambia totalmente la relación entre los sexos. (Nueva Economía Política, llamada N. E. P. según las iniciales de las palabras rusas correspondientes.) La mujer ya no seduce como antes a su esposo-sustentador ni tampoco se rinde ya a sus deseos. Se alza sobre sus propios pies, va al trabajo, tiene su propio carnet laboral y su propia cartilla de racionamiento (para los comestibles racionados y otros objetos de consumo). El hombre no puede jugar ya a "amo de casa", a jefe de familia. Ya todo es distinto para él desde que cada mujer posee su propia cartilla de racionamiento, en la que también están incluidos sus hijos.

La mujer ya no dependía de un empresario privado y de un esposo-sustentador. En la Rusia soviética no hay más que un jefe para todos los trabajadores y trabajadoras: la Unión Soviética. La participación de las mujeres en los trabajos de estructuración tiene para todo nuestro pueblo una significación tan importante que nunca sería posible en una sociedad burguesa. El sistema económico capitalista presupone precisamente la existencia de economías unifamiliares privadas fragmentarias y se basa entre otras cosas en la opresión y falta de derechos de la mujer.

El hecho más importante de la revolución es la implantación del "trabajo general obligatorio" para todos los adultos varones y mujeres. Esta ley ha producido un cambio sin ejemplo hasta la fecha en la historia de la vida de la mujer. Ha transformado más fuertemente el papel de la mujer en la sociedad, en el Estado y en la familia que todos los demás decretos desde la revolución de octubre que habían proclamado la equiparación política y ciudadana de la mujer. Como, por ejemplo, el derecho de las mujeres a ser elegidas en los consejos de trabajadores y en las demás representaciones del pueblo o también el nuevo derecho matrimonial de 18 y 19 de diciembre de 1917, que establecía que el matrimonio es una sociedad entre individuos con los mismos derechos. Esta norma legal significa propiamente una igualdad formal ante la ley; sin embargo, en la realidad, la mujer seguía siendo discriminada y oprimida a causa de las tradiciones burguesas que aún subsistían. Nos referimos a formas de conciencia, tradiciones, costumbre y moral. Sólo por la ley del trabajo general obligatorio cambió el papel de la mujer en la economía del pueblo; y ahora se la acepta generalmente como una fuerza de trabajo que participa en el trabajo útil para la colectividad.

De esta evolución podemos deducir la conclusión definitiva de que la equiparación de la mujer en todos los demás terrenos será realidad con el tiempo, ya que sabemos muy bien que el papel de la mujer en la sociedad y la relación entre los sexos depende de su función en la producción. Por eso debemos explicar con toda claridad la importancia revolucionaria que tiene la implantación general del trabajo obligatorio para la liberación de la mujer.

La nueva forma de producción en Rusia supone tres premisas: 1ª Un cálculo exacto y un empleo razonable de todas las fuerzas de trabajo disponibles, incluidas las mujeres. 2ª El paso de la economía unifamiliar y del consumo familiar privado al planeamiento social de la economía y consumo colectivo. 3ª La realización de un plan económico unitario. La guerra larga (primero la imperialista y luego la de liberación revolucionaria) ha minado la economía del campo, ha destrozado los medios de transporte y ha frenado el desarrollo técnico. Ciertamente ha cesado la apropiación privada de las riquezas sociales, pero la república de trabajadores se encuentra ahora ante la formidable tarea de impulsar la reconstrucción de la economía y el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. También los países capitalistas viven en estos momentos un período de inseguridad económica y de desmoronamiento interior. Toda la economía burguesa vacila en una crisis inevitable y global. El proletariado ruso ha asegurado de una vez para siempre que las fuerzas productivas puedan desarrollarse también en el futuro. En los Estados burgueses, los capitalistas y los especuladores financieros intentan con más o menos entusiasmo hacer que otra vez se ponga en marcha la producción. Y después de un corto período de auge la economía capitalista se encuentra de nuevo en crisis, se cierran muchas empresas y la economía se encuentra próxima a la ruina. (Esta tendencia sólo existió transitoriamente en los Estados Unidos y Japón, para los que la guerra había sido un impulso para la acumulación de capitales.) La clase trabajadora ha comprendido hoy que no hay más que una medicina contra el desmoronamiento y la destrucción de la economía: la implantación de una nueva forma de producción, que es la única alternativa que puede evitar el retorno a la barbarie. Y hoy la Unión Soviética está empeñada en desarrollar esa forma de producción. Sin embargo, mientras la clase trabajadora de la Unión Soviética esté empleando todavía una técnica desenvuelta en el capitalismo, no es realmente posible el desarrollo sin fricciones de las fuerzas productivas, ya que por la situación caótica política en los Estados capitalistas no se puede contar con la ayuda económica de gobiernos de trabajadores que surjan en Europa. Por eso nos tenemos que orientar de momento a llevar a cabo nosotros mismos, por medio de una organización de la fuerza de trabajo humana planificada, el necesario desarrollo posterior de las fuerzas productivas.

Por eso la población de la Unión Soviética se encuentra en este momento ante la tarea de elevar la productividad de cada trabajador y cada trabajadora en particular. Hasta ahora no se puede hablar de una reforma radical de las condiciones generales de vida, ya que la mayor parte de la clase trabajadora vive hoy todavía bajo condiciones que son herencia del pasado burgués. Las energías de las trabajadoras se malgastan en parte por la improductiva prestación de servicios para la propia familia y se pierden para la producción de bienes y valores de consumo sociales; y por lo tanto las trabajadoras contribuyen sólo con parte de sus energías al proceso de la producción. Esto trae naturalmente como consecuencia que frecuentemente realicen trabajos sin especializar y además que la calidad de su trabajo deje mucho que desear; sencillamente las mujeres no tienen tiempo para instruirse en su profesión. Es evidente que la calidad de su trabajo en la producción empeora más cuanto más se emplea la fuerza de trabajo de la mujer fuera del proceso de la producción social. La trabajadora y madre, que durante toda la noche vela ante la cuna de su hijo y está obligada a dedicarse a la familia y al hogar durante su

tiempo libre, estará naturalmente menos atenta a su puesto laboral que el hombre, que ha podido dormir durante toda la noche sin molestias y que además no tiene que preocuparse de ninguna clase de obligaciones familiares.

Si queremos mejorar la productividad de la clase trabajadora y especialmente de las trabajadoras, debemos cambiar antes las condiciones de vida. Debemos poner, paso a paso, pero conscientes del objetivo, el fundamento para una forma de vida colectiva, y esto quiere decir que tenemos que construir primero una red muy ramificada de salas-cuna y jardines de la infancia y algún día organizaremos lugares de producción totalmente originales. Sólo después de esto, las autoridades planificadoras de la economía estatal podrán esperar de las mujeres una productividad laboral que corresponda a las normas de rendimiento general. Sólo en ese momento será justo criticar a las trabajadoras por negligencia o trabajo realizado con desgana. Y ese momento no lo alcanzaremos hasta que todas las trabajadoras -y su número asciende a millones- encuentren condiciones de vida "también fuera de sus puestos laborales" que les aseguren que sus fuerzas de trabajo no se malgasten ya en necesidades económicamente privadas o familiares. Se debe poner fin a ese despilfarro de la fuerza de trabajo femenina y parece evidente sin más que eso es necesario. Realmente es de importancia que por fin se limite la inmensa pérdida que experimenta nuestra economía socialista a consecuencia de las actuales consecuencias de vida. Nosotros no podemos aumentar la productividad del trabajo incrementando exclusivamente el número de mano de obra. Tan importante es el cambio de las condiciones de vida bajo las cuales se desenvuelve nuestra clase trabajadora. Por eso debemos sustituir, poco a poco, el hogar familiar por un hogar común más eficaz económicamente. Sólo así podemos cuidar la fuerza de trabajo femenina. (Al principio de la década 20 hubo, por ejemplo, en Moscú las llamadas casas-comuna, con unidades de vivienda individuales y un centro común para comedor, descanso y juegos de los niños. Las últimas casas desaparecieron hacia la mitad de la década 30.)

Hoy depende todavía la productividad del trabajo en la Unión Soviética del número de personas ocupadas y por eso el "Consejo de Trabajo y Defensa" intenta reducir el número de parásitos, ya que estas personas viven a costa de la clase trabajadora, sin contribuir con la prestación de su propio trabajo al bienestar de la sociedad. Desde que en nuestra república de trabajadores quedó abolida la propiedad privada de los medios de producción han mejorado las premisas para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. La plusvalía social creada se emplea hoy para la ampliación de esas fuerzas productivas o para la satisfacción de necesidades imprevistas. La plusvalía social creada repercute por tanto en beneficio de todo el pueblo y ya no se despilfarra en el consumo privado de la clase dominante. En la era burguesa únicamente una parte de la sociedad, la clase trabajadora, producía la plusvalía social. Pero la clase que no producía nada había creado una capa social, que se ocupaba de tareas extraordinariamente improductivas para satisfacer sus necesidades privadas de consumo y sus caprichos: la servidumbre doméstica, los fabricantes de artículos de lujo, los artistas para diversiones de musa ligera, los pseudo-artistas y pseudo-científicos y el número en constante aumento de compañeras de lecho y prostitutas. Los capitalistas malgastaban cada vez más parte de la riqueza social en sus placeres sin escrúpulos.

Pero el contingente improductivo en los países capitalistas-burgueses era extraordinariamente grande, porque muchas mujeres vivían a cuenta de sus maridos. Hasta el comienzo de la primera guerra mundial más de la mitad de las mujeres eran mantenidas por sus esposos o sus padres. Esta falsa situación es una consecuencia de la estructura social del capitalismo e impide el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y al mismo tiempo también la lucha necesaria contra la situación caótica en esos países.

Por el contrario, el sistema económico comunista funciona de manera muy diferente. Por el contrario, el fundamento de la economía socialista es una dirección planificada de todo el proceso económico, pero que no se orienta a las necesidades de una pequeña pandilla, sino a las de todo el pueblo. La producción capitalista de bienes, que sobrevivía históricamente, desaparece y las fuerzas productivas viven en el socialismo una prosperidad prodigiosa. Primero necesitamos una estadística centralizada sobre el número existente de todas las fuerzas de trabajo; sólo después de esto es posible una organización planificada de estas fuerzas de trabajo. Por razón de la libre concurrencia reina la anarquía en el mercado capitalista del trabajo. Por eso puede existir en una empresa falta de trabajo, mientras al mismo tiempo en otra se registra una notoria escasez de mano de obra. A causa del duro trabajo físico enferman los trabajadores en algunas ramas de la industria, mientras en otras el proceso de producción está irracionalmente organizado porque la maquinaria y el bajo nivel del salario garantizan a pesar de ello a los capitalistas un beneficio lo suficientemente alto. Únicamente por medio de una visión de conjunto planificada y de una distribución de las fuerzas de trabajo pueden defenderse los trabajadores y trabajadoras del espectro de la falta de trabajo. Esta desgracia ha desaparecido hoy totalmente en la Unión Soviética, lo que constituye como es natural una gran mejora para toda clase de trabajadores.

Otro paso importante para el aumento de la productividad del trabajo en la Unión Soviética es el paso inmediato a la distribución comunista. El enorme despilfarro de la mano de obra femenina hasta ahora (en definitiva la población femenina en Rusia es mayor que la masculina) es una consecuencia del hogar unifamiliar antieconómico. Este derroche sólo puede frenarse si pasamos al hogar-comuna colectivo. Los jardines de la infancia, casas-cuna, cantinas públicas y centros de tiempo libre organizados por los soviets ahorran a la mujer el trabajo improductivo. Sólo cuando la mujer quede descargada del monótono trabajo doméstico y de los demás deberes familiares puede utilizar toda su fuerza para un trabajo útil socialmente. Únicamente tras una transformación de las condiciones de vida y una reforma fundamental de las costumbres según los principios socialistas puede llevarse a efecto con eficacia el trabajo general obligatorio. Pero si la implantación de ese trabajo general obligatorio no va emparejada al mismo tiempo con un cambio de las condiciones y costumbres de vida, entonces significará para nuestras mujeres una carga adicional de trabajo que a la larga tiene que conducir a un esfuerzo exagerado de tal clase que sea preciso hablar de un verdadero peligro para su salud y su vida. Por eso incluso en los países capitalistas la implantación del trabajo general obligatorio y la carga doble de la mujer unida a él sería un fenómeno reaccionario en extremo. En la república socialista, por el contrario, la implantación del trabajo general obligatorio y paralelamente a ella la creación de nuevas condiciones de vida, por ejemplo, de hogares-comunas, significa establecer un fundamento sólido para la futura liberación de la mujer.

Pero los residuos de las tradiciones burguesas todavía continúan siendo parte integrante tenaz de nuestros usos y costumbres y reciben un apoyo adicional por medio de los hábitos pequeño-burgueses de los campesinos, y esas tradiciones dificultan mucho la vida de las mujeres. Los hombres tienen mucho menos que sufrir bajo esas tradiciones burguesas, porque también dentro de las familias de trabajadores la propia esposa, la madre o la hermana tienen que soportar los efectos de esas tradiciones. Esta doble carga de trabajo tiene naturalmente consecuencias para la mujer. ¿Por qué son precisamente las mujeres quienes tienen que poner en juego su salud? Por eso hay que organizar de otra manera la vida (los días corrientes) de las trabajadoras. Como las mujeres son siempre amas de casa hábiles y experimentadas, han desarrollado hasta ahora más iniciativas y afán emprendedor que lo que se necesita para dirigir por caminos apropiados su vida

diaria. Por lo tanto, no necesitamos más que apoyar sus propias ideas y asegurarles el campo de acción de sus iniciativas. La proletaria está acostumbrada a construir "un hogar de la nada" y a dirigir la casa familiar con medios materiales mínimos. Por eso es también importante despertar el interés de la mujer por la organización colectiva de la vida diaria, porque sólo así es posible un cambio en la organización del día corriente rutinario. Y esa evolución sería extraordinariamente ventajosa para las mujeres y asimismo para toda la población.

Pero no debemos fijarnos exclusivamente en los cambios de las condiciones de vida. Tan importante es para las mujeres el llegar a formarse una conciencia propia. No podemos cejar en nuestra lucha por la participación de las mujeres en todas las organizaciones de la administración local si en realidad queremos alcanzar un cambio en las condiciones de vida de la clase trabajadora.

Pero sin ese cambio radical de las condiciones generales de vida, todo intento de aumentar la productividad del trabajo tendrá el mismo efecto que un golpe sobre el agua. Por eso interesa también a las autoridades superiores de planificación y economía que se emplee en las grandes empresas una parte de la jornada laboral en el cambio de las condiciones generales de vida. Por lo tanto, por ejemplo, en la instalación de una cantina en la empresa o de un jardín de la infancia. Las horas de trabajo que empleen los trabajadores y las trabajadoras en la organización de esas instalaciones comunistas deben computarse como parte de la jornada laboral obligatoria. Sólo entonces podemos conseguir un cambio de las condiciones generales de vida.

Las secciones femeninas, junto con la dirección de la empresa y del sindicato, deben desarrollar modelos que, por un lado, garanticen el empleo lo más productivo posible de la fuerza de trabajo femenina, y, por el otro, protejan a las trabajadoras de una sobrecarga de trabajo. Hacen juego la jornada laboral y el tiempo libre. El planteamiento del día laborable comunista es tan importante como el de la producción, y si aspiramos a un desenvolvimiento completo de las fuerzas productivas hay que realizar ese trabajo preliminar necesario. En el planteamiento y organización de la producción hay que tener en cuenta, por lo tanto, todos los factores que hagan más agradable el día rutinario y pongan fin al desgaste irracional y antieconómico de la fuerza de trabajo femenina.

Vuelvo a repetir otra vez: los cambios en las condiciones generales de vida deben acompañar de la mano a la implantación del trabajo general obligatorio y esto significa una intensificación de las iniciativas que aspiren principalmente a la creación de hogares-comuna colectivos. Si esto da resultado, entonces el sistema económico socialista, que en estos momentos se construye bajo la dictadura del proletariado y que está dirigido a la colaboración de todos los ciudadanos en la producción, conducirá a una transformación que no se ha dado hasta ahora en la historia de la humanidad: la situación de la mujer en la sociedad con equiparación de derechos.

En la Unión Soviética todas las mujeres entre los dieciséis y los cuarenta años (que no se hallen empleadas en la producción o en la administración pública) deben incorporarse al trabajo. Después de tantas turbulencias hay que poner otra vez en marcha la producción. El trabajo obligatorio está vigente no solamente en las ciudades, sino también en el campo. También las campesinas (e igualmente los campesinos) se incorporan al trabajo en períodos que se repiten. Se aprovecha a los campesinos y campesinas como cocheros, ayudantes para el transporte de leña, en la construcción de carreteras, en la instalación de viveros; algunas campesinas cosen uniformes para los soldados del ejército rojo.

Este trabajo obligatorio significa evidentemente para las campesinas una carga adicional porque no han cambiado aún sus condiciones de vida y allí no hay comedores infantiles ni cantinas de taller, lo que quiere decir que las campesinas deben realizar

(como antes) sus tareas domésticas. Sin embargo, el hecho de que la sociedad haya reconocido a las campesinas como fuerza productiva cambiará a la larga su vida y producirá una mejora de su *status* social. El mismo campesino piensa para sí: "Cuando el mismo Estado acepta a mi mujer como fuerza de trabajo independiente quizá tenga algún valor." La infravaloración profundamente tradicional e ilimitada de la mujer en el campo cede ante un nuevo concepto. Verdad es que parece que ha tenido lugar cierto cambio en la relación entre marido y mujer, pero todavía no podemos hablar de una alta estima de la esposa.

En las ciudades está vigente el trabajo general obligatorio para todas las mujeres que no tienen libreta de trabajo, es decir, que no están empleadas en una fábrica o taller ni en el partido. Estas mujeres trabajan en la higiene publica, hospitales o quitando nieve. Otras mujeres reparten la leña racionada o limpian las calles y escalinatas de la ciudad. Ese trabajo general obligatorio se ha mostrado ya como una importante fuerza estimuladora para la liberación social de la mujer. Toda su vida ha cambiado desde la base, por lo que naturalmente ha influido sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. Sin embargo, sería ingenuo que aceptáramos que por medio del trabajo general obligatorio se ha creado ya un fundamento suficiente para una auténtica liberación de la mujer. No podemos olvidar las distintas funciones de la mujer en la sociedad, por un lado, como fuerza productiva de trabajo; por el otro, como madre de las generaciones del mañana. Ningún estado de trabajadores puede pasar por alto esta tarea de la mujer de tan especial importancia. Nuestro partido, a causa de una iniciativa de la sección femenina y en estrecha colaboración con nosotras, ha redactado un reglamento por el que se protege la salud y la fuerza de trabajo de la mujer. En esta reglamentación legal se toman especialmente en consideración las condiciones de vida del actual período de transición (que fue incorporado el año 1918 al primer Código del trabajo de la R. S. F. S. R.). Como todos los ciudadanos de la Unión Soviética deben prestar un trabajo productivo para la sociedad, nuestro interés se dirigió hacia las madres y amas de casa, para las que se encontró una regulación legal especial. Todos los hombres entre los dieciséis y los cincuenta años de edad están sometidos al trabajo general obligatorio, pero para las mujeres el límite superior de edad se rebajó a los cuarenta años. (Todos los varones entre los diecisiete y los cincuenta y cinco años de edad, sin enfermedad física o mental, que no están clasificados como trabajadores, carecen en absoluto de derechos políticos y sociales.) Todos los trabajadores y trabajadoras que pueden demostrar que su salud está en peligro están libres del trabajo general obligatorio, y esta disposición se aplica también a las mujeres que han perdido el 45 por 100 de su capacidad de trabajo. (Los pacientes inscritos como enfermos son visitados mensualmente y reciben el 100 por 100 del salario medio que tuvieron mientras fueron capaces de trabajar. Esta disposición se aplica también a los inválidos del trabajo y a los que sufren enfermedades profesionales.) Y, como es natural, no se aplica a las embarazadas el trabajo obligatorio. El reglamento dispone que toda mujer que llega a ser madre estará exenta de todo trabajo ocho semanas antes del parto y otras ocho semanas después. (Durante ese tiempo las madres reciben el salario completo y si ellas mismas amamantan a su hijo se les concede un subsidio especial para procurarse alimentos durante los nueve meses siguientes al parto.) Además, dispone también el reglamento que una madre que tiene que cuidar a un hijo de menos de ocho años no puede trabajar si ningún otro miembro de la familia atiende en casa a su hijo. (Con el tiempo esta disposición se va dejando de emplear porque cada vez se van instalando mayor número de comedores infantiles y jardines de la infancia.)

También aquellas mujeres que tienen que atender a una familia de más de cinco personas están liberadas del trabajo general obligatorio. En las aclaraciones del "Consejo para el Trabajo y la Defensa" se recalca además que las mujeres por regla general sólo

deben intervenir en trabajos ligeros. Todas las mujeres de la ciudad con hijos de menos de catorce años y del campo con menores de doce están libres de la incorporación al trabajo obligatorio fuera de los lugares de su residencia.

Todas las cuestiones de que hemos hablado hoy no tienen en absoluto nada que ver con los principios abstractos sobre la equiparación de los sexos que plantearon las feministas burguesas. En nuestra república soviética defendemos hoy la concepción siguiente del problema del trabajo de la mujer: equiparación, protección a la madre, derechos especiales.

El trabajo general obligatorio es una parte integrante de importancia de nuestra nueva ordenación social y es además un instrumento para una solución fundamental del "problema de la mujer". Sin embargo, debe apoyarse a esa tendencia por medio de una protección más amplia a la madre, y sólo así podemos garantizar la fuerza de trabajo y la salud de las futuras generaciones. Únicamente cuando la clase trabajadora tome en sus manos el poder de los Estados y las mujeres realicen un trabajo útil socialmente, puede ponerse fin definitivo a la incapacidad de la mujer que persiste durante tantos siglos. El camino para la total liberación de la mujer pasa por la dictadura del proletariado.

11. La dictadura del proletariado: condiciones de trabajo y reglamentación de la protección al trabajo

Durante la última lección sólo hemos podido esbozar a grandes rasgos la nueva forma de producción que surge bajo la dictadura del proletariado. Pero ya hemos hecho resaltar el valor que ha tenido para la liberación de la mujer en nuestra república de trabajadores el trabajo general obligatorio y hoy nos ocuparemos con más minuciosidad del trabajo de la mujer. Además, examinaremos con detalle cómo cambian las condiciones de vida si se sustituye la economía privada unifamiliar por restaurantes públicos, por una educación estatal y por la protección a la madre. Antes de la revolución vivían en Rusia aproximadamente cinco millones de mujeres con actividad profesional. Por lo tanto, por su número, las mujeres trabajadoras constituían una cifra elevada; sin embargo, no eran más que el 8 por 100 de toda la población femenina de Rusia.

Durante la guerra mundial creció rápidamente el número de las mujeres trabajadoras. Ya el año 1914 la proporción del trabajo femenino en la industria ascendió al 32 por 100, y en enero de 1918 al 40 por 100. El 40 por 100 de todos los trabajadores y trabajadoras eran mujeres según el censo profesional del año 1918. Una estadística extraordinariamente incompleta del «Consejo Central de Sindicatos de todas las Rusias» permite suponer que para fin de 1921 se hallaban ocupadas más de dos millones de mujeres en la industria y en las comunicaciones. En seis ramas de la industria y en los sindicatos profesionales correspondientes eran mayoría las mujeres. En las cantinas populares públicas el 74,5 por 100 de las empleadas eran mujeres; en los talleres de confección de vestidos, el 74,2 por 100; en la industria del tabaco, el 73,5 por 100; en el sindicato profesional de artistas, el 71,4 por 100; en higiene pública, el 62,6 por 100, y en la industria textil, el 58,8 por 100. Además, en las casas particulares, las mujeres llegaban al 53,2 del servicio doméstico. Por lo tanto, la mayoría de las mujeres trabajaban en la industria textil, en la higiene pública, en los transportes, en los talleres de confección de ropa, en la administración pública, en las escuelas y en los comités de propaganda.

En seis ramas de la producción trabajan hoy más mujeres que hombres, y en otras diez ramas la proporción de mujeres se halla entre el 25 y el 50 por 100 de todo el personal empleado. Por lo tanto, el trabajo femenino no es ya la excepción, pero sin tener en cuenta esto debemos constatar desgraciadamente que la colaboración activa de las mujeres en la

administración de la economía, en los comités de empresa y en los consejos de economía del pueblo es extraordinariamente pequeña.

La conciencia y las costumbres tradicionales no pueden evidentemente caminar al mismo paso que los enormes cambios en el sector de la producción de los que nosotros mismos somos testigos. El trabajo femenino es en la actualidad una parte integrante firme de la economía del pueblo y sólo por medio de la colaboración de las mujeres puede lograrse un aumento de la producción. No puede haber ya parásitos: ese es el principio sobre el que edificamos todo nuestro sistema económico y entre estos parásitos contamos a las compañeras de cama profesionales sin que en definitiva juegue ningún papel si esa función se desempeña como esposa o como prostituta. A pesar de todo está tan enraizado en las mentes el prejuicio sobre la inferioridad de la mujer que incluso en la Unión Soviética, donde se ha convertido en realidad la igualdad jurídica del hombre y de la mujer, donde las mujeres colaboran en todos los sectores económicos donde luchan activamente en el ejército rojo, ese prejuicio es tan fuerte que frecuentemente juega una mala pasada a la conciencia de la mujer.

Quisiera ahora ilustrar esto con ayuda de algunos datos numéricos:

Proporción de mujeres en el número total de miembros de sindicatos y proporción de mujeres en los comités de empresa

Sindicato	Mujeres % miembros	Mujeres % comités empresa
Trabajadores de la alimentación (cantinas populares públicas)	73,5	30,9
Sastres	69,1	25,7
Tabaco	67,8	36,6
Profesores (instrucción del pueblo)	65,2	37,7
Trabajadores textiles	60,2	9,3
Medicina y sanidad	52,7	20,2
Artistas	39,3	9,2
Química	35,6	8,6
Industria del papel	34.3	10,1
En los consejos (oficinas públicas)	34,3	11,4
Impresores	33,3	9,6
Periodistas	33,5	13,2
En los “kolchoses”	22,5	8,1
Industria de la alimentación	18,3	4,3
Metalurgia	16,6	1,8
Industria de la madera	16,4	5,5
Transporte	14,5	5,0
Industria del cuero	13,8	2,7
Campo y bosques	19,8	6,2
Construcción	11,8	2,9

Por ejemplo, en la industria textil el número absoluto y relativo de las trabajadoras femeninas es muy grande, pero de 194 miembros del órgano director de los trabajadores textiles en 38 distritos de Rusia sólo diez son trabajadoras. En los comités de empresa de las fábricas textiles el concurso de la mujer sigue siendo una excepción.

Y esto se nota particularmente desde la introducción de los inspectores responsables de empresa. (El Consejo Supremo de la Economía del Pueblo publicó el 1 de marzo de 1918 una «orden sobre la administración de las empresas nacionalizadas» por la que la Administración Pública está obligada a constituir para cada empresa una llamada «troika» compuesta por un director administrativo, un director técnico y un

comisario del Gobierno.) Es extraordinariamente raro que una mujer tome parte en una administración principal o central (glavki o centros). En el VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia en marzo de 1919, con motivo de estos hechos, la sección femenina del Comité Central adoptó un acuerdo por el que se pedía que las obreras y campesinas participaran en el trabajo de todos los Consejos de Economía y en todos los sectores de la producción. Esta propuesta tropezó con fuerte oposición de los delegados del partido y no fue aceptada hasta después de que la camarada Samoilow y yo lucháramos en su defensa con paciencia, pero también con extraordinaria energía y tenacidad.

No nos debemos engañar a nosotras mismas, pues en parte es nuestra propia culpa que las mujeres nos encontremos hoy tan escasamente representadas en las administraciones principales y centrales. En los primeros tiempos después de la revolución, las secciones femeninas concentraron principalmente su actividad en convencer a las mujeres para que colaboraran en los consejos locales. Para nosotras eran entonces atractivos sobre todo aquellos campos de actividad de los consejos que creaban las condiciones para la liberación de la mujer y hacían más fácil su vida diaria. Estos campos eran la educación, las cantinas populares públicas, la protección a la madre. Desde el otoño de 1920 el punto central de nuestra agitación ha cambiado. Somos optimistas y tenemos todas las razones para serlo, porque nuestras secciones femeninas propagan una fuerte colaboración de las mujeres en la reconstrucción de la industria y estamos convencidas de que crecerá rápidamente el número de obreras y campesinas que participen en la construcción de la nueva forma de producción. Pero volveremos a los problemas que han surgido en la Unión Soviética a consecuencia del trabajo de la mujer. ¿Cómo son en realidad las condiciones laborales en esta primera república de trabajadores de la historia de la humanidad, en este campo de experiencias en el que comienza a fructificar la semilla de las futuras sociedades comunistas?

Aunque la mujer tuvo que ofrecer desde la Edad Media, codo a codo con el hombre, su mano de obra en el mercado laboral, siempre se le pagó por el mismo trabajó peor que al varón. Por eso es de particular importancia para nosotras tratar de la cuestión del salario femenino. Desde la mitad del siglo XIX no sólo las feministas burguesas defendían la exigencia de “igual salario para la misma labor”, sino también rezaba así una petición del proletariado consciente de su clase, pero que no pudo imponerse nunca en la organización social capitalista.

La razón de este hecho fue la siguiente: la clase trabajadora ciertamente estaba en situación perfecta para imponer y defender esa exigencia en determinadas ramas de la producción, pero al mismo tiempo afluían al mercado sin interrupción nuevas fuerzas de trabajo femeninas desorganizadas sindicalmente y esto conducía naturalmente a un descenso de los salarios laborales relativos para todas las mujeres en todo el país. Esta incongruencia, que en el capitalismo no se puede eliminar, se suprimió en la república soviética inmediatamente después de la revolución. El sexo ya no determina la cuantía del salario. En todas las ramas de la producción, en el transporte, en la agricultura y en el servicio público el acuerdo tarifario se ajusta entre el sindicato correspondiente y el Consejo Central de Sindicatos de toda Rusia. Por lo tanto, la cuantía del salario laboral depende del tipo de tarea realizada, y los criterios de valoración para las distintas categorías de salario son, por ejemplo: formación previa necesaria, momentos de peligro posible, grado especial de dificultad, etc. La oferta y la demanda ya no determina la altura del salario, ni tampoco éste es el resultado de las luchas de sindicatos contra empresarios ni es un billete de lotería ¡con premio, sino que se fija por los mismos trabajadores. Las tarifas aceptadas por el Consejo Central de Sindicatos de todas las Rusias son obligatorias para todas las empresas de la rama correspondiente y, como es natural, en toda la república de trabajadores.

Una encuesta entre los trabajadores de Moscú de varias ramas nos muestra que los ingresos medios de las jóvenes trabajadoras de menos de dieciocho años son semejantes o incluso superan a los de los trabajadores jóvenes menores también de dieciocho años. La siguiente tabla nos muestra el salario medio regulador por el acuerdo tarifario para varias ramas de la producción:

Ramas	Trabajadores	Trabajadoras
Industria Química	6,2	7,1
Tabaco	4,3	5,7
"Kolchos"	6,3	5,0
Higiene pública	2,8	5,1
Industria textil	3,7	4,1
Cantinas populares públicas	3,5	3,2

Si comparamos entre sí esos salarios según tarifa para trabajadores y trabajadoras nos produce la impresión de que las trabajadoras menores de dieciocho años están en situación más ventajosa. Pero de la misma encuesta resulta que el salario medio de "todas" las mujeres es la mitad del salario medio de "todos" los hombres. Esta desigualdad se explica por el hecho de que en nuestra república soviética la proporción de trabajadoras sin especializar es mayor que la de varones no especializados. Mientras la formación de la mujer no se fomente con más vigor, el noble principio de "igual salario por la misma tarea" anunciado solemnemente por nuestra república de trabajadoras no será más que bellas palabras. Después de la revolución de octubre se esforzó el "Consejo Supremo de la Economía del Pueblo" en abonar el salario laboral no sólo en dinero, sino también en especie. Junto a la parte principal del salario en dinero, recibía el trabajador no sólo la obligatoria ración de pan a la que tiene derecho todo ciudadano soviético con libreta de trabajo, sino también asignaciones en especie en forma de leña, petróleo, ropa de trabajo, comidas en la cantina y vivienda. Por esas asignaciones los trabajadores o no tenían que pagar nada o bien abonaban un precio fijado por el soviet local.

Después de que el "Consejo para el Trabajo y la Defensa" ha emprendido de nuevo un cambio de dirección en la ordenación económica pasaremos a un nuevo sistema de salario. Sin embargo, quisiera que atendierais hoy ante todo a la remuneración en especie tal como se practicó en nuestro país durante los primeros años después de la revolución. La economía natural ha sido una iniciativa importante para unir orgánicamente al sector de la producción con el del consumo para tender un puente sobre la profunda sima que abrió el sistema capitalista entre ambos sectores. Por medio de un mayor desenvolvimiento de la economía, el comercio naturalmente se haría innecesario, y esta creación del capitalismo estaría entonces condenada a su desaparición. Sin embargo, por desgracia, no podemos continuar ese atrevido experimento, históricamente importante. Nuestra gran pobreza, la crisis de nuestra industria y nuestro total aislamiento del mercado mundial hace que nos sea imposible en este momento reorganizar el fundamento de toda nuestra economía popular. Tanto el pago en especie como también la creación de cantinas son formas de remuneración que en principio son también posibles en una economía capitalista. Estas formas de remuneración pueden conducir, aunque temporalmente, a una productividad más alta del trabajo, pero consideradas en sí mismas no llevan a crear una nueva forma de producción.

¿Son satisfactorias para las mujeres, en este momento, las categorías de salarios vigentes? No; naturalmente, no. El abastecimiento de la población en la Rusia soviética actual deja mucho que desear. Sigue ocurriendo que las asignaciones en especie llegan

incompletas o con retraso. Por otro lado, no hay escasez en géneros textiles y con frecuencia la leña y el petróleo llegan antes al consumidor particular que a las empresas. Pero ahora como antes las trabajadoras tienen que seguir comprando artículos en el mercado negro y los precios en continua subida ponen a las obreras en situación difícil y las grandiosas conquistas de la revolución quedan cubiertas de sombras a los ojos de las proletarias por los problemas que existen en la actualidad. Pero, por otro lado, esas conquistas no se ponen en duda por la clase trabajadora; si hoy propusiera alguno hacer retroceder la rueda de la historia para colocarnos otra vez en la era del capitalismo, con seguridad total muy pocos trabajadores estarían dispuestos a dar ese paso saliendo del reino del futuro para regresar al del pasado burgués.

Para que tengáis una idea amplia de la situación de la mujer bajo la dictadura del proletariado examinaremos ahora qué aspecto presentan las normas generales sobre protección al trabajo en la legislación laboral de la Rusia soviética. Para los trabajadores y trabajadoras la conquista más importante de la revolución es, naturalmente, la jornada de ocho horas. Caso de que el estado de desenvolvimiento de las fuerzas productivas no permita la organización a tres turnos de la empresa, la semana de cuarenta y ocho horas no puede ser superada por el tiempo de trabajo medio para todos los operarios adultos. En empresas especialmente perjudiciales para la salud (por ejemplo, en la industria del tabaco y en algunas fábricas de la rama química) la jornada diaria se rebaja a seis o siete horas. Hay una prohibición general de trabajo nocturno para las mujeres, y para los varones se limita a siete horas. El trabajo de oficina para empleados e intelectuales se reduce a seis horas. El descanso de mediodía debe ser al menos de media hora hasta dos horas. Todo trabajador tiene derecho a un descanso semanal que debe durar cuarenta y dos horas sin interrupción. Las vacaciones anuales alcanzan a cuatro semanas o a dos semanas dentro de cada semestre. Está prohibido emplear a menores de dieciséis años y los comprendidos entre dieciséis y dieciocho años deben trabajar todo lo más durante seis horas al día.

Desgraciadamente estas prescripciones no se observan en todos los sitios. En los años apurados de la guerra hubo necesidad de contravenir con frecuencia estos preceptos. Muchas veces se tenían que realizar trabajos urgentes inmediatamente detrás del frente. Las vacaciones de los hombres se redujeron de cuatro a dos semanas y el número de horas extraordinarias y el trabajo nocturno crecían constantemente e incluso se autorizó el trabajo durante cuatro horas diarias de niños de catorce a dieciséis años. El Comisariado del Pueblo para el Trabajo dictó en octubre de 1919 una disposición especial que permitió transitoriamente el trabajo nocturno de las mujeres en determinadas ramas de la industria, en contra (?) después de una anterior impugnación del sindicato local y la comisión local de protección al trabajo. Para las mujeres embarazadas y para las lactantes sigue prohibido, como antes, el trabajo nocturno

Las leyes laborales soviéticas protegen a las mujeres. Se les prohíben las horas extraordinarias, el trabajo nocturno y el trabajo femenino en “Untertagebetrieb” (?). Pero a causa de la gran falta de mano de obra y de la necesidad de incorporar al proceso de producción todas las fuerzas de trabajo disponibles no se cumplen, en la anarquía general, estos preceptos. Por disposiciones especiales las mujeres no pueden dedicarse a aquellas tareas que “sobrepasan sus fuerzas” y está prohibida con carácter general la intervención del trabajo femenino en las ramas de producción perjudiciales para la salud. Por ejemplo, una de las disposiciones citadas prohíbe que intervengan las mujeres en funciones laborales en que haya que elevar objetos que pesen más de 10 libras (una libra es igual a 409,5 gramos). Pero todos estos preceptos de protección al trabajo son muy ignorados por nuestros hombres y mujeres. Al principio nuestros representantes de los obreros y campesinos suponían que estos preceptos se cumplirían con exactitud; pero el estado

caótico de nuestra economía, de momento, y en parte también la falta de mano de obra, lo han hecho imposible. Mientras en los Estados capitalistas existe una constante falta de trabajo, nuestra república de trabajadoras padece permanentemente la carencia de mano de obra. Una adecuada protección del trabajo (que en efecto funcione) en nuestras fábricas y talleres presupone la instalación de dispositivos higiénicos adecuados y sólo entonces pueden cumplirse realmente los preceptos sanitarios. Por ejemplo, para montar instalaciones de ventilación, calefacción central y alcantarillado se necesita la mano de obra indicada, material apropiado y conocimientos técnicos, pero de todo esto carecemos en nuestra pobre república de trabajadores. Es un problema extraordinariamente difícil incrementar la intensidad de trabajo en condiciones sanitarias e higiénicas insoportables y protegen, al menos por ahora, la salud y la vida de nuestro proletariado. Por lo tanto, nuestra república de trabajadores no puede exhibir en el sector de la protección general al trabajo ninguna realización digna de aplauso, pero sin embargo puede estar satisfecha, con razón, de nuestra legislación social en el terreno de la protección a la madre y de la atención a los lactantes.

En este sector no sólo hemos superado con mucho a los países más progresivos hasta ahora, sino que incluso hemos sobrepasado las más radicales exigencias de los socialistas. A la ley de protección a la madre le sirve de base una resolución detallada y articulada programáticamente que fue adoptada en el Congreso de Trabajadoras de toda Rusia en noviembre del año 1919. El pensamiento fundamental de esta ley es el siguiente: sólo la mujer con actividad profesional tiene derecho a la protección estatal a la madre; por lo tanto, aquellas mujeres que no viven de la explotación de la fuerza de trabajo ajena. El Estado garantiza a todas las mujeres que realizan trabajo físico dieciséis semanas de permiso por embarazo (ocho semanas antes del parto y ocho después). Las mujeres que realizan trabajo de oficina o intelectual tienen doce semanas de permiso. La cuantía del salario estatal durante el permiso equivale al sueldo medio percibido hasta entonces (incluyendo primas eventuales y horas extraordinarias pagadas). Naturalmente, las mujeres de los trabajadores reciben también una ayuda estatal que se calcula en razón del ingreso medio local. El Comisariado del Pueblo para el Trabajo dictó además en noviembre de 1920 una disposición en la que se equipara al grupo de trabajadoras de la industria a las empleadas que realizan un trabajo especialmente fatigoso. Telefonistas, mecanógrafas, médicos, enfermeras, etcétera, tienen igualmente derecho a dieciséis semanas de permiso por embarazo. Otra disposición de noviembre de 1920 garantiza a las mujeres embarazadas y a las madres, durante el tiempo de su permiso, la ración de alimentos y combustible que recibían hasta entonces. (Mientras parte del salario laboral se pagó en especie existía el peligro para las embarazadas y las madres lactantes de que durante ese permiso no recibieran de su empresa ninguna asignación en especie.) Las madres lactantes perciben, además, durante los nueve meses siguientes al parto, otra ayuda financiera. Este dinero de la lactancia equivale a la mitad del sueldo mensual menor establecido por la tarifa para el lugar de su residencia. Adicionalmente, cada madre tiene derecho a una ración de artículos de equipo infantil y a 15 arschins de tela (un arschin es igual a 28 pulgadas, o sea, 71,12 centímetros). A pesar de su gran penuria la república de trabajadores cuida de la madre y de los niños pequeños. La sección de protección a la madre y al lactante (en el Comisariado del Pueblo para la Salud) ha comenzado a repartir en los últimos tiempos a las madres ropas infantiles. Por la ley de protección al trabajo no puede obligarse a la madre lactante a trabajar en un lugar que diste más de dos verstas de su residencia (una versta es igual a 1.066,8 metros).

Hemos implantado una ración unitaria para todos los seres humanos activos profesionalmente. Esto significa que secciones armadas de trabajadores requisan en el campo todas las existencias de alimentos accesibles y que esos se reparten por medio de

un sistema de cartillas de racionamiento entre la gente activa laboralmente. (Las embarazadas y las madres lactantes recibían una cartilla adicional durante la segunda mitad de su embarazo y durante todo el período de la lactancia. Recibían una ración suplementaria de mantequilla, azúcar, harina y sémola, y al mismo tiempo jabón y petróleo. Además, tenían derecho a billete gratuito en tranvías y ferrocarriles, pases especiales, facilidades de información, entradas de cine y periódicos gratis, etc.)

Las atenciones de la protección a la madre costaron el año 1920 a nuestra república de trabajadores más de 34.000 millones de rublos. La camarada Lebedjew ha indicado con razón que semejante distribución de los medios estatales sólo es posible bajo la dictadura del proletariado, ya que la clase trabajadora está, como es natural, seriamente interesada en el bienestar de las generaciones venideras, sencillamente porque éstas han de construir la futura sociedad comunista.

La protección y defensa de la maternidad es, en el sector social, la conquista más grande de nuestra revolución. Esta iniciativa facilita no sólo la incorporación de las mujeres a la colectividad, sino también la misión natural de la mujer en la sociedad, la de la maternidad.

Y aquí termino mi información sobre las leyes generales que rigen la protección del trabajo de las mujeres en nuestra actual república de trabajadores. Pero la resumiremos: por la implantación del trabajo general obligatorio, el trabajo femenino ha asegurado su valor de empleo incluso a largo plazo. Y ese trabajo femenino juega hoy un papel importante en la industria. De seis millones de trabajadores, dos son mujeres; constituyen por lo tanto un tercio de todos los que intervienen en la industria, en los transportes, en las comunidades agrícolas y "kolchos" y en el servicio público (puestos de servicio de los soviets locales). El Gobierno soviético ha aceptado de hecho el principio "igual salario para la misma tarea", pero desgraciadamente la falta de conocimientos profesionales de las trabajadoras ha originado la consecuencia de que la mayor parte de las mujeres de nuestra república de trabajadores realicen trabajos sin especializar y mal pagados, al menos en los primeros años después de la revolución. Los partidos comunistas de los Estados capitalistas y en especial sus organizaciones juveniles deben aprovechar como es natural esta experiencia y deben estudiar con atención el problema de la especialización profesional de los trabajadores jóvenes, varones y mujeres, porque una formación profesional especializada beneficia en el período de la dictadura del proletariado no sólo a las mismas trabajadoras, sino también a la economía popular socialista. En la Rusia soviética la protección legal al trabajo no es satisfactoria, pero consecuentemente defendemos la protección del trabajo femenino y de la maternidad. El intento de abonar el salario por medio de asignaciones en especie fue revolucionario y desde luego tuvimos que suspender transitoriamente ese experimento. Sin embargo, las experiencias de los primeros años después de la revolución nos han convencido de que esa iniciativa social puede convertirse perfectamente en realidad en condiciones económicas y políticas distintas. Y con esto terminamos nuestra lección de hoy.

12. La dictadura del proletariado: el cambio revolucionario de la vida corriente

En las últimas lecciones nos hemos familiarizado con las condiciones objetivas de vida de que parte el nuevo sistema de economía que ha construido el proletariado en Rusia desde que se hizo cargo del poder. El trabajo general obligatorio es una parte muy importante de esta nueva forma de producción y también hemos indicado cómo ha cambiado radicalmente la situación de la mujer a consecuencia de este trabajo general obligatorio. Hoy vamos a examinar si este sistema económico nuevo ha cambiado, y cómo

lo ha hecho, la vida corriente de las personas, sus costumbres, su conciencia y sus expectaciones. Además, examinaremos también los modos de ver las cosas que radican en el fondo de este nuevo sistema de economía que debe ser el fundamento de la sociedad comunista. Toda persona que piense con lógica debe admitir que la vida ha cambiado mucho día tras día. Durante los últimos cuatro años, por ejemplo, hemos acabado completamente en nuestra república de trabajadores con la causa de la falta de derechos de la mujer que duraba durante siglos. Nuestro Gobierno soviético moviliza a las mujeres para la producción y la vida rutinaria de las mujeres se configura según principios totalmente nuevos. Nacen por todas partes normas de comportamiento colectivo, tradiciones, conceptos, ideas que hoy se orientan hacia la futura sociedad comunista.

Una de las premisas necesarias para la economía comunista es el cambio en la organización del consumo. La reorganización del sector del consumo debe hacerse conforme a los principios comunistas y no puede limitarse, de ninguna manera, únicamente al cálculo lo más exacto posible de la demanda futura o a la distribución justa de los bienes existentes. Desde el otoño de 1918 hemos convertido en realidad en todas las ciudades el principio de las cantinas populares públicas, y el hogar unifamiliar es sustituido por las cantinas públicas y las comidas gratuitas para niños y muchachos. Nuestra penuria y la escasez de artículos ha impedido un mayor desarrollo de las cantinas populares públicas y la puesta en práctica de esta iniciativa para toda la sociedad. Pero en principio realizamos ya ese sistema de abastecimiento colectivo e instalamos los necesarios puentes de distribución. Pero desgraciadamente nos faltan los alimentos para un abastecimiento planificado central.

Los Estados imperialistas han bloqueado con eficacia y disimulo a nuestro pobre país e impiden que otros pueblos nos suministren productos que podrían distribuirse de forma centralizada a la población mientras sigamos sufriendo de falta general de artículos. A pesar de todo hemos conseguido que las cantinas populares públicas se conviertan en parte integrante firme de la rutina de la población de las ciudades y que esta situación sea aceptada generalmente, aunque el abastecimiento sea insuficiente y la comida mala. Pero no sólo escasean los alimentos, sino que los existentes se emplean mal con bastante frecuencia. Sin embargo, en 1919 y 1920, casi el 91 por 100 de la población en Petrogrado y el 60 por 100 en Moscú se abastecieron por medio de nuestras cantinas populares públicas. El año 1920 se alimentaron en esas cantinas 12 millones de personas de las ciudades, incluidos los niños. Es evidente que sólo esta transformación ha influido ya en la "rutina" de la mujer, ya que el servicio de la cocina le había encadenado aún más fuertemente que la maternidad. Ahora la cocina no es ya una de las columnas sobre las que se asienta la existencia de la familia. En el período de transición el hogar unifamiliar juega todavía, como es natural, un importante papel que no se modificará mucho mientras el comunismo sea un objetivo lejano, subsistan aún las normas de conducta burguesas y la economía del pueblo no se organice de nueva planta. Pero el fogón familiar ha perdido ya en el período de transición su sitio de honor. Tan pronto como desterremos nuestra pobreza y nuestra hambre y detengamos la decadencia general de las fuerzas productivas, mejoraremos notablemente la calidad de las cantinas populares públicas, y la cocina familiar bajará de categoría hasta utilizarse sólo ocasionalmente en momentos de emergencia, ya que la misma trabajadora comprende hoy que utilizando las comidas preparadas puede ahorrar gran cantidad de tiempo. ¿Pero por qué aún hoy la trabajadora echa pestes contra las cantinas populares? Porque las comidas que hoy les dan no son lo suficientemente nutritivas y apenas llenan. Por eso las obreras se ven obligadas, como antes, a preparar en sus cocinas una comida complementaria, aunque evidentemente no tengan ninguna gana de hacerlo. Si la calidad en las cantinas populares fuera mejor, muy pocas mujeres seguirían cocinando en su casa. En la sociedad burguesa la mujer se

esforzaba solícitamente en tener de buen humor a su marido-sustentador por medio de su arte culinario, pues el hombre era el abastecedor de la familia. Pero en un estado de trabajadores la mujer es un ser humano independiente y un miembro de pleno derecho en la sociedad. Yo sencillamente no me puedo imaginar que entre nosotras existan muchas mujeres que por entretenerse quisieran estar ante el fogón del hogar sólo para hacer feliz a su marido. Precisamente debemos educar a los hombres de forma que estimen la fuerza de atracción y la personalidad de su mujer y no su habilidad en la cocina. En el fondo de la historia de la mujer la "separación de la cocina y el matrimonio" es de hecho una reforma muy importante; para la mujer no menos trascendente que la "separación de la Iglesia y el Estado". Sin embargo, esa separación de la cocina y el matrimonio no se ha convertido todavía en realidad en muchos lugares, aunque en nuestra república de trabajadores se comenzó ya en los primeros meses después de la revolución a instalar las cantinas populares públicas. Estas cantinas, en contraste con el hogar unifamiliar, son una institución razonable y ventajosa porque ahorramos fuerzas de trabajo, energías y alimentos. Estas experiencias prácticas son muy importantes para nosotros, porque las líneas directrices para nuestra futura política económica deben trazarse sobre la base de nuestras experiencias hasta la fecha. Además, el empeoramiento de la situación económica ha determinado un desarrollo ulterior de las cantinas populares públicas. También las condiciones de vida y la conciencia de nuestras mujeres resulta influida, naturalmente, por las nuevas condiciones de la vivienda. En ningún otro país existen tantas formas de vivienda colectiva como en nuestra república de trabajadores. Comunas de viviendas colectivas, hogares de familias y especialmente también las viviendas para mujeres que viven solas se han extendido mucho entre nosotros. Asimismo, debéis tener en cuenta que muchas personas se esfuerzan por conseguir una plaza en esas comunas-vivienda y ciertamente no lo hacen por cualquier principio devoto o por convicción, por ejemplo, como los partidarios de Fourier que en la primera mitad del siglo XIX organizaron por todas partes «falansterios» artificiales y por lo tanto incómodos.

No, las personas que buscan plaza en las comunas-vivienda es porque allí se vive mejor y con más comodidad que en un piso particular. Las comunas-vivienda están abastecidas suficientemente de combustibles y electricidad, en la mayor parte de ellas existe una cocina común y un depósito de agua caliente. Los necesarios trabajos de limpieza los realizan mujeres pagadas y también hay una lavandería central, un comedor infantil o un jardín de la infancia. Cuanto más se nota la crisis de la economía del pueblo más escasean la leña y el petróleo, y ya nadie conserva en buen estado las conducciones de agua y más personas buscan afanosamente una plaza en una casa-comuna. Las listas de aspirantes a esas casa-comuna se hacen cada vez más largas y sus habitantes son envidiados por los que viven en pisos particulares.

Naturalmente, la casa-comuna no ha sustituido todavía al piso alquilado, y la mayoría de los habitantes de una ciudad deben vivir, como antes, en hogares particulares y en una familia aislada. Sin embargo, el gran paso consiste en que "estamos preparados para superar las normas sociales de la vida familiar tradicional". Ahora bien, puede en efecto ocurrir todavía que muchos hombres y mujeres que viven solos, y también familias, se esfuercen por conseguir plaza en una casa-comuna solamente a causa de la difícil situación económica en que se encuentran. A pesar de todo, es extraordinariamente interesante para nosotros que nuestras casas-comuna (que surgen en efecto en circunstancias desfavorables) sean preferidas en muchos aspectos a los pisos particulares alquilados por numerosos habitantes de la ciudad. Es evidente que las formas colectivas de vivienda, tan pronto como el auge económico haga posible inversiones mayores en el sector de la vivienda, pondrán definitivamente fuera de competencia al hogar familiar antieconómico, en el que se han derrochado las fuerzas de trabajo de nuestras mujeres.

Cada vez se van convenciendo más mujeres de las ventajas que ofrece la vida en las comunidades de vivienda precisamente para aquellas mujeres que sufren bajo la doble carga de su profesión y de su familia. Justamente para las mujeres activas profesionalmente la vida en una comunidad significa un enorme alivio: la cocina común, la lavandería central, el suministro asegurado de combustible, agua caliente y electricidad y las mujeres de limpieza, le ahorran innumerables trabajos. Toda mujer dedicada a alguna actividad laboral debe por tanto desear especialmente que se creen pronto muchas más casas-comuna para poner fin para siempre a las tareas domésticas improductivas y derrochadoras de fuerzas en todos los aspectos.

Como es natural, todavía quedan mujeres que se aferran rabiosamente a los tiempos pasados; en ese tipo de "mujer casada" toda la vida gira exclusivamente alrededor del fogón familiar. Esta "querida" legítima (con frecuencia también esposas de trabajadores) incluso en el interior de una comunidad de vivienda colectiva encuentra medios para malgastar su vida al servicio del propio puchero. Si la forma de producción comunista se impone cada vez más en nuestra sociedad, esta criatura explotada será superada históricamente algún día. Las experiencias de los últimos años de revolución nos han demostrado que las casas-comuna colectivas no sólo por motivos técnicos de administración dan contestación adecuada al problema de la vivienda, sino que también esa forma de vivir alivia la rutina de las mujeres activas. Incluso en esta momentánea fase de transición, a las mujeres que habitan en comunidades de vivienda les queda más tiempo para su familia y su profesión. El hogar unifamiliar desaparecerá por eso con la acelerada creación de casas-comuna con viviendas individuales que naturalmente se diferenciarán acomodándose a las necesidades y gustos de cada uno. Pero al mismo tiempo caerá también una de las columnas de la actual familia burguesa. Si la familia deja de ser una unidad económica de la sociedad capitalista, no puede seguir existiendo en su forma actual. Sin embargo, estoy segura de que esta explicación no producirá ningún temor exagerado entre los partidarios de la familia burguesa y de la economía unifamiliar egoístamente aislada. En el período actual de transición del capitalismo al comunismo, por consiguiente, en la fase de la dictadura del proletariado, ruge sin interrupción una lucha muy rabiosa entre las formas colectivas de vida y consumo y las formas tradicionales de vida de la economía unifamiliar. Desgraciadamente aún queda mucho que hacer en este terreno.

Sólo interviniendo con decisión aquella parte de la población que debe estar interesada al máximo en una transformación consecuente de las formas burguesas de la familia -por lo tanto, nuestras mujeres activas profesionalmente- puede acelerarse la evolución en este sentido.

Todavía es muy escaso en nuestra república el material estadístico sobre la vivienda; sin embargo, las informaciones de Moscú accesibles a nosotras llegan a mostrar el papel significativo de las casas-comuna, al menos en las grandes ciudades. Según estos datos, en 1920 existían en Moscú un total de 23.000 casas. En cerca del 40 por 100 de ellas, es decir, en más de 9.000 había o comunidades colectivas de vivienda o casas-comuna con unidades de vivienda individuales. Por lo tanto, hemos encontrado ya en nuestra república de trabajadores los medios y procedimientos para liberar a las mujeres, despacio, pero con seguridad, de sus tareas domésticas improductivas.

Sin embargo, esto es únicamente otro de los aspectos de la problemática general, pues en definitiva también es la mujer la responsable de la educación de sus hijos y de su asistencia. Esa tarea fatigosa encadena especialmente a la mujer a su hogar y a su familia. Pero el Gobierno soviético con su política protege no solamente la función social de la maternidad, sino que alivia a la madre al traspasar la responsabilidad social por los niños a toda la sociedad. No hemos podido evitar una serie de fallos en la búsqueda de nuevas

formas de vida proletarias y por ello debemos cambiar y mejorar mucho las disposiciones generales. A pesar de ello nos hemos enfrentado con los siguientes problemas y los hemos resuelto: la cuestión de la protección a la madre y de la protección del trabajo de las madres. En ese terreno vivimos una revolución amplia y profunda de las tradiciones y formas de pensar que han reinado hasta ahora, porque, por un lado, se ha abolido entre nosotros la propiedad privada de los medios de producción, y, por el otro lado, porque desarrollamos nuestra política familiar con las perspectivas de nuestra proyectada política de industrialización. En todo caso hemos solucionado el problema más importante de la sociedad capitalista.

Así, por ejemplo, hemos solucionado en nuestra república soviética la cuestión de la protección a la madre en total acuerdo con las tareas económicas de más importancia. Para poner de nuevo en marcha la producción y para desarrollar las fuerzas productivas de nuestro país debemos liberar a todas las fuerzas de trabajo potenciales de su hasta ahora improductiva tarea y utilizar estas reservas de fuerzas de trabajo todavía existentes para la reconstrucción de la economía del pueblo. Pero por eso precisamente debemos prestar atención a que las futuras generaciones garanticen la existencia de nuestra república de trabajadores. Nuestro Gobierno desarrolló en todo caso, en estos momentos, iniciativas totalmente nuevas. Si se juzgan como correctas estas iniciativas, se debe comprender que el problema de la liberación de la mujer y el de la maternidad se soluciona por sí solo entre nosotros. El deber de asistencia a la generación futura ya no es ahora misión de la familia, sino del Estado y de la sociedad, y los cuidados especiales a las madres nacen no solamente por consideración a esas mujeres, sino también porque el Estado de trabajadores tiene que resolver en este período de transición importantes problemas económicos: “Debemos liberar a la mujer del trabajo improductivo al servicio de la familia para que en definitiva pueda trabajar de una manera racional” (también en interés de su familia). La salud de las mujeres debe protegerse especialmente porque sólo así puede garantizarse un desarrollo positivo del crecimiento de la población en nuestra república de trabajadores. En la sociedad burguesa el antagonismo de clases, la atomización de la sociedad en hogares unifamiliares y, también naturalmente, la forma de producción capitalista, impiden la discusión del problema de la protección a la madre. Por el contrario, en nuestra república de trabajadores, en la que el hogar unifamiliar se encuentra subordinado a la economía popular colectiva, y donde las clases sociales han desaparecido, la solución expuesta anteriormente de la cuestión de la protección a la mujer se resuelve por sí sola por medio de la dinámica social. La situación momentánea de necesidad dicta sin más esa solución; y, además, entre nosotros se trata a la mujer como una parte potencial o actual de la clase trabajadora. Entre nosotros la maternidad no es ya un asunto privado y de derecho familiar, sino una función social y adicional importante de la mujer. La camarada Wera P. Lebedjewa (durante muchos años directora de la Institución Maternal del Estado) explicó: “La protección a la maternidad y el cuidado de los niños pequeños es ‘un factor’ dentro de nuestra política para la incorporación de la mujer en el proceso del trabajo.”

Si queremos hacer posible a las mujeres que colaboren en la producción, la colectividad debe liberarlas de toda la carga de la maternidad, porque, de otra manera, la sociedad explota la función natural de las mujeres. El trabajo y la maternidad se pueden combinar entre sí cuando la educación de los niños no sea ya una tarea privada de la familia, sino una misión social del Estado de trabajadores. Nuestro Gobierno soviético se ha atribuido la orientación y educación de los recién nacidos y de los niños. Es responsable de esta tarea la sección para la protección de madre y lactantes que se halla bajo la dirección de la camarada Wera P. Lebedjewa y la Sección para Pedagogía Social en el Comisariado del Pueblo para Educación. La madre debe ser liberada principalmente

de todas las cargas de la maternidad y debe disfrutar totalmente al estar junto a su hijo. De hecho, no hemos conseguido totalmente ese objetivo. En la construcción de estas nuevas formas de vida proletaria que deben liberar a las mujeres profesionalmente de sus obligaciones activas de sus obligaciones familiares nos encontramos una y otra vez con el mismo obstáculo: la penuria económica. Sin embargo, hemos realizado ya los trabajos preliminares muy importantes y hemos desarrollado los métodos correctos para la solución del problema de la maternidad. Ahora tenemos que decidirnos a continuar por el camino emprendido.

En la última lección expuse las medidas socio-políticas adoptadas en favor de la madre. Pero en nuestra república de trabajadores no nos damos por satisfechos con asegurar financiera y materialmente la maternidad, sino que pretendemos cambiar de tal manera las condiciones de existencia y las formas de vida de las mujeres que éstas traigan al mundo a sus hijos en las condiciones más favorables y que además los niños reciban todos los cuidados y atenciones necesarios para garantizar su salud y desarrollo.

Por eso nuestro Estado de obreros y campesinos intenta desde la revolución establecer una tupida red de instituciones sociales para la mujer y los recién nacidos en todo el país. Como yo era comisario de Pueblo para Asistencia Social (de 17 de octubre de 1917 a marzo de 1918) elaboré la primera reglamentación sobre la protección a la mujer.

Entonces se creó en el Comisariado del Pueblo para la Salud Pública una sección de protección a la madre y al lactante, así como un «palacio de protección a la mujer» (hogar modelo en exposición continuada). Desde entonces el sistema de protección a la madre ha ido ampliándose, naturalmente, y se ha establecido firmemente bajo la decidida dirección de la valiente camarada Wera P. Lebedjewa. En la Rusia zarista no había en total más que seis consultorios para mujeres embarazadas y para lactantes. Por el contrario, hoy existen más de 200 para aquéllas y 138 para éstos.

La función de la mujer no tiene que consistir necesariamente en lavar ella misma a toda costa los pañales de su hijo, en bañarle y en sentarse junto a su cuna. Por eso nuestra principal tarea es aliviar a la mujer profesionalmente activa en las tareas improductivas de cuidar a su hijo, pues en definitiva la función social de la mujer consiste en traer al mundo niños sanos y que puedan vivir. Esta es también la razón por la que nuestra ordenación social proletaria garantiza las mejores condiciones posibles para el embarazo, porque la mujer, por un lado, debe observar las necesarias prescripciones higiénicas. La mujer tiene que comprender que durante los meses del embarazo no es dueña de ninguna manera de sí misma, pues está, por decirlo así, al servicio de la sociedad y «produce» con su cuerpo un nuevo miembro para la república de trabajadores. Además, otra tarea de la mujer (que resulta de la función de la maternidad) es alimentar a su hijo con su propio pecho. Sólo cuando lo haga ha cumplido su deber social para con el niño. Es decir, que los demás cuidados de la generación venidera pueden estar, luego, a cargo de la colectividad. Naturalmente el fuerte instinto maternal de la mujer no puede ser represado, pero ¿por qué tienen que limitarse los cuidados y el cariño de la madre a su propio hijo? ¿No es más humano que la mujer emplee su valioso instinto de una forma razonable atendiendo a todos los niños que necesitan protección? Porque no solamente su propio hijo necesita amor y ternura. Por eso en nuestra república de trabajadores se hace propaganda entre las mujeres del siguiente lema: “No eres madre exclusivamente para tus propios hijos, sino para los de todos los obreros y campesinos.” Tras esta solución se halla el propósito de conservar constantemente despiertos los sentimientos maternales de nuestras mujeres que ejercitan actividades profesionales, pues no podemos permitir que una madre (quizá incluso comunista) niegue su leche materna a un niño extraño. A un niño que a causa de su desnutrición se encuentra débil no puede negarle ayuda porque no

sea su propio hijo. Por sus sentimientos y pensamientos comunistas el ser humano futuro se extrañará de un comportamiento tan egoísta y antisocial casi como hoy movemos nosotros la cabeza ante relatos que nos cuentan de mujeres de tribus primitivas que, por un lado, aman tiernamente a sus hijos, y, por el otro, se comen con apetito a los niños que pertenecen a una tribu extraña.

Y aún otra locura: ¿podemos consentir quizá a una madre que niegue el pecho a su propio hijo sólo porque su deber materno le es muy molesto? Hoy en la república se da el hecho triste de que va en aumento el número de niños abandonados por sus padres. Tal fenómeno nos obliga a solucionar correctamente, entre otros, el problema de la maternidad, lo que todavía no hemos conseguido hacer satisfactoriamente. En el difícil momento actual de transición, cientos de miles de mujeres sufren bajo una doble carga: bajo el trabajo asalariado y bajo la maternidad. Hay muy pocas salas-cuna, jardines de la infancia y hogares maternales, y la ayuda en dinero a la madre tampoco se acompasa con la carestía de los artículos en el mercado negro. Todo esto origina que la trabajadora se acobarde ante la carga de la maternidad. Por un lado, esta situación obliga a las mujeres a "entregar" su hijo al Estado, pero, por otro lado, el número de los niños expósitos nos muestra también que la mujer no ha comprendido que la maternidad es ya un deber social y no un asunto privado. Vosotras vais a colaborar con mujeres. Por eso debéis pensar detenidamente sobre este problema para poder explicar con detalle a las trabajadoras de la industria, campesinas y trabajadoras del campo los deberes especiales que tiene una madre en nuestra república de trabajadores. Pero al mismo tiempo debemos mejorar nosotros la protección legal a la mujer y el sistema escolar. Cuantas menos complicaciones surjan para nuestras mujeres de la combinación de la vida profesional con la maternidad menor será el número de niños abandonados por sus padres.

Ya hemos hablado de que la función de la maternidad no consiste en que los hijos estén siempre en la proximidad inmediata de la madre y de que tampoco debe considerarse a la madre como la única responsable del bienestar físico y de la educación intelectual de su hijo. Pero, por otro lado, es deber de toda madre hacer que el niño crezca en un ambiente que en efecto sea favorable para su desarrollo.

Pues fijaos en la sociedad burguesa. ¿En qué clase encontramos a los niños más despiertos y con mejor salud? Naturalmente, en las capas pudientes. En vano los buscaréis en los estratos pobres. ¿Y por qué es así? Sobre eso no hay discusión. Precisamente las mujeres burguesas abandonan con gusto la atención del niño a personas auxiliares pagadas: niñeras, nodrizas y educadoras. Sólo entre la gente pobre la misma madre tiene que soportar exclusivamente toda la carga de la maternidad. La mayor parte de las veces abandona sus hijos a sí mismos y se educan en la calle y al azar. En los países capitalistas, los hijos de los trabajadores y los de las demás capas sociales pobres de la población mueren como moscas a pesar de los cuidados de las madres. Y no se puede hablar de una educación en el sentido fundamental de la palabra. Por eso en la sociedad capitalista intenta naturalmente toda madre descargar en la sociedad al menos una parte de su deber de atender a su propio hijo. Lo envía a los jardines de la infancia, a la escuela o a los hogares de vacaciones, pues toda madre sensata comprende, como es lógico, que la educación social puede ofrecer a su hijo algo que no se puede sustituir sólo con el amor materno. Quien está en situación económica de pagarlo en la sociedad burguesa, concede la máxima importancia a que su hijo sea orientado por institutrices, maestras del jardín de la infancia, médicos y profesores, todos ellos especializados en su profesión. Los cuidados físicos y la educación intelectual del niño los llevan a efecto las fuerzas pagadas mejor que la madre. A ésta le queda la misión biológica de la que nadie le puede privar, es decir, traer hijos a este mundo.

Como es natural en nuestra república de trabajadores nadie arrebata violentamente los hijos a las madres, como lo afirma muy complacidamente la propaganda burguesa, cuando describe con rabiosos colores el horror del «Gobierno soviético». Pero nos esforzamos por crear instituciones estatales que ofrezcan a todas las madres, no sólo a las pudientes, la posibilidad de que sus hijos crezcan en un ambiente normal y saludable. Mientras las mujeres burguesas abandonan la asistencia a sus hijos a auxiliares asalariados, el objetivo del Gobierno soviético es que todas las obreras y campesinas puedan acudir a su trabajo con tranquilidad porque saben que su hijo se halla bien atendido en la sala de lactantes, en el jardín de la infancia o en el hogar de día. Estas instituciones sociales que están abiertas a todos los menores de dieciséis años son las premisas necesarias para la creación de un nuevo ser humano. En esos sitios se encuentran los niños, día tras día, bajo la vigilancia técnica de pedagogos y médicos y, claro está, también bajo el control de su misma madre, pues éstas también deben colaborar normalmente. Ya en la primera infancia quedan tan influenciados estos niños por el ambiente de los hogares de lactantes y de los jardines de la infancia que se desarrollan en ellos aquellas propiedades que son precisamente las necesarias para el desenvolvimiento del comunismo. Los niños que van creciendo en esas instituciones de nuestra república de trabajadores podrán vivir después mucho mejor en una colectividad laboral que los que se han criado en la esfera cerrada de la pequeña familia egoísta.

Si no, mirad vosotras mismas a esos niños pequeños que han vivido ya, en los primeros años después de la revolución, en nuestros hogares para lactantes y niños. Han recibido la educación cariñosa e individual de su propia clase, han desarrollado formas de comportamiento común y actúan "en colectivo". El ejemplo siguiente es típico de la vida de nuestros hogares infantiles: una chica recién admitida se niega a tomar parte en las actividades del grupo; los demás miembros se reúnen alrededor de la «nueva» e intentan convencerle; los ánimos se excitan extraordinariamente; ¿pero en efecto es imposible para ti colaborar en la limpieza del hogar cuando "nuestro" grupo lo hace? ¿No puedes unirte al paseo que "nuestro" grupo proyecta? ¿Debes hacer tanto ruido cuando «nuestro» grupo está descansando? Un arrapiezo de cuatro años explica con entusiasmo a la chica las principales reglas que rigen la vida de los niños del grupo. En este hogar infantil los mismos niños defienden las cosas propias del hogar.

Todavía volveremos a hablar otra vez del papel de la madre. Nuestra república de trabajadores instala hogares maternales en todos los puntos donde se necesitan, porque sólo así podemos proteger a las madres de las futuras generaciones. En 1921 existían 135 hogares maternales que no solamente ofrecen un lugar de refugio a las madres solteras en el período más difícil de su vida; estos hogares hacen también posible a las mujeres casadas liberarse temporalmente de su propio hogar, de la familia y de otras preocupaciones y menudencias durante los últimos meses de embarazo y los primeros del parto. Durante esas semanas críticas después del parto la madre puede dedicarse exclusivamente al cuidado de su hijo y también a descansar. Después, la constante presencia de la madre ya no es tan necesaria. Durante las primeras semanas después del parto existe sin embargo una unión psíquica muy estrecha entre madre e hijo y por eso es perjudicial que durante ese período ambos se separen.

Camaradas, vosotras mismas conocéis con cuánto interés buscan las trabajadoras solteras, y también las casadas, estos hogares maternales, porque allí se les atiende y pueden descansar. Por eso no existe ninguna razón para que las mujeres critiquen esos hogares. Desgraciadamente nuestra penuria material nos hace imposible por ahora instalar más hogares maternales y cubrir toda nuestra república de trabajadores con esas "estaciones de salvación" para las mujeres activas profesionalmente. Desafortunadamente en el campo no existen en absoluto hogares maternales y la ayuda a

la campesina está muy poco desarrollada. En el campo sólo hemos podido organizar "jardines de la infancia de verano" y estas instalaciones alivian a las campesinas para que puedan colaborar en la cosecha sin que sus hijos queden desatendidos. El año 1921 existían 689 jardines de la infancia de verano para 32.180 niños.

En las ciudades están a disposición de las trabajadoras bien jardines de la infancia de la empresa o instalaciones análogas en las barriadas. Y está fuera de toda discusión que esos jardines de la infancia significan un notable alivio para las mujeres activas. Por eso nos preocupa mucho que no dispongamos del número suficiente; de hecho, de momento, no podemos satisfacer más que el 10 por 100 de las necesidades. A una red efectiva de esas instalaciones sociales que descargan a la mujer de los cuidados a los niños, fatigosos, corresponden más jardines de la infancia, guarderías para lactantes y escuelas de juego para los niños de tres a siete años; y para los escolares necesitamos más clubs, casas comunes y colonias infantiles; en esas instituciones los niños reciben también comidas gratuitas. La camarada Vera Weletschkina fue una pionera extraordinariamente enérgica en este campo y murió en su puesto revolucionario. Con su intervención valiente nos ha ayudado mucho durante la guerra civil y ha salvado a muchos niños de una muerte lamentable por hambre. Estos hijos de las trabajadoras reciben también gratuitamente una ración complementaria de leche y a los más pobres se les suministra asimismo ropa y calzado. Como antes, estas instituciones sociales están aún muy poco extendidas y hasta ahora sólo estamos en disposición de atender a una pequeña parte de la población total. Sin embargo, nadie nos puede reprochar que hayamos emprendido un camino equivocado, pues es justo que aliviemos a los padres en los deberes de educación. Nuestro principal problema es que no nos encontramos en situación de convertir en realidad todos los planes del Gobierno soviético. Pero la dirección de la política en la cuestión de la maternidad es totalmente correcta y sólo la falta de recursos retrasa la solución del problema. Hasta ahora no se trata más que de un modesto intento y a pesar de ello hemos conseguido ya resultados prometedores que revolucionan la vida familiar y cambian fundamentalmente las relaciones entre el hombre y la mujer.

Es tarea de la república soviética cuidar de que la fuerza de trabajo de la mujer no se desaproveche a causa de las tareas domésticas improductivas o de la atención a los hijos, sino que intervenga razonablemente en la producción de nuevas riquezas sociales. Además, la sociedad debe proteger los intereses y la salud de la mujer y de los niños pequeños porque sólo así podrá compaginar la mujer la vida profesional con la maternidad. Por eso se esfuerza nuestro Gobierno soviético en crear condiciones de vida para las mujeres tales que una mujer con un marido difícil no tenga que seguir viviendo con él, sencillamente porque no sabe dónde meterse con sus hijos. No queremos confiar a los filántropos que vayan en ayuda de esas mujeres (con su humillante beneficencia) cuando se hallen en necesidad. No, los propios compañeros de clase en la construcción del socialismo, los obreros y los campesinos se esfuerzan por aliviar a la mujer la carga de la maternidad. Las mujeres que realizan duros trabajos junto a su marido en la reconstrucción de nuestra economía exigen por eso con perfecto derecho de nuestra república de trabajadores que toda la colectividad se haga cargo de la responsabilidad cuando llega el momento en que las mujeres ofrecen un nuevo miembro a la sociedad. En el período actual de transición, la mujer se encuentra realmente en situación muy difícil, ya que sólo existen en la Rusia soviética 524 instalaciones de protección a la maternidad. Claro es que estas instalaciones no bastan en absoluto, pues se ha destruido el antiguo fundamento de la familia y el nuevo todavía se encuentra en fase de creación. Por eso el partido y el Gobierno soviético se deben ocupar especialmente y en extensión mucho más amplia que hasta ahora del problema de la maternidad. Una solución concreta de este problema beneficiará a nuestras mujeres, a nuestra producción y a toda la economía del

pueblo. Al final de esta lección, todavía unas palabras sobre otra cuestión que se relaciona estrechamente con el problema de la maternidad. Me refiero ahora a la postura del Gobierno soviético frente al aborto. En nuestra república de trabajadores tenemos una disposición de 18 de noviembre de 1920 que legaliza la interrupción del embarazo. Es claro que hoy padecemos en Rusia más de falta que de exceso de mano de obra. Nuestro país no está densamente poblado, sino débilmente; y en estas circunstancias nos esforzamos por aprovechar todas las fuerzas de trabajo. ¿Y por qué podemos legalizar el aborto en esa situación? Porque el proletariado no soporta ninguna política de gazmoñería e hipocresía. Mientras no se hayan asegurado las condiciones de vida de las mujeres los abortos seguirán practicándose. Aquí no hablamos de las mujeres de las clases burguesas, que por lo general tienen otros motivos muy distintos para el aborto, como, por ejemplo, el deseo de prevenir una partición de la "herencia" o de llevar una vida placentera sin molestias evitando los sacrificios de la maternidad, conservar la figura o incluso el temor a perder durante unos meses la "temporada de diversiones", etc.

Hoy se practica el aborto en todos los países y ninguna ley lo puede impedir con eficacia. Para la mujer siempre hay algún medio, pero esa "ayuda secreta" destruye la salud de nuestras mujeres y las convierte, al menos temporalmente, en una carga para el Estado de trabajadores y disminuye la reserva de fuerza de trabajo. Un aborto practicado por un cirujano en condiciones normales no supone en absoluto ningún peligro para la salud de la mujer y, además, luego, puede volver más rápidamente a la producción. El Gobierno soviético ha visto bien claro que los abortos no cesarán hasta que en Rusia no se cree una red ampliamente ramificada de instalaciones de protección a la madre y otras instituciones sociales. Pero también está convencido de que la maternidad "es un deber social". Ante estas perspectivas hemos legalizado el aborto en clínicas a las que no se les pueda objetar nada en el aspecto higiénico. Pero, por otro lado, es el mismo tiempo nuestra misión fortalecer el instinto maternal natural de la mujer por medio de instalaciones que protejan la maternidad y poniendo de acuerdo esa función de la maternidad con el trabajo femenino para la colectividad. Sólo así podemos conseguir que los abortos dejen de producirse. Hemos encontrado la respuesta a esta cuestión -que para las mujeres de todos los Estados burgueses está sin resolver-. En este período terrible de la posguerra luchan rabiosamente las mujeres de los países capitalistas contra su doble explotación: el trabajo asalariado al servicio del capital y la maternidad. Por el contrario, en nuestro Estado de trabajadores hemos abolido las costumbres de vida tradicionales que habían convertido a la mujer en una esclava. Sólo la colaboración de las mujeres en el Partido Comunista ruso ha hecho posible la creación de una vida nueva totalmente. Pero las cuestiones tan decisivas para la vida de las mujeres sólo se resolverán definitivamente cuando la mujer se integre completamente en nuestra economía popular. Por el contrario, en la sociedad capitalista no hay salida para ese dilema, pues el trabajo en el hogar cerrado unifamiliar complementa el sistema de economía capitalista.

La liberación de la mujer puede convertirse en realidad sólo después de una revolución radical de las normas tradicionales de comportamiento. Pero este proceso presupone un cambio profundo de la forma de producción; por consiguiente, la implantación de una economía comunista. Nosotras mismas somos testigos, hoy día, de este amplio proceso revolucionario de las normas de conducta. Por eso, también en nuestra rutina, la liberación de la mujer es parte integrante natural de nuestra vida.

13. La dictadura del proletariado: la revolución de las costumbres de vida

Hablamos durante la última lección de la revolución en las costumbres de vida bajo la dictadura del proletariado. Naturalmente, este proceso no se limita sólo a la

instalación de cantinas populares públicas y casas de maternidad, a la introducción de la protección legal a la madre y al sistema estatal de educación. Las transformaciones sociales hasta el momento son más amplias y sustancialmente más radicales y abarcan casi todas las manifestaciones de la vida. Este proceso se manifiesta con especial claridad en la modificación de costumbres y formas de pensar tradicionales. Las generaciones de futuros científicos de la historia estudiarán por eso nuestra época actual con un gran interés, ya que vivimos en un tiempo en el que hemos roto consecuentemente con lo heredado de antiguo. Construimos un nuevo ordenamiento social y económico y surgen relaciones nuevas entre los seres humanos; y además todo esto se desarrolla con una rapidez enorme. Por eso en este momento no nos encontramos en situación de juzgar hasta qué punto nuestra sociedad ha desarrollado ya proyecciones para un futuro de esperanza. Porque sencillamente estamos ciegos ante los brotes jóvenes, pero ya capaces de vida, que han madurado en los campos de batalla de la guerra civil. Por eso todavía no podemos contemplar bien esos brotes porque están cubiertos por las ruinas del pasado y porque nuestros propios ojos están cegados por las lágrimas y la sangre. Pero también incluso allí donde quedaron enterrados bajo el polvo de los últimos siglos los sedimentos fueron al principio fustigados y luego derribados finalmente por el violento huracán que se desató por la lucha rabiosa de dos mundos. Y aunque nuestra grandiosa iniciativa ha tenido el caro precio de la sangre derramada, hemos emprendido la iniciación. Hemos hecho saltar el hielo de tantos siglos y el sol caliente de la primavera sonríe a la tierra liberada. Los vivaces arroyos primaverales se llevan los témpanos de hielo y dejan la tierra limpia. Echad un vistazo alrededor de Rusia. ¿Es éste quizá el mismo país que hace cinco años? ¿Son éstos los mismos obreros, campesinos o incluso “pequeños burgueses” que conocimos durante la dictadura zarista? Su forma de pensar, sus sentimientos, el contenido de su trabajo, todo ha cambiado. En una palabra, en la república reina hoy una atmósfera completamente distinta a la de antes. Siempre que uno de nosotros viaja hoy a un país capitalista tiene allí la sensación de volver a vivir de nuevo en otro siglo diferente, porque nosotros juzgamos el presente de esos pueblos que han quedado rezagados desde la atalaya del futuro. Por nuestras propias experiencias hemos aprendido a conocer concretamente el futuro que nuestros hermanos y hermanas de los países capitalistas sólo comprenden todavía teóricamente, pero no por su propia práctica. A veces nos estremecemos cuando nos hacemos cargo de qué “listos” somos ya, en realidad, y qué tesoro de experiencias nos ha proporcionado la revolución. Es decir, que precisamente esas experiencias, por un lado, nos han despegado de nuestro propio pasado, que de hecho no queda muy lejos en el tiempo y que como antes es extraordinariamente actual, y, por el otro lado, nos ha acercado simultáneamente al futuro. Por eso nos es más fácil mirar al futuro que al pasado. En comparación con nuestros contemporáneos poseemos una gran ventaja a causa de nuestros febriles experimentos y de nuestra búsqueda del «camino más corto» para el comunismo comprendemos ahora los problemas más rápidamente que antes de la revolución. Aunque hemos cometido muchos errores, nuestro experimento revolucionario es un intento audaz e importante para cambiar las condiciones de vida de tal manera que una colectividad que abarca muchos millones llegue a controlar las fuerzas ciegas de la economía capitalista por medio de un esfuerzo de voluntad organizado. Con la revolución de los trabajadores en Rusia comienza un nuevo capítulo en la historia de la humanidad, aunque el camino para el comunismo sea todavía muy largo y fatigoso: por lo menos hemos puesto la base para la ordenación de la sociedad comunista y se ha convertido el proletariado de su propia capacidad y con esa conciencia de su papel histórico lucha sin vacilar por su objetivo final, ya que ese objetivo final desde hace tiempo no es ya una mera ilusión futura; la clase trabajadora puede hoy mismo, si alarga las manos tanteando el futuro, tocar la realidad comunista con las puntas de sus dedos.

Las transformaciones sociales que se han desatado a consecuencia de la revolución de octubre se reflejan con peculiar claridad en el pensamiento subjetivo de los trabajadores y en su concepto de la vida. Hablad con los trabajadores: ¿piensan como antes de la revolución? Antes de la revolución no tenían ninguna confianza en sí mismos. Esos trabajadores parecían con frecuencia esclavos sumisos, estaban amargados, empobrecidos, atemorizados y aislados. En la conciencia de estos trabajadores se hallaban las normas de derecho del injusto ordenamiento social por el que se encontraban constantemente oprimidos, fuera de época y sin posibilidad de cambio. Si entonces alguno hubiera dicho a los trabajadores: «Vosotros podéis adueñaros del mando en cuanto se lo proponga el ejército de millones de proletarios», los trabajadores habrían movido la cabeza con recelo.

¿Y hoy? Naturalmente, el proletariado sufre mucho, de momento, por la falta de alimentos, artículos textiles y calzados. Es claro que la clase trabajadora, en estos días, tiene que sacrificarse, pero a pesar de todo ha adquirido una conciencia propia y es hoy una fuerza social. Pero de todos los cambios es con mucho el más importante la convicción del proletariado de que la sociedad podrá modificarse de raíz si la clase trabajadora no se da por satisfecha con la reforma de la legislación o de las relaciones interhumanas, sino que quiere cambiar toda la sociedad bajo su dirección. La dictadura de los zares, industriales y grandes propietarios se diferencia totalmente en su contenido de la dictadura del proletariado, y hoy día la clase trabajadora es el director de obra de una nueva sociedad. Bien puede ser que la clase trabajadora no sea siempre el director de obra más hábil, pero es decisivo, de momento, que haya tomado posesión del poder del Estado. El triunfo más grande, hasta ahora, en la historia de la humanidad trabajadora es que el desarrollo legítimo de la acumulación derivada en el período de transición sea regida por la colectividad. Aclararemos este proceso por medio del papel que desempeñan hoy las mujeres, pues su conciencia ha cambiado de forma aún más perceptible que la de los varones. Para la mayoría de las mujeres es ya totalmente normal que el trabajo en colectividad ha producido una "conciencia social" y una solidaridad interhumana. Estas mujeres se sienten responsables ante la sociedad. Si recordamos que las mujeres han sido educadas durante siglos a centrar en la familia particular el contenido más importante de su vida, este hecho es algo revolucionario. Tanto la que trabaja en la industria como la esposa del obrero que no actúa profesionalmente están completamente convencidas de que son ciudadanos del Estado con plenitud de derechos. Incluso cuando la mujer no realiza ningún trabajo social tiene necesidad de ratificarse a sí misma. Esas mujeres nos hacen indicaciones sobre el trabajo en su hogar y sobre la educación de sus hijos y critican que nosotros no dispongamos todavía de suficientes instalaciones para los niños y que la comida de las cantinas populares públicas sea en realidad detestable. Cuando todo esto se ponga de una vez en orden tendrán también la posibilidad de ejercer actividades políticas en la sección femenina del partido o en los sindicatos. Por tanto, la revolución no sólo ha liberado a la mujer de la atmósfera cerrada y asfixiante de la familia aislada y le ha facilitado por fin el acceso a la sociedad, sino que le ha proporcionado con rapidez increíble un sentimiento de solidaridad con la colectividad. El gran éxito del movimiento "subbótnico" (bajo este nombre se comprende el "sábado comunista": un día de trabajo voluntario dedicado a tareas no pagadas, pero útiles socialmente para la reconstrucción) es un ejemplo impresionante de esa tendencia. Tanto trabajadoras que pertenecen a la organización del partido, como las que no pertenecen, esposas (que no trabajan) de familias obreras y campesinas han colaborado voluntariamente en nuestros sábados comunistas. Por ejemplo, en 1920 tomaron parte en 16 distritos un total de 150.000 mujeres activas profesionalmente. Claro que esto es señal de que las mujeres van adquiriendo una conciencia social y comprenden que, en el barullo general de la guerra

civil, únicamente con los esfuerzos comunes de la colectividad pueden combatirse y vencer definitivamente las enfermedades, el hambre y el frío. Este movimiento sabático voluntario complementa el trabajo general obligatorio y el trabajo forzoso, y ya no se le considera como opresivo como antes, cuando los trabajadores eran todavía esclavos asalariados. El trabajo se ha convertido en un deber social, sólo comparable con aquel que realizaba para la colectividad, durante la prehistoria humana, todo miembro de la tribu. Observad las brigadas de mujeres que no pertenecen al partido que abandonan sus hogares y acuden puntualmente al comienzo de su "subbotnik". Esas mujeres barren las calles, quitan la nieve, cosen uniformes para los soldados de nuestro ejército rojo, limpian los hospitales y los cuarteles, etc. Muchas de estas mujeres tienen familia y cuando vuelven a casa les esperan allí unas tareas que las tienen que realizar irremisiblemente. Pero a pesar de esto se ha formado en nuestras mujeres una conciencia de que para ellas es muy ventajoso desatender algo su propio pequeño hogar aislado y colaborar en la economía del pueblo. Por eso dejan sus labores domésticas a medio hacer en su casa y realizan dentro del movimiento "subbótnico" trabajos útiles y urgentes socialmente.

Pero probablemente algunas de vosotras dirán ahora: "Bueno, pero eso en realidad se refiere sólo a una minoría de obreras y campesinas no afiliadas al partido." Naturalmente que tenéis toda la razón al opinar así. Pero cada vez son más las mujeres y no menos, y además es muy importante que no sean únicamente comunistas, sino también no afiliados al partido. Esta minoría educa con su ejemplo a la mayoría. Hablad si no con una trabajadora que no haya participado nunca en un "subbotnik". Con qué pasión y violencia defiende su derecho a desatender ese trabajo voluntario. Tiene a su disposición un número increíble de argumentos, ya que moralmente tiene derecho a rehuir ese trabajo. Pero los últimos cuatro años han agudizado de tal manera la conciencia de nuestras mujeres sobre la conexión entre la reconstrucción de nuestra economía popular y la satisfacción de sus necesidades personales que todas reaccionan de forma muy parecida ante esta cuestión. Pues, por un lado, no hay combustible, y, por el otro, están sin embargo sin hacer nada una serie de vagones de mercancías en la estación local. A un "subbotnik" se le ocurre que esos vagones deben descargarse. Otro ejemplo: una epidemia contagiosa invade la ciudad; por lo tanto, la población tiene que organizar un "subbotnik" para limpiar como es debido las calles de la ciudad. En una situación tan apurada la clase trabajadora condena, como es lógico, a quien no está dispuesto a aportar su contribución, insignificante en sí misma, a ese trabajo voluntario pero muy útil socialmente. Y precisamente esa misma gente exige del soviet local que provea a sus necesidades. A causa de estos hechos surge un nuevo código moral entre los trabajadores y cada vez se impone más un nuevo concepto: el de "desertor de la producción".

En la sociedad burguesa el trabajador flojo y vago es censurado ciertamente, por un lado, pero, por el otro, la burguesía defiende la idea de que el trabajo es cuestión privada. Pero si tú no tienes ganas de trabajar, o te mueres de hambre o tienes que hacer que otro trabaje para ti. Este último supuesto, el llamado "espíritu de empresa", goza de estima especial en los países capitalistas y la burguesía condena a una calavera sólo cuando no trabaja por su propia cuenta sino por la de un empresario capitalista. Si, por ejemplo, un obrero vende su fuerza de trabajo a un empresario, pero únicamente emplea en parte esa fuerza de trabajo en el proceso laboral, entonces el empresario defiende el punto de vista de que ha sido engañado porque su plusvalía ha disminuido. Claro está que la burguesía condena tal actitud negligente del obrero. Pero, por otro lado, el hijo de un burgués o aristócrata a quien han concedido su puesto de trabajo por la mera razón de su apellido y categoría social, puede ser el mayor maula y vago sin que la burguesía desapruebe su deserción de la producción. Pues "la misma persona debe decidir si trabaja o no. Es un asunto personal y totalmente privado". Este es el concepto de la burguesía.

Por favor, observad también en este argumento que, por ejemplo, un labrador independiente que dirige o administra mal sus cultivos o un pequeño empresario cuyo negocio se arruina no son criticados porque producen perjuicios económicos, sino porque no fueron capaces de darse cuenta mejor de sus intereses económicos propios. La forma de producción de nuestra república de trabajadores se diferencia fundamentalmente de la de las sociedades burguesas. En la práctica del proceso de producción socialista, los que realizan actividades laborales son educados en un espíritu totalmente nuevo, piensan y sienten de forma muy diferente a la de antes y naturalmente esta concepción del trabajo exige una gran autodisciplina. Por lo demás esta conciencia ha creado relaciones radicalmente nuevas de las personas entre sí, que también regulan de forma original la conexión entre la colectividad y el individuo. Por el contrario, las normas de comportamiento interhumano de las sociedades burguesas casi siempre regulan únicamente las relaciones mutuas de los individuos particulares, mientras que la conexión del particular con la sociedad en conjunto sólo alcanza una importancia de segundo rango. En el imperio zarista existían muy pocas normas de comportamiento que regularan los deberes del individuo para con la sociedad y en mucho menos número de las normas análogas que establecían las relaciones de los hombres entre sí. Entre los deberes del particular para con la sociedad burguesa se encontraban en la Rusia zarista especialmente el deber de defender a la patria y de servir fielmente al zar. El mandamiento "no matarás" se relativizaba en la práctica en circunstancias coyunturales. Entonces tenía excepcional importancia, naturalmente, la larga lista de leyes y disposiciones que garantizaban el derecho a la propiedad privada y a otras prerrogativas: "no robarás", "no seas perezoso", "no pretendas a la mujer casada", "no engañes en los negocios; debes ser ahorrador".

Por el contrario, en nuestra sociedad proletaria las normas de conducta ponen en claro los intereses de la comunidad. Si tus acciones no perjudican a la colectividad, no afectan tampoco a ningún ciudadano. Pero, por otra parte, se han abolido en nuestra república de trabajadores muchas formas de comportamiento que en la sociedad burguesa se consideraban respetables. ¿Qué concepto tenía, por ejemplo, la sociedad burguesa del hombre de negocios? Mientras llevaba los libros conforme a los reglamentos, no se declaraba en quiebra fraudulenta, no se dejaba atrapar en alguna estafa, o engañara de una u otra forma a la clientela, el hombre de negocios recibía en la sociedad burguesa el título honorífico de "ciudadano irreprochable" o "señor decente". Durante la revolución nos vimos obligados a cambiar radicalmente de criterio sobre estos hombres de negocios porque el "ciudadano intachable" de antaño se metamorfoseó en especulador. No concedimos a estos ciudadanos precisamente títulos honoríficos; todo lo contrario, pues entregamos esos señores a la "checa" que luego los instaló en campamentos de trabajo. ¿Y por qué hicimos eso? Porque sabíamos perfectamente que sólo podemos construir el comunismo si todos los adultos, ciudadanos del Estado, realizan un trabajo productivo. Pero quien, en lugar de trabajar él mismo, quiere vivir a costa ajena es un perjuicio para el Estado y la sociedad y por eso persigue la política a todos los accionistas, comerciantes, acaparadores, es decir, a todos los individuos que sin trabajar ellos mismos viven del trabajo de los demás. Estas personas son condenadas por nosotros de la forma más dura.

Pero a causa del nuevo sistema de producción nacen nuevos modos de conducta. Naturalmente es imposible que podamos convertir a todas las personas dentro de tres, cuatro o diez años en fanáticos comunistas. Pero, por otro lado, vemos que en la mayor parte surge una nueva conciencia. Este proceso es muy importante y en realidad deberíamos estar sorprendidos de la rapidez con que nuestro modo de pensar y nuestros sentimientos se han adaptado a la nueva evolución social y de que surjan ya nuevas formas de conducta. Esta evolución la notamos más claramente si estudiamos la relación entre hombre y mujer. Ha cedido la resistencia de la familia particular durante la guerra civil y

este hecho lo podemos estudiar no solamente en Rusia, sino en todos los países que participaron en la guerra. Al principio creció la participación del trabajo femenino en la producción y este fenómeno produjo una mayor independencia económica de la mujer y además un aumento en el número de hijos habidos fuera del matrimonio. Personas que se amaban se unían ahora sin preocuparse ya de prejuicios de la sociedad burguesa o de la Iglesia. Incluso el Estado burgués se vio obligado a tratar a los hijos ilegítimos en las familias de los soldados como a los legítimos, al menos económicamente. En la república soviética el matrimonio perdió cada vez más su importancia. Ya en los primeros meses después de la revolución se abolió el matrimonio canónico y se derogaron todas las diferencias legales existentes entonces entre los hijos legítimos y los ilegítimos. (La secularización consecuente del matrimonio fue asegurada legalmente por el decreto "del matrimonio civil", de 18 de diciembre de 1917, y "del divorcio", de 19 de diciembre. Otro paso importante en esa dirección fue el decreto sobre "separación de la Iglesia y el Estado", de 23 de enero de 1918. En el párrafo 107 del código burgués zarista se consideraba al marido "tutor" de su esposa. Esta no podía tener carnet de identidad personal, su nombre iba incluido en el de su marido. Hasta la revolución de octubre la mujer casada estuvo obligada legalmente a "obedecer al marido" como jefe de la familia, a permanecer en su amor, respeto y acatamiento y a mostrarle como ama de casa toda atención y adhesión. En el párrafo 108 del mismo código se decía: "La esposa debe someterse a la voluntad del marido.")[263]

La implantación del trabajo obligatorio, que acompañó a esas medidas, contribuyó asimismo a que la mujer fuera reconocida como un factor independiente en nuestra sociedad. En los países burgueses el matrimonio es un contrato bilateral, acreditado por los padrinos de boda y declarado inviolable e indisoluble por la bendición divina. Por un lado, se obligaba el marido a sustentar a su mujer, y, por el otro, se obligaba la esposa a proteger la propiedad de su marido y a cuidada, a servir al marido y a sus hijos (por consiguiente, a los herederos de su hacienda), a ser siempre fiel a su marido y a no recargar la familia con hijos extramatrimoniales, pues por el adulterio de la mujer se podría alterar el equilibrio del hogar familiar. Por eso es también perfectamente lógico que la adúltera sea perseguida sin indulgencia por la ley burguesa, mientras que al mismo tiempo procede frente al adúltero con lenidad, porque las extralimitaciones del marido no ponen en peligro la existencia del hogar privado. ¿Habéis pensado alguna vez por qué discrimina a la madre soltera la ordenación social burguesa? La contestación es muy sencilla: ¿quién debe responder del niño si la relación amorosa no está legalizada? O deben cuidar del niño los padres de la "muchacha caída", lo que naturalmente no va en interés de la familia de la chica, o los establecimientos estatales o locales deben sufragar los gastos, y esto tampoco va en interés del Estado burgués, al que asusta la financiación de las tareas sociales.

Por otro lado, debéis tener en consideración, naturalmente, que desde mediados del último siglo la mujer se ha ido independizando del hombre cada vez más financiera y económicamente, porque ella se sustenta con su propio trabajo. Precisamente desde ese momento ha cambiado algo la postura de la sociedad burguesa respecto al niño nacido fuera del matrimonio. En una serie de novelas y estudios científicos se trata ahora del "derecho" de la mujer y madre y se defiende el derecho a la existencia de la madre soltera. Hoy existe en nuestra república de trabajadores (al menos en las ciudades) la tendencia a sustituir el hogar particular privado por nuevas formas sociales de vida y consumo colectivas (es decir, por creación de casas-comuna, cantinas populares públicas, etc.) La

---

[263] Ver más legislación revolucionaria del primer estado obrero en la serie "La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918", de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov.

mujer con actividad profesional recibe su propia cartilla de abastecimiento y está surgiendo una tupida red de instituciones sociales estatales. Por eso se ha modificado el carácter del matrimonio y la sociedad conyugal descansa ya en la mutua simpatía y no en cálculos económicos. (Naturalmente todavía se dan excepciones a esta regla, de las que trataremos más tarde.) Por eso ya no es necesario que los que se aman se casen porque cada uno de ellos tiene una opción a vivienda, combustible, alimentos y ropa que están garantizados por sus tickets y por gratificaciones especiales de la propia empresa. Y la cuantía de la retribución depende del rendimiento del trabajador. Casándose no mejora la situación material de cada uno. En los distritos del campo, donde nuestra república de trabajadores a causa de su gran penuria no está en condiciones de cumplir estas obligaciones sociales y de conseguir los objetivos de producción planeados, la gente tiene que acudir a la oferta de artículos en el mercado negro y esto tiene como consecuencia que siga existiendo el hogar familiar privado, que los mismos miembros de la familia organicen el suministro de combustible, etc. A causa de estos hechos el matrimonio continúa siendo una institución económica y, por ejemplo, una mujer puede llegar a una situación en la que tenga que recurrir a vivir con un hombre no porque le ame, sino porque dispone de una habitación en una casa-comuna. O también a que un hombre se case con una mujer porque sencillamente con doble ración de leña puede calentar mejor su piso. Tales fenómenos son indignos y repugnantes. Pero no superaremos estos residuos de nuestro pasado mientras no consigamos que desaparezca el caos económico general en nuestra república de trabajadores. A pesar de todo, la tendencia evolutiva que domina en general indica que el contrato oficial de matrimonio en la actual república soviética apenas lleva consigo ventajas materiales y que también por eso aumentan constantemente las relaciones amorosas libres.

Ciertamente prevé el decreto "sobre el matrimonio civil que ambos cónyuges están obligados a cuidar el uno del otro si uno de ellos no puede trabajar; sin embargo, esta disposición tiene en cuenta el carácter especial del período de transición en el que la república de trabajadores no está todavía en situación de crear las necesarias instituciones sociales, de elevar el nivel colectivo de la vida y de alimentar a los ciudadanos inhábiles para el trabajo. Pero las circunstancias actuales desaparecerán por sí solas en el futuro tan pronto como la economía del pueblo se ponga en marcha. Entonces organizaremos inmediatamente las instituciones sociales y la disposición que hemos citado ya no desempeñará en la práctica ningún papel. ¿Pues qué significa exactamente esa disposición "cuidar del cónyuge incapaz de trabajar", si cada uno de los esposos tiene asignada por su trabajo su propia ración? No significa nada más que uno de los esposos tiene que repartir su ración con el otro. Y en realidad pocas personas habrá dispuestas a hacerlo. Además, ambos consortes se dirigirían, en una situación estabilizada, a las organizaciones estatales que normalmente sean responsables de la asistencia a los ciudadanos enfermos. Y los enfermos serán enviados a un hospital o sanatorio o a asilos para los inválidos de guerra o por ancianidad. Ninguna persona reprocharía por eso a su cónyuge sano, aunque la disposición arriba citada sigue disponiendo en efecto que no la sociedad, sino el otro cónyuge, debe tomar a su cargo la asistencia económica del esposo incapacitado para el trabajo. Además, me parece a mí totalmente correcto que en una situación semejante el esposo (aunque las dos personas se sigan amando) se libere de las obligaciones para con su cónyuge que el citado decreto prescribe. En estos casos es misión de toda la sociedad tomar a su cuenta la carga de esa asistencia, pues toda la colectividad está obligada a atender materialmente a sus miembros mientras estén incapacitados para el trabajo. Es decir, que esa persona mientras pudo trabajar produjo por medio de su actividad los bienes de consumo que hoy distribuye la sociedad también a los ciudadanos enfermos, ancianos

o inválidos. Por lo tanto, él mismo ha producido las provisiones para las raciones necesarias.

Ante nuestros ojos se está produciendo un fuerte cambio en las costumbres matrimoniales. Pero es particularmente digno de mención que esta nueva conciencia y las modernas formas de comportamiento que se van dibujando se imponen también en muchas familias burguesas. Pues desde el momento que las mujeres burguesas (esos antiguos parásitos) colaboran en las instituciones sociales de los soviets locales y muchas se ganan el propio pan por primera vez, consiguen también una posición de independencia ante sus maridos. Y más de una vez llega a ganar la mujer más que su esposo y en esa situación se transforma en jefe de familia la que en otro tiempo estaba sumisa y humillada; ella va a trabajar y su marido se queda en casa, hace astillas, enciende la estufa y va al mercado de compra. Antes, éstas, que hace unos años eran damas elegantes, sufrían un ataque de histeria si su esposo no quería comprarles un sombrero nuevo para la primavera o un par de zapatos; hoy, esas mujeres saben muy bien que ya no tienen nada que esperar de su marido; por eso reservan sus ataques histéricos para el director de sección de su autoridad estatal o para el jefe de su oficina para conseguir así una asignación especial o una ración extraordinaria.

Pero, en justicia, también tenemos que reconocer que muchas mujeres que antes pertenecían a los círculos más elevados han superado los grandes esfuerzos del periodo de transición mucho mejor que sus esposos intelectuales languidecientes. Porque estas mujeres han aprendido a combinar, por un lado, su hogar, y, por el otro, su profesión, y han luchado valientemente por la vida a pesar de todas las dificultades y fracasos. Por eso es muy corriente que podamos encontrar incluso en las familias de la alta burguesía iniciativas para la racionalización de los trabajos domésticos. Además, también existe en esas familias, con mucha frecuencia, una inclinación a hacer uso del consumo colectivo y a enviar asimismo a sus hijos a los jardines de la infancia públicos. En una palabra, que por lo tanto también aquí se comprueba un aflojamiento de los lazos familiares. Y esa tendencia momentánea se hará aún más fuerte en el futuro y la familia burguesa se extinguirá. En su lugar llegará un nuevo tipo de familia (la colectividad trabajadora). En esa nueva forma fundamental conviven las personas unidas no por vínculos de sangre, sino ligadas solidariamente por su trabajo, sus intereses y sus deberes comunes y se educan mutuamente.

Nuestro nuevo sistema económico y las actuales condiciones de producción crean una nueva conciencia. Esta nueva forma de sociedad creará también un nuevo ser humano: una persona que piense y sienta realmente en comunista. Tan pronto como el matrimonio no constituya ninguna ventaja material para los interesados, ese matrimonio se hace inestable. Observad, por favor, que el número de divorcios es hoy ya mucho mayor que antes pues cuando el amor y la inclinación han dejado de existir ya no intentan los interesados, como antes era normal, continuar a cualquier precio la vida conyugal para salvar las apariencias. La comunidad ya no consiste en un hogar o en los deberes comunes del padre y de la madre respecto al hijo. Y también se pone cada vez más en discusión el ritual de la ceremonia religiosa. Naturalmente este nuevo criterio no se ha impuesto todavía en todos los lugares; pero sin duda ya lo defienden muchas personas y terminará por prevalecer entre la masa de nuestra sociedad cuando se desarrollen las nuevas formas de comportamiento comunista y sean aceptadas generalmente. En el comunismo la vida en el matrimonio quedará limpia de toda reliquia material. Por eso, por ejemplo, en nuestra república de trabajadores hemos separado también de la vida matrimonial la cocina sustituyéndola por las cantinas populares públicas. La intensidad de la relación entre dos personas depende en realidad no solamente de la posibilidad de fundar un "hogar". Antes, cuando un hombre se quería casar, tenía que calcular primero si en

definitiva se podía permitir ese lujo. Si para él era ventajoso sustentar a su esposa, y esto dependía de si la novia recibía de sus padres una dote interesante. Sobre estos supuestos intentaban luego los miembros de la pareja "construir su propio nido". Los que tenían dinero se compraban una vivienda propia; los que carecían de él adquirían un "samovar" (aparato para hacer té). Pero en todo caso las parejas fundaban su hogar familiar y vivían juntos como era su deber. Si la pareja se resquebrajaba, se iban distanciando, pero, a pesar de ello, seguían viviendo juntos la mayoría de las veces. Por el contrario, hay hoy muchas parejas que se aman y sin embargo no viven juntos.

Con bastante frecuencia, una de estas parejas acude a la administración local y de acuerdo con el decreto de 18 de diciembre de 1917 se inscriben como matrimonio, aunque no vivan juntos en absoluto. Quizá la mujer habite en un extremo de la ciudad y el marido en el opuesto. Y es posible que ella viva en Moscú y él en Taschkent. Registran su matrimonio sólo para manifestarse mutuamente que su relación la "toman en serio", pues estando enamorados el uno del otro quieren declarar en seguida que su amor es eterno. Pero, por otro lado, apenas se ven porque ambos trabajan y sus tareas y otros deberes sociales tienen preferencia ante la vida privada. Este tipo de matrimonio se da con frecuencia particularmente entre los miembros del partido, pues entre los comunistas está muy desarrollado el sentido del deber. Por favor, no olvidéis que antes, especialmente las mujeres, aspiraban a un «hogar propio», ya que no podían imaginarse la vida conyugal sin un fogón exclusivo; de otra manera les parecía que quedaba incompleto su matrimonio. Hoy, por el contrario, es el hombre quien habla de qué sensato sería poder denominar propiedad del matrimonio a una vivienda propia con cocina propia y qué bonito sería si su mujer pudiera estar día y noche junto a él. Las mujeres, y muy especialmente el creciente número de las trabajadoras de la industria que ejercen su actividad en las fábricas de la república de trabajadores, no quieren ni oír hablar ya del "hogar propio": "Antes de meterme en la vida familiar con sus menudencias inherentes, prefiero separarme. Porque ahora puedo por fin trabajar por la revolución. Si me metiera en esa historia, la pringaría. No. En ese caso es mejor que me separe." Los hombres tienen que someterse a esa decisión. Como es natural, no todos aceptan voluntariamente esta nueva conciencia de sus mujeres e incluso ha ocurrido que el marido ha arrojado al fuego el carnet del partido perteneciente a su mujer porque le indignaba que ésta se preocupara más por su trabajo y por la sección femenina que por él y el hogar familiar. Pero las mujeres no deben dejarse impresionar por estos casos especiales, que deben interpretarse en su conjunto total: hay en nuestra república de trabajadores una tendencia en evolución hacia la disolución del matrimonio. Si analizamos la evolución social y económica entre nosotros está completamente claro que "la colectivización del trabajo descompondrá y por fin hará desaparecer más tarde o más temprano la familia individual burguesa tradicional". La postura de la sociedad que ha cambiado respecto a la madre soltera es otro indicio de esa evolución que debemos exclusivamente a las condiciones económicas transformadas y naturalmente al hecho de que se reconozca a la mujer en la actualidad como una fuerza de trabajo independiente. Mostradme el hombre que se niegue todavía hoya casarse con una mujer a la que quiere sólo porque no sea "virgen". La "pureza" en la sociedad burguesa constituía una condición necesaria para la boda porque sólo así se podía proteger la propiedad privada. Quiero decir que el origen del niño era importante en aquella sociedad por dos motivos: primero, para asegurar la sucesión hereditaria, pues únicamente los hijos propios debían heredar, y, en segundo lugar, para garantizar el cuidado del niño por el padre. Por el contrario, en nuestra república de trabajadores la propiedad privada ya no juega ningún papel; es decir, que los padres no pueden transmitir su fortuna a sus hijos. Por eso es también totalmente indiferente en qué familia llega al mundo el niño, pues lo importante es sólo ese niño, por lo tanto, el trabajador futuro.

Nuestra república de trabajadores se ha obligado a cuidar de los niños independientemente de que procedan de un matrimonio inscrito legalmente o de una relación libre. De esta evolución ha nacido una nueva imagen de mujer y madre. En nuestra república de trabajadores atendemos a toda madre exactamente igual si está casada como si no lo está, y también con independencia de que el padre haya reconocido o no al hijo como propio. Pero, como es natural, seguimos tropezando en la práctica con residuos del pasado; por ejemplo, al llenar formularios se nos hace esta pregunta anticuada: ¿es usted casada o soltera? En la milicia incluso se exigen certificados matrimoniales. Estos ejemplos, como es lógico, sólo manifiestan que todavía sigue siendo la influencia del pasado y que la clase trabajadora no ha podido liberarse de la noche a la mañana de todos los prejuicios del pretérito burgués. Sin embargo, por otro lado, vemos también progresos inequívocos. Por ejemplo, ¿qué muchacha o mujer soltera se suicida en la actualidad? Sencillamente ya nadie se atreve a afirmar que un hijo fuera del matrimonio sea una "deshonra". Por lo tanto, en nuestra sociedad, el matrimonio se convierte cada vez más en asunto privado de los interesados, mientras la maternidad, y ciertamente con independencia del matrimonio, es una misión social de extraordinaria importancia. Por el contrario, la sociedad sólo puede y debe intervenir en las relaciones matrimoniales cuando ambos cónyuges o uno de ellos se encuentran enfermos. Pero este problema constituye un capítulo especial y las autoridades sanitarias deben preparar las disposiciones pertinentes.

Pero no solamente ha cambiado nuestra relación respecto al matrimonio y a la familia, sino también nuestro criterio frente a la prostitución. Las distintas formas del fenómeno de la prostitución que existen en la sociedad burguesa, y van en aumento, retroceden cada vez más en nuestra república de trabajadores. Esa prostitución es consecuencia de la situación social insegura de la mujer y de su dependencia del hombre. Desde que nos preocupamos de que la implantación del trabajo general obligatorio se extienda a todo trabajo, naturalmente ha retrocedido también la prostitución profesional. En los lugares donde sigue existiendo esa prostitución en nuestra república de trabajadores es combatida por las autoridades. Pero la combatimos no porque la consideremos un delito contra las buenas costumbres, sino porque se trata de una forma del fenómeno de "deserción de la producción", ya que una prostituta profesional no aumenta con su trabajo la riqueza de la sociedad, sino que en realidad vive de la ración de otros. Por eso condenamos la prostitución y la combatimos como una forma de negarse a trabajar. Las prostitutas no son ante nuestros ojos una categoría de seres especialmente reprobables, y en definitiva en nuestra república de trabajadores no juega ningún papel si ahora una mujer vende su cuerpo a muchos hombres o solamente a uno; por consiguiente, si se mantiene a costa de un marido o como prostituta profesional a costa de muchos hombres. Pues en ambos casos las mujeres no se alimentan con su propio trabajo productivo. Por eso todas las mujeres que no acuden al trabajo general obligatorio, y no tienen en su familia niños pequeños a quienes atender, son castigadas a trabajos forzosos exactamente como las prostitutas. Y no le sirve de nada a la esposa el estar casada con un comisario político, porque nosotros juzgamos igual a todos los desertores de la producción. La sociedad en conjunto no reprocha a una mujer el que se acueste con muchos hombres, sino porque como la esposa casada legalmente, pero que no ejercita ninguna actividad profesional, escurre el bulto al trabajo productivo. El criterio de nuestra sociedad ante este problema constituye una forma totalmente original de contemplarlo, porque se trata por primera vez esta cuestión bajo el aspecto de las relaciones sociales en conjunto.

Entre nosotros, la prostitución está condenada a desaparecer y en nuestras grandes ciudades, por ejemplo, en Moscú y Petrogrado, ya no existen en la actualidad, en contraste

con otros tiempos, 10.000 prostitutas, sino solamente, a lo más, unos cientos. Esto significa un gran progreso, pero sin embargo no podemos hacemos ninguna ilusión sobre este problema ni afirmar de antemano que se haya solucionado definitivamente entre nosotros. Los actuales salarios laborales de las mujeres no garantizan una seguridad social suficiente. Pero mientras la mujer siga todavía dependiendo del hombre a causa de las circunstancias económicas caóticas y embarulladas, seguirá produciéndose también entre nosotros la prostitución pública y encubierta. ¿No es quizá una forma de prostitución que una secretaria del soviet local entable relaciones con su jefe, aunque no le ame, sólo porque quiere progresar o porque necesita una ración suplementaria? ¿O si una mujer se acuesta con un hombre para conseguir un par de botas altas y a veces únicamente por un poco de azúcar o de harina? ¿O cuando una mujer se casa con un hombre nada más que porque posee una habitación propia en una casa-comuna? ¿No se trata de una forma encubierta de prostitución cuando una obrera o campesina, que va con el saco vacío en busca de provisiones, se entrega al revisor para que le proporcione un asiento en el vagón del ferrocarril? ¿O cuando una mujer cohabita con el jefe de un puesto de control para que le permita pasar un saco de harina?

Naturalmente todo eso es una forma de prostitución y para las mujeres muy degradante, detestable y amarga, y que además perjudica a la conciencia social. Y a esto se añade que esta clase de prostitución pone en peligro la salud del pueblo por medio de la propagación de enfermedades venéreas y mina la moral de la población. A pesar de ello debemos comprender que existe una notable diferencia entre la forma clásica de prostitución y estas nuevas manifestaciones que ahora aparecen. Porque las mujeres que vendían antes su cuerpo eran expulsadas de la sociedad y estampilladas como rameras. Los hombres que abusaban de esas mujeres se creían además con perfecto derecho a ofenderlas. Estas mujeres no se atrevían ni siquiera a protestar de que estampillaran su "carnet amarillo" como rameras. Desde que la mujer tiene su propia carta de trabajo, ya no está sujeta a la ley de la "oferta y la demanda". Si hoy una mujer entabla relaciones con un hombre por consideraciones estrictamente materiales, a pesar de todo busca uno que le agrade; porque el motivo económico (que también en nueve de diez matrimonios burgueses juega un papel importante) hoy ya no tiene tanta preponderancia; y además ese hombre se porta de manera muy distinta que respecto a una "chica de la calle" con la mujer con la que entra en relaciones a base de tal convenio. El hombre intentará imponerse a la mujer, pero ésta no lo aguantará y cuando se canse le despedirá y con mucha más rapidez que lo haría una esposa legítima.

Mientras las mujeres trabajen, como antes, en los oficios peor pagados, seguirá existiendo la forma encubierta de prostitución, pues por lo pronto necesita una fuente complementaria de ingresos para poder subsistir. Mientras esto siga así es de todo punto indiferente si una se casa por motivos económicos o se entrega ocasionalmente a la prostitución.

Desde luego, el rumbo momentáneo de la economía amenaza otra vez a las mujeres con el fantasma de la falta de trabajo. (Lenin exigió en el X Congreso del Partido Comunista ruso la implantación inmediata de la "Nueva Economía Política" (Nep) para crear por fin una relación más estrecha entre el proletariado y los campesinos.) Esta tendencia ya se nota ahora respecto a las mujeres y originará como última consecuencia un aumento de la prostitución profesional; el curso momentáneo de nuestra política económica frena asimismo el desarrollo de una nueva conciencia y podemos observar día tras día cómo este proceso impide también el nacimiento de una nueva relación realmente comunista entre el hombre y la mujer. Pero no es éste el lugar adecuado para analizar esta nueva tendencia política, aunque ella podría provocar un renacimiento de las condiciones pasadas. Pero la actuación de la clase trabajadora está dirigida al futuro y para el

proletariado internacional es posiblemente menos importante, en la construcción del comunismo, cómo nos volvemos a adaptar hoya condiciones económicas ya sobrepasadas. Por eso es de más trascendencia para el proletariado internacional lo que ya hemos conseguido en el tiempo de esplendor de la dictadura del proletariado. Debéis asumir reflexivamente la tentativa de crear una nueva conciencia y utilizarla para vosotras. A pesar de todo es un hecho que el carácter del matrimonio se ha modificado. Los lazos tradicionales de la familia se hacen más débiles y la maternidad es hoy un deber social. Como es natural, en la lección de hoy no hemos tratado, ni mucho menos, de todos los intentos que hemos iniciado bajo la dictadura del proletariado para transformar las tradiciones y las costumbres. En la próxima lección volveremos sobre este tema. Pero otra vez recalcaré expresamente: las experiencias prácticas en los años de revolución dependen sólo de su posición en la producción, por lo tanto, de que la mujer participe en el trabajo de la sociedad, pues el trabajo de la familia individual privada convierte a la mujer en esclava. Únicamente puede liberar a la mujer el trabajo socialmente útil.

14. El trabajo de la mujer hoy y mañana

Terminamos nuestra última lección con una ojeada sobre los cambios revolucionarios en la vida corriente de la mujer y la familia en la Rusia soviética; y hoy daremos fin a nuestra serie de conferencias con un inventario que es importante no sólo para el proletariado ruso, sino también para el internacional. Como el proletariado ha demostrado su propia fuerza al llevar a efecto la revolución, se nos plantea la cuestión de en qué planos sociales y económicos puede ser especialmente productivo el trabajo de la mujer.

Desde que los ciudadanos rusos, sin consideración a su sexo, deben prestar su trabajo productivo, la liberación de la mujer ha realizado rápidos progresos. Sin embargo, este proceso abarca principalmente al proletariado industrial de las ciudades, mientras que entre la población del campo ha pasado sin que apenas se le note. En el fondo, la situación de las campesinas no ha cambiado sustancialmente, pues en el campo sigue dominando, como antes, la economía familiar privada y las campesinas continúan siendo auxiliares de los campesinos. Además, en la agricultura, en contraste con el mundo de la máquina, la fuerza muscular humana sigue jugando un papel de considerable importancia. A pesar de todo, naturalmente ha cambiado también la vida en la aldea. Hay actualmente ocho millones de campesinas más que de campesinos y en consecuencia viven en el campo ocho millones de mujeres que ya no dependen económicamente de los hombres. Estas mujeres han perdido a sus maridos en la guerra mundial imperialista o en la guerra civil o sus maridos se hallan todavía incorporados como soldados en el ejército rojo. Para esas campesinas independientes, como es natural, la vida en el campo ha cambiado. Su status dentro de la comunidad rural les concede más igualdad de derechos. Además, el trabajo general obligatorio ordena a las administraciones locales que tengan en cuenta el status de las viudas de guerra. El asegurar las simientes y los impuestos en especie sólo se lleva a cabo con la colaboración de la mujer. Por lo tanto, nuestras mujeres campesinas fueron obligadas por la guerra civil a abandonar definitivamente su actitud de "observadoras", "espectadoras". En Ucrania, en la región del Don y en Kuban las mujeres han tomado parte activa en la guerra civil y ciertamente en los dos bandos. De forma análoga a cuando en la revolución francesa participaron activamente las campesinas en Bretaña y Normandía en el alzamiento girondino, muchas campesinas de Ucrania apoyaron a los líderes batjuschkas (forma de expresión familiar rusa para denominar a los viejos campesinos. Durante la guerra civil los bolcheviques llamaban batjuschkas a los anarquistas de las fuerzas de caballería mandados por Nestor Machno). Pero desde que

los soviets locales apoyaron a las mujeres social y económicamente, muchas campesinas simpatizan con el Gobierno soviético. Desde hace poco el Partido Comunista organiza en todos los distritos conferencias de delegados y congresos para las obreras y campesinas. Además, las secciones femeninas crean en el campo círculos de estudios para las campesinas en los que les proporcionan los conocimientos necesarios que les van a servir de utilidad para resolver sus problemas cuotidianos. Hablaremos aquí solamente de las tendencias evolutivas que demuestran que las campesinas no sólo reflexionan sobre su vida hasta ahora, sino que también comprenden que desde la revolución de octubre se han producido las condiciones para su emancipación personal. Una muestra es la creciente fuerza de atracción de las grandes ciudades en las que se ofrecen a las campesinas numerosas posibilidades de instruirse. Sólo entre los 402 estudiantes de ambos sexos de la Universidad de Severdlov que toman parte en este curso de formación hay 58 campesinas. En las escuelas locales del partido organizadas por los soviets locales la participación en los cursos de las mujeres es todavía mayor. En las distintas facultades para obreros son campesinas del 10 al 15 por 100 de todos los estudiantes. Por otro lado, aumenta el número de campesinas que colaboran en los consejos de obreros y campesinos o que son elegidas para los consejos de provincia o distrito. Porque en los primeros años después de la revolución no teníamos ninguna campesina, sino solamente obreras, en esos consejos, y hoy día, por el contrario, participan en los consejos locales más campesinas que obreras. Desde luego, hasta el día de hoy ninguna campesina ha tomado parte en el soviet supremo de todas las Rusias.

Las campesinas de los consejos locales desempeñan con frecuencia cargos de mucha responsabilidad y organizan técnicamente la administración del municipio rural. (Por ejemplo, el trabajo en común de la tierra y el abastecimiento de la pequeña comunidad aldeana con simientes, ganado y maquinaria.) Pero también colaboran muchas campesinas en las inspecciones de obreros y campesinos. (Las inspecciones de obreros y campesinos eran y son un órgano de control estatal y social que tiene la misión de inspeccionar el efectivo cumplimiento de las decisiones y directrices del Partido Comunista.)

En todos los lugares donde el Partido Comunista no ha desarrollado todavía ninguna propaganda de masas, las campesinas son partidarias mucho más leales del comunismo que los campesinos. Y esto tiene fácil explicación, ya que el campesino es al mismo tiempo el señor de la casa y el propietario único de la hacienda y defiende naturalmente la tradición de que todos los miembros de la granja, incluso las campesinas, están obligados a obedecer incondicionalmente a su voluntad. Como el campesino no puede suponer que la modificación de las formas de vida va a fortalecer y a asegurar su posición en la familia, se encuentra en posición expectante o incluso enemiga ante el comunismo. Por el contrario, la creación de cooperativas, de establos o vaquerías para toda la aldea y de otras instalaciones colectivas es acogida con alegría por las campesinas, prescindiendo del cambio en la rutina que representan las instituciones comunales como jardines de la infancia, panaderías y lavanderías públicas, que les hacen más cómoda la vida diaria. Y ésta es la explicación de por qué las campesinas comprenden mucho mejor que los campesinos la finalidad del comunismo. La mejora concreta de su vida las convierte en partidarias entusiastas del comunismo en el campo.

Antes de la revolución de octubre puede decirse que en el campo no se producía en absoluto ningún divorcio. Ciertamente ocurría a veces que un campesino abandonara a su mujer, pero que una campesina se separara de su marido era un acontecimiento que sucedía una vez por siglo y producía una enorme sensación en toda la comunidad aldeana. Pero desde que, por el decreto de 1917, el divorcio se hizo más fácil, ya no es tan insólito que los cónyuges se separen, especialmente entre las jóvenes generaciones. Y este hecho

muestra claramente que también en el campo comienza a vacilar la base aparentemente inconmovible de la institución familiar; y si una campesina abandona a su marido ya no provoca, por esa decisión, el desasosiego de la aldea. Cuanto más trabajo independiente realiza la campesina dentro de la agricultura comunista, cuando colabora como miembro elegido para el soviet local y toma parte en los trabajos comunes, más sencillo resultará para ella superar las ideas tradicionales de la inferioridad de la mujer en el campo. Y a esto se añade que esa evolución se acelera por medio de la mecanización del cultivo, de la electrificación planeada y de la creación de cooperativas agrícolas. Cuando esa tecnificación haya alcanzado determinado nivel, surgirán también en la tierra llana condiciones que faciliten una revolución general de las formas de vida y la emancipación definitiva de la mujer.

La revolución de las formas de vida se ha puesto en serio peligro, de momento, por el cambio de rumbo de la economía política con el que se retrasa la liberación de las mujeres y el desenvolvimiento de nuevas formas de relación entre los sexos que debe construirse sobre la estima e inclinación mutua y no como hasta ahora sobre consideraciones de tipo económico. Pero precisamente por eso, hoy, cuando los brotes de la nueva sociedad son todavía jóvenes y vigorosos y su crecimiento puede ser detenido seriamente por elementos hostiles, es particularmente necesario hacer que consten los cambios realizados hasta la fecha en la forma en que han ido dibujándose durante los primeros años de la revolución (y ciertamente contra la comprometida intervención de los agitadores comunistas). Una relación de esas experiencias y un análisis de esas formas de vida será de gran utilidad para el futuro de todos nosotros. Tal exposición de las condiciones objetivas del proceso evolutivo en esta fecha pondría a disposición del proletariado internacional -y en lenguaje comprensible- nuestras experiencias actuales y por medio de ese trabajo ayudaremos a nuestros camaradas del extranjero, de ambos sexos, a concluir la obra que hemos comenzado en Rusia trabajadores y trabajadoras. Aunque de momento nos encontramos en un período sombrío y triste de estancamiento general, sin embargo, hemos dejado ya una huella imborrable en la historia de la humanidad y en especial en la de la mujer con lo que hemos llevado a efecto hasta el presente desde la revolución de octubre de 1917. Mientras continúe la detención momentánea en la construcción de nuevas formas de vida debiera ser misión de nuestra sección femenina revolucionaria elaborar un inventario completo de nuestros cambios eficaces en las costumbres y en las conciencias y propagar estas experiencias entre amplias capas de la población, pues sólo así pueden alcanzar las masas un nivel de conciencia tan alto como el que posee hoy el estrato dirigente del proletariado. Junto a ello las secciones femeninas deben transmitir nuestras experiencias prácticas (por medio de una actividad adecuada de propaganda) a las trabajadoras de todos los países para despertar en sus corazones la convicción firme de que la efectiva liberación de la mujer puede convertirse en realidad en la fase de transición al comunismo. Pues es un hecho que la revolución rusa ha creado la base para la liberación de la mujer no sólo en la teoría, sino también en la práctica. Además, las autoridades soviéticas (sobre todo el primer gobierno) han colocado a la madre y al niño bajo su especial protección. Por añadidura, hemos creado las condiciones que nos han hecho posible que desaparezca la prostitución (que es uno de los fenómenos más escandalosos de la sociedad burguesa). La forma de la familia, hasta ahora, con sus rasgos característicos que tienen su origen en la época de la servidumbre, se ha sustituido en nuestra república soviética por una forma de matrimonio más libre, más sana y más flexible. La gran revolución rusa es la liberadora de nuestras mujeres y no podemos olvidar en ningún caso que para hacer la revolución ha sido exactamente de tanta importancia la intervención de las obreras y campesinas como la de nuestros obreros y campesinos. Pues las obreras y campesinas no solamente han

desempeñado un papel trascendental en el estallido de la revolución (únicamente quisiera recordar en este aspecto el 23 de febrero de 1917, su entrada en escena histórica en el día de la trabajadora), sino que han tomado parte activa y revolucionariamente durante todos los duros años de la guerra civil.

Pero vosotras conocéis perfectamente todos estos hechos desde hace tiempo, pues forman parte ya de la historia del movimiento proletario femenino y de la historia de nuestro partido. Pero a pesar de todo, quisiera recalcar otra vez que no hay ningún campo social en el que no hayan luchado activamente nuestras obreras y campesinas desde las primeras horas de la revolución. Es notable la lista de nombres femeninos en los libros de historia para las generaciones venideras en los que se describe su lucha valiente por la Rusia soviética. Y así ya durante el período Kerenski encontramos nombres de obreras y campesinas en las relaciones de miembros de los primeros soviets (consejos). La Rusia soviética es también el primer país del mundo en el que la mujer ha sido elegida para un puesto en el Gobierno: pues ya el primer mes después de la conquista del poder por los trabajadores formó parte una mujer del Gobierno soviético como comisario del Pueblo para Asistencia Social. En Ucrania, otra mujer, la camarada Majorowa, desempeñó un cargo semejante hasta otoño de 1921, y en el plano provincial en todas las dependencias importantes hay numerosas comisarías, con frecuencia obreras y campesinas que provienen directamente de la producción. A título de ejemplo citaremos los nombres de las camaradas Klimowa, Nokolajewa, Tyerbisjewa, Kaligina e Ikrjanistowa. Solamente en el ardor de la lucha revolucionaria, en la forja del comunismo, pudo surgir con tanta rapidez esta generación de trabajadoras soviéticas. Pues sin la colaboración activa en el trabajo y en el pensamiento de nuestras obreras y campesinas el Gobierno soviético no habría estado en condiciones de llevar a efecto ni siquiera una pequeña parte de las iniciativas que habían sido proyectadas por la vanguardia del proletariado. Y ciertamente si las obreras y campesinas, puestas en actividad por el proceso revolucionario, no hubieran llegado en ayuda de los obreros y campesinos que combatían, habría sido totalmente imposible, en el caos general de la guerra civil, poner en pie las instituciones actuales y mantenerlas en funcionamiento. Los futuros historiadores pondrán de relieve en sus estudios estos hechos como un rasgo característico típico de nuestra revolución de Rusia que la diferencia sustancialmente de la revolución francesa de los años 1789 a 1795. En el Primer Congreso de Obreras y Campesinas de toda Rusia en noviembre de 1918 se puso de manifiesto claramente que la revolución había encontrado un fuerte apoyo en las mujeres. La iniciativa de convocar a ese congreso surgió en las secciones femeninas del partido poco más de un mes antes, por consiguiente, en septiembre, y un grupo de unas quince camaradas inició oportunamente los preparativos que, aunque extraordinariamente escasos, tuvieron tal eco entre las trabajadoras que llegaron 1.147 delegadas de todas las regiones de Rusia. Este hecho es una prueba excepcionalmente impresionante para mi tesis de que el proceso revolucionario ha hecho despertar a la mujer en Rusia del sueño de la “bella durmiente del bosque” que ha durado durante siglos. Pero para determinar el papel que la mujer ha desempeñado en ese proceso bastaría con examinar un único detalle de ese proceso. Y ese detalle peculiarmente típico es la participación activa de las obreras y campesinas en la defensa militar de la revolución, pues esa incorporación se hallaba totalmente fuera del campo de acción tradicional de la mujer y todavía hoy muchas personas defienden la opinión de que las mujeres no son aptas para semejantes actividades. Pero la conciencia de clase se hallaba ya tan desarrollada entre estas obreras y campesinas que participaron activamente apoyando al ejército rojo y ya durante la revolución de octubre lucharon las mujeres en las filas de los revolucionarios; organizaron cocinas de campaña, secciones sanitarias y servicios de correos. La Rusia revolucionaria demostró el nuevo aprecio que le merecían las mujeres al incorporar la fuerza de trabajo

femenina a la defensa del país. Por el contrario, la burguesía ha defendido siempre la idea de que el papel de la mujer es custodiar el fogón del hogar mientras que el hombre está llamado por la naturaleza a defender ese hogar o, si preferimos expresarlo de manera menos poética, a defender al Estado, pues el llamado “oficio de la guerra” es un asunto puramente masculino según el mundo conceptual de la burguesía. Para esta burguesía admitir mujeres en las filas de los soldados era una idea totalmente antinatural, porque tal iniciativa hubiera minado los pilares básicos de la familia burguesa y (por ello) también los de la propiedad privada y del Estado burgués clasista. El Estado de trabajadores defendió en esta cuestión un concepto distinto, ya que en el período de la guerra civil el trabajo útil socialmente estaba ligado indisolublemente al deber de defender al Estado soviético. El. Estado comunista necesita para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas la colaboración de todos los ciudadanos adultos y por eso no puede prescindir de la colaboración femenina. La lucha de defensa del proletariado contra la burguesía exige también la incorporación de las obreras y campesinas en el ejército y en la marina. La movilización de las obreras y campesinas para el servicio de guerra no fue sin embargo un resultado más o menos casual de consideraciones militares como en el caso de los Gobiernos burgueses durante la guerra mundial imperialista, sino que fue más bien el resultado de la lucha por la existencia de la clase trabajadora, pues cuantas más personas con actividad laboral se movilizaran para tareas militares, con más efectividad podían defender la revolución los obreros y campesinos. Y el ejército rojo se decidió por la colaboración activa de obreras y campesinas, y sólo así podíamos asegurar la victoria en los frentes. Pero esa victoria era al mismo tiempo una premisa necesaria para la liberación total de la mujer y una garantía de aquellos derechos que se habían conseguido luchando, en favor de las mujeres, en la revolución de octubre. Por eso sería también completamente falso considerar la incorporación al frente de obreras y campesinas sólo bajo criterios de rendimiento, pues debemos pensar qué efectos a largo plazo tiene para la conciencia de las mujeres esta movilización femenina. Porque, así como la revolución de octubre creó el fundamento para eliminar las injusticias entre los sexos; también desaparecieron los últimos prejuicios contra la mujer a consecuencia de la colaboración femenina en ambos frentes (el del trabajo y el frente rojo). Nuestra concepción de que la mujer es un miembro de pleno valor en la sociedad humana, se ratificó principalmente no en último lugar, por la colaboración de nuestras mujeres en el ejército rojo. Por eso también la imagen de la mujer como aditamento del hombre (así como la institución de la propiedad privada y la dictadura de la burguesía) han ido a parar al montón de basura de la historia.

Con mucha frecuencia actuaron las comunistas como propagandistas en el ejército rojo y trabajaron en los comités revolucionarios de diversas formaciones de ese ejército en el que las obreras y campesinas desempeñaron cargos políticos de importancia. Estas misiones políticas (como combatientes y enfermeras rojas) fueron realizadas en los años 1919 y 1920 por más de 6.000 obreras y campesinas. Y también tomaron a su cargo el servicio de correos y actuaron como secretarias en los puestos de administración militar. Pero, en parte, también lucharon directamente en el frente en las filas del ejército rojo, aunque estos casos fueron la excepción y no la regla general. En los cursos para oficiales participaron entonces muchas estudiantes y una mujer incluso estudió en la Academia de Estado Mayor General. Sólo el año 1920 un total de 5.000 obreras y campesinas tomaron parte en esos cursos del ejército rojo. Ninguna campaña de movilización para nuestro ejército tuvo lugar sin el apoyo de obreras y campesinas. Además, las mujeres iban a los hospitales militares y curaban a los soldados rojos enfermos o heridos, recogían ropa para ellos y ayudaban en la lucha contra los desertores. Entre nosotros, desde la revolución de octubre no se ha llevado a efecto ninguna movilización sin que colaboraran obreras y campesinas. Nuestro llamamiento al proletariado para que defendiera la revolución

despertaba ferviente entusiasmo en los corazones de las obreras y campesinas (sobre todo entre las trabajadoras de la industria en zonas de gran aglomeración fabril). A causa de su conciencia de clase presentían estas trabajadoras que había un nexo dialéctico entre la liberación general de la mujer y nuestro triunfo militar en el frente. En especial durante el período crítico de la guerra civil, cuando en realidad se encontraban en peligro todas las conquistas de la revolución, las mujeres activas profesionalmente prestaron una importante contribución a la defensa de la Rusia soviética por medio de su incorporación activa y en masa. Los ataques del ejército blanco en la región del Don y en Lugansk, la amenaza militar de Petersburgo por la guardia blanca de los generales Denikin y Judenitsch el año 1920 son ejemplos típicos de ese período. En las proximidades de Lugansk, la ciudad industrial ucraniana, sólo se consiguió rechazar los ataques de los bandidos blancos con la ayuda de las trabajadoras y trabajadores que intervinieron en los combates. Históricamente, es notable la decisión de las trabajadoras de Tula que se despidieron de esa ciudad cuando fue conquistada por el general Denikin con este lema: "Denikin no llegará a Moscú como no sea por encima de nuestros cadáveres." Se batieron en el frente, cavaron trincheras y fueron responsables del servicio de información. Todo el mundo conoce el papel de las trabajadoras en la defensa militar de Petersburgo contra las tropas atacantes del general Judenitsch. Miles de obreras industriales lucharon en las secciones de ametralladoras y en los servicios de información y espionaje. Con toda abnegación, estas mujeres cavaron trincheras durante el gélido otoño y colocaron alrededor de la ciudad una defensa de alambradas de espino. Con las armas en las manos vigilaban las numerosas barricadas e impedían que los desertores abandonaran sus banderas. Cuando estos afeminados eran detenidos por mujeres armadas que estaban dispuestas a luchar en sus puestos, y a morir si era preciso, sencillamente se veían obligados, llenos de vergüenza, a volver a sus puestos.

En la defensa militar de la república soviética rusa las mujeres han desempeñado un papel de gran importancia moral, aunque militarmente secundario. Pero en otros campos de nuestra república han llevado a efecto acciones de vanguardia. Dejaremos a los futuros historiadores que decidan qué soluciones prácticas en el terreno social, en especial en la organización de la protección estatal a la mujer, tenemos que agradecer a las iniciativas de nuestras obreras y campesinas. A pesar del caos económico general y del hecho de que la clase trabajadora ni disponía aún de un aparato administrativo propio, el Gobierno soviético estuvo en condiciones de poner en marcha, en un plano amplio, esta tarea social. Esto no habría sido posible en absoluto si las mujeres hubieran adoptado una postura negativa ante esta cuestión, saboteando nuestros esfuerzos. Y es digno de mención que los mejores resultados de nuestra colaboración con las obreras y campesinas los encontramos en materias que tienen relación directa con la liberación de la mujer.

Sin embargo, esto no significa, de ninguna manera, que no haya colaborado la mujer activamente también en otros sectores de la sociedad: en la enseñanza, en los soviets, en los Comisariados del Pueblo, en el Consejo Superior de Economía y en otros puestos innumerables de la administración del Estado. Pero en el período inmediatamente después de la revolución de octubre, la mayoría de nuestras obreras y campesinas se interesaron en primer lugar por aquellas tareas que más se aproximaban a sus experiencias hasta entonces y que por ello las podían solucionar de la manera más fácil y una de ellas era el problema de la maternidad.

Las mujeres fueron movilizadas de la manera más eficaz para colaborar en las instituciones sociales de la protección a la madre, de la educación de los adultos y de las cantinas populares públicas. Y, por el contrario, hubo pocas mujeres dispuestas a intervenir en el terreno de la vivienda. Evidentemente las mujeres no habían comprendido en absoluto que la solución del problema de la vivienda es tan importante para la

liberación de la mujer como la institución de las cantinas populares públicas. Las comisiones especiales para agitación y propaganda entre las mujeres, análogas a nuestras actuales secciones femeninas, se limitaron entonces a intentar la movilización de las obreras y campesinas para determinadas actividades de nuestra sociedad, porque las colaboradoras de esas comisiones defendían la idea de que se debía comenzar a desarrollar el trabajo femenino colectivo en aquellas materias que ya eran familiares a las mujeres. Y hasta más tarde no pasaron a movilizar a las mujeres para el trabajo constructivo en otros terrenos. Pero ya en los primeros días después de la revolución de octubre las mujeres intervinieron en los cambios de las formas de la vida y de la familia, pues la terminación de su existencia como criada de servicio aceleraba su proceso de liberación que pretendían y acogían con entusiasmo. La república soviética debe a las mujeres que no haya fracasado su programa audaz y amplio para todos los sectores de la sociedad. Surgió una división de trabajo natural; las mujeres intervenían preferentemente en los sectores sociales que conocían tradicionalmente y con cuyos problemas se hallaban familiarizadas, así, por ejemplo, el problema de la maternidad o el general de las tareas domésticas para cuya práctica habían sido educadas durante siglos. En esas materias las mujeres no eran auxiliares de los hombres, sino que con mucha frecuencia eran ellas las que llevaban la iniciativa. Pero en otros sectores del aparato estatal dominaban los hombres, como antes, y por regla general las mujeres desempeñaban cargos de poca importancia, aunque naturalmente también existieron excepciones. Sin embargo, la división del trabajo fraccionó al proletariado no por sexos, sino que, por el contrario, condujo a una consolidación normal y soportable de las iniciativas en los distintos campos sociales. Pero esa tendencia no significa para nosotras, de ningún modo, que las mujeres sean incapaces de realizar tareas fuera del sector social y de la enseñanza, ya que conocemos perfectamente el papel tan importante que han desarrollado las obreras y campesinas en el proceso revolucionario y en la reconstrucción económica, porque sin la colaboración de la mujer habría tenido menos éxito nuestra lucha contra la contrarrevolución y los especuladores. Pues, por ejemplo, ¿no es cierto que sólo por medio de la colaboración incalculable de nuestras obreras y campesinas en la lucha contra las epidemias se haya podido resolver, en definitiva, la misión del sector de sanidad? Y también se ha puesto de relieve con frecuencia que las distintas campañas en el terreno económico y social únicamente han sido eficaces porque la mayoría de obreras y campesinas han participado en ellas (frecuentemente por medio del trabajo voluntario durante semanas). Sin embargo, queda en pie el hecho de que en el desarrollo de nuevas formas de vida y de conciencia transformada colaboran las mujeres espontáneamente en el momento actual a causa de su experiencia en solucionar aquellas cuestiones que son para nosotras las más importantes, pero que al mismo tiempo fortalecen a la colectividad. Nuestras propias experiencias después de la revolución de octubre demuestran que esa división de trabajo entre los sexos es correcta, tal como se ha llevado a efecto atendiendo a la experiencia histórica de todo el proletariado y a la sana inteligencia humana. Pues precisamente porque las mujeres colaboraron en campos con cuyos problemas estaban familiarizadas especialmente (las cantinas populares públicas, las instituciones estatales para madres y lactantes) pudieron aportar eficazmente su fuerza de trabajo a solucionar la urgentísima reconstrucción ayudando así a toda la república soviética. En la fase actual de la dictadura del proletariado la mujer puede adherirse aún menos que antes a los principios abstractos del feminismo, por consiguiente, a la equiparación abstracta. Precisamente, al contrario, una planificación razonable de la Rusia soviética debe tener en cuenta las cualidades físicas y espirituales de la mujer y debe dividir las diferentes tareas del trabajo entre los sexos de tal manera que la planificación sirva lo mejor posible al objetivo común de la colectividad. “Pues nuestras obreras y campesinas no pueden

luchar en el período de la dictadura del proletariado por la equiparación como tal sino deben propugnar que la fuerza de trabajo femenina se emplee adecuadamente y para que se garantice la protección a la madre.”

Los camaradas de ambos sexos de otros países deben aprender de las experiencias de la revolución rusa. Cuando el proletariado, después de la conquista del poder, comienza a desarrollar nuevas formas de vida, necesita no sólo técnicos proletarios que dispongan de conocimientos especializados correspondientes a las distintas ramas de la producción y al arte militar, sino también mujeres que sepan cómo se desarrollan nuevas formas de vida comunista, cómo se planifican y organizan hogares de lactantes y niños pequeños y las cantinas populares. Por lo tanto, mujeres que conozcan cómo puede ordenarse de nueva manera la vida en común de los seres humanos y las formas mejores de instituciones colectivas. Porque el proletariado sin el concurso activo de las mujeres no puede desarrollar nuevas formas de vida e incluso por eso la educación de las mujeres en el espíritu comunista es una misión importante para el proletariado internacional. Pero por eso no puede ser el trabajo femenino un asunto exclusivo de las proletarias. En la Rusia soviética vivimos un período agudo de la lucha de clases. Actualmente no está en el orden del día un modesto proyecto de reforma, sino una revolución total de la economía y de la conciencia. Por esta razón el problema de una inserción razonable y planificada de la fuerza de trabajo de nuestras mujeres en la tarea social y en la reconstrucción de la industria es también una cuestión política importantísima. Los enemigos del proletariado lo saben muy bien, y tienen sus buenas razones cuando los distintos Gobiernos burgueses se comportan de repente con tanta deferencia hacia las mujeres y les otorgan limosnas (en forma de equiparación política y de reformas en la legislación matrimonial). Con esa política pretenden amortiguar el descontento de las mujeres y su crítica peligrosa de las condiciones existentes. Como respuesta a tal fingimiento, nosotros los comunistas debemos fortalecer nuestro trabajo internacional femenino y ya se ha encargado de esta cuestión el Secretariado Femenino Internacional. En nuestra labor debemos partir de que el proletariado de ambos sexos tiene los mismos intereses; por eso debemos recalcar la solidaridad y el objetivo común del movimiento obrero, pero al mismo tiempo debemos tener en cuenta la posición especial de la mujer que se deriva de su papel social como madre. Por lo tanto, el Estado de trabajadores debe incorporar la fuerza de trabajo femenina de modo que sus facultades puedan desenvolverse en los campos que mejor se adaptan a sus experiencias y no puede olvidar que la mujer no sólo es mano de obra, sino que tiene que cumplir también un deber social, ya que las mujeres trabajan codo a codo con los hombres y además proporcionan a la sociedad nuevos ciudadanos y fuerzas de trabajo. Por eso el Estado de trabajadores está obligado a cuidar especialmente de las mujeres. En la fase de la dictadura del proletariado no es nuestra tarea conseguir la total igualdad entre los sexos, sino asegurar la incorporación razonable de la mano de obra femenina y organizar un sistema apropiado de instalaciones estatales de protección a la madre.

En el sistema capitalista, que se basa sobre la institución de la propiedad privada que se halla unida indisolublemente con el consumo privado de la pequeña familia, la mujer está condenada al trabajo improductivo en el hogar doméstico. Aunque los Gobiernos burgueses de los países capitalistas se declaran, en la actualidad, dispuestos a conceder a las mujeres una equiparación jurídica formal y otras limosnas, sin embargo, no es posible su liberación, pues el ejemplo de la república soviética muestra que solamente por medio de un cambio fundamental en el papel de la mujer dentro del proceso de la producción y unido con él en todos los demás campos sociales puede crearse la base para la liberación femenina.

Con estas enunciaciones terminamos ahora nuestras lecciones. Espero que durante las 14 charlas hayáis comprendido perfectamente que la situación y derechos de la mujer en la sociedad están determinados por su función en la producción. Por ese motivo no puede resolverse la cuestión femenina en los Estados capitalistas, y en la república soviética se solucionará el problema de la mujer porque todas las mujeres adultas y sin incapacidad realizan un trabajo socialmente útil y colaboran en la construcción de una economía comunista y en el desenvolvimiento de nuevas formas de vida. Vosotras que vais a trabajar junto a las mujeres en Rusia tenéis que ver con claridad lo siguiente: todavía hoy podrán llevar una existencia amarga como esposas o siervas las obreras y campesinas, pero para ellas hay una salida de esa situación: cuanta más energía empleemos para desarrollar las nuevas formas de producción y de vida, más rápidamente romperán las mujeres las cadenas de la esclavitud que ha durado tantos siglos. La revolución de octubre en Rusia ofrece a nuestras mujeres profesionalmente activas la oportunidad evidente para su emancipación. Si las mujeres la llevan a cabo, dependerá ahora realmente de su propia voluntad y talento. Ellas mismas deben darse cuenta de lo que hay que hacer. Ya existe la base para la liberación y el camino está marcado. ¿Qué queda ahora por hacer? Construir, construir, construir. Durante siglos la mujer fue esclavizada por la dictadura de la propiedad privada; por la dictadura del proletariado se liberó la mujer.

La prostitución y cómo combatirla

(1921)[264]

Camaradas, la cuestión de la prostitución es un tema difícil y espinoso al que se le ha prestado muy poca atención en la Rusia soviética. Esta oscura herencia de nuestro pasado capitalista continúa envenenando el ambiente de la república de los trabajadores y afecta a la salud física y moral de los obreros de la Rusia soviética. Es cierto que en tres años de revolución la naturaleza de la prostitución ha variado un poco bajo la presión de las cambiantes condiciones económico-sociales. Pero estamos todavía lejos de librarnos de este mal. La prostitución sigue existiendo y amenaza el sentimiento de solidaridad y camaradería entre los obreros y las obreras, los miembros de la república de los trabajadores. Y este sentimiento es el cimiento, la base de la sociedad comunista que estamos construyendo y haciendo realidad. Es hora de que afrontemos este problema. Es hora de que reflexionemos y atendamos a los motivos que dan lugar a la prostitución. Es hora de que encontremos formas y medios de deshacernos de una vez por todas de este mal, para el cual no hay lugar en una república de los trabajadores.

Nuestra república de los trabajadores hasta ahora no ha aprobado leyes enfocadas a la erradicación de la prostitución, y ni siquiera ha publicado una redacción prestigiosa y científica de la consideración de que la prostitución es algo que perjudica al colectivo. Sabemos que la prostitución es un mal, hasta reconocemos que, en este momento, en este período de transición tan complejo, la prostitución se ha vuelto extremadamente común. Pero hemos dejado de lado el asunto, nos hemos quedado callados al respecto. En parte por las actitudes hipócritas que hemos heredado de la burguesía, y en parte por nuestra propia reticencia a considerar y ponernos de acuerdo sobre el perjuicio que causan el incremento y la extensión masiva de la prostitución en el colectivo obrero. Y nuestra desgana en la lucha contra la prostitución se ha visto reflejada en nuestra legislación.

Hasta ahora no hemos aprobado ningún estatuto que reconozca la prostitución como un fenómeno social perjudicial. Cuando las viejas leyes zaristas fueron derogadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo, se suprimieron todos los estatutos sobre la prostitución. Pero no se presentaron nuevas medidas basadas en los intereses del pueblo trabajador. Por consiguiente, la política de las autoridades soviéticas hacia las prostitutas y la prostitución se ha caracterizado por su diversidad y sus contradicciones. En algunas áreas la policía todavía detiene a prostitutas igual que en los viejos tiempos. En otros lugares, subsisten burdeles muy abiertamente (la Comisión Interdepartamental para la Lucha contra la Prostitución tiene datos sobre esto). Y hay otros sitios donde las prostitutas son consideradas criminales y son recluidas en campos de trabajos forzados. Las diferentes actitudes de las autoridades locales resaltan así la ausencia de un estatuto reconocido ya redactado. Nuestra actitud vaga hacia este complejo fenómeno social es la responsable de algunas distorsiones y desviaciones de los principios subyacentes a nuestra legislación y moral.

Debemos por tanto no sólo encarar el problema de la prostitución sino buscar una solución que esté en la línea de nuestros principios fundamentales y el programa de transformación económica y social que sigue el partido de los comunistas. Debemos,

---

[264] *La prostitución y cómo combatirla*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Discurso a la tercera conferencia de dirigentes de los Departamentos Regionales de la Mujer de toda Rusia.

sobre todo, definir claramente qué es la prostitución. La prostitución es un fenómeno que está estrechamente ligado a las rentas, y se desarrolla y prospera en la época dominada por el capital y la propiedad privada. Las prostitutas, desde nuestro punto de vista, son mujeres que venden su cuerpo a cambio de beneficio material (por comida decente, por ropa y otras ventajas); son prostitutas todas aquellas que evitan la necesidad de trabajar entregándose a sí mismas a un hombre, ya sea por un tiempo o de por vida.

Nuestra república soviética de trabajadores ha heredado la prostitución del pasado capitalista, donde sólo un pequeño número de mujeres trabajaban directamente en la economía nacional y la mayoría contaba con el sostén masculino de la familia, con el padre o el marido. La prostitución surgió con los primeros estados como una sombra inevitable de la institución oficial del matrimonio, que estaba concebido para preservar los derechos de la propiedad privada y garantizar la herencia de la propiedad a través de un linaje de herederos legítimos. La institución del matrimonio hizo posible impedir que la riqueza acumulada fuera desperdigada entre un gran número de "herederos". Pero hay una gran diferencia entre la prostitución de Grecia y Roma y la prostitución que conocemos hoy. En los tiempos antiguos el número de prostitutas era pequeño, y no existía esa hipocresía, esencia de la moral del mundo burgués, que fuerza a la sociedad burguesa a quitarse el sombrero respetuosamente ante la "legítima esposa" de un magnate industrial (la cual obviamente se ha vendido a un marido al que no ama) para repudiar a una chica que ha sido forzada a las calles a causa de la pobreza, la indigencia, el desempleo y otras situaciones sociales que se derivan de la existencia del capitalismo y la propiedad privada. El mundo antiguo tenía a la prostitución como el complemento legal a las relaciones exclusivamente familiares. Aspasia, la amante de Pericles, era respetada por sus contemporáneos mucho más que las insulsas mujeres del aparato de reproducción [entiéndase aquí aparato como conjunto de personas. Nota del traductor].

En la Edad Media, donde predominaba la producción artesanal, la prostitución era aceptada como algo natural y legítimo. Las prostitutas tenían sus propios gremios y participaban en festivales y actividades locales de igual manera que los otros gremios. La prostituta aseguraba que las hijas de los respetables ciudadanos permanecieran castas y sus mujeres fieles, ya que los hombres solteros podían, por una retribución, acudir a las miembros del gremio para obtener consuelo. La prostitución se tornaba así beneficiosa para los respetables propietarios y era abiertamente aceptada por ellos.

Con el ascenso del capitalismo, la situación cambia. En los siglos XIX y XX la prostitución alcanza proporciones amenazantes por primera vez. La venta del trabajo de la mujer, que está estrecha e inseparablemente conectada a la venta del cuerpo femenino, se incrementa ininterrumpidamente, llevando a una situación donde la respetada esposa de un obrero, y no sólo la abandonada y "deshonrada" chica, se une a las filas de las prostitutas: una madre por el bien de sus hijos, o una joven como Sonya Marmeladova por el bien de su familia. Este es el horror y la desesperanza que resulta de la explotación del trabajo por el capital. Cuando los salarios de una mujer son insuficientes para mantenerla viva, la venta de favores parece una posible ocupación complementaria. La moral hipócrita de la sociedad burguesa fomenta la prostitución por la estructura de su economía explotadora, mientras que al mismo tiempo cubre con desprecio a cualquier chica o mujer que es forzada a tomar este camino.

La sombra negra de la prostitución acecha al matrimonio legal de la sociedad burguesa. La historia nunca antes ha presenciado tal crecimiento de la prostitución como ha ocurrido en la última parte del siglo XIX y el siglo XX. En Berlín hay una prostituta por cada veinte de las llamadas mujeres honestas. En París la proporción es de una de cada dieciocho y en Londres de una de cada nueve. Existen diferentes tipos de prostitución: existe una prostitución abierta, que es legal y está sujeta a regulación, y está

el tipo secreto, “temporal”. Todas las formas de prostitución florecen como una flor venenosa en los barrizales del estilo de vida burgués.

El mundo de la burguesía no perdona ni a las niñas, forzando a las chicas jóvenes de nueve y diez años a los sórdidos abusos de ancianos ricos y depravados. En los países capitalistas hay burdeles que se especializan exclusivamente en chicas jovencísimas. En el actual período de posguerra, toda mujer tiene que afrontar la posibilidad del desempleo. El paro azota a la mujer en particular y causa un enorme incremento del ejército de las “mujeres callejeras”. Masas hambrientas de mujeres en busca de compradores de “blancas” inundan de noche las calles de Berlín, París y otros centros desarrollados de los estados capitalistas. El comercio con los cuerpos de mujeres se desarrolla muy a la luz, lo cual no debe sorprendernos si consideramos que toda la vida burguesa está basada en la compra y la venta. Hay un elemento innegable de consideraciones materiales y económicas incluso en el más legal de los matrimonios. La prostitución es la única salida para la mujer que no puede mantenerse permanentemente. La prostitución bajo el capitalismo les da la oportunidad a los hombres de tener relaciones sexuales sin tener que asumir la responsabilidad de mantener a las mujeres hasta la tumba.

Pero si la prostitución tiene tanto arraigo y está tan extendida, hasta en la misma Rusia, ¿cómo debemos luchar contra ella? Para responder a esta cuestión debemos primero analizar con más detalle los factores que hacen surgir la prostitución. A la ciencia burguesa y sus académicos les encanta demostrar al mundo que la prostitución es un fenómeno patológico, por ejemplo, que es el resultado de las anormalidades de algunas mujeres. Del mismo modo que algunas personas son criminales por naturaleza, algunas mujeres, se argumenta, son prostitutas por naturaleza. Independientemente de dónde o cómo tales mujeres pudieran haber vivido, se habrían dedicado a una vida de pecadoras. Los marxistas y los académicos, médicos y estadísticos más conscientes han demostrado claramente la idea de que la “disposición innata” es falsa. La prostitución es sobre todo un fenómeno social; está estrechamente conectado a la necesitada posición de la mujer y su dependencia económica con respecto al hombre en el matrimonio y la familia. Las raíces de la prostitución están en la economía. La mujer, por un lado, está en una posición económicamente vulnerable, y, por el otro, condicionada por siglos de educación para esperar favores materiales de un hombre a cambio de favores sexuales (ya se den estos dentro o fuera de la atadura del matrimonio). Esta es la raíz del problema. Aquí está el origen de la prostitución.

Si los académicos burgueses de la escuela Lombroso-Tarnovsky estuviesen en lo cierto al mantener que las prostitutas nacen con el sello de la corrupción y la anormalidad sexual, ¿cómo se explicaría algo que es bien sabido por todos: que en tiempos de crisis y desempleo el número de prostitutas se incrementa inmediatamente? ¿Cómo se explicaría que los proveedores de “mercancía humana” que llegaban a la Rusia zarista provenientes de otros países de Europa occidental siempre encontraban una buena cosecha en zonas donde los cultivos habían sido un fracaso y la población estaba sufriendo de hambre, mientras que venían con nuevos empleados desde lejanas regiones de abundancia? ¿Por qué tantas de las mujeres que supuestamente están destinadas por naturaleza a la ruina sólo se han dado a la prostitución en años de hambre y desempleo?

Es también significativo que en los países capitalistas la prostitución recluta a sus empleados de entre los sectores desposeídos de la población. Trabajo mal pagado, indigencia, pobreza extrema y la necesidad de mantener a los hermanos y hermanas más pequeños: estos son los factores causantes del mayor número de prostitutas. Si las teorías burguesas sobre la disposición innata corrupta y criminal fueran ciertas, entonces todas las clases de la población deberían contribuir igualmente a la prostitución. Debería haber la misma proporción de mujeres corruptas entre los ricos y entre los pobres. Pero las

prostitutas profesionales, mujeres que viven de sus propios cuerpos, son contratadas de las clases pobres con raras excepciones. La pobreza, el hambre, la privación y las flagrantes desigualdades sociales, que son la base del orden burgués, conducen a estas mujeres a la prostitución.

O de nuevo uno puede señalar que las prostitutas en los países capitalistas tienen en su mayoría entre 13 y 20 años, de acuerdo con las estadísticas. Las niñas y las mujeres jóvenes, en otras palabras. Y la mayoría de estas chicas están solas y sin hogar. Las niñas criadas en ambientes ricos que tienen una estupenda familia burguesa que las protege rara vez caen en la prostitución. Las excepciones son generalmente víctimas de trágicas circunstancias. Por lo común son víctimas de la "doble moral" hipócrita. La familia burguesa abandona a la chica que ha "pecado" y ella (sola, sin mantenimiento y estigmatizada por el desprecio de la sociedad) ve en la prostitución la única salida.

Podemos por tanto enumerar como factores causantes de la prostitución: los salarios bajos, las desigualdades sociales, la dependencia económica de la mujer respecto al hombre, y la mala costumbre por la cual las mujeres esperan ser mantenidas a cambio de favores sexuales en vez de a cambio de su trabajo.

La revolución obrera en Rusia ha destrozado las bases del capitalismo y ha asestado un duro golpe a la antigua dependencia de la mujer respecto al hombre. Todos los ciudadanos son iguales ante la comunidad del trabajo. Están obligados por igual a trabajar por el bien común y son aptos por igual para el apoyo del colectivo cuando lo necesiten. Una mujer se mantiene no mediante el matrimonio sino por el papel que juega en la producción y por la contribución que realiza a la riqueza popular. Las relaciones entre los sexos se están transformando. Pero todavía somos prisioneros de las viejas ideas. Además, la estructura económica está lejos de ser completamente organizada de un modo nuevo, y el comunismo queda aún muy lejos. En este período de transición es natural que la prostitución siga teniendo un fuerte arraigo. Al fin y al cabo, aunque las causas principales de la prostitución (la propiedad privada y la política de fortalecimiento de la familia) han sido eliminadas, otros factores tienen peso. La indigencia, el abandono, las condiciones insalubres en las viviendas, la soledad y los bajos salarios para la mujer se mantienen en nuestros días. Nuestro aparato productivo sigue desplomado y continúa la dislocación de la economía nacional. Estas y otras condiciones económico-sociales llevan a la mujer a prostituirse.

Luchar contra la prostitución significa sobre todo luchar contra estas condiciones: en otras palabras, significa apoyar la política general del gobierno soviético, que está dirigida al fortalecimiento de las bases del comunismo y la organización de la producción.

Algunos podrían decir que no se necesita ninguna campaña especial, puesto que la prostitución estará fuera de lugar una vez que el poder de los obreros y las bases del comunismo estén fortalecidos. Este tipo de argumento no tiene en cuenta el efecto dañino y divisor que tiene la prostitución en la construcción de una nueva sociedad comunista.

La consigna correcta fue formulada en el Primer Congreso de la Mujer Obrera y Campesina de Toda Rusia: "Una mujer de la república obrera soviética es una ciudadana libre con iguales derechos, y no puede ni debe ser objeto de compra y venta". La consigna se proclamó, pero no se hizo nada. Sobre todo, la prostitución perjudica la economía nacional y obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas. Sabemos que sólo podemos superar el caos y mejorar la industria si empleamos los esfuerzos y las energías de los obreros y si organizamos la fuerza de trabajo disponible de los hombres y las mujeres de la manera más racional posible. ¡Abajo el trabajo improductivo de las tareas domésticas y del cuidado de los niños! Abrir paso al trabajo que está organizado y es productivo, y que sirve a la comunidad del trabajo. Estas son las consignas que nos deben ocupar.

¿Y qué es, después de todo, la prostituta profesional? Es una persona cuya energía no es usada por y para el colectivo; una persona que vive de los demás, tomando de las raciones de los demás. ¿Se puede permitir esto en una república de los trabajadores? No. No puede ser permitido, porque reduce las reservas de energía y el número de las manos laboriosas que están creando la riqueza nacional y el bienestar general. Desde el punto de vista de la economía nacional la prostituta profesional es una desertora del trabajo. Por esta razón debemos oponernos sin compasión a la prostitución. Por los intereses de la economía debemos empezar una lucha inmediata por reducir el número de prostitutas y eliminar la prostitución en todas sus formas.

Es hora de que entendamos que la existencia de la prostitución contradice los principios básicos de una república de los trabajadores que lucha contra toda forma de salario inmerecido. En los tres años de revolución nuestras ideas sobre este tema han cambiado mucho. Una nueva filosofía, que tiene poco en común con las viejas ideas, está forjándose. Hace tres años considerábamos a un comerciante una persona totalmente respetable. Asegurándonos de que sus cuentas estaban en orden y no engañaba ni estafaba a su cliente de una forma demasiado clara, era recompensado con el título de "comerciante de primera", "estimado ciudadano", etc.

Desde la revolución las actitudes hacia el comercio y los comerciantes han cambiado radicalmente. Ahora llamamos al "comerciante honrado" un especulador, y en vez de recompensarlo con títulos honorarios lo llevamos ante una comisión especial y lo ponemos en un campo de trabajos forzados. ¿Por qué hacemos esto? Porque sabemos que solamente podemos construir una nueva economía comunista si todos los ciudadanos adultos se implican en el trabajo productivo. La persona que no trabaja y que vive de alguien o de un salario inmerecido perjudica al colectivo y a la república. Nosotros, por tanto, perseguimos a los especuladores, a los comerciantes y a los acaparadores, ya que todos viven de las rentas. Debemos luchar contra la prostitución como otra forma de deserción laboral.

Por tanto, no condenamos la prostitución y luchamos contra ella como una categoría especial sino como un tipo de deserción laboral. Para nosotros en la república de los trabajadores no es importante si una mujer se vende a un hombre o a muchos, si está considerada como una prostituta profesional vendiendo sus favores a unos clientes o como esposa vendiéndose a su marido. Todas las mujeres que evitan el trabajo y no toman parte en la producción o en el cuidado de los niños se exponen a la posibilidad de que, al igual que a las prostitutas, se las fuerce a trabajar. No podemos diferenciar entre una prostituta y una esposa legítima mantenida por su esposo, quienquiera que sea su marido (incluso si es un "comisario"). El fracaso a la hora de formar parte del trabajo productivo es el hilo común que conecta a todos los desertores del trabajo. El colectivo obrero condena a la prostituta no porque entregue su cuerpo a muchos hombres sino porque, igual que la esposa legítima que se queda en casa, no hace ningún trabajo útil para la sociedad.

La segunda razón para organizar una campaña deliberada y planificada contra la prostitución es la de salvaguardar la salud del pueblo. La Rusia soviética no quiere que la enfermedad paralice y debilite a sus ciudadanos y reduzca su capacidad de trabajo. Y la prostitución extiende enfermedades venéreas. Por supuesto, no es el único medio por el cual la enfermedad se transmite. El hacinamiento, la ausencia de hábitos de higiene, la vajilla y las toallas comunes también contribuyen. Además, en esta época de normas morales cambiantes y particularmente cuando hay también un continuo movimiento de tropas de un sitio a otro, se registra un intenso ascenso en el número de casos de enfermedades venéreas que tuvieron lugar al margen de la prostitución comercial. La guerra civil, por ejemplo, está arrasando en las fértiles regiones del sur. Los cosacos

fueron abatidos y han regresado con los blancos. Las mujeres se quedan solas en las aldeas. Tienen abundancia de todo excepto de maridos. Las tropas del Ejército Rojo entran en la aldea. Son alojados en las casas y se quedan varias semanas. Se desarrollan relaciones libres entre los soldados y las mujeres. Estas relaciones no tienen nada que ver con la prostitución: la mujer va con el hombre voluntariamente porque se siente atraída por él, y no hay ningún pensamiento de obtener ganancia material de ello. No es el soldado del Ejército Rojo el que mantiene a la mujer sino más bien lo contrario. La mujer cuida de él durante el tiempo en que las tropas se alojan en la aldea. Las tropas se marchan, pero dejan enfermedades venéreas detrás. La infección se extiende. Las enfermedades se desarrollan, se multiplican y amenazan con destrozar a las generaciones más jóvenes.

En una reunión conjunta del departamento de protección de la maternidad y el departamento de la mujer, el profesor Koltsov habló de eugenesia, la ciencia de mantener y mejorar la salud de la humanidad. La prostitución está estrechamente relacionada con este problema, ya que es una de las formas principales en que se extienden las infecciones. Las tesis de la comisión interdepartamental sobre la lucha contra la prostitución señalan que es una tarea urgente el desarrollo de medidas especiales para luchar contra las enfermedades venéreas. Se deben por supuesto dar pasos para tratar todo tipo de enfermedades, y no sólo la prostitución en la forma que la hipócrita sociedad burguesa lo hace. Pero, aunque las enfermedades se extiendan hasta cierto punto por las circunstancias cotidianas, no obstante, es esencial difundir una clara idea de cuál es el papel que la prostitución juega aquí. La organización correcta de la educación sexual para los jóvenes es especialmente importante. Debemos armar a los jóvenes de información precisa que les permita llegar a la vida con los ojos abiertos. No debemos quedarnos por más tiempo callados ante cuestiones relacionadas con la vida sexual; debemos romper con la falsa e intolerante moral burguesa.

La prostitución no es compatible con la república obrera soviética por una tercera razón: no contribuye al desarrollo y fortalecimiento ni de un carácter de clase ni del proletariado y su nueva moral.

¿Cuál es el atributo fundamental de la clase obrera? ¿Cuál es su arma moral más fuerte en esta lucha? La solidaridad y el compañerismo es la base del comunismo. Hasta que este sentido no se desarrolle ampliamente entre los trabajadores, la construcción de una verdadera sociedad comunista es inconcebible. Los comunistas políticamente más conscientes deberían en consecuencia fomentar el desarrollo de la solidaridad en todos los sentidos y luchar contra los que entorpecen su desarrollo (la prostitución destruye la igualdad, la solidaridad y el compañerismo de las dos mitades de la clase obrera). Un hombre que compra los favores de una mujer no la ve como una camarada o como una persona con iguales derechos. Ve a la mujer como dependiente de él mismo y como una criatura desigual de rango inferior que es inservible al estado de los trabajadores. El desprecio que tiene por la prostituta, cuyos favores ha comprado, afecta en su actitud hacia todas las mujeres. El desarrollo de la prostitución, lejos de permitir el incremento del sentimiento de camaradería y de la solidaridad, fortalece la desigualdad de las relaciones entre sexos.

La prostitución es ajena y perjudicial para la nueva moral comunista que está en proceso de formación. La tarea del partido en general y de los departamentos de la mujer en particular debe ser lanzar una amplia y decidida campaña contra esta herencia del pasado. En la sociedad burguesa todos los intentos de luchar contra la prostitución eran un inútil gasto de energía, ya que los dos factores que alimentaban el fenómeno (la propiedad privada y la dependencia material, directa de la mayoría de las mujeres respecto al hombre) estaban firmemente establecidas. En una república de los trabajadores la situación ha cambiado. La propiedad privada se ha abolido y todos los ciudadanos de la

república están obligados a trabajar. El matrimonio ha dejado de ser un método mediante el cual la mujer podía encontrar alguien que la mantuviese y así evitar la necesidad de trabajar y de mantenerse a sí misma mediante su propio trabajo. Los grandes factores sociales que daban pie a la prostitución han sido eliminados en la Rusia soviética. Un número de factores secundarios económicos y sociales aún perviven, con los cuales es más fácil acabar. Los departamentos de la mujer deben abordar la lucha con energía y encontrarán un amplio campo para la actividad.

Por iniciativa del Departamento Central, se organizó el año pasado una comisión interdepartamental dedicada a la lucha contra la prostitución. Por varias razones el trabajo de la comisión fue descuidado por un tiempo, pero desde el otoño de este año ha habido señales de vida, y con la cooperación del doctor Goldman y el Departamento Central (de la Mujer) se ha planeado y organizado trabajo. Se han implicado representantes de los Consejos de Comisarios del Pueblo de salud, trabajo, seguridad social e industria, el departamento de la mujer y la unión de la juventud comunista. La comisión ha impreso las tesis en el boletín n.º 4, distribuye circulares a todos los departamentos regionales de seguridad social que esbozan un plan para establecer comisiones similares por todo el país, y ha comenzado a poner en marcha una serie de medidas concretas que abarcan los factores que dan lugar a la prostitución.

La comisión interdepartamental considera necesario que los departamentos de la mujer tomen parte activa en esta tarea, ya que la prostitución afecta a las mujeres desposeídas de la clase obrera. Es nuestro trabajo, es el trabajo de los departamentos de la mujer organizar una campaña de masas en torno a la cuestión de la prostitución. Debemos abordar este tema teniendo en cuenta los intereses del colectivo obrero y asegurar que la revolución dentro de la familia se complete, y que las relaciones entre los sexos se sustenten en una base más humana.

La comisión interdepartamental, como dicen las tesis claramente, es de la opinión de que la lucha contra la prostitución está relacionada fundamentalmente con la realización de nuestra política soviética en el área de la economía y la construcción general. La prostitución será erradicada cuando las bases del comunismo se fortalezcan. Esta es la certeza que determina nuestras acciones. Pero también necesitamos comprender la importancia de crear una moral comunista. Las dos tareas están estrechamente conectadas: la nueva moral la crea una nueva economía, pero no construiremos una nueva economía comunista sin el apoyo de una nueva moral. La claridad y un pensamiento preciso son esenciales en este asunto, y no tenemos nada que temer de la verdad. Los comunistas deben aceptar abiertamente que están teniendo lugar cambios sin precedente en la naturaleza de las relaciones sexuales. Son los cambios en la estructura económica y el nuevo papel que la mujer juega en la actividad productiva del estado obrero los que han dado vida a esta revolución. En este difícil período de transición, donde se está destruyendo lo viejo y lo nuevo está en proceso de crearse, las relaciones entre sexos a veces se manifiestan como no compatibles con los intereses del colectivo. Pero hay también algo bueno en la diversidad de relaciones que se tienen.

Nuestro partido y los departamentos de la mujer en particular deben analizar las diferentes formas de relaciones para determinar cuáles son compatibles con las tareas generales de la clase revolucionaria y sirven al fortalecimiento del colectivo y sus intereses. Los comunistas deben rechazar todo comportamiento que sea perjudicial para el colectivo. Así es como el Departamento Central de la Mujer ha entendido las tareas de la comisión interdepartamental. No sólo es necesario tomar medidas prácticas para luchar contra la situación y las circunstancias que nutren la prostitución y resolver los problemas de la vivienda y la soledad, etc.; sino también ayudar a la clase obrera a establecer su moral junto a su dictadura.

La comisión interdepartamental señala que en la Rusia soviética la prostitución se practica (a) como una profesión y (b) como un medio de conseguir ingresos complementarios. La primera forma de prostitución es menos común y en Petrogrado, por ejemplo, el número de prostitutas no ha sido reducido significativamente por las detenciones de los profesionales. El segundo tipo de prostitución está extendido en los países capitalistas (en Petrogrado, después de la revolución, de un total de cincuenta mil prostitutas sólo unas seis o siete mil estaban registradas), y continúa bajo distintas apariencias en nuestra Rusia, las mujeres soviéticas intercambian sus favores por un par de botas de tacón alto; las mujeres trabajadoras y las madres de las familias venden sus favores por harina. Las mujeres campesinas duermen con los encargados de los destacamentos anti-especuladores con la esperanza de ahorrarse su comida empaquetada, y las trabajadoras de oficina duermen con sus jefes a cambio de raciones, zapato, etc. con la esperanza de conseguir un ascenso.

¿Cómo podríamos luchar contra esta situación? La comisión interdepartamental tuvo que afrontar la importante cuestión de si debía hacerse o no de la prostitución un delito. Muchos de los representantes de la comisión se vieron conducidos hacia el punto de vista de que la prostitución debería ser un delito, argumentando que las prostitutas profesionales son verdaderas desertoras del trabajo. Si se aprobaran tales leyes, las detenciones y los campos forzados para las prostitutas se convertirían en política oficial.

El Departamento Central se pronunció firme y absolutamente en contra de esa medida, señalando que, si las prostitutas debieran ser arrestadas sobre tales bases, también debería arrestarse a todas las esposas legítimas que son mantenidas por sus maridos y no contribuyen a la sociedad. La prostituta y el ama de casa son ambas desertoras del trabajo, y no se puede enviar a una a campos de trabajos forzados sin enviar a la otra. Esta fue la posición que tomó el Departamento Central, y fue apoyada por el representante del Comisariado de Justicia. Si tomamos la deserción laboral como norma, no podemos ayudar a sancionar todas las formas de deserción laboral. El matrimonio o la existencia de ciertas relaciones entre los sexos no tienen importancia ni juegan ningún papel en la definición de los delitos en una república del trabajo.

En la sociedad burguesa una mujer está condenada a la persecución no cuando no realiza trabajo alguno en beneficio de la comunidad ni porque se vende por beneficios materiales (dos tercios de las mujeres en la sociedad burguesa se venden a sus legítimos maridos), sino cuando sus relaciones sexuales son informales y de corta duración. El matrimonio en la sociedad burguesa se caracteriza por su duración y por la naturaleza oficial de su registro. La herencia de la propiedad se conserva de esta manera. Las relaciones que tienen una naturaleza temporal y carecen de sanción oficial están consideradas vergonzosas por los intolerantes e hipócritas defensores de la moral burguesa.

¿Podemos nosotros, que defendemos los intereses de los obreros, definir las relaciones temporales y no registradas como delictivas? Por supuesto que no. La libertad en las relaciones entre los sexos no contradice la ideología comunista. Los intereses del colectivo obrero no se ven afectados por la naturaleza temporal o duradera de una relación o porque esté fundamentada en el amor, la pasión o una atracción física pasajera.

Una relación es dañina y ajena al colectivo sólo si se da el negocio material entre sexos, sólo cuando los cálculos mundanos son un sustituto de la atracción mutua. Si el negocio toma la forma de prostitución o de una relación de matrimonio legal no es importante. Estas relaciones dañinas no pueden ser permitidas, ya que amenazan la igualdad y la solidaridad. Debemos por tanto condenar toda prostitución, e ir igual de lejos explicando a estas esposas legítimas que son "mujeres sustentadas" qué lamentable e intolerable papel están jugando en el estado obrero.

¿Puede la presencia u otra forma de negocio material ser empleado como norma en la determinación de qué es y qué no es un delito? ¿Podemos realmente persuadir a una pareja para que admita si hay un elemento de cálculo en su relación o no? ¿Funcionaría una ley como esta, especialmente teniendo en cuenta que ahora mismo se tienen una gran variedad de relaciones entre los obreros y que las ideas sobre la moral sexual están en constante cambio? ¿Dónde termina la prostitución y dónde empieza el matrimonio de conveniencia? La comisión interdepartamental se opuso a la sugerencia de que las prostitutas deberían ser penadas por prostituirse, por ejemplo, por la compra y la venta. Se limitan a sugerir que todo convicto desertor del trabajo se dirija a la red de seguridad social y de allí a la sección del comisariado encargado de la utilización de la fuerza de trabajo o a los sanatorios y hospitales. La prostituta no es un caso especial; como con otras categorías de desertor, sólo es enviada a hacer trabajos forzados si evade el trabajo una y otra vez. Las prostitutas no son tratadas de un modo diferente de los otros desertores del trabajo. Este es un paso importante y valiente, digno de la primera república del trabajo del mundo.

La cuestión de la prostitución como un delito se trató en la tesis n.º 15. El siguiente problema que tenía que ser afrontado era el de si la ley debería penar a los clientes de la prostitución. Había algunos en la comisión que estaban a favor de esto, pero tuvieron que abandonar la idea, que no se derivaba lógicamente de nuestras premisas fundamentales. ¿Cómo se define a un cliente? ¿Es alguien que compra los favores de una mujer? En ese caso los maridos de muchas esposas legítimas serían también culpables. ¿Quién puede decidir quién es un cliente y quién no? Se sugirió que este problema se estudiara más a fondo antes de que se tomase una decisión, pero el Departamento Central y la mayoría de la comisión estaban en contra de ello. Como representante del Comisariado de Justicia, admití que, si no era posible definir con precisión cuándo se había cometido un delito, entonces la idea de penar a los clientes era insostenible. La posición del Departamento Central fue adoptada una vez más.

Pero mientras la comisión aceptaba que los clientes no podían ser penados por la ley, se expresó por la condena moral de aquellos que frecuentaban a prostitutas o que de alguna forma hacían negocio de la prostitución. De hecho, las tesis de la comisión señalan que los intermediarios que sacan tajada de la prostitución pueden ser procesados como personas que ganan dinero de otra forma que no es de su propia fuerza de trabajo. Las propuestas legislativas para ello han sido redactadas por la comisión interdepartamental y expuestas al Consejo de Comisarios del Pueblo. Entrarán en vigor próximamente.

Me falta indicar las medidas puramente prácticas que pueden ayudar a reducir la prostitución, y en la implementación de las que el departamento de la mujer puede jugar un papel activo. No hay duda de que los salarios bajos e insuficientes que las mujeres reciben siguen funcionando como uno de los factores reales que empujan a la mujer a la prostitución. Según la ley, los salarios de los trabajadores y las trabajadoras son iguales, pero en la práctica la mayoría de las mujeres son contratadas en trabajos no cualificados. El problema de mejorar sus habilidades mediante el desarrollo de una red de cursos especiales debe ser tratado. La tarea del departamento de la mujer debe ser influir en las autoridades de la educación para que redoblen la provisión de formación vocacional para la mujer trabajadora.

El atraso político de la mujer y su falta de conciencia social es una segunda causa de la prostitución. El departamento de la mujer debería incrementar su trabajo entre la mujer proletaria. La mejor forma de luchar contra la prostitución es elevar la conciencia política de las amplias masas femeninas e involucrarlas en la lucha revolucionaria para construir el comunismo.

El hecho de que la situación de la vivienda no se haya resuelto aún también fomenta la prostitución. El departamento de la mujer y la comisión para la lucha contra la prostitución pueden y deben tener algo que decir sobre la solución de este problema. La comisión interdepartamental está sacando adelante un proyecto sobre la provisión de comunas barriales para los jóvenes trabajadores y sobre el establecimiento de casas que proveerán de acomodamiento a las mujeres cuando hayan recién llegado en cualquier lado. Sin embargo, hasta que el departamento de la mujer y los konsomoles de las provincias muestren algo de iniciativa y se muevan en este sentido, todas las directrices de la comisión quedarán como bonitas y benévolas resoluciones (pero se quedarán en el papel). Y hay mucho que podemos y debemos hacer. Los departamentos locales de la mujer deben trabajar conjuntamente con las comisiones de educación para plantear la cuestión de la correcta organización de la educación sexual en los colegios. También podrían mantener una serie de debates y lecturas sobre el matrimonio, la familia y la historia de las relaciones entre sexos, remarcando la dependencia de este fenómeno y de la moral sexual misma con respecto a los factores económicos.

Es hora de que esclarezcamos la cuestión de las relaciones sexuales. Es hora de que nos aproximemos a esta cuestión con un espíritu de crítica implacable y científica. Ya he dicho que la comisión interdepartamental ha aceptado que las prostitutas profesionales deben ser tratadas de la misma forma que los desertores laborales. De aquí por tanto se deduce que la mujer que tenga un trabajo pero que esté practicando la prostitución como fuente de ingresos secundaria no puede ser perseguida. Pero esto no quiere decir que no luchemos contra la prostitución. Somos conscientes de que, como he señalado anteriormente en más de una ocasión, la prostitución perjudica al colectivo obrero, afectando negativamente a la psicología de los hombres y las mujeres y distorsionando los sentimientos de igualdad y solidaridad. Nuestra tarea es reeducar al colectivo obrero y armonizar su psicología con las tareas económicas de la clase obrera. Debemos desechar inflexiblemente las viejas ideas y actitudes a las que nos aferramos a través de las costumbres. La economía va por delante, ha aventajado a la ideología. La vieja estructura económica se está desintegrando y con ella el viejo tipo de matrimonio, pero nos aferramos a los estilos de vida burgueses. Estamos dispuestos a rechazar todos los aspectos del viejo sistema y dar la bienvenida a la revolución en todas las esferas de la vida, sólo que… ¡no toques a la familia, no trates de cambiar la familia! Incluso los comunistas políticamente más conscientes tienen miedo de contemplar honradamente la verdad, dejan de lado la evidencia que demuestra sin lugar a dudas que las ataduras de la vieja familia se están debilitando y que las nuevas formas de la economía dictan nuevas formas de relaciones entre sexos. El poder soviético reconoce que la mujer tiene un papel que jugar en la economía nacional y la ha situado en una posición igual a la del hombre en este sentido, pero en la vida diaria aún tenemos que soportar las “viejas formas” y estamos dispuestos a aceptar como normales matrimonios que se basan en la dependencia material de la mujer con respecto al hombre. En nuestra lucha contra la prostitución debemos aclarar nuestra actitud hacia las relaciones conyugales que se basan en los propios principios de “compra y venta”. Debemos aprender a ser inflexibles en este tema; no debemos desviarnos de nuestro propósito por demandas sentimentales tales como “mediante tu crítica y tu sermoneo científico violas los sagrados lazos familiares”. Tenemos que dejar bien claro que la vieja forma de familia ha sido superada. La sociedad comunista no tiene ninguna necesidad de ella. El mundo burgués dio su bendición a la exclusividad y al aislamiento de la pareja matrimonial respecto del colectivo; en la sociedad burguesa, atomizada e individualista, la familia era la única protección de la tormenta de la vida, un puerto tranquilo en un mar de hostilidad y competencia. La familia era un colectivo independiente y cerrado. En la sociedad comunista esto no debe existir.

La sociedad comunista presupone un sentido tan fuerte del colectivo que se excluye cualquier posibilidad de existencia del grupo familiar aislado e introspectivo. En el presente se puede observar que las ataduras de parentesco, familia e incluso de vida matrimonial se van debilitando. Nuevas ataduras están siendo forjadas entre los trabajadores y el compañerismo, los intereses comunes, la responsabilidad colectiva y la fe en el colectivo se están asentando como los más altos principios morales.

No me haré cargo de predecir la forma de matrimonio o de relaciones entre sexos que se asumirán en el futuro. Pero de una cosa no hay duda: el comunismo estará ausente de toda dependencia de la mujer con respecto al hombre y de todos los elementos de cálculos materiales que se hallan en el matrimonio contemporáneo. Las relaciones sexuales estarán basadas en un instinto saludable de reproducción provocado por el desenfreno del amor joven, por una ferviente pasión, por un fogonazo de atracción física o por una cariñosa luz de armonía intelectual y emocional. Tales relaciones sexuales no tienen nada en común con la prostitución. La prostitución es espantosa porque es un acto de violencia de la mujer sobre sí misma en el nombre del beneficio material. La prostitución es un acto brutal de cálculo material que no deja lugar para el amor y la pasión. Donde empieza la pasión y la atracción, termina la prostitución. Bajo el comunismo, la prostitución y la familia contemporánea desaparecerán. Se desarrollarán las relaciones sexuales saludables, alegres y libres. Una nueva generación surgirá, independiente y valiente y con un fuerte sentido del colectivo: una generación que sitúa el bien del colectivo por encima de todo.

¡Camaradas! Estamos sentando las bases para este futuro comunista. Está en nuestras manos acelerar la llegada de este futuro. Debemos fortalecer el sentido de solidaridad en el seno de la clase obrera. Debemos fomentar este sentido de compañerismo. La prostitución obstaculiza el desarrollo de la solidaridad, y por tanto debemos apelar a los departamentos de la mujer para que comiencen una campaña inmediata para erradicar este mal.

¡Camaradas! Nuestra tarea es cortar las raíces que dan vida a la prostitución. Nuestra tarea es librar una lucha sin tregua contra todos los remanentes de individualismo y del antiguo tipo de matrimonio. Nuestra tarea es revolucionar las actitudes en la esfera de las relaciones sexuales, armonizarlas con el interés del colectivo obrero. Cuando el colectivo comunista haya eliminado las formas contemporáneas de matrimonio y de familia, el problema de la prostitución dejará de existir.

Pongámonos manos a la obra, camaradas. La nueva familia está ya en proceso de creación y la gran familia del triunfante proletariado mundial se está desarrollando y haciéndose más fuerte.

Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales

(1921)[265]

Familia y matrimonio son categorías históricas, fenómenos que se desarrollan de acuerdo a las relaciones económicas que existen en un nivel de producción dado. La forma del matrimonio y de la familia queda así determinada por el sistema económico de la época dada, y cambia a medida que la base económica de la sociedad cambia. La familia (de la misma forma que el gobierno, la religión, la ciencia, la moral, el derecho y las costumbres) es parte de la superestructura que deriva del sistema económico de la sociedad.

Donde las funciones económicas son desempeñadas por la familia en lugar de serlo por la sociedad en su conjunto, las relaciones familiares y matrimoniales son más estables y poseen una capacidad vital: "Cuanto menor sea el desarrollo del trabajo y más limitado su volumen de producción... más preponderantemente el orden social parece estar dominado por lazos de sexo" (Engels, *Los orígenes de la familia…*). En el período de la economía natural la familia formó una unidad económica cerrada que era necesaria para la humanidad y por lo tanto tenía una capacidad vital. La familia era entonces una unidad de producción y consumo. Fuera de la unidad económicofamiliar, el individuo no tenía medios, especialmente en los primeros niveles del desarrollo de la sociedad, de sostener las condiciones necesarias para la vida. En algunas zonas y en algunos países donde el capitalismo está débilmente desarrollado (entre los pueblos de oriente, por ejemplo), la familia campesina sigue siendo fundamentalmente una unión económicofamiliar. Con la transición, sin embargo, de una economía natural a una economía capitalista basada en el comercio y el intercambio, la familia deja de ser necesaria para el funcionamiento de la sociedad y pierde así su fuerza y capacidad vital.

El hecho de que, con la consolidación del sistema capitalista de producción, la unión familia matrimonial se desarrolle desde una unidad de producción hasta convertirse en un acuerdo jurídico sólo relacionado con el consumo, conduce inevitablemente al debilitamiento de los lazos maritales y familiares. En la era de la propiedad privada y del sistema económico burguéscapitalista, el matrimonio y la familia se fundamentan en (a) consideraciones materiales y financieras, (b) la dependencia económica del sexo femenino en el sostén de la familia (el marido) en lugar del colectivo social, y (c) la necesidad de cuidar a la nueva generación. El capitalismo mantiene un sistema de economías individuales: la familia tiene un papel que desempeñar en la realización de tareas y funciones económicas dentro de la economía capitalista. Así, bajo el capitalismo, la familia no se funde ni se disuelve en la economía social, sino que continúa existiendo como unidad económica independiente, preocupada por la producción en el caso de la familia campesina y por el consumo en el caso de la familia urbana. La economía individual que nace de la propiedad privada es la base de la familia burguesa.

[265] *Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano Александра Коллонтай: Тезисы о коммунистической морали в области брачных отношений (коммунизм; 1921, №10-11.) *Kommunistka* nº 12. 1921.

La economía comunista elimina a la familia. En el período de la dictadura del proletariado se produce una transición hacia el plan único de producción y el consumo social colectivo, y la familia pierde su importancia como unidad económica. Las funciones económicas externas de la familia desaparecen y el consumo deja de estar organizado sobre una base familiar individual; se establece una red de cocinas y comedores sociales, y la confección, reparación y lavado de ropa y otros aspectos del trabajo doméstico están integrados en la economía nacional. En el período de la dictadura del proletariado, la unidad económica familiar debe ser considerada, desde el punto de vista de la economía nacional, no sólo como inútil sino como perjudicial. La unidad económica familiar implica (a) el gasto no económico de los productos y el combustible por parte de las pequeñas economías domésticas, y (b) el trabajo improductivo, especialmente por parte de las mujeres, en el hogar, por lo que está en conflicto con el interés de la república obrera en un solo plan económico y en el uso más eficiente de la mano de obra (incluidas las mujeres).

Bajo la dictadura del proletariado, entonces, dejan de existir las consideraciones materiales y económicas en las que se fundamentó la familia. También desaparecen la dependencia económica de las mujeres de los hombres y el papel de la familia en el cuidado de la generación más joven, a medida que los elementos comunistas en la república de los trabajadores se fortalecen. Con la introducción de la obligación de todos los ciudadanos de trabajar, la mujer tiene un valor en la economía nacional que es independiente de su familia y de su estado civil. Se suprime la subyugación económica de las mujeres en el matrimonio y en la familia, y la responsabilidad por el cuidado de los niños y su educación física y espiritual es asumida por el colectivo social. La familia enseña e instala el egoísmo, debilitando así los lazos del colectivo y obstaculizando la construcción del comunismo. Sin embargo, en la nueva sociedad las relaciones entre padres e hijos se liberan de cualquier elemento de consideración material y entran en una nueva etapa histórica.

Una vez que la familia ha sido despojada de sus funciones económicas y de sus responsabilidades hacia la generación más joven, y ya no es fundamental para la existencia material de la mujer, ha dejado de ser una familia. La unidad familiar se reduce a una unión de dos personas basada en un acuerdo mutuo.

En el período de la dictadura del proletariado, el estado obrero no tiene que preocuparse de la unidad económica y social de la familia, ya que esta unidad muere a medida que los lazos del comunismo se consolidan, pero con las formas cambiantes de las relaciones matrimoniales. La familia como unidad económica y como una unión de padres e hijos basada en la necesidad de proveer el bienestar material de estos últimos está condenada a desaparecer. Por lo que el colectivo de los trabajadores tiene que establecer su actitud no hacia las relaciones económicas, sino hacia la forma de las relaciones entre los sexos. ¿Qué tipo de relaciones entre los sexos son mejores para el interés del colectivo de los trabajadores? ¿Qué forma de relación fortalecería el colectivo en la etapa de transición entre el capitalismo y el comunismo y ayudaría así a la construcción de la nueva sociedad? Las leyes y la moralidad que el sistema obrero están generando han comenzado a dar respuestas a estas preguntas.

Una vez que las relaciones entre los sexos dejen de desempeñar la función económica y social de la antigua familia, ya no serán la preocupación del colectivo obrero. No son las relaciones entre los sexos sino el resultado (el niño) lo que concierne al colectivo. El estado obrero reconoce su responsabilidad de proveer económicamente para la maternidad, es decir, de garantizar el bienestar de la mujer y del niño, pero no reconoce a la pareja como una de unidad jurídica separada del colectivo de los trabajadores. Los decretos sobre el matrimonio emitidos por la república obrera que establecen los derechos

recíprocos de la pareja casada (el derecho a exigir el apoyo material del excónyuge para la mujer o los hijos), y así dan un estímulo legal a la separación de esta unidad y sus intereses de los intereses generales del colectivo social de los trabajadores (el derecho de las esposas a ser trasladadas a la ciudad o aldea donde trabajan sus maridos) son residuos del pasado; contradicen los intereses del colectivo y debilitan sus vínculos, por lo que deben revisarse y modificarse.

La ley debe enfatizar el interés del colectivo de trabajadores en la maternidad y eliminar la situación en la que el niño depende de la relación entre sus padres. La ley del colectivo obrero reemplaza el derecho de los padres, y el colectivo de los trabajadores vigila de cerca los intereses de la economía unificada y de los recursos laborales presentes y futuros. En el período de la dictadura del proletariado debe existir, en lugar del derecho matrimonial, la regulación de la relación del gobierno con la maternidad, de la relación madre/hijo y de la relación entre la madre y el colectivo de los trabajadores (es decir, las normas jurídicas deben regular la protección del trabajo femenino, el bienestar de las madres embarazadas y lactantes, el bienestar de los niños y su educación social). Las normas legales deben regular la relación entre la madre y el niño educado socialmente, y entre el padre y el niño. La paternidad no debe establecerse a través del matrimonio o de una relación de naturaleza material. El hombre debería ser capaz de elegir si acepta o no el papel del padre (es decir, el derecho que comparte por igual con la madre para decidir sobre un sistema social de educación para el niño y el derecho, cuando esto no entra en conflicto con el interés del colectivo, del contacto intelectual con el niño y la oportunidad de influir en su desarrollo).

Hay dos razones por las que, en interés del colectivo de los trabajadores, las relaciones entre los sexos deben estar sujetas a reglamentaciones legislativas: a) la salud y la higiene de la nación y la raza, y b) el aumento o disminución de la población requerida por el colectivo económico nacional. En el período de la dictadura del proletariado, la regulación de las relaciones entra en una nueva fase. En lugar de las leyes y la amenaza de un proceso judicial, el colectivo de trabajadores debe basarse en la influencia de la agitación y de la educación y en medidas sociales para mejorar las relaciones entre los sexos y garantizar la salud de los hijos nacidos de estas relaciones. Por ejemplo, los comisariados de salud y educación deben llevar a cabo una amplia campaña sobre la cuestión de las enfermedades venéreas y otras enfermedades infecciosas, reduciendo así el peligro de propagación de estas enfermedades a través de las relaciones sexuales y la vida cotidiana. Una persona es culpable ante la ley no por haber tenido relaciones sexuales sino por haber guardado conscientemente silencio y ocultado el hecho de que tiene una enfermedad ante aquellos con quienes vive y trabaja, y por lo tanto por no observar la regla de las precauciones a tomar para reducir la probabilidad de infección.

En el período de la dictadura del proletariado, la moral comunista (y no la ley) regula las relaciones sexuales en interés del colectivo obrero y de las generaciones futuras.

Cada época histórica (y por lo tanto económica) en el desarrollo de la sociedad tiene su propio ideal de matrimonio y su propia moral sexual. Bajo el sistema tribal, con sus lazos de parentesco, la moral era diferente a la que se desarrolló con el establecimiento de la propiedad privada y del gobierno del marido y el padre (el patriarcado). Los diferentes sistemas económicos tienen diferentes códigos morales. No sólo cada etapa del desarrollo de la sociedad, sino cada clase tiene su correspondiente moral sexual (basta con comparar la moral de la clase terrateniente feudal y de la burguesía en una misma época para ver que esto es cierto). Cuanto más firmemente se establecen los principios de la propiedad privada, más estricto es el código moral. La importancia de la virginidad antes del matrimonio legal nació del principio de la propiedad privada y la renuencia de los hombres a pagar por los hijos de otros.

La hipocresía (la observancia externa del decoro y la práctica actual de la depravación) y el doble código (un código de conducta para el hombre y otro para la mujer) son los dos pilares de la moral burguesa. La moral comunista debe, ante todo, rechazar resueltamente toda la hipocresía heredada de la sociedad burguesa en las relaciones entre los sexos, y rechazar el doble estándar de moralidad.

En el período de la dictadura del proletariado las relaciones entre los sexos deben ser evaluadas sólo de acuerdo con los criterios mencionados anteriormente: la salud de la población trabajadora y el desarrollo de los lazos internos de solidaridad dentro del colectivo. El acto sexual no debe ser visto como algo vergonzoso y pecaminoso, sino como algo tan natural como las otras necesidades de un organismo sano, como el hambre y la sed. Tales fenómenos no pueden ser juzgados como morales o inmorales. La satisfacción de los instintos sanos y naturales sólo deja de ser normal cuando se superan los límites de la higiene. En tales casos, se amenaza no sólo la salud de la persona en cuestión, sino también los intereses del colectivo de trabajo, que necesita la fuerza, la energía y la salud de sus miembros. La moral comunista, al reconocer abiertamente la normalidad del interés por el sexo, condena el interés insano y antinatural por el sexo (excesos, por ejemplo, o relaciones sexuales antes de la madurez, que agotan el organismo y reducen la capacidad de los hombres y las mujeres para el trabajo).

Como la moral comunista se preocupa por la salud de la población, también critica la moderación sexual. La preservación de la salud incluye la plena y correcta satisfacción de todas las necesidades del hombre; las normas de higiene deben funcionar con este fin, y no suprimir artificialmente una función tan importante del organismo como el deseo sexual (Bebel, *La mujer y el socialismo*). Así, tanto la experiencia sexual temprana (antes de que el cuerpo se haya desarrollado y fortalecido) como la restricción sexual deben considerarse igualmente perjudiciales. Esta preocupación por la salud de la raza humana no establece ni la monogamia ni la poligamia como la forma obligatoria de las relaciones entre los sexos, porque los excesos pueden ser cometidos en los límites de la primera, y un cambio frecuente de compañeros no significa en modo alguno la intemperancia sexual. La ciencia ha descubierto que cuando una mujer tiene relaciones con muchos hombres al mismo tiempo, su capacidad para tener hijos está deteriorada; y las relaciones con un número de mujeres drenan al hombre y afectan la salud de sus niños negativamente. Dado que el colectivo de trabajadores necesita hombres y mujeres fuertes y saludables, tales formas de organización de la vida sexual no son de su interés.

Está aceptado que el estado psicológico de los padres en el momento de la concepción influye sobre la salud y la capacidad de vida del niño. Así, en interés de la salud humana, la moral comunista critica las relaciones sexuales que se basan en la atracción física por sí solas y no son acompañadas por amor o pasión fugaz. En interés de la colectividad, la moral comunista también critica a las personas cuyas relaciones sexuales se construyen no sobre la base de la atracción física, sino del cálculo, hábito o incluso afinidad intelectual.

En vista de la necesidad de fomentar el desarrollo y el crecimiento de los sentimientos de solidaridad y de fortalecer los lazos del colectivo de trabajadores, debe establecerse sobre todo que el aislamiento de la “pareja” como unidad especial no responde a los intereses del comunismo. La moral comunista requiere la educación de la clase obrera en la camaradería y la fusión de los corazones y las mentes de los miembros separados de este colectivo. Las necesidades e intereses del individuo deben estar subordinados a los intereses y fines del colectivo. Por una parte, los lazos familiares y matrimoniales deben ser debilitados y, por otra, los hombres y las mujeres deben ser educados en la solidaridad y la subordinación de la voluntad del individuo a la voluntad del colectivo. Incluso en esta etapa presente, la república obrera exige que las madres

aprendan a ser madres no sólo de su propio hijo, sino de todos los hijos de los trabajadores; no se reconoce a la pareja como una unidad autosuficiente, y por lo tanto no se aprueba que las esposas abandonen el trabajo por el bien de esta unidad.

En cuanto a las relaciones sexuales, la moral comunista exige en primer lugar el fin de todas las relaciones basadas en consideraciones financieras o económicas. La compra y venta de caricias destruye el sentido de la igualdad entre los sexos, y socava así la base de la solidaridad sin la cual la sociedad comunista no puede existir. Por consiguiente, la censura moral se dirige a la prostitución en todas sus formas y a todo tipo de matrimonio de conveniencia, incluso cuando es reconocido por la ley soviética. La preservación de la reglamentación del matrimonio crea la ilusión de que el colectivo obrero puede aceptar a la "pareja" con sus intereses especiales y exclusivos. Cuanto más fuertes sean los lazos entre los miembros del colectivo, en su conjunto, menor será la necesidad de reforzar las relaciones maritales. En segundo lugar, la moral comunista exige educar a la generación más joven en responsabilidad ante el colectivo y en la conciencia de que el amor no es lo único en la vida (esto es especialmente importante en el caso de las mujeres, porque se les ha enseñado lo contrario durante siglos). El amor es sólo un aspecto de la vida, y no se debe permitir que eclipsen las otras facetas de las relaciones entre lo individual y lo colectivo. El ideal de la burguesía era la pareja casada, cuyos miembros se complementaban tan completamente que no tenían necesidad de contacto con la sociedad. La moral comunista exige, por el contrario, que la generación más joven sea educada de tal manera que la personalidad del individuo se desarrolle al máximo, y el individuo con sus muchos intereses tenga contacto con una gama de personas de ambos sexos. La moral comunista alienta el desarrollo de muchos y variados lazos de amor y amistad entre las personas. El viejo ideal era "todo para el ser querido"; la moral comunista exige todo para el colectivo.

Aunque las relaciones sexuales son vistas en el contexto de los intereses de la colectividad, la moralidad comunista exige que las personas sean educadas en la sensibilidad y la comprensión y sean psicológicamente exigentes tanto para con ellos como para con sus parejas. La actitud burguesa hacia las relaciones sexuales como una simple cuestión de sexo debe ser criticada y reemplazada por una comprensión de toda la gama de la experiencia amorosa gozosa que enriquece la vida y da lugar a una mayor felicidad. Cuanto mayor sea el desarrollo intelectual y emocional del individuo, menos lugar habrá en su relación para el lado fisiológico del amor, y más satisfactoria será la experiencia del amor.

En el período de transición, las relaciones entre hombres y mujeres deben, a fin de satisfacer los intereses del colectivo de trabajadores, basarse en las siguientes consideraciones:

1.- Todas las relaciones sexuales deben basarse en la inclinación mutua, el amor, enamoramiento o pasión, y en ningún caso en motivaciones financieras o materiales. Todos los cálculos en las relaciones deben estar sujetos a condena sin piedad.

2.- La forma y duración de las relaciones no están reguladas, pero la higiene de la raza y la moral comunista exigen que las relaciones no se basen solamente en el acto sexual y que no vayan acompañadas de excesos que amenacen la salud.

3.- Aquellos con enfermedades, etc., que podrían ser heredadas, no deben tener hijos.

4.- Una actitud celosa y propietaria hacia la persona amada debe ser reemplazada por una comprensión de camaradería y una aceptación de su libertad; los celos son una fuerza destructiva que la moral comunista no puede aprobar.

5.- Los lazos entre los miembros del colectivo deben fortalecerse. El estímulo de los intereses intelectuales y políticos de la generación más joven ayuda al desarrollo de emociones sanas y satisfactorias en el amor.

Cuanto más fuerte es el colectivo, más firmemente se establece el modo de vida comunista. Cuanto más estrechos sean los lazos afectivos entre los miembros de la comunidad, menor será la necesidad de buscar un refugio de la soledad en el matrimonio. Bajo el comunismo, la fuerza ciega de la materia es subyugada a la voluntad del colectivo de trabajadores, fuertemente unido y, por ello, incomparablemente poderoso. El individuo tiene la oportunidad de desarrollarse intelectual y emocionalmente como nunca antes; en este colectivo, nuevas formas de relaciones están madurando y el concepto de amor se extiende y se amplía.



La obrera y la campesina en la República Soviética

(1921)[266]

En la república soviética no hay un movimiento de obreras "independiente" del movimiento común de todo el proletariado. La lucha por la dictadura y su consolidación, así como todo el trabajo para la construcción de una nueva sociedad basada en el principio del trabajo, está dirigida en la república soviética por el proletariado unificado e inseparable de ambos sexos.

Sin embargo, para asegurar esta unión, esta comunidad en el trabajo y la lucha, el partido comunista vio la necesidad de añadir a sus otras tareas una muy especial: la de involucrar a las mujeres en la construcción de un nuevo futuro, así como en la defensa consciente de la primera república obrera contra sus enemigos internos y externos.

El Partido Bolchevique fue consciente de esta tarea desde los albores de la revolución, en la primavera de 1917, cuando el comité central del partido fundó el periódico *La Obrera*, que sirvió no sólo como centro de agitación entre las mujeres proletarias, sino también como centro de organización de las fuerzas de trabajo femeninas en torno a la bandera bolchevique.

En la época del florecimiento del chovinismo burgués y del "kerenskysmo", cuando las malignas flores de la reacción aún no habían tenido tiempo de marchitarse, la redacción de *La Obrera* en junio de 1917, en respuesta al llamamiento de Kerensky a la ofensiva, organizó un grandioso encuentro internacional, llamando a la lucha contra la carnicería criminal y a la solidaridad mundial de los trabajadores contra sus enemigos comunes, los capitalistas y sus fieles servidores oportunistas. Esta fue la primera reunión internacional celebrada en Rusia a plena luz del día.

En el momento más agudo de la lucha proletaria por la toma del poder por los soviéticos en el otoño de 1917, bajo la amenaza de la ofensiva del general Kornílov, la vanguardia más consciente de las mujeres trabajadoras marchó con los bolcheviques y tomó parte activa en la guerra civil que acababa de estallar. Pero la gran masa de obreras y campesinas se mantuvo al margen del movimiento, soportando pasivamente el yugo cada vez mayor del caos económico y las inevitables desgracias y sufrimientos en el momento del choque de dos regímenes sociales.

La gran revolución de octubre, la transferencia del poder al proletariado, aseguró en Rusia una completa igualdad política y civil[267] para las mujeres. Una nueva era se abrió ante la obrera y la campesina. Se había puesto fin a su estado de desigualdad secular. A partir de entonces, las mujeres devenían iguales a los hombres en todas las áreas de la vida y el trabajo del estado. Desde los primeros días de la revolución de octubre, el partido comunista se apresuró a utilizar las fuerzas de las mujeres comunistas y las trabajadoras simpatizantes del poder soviético. Las mujeres fueron nombradas comisionadas; se les dieron puestos de responsabilidad, incluyendo el de comisario del pueblo, y se les dio trabajo en todas las áreas del naciente aparato soviético.

---

266 *La obrera y la campesina en la República Soviética*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde *L'ouvrière et la paysanne dans la République Soviétique*, Librairie de *l'Humanité*, París, 1921.

267 Ver en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov: La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii).

Sin embargo, la masa de obreras, y con mayor razón la masa de campesinas, en el primer período de la revolución, no sólo se mantuvo alejada de la revolución, sino que incluso miró al poder soviético con mirada hostil, todavía incapaz de comprender que este era el único poder que podía lograr la verdadera emancipación de la mujer.

En respuesta al intento del Comisariado del Pueblo para el Bienestar Social de apoderarse del vasto y poco poblado Monasterio Alexander-Nievsky en enero de 1918 y convertirlo en un hogar común para discapacitados, las mujeres, junto con los popes, organizaron una procesión de protesta que marchó por las calles de Petrogrado con iconos y canciones de la iglesia. Las conversaciones más contrarrevolucionarias, llenas de recriminaciones y de un descontento ciego causado por las innovaciones del poder soviético, se podían oír entre las multitudes de mujeres que hacían cola en los almacenes soviéticos, agotadas por los cuatro años de guerra, el coste de la vida cada vez mayor y la organización incompleta del aparato económico de la república soviética. Este estado de descontento limitado e irritación en el que se encontraban las mujeres en ese momento las convirtió en un apoyo seguro para los guardias blancos y la contrarrevolución.

Las puertas del partido comunista estaban abiertas de par en par a las mujeres de la clase obrera; la ley les daba plena oportunidad de participar en el trabajo de los sóviets y, a través de ellas, de cambiar y mejorar las condiciones de su vida material; Pero, en cambio, las masas de obreras y campesinas se apartaron con miedo de las mujeres comunistas y del poder de los sóviets, viendo en ellos sólo a perturbadores del orden y las tradiciones, herejes que habían separado la iglesia del estado, seres sin corazón que buscaban quitarles a sus hijos a sus madres para que los criara el estado.

El hambre y las privaciones aumentaron y alimentaron más el sordo descontento de las mujeres que destilaban a su alrededor pensamientos hostiles al comunismo.

Tras el intento de la contrarrevolución de derrocar a los bolcheviques y acabar con el poder de los sóviets con la ayuda de los checoslovacos en el otoño de 1918, el partido reconoció la urgencia de la cuestión de la participación masiva de las obreras en la construcción del régimen soviético y la necesidad de desarrollar su conciencia de clase. Las mujeres, que habían quedado fuera del movimiento de consolidación de los sóviets, ya se estaban convirtiendo en un factor activo en beneficio de la contrarrevolución. En interés del comunismo, era necesario conquistar a las obreras, para convertirlas en las defensoras del poder soviético. La propaganda general y la agitación por las ideas del comunismo y el poder soviético resultaron insuficientes para obtener la participación de las mujeres en el movimiento. Era necesario encontrar una manera especial de llegar a la mujer obrera y campesina más pobre, desarrollar métodos especiales de trabajo entre las mujeres para obligarlas a comprender dónde está su lugar en la sociedad y qué poder garantiza mejor sus intereses: la dictadura del proletariado o el retorno de la burguesía al poder.

Por iniciativa del Grupo de Mujeres Comunistas de Moscú y con el pleno apoyo del Comité Central del Partido Comunista (B), se celebró en Moscú en noviembre de 1918 el Primer Congreso Panruso de Obreras y Campesinas. Más de mil delegadas elegidas en las asambleas de obreras y campesinas asistieron al congreso. Este congreso no sólo fue de gran importancia como propaganda, sino que también sentó las bases para la organización de un aparato especial en el partido comunista dentro del comité central para la dirección del trabajo entre las mujeres en toda Rusia. La formación de un aparato especial dentro del partido con el objetivo de la participación de las masas femeninas en la construcción de la república del trabajo y la lucha por el comunismo fue así reconocida oficialmente por el partido.

Al principio fueron las "Comisiones de Agitación y Propaganda entre las Obreras", organizadas en los comités del partido, las que se encargaron de este trabajo.

La consigna de estas comisiones era: *agitación, no sólo de palabra, sino con la acción*, lo que significaba la formación de comunistas conscientes y activas a través de la participación de obreras y campesinas en el trabajo vivo y activo de los sóviets. Para ello, las comisiones obreras crearon un aparato especial para el enlace del partido con las grandes masas atrasadas de obreras, es decir, las asambleas de delegadas. Cada empresa y taller con cincuenta mujeres trabajadoras delega a su representante en la asamblea de delegadas de obreras. Las delegadas son elegidos por tres meses. Están obligadas a asistir a las reuniones semanales de las delegadas donde se les informa sobre los acontecimientos políticos actuales, el trabajo en diversos campos de la construcción del estado soviético, especialmente en los ámbitos de la educación social, la alimentación social, la protección de la maternidad y otros campos del trabajo soviético que contribuyen directamente a la independencia económica de los trabajadores. Las delegadas no sólo asisten a las asambleas, sino que sus fuerzas se distribuyen para la realización de una serie de trabajos prácticos, tanto en las empresas (como miembros de las comisiones para la realización de trabajos, para el mejoramiento de las condiciones materiales, para la protección de la maternidad, etc.) como para la inspección de las instituciones soviéticas y para el estudio de los métodos y sistemas de trabajo en los diversos campos del aparato soviético, así como para la participación en diversas campañas emprendidas por el partido o los órganos soviéticos. A medida que aumentaba el trabajo del partido entre las mujeres, era necesario ordenar el trabajo, profundizarlo y crear armonía en él. En el otoño de 1919, el partido reorganizó sus comités de obreras y *los transformó en secciones de trabajo entre mujeres*. Estas secciones existen hasta hoy en todos los comités locales del partido, empezando por el comité central y terminando en los comités de la ciudad, el departamento y el distrito.

La labor de las secciones de obreras no se limita a atraer a obreras y campesinas a los órganos de construcción del partido y de la Unión Soviética, formando así comunistas activas, sino que también toman la iniciativa en la construcción del régimen soviético planteando la cuestión de la emancipación total y práctica de la mujer ante los órganos del partido y de la Unión Soviética. A iniciativa de las secciones se adoptó la ley de despenalización del aborto. En el Octavo Congreso de los Sóviets se decidió que las obreras debían participar activamente en la reconstrucción de la vida económica del país y en la organización de la producción, participando en la labor de todos los órganos de dirección de la economía popular. Por iniciativa de las secciones se creó un comité integrado por representantes de los comisariados encargados de la lucha contra la prostitución y se establecieron comisiones para ayudar al órgano encargado de la protección de la maternidad y la infancia, y se aceptaron varios puntos relativos a la protección de la fuerza, la salud y los intereses de las madres cuando se redactó la ley sobre el trabajo obligatorio en abril de 1920. Finalmente, en abril de ese año, a propuesta de las secciones femeninas, a través del Consejo de Comisarios del Pueblo, se promulgó una ley sobre los aprendices, es decir, una ley que decretaba la participación de las obreras y campesinas en el trabajo de las distintas secciones de los comités ejecutivos de los sóviets y sus instituciones durante dos meses, con el fin de dar más vida al aparato soviético, liberándolo de sus elementos burocráticos y haciendo así a estas obreras buenas obreras soviéticas en la práctica.

En los dos años y medio que ha existido en el partido este aparato especial para el trabajo femenino, los resultados obtenidos en el ámbito de la participación de las mujeres trabajadoras y campesinas en la construcción de la república obrera y su pertenencia al partido son inmensos. La actitud de desconfianza o pasividad de las grandes masas de mujeres hacia la revolución y el dominio soviético se encuentra ahora sólo en las aldeas remotas donde el trabajo de las secciones femeninas aún no ha podido llevarse a cabo.

En el partido, entre el nueve y el diez por ciento de los miembros son mujeres. Según los últimos datos (febrero y marzo de 1921), en doce gobiernos hay 6.423 mujeres comunistas.

El número de mujeres delegadas en estos gobiernos llegó a 12.910. Según el recuento más bajo, el número de delegadas vinculadas a las secciones femeninas de las secciones obreras y, por tanto, bajo la influencia de las mujeres comunistas, asciende a 70.000. Estas 70.000 delegadas de las obreras, amas de casa y campesinas (elegidas por cada pueblo), representan a más de tres millones de mujeres vinculadas al partido. A través de sus delegadas, estas masas se encuentran participando de una manera u otra en el trabajo práctico de la construcción soviética, ya sea en el campo de la organización de la producción, o en la defensa del país, o en el campo de la organización de las condiciones de la vida cotidiana sobre las nuevas bases del comunismo. Así, por ejemplo, en doce gobernaciones con los datos más recientes, 6.930 obreras participaron en los "subotniks", 2.975 obreras y campesinas trabajaron en las instituciones soviéticas. De esta manera, el partido, que involucra a cientos de miles de obreras y campesinas "sin partido" en la labor de reorganizar la vida económica, ayudar a los soldados del Ejército Rojo, la economía rural, la protección de la infancia (Semana de la Infancia), la lucha contra la crisis del combustible, contra la desorganización del transporte, etc., prepara no sólo nuevos y frescos trabajadores para el régimen soviético, sino también nuevos defensores conscientes de la república del trabajo y el comunismo. Ya hoy en día, las amplias masas de obreras han dejado de ser el baluarte de la contrarrevolución. Dos años y medio de trabajo entre las mujeres no sólo han despertado la conciencia política de las obreras, sino que también las han acostumbrado a participar activamente en la construcción de la nueva sociedad.

Desde los primeros días de la revolución, las mujeres fueron elegidas en los sóviets. Pero estas elecciones fueron debidas al azar y excepcionales. Las fuerzas de la mujer tenían más probabilidades de ser empleadas en trabajos ejecutivos y sólo en casos excepcionales ocupaban puestos directivos y administrativos. Incluso hoy en día, las obreras y campesinas que han sido miembros de los sóviets no forman una gran masa. Por ejemplo, en las doce gobernaciones mencionadas hay 635 miembros de los sóviets, es decir, 52 miembros por gobernación, y lo característico es que en los sóviets de distrito hay 574 mujeres, mientras que en los sóviets gubernamentales sólo hay 7. El sóviet de la gobernación de Moscú, que tiene entre 1.000 y 1.500 miembros, tiene 98 mujeres. El Sóviet de Petrogrado tiene 250, el de Samara 30, el de Járkov 40, el de Odessa 10. Por otro lado, el número de obreras enviadas a trabajar en las instituciones soviéticas crece rápida y continuamente. En diez gobernaciones industriales, hay 3.344 obreras que realizan algún tipo de trabajo responsable en los organismos soviéticos. De las 704 delegadas obreras enviadas como aprendices a las instituciones soviéticas de la gobernación de Moscú en 1920, 41 obreras ya desempeñaban papeles de subjefas de sección. En la actualidad, hay 519 trabajadoras en Moscú que han sido enviadas por las secciones femeninas como aprendices a diversas instituciones soviéticas. En Petrogrado, hay 733 trabajadoras en trabajo permanente y 4.660 en trabajo temporal en las instituciones soviéticas. En la gobernación de Kaluga hay 103 mujeres en prácticas, en la gobernación de Briansk 26, en la gobernación de Simbirsk 23.

Es en la labor de control, en la inspección de las instituciones soviéticas y, sobre todo, en la labor de las cocinas populares, los hospitales y todas las instituciones infantiles de la red de la sección de educación social donde las obreras han tomado un papel activo e importante durante estos años. Toda una serie de abusos derivados de una mala organización, de la falta de conocimientos técnicos y a veces de la mala voluntad en la realización del trabajo de los representantes de los elementos pequeñoburgueses que

llenaban las instituciones soviéticas fue descubierta gracias a la mirada atenta de las obreras conscientes. 3.450 delegadas obreras de doce gobernaciones participaron en el trabajo de los comités de inspección el año pasado. En Petrogrado, cerca de 500 delegadas participaron en la revisión de los hospitales militares temporales. Según los datos relativos al último período de trabajo de la Inspección Obrera y Campesina, *veinticinco mil obreras y campesinas* participaron activamente en todas las revisiones e inspecciones exhaustivas en toda Rusia. Cuando las necesidades actuales de la república obrera plantearon la cuestión del socorro a los soldados rojos, las obreras de Moscú, dirigidas por las secciones femeninas, organizaron grupos de 20 a 50 delegadas que visitaban diariamente los hospitales, los inspeccionaban, señalaban a la atención de las instituciones competentes los defectos de organización y organizaban "subotniks" para limpiar estos hospitales y remendar la ropa de los heridos. Cuando faltaban los sanitarios, las delegadas ayudaban a llevar a los enfermos y heridos, organizaban charlas con ellos, les leían los periódicos, escribían sus cartas, etc., y luego iban a los hospitales. Con el apoyo del Comisariado de Higiene, las delegadas jugaron un papel importante en la mejora de los hospitales de Moscú.

En el campo de la participación de la mujer en el trabajo militar, la república soviética del trabajo se embarcó en un camino completamente nuevo. La burguesía siempre partió del punto de vista de que la mujer era y debe seguir siendo la guardiana del hogar doméstico, mientras que el hombre estaba predestinado por la propia naturaleza a defender este hogar o, ampliando esta noción: la patria, el estado. La acción bélica según la concepción burguesa es "asunto del hombre". La idea de llevar mujeres al ejército le parecía monstruosa a la sociedad burguesa. Con este acto, habría socavado la "estabilidad de la familia", esa institución indispensable de la propiedad privada y los gobiernos capitalistas.

El uso de las fuerzas de las mujeres en el curso de la última guerra imperialista, particularmente en Norteamérica, no fue tanto una medida práctica del estado como un medio especial de agitación patriótica. El estado obrero ve la cuestión de la mujer en el ejército y el uso de sus fuerzas en defensa de la república obrera de manera muy diferente.

En el período de transición que estamos atravesando, el deber de todo ciudadano de la república obrera en lo que respecta al trabajo obligatorio y la defensa del país están estrecha e inseparablemente unidos. El gran cambio que tuvo lugar en octubre de 1917 en la organización de la producción y el sistema de economía social en Rusia tuvo un impacto radical en el destino de las mujeres y su papel en el estado. El estado comunista, en el que se espera que todas las fuerzas efectivas de los ciudadanos adultos las utilicen de la manera más racional posible, para desarrollar con éxito todas las fuerzas productivas del país, ya no puede prescindir de la ayuda de las mujeres. Pero, así como el sistema fundamental de la economía exige, en interés de la clase obrera, una mayor participación de la mujer, también la defensa contra el reinado de la burguesía exige el empleo de obreras y campesinas para la consecución de los objetivos del ejército y la flota. La participación de las obreras y campesinas en el trabajo militar no está dictada por consideraciones políticas temporales, como fue el caso de los gobiernos burgueses durante la guerra imperialista, sino por los problemas de la clase obrera que plantea la vida misma. Cuanto mayores sean los círculos de población concentrados para el trabajo militar, mayores serán las posibilidades de éxito del ejército obrero y campesino en la defensa de su revolución. El Ejército Rojo necesita la participación activa de las obreras y las campesinas. Las fuerzas femeninas deben ser utilizadas para garantizar la victoria en el frente, así como esta victoria es indispensable para la total emancipación de la mujer y para asegurarle los derechos que ha ganado a través de la revolución de octubre. Por ello, la participación de las obreras y campesinas en el ejército de clase soviético no sólo

debe evaluarse desde el punto de vista de la ayuda práctica que las mujeres ya han prestado en el ejército y en el frente, sino de acuerdo con el cambio que inevitablemente provoca la cuestión de la participación de las mujeres en el trabajo militar. Mientras que la revolución de octubre sentó las bases para la eliminación de la desigualdad de género del pasado, la participación activa de las mujeres en los principales frentes comunes: el frente del trabajo, el frente rojo, está destruyendo los últimos prejuicios que mantenían esta desigualdad. Desde el momento en que una mujer es llamada al ejército, la opinión de lo que es en la sociedad se forma definitivamente como la de un miembro del estado del trabajo igual al hombre en derecho y en valor. La idea de que la mujer es un complemento del hombre pasa al reino de la historia y se remite al pasado con el principio abolido de la propiedad privada y el reinado de la burguesía. La participación de obreras y campesinas en la guerra civil se remonta a las primeras barricadas en 1917. Tan pronto como se organizó la Guardia Roja en los barrios obreros, se formaron destacamentos auxiliares de enfermeras y Hermanas Rojas, simplemente grupos de trabajadores voluntarios y campesinos que realizaban algún tipo de servicio durante y después de los días de octubre con la Guardia Roja. Sin embargo, durante esos días, la participación de las obreras y campesinas en el frente fue accidental, desorganizada y no un movimiento de masas. La participación organizada de obreras y campesinas en la vida militar sólo comenzó a finales de 1918. Es cierto que ya cuando se organizó el Ejército Rojo para sustituir a la Guardia Roja, el poder obrero y campesino exigía la participación simultánea de hombres y mujeres trabajadores. Sin embargo, no fue posible encontrar inmediatamente un uso práctico, racional y, sobre todo, masivo de las fuerzas de las mujeres para el frente. La participación de las obreras en el Ejército Rojo se manifestó sobre todo al enviar a todo un cuadro de mujeres comunistas al ejército como agitadoras y trabajadoras políticas. Muchas de ellas murieron con sus camaradas defendiendo el poder de los sóviets; otras volvieron condecoradas con la “Bandera Roja”. Algunos de los miembros de los consejos militares revolucionarios eran incluso mujeres comunistas. La organización de las secciones políticas del Ejército Rojo fue en gran parte obra de la camarada Kaspárova, una organizadora de primer orden.
El trabajo realizado como hermana roja y enfermera pertenece a la segunda área de participación de las obreras en el trabajo militar. En noviembre de 1919, las primeras hermanas rojas llegaron al frente, habiendo asistido a cursos especiales. Una serie de documentos atestiguan el trabajo desinteresado y abnegado de las hermanas rojas y las obreras. Durante el período de dos años, el número de hermanas rojas y de enfermeras, obreras que habían seguido los cursos, ascendió a casi 6.000, como se muestra en la siguiente tabla:

Año de salida	Número de Hermanas Rojas en toda Rusia	En Moscú	Número de enfermeras en toda Rusia	En Moscú
1919	1.264	280	1.005	440
1920	2.442	---	1.193	447
	3.706	280	2.198	887

Las obreras y campesinas que trabajaban como hermanas rojas y enfermeras supieron aportar mucho entusiasmo y coraje a su tarea. La hermana roja considera al soldado rojo herido como su camarada, su hermano; no tiene para él la suave condescendencia de las enfermeras burguesas por el “glorioso peludo”. En la labor de organizar la ayuda médica al ejército, se abre ante la obrera y la campesina un vasto, necesario e importante campo de acción, sobre todo en un momento de aguda lucha como el que atraviesa actualmente la Rusia soviética.

La participación de las mujeres en la defensa de la república soviética no se limita únicamente a la organización de la asistencia sanitaria. Basta recordar los momentos agudos de la lucha que amenaza todas las conquistas de nuestra revolución para comprender el inmenso e importante papel desempeñado por las obreras y campesinas en la defensa de la república. Tres períodos de la guerra de clases, durante estos tres años, son muy característicos: la ofensiva de los blancos en la cuenca del Don y del Louganks en 1919, la amenaza de Denikin en Tula y Yudénich en el Petrogrado Rojo en el mismo otoño de 1919. Se logró repeler el segundo ataque a la ciudad roja por las bandas blancas sólo gracias a la participación activa y masiva de las obreras y obreros en todas las áreas de la defensa. Queda la memoria histórica de la decisión tomada por las obreras de Tula en el momento del ataque de Denikin: "Denikin sólo marchará sobre Moscú por encima de nuestros cadáveres", dijeron las obreras, que en ese momento prestaban diversos servicios y realizaban todos los trabajos posibles para el frente, empezando por cavar trincheras y terminando por prestar servicios de enlace responsables. La gloria de las obreras de Petrogrado, que repelieron el ataque de Yudénich, es demasiado conocida para detenerse aquí. Las mujeres proletarias de Petrogrado dieron al frente no sólo 500 hermanas rojas y enfermeras, sino que otras mil obreras de Petrogrado participaron en el trabajo de las compañías de ametralladoras, servicios de enlace, zapadores, cavando valientemente trincheras bajo el mal tiempo y el frío del otoño y ayudando a rodear Petrogrado con redes de alambre de púas. Las obreras prestaron servicios inestimables formando destacamentos de vigilancia para detener a los desertores de primera línea y a los cobardes.

Ahora, cuando se plantea la cuestión de la transformación del ejército de la república y la formación de las milicias, la participación de las mujeres en el trabajo militar se hace más práctica, más necesaria y más fácil de conseguir. La participación de las mujeres en el ejército se manifestó más particularmente en el trabajo auxiliar para el frente. Sólo había unas pocas mujeres entre los soldados rojos comunes. El sistema de milicias trae un cambio radical en la cuestión de la participación de las obreras y campesinas en el trabajo militar. Las mujeres se convirtieron en una fuerza combativa esperada por el estado; no se las movilizó para el trabajo de retaguardia, sino para el servicio en la propia milicia. Su participación se vuelve legal, organizada, ratificada y asegurada. A medida que se desarrollaba la organización del nuevo ejército con la ayuda de la nueva institución de "educación militar universal", las jóvenes obreras y campesinas de entre 16 y 18 años de edad eran llamadas en igualdad de condiciones con los jóvenes para preparar la defensa de la república.

Los primeros reclutamientos de la educación militar universal tuvieron lugar en Moscú el 1 de junio de 1920. Ya había casi 1.000 obreras que se habían educado en los cuarteles y, además, antes de la edad de reclutamiento, las adolescentes asistían a las secciones donde recibían educación militar preparatoria y participaban en clases de deportes. No sólo en Moscú, sino en toda Rusia, la institución de la educación militar universal prepara a las jóvenes obreras y campesinas para el ejército, formando imperceptiblemente un cuadro de reserva que es ahora indispensable para la defensa de la república contra los ataques de los saqueadores de todo el mundo.

Durante esos tres años, no se emprendió ninguna campaña de reclutamiento sin la participación de las mujeres. Las obreras y campesinas ayudaron en la lucha contra los desertores, participaron en la búsqueda de artículos para el equipamiento del ejército, inspeccionaron los hospitales militares y se ocuparon de la suerte de los propios soldados rojos enfermos y heridos. La llamada del frente rojo encontró un cálido eco en los corazones de las obreras y campesinas. Fueron los centros industriales los que enviaron más mujeres al frente. Sus instintos de clase hicieron que las obreras adivinaran el vínculo

ininterrumpido entre la completa emancipación de la mujer y cada victoria obtenida en el frente rojo.

En mayo de ese año la primera salida de las obreras que habían completado el curso de enlace militar tendría lugar en Petrogrado. En los últimos meses se organizaron en toda Rusia cursos para mujeres operadoras de teléfonos y telégrafos. La última salida de las estudiantes tuvo lugar en Samara y Simbirsk en el verano de 1920 para formar trabajadores activos para el frente del sur y el suroeste.

La información proporcionada por el Estado Mayor de toda Rusia da testimonio del heroísmo de las obreras y las campesinas, de su participación directa en los combates y de su intrepidez bajo el fuego. El número de mujeres asesinadas, heridas y prisioneras es de 1.854. Toda una serie de mujeres fueron condecoradas con la Orden de la Bandera Roja: trabajadoras sanitarias, telefonistas, soldados rojos de las compañías de ametralladoras, enfermeras, doctoras, etc., etc.

Las obreras desempeñaban un papel importante en la organización de la alimentación social. La obrera participó en la organización de las cocinas populares, en el control de los alimentos, en la gestión de las cocinas y en la organización de los alimentos especiales para los niños. Las delegadas femeninas organizan un servicio de guardia en el que las madres, a su vez, vienen a revisar las cocinas para los niños. En algunas localidades, como Kiev, la gobernación de Moscú, etc., las obreras son las iniciadoras de la organización de las cocinas en las fábricas y los talleres. En las capitales de Rusia, casi toda la población se alimenta a expensas de la comunidad. Cerca de cinco millones de trabajadores comen sus comidas en las cocinas colectivas, lo que demuestra sobre todo que la república obrera, en el ámbito de la emancipación de la mujer del yugo del hogar, ha dado un gigantesco paso adelante en tres años de revolución como ningún gobierno burgués se ha atrevido a hacer. 75.000 mujeres se dedican a la alimentación social.

Las obreras también participan con gran actividad en la labor de educación social. Este campo de la política del poder soviético es el más cercano y accesible a la comprensión de las obreras, incluso las más atrasadas. Un gran número de instituciones infantiles, hogares infantiles, guarderías, jardines de infancia, etc. están dirigidos por obreras. Las delegadas asisten a los organismos soviéticos en la organización de nuevas instituciones y en la mejora de las existentes. Bajo la influencia de las mujeres comunistas que trabajaban en el campo de la educación social, las antiguas instituciones filantrópicas para huérfanos, los viveros de almas serviles y sin voluntad al servicio de la burguesía, desaparecieron y las nuevas formas de educación social de los niños criados en el ambiente sano de las casas, los jardines de infancia y todas las numerosas instituciones donde las obreras pueden dejar a sus jóvenes con un corazón tranquilo, se establecieron cada vez más. Es cierto que las dificultades materiales, la falta de un inventario necesario, de libros de estudio, de vestimenta, la irregularidad de la oferta es un inmenso obstáculo para la perfecta organización de la educación social. Pero la línea política seguida por el poder soviético se apoya en la energía de muchos comunistas y la idea de la educación social se infiltra cada vez más en la conciencia de las amplias masas trabajadoras. Toda una serie de mujeres comunistas: las camaradas Nikolaeva (exobrera), Lilina, Elisarova, Duchen, aportaron una gran y valiosa iniciativa y ayudaron a acelerar este difícil y responsable trabajo. La labor de organización de la escuela única en la Rusia soviética, así como la gran labor de la educación postescolar, está inseparablemente unida a los nombres de los camaradas Krúpskaya y Menjinskaya.

No sólo en las capitales de la Rusia soviética, sino también en muchas ciudades de provincias, hay escuelas para la preparación de niñeras, de educadoras de preescolar,

profesoras de guardería, etc., etc. En todas estas escuelas, las delegadas obreras participan en cursos de formación.

La actividad de las obreras en el campo de la educación social está estrechamente relacionada con la labor de las delegadas comunistas en la labor de protección de la maternidad y la infancia. Por iniciativa de las secciones de la mujer, se crearon comisiones "complementarias", dentro de las subsecciones de protección de la maternidad y la infancia, que deberían contribuir a la aplicación práctica y completa de los decretos relativos a la protección de la maternidad que, por una serie de razones técnicas, en particular la organización todavía imperfecta de la economía popular, en realidad sólo satisfacen a un círculo muy reducido de obreras.

Las "comisiones complementarias", bajo la dirección de las secciones femeninas, difunden las ideas de protección de la maternidad y la infancia, familiarizan a las obreras de las fábricas con las leyes básicas de protección del trabajo, las mujeres embarazadas y las madres lactantes, y participan en la aplicación de todos los decretos en este ámbito.

Las obreras de Ucrania participan muy activamente en la labor de protección de la maternidad. En cada empresa se organiza un pequeño núcleo que se ocupa de la protección de la maternidad. Las obreras están al frente de muchas instituciones: guarderías, maternidades, y ellas mismas dirigen las secciones locales.

La camarada Mairova, que dirige la Sección de Obreras del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania, es una trabajadora incansable y llena de iniciativa. En un año, pudo organizar el trabajo que había emprendido bajo la dirección de una de las mayores organizadoras laborales del proletariado femenino, la camarada Concordia Samuilova.

En el campo de la protección de la maternidad, la tarea sigue siendo grande y difícil. Por el momento, la protección de la maternidad sólo cubre a las obreras de las fábricas y todavía en grado insuficiente; la campaña está poco planificada para las guarderías de verano, pero esta tarea está planteada y se llevará a cabo tan pronto como Rusia tenga la posibilidad material.

La protección de la maternidad no puede lograrse sin una buena organización de la protección laboral en las fábricas. Aunque la Rusia soviética, a partir de la revolución, proclamó el principio: "Igual salario por igual trabajo", en realidad, la mayoría de las obreras siguen realizando un trabajo menos remunerado que el de los hombres. El trabajo no cualificado de las mujeres es la causa que las coloca en la categoría de trabajadores de baja remuneración. Además, se ha hecho muy poco para mejorar las condiciones higiénicas y sanitarias de las fábricas. Las condiciones de trabajo perjudiciales para la salud producen una impresión angustiosa en las obreras, sobre todo si se tiene en cuenta que los decretos sólo se aplican en el terreno bajo la presión de los comités de protección laboral. En estos comités se colocan las obreras que se encargan de vigilar la aplicación de los decretos de protección laboral, de dar el impulso necesario para la mejora de las condiciones de trabajo (instalación de lavabos, vestuarios, organización de las cocinas, etc.) y de prestar especial atención, con la ayuda de los comités complementarios, a la suerte de las obreras embarazadas y lactantes.

Las obreras desempeñaron un papel muy importante en la liquidación del analfabetismo. Las secciones femeninas del partido comunista fueron capaces de atraer a un gran número de obreras a este trabajo. En algunas gobernaciones, cada empresa tiene obrera que ha sido especialmente delegada para la labor de liquidar el analfabetismo de los adultos. Las trabajadoras que son delegadas para trabajar en las escuelas hacen trabajos técnicos o de enseñanza o ayudan en la organización de estas escuelas.

En Ekaterimburgo, las obreras han organizado ellas mismas el censo de los analfabetos. La cuestión de la eliminación del analfabetismo en los últimos años ha figurado en el programa de muchas conferencias de obreras.

Las obreras también participan en la jurisprudencia soviética como *jueces* y *jurados*. Esta nueva costumbre de participar en los tribunales populares está arraigada sobre todo entre las mujeres de los pueblos de oriente, ya que sólo confiando en la legislación soviética hacen sus primeras conquistas en su liberación del yugo de las costumbres y tradiciones religiosas. Entre las mujeres bashkir, kirguisas y tártaras del Turquestán, los tribunales fueron una de las primeras etapas de la labor soviética de las mujeres musulmanas que acababan de despertar y tomar conciencia de sus derechos. El trabajo, entre las mujeres del este, sólo está empezando a tener lugar en la Rusia Soviética. La camarada Stasova es una de las que comenzó este trabajo. En la actualidad, en todas las regiones orientales de la república del trabajo y en todas las gobernaciones de la población oriental ya funcionan secciones de mujeres. El 1 de abril de 1921, tuvo lugar la primera asamblea deliberativa de mujeres comunistas orientales en toda Rusia.

Con el fin de utilizar racionalmente la fuerza de las obreras en la labor de construcción del régimen soviético, las secciones femeninas envían a las obreras a seguir cursos soviéticos en todas partes. Al principio, las obreras asistieron en particular a los cursos de protección de la maternidad, organizados por la camarada Lebedieva, la jefa de la obra de protección de la maternidad y la infancia, que organizó este trabajo de manera impecable. También asistieron a cursos de salud, cursos para la preparación de las Hermanas Rojas y cursos para profesores de preescolar. Sin embargo, en la actualidad, se dirige a las obreras dirigidas a todos los cursos soviéticos y del partido. En los cursos del partido, el 10% de las vacantes reales son ocupadas por delegadas de las secciones femeninas. En el curso de 1920, el número de obreras y campesinas que fueron delegadas a los tribunales por las secciones femeninas ascendió a 3.484 para diez gobernaciones. En la Universidad de Sverdlov (la escuela central del partido) se celebra un curso especial por iniciativa de la sección central de mujeres para familiarizar a las estudiantes con los métodos y formas básicas de trabajo del proletariado femenino. Con el fin de educar a los obreras, campesinas y amas de casa en el espíritu comunista, las secciones femeninas no sólo aseguran un número de plazas en las escuelas y clases, sino que también llevan a cabo una propaganda oral de las ideas comunistas, así como una propaganda escrita sistemática mediante ediciones especiales. En la Rusia soviética, se publican 74 *Páginas de la obrera* se publican ahora en los periódicos locales del partido. La sección central publica su *Boletín* semanal que contiene las instrucciones y decisiones de la sección central, el programa de trabajo de las delegadas del partido y los programas de trabajo de las secciones en las escuelas del partido, las tesis para los agitadores y otros materiales de carácter instructivo y directivo, así como el semanario político y de dirección *La Comunista*, y una hoja especial de materiales para las *Páginas* provinciales. Adjunto a la sección central hay un colegio literario que da las indicaciones necesarias para la publicación de folletos, hojas de llamamiento, etc., etc. En el curso del año pasado, la sección central publicó cerca de veinte folletos y libros sobre la protección del trabajo, un informe de la primera conferencia internacional de mujeres comunistas, una serie de llamamientos y hojas sueltas relacionadas con las diversas campañas políticas y soviéticas emprendidas durante el año.

La educación política de las masas del partido complementa la experiencia soviética de las amplias masas obtenida mediante la participación viva y directa de las obreras, las campesinas y las amas de casa en la construcción del régimen soviético. En la actualidad, el partido y las secciones femeninas del partido se dedican a la educación

práctica de las masas con espíritu comunista en el campo de la construcción de la economía popular y el restablecimiento de la producción.

En vista de la urgente tarea de restablecer la producción y organizar la economía popular en la república soviética en este período de restablecimiento de la producción, la cuestión de hacer participar a las obreras no sólo como trabajadoras ordinarias sino también como trabajadoras responsables en la labor de construcción de la economía popular es de suma importancia.

La realización del trabajo obligatorio para todos en la Rusia soviética provocó la mayor agitación en la situación de la mujer en la historia de la humanidad. El nuevo sistema de organización del trabajo basado en, 1° el estricto descuento y la distribución racional de las fuerzas productivas y efectivas de la república, incluida la mujer; 2° la transición del consumo familiar y la economía individual al consumo colectivo, y 3° la economía popular única, cambió radicalmente la situación de esclavitud y dependencia de la mujer. La movilización general para el frente laboral, sin distinción de sexo, cambia todo el cuadro habitual de la vida y las relaciones mutuas entre los sexos. La mujer ya no depende del amo capitalista o del marido que la cuida como antes. Sólo hay un amo al que, en interés de toda la clase obrera, el trabajador y la mujer trabajadora deben someterse por igual: la república obrera soviética. La obrera y la campesina son cada vez más importantes en la economía popular, que se organiza sobre bases comunistas. A medida que los obreros se movilizaban en el frente rojo, la obrera ocupa un lugar importante en el frente laboral y económico de Rusia. Según los datos de la CGT [sic en la versión en francés, ¿unión rusa de sindicatos?], que distan mucho de ser completos, de los cinco millones y medio de obreros y obreras organizados en sindicatos en una serie de importantes ramas de la producción, la mayoría son mujeres, como muestra el siguiente cuadro:

Sindicatos	***Número de miembros***	***Porcentaje de las mujeres***
Alimentación	230.000	-
Obreras de la alimentación popular	100.000	74,5
Vestido	140.000	74,2
Tabaco	30.000	73,5
Inspección Obrera	250.000	71,4
Personal médico y sanitario	300.000	62,6
Textil	335.000	58,8
Trabajadoras domésticas	-	53,2
Correos y telégrafos	150.000	42,2
Trabajadoras sovietistas	800.000	40,0
Cristal y cerámica	35.000	39,8
Impresión	60.000	39,0
Trabajadoras del arte	80.000	37,3
Papel	22.000	37,1
Química	130.000	31,0
Obreras agrícolas	200.000	25,0
Dominios comunales	178.000	24,8
Metalurgia	500.000	24,7
Transporte local	100.000	23,3
Cuero y pieles	150.000	21,6
Minería	275.000	18,0
Construcción	200.000	18,0
Trabajadoras forestales	100.000	14,9
Trabajadoras transportes fluviales y marítimos	200.000	14,5
Ferroviarias	1.000.000	14,2

Tampoco hay un solo sindicato de industria (profesional) que no cuente con mujeres entre sus miembros; no hay ninguna rama de trabajo en la que no participen las mujeres. Sin embargo, aunque el trabajo de la mujer se aplica en gran medida en la Rusia soviética y el número de obreras predomina sobre el de los hombres en muchas ramas de la industria, el número de obreras en los diversos órganos de dirección de la producción, empezando por los comités de fábricas y plantas, las comisiones de fábricas y plantas y terminando por los órganos centrales que regulan la producción, es todavía muy pequeño. Así, por ejemplo, la Asamblea Plenaria del Sóviet de Petrogrado cuenta con 135 obreros, de los cuales sólo 25 son obreras; de los 194 miembros de la dirección textil de 38 gobernaciones rusas, sólo hay 10 obreras. La única excepción es el sindicato del vestido, donde las mujeres son mayoría en el comité ejecutivo del sindicato. En la dirección de las fábricas, sobre todo desde la aceptación del sistema de gestión personal, apenas hay mujeres, excepto en la industria del vestido y en algunos grupos de fábricas textiles, donde entre los miembros de la dirección hay obreras. En los congresos sindicales, las mujeres son minoría; se reúnen con menos frecuencia aún en los congresos de la economía popular, en los órganos centrales y en sus departamentos.

¿Qué prueba esto y de dónde viene este fenómeno? Una de las razones del bajo nivel de actividad de las obreras en la labor de organización de la producción es que las secciones femeninas del partido sólo recientemente han asumido la responsabilidad de cambiar el enfoque de su trabajo del campo de la activación de las obreras para la organización de las instituciones soviéticas en el campo de la creación de la economía popular. Este primer llamamiento se hizo sólo en invierno y por primera vez se formuló claramente en la Tercera Conferencia de Secciones Femeninas de toda Rusia, en diciembre de 1920, y fue promulgado por decisión del Octavo Congreso de los Sóviets, en relación con el trabajo de las obreras en todos los órganos de dirección y organización de la economía popular. No cabe duda de que, a medida que el trabajo de las secciones femeninas se desarrolla en el seno de los sindicatos mediante el uso de la propaganda para la intensificación de la producción, no sólo con el fin de aumentar la mano de obra, sino también para implicar a las obreras en pie de igualdad con los hombres en la organización de las nuevas formas de producción, el número de obreras, creadoras activas de la economía popular, comenzará a aumentar rápida e irresistiblemente, al igual que está aumentando en otros campos de la construcción de la vida sobre nuevas bases.

Con la ayuda de organizadoras especiales delegadas en los sindicatos para el trabajo entre las mujeres, mediante conferencias de propaganda para la intensificación de la producción, y mediante medios hábiles de implicar a las obreras en la actividad viva de los sindicatos para el mejoramiento de las condiciones materiales de vida y de trabajo de los obreros en las fábricas, se espera plenamente que el ejército de dos millones de obreras pueda convertirlas en constructoras perseverantes y conscientes de las nuevas formas de producción.

Sin la ayuda de los obreras y campesinas, la victoria en el frente laboral es imposible. Pero la emancipación completa y real de 70 millones de mujeres de la república obrera no es posible sin la aplicación y la realización de las bases de un sistema económico comunista, sin una transformación de la vida material sobre nuevas bases.

La gran conmoción provocada por la revolución obrera en Rusia en el corazón y la mente de los proletarios de ambos sexos facilita la tarea de involucrar a las grandes masas de mujeres obreras y campesinas en todas las esferas de la vida económica y política. Todos los esfuerzos exigidos por la prolongada guerra civil han empapado la voluntad de los proletarios de ambos sexos y les han enseñado a seguir el gran principio de Marx: “La emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores”. Ya

no son unas pocas, sino masas de obreras las que se unen a la labor de construir la república soviética. Por el momento, la campesina todavía las sigue tímidamente. Las mujeres de la clase pobre urbana han tomado conciencia de sus derechos y han unido su futuro con el destino del comunismo. La tarea del partido es encontrar el camino hacia la conciencia y el corazón de las campesinas.

Después de la campesina viene la última “esclava”, la mujer de oriente, despertada de su antigua esclavitud. En todas las provincias pobladas por orientales y en todas las repúblicas orientales de la Rusia soviética, las secciones femeninas trabajan activamente en la concentración de todas las fuerzas de las musulmanas en torno a la bandera del comunismo y del poder soviético. Se organizan grandes conferencias, se trabaja intensamente en la preparación del primer congreso de mujeres de oriente de toda Rusia, previsto para junio de este año [abril de 1921].

Este invierno ha comenzado el trabajo entre las mujeres que realizaban trabajos no manuales, como maestras, empleadas, personal médico y sanitario y personal de los servicios postales y telegráficos. Mirando hacia atrás el camino recorrido en los tres años de la revolución en la labor de organizar las fuerzas femeninas en torno a la bandera del comunismo, no se puede dejar de observar con gran satisfacción el inmenso éxito en esta difícil y minuciosa tarea. No hay ningún área de la vida soviética hacia la que las obreras no se sientan atraídas ahora. La mujer obrera o campesina de ayer es hoy jefa de una sección política del ejército, comisaria de caminos, organiza la alimentación social, es jefa de una sección de protección de la maternidad, dirige una rama de educación especial, organiza isbas-bibliotecas, controla los productos alimenticios, participa en los destacamentos de requisición de productos alimenticios, participa de la manera más activa en todas las campañas políticas así como en todas las empresas de la república dirigidas contra el caos económico, el hambre y las epidemias. La obrera es el alma de los Subotniks. La obrera está donde le llame su deber de ciudadana con todos los derechos. En los tres años y medio de revolución, por accidental y dispersa que fuese, el movimiento de las obreras se ha convertido en algo grande, un movimiento de masas siguiendo un plan trazado y organizado. Es cada vez más evidente e indiscutible que sin la colaboración íntima de las mujeres, el proletariado no puede llevar a cabo su gran tarea de clase. Ante el partido en su conjunto, se plantea la cuestión del uso amplio y racional de las fuerzas de la mujer. Ante los sectores femeninos de la clase obrera está la tarea de plantear a la sociedad, para su resolución, las cuestiones que se plantean en el curso de las transformaciones de la vida social, especialmente las que tendrán que dar el golpe final a su esclavitud, creada y mantenida por la familia y por los derechos moribundos de la sociedad burguesa.

La revolución obrera ha hecho su trabajo. Todas las viejas disputas sobre la desigualdad social de la mujer están relegadas al pasado. La revolución de octubre sentó una base sólida para la emancipación total de la mujer.

Esta emancipación se resolverá completamente con la victoria del comunismo mundial.

La última esclava

(1921)[268]

La mujer oriental se ha mantenido en silencio desde hace siglos y ha hecho falta que sonase el toque de arrebato de la revolución proletaria en Rusia para hacerla salir de su secular adormecimiento. El anuncio del comunismo, del trabajo y la camaradería universales, de la igualdad de los sexos y la solidaridad general, ha penetrado como un irresistible llamamiento en el lejano Oriente, ha atraído a las masas a sus colores vivos y abigarrados. El Oriente se ha movido. Los pobres, con todo el odio acumulado en sus corazones contra los sátrapas y ricos, han comenzado su ascenso hacia la bandera roja, símbolo de libertad, igualdad y trabajo para todos. Por primera vez en la historia, la mujer de Oriente ha escuchado el llamamiento dirigido a ella, la más oprimida entre las oprimidas. Esa mujer, que no era casi más que una cosa, un accesorio del hogar, un instrumento humilde y sin voz, recibe el llamamiento de la bandera roja del comunismo que la llama a la igualdad y a la posesión de todas las conquistas de la revolución.

Por primera vez desde hace siglos, la mujer oriental ha rechazado el velo y se ha mezclado con la masa revolucionaria en marcha hacia el símbolo de la liberación, hacia la bandera roja del comunismo.

Cada mes de existencia de la república soviética, asentando más intensamente los fundamentos del comunismo, aumenta la fermentación entre las mujeres de Oriente. La mujer oriental aparece por primera vez en la historia en el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú. En todas las regiones de la Rusia soviética en las que domina la población musulmana, en las repúblicas orientales, se prosigue en las masas femeninas un profundo trabajo de ideas. La idea sovietista es como una batuta que guía a todos los desheredados, que rompe las barreras que separan a las razas orientales de las otras y une las fuerzas dispersas. Las mujeres reclaman su derecho a la educación. Alrededor de las secciones de educación pública se agrupan las mujeres orientales, desembarazadas del velo. Las tártaras, las persas, las sartas, luchan contra ese atributo antihigiénico. En Teherán, donde el capital ya ha preparado el terreno, para una siembra futura de comunistas, se ha celebrado una conferencia de mujeres bajo la consigna "¡Abajo el velo!"

Turquestán, con su pequeña industria doméstica, ve aumentar día a día el movimiento que arrastra a las mujeres de los artesanos. El número de casos de divorcio que llegan a los tribunales aumenta cada día; la mujer, segura con sus comienzos de emancipación económica, reclama cada vez más categóricamente su derecho a la existencia independiente.

En Azerbaiyán, las mujeres musulmanas guiadas por la sección comunista han organizado un club, un jardín de infancia, un taller de costura, un comedor y una escuela.

En Transcaspia se celebran reuniones regulares de mujeres iguales a las asambleas de delegados en Rusia. Existe un sindicato de cosedoras que agrupa a musulmanas y rusas.

---

[268] *La última esclava*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano desde "La dernière esclave", en *Bulletin communiste*, nº 11, segundo año, 17 de marzo de 1921, página 177.

En Samarcanda, la sección femenina del comité comunista tiene una agrupación de musulmanas. Existen secciones femeninas en Bujará. El Comité Ejecutivo del Turkestán cuenta con cuatro mujeres, pero no todas se han quitado el velo todavía.

En Baskiria, entre las mujeres kalmukas y kirguizas, en la República Tártara e incluso en los lejanos rincones del norte, en Tiumen, el movimiento se extiende entre las musulmanas y las secciones femeninas de nuestro partido echan profundas raíces.

La mujer oriental, sobre todo la fracción que vive en el territorio de la federación soviética, se ha despertado y lanzado hacia su completa liberación. Basta con saber ayudarle para ganar nuevas defensoras de la gran idea comunista.

La Tercera Conferencia Panrusa de las Secciones Femeninas contó con una sección especial de las mujeres orientales. Decidió no solamente intensificar esta parte de nuestro trabajo, sino, además, convocar para el 1 de febrero, fecha retrasada después al 1 de abril, un primer congreso panruso de las mujeres de Oriente. Se crearán comisiones de organización en todas las provincias para preparar el congreso. Esas comisiones estarán compuestas por representantes de las oficinas musulmanas, las secciones obreras y los comités de la juventud comunista. En los distritos se llevará a cabo la misma acción. Se preparan panfletos, carteles, proclamas, se echa mano de los maestros, de los médicos, de las agrupaciones comunistas, de todas las asociaciones educativas musulmanas.

En las repúblicas autónomas, la preparación del congreso también les incumbe a las secciones femeninas. Se han convocado conferencias previas en las provincias y distritos. Se ha llevado a cabo una amplia propaganda. El orden del día del congreso es el siguiente: 1º cuestiones actuales; 2º el poder de los sóviets y las mujeres de Oriente; 3º la situación jurídica de la mujer oriental anteriormente y ahora; 4º pequeña industria y mujer en Oriente; 5º protección de la maternidad y de la infancia; 6º educación pública y mujer oriental.

Este congreso será general, sin consideraciones de partido: su objetivo es poner en movimiento a una masa todavía virgen, interesar en la acción de los sóviets a las poblaciones femeninas, educar a las mujeres orientales en el espíritu comunista, y afirmarlas mediante la lucha contra los enemigos de los trabajadores. Pero como es preciso contar con todas las particularidades económicas y tradicionales de Oriente, se ha decidido reunir después del congreso una conferencia de mujeres comunistas musulmanas para examinar diversas cuestiones de organización y programa concernientes a la liberación de la mujer oriental.

Tendremos que concentrar nuestros esfuerzos en dos puntos principales: agrupar y reunir a las fuerzas dispersas de las mujeres artesanas en las localidades donde el capital industrial ya ha dejado caer sus pesadas manos sobre la proletaria oriental, agrupar a los elementos agrícolas, seminómadas o nómadas alrededor de cooperativas agrícolas, y, por otra parte, arrastrar a las masas femeninas a la acción educativa, y después política, de nuestras secciones de instrucción pública. La educación y la ciencia serán en Oriente, más que en ninguna otra parte, el instrumento de liberación más seguro. La vida misma dicta la necesidad de una estrecha relación entre las mujeres y los órganos educadores.

Cuanto más se extienda entre las mujeres orientales la acción de nuestras secciones femeninas, más rápidamente se establecerá el comunismo en Oriente y más decisivo será el golpe descargado sobre el imperialismo occidental por las fuerzas reunidas del proletariado oriental despertado de su secular sueño.

La Conferencia de las Organizadoras Comunistas de las Mujeres de Oriente

(10 abril 1921)[269]

Por primera vez, no sólo en la Rusia soviética, sino también en el mundo, se ha reunido una Conferencia de Mujeres Comunistas del Oriente y de las organizadoras de mujeres obreras de las repúblicas y territorios soviéticos musulmanes. Esta conferencia, convocada por el Departamento Central [para el trabajo entre las mujeres del CC del PCR(b)] se ha celebrado del 5 al 7 de abril. En ella se ha examinado la situación económica y jurídica de las mujeres de Oriente, la acción entre las mujeres artesanas, las formas y métodos de organización, la propaganda y la preparación de la Primera Conferencia Panrusa de Obreras y Campesinas de Nacionalidades Orientales. El día inaugural ser presentó un breve informe sobre la política general.

Estaban presentes 45 organizadoras que trabajan entre las mujeres de Oriente y que representaban a las siguientes repúblicas: Tartaria, Baskiria, Azerbaiyán, Crimea, Kirguistán, las Montañas del Cáucaso, Siberia y varias provincias con población turca u otras musulmanas.

La conferencia ha dejado claro que la influencia de nuestro partido, ampliada a través de sus secciones femeninas, se extiende ahora a los territorios más remotos de la Rusia soviética. Entre las masas de los mismos lugares donde la esclavitud secular de las mujeres todavía existía en el pasado, se está produciendo una profunda fermentación. Las mujeres musulmanas no sólo rechazan sus velos, sino que también participan en la organización soviética.

La conferencia ha demostrado que los principios generales implementados por nuestro partido para atraer a las masas femeninas a las tareas activas del comunismo siguen siendo perfectamente aplicables y viables en Oriente. Basta con modificar los detalles de acuerdo con las peculiaridades locales. Así, por ejemplo, teniendo en cuenta la esclavitud de las obreras en la familia y en la vida cotidiana, nuestras secciones femeninas suelen comenzar su educación soviética protegiendo la maternidad, proporcionando alimentos comunitarios, etc. Entre los pueblos de Oriente, donde la mujer está esclavizada sobre todo por los prejuicios religiosos, la desigualdad en el matrimonio, las costumbres y la moral del pasado, el centro de la propaganda se desplaza naturalmente hacia la educación y los clubes para desarrollar, por una parte, los conocimientos y, por otra parte, para acercar los modos de vida del régimen soviético más libre, salvaguardando los intereses de la mujer. De ahí las mujeres delegadas nombradas en los tribunales populares (como en Baskiria), la participación de las secciones de mujeres en la redacción de las leyes locales y su aplicación, etc...

Como una de las primeras formas de esta propaganda para atraer a las masas femeninas más atrasadas a la vida social y política, la conferencia señaló los clubes, que

[269] *La Conferencia de las Organizadoras Comunistas de las Mujeres de Oriente*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde “La Conférence des Organisatrices-Communistes des Femmes de l'Orient”, en Alexandra Kollontaï, Les auteurs marxistes en langue française – MIA. Fuente (versión francesa): *Bulletin communiste*, número 23, 2 de junio de 1921. Correcciones según el texto ruso (en *Избранные статьи и речи*, 1972), que da como fecha de primera publicación el 10 de abril de 1921 en *Pravda*.

contienen una escuela primaria, una guardería, un refectorio, en una palabra, toda clase de instituciones capaces de dar ejemplo de lo que el poder soviético puede hacer por las mujeres de Oriente, siempre que éstas muestren iniciativa. Los clubes también fueron declarados la forma primitiva de organización de las masas femeninas en torno a los sectores comunistas, ya que esta forma es aplicable incluso en las tribus nómadas, como los kirguises, los uzbekos, etc...

La conferencia ha establecido el principio de que las secciones femeninas no deben buscar su apoyo sobre todo entre las amas de casa, sino entre las que, por su situación social y condiciones de vida, están mejor capacitadas para comprender el comunismo, es decir, las obreras asalariadas y las artesanas. Estas últimas son particularmente numerosos en Turkestán. Toda la propaganda de las secciones femeninas debe partir de la propuesta fundamental de que sólo la emancipación económica de toda la población y el establecimiento del comunismo sobre las ruinas del régimen feudal harán posible la plena emancipación de la mujer en la vida, en el derecho y en la familia. La conferencia dedicó gran atención a la organización de las mujeres artesanas en talleres especiales.

Se produjo un animado intercambio de opiniones sobre la convocatoria del Congreso de Mujeres Orientales de toda Rusia. Se decidió convocarlo para el 2 de junio y en Moscú. Ya se ha realizado gran parte del trabajo preparatorio, y las comunistas de Oriente, incluso en provincias distantes, ya han celebrado una serie de conferencias y congresos regionales o de distrito con este fin.

Toda la conferencia procedió con asombroso ardor y armonía; a pesar de la variedad de naciones representadas, se sintió el verdadero espíritu internacionalista. La conferencia envió, en respuesta a un telegrama recibido, un llamamiento a Lenin y otro a las obreras de Occidente a través de la Internacional Comunista y la Secretaría Internacional de las Obreras.

Esta pequeña pero activa reunión no dejará de producir sus frutos, promoverá la preparación del congreso panruso, se convertirá en una de las piedras angulares del edificio que se está construyendo gradualmente con el esfuerzo común de los hombres y mujeres comunistas de Oriente y Occidente, de la sociedad comunista lograda por la dictadura de la clase obrera.

Tesis para la propaganda entre las mujeres. Tercer Congreso de la Internacional Comunista

(1921)[270]

Principios generales

I. El III Congreso de la Internacional Comunista, juntamente con la II Conferencia Internacional de las Mujeres Comunistas, confirma la opinión del I y II congresos relativas a la necesidad para todos los partidos comunistas de occidente y de oriente de reforzar el trabajo entre el proletariado femenino y, en particular, la educación comunista de las grandes masas de obreras que es preciso arrastrar a la lucha por el poder de los soviets o por la organización de la República Obrera Soviética.

La cuestión de la dictadura del proletariado es primordial para la clase obrera de todo el mundo y, en consecuencia, también para las obreras.

La economía capitalista se encuentra en un callejón sin salida. Las fuerzas productivas ya no pueden desarrollarse en el marco del régimen capitalista. La impotencia de la burguesía para hacer renacer la industria, la creciente miseria de las masas trabajadoras, el desarrollo de la especulación, la descomposición de la producción, el paro, la inestabilidad de los precios, la carestía de la vida que no mantiene relación con los salarios, provocan un recrudecimiento de la lucha de clases en todos los países. En esta lucha, se trata sobre todo de saber quién ha de organizar la producción, si un puñado de burgueses y explotadores sobre las bases del capitalismo y de la propiedad privada o la clase de los verdaderos productores sobre la base comunista.

La nueva clase ascendente, la clase de los verdaderos productores, debe apoderarse, conforme a las leyes del desarrollo económico, del aparato de producción y crear las nuevas formas económicas. Sólo así se podrá imprimir su máximo desarrollo a las fuerzas productivas, a las que la anarquía de la producción capitalista impide alcanzar todo el rendimiento de que son capaces.

Mientras el poder esté en manos de la clase burguesa, el proletariado se encontrará impotente para restablecer la producción. Ninguna reforma, ninguna medida propuesta por los gobiernos democráticos o socialistas de los países burgueses serán capaces de salvar la situación y de aliviar los sufrimientos insuperables de los obreros, pues esos sufrimientos son un efecto natural de la ruina del sistema económico capitalista y persistirán mientras el poder esté en manos de la burguesía. Sólo la conquista del poder por parte del proletariado le permitirá a la clase obrera adueñarse de los medios de producción y asegurarse, así, la posibilidad de restablecer la economía en su propio interés.

Para adelantar la hora del choque decisivo del proletariado con el mundo burgués expirante, la clase obrera debe adecuarse a la táctica firme e intransigente preconizada por la III Internacional. La realización de la dictadura del proletariado tiene que estar a la orden del día. Ese es el objetivo que definirá los métodos de acción y la línea de conducta del proletariado de ambos sexos.

Partiendo del punto de vista de que la lucha por la dictadura del proletariado figura en la orden del día del proletariado de todos los estados capitalista y que la construcción del comunismo es la tarea más inmediata en los países donde la dictadura ya está en manos de los obreros, el III

---

[270] *Tesis para la propaganda entre las mujeres. Tercer Congreso de la Internacional Comunista*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. "Tesis para la propaganda entre las mujeres", en *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Edicions Internacionals Sedov, 2ª edición, páginas 191-201 formato pdf. Informe de Alejandra Kollontai aprobado por el III Congreso Mundial de la Tercera Internacional, Moscú, junio de 1921.

Congreso Mundial de la Internacional Comunista declara que tanto la conquista del poder por el proletariado como la realización del comunismo en los países que ya acabaron con la opresión burguesa no podrán ser realizadas sin el apoyo activo de la masa del proletariado y del semiproletariado femenino.

Por otra parte, el congreso llama una vez más la atención de las mujeres sobre el hecho que sin el apoyo de los partidos comunistas, las iniciativas tendentes a la liberación de la mujer, al reconocimiento de su igualdad personal total y su verdadera liberación no son realizables.

II. Los intereses de la clase obrera exigen, particularmente en el momento actual, el ingreso de las mujeres en las filas organizadas del proletariado que lucha por el comunismo. Lo exigen en la medida en que la ruina económica mundial se hace cada vez más intensa e intolerable para toda la población pobre de las ciudades y del campo y la revolución social se le impone, inevitablemente, a la clase obrera de los países burgueses capitalistas, mientras que al pueblo trabajador de la Rusia Soviética le urge iniciar la reconstrucción de la economía nacional sobre nuevas bases comunistas. Esas dos tareas se realizarán con mayor facilidad si las mujeres participan de forma más activa, consciente y voluntaria.

III. En todos los lugares donde el problema de la conquista del poder surja directamente, los partidos comunistas deben saber apreciar el gran peligro que representa en la revolución las masas inertes de las obreras no integradas en el movimiento de las amas de casas, de las empleadas, de las campesinas, no liberadas de las concepciones burguesas, de la Iglesia y de los prejuicios, y no vinculadas por ningún nexo al gran movimiento de liberación que es el comunismo. Las masas femeninas de oriente y occidente no integradas en ese movimiento constituyen inevitablemente un apoyo para la burguesía y un motivo para su propaganda contrarrevolucionaria. La experiencia de la revolución húngara, durante la cual la inconsciencia de las masas femeninas desempeñó tan triste papel, debe servir de advertencia al proletariado de los países atrasados que se encaminan por la vía de la revolución social.

La experiencia de la República Soviética ha demostrado en la práctica cuán esencial es la participación de la obrera y de la campesina tanto en la defensa de la república durante la guerra civil como en todos los órdenes de la organización soviética. Es sabida la importancia del papel que las obreras y las campesinas desempeñaron en la república de los soviets, en la organización de la defensa, en el fortalecimiento de la retaguardia, en la lucha contra la deserción y contra todas las formas de la contrarrevolución, el sabotaje, etc.

La experiencia de la república obrera debe ser aprendida y utilizada en los demás países.

De todo lo que acabamos de decir se desprende que la tarea inmediata de los partidos comunistas consiste en extender la influencia del partido y del comunismo a los vastos sectores de la población femenina de su país, mediante un organismo especial que funcione en el seno del partido y de métodos particulares que permitan abordar más fácilmente a las mujeres, para sustraerlas de la influencia de las concepciones burguesas y de la acción de los partidos coalicionistas, para hacer de ellas verdaderas combatientes por la liberación total de la mujer.

IV. Al imponer a los partidos comunistas de oriente y occidente la tarea inmediata de reforzar el trabajo del partido entre el proletariado femenino, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista demuestra al mismo tiempo a los obreros del mundo entero que su liberación de la injusticia secular, de la esclavitud y de la desigualdad, sólo es realizable mediante la victoria del comunismo.

Lo que el comunismo le ofrecerá a la mujer, en ningún caso podrá dárselo el movimiento femenino burgués. Mientras exista la dominación del capital y de la propiedad privada, la liberación de la mujer es imposible.

El derecho electoral no suprime la causa primordial de la servidumbre de la mujer en la familia y en la sociedad, y no soluciona el problema de las relaciones entre ambos sexos. La igualdad no formal sino real de la mujer sólo es posible bajo un régimen en el que la mujer de la clase obrera sea la poseedora de sus instrumentos de producción y distribución, participe en su administración y tenga la obligación de trabajar bajo las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora. En otros términos, esta igualdad sólo es realizable después de la derrota del sistema capitalista y su reemplazo por las formas económicas comunistas.

Sólo el comunismo creará una situación en la que la función natural de la mujer, la maternidad, no esté en conflicto con las obligaciones sociales y no obstaculice su trabajo

productivo para bien de la colectividad. Pero el comunismo es, al mismo tiempo, el objetivo final de todo el proletariado. En consecuencia, la lucha de la obrera y del obrero por ese objetivo común debe realizarse conjuntamente en interés de los dos.

V. El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista confirma los principios fundamentales del marxismo revolucionario según los cuales no existen problemas "específicamente femeninos". Toda relación de la obrera con el feminismo burgués, al igual que toda ayuda aportada por ella a la táctica de medidas tibias y de franca traición de los socialcoalicionistas y de los oportunistas, no hace sino debilitar las fuerzas del proletariado y, al retardar la revolución social, impide a la vez la realización del comunismo, es decir la liberación de la mujer.

Sólo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opuestas.

Las masas proletarias femeninas deben, en su propio interés, apoyar la táctica revolucionaria del partido comunista y participar de la forma más activa y directa en las acciones de masas y en la guerra civil bajo todas sus formas y aspectos, tanto en el marco nacional como a escala internacional.

VI. La lucha de la mujer contra su doble opresión, el capitalismo y la dependencia familiar y doméstica, debe adoptar en la próxima fase de su desarrollo un carácter internacional transformándose en lucha del proletariado de ambos sexos por la dictadura y el régimen soviética bajo la bandera de la III Internacional.

VII. Al disuadir a las obreras de todos los países de cualquier tipo de colaboración y de coalición con las feministas burguesas, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista les previene a la vez que todo apoyo proporcionado por ellas a la II Internacional o a los elementos oportunistas que se le aproximen será muy perjudicial para el movimiento. Las mujeres siempre deben recordar que su esclavitud tiene sus raíces en el régimen burgués. Para acabar con esta esclavitud, es preciso acceder a un orden social nuevo.

Al apoyar a las Internacionales II y II y ½, y grupos análogos, se paraliza el desarrollo de la revolución, y en consecuencia se impide la transformación social, retrasando la hora de la liberación de la mujer.

Cuanto más se alejen las masas femeninas con decisión e irreversiblemente de la II Internacional y de la Internacional II y ½, en mayor medida se asegurará la victoria de la revolución social. El deber de las mujeres comunistas es condenar a todos los que temen la táctica revolucionaría de la Internacional Comunista y dedicarse firmemente a excluirlo de las filas cerradas de la Internacional Comunista.

Las mujeres deben recordar también que la II Internacional todavía no ha intentado crear un organismo destinado a la lucha por la liberación total de la mujer. La unión internacional de las mujeres socialistas, en la medida que existe, se ha organizado al margen del marco de la II Internacional, por propia iniciativa de las obreras.

La III Internacional formuló claramente, desde su primer congreso en 1919, su actitud frente al problema de la participación de las mujeres en la lucha por la dictadura. A iniciativa suya y con su apoyo fue convocada la primera conferencia de mujeres comunistas y en 1920 fue fundada la Secretaría Internacional para la Propaganda entre las Mujeres, con representación permanente en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El deber de las obreras conscientes de todos los países consiste en romper con la II Internacional y con la Internacional II y ½ y apoyar firmemente la política revolucionaria de la Internacional Comunista.

VIII. El apoyo que prestarán a la Internacional Comunista las obreras y las empleadas debe manifestares ante todo por su entrada en las filas de los partidos comunistas de sus respectivos países. En los países y en los partidos donde la lucha entre la II y la III Internacional aún no ha finalizado, el deber de las obreras consiste en apoyar con todas sus fuerzas al partido o al grupo que sigue la política de la Internacional Comunista y luchar despiadadamente contra todos los elementos vacilantes o abiertamente traidores, sin tener en cuenta su autoridad. Las mujeres proletarias conscientes que luchan por su liberación no deben permanecer en un partido no afiliado a la Internacional Comunista.

Todo adversario de la III Internacional es un enemigo de la liberación de la mujer.

Todo obrero consciente de occidente y oriente debe colocarse bajo la bandera revolucionaria de la Internacional Comunista. Toda vacilación de las mujeres del proletariado en romper con los grupos oportunistas, o con sus autoridades reconocidas, retrasa las conquistas del proletariado en el campo de batalla de la guerra civil, que adquiere el carácter de una guerra civil mundial.

Métodos de acción entre las mujeres

Partiendo de los principios indicados anteriormente, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista establece que el trabajo entre el proletariado femenino debe ser llevado a cabo por los partidos comunistas de todos los países sobre las siguientes bases:

1. Admitir a las mujeres como miembros con idénticos deberes y derechos que el resto de los miembros en el partido y en todas las organizaciones proletarias (sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, etc.).

2. Tomar conciencia de la importancia de la participación activa de las mujeres en todos los sectores de la lucha del proletariado (inclusive su defensa militar), de la construcción de nuevas bases sociales, de la organización de la producción y de la existencia de acuerdo con los principios comunistas.

3. Reconocer a la maternidad como una función social, adoptar y aplicar todas las medidas necesarias para la defensa de la mujer en su calidad de madre.

A la vez que se pronuncia enérgicamente contra todo tipo de organización especial de mujeres en el seno del partido, de los sindicatos o de otras asociaciones obreras, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista reconoce la necesidad para el partido comunista de emplear métodos particulares de trabajo entre las mujeres y estima la utilidad de formar en todos los partidos comunistas organismos especiales encargados de este trabajo.

El congreso adopta estas medidas guiado por las siguientes consideraciones:

a) la servidumbre familiar de la mujer no sólo en los países burgueses capitalistas sino también en los países donde ya existe el régimen soviético, en la fase de transición del capitalismo al comunismo.

b) la gran pasividad y el estado político de atraso de las masas femeninas, defectos explicados por el alejamiento secular de la mujer de la vida social y por su esclavitud en el ámbito familiar.

c) las funciones especiales impuestas a las mujeres por su naturaleza, es decir la maternidad y las particularidades que de ello derivan, y la necesidad de una mayor protección de sus fuerzas y de su salud en interés de toda la sociedad.

Esos organismos dedicados al trabajo entre las mujeres deben ser secciones o comisiones que funcionen junto a todos los comités del partido, comenzando por el comité central y hasta en los comités de barrio o de distrito. Esta decisión es obligatoria para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista.

El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista indica las tareas a realizar por los partidos comunistas a través de las secciones dedicadas al trabajo con las mujeres:

1. Educar a las grandes masas femeninas en el espíritu del comunismo y atraerlas a las filas del partido.

2. Combatir los prejuicios relativos a las mujeres en las masas del proletariado masculino, fortaleciendo en el espíritu de los obreros y las obreras la idea de la solidaridad de intereses de los proletarios de ambos sexos.

3. Afirmar la voluntad de la obrera haciéndola participar de la guerra civil en todas sus formas y aspectos, movilizarla en las acciones de masas, en la lucha contra la explotación capitalista en los países burgueses (contra la carestía de la vida, la crisis de la vivienda y el paro), en la organización de la economía comunista y de la existencia en general en las repúblicas soviética.

4. Poner a la orden del día del partido y de las instituciones legislativas los problemas relativos a la igualdad de la mujer y a su defensa como madre.

5. Luchar sistemáticamente contra la influencia de la tradición, de las costumbres burguesas y de la religión, a fin de preparar el camino para relaciones más sanas y armoniosas entra los sexos y el saneamiento moral y físico de la humanidad trabajadora.

Todo el trabajo de las secciones femeninas se deberá realizar bajo la dirección inmediata y la responsabilidad de los comités del partido.

Entre los miembros de la comisión o de la dirección de las secciones habrán de figurar también, en la medida de lo posible, camaradas comunistas de sexo masculino.

Todas las medidas y las tareas que se le imponen a las comisiones y a las secciones de las obreras deberán ser realizadas por ellas, de forma independiente, pero en los países de los soviets por intermedio de los órganos económicos y políticos respectivos (secciones de los soviets, comisariados, comisiones, sindicatos, etc.) y en los países capitalistas con ayuda de los órganos correspondientes del proletariado (sindicatos, consejos, etc.).

En todas aquellas partes donde los partidos comunistas tengan existencia legal o semilegal, deben formar un aparato ilegal para el trabajo con las mujeres. Este aparato debe estar subordinado y adaptado al aparato ilegal del partido en su conjunto. Aquí, al igual que en el aparato legal, cada comité deberá incluir a una camarada encargada de dirigir la propaganda ilegal entre las mujeres.

En el período actual, los sindicatos profesionales y de producción deben constituir para los partidos comunistas el campo fundamental del trabajo entre las mujeres, tanto en los países donde la lucha por la liquidación del yugo capitalista aún no ha finalizado como en las repúblicas obreras soviéticas.

El trabajo entre las mujeres debe ser llevado a cabo en el siguiente sentido: unidad en la línea política y en la estructura del partido, libre iniciativa de las comisiones y de las secciones en todo aquello que tienda a procurar a la mujer su total liberación e igualdad, lo que sólo podrá ser obtenido por el conjunto del partido. No se trata de crear un paralelismo sino de completar los esfuerzos del partido en pro de la actividad y la iniciativa creadoras de la mujer.

El trabajo político del partido entre las mujeres en los países de régimen soviético

El papel de las secciones en las repúblicas soviéticas consiste en educar a las masas femeninas en el espíritu del comunismo atrayéndolas a las filas del partido comunista. Consiste también en desarrollar la actividad, la iniciativa de la mujer, incorporándola al trabajo de construcción del comunismo y convirtiéndola en una firme defensora de la Internacional Comunista.

Las secciones deben lograr por todos los medios la participación de la mujer en todos los sectores de la organización soviética, desde la defensa militar de la república hasta los planes económicos más complicados.

En la república soviética, las secciones deben controlar la aplicación de las decisiones del III Congreso de los Soviets concernientes a la participación de las obreras y de las campesinas en la organización y en la construcción de la economía nacional, así como en todos los órganos dirigentes, administrativos, que controlan y organizan la producción.

Por intermedio de sus representantes y de los órganos del partido, las secciones deben colaborar en la elaboración de nuevas leyes y en la modificación de las que deben ser transformadas de cara a la liberación real de la mujer. Las secciones deben dar prueba de particular iniciativa en el desarrollo de la legislación que protege el trabajo de la mujer y de los menores.

Las secciones deben movilizar al mayor número posible de obreras y de campesinas en las campañas por la elección de los soviets y procurar que entre los miembros de éstos y de los comités ejecutivos sean elegidas obreras y campesinas.

Las secciones deben favorecer el éxito de todas las campañas políticas y económicas llevadas a cabo por el partido.

Les corresponde también a las secciones velar por el perfeccionamiento y la especialización del trabajo femenino mediante la expansión de la enseñanza profesional, facilitando a las obreras y campesinas el acceso a los establecimientos correspondientes.

Las secciones facilitarán el desarrollo de toda la red de establecimientos públicos tales como guarderías, lavanderías, talleres de reparaciones, instituciones existentes sobre las nuevas bases comunistas, que aliviarán a las mujeres del peso de la época de transición, facilitarán su independencia material y harán de la esclava doméstica y familiar la libre colaboradora del creador de las nuevas formas de vida.

Las secciones deberán facilitar la educación de las afiliadas a los sindicatos en el espíritu del comunismo por intermedio de las organizaciones destinadas al trabajo con las mujeres, constituidas por las fracciones comunistas de los sindicatos.

Las secciones procurarán que las obreras asistan regularmente a las reuniones de los delegados de fábrica.

Las secciones distribuirán sistemáticamente a las delegadas del partido de forma rotativa en los diferentes sectores de trabajo: soviets, economía nacional, sindicatos.

En los países capitalistas

Las tareas inmediatas de las comisiones para el trabajo entre las mujeres están determinadas por las condiciones objetivas. Por una parte, la ruina de la economía mundial, la increíble agudización del paro, que tienen como consecuencias particulares la disminución de la demanda de mano de obra femenina, el aumento de la prostitución, de la carestía de la vida, de la crisis de vivienda, de la amenaza de nuevas guerras imperialistas y, por otra parte, las incesantes huelgas económicas en todos los países, las renovadas tentativas de levantamiento armado del proletariado, la atmósfera cada vez más agobiante de la guerra civil que se extiende por el mundo, todo esto aparece como el prólogo de la inevitable revolución social mundial.

Las comisiones femeninas deben dar prioridad a las tareas propias del combate del proletariado, luchar por las reivindicaciones del partido comunista, lograr la participación de la mujer en todas las manifestaciones revolucionarias de los comunistas contra la burguesía y los socialistas coalicionistas.

Las comisiones velarán no solamente para que las mujeres sean admitidas con los mismos derechos y deberes que los hombres en el partido, en los sindicatos y en las demás organizaciones obreras de lucha de clases, combatiendo todo intento de aislamiento y de particularización, sino también para que las obreras sean elegidas, en idénticas condiciones que los obreros, en los organismos dirigentes de los sindicatos y de las cooperativas.

Las comisiones ayudarán a las grandes masas del proletariado femenino y de campesinas a ejercer sus derechos electorales en las elecciones parlamentarias y otras a favor del partido comunista, destacando el escaso valor de esos derechos tanto para la disminución de la explotación capitalista como para la liberación de la mujer, y oponiéndole al parlamentarismo el régimen de los soviets.

Las comisiones también deberán velar para que las obreras, las empleadas y las campesinas tomen parte activa y consciente en las elecciones de los soviets revolucionarios, económicos y políticos, de delegados obreros. Se esforzarán para atraer a la actividad política a las amas de casa y para propagar la idea de los soviets particularmente entre las campesinas.

Las comisiones dedicarán la mayor atención a la aplicación del principio de a trabajo igual, salario igual.

Las comisiones deberán movilizar a las obreras en esta campaña por medio de cursos gratuitos y accesibles, capaces de despertar el interés de la mujer.

Las comisiones deben controlar que las mujeres comunistas colaboren en todas las instituciones legislativas, municipales, para preconizar en esos organismos la política revolucionaria de su partido.

Pero al participar en las instituciones legislativas, municipales y en los otros organismos del estado burgués, las mujeres comunistas deben seguir estrictamente los principios y la táctica del partido. Deben preocuparse no de obtener reformas bajo el régimen capitalista sino de tratar de transformar todas las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras en consignas capaces de despertar la actividad de las masas y de encauzar esas reivindicaciones por el camino de la lucha revolucionaria y de la dictadura del proletariado.

En los parlamentos y en las municipalidades, las comisiones deben permanecer en estrecho contacto con las fracciones comunistas y deliberar en común sobre todos los proyectos, etc., relativos a las mujeres. Las comisiones deberán explicar a las mujeres el carácter retrógrado y antieconómico del sistema de hogares aislados, la defectuosa educación burguesa que se imparte a los niños, reuniendo las fuerzas de las obreras alrededor de los problemas que tienen que ver con un real mejoramiento de la existencia de la clase obrera, problemas éstos planteados por el partido.

Las comisiones deberán favorecer la adhesión al partido comunista de las obreras afiliadas a los sindicatos, y las fracciones comunistas de estos últimos designarán organizadores para el trabajo con las mujeres que actuarán bajo la dirección del partido y las secciones locales.

Las comisiones de trabajo político con las mujeres deberán encauzar su propaganda de modo tal que las mujeres proletarias difundan en las cooperativas la idea del comunismo y, entrando en la dirección de esas cooperativas, lleguen a influir en ellas y a ganarlas, dado que esas organizaciones tendrán gran importancia como organismos de distribución durante y después de la revolución. Todo el trabajo de las comisiones debe tender hacia ese objetivo único: el desarrollo de la actividad revolucionaria de las masas a fin de alcanzar la revolución social.

En los países económicamente atrasados (oriente)

El partido comunista, de común acuerdo con las secciones, debe obtener, en los países de débil desarrollo industrial, el reconocimiento de la igualdad de derechos y deberes de la mujer en el partido, en los sindicatos y en las demás organizaciones de la clase obrera.

Las secciones y las comisiones lucharán contra los prejuicios, las costumbres y los hábitos religiosos que pesan sobre las mujeres y realizarán esa acción también entre los hombres.

El partido comunista y sus secciones o comisiones deben aplicar los principios de la igualdad de los derechos de la mujer en la educación de los hijos, en las relaciones familiares y en la vida pública.

Las secciones buscarán apoyo para su trabajo ante todo en la masa de obreras que trabajan a domicilio (pequeña industria), de trabajadoras de las plantaciones de arroz, de algodón y otras, favoreciendo la formación, allí donde sea posible (y en primer lugar entre los pueblos de oriente que viven en los confines de la Rusia soviética), de talleres corporativos, de cooperativas de pequeña industria, y facilitando de ese modo la entrada de las obreras de las plantaciones en los sindicatos.

La elevación del nivel general de cultura de la masa es uno de los mejores medios de lucha contra la rutina y los prejuicios religiosos difundidos en el país. Las comisiones deben, por lo tanto, favorecer el desarrollo de las escuelas para adultos y para niños y de facilitar el acceso a ellas de las mujeres. En los países burgueses, las comisiones deben llevar a cabo una agitación directa contra la influencia burguesa en las escuelas.

Allí donde sea posible, las secciones y las comisiones deben llevar a cabo la propaganda casa por casa, deben organizar clubes de obreras y atraer a ellos, en general, a los elementos femeninos más atrasados. Los clubes serán centros de cultura y de instrucción y organizaciones modelo que muestren lo que puede hacer la mujer por su propia liberación y su independencia (organización de guarderías, de jardines de infancia, de escuelas primarias para adultos, etcétera).

En los pueblos que lleven una vida nómada, habrá que organizar clubes ambulantes.

En los países de régimen soviético, las secciones, de acuerdo con los partidos, contribuirán a facilitar la transición de la forma económica capitalista a la forma de producción comunista, colocando a la obrera ante la realidad evidente de que la economía doméstica y la familia, tales como eran hasta ahora, las somete mientras que el trabajo colectivo las liberará.

Entre los pueblos orientales que viven en la Rusia soviética, las secciones deben controlar que sea aplicada la legislación soviética que iguala a la mujer en sus derechos con relación al hombre y que defiende sus intereses. Con ese objeto, las secciones facilitarán a las mujeres el acceso a las funciones de jurados en las tribunas populares.

Las secciones también harán participar a la mujer en las elecciones de soviets y controlarán que las obreras y las campesinas entren en los soviets y en los comités ejecutivos. El

trabajo entre el proletariado femenino de oriente debe ser realizado sobre la plataforma de la lucha de clases. Las secciones revelarán la impotencia de las feministas para hallar una solución a los diferentes problemas de la liberación de la mujer, utilizarán las fuerzas intelectuales femeninas (por ejemplo, las maestras) para difundir la instrucción en los países soviéticos de oriente. Evitando los ataques groseros y carentes de tacto a las creencias religiosas y a las tradiciones nacionales, las secciones y las comisiones que trabajan con las mujeres de oriente deberán luchar claramente contra la influencia del nacionalismo y de la religión sobre los espíritus.

Toda la organización de las obreras debe estar basada, tanto en oriente como en occidente, no en la defensa de los intereses nacionales sino en el plano de la unión del proletariado internacional de ambos sexos en las tareas comunes de clase.

La cuestión del trabajo con las mujeres de oriente, que es de gran importancia y a la vez presenta un nuevo problema para los partidos comunistas, debe ser detallado mediante una instrucción especial sobre los métodos de trabajo con las mujeres de oriente, apropiados a las condiciones de los países orientales. Las instrucciones se adjuntarán a las tesis.

Métodos de agitación y de propaganda

Para realizar la misión fundamental de las secciones, es decir la educación comunista de las grandes masas femeninas del proletariado y el fortalecimiento de los cuadros de los campeones del comunismo, es indispensable que todos los partidos comunistas de oriente y de occidente asimilen el principio fundamental del trabajo con las mujeres, que es el siguiente: “agitación y propaganda por medio de los hechos”.

Agitación por medio de hechos quiere decir ante todo acción para despertar la iniciativa de la obrera, para destruir su falta de confianza en sus propias fuerzas y, movilizándolas en el trabajo práctico en el dominio de la organización y de la lucha, para enseñarle a comprender por medio de la realidad que toda conquista del partido comunista, toda acción contra la explotación capitalista, es un progreso que alivia la situación de la mujer. “De la práctica a la acción, al reconocimiento del ideal del comunismo y de sus principios teóricos”, ese es el método con el cual los partidos comunistas y sus secciones femeninas deberán abordar a las obreras.

Para ser realmente órganos de acción y no solamente de propaganda oral, las secciones femeninas deben apoyarse en las células comunistas de las empresas y de los talleres y nombrar, en cada célula comunista, un organizador especial del trabajo con las mujeres de la empresa o del taller.

Con los sindicatos, las secciones deberán relacionarse mediante sus representantes o sus organizadores, designados por la fracción comunista del sindicato y que realicen su trabajo bajo la dirección de las secciones.

La propaganda de la idea comunista mediante los hechos consiste, en la Rusia de los soviets, en introducir a la obrera, la campesina, el ama de casa y la empleada, en todas las organizaciones soviéticas, comenzando por el ejército y la milicia y terminando por todas las instituciones que tienden a la liberación de la mujer: alimentación pública, educación social, protección de la maternidad, etc. Una tarea particularmente importante es la recuperación económica en todas sus formas, a la que es preciso atraer a la obrera.

La propaganda por medio de los hechos en los países capitalistas tenderá ante todo a movilizar a la obrera en las huelgas, en las manifestaciones y en la insurrección en todas sus formas, para que templen y eleven la voluntad y la conciencia revolucionarias en el trabajo político, en el trabajo ilegal (particularmente en lo servicios de enlace), en la organización de los sábados y domingos comunistas, mediante los cuales las obreras simpatizantes, las empleadas aprenderán a ser útiles al partido con su trabajo voluntario.

El principio de la participación de las mujeres en todas las campañas políticas, económicas o morales emprendidas por el partido comunista sirve también al objetivo de la propaganda por medio de los hechos. Los órganos de propaganda con las mujeres dependientes de los partidos comunistas deben ampliar su actividad a categorías cada vez más numerosas de mujeres socialmente explotadas y sometidas en los países capitalistas y, entre las mujeres de los estados soviéticos, liberar su espíritu encadenado por supersticiones y resabios del antiguo orden

social. Deberán considerar todas las necesidades y todos los sufrimientos, todos los intereses y las reivindicaciones mediante las cuales las mujeres tomarán conciencia de que el capitalismo tiene que ser destruido por ser su enemigo mortal y que es preciso allanar los caminos hacia el comunismo, su liberador.

Las secciones deben llevar a cabo metódicamente su agitación y su propaganda por medio de la palabra, organizando reuniones en los talleres y reuniones públicas ya sea para las obreras y empleadas de las diferentes ramas de la industria o para las amas de casa y para las trabajadoras de todo tipo, por barrios, sectores de la ciudad, etc.

Las secciones deben controlar que las fracciones comunistas de los sindicatos, de las asociaciones obreras, de las cooperativas, elijan organizadores y agitadores especiales para realizar el trabajo comunista con las masas femeninas de los sindicatos o cooperativas, asociaciones, etc. Las secciones también controlarán que en los estados soviéticos las obreras sean elegidas en los consejos de industria y en todos los organismos encargados de la administración, del control y de la dirección de la producción. En resumen, las obreras deben formar parte de todas las organizaciones que, en los países capitalistas, sirvan a las masas explotadas y oprimidas en su lucha por la conquista del poder político o que, en los estados soviéticos, contribuyan a la defensa de la dictadura del proletariado y a la realización del comunismo.

Las secciones deben destacar a mujeres comunistas de confianza en las industrias, ubicándolas como obreras o como empleadas en los lugares donde trabaje un gran número de mujeres, tal como se practica en la Rusia soviética. Se enviará también a esas camaradas a las grandes circunscripciones y centros proletarios.

Siguiendo el ejemplo del partido comunista de la Rusia soviética, que organiza reuniones de delegados y conferencias de delegadas sin partido con éxito considerable, las secciones femeninas de los países capitalistas deben organizar reuniones públicas de obreras, de trabajadoras de todo tipo, campesinas, amas de casa, con el objeto de considerar las necesidades, las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras, y elegir comités *ad hoc* para profundizar los problemas planteados en contacto permanente con sus delegados y las secciones femeninas del partido. Las secciones enviarán a sus oradores para que participen de las discusiones en las reuniones de los partidos hostiles al comunismo.

La propaganda y la agitación por medio de las reuniones y de otras instituciones similares deben ser completadas con una agitación metódica y prolongada llevada a cabo en los hogares. Toda comunista encargada de esta tarea visitará a lo sumo diez mujeres en su domicilio, pero deberá hacerlo regularmente, al menos una vez por semana y ante cada acción importante de los partidos comunistas y las masas proletarias.

Las secciones deben crear y difundir una literatura sencilla y adecuada, folletos y volantes tendentes a exhortar y a agrupar a las fuerzas femeninas.

Las secciones velarán que las mujeres comunistas utilicen del modo más activo todas las instituciones y medios de instrucción del partido. A fin de profundizar la conciencia y de templar la voluntad de las comunistas aún atrasadas y de las mujeres trabajadoras que despiertan a la actividad, las secciones deben invitarlas a los cursos, y discusiones del partido. Solamente en casos de excepción pueden ser organizados cursos separados, sesiones de lectura y de discusión únicamente para obreras.

Para desarrollar el espíritu de camaradería entre obreras y obreros, es preferible no crear cursos y escuelas especiales para las mujeres comunistas. En cada escuela del partido debe haber obligatoriamente un curso sobre los métodos del trabajo con las mujeres. Las secciones tienen derecho a delegar un cierto número de sus representantes a los cursos generales del partido.

Estructura de las secciones

Se organizarán comisiones para el trabajo con las mujeres adscritas a los comités regionales y de distrito y finalmente al comité central del partido.

Cada país designará por sí mismo a los miembros de la sección. Los partidos de los distintos países tienen libertad para fijar, según las circunstancias, el número de miembros de la sección designados por el partido.

La responsable de la sección deberá ser a la vez miembro del comité local del partido. En el caso que eso no ocurriera, deberá asistir a todas las sesiones del comité con voto deliberativo en las cuestiones concernientes a la sección femenina y con voto consultivo en todos los demás problemas.

Aparte de las tareas generales enumeradas anteriormente, que incumben a las secciones y a las comisiones locales, estarán encargadas de las siguientes funciones: mantenimiento de la vinculación entre las diferentes secciones de la región y con la sección central, reuniones de información sobre la actividad de las secciones y de las comisiones de la región, intercambio de informaciones entre las diferentes secciones de la región y con la sección central, reuniones de información sobre la actividad de las secciones y de las comisiones de la región, intercambio de informaciones entre las diferentes secciones, suministro de literatura a la región o provincia, distribución de las fuerzas de agitación, movilización de las fuerzas del partido para el trabajo con las mujeres, convocatoria al menos dos veces por año de conferencias regionales de las mujeres comunistas, de las representantes de las secciones a razón de una o dos por sección, finalmente organización de conferencias de obreras y de campesinas sin partido.

Las secciones regionales (de provincia) estarán compuestas por cinco a siete miembros, los miembros del secretariado serán nombrados por el comité correspondiente del partido a propuesta de la responsable de la sección. Esta será elegida, al igual que los otros miembros del comité de distrito o de provincia, en la correspondiente conferencia del partido,

Los miembros de las secciones o de las comisiones serán elegidos en la conferencia general de la ciudad, del distrito o de la provincia, o también podrán ser nombrados por las secciones respectivas en contacto con el comité del partido. La comisión central para el trabajo con las mujeres estará compuesta de dos a cinco miembros, de los cuales al menos uno será pagado por el partido.

Además de todas las funciones enumeradas anteriormente que corresponden a las secciones regionales, la comisión central tendrá también las siguientes tareas: instrucción a impartir a las localidades y a sus militantes; control del trabajo de las secciones; distribución, en contacto con los organismos correspondientes del partido, de las fuerzas que realizan el trabajo entre las mujeres; control, por intermedio de su representante o del encargado de éste, de las condiciones y del desarrollo del trabajo femenino sobre la base de las transformaciones jurídicas o económicas necesarias en la situación de la mujer; participación de los representantes, de los apoderados, en las comisiones especiales que estudian el mejoramiento de la existencia de la clase obrera, de la protección al trabajo, de la infancia, etc.; publicación de una “hoja” central y redacción de publicaciones periódicas para la obreras; convocatoria, al menos una vez por año, de los representantes de todas las secciones provinciales, organización de giras de propaganda a través de todo el país; envío de instructores del trabajo con las mujeres; entrenamiento de las obreras para participar en todas las secciones en las campañas políticas y económicas del partido; vinculación permanente con el secretariado internacional de las mujeres comunistas y celebración anual de la jornada internacional de la obrera.

Si la responsable de la sección femenina ante el comité central no fuera miembro de ese comité, tendrá derecho a asistir a todas las sesiones con voz deliberativa en las cuestiones relativas a su sección y voz consultiva en los demás problemas. Será nombrada por el comité central del partido o bien elegida en el congreso ordinario de este último. Las decisiones y los decretos de todas las comisiones deberán ser confirmados por el comité respectivo del partido.

El trabajo a escala internacional

La dirección del trabajo de los partidos comunistas de todos los países, la reunión de las fuerzas obreras, la solución de las tareas impuestas por la Internacional Comunista y la movilización de las mujeres de todos los países y de todos los pueblos en la lucha revolucionaria por el poder de los soviets y la dictadura de la clase obrera a escala mundial, le corresponde al Secretariado Internacional Femenino adscrito a la Internacional Comunista.

El número de miembros de la comisión central y el número de miembros con voz deliberativa serán fijados por el comité central del partido.

Resolución concerniente a las relaciones internacionales de las mujeres comunistas y el Secretariado Femenino de la Internacional Comunista. Tercer Congreso Mundial de la Tercera Internacional

(1921)[271]

La II Conferencia Internacional de las Mujeres Comunistas propone a los partidos comunistas de todos los países de occidente y de oriente la elección, por parte de su

Sección Central Femenina y de acuerdo con las directivas de la III Internacional, de corresponsales internacionales. El papel del corresponsal de cada partido comunista consiste, como lo indican las "directivas", en mantener relaciones regulares con las corresponsales internacionales de otros países, así como con el Secretariado Internacional Femenino de Moscú, que es el organismo de trabajo del Ejecutivo de la III Internacional. Los partidos comunistas deben proporcionar a los corresponsales internacionales todos los medios técnicos y todas las posibilidades de comunicarse entre sí y con el secretariado de Moscú. Las corresponsales internacionales se reunirán una vez cada seis meses para deliberar e intercambiar opiniones con los representantes del Secretariado Femenino Internacional. Sin embargo, en caso de necesidad, este último puede reunir a dicha conferencia en cualquier momento.

El Secretariado Internacional Femenino realizará, de acuerdo con el Comité Ejecutivo y en estrecho contacto con los corresponsales internacionales de los diferentes países, las tareas fijadas por las "directivas". Lo que debe hacer sobre todo es alcanzar en cada país, por medio del consejo y la acción, el desarrollo del movimiento femenino comunista aún débil y dar una dirección única al movimiento femenino de todos los países de occidente y de oriente, provocar y orientar bajo la dirección y con el enérgico apoyo de los comunistas acciones nacionales e internacionales tendentes a intensificar y ampliar, mediante la labor de las mujeres, la lucha revolucionaria del proletariado. El Secretariado Femenino Internacional de Moscú designará en occidente un organismo auxiliar a fin de asegurar una vinculación más estrecha y regular con los movimientos comunistas femeninos de todos los países. Este organismo deberá realizar los trabajos preparatorios y suplementarios para el secretariado internacional, es decir que será puramente ejecutivo y no tendrá el derecho de decidir sobre nada. Estará sujeto a las decisiones y a las indicaciones del Secretariado General de Moscú y del Comité Ejecutivo de la III Internacional. Con el organismo auxiliar de Europa occidental deberá colaborar al menos una representante del Secretariado General.

Dado que la constitución y el campo de actividad del secretariado no están fijados por las "directivas", esas cuestiones serán reglamentadas por el Comité Ejecutivo de la III Internacional de acuerdo con el Secretariado Femenino Internacional, así como la composición, la forma y el funcionamiento del organismo auxiliar.

---

[271] *Resolución concerniente a las relaciones internacionales de las mujeres comunistas y el Secretariado Femenino de la Internacional Comunista. Tercer Congreso Mundial de la Tercera Internacional*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. "Resolución concerniente a las relaciones internacionales de las mujeres comunistas y el Secretariado Femenino de la Internacional Comunista (*Resolución adoptada en la sesión del 12 de junio después del informe de la camarada Kollontai y de la enmienda de la camarada Zetkin*)", en *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Edicions Internacionals Sedov, página 201)

Resolución concerniente a las formas y métodos del trabajo comunista entre las mujeres. Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista

(1921)[272]

La II Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas realizada en Moscú declara:

El derrumbe de la economía capitalista, y del orden burgués basado en esta economía, así como el progreso de la revolución mundial hacen de la lucha revolucionaria por la conquista del poder político y por el establecimiento de la dictadura una necesidad cada vez más vital e imperiosa para el proletariado de todos los países donde ese régimen aún impera, un deber que sólo podrá realizarse cuando las mujeres trabajadoras participen en esta lucha de manera consciente, resuelta y abnegada.

En los países donde el proletariado ya conquistó el poder de estado y estableció su dictadura bajo la forma de los soviets, como en Rusia y en Ucrania, no podrá mantener su poder contra la contrarrevolución nacional e internacional y comenzar la construcción del régimen comunista liberador mientras las masas obreras femeninas no hayan adquirido la conciencia clara e inquebrantable de que la defensa y la construcción del estado deben ser también su obra.

La II Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas propone en consecuencia a los partidos de todos los países, conforme a los principios y a las decisiones de la III Internacional, movilizarse con la mayor energía a fin de despertar a las masas femeninas, agruparlas e instruirlas en el espíritu del comunismo, de atraerlas a las filas de los partidos comunistas y de fortalecer, constante y resueltamente, su voluntad de acción y de lucha.

Para que ese objetivo sea alcanzado, todos los partidos adheridos a la III Internacional deben formar en todos sus organismos e instituciones, desde los más inferiores hasta los más elevados, secciones femeninas presididas por un miembro de la dirección del partido, cuyo objetivo será el trabajo de agitación, organización e instrucción entre las masas obreras femeninas, y que tendrán sus representantes en todas las formaciones administrativas y dirigentes de los partidos. Esas secciones femeninas no forman organizaciones separadas, sólo son organismos de trabajo encargados de movilizar e instruir a las obreras con vistas a la lucha por la conquista del poder político y la construcción del comunismo. Actúan en todos los sectores y en todo momento bajo la dirección del partido, pero poseen también la libertad de movimientos necesaria para aplicar los métodos y formas de trabajo y para crear las instituciones que más convengan a las características especiales de la mujer y su posición particular siempre subsistente en la sociedad y en la familia.

Los organismos femeninos de los partidos comunistas siempre deben tener conciencia, en su actividad, del objetivo de su doble tarea:

---

[272] *Resolución concerniente a las formas y métodos del trabajo comunista entre las mujeres. Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. "Resolución concerniente a las formas y métodos del trabajo comunista entre las mujeres", en *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Edicions Internacionals Sedov, 2ª edición, página 202 del formato pdf)

1) Arrastrar a las masas femeninas cada vez más numerosas, más conscientes y más firmemente decididas, a la lucha de clases revolucionaria de todos los oprimidos y explotados contra el capitalismo y en favor del comunismo.

2) Convertir a esas masas, tras la victoria de la revolución proletaria, en las colaboradoras conscientes y heroicas de la construcción comunista. Los organismos femeninos del partido comunista deben, en su actividad, tomar conciencia de que los medios de agitación y de instrucción no son los discursos y los materiales escritos sino que también es preciso apreciar y utilizar, considerándolos como los medios más importantes, la colaboración de las mujeres comunistas organizadas en todos los ámbitos de la actividad (lucha y construcción) de los partidos comunistas, la participación activa de las mujeres obreras en todas las acciones y luchas del proletariado revolucionario, en las huelgas, en las insurrecciones generales, en las manifestaciones callejeras y rebeliones a mano armada.



Plataforma de la Oposición Obrera

(1922)[273]

La Oposición Obrera

¿Qué es, la Oposición Obrera? Bajo el punto de vista de nuestro partido y de la revolución obrera internacional, ¿debemos felicitamos de su existencia, o considerarla como algo perjudicial y capaz de disolver el partido, como un fenómeno «políticamente peligroso», según ha declarado Trotsky últimamente, durante la discusión abierta sobre los sindicatos?

Para contestar a estas preguntas, que interesan y desconciertan a muchos de nuestros camaradas obreros y obreras, hay que preguntarse, ante todo: 1) cuál es la composición de la Oposición Obrera y cómo se ha constituido; 2) cuál es la cuestión de fondo en la divergencia entre nuestros camaradas de los centros dirigentes del Partido y a Oposición Obrera.

Un hecho muy significativo sobre el cual nunca insistiremos bastante ante nuestros dirigentes es que la Oposición agrupa; dentro de las filas comunistas, al sector avanzado de los proletarios organizados. La Oposición cuenta casi exclusivamente con profesionales (los nombres de los firmantes de las tesis de la Operación sobre el papel de los sindicatos lo confirman). Ahora bien, ¿qué son los profesionales? Son obreros, la vanguardia, la cabeza del proletariado ruso, que ha soportado todo el peso de la lucha revolucionaria y que, en vez de dispersarse en las oficinas estatales y de perder con ello la vinculación con las masas obreras ha permanecido, por el contrario, ligada a ellas. Ser un profesional, conservar relaciones sólidas y vivas con el sindicato, con los obreros de su misma rama, durante estos años tormentos en que el centro de gravedad de la vida social y política se ha desplazado, yendo más allá del terreno profesional, no es fácil ni sencillo. La oleada revolucionaria ha arrastrado muy lejos de los sindicatos a los mejores elementos, los más capaces y activos del proletariado industrial, a unos al frente, a otros a la administración, a otros ante mesas de oficina frente a legajos, informes y proyectos.

Los sindicatos se han despoblado. Sólo los obreros con el más sólido espíritu proletario, la auténtica flor y nata de la clase revolucionaria, reacios a la corrupción del poder, a las mezquindades de la vanidad, a la tentación de hacer carrera en la administración, en una palabra a todo ese «burocratismo soviético», han conservado una vinculación estrecha con las masas, con los obreros, con estas «capas inferiores» de las que ellos mismos proceden, y han sabido preservar su ligamen orgánico con estos medios, contra la influencia de los pontífices del Estado soviético. En cuanto se calmó la situación en los frentes y la vida se orientó hacia la organización económica, estos proletarios auténticos e inquebrantables, estos representantes de su clase, los más preparados y sobresalientes, se apresuraron a despojarse del uniforme militar y a dejar de lado el papeleo para responder al llamamiento de sus hermanos, los obreros de fábrica, los millones de proletarios rusos que siguen teniendo, en la República Soviética del trabajo, una existencia miserable y vergonzosa de presidiarios... Estos camaradas, que están a la cabeza de la Oposición Obrera, han comprendido con su instinto de clase, que: algo no marcha. Han comprendido que a través de tres años de revolución hemos edificado, sin

[273] *Plataforma de la Oposición Obrera*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria.

duda, el Estado Soviético y afianzado el principio de la República Obrera y Campesina de los Trabajadores, pero que la clase obrera, como unidad social indivisible con determinadas necesidades, intereses y objetivos unánimes y homogéneos, que desea por lo tanto una política uniforme constante, clara y precisa, desempeña en la República Soviética un papel cada vez menos importante, imprime cada vez menos su sello en las medidas de toda especie que adopta su propio gobierno, dirige cada vez menos su política, influye cada vez menos sobre la actividad y las ideas de

los órganos centrales del poder. Al principio de la revolución, ¿a quién se le hubiera ocurrido hablar de capas «inferiores» o «superiores»? Las «masas», es decir, las masas obreras y los centros dirigentes del partido, formaban un solo bloque. Las aspiraciones nacidas de la vida misma y de la lucha en el peldaño más bajo de la escalera encontraban su expresión más exacta, su formulación más clara y enérgica en los centros dirigentes del partido. No había ningún antagonismo entre la cumbre y la base, no podía haber ninguno. Hoy, este antagonismo existe y ningún artificio propagandístico, ningún procedimiento de intimidación podrá alejar de la conciencia de las masas la idea de que los elementos que están en la cumbre de la administración soviética y del Partido comunista constituyen actualmente una nueva «capa social», perfectamente caracterizada.

Los profesionales que constituyen el núcleo esencial de la Oposición Obrera así lo han entendido, o, mejor dicho, lo han intuido con su preciso instinto de clase. Su primera preocupación ha sido la de vincularse a esas masas, ingresar en los sindicatos, que son el órgano de su clase, el órgano que ha quedado menos afectado por esos tres años de influencia disolvente de toda especie de intereses, extraños al proletariado (provenientes de la clase campesina y de elementos burgueses amoldados al régimen soviético), que deforman nuestra administración estatal y desvían nuestra política de su sincera línea de clase, orientándola hacia la ciénaga del oportunismo.

De modo que la Oposición Obrera está formada ante todo por los proletarios que han permanecido ante el banco o en la mina, por la carne de la carne de la clase obrera.

La Oposición Obrera resulta chocante por no tener grandes líderes ni personalidades, nada de lo que suele denominarse «jefes». Como todo movimiento sano y surgido de las relaciones sociales, ha aparecido en el seno de las masas obreras y sus raíces han crecido rápidamente en todas direcciones, llegando incluso a esos rincones de la Rusia Soviética donde ni siquiera se sabía aún que hubiera una oposición.

«Nosotros no teníamos ni idea de que en Moscú hubiera desacuerdos y discusiones sobre el papel de los sindicatos, dijo un delegado siberiano en el congreso de los mineros, pero ya nos inquietaban los mismos problemas que aquí se plantean.» Detrás de la Oposición Obrera están las masas proletarias o, mejor dicho, la Oposición Obrera es la parte más coherente, más consciente y más firme, hablando en términos de clase, de nuestro proletariado industrial. Considera que es inadmisible, mientras se edifica la economía comunista, suplantar la fuerza creadora del proletariado por una simple fachada de dictadura del proletariado.

Cuanto más subimos la escalera de los «puestos» del Estado soviético o del Partido comunista, menos partidarios de la Oposición encontramos. Cuanto más se penetra en el seno de las masas mayor eco encuentra el programa de la Oposición Obrera.

Éste es un hecho característico y significativo que deben tener en cuenta los centros dirigentes de nuestro partido. Si las masas se alejan de la cumbre, si se abre una brecha, una fisura entre los centros dirigentes y las capas inferiores, es señal de que no todo marcha bien en la cumbre; sobre todo si las masas no permanecen en silencio, sino que reflexionan, actúan, se defienden, hacen triunfar sus ideas. Los elementos de la cumbre sólo pueden desviar a las masas del camino recto que conduce a la victoria del

comunismo si estas masas callan, se someten, siguen a sus jefes de forma pasiva y ciega. Esto es lo que ocurrió en 1914, al principio de la Guerra Mundial, cuando los obreros hicieron caso de los jefes y pensaron: «Conocen mejor que nosotros los caminos de la historia. Nuestra oposición instintiva a la guerra nos hace extraviar, reprimámosla, callémonos y hagamos caso de los veteranos». Pero cuando, por el contrario, la masa se agita, hace trabajar el cerebro, critica, cuando vota obstinadamente contra los admirados jefes (a pesar de sentir simpatía por ellos) y con ello se ve obligada a combatir, entonces el asunto se presenta grave. Entonces el deber del Partido es no ocultar la disputa, no intentar desprestigiar a la oposición colgándole calificativos injustificados y que no explican nada, sino al contrario preguntarse con toda sinceridad dónde y en qué está la base del desacuerdo y qué es lo que quiere la clase obrera, portavoz del comunismo y su único creador.

De modo que la Oposición Obrera representa al sector avanzado del proletariado que no ha cortado su vinculación orgánica con las masas obreras organizadas en sindicatos, y que no se ha dispersado en la administración del Estado.

El fondo del desacuerdo

Antes de entrar en la cuestión de fondo del desacuerdo entre la Oposición Obrera y el punto de vista oficial representado por nuestros centros dirigentes, debemos recordar dos verdades: ante todo, que la Oposición Obrera ha nacido de las raíces mismas del proletariado industrial de la Rusia soviética, y que ha obtenido su fuerza no sólo de las espantosas condiciones de vida y de trabajo de siete millones de proletarios industriales, sino también de las múltiples desviaciones, oscilaciones y contradicciones de nuestra política gubernamental, e incluso de sus evidentes desviaciones de la línea de clase clara, franca, consecuente del programa comunista. En segundo lugar. hay que recordar que la oposición no está limitada a tal o cual región; no ha sido el fruto de diferencias o discusiones personales; se ha extendido, por el contrario, a toda la República Soviética, cuyas provincias han respondido todas unánimemente a cada una de las tentativas de nuestros camaradas de formular, expresar y determinar las razones profundas de la controversia, y de definir qué pretende la Oposición Obrera.

Hoy predomina la impresión de que el desacuerdo entre la Oposición Obrera y las tendencias de las capas superiores se resume en una manera diferente de concebir el papel y los objetivos de los sindicatos. Es falso. El desacuerdo es más profundo. Los representantes de la Oposición no siempre saben enunciarlo claramente y definirlo con precisión, pero basta con abordar una serie de problemas que conciernen a la estructura misma de nuestra República para que estalle el desacuerdo en torno a postulados fundamentales de carácter económico y político.

Los dos puntos de vista enfrentados, el de los dirigentes de la cumbre de nuestro Partido y el de los representantes del proletariado organizado en sindicatos, se manifestaron por primera vez en el IX Congreso Panruso del Partido comunista, en torno a la cuestión de la dirección única o colegiada. La Oposición aún no existía como grupo constituido, pero estaba claro que los defensores del sistema colegial eran los representantes de los sindicatos, es decir de las organizaciones netamente proletarias. y que tenían contra ellos a los dirigentes del Partido acostumbrados a juzgarlo todo bajo el punto de vista de la política de los distintos departamentos administrativos, política que exige una habilidad consumada para adaptarse a las aspiraciones socialmente heterogéneas, y a veces contradictorias políticamente, de los diversos grupos sociales de la población: proletariado, pequeños propietarios, campesinos, burguesía (personificada por «especialistas» o pseudoespecialistas de toda ralea) y todo tipo de formación).

¿Por qué fueron precisamente los sindicatos los que, inhábiles para sostener sus argumentos a favor de proposiciones científicamente lógicas, se declararon partidarios de sistema colegial, mientras los defensores de los «especialistas» fueron los campeones de la dirección única? Lo que ocurrió fue que, en este desacuerdo (a pesar de que las dos partes hayan negado toda importancia de principio a la cuestión), estaban en presencia dos puntos de vista basados en razones profundas e inconciliables. La dirección única es la encarnación misma de la concepción individualista que caracteriza a la clase burguesa. La dirección única, es decir, la voluntad de un hombre aislado, «libre», desligado de la colectividad, cualquiera que sea el terreno en que se manifieste, desde la autocracia del jefe de gobierno hasta la autocracia del director de fábrica, es la expresión más perfecta del pensamiento burgués. La burguesía no cree en la fuerza de la colectividad. Lo que pretende es reunir a la multitud en un rebaño obediente que pueda conducir a su gusto allí donde el guía quiera...

La clase obrera y sus intérpretes saben, por el contrario, que los nuevos objetivos de su clase, en una palabra, el comunismo, sólo puede realizarse mediante una creación colectiva mediante el esfuerzo común de los propios obreros. Cuanto más compacta sea la colectividad obrera, tanto más acostumbradas estarán las masas a manifestar su voluntad y sus ideas colectivas y comunes, y tanto más completa y rápidamente la clase proletaria realizará su misión, es decir, edificará un sistema económico nuevo, ya no compuesto de piezas dispersas sino unido, armonioso. coherente, comunista. Sólo aquel que está ligado de una forma práctica a la producción puede aportar a ella novedades vivificadoras. Al renunciar al principio de la dirección colectiva en la industria, el Partido comunista se ha hecho culpable de un desistimiento grave, de un acto de oportunismo, de una desviación de la línea de clase que habíamos afianzado y defendido tan apasionadamente en el primer período de la revolución.

¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo puede nuestro partido, con toda su firmeza y su temple adquiridos en los combates revolucionarios, haberse desviado del recto camino proletario, poniéndose a vagar por los senderos de este oportunismo al que detesta tan profundamente?

Contestaremos a esto más adelante. Por ahora, preguntémonos cómo

se ha constituido y desarrollado la Oposición Obrera.

El IX Congreso se celebró en la primavera. Durante el verano, la Oposición no se manifestó. Tampoco se oyó hablar de ella durante los vivos debates del II Congreso de la Internacional sobre la cuestión de los sindicatos. Pero se realizaba entre las masas un trabajo de acumulación de experiencias y de reflexión crítica. Este trabajo encontró una expresión, todavía muy imperfecta, en la Conferencia comunista de septiembre de 1920. Nuestras ideas aún se diluían en la negación y la crítica. No tenían las propuestas positivas ni fórmulas propias. Pero se daban ya los primeros signos de que el partido comunista entraba en una nueva fase; se producía una fermentación, las capas inferiores reclamaban la libertad de crítica y declaraban abiertamente que la burocracia las asfixiaba, bloqueaba toda acción independiente y toda iniciativa.

Los dirigentes de la cumbre del partido supieron apreciar en su justo valor esta fermentación naciente y, por boca de Zinóviev, ¡multiplicaron las promesas verbales! Libertad de crítica, ampliación de las iniciativas de las masas, necesidad de combatir las deformaciones burocráticas. severa persecución de todos los dirigentes que infringieran los principios democráticos...

Se dijeron, y bien dichas, muchas frases. Pero entre las frases y los actos sigue habiendo una inmensa distancia. La conferencia de setiembre, a pesar de todas las promesas de Zinóviev, no ha aportado ningún cambio ni al partido ni a las condiciones

de vida de las masas obreras. La fuente que nutría a la Oposición no se ha agotado. Entre las masas progresaban y crecían sordamente el descontento, la crítica; la reflexión...

Esta sorda fermentación llegó hasta los dirigentes, engendró entre ellos desacuerdos que adquirieron una acuidad inesperada. Hay que señalar que, en los medios dirigentes de nuestro partido, la cuestión en la que estas discusiones tuvieron mayor acuidad fue precisamente la de los sindicatos. Era lógico.

Hoy, en el debate entre la Oposición y la cumbre del partido, este tema no es el único, pero sí es, dada la situación, el punto central de toda nuestra política interior.

Antes de que la Oposición Obrera reuniera sus tesis y formulara los principios sobre los que debe descansar. según su opinión, la dictadura del proletariado en el terreno de la organización económica, los medios dirigentes se habían dividido claramente en la apreciación del papel a desempeñar por las organizaciones de la clase obrera para restaurar la producción sobre nuevas bases comunistas. El Comité Central de nuestro partido se había dividido: Lenin contra Trotsky, con Bujarin en el centro como elemento estabilizador.

No fue sino hasta el VII Congreso de los Soviets y en el tiempo inmediatamente posterior cuando se vio claramente que dentro del partido existía una oposición compacta, agrupada principalmente en torno a las tesis sobre el papel de los sindicatos, y que esta oposición, sin tener ni un solo gran líder, ni un teórico, y a pesar de verse violentamente atacada por los jefes más populares del partido, crecía y se fortalecía, y ganaba terreno sobre todo en la Rusia trabajadora ... Y aún si sólo hubiera existido en Moscú y Petrogrado; pero no: en Donetz, en el Ural, en Siberia y en varios centros industriales, los informes señalaban al comité central del partido la formación y el funcionamiento de una «Oposición Obrera». En realidad, esta Oposición estaba lejos de coincidir en todas partes sobre unos mismos puntos de opinión en los distintos centros obreros de la Rusia soviética. Había a veces en sus manifestaciones, sus reivindicaciones y sus motivaciones una buena dosis de confusión, de disparate, de mezquindad, mientras que los puntos esenciales quedaban olvidados. Sin embargo, algo quedaba fijado, esta pregunta: ¿quién debe asegurar la actividad creadora de la dictadura del proletariado en el terreno económico? ¿Acaso los sindicatos, estos órganos esencialmente proletarios, ligados directamente, con vínculos orgánicos, a la producción? ¿o las administraciones del Estado, sin una relación directa y viva con la actividad productiva y, además, con una composición social compleja? Ahí está el centro del debate. La Oposición Obrera está a favor de la primera opción. La cumbre de nuestro partido, sean cuales sean las divergencias entre sus tesis sobre tal o cual otro punto esencial está, con una solidaridad conmovedora, a favor de la segunda.

¿Qué se demuestra con esto?

Que nuestro partido atraviesa su primera crisis desde el comienzo de la revolución y que no tiene derecho a desembarazarse de la Oposición calificándola de sindicalista o aplicándole otros epítetos infundados, sino que por el contrario todos los camaradas deben reflexionar y preguntarse de dónde proviene esta crisis. ¿De qué lado está la verdad de clase, del lado de la cumbre o del lado de los obreros y de las masas proletarias, poseedoras de un exacto instinto de clase?

La crisis del partido

Antes de tomar en consideración los puntos principales que son objeto de debate entre los dirigentes de nuestro partido y la Oposición Obrera, debemos buscar una respuesta a la siguiente pregunta; ¿cómo ha podido nuestro partido, combativo, sólido, poderoso e invencible gracias a la firmeza y a la claridad de su línea (línea de clase) desviarse de esa línea?

Cuanto más valioso es para nosotros el Partido comunista por haber dado un paso tan decisivo hacia la emancipación de los trabajadores del yugo capitalista, menos derecho tenemos a cerrar los ojos ante los errores de sus dirigentes.

La fuerza de nuestro partido ha consistido siempre, y debe hoy seguir consistiendo, en el hecho de que sus centros dirigentes prestan oído atento a las inquietudes y a las aspiraciones nuevas que agrupan a los obreros y en que conociendo estas preocupaciones saben orientarlas para que sirvan a las masas de trampolín hacia nuevas conquistas. Esto se lograba antes, pero ya no sucede hoy. Nuestro partido no se limita a frenar su fulgurante carrera hacia el futuro. Cada vez más mira prudentemente hacia atrás, preguntándose si no ha llegado demasiado lejos, si no ha llegado el momento de detenerse, si no sería más sensato ser circunspecto y evitar experiencias audaces sin precedente en la historia.

¿De dónde procede esta prudencia demasiado sensata (se manifiesta muy claramente en la falta de confianza de nuestros medios dirigentes hacia las capacidades económicas de los sindicatos obreros) que, estos últimos tiempos, se ha apoderado de nuestros centros? ¿Cuál es su causa?

Si examinamos atentamente la razón de nuestras disensiones internas, nos convenceremos de que la actual crisis del Partido comunista proviene de tres causas fundamentales.

La primera, la principal, es la difícil situación en que el Partido comunista se ve obligado a trabajar y a actuar. El Partido comunista tiene que edificar el comunismo y poner en práctica su programa en la siguiente situación: 1) completa desorganización y ruina de la economía nacional; 2) ataques incesantes de las potencias imperialistas y de la contrarrevolución rusa durante, los tres años de la revolución; 3) país económicamente atrasado, en el que la clase obrera debe por sí sola encarnar el comunismo y construir las formas nuevas de la economía comunista, aun con un predominio de población campesina; país donde todavía no se dan las condiciones económicas necesarias para la colectivización y la centralización de la producción, y donde el capitalismo no ha tenido tiempo de completar su desarrollo (entre la competencia ilimitada, que constituye el estadio primitivo del capitalismo, y la regularización de la producción, que es su forma última, están los sindicatos y los trusts de empresarios).

Está claro que estas circunstancias obstaculizan la realización práctica de nuestro programa, sobre todo en lo que se refiere a su principio fundamental, la organización de la economía nacional sobre bases nuevas; que determinan un abigarramiento y desvían inevitablemente la política del partido de la aplicación, firme y constante de su línea teórica o de principio en la práctica cotidiana. Un partido situado a la cabeza del Estado soviético con una composición social heterogénea, se ve obligado, de buen o mal grado, a tomar también en cuenta las aspiraciones del pequeño propietario campesino, de sus intereses egoístas y de su distanciamiento del comunismo, y también del inmenso estrato de los elementos pequeñoburgueses de la antigua Rusia capitalista: intermediarios de toda especie, pequeños comerciantes, dependientes, artesanos, pequeños funcionarios, que se han adaptado rápidamente a la organización soviética. Ellos son, ante todo, quienes ocupan las oficinas de los soviets, quienes actúan de agentes del Comisariado de Abastecimientos, de jefes de los servicios del ejército; ellos son los audaces hombres de negocios de las oficinas centrales de nuestras industrias. El Comisario del Pueblo para el Abastecimiento ha citado, en la fracción comunista del VIII Congreso de los Soviets, cifras muy significativas: su comisariado cuenta con un 17% de obreros, un 13% de campesinos, menos de un l% de especialistas, y todos los demás, más del 50 %, son antiguos artesanos o dependientes, o gente de «pequeños oficios», en su mayoría incluso analfabeta (Tsiurupa es quien lo dice); lo cual, según él, demuestra la calidad democrática

de su personal que, en realidad, no tiene nada en común con la clase proletaria, con los productores de riqueza, con los obreros industriales.

Es precisamente esta categoría, ampliamente difundida en la administración soviética, esta categoría de pequeña burguesía hostil al comunismo, apegada a la rutina del pasado, llena de repulsión y de miedo ante la acción revolucionaria, la que corrompe nuestro aparato gubernamental, aportándole un espíritu completamente extraño a la clase obrera. Hay ahí dos mundos, dos mundos enemigos. Ahora bien, en Rusia nos vemos obligados a persuadirnos y a persuadir a toda la clase obrera de que ella misma y la pequeña burguesía (sin mencionar a los campesinos, al campesino medio ahorrador y laborioso) pueden coexistir admirablemente bien bajo la consigna común de «todo el poder a los soviets» olvidando al hacerlo que, en la práctica de la vida cotidiana, los intereses de los obreros chocan inevitablemente con los de la pequeña burguesía o de los campesinos saturados también de espíritu pequeño burgués, y que, mellando el filo de clase del estado soviético, desconciertan su política.

Contando con el pequeño propietario campesino y con el elemento pequeño burgués (no obrero, sino pequeño burgués) de la ciudad, nuestro partido debe contar también, en su política de gobierno, con la influencia de elementos de la alta burguesía, técnicos especializados, ingenieros, antiguos tiburones de las finanzas y la industria, vinculados por su pasado con el sistema capitalista, incapaces de imaginar una forma de producción distinta a la del régimen al que están acostumbrados, el de la economía capitalista. Cuanto mayor es la necesidad para la Rusia soviética de disponer de especialistas para las cuestiones técnicas y la dirección de su industria, tanto más estos elementos, extraños a la clase obrera, influyen sobre la marcha y el desarrollo de las formas y el carácter de nuestra economía nacional. Esta categoría social de hombres de negocio del sistema capitalista, de servidores sumisos y bien pagados del capital, arrinconada completamente al comienzo de la revolución, luego, durante los meses más difíciles de nuestra lucha, situada en una posición de espera o incluso de franca hostilidad frente al poder de los soviets (sabotaje de los intelectuales), adquiere cada día más influencia e importancia en la política. ¿Hace falta dar nombres? Cualquier obrero que esté al corriente de nuestra política interior y exterior pensará inmediatamente en tal o cual de estos individuos...

Mientras el centro de gravedad de nuestra actividad se encontró en el frente, la influencia de estos caballeros, de este elemento extraño a la clase obrera, sobre la política de nuestro Estado soviético, en particular en lo que se refiere al aparato económico, fue relativamente mínima.

Los especialistas, hijos del pasado, vinculados de una forma íntima e indisoluble con el régimen burgués que nosotros hemos eliminado, se deslizaron en nuestro Ejército Rojo, introduciendo en él el espíritu de antes (subordinación, galones, distinciones, obediencia pasiva en lugar de disciplina de clase, arbitrariedad de los jefes, etc.). Pero su influencia no afectaba la línea política general de la República soviética. El proletariado no les disputaba la dirección de los asuntos militares porque, con la seguridad de su instinto de clase, se daba cuenta de que en este terreno la clase obrera, como clase, no puede aportar nada nuevo, debido a su impotencia para transformar fundamentalmente el sistema militarista, cambiar su naturaleza, reconstruirlo sobre una nueva base social. El militarismo es producto de una civilización ya superada por la humanidad. El militarismo, el servicio militar, la guerra, no tendrán sitio en la sociedad comunista. La lucha por la vida seguirá una línea distinta, adoptará formas completamente diferentes, inaccesibles a nuestra imaginación. El militarismo vive sus últimos días en la época de la dictadura del proletariado, y por esto es lógico que los obreros, como clase, no puedan aportar al militarismo nada auténticamente creativo, nuevo, útil para el desarrollo futuro de la

sociedad, ni en cuanto a la forma ni en cuanto al sistema. Sin duda, hay en el Ejército Rojo intentos de renovación, pero el oficio militar ha seguido siendo el mismo en el fondo. A pesar de todo, la orientación dada por los oficiales y los generales del antiguo ejército no ha desviado la política soviética en el terreno militar en un sentido que fuera extraño al nuestro hasta el punto de que los obreros pudieran sentir un perjuicio evidente para ellos, es decir, para su clase y su misión fundamental.

En el terreno económico la cosa es distinta. La producción, la organización de la producción; ahí está la esencia del comunismo. Apartar a los obreros de la organización de la producción, negar a las organizaciones profesionales, verdaderos intérpretes de la clase proletaria, la posibilidad de dotar a la producción y a su organización con formas económicas nuevas, su elemento creador, no confiar más que en la ciencia de especialistas adiestrados y educados para un sistema de producción completamente distinto, significa abandonar de hecho el marxismo científico. Sin embargo, es precisamente esto lo que hoy se lleva en práctica en la cumbre de nuestro partido. Ante el estado catastrófico de nuestra economía en lo referente a la cuestión monetaria, las tarifas, la cualificación del trabajo, etc., los dirigentes de nuestro partido, desconfiando de las fuerzas creadoras de las colectividades obreras, buscan la salvación en el desorden económico... ¿recurriendo a quién?: a los representantes del pasado burgués y capitalista, a los hombres de negocios y a los técnicos cuyas facultades creadoras, precisamente en el terreno económico, están paralizadas por la rutina, los hábitos y los métodos propios del sistema económico capitalista. También son nuestros dirigentes quienes implantan esta confianza, ingenua hasta el ridículo, en la posibilidad de establecer el comunismo por vía burocrática. Ellos prescriben, cuando debería investigarse y crear.

Cuanto más retrocede a un segundo plano el frente militar respecto al frente económico, tanto más aguda y dolorosa se hace nuestra miseria, y tanto más se afianza la influencia de grupos de gente no sólo completamente extraña y hostil al comunismo con toda su alma, sino también absolutamente incapaz de manifestar una verdadera capacidad de iniciativa en la búsqueda de formas nuevas de organización del trabajo, de móviles nuevos para el aumento del rendimiento, de procedimientos originales para coordinar la producción y el consumo. Todos estos técnicos, expertos y hombres de negocios que emergen a la superficie de la vida soviética ejercen, desde el momento en que operan sobre la política económica, una presión sobre la cumbre de nuestro partido a través de las administraciones y en el seno de estas administraciones.

Nuestro partido está en una situación difícil y penosa; para gobernar al Estado soviético, se ve obligado a tomar en cuenta y a adaptarse a tres sectores de la población, distintos en cuanto a su composición social y también, por lo tanto, en cuanto a sus intereses económicos.

Por un lado, el proletariado, que reclama una política clara y sana, un avance a marchas forzadas hacia el comunismo.

Por otro lado, la clase campesina, con sus aspiraciones propias de pequeño propietario, y con su simpatía por las libertades de toda especie, sobre todo por la libertad de comercio, y por la no injerencia del Estado en sus asuntos. A la clase campesina se une la pequeña burguesía, personificada por los agentes y los funcionarios del Estado, los empleados de los servicios del Ejército, etc., acostumbrados al régimen soviético pero que, debido a su mentalidad, deforman nuestra política a imagen de sus tendencias pequeñoburguesas. La influencia de estos elementos

pequeño-burgueses no se nota mucho en Moscú; pero en provincias, en la base misma de la acción soviética, es enorme y perniciosa.

Finalmente, el tercer grupo lo forman los hombres de negocios, los antiguos dirigentes del régimen capitalista. No están en él los magnates del capital, los Riabuchinki

y los Bublikov, eliminados por la República de los trabajadores ya en el primer periodo de la revolución, sino los antiguos servidores con talento del sistema capitalista, los que constituían el cerebro y el genio del capitalismo, los que verdaderamente lo crearon y lo hicieron fructificar. Aparte de defender las muchas ventajas de la regularización de la industria y de su organización en trusts (a eso tiende el capital en los Estados burgueses con un mayor desarrollo industrial), están a favor de las tendencias centralistas de la política económica soviética; sólo que desean que esta regularización no la realicen las organizaciones obreras, sino ellos mismos, al amparo de los departamento económicos del Estado, de las oficinas centrales y de los Consejos Económicos Nacionales, en los que ya han enraizado profundamente. La influencia de estos caballeros

sobre la «sensata» política gubernamental de nuestros dirigentes es grande infinitamente mayor de lo que debiera ser. Se manifiesta en la tendencia a asentar y a mantener, pese a quien pese, el sistema burocrático (con concesiones en el sentido de una «mejoran, pero no de una modificación del sistema mismo). De una forma todavía más evidente se nota su presencia en las relaciones comerciales establecidas con las potencias capitalistas, relaciones que se desarrollan a espaldas del proletariado organizado, tanto el de los países extranjeros como el de Rusia. Puede verse en una serie de medidas que desembocan en reducir la iniciativa

de las masas y en afianzar en su papel dirigente a los representantes del pasado capitalista.

Nuestro partido se ve obligado a navegar entre estas categorías heterogéneas, y a encontrar un término medio político que no destruya la unidad del Estado. La política real del Partido Comunista, identificándose con el aparato del Estado con el aparato soviético, pierde cada vez más su carácter de clase y se modifica para convertirse en una política neutra, indiferente desde el punto de vista clasista, bajo el efecto de una adaptación por arriba a los intereses diferenciados y contradictorios de una población socialmente heterogénea y mezclada. Esta adaptación causa inevitablemente oscilaciones, incertidumbres, desviaciones y errores. Recordemos, en cuanto a esto, nuestros zigzags en nuestras relaciones con los campesinos, yendo desde la «orientación hacia el campesino pobre» hasta la «orientación hacia el pequeño propietario trabajador y ahorrativo». Esta política, por lo demás, da testimonio de la profundidad y la sensatez en las tareas de gobierno de nuestros «hombres de Estado», pero el historiador que considere sin prejuicios los estadios sucesivos de nuestro poder gubernamental no dejará de ver en ella una peligrosa desviación de la línea de clase y una tendencia que comporta peligrosas consecuencias hacia el oportunismo y el navegar sin rumbo...

Veamos ahora la cuestión del comercio exterior. En este punto hay en nuestra política, sin duda alguna, un desacuerdo íntimo del que dan fe las incesantes tensiones entre nuestros comisariados de Asuntos Exteriores y de Comercio Exterior. Estas tensiones no tienen sólo un carácter estrictamente «departamental»; son más profundas, y si lo que está en juego tras los bastidores de nuestros órganos dirigentes se llevara ante el tribunal de las masas, ¿quién sabe la amplitud que podrían adquirir los desacuerdos entre el Comisariado de Asuntos Exteriores y nuestros representantes comerciales en el extranjero?

Los desacuerdos entre distintos departamentos, que se ocultan a Las masas pero que, por su significado social, son profundos; la necesidad de adaptar la política gubernamental a las tres categorías sociales heterogéneas de la población (obreros, campesinos, elementos de la antigua burguesía): he aquí la segunda causa de crisis en nuestro partido. No es admisible ignorarla. Es demasiado significativa, sus consecuencias son demasiado graves. El deber de los dirigentes del partido, si realmente les importan su vitalidad y su unidad, es analizar esta causa y sacar de ella la lección exigida

imperiosamente por el descontento que ella ha creado, descontento ampliamente extendido entre las masas.

Mientras la clase obrera, en la primera época de la revolución, supo que era ella el único intérprete del comunismo, la unidad en el partido fue perfecta. No podía hablarse de «dirigentes» ni de «capas inferiores» en el período inmediatamente posterior a octubre, cuando la vanguardia del proletariado realizaba apresuradamente y sancionaba, uno tras otro, todos los artículos de nuestro programa de clase, de nuestro programa comunista. El campesino al que se había dado la tierra no tenía aún conciencia de ser parte integrante de la República soviética, de ser un ciudadano investido con todos los derechos. Los intelectuales, los «especialistas», los hombres de negocios de la clase burguesa, los pseudoespecialistas que ascienden cada día un poco más alto por la escalera soviética bajo la máscara de especialistas, conservaban calladamente una actitud expectante y de esta manera dejaban campo libre al impulso creador de las masas obreras avanzadas.

Hoy sucede lo contrario. El obrero intuye, ve, se da cuenta a cada paso de que los especialistas y, aún peor, los pseudoespecialistas, ignorantes e inexpertos, los «expertos», desplazan al obrero supuestamente «inculto» bajo el pretexto de incapacidad o de jactancia en la exhibición de sus conocimientos prácticos, y de que se instalan en los principales órganos de dirección de nuestra producción. El Partido, en vez de poner en su sitio a estos elementos extraños a la clase obrera y al comunismo, los apoya y busca en ellos la salvación y el remedio contra el desorden económico en vez de buscarlos en las organizaciones obreras. El Partido concede su confianza no a los obreros, ni a los sindicatos; ni a las organizaciones de clase, sino a esta gente. Las masas obreras se dan cuenta de esto y, en vez de haber un partido y una clase proletaria compactos y unidos, hay una brecha; en lugar de un intento de identificación, hay una marcha hacia la desunión... Las masas no son ciegas. Por mucho que los líderes más populares oculten detrás de bonitas frases su deserción de la verdadera política de clase y sus concesiones (a los pequeños propietarios campesinos unas veces, otras veces al capitalismo

Internacional), las masas ven muy bien, en esta confianza demostrada por los dirigentes a los mejores discípulos del sistema de producción capitalista, dónde empieza el retroceso. Los obreros pueden sentir por la persona de Lenin la mayor admiración y el más caluroso afecto; pueden estar seducidos por el admirable, el incomparable talento de orador de Trotsky, o por su capacidad de organización; pueden sentir respeto por muchos otros jefes individualmente; pero cuando la masa se da cuenta de que no se confía en ella, en sus facultades creadoras, grita: «Alto ahí, no os seguiremos más lejos con los ojos cerrados. Dejadnos ver claramente la situación. Quizá vuestra política del justo medio entre tres categorías sociales esté inspirada en una profunda sabiduría; pero huele de una forma sospechosamente parecida a ese personaje ya muy visto, el oportunismo. Puede que hoy esta política tan sensata nos aporte algo, pero cuidado con no extraviamos en ese camino equivocado que, a través de sus curvas y sus zigzags, nos alejaría poco a poco del futuro, frustrándonos hacia la selva del pasado...»

La desconfianza de la clase proletaria hacia los dirigentes del partido está creciendo, y cuanto más «sensatos» son estos dirigentes, tanto más ofrecen el aspecto de hábiles «hombres de Estado», de equilibristas entre el comunismo y el pasado burgués; cuanto más se ahonda el abismo entre la «cumbre», y la «masa», tanto más se deteriora su mutua comprensión y tanto más dolorosa y fatal se hace la crisis interior de nuestro partido.

La tercera causa determinante de esta crisis es el hecho de que realmente, prácticamente, durante estos tres años de revolución, las condiciones materiales de vida de las masas obreras, de los productores, de la gente que está en las fábricas, en vez de mejorar ha empeorado. Esto es algo que nadie, en, los medios dirigentes de nuestro

partido, podrá negar. El descontento sordo, pero extendido, de los obreros (atención: de los obreros) tiene causas materiales.

Los que han salido directamente beneficiados de la revolución son ¡los campesinos!; además, no sólo los pequeños burgueses, sino también los miembros de la alta burguesía que han ocupado puestos influyentes y de mando en los departamentos del Estado (en particular en los departamentos económicos), en la industria o en el comercio

exterior, también se han adaptado admirablemente a las nuevas formas socialistas de organización y de vida únicamente la clase esencial de la República soviética, la clase que ha soportado toda la responsabilidad de la dictadura, lleva una vida escandalosamente desgraciada.

La República de los trabajadores, dirigida por los comunistas, vanguardia de la clase obrera que, según Lenin, «ha encamado la energía revolucionaria de toda la clase», ha otorgado condiciones privilegiadas a ciertas empresas o ramas industriales «de choque» aisladas, presentadas de improviso ante el Consejo de los Comisarios del Pueblo. ¡Pero todavía no ha encontrado el momento de proporcionar condiciones de vida mínimamente humanas a la masa, a la gran masa de los obreros y las obreras!

El Comisariado del Trabajo es el más inerte de nuestros comisariados. ¿Acaso la política soviética no se ha atrevido a estudiar con seriedad, a escala nacional, lo que debe hacerse y lo que puede hacerse, dado el actual estado de cosas, tomando en cuenta unas circunstancias exteriores desfavorables, para mejorar la vida del obrero, para conservar su capacidad de trabajo para la producción, para situar el trabajo del obrero en condiciones relativamente soportables? La política soviética se ha caracterizado hasta estos últimos tiempos por la ausencia de una línea, de un plan meditado y regular para organizar la vida de los obreros y mejorar las condiciones de trabajo. Todo lo que se ha hecho en este terreno ha sido hecho por casualidad a sacudidas, por parte de las autoridades locales, bajo la presión de las masas.

Durante estos tres años de guerra civil, el proletariado ha realizado heroicamente, en el altar de la revolución, innumerables sacrificios. Ha esperado pacientemente. Pero hoy, en el momento del cambio de dirección, cuando el nervio vital de nuestra República es el frente económico, la masa obrera juzga superfluo seguir sufriendo y esperando. ¿No es ella acaso la que construye el edificio sobre la base comunista? «Construyámoslo nosotros mismos, dice; indudablemente sabemos mejor lo que nos importa que esos señores de las oficinas centrales ...»

El obrero de la masa abre los ojos. Ve que, hasta ahora, la higiene, la mejora de las condiciones sanitarias en los talleres, la protección de la salud del trabajador, en resumen, todo lo que afecta a la organización de la vida cotidiana y a la mejora de, las condiciones de trabajo, se relega al último plano de nuestra política. No se ha descubierto nada mejor para resolver el problema del alojamiento que instalar a las familias obreras en casas burguesas incómodas e inadecuadas. Para nuestra vergüenza, vemos emerger de la tierra cuarteles obreros hediondos, superpoblados, antihigiénicos, no sólo en las provincias más lejanas, sino también en el corazón de la República, en Moscú; al entrar en ellos, podría creerse que no ha habido ninguna revolución ... El problema del alojamiento no puede resolverse en unos meses, ni siquiera en unos años, eso lo sabemos todos. En el estado de indigencia en que nos encontramos, este problema presenta una dificultad particular; pero la desigualdad creciente, cada vez más acusada, entre las categorías privilegiadas de la población y los simples obreros, que son la espina dorsal de la dictadura del proletariado, engendra y alimenta un descontento creciente.

El obrero de la masa ve cómo vive el funcionario soviético y cómo vive él mismo; él, sobre quien descansa la dictadura del proletariado... No puede dejar de ver que durante toda la revolución a nada se ha concedido menos atención que a la vida y a la salud del

obrero del taller. Allí donde, antes de la revolución, el régimen era en cierta medida tolerable, sigue siéndolo gracias a los comités de fábrica; pero en todos los sitios donde la humedad, la falta de aire, las emanaciones deletéreas envenenaban, contaminaban y agotaban el cuerpo del obrero, nada ha cambiado... Había otras cosas por hacer ... No había que pensar sino en el frente de la guerra civil... Sin embargo, cuando se trata de acondicionar un local para algún órgano administrativo, siempre se encuentran materiales y mano de obra... Si intentáramos alojar a los especialistas o a los expertos en transacciones comerciales como el capital extranjero en los cubiles donde viven y trabajan las masas proletarias, proferirían tales chillidos que nos veríamos obligados a movilizar a toda la sección de alojamientos para poner fin a una «desidia intolerable» que obstaculiza la productividad del trabajo de los especialistas.

El mérito de la Oposición Obrera está en haber hecho insertar el problema de la organización de las condiciones de vida de los obreros, junto con todas las reivindicaciones obreras pretendidamente mezquinas y sin importancia, en el plano económico nacional. El aumento de la producción es imposible si al mismo tiempo no se organiza la existencia de los obreros sobre bases nuevas, adecuadas y comunistas.

Hasta ahora, en la misma medida en que se han dejado de emprender iniciativas, o incluso proyectos, en este terreno, se ha profundizado la incomprensión mutua el distanciamiento y la falta de confianza entre los medios dirigentes del partido y las masas obreras. No hay unión, ni ningún sentimiento de comunidad de necesidades, aspiraciones y reivindicaciones. «Los dirigentes están en un lado y nosotros en otro. Puede que ellos sepan administrar mejor el país, pero en cuanto a nuestro trabajo cotidiano, a la vida del taller, con sus necesidades y sus exigencias inmediatas, ni los comprenden ni quieren conocerlos.» Eso explica la confianza instintiva de las masas obreras en los sindicatos y, por el contrario, su alejamiento instintivo del partido. «¿Es uno de los nuestros? Lo ha sido quizá, pero desde que está en el Comité Central ya no quiere saber nada de nosotros... ya no vive como nosotros. ¿Qué le importan nuestros problemas? Ya no son los suyos, está claro...»

A medida que el partido iba sacando de las fábricas y de los sindicatos a los elementos más conscientes y abnegados para enviarlos al frente o a la administración, iba rompiéndose el ligamen entre las masas obreras y los centros políticos dirigentes. La brecha se ensanchaba, la fisura se ahondaba... Hoy, esta fisura puede verse ya dentro del mismo partido. En él los obreros, por boca de la Oposición Obrera, preguntan: «¿Qué somos nosotros? ¿Es cierto que somos la piedra angular de la dictadura del proletariado, o acaso somos tan sólo un rebaño sin voluntad propia, un peldaño para aquellos que, desligándose de las masas, se han hecho un confortable nido amparados por la bandera comunista, o para aquellos que dirigen la política y guían la vida económica sin contar con nosotros, al margen del impulso creador de nuestra clase?»

Aunque los dirigentes del partido desprecien a la Oposición Obrera, ella es la fuerza saludable y creciente de una clase que aporta su energía vivificadora a la restauración de nuestra vida económica y al mismo Partido Comunista, que empieza a decaer.

*** * ***

Son, pues, tres las causas que engendran la crisis de nuestro partido: en primer lugar, las condiciones objetivas dentro de las cuales nos vemos obligados a aplicar los principios del comunismo en Rusia (guerra civil, débil desarrollo económico del país, desorganización profunda como resultado de largos años de guerra). En segundo lugar, la heterogénea composición social de la población: tan sólo siete millones de proletarios frente a una enorme masa de campesinos, pequeños burgueses, restos de la antigua

burguesía alta, hombres de negocios de toda especie y de distinta formación que influyen sobre la política de los departamentos estatales e incluso sobre el partido. Finalmente, la pasividad del partido en todo lo que se refiere a mejoras directas de las condiciones de existencia del proletariado, y frente a la incapacidad y a la impotencia de los órganos administrativos a los que correspondería plantear y resolver estos problemas.

¿Qué quiere la Oposición? ¿Cuáles son sus méritos? Sus méritos son que ha indicado al partido todos estos problemas candentes, que ha dicho claramente qué era aquello que fermentaba silenciosamente en el seno de las masas y alejaba cada vez más a los obreros sin partido del Partido Comunista, que ha gritado sin ambages y sin miedo al rostro de los dirigentes del partido: «¡Alto ahí! Mirad en tomo vuestro, reflexionad. ¿Adónde nos conducís? ¿No estaremos en un camino equivocado? ¿No estaremos apartándonos del principio de clase? El partido se encontrará en una mala situación si se llega a ver subsistir por separado la espina dorsal de la dictadura. la clase obrera, y el Partido Comunista ... Esto sería la ruina de la Revolución.» En la actual crisis, el partido debe abjurar valientemente de sus errores, prestar atención al preciso instinto de las masas obreras que le hacen a través de la iniciativa creadora de los sindicatos, un llamamiento para restaurar y desarrollar las fuerzas productivas del país, purgar al partido de todos los elementos extraños que se le han incrustado, corregir su actividad, volver al espíritu democrático, a la libertad de opinión y de crítica dentro del partido.

El papel y la función de los sindicatos

Hemos expuesto, en sus trazos fundamentales, aunque por encima, las causas de la crisis interior de nuestro partido. Examinemos ahora los principales puntos de desacuerdo entre los medios dirigentes del Partido comunista y la Oposición Obrera. Estos puntos son dos: el papel y la función de los sindicatos en el período de la restauración económica y de la organización de la industria sobre una base comunista, y la presión de las masas y de la burocracia sobre el partido y los soviets. Detengámonos en el primer punto; el segundo se desprende directamente de él.

El largo período de la elaboración de las «tesis» sobre la cuestión de los sindicatos ha terminado. Tenemos delante seis plataformas, seis agrupamientos dentro del partido. No se había visto nunca en el Partido Comunista tanta diversidad, tal gama de matices; nunca el pensamiento comunista se había enriquecido con un bagaje tan importante de fórmulas referidas a una sola y única cuestión. La cuestión, según toda apariencia, es grave y esencial.

Nada tan cierto. Ya que, en efecto de lo que se trata es de saber quién edificará la economía comunista y cómo será edificada. Ahí está el fondo, el centro de nuestro

programa. Esta cuestión no tiene una importancia menor que la de la toma del poder político por el proletariado, sino quizá mayor. Tan sólo el grupo del «centralismo democrático», de Bubnov, puede ser tan ciego como para considerar que «la cuestión de los sindicatos, actualmente, no tiene la menor importancia objetiva, y no presenta ninguna particular complejidad teórica».

Es natural que esta cuestión inquiete al partido. En esencia, podría formularse así: ¿Hacia dónde gira la rueda de la historia, hacia adelante o hacia atrás? Ningún comunista puede considerarse ajeno: la discusión sobre el papel de los sindicatos. Por esta razón se han formado seis agrupamientos

distintos.

Pero si examinamos atentamente las tesis de estos seis grupos, separadas sólo por matices infinitamente tenues, nos daremos cuenta de que sobre la cuestión fundamental: «¿Quién debe construir la economía comunista y organizar la producción sobre bases

nuevas?» hay sólo dos puntos de vista enfrentados: uno de ellos está expuesto y fijado en las tesis de la Oposición Obrera; el otro agrupa todos los demás matices, multiformes pero idénticos en el fondo.

¿A qué tienden las tesis de la Oposición Obrera, y cómo concibe, en estos momentos, las funciones y el papel de los sindicatos profesionales, o mejor dicho, de las «uniones de producción»?

«Consideramos que el problema de la restauración y el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país no puede resolverse más que a condición de cambiar todo nuestro sistema de organización en la dirección de la economía nacional» (Discurso de Schliapnikov, 30 de noviembre). Fijaos bien, camaradas, en este pasaje: «a condición de cambiar todo nuestro sistema», ¿No está bien? «El fondo del desacuerdo, prosigue

Schliapnikov, está referido a la forma en que nuestro partido, en la actual época de transición, realizará su política económica: por medio de las masas obreras organizadas en sindicatos, o pasando por encima de ellas, por medio de la actuación burocrática de funcionarios especialmente investidos» Ahí está el fondo de la discusión; ¿realizaremos el comunismo por medio de los obreros, o con la medición de los funcionarios del Estado? Los camaradas deben pensarlo bien: ¿es posible realizar, construir la economía y la industria comunistas a través de personas que pertenecen a una clase extraña, impregnados por la rutina del pasado? Si razonamos como marxistas y como científicos, contestaremos categóricamente que no, que no es posible. Imaginarse que unos «especialistas», unos técnicos, unos expertos de organización de la industria capitalista, serán capaces de liberarse de golpe de sus métodos y sus puntos de vista, estando aún imbuidos por las ideas recibidas en su educación, adaptadas al sistema capitalista cuando ellos lo servían, y de contribuir a levantar el nuevo aparato económico comunista (porque realmente de lo que se trata es de descubrir esas nuevas formas de producción y de organización del trabajo, esos nuevos estímulos al trabajo) pensar así significa olvidarse de la verdad, confirmada por la experiencia mundial, de que un sistema económico no puede ser cambiado por unos individuos determinados, sino por las necesidades profundas de toda una clase.

Hagámonos esta pregunta: ¿Qué hubiera ocurrido si en la época de transición entre el sistema feudal, basado en la servidumbre y el látigo, y el sistema capitalista, con su pretendida libertad de trabajo y su sistema de salarios la clase burguesa, todavía inexperta para construir su economía capitalista, hubiera recurrido, para organizar y dirigir sus fábricas más avanzadas, a los más inteligentes de los intendentes y empleados de las grandes propiedades territoriales, acostumbrados a dirigir el trabajo de los siervos? Estos hombres de experiencia, estos «especialistas» en su terreno, educados en el respeto al látigo, ¿hubieran sido capaces de conseguir un buen rendimiento del trabajo «libre» de unos proletarios que, aun a costa de pasar hambre, seguían disponiendo de ciertos medios para escapar a la brutalidad de un director de fábrica convirtiéndose en soldado, jornalero, vagabundo o mendigo, con tal de eludir un trabajo odioso? ¿Acaso, por el contrario, estos «especialistas» no hubieran arruinado desde un comienzo la nueva organización del trabajo y, con ella, todo el sistema capitalista? Algunos amos de siervos, algunos antiguos grandes propietarios, algunos intendentes supieron adaptarse a las nuevas condiciones de producción, pero no fue entre ellos donde la burguesía reclutó a los verdaderos creadores de su sistema económico. El instinto de clase indicaba a los patronos de las primeras fábricas que era ·mejor avanzar lentamente y a tientas, recurrir sólo a sus propios medios y a su propio olfato para encontrar el buen camino y definir las nuevas relaciones entre el trabajo y el capital, antes que tomar prestados, de un sistema de explotación del trabajo ya caducado, unos procedimientos inaplicables y funestos, que no podían más que hacer bajar 1a producción en vez de aumentarla. El instinto creador de su clase enseñaba a los

capitalistas, en la época de la primera acumulación de la energía capitalista, que en vez del látigo del amo debía emplearse otro estímulo: el de la emulación y la concurrencia, con la amenaza del desempleo y la miseria. Los capitalistas, recurriendo a este estímulo al trabajo supieron servirse de él para desarrollar las nuevas formas de la producción capitalista burguesa, aumentando de golpe, con este procedimiento, el rendimiento del trabajo asalariado, supuestamente libre.

Hace cinco siglos, la burguesía procedió de este modo a tientas, a ciegas y obedeciendo tan sólo a su instinto de clase. Confió más en su intuición que en la experiencia de los sabios expertos, de los «especialistas» en organización de la economía feudal. Y la historia le ha dado la razón.

Hoy poseemos un arma preciosa que nos ayuda a encontrar el camino más corto hacia la victoria y que, en este camino disminuye los sufrimientos de la clase obrera y proporciona al nuevo sistema económico comunista un fundamento sólido. Esta arma, es la interpretación materialista de la historia. Sin embargo, en vez de utilizarla, de profundizar en nuestra experiencia y de verificar nuestra búsqueda con la ayuda de la historia comprendida de este modo, ¡estamos dispuestos a dejar de lado las verdades históricas y a extraviamos en la estepa de un empirismo ciego confiando en la buena suerte!... Por mala que sea nuestra situación económica, no hay ninguna justificación para que nos abandonemos a semejante estallido de desesperación. Los que deben desesperarse son los gobiernos capitalistas que debido al agotamiento de la energía creadora del capitalismo están realmente acorralados en un callejón sin salida; pero no nosotros, no la Rusia trabajadora a quien la Revolución de Octubre abre horizontes ilimitados de creación económica, de formas de producción inauditas con un rendimiento de una riqueza aún desconocida. Debemos aprender a no beber en la fuente del pasado, sino a dar libre curso a la iniciativa creadora del futuro.

Esto es lo que hace la Oposición Obrera. ¿Quién será el creador, el fundador de la economía comunista? No unos representantes del pasado, por mucho talento que tengan, sino sólo esa clase vinculada con todo su ser a este nuevo sistema de producción, más productivo y más perfecto, nacido con dolor. ¿Cuál es el órgano capaz de proporcionar y hacer funcionar un elemento creador, en esta nueva organización de la economía y de la producción? ¿Los sindicatos obreros, o la administración estatal, con un personal socialmente mezclado y funcionarizado? La Oposición Obrera considera que deben ser los sindicatos obreros y no el grupo heterogéneo y burocrático de los funcionarios, con su elevada proporción de negociantes a la antigua usanza capitalista, con las ideas enfangadas en la rutina capitalista.

«En vez de limitarse, como ahora, a solicitar a los departamentos económicos del Estado una contribución pasiva, los sindicatos obreros deben ser llamados a participar de una forma activa y directa en la dirección de la economía nacional» (tesis de la Oposición Obrera). Buscar, encontrar y poner en práctica nuevas formas económicas más perfectas, poner a prueba nuevos estímulos para aumentar el rendimiento del trabajo, es algo que sólo pueden hacer unas asociaciones vinculadas indisolublemente, por su experiencia cotidiana, con la naciente forma de producción, y capaces de deducir de esta experiencia conclusiones prácticas, mínimas en apariencia, pero infinitamente valiosas porque podrán aproximar al obrero a un nuevo estado de cosas en el que la miseria, el desempleo y la concurrencia en el mercado de trabajo hayan desaparecido como estímulos.

Encontrar un estímulo, un motivo para el trabajo, es el mayor problema que se plantea a la clase obrera en el umbral del comunismo. Nadie aparte de la misma clase obrera, a través de sus asociaciones, está en condiciones de resolver este problema.

La actividad sindical abre un amplio campo a la experiencia práctica y al instinto de clase para organizar y descubrir nuevas formas de producción, recurriendo a las

facultades de organización del proletariado, que es el único capaz de instaurar el comunismo.

De esta forma es como la Oposición Obrera enfoca la cuestión, y como entiende el papel de los sindicatos. De ahí se deriva uno de los puntos más importantes de sus tesis: «La organización de la dirección de la economía nacional compete al Congreso Panruso de los trabajadores agrupados en uniones profesionales y de producción, el cual elige un órgano central para dirigir toda la economía nacional de la República.»

Este artículo abre un amplio campo a la iniciativa del proletariado, que deja de verse oprimido y mutilado por un aparato burocrático impregnado por el espíritu rutinario característico de la economía capitalista y burguesa. La Oposición Obrera confía en la fuerza creadora de la clase obrera. De esta afirmación se deriva todo el resto de su programa.

Pero es ahí precisamente donde nace el desacuerdo entre la Oposición Obrera y los centros dirigentes de nuestro partido: en la falta de confianza en la clase obrera (claro está que no en el sentido político, sino en lo que se refiere a la capacidad económica del proletariado); ése es el fondo de las tesis de nuestros centros dirigentes. La cumbre de nuestro partido no cree que las manos rudas de unos obreros poco formados técnicamente puedan crear las formas económicas de las que, con el tiempo, saldrá el sistema armonioso de la producción comunista. A todos les parece, a Lenin tanto como a Trotsky, a Bujarin tanto como a Zinóviev, que la producción es una cosa tan delicada que no es posible prescindir de «guías». Ante todo, hay que educar a los obreros, enviarlos a la escuela, y luego, cuando sean mayorcitos, sacaremos del Consejo Superior de Economía Nacional a los profesores y autorizaremos a los sindicatos a tomar en sus manos la dirección de la economía nacional.

Es significativo que todas las tesis de nuestros dirigentes concuerden en un punto fundamental: es demasiado pronto para poner la producción y la dirección económica en manos de los sindicatos, hay que tener paciencia. Los puntos de vista de Lenin, Trotsky, Zinóviev, Bujarin y otros difieren en cuanto a la razón de no entregar todavía la administración económica a los sindicatos, pero todos están de acuerdo en afirmar que esta dirección debe llevarse hoy prescindiendo de los obreros, mediante un sistema burocrático heredado del antiguo régimen. En este punto todos nuestros camaradas de la cumbre del partido manifiestan una solidaridad conmovedora. «El centro de gravedad de la actividad sindical, se dice en las «Tesis de los Diez», debe desplazarse, con el momento actual, hacia la organización económica. Los sindicatos, como organización de clase del proletariado edificada según el principio de las ramas de producción, deben encargarse de la parte principal de la organización de la producción». La «parte principal», es una expresión extensible e inexacta; permite un amplio margen de interpretación, pero también permite pensar que la plataforma de los «Diez» concede a los sindicatos, en las tareas de dirección económica, un margen mayor que el sistema de Trotsky. La tesis de los "Diez" explica luego qué debe entenderse por «parte principal»; se trata de «la más enérgica participación en todos los centros reguladores de la producción, la organización del control obrero, el registro y la distribución de la mano de obra, los intercambios entre la ciudad y el campo, la desmovilización de la industria, la lucha contra el sabotaje, a puesta en práctica de la movilización general del trabajo, etc.»

Y eso es todo. No hay ahí nada, de nuevo ni que sobrepase lo que han hecho hasta ahora los sindicatos, pero tampoco salva a nuestra industria ni permite avanzar un solo paso en la cuestión esencial del desarrollo y la restauración de las fuerzas productivas del país. Para que no quede ninguna duda en cuanto al papel auxiliar, y no dirigente que se concede a los sindicatos en la economía nacional, la plataforma de los «Diez» declara: "Los sindicatos, bajo una forma evolucionada (atención: no inmediatamente, sino bajo,

una forma evolucionada), deben convertirse, en el curso de la revolución social empezada, en los instrumentos del poder para poner en práctica los nuevos principios de organización de la vida económica». Se habla luego de las relaciones entre los sindicatos y el Consejo Superior de Economía Nacional o sus servicios. ¿Cuál es la diferencia entre esto y la «fusión» de Trotsky? Sólo hay una diferencia de métodos. Las tesis de los «Diez» subrayan mucho el carácter educativo de los sindicatos. Cuando hablan del papel de los sindicatos, en particular ¡nuestros dirigentes, de hombres de Estado, se transforman de repente en pedagogos!

Vemos aquí iniciarse una curiosísima discusión, no ya sobre el sistema de dirección económica, sino sobre la manera de educar a las masas. Realmente, ojeando las tesis, los estenogramas o los discursos de nuestros camaradas dirigentes, sorprende el talento pedagógico que súbitamente han descubierto tener. Cada fabricante de tesis tiene su sistema propio, que es el mejor de todos, para la educación de las masas obreras. Pero todos estos sistemas parten del único postulado según el cual no debe dejarse al alumno ningún margen de libertad para perfeccionarse y manifestar sus facultades creadoras. En este punto, los pedagogos de nuestros centros dirigentes han quedado anticuados.

Porque en efecto, para Lenin, Trotsky, Bujarin y otros, el papel de los sindicatos no consiste en dirigir la vida económica, ni en tomar en sus manos la producción, sino en ser un instrumento para la educación de las masas. En el curso de la discusión, muchos camaradas han pensado que Trotsky estaba a favor de la estatización progresiva y no inmediata de los sindicatos y que les reconocía, de cualquier modo, la misión de dirigir la economía nacional, como se dice en nuestro programa. Este punto parecía acercar a Trotsky a la Oposición; mientras que el grupo Lenin-Zinóviev, que negaba la estatización, vela la principal razón de ser de los sindicatos en que funcionaran como «escuela de comunismo». «Los sindicatos, replica Trotsky a Zinóviev, serian, según vosotros, necesarios para dar los primeros pasos» (discurso del 30 de diciembre). En lo que a él se refiere, a primera vista entiende de otra forma el papel de los sindicatos. Considera que su función principal es la de organizar la producción. En este punto, tiene mucha razón. Trotsky tiene también razón cuando dice: «en la medida en que los sindicatos son la escuela del comunismo, hay que entender esto no como una propaganda general del comunismo entre los obreros organizados (porque entonces los sindicatos desempeñarían simplemente el papel de clubs), ni como una movilización de sus miembros para el aprovisionamiento o para los frentes, sino como una amplia educación de sus miembros mediante su participación en la producción» (discurso del 30 de diciembre). Todo esto son verdades innegables, pero hay un pequeño olvido: los sindicatos no son tan sólo las escuelas del comunismo, son los creadores del comunismo.

Lo que se olvida es la actividad creadora del proletariado. Trotsky la escamotea diciendo que «los verdaderos organizadores de la producción (dentro del sindicato) son los comunistas que dirigen este sindicato». ¿Qué comunistas? ¿Esos que, como quiere Trotsky (ver sus tesis del primer proyecto), están designados por el partido por razones que a menudo no tienen nada que ver con las funciones del sindicato en la economía y la producción, esos que el partido envía y sitúa en tal o cual puesto sindical o administrativo? Trotsky habla con franqueza. No cree que la masa obrera esté preparada para crear el comunismo ni, aunque fuera a través de una dolorosa búsqueda y cometiendo errores, para edificar formas nuevas de producción. Lo ha dicho de una forma clara y públicamente. Ha puesto en práctica su sistema de educación de las masas a garrotazos y, en su comité central de transportes, ha preparado a estas masas para desempeñar en el futuro un papel de patrono con los mismos métodos que antes se empleaban con los aprendices. Indudablemente, cuando el aprendiz, después de haber recibido un número suficiente de coscorrones, se convierta en amo, arruinará la tienda a fuerza de estancarse

en la rutina; en cambio, mientras se vea amenazado por el garrote del patrono-pedagogo, ¡estará trabajando, producirá!

¡He ahí a que llama Trotsky desplazar el centro de la cuestión “de la política a la producción”! Aumentar la producción, aunque sólo fuera por un instante y cualquiera fuera el medio, significa todo para él, éste es el único problema. A esto debería reducirse el papel educativo de los sindicatos.

Lenin y Zinóviev no comparten esta opinión. Son pedagogos más modernos. «Se ha dicho muchas veces que los sindicatos son escuelas de comunismo. ¿Qué es una escuela de comunismo? Entendiendo el término en un sentido estricto, en una escuela de comunismo es necesario ante todo enseñar y educar, no mandar» (aplausos). ¡Una piedra sobre el tejado de Trotsky! Y Zinóviev añade: «los sindicatos ... realizan una labor enorme en el espíritu proletario, y también en el espíritu puramente comunista. Ahí está el papel fundamental de los sindicatos». Hoy, esta verdad empieza a olvidarse, pues parece admisible tratar al movimiento profesional, es decir a la organización más amplia de la clase obrera, de forma descarada, grosera, brutal. Hay que recordar que la organización profesional tiene una misión propia que no es la de mandar directamente, dar órdenes ni actuar dictatorialmente, sino ante todo arrastrar a millones de trabajadores hacia el movimiento proletario organizado...»

Con esto, el pedagogo Trotsky ha rebasado los límites, ha demostrado un exceso de celo en su sistema educativo. Ahora bien, ¿qué es lo que propone por su parte Zinóviev? Propone que en los sindicatos se den lecciones elementales de comunismo, que «se enseñen a las masas las bases mismas del movimiento proletario». ¿Pero cómo? ¿A través de la experiencia práctica diaria, de la creación real de nuevas formas económicas, como pretende la Oposición? ¡Nada de eso! El grupo Lenin-Zinóviev preconiza el sistema de educar mediante preceptos y lecciones de moral, ilustrados por ejemplos elegidos cuidadosamente. Contamos con medio millón de comunistas (entre ellos, desgraciadamente, muchos extraños de diversa procedencia), sobre siete millones de obreros. Según Lenin, el Partido abarca la vanguardia del proletariado y la élite de los comunistas, que, en estrecha colaboración con los «especialistas» de los departamentos económicos del Estado, elaboran, con métodos de laboratorio, las normas de la sociedad comunista; esos comunistas que, trabajando bajo la supervisión de los «buenos pedagogos» del Consejo Superior de Economía Nacional y de las oficinas centrales, constituyen los «buenos alumnos», los que siempre tenían diez. Las masas obreras de los sindicatos deben tener consideración para estos alumnos ejemplares e instruirse con su ejemplo. Pero en lo que se refiere a permitir que estas masas cojan el timón, ¡alto ahí! ¡no ha llegado el momento!...

Según la opinión de Lenin, los sindicatos, es decir, la verdadera organización de la clase obrera, no son los auténticos creadores de la economía comunista; sirven de puente entre la vanguardia y las masas; los sindicatos, a través de su acción cotidiana, convencen a las masas, etc.

Aquí no tenemos ya el garrote de Trotsky, sino el sistema al estilo alemán Frobel-Pestalozzi, la enseñanza por el ejemplo. Los sindicatos no llevan a cabo nada esencial en la vida económica, pero convencen a las masas y les sirven de puente con la vanguardia de la clase, con el Partido, el cual a su vez no administra por sí mismo como colectividad ni organiza la producción, sino que pone en pie órganos administrativos económicos de composición heteróclita, en los que se encuentran también comunistas...

¿Cuál es el mejor sistema? Podría discutirse. En todo caso, el de Trotsky es más notable y realista. Nunca se podrá hacer avanzar el arte pedagógico mediante prescripciones o el ejemplo de los «buenos alumnos». Esta verdad no debería perderse de vista.

El grupo de Bujarin ocupa una posición intermedia, o, mejor dicho, trata de combinar los dos sistemas educativos; hay que subrayar que tampoco este grupo reconoce a los sindicatos el derecho de actuar independientemente en las cuestiones económicas. Según Bujarin y su grupo, los sindicatos «desempeñan un doble papel; por un lado, son una escuela de comunismo un intermediario entre el Partido y la masa sin Partido (idea tomada de Lenin), un aparato que dirige a las masas proletarias en el trabajo cotidiano, pero no en la creación de nuevas formas económicas ni en la búsqueda y el descubrimiento de un nuevo sistema de producción; por otro lado son de un modo cada vez más acusado, una parte integrante del aparato económico y en general del aparato de poder gubernamental (idea tomada de Trotsky y de su "fusión")».

Tampoco ahí se refiere el debate al papel de los sindicatos, sino al método a seguir para educar a las masas utilizando a los sindicatos. Trotsky recomienda (o, mejor dicho, recomendaba) meter la sensatez comunista en la cabeza de los sindicatos mediante el sistema empleado por él en los transportes y, para educarlos, funcionar a golpe de nombramientos, desplazamientos, militarizaciones y otras medidas mágicas por el estilo, con objeto de que se confundan con los departamentos económicos del Estado y se conviertan en los ejecutores obedientes de los planes elaborados por el Consejo Superior de la Economía Nacional. Zinóviev y Lenin tienen menos prisa por fundir a los sindicatos con los departamentos económicos del Estado. Los sindicatos, dicen, pueden seguir siendo sindicatos. La industria estará administrada por hombres que nosotros habremos elegido. La oficina de organización del Comité Central se ha convertido en maestra en la materia. Cuando en los sindicatos se hayan formado buenos alumnos, obedientes y aplicados, los trasladaremos a las oficinas del Estado. Entonces a los sindicatos no les quedará otra cosa que haber que desaparecer y disolverse.

En cuanto al papel activo en el terreno económico, lo tenemos reservado para el Consejo Superior de Economía Nacional y los demás órganos del Estado burocrático; a los sindicatos les reservamos el papel de escuelas. Educación, educación y educación... Ésta es la divisa de Zinóviev y de Lenin. Bujarin tiene pretensiones de radicalismo en este sistema educativo, razón por la cual ha recibido una reprimenda de Lenin y ha logrado incluso hacerse colgar un epíteto malsonante. Bujarin y su grupo, que subrayan el papel educador de los sindicatos en las actuales circunstancias políticas, son partidarios de la más amplia democracia obrera dentro de los sindicatos. El principio electoral en todas partes, tan sólo el principio electoral; candidaturas presentadas por los sindicatos, obligatorias, no ya condicionales. ¡Cuánto democratismo! Casi parece la Oposición Obrera. Sólo que hay una pequeña reserva: la Oposición Obrera reconoce en los sindicatos a los creadores y dirigentes de la economía comunista; Bujarin, igual que Trotsky y que Lenin, los relega al papel de escuela del comunismo, ni más ni menos. ¿Para qué entonces hacerse el radical en la cuestión del principio electoral, sabiendo de antemano que este principio resulta completamente indiferente en lo que se refiere a la dirección de la industria? Esta dirección sigue estando en manos de la administración del Estado, fuera del alcance de los sindicatos... Bujarin se parece a esos pedagogos que enseñan según los métodos antiguos, haciendo estudiar los manuales de tal a cuál línea, y alentando la «iniciativa» de sus alumnos haciéndoles elegir a compañeros para el servicio de la clase, para el refectorio, para juegos y espectáculos...

De esta manera los dos sistemas se concilian y se compenetran de maravilla. En. lo que se refiere a saber qué saldrá de ahí. para qué servirán los alumnos de nuestros eclécticos mentores, ésa es otra cuestión. Si Anatol Vasilievich Lunatcharsld se viera obligado, en sus reuniones con profesores, a perder el tiempo refutando herejías semejantes, el cargo de comisario del pueblo para la instrucción pública sería insoportable...

De todos modos, no se debe exagerar al rebajar el valor de los métodos educativos de nuestros camaradas dirigentes en relación con los sindicatos. Todos, sin exceptuar a Trotsky, comprenden que la «iniciativa» desempeña en la educación un papel nada despreciable. La verdad es que todos ellos tratan de descubrir en qué terrenos pueden los sindicatos, sin perjuicio para el sistema burocrático del Estado en su conjunto, manifestar su iniciativa y su actividad económica.

El terreno más inofensivo que se ha encontrado donde pueda ejercerse esta iniciativa de las masas y esta «participación activa en la vida del país» (según Bujarin), es el de la mejora de las condiciones de vida. La Oposición toma muy en cuenta esta cuestión, pero comprende perfectamente que el terreno esencial donde debe ejercerse la actividad primordial del proletariado es el de la creación de nuevas formas económicas, dentro de las cuales las condiciones de vida serán sólo una parte. Para Trotsky y Zinóviev. por el contrario, la producción debe organizarse a partir de la administración estatal, mientras que los sindicatos reciben la invitación de dedicarse a la función, útil pero restringida, de velar por el orden doméstico. Zinóviev, por ejemplo, identifica el «papel económico de los sindicatos» en la distribución de ropas de trabajo; también dice que «no hay funciones más importantes que las económicas; actualmente, reparar un establecimiento de baños en Petrogrado es diez veces más esencial que pronunciar cinco conferencias excelentes».

¿Qué significa esto? O se trata de una confusión ingenua, o de un sabotaje deliberado del papel primordial y orgánico de los sindicatos en la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, bajo el pretexto de confiarles la limitada misión de organizar la vida cotidiana y el orden doméstico. Encontramos en Trotsky la misma idea, con formas un tanto distintas. Trotsky invita magnánimamente a los sindicatos a demostrar la más amplia capacidad de iniciativa en el terreno económico. Pero ¿en qué consiste esta iniciativa, o esta colaboración para mejorar la suerte de las masas?, ¿en poner cristales a un taller, en colmar los charcos delante de una fábrica? (Discurso de Trotsky en el congreso de mineros.) Perdón, camarada Trotsky, pero estas cosas pertenecen simplemente al orden doméstico y si reduces la actividad de los sindicatos a tan brillantes iniciativas, los sindicatos ya no serán escuelas de comunismo, sino escuelas profesionales de conserjes. Claro que Trotsky abre un campo más amplio para la «iniciativa de las masas», haciéndoles un llamamiento, no para organizar de manera independiente las condiciones de vida (ir más allá de esto significa estar loco como la Oposición Obrera) sino tan sólo para que tomen lesiones del Consejo de Economía Nacional para mejorar la suerte de los obreros. «En todo lo concerniente a los obreros, a su alimentación, al ahorro de sus energías, los sindicatos deben conocer (conocer, no participar activamente), no sólo en términos generales, como el público en general, sino en detalle, todos los trabajos corrientes desarrollados en el Consejo Superior de Economía Nacional» (discurso del 13 de diciembre). Los mentores del Consejo Superior de Economía Nacional ya no se contentan con obligar a los sindicatos a ejecutar: sus planes; además comentan sus prescripciones ante sus alumnos. Ya es todo un adelanto si se compara con el sistema aplicado a la Federación de Transportes.

Pero no hay obrero que no pueda comprender que, por muy útil que sea poner cristales en un taller, no hay en ello nada que se parezca a la dirección de la industria. Las fuerzas productivas y su desarrollo no tienen nada que ver con semejantes operaciones. La pregunta planteada es ésta: ¿cómo desarrollar 1as fuerzas productivas? ¿Cómo organizar la vida económica, cómo conciliar las nuevas condiciones de vida con las necesidades de la producción de manera que pueda ahorrarse un máximo de energía para obtener un resultado benéfico, la disminución de la suma de trabajo improductivo? El partido puede formar un soldado, un agitador político, o al ejecutor de un plan

previamente elaborado. Pero no puede formar al constructor de la economía comunista; sólo el sindicato abre un campo a la actividad creadora en el terreno económico.

Por lo demás, éste no es el papel del partido. Su papel consiste en crear, entre unas masas obreras agrupadas por la identidad de su ideal económico, unas condiciones favorables para la formación del obrero que crea a su vez nuevos métodos de trabajo, nuevas formas de utilizar la mano de obra, nuevos reagrupamientos de energías productivas. Para vencer la crisis económica, para realizar la economía comunista, el obrero debe ante todo imaginar un nuevo método de organización del trabajo y nuevos procedimientos de dirección.

Desgraciadamente, la cumbre de nuestro partido no comparte hoy esta verdad obvia y marxista. ¿Por qué? Porque la cumbre confía más en los burócratas y los técnicos heredados del antiguo régimen que en el espíritu creador y saludable de la clase proletaria.

En otros terrenos, es todavía posible preguntarse si la dirección debe pertenecer a la colectividad obrera o a los especialistas burócratas: en la educación de las masas, en el desarrollo científico, en la organización del ejército o del sistema sanitario; en cualquier terreno menos en el económico, respecto al cual la respuesta es indiscutible y evidente para todos los que todavía no hayan olvidado la historia.

Ningún marxista ignora que el restablecimiento de la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas mediante el progreso técnico pasa a segundo plano en relación a otro factor, la organización racional del trabajo y el descubrimiento de un nuevo sistema económico. Aun en el caso de que la Rusia soviética realizara íntegramente su plan de electrificación, si no aportara al mismo tiempo novedades fundamentales en cuanto a la administración y la organización de su economía nacional no haría otra cosa que ponerse al nivel de los países capitalistas. En cambio, en lo que se refiere al empleo racional de energías y a la formación de un nuevo sistema de producción, la Rusia trabajadora está colocada en unas condiciones particularmente favorables, que le permiten dejar muy atrás a todos los países burgueses y capitalistas gracias al desarrollo de sus fuerzas productivas. En la Rusia soviética ya no existe el estímulo proveniente del desempleo. La clase obrera, liberada del yugo del capital, tiene algo nuevo y original que decir en cuanto a la aparición de nuevas motivaciones para el esfuerzo y a la creación de formas de producción aún inéditas.

¿Quién será capaz de manifestar, en este terreno, ese espíritu creador, esta intuición innata y razonable? ¿Los burócratas que dirigen la administración pública, o los sindicatos, cuyos miembros, enriquecidos por la experiencia en la organización de las fuerzas productivas en el taller, poseen conocimientos prácticos y realmente útiles que permiten reorganizar la economía nacional?

La Oposición Obrera defiende el principio de que la dirección de la economía nacional pertenece a los sindicatos; en este punto es más marxista que los teóricos de nuestros centros dirigentes.

Sin embargo, la Oposición Obrera no ignora la importancia del papel que desempeñan la técnica y la ciencia. No pretende constituir un órgano de dirección elegido por el Congreso de los trabajadores y disolver luego los Consejos de Economía Nacional y las oficinas centrales. Ve las cosas de una manera muy distinta. Quiere subordinar a su dirección las oficinas centrales, que son indispensables, técnicamente necesarias; darles directrices teóricas, utilizarlas igual como en otros tiempos, los fabricantes utilizaban a técnicos y especialistas a sueldo para realizar los planes que ellos concebían y esbozaban. Los especialistas pueden hacer grandes aportes en mejoras técnicas, pueden facilitar la búsqueda del proletariado; son necesarios e indispensables, así como la ciencia y sus progresos son necesarios para la clase militante en ascenso. Pero los especialistas burgueses, aunque lleven pegada la etiqueta de comunistas, son incapaces, y moralmente

impotentes, para aumentar las fuerzas productivas en un Estado no capitalista, descubrir nuevos procedimientos de organización del trabajo o encontrar nuevos estímulos para incrementar el esfuerzo. Respecto a todo esto, es la clase quien tiene la palabra, es decir, su encarnación más sólida y evidente: los sindicatos.

Cuando, en la fase intermedia entre la Edad Media y la época moderna, la burguesía en ascenso empezó la lucha económica contra la clase feudal, económicamente decadente, no tenía ninguna ventaja técnica frente a la nobleza. El primer capitalista, el revendedor, se veía obligado a comprar la mercancía al artesano que, empleando limas, tijeras y tornos primitivos, elaboraba objetos para su amo, su propietario, o para el mercader de otras tierras con quien practicaba un comercio «libre». Pero el sistema de servidumbre, después de alcanzar su más alto nivel de perfección, dejó de resultar beneficioso, y el crecimiento de las energías productivas se hizo más lento. Entonces, la humanidad se encontró ante la alternativa de entrar en una fase de decadencia económica o de buscar nuevas formas de trabajo y, por consiguiente, un nuevo sistema económico capaz de aumentar el rendimiento, ampliar y hacer retroceder los límites de la producción y abrir nuevas posibilidades de progreso de las energías productivas.

¿Quién podía entonces encontrar una nueva vía para reorganizar la producción? Naturalmente, los representantes de la clase que no estaba ligada por la rutina del pasado, que comprendía que la tijera y el torno en manos del siervo eran infinitamente menos rentables que los mismos instrumentos en manos de un obrero «libre», es decir, asalariado, estimulado incesantemente por el aguijón de la miseria.

Y la clase naciente y en ascenso, habiendo descubierto el motor esencial de la productividad del trabajo, construyó sobre esta base todo el sistema, complejo y grandioso en su género, de la producción capitalista...No fue sino más tarde cuando los técnicos acudieron en ayuda de los capitalistas, en el momento en que el nuevo sistema de organización de trabajo exigía, en la base, nuevas relaciones entre el trabajo y el capital.

La situación es hoy la misma. Ningún especialista o técnico impregnado por la rutina del pasado puede aportar nada vivo ni vivificador en la organización del trabajo ni en la creación de una economía comunista. En este punto, la clase obrera tiene la palabra. El gran mérito de la Oposición Obrera está en haber planteado de forma clara y franca, ante el partido, esta cuestión extremadamente importante.

Lenin considera que el elemento creador del comunismo en el terreno económico puede manifestarse por el canal del partido. ¿Es esto cierto? Ante todo, ¿cómo funciona el partido? Según Lenin, «engloba a la vanguardia del proletariado revolucionario». Y es el partido el que luego dispersa a esta vanguardia en la administración del Estado, restituyendo a parte de ella a los sindicatos, privados de todo campo de acción en la dirección y la organización de la economía nacional; y ahí estos comunistas, bien educados, abnegados, a veces con mucho talento, se ven asfixiados y corrompidos por la atmósfera de rutina y de burocratismo que impregna todos los órganos que presiden la creación económica» (la influencia de estos camaradas se borra, se debilita, su capacidad de iniciativa se pierde).

En los sindicatos las cosas suceden de otro modo. Aquí, el contenido proletario es más denso, los elementos son más homogéneos, el objetivo colectivo está estrechamente ligado a los intereses del trabajo y de la vida cotidiana de los trabajadores, los cuales forman parte de los comités de fábrica, de las direcciones de fábrica o de las oficinas sindicales. La iniciativa creadora, la búsqueda de nuevas formas económicas, de motivaciones nuevas para intensificar el trabajo, son cosas que sólo pueden nacer en el seno de esta colectividad natural de la clase proletaria. La vanguardia de esta clase puede hacer la revolución, pero sólo la clase en su conjunto es capaz, a través de la práctica cotidiana de su vida de clase, de servir de base económica de la nueva sociedad.

Quien no crea en las facultades primordiales de la colectividad proletaria, cual expresión más viva son los sindicatos, debe renunciar para siempre a crear la economía comunista. Ni Krestinsky, ni Preobrazhensky, ni siquiera Lenin o Trotsky, han podido descubrir infaliblemente, a través del partido, a aquellos, entre los obreros, capaces de encontrar. experimentar y revelar el nuevo sistema de producción, la forma nueva de tratar con el trabajador, porque obreros así sólo pueden encontrarse en medio de la existencia cotidiana de hombres que son a la vez productores y organizadores de la producción.

Por desgracia esta verdad, simple y clara para cualquier obrero. ha sido olvidada por la cumbre de nuestro partido. El comunismo no puede decretarse. Ha de crearse mediante la búsqueda de los hombres, mediante el impulso creador de la propia clase obrera, a veces a costa de errores.

El punto de litigio, en las apasionadas discusiones entre la cumbre de nuestro partido y la Oposición Obrera, es éste: ¿A quién confía nuestro partido la realización de la economía comunista? ¿Al Consejo Superior de Economía Nacional, con sus ramificaciones burocráticas, o a los sindicatos? Trotsky quiere que se opere entre el Consejo Superior y los sindicatos, una «fusión», de forma que el primero engulla a los segundos. Zinóviev y Lenin quieren someter a las masas sindicales a una educación comunista llevada de tal manera que los sindicatos se disuelvan sin dolor en el seno de la administración estatal. Bujarin y todos los demás fabricantes de tesis dicen en el fondo lo mismo; con variación en las fórmulas y diferencias en las palabras; pero el fondo es idéntico.

Solamente la Oposición Obrera habla de otra manera y defiende los intereses de clase del proletariado en la elaboración y la realización de aquello que constituye su tarea esencial.

La dirección de la economía nacional, en la República del Trabajo, en la época de transición en que nos encontramos, debe confiarse a un órgano elegido por los obreros. Sin embargo, los departamentos económicos del Estado no hacen más que poner en práctica la política económica del órgano supremo de la República de los trabajadores. Todo lo demás no es otra cosa que estancamiento, y pone en evidencia una falta de confianza en las energías creadoras de los obreros, una falta de confianza que es indigna de nuestro partido, el cual debe todo su poder precisamente a la fuente inagotable de energía revolucionaria del proletariado.

No tiene nada de extraño que, al celebrarse el Congreso, los autores de las distintas plataformas económicas, excepción hecha de la Oposición Obrera, se hayan puesto de acuerdo en base a concesiones recíprocas y a compromisos. No los separa nada esencial.

Sólo la Oposición Obrera no debe ni puede hacer concesiones. Esto no quiere decir que quiera una escisión. Tiene como objetivo, y, aun en el caso de resultar vencida en el Congreso, seguiría en el partido para defender firmemente, paso a paso, su punto de vista, para salvar al partido y rectificar su comportamiento.

Una vez más, en pocas palabras, ¿qué pretende la oposición Obrera?

1. Constituir el órgano de dirección de la economía nacional en base a los obreros, a los productores mismos.

2. Para conseguir que los sindicatos, en vez de colaborar pasivamente con los departamentos económicos del Estado, participen activamente y manifiesten en estos departamentos la iniciativa creadora de los obreros, la Oposición Obrera elabora una serie de medidas previas que preparan progresivamente el establecimiento de este régimen.

3. La dirección de tal o cual rama de la industria sólo se pondrá en manos del sindicato correspondiente cuando el Consejo central Panruso de los sindicatos haya reconocido que está lo suficientemente preparado para ello.

4. Quedan rigurosamente prohibidos los nombramientos para puestos administrativos de la industria sin autorización del sindicato. Los candidatos de los sindicatos son impuestos obligatoriamente. Los delegados enviados por los sindicatos son responsables ante ellos y pretenden ser retirados por ellos.

5. Para la realización del plan así esbozado, debe empezarse por reforzar los sindicatos por la base, preparando a cada comité de fabricas para tomar la dirección de la empresa.

6. La concentración en una sola mano de la dirección de toda la economía nacional crea (más fácilmente que la actual dualidad entre el Consejo Superior de Economía Nacional y el Consejo Panruso de los Sindicatos) una unidad de voluntad que facilita la puesta en práctica del plan económico único, condición necesaria para el sistema comunista.

¿Es esto sindicalismo? ¿No es más bien la realización del programa de nuestro partido? ¿Y, por el contrario, no serán los mantenedores de las otras tesis los que se alejan del programa?

La burocracia y la iniciativa de las masas

¿Burocracia o iniciativa de las masas? Este es el segundo punto que separa a la cumbre del partido y a la Oposición Obrera. El problema de la burocracia se planteó, pero se examinó de una forma demasiado superficial, en el octavo Congreso de los Soviets. En esta cuestión como en la del papel y el carácter de los sindicatos, la discusión entró en una vía ciega. También aquí el debate es más profundo de lo que parece. En el fondo, consiste en lo siguiente: en el momento en que se constituye la base económica

del comunismo, ¿cuál es, para los trabajadores, el sistema de gobierno que garantiza las más amplias posibilidades de acción a la iniciativa del proletariado? ¿El sistema burocrático de la administración estatal, o la iniciativa, amplia y práctica, de las masas obreras? Plantear esta pregunta significa poner frente a frente dos principios que se excluyen mutuamente de forma inevitable, la burocracia y la capacidad de iniciativa. ¡Se pretende, a la fuerza, incluir esta pregunta en la cuestión de los medios de vivificar el aparato soviético! También aquí se escamotea el debate, como en la discusión sobre el papel de los sindicatos.

Hay que decirlo de forma clara y rotunda: las medidas tomadas a medias, las modificaciones de detalle en las relaciones entre las oficinas centrales y los órganos administrativos locales, u otras innovaciones igualmente insignificantes y mezquinas, como cambiar de puesto a militantes influyentes o enviar a comunistas a la administración estatal, donde a pesar suyo, se dejan integrar en el clima burocrático y se disuelven entre los elementos burgueses, no pueden aportar la menor democratización ni la menor revitalización en la administración soviética.

No es de esto de lo que se trata. En la Rusia soviética, cualquier niño sabe que el problema consiste en lograr la participación de la mayor masa posible de obreros, campesinos y jornaleros en la organización de la vida económica de la vida cotidiana y del Estado de los trabajadores. El problema está claro. Dicho en otros términos: hay que despertar la iniciativa de las masas. Ahora bien: ¿qué se hace para alentar y facilitar esta iniciativa? Nada. Al contrario. Cierto que en cada asamblea decimos a los obreros y a las obreras: «Cread la nueva vida, construid. ¡Ayudad al poder de los soviets!» Pero si a la masa, a un grupo determinado de obreros o de obreras, se le ocurre tomarse en serio nuestro llamamiento y trata de ponerlo en práctica, alguno de nuestros órganos burocráticos, inmediatamente, considerará la cosa como una intrusión y les dará con la regla en los dedos a esos iniciadores demasiado fogosos... Nuestros camaradas tendrán

presentes decenas de casos en que los obreros han pensado organizar ellos mismos un refectorio, una guardería, una corta de leña, etc.; todas y cada una de las veces su interés vivo e inmediato por la tarea ha quedado aniquilado por la lentitud burocrática por el peregrinaje de sección a sección, las negativas, la reiniciación de trámites, etc. Con ésas fuerzas y ese ardor hubiera podido organizarse un refectorio, una corta de leña o una guardería, pero en cambio se recibía una negativa basada en la escasez de objetos de mobiliario en los almacenes centrales, la falta de caballos para el acarreo de la leña o la ausencia de local para la guardería... Con cuánta amargura ven y saben los obreros que si les dieran la posibilidad de actuar llevarían el proyecto a buen fin; con cuánto despecho reciben negativas como éstas cuando ellos mismos han encontrado ya los medios necesarios y se los han asegurado... Entonces la iniciativa decae, la voluntad de actuar queda asfixiada. «Si es así como van las cosas ¡que sean las oficinas quienes se preocupen de nosotros!» Y con esto se produce la más funesta de las divisiones. «Nosotros», son los trabajadores, y «ellos» los funcionarios soviéticos de quienes todo depende. Eso es lo peor de todo.

Ahora bien, ¿qué hace la cumbre de nuestro partido? ¿intenta descubrir la raíz del mal, reconoce francamente que el sistema aplicado y realizado por medio de los soviets, lejos de alentar la iniciativa de las masas, no hace más que ahogarla? No, nuestra cumbre no hace esto. Al contrario: en vez de encontrar la forma de alentar la iniciativa de las masas, las cuales, si se dieran determinadas condiciones, se avendrían perfectamente

con la flexibilidad de nuestros órganos soviéticos, la cumbre se conviene de repente en defensora, en paladín de la burocracia. Muchos camaradas repiten, siguiendo a Trotsky, que «lo que nos molesta no es haber adquirido los aspectos malos de la burocracia, sino no haber adquirido los buenos,» (Hacia un plan económico único).

La burocracia es la negación directa de la iniciativa de las masas. Por esto todo aquel que, en la República de los trabajadores, base el sistema administrativo sobre el principio de alentar las iniciativas y hacer un llamamiento a las masas para que participen en esta administración, se ve forzado a no contemplar en la burocracia buenos o malos aspectos y, pura y simplemente, a rechazar el sistema burocrático como absolutamente pernicioso.

La burocracia no es un fenómeno surgido de nuestra miseria, como afirma Zinóviev; no es tampoco un reflejo del hábito de subordinación ciega contraído bajo el régimen militar, como dicen otros; el fenómeno es más profundo. Proviene de la misma fuente de donde procede nuestra política inestable y equívoca respecto a los sindicatos: la influencia creciente, en el aparato gubernamental, de grupos sociales extraños no sólo al comunismo, sino incluso a las más elementales aspiraciones sociales del proletariado. La burocracia es una plaga que ha penetrado hasta lo más hondo en nuestro partido y corroe en toda su extensión los órganos soviéticos, como reconocen no sólo la Oposición Obrera, sino también muchos de los camaradas más conscientes que han quedado fuera de este grupo.

No sólo se ha reprimido la iniciativa de la masa sin partido (cosa que, en rigor, podría comprenderse como consecuencia lógica de la atmósfera tensa de la guerra civil); también se ha amputado al máximo la iniciativa de los miembros del partido. Cualquier iniciativa independiente, cualquier idea nueva que no haya pasado por la censura de los centros dirigentes, se considera una herejía, una violación de la disciplina del partido, como algo que atenta contra los derechos del Centro, que debe preverlo y prescribirlo todo. Si no ha prescrito, no hay sino esperar. Ya llegará el día en que el Centro disponga de tiempo y prescriba; entonces ya se podrá, dentro de un marco estrictamente determinado, desplegar la iniciativa...

¿Qué ocurriría, por ejemplo, si a miembros del Partido Comunista ruso, a quienes les gustaran los pájaros, se les antojara fundar una sociedad para la protección de los pájaros? El proyecto parece útil; de cualquier modo, resulta agradable, y nada susceptible de atentar contra los «planes gubernamentales». Pero sólo parece. Inmediatamente entrarían en escena organismos burocráticos que alegarían tener el derecho de organizar esa sociedad, que la fundarían dentro del aparato del Estado y de este modo, aniquilarían la iniciativa directa, reemplazándola por montones de legajos e instrucciones cuyo manejo proporcionaría trabajo a centenares de nuevos funcionarios y recargarla, en la misma medida, los servicios de correos y transporte.

La esencia de la burocracia y su carácter perjudicial no residen tan sólo en su lentitud, como quisieran hacernos creer los camaradas que trasladan el debate al terreno del aparato soviético, sino en el hecho de que las decisiones no se adoptan como resultado de un intercambio de opiniones, a través de la vía normal, sino mediante una decisión desde arriba, tomada por un individuo o un minúsculo núcleo, con la ausencia total o casi total de las personas interesadas. Una tercera persona decide de la suerte de cada cual: esta es la esencia de la burocracia.

Frente a los sufrimientos crecientes que la clase obrera padece como resultado del caos de esta época de transición, la burocracia resulta inapta e impotente. El milagro del entusiasmo necesario para aumentar la producción y mejorar la suerte de los obreros sólo puede producirse a través de la iniciativa viva de las masas obreras afectadas, a condición de que esta iniciativa no se vea estorbada y limitada a cada paso por un sistema de jerarquías y prescripciones. Los marxistas, y en particular los bolcheviques, han debido siempre su fuerza a que no se han dedicado tanto a tratar de obtener éxitos cercanos e inmediatos (como los oportunistas y los conciliadores) como a esforzarse por colocar al proletariado en unas condiciones que le permitieran dar temple a su energía revolucionaria o desarrollar sus facultades para la acción. La iniciativa de los obreros nos es indispensable, pero le cerramos el camino.

Entre nosotros, el miedo a la crítica y a la libertad de pensamiento, vinculado con el burocratismo, adquiere a veces proporciones de caricatura.

¿Qué iniciativas son posibles sin libertad de opinión y de pensamiento? La iniciativa no se manifiesta únicamente en determinado acto concreto, en tal o cual trabajo sino más bien en el independiente trabajo de la inteligencia. Nos da miedo la independencia de las masas, vacilamos en dejar libre curso al espíritu creador del proletariado, tememos la crítica, hemos perdido la confianza en las masas; de ahí proviene nuestra burocracia. He aquí por qué la Oposición Obrera considera a la burocracia como nuestro enemigo, nuestro azote y el mayor de los peligros para la vitalidad del Partido Comunista.

Si queremos curarnos del mal de la burocracia, que se ha cobijado en la administración del Estado, debemos ante todo curarnos del mal burocrático que hace estragos dentro del partido. Para combatir la burocracia hay que combatir al sistema en su conjunto. Cuando nuestro partido admita, y no de palabra y en teoría, como base de nuestra administración, la independencia de las masas, los organismos estatales se convertirán automáticamente, por la fuerza misma de las cosas, en órganos vivos que cumplirán funciones revolucionarias y comunistas, y dejarán de ser los simples aparatos de contabilización, los cementerios de legajos y los laboratorios de circulares muertas ya al nacer que están siendo ahora, cada vez más.

Hay que tener claro ante todo que nuestros dirigentes no tienen razón al decir: hoy accedemos a soltar un poco las brida, porque no tenemos ninguna amenaza seria en el frente; pero así que surja algún peligro volveremos al sistema militar. No tienen razón porque debemos recordar que lo que salvó Petrogrado, lo que permitió defender Lugansk,

y otras ciudades. y territorios enteros, fue el heroísmo. ¿Estaba solo el Ejército Rojo? No. Tenía al lado la actividad directa y la iniciativa heroica de las masas obreras. Cada uno de los camaradas tendrá presente en el momento del peligro que nuestro partido lanza un llamamiento a la iniciativa de las masas como ancla salvadora. Es verdad que en el momento del peligro conviene fortalecer la disciplina, la rapidez y la exactitud en la ejecución, el espíritu de abnegación, tanto en el proletariado como en el Partido Comunista; pero entre esas manifestaciones del espíritu de clase y la subordinación ciega preconizada, estos últimos tiempos, por nuestro partido, media un abismo.

La Oposición Obrera, junto con un grupo de militantes de Moscú, reclama, para sanear el partido y eliminar el nefasto espíritu burocrático, la puesta en práctica de los principios democráticos, no sólo en los periodos de tregua, sino también en casos de crisis interior o exterior. Esta es la condición primera y esencial para sanear el partido y volver a los principios de su propio programa del cual, bajo la presión de elementos extraños, se aleja cada vez más en la práctica.

La segunda condición que reclama imperiosamente la Oposición Obrera es la de liberar al partido de sus elementos no proletarios. Cuanto más se fortalece el poder de los soviets mayor es el número de elementos extraños, arribistas, que no comparten el ideal o que, incluso, le son hostiles, infiltrados en el partido; hay que emprender una limpieza general. Para ello, hay que partir de la base de que los más revolucionarios de los elementos no obreros ingresaron en el partido durante el período de la Revolución de Octubre. *El Partido Comunista debe ser un partido obrero*; sólo bajo esta condición podrá resistir con éxito a los elementos pequeño burgueses procedentes del exterior a las influencias campesinas o a los especialistas, servidores inveterados del capital.

La Oposición Obrera propone revisar el caso de todos los comunistas no obreros ingresados en el partido después de Octubre, y expulsar a todos los que hayan ingresado después de 1919, concediéndoles el derecho a pedir su readmisión en un plazo de tres meses.

También deberá imponerse cierto tiempo de trabajo manual a todos los elementos no obreros que quieran reingresar o ingresar en el partido; tiempo de trabajo que deberá insertarse en las condiciones ordinarias de vida y de trabajo del obrero.

El tercer paso decisivo hacia la democratización del partido consiste en que los comités provinciales y de distrito, así como el mismo Comité central, se compongan de manera que los obreros directamente ligados con las masas, tengan ellos una influencia preponderante.

En estrecha relación con este artículo del programa de la Oposición Obrera, está el que pide que todos nuestros centros dirigentes, desde el Comité central basta los comités de distrito dejen de ser órganos que rigen los detalles cotidianos de la vida política y que intervienen en los nombramientos y los cambios de puesto inspirándose del estrecho ángulo de visión de tal o cual oficina, para convertirse en órganos de control de la política general del aparato soviético.

Ya hemos señalado que la crisis de nuestro partido resulta de la conjunción de tres tendencias, diversas en cuanto a su composición social: la clase obrera, la clase campesina junto con la pequeña burguesía, y los restos de la antigua burguesía alta, representados por los «especialistas» y los hombres de negocios.

Serán razones de carácter político las que obligan a los órganos centrales o locales del Estado, a los comisariados e incluso al Consejo de los Comisarios del Pueblo, así como al Comité Ejecutivo central, a prestar oídos y a amoldarse a estos tres grupos heterogéneos de población de nuestra República de los trabajadores. Pero esto no deja de afectar la pureza y la firmeza de la línea de clase cuyo intérprete, en interés de la

Revolución, debe ser el Partido Comunista. Ahora bien; dentro de él las consideraciones de política general empiezan a sobreponerse a los intereses de la clase obrera.

Para que el Comité Central y los diversos comités del partido defiendan realmente la pureza de nuestra política de clase y llamen al orden a los órganos del Estado cada vez que se advierta, en su política, una desviación de nuestro programa, debe reducirse al máximo el número de los militantes que ocupen a la vez cargos importantes en los organismos del Estado y en los del partido.

Recordemos que Rusia no ha logrado todavía unificar sus intereses económicos; es, por el contrario, una masa social heterogénea, y el Estado soviético se ve obligado a veces a conciliar intereses contrarios, a elegir un término medio y a mantener la balanza equilibrada.

Para que el Comité Central de nuestro partido sea un centro capaz de dominar la política de clase, el órgano del pensamiento comunista y el que ejerza el control permanente de la política efectiva de los soviets, la encarnación moral de los principios de nuestro programa, es necesario reducir, sobre todo en el Comité Central, el número de aquellos de sus miembros que ocupen al mismo tiempo funciones en los órganos supremos del Estado.

A este efecto, para que tengamos comités comunistas que sean realmente instrumentos de control moral de la administración del Estado y la mantengan dentro de una estricta línea de clase, y para reforzar también la actividad in tema del partido, la Oposición Obrera propone adoptar, para toda Rusia, la siguiente medida general: la tercera parte, por lo menos, de los miembros de los comités comunistas, no ocuparán ninguna otra función en el partido o en los organismos estatales.

La cuarta reivindicación esencial de la Oposición Obrera es que el partido vuelva al principio electoral.

El principio de los nombramientos sólo es admisible a título excepcional, en casos especiales, y en cambio se ha convertido en regla. El nombramiento es el rasgo característico de la burocracia. Ahora bien: se ha instaurado en todas partes, es algo admitido y legal. El nombramiento crea dentro del partido un clima malsano, rompiendo las relaciones de igualdad y camaradería; alimenta el arribismo, ofrece un terreno abonado al favoritismo y a toda una gama de fenómenos lamentables en la actividad práctica de nuestro partido y del Estado. El nombramiento priva del sentido de responsabilidad a aquel que ha sido designado desde arriba para mandar sobre otros, y ahonda el abismo entre la cumbre y los escalones más bajos.

El beneficiario del nombramiento está en realidad fuera de todo control, ya que desde arriba no se le pueden seguir los pasos en detalle y desde abajo no hay medios para llamarle al orden y destituido si está por debajo de sus tareas. Normalmente se crea en torno suyo una atmósfera «oficial» atestada de ambiciones e intrigas, atmósfera que contamina a sus colaboradores y desacredita al partido. El principio del nombramiento es una negación absoluta del principio colectivo. El principio del nombramiento favorece la ausencia de responsabilidad. El nombramiento desde arriba debe abolirse y reemplazarse por la electividad a todos los niveles. Sólo pueden ser «delegados» los camaradas que han sido elegidos para los centros dirigentes por un congreso o una conferencia (por ejemplo, los miembros del comité central, de los comités provinciales o de distrito).

Finalmente, es condición indispensable para sanear el partido destruir dentro de él el espíritu burocrático, volver al antiguo estado de cosas, cuando todas las cuestiones esenciales de la vida comunista y de la vida política soviética eran examinadas por las masas antes de serlo por la cumbre. Así se hada en la época de clandestinidad, e incluso en el tiempo en que se concluyó la paz de Brest.

Hoy ya no ocurre así. A pesar de las promesas retumbantes de la Conferencia Panrusa de septiembre, un asunto tan serio como el de las concesiones sorprendió a las masas tan súbitamente como una avalancha.

Y no fue sino a consecuencia de las diferencias entre los dirigentes que la cuestión del papel de los sindicatos se sometió a discusión entre los comunistas.

Una amplia publicidad, libertad de opinión, libertad de discusión, derecho a la crítica dentro del partido y entre los miembros de los sindicatos: este es el método decisivo para abolir el sistema burocrático.

La libertad de crítica, el derecho por parte de las distintas tendencias a manifestarse libremente en las asambleas del partido, el derecho a discutir, son cosas que ya sólo la Oposición Obrera reclama. Varias de las medidas reivindicadas por la Oposición desde antes de la Conferencia Panrusa son ahora, bajo la presión creciente de las masas, verdades reconocidas oficialmente. Basta con leer la plataforma sobre la estructura interior del partido elaborada, con ocasión del congreso, por el comité de Moscú, para poder afirmar que la Oposición Obrera puede vanagloriarse de progresos de su influencia. ¿Podría haberse esperado, sin su existencia, un paso a la izquierda como éste por parte del comité de Moscú? Pero no debería exagerarse la importancia de este paso, no siendo más que una declaración presentada al congreso. Podría muy bien sucederle a esta plataforma lo mismo que, en el curso de estos últimos años, ha sucedido muchas veces con las decisiones de nuestros dirigentes: en los congresos y en las conferencias adoptan, bajo la presión de las masas, las medidas más radicales; pero una vez terminado el congreso, la vida vuelve a sus cauces y la decisión se convierte en una aspiración olvidada...

¿No fue esto acaso lo que ocurrió con la decisión de nuestro octavo congreso que ordenaba expulsar del partido a los elementos impuros, hacer más difícil el ingreso en el partido de los elementos no obreros? ¿Y qué pasó con la decisión de nuestra conferencia de 1920 reemplazando los nombramientos por un sistema de recomendaciones? Dentro del partido no han desaparecido las desigualdades, a pesar de las decisiones en este sentido, reiteradas tantas veces. En lo que se refiere a persecuciones contra camaradas que tienen una «opinión propia» diferente de la opinión prescrita desde arriba, es un mal que no ha desaparecido... Podrían darse numerosos ejemplos. Así pues, si estas decisiones no se ponen en práctica, hay que deducir la necesidad de suprimir la causa esencial que impide su realización, es decir, hay que echar del partido a los que temen la publicidad, la responsabilidad ante las masas y la libertad de crítica; éstos son o bien elementos no obreros infiltrados en el partido, o bien obreros con la mentalidad aburguesada bajo la influencia de estos mismos elementos. No basta con limpiar al partido de elementos no obreros recurriendo a depuraciones, a un reforzamiento del control en la admisión de nuevos miembros o a cualquier otro medio; también hay que aprender a abrir de par en par nuestras puertas a los obreros. Hay que facilitarles el ingreso en el partido comunista, hay que crear dentro del partido una atmósfera de más estrecha camaradería para que el obrero se sienta en el partido como en su casa, para que vea en cada uno de nuestros dirigentes no a un jefe, sino a un camarada con más su experiencia, dispuesto a estudiar solícitamente sus necesidades y sus aspiraciones. Muchos camaradas, sobre todo obreros jóvenes se alejan del partido por culpa de la intolerancia, las exigencias, la severidad cicatera que mostramos con ellos en vez de orientarlos reflexivamente y de reeducarlos poco a poco dentro del espíritu del comunismo.

Junto a la mentalidad burocrática reina en nuestro partido la frialdad oficial. La camaradería sólo existe entre las masas.

Nuestro congreso no debe olvidar otro detalle poco halagador. Debe comprender por qué la Oposición Obrera reclama mayor igualdad, la supresión de los privilegios

dentro del partido, la afirmación de la responsabilidad de cada militante ante las masas que lo han delegado o elegido.

Por esto, en su campaña para afirmar el espíritu democrático en el seno del partido y para abolir el espíritu burocrático, la Oposición Obrera proclama tres principios fundamentales:

1. Electividad a todos los niveles, supresión de los nombramientos y de los delegados, fortalecimiento de la responsabilidad ante las masas.

2. Publicidad dentro del partido (tanto en lo que se refiere a las apreciaciones personales respecto a los candidatos como a los problemas generales), consideración de la opinión de las masas (examen a fondo de los problemas en las asambleas generales, realizándose luego en la cumbre la síntesis de las opiniones; admisión de cualquier miembro del partido en las sesiones de los centros dirigentes donde se traten asuntos particularmente confidenciales) libertad de crítica y de opinión (no sólo derecho a discutir libremente, sino también ayuda material para las publicaciones de las distintas tendencias del partido).

3. Aumento de la influencia de los obreros en todo el partido, restricción de la acumulación de cargos en los puestos de dirección del partido y en la administración del Estado.

Este último punto es particularmente grave y esencial, porque no debe olvidarse que nuestro partido no sólo tiene que construir el comunismo, sino que también tiene la obligación de preparar a las masas para el comunismo, de educarlas para un período quizá largo de lucha contra el capitalismo mundial, lucha que puede adoptar las formas más inesperadas y nuevas. Sería ingenuo imaginarse que, después de rechazar en los campos de batalla la agresión de los guardias blancos y del imperialismo, no tenemos ya que temer ninguna nueva ofensiva por parte del capital, ningún intento de apoderarse de la Rusia Soviética empleando medios indirectos, para penetrar en nuestra vida, para subyugar a la República del Trabajo a los intereses del capitalismo. Es un deber de nuestros centros dirigentes prepararse para esta nueva página de nuestra historia revolucionaria.

La solución más elegante del problema consistirá en establecer una estrecha y continua vinculación entre nuestro partido y los organismos estatales; pero sobre todo con los sindicatos. En este caso la acumulación de cargos, en vez de desviar la política de nuestro partido de la pureza de su línea de clase, le dará, por e1 contrario, en el momento en que nos encontramos, mayor firmeza y fuerza para resistir a las influencias del capitalismo mundial que se ejercen a través de los tratados comerciales y de las concesiones.

Aumentar la influencia de los obreros en el seno del comité central significa constituir un comité central en el que los representantes directos de la masa comunista dejarán

de desempeñar el papel de comparsas para convenirse por fin en el vínculo real e indisoluble entre el comité y las masas de obreros sin partido de los sindicatos, y esto les capacitará para tener siempre en cuenta y concretar las exigencias del momento, las necesidades y las aspiraciones de su clase, y para orientar la, política del partido hacia su verdadera política de clase.

Esto es el programa de la Oposición Obrera. Esta es su misión histórica. Aunque la cumbre de nuestro partido la haga de lado desdeñosamente, la Oposición Obrera es la única fuerza viva y activa con la que nuestro partido debe contar y contará.

La pregunta que se plantea ahora es la siguiente: ¿Es necesaria una oposición? Desde el punto de vista de los intereses de la emancipación del proletariado mundial, ¿hay que felicitarse de su aparición, o si acaso un fenómeno indeseable que hace bajar la energía combativa del partido y disgrega sus filas?

Cualquier camarada sin prejuicios contra la Oposición y que desee abordar la cuestión con imparcialidad, razonando por sí mismo, y no de acuerdo con lo que quiere tal o cual autoridad consagrada analizará está cuestión, y quedará convencido por lo que antecede de que la Oposición es útil y necesaria. Es útil ante todo porque desentumece las ideas. En el curso de estos años de revolución nos ha distraído tanto la acción, el trabajo práctico, que hemos dejado por completo de juzgar nuestro comportamiento a partir de los principios de la teoría. Hemos olvidado que no es sólo durante el periodo de lucha por la conquista del poder cuando el proletariado puede cometer grandes errores y extraviarse en la ciénaga del oportunismo. Estos errores son también posibles en la época de la dictadura, sobre todo cuando, por todos lados, ruge la furia imperialista y la República soviética se ve obligada a actuar dentro del cerco capitalista. En momentos así no basta con ser un político o un estadista sensato, hay que saber también guiar al partido y, con él, a toda la clase obrera, por el camino de la intransigencia y de la acción proletaria; no debe dejarse nunca de preparar a esta clase para una larga lucha contra las nuevas formas de influencia burguesa a las que recurre el capitalismo universal para dominar a la República soviética. La consigna de nuestro partido debe ser, hoy más que nunca, estar en guardia, aguzar la atención.

La Oposición Obrera ha puesto estas cuestiones a la orden del día; este es su mérito ante la historia. Las ideas se han puesto en movimiento. Se ha iniciado el análisis de lo realizado. Se ha empezado a criticar. Ahora bien: allí donde hay crítica, análisis, trabajo, agitación y búsqueda de ideas, hay creación, vida, y por lo tanto un movimiento hacia adelante, hacia el futuro. No hay nada tan horrible y pernicioso como el estancamiento de las ideas, los moldes, la rutina... Nosotros empezábamos ya a caer en la rutina y, si no fuera por la Oposición, aunque se haya manifestado de manera muy imperfecta, podríamos apartarnos del buen camino hacia el comunismo sin ni tan sólo damos cuenta. Y entonces nuestros enemigos se frotarían las manos, los mencheviques se reirían señalando con el dedo, nuestros extravíos cada vez más acusados.

Hoy, esto es imposible porque el congreso, y por lo tanto nuestro partido, se verán obligados a contar con la existencia de la Oposición Obrera y, aun en el caso de que no lleguen a un compromiso con ella, tendrán que hacer de todos modos una serie de concesiones muy importantes bajo su presión y su influencia.

El segundo mérito de la Oposición Obrera consiste en haber abierto la discusión sobre la cuestión siguiente: ¿Quién debe, en último término, crear las nuevas formas de vida económica? ¿Los técnicos, los hombres de negocios atados al pasado por toda su mentalidad, los funcionarios soviéticos, que cuentan con algunos comunistas verdaderos perdidos dentro del conjunto, o la colectividad de la clase obrera personificada por lo, sindicatos?

La Oposición Obrera repite lo que ya escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, que sirve de base a nuestro programa: el comunismo puede ser y será otra de las masas obreras por sí solas. Corresponde a los obreros crear el comunismo.

Por último, la Oposición Obrera ha alzado la voz contra la burocracia. Se ha atrevido a decir que la burocracia corta las alas a la iniciativa y al espíritu creador de la clase obrera, ahoga las ideas, frena la iniciativa económica y los intentos de descubrir nuevos métodos de producción: en una palabra, seca la fuente creadora de las nuevas

formas de producción y de vida. Reemplazar el método burocrático erigido en sistema por el sistema de la iniciativa de las masas trabajadoras. En este punto, nuestros dirigentes han hecho ya concesiones y tienden a admitir la desviación del partido, con detrimento del comunismo y de los intereses de la clase obrera (condena del sistema de Trotsky en los transportes). No hay duda de que el congreso hará muchas más concesiones a la Oposición Obrera en este terreno. De modo que, aunque la Oposición Obrera no haya

aparecido sino hasta hace pocos meses como grupo constituido dentro del partido, ha cumplido ya su misión, ha agitado las idea las ha sacado del estancamiento, ha obligado a los centros dirigentes del partido a escuchar la voz saludable de los obreros y de las colectividades proletarias.

La cumbre del partido puede tronar contra la Oposición Obrera; la Oposición tiene el futuro a su favor. Como tenemos fe en la fuerza vital de nuestro partido, sabemos que después de un momento de tozudez, de vacilación, de zigzags y de rodeos políticos, nuestro partido acabará por entrar en el camino que le señalan espontáneamente, con su instinto de clase, los proletarios estrechamente unidos y organizados. No habrá escisión. Si acaso hay grupos que se desvinculen del partido, en todo caso no serán los de la Oposición Obrera. Serán tan sólo aquellos que, ante la acuidad de la guerra civil, quieren erigir como principio ciertas infracciones momentáneas del espíritu general del programa comunista, y que quisieran aferrarse a ellas como si fueran lo esencial de nuestra línea de conducta política.

Pero todos aquellos que, en nuestro partido, están acostumbrados a reflejar el pensamiento del proletariado gigante, en ascenso y con las alas desplegadas, almacenarán y asimilarán todo lo que la Oposición Obrera aporta de sólido, de realmente sano y de vital a la estructura de nuestro partido. El obrero de la masa tiene sus razones para decir en tono confiado y conciliador: «Ilich reflexionará, dará vueltas a todo esto, nos escuchará y dará un golpe de timón hacia el lado de la Oposición. Ilich

seguirá estando con nosotros». Cuanto más se apresure la cumbre del partido a tomar en cuenta: el trabajo de la Oposición y en andar en la dirección señalada por las masas, antes saldremos de la crisis de las dificultades actuales, antes cruzaremos el límite anhelado en que la humanidad, liberada de leyes económicas que le son extrañas, empezará a crear conscientemente la historia de la humanidad, en la era del comunismo, gracias a una voluntad colectiva enriquecida por los frutos de la ciencia.

Febrero, 1922

¡Abran paso al Eros alado! Una carta a la juventud obrera

(1923)[274]

I El amor como factor social y psíquico

Joven camarada: me preguntas qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te admira el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora "se preocupe mucho más del amor y de todas las cuestiones relacionadas con él" que de los grandes asuntos que tiene que resolver la república de los obreros. Si esto es así (difícilmente puedo apreciarlo desde lejos), busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a este primer problema: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia soviética ha entrado en una nueva etapa de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. En la actualidad, la lucha debe librarse entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la proletaria. Su incompatibilidad se pone de manifiesto cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes se agudizan de día en día.

El triunfo de los principios e ideales comunistas en el campo de la política y la economía tenía ineludiblemente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda creación espiritual de la humanidad productora. Ya hoy se puede apreciar una transformación de estas concepciones de la vida y de la sociedad, del trabajo, del arte y de las "normas de nuestra conducta", es decir, de la moral. Las relaciones sexuales constituyen una parte importante de esas normas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá punto final a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de vida de la república de trabajadores.

No obstante, a medida que se agudiza la lucha entre las dos ideologías: la burguesa y la proletaria; a medida que esta lucha se expansiona y abarca nuevos dominios, se presentan ante la humanidad nuevos "problemas de la vida", que únicamente podrá resolver de una forma cumplida la clase obrera. Se encuentra entre estos múltiples problemas, joven camarada, el que tú señalas: "el problema del amor", que, en las diversas facetas de su desenvolvimiento histórico, la humanidad ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, "el problema" subsistía: variaban, única y exclusivamente, sus intentos de solución, que diferían, claro está, según el período, la clase y lo que constituía el "espíritu de la época", o dicho de otra forma, la cultura.

En Rusia, durante los años de intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, y hasta hace poco, sólo a unos cuantos interesaba este problema. Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que preocupaban a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor a través de aquellos años en que el fantasma descarnado

---

[274] *¡Abran paso al Eros alado! Una carta a la juventud obrera*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Redactado en mayo de 1923, o poco antes. Primera publicación: Alejandra Kollontai, "Дорогу крылатому Эросу! (Письмо к трудящейся молодежи)", en М*олодая гвардия* [*Molodaia Gvardiia*], 1923, No 3. C. 111-124. Versión al castellano del Secretariado Femenino del POUM, 1937.

de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años, el problema vital se resumía en saber: ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?

Ante el aspecto sombrío de la enorme contienda, de la revolución, el delicado Eros, tenía forzosamente que desaparecer de una forma apresurada. No había oportunidad ni energías psíquicas para abandonarse a las "alegrías" y las "torturas" del amor. La humanidad responde siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía se aplica siempre al fin fundamental e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante estos años se adueñó de la situación la voz, simple y natural, de la naturaleza, el instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se unían y separaban fácilmente, mucho más fácilmente que en el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente, sin estremecimiento en sus almas, y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución; mas, en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto; pero es evidente que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual: o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del momento, se convertía en un vínculo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica y constituían simplemente un capricho pasajero, del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente, a fin de que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El brutal instinto de reproducción, la simple atracción de los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez, sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros "sin alas", que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros "alado" consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros "sin alas" no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad ni llena de confusión el frío trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastornos de la revolución que llamaban sin cesar al combate a la humanidad trabajadora; durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba, en sentimientos de orden secundario, que no contribuían de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual, que constituye la base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus miembros para aplicarla a las tareas générales de la colectividad. No es otra la causa de que durante el período agudo de la lucha revolucionaria el "alado Eros", que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Ahora el cuadro es completamente distinto. La URSS, y con ella toda la humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Comienza ahora una labor sumamente compleja, puesto que se trata de fijar y comprender de una manera definitiva todo lo creado, todo lo adquirido, todo lo conquistado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender también este fenómeno; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase.

Sólo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma podrá el proletariado entrar en liza armado hasta los dientes contra el viejo régimen burgués. Entonces, únicamente, podrá la humanidad asalariada vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el militar y en el del trabajo.

Una vez consolidado el triunfo de la revolución rusa, empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, el tierno Eros de "alas desplegadas", despreciado durante los años de agitación, reaparece de nuevo y reclama sus derechos. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros "sin alas", del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque éste ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En este período de relativa calma se ha acumulado un excedente de energía, que los hombres del presente, aun los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros "sin alas". El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir "novelas de amor", con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que van aparejados al alado Eros.

En la república soviética presenciamos un patente crecimiento de las necesidades intelectuales; cada día se siente más avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Esta ansia investigadora que se siente en la república soviética por hallar formas nuevas en que encerrar las riquezas intelectuales de la humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, pues, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, al "problema del amor". Es ésta una fase de la vida de la que participan con mayor o menor intensidad todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario *Pravda*, leen ahora con fruición libros donde se canta al "dios Eros, el de las alas desplegadas".

¿Podremos interpretar esto como un síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es tiempo de que rechacemos de una vez y para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Hemos llegado al momento de reconocer ampliamente que el amor no es sólo un poderoso factor de la naturaleza, que no es sólo una fuerza biológica, sino también un factor social. En su propia esencia el amor es un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor, en sus diferentes formas y aspectos ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento humano una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es "un asunto de orden privado", sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Mas todavía hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un "asunto privado" que interese solamente a dos corazones aislados, sino, por el contrario, que el amor supone un principio de unión de un valor inapreciable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que en todos los grados de su desarrollo histórico, la humanidad ha marcado pautas que precisan cuándo y en qué condiciones el amor era considerado "legítimo" (es decir, cuando correspondía en los intereses de la

colectividad), y cuándo tenía que ser condenado como “culpable” (es decir, cuando el amor pugnaba con los principios de la sociedad).

II Un poco de historia

La humanidad comenzó, casi desde tiempos inmemoriales, a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la etapa del patriarcado, la virtud, moral suprema de los hombres, era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido o amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia o la tribu a que perteneciese. En cambio, se concedía una gran importancia a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o la hermana. La Antígona de los griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida. Este hecho sólo hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestros tiempos calificaría esta acción llevada a cabo por la hermana y no por la mujer, como algo extraordinario y un tanto impropio. Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de formación de las formas del estado, el sentimiento de amor fue, sin duda de ningún género, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que había sobrepasado apenas la fase de la organización puramente familiar, y que, por lo tanto, todavía se sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus miembros estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones del espíritu que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no de los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período, los intereses de la colectividad exigían a la humanidad el crecimiento y acumulación de lazos espirituales, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y el estado. (Para nada se hacía aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer, en aquellos tiempos, no podía ser considerada como factor social.)

En el patriarcado se admiraban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre esposos. Castor y Pólux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua fidelidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran a nosotros. La “amistad” (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo, sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de “amistad”, el que suplía al marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía “la fidelidad al amigo hasta la muerte”, fue considerada en el mundo antiguo como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía en el amor en el sentido contemporáneo de esta palabra, que no tenía ningún papel en la sociedad y ni siquiera captaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba al amor incluido en los cuadros de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por qué ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera: era un lujo que podía permitirse un ciudadano después de haber cumplido con sus obligaciones con el estado.

La cualidad de “saber amar”, tan valorada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los límites impuestos por la moral de su clase, carecía de sentido en el mundo antiguo cuando se trataba de precisar las “virtudes” y cualidades

características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía su vida por el amigo alcanzaba fama, como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la "virtud moral". En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de Paris y la hermosa Helena, que fueron el origen de la guerra de Troya, guerra que sólo "desgracia" podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo justipreciaba la amistad como sentimiento capaz de consolidar entre los individuos de una tribu los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, ineludiblemente débil en aquellos tiempos. Por eso, posteriormente, la amistad dejó de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, construida sobre la base del individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no hay sitio para la amistad, considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación de "sentimentalismo"; por lo tanto, como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta nociva para la realización de las tareas burguesas de clase. La amistad en la sociedad burguesa queda convertida en un motivo de burlas. Si Castor y Pólux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente de la sociedad burguesa de Nueva York o Londres. La sociedad feudal tampoco admitió el sentimiento de amistad como una cualidad digna de loa que fuera necesario cultivar entre los hombres.

El fundamento de la sociedad feudal consistía en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. Dominaban en el matrimonio los intereses familiares y, por tanto, el hombre joven (la muchacha no tenía facultad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la edad feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; al que pretendía romper las normas establecidas se le consideraba como un "paria" por la sociedad de su tiempo. En la ideología de la época feudal el amor y el matrimonio no podían marchar juntos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquirió cierto derecho por primera vez en la historia de la humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos tiempos de ascetismo, de costumbres brutales, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si analizamos detenidamente las causas que han obligado al reconocimiento del amor como un factor social, no sólo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El hombre enamorado puede ser impulsado por el sentimiento del amor (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar hechos que no podría ejecutar en otra disposición de espíritu.

La caballería andante exigía a todos sus miembros, en el dominio militar, la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter exclusivamente personal. Estas virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etc. En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla, sino las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, "la elegida de su corazón", podía ser el héroe de verdaderos "milagros de bravura",

podía triunfar más fácilmente en los torneos y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de "distinguirse", para conquistar de este modo los favores de la elegida de su corazón.

Este hecho, por consiguiente, fue tenido en cuenta por la ideología caballeresca. Como reconocía en el amor el poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar un lugar preferente al amor en los sentimientos determinantes de su ideología. En aquella época el amor entre los esposos no puede inspirar el canto de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor como factor social sólo era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la mujer de otro, sentimientos que le impulsaban a realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores con las virtudes y cualidades apreciadas en su mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo natural era que la dama elegida por un caballero ocupase una posición lo más inaccesible posible. La dama de sus pensamientos, escogida por el caballero, era corrientemente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llegaba en su osadía hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en la concepción de que únicamente el "amor espiritual", el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de "milagros de bravura", era digno de ser citado como modelo y de merecer la calificación de "virtud".

Las muchachas solteras no eran nunca objeto de la adoración de los valientes caballeros. Por muy elevada que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. En ese caso desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de hazañas heroicas. Ante este peligro, la moral feudal no podía admitir el amor del caballero por la muchacha soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral.

El anhelo de purificar el amor de todo lo que fuese carnal, "culpable"; la aspiración a convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones: elegían como "dama de sus pensamientos" a mujeres que nunca habían visto, llegando incluso a enamorarse de "la Virgen María". No creo que sea posible desviar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el "amor espiritual", la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos, servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta apreciación fue la que fijó, desde los comienzos de la época feudal, el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante "el adulterio" de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, la enclaustraba o la mataba. Y, por el contrario, se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer por dama de sus pensamientos, y llegaba incluso a permitirle una corte de amor formada por "amigos espirituales".

Por el contrario, la moral feudal caballeresca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía que las relaciones matrimoniales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa y el matrimonio otra. La ideología feudal establecía entre estas dos nociones una clara diferenciación.

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, en los cuales comenzó a iniciarse la moral burguesa. Esto explica que, a través de la Edad Media, los sentimientos amorosos elevados y delicados chocasen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales,

tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia parecía anatemizar el libertinaje; pero como fomentaba de palabra el "amor espiritual", no hacía, en realidad, más que patrocinar las relaciones brutales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre en su corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida por merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una joven de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerle, a las campesinas más bellas de los alrededores.

Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. En algunas ocasiones estas mujeres llegaban incluso a admitir las caricias de los criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

Al perder su fuerza la sociedad feudal, cuando surgieron las nuevas condiciones de vida que imponían los intereses de la clase burguesa en formación, se creó paulatinamente un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La incipiente burguesía rechazó el ideal de "amor espiritual" y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

Entre el amor y el matrimonio no podía establecer ninguna diferencia la moral burguesa. Todo lo contrario, el matrimonio tenía que estar determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica, por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. La burguesía tenía para ello sólidas razones de clase.

La familia estaba, en el régimen feudal, cimentada por tradiciones de nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la Iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

En otras condiciones se formaba la familia burguesa: no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible, era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con "economía", de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera una amiga y auxiliar del marido, además de "una buena ama de casa".

Cuando se establecieron las relaciones capitalistas, sólo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros interesados en la acumulación de riquezas, quedaba fundamentada sobre firmes bases. Esta colaboración era mucho más perfecta y daba mejores resultados si los esposos y los hijos estaban, con respecto a sus padres, unidos por verdaderos lazos espirituales y de cariño.

La nueva estructura económica de esta época contribuyó, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, al nacimiento de la nueva ideología. Paulatinamente cambiaron de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso, y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglo XV y XVI), comprendieron claramente la fuerza social que entrañaba el sentimiento de amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués); era ineludible una íntima unión entre todos sus miembros y proclamaron la fusión del amor carnal y el amor psíquico, como un nuevo ideal moral de amor.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del “amor espiritual” de los caballeros enamorados, obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de las sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tomar dos formas completamente independientes una de otra: el simple acto sexual de un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinato) y un sentimiento de “elevado” amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal feudal establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estos dos conceptos. Para la burguesía el concepto del amor era equivalente al de matrimonio.

Naturalmente en la práctica la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevó ante la cuestión de la inclinación mutua, la moral burguesa exigía, aun en el caso de que el matrimonio se hubiese hecho por cuestiones de conveniencia, que los esposos aparentasen que se amaban, aunque sólo fuera exteriormente.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal, eran tan fuertes que se han conservado hasta nuestros días por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos, los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que la rodean, todavía obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación se califica de “ridículo” y siempre produce escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse a la tiranía de las tradiciones de raza y a las conveniencias políticas de su país y unir su vida a una persona que no conocen ni aman.

La historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fue empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba por el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

Existe igualmente entre los campesinos la subordinación del matrimonio a consideraciones de interés. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

Tampoco se tomaba nunca en consideración el amor en la familia de la Edad Media cuando se concertaba el matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre el principio económico del trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero a pesar de que la moral de la burguesía proclamaba el derecho de “dos corazones amantes” a unirse aun en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se burlaba del “amor platónico” y del ascetismo y de que afirmaba que el amor era la base del matrimonio, tenía buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio: fuera del matrimonio, el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideración es de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el aumentar su bienestar

material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etc.).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir, por tanto, este sentimiento en un medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero el amor estaba aprisionado con fuertes cadenas por los límites que le imponía la ideología burguesa. Así nacieron y se multiplicaron los "conflictos amorosos". La novela, nuevo género literario que creó la clase burguesa, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los límites matrimoniales que le habían sido impuestos y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

A las necesidades de la capa social más numerosa no corresponde este ideal burgués del amor, que no satisface los anhelos de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo desarrollado todos los problemas del sexo y del amor. De aquí se originan las investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que agobia a la humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo será posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

A la juventud trabajadora de Rusia se le plantea actualmente este mismo problema. Un ligero análisis de la evolución de las relaciones matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es una cuestión privada, como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. La humanidad trabajadora, armada con el método científico del marxismo y con la experiencia del pasado, tiene que comprender el lugar que la nueva humanidad tiene que reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuál es, pues, el ideal de amor que corresponde a los intereses de la clase que lucha para extender su dominio por todo el mundo?

No debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres, cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del "Eros de alas desplegadas". La poligamia, en la que no se da el sentimiento de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etc.); pero estas uniones no crean "dramas morales". Los conflictos, los "dramas" surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todas sus manifestaciones y matices diversos.

Puede una mujer amar a un hombre "por su espíritu" solamente si sus pensamientos, sus deseos y sus aspiraciones armonizan con los suyos, y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer, puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su "yo". ¿A cuál de estas dos

mujeres deberá entregar la plenitud de “Eros”? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando sólo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos dos lazos de amor?

El desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos bajo el régimen burgués. La ideología basada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propiedad. Ha grabado la ideología burguesa en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, y sin *compartirlo con nadie*, el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la fórmula establecida del matrimonio indisoluble del ideal burgués de “amor absorbente” entre los esposos. Pero ¿puede un ideal de esta clase responder a los intereses de la clase obrera? Desde el punto de vista de la ideología proletaria es mucho más importante y deseable que las sensaciones de los hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y sean más diversas. La multiplicidad del alma constituye un hecho precisamente que facilita la educación y el desarrollo de los lazos del espíritu y del corazón, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre las inteligencias y los corazones, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

No pueden constituir “la absorción” y el exclusivismo en el sentimiento de amor el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos, desde el punto de vista de la ideología proletaria. Todo lo contrario. Al darse cuenta de la multiplicidad del “Eros de las alas desplegadas”, el proletariado no se asusta en absoluto de este descubrimiento ni experimenta tampoco indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. En cambio, el proletariado trata de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista. ¿La multiplicidad del amor en sí misma estará acaso en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario: esta multiplicidad del sentimiento de amor en las relaciones entre los sexos facilita el triunfo del ideal dé amor que se forma y cristaliza ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La humanidad del patriarcado se presentó el amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanos y hermanas, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo anteponía el amor-amistad a todo otro sentimiento. El mundo feudal hacía su ideal de amor al amor “espiritual” del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida con un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, en la colaboración en el trabajo, y por lo tanto, se distingue de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el “amor-camaradería”? ¿Querrá decir todo esto que la ideología severa de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar al delicado Eros alado de un modo despiadado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al “Eros de las alas desplegadas”. Más bien todo lo contrario; es decir, como fuerza social y psíquica, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor.

La hipócrita moral de la cultura burguesa, que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la “pareja unida legalmente”, le arrancaba sin piedad las plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Para la ideología burguesa, fuera del matrimonio no podía existir más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la

atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias robadas (adulterio) o de caricias compradas (prostitución).

Por el contrario, la moral de la clase obrera rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Es completamente igual para el logro de las tareas del proletariado que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor. Esta ideología, por el contrario, empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de emociones y sentimientos que unen a los dos sexos. *Por eso en este sentido tiene la ideología proletaria que perseguir al "Eros sin alas" (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por sí mismo, lo que hace de él un "placer sexual" con un fin en sí mismo, lo que hace de él un "placer fácil", etc.) más implacablemente que lo hacía la moral burguesa*. El "Eros sin alas" se contradice con los intereses de la clase obrera. Este amor supone, en primer lugar, inevitablemente los excesos y el agotamiento físico, lo que contribuye a que disminuya la reserva de energía de la humanidad. En segundo término, el "Eros sin alas" empobrece el alma, porque impide el desenvolvimiento de sensaciones de simpatía y de lazos psíquicos entre los seres humanos. En tercer lugar, tiene por base este amor la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; esto es, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la insensibilidad o fatuidad del hombre; todo lo cual necesariamente ahoga toda posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. Es completamente distinta, en cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el "Eros de alas desplegadas".

Lo mismo que en el "Eros sin alas", es indudable que no se manifiestan sólo en las relaciones con el objeto de amor físico entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser se manifiestan y despiertan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la nueva cultura: delicadeza, sensibilidad y deseo de ser útil a otro. En cambio, la ideología burguesa exige que el hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida; esto es, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Para la ideología proletaria, lo más importante es que estas cualidades se despierten, se eduquen y se desarrollen en todos los hombres, y, por tanto, que no se manifiesten sólo en las relaciones con el objeto amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

No tienen importancia, en realidad, para el proletariado los matices y sentimientos predominantes en el "Eros de alas desplegadas"; se siente indiferente el proletariado ante los tonos delicados del complejo amoroso, ante los colores encendidos de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo que únicamente le interesa es que en todos los sentimientos y manifestaciones de amor existan los elementos psíquicos que desarrollen el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para substituir al "exclusivo" y "absorbente" amor conyugal de la moral burguesa está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletariado en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que lucha para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. No obstante, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el "Eros de alas desplegadas" revestirá un aspecto diferente por completo del que tiene actualmente, se presentará en una forma totalmente distinta, adquirirá un aspecto completamente

desconocido hasta ahora por los hombres. Entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido los "lazos de simpatía", "la capacidad para amar" será mucho mayor y se convertirá en "animador" el amor-camaradería, papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al egoísmo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfará sobre el individualismo que se bastaba a sí mismo. Desaparecerá el "frío de la soledad moral", de la que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos psíquicos y sentimentales. Se modificarán los sentimientos de los hombres en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. La desigualdad entre los sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro.

Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana en esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las relaciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la más creadora fantasía puede imaginárselo. Lo únicamente indiscutible es que *cuanto más unida esté la humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, más unida íntimamente estará en todos los aspectos de la vida, de las relaciones mutuas o de la creación. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra*. El amor peca siempre, en nuestros tiempos, por un exceso de absorción de todos los sentimientos, de todos los pensamientos entre dos "corazones que se aman", y que, por lo mismo, aíslan y separan a la pareja amante del resto de la colectividad. Este aislamiento moral, este apartamiento de la "pareja amorosa" no sólo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en que estén íntimamente unidos los intereses, las aspiraciones y las tareas de todos los miembros de la colectividad. En ese mundo nuevo la forma normal, reconocida y deseable de las relaciones entre los sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural "sin perversiones ni excesos" de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el "Eros transfigurado".

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización proletaria y la civilización burguesa. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso en el frente ideológico, el proletario está muy interesado en lograr por todos los medios a su alcance la más rápida acumulación posible de "sensaciones o sentimientos de simpatía". En este período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Es necesario, para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1° Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la sumisión servil de la individualidad de la mujer al amor).

2° Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.)

3° Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

Pero, aunque la ideología de la clase obrera proclame los derechos del "Eros de alas desplegadas" (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por muchos que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, tienen que ser mucho más fuertes, más orgánicos y numerosos los lazos que los unan a la colectividad. "Todo para el hombre amado", proclama la moral burguesa. "Todo para la colectividad", determina la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: concedido, como afirmas, que las relaciones de amor basadas en el espíritu de fraternidad se conviertan en el ideal de la clase obrera. Mas, ¿no pesará demasiado este ideal, esta "medida moral" del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del "suspicaz-Eros"? Hemos liberado al amor de las cadenas de la moral burguesa; pero, ¿no le crearemos tal vez otras?

Mi joven camarada, tienes razón. Al rechazar la "moral" burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, la ideología proletaria se forja inevitablemente su propia moral de clase, sus nuevas y reglamentadoras normas de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por lo tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento de amor. Es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del delicado Eros, si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que, en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la humanidad hará que le crezcan otras de una belleza, brillo y fuerza desconocidos hasta ahora. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases culturales y económicas de la sociedad.

Si conseguimos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el absorbente y exigente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de "unirse para siempre al ser amado"; si logramos que desaparezca la fatalidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su "yo", no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros preciosos elementos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

No es, pues, la tarea de la ideología proletaria separar al "Eros alado" de sus relaciones sociales. Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas; en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos basado en la más poderosa fuerza psíquica nueva: la solidaridad fraternal.

Joven camarada, espero que ahora verás claramente que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es síntoma de "decadencia" en modo alguno. Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, tanto en la ideología del proletariado como en la vida diaria de la juventud trabajadora.

III El amor-camaradería

La nueva sociedad comunista está edificada sobre un principio de camaradería y solidaridad. Pero ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses; la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principios de solidaridad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, "la capacidad de potencial de amor", es decir, la capacidad para sensaciones de simpatía.

Si faltan estas sensaciones, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas "sensaciones de simpatía", delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en un sentido puramente sexual, sino con un amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por lo tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la virtud moral del "amor entre esposos"; ser "un padre de familia" era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

Por su parte, el proletariado debe considerar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, tanto en el amplio sentido de la palabra como en lo referente a las relaciones entre los sexos, que puede y debe jugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál, pues, será el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Hemos visto ya, mi joven camarada, cómo cada época de la historia posee su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un determinado contenido. Cada grado de civilización trae a la humanidad sensaciones intelectuales y morales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales ha ido acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sentimiento se reforzaban mientras otros disminuían o desaparecían totalmente.

El amor, en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana, evolucionaba desde ser un simple instinto biológico (el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores, divididos en dos sexos) y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas hasta convertirse en un sentimiento muy complicado.

De ser un fenómeno biológico pasó el amor a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción, que en los primeros grados del desenvolvimiento de la humanidad determinó las relaciones entre los sexos, tomó bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales dos sentidos diametralmente opuestos: de un lado, bajo la presión de relaciones económicas y sociales monstruosas, sobre todo bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción de dos seres de sexo distinto basada en el instinto de reproducción) degeneró y se convirtió en malsana lujuria. El acto

sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr "mayor voluptuosidad", en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos aguijonazos de la carne. Buscaba el hombre a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre "buscaba" a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres estragados por los excesos sexuales recurren a toda clase de aberraciones.

Es ésta una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana que hace que se aleje de su fuente primitiva.

La atracción física entre los sexos se complica, por otro lado, en el transcurso de los siglos de vida social de la humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de diversos matices y sentimientos. El amor es un estado psicológico muy complejo, en su forma actual, que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto biológico de reproducción, y que en muchos casos llega a contradecirse con él. Es el amor un conglomerado de sentimientos diversos: ternura espiritual, pasión, inclinación, lástima, costumbres, etc. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el "Eros sin alas" (atracción física entre los sexos) y el "Eros de alas desplegadas" (atracción psíquica).

El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el *sentido de amor*. Pero aún el problema se complica mucho más. Surge con gran frecuencia una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la "causa amada" (no el amor sentido simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o elegida del corazón, amor por la mujer, el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor-pasión. En un caso el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro, tiene por base "la armonía del cuerpo".

Se ha revestido el amor de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual han hecho los siglos de evolución cultural que se eduquen y desarrollen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor.

La multiplicidad del sentimiento de amor, bajo el yugo de la ideología y costumbre capitalista, crea una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX los psicólogos y escritores empezaron a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los representantes reflexivos de la cultura burguesa empezaron a sentir desconcierto e inquietud ante aquel "enigma" del "amor por dos y hasta por tres seres". H. A. Herzen, nuestro gran pensador y publicista del pasado siglo, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada *¿De quién es la culpa?* También Chernichevski intentó encontrar la solución a este problema en la novela social *¿Qué hacer?* El desdoblamiento del sentimiento de amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hansen, Ibsen, Bernsen y Heiderstam.

También se han ocupado de este tema los literatos franceses del pasado siglo. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlinck, que no puede encontrarse más alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la

solución a este problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y George Sand, este último uno de los pioneros más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver este problema complicado en la práctica, este "enigma del amor". Herzen, el autor del libro antes citado, lo mismo que otros pensadores, poetas y hombres de estado, se han dado cuenta a la luz de su propia experiencia del terrible problema. Pero bajo el peso del "enigma de la dualidad de sentimientos de amor" también se doblegan los hombres que no son "grandes" en modo alguno, pero que en vano buscan la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento burgués. La solución del problema está en manos del proletariado precisamente. Pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la humanidad trabajadora la solución de este problema.

Alejandra Kollontai [autobiografía para Enciclopedia Granat]

(1924-1925)[275]

Nací en 1872 y crecí en el seno de una familia de la nobleza terrateniente. Mi padre, general ruso, era de origen ucraniano. En cuanto a mi madre, finlandesa, era de origen campesino. Pasé mi infancia y mi juventud en Petrogrado y en Finlandia. Primogénita de la familia e hija única de mi padre (era el segundo matrimonio de mi madre), fui objeto de cuidados muy cariñosos por parte de mi numerosísima familia, que conservaba las costumbres patriarcales. No fui al instituto porque se temía tuviese malas compañías. Aprobé el bachillerato a los 16 años y seguí cursos particulares y conferencias sobre historia, literatura, etc. Mis padres me prohibieron también asistir a los cursos Bestúzhev. Trabajé mucho, particularmente bajo la dirección del célebre historiador de la literatura Víctor Petróvich Ostrogorsky. Éste consideró que yo tenía dotes literarias y me impulsó hacia el periodismo. Me casé muy joven, en parte por espíritu de rebeldía contra mis padres. Pero al cabo de tres años me separé de mi marido, el ingeniero Kolontái, llevándome a mi pequeño hijito (mi apellido de soltera es Domontóvich).

En ese momento mis ideas políticas comenzaron a precisarse. Trabajé en las sociedades de difusión de la cultura, ya que servían a mediados de la década del 90 como fachada a una serie de empresas clandestinas. Así por medio del famoso "museo ambulante de ayuda escolar de material didáctico" habíamos establecido vínculos con los detenidos en la fortaleza de Schlüsselburg. Gracias a nuestra actividad en las sociedades de instrucción y a las lecciones que dábamos a los obreros, pudimos tener con ellos un contacto muy activo. Organizamos veladas de beneficencia para recoger dinero destinado a la Cruz Roja política. El año 1896 fue decisivo en mi vida. Pasé la primavera de ese año en Narva, en la famosa fábrica de Kremgólskaya. El cuadro de servidumbre de doce mil tejedores me impresionó profundamente. En ese momento no era aún marxista y me inclinaba más bien hacia el populismo y el terrorismo.

Tras mi visita a Narva, me puse a estudiar marxismo y economía. En ese momento aparecieron, una tras otra, las dos primeras revistas marxistas legales: *Nachalo* y *Nóvoe slovo*. Su lectura me abrió considerablemente los ojos. Acababa de encontrar la vía que había empezado a buscar con particular perseverancia desde mi visita a Narva. La famosa huelga de los obreros textiles de Petrogrado en 1896, en la que tomaron parte treinta y seis mil obreros, hombres y mujeres, contribuyó del mismo modo al esclarecimiento de mis ideas políticas. Con Elena D. Stássova y un gran número de camaradas que trabajaban todavía al margen del partido, organizamos colectas de ayuda a los huelguistas.

Este ejemplo espectacular del crecimiento de la conciencia del proletariado, esclavizado y desprovisto de derechos, me incitó entonces de manera decisiva a pasar al campo marxista. Sin embargo, no trabajé todavía como publicista marxista y no tomé parte activa alguna en el movimiento. Me consideraba aún muy poco preparada. En 1898, escribí mi primer estudio sobre la psicología de la educación: "Bases de la educación

[275] *Alejandra Kollontai [autobiografía para Enciclopedia Granat]*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Serie de artículos autobiográficos escritos por los bolcheviques para la *Enciclopedia Granat* en 1924-25.

según Dobro- liúbov”. Apareció en septiembre de 1898 en la revista *Obrazovanie*, que tenía aún carácter pedagógico antes de transformarse, a continuación, en Uno de los órganos legales más persistentes del pensamiento marxista. Su redactor jefe era A. Y. Ostrogorsky. El 13 de agosto de ese mismo año partí para el extranjero a estudiar ciencias económicas y sociales.

En Zúrich, ingresé en la universidad, siguiendo los cursos del profesor Herkner, cuya segunda edición de su libro sobre la cuestión obrera me había interesado. Fue algo característico que cuanto más avanzaba en el estudio a fondo de las leyes económicas, más me convertía en marxista “ortodoxa”, mientras que mi profesor y director de estudios se volvía, cada vez más, hombre de derechas y se alejaba de la teoría de Marx, terminando, en la quinta edición de su libro, por ser un verdadero renegado. Fue aquel un curioso periodo, cuando apareció abiertamente en el partido alemán, por la ligereza de Bernstein, una abierta tendencia a la conciliación práctica, al oportunismo, al “revisionismo”; es decir, a la revisión de la teoría de Marx. Mi venerable profesor cantaba alabanzas a Bernstein. Pero yo seguía resueltamente a la izquierda. Me entusiasmé con Kautsky, devorando la revista *Neue Zeit,* editada por él, y los artículos de Rosa Luxemburgo. Me interesó particularmente el librito de ésta, *Reforma o revolución,* donde refutaba la teoría integracionista de Bernstein.

Por consejo de mi profesor, y provista de sus recomendaciones, partí en 1899 para Inglaterra a estudiar el movimiento obrero, que por su sensatez me convencería de que la verdad estaba del lado de los oportunistas y no de los “izquierdistas”.

Tenía recomendaciones hasta para Sydney y Beatrice Webb, pero en las primeras conversaciones comprendí que hablábamos lenguas diferentes y, prescindiendo de su dirección, empecé a familiarizarme con el movimiento obrero inglés. Sin embargo, este encuentro me persuadió en el sentido contrario, mostrándome toda la violencia de las contradicciones sociales existentes en Inglaterra y la impotencia de los reformistas para corregirlas con la táctica de las *trade-unions* o gracias a los célebres *settlements*, (células sociales en los barrios obreros) del género de “Toynbee-Hall”, “palacio del pueblo”, cooperativas, clubs, etc.

Dejé Inglaterra más persuadida aún de la justeza de la concepción de las gentes de izquierda, de los marxistas ortodoxos, y ya no regresé a Zúrich, sino a Rusia.

Había entrado en contacto con los militantes de las organizaciones obreras clandestinas y anhelaba dedicarme lo más pronto posible con todas mis fuerzas a la verdadera acción, a la lucha. Cuando había dejado Rusia en 1898, toda el ala de vanguardia de la intelligentsia, los estudiantes, tendía hacia el marxismo. Los ídolos eran, además de Beltov, Struve y Tugán-Baranovsky. Populistas y marxistas se entregaban a una lucha feroz. Las fuerzas jóvenes, Ilín (Lenin), Máslov, Bogdánov, etc., elaboraban en la clandestinidad los fundamentos teóricos de la táctica revolucionaria del partido socialdemócrata. Había llegado con una inmensa esperanza de encontrarme entre compañeros de ideas políticas, pero, en el otoño de 1899, Rusia no era ya la que había sido. Se había producido un cambio; la luna de miel de la unión del marxismo legal y del marxismo clandestino había llegado a su término.

El marxismo legal pasó abiertamente del lado de la defensa del gran capital industrial. El ala izquierda entró en la clandestinidad, defendiendo más resueltamente aún la táctica revolucionaria del proletariado. Los estudiantes y la *intelligentsia* se apasionaban con tanta fuerza por el revisionismo de Bernstein como por Marx. Nietzsche y su “aristocracia del espíritu” se pusieron de moda.

Recuerdo, como si fuera ayer, una velada que se organizó en el apartamiento del padre de E. D. Stássova, en la calle Furstádskaya, a beneficio de la Cruz Roja política. Struve dio una conferencia sobre Bernstein. El público era escogido, se encontraban allí

muchos militantes clandestinos y sin embargo el discurso fue acogido con simpatía y aprobación. Sólo Avílov se alzó en contra de Struve. Pedí la palabra. Se me concedió con reticencia, como a un rostro poco conocido. Mi defensa demasiado apasionada de los "ortodoxos" (izquierda) fue en general desaprobada y acogida con un indignado alzamiento de hombros. Uno opinó que era de una impertinencia sin precedentes pedir la palabra contra autoridades tan reconocidas como las de Struve y Tugan; otro, que un ataque semejante hacía el juego a la "reacción"; un tercero, que ya habíamos superado el estadio de las "frases" y que debíamos ser políticos realistas.

En esta época escribí artículos contra Bernstein, sobre el papel de la lucha de clases, en defensa de los "ortodoxos", en la revista *Naúchnoe obozrenie*, pero la censura, considerándolos impublicables los cruzó de rojo y azul.

Entonces decidí consagrarme al trabajo científico en el dominio de la economía. Había conservado vínculos verdaderos con Finlandia. En ese intervalo de tiempo, el pueblo finlandés tuvo que sufrir un periodo de violencia y de opresión por parte de la aristocracia rusa. La base de la autonomía de este pequeño pueblo se tambaleaba y la constitución y las leyes del país eran pisoteadas. Se entabló la lucha entre el pueblo finlandés y la autocracia rusa. Yo estaba de todo corazón del lado de Finlandia y no sólo por simpatía intelectual: encontré en ella la fuerza creciente del proletariado industrial, fuerza de la cual pocas personas tenían conciencia. Observando los signos acentuados de los antagonismos de clase y la formación de una nueva Finlandia obrera, que servía de contrapeso a los partidos nacionalistas burgueses (sueco, finés, pequeñofinés) entré en contacto estrecho con los camaradas finlandeses y les ayudé a organizar el primer fondo de huelga. Mis artículos sobre Finlandia aparecieron en 1900, en la revista económica alemana *Soziale Praxis*, en *Noúchnoe obozrenie* y en *Obrazovanie*. Un artículo de estadísticas concretas se publicó en la revista *Rúskoe bogatstvo*. Al mismo tiempo, entre 1900 y 1903, reuní los materiales para una obra importante económico-estadística sobre Finlandia, que apareció bajo el título, inocente para la censura, de *Vida de los obreros finlandeses.* Esos años, evidentemente, no los consagré sólo a trabajos literarios y científicos. Tuve ocasión de participar en actividades clandestinas, pero sobre todo al margen del partido: dirigí círculos en el barrio de Névskaya Zastava, redacté llamamientos, guardé y distribuí publicaciones ilegales, etc.

En 1901 partí para el extranjero. Me relacioné personalmente con Kautsky, Rosa Luxemburg y Lafargue en París y con Plejánov en Ginebra. En *Zariá* apareció uno de mis artículos sobre Finlandia, sin firma, y, en la revista *Neue Zeit* de Kautsky, un artículo con el seudónimo de *Héléne Maline*. Desde entonces permanecí en contacto constante con mis camaradas del extranjero. A comienzos de 1903, apareció mi libro *Vida de los obreros finlandeses*, encuesta económica sobre la situación de los trabajadores y el desarrollo de la economía en Finlandia. Redactado con espíritu marxista, los militantes clandestinos le otorgaron buena acogida, pero numerosos marxistas legales manifestaron su desaprobación.

En 1903 tomé por primera vez la palabra en una reunión pública organizada por los estudiantes de Santa Tatiana, para oponer el concepto del mundo idealista al concepto del mundo socialista. El verano de 1903 partí de nuevo para el extranjero. Era aquella la época de las rebeliones campesinas en Rusia. Los obreros del sur se sublevaron; los ánimos se desataban. Dos fuerzas antagónicas se enfrentaban cada vez más ferozmente; la Rusia clandestina, que marchaba hacia la revolución, y la autocracia obstinadamente aferrada al poder. El grupo Osvobozhdenie, con Struve a la cabeza, ocupaba una situación intermedia. Muchos de mis amigos íntimos se sumaron a los miembros de este grupo, viendo en él la "fuerza real" y considerando el socialismo puro como una utopía en la Rusia de entonces. Hube de separarme con rudeza de mis recientes compañeros de armas

y de mis amigos políticos. En la emigración socialista proseguían entonces las discusiones, no entre populistas y marxistas, como en los años precedentes, sino entre mencheviques y bolcheviques. Tenía amigos en los dos campos. Me sentía más próxima a los bolcheviques, admirando su intransigencia y su espíritu revolucionario, pero el prestigio de la personalidad de Plejánov me impedía condenar a los mencheviques.

A mi regreso del extranjero, en 1903, no me sumé a ninguno de estos grupos del partido, pero ofrecí a las dos fracciones la posibilidad de utilizarme como agitadora, redactora de proclamas y en otras tareas corrientes. El "domingo sangriento" de 1905 me sorprendió en la calle. Me dirigí con los manifestantes hacia el Palacio de Invierno y la visión de la matanza cruel de los obreros desarmados se grabó para siempre en mi memoria: aquel día de enero extraordinariamente soleado, los rostros confiados en espera, la señal fatídica de las tropas desplegadas en torno del palacio... los mares de sangre sobre el blancor de la nieve, los látigos de cuero, los gritos, los gendarmes, los muertos, los heridos... los niños muertos en las descargas. El comité del partido desconfiaba de esta manifestación del 9 de enero. Gran número de camaradas, en las reuniones obreras convocadas a este efecto, trataron de disuadir a los obreros de participar en esta manifestación, que a ellos sólo les parecía una provocación y una trampa. En cuanto a mí, opinaba que se debía ir. Esa manifestación demostraba la determinación de la clase obrera, se revelaba como una escuela de actividad revolucionaria. Estaba entonces apasionada por las decisiones del congreso de Ámsterdam sobre las "acciones de masas".

Tras las jornadas de enero, la actividad clandestina se reanudó con más energía y más fuerza. Los bolcheviques de Petrogrado comenzaron a editar su periódico clandestino (del cual no recuerdo el nombre). Colaboré en él, no sólo como periodista, sino también como encargada de los problemas técnicos de la edición. Entre los manifiestos que redacté entonces, aquel donde me pronunciaba por una Asamblea Constituyente y en contra de la "Zemskii Sobor" obtuvo un éxito particular.

Habiendo conservado durante todos estos años un contacto estrecho con Finlandia, contribuí activamente a la unidad de acción de los dos partidos de la socialdemocracia rusa y finlandesa dirigidos contra el zarismo.

Fui una de las primeras socialistas rusas que sentó las bases de una organización de mujeres obreras, organizando mítines con este propósito especialmente, etc. A partir de 1906 defendí la idea de que las organizaciones de las obreras no debían ser autónomas, sino que era precisa la existencia en el partido de un buró especial o una comisión para la defensa y representación de sus intereses.

Trabajé con los bolcheviques hasta 1906. Me separé cuando surgió la cuestión de la participación de los obreros en la primera Duma del Estado y la cuestión del papel de los sindicatos.

Desde 1906 hasta 1915, formé parte de la fracción menchevique y, desde esta última fecha, soy miembro del partido comunista bolchevique. En 1908 hui de Rusia, pues estaba acusada en dos procesos: uno por la organización de los obreros textiles, el otro por el llamamiento a la insurrección que hice en el folleto Finlandia y el socialismo. Viví en la emigración política desde fines de 1908 hasta 1917, es decir, hasta la primera república burguesa. En el extranjero me adherí inmediatamente al partido alemán, luego al belga, etc. Milité como "agitador", escritora y propagandista, en Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Bélgica, Italia, Dinamarca, Noruega y los Estados Unidos (1915-16).

Fui detenida en Alemania durante la guerra, expulsada a Suecia y detenida de nuevo por realizar propaganda antimilitarista. Pese a esto, milité sistemáticamente durante los años de la guerra por la unidad de Zimmerwald en contra de la Segunda Internacional y por el internacionalismo; en los Estados Unidos, por invitación del grupo

alemán del Partido Socialista Norteamericano, en Noruega y en Suecia, sin dejar de servir clandestinamente a Rusia.

De regreso a ésta en 1917, fui la primera mujer elegida para el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y después miembro del Comité Ejecutivo Panruso. Antes de la revolución bolchevique, fui detenida con otros líderes bolcheviques por el gobierno de Kerensky. Se me puso en libertad, poco antes de la revolución bolchevique de octubre, a petición del Soviet de Petrogrado.

En el momento de la revolución bolchevique era miembro del CC del partido bolchevique y fui partidaria de la toma del poder por los obreros y campesinos. Se me nombró comisario del pueblo para la asistencia pública en el primer gabinete del gobierno bolchevique revolucionario.

Desde mi regreso a Rusia, me ocupé de la organización de los obreros. A partir de 1920 fui responsable del sector femenino del partido para la organización de las obreras. Como comisario del pueblo para la seguridad social, promulgué decretos para la protección y la seguridad de la maternidad y de la infancia.

Fui representante comercial plenipotenciaria de la URSS desde mayo de 1923 en Noruega, luego agregada al cuerpo diplomático en calidad de encargada de negocios, en mayo de 1924; por último, ministro plenipotenciario y enviada extraordinaria de la URSS a Noruega, en agosto de 1924.

He aquí la lista de mis obras más importantes sobre teoría socialista y economía: *La situación de la clase obrera en Finlandia* (1903); *La lucha de clases* (1906); *Primer almanaque obrero* (1906); *Base social de la cuestión femenina* (1908); *Finlandia y el socialismo* (1907); *Sociedad y maternidad* (600 pág.); *¿Quiénes necesitan de la guerra?* (tirada por millones de ejemplares); *La clase obrera y la nueva moral*, a más de numerosísimos artículos, relatos sobre los problemas sexuales y literatura de propaganda contra la guerra y por la liberación de las trabajadoras.

***

Especialista en sexualidad y emancipación de la mujer, la Kolontái ha dejado su nombre en la historia como inspiradora, con Schliápnikov, Kis- selev y Medvédev de la Oposición Obrera (1919 a 1922).

Su autobiografía de Granat no hace la menor alusión a esto. Por otra parte, esa autobiografía es sin duda una de las más desenvueltas y más reveladoras de la época en que fue escrita; una larga prehistoria y luego algunas líneas discretas a partir de 1917.

Después de haber sido uno de los dirigentes del bloque de agosto contra Lenin, en 1912, desde 1915 (fecha en que se unió a los bolcheviques) hasta 1917 se convirtió en uno de los raros fieles a Lenin, con quien entonces mantuvo correspondencia. De regreso a Petersburgo, en vísperas de la revolución, se opuso a la línea de apoyo crítico al gobierno provisional, adoptada por la mayoría. Y cuando el 4 de abril pronunció Lenin su discurso histórico ante la conferencia bolchevique asombrada, sólo Kolontái tomó la palabra para apoyarlo. Entonces circuló por Petrogrado una chastushka que decía:

“Lo que Lenin grita
la Kolontái lo imita”

El VI Congreso la eligió para el comité central en su ausencia, ya que entonces estaba en las prisiones de Kerensky. Su prestigio era entonces tan grande que el 5 de octubre de 1917 el comité central la eligió para la comisión encargada de poner al día el programa del partido, que Lenin consideraba anticuado. Figuró a la cabeza de la lista (en el tercer puesto) de los candidatos bolcheviques para la Asamblea Constituyente.

Jacques Sadoul, que la conoció entonces, la encontró muy bella y muy elocuente; la egeria bolchevique del amor libre.

Impulsada por el sentimiento, más que por el análisis, se unió a los "comunistas de izquierda", durante los debates sobre la paz de Brest-Litovsk, y declaró en el VII Congreso: "Si nuestra República Soviética ha de perecer, otros llevarán más adelante la bandera." Este romanticismo exacerbado le costó el puesto en el comité central, que ya no volvió a recobrar. ,

Conservó sin embargo cierto prestigio y,' cuando se unió a la Oposición Obrera en 1920, aportó a ese grupo de sindicalistas izquierdistas el peso de su nombre y un cierto talento de escritora. Redactó un opúsculo titulado La Oposición Obrera, a primeros de 1921, que no tuvo sino una difusión muy limitada. Allí definía los problemas que suscitaron el nacimiento de la Oposición Obrera: "El punto cardinal de la controversia entre los dirigentes del partido y esta oposición es el siguiente: ¿a quién confiará el partido la edificación de la economía comunista? ¿al Consejo Superior de Economía Nacional, con todos sus departamentos burocráticos, o a los sindicatos industriales?", y en un análisis general de los peligros de degeneración que acechan al partido, afirma crudamente: "Para desterrar la burocracia que se alberga en las instituciones soviéticas, hay que empezar por desterrar la burocracia en el propio partido." Bujarin descubrió entonces en ella rastros de "bestialidad católica, repugnante por su sentimentalismo".

Formó parte de los "22" protestatarios de la Oposición Obrera ante la Internacional, y el comité central trató de su separación en el XI Congreso de marzo de 1922. Stalin probó con ella un "truco" que repitió con frecuencia: para desligarla de la oposición, con la cual rompió efectivamente, la envió como diplomática al extranjero. Desde entonces hizo carrera en la diplomacia: de 1923 a 1925, dirigió la legación soviética en Noruega; de 1925 a 1927, en México; de 1927 a 1930 en Noruega otra vez y de 1930 a 1945 en Suecia. En 1927 escribió una novela titulada Un gran amor, donde algunos han querido ver una trama novelesca sobre las relaciones que unirían a Lenin con Inessa Armand y un arma en la lucha entablada por Stalin para hacer capitular a Krúpskaya, ligada a la oposición. En 1930 adoptó públicamente posición a favor de Stalin. En 1935 fue ella quien comunicó al gobierno sueco, dispuesto a conceder a Trotsky el visado, un ultimátum de Stalin.

En 1945 se retiró, y murió tranquila el 9 de marzo de 1952 en Moscú. Fue el único dirigente de una oposición a quien Stalin no hizo dar muerte. (j. j. Marie.)

Autobiografía de una mujer emancipada. Valor y finalidad de mi vida

(1926)[276]

Valor y finalidad de mi vida

No puede haber nada más difícil que escribir una autobiografía. ¿Qué aspectos es preciso destacar? ¿Cuáles poseen interés general? Sobre todo, es recomendable escribir sinceramente y no fingir ninguna modestia convencional. Cuando una ha sido invitada a relatar hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad, tal medida sólo puede significar que ya se ha realizado algo positivo en la vida, *una labor que ha sido reconocida por los hombres*.[277] Es, pues, lícito olvidar que se está hablando de una misma y tratar de tomar distancia frente al propio Yo, a fin de informar del modo más objetivo posible, sobre el propio proceso evolutivo y los logros alcanzados. Tal es la tarea que ahora intento llevar a cabo. Que lo logre o no, es otra cuestión. De todos modos, debo confesar que, en cierto sentido, esta autobiografía representa un problema para mí y que, echando una mirada retrospectiva y escudriñando el futuro con cierta curiosidad, habré de representarme a mí misma los virajes más importantes de mi vida y de mi obra. *Tal vez logre así poner de relieve todo aquello que, en primer término, tenga importancia para la lucha de liberación de la mujer y otros problemas sociales de interés general*.[278]

Ya desde mi primera juventud era consciente de que bajo ningún aspecto podía organizar mi vida según el modelo estereotipado y que, a fin de poder determinar la verdadera orientación de mi vida, tenía que elevarme por sobre mí misma. *Era asimismo consciente*[279] de que obrando de esta manera ayudaría a mis compañeras a organizar su vida no de acuerdo a las tradiciones preestablecidas, sino según su propio y libre criterio electivo. Sólo en la medida, claro está, en que lo permitan las circunstancias sociales y económicas. Aún creía que habría de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, *como ciudadana*[280] como pensadora, como luchadora. Subconscientemente, este motivo constituía la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres y aspirar *a un objetivo universal humano*[281] *(hace ya casi treinta años que me cuento en el número de los comunistas)*,[282] construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y *las*

---

[276] *Autobiografía de una mujer emancipada. Valor y finalidad de mi vida*, Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria.

[277] Corrección de la autora: "realizado algo que ha sido reconocido por la sociedad".

[278] Corrección de la autora: "poner de relieve aquello que tiene una importancia para la solución de los problemas sociales de nuestro tiempo, que comprende también el gran problema de la completa emancipación de la mujer."

[279] Corrección de la autora: "yo presentía".

[280] Corrección de la autora: "como trabajador productivo".

[281] Corrección de la autora: "que luchaban para la consecución de nuestras ideas sociales".

[282] Corrección de la autora: "Socialistas-ahora comunistas".

leyes innatas de mi naturaleza:[283] tales son los postulados que han condicionado mi ideario. Y lo he logrado: he organizado mi vida íntima de acuerdo con mis propios principios, sin disimular ya más *mis vivencias amorosas como lo hace el hombre*[284]. Pero, sobre todo, no he dejado nunca que mis sentimientos, alegrías o penas amorosas, ocupen el primer puesto en mi vida, pues en el plano principal se hallaban siempre el trabajo, la actividad y la lucha. *Logré convertirme en miembro de un Gabinete gubernamental, del primer Gabinete bolchevique en los años 1917/18, y soy la primera mujer que fue nombrada embajadora, desempeñó ese cargo durante tres años y se retiró del mismo por voluntad propia.*[285] *Bien puede servir esto como prueba de que la mujer es perfectamente capaz de elevarse por sobre las ataduras convencionales de la época. La Guerra Mundial, el espíritu agitado y revolucionario que actualmente domina el mundo a todos los niveles, han contribuido en gran medida a despojar de su posición privilegiada a la moral ambigua, doble moral, malsana y sobrecargada. Ya estamos acostumbrados a no plantearles demasiadas exigencias, en el campo de la vida conyugal, por ejemplo, a las actrices y mujeres que ejercen profesiones liberales. Pero la diplomacia constituye una casta que, más que todas las otras, conserva sus antiguos usos, costumbres, tradiciones y, sobre todo, su estricto ceremonial. El que una mujer, una mujer "libre" e independiente fuera admitida entre sus miembros sin ninguna oposición, demuestra que ha llegado el tiempo en el que todos los seres humanos son uniformemente aquilatados según su capacidad de trabajo y su dignidad universal humana. Cuando fui nombrada embajadora rusa en Oslo, me di cuenta de que no sólo había conseguido una victoria para mi sino para las mujeres en general, y una victoria sobre su peor enemigo, es decir la moral convencional y las concepciones conservadoras del matrimonio. Cuando en ocasiones me decían que era algo realmente extraordinario el que una mujer hubiera sido llamada a ocupar un puesto de tanta responsabilidad, pensaba yo siempre que,*[286] *en última instancia, la victoria principal para la liberación de la mujer no radica en este hecho específico sino que posee una importancia totalmente distinta el que una mujer romo yo, que ha saldado cuentas con la moral ambigua y no lo disimuló nunca, hubiera sido introducida en los círculos de una casta que, aún hoy, postula con especial énfasis la tradición y la moral hipócrita y falsa. Así pues, el ejemplo de mi vida puede servir para expulsar también el viejo fantasma de la doble moral de la vida de las otras mujeres, y es éste un punto importante de mi propio ser, que posee cierto valor de orden socio-fisiológico y colabora en algo a la lucha de liberación de las mujeres trabajadoras*.[287] Pero, a fin de evitar cualquier malentendido, debo decir aquí que aún estoy lejos de aquel

---

[283] Tachado por la autora.

[284] Corrección de la autora: "Cuando el amor llegaba, no tenía inconveniente en mantener relaciones con los hombres."

[285] Corrección de la autora: "Como se ha demostrado después, mi vida privada, que no organicé según el modelo tradicional, no representó para mi ninguna traba, pues siempre se trataba de aprovechar mis fuerzas para la creación de un nuevo Estado (la República Soviética) y de trabajar, primero, romo miembro del primer Gabinete Soviético, y después como representante diplomática."

[286] Corrección de la autora: "en silencio".

[287] Observación de la autora para el pasaje, que fue completamente suprimido; la nueva explicación en lugar de lo suprimido es:

"Pues no es el hecho de ser mujeres lo que nos otorga un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil para la sociedad, el valor de la personalidad como ser humano, como trabajador productivo, como ciudadano, pensador o luchador. Inconscientemente el motivo que constituyó la fuerza directora de toda mi vida y mi trabajo fue seguir mí camino, trabajar, organizar, luchar codo a codo con los hombres para la realización de nuestras ideas sociales (yo soy comunista desde hace casi 30 años) y además organizar mi vida personal, como mujer, según mi propia voluntad. Pero, sobre todo, jamás permití que mis sentimientos, amor o dolor, ocuparan el primer puesto en mi vida, pues, ante todo, contaban la organización, el trabajo y la lucha."

tipo de mujer totalmente nueva, que asume sus experiencias femeninas de manera relativamente ligera y, casi diríamos, dichosamente superficial, cuyos sentimientos y energía anímica es tan dirigidos a todas las otras cosas de la vida, y no sólo a las sensaciones de tipo amoroso-sentimental. Todavía pertenezco a la generación de mujeres que crecieron en el viraje crítico de la historia. El amor, con sus muchas desilusiones, con sus tragedias y eternas exigencias de dicha completa, aún desempeñó un papel muy importante en mi existencia. ¡Un papel muy, muy grande! Pues por él se consumieron, sin resultados y, en último término, sin valor alguno, mucho tiempo y energía preciosos. Nosotras, las mujeres de la generación pasada, aún no sabíamos ser libres. Era un derroche, realmente increíble, de nuestra energía espiritual y un menosprecio de nuestra fuerza de trabajo, que se diluía en vivencias sentimentales improductivas. Sin duda es verdad que nosotras, tanto yo como muchas otras camaradas activas, luchadoras y trabajadoras, supimos no concebir el amor como el objetivo principal de nuestras vidas y asignar al trabajo un puesto central en ellas. Sin embargo, ¡cuánto más hubiéramos podido hacer y alcanzar si toda nuestra energía no se hubiese dispersado en la eterna lucha con el propio Yo y con los sentimientos frente a otra persona! En realidad, se trataba de una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor. Nosotras, la generación antigua, aún no comprendíamos cómo hacen la mayoría de los hombres (y es algo que también aprenden hoy las mujeres jóvenes) para adaptar armoniosamente el trabajo y el deseo amoroso *de modo que el trabajo siga siendo el objetivo principal de la existencia*[288]. Nuestro error consistía en que siempre creíamos haber hallado al único hombre en la persona del que amábamos, aquel con el que creemos poder fundir nuestra propia alma y que está dispuesto a reconocernos plenamente como energía espiritual-corporal. Pero las cosas siempre salían de otra manera, pues el hombre intentaba siempre imponernos su propio Yo y adaptarnos a él enteramente. Y es así como surgió en todas la constante e inevitable insurrección interior; el amor se convirtió en una cadena. Nos sentíamos esclavizadas y tratábamos de aflojar los lazos del amor. Y tras la lucha, eternamente repetida, con el hombre amado, nos separábamos y corríamos al encuentro de la libertad. Una vez más volvíamos a sentirnos solas, infelices, apartadas, pero libres... libres para et trabajo querido y elegido...

La juventud, la última generación no tendrá ya que emprender, felizmente, nuestra lucha estéril y totalmente innecesaria para la comunidad humana. Sus fuerzas y su energía laboral serán ahorradas con miras a su productividad. De este modo, los impedimentos se convertirán en acicates.

Es indispensable que cuente algo sobre mi propia vida privada. Mi niñez fue, juzgada desde una perspectiva exterior, muy dichosa. Mis padres pertenecían *a la antigua nobleza rusa*.[289] Yo era la única hija del segundo matrimonio de mi madre (mi madre era divorciada y yo nací ya fuera del segundo matrimonio, siendo luego adoptada). La menor, la más mimada y acariciada. Quizá por ello surgió en mí, a una edad muy temprana, un sentimiento de protesta contra todo lo que me rodeaba. Hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimiento ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos. Mas al mismo tiempo quería ser libre, quería desear por mí misma, ir formando yo misma mi pequeña vida. Mis padres eran personas adineradas. En casa no había lujos, pero nunca supe lo que significaba renunciar. Y, sin embargo, veía cómo otros niños tenían que renunciar; a este respecto, los que más pena me daban eran los pequeños campesinos, por entonces mis compañeros de juego (vivíamos casi siempre en el campo,

---

[288] Corrección de la autora: "de modo que el amor ocupe únicamente una posición subordinada".
[289] Corrección de la autora: "a los antiguos latifundistas rusos".

en la finca de mi abuelo, que era finlandés). Yo *criticaba*[290] ya de pequeña la injusticia de los adultos, *pareciéndome* una contradicción *evidente*[291] el que a mí me ofrecieran todo y a los otros niños les fuesen negadas tantas cosas. Mi crítica se fue agudizando con los años, y creció el sentimiento de protesta contra las diversas maneras de vivir que veía en torno mío. Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia. Yo misma nunca fui enviada a la escuela, porque mis padres vivían constantemente preocupados por mi salud y no podían soportar la idea de que, como todos los demás niños, yo pasara algunas horas diarias alejada de casa. Tal vez mi madre sintiera también cierta aversión ante las influencias liberadoras con las que hubiera podido tomar contacto en el colegio. Pues le parecía que mi *capacidad crítica se hallaba ya bastante desarrollada*.[292] Fue así como mi educación transcurrió en la casa paterna bajo la dirección de una profesora inteligente y experimentada, que estaba vinculada a las capas revolucionarias de Rusia. Con ella, la señora María Strachova, tengo una deuda de gratitud inmensa. Apenas cumplí dieciséis años (el año 1888), pasé mi examen de bachillerato[293] y, a partir de entonces, hube de llevar la vida de "una joven dama de sociedad". Si bien mi educación se desarrolló de manera especial y generó en mí más de un defecto (durante años fui tímida y muy torpe en la vida práctica), es preciso decir también que mis padres no fueron en absoluto personas reaccionarias. Por el contrario. Para su época eran incluso progresistas.[294] Pero frente al niño y a la joven conservaban sus rancias tradiciones. Mi primera lucha enconada contra estas tradiciones empezó en el campo del matrimonio. Estaba llamada a ser un "buen partido" y mi madre tenía intenciones de casarme a edad temprana. Mi hermana mayor había contraído matrimonio a los diecinueve años con un encopetado caballero de casi *setenta*[295] años. Yo me rebelé contra esta "*unión por conveniencias*" venal y racional, y sólo quería casarme por amor, movida "*por una gran pasión*". Contra la voluntad de mis padres, muy joven aún, elegí a mi primo, un ingeniero joven y sin medios cuyo apellido, Kollontai, todavía llevo hoy día. Mi apellido de soltera era Domontovitsch. La felicidad de mi matrimonio duró apenas tres años. Tuve un hijo. Pero, aunque yo misma eduqué a mi hijo con gran empeño, la maternidad no fue nunca el punto central de mi existencia. Un hijo no logró hacer indisolubles los lazos de mi matrimonio. Yo seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de "jaula". Mis simpatías, mis intereses se dirigían cada vez más al movimiento obrero revolucionario de Rusia. Leía mucho, estudiaba asiduamente todos los problemas sociales, asistía a conferencias y trabajaba en sociedades semilegales para la enseñanza popular. Eran los años del florecimiento del marxismo en Rusia (1893/96). Lenin no era por entonces más que un principiante en el campo literario y revolucionario. Yuri Plejánov era el espíritu dirigente de la época. La concepción materialista del mundo me resultaba familiar; desde mi primera juventud me sentí atraída por la escuela realista, era una entusiasta seguidora de Darwin y Boelsche. Una visita a la conocida fábrica textil de Krengolm, en la que trabajaban 12.000 obreros y obreras, decidió mi destino. No podía llevar una vida feliz y pacífica si el pueblo obrero era esclavizado en forma tan inhumana. Tenía que ingresar en dicho movimiento. Entonces surgieron diferencias con mi marido, quien interpretó mis inclinaciones como terquedad personal, como algo dirigido contra él. Abandoné a mi esposo e hijo y viajé a Zúrich, a fin de estudiar economía política con el profesor Heinrich

[290] Corrección de la autora: "sentía".
[291] Corrección de la autora: "sufriendo".
[292] Corrección de la autora: "ya era suficientemente rebelde".
[293] Corrección de la autora: "en San Petersburgo".
[294] Corrección de la autora: "liberales".
[295] Corrección de la autora: "sesenta".

Herkner. Así comenzó mi vida consciente para los objetivos revolucionarios del movimiento obrero. Y cuando el año 1899 regresé a San Petersburgo (hoy Leningrado), me afilié al partido socialdemócrata de Rusia, por entonces en la ilegalidad. Trabajé como escritora y propagandista. Una atracción muy especial ejercía sobre mí el destino de Finlandia, cuya independencia y relativa libertad veíanse amenazadas por la política reaccionaria del régimen zarista a fines de los años noventa. Tal vez fueran las impresiones que durante mi niñez recibí en la finca de mi abuelo, las que me atraían de manera tan especial hacia Finlandia. Pasé a tomar parte activa en el movimiento de liberación del país. De este modo, mi primer gran trabajo científico en el área de la economía política fue una amplia investigación sobre la vida y condiciones de trabajo del proletariado finlandés en relación con la industria. Este libro apareció el año 1903 en San Petersburgo. Por la misma época murieron mis padres, mi esposo y yo vivíamos separados hacía tiempo y sólo mi hijo se quedó conmigo. Entonces tuve la posibilidad de consagrarme por entero a mi objetivo: el movimiento revolucionario de Rusia y el movimiento obrero de todo el mundo. Amor, matrimonio, familia: todos eran fenómenos subordinados y pasajeros. Estaban allí, y de hecho se han seguido infiltrando continuamente en mi vida; sin embargo, por grande que fuera el amor por mi esposo, en cuanto transgredía ciertas fronteras vinculadas con el espíritu de sacrificio femenino, el sentimiento de protesta volvía a estallar en mí. Tenía que irme, tenía que romper con el hombre de mi elección, de lo contrario (y era este un sentimiento inconsciente en mí) me hubiera expuesto al peligro de perder mi propio Yo. Asimismo, es preciso decir que ninguno de los hombres que han estado a mi lado ha ejercido una influencia orientadora sobre mis inclinaciones, aspiraciones o concepción del mundo. Por el contrario, generalmente era yo la guía. Y mi concepción de la vida y mi línea política las formé a partir de la vida misma y de un trabajo ininterrumpido con los libros.

El año 1905, fecha en que estalló la llamada primera revolución en Rusia tras el célebre "Domingo sangriento", ya me había hecho un nombre en el campo de la literatura económica y social. Y en aquellos tiempos turbulentos, en los que todas las fuerzas fueron consumidas en aras de la rebelión, se puso de manifiesto que habla alcanzado gran popularidad como oradora. Sin embargo, en esa época tomé *por primera vez conciencia de lo poco que nuestro partido se interesaba por el destino de las mujeres de la clase trabajadora y por la liberación de la mujer. Cierto que ya había en Rusia un movimiento femenino burgués bastante fuerte; pero mi concepción marxista del mundo me indicaba con absoluta claridad que*[296] la liberación de la mujer sólo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto. Así, pues, intervine abiertamente en la lucha entre las defensoras de los derechos de la mujer *rusa*,[297] procurando con todas mis fuerzas que el movimiento obrero adoptara también el problema de la mujer como uno de los objetivos de lucha de su programa. Fue muy difícil ganar a mis *colegas del partido*[298] para esta idea. Me encontré totalmente aislada con mis ideas y pretensiones. No obstante, entre los años 1906 y 1908, logré convencer a un pequeño grupo de camaradas para mis planes. En 1906 escribí en la prensa ilegal un artículo en el que por primera vez planteaba la necesidad de organizar el movimiento obrero en Rusia mediante una labor partidista metódica. En el otoño de 1907 abrimos el primer club de trabajadoras. Muchas de las integrantes de este club, obreras a la sazón muy jóvenes, ocupan hoy puestos de responsabilidad en la nueva Rusia y en el partido

---

[296] Corrección de la autora: "Tomé conciencia de que en Rusia se había hecho muy poco para atraer a la trabajadora a la lucha por la emancipación. Es cierto que ya había en Rusia por este tiempo un movimiento femenino burgués bastante fuerte, pero, como marxista, estaba claro para mí que el movimiento..."
[297] Corrección de la autora: "contra las feministas burguesas".
[298] Corrección de la autora: "camaradas".

comunista ruso (K. Nikolaieva, Marie Burko, etc.). Mi actividad *mancomunada con las trabajadoras*[299] y en especial mis escritos políticos, uno de los cuales era un opúsculo sobre Finlandia y contenía una llamada a levantarse en armas contra la *Duma zarista*[300] suscitaron un proceso contra mi persona que me hubiera significado varios años de prisión. Tuve que desaparecer inmediatamente y nunca más volví a ver mi casa. Mi hijo fue acogido por unos buenos amigos y mis pequeños enseres fueron liquidados. Quedé "al margen de la ley". Fue una época de penosos trabajos y fatigas.

El primer congreso de mujeres de toda Rusia, que había sido convocado por las defensoras burguesas de los derechos femeninos, debía tener lugar en diciembre de 1908. La reacción había cobrado nuevas fuerzas por entonces y el movimiento obrero volvió a ser aplastado, tras la primera victoria, el año 1905. Muchos camaradas del partido fueron encarcelados, otros huyeron al extranjero. Una vez más estalló la lucha candente entre las dos facciones del partido obrero ruso: los bolcheviques y los mencheviques. *En el año 1908 pertenecía yo a los mencheviques, porque la postura de los bolcheviques frente a la Duma, un seudoparlamento convocado por el zar para calmar los espíritus insurrectos de la época, me obligaba a ello. Con los mencheviques defendí la tesis de que incluso un seudoparlamento debía ser utilizado como tribuna para nuestro partido y las elecciones de la Duma deberían emplearse como instrumento de unificación de la clase trabajadora. Sin embargo, difería de los mencheviques en lo tocante a la coordinación de las fuerzas trabajadoras con las liberales para acelerar el derrocamiento del absolutismo. En este punto pertenecía yo realmente a la izquierda radical y hasta fui calificada de "sindicalista" por mis camaradas de partido.*[301] Mi posición frente a la Duma me llevó, como es lógico, a considerar inútil el aprovechamiento del primer congreso de mujeres burguesas para los fines de nuestro partido. No obstante, procuré que aquellas de *nuestras*[302] trabajadoras que debían participar en este congreso, se presentasen como grupos separados e independientes. No sin resistencias logré llevar a cabo este proyecto. Mis camaradas de partido,[303] nos inculparon, a mí y a mis correligionarias, de ser "feministas" y conceder excesiva importancia a nuestros asuntos de mujeres. En aquella época aún

no sabían valorar *en absoluto*[304] el extraordinario papel que les correspondía a las trabajadoras, a las mujeres económicamente independientes, en la lucha política. Sea como fuere, acabamos por imponer nuestra voluntad. Un grupo de trabajadoras se presentó en el congreso de San Petersburgo con un programa propio y trazó una clara línea divisoria entre las defensoras de los derechos de la mujer burguesa y el movimiento de liberación de las mujeres de la clase trabajadora en Rusia. Sin embargo, yo tuve que huir antes de la clausura del congreso, pues la policía había dado con mi pista. Logré cruzar la frontera y llegar a Alemania, iniciándose así, en diciembre de 1908 un nuevo período de mi vida: la emigración política.

Los años de la emigración política

Como refugiada política viví a partir de entonces en Europa y en América hasta la caída del zarismo, en el año 1917. En cuanto llegué a Alemania después de mi huida, me afilié al partido socialdemócrata alemán; en él tenía muchos amigos personales entre

[299] Corrección de la autora: "y mi trabajo propagandístico entre las masas trabajadoras".
[300] Corrección de la autora: "contra el zarismo".
[301] Nota de la autora: "ser suprimido".
[302] Corrección de la autora: "en lugar de "nuestras" trabajadoras, "las" trabajadoras.
[303] Corrección de la autora: "los mencheviques".
[304] Corrección de la autora: "suficientemente".

los que cuento, de manera especial, a Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Karl Kautsky. Clara Zetkin también influyó notablemente en mis *gestiones*[305] para el establecimiento de los postulados fundamentales del movimiento de trabajadoras en Rusia. En 1907 había participado ya como delegada de Rusia en la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Stuttgart. La sesión se llevó a cabo bajo la presidencia de Clara Zetkin y contribuyó muchísimo al desarrollo del movimiento de trabajadoras en el sentido del marxismo. Yo, como escritora especializada en asuntos sociales y políticos, me puse a disposición de la prensa del partido, aunque también como oradora fui sumamente solicitada por el partido alemán, y trabajé como propagandista del mismo desde el Palatinado hasta Sajonia, desde Bremen hasta la parte sur de Alemania. Sin embargo, no *ocupé*[306] ningún cargo directivo ni en el partido ruso ni en el alemán. Mirándolo bien, yo era fundamentalmente una "oradora popular" y una escritora política de renombre. En el partido ruso *(y ahora puedo confesarlo abiertamente)*[307] me mantuve intencionadamente a cierta distancia del centro director, cosa que en gran parte se debe a que no estaba del todo conforme con la política de *mis camaradas*[308]. Sin embargo, *no quería o quizás no podía pasarme al campo bolchevique, ya que por entonces me pareció que no ponían suficiente empeño en el desarrollo del movimiento obrero "en amplitud y en profundidad". Por ello trabajaba por mi propia cuenta, casi podría parecer que en un segundo plano y sin aspirar a ningún cargo directivo.*[309] Creo conveniente añadir aquí que, si bien poseía cierta ambición como todo ser humano activo, nunca me he visto impulsada por el deseo de obtener "un puesto". Siempre me ha parecido menos valioso "lo que soy" que "lo que puedo", lo que estoy en condiciones de realizar. En este plano desenvolvíase también mi ambición, que se hacía notar especialmente allí donde luchaba *con toda mi alma y todo mi corazón*[310] y era preciso contrarrestar la esclavización de las mujeres trabajadoras. Me había impuesto ante todo la tarea de ganar a las obreras en Rusia para la causa del socialismo y, al mismo tiempo, trabajar por la liberación de la mujer,[311] por su igualdad de derechos. Poco antes de mi huida de Rusia apareció mi libro *El fundamento social del problema femenino,* una polémica con las defensoras de los derechos de la mujer burguesa, pero al mismo tiempo una exhortación al partido para que ayudase a cristalizar el movimiento de trabajadoras en Rusia. El libro tuvo éxito. Por entonces escribía en la prensa legal y en la ilegal e intentaba, mediante el intercambio epistolar, influir en los camaradas del partido y sobre las propias trabajadoras, *exigiéndole siempre al partido que interviniera*[312] a favor de la liberación de la mujer. Esta tarea no me resultaba siempre fácil: en mi camino surgían constantemente, como una traba, mucha resistencia pasiva, poca comprensión y un interés aún menor por este objetivo. Sólo en el año 1914, poco antes del estallido de la Guerra Mundial, empezaron ambas facciones (los mencheviques y los bolcheviques) a considerar el problema de manera seria y práctica, hecho que incidió en mí casi como un elogio personal. Dos revistas de obreras fueron fundadas en Rusia y se celebró el día internacional de las trabajadoras el 8 de marzo de 1914. Pero yo seguía viviendo en el exilio y sólo podía colaborar desde lejos con el tan querido movimiento de obreras de mi patria. Incluso a distancia, guardaba estrecha vinculación con las trabajadoras de Rusia y *ya unos años antes* había sido designada representante oficial del sindicato textil y de costureras en la Segunda Conferencia

[305] Corrección de la autora: "trabajo".
[306] Corrección de la autora: "en este tiempo no tenía ningún…"
[307] Corrección de la autora: para ser tachado.
[308] Corrección de la autora: "los mencheviques".
[309] Nota de la autora: para suprimir.
[310] Nota de la autora: ser tachado.
[311] Corrección de la autora: "de la mujer trabajadora".
[312] Corrección de la autora: "una intensa acción".

Internacional de las Mujeres Socialistas (1910) así como también en el Congreso Socialista Internacional extraordinario de Basilea, en 1912. Más tarde, cuando presentaron en el seudoparlamento ruso (la Duma) un proyecto de ley sobre seguridad social, la fracción socialdemócrata de la Duma (el ala menchevique) me encargó elaborar un proyecto de ley sobre protección de la maternidad. No era la primera vez que dicha fracción había utilizado mis servicios para efectuar un trabajo legislativo. Ya antes de partir a mi exilio forzoso fui consultada, en calidad de profesional, sobre el tratamiento que debía darse al problema de Finlandia en la Duma imperial.



La tarea que había recibido (estructurar un proyecto de ley en el campo de la protección a la maternidad) me indujo a estudiar a fondo este problema especial. La Liga para la Protección de la Maternidad y la extraordinaria labor de la doctora Helene Stockers me proporcionaron valiosos estímulos; sin embargo, estudié el problema

también en Inglaterra, Francia y los países escandinavos. Como resultado de estas investigaciones apareció mi libro *Maternidad, y sociedad*, un amplio estudio de 600 páginas sobre la protección de la maternidad y las legislaciones pertinentes en Europa y Australia. Las disposiciones y reivindicaciones básicas en este campo, resumidas por mí al final de mi libro, fueron atendidas posteriormente, el año 1917, en la primera legislación sobre seguridad social promulgada por el gobierno soviético.

Los años de la emigración política fueron para mí años agitados y *llenos de actividad*[313]. Viajaba de país en país como oradora del partido. En 1911 participé en la huelga de las amas de casa, "la gréve des menagéres". dirigida contra la carestía en París. En 1912 colaboré, en Bélgica, en la preparación de la huelga de los mineros de Borinage, y aquel mismo año, la Liga Juvenil Socialista de Suecia, de orientación izquierdista, me envió a reforzar las tendencias antimilitaristas del partido[314]. Algunos años antes, *y esto es algo que conviene recuperar*[315]*,* combatí en las filas del British-Socialist Party, al lado de Dora Montefiore y Frau Koeltsch, contra las sufragistas inglesas y por la consolidación del movimiento de trabajadoras obreras socialistas, a la sazón todavía joven. En 1913 me encontraba de nuevo en Inglaterra. Esta vez para tomar parte activa en las protestas contra el conocido "Proceso Beilis", auspiciado en Rusia por los antisemitas, y en la primavera del mismo año, el ala izquierda de la socialdemocracia suiza me invitó a trasladarme a Suiza. Estos fueron, de hecho, años agitados en los que desarrollé las actividades más diversas. Sin embargo, mis camaradas de partido rusos utilizaron también mis servicios como delegada en los congresos de los partidos y sindicatos socialistas. *Fue así como, con la ayuda de Karl Liebknecht, organicé en Alemania una acción a favor de los miembros socialistas de la Duma que habían sido deportados*[316]. En el curso del año 1911 me llegó una invitación de la escuela rusa del partido en Bologna, donde pronuncié una serie de conferencias. El actual Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública en la Rusia soviética, A. Lunacharsky, Maxim Gorki, así como el conocido filósofo y economista ruso A. Bogdanov, fueron los fundadores de esta escuela del partido y, casi en la misma época que yo, Trotsky pronunció allí algunas conferencias. También el actual ministro soviético de asuntos exteriores, G. Tschitscherin, que por entonces trabajaba como secretario de una oficina de ayuda a refugiados políticos, me invitó repetidas veces a pronunciar conferencias sobre los problemas culturales más diversos de la vida rusa, a fin de aumentar así las exiguas existencias de la caja de socorro. Por encargo suyo recorrí toda Europa, aunque establecí mi centro de operaciones en Berlín. Me sentía bien en Alemania y siempre he apreciado mucho las condiciones favorables que allí se dan para el trabajo científico. Pero no podía hablar en Prusia; por el contrario, había que guardar el máximo silencio posible para no ser expulsado por la policía prusiana.

Entonces estalló la Guerra Mundial y mi vida volvió a tomar un nuevo rumbo. *Pero antes de hablar sobre este importante periodo de mi existencia espiritual, quisiera decir algunas palabras sobre mi vida personal. Cabe preguntarse si en medio de todas las tensiones y diversidad de los trabajos y tareas del partido aún podía yo encontrar tiempo para experiencias de tipo íntimo, para las penas y alegrías del amor. ¡Lamentablemente sí! Y digo lamentablemente porque estas experiencias conllevaban por lo general demasiadas preocupaciones, desilusiones y pesares, y porque en ellas se consumían inútilmente demasiadas energías. No obstante, el deseo de ser comprendida por un ser humano hasta el ángulo más profundo y secreto de la propia alma, de ser reconocida por él como un ser humano con ambiciones, acababa por dar siempre la*

[313] Nota de la autora: "ser tachado".
[314] Corrección de la autora: "en Suecia".
[315] Nota de la autora: ser tachado.
[316] Nota de la autora: para suprimir.

pauta. Y una vez más seguía, con excesiva celeridad, la desilusión, pues el amigo sólo veía en primer término lo femenino, que él intentaba convertir en dócil caja de resonancia de su propio yo. Tarde o temprano, pues, llegaba la hora en que, con dolor de mi corazón, pero con una voluntad inquebrantable, tenía que deponer la cadena de la vida en común. Luego volvía a estar sola. Pero cuanto mayores exigencias me planteaba la vida, cuanto mayor era la responsabilidad en el trabajo, mayor se hacía también el deseo de sentir amor, calor y comprensión a mi alrededor. Y más fácilmente empezaba la vieja historia de la desilusión amorosa, la vieja historia de la Titania del "Sueño de una noche de verano".[317]

Cuando estalló la guerra me encontraba en Alemania. Mi hijo estaba conmigo. Ambos fuimos detenidos porque mis documentos no estaban en regla. Sin embargo, al efectuar el registro de la casa la policía encontró una orden del partido socialdemócrata ruso por la que me nombraba delegada al Congreso Mundial de Socialistas Y al punto los señores de la Alexanderplatz adoptaron una actitud de extrema amabilidad: pensaban que una socialdemócrata no podía simpatizar con el zar y, por consiguiente, tampoco era enemiga de Alemania. *Tenía razón*[318]. En efecto, yo no era enemiga de Alemania y menos aún una patriota rusa. La guerra me parecía una monstruosidad, una locura, un crimen y, obedeciendo más a mis impulsos que a mi raciocinio, no la reconocí desde el primer instante y *hasta la actualidad*[319] nunca he logrado reconciliarme con ella. El fervor de los sentimientos patrióticos me ha sido siempre extraño y, por el contrario, sentía un constante rechazo por todo lo que fuera patriotismo acentuado. Entre mis propios camaradas de partido rusos, que también vivían en Alemania, no hallé comprensión alguna para mi postura "antipatriótica". Tan sólo Karl Liebknecht, su esposa, Sofía Liebknecht y otros pocos camaradas de partido alemanes sostenían mi mismo punto de vista y consideraban, como yo, que el deber de un socialista era combatir la guerra. De casualidad asistí el 4 de agosto a la votación del presupuesto de guerra en el "Reichstag". La derrota del partido socialista alemán me pareció una calamidad sin paralelo. Me sentía totalmente sola y no hallaba consuelo sino en la compañía de los dos Liebknecht.

Con la ayuda de algunos camaradas de partido alemanes logramos, yo y mi hijo, abandonar Alemania en el otoño de 1914 y trasladarnos a Escandinavia. No abandoné Alemania porque hubiera percibido algún signo de frialdad frente a mi persona, sino porque al carecer allí de un auténtico radio de acción, hubiera tenido que permanecer inactiva. Pero yo ardía en deseos de iniciar la lucha contra la guerra. Llegada al suelo neutral de Suecia, comencé inmediatamente mis actividades antibélicas y a favor de la solidaridad internacional de la clase trabajadora del mundo. Un llamado a las mujeres obreras siguió, ilegalmente, su curso hacia Rusia y muchos otros países. En Suecia escribí y pronuncié discursos contra la guerra. Hablé en manifestaciones públicas que, en su mayoría, habían sido convocadas por los *mundialmente conocidos*[320] líderes suecos de izquierda Zeta Hoglund y Frederic Stron. En ellos encontré un eco perfecto a mis *ideas y*[321] sentimientos y nos unimos en el trabajo mancomunado por el triunfo del internacionalismo contra la alienación bélica. Sólo más tarde supe qué postura habían adoptado las cabezas dirigentes del partido ruso frente a la guerra. Cuando por fin nos llegaron noticias a través de París y de Suiza vivimos un día de dicha inefable: tuvimos la certeza de que tanto Trotsky como Lenin, si bien pertenecían a diversas facciones del partido, se habían levantado en lucha contra el patriotismo social. Así no me sentía ya

[317] Nota de la autora: para suprimir.
[318] Nota de la autora: ser tachado.
[319] Nota de la autora: ser tachado.
[320] Nota de la autora: ser tachado.
[321] Nota de la autora: ser tachado.

más "aislada". En el partido se procedió a una reagrupación: los internacionalistas y los "socialpatriotas". *En París se fundó asimismo un periódico del partido*[322]. Sin embargo, en medio del ajetreo laboral fui detenida por las autoridades suecas y llevada a la prisión de Kungsholm. Y lo peor de esta detención era que me habían dado en custodia los documentos de identidad de un buen amigo y camarada de partido, Alexander Schliapnikov, que también había pasado de Rusia a Suecia ilegalmente. Bajo la mirada de los policías logré ocultar esos documentos bajo mi blusa y hacerlos desaparecer. De la prisión de Kungsholm fui deportada luego a la cárcel de Malmö y, más tarde, expulsada a Dinamarca. Hasta donde he podido saber, yo fui la primera socialista de Europa en ser encarcelada por realizar propaganda antibélica. En Dinamarca *proseguí mi trabajo, aunque con mucha mayor cautela. No obstante*[323] la policía danesa no me dejaba en paz. Los socialdemócratas daneses tampoco eran favorables a los antinacionalistas. En febrero de 1915 me trasladé a Noruega, donde junto con Alexander Schliapnikov serví de enlace entre Suiza, lugar de residencia de Lenin y del comité central[324] y Rusia. Con los socialistas noruegos teníamos plenos contactos. El 8 de marzo del mismo año intenté organizar en Cristianía (hoy Oslo) una manifestación internacional de obreras contra la guerra, pero no acudieron las representantes de los países beligerantes.

Era la época en que se estaba gestando la ruptura decisiva en el seno de la socialdemocracia, pues los socialistas de tendencia patriótica no podían hacer causa común con los antinacionalistas. Y como los bolcheviques eran los que más consecuentemente combatían el socialpatriotismo, en junio de 1915 me afilié oficialmente a los bolcheviques y *entablé una animada correspondencia con Lenin. (Las cartas que Lenin me dirigiera han aparecido recientemente en Rusia.)*[325]

Nuevamente empecé a escribir mucho, esta vez para la prensa de tendencia internacional de los países más distintos: Inglaterra, Noruega, Suecia, Estados Unidos y Rusia. Por entonces apareció también un opúsculo mantenido conscientemente por mí un nivel muy popular, *¿A quién aprovecha, la guerra?*, que fue distribuido en innumerables ediciones, *en millares de ejemplares*,[326] y traducido a diversos idiomas, el alemán entre ellos. Mientras durase la guerra, el problema de la liberación de la mujer tenía que pasar, lógicamente, a un segundo plano, pues mi única preocupación, mi máximo objetivo era combatir la guerra y convocar una nueva Internacional Obrera. En el otoño de 1915 el grupo alemán del partido socialista americano me invitó a viajar a los Estados Unidos para pronunciar conferencias en la línea de Zimmerwald (una liga de los socialistas de tendencia internacional). Yo estaba dispuesta a atravesar el océano inmediatamente para cumplir dicho objetivo, aunque mis amigos me aconsejaban que abandonase decididamente ese proyecto. Todos se hallaban preocupadísimos por mí, pues la travesía habíase tornado muy insegura debido a la guerra submarina. Pero la idea me atraía demasiado. Mi tournée propagandística en América duró cinco meses, *durante los cuales visité ochenta y una ciudades de los Estados Unidos y pronuncié discursos en alemán, francés y ruso*[327]. Él trabajo era terriblemente agotador, *pero igualmente fructífero, y tuve la plena certeza de haber reforzado la ideología internacionalista en los partidos americanos. También allí, al otro lado del océano, había mucha oposición y surgían acaloradas discusiones. Pero la policía no me importunaba*[328]. Los periódicos me

[322] Nota de la autora: ser tachado.
[323] Nota de la autora: ser tachado.
[324] Corrección de la autora: "de nuestro partido".
[325] Nota de la autora: ser tachado.
[326] Nota de la autora: ser tachado.
[327] Corrección de la autora: "tuve que recorrer todos los Estados Unidos, desde el Océano Atlántico al Pacífico, y pronunciar discursos en todas las lenguas en defensa de los internacionalistas."
[328] Nota de la autora: suprimir.

tachaban alternativamente de espía del Kaiser alemán o de agente de la "Entente". En la primavera de 1916 regresé a Noruega. Amo a Noruega con sus incomparables fiordos y sus extraordinarias montañas, con su pueblo valiente, talentoso y trabajador. Por entonces vivía en el conocido Holmenkollen en las proximidades de Oslo y seguía trabajando por la cohesión de las fuerzas de los internacionalistas y contra la Guerra Mundial. *Yo compartía la opinión de Lenin, según la cual la guerra sólo podría ser vencida mediante la revolución, mediante la insurrección de los obreros. Yo me sentía muy unida a Lenin y tan cerca de él como muchos otros de sus correligionarios y amigos*[329]. Mi permanencia en Noruega tampoco fue larga, pues, a los pocos meses, ya tuve que emprender un segundo viaje a América, donde permanecí hasta poco antes del estallido de la revolución rusa. *La situación en América había cambiado para mí, pues, en el ínterin, habían llegado acá muchos camaradas rusos, entre los que estaba también Trotsky. Se trabajaba afanosamente para la nueva internacional de los trabajadores; pero, la intervención de América en la guerra hizo más difícil nuestro trabajo*[330].

Cuando el pueblo ruso se levantó contra el absolutismo y derrocó al zar, yo me encontraba, desde hacía algunas semanas, en Noruega. Entre todos nuestros correligionarios reinaba un ambiente de fiesta. Sin embargo, yo no me hacía ilusiones porque sabía que el derrocamiento del zar sólo sería el comienzo de importantes acontecimientos y terribles luchas sociales y *por esta razón me apresuré*[331] a volver a Rusia en marzo de 1917. Yo fui una de las primeras refugiadas políticas *que*[332] regresó a la patria liberada. Tenía que pasar por la frontera sueco-finlandesa, por la pequeña zona fronteriza de Tornö, situada al Norte, donde el invierno era aún muy crudo. Un trineo me transportó por el río que marcaba la frontera. En el sector ruso había un soldado en cuyo pecho ondeaba una especie de corbata de color rojo fosforescente: "¡Sus documentos, ciudadana!" "No los tengo, soy una refugiada política." "¿Su nombre?" Yo me identifiqué. Vino un joven oficial al que se había ido a buscar y que también llevaba en el pecho una corbata de color rojo fosforescente. Tenía una expresión sonriente. Naturalmente yo estaba en la lista de refugiados políticos que, por orden del consejo de trabajadores y soldados, podían entrar libremente. El joven oficial me ayudó a bajar del trineo y me besó la mano casi con veneración. ¡Ya me encontraba en el suelo republicano de la Rusia liberada! ¿Era posible? Este fue uno de los momentos más felices de *toda*[333] mi vida. Cuatro meses después, por orden del gobierno de Kerensky (gobierno provisional), el mismo joven y amable oficial me detendría como bolchevique peligrosa en la misma frontera de Tornö... Son ironías de la vida.

Los años de la revolución

¿Tan grande fue la abundancia de sucesivos acontecimientos para no saber hoy qué debo describir y qué debo subrayar, qué he deseado y qué he logrado? Pero, ¿bastaba entonces con la existencia de una voluntad puramente individual? ¿No era sólo la omnipotente tormenta de la revolución, el deseo de la masa activa y ahora despierta lo que justificaba nuestro anhelo y nuestra acción? ¿Existía un solo hombre que se sintiera inclinado al deseo de lo universal? Sólo existían masas humanas unidas por una voluntad dividida, que no tomaba partido ni en pro ni en contra del poder de los sóviets. Mirando atrás, sólo se recuerda un trabajo de masas, luchas y acción. A decir verdad, no había

---

329 Nota de la autora: suprimir.

330 Nota de la autora: suprimir.

331 Corrección de la autora: "tan pronto como fue declarada la amnistía política por la nueva república me apresuré a volver a Rusia".

332 Corrección de la autora: "que tuvo la suerte".

333 Nota de la autora: tachado.

ningún auténtico héroe o dirigente. Era el pueblo trabajador el que con uniforme de soldado, o de civil, dominaba la situación y el que grabó profundamente su voluntad en la historia del país y de la humanidad. ¡Un verano sofocante, un verano decisivo para el movimiento revolucionario fue el del año 1917! Al principio, la revolución social sólo se desencadenó en el campo, y los campesinos incendiaron las casas de los nobles. En las grandes ciudades la lucha se desencadenó entre los representantes de la Rusia republicana burguesa y los anhelos socialistas de los bolcheviques...

Como dije antes, yo era bolchevique y así, desde el primer momento, me encontré con una enorme cantidad de trabajo que necesitaba de mi colaboración. Nuevamente había que trabajar por el poder de los consejos obreros, de los sóviets, contra la guerra y la unidad con la burguesía liberal. Como consecuencia de esto último los periódicos burgueses me calificaron de "bolchevique loca". Pero esto no me molestó en absoluto. *Tenía un gran campo de acción por delante y mis partidarios, trabajadores fabriles y mujeres de soldados, se contaban por miles*[334]. En esos días, al mismo tiempo que era muy popular, *sobre todo, como oradora*[335] era odiada y atacada cruelmente por la prensa burguesa, Pero, por suerte estaba tan sobrecargada de trabajo que apenas encontraba tiempo para leer los ataques y las calumnias que se escribían contra mí. El odio contra mi persona creció de tal manera[336] que se llegó a decir que yo estaba pagada por el Kaiser alemán para debilitar el frente ruso.

Por ese tiempo, una de las cuestiones más palpitantes era la carestía y la falta, cada vez mayor, de tos productos de primera necesidad. Este estado de cosas se hacía insoportable para las mujeres de las clases pobres. *No obstante, esa situación creaba en el partido las condiciones favorables para el "trabajo con las mujeres", de forma que pronto estuvimos en condiciones de realizar una labor provechosa*[337]. En mayo de 1917, apareció un semanario llamado *Las Trabajadoras*. *Yo redacté para las mujeres una proclama en contra de la carestía y de la guerra*[338]. La primera concentración popular[339] de las muchas que se celebraron, tuvo lugar en Rusia bajo el gobierno provisional y fue organizada por nosotros, los bolcheviques. Kerensky y sus ministros no disimulaban su odio contra mí, la "Instigadora del espíritu del desorden" en el seno del ejército.

Pero lo que desencadenó una verdadera tormenta de indignación por parte de los denominados "círculos patrióticos" fue un artículo que publiqué en *Pravda*, en el que defendía a los soldados alemanes. *Cuando, en abril, Lenin pronunció su famoso discurso programático en el seno del sóviet, yo fui la única de sus camaradas que, con el objeto de apoyarle, tomó la palabra ¡Cuanto odio me gané con esta intervención!*[340] Con frecuencia tenía que saltar del tranvía antes de que la gente me reconociera, pues me había convertido en el tema de actualidad, y no pocas veces, fui testigo de las más increíbles injurias y mentiras contra mí. Quiero dar un pequeño ejemplo que demostrará de qué manera se actuaba entonces contra mí. *Los periódicos, que observaban hacia mí una actitud hostil, escribieron sobre los "vestidos de la Kollontai", lo que, en particular, era objeto de risa porque mi maleta se había perdido cuando viajaba a Rusia y esto me obligaba a llevar siempre puesto mi único y gastado vestido. Incluso, existía una tonadilla*

[334] Nota de la autora: suprimir.

[335] Corrección de la autora: añadir "entre los trabajadores, los soldados, las trabajadoras y mujeres de soldados".

[336] Corrección de la autora: "creció en aquellos sectores que no eran auténticamente soviéticos".

[337] Corrección de la autora: "Esto dio ocasión a nuestro partido de iniciar el trabajo político y de clarificación con las trabajadoras y para las trabajadoras."

[338] Nota de la autora: tachado.

[339] Corrección de la autora: para añadir "bajo la consigna de solidaridad internacional contra la guerra."

[340] Nota de la autora: para suprimir.

callejera, en la que se aludía burlonamente a Lenin y a mí.[341] No era poco frecuente que me viera amenazada por la muchedumbre irritada, y sólo la valerosa intervención de mis amigos y camaradas me protegió de lo peor. Como siempre, me preocupaba poco del odio de que era objeto, porque, como compensación, tenía un gran número de amigos entusiastas: marinos, trabajadores y soldados *que eran completamente solidarios conmigo*.[342] El número de *nuestros partidarios*[343] crecía de día en día. En abril pasé a ser miembro del ejecutivo del sóviet, que era, de hecho, el órgano político dirigente en ese momento y al que, desde el principio y durante mucho tiempo, pertenecería como única mujer. En mayo de 1917 tomé parte activa en la huelga de trabajadoras de las lavanderías, que exigían la "colectivización" de todas las lavanderías. La lucha duró seis semanas. Sin embargo, la principal exigencia de las trabajadoras no fue atendida por el gobierno de Kerensky.

A finales de junio el partido me delegó para asistir en Estocolmo a un consejo internacional, que se interrumpió al llegarnos las noticias del levantamiento en Petrogrado contra el gobierno provisional y de la represión que éste estaba llevando a cabo contra los bolcheviques. Muchos de nuestros camaradas dirigentes ya estaban arrestados, otros, entre ellos Lenin, habían logrado escapar y esconderse. Los bolcheviques fueron acusados de alta traición y tachados de espías del Kaiser alemán. El levantamiento estaba paralizado y el gobierno de coalición embestía contra todos aquellos que mostraban simpatías hacia los bolcheviques. Yo decidí volver inmediatamente a Rusia, a pesar de que mis amigos y *camaradas*[344] consideraban que era muy arriesgado. Querían que aguardara en Suecia el transcurso de los acontecimientos. Por buenas que fueran todas estas advertencias y *por muy correctas que después me parecieran a mí también*[345], no podía aceptarlas: Tenía que volver. Me parecía una cobardía aprovecharme del privilegio de quedar totalmente libre de las persecuciones del gobierno provisional, cuando un gran número de mis correligionarios estaba en la cárcel. *Más tarde, me di cuenta de que quizás hubiera podido ser más útil a nuestra causa desde Suecia, pero en aquellos momentos estaba influenciada por los acontecimientos*[346]. En la frontera de Tornö fui detenida por orden del gobierno de Kerensky y, acusada de espía, fui tratada brutalmente... La detención misma se hizo de una forma verdaderamente teatral: en el momento de la revisión de los pasaportes se me rogó ir a la comandancia. Yo comprendí lo que significaba esto. En un gran recinto había un grupo de soldados apiñados y también un par de oficiales, uno de los cuales era el joven amable que, hacía cuatro meses, me había recibido muy *afablemente. Un profundo*[347] *silencio reinaba en la habitación*. La expresión del primer oficial, el príncipe B., reflejaba un gran nerviosismo. Yo esperaba con calma los acontecimientos que vendrían. "Está usted detenida", me dijo el príncipe B. "Ah, ¿sí? ¿Ha triunfado la contrarrevolución? ¿Tenemos de nuevo una monarquía?" "No", fue su brusca respuesta. "Queda usted detenida por orden del gobierno provisional." "Lo esperaba. Por favor, haga recoger mi bolso de viaje, no quiero que se pierda." "Naturalmente que sí. Alférez, la maleta." Vi suspirar a los oficiales y a los soldados abandonar la habitación con gesto de descontento. Más tarde, llegué a saber que los soldados se habían opuesto a mi detención y que habían exigido estar presentes en el momento de efectuarse la misma. Pero los oficiales temían que yo me pudiera dirigir a

---

[341] Nota de la autora: para suprimir.
[342] Nota de la autora: tachado "que eran completamente solidarios conmigo".
[343] Corrección de la autora: sustituir "nuestros partidarios" por "bolcheviques".
[344] Nota de la autora: tachado "camaradas".
[345] Nota de la autora: tachado.
[346] Nota de la autora: tachado.
[347] Nota de la autora: sustituye "profundo" por "extraño".

los soldados con un discurso. "Entonces hubiéramos estado perdidos", me dijo después uno de aquéllos.

En la cárcel de Petrogrado, completamente aislada, tuve, como otros bolcheviques, que esperar el curso de la investigación. Sin embargo, mientras el gobierno actuaba contra los bolcheviques de la manera más inaudita, más crecía la influencia de éstos. El avance del general blanco, Kornilov, contra Petrogrado radicalizó a los elementos de la revolución. El pueblo exigía la libertad de los bolcheviques. Kerensky no quería mi libertad y no fue sino por orden del sóviet que salí de la cárcel mediante el pago de una fianza. Sin embargo, ya al día siguiente, una orden de Kerensky me condenaba al arresto domiciliario. Obtuve mi completa libertad de movimiento un mes antes de la batalla decisiva, de la Revolución de Octubre de 1917 Otra vez el trabajo era inmenso. Ahora debían establecerse las bases para un movimiento planificado de las trabajadoras. La primera conferencia de trabajadoras debía ser convocada. Ésta se celebró.

Entonces yo era miembro del más alto órgano del partido, del comité central, *y voté a favor de la política del levantamiento armado*[348]. También pertenecía a diversas delegaciones del partido en los congresos decisorios y en las instituciones del estado (el Preparlamento, el Congreso Democrático, etc.). Luego vinieron los días importantes de la Revolución de Octubre. El histórico Smolny. Las noches sin dormir y las continuas reuniones. Y finalmente la conmovedora proclama: "Los sóviets toman el poder." "Los sóviets dirigen un llamamiento a los pueblos del mundo para poner fin a la guerra." "El campo queda socializado y bajo el poder de los campesinos."

El gobierno de los sóviets fue constituido. Yo fui nombrada Comisaria del Pueblo de Previsión Social. Era la única mujer en el gabinete y la primera en la historia que había llegado a ser aceptada como miembro de un gobierno. Cuando se recuerdan los primeros meses del gobierno de los trabajadores, meses que fueron tan ricos en *hermosas ilusiones*[349] en proyectos, en tan importantes iniciativas para mejorar la vida, para organizar de nuevo el mundo, entonces una preferiría escribir sobre todas las otras cosas y no sólo sobre sí misma. Ocupé el puesto de ministro de previsión social desde octubre de 1917 hasta marzo de 1918. Los funcionarios del ministerio me recibieron con hostilidad. La mayor parte de ellos nos saboteaban abiertamente y no acudían al trabajo. Pero precisamente este ministerio era, por su naturaleza, extraordinariamente complicado y no podía interrumpir su trabajo, ya que se ocupaba de prestar todo tipo de asistencia a los inválidos de guerra, lo que significaba tener que atender a cientos de miles de soldados y oficiales mutilados. También se ocupaba de la caja de pensiones, de los asilos de ancianos, de los orfanatos, de los hospitales para pobres, de los talleres para la fabricación de prótesis, de la administración de las fábricas de naipes (la fabricación de naipes era monopolio del estado), *de la enseñanza*[350] y de las clínicas de ginecología. Incluso un gran número de centros dedicados a la educación de chicas estaba bajo la dirección de este ministerio. Uno se puede imaginar fácilmente los enormes esfuerzos que estas tareas exigían de nuestro pequeño grupo, novato, además, en las funciones administrativas del estado. Sabiendo perfectamente las dificultades que tal situación comportaba, *formé*[351] rápidamente una comisión de ayuda, en la que, junto a los trabajadores y modestos funcionarios del ministerio, estaban representados médicos, juristas y pedagogos. ¡Con qué abnegación y energía soportaban los modestos empleados el peso de esta difícil tarea, que no sólo consistía en llevar adelante el trabajo del ministerio, sino también en hacer mejoras y reformas! Otros elementos, con renovadas fuerzas, reemplazaron a los

[348] Corrección de la autora: tachado.
[349] Corrección de la autora: "hermosas ilusiones" sustituido por "grandes objetivos".
[350] Corrección de la autora: "colonias de leprosos".
[351] Corrección de la autora: "formamos" en lugar de "formé".

funcionarios saboteadores del antiguo régimen. En las salas del que antes fuera un ministerio muy conservador, soplaban vientos llenos de vida. ¡Días de trabajo! Por las noches, aquellas reuniones del Consejo de los Comisarios del Pueblo bajo la presidencia de Lenin. O la habitación pequeña y modesta y sólo un secretario que anotaba las resoluciones que cambiaron tan profundamente la vida de Rusia. Lo primero que hice, una vez nombrada comisario del pueblo, fue pagar una indemnización a un humilde campesino por la requisa de su caballo. A decir verdad, este asunto no era competencia de mi departamento, pero el hombre estaba resuelto a cobrar la indemnización por su caballo. Viajó a la capital desde un recóndito pueblo y llamó pacientemente a todas las puertas del ministerio. ¡Pero siempre sin resultado! Por esta fecha estalló la revolución bolchevique. El hombre había oído que los bolcheviques defendían los intereses de los campesinos y trabajadores. Por consiguiente, se dirigió a Smolny a ver a Lenin, que tuvo que hacerse cargo de la indemnización. Yo no sé cómo se desarrolló la conversación entre aquel campesino y Lenin; pero el resultado fue que el hombre se dirigió a mí con una nota, procedente de la agenda de Lenin, en la que se me rogaba solucionar el asunto de alguna manera, ya que mi comisaría del pueblo era, en aquel momento, la que contaba con más medios económicos. Naturalmente aquel modesto campesino recibió su indemnización. *Mi tarea principal como comisaria del pueblo consistía en lo siguiente*:[352] en mejorar, por medio de un decreto, la situación de los inválidos de guerra; en suprimir la enseñanza de la religión en los colegios de chicas que dependían del ministerio (esto se realizó antes de la separación total entre la Iglesia y el estado) y trasladar a los curas a actividades civiles; en implantar el derecho a que las alumnas se administraran por sí mismas en sus respectivos colegios; en transformar los antiguos orfanatos en residencias estatales para niños *(No tenía que existir ninguna diferencia entre los niños huérfanos y los que aún tenían padre y madre)*[353]*;* en crear los primeros alojamientos para pobres y niños vagabundos; y, sobre todo, en organizar un comité compuesto *exclusivamente*[354] por médicos para elaborar un sistema de sanatorios gratuito para todo el país.

Pero el trabajo más importante de nuestra comisaría del pueblo fue, a mi modo de ver, la constitución legal de una central para la protección de la maternidad y del recién nacido. El correspondiente proyecto de ley fue firmado por mí en enero de 1918. Mediante un segundo decreto transformé todas las maternidades en residencias gratuitas para atender a la madre y al recién nacido creando, de esta manera, las bases para una protección de la maternidad completamente estatal. El doctor Korolev me ayudó mucho en este trabajo. También proyectamos un “Palacio de protección de la maternidad”, una residencia modelo, en la que debían impartirse cursos para madres y debían crearse, *entre otras cosas*[355], instalaciones modelo para el cuidado de los recién nacidos. Ya estábamos arreglando para este proyecto el edificio de un internado, en el que anteriormente se educaban las chicas de la nobleza y que todavía estaba dirigido por una condesa, cuando el fuego destruyó nuestro trabajo apenas iniciado. ¿Fue provocado el incendio intencionadamente?... Durante la noche me sacaron de la cama. Corrí al lugar del incendio; la hermosa sala de exposición estaba destruida y el resto de las habitaciones del edificio habían quedado inservibles. Únicamente en la puerta de entrada colgaba aún el gran letrero “Palacio de protección de la maternidad”...

Mis esfuerzos para socializar la protección de la maternidad y los recién nacidos fueron motivo de nuevos y disparatados ataques contra mí. Se contaron toda clase de

---

[352] Corrección de la autora: “Las conquistas más importantes de nuestro comisariado del pueblo en los primeros meses después de la Revolución de Octubre fueron las siguientes.”
[353] Nota de la autora: tachado.
[354] Nota de la autora: tachado.
[355] Nota de la autora: tachado.

mentiras sobre la "nacionalización de las mujeres", sobre mis proyectos de ley que prescribían a las niñas de 12 años convertirse en madres, etc. Las sectas del antiguo régimen se encolerizaron, sobre todo, cuando yo, *por iniciativa propia (El gabinete me censuró después a causa de esto) convertí*[356], el conocido claustro de Alexander Nevsky en una residencia para inválidos de guerra. Los monjes opusieron resistencia de forma que se llegó a una pelea armas en mano. Otra vez la prensa armó un gran *alboroto contra mí*[357]. La Iglesia organizó manifestaciones *contra mi acción*[358] me acusó de "hereje" ...

Recibí numerosas cartas de amenaza, pero nunca recurrí a la protección militar; iba siempre sola y desarmada y no pensaba en absoluto que pudiera correr algún peligro. Otras cosas mucho más importantes eran las que ocupaban mi atención[359]. En febrero de 1918 fue comisionada a Suecia la primera delegación oficial del sóviet *para tratar diversos asuntos sobre economía nacional y política*[360]. Como comisario del pueblo yo estaba a la cabeza de esta delegación. Pero nuestro barco naufragó de camino a Suecia y logramos ponernos a salvo en las islas Aland, que pertenecían a Finlandia. Precisamente entonces, la lucha entre finlandeses blancos y rojos atravesaba por su momento más decisivo, mientras el ejército alemán se preparaba contra Finlandia. La misma noche de nuestro naufragio, cuando, muy contentos por habernos salvado, cenábamos en el hotel de la ciudad de Marieham, las tropas blancas aliadas ocuparon las islas Aland. Gracias a una gran firmeza y astucia logramos salir con vida; sin embargo, uno de nuestros partidarios, un joven finlandés[361], fue detenido y fusilado. Nosotros volvimos a Petrogrado, donde se preparaba a toda prisa la evacuación de la capital a Moscú: las tropas alemanas estaban ya ante las puertas de la ciudad.

Ahora comenzaba un *período oscuro*[362] del que no puedo hablar aquí; los sucesos están aún muy recientes en mí recuerdo. *Pero llegará el día en que también yo dé cuenta de esto.*[363]

En el partido existían diferencias de opinión. A causa de *una diferencia de principio con la política que se estaba, llevando a cabo*[364] renuncié a mi cargo de comisario del pueblo. *Poco a poco fui relevada también de los otros cargos. De nuevo me dediqué a dar conferencias y a luchar por mis ideas sobre "la nueva mujer" y "la moral nueva"*[365]. La revolución estaba en plena actividad. La lucha se tornó cada vez más irreconciliable y sangrienta, *y mucho de lo que sucedía no estaba de acuerdo con mis principios*[366]. Pero todavía quedaba un trabajo por hacer, lograr la emancipación de la mujer. Las mujeres habían conseguido legalmente todos los derechos, pero, en la realidad, seguían estando oprimidas; tratadas con desigualdad de derechos en la vida familiar, esclavizadas por las innumerables menudencias del hogar, soportando toda la carga, incluso las preocupaciones materiales de la maternidad porque a causa de la guerra y otras circunstancias muchas mujeres estaban solas en la vida.

Cuando, en el otoño de 1918 consagré todas mis energías a la tarea de establecer líneas sistemáticas de orientación para conseguir la emancipación de las mujeres trabajadoras en todos los sectores, encontré un valiosísimo apoyo en el ya desaparecido

---

356 Corrección de la autora: "transformamos".
357 Nota de la autora: tachado.
358 Corrección de la autora: "nuestra acción".
359 Nota de la autora: suprimir.
360 Nota de la autora: tachado.
361 Nota de la autora: "un joven finlandés 'rojo'".
362 Corrección de la autora para añadir "período".
363 Nota de la autora: tachado.
364 Nota de la autora: tachado y corregido por "yo"
365 Nota de la autora: suprimir.
366 Nota de la autora: tachado.

Sverdlov, que fue el primer presidente del sóviet[367]. Así, en noviembre de 1918, pudo ser convocado el Primer Congreso de Trabajadoras y Campesinas de Rusia, al que asistieron 1147 delegadas. Con esto quedaron sentadas las bases para un trabajo planificado en todo el país en pro de la *emancipación*[368] de las mujeres de la clase trabajadora y campesina. De nuevo, me esperaba una montaña de trabajo. Había que atraer a las mujeres[369] hacia los comedores populares, educarlas para que pudieran emplear sus energías en el cuidado de las residencias para niños y recién nacidos, para la enseñanza, para la reforma del sistema de vida en el hogar y otras cosas. El principal objetivo de todo este trabajo era conseguir realmente la igualdad de derechos de la mujer como elemento productivo en la economía nacional y como ciudadana en el sector político, naturalmente, a condición de que la maternidad fuera considerada como función social y, por tanto, protegida y sustentada por el estado.

Bajo la dirección del doctor Lebedewo las instituciones estatales para la protección de la maternidad alcanzaron un gran desarrollo. Al mismo tiempo y en todo el país, se crearon instituciones que trabajaban en pro de la emancipación de las mujeres y de su participación en el trabajo de los sóviets.

La guerra civil, en el año 1919, me trajo otra vez nuevas tareas. Cuando las tropas blancas intentaban un avance desde el Sur al Norte de Rusia, fui enviada a Ucrania y Crimea, donde primero presté servicios en el ejército como representante del departamento de reconocimiento. Más tarde, *hasta la evacuación del gobierno de los sóviets*[370] me nombraron comisaria del pueblo para trabajos de reconocimiento y propaganda en el gobierno ucraniano. *Logré sacar a 400 comunistas con un tren especial de la zona amenazada, próxima a Kiev. También en Ucrania hice cuanto me fue posible por el movimiento comunista de las trabajadoras*[371].

Una grave enfermedad me apartó por algunos meses del intenso trabajo que me ocupaba. En cuanto pude volver a trabajar (entonces estaba en Moscú) me hice cargo de la dirección de la central de mujeres y de nuevo comenzó un período de intenso trabajo. Se creó un periódico comunista para mujeres y se convocaron congresos y conferencias de trabajadoras. Se establecieron las bases para el trabajo con las mujeres del Oriente (mahometanas). Dos conferencias mundiales de mujeres comunistas tuvieron lugar en Moscú. Fue dictada la ley que eximía de castigo al aborto y fueron introducidas y legalizadas otras muchas disposiciones en favor de las mujeres de nuestra central. *Si entonces tuve que escribir muchísimo, aún tuve que hablar mucho más*...[372] Nuestro trabajo encontró todo el apoyo de Lenin, y Trotsky, aunque abrumado por el trabajo que le exigían importantes asuntos militares, asistía con gusto a nuestras conferencias. Mujeres con energía y talento, dos de las cuales ya no viven actualmente,[373] sacrificaban a la central toda su fuerza de trabajo.

En el octavo congreso de los sóviets presenté, como miembro del comité ejecutivo (*en este momento ya había más mujeres en él*[374]) una moción que pedía que los sóviets contribuyeran en todos los sectores a considerar la igualdad de derechos de la mujer y. por consiguiente, a ocuparla en trabajos del estado y de la comunidad. No sin oposición

---

[367] Corrección de la autora: "el cual reconoció, como objetivo importante del partido, la tarea de educar políticamente a las mujeres trabajadoras y nos ayudó en nuestro trabajo".
[368] Corrección de la autora: "liberación de la esclavitud".
[369] Corrección de la autora: "ganarlas para el nuevo gobierno y educarlas políticamente."
[370] Nota de la autora: tachado.
[371] Nota de la autora: suprimir.
[372] Nota de la autora: tachado.
[373] Corrección de la autora: "Inessa Armand y Samojlova".
[374] Nota de la autora: tachado.

logré[375] presentar esta moción que después fue aceptada. Esto significó una grande y permanente victoria.

La publicación de mi *tesis sobre la Moral Nueva* originó una encendida discusión, *pues nuestra ley soviética sobre el matrimonio, que también estaba separada de la legislación eclesiástica, no es más progresista que las leyes existentes, al respecto, en otros países democráticos y progresistas*.[376] Aunque el hijo natural fuera considerado legalmente igual a un niño legítimo el matrimonio civil aún estaba basado[377] en una gran cuota de hipocresía e injusticia en este campo. Cuando se habla de la "inmoralidad" que los bolcheviques propagan, se debían someter a un detallado examen nuestras leyes sobre el matrimonio y entonces se vería que en la cuestión del divorcio no estamos al nivel de Norteamérica y en la cuestión del hijo natural aún no hemos llegado tan lejos como Noruega.

En torno a esta cuestión formé el ala radical del partido. Mis tesis, mis conceptos sobre la *sexualidad y la moral*[378] fueron combatidos duramente *por muchos camaradas, hombres y mujeres*[379]. A esto también se unieron (además de preocupaciones personales y familiares) *otras diferencias de opinión en el seno del partido en relación a las líneas políticas*[380], y así durante el año 1922 pasaron meses sin trabajo productivo. Luego, en el otoño de este mismo año, llegó mi nombramiento oficial como consejero de Legación de la representación soviética rusa en Noruega. A decir verdad, yo creí que este nombramiento sería puramente formal y que así encontraría tiempo en Noruega para dedicarme a mi trabajo literario. Pero no ocurrió como yo pensaba. El día de mi entrada en funciones, comencé en una línea de trabajo totalmente nueva para mí, que absorbió todas mis energías. Por eso, durante mi actividad diplomática, sólo escribí un artículo, *El Eros alado, que levantó mucho polvo. También escribí tres novelas cortas "Wegl der Liebe" (Camino del amor), que aparecieron en la Editorial Malik de Berlín*.[381] "La moral nueva y la clase trabajadora" y un estudio socioeconómico, "Situación de la mujer en la evolución de la economía nacional", fueron escritos en Rusia.

Los años de trabajo diplomático

En octubre de 1922 me incorporé a mi cargo en Noruega y en enero de 1923 el jefe de Legación salió de vacaciones, así que tuve que hacerme cargo oficialmente de todos los asuntos de la República Soviética. Poco después fui nombrada, en su lugar, representante de mi país en Noruega. Desde luego, este nombramiento produjo una gran sensación, pues era la primera vez en la historia que una mujer desempeñaba un cargo oficial, como ministro delegado. La prensa conservadora y, en particular, la prensa rusa "blanca" estaba indignada e intentó hacer de mí un horror de la inmoralidad y un monstruo sanguinario. Sobre todo, se escribió mucho sobre mis "terribles ideas" en relación con el matrimonio y el amor. Sin embargo, tengo que resaltar aquí que sólo fue la prensa conservadora la que me recibió en mi nuevo puesto tan groseramente. En todas las

[375] Corrección de la autora: "logramos".
[376] Nota de la autora: tachado.
[377] Corrección de la autora: "en la Unión Soviética".
[378] Nota de la autora: "en el campo de la moral sexual" y después tachado.
[379] Nota de la autora: tachado.
[380] Nota de la autora: tachado.
[381] Corrección de la autora: "escribí poco: tres relatos "Weg der liebe" (*Camino del amor*), mi primer ensayo, escrito en forma de cuento, un artículo sociológico, (*El Eros alado*) y otros articulos sin importancia".

relaciones profesionales que tuve durante los tres años[382] de mi *trabajo*[383] en Noruega, jamás experimenté el más mínimo indicio de indignación o de desconfianza hacia la capacidad de la mujer. Ciertamente, contribuyó mucho a ello el espíritu sano y democrático del pueblo noruego. Lo cierto es que puedo afirmar que mi trabajo como representante oficial *rusa*[384] en Noruega jamás se me hizo difícil por mi vinculación al "sexo débil". En relación con mi posición de ministro delegado tuve que aceptar las obligaciones de un delegado comercial para la representación del comercio nacional de Rusia en Noruega. Ambos trabajos eran para mí naturalmente nuevos en su aspecto peculiar. Sin embargo, me propuse el objetivo de lograr *de jure* el reconocimiento de la Rusia soviética y de restablecer entre los dos países relaciones comerciales normales, que habían sido interrumpidas por la guerra y la revolución[385]. Comencé el trabajo con gran entusiasmo y las mejores esperanzas. ¡Un espléndido verano[386] y un invierno fecundo en acontecimientos fueron los del año 1923!



Las recién iniciadas relaciones comerciales estaban en pleno apogeo: grano ruso y arenques y pescado noruegos, artículos de madera rusos y papel y celulosa noruegos. El 15 de febrero de 1924, Noruega reconoció *de jure* a la URSS. Fui nombrada encargada

---

[382] Corrección de la autora: "tres años y medio".
[383] Corrección de la autora: "actividad diplomática".
[384] Corrección de la autora: "de la República Soviética".
[385] Corrección de la autora: "esta tarea reclamó todas mis fuerzas".
[386] Corregido por la autora: "cargado de trabajo".

de negocios, “chargée d’affaires”, e incluida oficialmente en el cuerpo diplomático. En ese momento comenzaron las gestiones para un tratado comercial entre los dos países. Mi vida estaba llena tanto de arduo trabajo como de extraordinarias experiencias. También *tuve*[387] que resolver serios problemas en el campo del desarrollo del comercio y de la navegación. Después de algunos meses, en agosto de 1924, fui nombrada “Ministro Plenipotenciario” y con el ceremonial de costumbre presenté al rey de Noruega mis credenciales. Naturalmente, esto dio nuevos motivos a la prensa conservadora de todos los países para echar pestes contra mí. Jamás había ocurrido que una mujer fuera aceptada en un ceremonial de tan alto rango como ministro plenipotenciario.

El convenio comercial fue concluido en Moscú a fines de 1925 y en febrero *refrendé el tratado en Oslo con el presidente del gabinete, señor I. I. Mowickl*[388]. Con esto había cumplido mis tareas en Noruega. Podía acudir al encuentro de nuevo trabajo y nuevos objetivos y, *por esta razón*[389], dejé mi puesto en aquel país.[390]

Si algo he conseguido no son mis calificativos personales. Mis estímulos son más que nada un símbolo de que la mujer ya ha avanzado mucho por el camino de su reconocimiento universal. La captación de millones de mujeres para el trabajo productivo, que se desarrolló de una forma particularmente rápida durante la guerra, creó la posibilidad de que una mujer ocupara los puestos políticos y diplomáticos más elevados. A pesar de ello, es evidente que sólo un país de futuro, como la Unión Soviética, podía atreverse a afrontarlo sin ningún prejuicio contra la mujer, a valorar a ésta únicamente por el criterio de su capacidad de trabajo y, por consiguiente, a confiarle tareas de responsabilidad. Sólo los vientos revolucionarios y saludables son los que tienen la fuerza para barrer con los decrépitos prejuicios contra la mujer, sólo una humanidad nueva, el pueblo trabajador y productivo, tiene la capacidad de conseguir la igualdad de derechos y la liberación de la mujer.

En el momento en que doy fin a esta autobiografía, estoy a punto de recibir nuevas tareas, que me supondrán nuevas exigencias…

Estoy convencida de que el objetivo más importante de mi trabajo y de mi vida, en cualquier trabajo que siga desempeñando, seguirá siendo la emancipación de la mujer trabajadora y la creación de las bases para una moral nueva[391].

Julio de 1926
Alejandra Kollontai

[387] Corrección de la autora: “tuvimos que”.
[388] Corrección de la autora: “fue ratificado el tratado comercial”.
[389] Nota de la autora: tachado.
[390] Corrección de la autora: “para ser enviada a México como representante diplomática de la Unión Soviética”.
[391] Nota de la autora: suprimir.

¿Qué ha hecho la revolución de octubre por las mujeres de occidente?

(1927)[392]

Lo que la revolución de octubre ha logrado en cuanto a la emancipación de la mujer trabajadora en la Unión Soviética es bien conocido por todos, es claro e indiscutible. Sin embargo, ¿qué efecto ha tenido la gran revolución de octubre en el movimiento de emancipación de la mujer en otros países burgueses del extranjero? ¿Qué ha contribuido a la creación de la "nueva mujer" involucrada en las tareas y aspiraciones de la clase obrera?

La guerra mundial, que en Europa y Norteamérica *atrajo* a un enorme número de mujeres de los sectores más pobres de la población y de los *ambientes moderados* al torbellino de la producción y de la administración del estado, sirvió sin duda para hacer avanzar considerablemente la causa de la emancipación femenina. El rápido crecimiento del trabajo femenino trajo consigo cambios sin precedentes en la vida familiar y en el modo de vida general de la mujer en los países burgueses. Sin embargo, este proceso de emancipación femenina apenas habría avanzado más, sin el poderoso ejemplo de la revolución de octubre. La revolución de octubre contribuyó a que se realizara una nueva valoración de la mujer, a fin de revelar y confirmar la visión de la mujer como unidades de trabajo socialmente útiles. Desde los primeros días de la revolución de octubre quedó claro que las energías de la mujer son necesarias no sólo para el marido y la familia, como se había pensado durante miles de años, sino también para la sociedad, todo el colectivo social, el estado.

Sin embargo, que este fenómeno sea un hecho histórico inevitable, que la formación de un nuevo tipo de mujer esté ligada a un cambio general hacia la creación de una nueva sociedad de trabajo, es algo que la burguesía no puede ni quiere reconocer. Si no fuera por la revolución de octubre, todavía se creería generalmente que la mujer que se gana la vida es un fenómeno temporal, y que el lugar de la mujer está en la familia, a la sombra del marido que es el sostén de la familia. La revolución de octubre cambió muchos conceptos. Este cambio radical en la valoración de las tareas y la vocación de la mujer en la Unión Soviética ha afectado a la actitud hacia la mujer mucho más allá de las fronteras de la Unión Soviética. Ahora podemos conocer a la nueva mujer en todas partes, en todos los rincones del mundo. La nueva mujer es un fenómeno de masas, con la excepción, tal vez, de las mujeres de los países semicoloniales y coloniales, en los que el desarrollo de las fuerzas productivas se ve obstaculizado por el dominio depredador de los imperialistas. Sin embargo, incluso allí, dada la lucha por la autodeterminación nacional y contra el imperialismo, la nueva mujer se está moldeando en el propio proceso de lucha. Es imposible tener éxito en la lucha entre grupos y clases sociales sin la cooperación de la mujer.

---

[392] *¿Qué ha hecho la revolución de octubre por las mujeres de occidente?,* Alejandra Kollontai, escritos – Alejandría Proletaria. Versión al castellano de Ana Armand desde "What Has the October Revolution Done for Women in the West?", en Kollontai Archive – MIA. Editado por primera vez en forma extractada en *Ogonyok*, número 41, 9 de octubre de 1927.

La nueva mujer es esencialmente una unidad de trabajo independiente cuya energía se utiliza, no para servir a los intereses de una economía familiar privada, sino para realizar un trabajo socialmente útil y necesario. Se está liberando de esas características morales internas que marcaron a la mujer del pasado. La trivialidad femenina, el conservadurismo y la restringida gama de ideas, su envidia y malicia hacia otras mujeres como rivales en la búsqueda de un proveedor, todas estas características ya no son necesarias en esa esfera en la que ahora está luchando por sobrevivir. Tan pronto como la mujer comienza a vivir de su propio trabajo, necesita desarrollar diferentes cualidades y adquirir nuevos hábitos, y millones de mujeres trabajadoras en todo el mundo se apresuran a rearmarse moralmente.

Es interesante observar cómo, no sólo en nuestro país sino también en el extranjero, las mujeres, cuyo trabajo es necesario, están aprendiendo a ser eficientes y trabajadoras. Son plenamente conscientes de que su propio bienestar, y a menudo también la existencia de sus hijos, depende directamente de ellas, de su trabajo y de sus cualificaciones. Exterior e internamente se están adaptando a las nuevas condiciones bajo las que viven. Internamente, psicológicamente, están dejando de ser esos seres pacientes y obedientes que se entregaron totalmente al marido y a la familia. Ahora las mujeres no tienen tiempo para ser “sentimentales”, y mucho menos pueden ser “obedientes” y pacientes. Es más importante que estén seguras de su propia fuerza, decididas en sus acciones, y no distraídas por sus emociones...

Además de su eficacia y sus esfuerzos, al elevar sus *cualificaciones* y mejorar su *salud* y su fuerza física, para aumentar su valor en el mercado laboral, las nuevas mujeres trabajadoras se diferencian de las mujeres del pasado también en sus fuertes sentimientos y la conciencia de sus vínculos con su clase, con el colectivo. Las mujeres están involucradas en la política y, una vez más, si la guerra atrajo a un gran número de mujeres a la lucha política, fue sólo la revolución de octubre la que reconoció públicamente, por sus leyes, por toda la práctica del nuevo sistema soviético, que una vez que la mujer trabaja en y para la sociedad, debe ser reconocida como una ciudadana activa. El enorme cambio en la posición de la mujer en la Unión Soviética ha animado a los grupos sociales contendientes a tratar de atraer a las mujeres a su lado. En todas partes, en todos los países, la actividad política de la mujer ha mostrado un crecimiento sin precedentes en los últimos diez años. Las mujeres se están convirtiendo en miembros del gobierno (Bang en Dinamarca, ministra de educación; Margaret Bondfield, en el gabinete de Ramsay MacDonald en Gran Bretaña), están entrando en el cuerpo diplomático y se están convirtiendo en la fuerza inspiradora de los principales movimientos revolucionarios (como por ejemplo Sun Tsin-lin, la esposa de Sun Yat-sen). Las mujeres están aprendiendo a dirigir departamentos, a hacerse cargo de organizaciones económicas, a orientar la política.

¿Habría sido esto posible sin la gran revolución de octubre? ¿Podría haber surgido la nueva mujer-ciudadana y trabajadora socialmente útil sin el gran torbellino que sopló en todo el mundo? ¿Podrían las mujeres trabajadoras de otros países haber dado pasos tan gigantescos hacia su propia emancipación integral sin la revolución de octubre? Cualquiera que se detenga a pensar se da cuenta de que la respuesta es claramente no. Por eso las mujeres trabajadoras de todo el mundo no pueden dejar de sentir que este décimo aniversario de la revolución de octubre es el gran festival de los trabajadores del mundo.

La revolución de octubre afirmó la importancia de la mujer trabajadora. La revolución de octubre ha creado las condiciones que asegurarán la victoria de la “nueva mujer”.

Alejandría Proletaria



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Alejandra Kollontai, escritos
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Broué, Pierre. Bibliografía en red
- Clara Zetkin, escritos
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frencia, Cintia y Daniel Gaido
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
- Louise Kautsky
- Mary-Alice Waters
- Mehring, Franz
- Murphy, Kevin
- Obras completas de G. Munis
- Obras escogidas de G. V. Plejánov
- Obras escogidas de Karl Kautsky
- Obras y escritos de Stéphane Just
- Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Riazanov, David. Textos y materiales diversos
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta el catálogo de nuestro sello hermano
Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov

